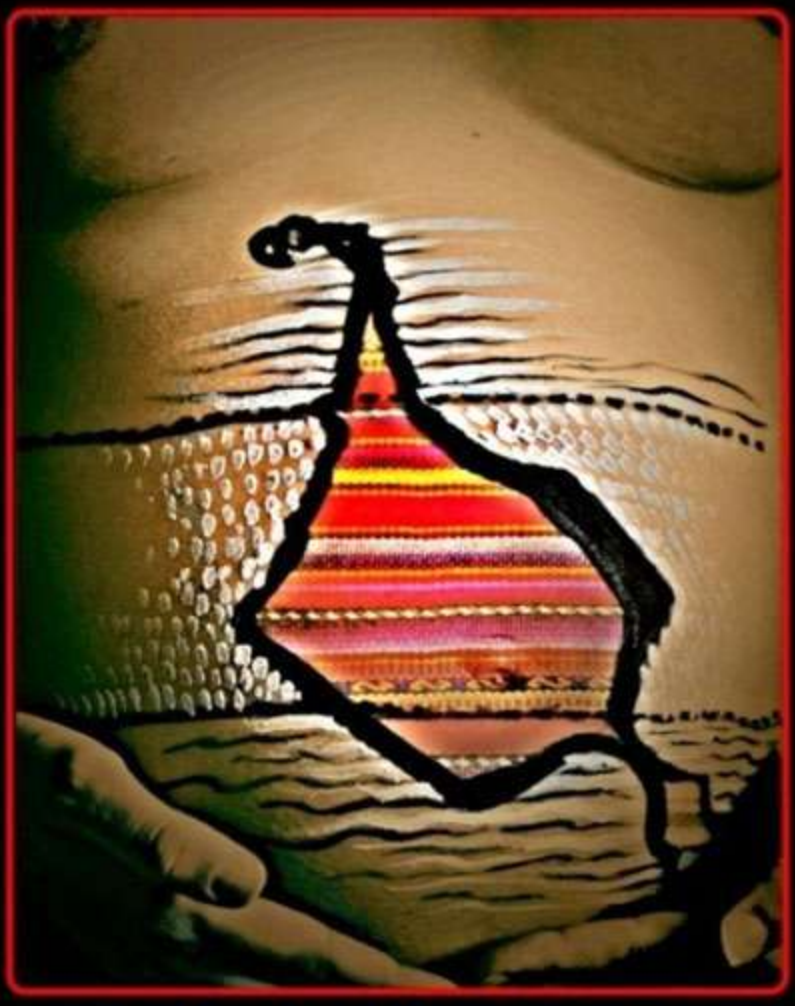
MARCELO KOENIG



INDEPENDENCIA

EL HECHO MALDITO DEL PAÍS COLONIAL

PRÓLOGOS: NORBERTO GALASSO / JORGE FERRARESI

INDEPENDENCIA,
EL HECHO MALDITO DEL PAÍS COLONIAL

Marcelo Koenig

INDEPENDENCIA, EL HECHO MALDITO DEL PAÍS COLONIAL

Un primer capítulo de la historia de Nuestra América del Sur

PUNTO DE ENCUENTRO

Septiembre de 2016

© Punto de Encuentro
Av. de Mayo 1110
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
(54 11) 4382-1630
Buenos Aires, Argentina

Edición: Teodoro Boot
Diseño Editorial y Puesta en Página: Felipe Ibáñez

PuntoEd.com.ar

ISBN XXX-XXX-XXXxx-x-x

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Libro de Edición Argentina

No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento, el alquiler, transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito de la editorial.

PRÓLOGO

Este libro de Marcelo Koenig es la prueba más contundente de que las épocas de crisis generan las reflexiones más profundas y los ensayos más valiosos. El rigor científico y la enorme documentación utilizada lo tornan insoslayable para quien quiera internarse desde una óptica popular y latinoamericana en ese período histórico tan difícil de nuestra revolución democrática de Mayo convertida en independencia en 1816. Por esta razón, estas líneas no son un prólogo más, escrito por amistad o por apremios de una editorial sino que se nutre de un enorme entusiasmo, de una gran satisfacción por convencerme de que estamos frente a un historiador en serio como pocos hay en la Argentina. Aquí están las respuestas a tantas dudas e interrogantes acerca de ese período, sin esquivar aún las más difíciles, esas que los alumnos más atrevidos e inteligentes esgrimen para poner en apuros a los profesores: ¿Qué relación existe entre mayo del 10 y julio del 16? ¿Por qué volvió al Río de la Plata ese militar español de tez morena y hablar castizo que luego sería uno de los Libertadores? ¿Habían abandonado sus ideales democráticos, tanto San Martín como Belgrano, al proponer la monarquía incaica? ¿Cuál era la verdadera relación entre San Martín y Bolívar? ¿Somos la Nación Argentina o la patria chica de la Nación Latinoamericana fragmentada, cuyo destino ineludible es la Patria Grande, cuyos gérmenes recuperados están en el UNASUR y la CELAC? Porque Marcelo Koenig salda las cuentas pendientes con el pasado con la certeza de los documentos irrebatibles pero también con el apasionamiento de quien lucha por alumbrar el futuro.

Ya no quedan casi los historiadores que argüían que se contamina a la Historia si se la vincula con la política. Pero sí subsisten los historiadores "distraídos" que no abordan los acontecimientos complejos de nuestro pasado. Aceptado el desafío, Marcelo Koenig se define claramente sobre lo que ocurrió (que es una manera de definirse sobre lo que va a ocurrir) y de ahí la riqueza de esta obra que va a ingresar en la polémica en los diversos niveles de la enseñanza y no lo podrán excluir de las bibliografías porque, como decía Jauretche, "no se puede parar al viento con alambradas".

Celebro, pues, la aparición de este libro, como también lo celebrará el lector que está ansioso de verdad y de futuro.

Norberto Galasso

INTRODUCCIÓN

"Han vaciado a nuestros próceres de contenido revolucionario y sus estatuas sólo sirven para que caguen los pájaros"
Subcomandante Marcos

"Se ha querido que ignoremos cómo se construye una nación, y cómo se dificulta su formación auténtica, para que ignoremos cómo se la conduce, cómo se construye una política de fines nacionales, una política nacional"
Arturo Jauretche

1. La historia como política

El conocimiento de la historia en nuestra América es uno de los productos más acabados de la colonización pedagógica. La historia es, entonces, un terreno de disputa, el territorio por excelencia de la batalla cultural. La lucha por la historia es una lucha por pensar dónde estamos, desde dónde venimos, aunque también por construir sentido, no sólo de pertenencia sino también de destino. En la formación histórica de los argentinos en particular y de los latinoamericanos en general, tienen más peso los procesos europeos que los propios. Los estudiantes secundarios pueden recitar dinastías completas, emperadores romanos, pero poco y nada saben de los presidentes de los países limítrofes o de los otros países de América. La idea de que los argentinos nos formamos conociendo más de Europa –entendiéndola como *La* civilización que tenemos que conocer y admirar–, de tan repetida, constituye un lugar común. Pero no es menos cierto que, como decía Jauretche, en las escuelas los chicos bonaerenses aprenden cómo desborda el Nilo, pero no saben por qué desborda el Salado. Así se constituyen los imaginarios de espaldas a la historia común de nuestra América y, de esta forma, se escamotea la idea de un destino común sudamericano.

"Siempre tiene algo de peligroso estudiar las luchas de pueblos hermanos por su soberanía, los enfrentamientos con las fuerzas oligárquicas, una lucha que se enfrenta a los proyectos oligárquicos vinculados al modelo agro minero exportador que hizo que en el continente crecieran algunas regiones, mientras otras se sumergían en el atraso. Aquí aparece la cuestión cultural que vincula la discusión entre modernidad o atraso que, a su vez, interroga acerca de si los sectores que se vinculan con el mercado mundial son los que deben llevar realmente la civilización a los lugares atrasados o bárbaros"[1]. Mucho más peligroso es estudiar una raíz común de nuestra América. Abordar ese proceso de

1/Oporto, Mario, *De Moreno a Perón. Pensamiento argentino de la unidad latinoamericana,* Buenos Aires, Planeta, 2011, p. 19

independencia de América hispánica es –si se hace seriamente y sin el abordaje tabicado y cercenado de los manuales escolares y las historias oficiales– encontrar que tenemos una historia común. Los procesos sincrónicos que podemos observar abordando comparativamente las historias nacionales no son meras casualidades, sino producto de eso en tenemos en común: el sentido emancipatorio. Así como nuestra independencia la logramos en común, en una épica conjunta, ninguna emancipación es posible si no es entre todos.

Por eso es que en la historia colonizada los historiadores señeros, aquellos que la academia adora, pero también los divulgadores, piensan no solo desde la parcialización nacional sino también desde lo episódico. En efecto, cuando piensan la historia lo hacen desde la crónica de las batallas militares sin más sentido que una confrontación que parece decidida de antemano. Un "destino manifiesto" en el que no entra la política, ni los matices, ni las internas, ni las contradicciones. Sólo una disputa antagónica de cada país particular –todavía por formarse– contra España, casi como en una guerra internacional. Así la historia es una sucesión de anécdotas o fechas, fastas o nefastas; encuentros, más o menos sangrientos[2]; logísticas, preparadas o improvisadas; maniobras más o menos brillantes, cuyo resultado depende de la genialidad de los grandes hombres que tienen en sus manos un destino predeterminado. En esta mirada, la historia se desarrolla desde el relato de grandes batallas, desde el genio y figura de los grandes hombres (por cierto, siempre son hombres desde esta perspectiva). Se trata de una larga y a veces tediosa exaltación de los valores supremos de grandes conductores militares sin mácula de vida civil ni política, quirúrgicos en su intervención, asépticos en su patriotismo impoluto, que van construyendo la historia como si transitaran una autopista repleta de señales. Doble aquí para encontrarse con su destino, batalla de Maipú a 500 metros, baje la velocidad problemas con la burocracia política, la próxima bajada a la batalla de Carabobo, a 200 metros batalla de Ayacucho, fin de la autopista. Los próceres, grandes figuras desbordantes de virtudes hasta el paroxismo, se convierten en bronces, en estatuas. Estatuas que, como dice el mexicano subcomandante Marcos –algo ambiguo como político pero brillante como escritor– vaciadas de su contenido revolucionario, "solo sirven para que caguen encima las palomas".

Otros historiadores retiran todos los bronces de la escena y construyen la historia como una serie aburrida de datos cuantificables, relaciones económicas verificables, cuentas que determinan cauces supuestamente inexorables, aunque las excepciones los desborden. Estas explicaciones deterministas niegan, en alguna medida, la libertad de los hombres y mujeres haciendo su camino. Todo es reducido a luchas sociales de enfrentamiento entre intereses meramente económicos, que transitan otra vez autopistas señalizadas. Se trata de contradicciones que, si bien se conciben teóricamente dialécticas, se terminan expresando tan dogmáticamente que los procesos se les escapan. De esta forma, la aplicación de herramientas teóricas producidas en otras tierras para significar hechos que nada tienen que ver –no sólo porque se produjeron en aquellas, sino porque son sustancialmente dis-

2/Asiste razón a Enrique De Gandía cuando afirma que "los historiadores argentinos, obsesionados por el resplandor de las batallas, se quedaron más de un siglo oyendo el eco de los cañonazos y no fueron capaces de penetrar la historia de las ideas políticas". De Gandía, Enrique, *San Martín. Su pensamiento político*, Buenos Aires, Pleamar, 1964, P. 20.

tintos– termina andando sin brújula por los caminos americanos.

Queremos contar la historia de nuestra primer independencia sin caer en la historia mágica de los héroes nacidos para ganar batallas y ser estatuas, ni el tedio de escribir la historia "según valen los terneros" como dice la canción de Zitarrosa. Una historia que no niegue la impronta que le ponen hombres y mujeres concretos, de carne y hueso, con luces y sombras que, aun siendo emergentes, son excepcionales, ni tampoco que le dé la espalda a las relaciones sociales y económicas que son el paisaje real sobre el que se trazan los caminos de la libertad.

Vamos a asumir el riesgo de escribir desde nuestra propia mirada, desde nuestra perspectiva peronista y revolucionaria, recogiendo las botellas que, como mensaje de náufrago –para recoger la metáfora de Leopoldo Marechal– va escribiendo el pensamiento nacional, constituyente de una gran memoria popular denostada en su capacidad de expresarse a sí misma. Aquellos que escriben la historia suelen sentirse dueños de hacerlo desde su erudición o su solvencia técnica. Y miran por arriba del hombro a la historia construida desde los pueblos. Nosotros sabemos que "si la historia la escriben los que ganan, eso quiere decir que hay otra historia, la verdadera historia; quien quiera oír que oiga"[3]. Vamos a hacer una historia épica, porque sin la mística de la lucha no hay transformación alguna, pero va a ser una épica política antes que bélica. Vamos a hacer una historia con protagonistas particulares, más como condensación de lo social que como descripción de caracteres providenciales. Vamos a hacer una historia nacional, redefiniendo lo nacional en las dimensiones aún inconclusas de aquellos tiempos. Una historia desde lo popular como matriz fundante de nuestro relato. No del pueblo abstracto de las declaraciones y las proclamas, sino del concreto, con sus virtudes y con sus miserias. Aunque no lo vamos a hacer desde su transcurrir cotidiano, sino desde el ángulo de sus luchas políticas. Esto hace a la historia que queremos referir, en muchos trazos, más incómoda que original y, al mismo tiempo, una repetición de legados que el pensamiento nacional plantea, aunque muchas veces desarticulados, o fragmentados desde la patria chica...

John William Cooke nos dejó una de las definiciones más contundentes del peronismo: "El hecho maldito del país burgués". El "Bebe" Cooke fue uno de los pensadores del peronismo revolucionario con más potencia. No sólo por su práctica revolucionaria que lo llegó a ubicar en el centro de un dispositivo de resistencia, en uno de los momentos más duros de la historia argentina. En esos momentos, en que se ve el temple y la mística, se nota también la fortaleza ideológica para defender los proyectos populares. Cooke. La definición del histórico jefe de la resistencia peronista es precisa. Palabras poéticas y proféticas para ensayar una aproximación al movimiento político complejo y contradictorio, polifacético y unívoco, con fuerza de lo popular como signo y que al mismo tiempo expresa los límites de esta formación popular en un momento histórico. Un movimiento construido desde lo popular, abordando el conjunto de sus contradicciones. Una fuerza que participa de su tiempo navegando la historia. Todo eso dice el predicado de apenas cinco palabras que nos hablan todavía hoy sin que nadie seriamente logre refutarlo, ni aun superarlo. Como un homenaje a ese pensamiento poético y a la vez contundente, que no

3/Letra de la canción de Litto Nebbia "Quien quiera oír que oiga".

esquiva el compromiso pero que no lo reduce a ficciones maniqueas, hemos querido titular este libro que habla sobre nuestro primer proceso de independencia. Es un homenaje a ese compañero entrañable y profundo, pero a su vez es recoger un legado, en tanto forma de pensamiento vivo del pensamiento revolucionario del peronismo.

Por eso para explicar a aquellos tiempos de revolución y guerras, de luchas democratizadoras y nacionalizantes, vamos a hablar de la independencia como "el hecho maldito del país colonial". Entre tantos historiadores, aficionados o científicos que pasan revista a batallas o sucesos, a personajes o a clases, queremos rendir tributo a las interpretaciones políticas de los sucesos políticos. Ni mágicos y excepcionales héroes, demiurgos de una historia que les es absolutamente propia, ni títeres de una clase que les impone sus conductas, queremos dar cuenta de una historia que no carece de épica ni de heroísmo, pero tampoco de fuerzas sociales en pugna, y que se articula fundamentalmente por la política, entendiendo por tal el sentido de una disputa de poder en la organización de la comunidad.

Vamos a hacerlo más desde una lógica de ensayo que de historiografía académica. Nos resguardamos frente a las críticas corporativas de los que niegan a un pueblo el derecho a construir su propia historia a través de un reglamentarismo que se parece más a una policía del pensamiento que a una rigurosidad en busca de verdades. Todo aquello que intente dar cuenta de la perspectiva de los intereses populares a la hora de construir la propia historia, es una herejía que el elitismo académico no está dispuesto a perdonar. No vamos por esos oropeles –con lo cual, les ahorramos las críticas– sino por el desafío de pensar la historia propia mientras seguimos dando hoy peleas por construir una sociedad más justa. Así como lo hicieron Cooke y otros pensadores nacionales que aceptaron el confinamiento al ostracismo del pensamiento "consagrado", que otorga reconocimientos y sus consecuentes retribuciones.

Queremos aportar a la historia de nuestro pueblo y desde ese lugar hacemos historia, desde nuestra impronta ideológica: el peronismo. Una particularidad del revisionismo como forma de resistencia a una historia oficial y anquilosada, pero también una historia antagónica a la de microscopio cientificista, que renuncia de antemano a todo relato abarcador. Nuestra interpretación peronista de la historia pone en el centro a la política y, sobre todo, busca los caminos de lo popular como categoría sustancial de análisis. Así, el despliegue del movimiento nacional liberador deja de ser un partidismo estéril para configurarse como la clave de interpretación de un protagonismo que el pensamiento académico procura esquivar, cuando no lisa y llanamente, negar. Hacemos historia desde las vísceras de nuestro compromiso con los humildes y no nos avergüenza rastrear caminos que nos condujeron al estado de situación actual, porque esas sendas nos constituyen, aun cuando parezcan "solo estelas en la mar" como decía el poeta español Antonio Machado. Los que hacen historia desde torres de marfil, ocultan en su pretendida objetividad sus miradas frecuentemente conservadoras, eventualmente con matrices revolucionarias de importación, pero –en la mayoría de los casos– distantes de lo popular.

Todos hacemos la historia desde un lugar: la izquierda –en su mirada con voluntad de transformación– suele reconocerlo en sus diversas versiones, y la derecha, en su defensa cerrada de los valores dominantes, negarlo. Nosotros lo reconocemos por honestidad intelectual y por orgullo de pertenecer. Así Evita nos enseñaba "Soy peronista por conciencia

nacional, por procedencia popular, por convicción personal y por apasionada solidaridad y gratitud a mi pueblo[4]". Siendo peronistas sabemos que la historia no es más que la política vista para atrás y que es posible y hasta necesario –como nos enseñaba Jauretche[5]– hacer una política de la historia.

No es nuestra intención meternos en una interminable discusión historiográfica, pero ningún texto referido a este tema carece de intencionalidad. Nadie puede negar que la historia oficial argentina, con su raíz mitrista, fue un gran instrumento de homogeneización de una población heterogénea producto del gran afluente inmigratorio y un pueblo a disciplinar después de la batalla de Pavón, la justificación política e ideológica del partido liberal porteño triunfante en la guerra civil. Esto nos permite comprender por qué está centrada en la lógica de que fueron las oligarquías las que construyeron la patria. En el caso argentino, esa historia es tan porteñocéntrica como eurocéntrica. Aunque su característica más grave es que niega tanto al sujeto popular como a su dimensión sudamericana. Pero la historia ensayada en América en su conjunto no escapa a similares determinaciones. Elitista y detallista, las batallas son más importantes que los procesos, los hombres que los sectores sociales. Siempre están anquilosadas por un bronce cuyo propósito es que los precursores y los próceres no nos puedan hablar hoy. Son tan lejanos que es imposible apropiarse de sus ejemplos.

Nosotros, por el contrario, pretendemos hacer una historia con más pueblo que bronces, con hombres y mujeres que, con sus luces y sus sombras, con sus sueños y sus contradicciones, van formando un camino, expresando anhelos que conjugan con otros, acompañando y conduciendo las ansias de los pueblos que van constituyendo –más a tientas que con planificación estratégica– su propio sendero. Creemos en las conducciones como encarnación de procesos sociales concretos, no como magia de la historia, porque seguimos necesitando actualmente de esos hombres y mujeres que se ponen la patria al hombro. Para hacer la historia de nuestra independencia, vamos a contradecir algunos lugares comunes incluso del propio revisionismo que –como respuesta a la historiografía liberal–cae en un nacionalismo de miras estrechas. Si las historias oligárquicas tienen un dejo chovinista, la respuesta a ellas no carecen de acentos falsamente nacionalistas, localistas, que niegan su dimensión sudamericana. Y en los casos en que la contemplan, lo hacen en un plano tan secundario que termina desdibujándose.

Compartimos el desafío planteado por Puiggrós en cuanto a que "Nuestra historia no es la historia de las ideas importadas o de los importadores de ideas: es la historia de la conformación del pueblo como categoría decisiva del desarrollo social, a través de las luchas por emanciparse. Las ideas han desempeñado un papel, a veces importante, pero en la medida que han interpretado las tendencias generales del pueblo hacia su liberación"[6].

El primer problema para abordar la historia de la independencia es determinar el sujeto, es decir, quién se independizó. Durante años nos han instalado la idea de que hay tantas independencias como repúblicas en nuestro continente. Pero eso falta a la verdad. Hubo

4/Discurso de Eva Perón del 17 de octubre de 1949.

5/Arturo Jauretche plantea esta idea en su libro *Política nacional y revisionismo histórico*.

6/Puiggrós, Rodolfo, *De la colonia a la revolución*, Buenos Aires, Carlos Pérez Editor, 1986, p. 290.

un solo y largo proceso de independencia que se resolvió por una guerra en la que actuaron fuerzas comunes. En Ayacucho –la última gran batalla– si lo tomamos desde las nacionalidades que existen hoy, había una fuerza multinacional con componentes de casi todos los países enfrentando a las tropas colonialistas. La gesta de la independencia es una realización común, y no por partes, de venezolanos, colombianos, chilenos, paraguayos, peruanos, ecuatorianos, uruguayos y argentinos, luchando en forma mancomunada[7]. Aunque concebir que este fue un único proceso de descolonización, no separado por las nacionalidades actuales, tampoco alcanza para resolver el tema del sujeto activo de la independencia.

Si bien es cierto –como dice Mario Oporto– que "por varias generaciones los americanos no anglosajones, o mejor dicho los americanos pobres, dependientes y periféricos, nos llamamos a nosotros mismos 'latinoamericanos'"[8] aunque no compartirnos su conclusión, respecto a que "hoy sería un error político cambiar de nombre y de concepto". Es innegable que es el término más extendido, pero si profundizamos en su concepto, podríamos decir que en América Latina no ingresa el Canadá francés, que es América y es latino[9]. Entonces fue que se impuso la idea de "América Latina y el Caribe", porque sí ingresan en el imaginario latinoamericano países angloparlantes pero pobres, como por ejemplo Jamaica, o francófonos como el caso de Haití.

Algunos pensadores, como el uruguayo Methol Ferré, plantean –desde la unidad iberoamericana– que desde 1580 hasta 1640, momento clave de la colonización y de las estructuras institucionales–coloniales, España y Portugal fueron un solo reino y que, por lo tanto, la unión iberoamericana constituye una unidad natural. Esta idea tiene como ventaja incluir a los brasileños con la idea fuerza de la emancipación americana, más con miras al futuro que al pasado, porque en la historia los procesos de independencia respecto de España y Portugal fueron verdaderamente distintos.

Tal vez las palabras más románticas, el concepto más criollo y más tradicional, herencia de los libertadores, sea el de "Patria Grande". Si miramos los documentos básicos en los tiempos de las independencias juegan dos variables nacionales, la de patria grande y la de patria chica. Pero incluso el concepto de Patria Grande es bien abarcativo desde el Río Grande en México, por el norte, hasta la isla de Tierra del Fuego, por el sur. Sin embargo, el proceso de la independencia tuvo otro ritmo en el norte de la América hispánica y fue más

---

7/En Chile, en 1863, el general Las Heras, en un acto en honor a San Martín decía que "hubo una época gloriosa en la historia de este Continente en que todos los americanos éramos compatriotas, unidos por el doble vínculo de nuestro común infortunio y nuestros comunes esfuerzos por la Independencia". En Urriza, Manuel, *San Martín y Bolívar vistos por Perón*, Buenos Aires, Colihue, 2007, p. 10.

8/Oporto, ob. cit., p. 29.

9/"Habría que reconocer que Guyana y Belice, angloparlantes, así como Surinam, donde se habla el holandés, forman parte de América "Latina". A primera vista, se trata de un concepto cultural, lo que conduce a la conclusión que abarca a las naciones americanas de cultura latina. Ahora bien, Canadá, con Québec, es tan latino como Puerto Rico, estado libre asociado de los Estados Unidos, e infinitamente más que Belice; sin embargo, a nadie se le ha ocurrido incluirlo, o siquiera a su provincia francófona, en el conjunto latinoamericano". Rouquié, Alain, *Extremo occidente. Introducción a América Latina*, Buenos Aires, Emecé, 1994, p. 15.

bien la América meridional o Sudamérica, la que se dio un proceso común de liberación.

Es Arturo Jauretche, quien en su libro "Ejército y Política. La patria grande y la patria" chica hace una revisión de los términos de patria, entendida como grande y como chica, deslindándolos del americanismo y el nacionalismo de un solo país. Para este pensador nacional existen dos grandes concepciones en pugna: la que posee una mirada nacional (y americana) y la que posee una mirada de facción, de grupo privilegiado, en última instancia de clase, aunque no lo diga don Arturo expresamente. La concepción de una patria chica no esta está cruzada por la defensa de un interés nacional, sino todo lo contrario: se trata –sostiene Jauretche– de aquella que, con pensamiento unitario, impulsó la balcanización de los territorios del virreinato favoreciendo sus intereses: los de la oligarquía porteña, los cuales que estaban en sintonía con los intereses británicos.

"Hay dos concepciones: la que atiende al ser de la Nación en primer término, y la que posterga esta al cómo ser; la que pone el acento en la grandeza, y la que lo pone en la institucionalidad, en las formas. La primera tiene la atención puesta en las campañas de la independencia, en el Alto Perú y en la Banda Oriental; es la que genera la epopeya sanmartiniana y artiguista. Se siente continuadora de la política de España en el continente, ahora para los americanos. Su ámbito es tan grande que sus hombres se llaman así, americanos y no argentinos. (...) En cambio los hombres de la Patria Chica sólo ven instituciones y gobiernos: la ordenación jurídica antes que la tierra y los hombres. Alberdi no ha inventado la fórmula, pero ellos la presienten; ven como abogados o ideólogos lo que los otros ven como soldados y nativos"[10]. La idea central de esa concepción de patria chica es que "el mal que aqueja a la Argentina es la extensión", lo cual sirve a la política de una oligarquía que se va consolidando en el comercio de exportación a Gran Bretaña. Una oligarquía que no quiere fronteras más allá de sus negocios y su control.

Por eso es que vamos a usar la idea martiana de "Nuestra América", aunque restringiéndola a la porción sudamericana. Elegimos ese concepto por raíz y sentido de pertenencia, por contraposición a la América que no es de nuestra tradición, que se concibió como extensión de Europa más allá del Atlántico, porque la palabra "nuestra" da sentido de lo colectivo y del destino común. Y también, por qué no decirlo, como homenaje a ese patriota cubano y nuestroamericano, el último gran héroe y mártir de la independencia respecto de España: José Martí. Así, al hablar de Nuestra América, nos referimos a la subjetividad colectiva, a la reivindicación común, a la lucha contra los mismos enemigos que nutre nuestras ansias, a los sueños que nos cruzan más allá de las fronteras impuestas, a un "nosotros" llamado a hacer historia juntos. Y restringimos ese concepto de Nuestra América no sólo por rigor conceptual histórico, sino también porque consideramos que nuestro destino común de liberación pasa principal y originariamente por la unidad de la América del Sur.

10/Jauretche, Arturo, *Ejército y política. La patria grande y la patria chica*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1984, p. 26.

2. Esbozando algunas categorías propias para aportar al entendimiento de los procesos políticos americanos

En su ensayo sobre el pensamiento de nuestra América, el venezolano Briceño Guerrero habla de tres grandes discursos de fondo que gobiernan el pensamiento americano. "Por una parte el discurso europeo segundo [porque es la segunda versión del elaborado en Europa], importado desde fines del siglo XVIII, estructurado mediante el uso de la razón segunda y sus resultados en ciencia y técnica (...). Sus palabras claves en el siglo pasado fueron modernidad y progreso. Su palabra clave en nuestro tiempo es desarrollo"[11]. En segundo término según este autor, estaría "el discurso cristiano–hispánico o discurso mantuano[12] heredado de la España imperial, en su versión americana característica de los criollos y del sistema colonial español" y finalmente lo que él llama "el discurso salvaje; albacea de la herida producida en las culturas precolombinas de América por la derrota a manos de los conquistadores y en las culturas africanas por el pasivo traslado a América en esclavitud, albacea también de los resentimientos producidos por los pardos por la relegación a larguísimo plazo de sus anhelos de superación"[13].

Nosotros hemos reformulado esa base planteando tres principios en el pensamiento americano. Por un lado, el discurso o concepción progresista europeo, en el que podemos incluir tanto al pensamiento liberal en su momento, como al socialista en tiempos más modernos. Este pensamiento está influido por las corrientes de Europa que parten de los derechos del hombre y el ciudadano, que plantean la libertad como eje central, que tienen una mirada del Estado como una institucionalidad opresiva, etc. Este pensamiento está en nuestra América en permanente lucha con el medio, en tanto producto natural de un medio distinto. "Las mutaciones que sufriera el pensamiento político de influencia rousseauniana al ser absorbido por los movimientos independentistas, como los casos de Artigas y Bolívar, o la incapacidad del marxismo para expandirse ideológicamente entre las grandes masas del continente –incluyendo la frustración política de los brillantes aportes de Mariátegui– dan cuenta de las dificultades de 'traducción' de las alternativas europeas a las reivindicaciones populares latinoamericanas"[14].

En segundo término está el pensamiento popular, que se encuentra –como lo plantea Briceño Guerrero– cruzado por mil derrotas y por ende es desconfiado, conservador a veces, radical cuando se entusiasma. Quizás quien mejor lo defina sea la poética de Alfredo Zitarrosa cuando dice: "No hay cosa más sin apuro / que un pueblo haciendo la

---

11/Briceño Guerrero, José Manuel, *El laberinto de los tres minotauros,* Caracas, Monte Ávila Editores, 2014, p. VII.

12/Mantuano es un concepto utilizado para referirse en Venezuela a las clases acomodadas en el Caracas colonial. El apodo se debe a que las mujeres blancas eran las únicas autorizadas legalmente a utilizar mantones de Manila durante las misas. Se trataba de mantos de gran fineza, traídos desde las Filipinas, que constituían todo un símbolo de distinción de clase. Los mantuanos no eran mucho más que un centenar de familias.

13/Briceño Guerrero, ob. cit., p. VIII.

14/Argumedo, Alcira, *Los silencios y las voces en América Latina. Notas sobre el pensamiento nacional y popular,* Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1996, p. 24.

historia. / No lo seduce la gloria / ni se imagina el futuro. / Marcha con paso seguro, / calculando cada paso / y lo que parece atraso / suele transformarse pronto / en cosas que para el tonto / son causa de su fracaso."

El principio popular es también mágico, es decir, no se atiene necesariamente a la racionalidad estricta de lo europeo. Es un pensamiento que condensa su representación en hombres concretos a los que endilga virtudes y hazañas que muchas veces superan sus propias posibilidades. Está imbuido por una lealtad que no se quiebra.

La raíz de ese pensamiento popular fue definida en su aspecto más profundo, por el filósofo Rodolfo Kusch, quien utiliza la diferenciación del ser y el estar como categorías. Lo popular es el estar, lo europeo es el ser. El pensamiento popular que tiene una fuerte raíz originaria, se desarrolla fuera del patio de los objetos heideggerianos. A esa matriz popular del pensamiento, se refiere Alcira Argumedo cuando afirma: "Desde esos troncos originarios, entremezclados con las posteriores corrientes inmigratorias se procesará en sucesivas fermentaciones la historia social subterránea latinoamericana. Donde los hombres y mujeres de esa América Profunda van transmitiendo a sus hijos y a sus nietos, los códigos, los valores, el habla, las aspiraciones, las otras ideas que se elaboran en el imaginario de las clases subordinadas, en debate y confrontación con las visiones del mundo de origen europeo incorporadas por los sectores criollos dominantes, por un parte significativa de los estratos medios urbanos y por las elites ilustradas de mayor preponderancia en el mundo de la cultura oficial"[15].

Finalmente, en tercera instancia, podemos encuadrar al pensamiento oligárquico. Es esencialmente conservador, aunque liberal en términos económicos, en tanto se beneficia con el libre comercio del que se concibe como el intermediario necesario. Es un pensamiento machista, en tanto responde a la estructura formal de la distribución de roles, en la sociedad y en la pareja. Es paternalista en su relación con las masas a las que considera todavía no preparadas para asumir su autodeterminación. Este pensamiento está basado en una naturalización del principio de autoridad económica y política. Tiene para predicarles, del catolicismo, la resignación y la aceptación de jerarquías. Y del liberalismo, el realismo de las diferencias sociales desde una concepción meritocrática. La moderación es su arquetipo en tanto no quiere ningún tipo de cambio que ponga en riesgo sus privilegios a los que cree tener acceso por derecho propio.

El movimiento nacional y popular puede entenderse como la expresión del pueblo en la consecución de sus objetivos de liberación. Un movimiento es una unidad en la diversidad y expresa todas las contradicciones de un pueblo en un momento dado. Respecto de lo político podemos entender esas contradicciones en tres direcciones. Pensándolas como fuerzas –en tanto no son categorías ideológicas ni esenciales, sino que se configuran a partir de las decisiones políticas específicas de los actores del movimiento– podemos encontrar la fuerza de la profundización, la fuerza de la consolidación y la fuerza de la restauración.

Entendemos como fuerza de la profundización a aquellos que piensan que la dinámica del proceso se sostiene yendo por más. Duplicando siempre la apuesta, radicalizando las

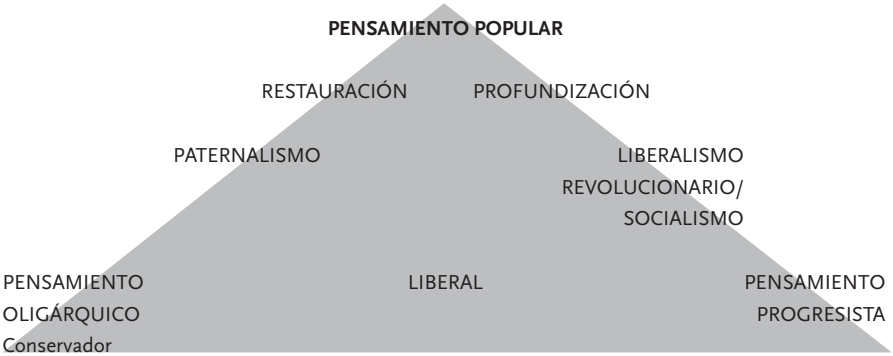
15/*Ibid*, p. 25.

posiciones. Son los sectores más revolucionarios del movimiento en su acción concreta. La fuerza de la consolidación está compuesta por aquellos que consideran que el alcance de un proceso político está marcado por los límites que ha alcanzado, generalmente condensados en la figura de quien lo conduce. Y finalmente, la fuerza de la restauración son aquellos que ––aun sin sacar los pies del plato del movimiento liberador– creen que ya se fue demasiado lejos y que es necesario negociar y conceder, como única forma de defender a un proceso político. Entre estas fuerzas se disputa permanentemente la hegemonía del movimiento, quién le impone su impronta determina los tiempos.

En resumen, podemos decir que en un movimiento nacional, en tanto expresión de contradicciones reales existentes en el propio seno del pueblo, siempre aparecen esas tres fuerzas que conviven, sucediéndose muchas veces en el control hegemónico del movimiento. Como señalábamos, las fuerzas de la restauración –en el entendimiento de que el proceso ha ido demasiado lejos– creen que, o bien hay que ir atemperándolo y revirtiéndolo para equilibrar la gobernabilidad, o bien que puede mantenerse sin seguir alterando el *status quo*. Por su parte, las fuerzas de la consolidación, siguen la dinámica propia del proceso, apoyando todas las iniciativas generadas desde la conducción, sean de avance o de retroceso. Estos sectores consideran como anquilosada la correlación de fuerzas. Son principalmente las fuerzas que defienden el piso de lo conquistado, sin preocuparse de ir por más y con plena confianza en que ese es el objetivo de la conducción. Muchas veces son estas fuerzas las que aseguran, en la consolidación, el piso de lo conquistado. Finalmente, las fuerzas de la profundización creen que un proceso de liberación nacional consiste en avanzar sobre los privilegios, que es como el equilibrio de la bicicleta que sólo se mantiene en la medida en que va para adelante. Se trata de las fuerzas que están preocupadas por romper el techo del proceso político, cuestión muy difícil de alcanzar si el piso no está consolidado.

No es posible entender al movimiento de liberación sin plantear al pueblo como eje de la historia, y a la conducción como encarnación de la política. En América, los conductores son los destinatarios de las expectativas y quienes hacen propios los límites de los procesos políticos. El caudillo, palabra española derivada de cabeza, lo es en la medida que las mayorías se identifican con él, aun cuando provenga de una clase distinta. No hay respeto sin esa identificación que requiere de un trabajo en este sentido por aquellos que pretenden conducir. Como bien dice José Martí en su pluma poética: "No es que los hombres hacen los pueblos, sino que los pueblos, en su hora de génesis, suelen ponerse, vibrantes y triunfantes, en un hombre".

Combinando entonces las categorías de restauración, profundización y consolidación con las de los ejes de pensamiento americano, podemos hablar del siguiente cuadro:



También podemos dibujar –a grandes rasgos– lo americano como confluencia y al mismo tiempo creación nueva, entre lo europeo y lo originario. Así podemos entender el siguiente cuadro:

Lo europeo	**Lo americano**	**Lo originario**
Dominio señorial	Conducción política	Divinidad del jefe tribal
Catolicismo	Cristianismo sincrético	Animismo
Imperio	**Estado propio o Estado ajeno**	**Pertenencia tribal**
Racional (la Razón en la construcción del relato)	Emocional (la imaginación sobre la información)	Mítico (la magia como construcción del relato)
Partido (representación de opinión o clase)	Movimiento (protagonismo popular en la construcción de la historia)	Fatalismo (en la aceptación de la jefatura)

3. El sentido de la historia de la independencia americana

La historia oficial, o debiéramos decir las historias oficiales, construidas generalmente desde las *elites* que expresan el pensamiento oligárquico, se centran en el rol de las oligarquías que construyeron las patrias chicas y por lo tanto, no son americanas sino argentinas, venezolanas, chilenas, ecuatorianas, brasileñas. Apenas refieren tangencialmente al discurso y la concepción americana de los libertadores, entendiéndolo más como sueños individuales que como una misma gesta. Ni siquiera dan cuenta de los niveles de influencia que tienen los sucesos de la guerra de independencia en otros lugares de América del Sur y, por ende, el derrotero parece absolutamente particular.

La conquista de América, continente desconocido para los españoles –con sus enormes

territorios que dejan a la las extensiones de la península ibérica en la dimensión de un pequeño páramo, con su desmesura y su exuberancia–, no tardó llevarse a cabo más que medio siglo. La disolución de los vínculos establecidos por casi tres siglos apenas duró una quincena de años. Los dos procesos fueron vertiginosos y épicos. También sangrientos. La independencia, así como la conquista, se desarrollaron principalmente sobre los valles de la cordillera de los Andes, que recorre como columna vertebral nuestra Sudamérica. Allí estaban establecidas las mayoritarias poblaciones, en base al asentamiento de una agricultura en terrazas y el manejo de ingeniería hidráulica que permitía la alimentación de masas de las que carecían los pueblos cazadores y nómades que poblaban el resto de la extensión americana del sur.

Explicaremos por qué el proceso liberador comenzó en los ríos, en centros comerciales marginales y de contrabando durante la mayor parte del despliegue del imperio español en nuestras tierras, como Caracas y Buenos Aires (que son además los puntos de partida de Bolívar y San Martín, respectivamente) y termina en los Andes, núcleo neurálgico de poder y la riqueza de la Sudamérica colonial. En definitiva, vamos a contar un capítulo de la historia de nuestra América del sur, pendiente de ser escrita al calor del compromiso militante con su liberación.

"La independencia para la América ibérica –con la excepción de las islas de Cuba y de Puerto Rico, que por el momento seguirán siendo españolas– no se produjo de manera lineal. Por el contrario, se trató de un proceso rico en convulsiones, en el que finalmente tomaron parte tanto quienes temían una Restauración venida de España como aquellos a los que asustaba la Constitución. Un proceso que, en algunos casos, atendió ante todo a no incitar a la violencia entre las castas, mientras que, en otros, tuvo que movilizarla; un proceso que por momentos fue largo, violento y destructivo, y por otros, breve e indoloro"[16].

Queremos seguir el hilo de Ariadna de la política para no perdernos en la tempestad de batallas, intereses contrapuestos y contradictorios, disputas personales y sociales, luchas heroicas y luchas mezquinas, errores propios y ajenos que configuraron durante tres lustros una tempestad de tal dimensión, que se llevó puesto el andamiaje de tres siglos de dominación colonial española.

No vamos a hacer sino meras referencias de batallas sin referirnos, prácticamente, a sus entretelones. Ni vamos a ceñirnos a cronologías rigurosas que nos impidan analizar procesos que, si bien son sincrónicos, no son necesariamente lineales. Tampoco haremos –más allá de lo estrictamente necesario– una fragmentación tabicada de los procesos políticos que devinieron en nacionalidades particulares. En primer lugar, porque consideramos que el proceso independentista fue único, al menos claramente en la parte hispánica de la América del Sur. Luego, porque creemos que el loteo de la historia es producto de construcciones *a posteriori* que abrevaban en un nacionalismo fragmentador, divisionista, anti–integrador. De esas aguas no hemos de beber, aunque sea un esfuerzo grande conjugar influencias, tiempos, desarrollos y circunstancias de proceso políticos que no siempre se desarrollaron al unísono.

16/Zanatta, Loris, *Historia de América Latina. De la colonia al siglo* XXI, Buenos Aries, Siglo XXI, 2002, p. 48.

No nos detendremos sólo en las proezas de los grandes hombres a quienes cupo la vicisitud de movilizar y conducir a grandes contingentes de combatientes. Queremos profundizar en la historia de esos ejércitos libertadores, su composición social, los intereses que los ponían en movimiento y qué causas los hacían arriesgar la vida por un ideal. Primero y principal, porque consideramos que Bolívar o San Martín, O´Higgins o Artigas, se hicieron libertadores en medio del combate del pueblo. Nunca antes. Nos cabe la pregunta sobre cuál es el aporte de las grandes personalidades al cambio de papel de la historia. Nos preguntamos por la relación dialéctica entre el seguimiento de las masas y la impronta que le ponen los conductores y, al mismo tiempo, el determinismo de las fuerzas sociales de las que los líderes son emergentes.

Bolívar decía: "Yo apenas he podido seguir con trémulo paso la inmensa carrera a que mi patria me guía. No he sido más que un débil instrumento puesto en acción por el movimiento de mis conciudadanos". Quizás un exceso de humildad para un hombre que impulsó con su voluntad, una y otra vez, la causa revolucionaria. Sin embargo hay un fondo cierto de sus palabras.

Seguramente, nuestro detenimiento en los conductores político–militares moleste a aquellos que creen en la tesis materialista según la cual los hombres son solamente ejecutores de una clase, así como nuestra atención a los procesos económicos, políticos y sociales pondrán incómodos a los cultores ciegos de los próceres, esos que llenan de adjetivos y virtudes incunables a esos militantes comprometidos que fueron haciendo historia, sin ser –muchas veces– del todo conscientes de ello. Tampoco vamos a caer en la visión maniquea que pone del lado de los patriotas todos los valores supremos y sublimes, y hacen de los españoles una caterva de malvados y crueles criminales. Ambos bandos compuestos por peninsulares y por americanos, tuvieron sus luces y sus sombras; considerados individualmente, la diferencia es que unos eligieron el camino de colonialismo para perpetuar el sometimiento de los pueblos al dictado del absolutismo y otros, los patriotas, eligieron el camino de la revolución para terminar con las pesadillas y ganar la libertad. En ese sendero, se encontraron con la necesidad de afirmar la nacionalidad para lograrlo. Las luchas de estos últimos son enaltecidas, no por sus virtudes intrínsecas, sino porque fueron parte de un pueblo en la búsqueda de su emancipación, de la lucha de los pueblos por su autodeterminación contra la dominación de otras naciones que los someten a la opresión colonialista en su propio beneficio; precisamente esta causa es lo que los hace grandes.

CAPÍTULO I
¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE INDEPENDENCIA?

"El sentimiento nacional de los pueblos constituyó y constituye un factor de primera importancia en las luchas políticas y sociales de nuestra época"
Ricardo Carpani

1. La reflexión del bicentenario y la historia común

Desde el año 2010 asistimos a una profusa cantidad de homenajes, rememoraciones, actos públicos, masivos o en cenáculos, que nos recuerdan que estamos por estos años cumpliendo 200 años de nuestra libertad. Se trata de los bicentenarios de nuestras rupturas con el orden colonial. Sin embargo, los festejos –sean populares o de protocolo diplomático– no significaron una reflexión crítica sobre aquellos días en que empezamos a escribir nuestro camino propio sin sujeciones al yugo colonial. Para la historia más divulgada, como decíamos, no se trata sino de una sucesión interminable de batallas con cuyo recuerdo luchan los escolares, acompañadas tan sólo por un aburrido puñado de frases para la posteridad que pronuncian próceres desde sus pedestales.

Pobres han sido, por lo general, los debates y las producciones que se han dado, resignificando aquellos días a la luz de los que nos tocan vivir. Acaso las excepciones estén, por un lado, en los enormes discursos del comandante Hugo Chávez, que desde su ascenso al poder ha repensado lo bolivariano como fuente nutriente de una tradición política y, por otra parte, desde el sur ha aparecido un personaje que hizo más por la historia que la mayoría de los historiadores juntos. Fue un dibujito animado llamado Zamba, una producción del canal infantil estatal "Paka Paka", que cuenta la historia con los ojos de un niño de Formosa, del interior profundo de la Argentina, que se aburre cuando la bajada de línea se torna excesiva. Zamba ha hecho por la divulgación histórica lo que muchos historiadores eruditos son incapaces de hacer. Y todavía no se alcanza a valorar el impacto en la resignificación del sentido común sobre nuestra historia patria de este dibujito animado que tienen como principal interlocutor, nada menos que a don José de San Martín.

Quizás todavía no alcanzó la luz la producción histórica de este principio de siglo signado por un proceso de integración regional, que tomó un impulso sólo comparable con el que tuvo 200 años atrás, marcado por grandes batallas como la derrota del ALCA (Alianza de Libre Comercio de las Américas) impulsada en 2005 por el presidente norteamericano George Bush, en la ciudad de Mar del Plata; la creación de la UNASUR (Unión de Naciones Suramericanas) en 2008, en Brasilia, o la fundación de la CELAC (Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños) en 2011, en Caracas. Estos procesos de integración

van muchas veces por el lento y tedioso camino de las cancillerías, empantanados entre las disyuntivas de las relaciones comerciales, o bien por los más fluidos y cordiales lazos de los presidentes y presidentas populares que –conscientes de la necesidad liberarnos colectivamente– pusieron esfuerzos en mojones referenciales que fueron marcando el camino. Aún está pendiente una integración desde los pueblos, tantas veces postergada, no por la voluntad de sus activos militantes sino por una secular colonización pedagógica que hace de su propia historia nacional, una contraposición con las otras naciones hermanas. Aunque también por la acción de las propias oligarquías que medran con la debilidad de la desintegración en su relación con los poderosos del Norte y que alimentan ese relato. En efecto, las historias nacionales oficiales suelen partir de una extensión territorial que consideran robada o perdida en beneficio de los vecinos más allá de fronteras estrechas. Esa capciosa interpretación histórica hace difícil que desde el sentido común se vea como hermanos a aquellos que nos robaron el territorio. De la misma manera, hoy –cuestión que suele ser fogoneada por los arrebatos xenófobos de los medios masivos de comunicación– "vienen a robarnos nuestro trabajo".

Ese todo integrado, expresado en las luchas independentistas por la libertad y la emancipación, suele ser desagregado enfrentando sus partes en beneficio de la sumisión nacional y la injusticia social. "No hay unidad si no hay independencia nacional y no hay independencia nacional si no hay justicia social, entendida desde la liberación de la servidumbre en el siglo XIX hasta la cuestión obrera en el siglo XX", sostiene con acierto Mario Oporto[1].

Incluso las instituciones de la unidad regional pueden jugar en un plano contrapuesto con la independencia, cuando aparecen en el plano del mero mercado común para establecer el coto privado de caza de un puñado de multinacionales o mega empresas nacionales, que actúan en los países de la región.

Hoy –como ayer– lo económico y lo político son las brújulas de cualquier proceso de integración. Por eso el primer impulso que nos dio la independencia, único pero no unívoco, terminó siendo desvirtuado –tanto respecto a la unidad como a la emancipación– a partir de que los intereses económicos fueron creando una serie de oligarquías que veían desarrollados sus intereses en la inclusión al mercado mundial, aceptando sumisamente la división internacional del trabajo impuesta por el Imperio Británico.

Paradójicamente, nuestra Independencia –esa de la que vamos a hablar en este libro– practicada como afirmación, significó el comienzo de una supeditación económica, que por momentos se hace política, respecto de ese imperio emergente en el momento de nuestras guerras por la libertad nacional. En palabras de Marcelo Sánchez Sorondo: "sin sustancial libertad, las situaciones de subordinación económica se vuelven alienantes de la totalidad del poder político"[2]. De lo que se trataba y se trata, como decía Arturo Jauretche, no era de cambiar de collar sino de dejar de ser perro.

Pensamos que la reconstrucción de una historia común es una tarea de primer orden en el proceso de integración y no un mero acto de memoria superficial. Y si hablamos de reconstrucción de esa historia común, es porque estamos convencidos –como venimos

1/Oporto, ob. cit., p. 31.

2/Sánchez Sorondo, Marcelo, *La Argentina por dentro*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, p. 68.

señalando– de que no hay independencias, sino una sola y única independencia, que es la de la América del Sur española. Es claro que el proceso brasileño va por otros carriles, aunque no exento de un complejo sistema de interinfluencias y contrapesos. Más aun, esta independencia también se da en relación a la independencia de Nueva España (aunque tenga otros caminos) y asimismo, la centroamericana. Pero para hacer esa reconstrucción, hay que deconstruir la enseñanza arraigada de procesos nacionales que se proyectan hacia atrás a partir del cierre de los límites fronterizos que delimitaron las pautas de los Estados nacionales modernos, desplegados en base a los criterios predominantes en Europa, y –no pocas veces– bajo los dictados de la hegemonía británica en un primer momento, o, más recientemente, la norteamericana.

2. Lo nacional en Europa y lo nacional en América

Escribir sobre los bicentenarios de nuestra emancipación nos fuerza también a preguntarnos sobre el contenido de la palabra independencia. Entendemos por tal: los procesos de conquista de la autodeterminación de los pueblos, la autarquía de las naciones en circunstancias internacionales complejas, signadas por sistemas de dominación que implican transferencias de riquezas entre un centro, que determina (mayormente aunque no exclusivamente, en términos económicos) como periferia a otros pueblos. Así, el colonialismo, que arranca con la conquista de América pero que se proyecta, en sucesivas oleadas, en el mundo hasta bien entrado el siglo XX, es la primera fase de un sistema de dominación que pone a Europa en el centro del globo. Los mapas que tienen a los europeos en el centro y arriba, las edades históricas que se distinguen por sucesos que sólo ocurrieron en territorio europeo, la idea misma de La civilización, no son más que productos finamente elaborados de un dominio que ha logrado sustentarse en el tiempo, más por el impulso de esta superestructura cultural que por la fuerza de sus armas, las que sin embargo, jamás duda en utilizar en casos extremos o cuando su conveniencia lo amerita.

De este modo, la extensión del Estado Nación como forma de organización –vehículo necesario del capitalismo como producto económico de la civilización noratlántica– se va conformando con dos velocidades. Las potencias que lideran la historia y los países dependientes, que si son "inteligentes" y "aplicados" (en vías de desarrollo, dirá el eufemismo extendido) siguen sus pasos y –tomados de su mano– podrán alcanzar el desarrollo tan preciado. Aunque, como señala Marcelo Gullo, este "seguir sus pasos" es sólo sobre la historia para exportación que han construido sobre sí mismos. Jamás hablan de las "insubordinaciones fundantes" que los llevaron al lugar en donde hoy están. Por ejemplo, comenzaron a divulgar el mito del libre comercio cuando tuvieron la correlación de fuerzas suficiente para aprovecharse, negando o escondiendo debajo de alfombra el proteccionismo en base al cual construyeron esa fuerza.

En definitiva, la propia construcción de los estados nacionales no es igual en el centro[3]

3/"En general, cuando se alude al concepto de nación, lo que se hace es proyectar la experiencia europea del mismo, como si se tratase de un universal. Más aun, se privilegia incluso la historia de la Europa del oeste y prácticamente se ignora la otra. Así se ignora que el nacionalismo y la nación originadas en Europa, están ligados a circunstancias y procesos muy especiales que la diferencian de otras

y en la periferia del sistema de dominación colonialista. Nadie puede negar que el Estado Nacional como forma de organizar el poder social, nació en Europa entre la baja Edad Media y el Renacimiento. El desarrollo del concepto de soberanía acompaña este proceso, desde la "souverein" como atributos jurisdiccionales de los barones en sus baronías[4], hasta llegar el principio dinástico de configuración de los Estados para terminar desembocando en el principio nacional con el ascenso de la burguesía.

"En el orden económico y tal como lo han señalado todos los historiadores importantes del período, el nacimiento de las nacionalidades europeas está indisolublemente unido a la decadencia del feudalismo y de su sistema económico–social. Aquella economía estática de las corporaciones medievales –en la que el comercio y la producción eran considerados un provecho para la sociedad, con una ganancia limitada al servicio prestado– cede paso al sistema capitalista de producción que revoluciona la sociedad y sus instituciones. (...) La Nación europea es así hija de la nueva riqueza que todo eso genera –aun con notorios contrastes e injusticias en su interior– y esto la marca con caracteres propios frente a otras experiencias que no siguieron ese mismo camino de desarrollo histórico"[5].

De modo que el Estado, surge en un primer momento como forma de concentración del poder de las monarquías absolutas asociadas con la incipiente clase de la burguesía, que aporta sus recursos y su legitimación para una unificación de poder que le era favorable, en tanto unificaba el mercado de circulación de sus mercancías, limitando el poder de los señores feudales. El círculo de realización de su plusvalor se amplía considerablemente, permitiendo incorporar nuevo trabajo para su explotación, que proviene generalmente del campesinado hambriento producto de la crisis del sistema feudal. Así, los reyes y los burgueses fueron socios en la construcción de las monarquías absolutas antes de transformarse en los antagonistas principales de la escena europea, en la era de las revoluciones burguesas. Entre éstas la más famosa –aunque no la única, por cierto– es la Revolución Francesa. Decimos que no fue la única, precisamente porque en cada Estado se produjeron revoluciones en la cuales la burguesía fue asimilando sus intereses particulares con los intereses nacionales organizados en torno al Estado. Aun siendo la más famosa, la francesa no fue la más extendida porque, al ser una salida rápida, violenta y cruenta, tuvo que convocar en su ayuda, contra el concentrado poder del rey, a todas las clases oprimidas. Y el riesgo que esto implicaba, en cuanto a poder frenar posteriormente ese impulso revolucionario y asentar el dominio de la burguesía, constituyó un aprendizaje para los burgueses de los otros países europeos, que al ver el costo político y económico de esa vía consideraron mejor, entonces, negociar la salida con las clases dominantes, a las que convencían arguyendo por un lado la inexorabilidad de su poder y al mismo tiempo, con las mieles de una transición ordenada. Así, el modelo británico de una revolución burguesa, tuvo rápidamente más predicamento y de este modo se transformaron las monarquías atemperadas –regidas por una Constitución que las limita– en una salida

experiencias mundiales, las latinoamericanas, por caso". Casalla, Mario, América Latina en perspectiva. Dramas del pasado, huellas del presente, Buenos Aires, Altamira, 2003.

4/Ortiz, Tulio, *Política y Estado*, Buenos Aires, Estudio, 1996, p. 247.

5/Casalla, ob. cit., p. 352.

aceptable para las clases dominantes. El período central de consolidación de esa burguesía en el ejercicio del poder nacional, y la asimilación de los intereses nacionales a sus propios intereses de clase se da desde la Revolución Francesa de 1789 hasta la finalización de la unidad alemana en 1870.

Podemos concluir que la conformación de los Estados nacionales en Europa estuvo ligada, en primer lugar, a la acumulación de riqueza y el desarrollo de capitalismo. En segundo lugar, que constituyeron una victoria de la burguesía sobre su anterior socio: el monarca absoluto, con un relato basado en el republicanismo como forma de gobierno y el romanticismo en lo cultural. Pero que todo ello se dio, sin cuestionar en lo más mínimo la continuidad del sistema de dominación colonialista que no sólo mantuvieron, sino que fueron ampliando al mismo tiempo. El liberalismo –como ideología de esa burguesía nacional progresista– ha basado su fuerza en la crítica del absolutismo. Como bien señala el filósofo argentino Mario Casalla: "Esas nacionalidades europeas surgen obedeciendo impulsos endógenos al desenvolvimiento de sus sociedades y suponen transformaciones operadas directamente por sus actores, en términos generales. No se trató, por ende, de un acto reflejo, ni estuvieron esencialmente determinadas por centros de decisión que operaban fuera de la misma Europa"[6]. Esta idea nos lleva a pensar también las consecuencias, tomando a Hernández Arregui cuando resalta que "el nacionalismo posee un doble sentido, según corresponda al contexto histórico de un país poderosos o un país colonial. Hay pues, en el umbral del tema, una diferencia, no de grado sino de naturaleza (...), que adquiere connotaciones irreductiblemente contrarias según las clases sociales que lo proclaman o rechazan"[7].

En los países de la periferia de ese sistema de dominación colonial, que venía alimentando económica y políticamente al poder europeo en la constitución de los Estados nacionales, fue el proceso de construcción de su nacionalidad, precisamente el inverso[8] al europeo. Se trató de los pueblos en lucha contra el colonialismo. Esa fue la fuerza principal de construcción de los Estados independientes. Si el sujeto que construyó las nacionalidades europeas fueron las burguesías nacionales, en América particularmente esta construcción es abordada, no por una burguesía –inexistente, por cierto– sino por el conjunto del pueblo, con todas sus tensiones y contradicciones, con sus matices de clase al interior del mismo. "Así, el concepto de pueblo –marginal y sumamente resistido por la filosofía política y las ciencias sociales europeas, seguramente basadas en su propia y reciente experiencia totalitaria–, resultará en América Latina esencialmente importante para comprender su propia formación social e institucional"[9].

Ahora bien, el pueblo no es una idealización romántica, sino un sujeto concreto con

6/Casalla, ob. cit., p. 356.

7/Hernández Arregui, Juan José, *La formación de la conciencia nacional*, Buenos Aires, Peña Lillo - Continente, 2011, p. 87.

8/"En principio se destaca el insoslayable hecho colonial; aquí se transita de la colonia a la nación, mientras que en Europa el proceso es inverso: se parte de una nación con colonias, que trabajan para la respectiva metrópoli". Casalla, ob. cit., p. 358.

9/Casalla, ob. cit., p. 362.

sus heroicidades y sus miserias, con sus lealtades y sus traiciones, con sus aspiraciones y confusiones. Desde su mirada europea, el historiador italiano Loris Zanatta lo expresa en estos términos: "En cuanto a América del Sur, primero las guerras y después la caída del imperio español pusieron a las elites liberales americanas frente a la cruda realidad que, de ahí en adelante, les tocó afrontar. En primer lugar, constataron que el pueblo soberano que invocaban como fundamento del nuevo orden político era imaginario mucho más que real y que aquellas sociedades llenas de indios, esclavos y mestizos de todo tipo eran intrincados rompecabezas y no, por cierto, el pueblo virtuoso presupuesto por los liberales y sus constituciones"[10].

Aparecía el pueblo real –y no el ideal–, que camina con su propia forma de abordar el proceso revolucionario, cambiando el sistema de ideas europeo que impulsó a los primeros revolucionarios.

Es importante consignar que la concentración de la riqueza en manos de la burguesía –que le dio la fuerza de creación y despliegue de los Estados nacionales europeos– en su gran mayoría estuvo vinculada, además, a la exacción colonial como fuente adicional de recursos, por cierto nada desdeñable. En América, por lo menos en la nuestra, el proceso de creación de los Estados nacionales no sólo no coincide con el florecimiento de su propia acumulación de capital y desarrollo, sino más bien por el contrario, se inicia un proceso de mayor drenaje (muchas veces superior al de los tiempos mismos de la colonia) en función de la conformación de economías subordinadas al nuevo poder económico europeo, que se encontraba en plena expansión.

"Tampoco se dio en el caso americano la regla de oro de consolidación económica de las nacionalidades europeas: una legislación proteccionista de parte del Estado para el desarrollo sostenido de una economía nacional en ascenso, y el ulterior reclamo de medidas librecambistas, para colocar en el mercado internacional sus excedentes de producción"[11]. Marcelo Gullo[12] estudia particularmente en cada caso cómo se dio ese proteccionismo de las grandes potencias europeas y cómo esto fue reformulado, exportando la ideología del librecambio cuando las condiciones de su producción le permitían la competencia en términos beneficiosos.

Compartimos la idea de Casalla en cuanto refiere que "En situación colonial, ni la clase, ni su funcionamiento en el todo social tienen prioritariamente que ver, ni se definen, a partir de la clásica inserción en el aparato productivo, como burgueses o proletarios. Antes bien, un enfrentamiento mucho más ancestral y profundo será el que determine la estructura social básica de la colonia: la conflictiva relación inicial que se da entre un opresor (metropolitano) y un oprimido (colonizado). Es la voluntad de dominación integral (es decir, histórica, política, cultural, humana en fin, y no sólo, ni prioritariamente, económica) lo que reubica y enajena a los hombres en situación de dependencia colonial. Así, el alineamiento por clases sociales, no es sino el resultado –cierto, pero posterior– de

10/Zanatta, ob. cit., p. 51.

11/Casalla, ob. cit., p. 358.

12/Gullo se refiere a este tema en algunos de sus libros, tanto en La insubordinación fundante como en Insubordinación y desarrollo.

este extrañamiento racial y cultural prioritario: entre opresores y oprimidos, entre dominadores y dominados"[13].

El mestizaje colonial mezcla las clases, colores y personas, no da un producto único e unívoco pero sí una particularidad vital e histórica que podemos llamar un pueblo dominado. Muchas veces en la realidad colonial el poder tiene más que ver con la dominación cultural que con la económica[14]. Allí se afincan los impulsos propios de los procesos de descolonización llevados a cabo por los movimientos de liberación nacional, y la impronta que le ponen sus conductores, que tanto cuesta comprender cuando se mira desde las categorías exclusivamente europeas.

La nación en el país colonial se construye sobre el proyecto y el proyecto primario va de la democratización de poder negada a los sectores sociales predominantes, a la destrucción del vínculo colonial como su única consecuencia posible. En el proyecto se construye la nación sobre un primer momento de afirmación de su libertad y su capacidad de decisión soberana.

Sin embargo, la inserción temprana de las naciones latinoamericanas en un complejo sistema de división internacional del trabajo, hegemonizado por los británicos, hizo que el proyecto nacional se configure en una permanente búsqueda de la profundización de la soberanía política en la independencia económica, y todo ello no es posible hacerse sin justicia social. Estas banderas históricas son impulso de procesos revolucionarios que ponen en crisis al propio proceso independentista, son el hecho maldito de ese país con esos límites. No hay cuestión nacional sin cuestión social, y no se resuelven los temas sociales si no se resuelve la independencia del continente, que no es sólo producto de las relaciones de clase internas, sino también de las relaciones entre países dominados y dominantes.

Cuando se pretende aplicar categorías europeas a los procesos liberadores, sean del siglo XIX o del XX, no se los alcanza a explicar correctamente. En efecto, desde ciertos dogmatismos se intenta buscar burguesías en donde no existen y aparecen feudalismos tirados de los pelos. Para incrustar mundialmente la revolución burguesa en nuestras tierras se asimila esa clase a comerciantes que no producían nada, con lo cual no pueden equipararse a una burguesía cuya definición principal no es a partir de su nivel de vida sino a partir de su rol social en el modo de producción[15]. De este modo, por ejemplo, la explicación de la Revolución de Mayo en Argentina es reducida a un puñado de comerciantes (investidos arbitrariamente con el título de burguesía comercial) que claman por el librecambio. Volvemos aquí al estudio de Marcelo Gullo y su investigación sobre el proteccionismo y la ruptura con el poder dominante, como primera etapa del poder de las naciones.

Pero resulta innegable la influencia que tiene la conformación de los estados nacio-

---

13/Casalla, ob. cit., p. 364.

14/Muchas veces criollos sin funciones en el aparto del Estado colonial contaban con mayores recursos económicos que los funcionarios coloniales.

15/Si bien las definiciones de Marx sobre la burguesía son posteriores en casi medio siglo, la idea de usar la categoría de burguesía para aplicar al contexto de la emancipación americana le queda demasiado grande a ese núcleo de comerciantes, desarrollados generalmente al calor del contrabando en las zonas marginales del Imperio Español en América.

nales europeos, a través –fundamentalmente– de su configuración ideológica, en la conformación de los estados nacionales de los países que se sacuden el yugo colonial. En el nivel ideológico, un republicanismo anti–absolutista y consecuentemente romántico, fue gran parte del impulso de los primeros movimientos de nuestra revolución americana. Ahora bien, como dice Casalla, "Esto es lo que propiamente exporta aquella Europa como modelo de desarrollo para las emergentes nacionalidades de su periferia: exporta su republicanismo y su romanticismo, pero no la riqueza de origen que los sostenían, ni la experiencia política de su dirigencia en el manejo de los asuntos públicos. Precisamente por esto –¡pequeño detalle!– las numerosas copias que se hacen aquí de su original (a partir del siglo XIX y las independencias criollas), resultan siempre de una irremediable pobreza e inestabilidad, comparadas con el ideal europeo que buscaban"[16].

El artista plástico Ricardo Carpani hace una contraposición entre el nacionalismo burgués y el nacionalismo revolucionario. Y lo hace no solamente desde la composición de clases de cada uno, sino también contraponiendo las formaciones nacionales en Europa y América. Pero también conforma la distinción en los propios procesos de descolonización en la disputa hegemónica al interior de los movimientos nacionales. Carpani parte de la idea de que "El sentimiento nacional de los pueblos constituyó y constituye un factor de primera importancia en las luchas políticas y sociales de nuestra época"[17].

En Europa, "para la burguesía, el motivo determinante de su sentimiento nacional y la causa impulsora que la había llevado a la lucha antifeudal se agotaba en la satisfacción de sus necesidades de desarrollo como clase"[18] . Ya Franz Fanon, con los ojos puestos en los procesos de descolonización africanos, advertía "a los movimientos nacionales para que no dejen se absorban sus energías en la naciente burguesía nacional que limita la descolonización a sus propios intereses de clase"[19]. Sin embargo –siempre siguiendo a la idea de Carpani– "el nacionalismo burgués de los países centrales genera su contrapartida en el mundo colonial y semicolonial por ellos explotados"[20].

Por eso es que para entender el despliegue de las nacionalidades americanas, no puede pensarse sin enfrentarlas, en ruptura del lazo colonial, contra el marco de las naciones europeas ya consolidadas y "como reacción frente al hecho colonial impuesto"[21]. Europa en cambio, con las victorias en la batalla de Poitiers[22] contra el avance musulmán por occidente y en Rumania por oriente, logró consolidar un espacio propio que fue el terreno sobre el cual se desarrollaron sus nacionalidades en permanente disputa entre sí, pero no contra dominación externa alguna. "Advirtamos que en América Latina las denominadas

16/Casalla, ob. cit., p. 353.

17/Carpani, Ricardo, Nacionalismo burgués y nacionalismo revolucionario, Buenos Aires, Peña Lillo-Continente, 2014, p. 18.

18/*Ibid*., p. 25.

19/*Ibid* (prólog. Horacio González), p. 12.

20/*Ibid*., p.30.

21/Casalla, ob. cit., p. 363.

22/La batalla de Poitiers, también llamada de Tours, la libra Carlos Martel contra el ejército islámico de Al Gafiki y se estima que tuvo lugar entre 732/734.

Guerras de la Independencia fueron, simultáneamente, luchas sociales por la organización y el sentido de la nacionalidad. No había entre nosotros una burguesía propia con intereses más o menos claros y coincidentes entre sí; al contrario, la libertad política de España abrió de inmediato graves luchas sociales e ideológicas por la consolidación de una clase dirigente capaz de asumir el vacío político dejado por la administración española, tal las disputas entre los liberales españoles residentes en América, la aristocracia criolla y el pueblo llano"[23]. En gran medida pensamos –al igual que Casalla– que la fragmentación nacional posterior a las guerras de la independencia fue producto de la disputa hegemónica de intereses oligárquicos de los grandes núcleos urbanos, sobre todo de los puertos, que construyeron una nueva forma de relación subordinada con la potencia europea emergente.

En los años que vamos a estudiar para historiar a nuestra primera independencia, que abarcan el primer cuarto del siglo XIX, se usaron contradictoria e indiscriminadamente los términos país, nación, provincia, territorio, localismo. Conceptos que luego se resignificaron a partir de la formación de una decena de Estados nacionales que fueron construyendo la historia para atrás. Así, usaron "nación" sólo para sus Estados modernos y "provincias" o "estados" para los territorios que lograron encerrar dentro de la égida de su poder. Aunque siempre se utiliza un difuso concepto de Patria Grande, a partir del verdadero sentido de lo nacional originario que se situaba en la América hispana, tanto en la época colonial, cuanto en el proceso de independencia.

En nuestro país en particular, la idea de patria como Estado nacional se fue constituyendo con matices cambiantes entre la revolución de 1810 y la consolidación del territorio, que tuvo su primer escalón en los tiempos de Rosas y su encuadre definitivo en la presidencia de Roca, quien terminó de construir el Estado moderno argentino, con la impronta de la oligarquía. En los primeros vertiginosos años que van desde la revolución hasta la década de 1830, podemos ver un proceso fuertemente volátil de definición de fronteras. "En conjunto, entre 1810 y 1860, no hay sino un proceso altamente contradictorio de secesiones, reacomodamientos, uniones y confederaciones inestables –cruzado por varias 'guerras civiles'– que desembocaron en la conformación de la Nación Argentina. Sin embargo, el resultado puede ser engañoso si se interpreta que sólo ese podía ser el desenlace o que había alguna fuerza superior que fijaba un 'destino manifiesto' de confluir en la 'Argentina'. Hacia 1810 nada indicaba la preexistencia de una única nación futura y ni siquiera de un territorio definido hacia el futuro; de hecho, en el presente hay cuatro países en los territorios del antiguo virreinato y, aunque la Argentina sea el 'más grande e importante' tiene un mismo estatus jurídico que los otros tres"[24].

Sólo partiendo de esta base podemos empezar a despejar la idea de una gran nación heredera del virreinato del Río de la Plata (únicamente en razón de estar ubicada en uno de sus márgenes su capital) y que fue siendo despojada de una parte importante de su territorio. La misma idea podríamos sostener situándonos en el virreinato del Perú, en el cual los supuestos despojos empiezan incluso antes, durante la propia época colonial, cuando el poder español lo fue subdividiendo a fin de crear tanto el virreinato del Río de la Plata

23/Casalla, ob. cit., p. 363.

24/De Titto, Ricardo, *Las dos independencias argentinas. Sus protagonistas*, Buenos Aires, El Ateneo, 2015, p. 21.

como el de Nueva Granada y distintas capitanías.

Si hacemos un mapa real de las formaciones existentes en los tiempos de la lucha por la primera independencia, veremos que no es coincidente con las naciones actuales. Podemos considerarlo como formaciones protonacionales –algunas inviables– que terminan casi por una fuerza natural deviniendo en los países actuales o –como preferimos sostener– que son fuerzas en disputa interna en el marco de una única formación nacional que era América del Sur descolonizándose del imperio español. En este sentido, la comandancia de Caracas, el Oriente de la antigua capitanía de Venezuela, la fuerza de los llaneros, la jurisdicción de Quito, el Asentamiento Real de Lima, Cuzco y sus rebeliones, el Alto Perú contrapuesto a las llamadas Republiquetas, la patria vieja de Chile, el Paraguay de Francia, la Liga de los Pueblos Libres con eje en la Banda Oriental, los intentos centralistas porteños, las resistentes montoneras gauchas con sus caudillos e incluso las amplias zonas sólo dominadas por los pueblos originarios, pueden ser tomadas como formaciones pre–nacionales de las cuales solamente algunas terminan siendo efectivas, o bien como aspectos contradictorios –a veces antagónicos, otras veces concurrentes– de una pelea más grande en la conformación de una gran nación, que va desde el istmo de Panamá hasta la isla de Tierra del Fuego.

Muchos de estos pueblos desarrollaron la misma parábola que arranca con la crisis del imperio español, luego de la retroversión de la soberanía del monarca. Posteriormente, se convirtieron en soberanías de ciudad, ejercidas habitualmente desde los cabildos, instituciones típicas del poder español. Sólo tiempo después las luchas enconadas entre los colonialistas y los partidarios de la independencia, ocuparon el centro de la escena, aunque también otras luchas –no menos enconadas– enfrentarán a los centralistas con los federalistas que querían hacer valer los derechos a las autonomías regionales. La guerra será el método de resolución de todas las contradicciones políticas, de las principales y de las secundarias.

Por eso, para abordar estas contradicciones del proceso independentista, hay que establecer líneas de interpretación que son políticas. "Lo que importa es establecer un método e indicar que, para el estudio de un proceso histórico complejo, se requiere la conciencia de que sus causas también fueron múltiples y complejas"[25].

Todas estas contradicciones en el seno del proceso revolucionario no constituían una novedad histórica. Se habían registrado ya en los movimientos que –para algunos de líderes de la revolución, atentos a las cuestiones internacionales– se convirtieron en modelo a seguir: la revolución de las colonias inglesas de América del Norte y la Revolución Francesa. Aunque debemos aclarar que no consideramos que tanto la revolución como la independencia fueron solamente llevadas a cabo por las clases acomodadas que tenían, en su liberalismo ideológico, esos modelos juntamente con el inglés, acaso el más influyente de todos. Los sectores populares no solo fueron protagonistas decisivos –aunque ninguneados muchas veces por los historiadores tradicionales– sino que además lograron imponer en la discusión jefes que, surgidos de las propias clases altas criollas, desplegaron los intereses del pueblo, en tanto emergentes de un proceso político complejo.

25/Zanatta, ob. cit., p. 38.

CAPÍTULO II
LA CRISIS DE LA AMÉRICA COLONIAL.

"La metrópoli consideró útil a una colonia en la medida en que ésta le proporcionaba gran número de materias primas y a su vez consumía gran cantidad de artículos de consumo y mercadería, transportados en sus propios barcos"
Alexander von Humboldt

1. Sistema económico social de la América colonial

La península ibérica, el extremo occidente europeo, fue la vanguardia en el siglo XV, de la expansión mundializante que transforma a los europeos en el centro del mundo. La apropiación de las riquezas, una transferencia sin dimensiones anteriores del trabajo de los pueblos, que subordinaba transformándolos en su periferia, se inicia con la conquista de América y la conformación de un sistema de dominación mundial que, no casualmente, se denomina –en referencia al primer "descubridor" de América, Cristóbal Colón– colonialismo. De esta brutal apropiación dimos cuenta en nuestro libro *Combatiendo al capital*[1] de modo que en esta oportunidad no vamos a extendernos en su caracterización, sino que nos limitaremos a señalar que, sin el aporte del colonialismo no hubiera sido posible el desarrollo del capitalismo como forma económica de la civilización europea. De tal magnitud consideramos que fue dicha situación de dominación, aunque la mayoría de los pensadores europeos –aun de los progresistas y los revolucionarios– la nieguen o sólo refieran a ella en forma tangencial.

Esta afirmación parece chocar con el hecho de que no fue precisamente en España donde este capitalismo se desarrolló. Digamos por ahora, siguiendo al historiador estadounidense Richard Alan White que: "El oro y la plata del Nuevo Mundo, así como otros productos americanos, solventaron siglos de participación española en las luchas por el poder en Europa. La España propiamente dicha, sin embargo, era una colonia económica de los países más industrializados de Europa. En consecuencia, para cubrir su déficit crónico en la balanza de pagos, gastó la mayoría de sus riquezas provenientes del Nuevo Mundo en artículos manufacturados importados. De este modo, la riqueza de la América española sirvió, en último término, para financiar la industrialización de las naciones europeas del Norte"[2]. El resto de la acumulación en el norte entendemos que fue pro-

1/Koenig, Marcelo, *Combatiendo al capital. Una perspectiva sudamericana del Estado Nacional en los tiempos de la globalización y la exclusión*, La Plata, De la Campana, 2010.

2/White, Richard Alan, *La primera revolución popular en América. Paraguay 1810-1840,* Buenos Aires, Punto de Encuentro, 2014, p. 17.

ducto del sistema de triangulación, explicado por el venezolano Edgardo Lander, entre los esclavos secuestrados de África, las tierras fértiles de América y la producción subsidiada como materia prima, primero de azúcar luego de algodón. Esta circunstancia operó directamente en la primera revolución industrial que fue, precisamente, la textil, como lo reconoce Eric Hobsbawm en *Industria e imperio*[3], uno de sus pocos textos donde tangencialmente habla de la importancia del colonialismo para la acumulación del capital en Europa, más allá de la extracción de plusvalor de una clase a otra en las contradicciones sociales en el viejo continente.

Particularizando el análisis, podemos afirmar que la economía de América colonizada por las potencias europeas, se diversificó en tres grandes núcleos. Por un lado, en Brasil el colonialismo portugués desarrolló una economía prácticamente sin mercado interno, atada fundamentalmente a su crecimiento hacia afuera. Con un consumo de las clases dominantes que, a veces, llegaba a lo suntuoso y solventado sobre la concentración de la propiedad y la extensión de la mano de obra esclava, secuestrada por los europeos en África. Este mismo sistema se aplicó en las colonias antillanas, tanto de Gran Bretaña como de Francia.

En segundo lugar, estaban las colonias inglesas del este norteamericano, con una población dispersa, apta para la formación de un mercado interno sustentada en la labor de colonos que –en su mayoría– venían huyendo de las persecuciones religiosas en Gran Bretaña y que querían fundar el reino cristiano como utopía político–religiosa.

Finalmente, la más compleja y contradictoria fue la América hispana, montada socialmente sobre la explotación del poderoso núcleo poblado originario[4] que, en algunas regiones, era la base de la riqueza en una producción que fortalecía un mercado interno con su porción industrial incipiente, por ejemplo, de tejidos. Otros sectores, usualmente los más ricos de la colonia, eran en general productores de minerales, cuya extracción –efectuada con las técnicas más modernas disponibles para la época– estaba también a cargo de aborígenes y sus beneficios iban a parar a los bolsillos de una suntuosa oligarquía, descendiente –en su mayoría– de los conquistadores. Si bien esta era la fuerza económica mayoritaria, la economía colonial hispánica contaba también con un núcleo que producía para el mercado externo, de modo similar a la referida colonización portuguesa, con una amplia fuerza de trabajo africana esclavizada, que cultivaban desde azúcar y tabaco –como en el caso de Cuba– hasta cacao y café en las zonas tropicales del norte de América del Sur.

El mercado interno aparece en el corazón continental, como complemento del sistema productivo europeo y del sistema mercantil importador. Esta subordinación inicial se palpa con más claridad en las zonas despobladas de la América oriental, donde prácticamente la totalidad de los productos consumidos en las plantaciones e ingenios, eran importados. En Brasil "todo viene del extranjero; hasta los ataúdes para difuntos, refiere

3/Hobsbawm, Eric, *Industria e Imperio*, Buenos Aires, Ariel, 1998.

4/"En el Río de la Plata, como en toda América, la colonización española vino a superponerse a poblaciones prehispánicas de agricultores sedentarios, sobre los cuales era posible erigir una sociedad a la vez rural y señorial, según el modelo que la metrópoli –junto con casi toda Europa– iba a adoptar cada vez más decididamente a lo largo de los siglos XVI y XVII". Halperín Donghi, Tulio, Revolución y Guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014, p. 23.

un contemporáneo; nos llegaron de Inglaterra forrados y listos para ser utilizados. Era casi como si los consumidores de la plantación fueran parte del mercado interno de la propia Europa. Tal la ley de la subordinación a lo importado en su aspecto más puro"[5].

En síntesis, podemos decir que había en la América española, una proporción importante de producción para adentro que le permitió acumular y generar circulaciones así como lógicas internas, aunque jamás en la medida de Europa, porque drenaba permanentemente el excedente hacia el viejo continente, sobre todo a través del complejo minero y de plantaciones tropicales, que permanentemente mantuvo su desarrollo ligado a los ascensos y las crisis del mercado internacional, dependiendo de las leyes que regían el mercado mundial del incipiente capitalismo europeo.

El largo proceso de tres siglos de formación del sistema social colonial hispánico había profundizado una división interna del trabajo por regiones. El centro neurálgico estaba –sobre todo– en las regiones metalíferas y, en particular, en la amplia zona andina sobre la cual se había asentado –en la América pre colonial– la mayor cantidad de población originaria. Dado que la apropiación del trabajo de los aborígenes fue el gran fundamento de la riqueza en la América española, se produjeron grandes centros económicos, como Lima o Potosí, que lograban que las periferias produjeran para ellos. Al mismo tiempo, el pequeño productor agrícola (que, en la mayoría de los casos, seguía produciendo alimentos en las condiciones tecnológicas del imperio incaico), el artesano urbano o el campesino de las campañas de las ciudades, se especializaban en sus labores: viñateros cuyanos, tejedores norteños, molineros y chacareros del litoral, produciendo para un mercado con alto nivel adquisitivo pero que no era el internacional. Por último, en los márgenes de ese sistema, sobre todo en los litorales marítimos periféricos, se practicaba el contrabando con la venia corrupta –en mayor o menor medida– de las débiles autoridades imperiales.

"Y sobre esta dispersa división de trabajo, sobre estos excedentes que marchaban al mercado americano, fue formándose una nueva clase dirigente criolla capitalista, que al mismo tiempo que regulaba el sistema social y se enriquecía a ojos vista, se había transformado en los empresarios productores de un nuevo tipo de manufactura que ya había aparecido también en Francia e Inglaterra, la manufactura dispersa, basada en el trabajo a domicilio. El empresario entregaba la materia prima y pagaba luego el producto elaborado por el trabajador criollo, ofreciendo préstamos al artesano, hipotecando el terreno del agricultor, prestando en usura para levantar una cosecha"[6].

En las grandes ciudades portuarias se instalaba un sector social de comerciantes (que en la periferia como dijimos, se habían enriquecido por medio del contrabando) que fueron construyendo importantes fortunas personales, mediante su red hacia el interior de productos de América hispánica o bien, del exterior, mediado tanto por los comerciantes monopólicos españoles como por dichos contrabandistas. Así se controlaba la producción americana del vino, el azúcar, la yerba (la parte que escapaba a la producción de los jesuitas), los ponchos, la producción de carretas y embarcaciones, la de vacunos y mulares, incluso hasta las pocas manufacturas de Flandes o de Manchester que llegaban en buques

5/Astesano, Eduardo, *Historia social de América*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1982, p. 86.
6/Astesano, ob. cit., p. 136.

españoles y que rendían enormes ganancias al puñado comerciantes habilitados por el monopolio imperial. Concentrada en los grandes centros urbanos, socios de los vecinos "decentes" de las ciudades del interior, estos comerciantes regulaban la marcha y dominaban el mercado interno. "Todas las mercaderías que encerraban el trabajo criollo pasaban por sus manos, para dejarles un margen de ganancia dentro del esquema de comprar por dos para vender por ocho que regía por entonces. Sus puntos de apoyo fueron la tienda y el almacén o la barraca, o la pulpería de campaña y sus tentáculos sobre un mercado disperso, la lenta tropa de carretas o el cabotaje sobre el Paraná. Comprando y vendiendo habían tejido la madeja que hacía funcionar el capitalismo interior americano y que permitía a un mendocino tomar mate con yerba paraguaya, con azúcar tucumano, y a estos beber el rico vino cuyano. Era una clase social que cultivaba la tradición colonial española y organizaba al país bajo su mando económico, controlando el poder político local desde los cabildos"[7] .

En el sistema colonial, la parte más importante del intercambio comercial entre metrópolis y regiones subordinadas, se regía en todos los casos por un cerrado sistema monopólico de intercambios: "Inglaterra, Holanda, España y Portugal obedecieron al mismo exclusivismo. Sobre este punto las ordenanzas de Cromwell fueron tan inflexibles como las células de Felipe II. La libertad comercial y la competencia industrial eran tan reprochables como la herejía y la rebelión"[8]. En el caso español este intercambio no era sino una mediación, porque la mayoría de los productos no se producían en la propia España. Y dicha intermediación, como hemos visto, rendía suculentos beneficios tanto a los comerciantes monopolistas como al resto de sus colegas que articulaban con las otras ciudades.

La leyenda negra antiespañola, por su origen inglés y holandés, no cuestiona el sistema de expoliación colonialista sino la particular crueldad y el monopolio. Sin embargo, todos los sistemas colonialistas de todas las naciones europeas, establecieron el monopolio respecto de sus colonias y, además, cometieron crueldades en todas partes en la misma medida que los españoles.

2. Sobre el sistema político colonial

Desde la época de su conquista y frente al hecho nuevo en Europa, de que se pudiera controlar un territorio de ultramar, los debates se inclinaron por dar a la recién "descubierta" tierra del "nuevo mundo" el mismo *status* que tenían los reinos que iban conformando la recién integrada España. Pensemos que ésta empieza a existir como tal, a partir de la unión de los llamados reyes católicos: Isabel de Castilla y Fernando de Aragón. En particular, todavía no existía en Europa el concepto de colonia y por eso es que América pasó a ser uno de los reinos dependientes de la corona de Castilla, en analogía con otros que tenían la misma dependencia como, por ejemplo, el reino de Nápoles.

El españolísimo Salvador de Madariaga da cuenta de esta situación, al señalar que "este concepto orgánico (a la vez espiritual y biológico) del estado es la verdadera causa de la índole multiforme de España. El rey era la cabeza de varios cuerpos políticos –Castilla,

7/*Ibid*., p. 137.

8/García Calderón, Francisco, *Las democracias latinas de América. La creación de un continente*, Caracas, Biblioteca de Ayacucho, 1979, p. 21.

León, Aragón, Valencia, etc.– unidos entre sí de derecho y casi siempre de hecho tan sólo por la Corona. Estos reinos es la expresión que casi siempre se encuentra por entonces para designar a España en los papeles oficiales. Despréndese de aquél, que el concepto español de la organización política de las Indias no podía ser colonial. Los territorios descubiertos, conquistados y poblados por los españoles no podían considerase de ningún modo como propiedad de España. Vinieron a ser esos reinos, en pie de igualdad, con los reinos de la Península, otras tantas Castillas y Valencias, unidad de vida colectiva española ligadas entre sí y a las europeas por la persona del rey"[9]

"Este concepto empezó a cambiar cuando los Borbones trataron de establecer un Estado Moderno. La política continuó sin modificación en la primera mitad del siglo XVIII, aun cuando había mayor centralismo, pero cambió durante el reinado de Carlos III (...) los criollos proclamaron oficialmente su oposición al cambio del Estado patrimonial de los Austrias al Estado moderno de los Borbones en la célebre Representación al Rey del Cabildo de la Ciudad de México en 1771; en ese informe los criollos pedían los mismos derechos de que disfrutaban los peninsulares y hacían hincapié en los sentimientos tradicionales a favor de la autonomía"[10].

Esta disputa llevaba años de años. Ya en una real orden del 12 de diciembre de 1619, acerca de la asignación de cargos seculares y eclesiásticos en los reinos americanos, se había establecido que: "En todos los cargos, otorgamientos y encomiendas mencionados, serán preferidos los naturales de mis Indias, los hijos y nietos de sus conquistadores, personas capacitadas de virtud y méritos correspondientes a la naturaleza e índole de los cargos respectivos, y lo mismo vale a favor de los pobladores originarios de mis reinos indianos, allí nacidos, y estas personas, como súbditos míos, deben ser preferidas a todas las demás"[11]. Pero el desfase entre las Leyes de Indias y la realidad, nos muestra que sólo una abrumadora minoría de virreyes, capitanes generales y altos funcionarios en el período colonial, habían nacido en América[12]. Los cargos más altos de la administración, la justicia y el ejército eran llenados con españoles europeos, lo que generaba algún nivel de contradicciones contra los gachupines, chapetones o godos, como solía denominarse a los peninsulares. Este encono es desmesuradamente acentuado por los historiadores que plantean que el proceso independentista fue una lucha de criollos contra españoles. Lo cierto es que la gran capa intermedia de los funcionarios imperiales, eran escogidos entre las familias tradicionales americanas, y aun cuando así no lo fuere, muchas veces los funcionarios reales de todas las jerarquías se rendían ante el poder económico –aunque también político– de los criollos acomodados, que dominaban entre otras instituciones gravitantes, los cabildos locales.

9/Madariaga, Salvador de, *El auge y el ocaso del imperio español en América*, Madrid, Sarpe, 1985, p. 48.

10/Stoezer, Otto Carlos, *Iberoamérica. Historia política y cultural,* Buenos Aires, Docencia, 1996, p. 21.

11/Beyhaut, Gustavo, *Raíces contemporáneas de América Latina*, Buenos Aires, Eudeba, 1964, p. 12.

12/Entre los sesenta virreyes de la historia colonial, apenas hubo cuatro criollos, y catorce entre los seiscientos dos capitanes generales. Las causas que los alejaban de la alta administración laica, los alejaban, igualmente, de las altas jerarquías eclesiásticas, lo que explicaba la actitud del alto clero durante la revolución. Y la del bajo, también.

Como bien aclara Astesano, "el estado colonial presenta una característica que es propia de todos los países dependientes: la diversificación de las finalidades fundamentales que guían la actividad del aparato del Estado. Por un lado, trata de responder a las exigencias del país dominador, que busca de orientar todas las manifestaciones económicas y políticas en el sentido de su propio beneficio, y por el otro a los intereses dominantes que tratan a su vez de asegurar su propia posición privilegiada"[13].

El virrey fue la máxima autoridad colonial, encarnación del Estado español en América. Gozaba de gran cantidad de atribuciones políticas y económicas, tenía plena confianza de la corona por lo cual era la garantía del orden colonial. En tanto superintendente de la Real Hacienda, el virrey debía inspeccionar todo el mecanismo financiero del virreinato, procurando incrementar sus ingresos. Era, además, supremo jefe de las fuerzas armadas concentrando así el control del orden público; ejercía asimismo un control político sobre los otros organismos del Estado, como las audiencias y los cabildos, y –luego de las reformas borbónicas– también sobre las intendencias.

Sin embargo, no debemos pensar en la acción de los virreyes como una cuestión unívoca y monolítica. "En efecto, los virreyes no llevaron una política uniforme de apoyo al monopolio español. Fácil es distinguir entre los virreyes reaccionarios y 'liberales' que se vinieron sucediendo alternativamente. Unos, celosos defensores de los privilegios, combatieron ardientemente al contrabando, hicieron respetar por sobre todas las cosas el régimen legal en favor del monopolio español, no perdiendo oportunidad para favorecerlo con medidas económicas que desarrollaran su tráfico privilegiado. En cambio los virreyes progresistas, trataron de despertar las fuerzas sociales dormidas por la opresión del feudalismo colonial, impulsando la ganadería, favoreciendo el comercio con otros puertos no españoles, o permitiendo la propaganda en favor del desarrollo agrícola llevada a cabo por hijos de esta tierra. Vértiz fue quien mejor representó a este grupo de virreyes progresistas. Cisneros, al declarar el comercio libre con los ingleses cerró esta política liberal en favor de la burguesía comercial porteña y los hacendados, dando el golpe más serio al grupo de registreros españoles"[14].

En resumidas cuentas, podemos afirmar que el sistema colonial se sostenía sobre un equilibrio estable –aunque no carente de tensiones– entre los funcionarios de la corona, los comerciantes monopolistas españoles y los criollos acomodados que manejaban desde el comercio menor, hasta la producción para el mercado interno. Estos últimos eran los españoles americanos que muchas veces amasaban fortunas mayores a la de las clases dominantes de la propia península. Instalados, tras varias generaciones, sin ánimo de retorno, en una tierra que consideraban la suya, los criollos tenían en sus manos una parte importante de las riendas económicas de Indias. Poseían inmensas estancias o haciendas, con gran cantidad de esclavos en los lugares de producción de cultivos tropicales, o bien imponían trabajos a los pueblos originarios o tenían cuantiosos ganados en otros lugares, o eran propietarios –acaso los más ricos entre ellos– de las explotaciones mineras. Los criollos acomodados –autodenominados "la gente decente"– detentaban y cubrían los cuadros

13/Astesano, Eduardo, *Contenido social de la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, Problemas, 1941, p. 211.
14/*Ibid*., p. 214

del cabildo, eran los que tenían acceso a la educación, que compartían con algunos de la pequeña clase media alta de la época. En el mundo de los letrados, se encontraban quienes eran particularmente abiertos a las ideas políticas del nuevo siglo, sobre todo las españolas, en cuyas discusiones estaban siempre actualizados. Sin embargo, por una contradicción interna, esta *élite* económica e intelectual, en una sociedad en la que la presencia del aborigen y del negro esclavizado confería a todo blanco "un complejo de superioridad", padecía la exclusión, la desconfianza con que la rodeaba la administración real desde la metrópoli, aunque tuvieran poder en América. Aun así, este sector social abomina del mestizaje (aunque lo tuviera en su propia sangre) y se sentía claramente, como un español en América[15]. Un español tan empapado de quijotismo como sus pares del viejo continente, pero cruzado por la exuberante sensualidad de la fértil tierra americana. Más cercano a la gracia y a la desmesura andaluza que a la dura austeridad castellana.

Particularizando las características de ese español americano, el peruano García Calderón sostiene: "En la riqueza de ese desarrollo nacional, persisten esenciales caracteres de la raza que es menester fijar: el individualismo, la democracia, el espíritu local receloso de vastas unidades, el fanatismo africano que encuentra su satisfacción solamente en sensaciones excesivas y soluciones extremas; en una palabra, los dones de una raza grave y heroica, en perpetua lucha vital, arrogante frente a Dios, el rey y el destino"[16]. En la constante negación de lo hispánico, en nuestra propia constitución como pueblo –tan propia de los primeros historiadores argentinos– se pierde la comprensión de algunos rasgos de los libertadores y los grandes hombres que pelearon por la libertad de la América española. Esas características propias del conquistador español que vino a imponer su dominio, pero que al mismo tiempo constituyó un pueblo nuevo en su mestizaje, participa de ambas naturalezas (del conquistador y el conquistado) creando su propia personalidad.

Sin embargo, muchos rasgos de ese andar quijotesco, de esa exaltada confianza en la propia fuerza, de esa desmedida exaltación de la autonomía hasta la exacerbación regional, nos permiten entender algunas cuestiones centrales en los tiempos de la revolución y la independencia, que a los que tienen fobia a todo lo hispánico que hay en nuestra naturaleza americana, se les suelen perder. El talante español americano es, hacia afuera, hombre de pasiones. Siempre encuentra la excusa para embanderarse en una causa que justifica su paso por la vida, el gesto heroico que le da sentido: un cazador de utopías. Un espíritu místico y dramático, con la aventura como horizonte, que se enfrenta a lo desconocido no del modo utilitarista de los anglosajones, sino como destino trágico e inexorable, pensando en la integridad de su honor, que imagina jamás mancillado. La particularidad de ese espíritu español americano es que no siente por el rey y el reino, sino una relación lejana. Una especie de contrato tácito de respeto distante. Su obediencia al monarca no es devoción, sino que es condicional, es decir condicionado al ejercicio de su propia libertad.

15/Francisco García Calderón describe a principios de siglo a ese sujeto americano. "El criollo allende el mar es un español del siglo heroico, enervado por el mestizaje y el clima. Es imposible explicar su carácter sin tener en cuenta el genio español".

16/García Calderón, Francisco, *Las democracias latinas de América. La creación de un continente*, Caracas, Biblioteca de Ayacucho, 1979, p. 9.

Libertad, incluso para explotar en su propio beneficio, a los pueblos originarios frente a las leyes de Indias que quieren ponerle límites. Hay un duelo entre el ideal de justicia y la ley. Ideal de justicia que es un significante vacío, a ser llenado por las causas propias pero jamás por un deber ser impuesto por la burocracia real.

3. La crisis del dominio español en América

Es un clásico en la teoría política que el momento más peligroso para un régimen autocrático es cuando pretende reformarse a sí mismo. Después de la guerra de Sucesión, con la muerte del último rey Habsburgo se estableció en España la dinastía de los Borbones, de origen francés pero apoyada sobre la victoria de los ingleses[17]. Felipe V y Fernando VI hicieron con su llegada al trono, reformas largamente demoradas en un Imperio que era cada vez más obsoleto y perdía terreno en la disputa interimperial. Entre otras cuestiones, abordaron la centralización de los impuestos agrícolas y la creación de intendencias para controlar la administración, una institución traída de Francia con la intención de ordenar un poco el complejo (y un tanto caótico) sistema vigente en la península ibérica, que era poco más que una aglomeración de reinos con reminiscencias de las autonomías de los tiempos feudales. Con ello restringieron los poderes absolutamente abusivos de la nobleza provincial, que hacían prácticamente imposible el trazado de políticas económicas unívocas para la corona de Madrid. Los Borbones, gobernantes aggiornados a los tiempos que corrían en Europa, establecieron, en lo económico, un modelo mercantilista y al mismo tiempo –en consonancia con las características del despotismo ilustrado– hicieron florecer las artes y las cuestiones culturales. Mientras tanto, fueron chocando con los poderes locales, que venían de una amplia autonomía, tanto en la península como en América.

La vieja "estructura de la monarquía, el Estado compuesto, desapareció en 1707–1714 con el desenlace de la guerra de Sucesión, quedando reducida la diferencia a pequeños territorios de la península: las tres provincias vascas exentas y Navarra. Subsistió un Estado básicamente único y subsistieron los dominios ultramarinos, ahora subrogados como provincias dependientes del reino de España, las Indias, que por efecto de la difusión de la moderna teoría colonial y de las tesis mercantilistas en boga en Europa, comenzaron a ser denominadas colonias"[18]. Como dice Octavio Paz[19] para México, aunque aplicable al resto de las posesiones americanas de España: "Las reformas emprendidas por la dinastía borbónica, especialmente Carlos III, mejoraron la economía y lograron una mayor eficiencia en las transacciones comerciales, pero hicieron más patente la centralización de las funciones administrativas y convirtieron a la Nueva España en una auténtica colonia, es decir, en un territorio subordinado a la explota-

17/Para Gustavo Levene, "La paz de Ultrecht [1713] puso fin a la guerra de Sucesión; en ella Gran Bretaña, Austria y Holanda, después de triunfar sobre Francia y España, obtuvieron que estas dos últimas naciones se comprometieran a no unificar las monarquías que, pertenecientes a la misma dinastía de los Borbones, gobernaban en ella". Levene, Gustavo Gabriel, *Breve historia de la independencia argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1966, p. 56.

18/Piqueras, José Antonio, *Bicentenarios de la libertad. La fragua de la política en España y en América*, Barcelona, Ediciones Península, 2010, p. 197.

19/En Stoezer, ob. cit., p. 20.

ción sistemática y estrictamente vigilado por el centro del poder". A principios del siglo XIX, Humboldt[20] –contemporáneo, en gran parte, a estas reformas– define las condiciones que tenía esa relación colonial, para la mirada de un europeo. "La metrópoli consideró útil a una colonia en la media en que ésta le proporcionaba gran número de materias primas y a su vez consumía gran cantidad de artículos de consumo y mercadería, transportados en sus propios barcos".

Carlos III accedió al trono en 1759 y gobernó siempre rodeado de un puñado de ministros ilustrados, entre ellos el marqués de Sonora, responsable de una serie de reformas administrativas en la América hispana, que trastocaron de raíz la autonomía relativa de las Américas, ajustando su carácter de colonias. Así, se aumentaron los impuestos a las ventas en general y se restringieron las exportaciones. Los productos españoles y –por su intermedio– europeos, entraron a raudales. Al mismo tiempo que se arruinaban las industrias textiles en regiones de México y del Perú, se veía un reflorecer de la actividad minera extractiva, cuyo beneficio quedaba en manos de unos pocos.

Juan Carlos Vedoya, en su libro que lleva el elocuente título de *La expoliación de América*, establece el siguiente cuadro que nos permite ver las consecuencias concretas del ajuste del sistema colonial –aplicado por los Borbones– en el caso particular de la minería.

Periodo	Plata	Oro
1493–1600	99.280.000	3.281.740
1601–1700	161.887.000	3.966.570
1701–1800	247.978.000	8.265.690

No hace falta ser un genio de las matemáticas para observar que, desde la instauración en el trono de los Borbones (primeros años del siglo XVIII) prácticamente se duplica, tanto la extracción de oro como la de plata, con destino a la metrópoli.

Lo determinante para el periodo histórico que vamos a abordar es que cuando esa dinastía llegó al poder, no sólo implementaron reformas administrativas fundamentales, sino que dieron una vuelta de tuerca de las condiciones de dependencia de la América española. Cambios que, junto con las disputas permanentes con los funcionarios ibéricos que ejercían el poder político en las colonias, sumadas a la autarquía económica de gran parte de los criollos blancos que –como señalamos– habían amasado ingentes fortunas, significaron un cóctel explosivo. En definitiva, esta situación generó un desgaste de la vigencia del pacto colonial o, para decirlo sin eufemismos, una erosión de las condiciones de dominación de las potencias ibéricas, cada vez en mayor decadencia, sobre las tierras americanas.

"Para entender cómo y por qué ocurrió esto es necesario aclarar cuáles fueron las reformas, cuál fue su sentido, por qué fueron adoptadas y qué efectos tuvieron. Las reformas afectaron los centros vitales de la vida imperial. Los ganglios políticos, de los que Madrid y Lisboa acrecentaron los poderes; los militares, donde incrementaron el poder del ejército real; los religiosos, donde favorecieron al clero secular, sujeto a la Corona, y penalizaron al regular, hasta la expulsión de los jesuitas, y los económicos, donde racionalizaron y

20/Alexander von Humboldt en *Ensayo sobre el gobierno de la Nueva España*, citado por García Calderón, ob. cit., p. 21.

aumentaron los intercambios, acentuando sin embargo la brecha entre la madre patria, encargada de producir manufacturas, y las colonias, relegadas al rol de proveedoras de materias primas. El espíritu y el sentido de tales reformas no fue un misterio ni en el territorio metropolitano ni en el de ultramar. Tanto es así que quienes las llevaron a cabo fueron héroes en su patria, pero tiranos a los ojos de muchos en las colonias. Lo que buscaban era encaminar un proceso de modernización de los imperios y de centralización de la autoridad a través del cual la Corona pudiera administrarla mejor, gobernarla de manera más directa y extraer recursos de modo más eficiente"[21].

Claramente lo encuadra Abelardo Ramos, "En las últimas horas del siglo XVIII, la crisis interna del imperio era incontenible. La inutilidad de los esfuerzos borbónicos por rejuvenecer España desde la cúspide sin tocar su estructura profunda, se puso de relieve con la muerte de Carlos III en 1788. Tan sólo un año más tarde, el triunfo de la Revolución Francesa indicaba el ocaso del absolutismo. Nada podía esperarse ya de él cuando la burguesía y las clases populares entraban en la historia. La era borbónica había llegado muy tarde a la vida española y se agotaba rápidamente. Sus mejores medidas en América hispánica tuvieron el curioso efecto de acelerar la destrucción del viejo imperio"[22].

En la América española y particularmente entre los criollos acomodados que manejaban gran parte de las economías locales, las reformas borbónicas fueron percibidas como lo que realmente eran: una nueva ofensiva de la voracidad metropolitana. Incluso, perder el carácter jurídico de reino para transformarse definitivamente en colonias, también tuvo su impacto en la conciencia sobre todo de la aristocracia americana, que –sin dejar de concebirse española– no se sentía menos que los peninsulares. Deber obediencia al rey o debérsela a toda España, era una diferencia repugnante para una oligarquía tanto o más rica que muchas de las familias aristocráticas de la península. Así, gran parte de las clases dominantes criollas empezaron a sentirse traicionadas en el plano político y perjudicadas abiertamente en el plano económico. Aunque el mismo sentimiento también tocó a las clases populares, cuando la crisis del ajuste colonial empezó a afectar a sus bolsillos.

De manera que las condiciones de dominación se empezaron a resquebrajar por las dos puntas de la pirámide social. Por un lado, el hartazgo de la opresión del escalón más bajo, como las rebeliones producidas a partir de Túpac Amaru (que luego veremos con mayor detenimiento) y por el vértice de las clases dominantes criollas, que entraron en disputas con los funcionarios coloniales enviados desde España, en el marco de un ejercicio más firme del poder colonialista. La elite intelectual de estos criollos se fue conformando como la vanguardia de un proceso de ruptura cuando apareció la oportunidad.

Cuando Carlos III murió en 1788, lo sucedió en el trono su hijo Carlos IV, quien carecía de la capacidad política y la sagacidad propia de su padre, y vivía bajo la influencia de su mujer, María Luisa de Parma. Ella se hizo famosa por beneficiar políticamente a sus amantes, entre los cuales su favorito –un joven soldado de Badajoz, Manuel Godoy[23]– fue

21/Zanatta, ob. cit., p. 30.

22/Ramos, Jorge Abelardo, *Historia de la Nación Latinoamericana*, Buenos Aires, Peña Lillo-Continente, 2011, p. 108.

23/Con la fina ironía que lo caracteriza, Jorge Abelardo Ramos dice: "Godoy había entrado a la política

promovido a mariscal de campo y recibió el título de nobleza de duque de Alcudia. A los 25 años fue nombrado primer ministro. La política manejada por "favoritos" se hacía una constante en la corona española.

Un tema no menor en la crisis política del sistema colonial español, fueron las reformas religiosas practicadas por los Borbones. Frecuentemente, los favoritos, intelectuales afrancesados de ideas iluministas, consideraban a la Iglesia un lastre para el desarrollo económico y para los planes de modernización de la Corona. Esto no sólo tenía su fundamento en la concepción filosófica, sino también en la económica: la Iglesia tenía en España y América inmensas riquezas improductivas. Pero, además, disputaban el aparato simbólico del orden social. Fundamentalmente, la crítica se centraba en las órdenes religiosas, en particular la de los jesuitas, que no sólo habían construido en América una estructura económica y hasta políticamente autárquica (un verdadero Estado dentro de otro Estado) sino que, además, dominaban la enseñanza superior. Este poder era uno de los vértices del autonomismo practicado en un dominio que pretendía disciplinar como colonia (con el modelo francés).

En América mayormente, era donde el poder jesuítico estaba en permanente desafío y limitaba la autoridad del rey y sus funcionarios. Por eso es que "en el proceso de centralización y concentración de poder a la francesa las órdenes religiosas eran sin duda un importante obstáculo. El conflicto que se produce en Francia entre su monarca y los jesuitas da la excusa perfecta a los también Borbones españoles para expulsarlos de la península y de América en 1767. A esta expulsión le siguió, en América hispana, la apropiación por parte de la Corona de todas sus propiedades. La expropiación de sus bienes y el empoderamiento del clero secular, sobre el cual el rey ejercía jurisdicción a través del Real Patronato, con respecto al clero regular, sobre el cual no ejercía el mismo poder, fueron sus consecuencias inmediatas. Estas medidas generaron reacciones diversas. Parte del clero superior, empapado de ideales reformistas, las consideró necesarias y las recibió con beneplácito. Pero tanto el bajo clero como vastos estratos populares en muchos puntos de la América española se sublevaron contra las autoridades enviadas por la Corona, acusándolas de impiedad. Formaron de este modo lo que con el tiempo se constituyó como una alianza recurrente en otros momentos de la historia latinoamericana"[24].

El reformismo de Carlos III puede ser visto como factor morigerador, en su intento de introducir mejoras sociales y económicas en el sentido de las transformaciones liberales que pudieron haber postergado la revolución, como lo entienden aquellos que por izquierda y derecha ven en las transformaciones burguesas un escalón superior en la evolución humana. O bien puede ser apreciado como factor catalítico, en el sentido de que impulsó a las aristocracias criollas hacia el control del poder, para defender y acrecentar sus privilegios.

"Las Indias españolas habían alcanzado, aun a costa de mantener un ritmo de producción y tráfico extremadamente lento, una estructura unitaria, en la cual los vínculos económicos internacionales poseían cierta estabilidad. La acrecida presión europea dislocó

española por la puerta del dormitorio de la reina". Ramos, ob. cit., p. 109.

24/Zanatta, ob. cit., p. 33.

esta estructura; en el siglo XVIII comenzaba ya lo que iba a manifestarse en pleno en la centuria siguiente: la disgregación de las Indias en zonas de monocultivo relativamente aisladas entre sí, con mercado a la vez consumidor y productor en Europa; fuera de las regiones capaces de acomodarse a esa transformación, la consecuencia debía ser una decadencia relativa o absoluta"[25]. Pero esto no es fruto de un hecho inexorable sino de la paulatina intervención inglesa, primero a través del contrabando y después ya con el comercio tanto directo como indirecto. El crecimiento de Buenos Aires o Caracas no se explica sino a través de esta reconversión.

Desde el punto de vista político, el sistema virreinal entró en crisis no sólo por el hecho de la degradación jurídica al status de colonia formal, sino también por reformas administrativas en el sistema colonial, como el cercenamiento de las funciones de la Casa de la Contratación –definitivamente suprimida en 1740– y el reemplazo del Consejo de Indias por los ministros del rey, en la atención de los asuntos concernientes a América. Reformas que seguían el modelo francés de Luis XIV (1643–1715), cuyos impulsos fueron centralismo e ilustración, lo cual terminó resintiendo el pacto colonial que unía a los que se consideraban españoles americanos, de otros españoles, los de la península.

Así las cosas, como dice Rodolfo Puiggrós, "La nueva política borbónica no era fácilmente aceptada en las colonias. El localismo estrecho, enajenado a la economía doméstica y a formas atrasadas de explotación del trabajo humano, se resistía a cuanto significara subordinar los intereses particulares de cada región y de cada poblado a los intereses generales del virreinato o de todo el imperio colonial español"[26].

También es importante consignar que los intentos reformistas de los Borbones, sobre todo en el campo de la economía, se hicieron en el marco de una época de acentuada decadencia hispánica, cuando España misma estaba cada vez más en condiciones de dependencia respecto de las otras potencias europeas, mucho más adelantadas en sus propios procesos capitalistas. Era un mapa geopolítico caracterizado por el ascenso británico. "Sin llegar a la fórmula extrema de Humphreys, que considera el colapso del imperio hispanoamericano como una simple expresión de la expansión comercial de Europa y en particular de Inglaterra, debemos reconocer la debida importancia de este factor preponderante" afirma el historiador uruguayo Gustavo Beyhaut[27].

Las condiciones de una España cada vez más subordinada en el marco de una Europa crecientemente signada por la disputa de predominio entre Francia e Inglaterra, ponía en evidencia el anacronismo de los antiguos monopolios comerciales (que implicaban cada vez más una tercerización y no una protección de la manufactura española) y los inconvenientes de una estructura social cuyos cimientos descansaban en el trabajo forzado de los indios y esclavitud de los negros. Por eso es que los intentos reformistas no lograron impedir el derrumbe del sistema colonial español. Las instituciones de gobierno tenían poca flexibilidad, circunstancia que lo hizo crujir por todos lados a partir de la reforma

25/Halperín Donghi, Tulio, *Revolución y Guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla,* Buenos Aires, Siglo XXI, 2014, p. 25.

26/Puiggrós, Rodolfo, *De la colonia a la revolución,* Buenos Aires, Carlos Pérez Editor, 1986, p. 311.

27/Beyhaut, ob. cit., p.12.

centralizadora de los Borbones.

La expansión económica y demográfica había favorecido, tal como hemos visto, la creación de verdaderos mercados regionales, con producción local de tejidos, velas y jabones, vinos y aguardientes, adornos y herrajes, cereales y otros alimentos, que no estaban prácticamente en relación con el comercio internacional. Pero este circuito interno, no bien distribuido socialmente, generó la acumulación en unas pocas familias. El enriquecimiento progresivo y excesivo de estos sectores, estimuló los deseos de artículos suntuarios con los ojos puestos en el modo de vida de las clases acomodadas de Europa, lo que impulsaba el deseo de acabar con el pesado sistema de comercialización monopolizado y tercerizado por los españoles.

Contradictoriamente con ello, a partir de las reformas borbónicas que recolonizaban América, aumentaron las prohibiciones contra las economías de competencia. Se desarrolló, por ejemplo, una guerra a la vid y al olivo productos que se cultivaban en la metrópoli y que no toleraban su competencia americana, pero también contra los tejidos y otras protoindustrias propias de América hispana y que no existían en España.

Finalmente, y por el irrefrenable impulso de la economía internacional de la que España era un actor cada vez más secundario, se va imponiendo la apertura del libre comercio. Todo un símbolo fue que Cádiz perdiera su privilegio de puerto único de intercambio con las Indias. Nueve puertos de España se abrían al comercio con América. Para 1778, la libertad de comunicación entre las colonias y España era casi total, y la libertad de comercio era ley, aunque resistida por intereses diversos pero concurrentes.

"El famoso 'Reglamento para el comercio libre de España e Indias', expedido por Carlos III en 1768, habilitó 33 puertos en América y España para el intercambio, suprimió algunos impuestos, morigeró otros y fijó prioridades para el transporte de productos 'nacionales'. Pero la 'nacionalidad' de tales productos estaba referida a España, y el objeto de esta providencia fue estimular la industria y el comercio peninsulares, ya que los productos entrados a España y remitidos a América tenían, también, carácter de 'nacionales', aunque fueran importados. La 'nacionalización' de los productos consistía, pues, en asegurar la percepción de impuestos por parte de España. Y si con esas medidas llegaron más productos a América y disminuyó algo el contrabando, ellas no representaron beneficio alguno para la producción artesanal y manufacturera hispanoamericana"[28].

Los intereses de los comerciantes criollos americanos (no de los españoles monopolistas) iban en contraposición con estas medidas de "nacionalización", ellos propiciaban la liberación para exportar principalmente materias primas e importar productos europeos, sin necesidad de ceñirse a la obligación de que el transporte se hiciera exclusivamente desde España y por barcos españoles. En los primeros años del siglo XIX, la coyuntura internacional europea logró las concesiones que los americanos no podían imponer por su propio peso, obteniendo los británicos algunos privilegios de los que carecían hasta entonces, pero que se habían abierto después de la paz de Ultrecht con la concesión de los asentamientos para el tráfico de esclavos.

28/Sabsay, Fernando L.; Pérez Amuchástegui, A. J., *La sociedad argentina. Génesis del Estado argentino*, Buenos Aires, Feyde, Fondo Editorial de Derecho y Economía, 1973, p. 24.

4. La división político administrativa de América del sur

Entre las reformas políticas de los Borbones estaba la creación de nuevos virreinatos en América del Sur, desmembrando el virreinato único con sede en Lima. El primero en crearse fue el virreinato de Nueva Granada y luego el del Río de la Plata.

En la historia oficial argentina, con su matriz porteño–céntrica, el antecedente principal del Estado nacional lo constituye la creación del virreinato de Buenos Aires o del Río de la Plata. Esto tiene claramente que ver con que la ciudad de Buenos Aires comienza a cobrar un protagonismo del que hasta entonces carecía absolutamente. La Buenos Aires anterior, una rústica aldea de contrabandistas, no era un antecedente para la orgullosa metrópoli con pretensiones de europea del fin del siglo XX que empezó a escribir la historia nacional. La oligarquía porteña encontraba allí el primer antecedente digno de sus aspiraciones. Aunque en rigor de verdad el virreinato no es un antecedente en la sucesión de Estados hasta llegar al Estado nacional argentino, sino una subdivisión política del imperio español en América.

Lo cierto es que al finalizar las reformas borbónicas, los dominios españoles de América habían quedado reorganizados en cinco virreinatos: el de Nueva España, que abarcaba las audiencias de México y Santo Domingo, así como las capitanías generales de Guatemala y Cuba; el de Nueva Granada, que incluía la audiencia de Quito y la de Santa Fe de Bogotá, además de la capitanía general de Venezuela; el del Perú, que abarcaba desde la audiencia de Cuzco hasta la capitanía general de Chile y, por último, el Virreinato del Río de la plata que abarcaba las audiencias de Charcas, Asunción y Buenos Aires.

El virreinato del Perú, con sede en Lima –llamada Ciudad de los Reyes–, continuaba siendo el centro neurálgico de la dominación colonial española, aunque la descentralización menguó su poder. Lima era el corazón de la colonia sudamericana, una ciudad fastuosa construida con una fina arquitectura española, sustentada en el oro y la plata extraídos del Alto Perú. Estos recursos minerales de América, no sólo habían financiado desde el siglo XVI las aventuras bélicas de los Habsburgo en particular, y de un modo general el desarrollo del capitalismo europeo –como hemos referido–, sino que también habían convertido en millonarias a varias familias españolas que habían decidido quedarse en América, en la que vivían en monumentales palacios, con ornamentales balcones de madera labrada y con un tren de vida de lujo que pocos en la península ibérica podían equiparar.

De existencia intermitente, el virreinato de Nueva Granada fue disuelto y vuelto a formar en un par de ocasiones. Su primera fundación fue en 1717, siendo posteriormente disuelto por dificultades económicas, fruto de la derrota española en la guerra europea de la Cuádruple Alianza (1718–1720). En 1724 volvió a crearse, no obstante tuvo una existencia efímera. Finalmente, fue definitivamente refundado en 1739/40. Las causas de su creación obedecieron, por un lado, al aumento de la producción de oro en la región y al establecimiento de controles coloniales más ajustados sobre ella. Por otro lado, al tener una amplia costa sobre el mar Caribe, su objetivo era además el control del contrabando, que en esta zona se hacía cada vez más intenso.

La fundación del virreinato del Río de la Plata también estaba relacionada con el control de contrabando. De hecho, la expedición de Ceballos –primer virrey– destruyó los

centros de contrabando como Colonia del Sacramento, enclave portugués situado frente a Buenos Aires. Aunque también respondió a razones militares e incluso geopolíticas. En efecto, la expulsión de los jesuitas en 1767 y la implosión de las misiones –que el ejército español no pudo o no supo conducir de la misma manera que la orden religiosa– dejaron desguarnecida la frontera con el imperio portugués en América. Una de las características notables de este imperio era su constante expansión, desde que se fijó la línea del tratado de Tordesillas, oportunidad en la que le fue asignada una pequeña porción del territorio continental americano. Por eso la corona española pensó en una estructura política administrativa con sede cercana al foco de conflicto, aunque no tanto como podría haber sido Asunción y que, además, contara con una posibilidad de fácil acceso para las tropas que venían desde la metrópoli.

Por las razones expuestas, fue que se escogió Buenos Aires. Montevideo, que tiene un puerto natural muchas veces superior al porteño, no fue elegido porque era una ciudad apenas fundada (1726) hacía unas decenas de años. Sin embargo, a poco de andar, ya causó problemas en la economía local puesto que –como dice Puiggrós– "la destrucción de los focos de contrabando dio un golpe en la cabeza a los hacendados y comerciantes bonaerenses. Los cueros dejaron de tener compradores y los registros no dispusieron de artículos europeos"[29]. Acá vemos con claridad, en un ejemplo concreto, la contradicción entre las medidas centralizadoras borbónicas (que ordenaban la política y economía españolas) y los intereses económicos locales americanos.

No obstante, Buenos Aires se había convertido en la sede administrativa de la más extensa posesión española. Esto implicaba el desarrollo de un aparato burocrático–administrativo del que hasta entonces había carecido. Y, además, constituía una codiciada presa para los comerciantes porteños el hecho de controlar el tráfico hasta las minas altoperuanas. "Ya no vendrían los virreyes del Perú, con sus manotazos, a impedirle que sacara cuanto metálico quisiese[30]. En adelante, impondría la política inversa: que ni un gramo de plata saliese para Lima. Los comerciantes porteños triunfaron políticamente al ser eliminada la influencia de sus colegas de Lima, pero sufrieron una derrota con la represión del contrabando. Conquistaban el mercado interno justamente cuando perdían contacto con la corriente comercial anglo–portuguesa. El doble golpe de Ceballos fue verdaderamente magistral, y la declaratoria del comercio libre hubiera solucionado el problema pendiente, de haber estado España en condiciones de satisfacer las necesidades de sus colonias. Como estaba imposibilitada para hacerlo, el contrabando resurgió más pujante que antes"[31].

Acaso lo más grave de la reestructuración colonial borbónica –tal como vimos– fue la destrucción de las incipientes industrias que habían florecido en América, precisamente producto de las deficiencias y los altos costos del sistema monopolista comercial español.

29/Puiggrós, ob. cit., p. 304.

30/Hasta ese momento a Buenos Aires le estaba vedado hacer operaciones en metálico (que era lo que más interesaba a los buques extranjeros). Éstas solo podían realizarse con forma de intercambio o bien mediante el contrabando, por lo cual el metálico que salía por el puerto porteño era más que escaso.

31/Puiggrós, ob. cit., p. 305.

Al mismo tiempo, en España, una burguesía –sobre todo catalana (la única sólida junto con la vasca)– se esforzaba por sacar a la península de su letargo y de su rol de pasamanos de Europa. Sin embargo, en función de su retraso en el desarrollo capitalista, se veían en la paradoja de estar impedidos de plantear el libre comercio como otras burguesías, mucho menos respecto de su principal colonia: América. "¿De qué valía declarar la libertad de comercio si no contaba con medios materiales suficientes como para competir con los ingleses? Era lo mismo que entregarles las colonias. Pero si no declaraba la libertad de comercio, el monopolio mercantil y las represiones serían cada día más letra muerta e igualmente sus colonias se independizarían"[32].

Hacía tiempo que la dominación española era sacudida por convulsiones internas, pero estas no eran el germen de una independencia, ni de la creación de una nueva nación, sino que constituían protestas frente a los malos gobiernos y a las decisiones que perjudicaban las economías americanas, que –en su sector dominante– se sentían tan integrantes del imperio como las provincias de la propia península.

"A fines del siglo XVIII, la independencia de las colonias merodeaba en el pensamiento de las cancillerías y fue prevista por numerosos observadores: Montesquieu, Raynal, Burke, Weymouth, A. Smith, etcétera. El conde de Aranda, a quien el propio Voltaire elogiaba, era, de los colaboradores de Carlos III, el más consciente de esta situación[33]. En 1783 redactó su famoso informe secreto, en el cual se avisaba sobre la dificultad de conservar el sistema virreinal, y se señalaba la urgencia de encontrar una fórmula de transición que no rompiese totalmente los vínculos entre España y América"[34].

El resultado final de las reformas no fue el ordenamiento de la economía sino el incremento de un contrabando que salteaba a la metrópoli española en el intercambio. Dicho crecimiento debe interpretarse como la presión creciente del capitalismo europeo más desarrollado y su necesidad de ampliar mercados a los que España no estaba en condiciones de dar respuestas. "'España no se abastecía a sí misma. Los telares y las fábricas, antes famosos, no tenían ya razón de ser, porque el 90 % de las mercaderías que consumía España, las adquiría del holandés, del inglés o el francés.' (P. Leroy Beaulieu) Los mercaderes de París, Amberes, Génova y Londres usufructuaban los beneficios del comercio con las colonias, debilidad estructural de España para reelaborar las materias primas de las colonias que la reducían a la categoría de mera intermediaria comercial"[35].

32/*Ibid*., p. 293.

33/Enrique de Gandía pone en duda este informe. Puiggrós, en cambio coincide con Hernandez Arregui: "Uno de los políticos españoles más influyentes del siglo XVIII, el conde de Aranda (1719-1798) pronosticaba que las colonias no tardarían en independizarse. Aconsejaba, entretanto, aprovechar su 'sustancia, pues en llegándola a perder, nos faltaría ese pedazo de tocino para el caldo gordo'... de la Madre Patria. España vivía, en efecto, una trágica disyuntiva: no podía renovar las bases económico–sociales de sus colonias sin renovarse a sí misma y no podía renovarse a sí misma sin desprenderse de sus colonias". Puiggrós, Rodolfo, *De la colonia a la revolución,* Buenos Aires, Carlos Pérez Editor, 1986, p. 282.

34/Hernández Arregui, Juan José, *¿Qué es el ser nacional?,* Buenos Aires, Plus Ultra, 1973, p. 55.

35/*Ibid*., p.55.

La situación de la América portuguesa, el extenso territorio de Brasil donde ejercía su dominio colonial, no era muy diferente de la de la América hispánica. Portugal tampoco era más que un intermediario de mercaderías para la colonia, en ese caso, predominantemente inglesas. Las reformas –similares a las borbónicas– fueron llevadas a cabo por el marqués de Pombal y, a partir de su implementación, estallaron una multiplicidad de conflictos en siglo XVIII. En la región de San Pablo, los empresarios que se dedicaban a la extracción del oro se opusieron a las autoridades metropolitanas que decidieron controlar la explotación de los yacimientos, y en la región de Ouro Preto, otro levantamiento se opuso al control de la producción del oro por la Casa de la Fundición, que era el organismo imperial de control. Mineros en San Pablo y Minas Gerais, plantadores de azúcar en Recife y algunos comerciantes, hicieron oír sus voces de protesta, al igual que en la América española, cuando la monarquía portuguesa intentó imponer normas de control de acuerdo con sus ideas de modernización del Estado.

Todas las revueltas mencionadas fueron finalmente sofocadas por los gobernadores locales, algunas de ellas de manera sangrienta. Y sería en Minas Gerais, donde tendría lugar uno de los movimientos más importantes por su componente ideológico, puesto que aspiraba a instalar una forma de gobierno republicana. El líder de esta conspiración era un alférez criollo, dado que había nacido en Brasil, Joaquín José da Silva Xavier, cuyo oficio de dentista hacía que se le conociera por el sobrenombre de Tiradentes. El grupo revolucionario estaba integrado por miembros de las clases altas, como algunos profesionales y clérigos, militares, entre ellos el propio Tiradentes, e intelectuales, como los poetas Manuel Da Costa y Alvarenga Peixoto. La llamada "Conjuración Mineira" tuvo lugar en 1789 y constituyó –por sus características– el antecedente más próximo a la etapa independentista de 1822. Al igual que en otras partes de América, navegaba esta protesta entre la crítica al despotismo de Lisboa, así como a las medidas que deterioraban las economías locales, o bien en la utopía y las propuestas de abolir la esclavitud, en un sistema económico colonial donde las clases dominantes debían su riqueza mayormente a la explotación de la raza africana por los propietarios de minas y plantaciones. Finalmente, la falta de apoyo frustró la rebelión y Tiradentes fue condenado a muerte.

5. La cadena de dominación del imperio español se corta por los eslabones más delgados: Buenos Aires y Caracas.

Otra cuestión a tener en cuenta es que "el panorama económico y demográfico americano, empezó a cambiar y, al flanco de los viejos núcleos coloniales donde el poder ibérico se hallaba mejor arraigado, surgieron otros, nuevos y vibrantes, en especial en torno a las ciudades de Caracas y Buenos Aires, donde la herencia hispánica era más tenue y superficial, el comercio inglés alcanzó más rápidamente sus primeros objetivos y donde, no por azar, los movimientos independentistas emergieron con más fuerza"[36].

El centro de la administración colonial en Sudamérica, que residía en la ciudad de Lima, procuró siempre concentrar monopólicamente el comercio con la metrópoli y con el resto de los dominios americanos del sur. Esta hegemonía política llegaba a plantear el

36/Zanatta, ob. cit., p. 31.

absurdo económico de que el comercio con las ciudades atlánticas americanas desde la península ibérica, se hiciera vía el Océano Pacífico, cruzando mayormente por tierra el istmo de Panamá. Esta operación se llevaba a cabo en convoyes custodiados por la flota de guerra española. Así las mercancías españolas, u europeas en general, debían ingresar primero a Lima y desde ahí, llegar por el sur –cruzando los andes– hasta Potosí y más lejos aún, hasta Buenos Aires, o bien por el norte también cruzando la cordillera hasta Bogotá o la lejana Caracas. Por tal motivo no es raro que en ambos extremos floreciera el contrabando, tanto en el estuario del Río de la Plata como en la cuenca del Orinoco y las costas del mar Caribe. Así se establecía un arreglo directo con mercancías de las potencias ajenas al dominio colonial y se reducían enormemente los precios de los productos importados que consumían las elites coloniales.

Las llanuras del Río de la Plata y Venezuela tuvieron, además del contrabando (a veces por su propio impulso) otro punto en común: la capacidad natural de producción de riqueza ganadera, que primero se extendió desde el ganado cimarrón, pero después se fue sistematizando. Esta producción tenía el problema de que no era posible colocarlo en el mercado español ni en los centros de poder americano, muchas veces por las grandes distancias que los separaban. Este punto implicaba una contradicción superior con el sistema colonial al que tenían otras regiones sudamericanas, más integradas a la producción sobre todo para los sitios ricos de la América colonial, en cuya periferia se situaban.

Nos vamos a detener en el sistema económico de Buenos Aires y Caracas, para intentar comprender por qué en esos puntos extremos de la dominación colonial española de Sudamérica prendió con mayor fuerza el hecho revolucionario.

Nuestra pampa fue durante siglos, una de las zonas escasamente habitadas de la tierra. Los pueblos originarios que allí vivían no habían desarrollado sistemas sedentarios, ni tampoco el control hidráulico que les permitiera el cultivo de la tierra fértil sobre la que estaban parados. Por eso es que, cuando llegaron los conquistadores españoles, prácticamente no encontraron pueblos a los que dominar, sino hombres y mujeres hostiles a su dominación. La mayoría de los aborígenes fueron corriendo su ubicación en la medida en que se iban constituyendo los núcleos fundacionales españoles. Como bien señala Astesano, "Buenos Aires había nacido bajo el signo de la decadencia y la miseria, porque en su zona no había mano de obra capaz de arrancar la riqueza al suelo de la pampa. Durante los primeros siglos, los pocos centenares de habitantes que se sucedieron en varias generaciones vegetaban en la pobreza, envidiando el vertiginoso crecimiento del capitalismo minero de Potosí"[37]. Pero no sólo se trataba de la riqueza minera, también la población nativa dotaba, mediante la apropiación de su trabajo, de enormes recursos a las zonas andinas con su sometimiento a encomiendas de aborígenes industriosos, que constituyeron una industria doméstica que producía exclusivamente para el mercado interno lo que no alcanzaba a proveer el externo, sobre todo, para las clases populares. En lo que hace a la industria textil, esto se hizo muy claro.

"Este núcleo iba a permanecer despoblado por largo tiempo; de él controlaban los españoles tan sólo el terreno preciso para mantener las comunicaciones entre el Paraguay,

37/Astesano, ob. cit., p. 147.

el interior y el Atlántico"[38]. La esperanza del desarrollo de estas zonas marginales en el circuito colonial siempre tuvo la mira puesta en el intercambio con el exterior. Ni siquiera para eso servía satisfactoriamente Buenos Aires, dado que no contaba con un puerto natural adecuado, pues el margen derecho del Río de la Plata es sumamente barroso. Hasta muy entrados los tiempos de la colonia, no se había construido ni siquiera un muelle para facilitar el abordaje de los barcos. Los navíos de carga no pudieron aproximarse durante mucho tiempo a más que un par de kilómetros. Sus cargamentos se transportaban en goletas, que entraban en la boca del Riachuelo, desembocadura del actual río Matanza, desde donde las mercancías eran llevadas en carros a la ciudad.

Sin embargo, Buenos Aires, un puerto inapto naturalmente para el tráfico comercial, olvidado por las autoridades del imperio español, periférico respecto del centro metalífero y de asentamiento humano donde estaba la riqueza colonial, se fue abriendo su propio destino desde esta situación de debilidad. Su camino fue el contrabando de mercaderías, fundamentalmente inglesas. Como bien dice el escritor inglés Robert Harvey: "Buenos Aires era un centro comercial, estimulado por un floreciente contrabando con Europa que, a la lejana España, le resultaba difícil combatir"[39].

Este hecho incontrastable (pero, al mismo tiempo, en gran medida escondido bajo la alfombra del orgullo porteño) y la acumulación que se concentraba en un puñado de familias, hicieron que Buenos Aires empezara a formular una crítica al rígido sistema del monopolio comercial ejercido por los españoles.

Ramos es lapidario en su descripción de esta situación: "En cuanto a Buenos Aires, en ese puerto ínfimo, tan gris como las aguas servidas del Río de la Plata, juzgado en los siglos coloniales como lugar de destierro para los funcionarios del rey, se ha constituido una clase terrateniente y comercial de reciente alcurnia. No desciende de conquistadores. Su grupo influyente se compone de peninsulares ávidos y prestos, prácticos en el contrabando y en todo comercio ilícito, llegados después de 1750 y que forman la clase principal de 'solar conocido'. Se han enriquecido más o menos rápidamente, pues de la pampa inmensa ha brotado un yacimiento mejor que el Potosí. La ganadería es inextinguible y aunque carece de dueño, pronto aparece quien la reclame. Inglaterra encuentra al producirse la Revolución su más seguro aliado en estas dos clases sociales: ganaderos y comerciantes"[40].

A principios del siglo XVIII, la coyuntura europea le dio un espaldarazo a la marginal ciudad porteña, pues la victoria inglesa arrancó concesiones al rígido sistema monopólico español. En el contrato del asiento de esclavos con Inglaterra, firmado el 26 de marzo de 1713, se introducía una novedad importante en relación con asientos anteriores, como fue la apertura al comercio extranjero del puerto de Buenos Aires, lo que no había sido permitido hasta ese momento, al menos no tan abiertamente como se concedía ahora. "El Real Asiento de Inglaterra obtuvo, además, permiso para vender tierra adentro los negros que le sobrasen en Buenos Aires, concesión que utilizó para colocar también toda suerte

38/Halperín Donghi, ob. cit., p. 24.

39/Harvey, Robert, *Los Libertadores. La lucha por la independencia de América Latina* (1810-1830), México, Océano, 2002, p. 24.

40/Ramos, ob. cit., p. 137.

de mercaderías"[41].

A partir de ese momento y hasta mediados del siglo XVIII, Buenos Aires comenzó a convertirse en creciente competencia para Lima, reclamando permanentemente a la metrópoli el fin del antieconómico sistema con centro en la capital del virreinato peruano y proponiéndose como alternativa[42]. "En enero de 1768, el cabildo porteño volvió a la carga, mediante una Representación elevada al rey con el pedido de derogación de las medidas prohibitivas del comercio por el puerto de Buenos Aires. Daba razones de peso. Decía que se tardaban cincuenta días en recorrer las trescientas cincuenta leguas de caminos llanos entre Buenos Aires y Jujuy y doce días más las cien leguas de Jujuy a Potosí, es decir que se demoraba en total sesenta y dos días desde el puerto de Buenos Aires a las minas potosinas. En cambio, se empleaban más de cuatro meses en recorrer las quinientas leguas de caminos difíciles entre Lima y Potosí, encareciéndose las mercaderías un 150 por ciento en relación con las que se introducían por Buenos Aires. A ello se agregaba que el costo del viaje de España a Callao–Lima era varias veces mayor que si se hacía directamente de la península al puerto del Plata"[43]. La lógica estaba de su lado, el poder político no tanto. Por lo menos hasta ese momento.

La racionalización y la apertura comercial borbónica que comenzaron en 1768 y se plasmaron una década después, fueron práctica –y no casualmente– simultáneas con la reestructuración política institucional que crea el virreinato del Río de la Plata. Buenos Aires, como capital, empieza a transformarse en un centro comercial de creciente importancia en el sur de América, a tal punto que a fines del siglo su influencia ya abarcaba –por lo menos en cuanto a jurisdicción política se refiere– la zona más extensa de los dominios hispánicos. No sólo en términos territoriales sino también económicos, porque había logrado que se incluyera al rico territorio del Alto Perú en su jurisdicción. La política descentralizadora de los Borbones le había dado a Buenos Aires la posibilidad de disponer por primera vez de un gran mercado que iba desde el Río de la Plata hasta el Alto Perú. No estaba exento de la competencia tradicional, pero tampoco era un intercambio ilegal como antes.

"La importación de mercaderías europeas aumentó rápidamente y los frutos de la tierra comenzaron a valorizarse"[44]. Algunos comerciantes –tanto criollos como españoles– empezaron a acumular capital, los barcos españoles se llevaban grandes cantidades de cueros y los precios de los mismos comenzaron a elevarse al tiempo que se depreciaba el valor de las mercaderías extranjeras que se consumían, en desmedro de las ganancias de la antigua capital virreinal. La reacción de los comerciantes limeños fue inmediata.

Por su parte, los comerciantes porteños hicieron fáciles ganancias que les permitieron acrecentar el contrabando con los ingleses, quienes –en un primer momento– no formaban parte del librecambio otorgado por los españoles a sus aliados y a los neutrales. Los ingleses acercaban sus barcos a Buenos Aires y, utilizando la histórica legislación de dere-

41/Puiggrós, ob. cit., p. 295.

42/"Antes que para eliminar el monopolio mercantil español, los productores y comerciantes bonaerenses lucharon por anular el monopolio del comercio limeño". *Ibid*, p. 294.

43/*Ibid*., p. 296.

44/*Ibid*., p. 295.

cho marítimo sobre buques averiados, casualmente averiaban sus naves frente al puerto, descargando por las noches sus mercaderías y volviéndolas a cargar, generalmente con productos de la tierra.

No obstante, no era el contrabando la única vía: los ingleses también hacían una triangulación con terceros países habilitados. "Al permitirse el comercio libre nada más que con las colonias extranjeras (1795) y con los países neutrales (1797), se hacían pasar por yanquis y llegaban hasta el mismísimo puerto de Buenos" dice Rodolfo Puiggrós[45]. En sentido similar se expresa Astesano al sostener que "los años 1794 y 1795 constituyen otro momento cumbre en la formación de la clase burguesa comercial porteña, y marcan al mismo tiempo el desarrollo pleno de una de sus formas de vida: el comercio con neutrales. En esos dos años se acentúa violentamente su lucha contra los monopolistas. (...) Se reducía el mismo a traer del Brasil, y hasta a veces de Cuba, aguardiente, azúcar, arroz, y negros, en abierta competencia, salvo el último de los "artículos" nombrados, con la producción interior del virreinato. En cambio llevaron productos nacionales como los cueros. Este tráfico con neutrales y el comercio negrero, eran conocidos en su época, como las dos formas más encubiertas de hacer el negocio clandestino con los ingleses en altamar o de traer mercaderías inglesas directamente a Buenos Aires, para valerse allí de mil subterfugios hasta conseguir desembarcarlas"[46].

Paralelo a este desarrollo comercial se va construyendo el Estado colonial que tuvo, en la fundación del virreinato del Río de la Plata, un hito fundamental. Ese Estado se conformó –en primer lugar– para ajustar las tuercas, demasiado flojas, por cierto, que permitieran después de tres siglos garantizar a la Corona la percepción de los impuestos a ella destinados, y sobre todo, para hacer respetar el sistema comercial monopolista, instituido como régimen general de injusticia social y de transferencia de riquezas a la metrópoli. En otras palabras, el Estado colonial se constituyó fundamentalmente como instrumento de dominación de los españoles monopolistas, comerciantes libres y hacendados reconocidos, sobre todas las otras capas sociales. Circunstancia que se tornó más evidente al calor de las últimas reformas.

Las clases trabajadoras, subordinadas durante la colonia y desde los tiempos de la conquista, eran fundamentalmente los pueblos originarios, muy escasos en Buenos Aires pero predominantes en otros sectores del virreinato; los esclavos negros, que al carecer de tierras para el cultivo tropical, no eran una minoría importante, como en otros sitios de América del Sur; los pardos o mestizos y los descendientes de españoles empobrecidos. Por encima de ellos, colocados en mejor situación social, desarrollaban su actividad los artesanos en los poblados[47] y – a su alrededor– los campesinos. "Más allá de los pueblos,

45/*Ibid*., p. 307.

46/Astesano, ob. cit., p. 163.

47/"En las ciudades la producción artesanal había permitido la formación de gremios especializados, como los plateros, zapateros, herreros, panaderos, etc. Sin embargo la gran cantidad de las mercaderías llegaban por el tráfico internacional llevando al máximo el desarrollo de los transportes que los repartían por todo el interior. No es ésta una simple afirmación. Durante los últimos años del virreinato la manufactura extranjera llegó a competir ventajosamente con la producción nacional

perdidos en los lugares más escondidos del monte, vivía casi al margen de la civilización el grupo social típico de nuestras campañas, del gaucho libre unido apenas a la civilización por el débil cordón de un corto canje comercial de yerba[48] y tabaco por cueros traídos del lejano rodeo"[49].

Por entonces, el gaucho no era el arquetipo de la nacionalidad en que se convirtió posteriormente, cuando se volvió inofensivo después de la derrota de las últimas montoneras. La palabra "gaucho" era un mote despectivo, usado para denigrar a esa población marginal, que constituía el último escalón social en un límite muy impreciso con los pueblos originarios no integrados a la civilización blanca.

Lo que transformó paulatinamente la organización social, al mismo tiempo que modificaba la economía, fue un hecho no planificado por los conquistadores, aunque aprovechado por muchos de sus descendientes y otros sectores de las clases dominantes, que fue la cuestión de la inmensa reproducción silvestre, en condiciones naturales del ganado abandonado o perdido por los primeros pobladores españoles. La región del litoral reunía todas las condiciones climáticas y geográficas para que esos pocos ganados –traídos por los conquistadores– se reprodujeran en forma extraordinaria.

En un territorio que parecía abandonado de la mano de Dios en el marco del sistema colonial, prácticamente sin mano de obra ni capitales, el surgimiento de gran cantidad de ganado cimarrón fue una bendición inesperada. Esta aparición y la aceptación del cuero en el mercado europeo, dieron un nuevo rumbo a la ciudad portuaria, situada tan marginalmente que relajaba los controles para el contrabando, pero a la cual llegaba poco y nada del metálico que se producía en el Alto Perú. El cuero, en primera medida, y el sebo, en segundo término, fueron los productos de intercambio que –en un primer momento– se canalizaron por medio del contrabando y después por la legalización del comercio. Las barracas de los comerciantes se llenaron de cueros y los gauchos (casi tan cimarrones como los vacunos) empezaron a aumentar su integración con el intercambio de animales cazados en la extensa llanura.

Ahora bien, esta nueva situación significó que, al poco tiempo, esa inmensa pampa fértil fuera gradualmente apropiada por aquellos sectores que se beneficiaban realmente del intercambio y, asimismo, que empezaran a aparecer vaquerías o rodeos que tenían un propietario concreto, así como gauchos que trabajaban en una relación distinta a la independencia en que hasta ese momento se habían desenvuelto. Así se inició la conquista de

---

aun en la fabricación de los ponchos". *Ibid*., p. 64.

48/"La comida nacional en nuestras campañas fue la carne. Carne sin sal, sin pan, sin galletas, ni verduras de ninguna especie. Era el alimento propio de un país ganadero de incipiente cultura. La bebida normal era también el agua. De tanto en tanto, la caña correntina o el vino de Mendoza rompían la monotonía de esta alimentación primitiva. Las regiones norteñas producían la yerba cuyo uso era de consumo general en todo el territorio como desayuno, como sedante, como alimento cuando no había otro; antes y después de la comida, al levantarse y al acostarse, para quitarse el cansancio o el calor, o como pasatiempo en las reuniones. Se comía generalmente en el suelo empleando cuchillo". *Ibid*., p. 60.

49/*Ibid*., p. 190.

la pampa, que constituyó la otra fuente de riqueza –junto al contrabando– para las clases acomodadas de Buenos Aires y del resto del litoral.

La libre exportación de cueros, sebo y –con posterioridad– carnes saladas, fue el impulso que dio nacimiento a fines del siglo XVIII a un incipiente sector ganadero. Se empezó así con el mercado externo proveyendo un elemento de intercambio. "Los productos ganaderos fueron, durante siglos, la moneda internacional con que pagamos la ferretería y la cerámica, el carbón y el petróleo inglés (como antes lo habíamos pagado con la plata de Potosí). Más tarde agregamos las nuevas monedas de la lana y los granos. Cueros argentinos por mercancías inglesas fue el motivo para que la burguesía del puerto se diera vuelta para mirar al país, lanzando su acumulación de dinero sobre las pampas, para organizar un nuevo sistema de producción capitalista ganadero, montado sobre las estancias, como verdaderas granjas de pastoreo a pleno campo"[50].

Esa producción ganadera se basó, casi excluyentemente, en las condiciones naturales que permitieron bajo costo y altas ganancias, con mano de obra que trabajaba sólo por su subsistencia. El capital acumulado –en la mayoría de los casos– por los comerciantes, se lanzó sobre la pampa, para transformar campos hasta entonces sin valor, en capital. Así comenzó el proceso de apropiación de la tierra, la construcción de límites y propiedades, donde antes no había más límite que el cielo y el horizonte. También se construyó un sistema de fuertes para dividir la zona de la civilización blanca de la zona controlada por los pueblos originarios, que hasta el momento había sido difusa[51]. De este modo fueron creciendo enormes estancias que –recién años después– van a estar cercadas por alambrados. La tierra para estancias comenzó a comprarse y venderse en la ciudad, dando nacimiento a una nueva forma de negocios y especulación.

Buenos Aires era, en los tiempos de la Revolución, el mayor centro urbano de la zona, con una población de 45.000 habitantes aproximadamente, población mayormente blanca, constituyendo el resto una mezcla de negros, mulatos y algunos indios. El comercio era el principal medio de vida de las clases dominantes, tanto de origen español como criollo.

Los comerciantes españoles vinculados al sistema del monopolio, por medio de sus representantes en España, y sobre todo en Cádiz, traían toda clase de mercaderías –en su mayoría no producidas en la propia España– a sus almacenes y abastecían tanto a la ciudad como al resto del virreinato. Llegaban a sus establecimientos gran cantidad de géneros de seda, lana, algodón, medias, lienzos, sombreros, etc. "Todos estos almacenistas y tenderos porteños estuvieron divididos por el comercio internacional en monopolistas[52],

---

50/*Ibid*., p. 154.

51/"En las poblaciones fronterizas, a pesar de la vigilancia de las autoridades, traficaban con el indio, convivían con él y se habían identificado de tal manera que era difícil determinar dónde comentaba el dominio de uno y otro". Astesano, op. cit., p. 47.

52/"Todo el comercio de exportación e importación, según hemos visto, debía realizarse necesariamente buscando la intermediación del grupo de comerciantes españoles, que tenían ese privilegio otorgado por el régimen comercial instituido por la metrópoli en todas las colonias. El sistema jurídico implantado por España origina el primer grupo clasista: los partidarios del monopolio. Para ejercer este comercio se necesitaba de licencia directa del rey, con largas informaciones previas sobre con-

traficantes del comercio de Cádiz, y comerciantes libres que encararon según las épocas y las condiciones, el comercio negrero, el tráfico con neutrales, el tráfico con las colonias o simplemente el contrabando con el inglés allí donde un funcionario venal lo permitía" [53].

El comercio porteño gozaba de mayor libertad de movimiento de lo que su función de agente local del gaditano podría hacer suponer; todos combinaban actividades legales con las ilegales, y en ambas, obtenían suculentos beneficios. "Pero tanta prosperidad no va acompañada por el cumplimiento de una función dinámica en la economía local; sin duda los comerciantes establecidos en Buenos Aires no desdeñaban la exportación de cueros, a través de la cual canalizaban hacia sí una parte de las ganancias del sector más dinámico de la economía virreinal. Pero la mayor parte de su giro consiste en la distribución de importaciones europeas cuyos retornos se hacen en metálico"[54].

Los más ricos de todos eran los comerciantes monopolistas, que tenían bajo la protección legal su proceso de desmedida acumulación: introducían a precios fabulosos las mercaderías europeas, y se llevaban, a cambio, los metales del norte sumados a los cueros y productos del litoral, a precios irrisorios. Quedaba de este tráfico un excedente notable, que devino en la formación de las grandes fortunas del puñado de comerciantes monopolistas porteños, levantadas a costa de la economía local.

Es evidente, pues, que este grupo era el más influyente de la colonia, desde el punto de vista social. Entre los más representativos, podríamos citar al vasco Martín de Álzaga. "En general puede afirmarse que los monopolistas fueron los directores de la economía colonial. Controlaban el comercio exterior y la producción ganadera y agrícola y aun el comercio minorista. Sin embargo, también tomaron parte en el contrabando que complementaba al monopolio. Sin monopolio no hubiera habido contrabando, y sin contrabando el monopolio no hubiera dado abasto a las necesidades de la población del virreinato. Alimentar a uno y otro, sacando provecho de ambos a costa siempre de la producción general del país era la tarea que se había reservado para sí el capital comercial"[55]

Los otros comerciantes, generalmente criollos, pero también extranjeros –por ejemplo, portugueses como los padres de Dorrego[56] o italianos como los de Belgrano– acumulaban también por dos canales: la vía legal en tanto socios menores de los monopolistas, y la del contrabando, que constituyó su principal fuente de riqueza. Precisamente sobre este último tipo de comercio, recaía todo el peso de las instituciones, bajo la presión de los monopolistas (cuando ellos no formaban parte del negocio). Los decomisos, confiscaciones de cargamentos y contrabandos descubiertos, se efectuaban sólo en la medida en que

---

ducta personal, posesión de bienes raíces y ciudadanía en ejercicio, y luego de concedida la licencia quedaba el comerciante bajo la vigilancia continua de las autoridades de uno y otro hemisferio, viéndose expuestos a ser suspendidos en su tráfico a la menor insinuación de que su negocio era perjudicial o lucrativo en exceso. Estas últimas disposiciones fueron de aplicación desconocida en el virreinato del Río de la Plata". *Ibid*., p. 139.

53/*Ibid*., p. 126.

54/Halperín Donghi, op. cit., p. 53.

55/Astesano, op. cit., 142.

56/El apellido original de origen portugués de la familia de Manuel Dorrego era Do Rego.

a los grandes comerciantes les conviniera.

En 1809, cuando Baltasar Hidalgo de Cisneros y La Torre fue designado al frente del virreinato, abrió el debate sobre el libre comercio[57] y, en consecuencia, los monopolistas españoles de Buenos Aires –que tenían organizados sus intereses sobre el control del mercado interno– se vieron obligados a concretar las ideas comunes. Los comerciantes contrataron entonces a un hábil abogado recibido en Charcas, para que fundamentase sus posiciones, Mariano Moreno. Este es el origen de "La representación de los hacendados", en cuyo texto el joven Moreno –y al servicio de sus clientes– hace una encendida defensa del libre comercio. No obstante, dicha presentación tuvo su respuesta por parte de los hombres que se sustentaban desde la incipiente industria del interior. "Decía entonces Yañis en su alegato, contestando a la 'Representación' de Mariano Moreno, que 'sería temeridad equilibrar la industria americana con la inglesa; estos audaces maquinistas nos han traído ya ponchos, que es un principal ramo de la industria cordobesa y santiagueña, estribos de palo dados vuelta al uso del país, sus lanas y algodones, que a más de ser superiores a nuestros pañetes, zapallangos, bayetones y lienzos de Cochabamba, los pueden dar baratos, y por consiguiente arruinan enteramente nuestras fábricas y reducir a la indigencia a una multitud innumerable de hombres y mujeres que se mantienen de sus hilados y tejidos'"[58]. Esa contradicción entre la apertura económica total y la defensa proteccionista de nuestra producción industrial, que parece una discusión de nunca acabar en nuestra tierra, ya tenía sus expresiones en aquellos tiempos.

Por su parte, el sistema económico de Caracas, aun siendo distinto al de Buenos Aires, tenía sus puntos de común. Históricamente, casi desde el arribo de Colón al primer punto de Sudamérica –al que llamó Tierra Firme o Costa Firme–, la provincia de Venezuela (o Caracas) dependió de la Real Audiencia de Santo Domingo, situada en la isla La Española. Con la reestructuración de los Borbones, cuando, en la segunda década del siglo XVIII se crea el virreinato de Nueva Granada, Venezuela se integra a esa jurisdicción, que –como ya señalamos– duró apenas un puñado de años. Posteriormente, en la década del 40 del mismo siglo, en oportunidad de restablecerse ese virreinato, Caracas siguió dependiendo del mismo, que tenía su capital en Santa Fe de Bogotá. Pero esta situación fue alterada poco tiempo después por el rey Carlos III, que constituyó en el territorio del nuevo virreinato tres comandancias militares: Cartagena, Portobelo y Caracas. Entonces, la jurisdicción militar del gobernador de la provincia de Caracas fue creciendo en importancia hasta convertirse en la capitanía general de Venezuela, con capital en la ciudad de Santiago de León de Caracas, por Real Cédula de Carlos III del 8 de septiembre de 1777[59], tan sólo un

57/El libre comercio fue implantando por el virrey Cisneros el 6 de noviembre de 1809. Por eso es una de las tantas falacias de la historia oficial la que sostiene que a la revolución la impulsó el deseo de una "burguesía comercial" en búsqueda del libre comercio.

58/Astesano, ob. cit., p. 142.

59/Un año antes, en 1776, fue creada la intendencia de Caracas. Las intendencias eran divisiones administrativas de descentralización cuyo modelo había sido copiado de la administración francesa. Lo claro es que el rey Carlos III veía la necesidad de institucionalizar la región y dotarla de fuerza jurídica, política y militar.

año después de la creación del virreinato del Río de la Plata.

Las capitanías generales, eran una forma de administración particular en el seno del imperio español, para ejercer el dominio sobre zonas que tenían una importancia militar estratégica. Eran, en general, regiones con baja importancia económica (con la excepción de la capitanía general de Cuba), pero de alta conflictividad, ya fuera con otras potencias europeas o con la piratería (como ocurría con la de Guatemala o Venezuela, por ejemplo), cuanto con poblaciones originarias consideradas hostiles (como sucedía por ejemplo, en la capitanía general de Chile). A su cargo estaba un presidente que tenía el control militar y ejecutivo de la región acompañado jurisdiccionalmente con una Real Audiencia, en la mayoría de los casos. La correspondiente a Caracas, se creó en 1786.

En el caso de Venezuela, la capitanía general abarcaba prácticamente el territorio de la actual República Bolivariana de Venezuela, incluidas la isla de Margarita, que fue con el tiempo un bastión independentista, y la de Trinidad que, pocos años después de su cambio de jurisdicción, fue invadida por los británicos.

En la capitanía, como en el resto de América, el poder político estaba en manos de una burocracia generalmente peninsular, pero el económico lo concentraban un puñado de familias que –en este caso– eran las dueñas de grandes haciendas. La tierra en general se dividía en grandes extensiones en manos de unos pocos privilegiados. Estos fueron especialmente criollos, muchos de los cuales eran descendientes de antiguos conquistadores. En Venezuela, a esos criollos se los denomina "mantuanos", un término que tiene algo de despectivo pues fue creado por el pueblo llano.

La producción en las grandes haciendas se basaba, principalmente, en la explotación de esclavos africanos, que eran propiedad de los terratenientes. Los esclavos negros estaban distribuidos en el territorio venezolano de modo desigual y en función de las características de producción de cada una de las regiones. Las grandes posesiones de tierra eran obtenidas por mercedes de los funcionarios reales, por la antigua posesión de encomenderos o por donaciones o endeudamientos de tipo municipal o provincial.

En cuanto a la población negra, "La mayor concentración se encontraba en la costa y disminuía su número y su importancia hacia las regiones donde habitaban indígenas sometidos a las misiones religiosas, las cuales establecieron importantes centros de producción y, en consecuencia, fundaron pueblos que llegaron a convertirse en ciudades"[60].

La producción estuvo especialmente dedicada al cacao, la caña de azúcar, el café y el maíz, aunque también podemos encontrar regiones propiamente ganaderas, que –como veremos– tuvieron características más o menos similares a las estudiadas para Buenos Aires, incluso en el factor humano. En efecto, en la región llamada de los Llanos –que abarca actualmente desde el estado de Barinas hasta Monagas– no abundaban los esclavos, sino los llamados "llaneros" que vivían en gran medida libremente, proveyendo su sustento del ganado cimarrón existente en la región. Estos eran grandes jinetes, feroces combatientes y vivían, muchas veces, en una frontera difusa con los pueblos originarios hostiles a la civilización europea impuesta. Tal como los gauchos de la pampa.

60/Acosta Saignes, Miguel, *Bolívar. Acción y utopía del hombre de las dificultades,* Caracas, El perro y la rana, 2013, p. 26.

En los llanos venezolanos, como en las pampas argentinas "los bueyes, los caballos, los asnos y las mulas, traídas, originalmente, de Europa, se han multiplicado y forman numerosos rebaños. Un gran número vaga salvaje e indómito por las sabanas y los bosques. Otros se encuentran reunidos en hatos o praderas naturales, habitadas por españoles que se ocupan de su cría. 'Hay un particular que posee cinco o seis leguas de tierra, en todas direcciones y es propietario de 30 a 40.000 animales entre reses, caballos, mulas y asnos' dice un viajero francés de principios del siglo XIX"[61].

El historiador colombiano Indalecio Liévano Aguirre[62] plantea que a partir de la adaptación de los ganados (equinos y bovinos) llegados por intermedio de los españoles, se fue dando una nueva fisonomía a la vida económica de esta región. Tras de ellos se desplazó desde el norte una importante corriente colonizadora que, después de choques iniciales con el elemento nativo, impuso una organización económica centralizada en los "hatos" y haciendas de criollos y españoles. El comercio se desarrolló en una primera etapa con las regiones mucho más pobladas del norte de la capitanía, pero al encontrar una salida por el río Orinoco y al ser esos territorios de difícil control de la autoridad dio origen a un extraordinario incremento del contrabando y a contingentes armados que asumían el peligro y el beneficio de ese tipo de tráfico, que no pocas veces comenzaba robando a los hatos en los llanos y terminaba descargando los cueros en barcos fundamentalmente ingleses.

"A principios de esa centuria no era muy intenso el comercio de Venezuela con España, a pesar de que esta pretendía mantener el dominio exclusivo de las relaciones económicas con sus colonias ultramarinas. Existía un navío llamado de Registro, encargado de transporte de mercancías en ambos sentidos. En la primera década del siglo XVIII traía a Venezuela productos diversos, como ropa y algunos comestibles, que se vendían a precios excesivos. Solía traer de preferencia vinos y aguardientes y volvía a España con cacao. Se negaba a retornar a la península con cueros y tabacos, dos productos abundantes en la provincia de Venezuela"[63].

El Caribe que baña las costas venezolanas siempre fue un espacio en disputa entre las potencias europeas. Esto daba oportunidades para que muchos de los productos, que no tenían salida legal, la tuvieran por vía del contrabando. Desde 1797 en que –como parte de la guerra con España– Gran Bretaña toma la isla de Trinidad, esta se constituye como un foco de intercambio ilegal entre esa potencia y Tierra Firme.

Durante gran parte de la era colonial, el principal producto de exportación era el cacao, aunque comercialmente también fue muy importante el tabaco que se consumía en el país y en todas las Antillas. Su trascendencia tiene que ver con que abrió el comercio al contrabando. La Compañía Guipuzcoana, a la que la metrópoli había concedido el monopolio del comercio con Venezuela, procuró tesoneramente, aunque sin éxito, extinguir este contrabando. Los vaivenes de la política internacional europea lo hacían crecer o decrecer, más que los controles de las autoridades imperiales. Caracas, al igual que Buenos Aires, como zonas marginales del poder económico real del imperio español en América, se iban

61/*Ibid*., p. 64.

62/Liévano Aguirre, Indalecio, *Bolívar,* La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2010, p. 105.

63/Acosta Saignes, ob.cit., p. 28.

abriendo paso entre el contrabando y las protestas oficiales, por lo perjudicial que era el sistema monopolista.

"Pueden resumirse los datos vistos así: las costas o sus cercanías producían abundantes productos agrícolas, ente los cuales sobresalían el cacao como fruto de exportación. El maíz poco nombrado en el comercio exterior, era la base de la alimentación de los trabajadores, esclavos negros e indígenas, así como de los pardos. Por todos los puertos, pero especialmente por los orientales, se exportaba abundante ganado. Es notable la cantidad de mulas, animales propios para duras labores de carga, que salían por el Orinoco y Barcelona hacia las Antillas"[64].

También en Caracas se constituyó un sector preponderante de comerciantes que aspiraban a la libertad económica que les permitiera comerciar con las potencias extranjeras, principalmente con los británicos. "Estos ya en 1749 a través de Francisco de León, protestaron contra el monopolio de la Compañía Guipuzcoana. Los mantuanos venezolanos a mitad del siglo XVIII aspiraban a la libertad de comercio. Producían suficientemente para emprender mayores exportaciones que las permitidas por los reglamentos de la compañía. Y aspiraban a producir más, si podían conseguir la libertad de movimiento, de expansión, de intercambio"[65].

Caracas tenía –para los tiempos de la Revolución– aproximadamente 42.000 habitantes, es decir, algunos pocos menos que Buenos Aires. Aun siendo ciudades considerables, eran ambas inferiores en comparación con la Villa Imperial de Potosí que en 1573 –según el censo efectuado por el virrey Francisco de Toledo– había llegado a las 120.000 personas, alcanzando aproximadamente en 1650 a 160.000, reduciéndose después del agotamiento de las minas a menos de la mitad; o Lima que para 1629 ya promediaba los 60.000 habitantes, bajando a más de la mitad para 1700 y consolidándose en más de 50 mil, según datos oficiales del censo realizado en 1791 por el virrey Gil de Taboada y Lemos; o la ciudad de México, que tenía por entonces aproximadamente 120.000 habitantes.

Las comunicaciones al interior de América eran más fluidas por mar que por tierra, con la excepción de los antiguos caminos del incario. A fines del siglo XVIII eran necesarios treinta días para trasladarse de Buenos Aires a Tucumán, un trayecto de llanura prácticamente en su totalidad, pero que no estaba en su totalidad en control de los blancos, pues algunos tramos eran dominados por pueblos originarios. Entre el virreinato del Perú y la capitanía general de Chile, que era una de sus dependencias, no existía ninguna comunicación terrestre. De modo similar, entre Caracas y el fértil valle del Magdalena, corazón de Nueva Granada, se encontraban dos obstáculos insuperables: los llanos palúdicos y el muro de los Andes. Que las comunicaciones fueran marítimas, desde afuera, y no desde el interior, habla claramente de la situación colonial de nuestra América.

En las zonas ganaderas venezolanas no existía todavía –como en el resto de América– el alambrado para delimitar el territorio. Los rodeos se marcaban con un hierro incandescente para determinar quién era el propietario. "Las llamadas leyes del llano establecían una serie de procedimientos que pertenecían al derecho consuetudinario, más que a ela-

64/*Ibid*., p. 34.

65/*Ibid*., p. 13.

boraciones técnicas jurídicas, para proteger los derechos de quienes eran propietarios, en parte teóricos, de grandes extensiones, y no era el territorio lo que significaba riqueza, sino el número de animales de que cada cual podía disponer"[66].

Los llanos constituyeron un lugar con caracteres propios, incluso dentro de la economía venezolana y neogranadina, con un régimen de ganadería pastoril combinado con una verdadera cacería de ganado, paralela al apacentamiento. Dicha cacería de ganado, se constituyó –con el tiempo y con las luchas prolongadas– en elemento económico fundamental de sostenimiento de ambas fuerzas beligerantes en las guerras de la independencia.

La cacería de ganado –tanto vacuno como equino– va a tener una implicancia en la base de sustentación de las clases populares en los llanos, del mismo modo que lo vimos en la llanura pampeana. Pero además existe un paralelo en la influencia en el modo de vida de los eximios jinetes, que recorrían los llanos haciéndose uno con sus cabalgaduras. Y también, como la extensa pampa del sur, los llanos venezolanos constituyeron una zona opaca de la aplicación de la ley vigente y la imposición del orden colonial. "Durante el periodo esclavista anterior a la independencia, los llanos sirvieron de refugio a los esclavos fugitivos, a negros libres perseguidos, a pardos acusados justa o injustamente de transgresiones a las leyes y a indígenas rebeldes"[67].

Los hombres libres de los llanos, los llaneros –así como los gauchos rioplatenses– habían aprendido a cazar el ganado cimarrón y de eso podían vivir, comiendo su carne y, eventualmente, según sus necesidades, aprovechando sus cueros para vestirse o para venderlos a tenderos a fin de tener unos pesos para los vicios como el tabaco. Estos gauchos y llaneros, además de expertos en el manejo del caballo, tenían a su disposición una provisión inagotable de equinos para trasladarse o para hacer la guerra.

6. Desde la crisis de la colonia a la independencia: la gestación del hecho maldito

Desde las reformas borbónicas, el territorio americano, que durante más de dos siglos había sido regido por la corona española, empezó a mostrar signos inequívocos de inestabilidad. En su seno se gestó un hecho maldito, una contradicción que no es resoluble en el marco de la *pax* de la colonia, pero que tiene sus causas, sus detonantes, sus primeros propósitos y hasta sus límites, en el marco de esa América mestiza, sustrato del imperio español en estas tierras. Los sucesos en la metrópoli serán –como veremos– su catalizador. Pero las capas tectónicas del subsuelo de la patria ya empezaban a moverse. Ese imperio, montado con velocidad de conquista (voraz y al mismo tiempo, épica) que engendró un nuevo espacio cultural y político, se estabilizó en el tiempo en condiciones de colonialidad –que se prolongaron alrededor de tres siglos–, pero fue conmovido hasta los cimientos en tan sólo un puñado de años. Ello permitió acabar, más de un siglo antes que el resto de los países dependientes de Europa en África, Asia y Oceanía, con el yugo colonialista.

Esta emancipación, como no podía ser de otra manera, que empezó –tal como veremos– en la política española y terminó en un conflicto antagónico con el colonialismo his-

66/*Ibid*., p. 61.

67/*Ibid*., p. 26.

pánico, estuvo signada desde un principio por la guerra. Una guerra cruenta y fratricida, que en apenas quince años se llevó una parte considerable de la población americana. Y que va a prologarse en sus consecuencias desastrosas para la economía, por la voluntad de un imperio que se niega a ser desmembrado. Precisamente, la vocación de todo colonialismo es de perpetuarse en el tiempo y resistirse violentamente a su desintegración, cuando está francamente en decadencia, porque es incapaz de repensarse a sí mismo.

La guerra se extendió como una mancha indeleble por todo el territorio de nuestra América desde 1808 y 1809, cuando aparecieron las primeras juntas en la defensa de los derechos del monarca legítimo Fernando VII, mediante la reversión de la soberanía, a idéntico modo que lo que sucedía en la península; hasta diciembre de 1824, cuando el último foco importante conservado por los colonialistas cayó derrotado en manos de las tropas sudamericanas del general Antonio José de Sucre, en la batalla de Ayacucho. La etapa histórica abierta con la revolución política que se resuelve en el movimiento emancipador, experimentó avances y retrocesos a lo largo de tres lustros. Pueden señalarse en este camino tres períodos o etapas. El primero se inicia en 1808 y 1809 con la constitución de las primeras juntas en América, producto de la ocupación francesa de la península ibérica. El segundo período va de 1811 y 1812 y marca las contradicciones de una guerra civil que se hace cada vez más cruenta y antagónica, lo que va determinando a cada vez más amplios sectores a escoger partido por la independencia, sobre todo a partir del regreso de Fernando VII en 1814 y su resolución de descartar los liberales españoles y conducir con los absolutistas. El tercer periodo lo constituye la ofensiva patriótica, ya definitivamente independentista, que va logrando instalarse a fuerza de convicción política de las masas y triunfos militares. En este periodo tienen lugar las grandes campañas continentales conducidas por el libertador José de San Martín desde el sur, y el libertador Simón Bolívar desde el norte, que convergen hacia el Perú.

Si la revolución tuvo, no sólo el hecho detonante como catalizador, sino también el sistema de ideas que la impulsó, venidos desde afuera, podemos decir que la independencia se fue cocinando a fuego lento entre las contradicciones de la sociedad colonial.

CAPÍTULO III
CUATRO GRANDES SUCESOS AMERICANOS PREVIOS E INFLUYENTES

"A mí sólo me matarán..., pero mañana volveré y seré millones"
Túpac Katari

1. De las resistencias a los grandes sucesos americanos

A lo largo de tres siglos de colonialismo español en América, se dieron numerosos actos de resistencia, gestos de autonomía de los propios conquistadores, acentuación de rasgos propios que marcaban la diferencia con la metrópoli, autonomismos exacerbados e incluso algún loco conquistador que quiso establecer su propia supremacía, en desafío abierto al rey y a la Iglesia, como fue Lope de Aguirre. No obstante, sólo vamos a tomar cuatro hechos producidos en el continente americano, que tuvieron un impacto directo en el proceso independentista y que, por tanto, queremos analizar. Aunque es preciso aclarar que, en ninguno de los casos, pretendemos afirmar que hayan sido causas directas de la independencia. Nos referimos en particular, a la expulsión de los jesuitas del territorio americano español, la rebelión de los pueblos aborígenes que se inicia con Túpac Amaru, la independencia de las trece colonias inglesas norteamericanas y la revolución social e independencia haitiana, la primera de América latina. Todos estos hitos pesaron de modo directo o indirecto, fundamentalmente sobre la opinión de los criollos acomodados, que se habían formado con ellos o bien, que –en mayor o menor medida– estaban al tanto de las cuestiones de política internacional o de la población en general, en las zonas de influencia de algunos de estos fenómenos. Ello así, de modo tal que podemos tomarlos como influyentes, al menos en alguna región de nuestra América. Dejamos fuera de los antecedentes a las múltiples rebeliones y pronunciamientos comuneros, por considerarlos que fueron generalmente por causas económicas, relacionadas con los impuestos excesivos y con los ajustes borbónicos, que –si bien ayudaron a generar un clima de cuestionamiento a las autoridades– en realidad, su influencia en el proceso revolucionario fue, según consideramos, secundario.

2. La expulsión de los jesuitas

La Compañía de Jesús, fundada por el ex militar español Ignacio de Loyola, fue uno de los pilares de la Contrarreforma en Europa[1]. "La orden gana adeptos rápidamente y se

1/"Loyola encabeza la Contrarreforma católica y funda una orden militar, cuyo primer general, con carácter vitalicio, será él mismo. Se trataba de salvar el papado, la unidad de la Iglesia y el poder espiritual del catolicismo en el orden temporal. Tal es el programa de la Compañía. Estos sacerdotes–solda-

extiende por el mundo, donde obtiene asombrosos éxitos: el contramovimiento iniciado por el guerrero español contra el cisma protestante retoma la influencia católica hasta en Alemania y el Austria protestantes, se prolonga hacia Oriente, en el Japón, y la India y llega finalmente a las Indias españolas. Estos antiguos soldados y hombres de mundo, matemáticos, músicos, técnicos y humanistas, están agrupados bajo una omnipotente jefatura, con sede en Roma. Su fe es una fe bélica y administradora. Se enfrentará enérgicamente al proceso de transformación de las monarquías feudales a monarquías absolutas, en que se anuncia el poder naciente de los Estados nacionales"[2].

Desde el comienzo mismo de la conquista y colonización de América, los jesuitas estuvieron presentes y tuvieron una influencia determinante. Pese a que –desde una mirada lineal– se pone a la Iglesia como un único bloque sin contradicciones, la realidad fue muy distinta. Las disputas estuvieron siempre a la orden del día. Ninguna orden podía igualarse en poder a los jesuitas americanos, por eso fueron envidiados, odiados y hasta combatidos por las otras órdenes principales (franciscanos, dominicos y mercedarios). Aunque también tenían contradicciones con los encomenderos[3], verdadero poder económico en el sistema colonial.

Las actividades de la Compañía de Jesús no se restringían a la acción misional o a los conventos. Los jesuitas en América formaron una impresionante estructura económica. Participaban en múltiples negocios. Monopolizaban la producción de yerba mate y el tráfico de los ríos Paraná y Uruguay, desde sus inmensos establecimientos de la región paraguaya. Poseían, además, un sistema de estancias desde la región de Córdoba hasta México, donde producían –muchas veces con mano de obra mayormente esclava– bajo el control de un puñado de clérigos. Dichas producciones les permitían, entre otras cuestiones estructurales, financiar los establecimientos educativos, donde formaban a la elite criolla.

"La Compañía de Jesús reveló su genio al crear el mayor organismo cultural, económico y político del mundo colonial de los siglos XVII y XVIII. Si como poder religioso nació y se desarrolló para ser el principal baluarte de la Contrarreforma, como poder material (político y económico) se opuso a cuanto significara burguesía. La formación del mercado

---

dos, advierten que en la disolución del estratificado universo de la Edad Media, la Iglesia corre hacia su pérdida si no extrae energías de sí misma y se remodela para contraatacar al mundo hostil. La primera regla de la Orden será la obediencia total. La burocracia vaticana y las restantes órdenes observarán con sospecha, desde el comienzo, a esta Compañía fanática que selecciona rigurosamente a sus miembros y reúne en sus filas implacables a los mejores talentos y organizadores de su tiempo". Ramos, ob. cit., p. 91.

2/*Ibid*., p. 92.

3/A la independencia de este nuevo poder, contribuye la hostilidad de los encomenderos, que presionan sistemáticamente para impedir a los jesuitas su incómoda prédica en las encomiendas: "Tanto en el Nuevo Reino, como en México, el Perú y Buenos Aires, escribe Liévano Aguirre, los jesuitas se vieron obligados a retirarse gradualmente hacia las fronteras geográficas de la civilización colonial, hacia los territorios que, por sus características salvajes y la belicosidad de los indios –como California, Mainas, el Amazonas y el Paraguay–, no habían despertado todavía el interés de los pobladores españoles y criollos". Ramos, ob. cit., p. 95.

mundial capitalista encontró en ella, en sus comienzos, uno de los mayores obstáculos. Inglaterra no podía expandir su comercio y, por ende, su progreso manufacturero, sin abatir el monopolio de los hijos de San Ignacio o asimilarlo"[4].

Es precisamente Rodolfo Puiggrós quien plantea con más claridad, la contradicción entre el circuito económico jesuítico y el comercio inglés. Sostiene que eso "explica muchos acontecimientos, aparentemente oscuros, cuyo secreto no aparece en actas y documentos. Inglaterra –directamente o entre bastidores, por intermedio de Portugal o de sus agentes– realizó en el Plata una constante política anti jesuítica"[5]. La rivalidad entre Inglaterra y la Orden se mantuvo, a veces en forma violenta, como por ejemplo en la frontera sur con el imperio portugués en América, que hizo que las misiones jesuíticas armaran enormes ejércitos guaraníes para combatir contra la avanzada portuguesa (los bandeirantes), quienes convertían en esclavos a los pueblos originarios que vencían.

Desde la perspectiva marxista del desarrollo necesario de las fuerzas productivas por etapas, que se relacionan directamente con los modos de producción, Puiggrós es furiosamente crítico de los jesuitas y del sistema económico colonial español. "Atormentadas y esclavizadas las conciencias, obligada la inmensa mayoría de la población a trabajar para una minoría parasitaria y estancadas las fuerzas productivas, el orden colonial se prolongaba sin perspectiva. Crecía cuantitativamente, pero cualitativamente siempre era igual. El poder de arriba no dejaba desarrollarse el poder de abajo. Un monopolio pesado, asfixiante y agotador aplastaba todo germen creador. El poder del monopolio creía haber aprisionado entre sus garras el eterno orden de las cosas"[6].

Otros autores, en cambio, hacen una valoración positiva de la Compañía de Jesús, sobre todo a partir de su obra educativa. Sin embargo, dicha obra tuvo un objetivo eminentemente político, en tanto apuntó a educar a los hijos del poder, futuros depositarios de las decisiones políticas y económicas de la colonia. En aquellos tiempos, y esto no era sólo una desviación de los jesuitas, la enseñanza tuvo un carácter eminentemente aristocrático. "El pueblo había nacido para obedecer, y su ilustración no convenía al régimen absolutista. Solamente los hijos de las clases dirigentes debían gozar de una educación que los habilitara para ejercer los cargos en la administración o en la Iglesia. Los negros esclavos llevaban el signo de su inferioridad como le sucedió también al indio, y ello era un impedimento poderoso para que asistieran junto al blanco a las escuelas. Varias cédulas reales prohíben su admisión en los establecimientos de enseñanza. No se les permitía tampoco educarse por sí mismos llegándose a azotar en una oportunidad a un mulato 'por haberse descubierto que sabía leer y escribir'"[7].

Astesano, a diferencia de Puiggrós, aunque de una perspectiva ideológica coincidente, hace una reivindicación de los jesuitas como una de las formas de producción más avanzadas y revolucionarias de la colonia: los presenta como organizadores con otra forma de producción para el mercado, respetando la comunidad agraria indígena original. Por

4/Puiggrós, ob. cit., p. 277.

5/*Ibid*.

6/*Ibid*., p. 279.

7/Astesano, ob. cit., p. 216.

medio de sus agencias, las misiones vendían en las ciudades coloniales yerba, madera, telas y productos manufacturados. "Los jesuitas adaptaron la organización tribal a formas capitalistas evolucionadas de explotación y ganancia, mediante la incorporación de técnicas avanzadas de cultivo. La empresa se asentaba en el trabajo no pagado al indio. Al sistema individualista y brutal de las encomiendas, los jesuitas opusieron la organización planificada. El espíritu capitalista de las misiones es expuesto por Francisco Javier, cuando establece que el misionero debe conocer la técnica y la ciencia de la época en su aplicación a los hechos. Esto se logró uniendo las antiguas instituciones indígenas y su economía natural, con la apropiación capitalista absoluta del trabajo colectivo servil. Una estricta división del trabajo, de las prácticas profesionales por oficios, con vistas a cálculos anticipados de producción y ganancia sobre períodos largos de tiempo, es decir, anuales; sistemas de cómputos contables, estudios sobre los precios del mercado, rasgos típicos de la empresa capitalista gigante, fueron ejecutados por la orden, cuyo último fin era la productividad en masa. Producción en masa y sobriedad en el consumo explican el sistema y su elevada rentabilidad y bajos costos"[8].

Estas citas de Puiggrós y Astesano, dos hombres que partiendo del marxismo adscribieron al peronismo sin abjurar del análisis materialista y que, sin embargo, tienen perspectivas diametralmente opuestas sobre este punto en particular, nos muestran lo relativo de un método de análisis.

Puiggrós asocia a los jesuitas con el sistema monopolista colonial español; en cambio, Astesano llega a hablar de la "estructura socialista misional[9] en permanente expansión en el interior americano" y que ésta se enfrentaba abiertamente con la estructura colonial "de la mita y la encomienda" también con el sistema económico portugués, caracterizado por "la esclavitud negra y los bandeirantes cazadores de indios"[10].

Otro pensador que parte desde la perspectiva marxista nacional, como Jorge Abelardo Ramos, rescata y explica también el aporte teórico de los jesuitas: "De su lógica de hierro, nacen las doctrinas políticas de dos padres jesuitas: Juan de Mariana y Francisco Suárez. Ambos españoles, formulan las tesis del poder papal indirecto y la teoría del 'regicidio'. Adversarios de las monarquías nacionales absolutas, que tienden a vulnerar las prerrogativas de la Iglesia, los jesuitas retoman la defensa de las viejas libertades medievales españolas, bajo la forma de

8/Astesano, Eduardo, *Historia social de América,* Buenos Aires, Peña Lillo, 1982, p. 130.

9/Otro hombre formado en el marxismo, con una fuerte impronta indigenista, el peruano José Carlos Mariátegui, va en el mismo sentido: "Sólo los jesuitas, con su orgánico positivismo, mostraron acaso en el Perú como en otras tierras de América, aptitud de creación económica. Los latifundios que les fueron asignados prosperaron (...) Quien recuerde el vasto experimento de los jesuitas en el Paraguay, donde tan hábilmente aprovecharon la tendencia natural de los indígenas al comunismo, no puede sorprenderse absolutamente de que esta congregación de Hijos de San Ignacio de Loyola, como los llama Unamuno, fuese capaz de crear en el suelo peruano los centros de trabajo y producción que los nobles, doctores y clérigos, entregados en Lima a una vida muelle y sensual, no se ocuparon nunca de formar". Mariátegui, José Carlos, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Caracas, Biblioteca de Ayacucho, 2007, p. 11.

10/Astesano, ob. cit., p. 84.

un poder papal superior a la monarquía, en todas las cuestiones temporales de índole religiosa o moral. Esta peligrosa teoría se fundía con otra, en la que afirmaban que el poder monárquico es secular y en modo alguno derivado de Dios; por el contrario, la monarquía es fruto de un contrato y proviene del pueblo. Si el monarca no cumple los fines justos de la monarquía, el pueblo tiene derecho a derrocarlo. Se crea así una doctrina jesuítica sobre la legitimidad de la rebelión contra un poder tiránico, donde el 'pueblo', naturalmente, tiene un agente ejecutor, que es la Orden. La Iglesia tenía un derecho divino a controlar a los monarcas seculares para fines espirituales"[11].

En definitiva, lo que no puede discutirse es que los poderes europeos, por conflictos suscitados en el viejo continente, expulsaron a los jesuitas y, en consecuencia, todo el sistema estructurado por la orden en América entró en descomposición.

El primer país europeo en proscribir a la orden ignaciana, fue Portugal en 1759, bajo poder del marqués de Pombal. Tres años después, Luis XV de Francia, también desde la lógica política del despotismo ilustrado siguió sus pasos. En España finalmente, el rey Carlos III –a través de la decisión de su ministro, el conde de Arana– expulsa en 1767 a los jesuitas no sólo de la península sino también de América, obteniendo el consentimiento del papa Clemente III. Esta proscripción de la orden es una medida eminentemente política. En efecto, se los acusaba de crear un Estado dentro de otro Estado. Del mismo modo fue la respuesta en total cohesión de los jesuitas, sin diferenciación entre los peninsulares y los americanos.

"Ya en el exilio, estos frailes y novicios duplicaron con la nostalgia sus sentimientos de rebeldía. Las ciudades italianas de Bolonia y Padua, Florencia y Bérgamo, cobijaron a la mayor parte. Ahí escribieron notables jesuitas libros inolvidables sobre el reino natural americano. Y desde ahí Juan Pablo Viscardo y Guzmán, el egregio jesuita arequipeño, proyectó su célebre *Lettreaux Espagnols Américains*"[12]. En esa carta dice expresamente: "El nuevo mundo es nuestra patria, y su historia es la nuestra".

La expulsión de los jesuitas de la América española entrañó cambios muy profundos en el sistema colonial. Por lo pronto podemos decir, sin temor a equivocarnos, que la expulsión de los jesuitas tuvo una influencia fundamental en la creación del virreinato del Río de la Plata. Porque los militares españoles enviados para ocupar los sitios de frontera, fracasaron en la conducción de las misiones, que eran el reaseguro de la frontera con el imperio portugués. Aunque también implicó transformaciones en el ámbito educativo, algunas de las cuales fueron progresivas, como por ejemplo el hecho de que en los institutos de enseñanza jesuítica fueran redefinidos, algunos de ellos, bajo la dirección de criollos abiertos a las ideas iluministas, flexibilizando la rigurosa educación allí impartida.

"La expulsión de los jesuitas aniquiló por completo su obra. El significado de esta expulsión es básicamente diferente en Europa que en América. En Europa, Pombal y Carlos III pretendían desembarazarse de los jesuitas para obtener el pleno dominio político del Estado, emancipar a Portugal y España de la succión británica y estimular, por la política

11/Ramos, ob. cit., p. 93.

12/Sánchez, Luis Alberto, *América desde la revolución emancipadora hasta nuestros días*, Madrid, Edaf, 1975, p. 10.

del 'despotismo ilustrado', las instituciones económicas y sociales de la burguesía"[13]. Pero en América las cosas eran distintas. "Con la partida de los 2.200 jesuitas no habían triunfado en América los partidarios de una nación burguesa centralizada, lo que justificaba la expulsión en Europa, sino los infames encomenderos criollos y los dueños de esclavos brasileños, que se lanzaron a cazar artesanos y músicos. Centenares de cadáveres colgaron en los árboles de las misiones. Pueblos enteros fueron vendidos en los mercados de esclavos del Brasil"[14].

Pero eso no fue todo: la desaparición del imperio jesuítico tuvo notables consecuencias de carácter económico en toda América. Por lo pronto, el reparto de los bienes saqueados a la orden, la eliminación de un acreedor hábil y exigente, la liberación de centenares de productores y al mismo tiempo la imposibilidad de colocar muchos de sus productos, todo mientras se aflojaban los circuitos comerciales y su influencia en las instituciones.

"Los jesuitas, persiguiendo sus propios fines de poder temporal y espiritual único, habían sustraído de las garras de la canalla encomendera y de los terratenientes improductivos, 200.000 guaraníes, los habían elevado en la escala de la civilización e impedido el latifundio. Que la obra de los jesuitas en el Paraguay, después de su dramático derrumbe, había dejado una huella muy honda lo demuestran dos hechos significativos: durante los cien años posteriores a su expulsión no logró imponerse en el Paraguay el latifundio"[15].

Desde el punto de vista de la historia de las ideas, la expulsión de la Compañía de Jesús también significó una batalla simbólica y cultural, en la que –aun indirectamente– los restos de la estructura ideológica jesuítica influyó sobre la acentuación de la crítica y la erosión de los lazos con el imperio que los había expulsado, sobre todo respecto de antiguos discípulos.

3. La revolución de Túpac Amaru

Para analizar la rebelión tupamara es preciso entenderla en el marco político en que se produjo. El levantamiento estuvo directamente relacionado con las medidas del despotismo ilustrado de los Borbones españoles[16], que –si bien algunos autores consideran de modernización y progresistas para la península– significaron un sometimiento mayor para las colonias, sobre todo para los más humildes, que siempre son los que pagan los platos rotos de los ajustes del sistema de dominio.

"Los malos usos recaudatorios a que hemos hecho referencia podían servir de reactivo, pero la protesta comprendía otras motivaciones de gran calado, entre ellas, la voluntad indígena de recuperar la cohesión comunitaria que el desarrollo del sistema colonial y la presión laboral y tributaria habían conducido a su progresiva desintegración. No se trataba de una cuestión identitaria, cultural, sino de todo un orden social, familiar y de valores, de relación

13/Ramos, ob. cit., p 96.

14/*Ibid*., p. 99.

15/*Ibid*., p. 98.

16/Las reformas administrativas ya habían sido introducidas por el primer rey Borbón, Felipe V (1700-1746) y su sucesor Fernando VI (1746-1759), pero la profundización y por ende el mayor impacto fueron las reformas de Carlos III (1759-1788) y sus ministros tributarios de la Ilustración: Aranda, Floridablanca, Campomanes y Jovellanos, entre otros.

con el medio y el trabajo, de concepción de la vida que las ideas cristianas no habían logrado modificar. Las utopías nativistas –restitutorias– y milenaristas se hicieron presentes en muchos de estos movimientos"[17].

Se la suele presentar como una revolución exclusivamente de los pueblos originarios sometidos y como bandera de una nación diferente, pero esto –tal como lo plantea, entre otros, De Gandía– es una falacia. Porque por un lado tuvo la participación, en varios de los segmentos en que se dividió esta sublevación, de elementos criollos o mestizos, y siempre se hizo con la extendida consigna de "viva el rey y muera el mal gobierno".

Perú y su capital, Lima, eran –para el Imperio Español– una posesión estratégica como fuente de recursos para la corona. Una de sus funciones principales, como hemos visto, era el control del abastecimiento de los centros mineros del Alto Perú. En los tiempos de la recolonización borbónica la extracción de metales preciosos se intensificó. La clave de poder de los comerciantes limeños era, no sólo el control del abastecimiento de la poblada y rica región del Alto Perú, sino también la comercialización del metal proveniente de allí. La continuidad de esta situación se puso en crisis por el contrabando que venía del sur, entrante fundamentalmente por Buenos Aires, que –a partir de 1776 y su designación como virreinato independiente del Perú y con jurisdicción sobre el Alto Perú– comenzó a tener cada vez más fuerza en su legitimación comercial.

Este ajuste se conjuga con otra situación no menos importante. "En los siglos anteriores Lima había podido mantener su predominio porque pudo valerse de las inversiones sociales básicas realizadas previamente durante el imperio inca. Sin embargo, esa ventaja se atenuaba cada vez más. La introducción de productos a través del puerto de Buenos Aires resultaba de menor costo por dos razones: la mayor seguridad de la vía marítima y la existencia de rutas terrestres más baratas"[18]. A lo que habría que agregarle una cuestión no menor que era la vista gorda al contrabando que hacían las autoridades porteñas y la larga y aceitada reproducción de esa práctica. En el Perú, los grandes perjudicados en la reestructuración borbónica fueron, en principio, los grupos relacionados con la importación de productos europeos. En cambio, la creación del virreinato del Río de la Plata, no afectó particularmente a las industrias vinculadas con la producción local, fundamentalmente la de los tejidos –destinados mayormente a las clases populares– que siguieron comercializándose en la rica zona de Charcas.

Como si el achicamiento comercial de Perú no hubiera sido un factor desequilibrante de una economía basada en el intercambio, los españoles apretaron las clavijas de los impuestos, no sólo para la metrópoli sino también para financiar la expedición contra los portugueses, que estaban ocupando Río Grande y el enclave de contrabando, que era Colonia de Sacramento. El esfuerzo bélico cayó fuertemente sobre las economías peruana y altoperuana. Prácticamente después de poner a raya a los portugueses, a partir de 1779, España se involucró, aliada con Francia, en las guerras contra Inglaterra, en las ex colonias inglesas en

17/Piqueras, ob. cit., p. 88.

18/Cornblit, Oscar, "Levantamientos de masas en Perú y Bolivia durante el siglo XVIII", en Halperín Donghi, Tulio (comp), *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica*, Buenos Aires, Sudamericana, 1979, p. 71.

América del Norte. Así, los ajustes se volvieron a producir en la economía peruana.

Tal como dijimos, el imperio español en América tiene un largo y permanente dominio, no exento de resistencias y rebeliones de distintos grados de magnitud. El ajuste del sistema colonial puso de relieve muchos de los descontentos sociales en nuestra América. Una de las sublevaciones importantes del Perú colonial fue la de Juan Santos Atahualpa en 1742. Una revolución que, como fuerza guerrillera combatiente, aguantó en las montañas por más de trece años. El carisma y la capacidad política de Santos Atahualpa hicieron posible esta prolongación en el tiempo; sin embargo esta rebelión no logró transformase en una insurrección general y quedó reducida a las regiones fronterizas de Tarma y Jauja. Juan Santos Atahualpa se describía a sí mismo como inca de Cusco y defensor de la fe cristiana. Hablaba latín, español y quechua, y había sido educado por sacerdotes jesuitas[19].

La más importante de las rebeliones contra el "mal gobierno" estalló para 1780, multiplicándose en una serie de levantamientos de masas, mayoritariamente de pueblos originarios, en una región que abarcaba desde el sur de la actual república de Perú hasta el noroeste boliviano en su totalidad. Esta serie de brotes revolucionarios ha sido denominada posteriormente la rebelión de Túpac Amaru. Las sublevaciones se extendieron por dos años y alcanzaron su punto culminante en 1781.

El puntapié inicial de la rebelión –y de hecho el nombre con el que se la conoce– fue dado por "José Gabriel Condorcanqui, cacique de Tungasuca, un indio de noble estirpe, educado en el colegio de San Bernardo, del Cusco; se decía descendiente en línea directa del último inca Túpac Amaru, sacrificado por el virrey Toledo. Vivía del transporte de mercancías y poseía gran número de mulas, signo de riqueza"[20].

Túpac Amaru se rebeló contra los abusos del corregidor Antonio Arriaga, pero encontró con su chispa una pradera seca. A poco de andar armó un ejército de 6.000 aborígenes, de los cuales sólo estaban armados algunos centenares. El primer intento de represión de las autoridades coloniales fracasó. De todos los puntos acudían voluntarios a sumarse a las huestes de Túpac Amaru. El virrey del Perú armó una fuerza de 17.000 hombres para vencer a los sublevados, que habían alcanzado las 20.000[21] personas, pero no tenían ni la organización, ni las armas, ni la disciplina militar como para enfrentar a las fuerzas represivas.

En ese conflicto, "el número total de muertos fue extremadamente elevado para una población tan pequeña y quizás alcanzó a 100.000 sobre 2.000.000 de habitantes. Las repercusiones económicas de los levantamientos también fueron funestas. A la destrucción de todo tipo de bienes de capital se agregaron los fondos desembolsados para hacer frente a los gastos de la defensa, que se elevaron a unos 2.650.000 pesos. Esta suma equivalía a la recaudación anual del virreinato del Perú"[22].

19/*Ibid*., p. 62.

20/Sánchez, ob. cit., p. 17.

21/El historiador chileno Diego Barros Arana calcula que el ejército de Túpac Amaru llego a contar con 60.000 hombres. Barros Arana, Diego, *Historia de América,* Buenos Aires, Futuro, 1960, p. 299.

El peruano Luis Alberto Sánchez, en cambio, dice que no pasaban de 20.000 los combatientes. Sánchez, ob. cit., p. 18.

22/Cornblit, ob. cit., p. 60.

"El aplastamiento por el terror de las sublevaciones indígenas y criollas fue seguido por algunas reformas tendientes a mejorar la situación de las clases más oprimidas, como la supresión de los corregimientos y la creación de las intendencias, reforma que provocó las resistencias de los encomenderos, porque limitaba el derecho a disponer a su antojo del trabajo y la vida de los indios"[23].

El disciplinamiento del terror tuvo uno de sus puntos máximos cuando, en la primavera de 1781, en los alrededores de la antigua capital incaica, José Gabriel Condorcanqui es obligado a presenciar cómo su mujer y sus hijos pequeños son asesinados a machetazos. Luego le arrancan la lengua y atan sus miembros cada uno a un caballo distinto[24]. Así ejecutó el *civilizado* europeo, por mano del visitador José de Areche, a Túpac Amaru II, hijo del sol. Su nombre, tomado de aquel inca condenado a muerte en 1574 por haber encabezado un levantamiento contra los colonizadores, acaso fuera un determinismo para correr la misma suerte. Las fuerzas de Túpac Amaru habían llegado a sitiar Cusco, sin embargo –dadas las referidas faltas de organización, disciplina y sobre todo de armas– fueron incapaces de doblegar a la antigua capital del imperio incaico.

Para aplacar el levantamiento social tupamaro, los colonialistas recurrieron al más enorme ejército jamás reunido hasta entonces en la América española, comandadas por el mariscal Del Valle y acompañadas por un comisario real, el mencionado José Antonio de Areche. La brutal represión desatada antes y después de la muerte del inca rebelde, parecía demostrar que el dominio español en sus colonias americanas estaba más sólido que nunca y que jamás volvería a ser cuestionado ni social ni políticamente. Pero el uso extremo de la fuerza para garantizar la dominación, nunca es síntoma de fortaleza sino de la debilidad de un sistema de dominación.

La ejecución de Túpac Amaru no puso término a la rebelión que se extendió por el sur del virreinato del Perú y el norte del virreinato del Río de la Plata. La posta la tomó Diego Cristóbal, el hermano de José Gabriel, quien, ingenuamente, se presentó ante las autoridades luego del ofrecimiento de una amnistía. Después de prestar juramento de vasallaje al Rey de España, fue apresado y conducido al Cusco para su ejecución.

Julián Apaza Nina, más conocido como Túpac Catari, Túpaj Katari, fue un aymará, hijo natural de un campanero que murió como mitayo en las minas de Potosí. Como parte del levantamiento de Túpac Amaru II (más allá de las permanentes tensiones entre quechuas y aymarás), Túpac Katari formó un gran ejército de más de 30.000 hombres. Katari puso sitio en 1781 a la ciudad de La Paz. Las fuerzas sublevadas estuvieron a punto de tomar la importante ciudad del Alto Perú y rompieron el dique que contenía las aguas de los ríos

---

23/Puiggrós, ob. cit., p. 324.

24/"Atáronle enseguida a las manos y a los pies cuatro lazos, y asidos éstos a las cinchas de otros tantos caballos, tiraban cuatro mestizos a distintas partes. 'No sé si porque los caballos no fuesen muy fuertes, o porque el indio fuese de fierro, dice un testigo ocular, no pudieron dividirlo, después que por un largo rato lo estuvieron tironeando, de modo que lo tenían en el aire, en un estado que parecía una araña'" Barros Arana, ob. cit., p. 300.

Finalmente el visitador Areche mandó a que el verdugo le cortase la cabeza y después le cortaron los brazos y las piernas que envió a distintos pueblos para producir un efecto disciplinador.

vecinos. Pero, los dos intentos realizados terminaron en fracaso por maniobras políticas y militares de los españoles y sus alianzas con otros pueblos originarios contrarios a Túpac Katari. La suerte de éste como la de su compañera y gran revolucionaria Bartolina Sisa fue el camino de la ejecución por las fuerzas españolas.

En el Alto Perú, luego de las luchas de Tupac Katari, un traidor entregó a los españoles en Chayanta a su continuador el cacique sublevado Tomás Katari, pero cuando lo conducían a La Plata para ser juzgado lo arrojaron por un barranco y lo mataron. Como venganza por el asesinato de su cacique, la sublevación de los aymarás se extendió aún más, y otro miembro de la familia, Dámaso Katari, llevó a cabo una matanza de mineros españoles y sitió la ciudad de La Plata o Chuquisaca. Allí los militares y civiles españoles, entre los que se encontraba el funcionario español Francisco de Paula Sanz, terminaron venciendo a los sublevados y reprimiendo ferozmente a los pueblos originarios de la región.

Asiste razón al historiador español Piqueras cuando afirma que "casi todos los movimientos que tienen lugar en América en el último tercio del siglo XVIII guardan relación con problemas de subsistencia y a menudo se revisten de motines ant-–fiscales, permitiendo su catalogación entre los repertorios de las protestas de Antiguo Régimen por su origen y desarrollo: una explosión social con objetivos señalados, aunque carente de finalidad revolucionaria"[25]. En contrario opina Boleslao Lewin: "la rebelión de Túpac Amaru era encarada como uno de los tantos episodios sangrientos –el más cruento– de la colonia. Los autores que de ella –fragmentariamente– se ocuparon, basándose en las enunciaciones públicas de la jefatura rebelde, mucho vacilaron antes de atribuirle una tendencia política determinada, porque en los documentos que llevan la firma del último inca –con excepción de uno– no figura de manera clara e inequívoca el propósito de emanciparse de España. Sin embargo, toda la activad de Túpac Amaru, como es común en los movimiento rebeldes, se caracterizaba por la enunciación gradual de los propósitos políticos que perseguía, a fin de que respondieran a las circunstancias concretas"[26].

No obstante, el impacto de las rebeliones tupamaras no sólo revela el grado de la explosividad latente en el mundo aborigen y en todas las clases oprimidas de la colonia, sino también, su resonancia llega a producir inquietud en la sociedad en toda América meridional. El miedo a que se levantaran los de abajo recorrió las espaldas de todas las clases dominantes de la América colonial.

El proceso de revoluciones iniciado con Túpac Amaru II, sirvió para cuestionar el dominio colonial y aunque se propusiera la utopía de llevar el tiempo atrás y así recrear un imperio incaico, no dejó de tener un alto impacto en la conciencia colectiva de los sudamericanos. Su fin último era crear un reino inca en el territorio delimitado por el virreinato. Pero el cambio en una América que ya llevaba tres siglos de dominación hispánica, era ya definitivo como para volver atrás en el estado de cosas. La proximidad de estas experiencias, protagonizadas por sectores indígenas, hacen inseparables la percepción de la resistencia y el conflicto, la memoria colectiva de la condición sometida, percibida como condición colonial, y la introducción de cambios significativos en la educación política de

25/Piqueras, ob. cit., p. 91.

26/Lewin, Boleslao, *Túpac Amaru en la independencia de América*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1979, p. 70.

la población rural. Experiencia liberadora y represión violenta, van a ser elementos fundamentales que influyan en toda Sudamérica, pero en particular en la zona altoperuana, que fue la más reticente del continente a integrarse, en los tiempos de la independencia.

4. La independencia norteamericana

En 1776, el mismo año de la creación del virreinato del Río de la Plata, las trece colonias británicas de América del Norte declaraban su independencia. Muchos autores exageran la influencia de este proceso en la independencia de la América hispana, casi tanto como lo hacen con la Revolución Francesa[27]. Algunos, que sobredimensionan el peso británico en nuestra independencia, enfatizan –con una teoría conspirativa– que la independencia hispanoamericana es la devolución de gentilezas por la intervención española en las guerras anticolonialistas de Norteamérica. Pero esto no es sino una conjetura sin fundamento ni prueba alguna.

Es cierto que tanto la revolución norteamericana como la francesa son parte de un clima de época, que –si bien no se puede tomar como causa– no deja de ser un síntoma general del cuestionamiento del orden establecido. Los cuestionamientos al poder absoluto como al sistema colonialista, fueron parte de la situación, pero en ningún caso representaron para los españoles de América un espejo donde mirarse o un camino para seguir.

En cuanto a la Revolución Francesa si significó algo, podemos decir que fue un ejemplo negativo. Todo tipo de extremos cometidos por esa revolución burguesa –que convocó a las masas para deshacerse del poder del Antiguo Régimen– fueron, incluso para los liberales, un ejemplo del límite de su propio anti absolutismo[28]. La independencia norteamericana, en cambio, contaba con mayor nivel de simpatía, no por el hecho de ser anticolonialista (aspecto valorado recién después de la guerra de nuestra independencia), ni mucho menos, por sus reclamos de tipo económico de "libertades". "Todavía este gran

---

27/Frente a esto el historiador argentino Enrique de Gandía hace una afirmación categórica: "El ejemplo de Estados Unidos no influyó absolutamente en nada en la futura independencia de Hispanoamérica (...) Los dos movimientos nacieron de causas completamente distintas. Sólo tuvieron, como en el caso de la Revolución Francesa, bases ideológicas también comunes: el liberalismo político". De Gandía, Enrique, *Conspiraciones y revoluciones de la independencia americana. Movimientos precursores"*, Buenos Aires, Orientación Cultural Editores, 1960, pp. 12 y 13.

Si bien consideramos también exagerada esta afirmación, la realidad histórica está más cerca de ella que de su contrario. De Gandía lo aclara: "No fue el ejemplo de Estados Unidos el que dio origen a tantas cosas; fueron las ideas liberales que originaron la independencia de Estados Unidos, la Revolución Francesa y la guerra civil que dividió a los partidarios de las juntas, o derechos naturales del hombre, y a los partidarios del Consejo de Regencia o régimen monocrático". De Gandía, ob. cit., p. 16.

28/Es preciso diferenciar del impacto de la Revolución Francesa respecto de las ideas que se pueden tomar como antecedentes de dicha revolución. Estas tienen claramente un nivel de impacto pero hay que ponerlas en su justo término. Como dice el historiador Liévano Aguirre: "La propagación de las ideas revolucionarias francesas, considerada por muchos historiadores como el factor decisivo del movimiento emancipador, sólo había llegado en 1813 a una capa superficial y muy poco numerosa de la población, que en su mayoría permanecía distante de ellas". Liévano Aguirre, ob. cit., p. 95.

acontecimiento histórico no era bastardeado como una mezquina discusión impositiva sobre la tasa al té¨, sino que se lo presentaba –y eso fue realmente– como un movimiento antioligárquico y antiimperialista, capaz de despertar respeto, estima y solidaridad en patriotas de todo el hemisferio, como nuestro Manuel Belgrano"[29]. Sin embargo, hay que advertir que sólo aquellos hombres pertenecientes a la fuerza de profundización, con una mirada desde el progresismo europeo que habían mamado en su formación en Salamanca y con amplios conocimientos de la política internacional, como el doctor Belgrano, podían tener una mirada positiva de aquella revolución. Es decir, distaba mucho de ser entendida más allá de esas condiciones.

Es cierto que España había visto en la guerra de la independencia de las trece colonias de Norteamérica la oportunidad para debilitar a sus rivales, los británicos, por eso intervino directamente en esas luchas. Entre aquellos que combatieron contra los ingleses del lado independentista, se encontraba uno de los precursores de la idea de independencia hispanoamericana: Francisco de Miranda. Este hombre nacido en Caracas y formado como oficial en España, fue nombrado ayudante de campo del general Juan Manuel de Gagigal –comandante de Cuba– y tuvo una destacada actuación en la primavera de 1781, durante los dos meses que duró el sitio de Pensacola, uno de los baluartes británicos. En esta acción Miranda fue promovido a teniente coronel.

En Estados Unidos fue donde Miranda, según sus propias afirmaciones, concibió el proyecto de libertar las Indias. En 1783 se lo confiaba a Alexander Hamilton, Samuel Adams, Henry Knox y, quizá, a George Washington, con los que tuvo diálogo. Sin embargo, más allá del plano de las ideas de Miranda, lo sucedido en las colonias de América del Norte llegó a América en la palabra de los marinos de las múltiples embarcaciones con bandera estadounidense. En efecto, tal como hemos visto, el levantamiento de las restricciones en las relaciones comerciales establecidas por los españoles en el fin del siglo XVIII para los buques de naciones neutrales, generaron gran actividad de relación con los barcos norteamericanos. Para tomar solo un dato, entre 1788 y 1796 se advirtieron, a lo largo de los puertos chilenos, veintiséis navíos de los EEUU. Se trataba una cifra considerable.

En el plano de las ideas, la práctica norteamericana se adecua mucho más al paladar de los criollos acaudalados, ávidos de las vicisitudes políticas del mundo. Las colonias inglesas de América del Norte combinan los elementos revolucionarios del republicanismo, con los más conservadores, expresados en Europa por el régimen inglés o bien en la teoría por Montesquieu. "Esos dos modelos obraron en la mente de los insurrectos colonos ingleses de América en 1776, al establecerse el texto de la Declaración de la Independencia, y luego al redactarse los artículos de la confederación en 1778 y la Constitución de los Estados Unidos en 1787. En ese lapso, los problemas concretos suscitados por los diversos estados confederados en relación con sus regímenes internos y con las relaciones recíprocas originaron una vertiente peculiar que hizo del gobierno de los Estados Unidos, a su vez, un modelo original y distinto de los que lo habían inspirado"[30].

29/Pandra, Alejandro, *Origen y destino de la Patria*, Buenos Aires, Punto de Encuentro, 2013, p. 143.

30/Romero, José Luis y Romero, Luis Alberto (comp), *Pensamiento político de la emancipación (1790-1825)*, Caracas, Biblioteca de Ayacucho, 2011, p. XXIII.

Sin embargo, podemos afirmar que la revolución de la América hispana transcurrió –en principio y hasta la creación de sus propias construcciones, en términos ideológicos– por los carriles elaborados en Europa. Incluso fue posterior la influencia del pensamiento norteamericano a la hora de pensar la organización jurídica y política del Estado, a través de su gran innovación que fue la Constitución escrita, que organizaba los trazos gruesos del gobierno y el Estado. Esta influencia, conjugada con el constitucionalismo francés, que es de apenas unos años más tarde, hizo que en América meridional proliferara una especie de obsesión por la necesidad de dotarse de Constituciones formales, cuyos paradigmas siempre fueron, por un lado, la norteamericana de 1787 y, por el otro, la francesa de 1791.

El desarraigo de estas creaciones institucionales con las condiciones concretas y las afincadas prácticas políticas de los americanos del sur en tiempos coloniales, hicieron muchas veces de las Constituciones y de otras creaciones institucionales, un terreno de inestabilidad más que la consolidación del poder revolucionario (como lo fueron en Francia y EEUU). En efecto, el desfasaje permanente entre la constitución real –en proceso de cambio profundo– y las constituciones formales, muchas veces directamente importadas, generaron, en las situaciones concretas de nuestra América, más resistencia que acatamiento, cuando no terminaron siendo meras expresiones de buena voluntad de los sectores ilustrados del pensamiento progresista a la europea. Por este motivo es que hay que darle a la influencia de la revolución norteamericana, así como a la francesa, la medida justa, tanto en lo positivo como en lo negativo.

Incluso los imperios que habían contribuido a la independencia norteamericana podían entender los problemas que ella habría de causar, más que como ejemplo, por su propio peso específico en la región, una vez consolidada. Así, el conde de Aranda –uno de los ministros de la monarquía borbónica– fue quien vislumbró con mayor claridad el verdadero rol que le cabría en el porvenir a Estados Unidos: "Esta república federal nació pigmea, por, decirlo así, y ha necesitado del apoyo y fuerza de dos Estados tan poderosos como España y Francia para conseguir su independencia. Llegará un día en que crezca y se torne gigante, y aun coloso temible en aquellas regiones. Entonces olvidará los beneficios que ha recibido de las dos potencias, y sólo pensará en su engrandecimiento. El primer paso de esta potencia será apoderarse de las Floridas a fin de dominar el golfo de México. Después de molestarnos así en nuestras relaciones con la Nueva España, aspirará a la conquista de este vasto imperio, que no podremos defender contra una potencia formidable establecida en el mismo continente y vecina suya"[31]

A contrapelo de lo que escriben la mayoría de los historiadores tradicionales argentinos, resaltando la influencia de la Revolución Francesa en la americana, podemos decir –arriesgándonos a la crítica de tan instalado acervo cultural (compartido por la izquierda argentina), pero sin temor a equivocarnos– tal como afirma el historiador boliviano Manuel Carrasco[32], que "la independencia americana no es producto del contrato social ni de la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, sino del ingénito amor del pueblo español a su libertad, amor que retoñó en el pueblo hispanoamericano cada vez que impe-

31/En Puiggrós, ob. cit., p. 282.

32/En De Gandía, ob. cit., p. 212.

raron el despotismo y la violencia, del mismo modo que la libertad norteamericana es el producto de la libertad británica". Como bien sostiene el italiano Alberto Filippi en términos más filosóficos "puesto que la colocación de casi toda América en el mundo moderno se debió a la acción determinante de la mediación colonizadora de España, el destino histórico de esa América fue marcado, desde la colonia hasta la independencia, por las múltiples particularidades de esa mediación"[33]. Ambas revoluciones, la francesa y la norteamericana, nos llegaron mediadas también por los pensadores españoles fundamentalmente.

Vaya aquí una aclaración necesaria: si la raíz ideológica de la Revolución Francesa constituida, sobre todo, por los pensadores del liberalismo revolucionario, penetraron América, fue porque fueron conocidos y leídos por avidez del pequeño sector intelectual que participaba del pensamiento progresista europeo. Aunque, en rigor de verdad, los hechos de la propia revolución ocurrida en París en 1789, fueron vistos por la gran mayoría de los americanos con más horror que como un hecho a imitar[34]. Es necesario señalar que, aquellas ideas liberales revolucionarias, no fueron importadas totalmente de su versión francesa, sino predigeridas –en muchos casos– por los pensadores españoles a través de los cuales llegaron a nuestra tierra. Existe en la propia España una larga y rica tradición de ese tipo de cuestionamientos a los poderes absolutos y de reivindicación de la soberanía del pueblo, que los detractores de lo hispano niegan como parte de su exaltación de lo anglosajón y lo francés.

5. La revolución social y la independencia de Haití

Saint Domingue y su sistema esclavista de producción de azúcar era una de las principales y más productivas colonias francesas, que algún responsable del sistema colonial francés llego a denominar nuestro Potosí. El sector occidental de la isla bautizada como La Española, ocupado por los galos, tuvo entre mediados de siglo XVIII y los tiempos de la revolución francesa un impresionante desarrollo, basado fundamentalmente en la tradicional plantación de azúcar aunque también de otros productos como café, cacao y algodón. El intercambio con la metrópoli alcanzaba tal dimensión, que dos tercios de los intereses comerciales en el extranjero de los franceses se vinculaban a las Antillas, de las cuales la principal colonia era, sin duda, Saint Domingue.

La estructura social de la colonia francesa se configuraba con aproximadamente unos

---

33/Filippi, Alberto, *Instituciones e ideologías en la independencia hispanoamericana*, Buenos Aires, Alianza Estudio, 1988, p. 25.

34/El inicio de la versión de la influencia de la Revolución Francesa en la americana lo podemos encontrar en "el pueblo fanático, partidario del absolutismo, [que] identificaba a los liberales con los revolucionarios franceses, les atribuía todo género de maldades –como las que en otros tiempos se atribuyeron a los masones– y llamaba a sus máximos exponentes con el nombre que en la Revolución Francesa se había hecho mas odioso por sus metidos terroristas: Robespierre". De Gandía, ob. cit., p. 221.

Sobre todo encontramos muchos razonamientos de este estilo en los conservadores miembros de la alta jerarquía eclesiástica que trataban de plantear a la guerra revolucionaria y luego a la de independencia como guerras de religión, demonizando a los revolucionarios.

30.000 blancos, 40.000 negros entre libertos y mulatos, y finalmente, una enorme masa de esclavos negros que llegaban a los 500.000. En relación a la propiedad de la tierra, los blancos se dividían en los grands blancs (propietarios radicados en la metrópoli) y los petits blancs (funcionarios, colonos, criollos y propietarios residentes en la colonia o colonos). Las diferencias entre negros y mulatos así como entre esclavos y libertos, fue determinante del desarrollo político en la isla.

El trato inhumano dispensado por los colonos hacia los esclavos negros, fue incubando un odio que trascendía el desarraigo al que fueron sometidos los africanos, para transformarse en un motor político, incluyendo también a los negros libertos que no obstante eran poco más que ciudadanos de segunda.

La Revolución Francesa, que había levantado como bandera los conceptos de libertad, igualdad y fraternidad y los derechos del hombre, no se pronunció sobre la esclavitud, incluso peor aún, luchó para mantenerla (con excepción de un grupo llamado los amigos de los negros). La libertad era sólo para la metrópoli, nada para las colonias que debían continuar sometidas; la igualdad era para los hombres blancos, nada para la situación de desigualdad concreta en que vivían los negros reducidos a la esclavitud, y la fraternidad nada decía sobre el vínculo de los amos blancos franceses con sus oprimidos, sino que era para los burgueses entre sí.

Francia revolucionaria mantenía en la isla un férreo control colonial[35], a través de un gobernador general con poderes absolutos y un intendente también con amplios poderes, en el manejo de hacienda. Los colonos (y a ellos asimilados una parte de los mulatos y libertos) así como la gran masa de los esclavos negros, no estaban conformes con ese sistema, aunque por diferentes motivos.

Mientras se produce la revolución que altera el orden establecido en la metrópoli francesa, podemos ver en Saint Domingue la voluntad de eternizar el *statu quo*. Cuando como impacto de las ideas de libertad agitadas en el proceso revolucionario los ricos blancos comenzaron a reclamar mayores grados de autonomía, cuando los mulatos y negros emancipados de creciente poder económico reclamaron para sí mayores niveles de igualdad, y sobre todo, cuando los negros empezaron a plantear que la libertad era un concepto que debía alcanzar a todos los hombres y no solamente a los blancos de la burguesía francesa, fue entonces que se empezó a convulsionar el clima en la isla. La independencia de las trece colonias inglesas de América del Norte también alteró las tranquilas aguas políticas de Saint Domingue. Ahora bien, la contradicción entre las reivindicaciones que podían ser sintetizadas en la autonomía era que los colonos querían que esa independencia se hiciera sin alterar el orden social, ni la estructura de la propiedad de las personas con el título de esclavitud. Aunque ésta no era la única contradicción, los mulatos estaban molestos porque la Asamblea colonial constituida por sufragio censatario, a imagen y semejanza de

35/Tomemos por ejemplo aquel romanticismo republicano que la Revolución Francesa de 1789 elevara a la categoría de nueva religión universal: cómo olvidar que cuando, por el tratado de Amiens, les devuelven a esos mismos franceses sus colonias americanas, el decreto napoleónico del 20 de mayo de 1802 rezaba textualmente en su artículo primero: En las colonias restituidas la esclavitud será mantenida conforme a las leyes y reglamentos anteriores a 1789. Casalla, ob. cit., p. 354.

la francesa no quería reconocer la igualdad de derechos entre los propietarios blancos y mulatos (de los negros, ni siquiera se hablaba).

Para Morales Padrón, Los mulatos entre los que sobresalía Santiago Ogé, hijo de un hacendado y conocedor directo de las doctrinas sostenidas por Los Amigos de los Negros, no se contuvo más, y acaudilló la rebelión; pero fue vencido y atormentado en público espectáculo. Los blancos extremaron sus crueles medidas de castigo, sin percibir que no habían otras cosas sino dar una lección que iba a utilizar la más negra cuando se encrespase[36]. Lo que en realidad dice el autor español, es un eufemismo para referir que la violencia y la brutalidad desatada luego por las clases populares en particular por los negros cuando accedieron al poder ya estaba instalada por la crueldad de los colonos blancos. Desde esta óptica se entiende que, cuando los esclavos negros pudieron, provocaron una matanza de sus amos y una destrucción indiscriminada de las plantaciones.

Al comienzo de la sublevación frente al dominio francés y su forma absolutista, que seguía primando en la colonia, los mulatos instaron a unirse con los blancos, a los que se asimilaban por condiciones de clase, pero fueron rechazados y terminaron aliados con los negros, derrotando a los franceses en la batalla de Croix des Bouquets (marzo de 1792). Al poco tiempo y frente a la crisis colonial, la Asamblea Nacional de Francia proclamó la igualdad de derechos entre todos los hombres libres incluyendo a la colonia pero, al mismo tiempo, ratificaba la legalidad de la esclavitud. Ante esta noticia, los mulatos volvieron al partido de los colonos, ahora conducido por los comisionados de la metrópoli, pero los blancos aceptaron esta circunstancia a regañadientes y aun así, se seguían resistiendo.

La situación internacional significó una complicación en el panorama, ya demasiado denso. La declaración de guerra de la Revolución Francesa contra las monarquías, hizo reaccionar en 1793 a las potencias europeas que veían el peligro de la expansión revolucionaria. Esta situación, en la isla bautizada como la Española, tuvo consecuencias concretas: la invasión tanto de ingleses como de españoles, a la zona francesa.

Las tropas españolas, con apoyo de Cuba y México, iniciaron su penetración desde la zona hispana de la isla, mientras que los ingleses atacaron algunos de los puertos más importantes. Los principales jefes de los negros terminaron jugando, en su odio contra los blancos, asimilados a los españoles. Entre ellos se encontraba un antiguo esclavo, llamado François Dominique Toussaint Breda, luego conocido como Toussaint Louverture . El sobrenombre Louverture corresponde a la palabra francesa “ouvertures que significa apertura pero también negociación. Entonces, la capacidad de abrir puertas era la condición que le reconocían otros con ese nombre, aunque no falta quien diga que dicho nombre se lo ganó por abrir brechas entre las fuerzas enemigas, a base de coraje puro, o bien, porque le faltaban los dientes incisivos al sonreír.

Toussaint acató la autoridad de Joaquín García Moreno, el presidente de la Audiencia dominicana y fue creciendo dentro del ejército colonial español, y por primera vez tratado como un igual. Allí aprendió la disciplina y la técnica militar, formándose entre la oficialidad española. Toussaint venció en varias ocasiones a las fuerzas francesas; la más importante de estas victorias fue en la batalla de Ennery en 1793. España lo premió entonces con

36/Morales Padrón, Francisco, Historia de América, Madrid, Espasa Calpe, 1982, p. 22.

galones y razonamientos formales mientras estaba a su servicio.

En el transcurso de esos días dice Morales Padrón, Toussaint va meditando que: 1° España no le reconocería perpetuamente los honores y los títulos que le había conferido, 2° Inglaterra estaba interesada en mantener la esclavitud, 3° la autoridad francesa estaba de capa caída; 4° y que, por lo tanto, restablecer esta libertad y darse a la masa de color, le proporcionaría fama y gloria. Aunque hay un hecho que Morales Padrón soslaya pero que, según Vázquez y Martínez, tienen un carácter fundamental: al sostener que la decisión de decretar abolida la esclavitud, tomada por la Convención en Francia, el año 1794, si bien precipitó una reacción contraria por parte de los colonos, salvó la parte francesa de la invasión anglo–española"[37].

Por tal motivo, no fueron los colonos los que se pusieron en contacto con Louverture, sino Lavaux el brazo derecho del comisionado francés en Saint Dominique proponiéndole beneficios para él y para los negros esclavizados, si se pasaba a las fuerzas francesas. Ante este panorama y pensando que el objetivo estratégico de liberación de los negros tenía mejores condiciones allí, se pasa del otro lado. Él lo justifica con estas palabras los españoles me habían fascinado ( ) yo los he abandonado para servir a mi patria ( ) creo que nuestra felicidad consiste en servir a la República francesa ( ) bajo sus banderas nos sentiremos más libres aclarando: He servido a España cuando el rey de Francia encadenaba la libertad y perseguía a sus defensores. Pero cuando Francia me tendió sus brazos y me admitió entre sus propios hijos, me pasé enseguida para servirla. Con la abolición de la esclavitud como bandera, Toussaint unificó las luchas y le impuso al movimiento un sesgo más político y menos revanchista.

El Tratado de Balisea de julio de 1795 puso fin a la guerra hispano francesa. Con la particularidad para esta parte del mundo que asigna a Francia el sector colonizado por los españoles, una tarea de complicado cumplimiento. A Lavaux se lo nombró teniente gobernador de la colonia y a Toussaint general de brigada. El poder del líder negro se iba haciendo cada vez más grande. Los esclavos y los libertos lo admiraban como a un héroe, los blancos lo respetaban y confiaban en su sentido común, admitiendo aun de mala gana que un negro, ex esclavo, era el único que tenía el poder para imponer el orden en la isla.

Las autoridades francesas estaban desacreditadas. Los principales funcionarios fueron enviados por Louverture en una hábil maniobra política como diputados a la ampliada Asamblea francesa, que reconocía ahora una minoritaria representación colonial. Para 1797 Toussaint era el conductor absoluto de la isla, sólo cuestionado por el mulato André Rigaud y los británicos, que seguían ocupando algunas posiciones sobre la costa.

Francia envió un delegado para conspirar contra el líder negro, que prontamente comprendió que debía incentivar al mulato Rigaud, para contraponerlo con Toussaint. De modo que el conductor del movimiento nacional de aquella colonia, se encontraba cada vez en mayor contraposición con los intereses colonialistas. No se animaba todavía por la correlación de fuerzas a expresarlo en términos de independencia.

Toussaint forzó entonces una cruenta guerra fratricida contra Rigaud, no obstante era para los patriotas negros única salida para destruir la cuña plantada por los franceses a la

37/Vázquez; Martínez Díaz, ob. cit., p. 134.

unidad nacional. Y además, decidió la ocupación de la zona española de la isla, concedida por el Tratado de Basilea, pero nunca apropiada por los franceses.

Así, Toussaint marchó con 25.000 hombres hacia el lado este de Santo Domingo y la antigua colonia española cayó en sus manos como una fruta madura en 1801. Muchos de los criollos de las clases acomodadas, huyeron despavoridos ante el avance de la marea negra. Algunos se exilaron en otras islas del Caribe, pero muchos fueron a parar a Venezuela, donde contaron su propia versión de la revolución en marcha en la isla. La Española estaba bajo una sola bandera y autoridad: la de Toussaint, cuyo genio administrativo se pone en juego en esta coyuntura. Hasta el momento había actuado sólo el militar; desde ahora veremos también al organizador. Comienza proclamarse la libertad total sin restricciones[38].

El conductor negro le dio, además, mucha importancia a la agricultura, la base de sustentación económica de la isla hasta el momento. Le devolvió la tierra a sus antiguos dueños, aunque sin los esclavos, quienes debían ser contratados y asalariados por sus antiguos amos para trabajar. El porcentaje restante, que no se hubiera integrado como asalariado, se alistaría en el ejército.

Pero estas ideas de avanzada para las condiciones estructurales de la isla, no fueron de fácil aplicación. Los terratenientes no terminaban de aceptar las nuevas pautas y muchos de los negros, antes de trabajar en las duras condiciones de la tarea agrícola, preferían huir hacia el monte. A lo que habría que sumarle el hecho de que la aplicación la delegaba Toussaint en sus hombres del ejército, quienes muchas veces se excedían derramando sangre para aplicarla y no pocas veces lo hacían en beneficio propio, como en todos los procesos aluvionales de las clases desposeídas.

En julio de 1801 promulgó una nueva Constitución, con lo cual de hecho estaba fundando un nuevo Estado, porque no era con la concurrencia de la metrópoli colonial francesa. Napoleón ya en el poder en Francia como buen europeo, despreciaba a la insubordinación colonial y consideraba un desatino esa Constitución. Además, en términos geopolíticos, no hay que olvidar que Santo Domingo era la principal posesión colonial francesa en el Caribe y la base de su proyección sobre sus ambiciones en el resto del Nuevo Mundo. A lo cual hay que agregarle que el Gran Corso sabía que Toussaint estaba siendo ayudado para abordar las dificultades económicas y que podía rápidamente entrar en tratativas con los ingleses. Por eso es que, en octubre de 1801, envía a su cuñado, el general Víctor Emmanuel Leclerc[39], al mando de una de las tropas más espectaculares de todas las desembarcadas en América durante la era de la descolonización, con 25.000 hombres.

Napoleón le daba órdenes a su enviado: Seguid vuestras instrucciones al pie de la letra, y en el momento en que os hayáis liberado de Toussaint, Christophe, Dessalines y los principales bandidos, y las masas de los negros hayan sido desarmadas, enviad al continente a todos los negros y mulatos que hayan participado en la guerras civiles ( ) Libradnos de estos africanos iluminados y ya no tendremos más que desear.

Como bien consignan Vázquez y Martínez, los criollos americanos que seguían la polí-

38/Morales Padrón, ob. cit., p. 27.

39/El general Leclerc, cuñado del propio Napoleón, fue el primer marido de Paulina Bonaparte, hermana del futuro emperador.

tica internacional veían al ejército de Leclerc no sólo como un intento de recuperación de la parte francesa de la isla de La Española, sino como una avanzada de los franceses con el objeto de establecer un imperio francés en las colonias de América"[40]. No estaban tan errados, aunque el desenlace haya sido muy otro.

Louverture desplegó toda su habilidad diplomática para que, en esas condiciones adversas, poder establecer una negociación digna. Pero fracasó; al poco tiempo se estaba presentando en El Cabo para entregar su rendición incondicional a cambio de retirarse, para atender a una de sus haciendas cerca de Ennery. Es allí mismo donde es capturado en su retiro, por las tropas francesas, con la excusa de que estaba fogoneando las fuerzas guerrilleras instaladas para combatir la ocupación francesa. De manera que, en 1802, Toussaint es enviado en calidad de prisionero junto a toda su familia rumbo a Francia, donde finalmente muere al año siguiente.

Sin embargo, la revolución haitiana no estaba derrotada. La reacción del pueblo negro ante el encarcelamiento de su conductor, fue enardecida y tumultuosa. Petión y Dessalines, que se habían alineado con Leclerc cuando llegó su enorme expedición, comprendieron que tarde o temprano también irían por sus propias cabezas. Así, ambos líderes políticos se pusieron al frente, dándole cauce a la rebelión popular.

La primera etapa de la conducción recayó sobre Jean Jaques Dessalines[41], uno de los generales del jefe revolucionario extraditado. Mucho menos político y mucho más sanguinario que Toussaint, Dessalines –apodado el Tigre– logró vencer y expulsar a las tropas francesas, imponiéndole una derrota ignominiosa. La campaña de 1802 fue inesperadamente rápida. Finalmente, al mando del general Rochambeau, sólo un puñado restante de los 25.000 franceses que había desembarcado con Leclerc, ya acorralados por las fuerzas independentistas, se entregaron a los barcos de guerra británicos, estacionados en El Cabo. Pensemos que en aquella época, el ejército francés era considerado el mejor del mundo. Consecuentemente, la victoria haitiana es comparable –por la diferencia de fuerzas entre naciones y por la heroicidad y patriotismo de sus combatientes– a la victoria en el siglo XX del pueblo de Vietnam sobre las tropas norteamericanas[42].

40/Vázquez; Martínez Díaz, ob. cit., p. 134.

41/"Dessalines, el antiguo esclavo, estableció la doctrina de que el mal de Haití estaba en el color blanco y en consecuencia degolló a todos los blancos, y como sucedía que en Haití no había haitianos blancos, blanco y francés quería decir lo mismo. En Haití, pues, la guerra de razas fue al mismo tiempo la guerra contra la metrópoli". Ramos, ob. cit., p. 151.

42/Y además las tropas colonialistas francesas no le iban a la zaga a las norteamericanas en su ferocidad y su poco respeto por las vidas humanas de los que defendían su propia nación. Así como los estadounidenses utilizaron el agente naranja para diezmar poblaciones enteras, los "civilizados" franceses hijos de la revolución usaron perros para cazar humanos. El general Rochambeau, en un oficio que envía al comandante Ramel, el 6 de mayo de 1803 escribe: "Le envío, mi querido comandante, un destacamento de 50 hombres de la Guardia Nacional del Cabo, comandada por M. Barí; lleva 28 perros dogos. Esos refuerzos le permitirán asimismo terminar enteramente vuestras operaciones. No le dejaré ignorar que no le será abonada ninguna ración ni gasto para la alimentación de esos perros. Usted debe darles negros para comer".

Saint Domingue, rebautizado como Haití que en lengua taína significa tierra de montañas y era como llamaban a la isla jura finalmente su independencia el 1 de enero de 1804, hecho que genera un fuerte impacto en las colonias españolas. En la primera isla colonizada por las fuerzas hispánicas, se había producido la primera independencia de América Latina, constituyendo una república igualitaria.

Ahora bien, este proceso tuvo un triple efecto en nuestra América. Por un lado, estimuló a las masas oprimidas con su revolución social que liberó de la esclavitud a las mayorías. Por otro lado, la revolución social hecha desde los esclavos, actuó como un motivo de temor en las clases acomodadas, decidiendo su apoyo ya sea a los sectores reaccionarios que levantaban la continuidad del sistema colonial o bien a los sectores criollos ricos que encabezaron el comienzo del proceso revolucionario y que tenían una moderación en lo social, de modo de garantizarles la continuidad con la explotación de sus propiedades, aunque tuvieran que ceder algunos de sus esclavos. Si la revolución la conducían los que en Venezuela eran llamados mantuanos, estaba asegurado que no cometerían los excesos producidos en la revolución antillana. En particular a los criollos de las clases acomodadas ansiosos de autonomía, fue el mejor ejemplo de que al proceso de autonomismo había que llevarlo con rienda corta, para que no se produjera la sublevación social que cuestionara la base de su autoridad.

6. Las invasiones inglesas sobre la América española

En la disputa entre las potencias europeas por la hegemonía mundial, Inglaterra se fue constituyendo como el gran enemigo de una España, que iba declinando hacia su ocaso. Por eso no es de extrañar que realizara múltiples ataques sobre las posesiones hispánicas a lo largo de tres siglos. Algunas veces estas invasiones inglesas, implicaron un cambio en la dominación de modo permanente, como por ejemplo en Jamaica, pero en otros casos las poblaciones españolas o bien las tropas imperiales, se defendieron frustrando las intenciones de los británicos.

Varias de estas invasiones tuvieron –por distintos motivos– algún nivel de importancia para el proceso independentista americano. No referiremos solo a tres, a saber: la de ciudad de la Habana en 1762, la de Trinidad de 1797 y las de Buenos Aires de 1806 y 1807.

Durante la llamada Guerra de Asiento, en 1740, la flota española no sólo derrotó a la marina inglesa, sino que logró frustrar uno de los mayores esfuerzos estratégicos británicos, que era tomar la ciudad fortificada de Cartagena de Indias. Este acontecimiento sería vengado una veintena de años después, en uno de los hechos más importantes de la segunda mitad del siglo XVIII en toda la región del Caribe, que fue la ocupación británica de la capital de la capitanía general de Cuba. La ciudad de la Habana era una ciudad poderosamente fortificada. Su particular y profunda bahía tiene –en su estrecha desembocadura– enormes fuertes que mantuvieron a raya, durante años, los embates tanto de potencias extranjeras como de naves piratas.

Cuba, la mayor y mejor situada geopolíticamente isla del mar Caribe siempre estuvo en el objetivo británico, como después en el de sus sucesores norteamericanos. En cada una de las confrontaciones bélicas del siglo XVIII, la toma de La Habana estuvo entre las aspiraciones de políticos y militares ingleses. Sin embargo, fueron una y otra vez rechazados

por las fuerzas españolas. En 1756, el almirante Charles Knowles, al visitar la ciudad que había intentado atacar de manera infructuosa ocho años antes, estudió cuidadosamente sus defensas y elaboró un plan de sitio que quedó a la espera de una nueva oportunidad.

Cuando en 1761, en plena Guerra de los Siete Años, Carlos III concertó con Francia el llamado Tercer Pacto de Familia –que incluía una alianza militar que amenazaba fuertemente la hegemonía británica–, rápidamente se tomó la decisión de reactivar los planes de invasión contra La Habana. Con ese objetivo, se organizó una importante fuerza expedicionaria, que zarpó en marzo de 1762 de Portsmouth y, ya en el Caribe, recibió los refuerzos del ejército que antes había ocupado Martinica. Al momento del ataque, la flota inglesa estaba formada por 28 navíos de línea, alrededor de 200 transportes y más de 30.000 hombres, entre tropa y marinería. Constituyó así, uno de los mayores ejércitos colonialistas enviados por los ingleses a nuestro continente. Al mando estaba el almirante sir George Pocock, uno de los más experimentados marinos ingleses de la época.

Ante el peligro de una acción británica, la corona española intentó reforzar las defensas habaneras. Sin embargo, Juan de Prado Portocarrero, que había sido nombrado capitán general de la isla en 1760 con el encargo expreso de cumplir instrucciones al respecto, no mostró la capacidad ni la actitud necesarias para ello. No se avanzó durante su mandato en la fortificación de lugares clave para la defensa, como la loma de La Cabaña y persistieron las deficiencias en la organización de las milicias, así como la puesta a punto del resto de las fortalezas.

El 6 de junio de 1762, la flota inglesa fue avistada desde el castillo de los Tres Reyes del Morro y al día siguiente comenzó el ataque británico. El asedio de la principal fortaleza habanera se extendió hasta el 30 de julio, en que, por una brecha abierta con explosivos, los sitiadores lograron penetrar en el recinto y tomarlo a la fuerza. En la defensa de El Morro, se destacó el capitán de navío Luis de Velasco, quien la dirigió desde el inicio de las acciones, logrando no sólo resistir durante más de un mes el intenso bombardeo, sino también causar graves daños a algunas de las embarcaciones enemigas y realizar salidas exitosas con pérdidas tanto de hombres como de pertrechos para los sitiadores. Velasco murió heroicamente en combate. Tras la caída del fuerte principal en El Morro, la ciudad no resistió muchos días. El 12 de agosto se firmaron las capitulaciones en virtud de las cuales, dos días después, las tropas inglesas ocuparon La Habana.

Durante las acciones del sitio de La Habana, las tropas españolas cometieron errores tácticos pero también demostraron su desconfianza ante las milicias populares formadas por los habaneros, cuyo patriotismo y conocimiento del terreno hubiera permitido desarrollar una resistencia más efectiva contra los invasores ingleses. En las milicias tuvieron acciones destacadas criollos como el regidor de Guanabacoa, José Antonio Gómez de Bullones –Pepe Antonio–, Luis de Aguiar, Agustín de Cárdenas y Laureano Chacón; aunque con frecuencia, sus iniciativas eran obstaculizadas por oficiales españoles. Esas contradicciones, así como la ineptitud del mando militar, permitieron después a los criollos exaltar su papel en la defensa y contraponerla al desinterés de los españoles, a quienes se llegó a acusar de traición. De hecho, los jefes y oficiales fueron sometidos a consejo de guerra y condenados a diferentes penas, aunque con posterioridad, la mayor parte de ellas fueron revisadas.

La ocupación inglesa se extendió hasta el 6 de julio de 1763, cuando, en virtud del Tratado de París, se restauró la soberanía española. En la práctica, el dominio británico solo se ejerció formalmente en la jurisdicción de La Habana y no se pudo extender al resto de la isla. Durante los once meses que duró, se incrementó la entrada de esclavos provenientes de las colonias inglesas y se implementaron diversas medidas económicas, que hicieron prosperar a los sectores esclavistas de La Habana.

El resultado de la Guerra de los Siete Años fue favorable a los ingleses. Francia dejó de ser potencia colonialista en América continental, al perder sus dominios de Quebec y Luisiana, que fue cedida a España en compensación por las pérdidas sufridas, por ser su aliada.

La ocupación británica de la capital de la capitanía de Cuba (1762–1763), puso en riesgo el sistema de dominio español americano y también, el equilibrio entre las potencias europeas. El imperio español ante el susto de lo que pudo ser, implementó una serie de reformas acordes con la orientación de la ilustración en la península, pero al mismo tiempo –reforzando el dominio– envió fuertes contingentes militares permanentes. Ambas cuestiones marcaron profundamente la segunda mitad del siglo XVIII cubano y tuvieron consecuencias en relación a los tiempos de la independencia en esas tierras. Acaso fue debido a estas reformas y estos refuerzos, sumados a otros factores –como la insularidad cubana–, que la patria de Martí no se sumó a la independencia de sus provincias hermanas de la América española y tuvo que esperar casi un siglo para su propia emancipación de la mano del héroe de Dos Ríos.

Para los últimos años del siglo XVIII, los británicos se movieron para perturbar el comercio entre España y América. No fue producto del revanchismo por la intervención española en la guerra de la independencia norteamericana (como proponen algunos autores), sino ante la necesidad de compensar la colocación de mercaderías en las trece colonias del norte. Los ingleses pensaban colocarlas en el resto de la América española. Uno de los factores que hizo intensificar no sólo el contrabando, sino también el interés directo por la conquista por parte de Gran Bretaña de las Indias españolas, fue el hecho de que, a la pérdida de sus colonias se le sumaba el bloqueo continental de Napoleón, prácticamente desde el comienzo del siglo, que veremos con mayor detalle en el capítulo siguiente. Como dice Rodolfo Puiggrós "Inglaterra, por su parte, perdía el mercado continental europeo, conquistado por Napoleón para la burguesía francesa, y atravesaba por una aguda crisis económica. Sus depósitos estaban abarrotados de mercancías, las firmas quebraban y el Banco de Inglaterra, por primera vez en su historia, decretaba el curso forzoso. Las guerras en el continente le demandaban ingentes gastos, sin que la industria paralizada pudiera contribuir a sufragarlos. La conquista de nuevos mercados le era de vital importancia"[43]

En este marco hay que situar las acciones emprendidas por los británicos en Puerto Rico y América central, pero sobre todo la más exitosa: la ocupación de la isla de Trinidad, frente a las costas de Venezuela.

Cuando en 1796 España y Francia firmaron el Tratado de San Ildefonso, aliándose contra Gran Bretaña, los ingleses se apresuraron a enviar una flota al Caribe con la intención de invadir las islas españolas de aquella región. Para eso destinaron una impresionante flota

43/Puiggrós, ob. cit., p. 337.

y un ejército de casi 7.000 hombres. En 1797, una flotilla española fue destrozada cerca de cabo San Vicente, por la Armada inglesa, conducida por el almirante Horacio Nelson (futuro vencedor de Trafalgar).

Con facilidad tomaron posteriormente la isla de Trinidad, frente a las costas venezolanas. Aunque no les fue tan fácil hacerse de Puerto Rico, heroicamente defendida no sólo por su fuerza armada de 4.500 soldados, sino también por una milicia popular convocada para repudiar el ataque de los británicos. El contraataque español a las fuerzas inglesas desembarcadas cerca de la ciudad de San Juan, fue el 29 de abril de 1797, donde definitivamente los defensores enterraron las pretensiones de dominio británicas.

Los ingleses habían fracasado en la principal de sus estrategias, al ser derrotados en Puerto Rico, pero sin embargo la toma de Trinidad, tuvo muchas implicancias en su relación en esa zona con el imperio español. "La actividad comercial desde Barcelona hasta Paria, estuvo condicionada desde 1797 por la toma de Trinidad que hicieron los ingleses. Desde entonces se establecieron en Oriente y especialmente en las costas de Paria, numerosos migrantes de la isla frontera. El Oriente se convirtió en el mercado inglés"[44]. El contrabando se constituyó como un factor trascendental de la economía venezolana y el factor Trinidad, es comparable con lo que sucedió en el Río de la Plata con el enclave portugués de Colonia do Sacramento. No obstante, el rol de Colonia, no sólo era indirecto –por ser intermediado por los portugueses–, sino que también fue cambiando de dominio de un lado a otro varias veces, mientras que en Trinidad los ingleses se instalaron directa y definitivamente.

Uno de los hechos más importantes de la ofensiva británica contra las colonias españolas –previo al proceso independentista– se localiza en la margen sur de los límites de América española. Las invasiones inglesas en el Río de la Plata fueron la introducción violenta de la política internacional en la somnolienta ciudad, que conocía de relaciones con los británicos casi exclusivamente el contrabando.

La colocación de su superproducción de mercancías que congestionaban los canales de su industria, no llegaba a solucionarse sólo con la venta marginal del contrabando. Pero aun éste debía hacerse por vía indirecta, porque una nueva alianza de España con Francia, hacía aumentar los controles y en todo caso, promovía la necesidad de triangular con otras naciones (en muchos casos los EEUU) para aprovechar las primeras instancias de libre comercio, establecido por los españoles en América, con el desmedro del beneficio que ello implicaba.

Estas circunstancias económicas internacionales, que no sólo tuvieron impacto en nuestro continente, fueron las causas que impulsaron la expedición naval inglesa que se apoderó de la colonia holandesa del Cabo de Buena Esperanza, cuya conquista le permitió dominar estratégicamente la ruta al Asia. De allí partió la flota que invadiría nuestra tierra.

Estas circunstancias de necesidad de los ingleses no pasaban desapercibidas al imperio español. Y las incursiones británicas tampoco eran, por cierto, inesperadas, ni siquiera en los confines del Imperio –como eran Montevideo y Buenos Aires–. De hecho, una década antes que se produjeran, la corona española había dispuesto "un plan de resistencia para esa eventualidad. Aun así, encuentran al Río de la Plata mal preparado para la defensa.

44/Acosta Saignes, ob. cit., p. 26.

Los años han gastado el aparato militar establecido en estas comarcas al organizarlas en virreinato; los años y las necesidades nuevas, que han concentrado la escasa tropa veterana sobre la frontera indígena y el levantisco Alto Perú, con menos de dos mil soldados regulares para defender algunos millones de kilómetros cuadrados, el virrey de Buenos Aires, marqués de Sobremonte, tiene que enfrentar como puede la amenaza británica"[45].

Francisco de Miranda, en su recorrida permanente por las cortes y entre los militares europeos, para entusiasmarlos con la independencia americana, les hablaba permanentemente de las debilidades y la fragilidad del dominio español (que por cierto desconocía en gran medida porque había dejado su Venezuela natal hacía ya largos años). Uno de sus eventuales interlocutores, fue sir Home Popham que intentó convencer infructuosamente al vizconde de Melville de una invasión en 1804. Sin embargo, esta aventura fue disuadida por la coyuntura europea, pues para aquel tiempo un desembarco de Francia en territorio británico era una posibilidad latente, por lo menos hasta la batalla de Trafalgar en 1805. "El plan en cuestión era ambicioso, pues si bien descartaba categóricamente la idea de conquista, apuntaba a establecer 'algunas posesiones militares', no sólo en Buenos Aires, sino también en otros lugares estratégicos como Panamá, Lima y Valparaíso"[46].

Cuando el comodoro Popham fue autorizado a organizar una expedición contra la estratégica colonia holandesa del Cabo de Nueva Esperanza, en el extremo meridional de África, los planes de Miranda seguramente fueron recordados por el militar inglés, no para desarrollarlos tal como quería el americano, sino para hacer más grande su gloria al servicio de la corona británica. "Hizo el pertinente estudio estratégico y lo presentó al ministro Pitt, quien le dio el visto bueno y dispuso lo necesario para la realización de esa expedición; muy pronto, una escuadra británica a las órdenes de Popham transportó las tropas conquistadoras del general David Baird, las que en poco tiempo dominaron el territorio sudafricano. El éxito rotundo entusiasmó a Popham, sobre todo, porque en su viaje a la ciudad del Cabo había recalado en Bahía (Brasil) y allí había oído comentarios sobre la debilidad militar de Buenos Aires y la posibilidad de dominar ese puerto con pocos efectivos. En la ciudad del Cabo se enteró Popham de la victoria de Nelson en Trafalgar y de la derrota que rusos y austríacos habían sufrido en Austerlitz. En las conversaciones de 1804 se había señalado taxativamente que cualquier expedición contra las colonias españolas debía estar condicionada a un previo estado formal de guerra contra España, circunstancia que ahora se daba, por cuanto España derrotada en el mar por Inglaterra y aliada en el continente a Francia, pasaba a ser una pieza al servicio incondicional del emperador Napoleón. Entusiasmado con la perspectiva, Popham dirigió una nota al Almirantazgo el 9 de abril de 1806, en la que comunicaba que, por haber desaparecido todo peligro en la nueva colonia sudafricana, había decidido operar sobre el Río de la Plata. No le fue fácil convencer al general Baird para que éste le facilitara las tropas necesarias, pero su tenacidad pudo

45/Halperín Donghi, Tulio, Historia Argentina. De la revolución de la independencia a la confederación rosista, Buenos Aires, Paidós, 1972, p. 22.

46/Sabsay, Fernando L.; Pérez Amuchástegui, A. J., *La sociedad argentina. Génesis del Estado argentino*, Buenos Aires, Feyde, Fondo Editorial de Derecho y Economía, 1973, p. 34.

más que la prudencia del militar, quien, finalmente, le cedió alrededor de 1.600[47] hombres al mando del general William Carr Beresford. El 14 de abril de 1806 la flota del comodoro Popham se hizo a la vela con rumbo a Buenos Aires"[48].

Pitt murió en 1806, una semana después de la capitulación de la Ciudad del Cabo en Sudáfrica y antes que la expedición comandada por Popham pusiera rumbo a Buenos Aires. Finalmente, un millar y medio de soldados veteranos, que venían con la moral alta después de tomar el fuerte holandés en el cabo de Buena Esperanza, fueron conducidos por Popham y Beresford rumbo al Río de la Plata.

A comienzos de 1806 el virrey Sobremonte tuvo la primera noticia de la situación de guerra de España con Inglaterra, como así también, de la imposibilidad de que Buenos Aires recibiera ayuda de la metrópoli en caso de un eventual ataque. Los efectivos disponibles para defender la plaza eran pocos y estaban diseminados en lugares diversos del extenso territorio del virreinato del Río de la Plata.

Por eso fue que el desembarco inglés comandado por Beresford, no tuvo prácticamente resistencia y se hizo dueño fácilmente del fuerte de Buenos Aires. Dicho general se proclamó entonces, gobernador en nombre del rey George III y prometió que la corona británica respetaría la propiedad privada y la religión católica. Además, desnudando las verdaderas causas de la invasión, decretó el comercio libre fijando una tarifa aduanera con derechos diferenciales a favor del comercio inglés, estableciendo, además, la libre navegación de los ríos interiores.

"Al llegar a Buenos Aires, ebrio de victoria, Popham escribía a un director de la compañía cafetera inglesa Lloyd's: 'La conquista de este lugar abre un extenso canal para las manufacturas de la Gran Bretaña'. La captura del botín porteño[49] ($1.086.208 de pesos fuertes) le llegó al corazón a Popham: éste es 'el más bello país del mundo... me gustan prodigiosamente los sudamericanos'"[50].

"La cantidad de extranjeros de habla inglesa en el virreinato era reducida. En primer lugar, su permanencia era prohibida por ley, mas se hacían excepciones pero siempre que se declarasen católicos. Había ingleses, escoceses, irlandeses y norteamericanos, casi todos de clase inferior"[51]. Como indica Roberts, no había comerciantes ni personajes influyentes. Los lazos económicos que Beresford intentó crear entre la producción inglesa y los comerciantes porteños con intereses comunes, no alcanzaba para cimentar un dominio inglés permanente que rompiera la identidad nacional española de los habitantes de Buenos Aires. Todavía no existía una conciencia nacional americana y los británicos no

47/En el pormenorizado estudio de las invasiones inglesas de Carlos Roberts se afirma que la totalidad de las tropas inglesas embarcadas rumbo a Buenos Aires fueron, en realidad, 1040 combatientes a los que se sumaron en la isla de Santa Elena un refuerzo de 286. Roberts, Carlos, *Las invasiones inglesas,* Buenos Aires, Emecé, 2006, pp. 95 y 97.

48/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 34.

49/Cuando se acerca la invasión el virrey Sobremonte intenta huir con el tesoro para Córdoba pero es atrapado por los ingleses que se hacen con la caja de Buenos Aires.

50/Ramos, ob. cit., p. 114.

51/Roberts, ob. cit., p. 119.

eran un "amo más conveniente" como sugieren algunos historiadores, sino un extranjero invasor. Condición a la que sumaba, por religión anglicana (considerada por los sacerdotes como una herejía), una amenaza para la religión católica que se profesaba en suelo americano español. Como es sabido, ningún dominio se puede sustentar únicamente sobre el aparato militar y Beresford contaba sólo con eso, para hacer frente a un pueblo que –más allá de un puñado de hombres de negocios y mujeres de la aristocracia deseosas de tener hijos rubios– le era absolutamente hostil. Ni siquiera los sectores revolucionarios los apoyaban como una instancia intermedia para su emancipación. Manuel Belgrano[52] sintetizó el pensamiento de estos sectores al decir: "Queremos el amo viejo o ninguno". Aunque algunos como los hermanos Rodríguez Peña se pusieron al servicio de los británicos.

Muchas fueron las resistencias personales y colectivas contra los invasores. La mayor, desde el punto organizativo correspondió a Juan Martín de Pueyrredón, un criollo que organizó un escuadrón de casi 800 gauchos, que se enfrentaron heroicamente a un enemigo superior en número, en entrenamiento y disciplina militar, el 1º de agosto de 1806 en los campos de Perdriel, actual partido de General San Martín, en lo que era entonces la campaña de Buenos Aires. Esa derrota fue sin embargo, el principio del fin de la dominación británica, porque ya la campaña estaba alzada y la ciudad les era abiertamente hostil a los ingleses. Pueyrredón estaba en contacto con Santiago de Liniers, un emigrado francés, capitán de navío y sin duda, el hombre con más experiencia militar de los que organizaron la reconquista. Liniers se trasladó a Montevideo en donde se puso al mando de las fuerzas disponibles, cruzando más tarde el Río de la Plata rumbo al enfrentamiento directo con los invasores. A su fuerza se le fueron sumando los elementos reorganizados en la campaña del norte de Buenos Aires. Su ejército se había triplicado, pero carecía del entrenamiento y la disciplina del británico. No obstante, el ardor patriótico contra los invasores alimentó la mística del improvisado ejército. El 10 de agosto, tomaron los corrales de Miserere (actual plaza Once, en el barrio de Balvanera) y el Retiro, La lucha continuó en las calles, con el ferviente apoyo popular, que desde las azoteas arrojaban a los invasores piedras y tizones calientes, mientras que los hombres en edad de pelear, se suman a la marcha de los soldados de Liniers. Finalmente, Beresford capitula cuando el fuerte porteño estaba rodeado por una muchedumbre dispuesta a hacer justicia por su propia mano.

El pueblo, que había sido el principal protagonista de la reconquista, veía en Liniers al hombre que se había hecho eco de su sensibilidad y sus aspiraciones, transformándolo en caudillo. "La participación del pueblo en las jornadas de la reconquista fue, sin duda, el factor decisivo de la victoria. Y ese mismo pueblo entendía que Sobremonte, con su retirada a Córdoba, había posibilitado el mes y medio de dominación británica"[53]

Después de la reconquista porteña, el virrey Sobremonte –como si nada– se dispuso a regresar para asumir su magistratura, pero fue resistido por todo Buenos Aires. Un Cabildo Abierto discutió su situación. El obispo porteño Benito Lue, al igual que los oidores de la Audiencia de Buenos Aires, consideraban que sólo el rey podía destituir y reemplazar a Sobremonte, porque era la Corona quien le había conferido su autoridad, pero

52/En Puiggrós, ob. cit., p. 339.

53/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 39.

la mayoría opinaba en contrario. Es interesante consignar, como lo hacen Sabsay y Pérez Amuchástegui, que "entre las muchas voces que impugnaron esa posición, sobresalió la de Joaquín Campana –agente fiscal de la Real Hacienda–, quien, con toda claridad planteó por primera vez el problema de la soberanía popular, sosteniendo que, para asegurar su defensa, sólo el pueblo tenía autoridad para designar su gobernante, y la reunión terminó con la designación de Liniers como jefe militar de la ciudad"[54].

Desairado por los porteños, Sobremonte se fue a Montevideo donde el comandante de la plaza, Ruiz Huidobro, lo recibió con todos los honores; no obstante el pueblo montevideano lo maltrató en todas formas, de palabra y de hecho. "El virrey, para justificarse, envió una nota al ministro Godoy (27 de octubre de 1806), donde relataba los acontecimientos del 14 de agosto, y nos parece elocuente reproducir un párrafo de la misma: 'El abogado Joaquín Campana y dos o tres más de la misma facultad, mozuelos despreciables que le siguieron, fueron los que tomaron la voz en tal congreso, y con una furia escandalosa intentaron probar que el pueblo tiene autoridad para elegir quien le mandase a pretexto de asegurar su defensa'"[55].

Buenos Aires se había transformado, de una aldea de contrabandistas que manejaban su política en concurrencia (y a veces en cohecho) con una burocracia real, en un pueblo en armas que decidía su propio destino y confiaba en su caudillo, esperando una nueva invasión de los ingleses que no habrían de quedarse con la sangre en el ojo. "No era posible tolerar la afrenta recibida por las tropas británicas", escribe el autor británico Robert Harvey (2002: 33), quien fuera miembro del parlamento inglés. En Londres "archivarían todos los planes hasta no haber recuperado Buenos Aires. Con ese objetivo organizaron una expedición al mando del general Samuel Auchmuty y del teniente general John Whitelocke. El infortunado Sobremonte estaba todavía en Montevideo cuando recibió la noticia de que 12.000[56] británicos habían desembarcado en la ribera oriental del estuario del Río de la Plata"[57]. Harvey exagera el número pero no la importancia de la invasión.

Greenville, sucesor de Pitt, había tomado la decisión de enviar a una fuerza de diez mil veteranos británicos que desembarcaron en la playa del Buceo, cercanas a Montevideo, bajo la dirección del general Auchmuty. Venían con el objetivo de iniciar una serie de conquistas jalonadas en las posesiones españolas en América.

Las consecuencias de la invasión inglesa en la Banda Oriental, implicaron intensos preparativos en Buenos Aires, que duraron aproximadamente unos tres meses, ya que sólo se contaba en total con unos 8.600 combatientes al mando de Liniers, muchos de ellos improvisados, para prevenir y enfrentar un nuevo ataque inglés que venía con un ejército bien entrenado de soldados. Y además para preparar el terreno de la opinión pública contaba con la prédica del periódico *The Southern Cross, La estrella del sud*, cuya versión en

54/*Ibid*., p. 39.

55/*Ibid*., p. 40.

56/El mucho más exhaustivo estudio de Carlos Roberts consigna que las fuerzas británicas desembarcadas fueron de 5.500. Siendo, no obstante, un considerable número de combatientes para las fuerzas de la época en ese lugar del mundo. Roberts, ob. cit., p. 248.

57/Harvey, ob. cit., p. 23.

español aseguraba amplias libertades "bajo el cetro de Su Majestad Británica".

La nueva fuerza invasora desembarcada en las costas de la Banda Oriental a principios de 1807, se trasladó –conducida por Whitelocke– a Ensenada, al sur de Buenos Aires. Los ingleses avanzaron por el Riachuelo, chocando posteriormente con las fuerzas locales al mando de Liniers en los corrales de Miserere y dispersándolas. Sin embargo, el avance de los invasores británicos distó mucho de ser un paseo, y en la orgullosa capital virreinal, envalentonada por la victoria de hacía menos de un año, se había conseguido tras una lucha cuerpo a cuerpo en las calles.

Fue particularmente encarnizado el combate que tuvo lugar en torno a la iglesia de Santo Domingo, a apenas a un par de cuadras de la Plaza Mayor, donde estaba situado el fuerte. Fue Martín de Álzaga, el acaudalado comerciante residente en Buenos Aires, quien organizó por la noche la ciudad, aprovechando un tiempo precioso que la soberbia de los ingleses les había regalado, al no entrar a tomar el fuerte por la noche ante el desconcierto y la dispersión de las tropas de Liniers. Los soldados sobrevivientes, se repartieron por los techos y los balcones de las casas porteñas en improvisadas barricadas que obstaculizaban el paso del ejército invasor. Nuevamente la intervención popular, desde las azoteas o desde las calles, termina arrinconando a los invasores. Whitelocke se rinde, Liniers da cuarenta y ocho horas para que se retiren de Buenos Aires y le concede setenta días para abandonar Montevideo, que continuaba en poder de los ingleses. Con posterioridad a la segunda invasión, Carlos IV nombró a Liniers jefe de la escuadra y virrey interino del Río de la Plata.

"El héroe de la jornada no ha sido Liniers, ha sido Martín de Álzaga, rico comerciante vascongado y alcalde de primer voto en el cabildo porteño; junto con él es la institución capitular misma la que adquiere un prestigio nuevo. Pero tampoco esta insinuación de un nuevo equilibrio cambia los datos fundamentales de la situación: el acuerdo entre Liniers (que en mayo de 1808 recibiera de la Corte su designación de virrey interino, fechada en diciembre del años anterior) y el cabildo va deteriorándose sólo paulatinamente"[58].

La desocupación de las fuerzas invasoras británicas de Montevideo dejó un problema económico. "Antes del plazo fijado la inmensa flota –240 barcos entre mercantes y de guerra– deja Montevideo (...) Pero la naves se marchan vacías; los depósitos de los mercados montevideanos, en cambio, están llenos de mercaderías capaces de arruinar con su concurrencia a los comerciantes de Buenos aires, que durante años han venido contando con su carestía creciente. Ya en octubre la noticia de las oportunidades que ofrece Montevideo ha llegado a Potosí, provocando un catastrófico derrumbe de los precios. Los comerciantes porteños, fuertes en su buen derecho, logran que las autoridades decreten castigos terribles cuando los vendedores de esas mercaderías que nunca han pagado derechos de introducción y son, además, enemigas. La irritación que ello provoca en Montevideo es grande y encuentra aliento discreto en el coronel Elío, a quien Liniers ha hecho gobernador militar de la plaza, luego de su evacuación por los ingleses"[59].

Los cambios producidos en los meses de ocupación británica habían convencido a muchos

58/Halperín Donghi, ob. cit., p. 30.

59/*Ibid*.

comerciantes de las oportunidades que un libre cambio[60] con la potencia emergente, podía significar para sus propios negocios[61]. Tanto en Buenos Aires como en Montevideo.

El agonizante régimen monopolista español era cada vez más denostado y la libertad de comercio con los neutrales, no resultaba suficiente. Los verdaderos negocios se hacían directamente con los británicos. Y transformarse en intermediarios de estas mercaderías manufacturadas inglesas hacia el resto del virreinato, prometía jugosos beneficios. Ello además, suponía –por lo menos en la mente de los comerciantes porteños y montevideanos– la posibilidad de un afianzamiento tierra adentro que hasta entonces giraba en una economía productora con las miras puestas, mayormente, en el Perú y el Alto Perú. A su vez, estos pequeños lapsos en que se funcionó como enclaves británicos, había hecho poner las barbas en remojo a los poderosos comerciantes monopolistas y convencerlos de que debían ponerse a la defensiva, para no perder sus privilegios.

La política inglesa respecto de la América hispánica se transformó pronto[62]. El cam-

60/"Desde 1806 –la primera invasión inglesa– la presencia británica contribuye a acelerar la crisis del sistema comercial. Esta fallida tentativa de conquista deja como saldo no sólo un botín de metálico triunfalmente exhibido en Londres sino también un primer ensayo de apertura de la economía local a una nueva metrópoli económica. Ensayo demasiado breve, demasiado comprometido con el marco en que se dio –el de una ocupación militar bien pronto impopular e incapaz de fijarte una política adecuada para hallar apoyos locales–, sus consecuencias fueron limitadas". Halperín Donghi, Tulio, *Revolución y Guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014, p. 107.

En esta frase que habla sobre las consecuencias de aquella invasión británica el historiador liberal parece lamentarse de que no tuvo el tiempo suficiente como para obtener apoyos una política que después será hecha propia por la oligarquía porteña.

61/Harvey trae a colación una afirmación posterior de Whitelocke, quien durante su invasión y después sólo tenía contactos con los comerciantes, porteños y montevideanos: "Me han repetido en muchas ocasiones (...) que si, antes de que se derramara una gota de sangre ni se confiscaran propiedades, Beresford y el almirante hubieran declardo que Sudamérica era un Estado independiente, ahora serían nuestros aliados sin necesidad de ser testigos de ninguno de los horrores propios de las revoluciones". Harvey, ob. cit., p. 34.

62/En el nivel comercial, es interesante destacar un Memorial del ministro inglés de Guerra, Castlereagh, publicado el 1° de mayo de 1807 cuando todavía no tenía noticias del fracaso de la invasión a Buenos Aires, que bien puede considerarse como un verdadero documento preliminar de esta penetración mercantil en Hispanoamérica. Los puntos fundamentales eran tres: 1. la política exterior inglesa no debía perseguir, como primera meta, la popularidad sino la eficacia; en pocas palabras, que para el gran león no habría freno ni moral; 2. consecuentemente con esto, se establecía allí que el objetivo principal era ganar mercados de consumo y de producción de materias primas y 3. todo esto era más fácil conseguir por la vía indirecta que por la directa. El propio Castlereagh, a pesar de su grado militar, sostenía: La política que ahora estarnos desenvolviendo (en el Río de la Plata), no nos va a producir mayores beneficios comerciales y políticos y en cambio vamos a necesitar gastar grandes recursos militares. El resultado adverso de las invasiones militares a Buenos Aires, le darían toda la razón y reforzarían su línea en el gabinete. La sutil e inteligente idea central de Castlereagn era

biante sistema de alianzas europeas fue determinante. Primero, con el traslado de la corte portuguesa de Lisboa a Río de Janeiro en 1807, Gran Bretaña estableció en Brasil su cuartel general para la dirección de su política en el Río de la Plata y para casi toda América meridional. Allí se instaló Lord Strangford, quien fuera exaltado por los historiadores liberales como un amigo del proceso revolucionario, aunque en realidad sólo fue un fiel perro guardián de los intereses británicos en la región. Mientras tanto, el imperio británico era un aliado de los españoles en su lucha contra la invasión napoleónica.

Sin embargo, las invasiones inglesas sobre el Río de la Plata, tuvieron implicancias múltiples más allá de los cambios las relaciones internacionales. En Buenos Aires, simbólicamente, estas invasiones fueron una ruptura del pacto colonial, en tanto la metrópoli no había podido defender a las colonias de un ataque de una potencia extranjera y los propios paisanos de estas tierras habían sido capaces, por sus propios medios, de expulsar al invasor defendiendo su territorio. Con un agregado más todavía, habían decidido en función de los intereses de la defensa quiénes serían sus propios gobernantes, colocando a Santiago de Liniers al frente del virreinato.

El historiador español José Antonio Piqueras, hace una interesante observación. "En el asedio inglés a Buenos Aires de 1806, la milicia repelió el ataque y salió victoriosa, haciendo bueno el presagio que Aranda había anunciado sobre las colonias tres décadas antes, 'la dificultad de socorrerlas cuando puedan tener necesidad'. Era exactamente lo mismo que había sucedido en las trece colonias angloamericanas con motivo de la Guerra de los Siete Años frente a los ataques franceses dirigidos desde Canadá, que otorgó a las defensas territoriales de los colonos conciencia de su autosuficiencia militar"[63].

Quizás sea un poco exagerada –aunque tiene una raíz cierta– la afirmación de Sabsay y Pérez Amuchástegui, en cuanto a que "en Buenos Aires hubo una verdadera revolución, en tanto se rompieron las estructuras tradicionales y el pueblo en armas impuso quién debía gobernarlo a su nombre y en su representación".[64]

Lo cierto es que las invasiones inglesas no sólo dejaron la sensación de la ruptura del pacto colonial, en el sentido de una conciencia del poder propio (al que sería un exceso llamar "nacional" como contrapuesto a España), sino que además dejaron un sedimento extranjero que influyó sobre la política porteña. No fue –como dicen algunos historiadores– un núcleo progresista vinculado con los futuros patriotas, sino más bien un grupo comercial instalado definitivamente en Buenos Aires para defender sus propios intereses, en muchos casos concurrentes con una fracción de los comerciantes porteños. Robertson[65] calcula que existían por el año 1806 unos 80 ingleses que se dedicaban al tráfico

ésta: Debemos actuar de manera acorde con los sentimientos, los intereses del pueblo sudamericano, debemos abandonar la esperanza de conquistar esta extensa región contra el temperamento de su población (...) si nosotros nos acercamos a ellos como comerciantes y no como enemigos podríamos dar energía a sus impulsos locales y conseguiríamos abrogar las restricciones contra nuestro comercio. Que es nuestro gran objetivo. Más claro y explícito, imposible. Casalla, ob. cit. p. 163.

63/Piqueras, ob. cit., p. 119.

64/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 41.

65/En Astesano, ob. cit., p. 164.

internacional.

Pero, lo que quedó sobre todo fue un desprecio feroz hacia la actitud de las autoridades coloniales a partir de la cobardía del virrey Sobremonte, que en lugar de organizar la defensa de la ciudad, se trasladó hacia las sierras de Córdoba donde se sentía más seguro. La participación de las milicias populares –conformadas por hombres de todos los sectores sociales– constituyó la actitud diametralmente opuesta. Y la otra cuestión, fue la facilidad con que contó la ciudad de deponer al virrey en su gesto de cobardía e imponer a quien, como caudillo, había ejercido la conducción popular, es decir, Liniers.

Cuando la Corona confirmó a Liniers como virrey interino, quedó abierta una nueva etapa en la lucha por el poder local, en la que se destacaron el cabildo de Buenos Aires y, desde Montevideo, el grupo que giraba en torno a Francisco Javier de Elío y sus relaciones con Martín de Álzaga, que era el personaje con más prestigio y recursos económicos, de toda la aristocracia porteña. Las presiones posteriores –ejercidas desde el imperio sobre Liniers– para que decretara la disolución de los batallones de Patricios, no surtieron efecto, porque el apoyo popular que ellos tenían era determinante. Para los criollos humildes, que con las acciones contra el invasor habían comenzado su participación en la política, la milicia se convirtió entonces en núcleo estable y foco de poder en el complejo equilibro de la Buenos Aires colonial.

Según refiere Halperín Dongui, este es el comienzo de la militarización que caracterizó a todos esos años. "En efecto, la militarización está creando una nueva *elite* urbana; es la que forman los comandantes y jefes de los cuerpos milicianos. ¿Hasta qué punto nueva? Sin duda los jefes son elegidos por la tropa, y los comandantes por los jefes, y no faltan las ponderaciones en torno de la llaneza con que los prósperos comerciantes y gentes de razón aceptan ponerse a las órdenes de labradores más expertos que ellos en cosas de armas. Pero, por lo menos los comandantes fueron en casi todos los casos reclutados en los sectores altos, y a su cargo corrió casi siembre la provisión de uniformes y equipos para las tropas (excepto las armas y ocasionalmente las cabalgaduras)"[66]

Las fuerzas militares se organizaron –entre otros criterios– según la procedencia de sus miembros. Así se constituyeron los Patricios, que nada tiene que ver con la connotación elitista que tiene hoy ese término, sino que refería a los nacidos en esta patria, en este lugar; los Arribeños que eran los que venían del norte, de las tierras más altas. Estos grupos de criollos[67] constituyeron una fuerza de unos 5.000 hombres y también se armaron unos 3.000 peninsulares, divididos –según su origen nacional en el imperio español– en

66/Halperín Dongui, ob. cit., p. 28.

67/"Los esclavos indios de servicio y agregados se alistaron en los cuerpos improvisados y desempeñaron un papel importante en la expulsión de los invasores. También los indios comarcanos se incorporaron a las fuerzas defensoras. Y los indios no asimilados, que vivían desde hacía siglos en permanente rebeldía contra los conquistadores de su territorio, hicieron varias representaciones ante el cabildo porteño y le ofrecieron 60.000 guerreros y unos 200.000 caballos de combate. La magnitud del aporte se acrecienta si se tiene en cuenta que era una garantía para la defensa de la costa atlántica y el interior de la pampa hasta la cordillera, zona amenazada por la invasión que los ingleses preparaban del lado de Chile". Puiggrós, ob. cit., p. 340.

gallegos, vizcaínos, catalanes, andaluces.

La milicia ciudadana alcanzó así una considerable fuerza, pero lo más interesante fue que constituyeron la verdadera organización democrática de la Buenos Aires colonial, pues los jefes eran designados por el voto de los propios soldados. Eran la expresión militar, popular y verdaderamente democrática, de la población.

"Las invasiones inglesas que dieron nacimiento por primera vez en el país a las milicias populares, formadas casi espontáneamente alrededor del sentimiento de la defensa, una de las formas iniciales del sentimiento nacional argentino, nos permite, casualmente, contar con la documentación oficial para hacer un primer censo sobre el origen de nuestra clase trabajadora, que por entonces ingresó en masa a los cuarteles. El 'Cuerpo de Patricios' en 'su mayor parte jornaleros, artesanos y menestrales pobres'; el de Arribeños, formado con los hombres de las provincias, 'peones y jornaleros los más de ellos'; el de Indios, Pardos y Morenos, que constituían el sector más bajo de la clase trabajadora; el 'Cuerpo de Quinteros'; formado por los pequeños propietarios de los arrabales. Los españoles peninsulares se organizaron en cinco tercios, con el nombre de sus provincias de origen, en su mayoría 'peones de barracas y comercios'"[68]

La referida participación popular en la milicia, no dejó de expresar la irrupción del pueblo llano en la escena política, para impulsar –junto con otros sectores– un movimiento que con el tiempo se fue encauzando en un horizonte nacional de liberación. Cuando el sentimiento de la reconquista se hizo carne en los sectores populares, la semilla de lo nacional –por entonces no argentino, como dicen erróneamente muchos historiadores– y ese pueblo en armas que en la calle había conquistado su propia libertad, se transformó en un problema serio para las autoridades coloniales.

Rodolfo Puiggrós se formula una pregunta y una conclusión interesante: "¿Comenzó en la movilización popular contra las invasiones inglesas nuestra lucha por la liberación nacional? A primera vista, la liberación nacional sólo podía tener sentido si se encaraba frente a España, puesto que el Río de la Plata era colonia española; pero ahondando el análisis se comprueba que la victoria de las armas criollas sobre el invasor inglés preparó y fue el antecedente de la victoria de las armas criollas sobre el opresor español. Los negros e indios, la gente de servicio y los artesanos, los criollos y la canalla anónima, empuñaron las armas no porque estaban satisfechos del dominio español o porque fueran obligados a hacerlo. Pelearon y rechazaron al agresor, a pesar del fracaso del virrey y de su aparato burocrático militar, porque no querían el dominio inglés, como pelearían poco después porque no querían ser más súbditos de España. Los monopolistas y burócratas hispanos se vieron obligados a armar a quienes serían sus próximos vencedores. Juguetes de las contradicciones de la sociedad colonial, impelidos por la necesidad más fuerte que sus deseos, fueron arrastrados por el oleaje en ascenso que pronto los ahogaría"[69].

De no haber sido la antesala de las luchas por la independencia, probablemente no debiéramos considerarlo sino como uno de los tantos episodios de la guerra entre España e Inglaterra. La diferencia sustancial es que el virreinato del Río de la Plata, dominio del

68/Astesano, ob. cit., p. 159.

69/Puiggrós, ob. cit., p. 343.

rey de España, no se defendía de una invasión inglesa como podrían hacerlo Galicia, Cataluña, Asturias o cualquier otra provincia de España. El virreinato era una colonia, esta es la diferencia sustancial que hace las cosas distintas. Y entonces, en la democracia de las milicias, en el éxito de la autodefensa y la determinación de sus gobernantes, hay un germen que tiene efectos sustancialmente distintos que un país central defendiendo su propio territorio de una invasión extranjera.

La mejor forma de considerar la relación existente, pero descartar continuidades lineales entre la resistencia a las invasiones inglesas y el proceso de independencia, es seguir la conducta política de sus protagonistas. Podemos encontrar ejemplos en todos los sentidos. Pueyrredón fue un tenaz combatiente contra la invasión inglesa y luego fue un ferviente patriota. En cambio los Rodríguez Peña, fueron complacientes con los ingleses, incluso trabajaron para –en caso de ser posible– perpetuar la dominación británica en estas tierras y después se alistaron entre las fuerzas patrióticas (aunque las malas lenguas puedan decir que lo hicieron trabajando para los mismos intereses). Liniers, el gran personaje de la reconquista, con mucha influencia en los sectores populares, fue sin embargo el potencial jefe de la reacción contra la Revolución de Mayo en Córdoba y por tal motivo, fue fusilado. Podríamos seguir aportando ejemplos en uno y otro sentido. En síntesis, no existe modo alguno de comprobar cuál fue el impacto que generó el sentimiento de combatir a la invasión inglesa en el sentido patriótico de los hombres y mujeres de Buenos Aires. Pero evidentemente, basándonos en las consecuencias políticas que hemos consignado, podemos decir que fue un hito importante.

No habían pasado ni siquiera un par de años luego de las invasiones, cuando fue designado un nuevo virrey para el Río de la Plata: Baltasar Hidalgo de Cisneros. Liniers, pese a los servicios prestados, por su origen francés, era sospechado de agente encubierto de Napoleón. Ello sumado a la pueblada que lo puso en el poder, lo hacían poco confiable y he aquí el motivo principal de su corto ejercicio del poder.

CAPÍTULO IV
COYUNTURA INTERNACIONAL QUE DA PIE AL PROCESO INDEPENDENTISTA

"Al contemplar España –tal como la habían conocido nuestros ancestros- resolví que, si Francia tenía a España, no sería a España más las Indias. Hice surgir el Nuevo Mundo para recuperar el equilibrio en el Viejo"
George Canning

1. El cambiante rompecabezas europeo

El general Perón solía decir que la verdadera política es la política internacional. Su estudio en profundidad, nos permite revelar las causas reales de movimientos profundos que aparecen como inexplicables si sólo se los mira con estrechez de frontera. La mirada de conjunto respecto del tablero internacional, nos permite comprender los movimientos y la funcionalidad de las piezas. Aquella aseveración del General, nunca se hizo tan clara como durante el proceso de independencia de las colonias españolas de América. Las transformaciones políticas europeas irrumpieron en el escenario, creando condiciones para su desarrollo. La incidencia de la coyuntura internacional en este proceso, fue –sin dudas– un factor que si se desecha del análisis, termina no comprendiéndose la independencia americana.

La llamada Guerra de los Siete Años, fue un conflicto que enfrentó a las grandes potencias europeas entre los años 1756 y 1763. Gran Bretaña y Prusia que tenían una alianza defensiva– se enfrentaron a una coalición entre Francia, Austria y sus aliados. El conflicto tuvo dos ejes, uno en torno a Silesia, que enfrentó a Prusia y Austria, otro entre Francia y Gran Bretaña en relación a la constitución de un imperio colonial en la India y en América. Se trató de una típica guerra europea de disputa por la hegemonía, pero tuvo la particularidad de contar también con episodios en América.

Francia había logrado una alianza con España en 1761, mediante el Tercer Pacto de Familia, pues ambas eran gobernadas por reyes Borbones. Pero ambos países fueron derrotados con la toma británica, en 1762, de La Habana y Manila, capital de Filipinas (principal posesión española en Asia). El único éxito militar español fue la recuperación de Colonia del Sacramento. Los británicos también ocuparon la Costa de los Mosquitos en Nicaragua y Honduras, Campeche en la península de Yucatán y Jamaica. La paz total llegó al firmarse el tratado de Hubertsburg, el 15 de febrero de 1763. El pacto mantenía el statu quo en lo que hoy es Alemania, confirmando a Prusia como gran potencia. Por otra parte, el tratado de París del 10 de febrero, privó a Francia de la mayor parte de su imperio colonial, en especial Canadá y la India, en provecho de los británicos. A su vez, los españoles perdieron los derechos sobre Florida, pero obtuvieron una parte de La Luisiana, cedida

–como dijimos– por los franceses por el costo español de la intervención en la guerra.

Después de la Guerra de los Siete Años, el panorama geopolítico internacional se alteró sustancialmente por la referida rebelión de las trece colonias norteamericanas contra su metrópoli inglesa. Las guerras que sucedieron a la independencia norteamericana fueron tomadas por Francia y España, como una oportunidad para contrabalancear el tablero internacional, aprovechando la caída en desgracia de la potencia británica, que venía emergiendo cada vez con mayor fuerza. La intervención de Francia y España –en apoyo de la rebelión– fue importante para que los ingleses no restauraran su orden colonial en el norte de América. La flota española, en particular, hostigó a la británica no permitiéndole intervenir con su supremacía en la contienda y el ejército español ocupó Florida recuperándola para sus dominios.

El único que advirtió el riesgo que implicaba para la corona española apoyar la sublevación de las colonias británicas, fue el hábil primer ministro de Carlos iii; es decir, el ilustrado[1] conde de Aranda, quien temía que la independencia del norte sentara un precedente peligroso para las colonias españolas.

"Las dos últimas décadas del siglo XVIII tienen singular importancia en los órdenes económico e internacional. La revolución industrial tuvo un gran impulso en Inglaterra, con la aplicación de la máquina de hilar inventada por Crompton (1774) y de otras técnicas que posibilitaron un enorme crecimiento de la producción, presentando brillantes perspectivas para el comercio exterior. Al mismo tiempo, perdía el imperio sus colonias norteamericanas, cuya independencia fue reconocida por el tratado de Versalles (1783). Para Inglaterra era indispensable hallar nuevas fuentes de materia prima capaces de alimentar su potencia industrial, y nuevos mercados para colocar la producción excedente"[2].

Aunque el equilibrio logrado en Europa se desbalanceaba, a partir de que, desde la asunción de Napoleón la Revolución Francesa se encausara en una guerra nacional contra las otras potencias europeas. Este gran general venció a todos los ejércitos coaligados que se le fueron enfrentando. El Gran Corso se hizo prácticamente dueño de Europa continental y sus ejércitos aparecieron como invencibles.

Sin embargo, en la decisiva lucha marítima, la gran flota reunida por Napoleón –en alianza con los españoles– fue derrotada por el almirante Nelson en la batalla de Trafalgar. Ya nos referiremos a la importancia clave de esta batalla marítima en su relación con América.

Para 1806, la derrota en el mar es eclipsada por las victorias del emperador de Francia, Napoleón I. El ejército napoleónico, con su leva en masa y sus innovadoras técnicas de combate, había revolucionado la guerra terrestre en Europa e incluso derrotado a los prusianos en Jena. La lectura geopolítica de Napoleón –que había descartado, después de Trafalgar la posibilidad de combatir en tierras inglesas– le hace comprender que la forma de derrotar a los británicos era entrándole por las debilidades de su economía, en tanto necesitaba de los mercados europeos para seguir desarrollándose.

"Seguro de su fuerza, el emperador decretó el bloqueo continental a Inglaterra, dispuesto a ahogarla y a desbaratar su poderío industrial por la falta de mercado consumidor.

1/El enciclopedista Voltaire lo respetaba mucho intelectualmente y lo consideraba un amigo íntimo.

2/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 32.

Dueña de los mares desde su victoria en Trafalgar (1805), Inglaterra no tenía otro camino que buscar el intercambio comercial fuera de Europa"[3].

España, en decadencia como potencia –si bien en su momento, supo ser hegemónica– y bajo el reinado de Carlos iv, aunque en realidad en manos de sus afrancesados ministros o favoritos, no lograba definir su política internacional. La Revolución Francesa, había alarmado a la nobleza española. La primera reacción del gobierno español, en nombre de la legitimidad del poder monárquico, fue enfrentar a sus vecinos franceses. Pero poco tiempo después, por vacilación de Carlos e influencia de los favoritos, firmó la paz de Basilea, reconociendo la legitimidad del poder nacional expresado por la burguesía francesa. Al estallar en 1803 la guerra de Inglaterra a Napoleón, vaciló entre los dos bloques europeos –el bloque francés que amenazaba sus fronteras terrestres y el bloque inglés que atacaba su imperio colonial– declarándose neutral. Neutralidad de la que fue sacada a la fuerza por un ataque británico, a partir del que se inclinó definitivamente hacia el lado francés.

En la referida batalla naval de Trafalgar, el imperio español perdía una parte fundamental de su flota. Con lo cual, entregaba definitivamente el dominio de los mares a su competidor, el ascendente capitalismo inglés, circunstancia que habría de tener un impacto directo en las colonias españolas de América. El autor español José Antonio Piqueras (2010: 101) sostiene: "La alianza española con Francia de 1796–1808 tuvo efectos catastróficos en casi todos los sentidos: arruinó la hacienda, paralizó el comercio durante buena parte del tiempo, detuvo la producción manufacturera en los años críticos de guerra, empobreció y diezmó la población, vendimió en dos batallas (Cabo de San Vicente, en 1797; Trafalgar, en 1805) una Armada indispensable para sostener las comunicaciones ultramarinas y la defensa de los dominios, limitándose desde entonces a proteger con dificultad el abastecimiento costero de la Península. En fin, la alianza subordinó la política exterior y alimentó las fracturas de la política interna, arrojando confusión sobre los proyectos partidarios de acometer cambios".

El punto clave de este sistema de alianzas era por un lado, la subordinación casi absoluta[4] exigida por los franceses y, por otro lado, la vulnerabilidad española en su enfrentamiento contra los ingleses. La invasión británica al Río de la Plata puso de relieve la debilidad del imperio español en sus confines.

La clave para la lectura geopolítica de la época fue que España y Portugal –ambos, imperios en decadencia– empezaron a perder sus posibilidades reales de control de sus respectivos sistemas coloniales en beneficio del pujante capitalismo inglés. Portugal había aceptado, desde las guerras que lo independizaron de España –con la ayuda y la garantía británica–, ser el furgón de cola del sistema mercantil inglés. Ante ello, España se resis-

3/*Ibid*., p. 34.

4/"La subordinación política y militar a Napoleón alcanzaba cotas humillantes de resultas de los tratados de los Subsidios (1803), por el que España se comprometía a entregar 6 millones de libras mensuales a Francia, y de Fontainebleau (1807), que autorizaba la entrada de un ejército francés en dirección a Portugal con el objetivo de conquistar el país y repartírselo, al tiempo que España se obligaba a aportar aproximadamente un tercio de sus efectivos militares a las campañas europeas del emperador". Piqueras, ob. cit., p. 123.

tía e intentaba disputar el poderío, en primer lugar de los ingleses, pero también de los holandeses y franceses. Poseedora de un vasto imperio colonial, perdía con Trafalgar el control de las rutas marítimas y, con él, la capacidad de defensa de sus posesiones frente a los embates de las otras potencias europeas. Militarmente estaba resguardada por el pacto con Francia, que contaba con el ejército más poderoso del mundo. Pero la aniquilación de la flota española en la batalla naval, por parte del almirante Nelson, la dejaba desnuda, incluso ante una posible sublevación de sus propias colonias.

A los lectores americanos de la coyuntura (una minoría intensa), ésta aparecía como cambiante; luego de la victoria de la guerra de los Siete Años, Inglaterra se mostraba victoriosa, poco después del debilitamiento por la derrota en las guerras de la independencia de sus trece colonias de América del Norte. Con la revolución y la convulsión interna que ella conllevaba, Francia parecía salir de los primeros planos del tablero internacional, aunque a los pocos años vuelve con Napoleón a la cabeza, insertándose de lleno en la disputa principal.

Todos estos hechos repercutían –de un modo u otro– en la América española que leía, aunque con retraso, la coyuntura internacional europea. Sin embargo, esta influencia no era lineal, ni mucho menos unilateral, como quieren algunos de los historiadores europeizantes. Por ejemplo, como dice con claridad un historiador inglés, "en sus inicios, la Revolución Francesa minó la legitimidad del absolutismo español pero, cuando la moderación de los primeros momentos se convirtió en frenesí revolucionario, fortaleció por un tiempo la monarquía en sus colonias, donde sus habitantes no querían saber nada de regicidas ni sans–culottes"[5].

Como si esto fuera poco, las colonias se estremecieron al estallar la guerra social en la colonia francesa de Saint Dominique, donde los dominantes –pero inferiores en número– colonos franceses, debieron afrontar la rebelión de 500.000 esclavos negros. Los criollos acomodados, recibían con terror las noticias de las masacres, tanto de blancos como de mulatos provenientes de Haití.

Más allá de todas estas idas y vueltas, que repercutían sólo sobre un pequeño segmento de la población americana, consideramos que la caída de los imperios ibéricos en América se inició –sin ninguna duda– por sucesos europeos. No habría independencia sin la invasión de los ejércitos franceses a España. La caída (que fue más bien una claudicación, aunque en aquellos tiempos nada se sabía) del monarca legítimo, Fernando VII, generó un vacío de poder ocupado por las facciones en disputa de la política española, que se unieron para combatir al invasor pero conservando sus disputas y diferencias, tanto en la metrópoli como en las colonias, tal como veremos. "Ausente el soberano, se inició una crispada discusión acerca de los fundamentos del orden y de la soberanía política; mientras tanto, la América hispánica hizo su propio ingreso en la política moderna del pueblo soberano"[6].

2. Inglaterra y nuestra independencia

Algunos autores pretenden ver la mano de Gran Bretaña, guiando los hilos del proceso de la independencia. En general así lo hacen –o lo dejan entrever– los autores liberales pro británicos, que ponen de relieve las expectativas de reconocimiento internacional que

5/Harvey, ob. cit., p. 29.

6/Zanatta, ob. cit., p. 35.

tenían los revolucionarios. En esto coinciden con los diversos autores ultra conservadores que buscan un por qué al enorme desgarro que les produce el desmembramiento del imperio español, del que se sienten continuidad al otro lado del Atlántico. Así, Inglaterra es la pérfida potencia que destruye el potencial universal de su antagonista: el imperio donde no se pone el sol. Destrucción que sólo se entiende con su intervención.

Otros autores, que se presentan como más liberales y progresistas que los anteriores, tratan de asignarle a los ingleses un papel de vanguardia en el camino de la libertad. Así como fuerza progresista, motor del liberalismo, Gran Bretaña aparece en el centro de la escena impulsando la independencia –en mayor o menor medida– según el grado de simulación necesario. Con ese objeto, se recurre al secreto de las logias y a su vínculo con sus correligionarios ingleses, llegando incluso a hacer la temeraria afirmación de que San Martín era un agente británico. Hasta estos extremos llega, entre otros, Rodolfo Terragno cuando afirma que el gran capitán de los Andes vino a ejecutar un plan, concebido y desarrollado en Inglaterra, siendo poco menos que un instrumento de la voluntad inglesa.

Lo cierto es que la política británica en América, estuvo signada por idas y vueltas que no se pueden explicar en sí, sino a partir de comprender los intereses geopolíticos de los ingleses, en relación al mapa mundial. Y particularmente a su sistema de poder al interior de Europa[7].

El precursor de hacer lobby en Inglaterra –así como en toda Europa– en favor de la independencia americana fue Francisco Miranda. Y es, quizás, el eje principal para analizar el impulso y los límites de la injerencia británica en el proceso de independencia. El venezolano, tal como vimos, había formado parte del apoyo de las fuerzas armadas españolas en las guerras que signaron la independencia norteamericana. De regreso de su participación en ellas, Miranda pidió la baja del ejército español para dirigirse a Londres a ver quién le compraba su idea de que las colonias americanas de España, ya estaban a punto caramelo para conquistar su independencia.

Miranda transitó los pasillos del poder, no solamente en el Reino Unido. En 1787 Potemkin lo presentó en Kiev a la emperatriz rusa Catalina, una de los más caracterizadas miembros del despotismo ilustrado. Allí empezó una relación que, según las malas lenguas, pasaba no sólo por la coincidencia política sino también por la cama.

Cuando Miranda –pese a los cuidados y privilegios que le otorgaba la emperatriz Catalina– decidió partir de Rusia, ella le prometió que le iba a dar protección diplomática en cualquier lugar del mundo. Y para su despedida, organizó un agasajo en el cual la zarina apareció con Miranda saludando en el balcón del palacio imperial. Miranda volvió entonces a Londres, porque comprendía que ahí estaba el apoyo clave para su empresa.

Algunos historiadores que ensalzan su carácter de precursor, creen que la estadía de Miranda en Rusia tiene que ver con que los rusos y los alemanes eran contrapesos potenciales de Francia y España –generalmente aliadas–, pero el centro neurálgico de su ope-

7/"Para apreciar en su verdadero alcance y en sus valores entendidos la diplomacia inglesa en el Plata es indispensable advertir su carácter relativo en orden a las prioridades de la política británica global. Ante todo, y con antelación absoluta, el *Foreign Office* debía privilegiar el análisis de las alternativas planteadas por la realidad europea". Sánchez Sorondo, Marcelo, *La Argentina por dentro*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, p 65.

ración política estaba en el creciente poder del Imperio Británico. Entre sus denigradores, en cambio, se sostiene: "Si se leen sus diarios –meticulosamente llevados y fidedignos aunque exageren sus hazañas sexuales–, es difícil concluir que estuviera dedicado a otra cosa que no fuera una prolongada gira de placer, durante la cual satisfizo una en verdad asombrosa variedad de apetitos sexuales e intelectuales... en ese orden. Se hacía pasar por un hombre de estado, aristócrata y héroe militar (...) Gran parte del tiempo vivió espléndidamente a costa de otras personas"[8].

Lo que es indiscutible es que Miranda, pese a ser uno de los primeros que soñó con la independencia americana, no era un líder en su tierra, de la que había partido hacía muchos años. Si bien se carteaba con algunos círculos de intelectuales revolucionarios, Miranda era un desconocido en una Caracas de la que había partido con apenas veinte años. Su única importancia real era que los británicos y los rusos –aunque por razones muy distintas– lo habían tenido en consideración, porque podía ser una carta a jugar en el tiempo preciso contra su rival: el imperio español. Los únicos que creían que era un verdadero problema, fueron los servicios de inteligencia españoles, que seguían sus pasos como una sombra por todo el continente.

Tomas Pownall –antiguo gobernador de Massachussets– conocido de Miranda en sus experiencias norteamericanas, fue quien concretó su encuentro con el poderoso ministro británico William Pitt. Pownall había comprado la idea de que una independencia de la América española era posible, y eso redundaría en beneficios económicos, tanto para los norteamericanos cuanto para los ingleses. Miranda le hizo a Pitt una descripción detallada de la América hispánica que, por sí misma podía hacerse cargo de una revuelta, considerando que la única condición era que Inglaterra financiara el principio de la expedición y que, como potencia marítima que era, cortase las líneas de comunicación españolas con las colonias. Le ofrecía un negocio comercial de gran magnitud de América hispánica, como consumidor de los productos ingleses, aún más poblado y más rico que la propia metrópoli peninsular. En las palabras endulzadoras de Miranda, el pueblo sudamericano se rebelaría en cuanto viera aparecer a la flota británica. Miranda hacía esta afirmación después de veinte años de estar alejado de su tierra, la mitad de su vida por cierto.

En Londres y con evidente guiño de los ingleses, Miranda funda una logia llamada la Gran Reunión Americana. Entre sus miembros comprobados estuvieron Bernardo de O´Higgins, futuro libertador de Chile, que fue discípulo de matemáticas[9] del propio Miranda, Antonio Nariño, uno de los precursores de la revolución en Nueva Granada, Carlos María de Alvear, primero amigo y luego rival de San Martín en el sur de América del sur, y Carlos Montufar, quiteño, protagonista de los hechos revolucionarios de su tierra.

Luego de tres años de estadía en Londres, Miranda se encontraba decepcionado. Los ingleses consideraban que todavía no era el tiempo de jugar esa carta[10] y al precursor de la

8/Harvey, ob. cit., p. 53.

9/Muchas veces entre los símbolos y signos masónicos en las cartas para referirse a un cofrade de las logias lo llamaban discípulo o entendido en matemáticas.

10/"El gabinete británico, que mantuvo durante muchos años una constante vinculación con Miranda (éste recibió largo tiempo una pensión del gobierno inglés, que lo consideraba un conspirador utili-

idea de la independencia se le pasaba su oportunidad histórica de liderar, apadrinado por los británicos, la insurrección sudamericana. Entonces, Miranda dirigió su mirada hacia el fermento revolucionario francés que estaba en su apogeo. En París y frente a una invasión coaligada de Prusia y Austria, Miranda se presentó como un militar experimentado y fue enrolado en el ejército revolucionario, siendo nombrado Mariscal. Como general del ejército francés, tuvo Miranda su más destacada actuación militar en la campaña de Bélgica. Mostrándose como un buen estratega en varios combates[11].

En 1801, Pitt había sido reemplazado por Addington, cuyo principal consejero, Nicholas Vansittart, era un entusiasta adherente a las ideas de Miranda. Pero la corta ventana abierta para convencer a los ingleses se cerró transitoriamente con la Paz de Amiens de 1802, firmada por ingleses, franceses, españoles y holandeses. No obstante, la paz duró tan solo un año. Miranda aprovechó entonces –con el aval que le daba haber sido general del ejército francés– para convencer a los ingleses de que, si no emprendían una acción contra el imperio español en América, lo harían los propios franceses.

Miranda expuso su plan al nuevo Lord del Almirantazgo St. Vincen, y al comodoro William Popham (el mismo que tiempo después sería uno de los protagonistas de la invasión al Río de la Plata). No obstante, los ingleses volvieron a darle la espalda y decirle que tendrían en consideración sus planes para otro momento.

En 1804, otra vez se abrió una coyuntura favorable, cuando se declaró la guerra entre España y el Reino Unido de Gran Bretaña. Miranda le informó a Pitt que iba a trasladarse a Trinidad, a lo que el premier británico respondió –con la cordialidad y la perfidia inglesas– que allí debía someterse a la autoridad del gobernador británico. Y volvió a decirle, esta vez en enero de 1805, que la situación en Europa no estaba lo suficientemente madura como para lanzar su empresa independentista. Sin embargo, el apoyo que le negó el gobierno británico le fue presentado –en la módica medida de sus posibilidades– por algunos amigos ingleses de Miranda.

El 2 de febrero de 1806, Miranda parte de Londres sin apoyo oficial, en su cruzada independentista de una tierra que prácticamente, desconocía. Contó para su aventura con la concurrencia de unos pocos mercenarios reclutados en Nueva York, con la promesa de un buen botín de guerra. "Era insensato suponer que un bergantín mal armado y dos transportes de tropas indefensos, con 200 hombres reclutados en las calles de Nueva York, fueran a impresionar al poder militar del imperio español cuando, incluso según los cálculos de Miranda, sólo en Nueva Granada, los españoles tenían desplegados unos 35.000 soldados bien entrenados y fuertemente armados. Miranda no tenía ninguna base para creer que el imperio estuviera tan podrido por dentro que bastaría un pequeño empujón para que se desplomara. No había puesto un pie en Venezuela durante tres décadas"[12].

---

zable)". Ramos, ob. cit., p. 111.

11/"El mal resultado del sitio de Maestrich, en que él había dirigido, la pérdida de la batalla de Nerwinden, en que mandaba el ala izquierda del ejército francés, y la caída de los girondinos perdieron a Miranda. Fue preso y sometido a juicio; pero la reacción que se siguió al 9 de termidor le permitió quedar en libertad". Barros Arana, Diego, *Historia de América,* Buenos Aires, Futuro, 1960, p. 306.

12/Harvey, ob. cit., p 73.

El 12 de marzo Miranda izó por primera vez su bandera roja, azul y amarilla, que –según refiere Harvey[13]– se trataba de una antigua bandera rusa, cuyo blanco se había puesto amarillento por la obra del tiempo. Ese es el origen real de la bandera bolivariana que hoy siguen teniendo –con sus variantes– Venezuela, Colombia y Ecuador[14].

En abril, finalmente arribó la expedición al mando de Miranda[15] a las costas venezolanas en Ocumare, cerca de Puerto Cabello. Allí fueron sometidos por la flotilla española, salvo la nave insignia que tenía el nombre de Leander. Los mal armados transportes de tropas fueron apresados y los estadounidenses, junto a los británicos que iban a bordo, fueron capturados, luego ahorcados y –en su mayoría– decapitados. Los demás fueron encarcelados y torturados.

En tierra firme hubo manifestaciones de lealtad al rey de España y los manifestantes quemaron un muñeco que representaba a Miranda y a su vez, el capitán general le puso precio a su cabeza. Miranda fue a parar a la seguridad de la colonia inglesa de Barbados. Allí conoció al almirante sir Alexander Cochrane (tío del futuro comandante de la Armada chilena), quien –convencido por el encantador de serpientes caraqueño, de los beneficios comerciales que la independencia americana implicaría para él y para Inglaterra– escribió a Londres solicitando una fuerza de 5.000 hombres, pero no recibió respuesta.

Miranda se trasladó entonces a Trinidad, la dominación inglesa frente a las costas venezolanas. El gobernador británico Hislop le puso a disposición una fuerza de 500 reclutas para desembarcar en la capitanía general de Venezuela. Atacando por sorpresa en agosto de 1807, Miranda pudo hacerse del puerto de Coro. Así las cosas, Miranda lo proclamó territorio liberado e izó nuevamente su bandera tricolor. Desde ese ínfimo territorio de América arrebatado al colonialismo español, Miranda volvió a esperar la ayuda inglesa. Pero estos una vez más, le dieron la espalada. Greenville, en el gobierno desaprobó el arreglo hecho por Miranda, Cochrane e Hislop. El 13 de agosto y frente al furioso rechazo de la ciudad, que era un bastión realista, Miranda decidió reembarcase, esta vez rumbo a Aruba.

La primera incursión de Miranda fue vista por sus compatriotas mucho más como una invasión inglesa que como una alternativa de emancipación. Circunstancia que com-

---

13/*Ibid*., p. 74.

14/La historia escolar de los países bolivarianos cuenta mitos más poéticos sobre el origen de su bandera. Uno de ellos dice que Miranda se inspiró al recordar las palabras de despedida de Catalina, la zarina rusa: "Allende la azul inmensidad del océano, sustituirá al dorado esplendor de mi corte, la púrpura del fuego y la sangre". Otro remite también a la zarina, así Miranda se habría inspirado en el amarillo de su cabello, el azul de sus ojos y el rojo de sus labios. La decoloración de una bandera rusa es un argumento mucho menos romántico. También los más españolistas como Stoezer que dicen que la bandera se compone de los tradicionales colores españoles de rojo y amarillo con el azul de los cabildos. Stoezer, ob. cit., p. 107.

15/Encuadramos a este primer intento de Francisco Miranda en el marco de la relación entre Gran Bretaña y nuestra América, porque consideramos con José María Rosa que "la independencia a lo Miranda no significaba la soberanía; lejos de ello. Era una independencia con apoyo británico y protegida por éste, que había sido prestigiada por los agentes de Pitt en tiempo de la guerra con España". Rosa, José María, Historia argentina, Buenos Aires, Oriente, 1974, p. 9.

probaba que la única posibilidad de construir una independencia, era a partir de las contradicciones internas de la sociedad colonial y nunca por un impulso externo. La tesis del Miranda del empujón inglés, era propia de alguien que desconocía absolutamente la sociedad que pretendía liberar. Era un pensamiento progresista europeo, intentando implantarse en las condiciones locales, pero que además, ni siquiera contaba con el decidido apoyo de los ingleses, más preocupados por equilibrar sus acciones en Europa, que por sostener esa aventura. Esto habría de constituirse en la actitud británica a lo largo de todas las luchas independentistas de los americanos del sur.

"Miranda volvió a Londres en 1808 y, aunque parezca sorprendente, recibió una cálida bienvenida para un hombre que había sido responsable de fiascos y fracasos. Lo recibió George Canning, secretario de Asuntos Exteriores (...) Lo cierto es que era algo así como un héroe popular. Aunque ridiculizaba un tanto sus objetivos, The Times sugería que Miranda se había ganado la confianza de los pueblos de Sudamérica y del gobierno británico. El político radical Edmund Burke publicó un panfleto donde sostenía fogosamente que Sudamérica deben ser emancipada"[16]. Otra vez, los ingleses lo usaban a Miranda para hacer política en Europa. Quizás, había llegado el tiempo de hacer jugar esa carta, luego de los fracasos de las invasiones al Río de la Plata...

Pero los acontecimientos en España dieron un vuelco a la situación. La invasión napoleónica y la resistencia hispánica, generada a partir del 2 de mayo, obligaron a Arthur Wellesley, duque de Wellington, jefe de las fuerzas británicas a apoyar con su flota a las tropas dispuestas a combatir a los franceses, sus enemigos principales. La guerra entre Gran Bretaña y España se dio por terminada, y los dos países se vieron como aliados en su guerra común contra Francia.

Es bien conocida la frase que se atribuye a Lord Palmerston según la cual, "Gran Bretaña no tiene enemigos ni amigos permanentes, sino sólo intereses permanentes". Fueron esos intereses los que impulsaron a Inglaterra a hacerse dueña de los mares. "El poder naval de que se trata no consiste tanto en la superioridad o invulnerabilidad de su Armada ni se realiza sólo en el aleatorio teatro de la guerra, sino que reside en la expansión formidable de su comercio como instrumento de su propio desarrollo industrial. El librecambismo, concebido como técnica del comercio respecto de un mundo en el que Gran Bretaña sin competencia posible exporta sus manufacturas a todos los mercados de ultramar donde adquiere la materia prima y establece sus agentes, es la fórmula atractiva de esa creación monopolios cuya dureza disimula el guante de terciopelo"[17]. Rodolfo Puiggrós plantea crudamente la disyuntiva: "Inglaterra, la misma Inglaterra que ahorcaba a quien se atreviera a exportar de su territorio una oveja o una libra de lana, se erigió en campeona de la libertad de comercio y navegación por los mares del mundo y, por lo tanto, en el mayor enemigo que tenía el monopolio mercantil español"[18].

Para esta época, la América española, a través de sus autoridades, se encontraba imposibilitada de frenar el intercambio con los ingleses. No era una cuestión de corrupción o

16/Harvey, ob. cit., p. 77.

17/Sánchez Sorondo, ob. cit., p. 66.

18/Puiggrós, ob. cit., p. 291.

falta de rigor, era una cuestión económica que filtraba por todos lados en un imperio en decadencia, no tanto en lo militar aunque sí económicamente. El siglo XVIII fue teatro del paulatino abatimiento del imperio hispánico, sin que las tendencias reformistas de los Borbones pudieran evitarlo.

Inglaterra necesitaba mercados para colocar sus manufacturas y estaba dispuesta a obtenerlos a fuerza de pistola –tal como lo había intentado en la Habana o en el Río de la Plata–, o bien por modos indirectos –a través de los comerciantes portugueses que hacían desde su carácter de neutrales la triangulación de mercaderías– o, de otro modo, mediante arreglos directos impuestos por la necesidad o por la fuerza de las armas en Europa, como por ejemplo los asientos de negros obtenidos en varios de los tratados de paz firmados, de los cuales se valió para ubicar sus agentes en los principales puertos e introducir su manufacturas. O inclusive continuando con el contrabando, en cuyo caso utilizaba a los comerciantes generalmente criollos –aquellos que se quedaban afuera del negocio del monopolio–, como fuente de abastecimiento de frutos de la tierra y, al mismo tiempo, como red de introducción de mercaderías al interior del territorio colonial español.

Podemos afirmar que las hipótesis británicas respecto a qué hacer con las colonias españolas de América, fue variando según los vaivenes de la política europea. Hasta 1808, cuando se modificó el sistema de alianzas europeo, todavía encontramos la idea de la conquista militar, más allá de que sus hombres de negocios ya comenzaran una fuerte ofensiva de arreglos, más o menos legales (generalmente vinculados con el contrabando), con los comerciantes de las grandes ciudades portuarias. Esta hipótesis de conquista podía, o no, tener su justificación en una cierta ayuda a los criollos, como el ejemplo visto de Miranda, que pedían el auxilio británico a la hora de lograr su autonomía respecto de la metrópoli ibérica. Autonomía que tenía una dimensión de progreso económico que –equivocadamente pensaba– habría de resolverse mágicamente a partir de sacarse de encima las restricciones al comercio que el imperio español imponía.

Por su parte, el imperio británico –que llegó a abarcar bajo su dependencia directa o indirecta a un tercio del globo– se fue construyendo mediante una combinación de exploraciones, comercio y conquista. No obstante –al igual que todo imperio– se sostuvo en gran medida por la dominación cultural, basada en la percepción de la superioridad cultural británica. No se trataba sólo de una cuestión de arrogancia subjetiva de la clase gobernante, sino de una perspectiva compartida por muchos de los súbditos no británicos con mentalidad colonizada, aun en los territorios no colonizados por los ingleses. Entre ellos hubo muchos en nuestras tierras, y he aquí la piedra de toque de la influencia británica, que es tan importante como el intercambio comercial. El sentido de la superioridad cultural británica, transmitido a terceros, afirmada con éxito y aceptada con calma, tuvo como efecto la disminución de la necesidad de depender de grandes fuerzas militares para mantener el poder del centro imperial. Antes de 1914, sólo unos pocos miles de militares y funcionarios británicos, controlaban alrededor de siete millones de kilómetros cuadrados y a casi cuatrocientos millones de personas no británicas[19].

19/Gullo Marcelo, *Insubordinación y desarrollo. Claves del éxito y fracaso de las naciones*, Buenos Aires, Biblos, 2012, p. 39.

"Al despuntar el siglo XIX, Inglaterra se enfrentaba con una Francia industrializada que reducía las perspectivas del mercado europeo. La cuestión de los mercados latinoamericanos se imponía cada vez con mayor fuerza a las cavilaciones del Foreign Office. Ya en 1805 el valor de las exportaciones inglesas a América latina ascendía a 1.771.418 libras esterlinas. Se consideraba en Londres que este fabuloso continente de habla española podía absorber más mercancías inglesas que la India y los Estados Unidos. En efecto, en 1809 el valor de las exportaciones subía a la enorme suma de 18.014.219 libras esterlinas. Era, pues, imposible para Inglaterra ignorar ese continente"[20].

La dureza de la resistencia de los españoles americanos había dejado claro que la ocupación directa no era el camino. Pero tampoco sirvió el apoyo indirecto dado a Miranda y sus conspiraciones. El imperio británico estaba sediento de colocar sus manufacturas en América, pero esto era sólo una parte de la paciente estrategia, en la cual el tablero principal se jugaba en el viejo continente, donde se encontraba un mercado todavía más apetitoso. Con claridad afirma Abelardo Ramos: "Inglaterra no estaba dispuesta a escuchar el clamor de su burguesía industrial, sin embargo, si una aventura en América ponía en peligro la paciente tela de araña tejida para preservar el equilibrio europeo"[21].

En definitiva, como bien dice Hernández Arregui, "Los ingleses fueron los primeros sorprendidos de este fracaso militar e ideológico. Las formas hispánicas de vida resultaron un valladar infranqueable. El mismo espíritu nacional hispanoamericano se atizó en la reacción antinapoleónica, continuación a su vez de la imponente epopeya nacional de España contra el invasor francés"[22].

3. La ocupación francesa de España. La revolución en España

La disputa por convertirse en la potencia hegemónica europea se hizo encarnizada a principios del siglo XIX. Francia conducida por Napoleón Bonaparte –coronado emperador– le disputa fuertemente a Inglaterra la primacía. La capacidad militar y política de Napoleón vino para cerrar una etapa de la revolución burguesa en Francia, donde la concurrencia aluvional para destronar al Antiguo Régimen se hizo mediante un abuso del terror, la guillotina y una convocatoria a las masas, que fluctuaba desde el asambleísmo anárquico hasta el riesgo de desmadrar el Estado del cauce de los intereses de la propia burguesía. Una vez investido como emperador en septiembre de 1804, Bonaparte se encarga de enfrentar con éxito todas las coaliciones formadas por los monárquicos europeos, en contra de la Francia revolucionaria.

Después de la victoria de Austerlitz, Napoleón tomará el control del continente europeo. La victoria en la disputa por el dominio europeo parecía estar a sus pies. Pero en la plenitud de su apogeo –octubre de 1805– tiene lugar la referida la batalla naval de Trafalgar. Producto de esta derrota, Napoleón renunció a sus planes de dominar militarmente las islas británicas. "No en vano la plaza más importante de la ciudad de Londres está

20/Ramos, ob. cit., p. 112.

21/*Ibid*.

22/Hernández Arregui, Juan José, *¿Qué es el ser nacional?*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1973, p. 73.

dedicada a Trafalgar"[23].

Es preciso señalar que si insistimos tanto en Trafalgar, es porque lo consideramos un hecho fundamental en la historia americana, pues la pérdida de prácticamente toda la flota española significó la drástica incapacidad de sostener desde los mares el dominio colonial. Este hecho no lo dejaron de advertir los criollos que conspiraban pensando en ganar niveles mayores de autonomía: la continuidad del imperio español en América, estaba a partir de allí prácticamente sostenido sólo por sus partidarios en las propias colonias americanas.

Por su parte, en el marco de la dimensión europea de este combate, implicó que Napoleón debiera conformarse con operar en el continente, perdiendo la oportunidad de proyectar también su dominio de modo eficaz, sobre las colonias de las otras potencias europeas. Incluso con sus propias colonias de Saint Domingue – económicamente las más importantes de América– ya independizadas de su metrópoli, con el nombre de Haití.

Napoleón comprendía que la única forma de vencer a los ingleses era económicamente y para esto era necesario bloquear la salida de los productos británicos hacia los puertos de Europa continental. La manufactura –que era la fuerza económica de la industrialización elegida por los británicos como modelo social que nutría de valor a su economía– necesitaba dicha salida para terminar su realización. Y por eso Bonaparte necesitaba terminar de bloquear los puertos por los que esas mercaderías inglesas se introducían. Primero dominó a los viejos aliados de los ingleses, desde su época de independencia con el nombre de Provincias Unidas, los holandeses. Pero el camino que le quedaba era el de Portugal, aliado del Reino Unido desde que éste había garantizado su separación de España, después que se unificaran las coronas en los tiempos de Felipe II. Portugal era el lugar principal, casi el único cabo suelto –después de las victorias sobre austríacos y rusos (en Austerliz) y prusianos (en Jena)– por donde se introducían los productos ingleses. Dicho país era una piedrita en el zapato de Napoleón. Pero había un problema para terminar de cerrar esa política de ahogamiento económico de los británicos que se llamó "bloqueo continental" y era el hecho de que desde Francia, se podía acceder a Portugal por vía marítima o bien, por vía terrestre, cruzando el territorio español. Dado que llegar por mar resultaba imposible, Napoleón debió hacer que sus poco confiables aliados españoles le permitieran el paso de sus tropas por su país.

Para principios del siglo XIX, la corte española estaba dividida en dos facciones: por un lado, aquellos que apoyaban a Carlos iv, a la reina María Luisa y a Godoy; por otro, aquellos que eran partidarios del príncipe Fernando –hijo de Carlos– en el que cifraban todas las esperanzas de restauración de la gloria del imperio español, incluso también –y contradictoriamente– eran partidarios de Fernando los que veían en él un monarca progresista que iba a gobernar constitucionalmente[24].

23/Pandra, ob. cit., p. 143.

24/La institución del rey era más que la persona todo un símbolo político. En la tradición española y española-americana era común dejar a salvo al rey en la crítica a sus funcionarios. "Viva el rey, muera el mal gobierno", era un grito habitual de rebeliones y revoluciones. En el rey solían cifrarse expectativas populares atribuyendo al monarca todo los que el pueblo deseaba, hasta que el ejercicio de su poder venía –en la práctica– a refutarlo.

La política internacional española –manejada por el favorito Godoy– era muy volátil en aquellos tiempos. Godoy, llamado "el Príncipe de la Paz", hizo arreglos para cambiar de bando y romper la alianza con los franceses, en una incorrecta lectura acerca de cómo iría a inclinarse el plano internacional. Frente a ello, el emperador francés tomó nota de esta deslealtad y del oportunismo de los gobernantes españoles, teniendo la oportunidad de cobrarse la afrenta, cuando Napoleón ya había vencido y Godoy se desvivía en gestos de obsecuencia hacia el Gran Corso. Fue entonces cuando el favorito Godoy permitió que las tropas francesas cruzaran España para dirigirse a Portugal. Bonaparte le había prometido fortalecer el partido de Carlos iv, convirtiéndolo en "Emperador de las Américas" y al mismísimo Godoy, en gobernante de la parte sur de Portugal.

El emperador francés comprendía, además, que la frontera luso española era una especie de colador, ya que no existían delimitaciones precisas, se hablaban idiomas similares según las regiones y no podía garantizarse –en el desorden administrativo y político del gobierno español– el bloqueo necesario para doblegar a los ingleses. Basado en todas estas razones, decidió hacer del trayecto por territorio español, una ocupación.

A medida en que ejército napoleónico avanzaba sobre España rumbo a Lisboa, la corte portuguesa entraba en pánico. No tenía fuerzas suficientes para enfrentar a un ejército veterano, probado en mil batallas, con fuerzas incluso muy superiores a las propias.

Para sorpresa y terror de los portugueses, aunque también de los españoles, Napoleón preparó una fuerza de 100.000 soldados. En consecuencia, el 29 de noviembre de 1807, partieron las naves de la familia real portuguesa rumbo a Brasil con unas 15.000 personas custodiadas por la Armada británica, al mando del almirante Sidney Smith. El mariscal Junot estaba ocupando la ciudad de Lisboa ese mismo día, en nombre de Napoleón y llegó justo para ver impotente, a la deslumbrante flota que parecía una inmensa ciudad flotante, escapándose entre sus manos.

El tesoro real, los archivos de la corona, y toda la burocracia administrativa imperial, se embarcaron en Lisboa rumbo al Río de Janeiro, que a fines de enero de 1808 llegaron a costa americana. El príncipe regente iba acompañado de su esposa, la princesa Carlota Joaquina de Borbón, hija de Carlos IV y hermana de Fernando VII, diez años mayor que éste.

El primer ministro británico, George Canning, toma la decisión de proteger a la familia real portuguesa, que era uno de los vehículos del comercio inglés por encontrarse bloqueados los puertos de Europa, con una idea que trascendía la lealtad para con sus aliados. Ese traslado gravitó en la geopolítica colonialista europea en América. El impacto del traslado –de un modo abrupto– del centro de gravedad del imperio portugués para tierras americanas, les permitió a los británicos pivotar –desde Brasil– los navíos y el comercio inglés.

Napoleón decidió entonces aprovechar la feroz interna española en su propio beneficio. "Había recibido una carta de Carlos IV donde manifestaba que su abdicación era nula por haber sido forzada; y otra de Fernando mediante la cual le rendía pleitesía y pedía una dama de la corte imperial para desposarla como reina de España. El emperador aprovechó el enfrentamiento de padre e hijo para desalojar a ambos oficiando de mediador, y al efecto invitó a los litigantes a conferenciar con él en Bayona[25]. Allí ofreció a Fernando el reino de

25/Tanto Fernando VII como Carlos IV fueron convocados por Napoleón a reunirse en Bayona, en la

Etruria si le cedía España, y al negarse éste optó el emperador por desconocerlo como rey reimplantando a Carlos. Sin embargo, los enjuagues cortesanos tuvieron su contrapartida, pues el pueblo madrileño, harto de la ocupación francesa, se levantó en armas el 2 de mayo contra las fuerzas de Murat. Al cabo de una jornada de lucha feroz el mariscal francés ahogó en sangre a Madrid e hizo fusilar a 1500 rebeldes. La rebelión se extendió de inmediato por toda España, y el emperador apuró el expediente: el 5 forzó a Carlos IV a abdicar en su favor con el pretexto de salvar a España, y el 6 intimó a Femando a hacer lo mismo, so pena de someterlo a juicio de alta traición por haberse rebelado contra su rey. Fernando cedió y fue internado en Valencey. En seguida el emperador digitó la formación de unas Cortes de españoles afrancesados en Bayona y, con la anuencia de ellas, José Bonaparte fue proclamado rey de España (15 de junio)"[26].

Ahora bien, las estrategias y los planes trazados en una mesa de arena chocan muchas veces con la subjetividad y la realidad de los pueblos: "Para asombro de Napoleón –convencido de que el nuevo gobierno sería recibido calurosamente–, en Madrid estalló la ira popular contra los franceses. Cientos de españoles murieron a manos de las tropas francesas en la famosa masacre del 2 de mayo de 1808"[27]. Masacre que fue inmortalizada por Goya con su célebre pintura sobre los fusilamientos.

La insurrección en defensa de la dignidad nacional española que estalló en mayo de 1808, rápidamente se extendió a toda la península[28]. La larga y sanguinaria guerra española de la independencia, fue una gesta de coraje como pocas veces se ha visto. Con la partici-

---

frontera de los Pirineos con Francia. Ambos, cada uno por su lado, concurrieron pese a la insistencia del pueblo español, que le desenganchó los caballos varias veces a lo largo de su viaje a Fernando, porque entendían que Napoleón iba a imponer su voluntad sobre el monarca y sobre el conjunto de la nación española.

26/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 44.

27/Harvey, ob. cit., p. 36.

28/La invasión napoleónica hizo entrar de golpe en el ámbito español, una realidad que el orgulloso imperio en decadencia, no podía aceptar. Sus convulsionadas elites afrancesadas veían entrar como invasores a sus adorados hijos de la revolución. Los ilustrados que pedían reformas, pensaron en algunos casos que serían tratados por la Francia revolucionaria, otros decididamente se encontraron en las calles con un pueblo real que tantas veces habían invocado abstractamente, defendiendo juntos una dignidad nacional mancillada. La nacionalidad española, tantas veces asociada tan sólo a su clase gobernante imperial, tuvo su jornada heroica. La patria de los españoles estaba ahí resistiendo en las calles de Madrid y otras ciudades ibéricas. La epopeya de rescatar a esa patria –por primera vez en manos de un dominio extranjero– impulsó al conjunto del pueblo español como causa. Pero de la mano de esa causa nacional, iba una causa tan trascendente como aquella, que era dotar a la España que habría de reconstruir –sacándose de encima a la bota napoleónica– de una democracia, de una participación en el poder de esas mayorías que estaban luchando por su existencia. Se trataba de pelear por la existencia del Estado español al mismo tiempo que una oportunidad de dotarlo de nuevas instituciones, de un sistema social y político más justo, mas adecuado a los intereses del conjunto. Era una oportunidad para dejar de aferrarse a un sistema absoluto y obsoleto. En todos los rincones de esa España se utilizó la palabra liberal para hablar de los partidarios de estas ideas.

pación del pueblo que toma en sus riendas la contienda conducida por jefes improvisados. Un verdadero pueblo en armas fue la escuela de no pocos militares americanos que estaban formándose en el ejército español[29]. Un levantamiento que aprovechó todos los recursos contra fuerzas superiores militarmente[30], utilizando la técnica de la guerra de guerrillas, por primera vez a gran escala en las contiendas europeas[31]. A tal punto que, cuando el prusiano Karl von Clauzewitz teoriza las cuestiones bélicas pocos años después en De la guerra (1832), pone el término "guerrilla" en español y no en alemán. Estas luchas heroicas del pueblo español –junto con las derrotas infringidas por los rusos en oriente, pero no en menor medida que estas– acabarían con el mito de la invencibilidad del ejército napoleónico.

Después de la represión feroz de los franceses que aplacó la rebelión de Madrid, la corte se trasladó a Aranjuez. Además de la ocupación francesa, las décadas de desgobierno, ayudaron a provocar la intervención popular en la contienda. El nacionalismo español se había fraguado como respuesta a años de ver cómo los favoritos ilustrados de los monarcas Borbones, gobernaban venalmente su país. Por eso no es de extrañar que unos meses antes de la invasión francesa, el 19 de marzo de 1808, se produjera el llamado "motín de Aranjuez", que obligó a renunciar al ministro Godoy y a la abdicación de Carlos en favor de su hijo Fernando. Se trataba de un movimiento popular que se alzaba contra el desgobierno, poniendo todas sus esperanzas en el joven Fernando VII, al que prácticamente desconocían.

Cuando Napoleón colocó a su hermano José en el trono de los Reyes Católicos, el pueblo español en su conjunto, se rehusó a someterse. José Bonaparte, a poco de llegar para asumir el torno, fue forzado –por la hostilidad popular– a retirarse de Madrid, con el objeto de preservar su seguridad. En los estratos populares lo llamaban "Pepe Botellas" por su afición al vino. Todos los españoles, sin distinción de clases, salvo un puñado de

29/Según el autor español José Antonio Piqueras, "Los oficiales americanos del ejército español que han combatido a los franceses regresan a sus lugares de origen: José de San Martín, Carlos María de Alvear, José Miguel Carrera, han sido testigos de la revuelta popular, del movimiento juntista, de las luchas en el seno de éstas y en la Junta Central, de la descomposición del Estado a partir de 1808 y las enormes dificultades que comportaba su reedificación. A su modo, estos regresados aspiraron a trasladar a sus patrias de nacimiento el espíritu de la revolución española, moderada en las formas, controlada desde arriba todo lo que se pudiera y con exclusión del protagonismo político popular, pero sin prescindir de su concurso, inevitable, haciéndolo depositario de la soberanía y ordenando su participación". Piqueras, ob. cit., p. 68.

30/En este sentido, vale también recordar al pensador alemán Karl Schmitt hace un análisis histórico del guerrillero desde las teorías de Clausewitz hasta el terrorismo francés en Argelia y considera que, a partir de aquella gesta española surge esa figura introduciendo novedosos conceptos de bleigerancia por la aparición de nuevos espacios de guerra que, por lo tanto, implicaron una nueva teoría tanto de la guerra como de la política. Schmitt, Carl, *Teoría del partisano. Anotaciones al concepto de lo político,* Madrid, Trota, 2013.

31/A esto contribuye grandemente el hecho que España –al igual que las naciones europeas con la excepción inglesa– hacia 1800 era un país abrumadoramente agrario. En efecto, el 80% de la población era rural según los datos aportados por Piqueras, ob. cit., p. 72.

cortesanos afrancesados, repudiaban al usurpador de la Corona.

"Al no ver nada vivo en la monarquía española –escribe Marx[32]– salvo la miserable dinastía que había puesto bajo llave [Napoleón], se sintió completamente seguro de que había confiscado España. Pero pocos días después de su golpe de mano, recibió la noticia de una insurrección en Madrid. Cierto es que Murat aplastó el levantamiento matando cerca de mil personas; pero cuando se conoció esta matanza, estalló una insurrección en Asturias que muy pronto englobó todo el reino. Debe subrayarse que este primer levantamiento espontáneo surgió del pueblo, mientras las clases 'bien' se habían sometido tranquilamente al yugo extranjero".

La llamada crisis de Bayona había interrumpido bruscamente la vida institucional del imperio español, la constitución política se había suspendido y por tanto, no había autoridades legítimamente constituidas. La respuesta popular fue la única posible frente a los hechos de tanta trascendencia, tanto para la península como para América española, sostener la nacionalidad dotándose de nuevas autoridades en la resistencia.

Pero, además, la invasión napoleónica logró que se unieran en la lucha, los dos partidos hasta entonces irreconciliables de los españoles: los absolutistas y los liberales o antiabsolutistas. "¿Qué revolución podría ser ésa, que satisfacía por igual a militares recalcitrantes, a liberales de primera hora y a servidores de la tiranía? El común denominador era la nación, de ahí que la insurrección del 2 de mayo acabara convertida en mito fundacional del indómito pueblo español y del inicio de la Guerra de la Independencia"[33].

Se había desencadenado una verdadera revolución en España y, si bien la explosión venía fermentándose en los tiempos anteriores, la invasión fue el detonante final: el pueblo había logrado su autonomía a partir de la forzada separación respecto del gobierno real. Ese levantamiento era a la vez contra los invasores que contra las autoridades identificadas con el despotismo ministerial y contra el entramado del antiguo régimen.

Aunque ese conglomerado heterogéneo que se daba en la lucha contra la invasión francesa, estaba cruzado por intereses diversos unificados por la lucha nacional. "Los autoproclamados intérpretes de la opinión pública, reminiscencia de la consideración hacia las minorías ilustradas y las capas burguesas, tenían sus propios fines: una amplia reforma de las instituciones, guiada por las libertades civiles y la instauración de un gobierno representativo, en buena medida inspirado en el modelo inglés, aunque las disparidades fueron también numerosas. A ese proyecto lo denominaron asimismo revolución, y se cuidaron de adjetivarlo de española para distinguirla de la Revolución Francesa por su deriva radical y por su origen, donde la acción institucional iba de la mano de la acción de multitudes"[34].

Las nuevas institucionalidades referidas, nacidas de los pueblos de las grandes ciudades españolas, se llamaron Juntas de Gobierno. La naturaleza de esas estructuras de gobierno creadas al calor de la resistencia, de ese poder instituido y la procedencia social de sus integrantes –nobles y plebeyos designados al margen de principios o proporciones estamentales–, sus antagonismos –tanto contra franceses y afrancesados como contra

32/En Ramos, ob. cit., p. 116.

33/Piqueras, ob. cit., p. 34.

34/*Ibid*., p. 65.

el despotismo– convertían a las juntas en entidades revolucionarias. Eran una forma de ruptura con la vieja institucionalidad absolutista, estamental y con los resabios feudales. Y esto era tolerado aun por los que tenían inclinaciones absolutistas, porque todos eran conscientes respecto a que solamente la unidad del pueblo español, podía hacer frente a la indignidad nacional que implicaba la invasión napoleónica.

En cada una de las ciudades importantes y no sometidas por los franceses, se constituyó entonces una junta, en la que se unían liberales y absolutistas, aunque en principio la hegemonía era lógicamente de los primeros. Las juntas fueron el modo de recuperar la soberanía[35] en el pueblo, ante la imposibilidad del rey legítimo, Fernando VII, de ejercer su reinado.

"Del otro lado se lanzó a la lucha el pueblo inmenso: los campesinos, artesanos, maestros, soldados y oficiales del ejército, los hombres más esclarecidos del bajo clero, todas las clases populares de España. La paradoja que se estableció era puramente formal: pues si el pueblo español combatía contra los franceses haciendo esa guerra de independencia nacional en nombre del fatídico Fernando, en realidad reasumía su soberanía, usaba sus derechos, organizaba la lucha y creaba las juntas populares en cada municipio, que tenían hondas raíces en las viejas libertades y fueros de España. Quedaba claro que si el pueblo español libraba su guerra contra el invasor, sólo podía hacerlo realizando su revolución nacional. Los símbolos eran viejos, el contenido de la lucha muy moderno"[36].

En realidad, la lucha contra el invasor así como contra el gobierno impuesto por los franceses y aceptado sólo por un puñado de cortesanos, confirió a las fuerzas patrióticas un cariz revolucionario desde el instante en que se propusieron levantar instituciones provisionales. Aun mediante viejas formas, las justificaciones eran nuevas dado que las tradicionales habían caducado, en la medida en que se habían afrancesado o bien porque estaban imposibilitadas de ejercer. Se trataba de una verdadera reformulación de la constitución política española.

Pero hay que dar los alcances precisos a esta reformulación, como explica José Antonio Piqueras, las juntas "no pueden ser tomadas por unidades de actuación, sino como escenarios, ellas mismas, de controversia y de lucha política de implicaciones sociales. El análisis de algunas nos muestra posiciones enfrentadas, hasta con uso de violencia, que ocasiona el apresamiento, destierro y juicio de sus miembros"[37].

En este marco se produjo la primera gran victoria española, la batalla de Bailén del 19 de julio de 1807, que –por otra parte– es la primera gran derrota del ejército napoleónico. "La capitulación de Bailén, en que el general Dupont hubo de rendirse ante las fuerzas del general Castaños, con veinte mil hombres y toda su artillería, al mismo tiempo que los franceces debían retroceder en Portugal y levantar el sitio de Zaragoza y Gerona, pareció

35/Las juntas fueron constituidas como verdadera institucionalidad de gobierno, de este modo tomaron decisiones de carácter gubernativo como de naturaleza normativa: declararon la guerra, hicieron tratados con reinos extranjeros, asumieron la recaudación fiscal y organizaron los ejércitos para combatir a los invasores.

36/Ramos, ob. cit., p. 117.

37/Piqueras, ob. cit., p. 144.

iniciar un vuelco de la suerte. José Bonaparte abandonó la capital, seguido de su corte. Pero esto duró poco. El emperador en persona decidió dirigir la segunda campaña e invadió la península con ocho cuerpos de ejército"[38].

En efecto, la victoria en aquella batalla provocó la retirada de Madrid de la corte del rey José el 1° de agosto, pero la inmediata respuesta francesa, puso en retroceso a las fuerzas españolas. Esta situación, implicó la exigencia de los británicos de encontrar un único interlocutor con el que establecer una alianza y ante la ausencia de autoridad sobre América, suplida de propia iniciativa por la Junta de Sevilla[39]. Finalmente, en septiembre se creó la Junta Suprema Central con dos representantes de cada una de las provinciales, ofreciéndose su presidencia al conde de Floridablanca, un hombre que para entonces, tenía demasiados años para afrontar esos difíciles tiempos.

"La Junta Central hizo cuanto estuvo a su alcance para borrar las huellas de subversión social y convertir la revuelta en revolución patriótica, y esta última, en un movimiento regenerador de la nación que luchaba por la independencia y los derechos del rey al mismo tiempo que anunciaba –sin otorgarlas– nuevas leyes fundamentales que impidieran el retorno a la arbitrariedad y la decadencia del reinado de Carlos iv, pues con anterioridad a 1808 era opinión casi unánime, el país había estado sometido a la tiranía del valido, pero también, en palabras de Toreno, España estaba 'empobrecida y desgobernada'"[40].

Esta Junta Central de Sevilla también demandó "la lealtad y la obediencia de las diferentes partes del imperio español y estaban preparadas, dentro del espíritu del liberalismo español, a poner las relaciones constitucionales de la península con la España ultramarina sobre una nueva base"[41].

En última instancia, la Junta Central representaba a la España libre[42] y –como tal– su autoridad era reconocida en la colonia, mientas ejercía su poder designando funcionarios, como por ejemplo el virrey Cisneros en el Río de la Plata. Entre Napoleón y la Junta, se corría una carrera de velocidad: se trató de quién atraería a su campo a la América española. La Junta de Notables reunida en Bayona para reconocer al rey José (los afrancesados cortesanos partidarios del ilegítimo gobierno) contó, por primera vez en la historia de España, con representantes americanos (1808). En la constitución que Napoleón preparó para España, se previó la representación regular de las colonias con participación minoritaria, como ya se hacía en Francia. Napoleón especulaba con que, a partir de estas conce-

38/Palacio, Ernesto, *Historia de la Argentina 1515-1943,* Buenos Aires, Peña Lillo, 1975, p.167.

39/"En septiembre de 1808 se estableció en Sevilla la organización más importante de la resistencia contra los franceses, llamada Junta Central Suprema, cuya primera sede había sido Aranjuez. La Junta declaró gobernar en nombre de Fernando VII". Harvey, ob. cit., p. 36.

40/Piqueras, ob. cit., p. 69.

41/Stoezer, ob. cit., p. 29.

42/La Junta Central se formó (primero en Aranjuez el 25 de septiembre de 1808 y luego constituida en Sevilla) porque "se hacía preciso reconstruir una autoridad central para la nación, puesto que la existente se consideraba ilegítima e ilegal, y el depositario de la soberanía, el rey, se hallaba cautivo del enemigo y sus actos de renuncia eran considerados nulos al contravenir las leyes fundamentales y al haberse efectuado en ausencia de libertad". Piqueras, ob. cit., p. 150.

siones, obtendría mayor popularidad en América, a efectos de unir a las colonias españolas a la causa del rey José.

La llegada de enviados franceses a los puertos de las Indias españolas, encargados de entregar a los funcionarios lugareños –con el mensaje del rey Bonaparte y del emperador, su hermano– originó escenas dramáticas; a veces algunas vacilaciones, pero en general tuvo un resultado negativo: la afirmación de la lealtad hacia el monarca legítimo depuesto por los franceses.

En Caracas, el 15 de agosto de 1808, el capitán general Juan de Casas y Barrera vaciló en un primer momento, pero mediante un cabildo apresuradamente convocado, se inclinó la decisión a favor de Femando VII; en México por otra parte, el virrey Iturrigaray ni siquiera tuvo la vacilación de Casas. Las primeras noticias de los sucesos llegaron a Bogotá, el 19 de agosto de 1808; desde el 13 de septiembre, una violenta declaración contra Napoleón apareció fijada en los muros. En Buenos Aires, no obstante el envío de un selecto embajador, el marqués de Sassenay, y sus vínculos secretos con el virrey Liniers, la decisión también fue contraria a Francia.

De modo que, a pesar de los esfuerzos y las maniobras del emperador, las colonias se pronunciaron casi al unísono –hacia fines del 1808– en torno de la Junta de Sevilla, del lado de España libre y al grito de "Viva Fernando VII".

Sin embargo, a efectos de despojar a España de sus colonias, Napoleón y su invasión a la península, sin proponérselo, triunfó donde Inglaterra había fracasado. Estos años fueron, para América, años decisivos en el camino del aislamiento y, por consiguiente, de la independencia.

Mientras tanto, en la península ibérica, pese a la brutal ocupación napoleónica, los españoles –sobre todos los más humildes– no se daban por vencidos[43] y emprendieron

43/"¿Dónde está, pues, la peculiaridad del año extraordinario de 1808, si la 'orfandad' del reino resulta una construcción *post hoc*? La peculiaridad de 1808 la encontramos en el motín, en la protesta que conduce a la insurrección mientras la alta burocracia sigue los dictados oficiales: es el paisanaje que promueve revueltas en diferentes ciudades y en breve, se destaca ante la mirada de las clases superiores bajo dos rostros, *pueblo y populacho* depositario el primero de valores imperecederos y promotor de una nueva autoridad, nuevo sujeto insoslayable, e instrumento, el segundo, de las pasiones que conducen a la *anarquía*, al desconocimiento del gobierno, al puro desorden tras el cual se esconde el peligro de reeditar los fantasmas de las revueltas 'ciegas' del XVIII, o quizá lo que genéricamente pasa, a denominarse *jacobinismo*. Esta última posibilidad podía tomar cuerpo en el caso de que los *desarrapados* –desde la percepción de los poseedores y los ilustrados– encontraran una dirección política y se dotaran de una organización propia, que muy bien podía descansar en las tradicionales estructuras gremiales, al uso de lo acontecido en el siglo XVI, de no hallarse tan deterioradas por efectos coyunturales y de otro tipo: es el modelo de los *sans–culottes* (a los que por un tiempo estuvo unido el gobierno de los revolucionarios franceses, un sector social formado por artesanos y empleados, el proletariado urbano, en conjunto, cuantos viven de su trabajo y lo ejercen con las manos), que, sin embargo –nos enseñó Soboul–, no había sido el factor que dio cohesión a esta fuerza social, sino la condición de *plebe* en oposición a privilegiados, los muy ricos, los rentistas, los acaparadores, los ociosos, los empleados del gobierno a la antigua usanza, fuerza de oposición

luchas heroicas recrudeciendo la guerra de guerrillas. También es cierto que las fuerzas españolas en su combate contra Napoleón recibieron el auxilio de los ingleses, no por solidaridad altruista sino porque la posesión de España por los franceses alteraba el equilibrio europeo. Este mismo motivo era el que hacía que Gran Bretaña no ayudara a las fuerzas americanas sublevabas. No obstante, en el camino, aprovechaba las oportunidades comerciales que se producían, indispensables para colocar su producción. También los Estados Unidos, pese a la simpatía de Jefferson y de sus amigos, apoyaron más a España –económicamente y asimismo con combatientes– que a las Indias en su insurrección. Sólo los negocios movieron también a los norteamericanos, desde el tráfico de armas hasta la triangulación de mercaderías, que les proporcionaron jugosos beneficios.

El provecho logrado en el comercio peninsular aventajaba a lo obtenido en las Indias, de nuevo abiertas al comercio estadounidense. En 1812, cuando el partido jeffersoniano arrastró a la lucha contra Inglaterra a la joven república norteamericana, con el objetivo de apropiarse de sus colonias canadienses, se hizo imposible su ayuda efectiva a los sublevados. Tenían demasiado qué hacer para salvar su propia existencia, por lo menos hasta que terminó esa contienda anglo-americana en 1815. Reducidos, pues, casi a sus propias fuerzas, los insurgentes, debieron luchar en soledad contra las fuerzas realistas y los refuerzos españoles que finalmente llegaron a brindarles apoyo.

Lo cierto es que la España que resistía a la ocupación francesa, fue considerada en forma casi absoluta para todas las colonias americanas como la heredera de la autoridad del rey legítimo, imposibilitado del ejercicio. Lo que no se le reconocía –por lo menos por parte del sector revolucionario– era el derecho a disponer de las colonias, ya que eran formalmente reinos dependientes sólo de la corona. Sin embargo, esto tuvo amplias consecuencias políticas, porque la España en rebeldía no sólo era enemiga de franceses, sino también aliada tanto de Gran Bretaña como de Portugal, prácticamente un reino trasladado al exilio brasileño. Como lo llama Halperín Dongui, "todo un reordenamiento vertiginoso de la constelación internacional, acaso no menos decisivo en las Indias que en la Península"[44].

El autor italiano Loris Zanatta se pregunta con tino, "¿Por qué las invasiones napoleónicas –que, aunque se prolongaron durante algunos años, culminaron de forma definitiva con la derrota francesa de 1815– encendieron tal pandemonio en las Américas? Para responder a esta pregunta, resulta fundamental distinguir el caso de Brasil del de la América hispánica. Porque, protegida por los ingleses, la corte portuguesa de los Braganza logró abandonar Lisboa antes de la llegada de Bonaparte y, debido a ello, a su imperio no le tocó la misma suerte que al hispánico: la decapitación. En otros términos, aunque sufrió la invasión napoleónica, el imperio de Portugal no fue privado de aquello que garantizaba su unidad y su legitimidad, el rey, el cual, por otra parte, al ponerse a salvo con la familia reinante en Río de Janeiro, dio su sanción al peso y a la importancia de la colonia brasileña. Premisa, como se verá, de una independencia indolora"[45]. Una respuesta muy europea,

---

que con facilidad junta el descontento". Piqueras, ob. cit., p. 42.

44/Halperín Donghi, ob. cit., p. 33.

45/Zanatta, ob. cit., p. 37.

por cierto, y con un dejo monárquico que pone el principio de unidad de una nación sólo en su vértice en su gobernante.

"Bien distinto y aun opuesto fue el caso de España y de su imperio. (...) Así, la figura del soberano, que durante siglos había garantizado la unidad de aquel inmenso imperio, desaparecía en un instante. En su lugar, se encontraba un monarca impuesto por la potencia invasora. Además, aquel rey al cual los americanos se habían sujeto por un pacto de obediencia estaba en prisión. Es cierto que muy pronto en España se organizó una encarnizada resistencia contra los franceses y que en el puerto atlántico de Cádiz se formó una junta que reivindicó el poder en nombre del rey prisionero y reclamó obediencia a los súbditos americanos. Pero la caída del rey Borbón había formulado de por sí en la América hispánica preguntas clave que nadie, en la portuguesa, tenía por qué hacerse, las cuales se dirigían tanto a la elite criolla como a los funcionarios de la Corona. Ausente el rey legítimo ¿quién guiaba el reino y sobre qué derechos? ¿Acaso el rey usurpador, José Bonaparte, o bien la Junta de Cádiz, que se había arrogado la suplencia del soberano? ¿Acaso todos, ciudades o reinos, en España y en América, volvían a ser libres y eran amos del propio destino y de la propia soberanía hasta que el rey recuperara el trono? Por lo demás ¿por qué obedecer a Cádiz? Imperio orgánico, desmesurado y heterogéneo, cuyos miembros eran mantenidos juntos por un rey ahora sin trono, el español encontró que había perdido su principio de unidad" [46]. Si bien no compartimos la mirada de este autor, centrada en la unidad monárquica, lo cierto es que la legitimidad hasta entonces vigente, produjo ante la crisis –como bien dice– una cantidad de preguntas difíciles de responder. Y, como suele suceder, dichas preguntas se resuelven con las herramientas teóricas que tienen los pueblos y con su práctica concreta.

La Junta de Sevilla, tratando de resolver estos dilemas, en realidad echó más leña al fuego cuando el 22 de enero de 1809 –volviendo a la doctrina anterior a los Borbones sobre la relación con América– declaró: "Los virreinatos y provincias no son propiamente colonias o factorías, como las de otras naciones, sino una parte esencial e integrante de la monarquía española"[47], lo cual era parte de la disputa de seducción de las colonias con Napoleón. Incluso la Junta Central de Sevilla llegó a enviar un comunicado a todas las capitales de América, convocando a los pueblos a elegir Juntas Populares[48] y enviar sus representantes a la Junta Central[49]. De esta manera –pensaban los juntistas españoles– se

46/*Ibid*.

47/Real Orden de la Junta Central Suprema Gubernativa de España e Indias del 22 de enero de 1809.

48/Con fecha 3 de agosto de 1809 la Junta de Sevilla presenta un manifiesto que dice expresamente: "De aquí que si en alguna provincia se hubiera conservado sólo el poder militar, la necesidad absoluta de crear Juntas Supremas en la cuales residan el poder del pueblo y su ejército, sea su creación por cortes particulares o bien sea por medio de cuerpos, no pueden dejar de crearse para que haya un gobierno civil que inspire al pueblo confianza". Dicho en otras palabras: "la Junta Suprema de España ordenaba a las poblaciones de América que creasen Juntas Supremas en la cuales residiese el poder del pueblo. El pueblo, en consecuencia, debía ser el creador de estas juntas". De Gandía, ob. cit., p. 180.

49/"El 22 de enero de 1809 la Junta Suprema Central llamó a los españoles americanos a nombrar repre-

aseguraba la resistencia contra las pretensiones francesas sobre el territorio americano, pero estaban generando mucho más que eso.

"¿Qué objeto tenía la formación de estas juntas en América? ¿Para qué ordenaba la Junta de Sevilla que se formasen juntas den todas partes? En primer término, el pueblo español estaba sin rey y debía gobernársele de acuerdo con los derechos naturales del hombre, es decir, según el principio tomista y católico de que el pueblo es la fuente del poder. En segundo término, las atrocidades obradas por los gobiernos anteriores, ya depuestos, con el que había dirigido el Príncipe de la Paz, Manuel Godoy, habían caducado. Y en tercer término, había que crear juntas, en toda partes, para defenderse contra los franceses, contra cualquier invasión napoleónica: el gran peligro y el gran miedo"[50].

Pero como observa agudamente José Antonio Piqueras, la convocatoria de los peninsulares –incluso de los liberales revolucionarios– era limitada: "La Junta Central había tomado sus precauciones al conceder únicamente diez puestos a tan vastos y preciados dominios, cuya población representaba de manera aproximada el 62 por 100 del total de la monarquía. El decreto establecía que nombraría un diputado cada uno de los cuatro virreinatos (Nueva España, Nueva Granada, Perú y Río de la Plata), las cuatro capitanías generales independientes, esto es, no subordinadas en lo gubernativo a las anteriores (Cuba, Puerto Rico, Guatemala y Chile) y las provincias de Venezuela y Filipinas"[51].

El evidente menosprecio de la representación real de la América española[52] ante la Junta Central, que no llegó a materializarse[53] en su totalidad, y al mismo tiempo el reco-

---

sentantes que se integraran en el gobierno de España". Piqueras, ob. cit., p. 291.

50/De Gandía, ob. cit., p. 182.

51/Piqueras, ob. cit., p. 291.

52/El menosprecio no sólo consistía en subestimar la representación respecto de la cantidad de habitantes sino también el mecanismo indirecto y controlado mediante el cual se elegían los representantes. "El procedimiento partía de una consulta abierta a las élites patricias de las principales ciudades al tiempo que evitaba la designación directa, permitiendo a las autoridades de la metrópoli que pudieran excluir las opciones en su opinión menos convenientes". Piqueras, ob. cit., p. 292.

53/Los pocos diputados que finalmente fueron electos nos dan una idea de lo enmarañada que era la representación; "por Nueva España fue elegido Manuel de Lardizábal y Uribe, jurista de formación, experto en derecho penal, seguidor de las tesis de Beccaria, residía en España desde 1761 al servicio de la Corona, habiendo sido fiscal del Consejo de Castilla con Carlos iii; desde 1777 era secretario de la Real Academia y en 1808 había tomado parte en la Asamblea de Bayona". Y por Nueva Granada fue elegido el mariscal Antonio de Narváez, el militar criollo del reino de más alta graduación. Camilo Torres había sido el candidato que más votos había reunido de los cabildos con derecho de propuesta, pero sus posiciones políticas hicieron que fuera descartado por la metrópoli. "Por Perú se designó a José Silva y Olave, canónigo, originario de Guayaquil y rector de la Universidad de San Marcos. El representante electo por Chile fue el abogado Joaquín Fernández de Leyva, capitular de Santiago. Por Guatemala se nombró a Manuel José Pavón Muñoz, abogado, coronel de milicias y rico hacendado que venía ocupando puestos en el cabildo por tradición y posición familiar. La votación en el cabildo de La Habana arrojó un empate entre Luis de Peñalver y Cárdenas, ex arzobispo de Guatemala y perteneciente a la casa del marqués de Casa Peñalver. Piqueras, ob. cit., pp. 295 y 298.

nocimiento –aunque fuera demagógico– del carácter de reinos, generaron en América contradicciones que se acentuaron en 1810, cuando los franceses ocuparon también la región de Andalucía. El reemplazo de la Junta Suprema de Sevilla, que se había trasladado forzosamente a Cádiz[54], por el Consejo de Regencia[55], creado en esa ciudad portuaria en los márgenes de España y custodiada por los ingleses desde el mar, si bien para los españoles era una continuidad natural de una resistencia[56] (cada vez en peor situación), en cambio para los criollos creaba una situación nueva. El debate para los españoles de América (así se concebían la mayoría de los criollos acomodados) asumió tres posiciones distintas: a) permanecer fieles a Femando VII y las autoridades peninsulares pese a su fragilidad (camino escogido por los realistas, en general partidarios del absolutismo y del colonialismo); b) asumir la autonomía, estableciendo una autoridad independiente de la Regencia, demostrada la debilidad de ésta para ejercer un gobierno tan amplio en España e Indias, pero continuando con la lealtad a Fernando VII, a la espera de su regreso (actitud mayoritaria tanto de las clases dirigentes como de las mayorías populares; c) la independencia, expulsando a los españoles peninsulares del poder en América, y declarar emancipada a la América hispana (posición asumida por un sector revolucionario, minoritario, influido en general por las ideas antiabsolutistas y liberales progresistas europeas).

El movimiento juntista, a imagen y semejanza de lo ocurrido en la España acéfala, ya que todos coincidían en general en la ilegitimidad[57] del Consejo de Regencia[58], fue la res-

---

54/El 24 de enero de 1810 "los miembros de la Suprema Junta Central abandonaron Sevilla con rumbo a Cádiz, donde en enero pretendían conformar otra junta que asumiera el gobierno de la nación". Chávez, Fermín, *Reseña de acontecimientos históricos 1553-2003,* Buenos Aires, Ediciones Fabro, 2005, p. 34.

55/"En enero de 1810 el avance del ejército francés, al que había retrasado un año la conquista de Andalucía, obligaba a la Junta a retirarse de manera precipitada a Cádiz entre acusaciones de traición. Allí adoptaría sus últimas decisiones antes de disolverse: la convocatoria de Cortes del Reino, a la que tenazmente se había opuesto hasta entonces un sector de vocales, y la designación de un Consejo de Regencia de cinco miembros, entre los que predominaba la tendencia inmovilista". Piqueras, ob. cit., 106.

56/En realidad, como dice Norberto Galasso, en su excelente biografía política de San Martín era un giro a la derecha del propio proceso español. "Se produce en España un nuevo paso hacia el eclipse de la revolución nacional democrática: la Junta Central se disuelve y surge en su reemplazo el Consejo de Regencia. Este acontecimiento pone en evidencia la debilidad de las fuerzas revolucionarias españolas y no sólo frente al invasor francés que ocupa casi todo el territorio hispánico, sino también en el interior del frente nacional donde prevalecen sectores moderados y de derecha expresados en el nuevo órgano gubernativo". Galasso, Norberto, *Seamos libres y lo demás no importa nada. Vida de San Martín*, Buenos Aires, Colihue, 2000, p. 123.

57/"Coincidieron al rechazar la autoridad de la Regencia, gobierno tenido por ilegítimo por partida doble, dado que la Junta Central no estaba facultada para nombrarla y lo había sido sin participación de los americanos, pues del corto número de vocales elegidos en América para que se integraran en la Central ninguno había llegado a incorporarse". Piqueras, ob. cit., p. 106.

58/"En cuanto quedó formada la Regencia, en enero, el Consejo reunido inició las persecuciones, desig-

puesta de los americanos –conforme con la segunda de las posiciones– pues era ampliamente mayoritaria hacia 1810, momento de la caída de la Junta de Sevilla. Y esta era la consecuencia directa de que "tanto la Suprema Junta Central como la Regencia intentaron mantener las políticas centralistas de los Borbones, y así perdieron la oportunidad de poner la situación en orden, de acuerdo a con las quejas de los criollos relacionadas con el tradicional regionalismo hispánico"[59].

En líneas generales, podemos decir que así como los españoles se levantaron frente a la prepotencia francesa creando direcciones locales de la lucha nacional –a las que llamaron juntas– otro tanto hicieron los americanos. Estas direcciones locales, tal como hemos visto, no tardaron mucho tiempo en unificarse en una dirección conjunta a través de la Junta Central de Sevilla. Esa cuestión nacional española es el origen del juntismo, pero esa organización popular de la resistencia al invasor pronto se constituye también en una cruzada por la cuestión democrática aún pendiente en la península ibérica.

De alguna manera, para la vanguardia de este proceso se trataba de la revolución burguesa pendiente, con su declaración de los derechos del hombre y el ciudadano, con el objetivo de terminar con el absolutismo reinante. En su manifiesto del 28 de octubre de 1809 declara: "Un despotismo degenerado y caduco preparó el camino a la tiranía francesa. Dejar sucumbir el Estado en los viejos abusos sería un crimen tan monstruoso como entregarlo en manos de Bonaparte"[60] .

Como sostiene Abelardo Ramos, existe una relación fundamental entre la caída de España como imperio y su decadencia ante la imposibilidad de desarrollar su revolución burguesa. "La ruina irresistible del imperio español se fundaba en la impotencia de su burguesía para barrer a fondo las instituciones de la arcaica sociedad española, conjurar los particularismos feudales y regionales, establecer el régimen capitalista en la península y sus dominios ultramarinos e incorporar España al nivel de los tiempos modernos"[61].

La cuestión nacional española llevaba en su seno una cuestión democrática que le era precedente. Y que, si bien se pone entre paréntesis con atribuir a Fernando VII la idea de ser el hombre necesario para la democratización, no por ello estaba relegada, ni se había renunciado a la causa antiabsolutista. "Como tantas otras veces en las historias de diversos países, la lucha de liberación contra el invasor extranjero, al ser encabezada por los sectores populares, entra de lleno a las transformaciones sociales y políticas. (...) La propia Junta Central de Sevilla, no obstante las vacilaciones originarias en su integración por buena parte de sectores muy moderados, reconoce el cambio sustancial que se opera en la revolución: 'Ha determinado la Providencia que en esta terrible crisis no podáis dar un paso hacia la independencia sin darlo al mismo tiempo hacia la libertad'"[62].

El sector liberal de los españoles estaba convencido de la interrelación entre la causa

---

nando 'como enemigos del rey a los indicadores de reformas políticas'". Piqueras, ob. cit., p. 336.

59/Stoezer, ob. cit., p. 27.

60/En Galasso, Norberto, *La Revolución de Mayo (el pueblo quiere saber de qué se trató)*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1994, p. 17.

61/Ramos, ob. cit., p 135.

62/Galasso, ob. cit., p. 17.

patriótica y las peleas por la democratización del gobierno absolutista. En los límites del pensamiento de la época así como en su lenguaje, la implementación de una Constitución que pusiera las limitaciones de la ley al desenfreno del despotismo, aparecía como el objetivo central.

La materialización de esa soberanía del pueblo que tenía como horizonte una Constitución, se dio con la reunión de Cortes en septiembre de 1810. Sin embargo, en éstas, los diputados consumaron la doble declaratoria: la soberanía radicaba en la nación –sutil, pero importante interpretación de la soberanía popular–, y las Cortes eran su principal representación. El abate Sieyes, como representante del Tercer Estado en la Asamblea francesa, le da una vuelta de tuerca de la perspectiva de la burguesía respecto a la idea de soberanía, que es coincidente con los expuestos en las Cortes españolas. Ya deja de ser la soberanía del pueblo que plantea Rousseau (cuando la burguesía era revolucionaria y necesitaba convocar a todas las clases oprimidas del Viejo Régimen) y pasa a ser soberanía de la nación, en tanto la representación de esa nación era, precisamente ese Tercer Estado. Lo cual, en tiempos del sufragio censatario que sólo permitía a los propietarios el derecho a elegir y ser elegidos, implicaba que, en última instancia, la burguesía europea identificara sus objetivos particulares con los de la nación en su conjunto.

La Constitución de las Cortes de Cádiz declaró, en definitiva, que: "La unión española no puede ser el patrimonio de una persona, ni de una familia; la soberanía se asienta en la nación y las Cortes y el rey conjuntamente tienen derecho a legislar"

Las Cortes convocadas en Cádiz, reunidas en 1810 para sancionar una nueva Constitución (cosa que finalmente hicieron en 1812) también convocaron a los españoles americanos. Fue un acto de demagogia para atraer a los sectores de las colonias en una lucha que estaba planteada ya en América, que para reconocer el derecho de igualdad como reinos[63] a los pueblos de la América española. De hecho, incluso los liberales españoles aceptaron que se menospreciara la representación[64] "(si los representantes se hubiesen designado

63/"Las tesis de la plurimonarquía de la pervivencia de la monarquía universal hispana que en realidad había concluido con los Habsburgo, y de la pertenencia a la misma de los reinos de Indias en condiciones de igualdad con los reinos europeos, fue una ficción oportunamente reinventada en la medida que perseguía un fin político práctico. Volvería a ser rescatada por la historiografía conservadora del siglo XX con una finalidad ideológica: la de sostener la legalidad y legitimidad de los levantamientos, lo cual borraba el origen revolucionario de las nuevas patrias; la de recuperar la imagen civilizatoria y misional de España; la de diluir las barreras del cambio y restaurar la vigencia del imaginario tradicional y, como tal, católico". Piqueras, ob. cit., p. 197.

En un sentido similar, respecto del oportunismo de los juntistas peninsulares, se expresa Fermín Chávez cuando dice que "la Junta Central había resuelto dar participación a las colonias, a las que no calificaba como tal por una razón de oportunismo político, debido a que era notorio que sus títulos para detentar la soberanía eran insuficientes". Chávez, ob. cit., p. 33.

64/La representación de las colonias españolas estaba restringida a uno por cada una de las consideradas provincias de ultramar o virreinatos, dándole también tal carácter a las capitanías generales. Así debieron elegirse diputados en Nueva España, Nueva Granada, Perú, Río de la Plata, Guatemala, Chile, Cuba, Puerto rico, Venezuela y Filipinas. Pero lo más arbitrario de todo –incluso más que la

democráticamente, es decir, en función del número de habitantes, los americanos habrían prevalecido sobre los españoles)"[65].

En efecto, el Consejo de Regencia establecido en Cádiz, dirigió un oficio a los "españoles americanos" con fecha 14 de febrero de 1810, el que estaba concebido en los siguientes términos: "Desde este momento, españoles americanos, os veis elevados a la dignidad de hombres libres; no sois ya los mismos que antes encorvados bajo un yugo mucho más duro mientras más distantes estibáis del centro del poder; mirados con indiferencia; vejados por la codicia y destruidos por la ignorancia. Tened presente que al pronunciar o el escribir el nombre del que ha de venir a representaros en el Congreso nacional, vuestros destinos ya no dependen ni de sus ministros, ni de los virreyes, ni de los gobernadores; están en vuestras manos. Al votar cada diputado expondréis por su intermedio todos los abusos, todas las extorsiones todos los males que han causado en estos países la arbitrariedad y nulidad de los mandatarios del gobierno antiguo". Es claro que por la ideología que se trasluce los liberales eran entonces hegemónicos y dueños de la pluma, pero aun así no aceptaban una igualdad de representación que hubiera dejado a los europeos en minoría o el mecanismo de elección que no permitía llegar sino a los acólitos de la continuidad de la situación colonial americana. No dejaban de comportarse como hombres de una metrópoli colonialista, aunque argumentaran lo contrario. En última instancia era cierta la sentencia lanzada en su discurso ante las Cortes de Cádiz por Dionisio Inca Yupanqui, diputado por el Perú: "Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre".

En la realidad, los mismos liberales revolucionarios españoles venían discutiendo la potestad de las juntas peninsulares y del Consejo de Regencia como posteriormente las Cortes, de gobernar el imperio. Aquellos que respondían afirmativamente no se distanciaban en ello de las posiciones de los absolutistas ibéricos. En contraposición, las elites criollas encontraron –ya desde la caída del rey en 1808– la ocasión de hacer oír sus reivindicaciones de las últimas décadas, cuando habían comenzado a reaccionar ante la pretensión decidida de la metrópoli de gobernar las provincias americanas a través de instrumentos centralizados, en un proceso largo que se inicia con la llegada de los Borbones y que calificamos como una recolonización de América. Esta centralización colonial borbónica, a diferencia de la etapa anterior, se planteaba explícitamente, lo más lejana posible de cualquier influencia local americana, para el ejercicio del poder.

---

desproporcionada representación respecto de la cantidad de diputados que nombraban las provincias españolas de la península–, era el mecanismo de control para la designación. En efecto, "cada una de estas provincias debían elegir un diputado, que sería escogido por una terna propuesta por las ciudades más grandes. Los nombres de los diputados elegidos de esta manera iban a ser sometidos al Real Acuerdo, presidido por el virrey, de modo que las Audiencias podían elegir tres personas, de las cuales una podía representar en España el punto de vista político de virreinato". Stoezer, ob. cit., p. 29.

65/Galasso, ob. cit., p. 20.

CAPÍTULO V
LAS FUERZAS POLÍTICAS EN DISPUTA EN LOS COMIENZOS DE LA REVOLUCIÓN AMERICANA

"Para la historiografía liberal, Mayo fue una revolución separatista, independentista, antihispánica, dirigida a vincularnos al mercado mundial, probritánica y protagonizada por la 'gente decente' del vecindario porteño"
Norberto Galasso

1. Sobre la naturaleza del inicio de la revolución americana

Existen una serie de lugares comunes de los historiadores clásicos a la hora de abordar la revolución de la América hispana que, al mismo tiempo –aunque parezca contradictorio– son fruto de su eurocentrismo y su antihispanismo. Una de esas verdades indiscutibles de la historia oficial es que se trató de una lucha entre españoles y criollos. Otro lugar común es considerar que la revolución se hizo por la libertad de comercio. Y el último gran error, fue considerar que la emancipación americana es exclusivamente obra de las elites locales. En definitiva, como bien reseña el maestro Norberto Galasso refiriéndose a la revolución en el Río de la Plata, aunque su razonamiento sirve para otros sitios de nuestra América: "Para la historiografía liberal, Mayo fue una revolución separatista, independentista, antihispánica, dirigida a vincularnos al mercado mundial, probritánica y protagonizada por la 'gente decente' del vecindario porteño"[1].

Todos estos lugares comunes debemos desandar, para aproximarnos a la realidad histórica.

a) El error de considerar que fue una lucha de criollos contra españoles

Es muy común encontrar entre los historiadores clásicos sobre el periodo de la independencia la interpretación más extendida que reduce la emancipación a una especie de lucha racial o nacional. Así, esta lucha se habría producido entre criollos[2] y peninsulares. En esto somos contundentes: existen pruebas más que suficientes para considerar que esta hipótesis es absolutamente falsa.

En el marco social y político de las colonias españolas en América, que describiéramos oportunamente, es cierto que los criollos acomodados, que controlaban gran parte de la economía colonial y que se sentían españoles nacidos en América, ante las medidas de ajuste de cuentas del sistema colonial desarrolladas por los Borbones, se sientan relegados por la presencia –cada vez más frecuente– de autoridades metropolitanas en las jerarquías

1/Galasso, ob. cit., p. 7.

2/La denominación "criollo", viene del *creole* francés, el dialecto hablado por los nativos de Haití

coloniales, aunque mucho más molestos por los impuestos que les cobraban. El malestar por la ocupación de puestos por peninsulares, no refería a las más altas magistraturas, como virreyes y capitanes generales que casi siempre vinieron desde España en tanto hombres de confianza del poder real, sino de los funcionarios menores e intermedios.

También es cierto que paulatinamente se va gestando en los criollos ricos, en contraposición con las prerrogativas del sistema colonial, una conciencia americana contrapuesta con la burocracia peninsular de funcionarios y comerciantes que llegaba desde la metrópoli. Tensión en la que juegan abiertamente en los tiempos de la recolonización de las Indias. Se puede comprender también, el deseo de ejercer un papel dirigente en los asuntos políticos, para los que se consideran mejor capacitados, que enfrenta a los criollos ricos con los recién llegados, desconocedores en su gran mayoría del territorio que deberían mandar y que eran enviados del poder monárquico, sobre todo de la era centralista establecida por los Borbones[3]. Esta conciencia jugó un considerable papel en el proceso independentista, pero fue tan o menos relevante que otras cuestiones como el vacío de poder metropolitano y las disputas políticas de la península, la influencia de ideas revolucionarias que imbuía el proceder de los sectores intelectuales, la primera revolución social latinoamericana de Haití, los límites económicos del sistema colonial, la crisis de la economía mundial, etc.

Entre los historiadores modernos considerados "serios" sorprendentemente también está extendida la falacia de la confrontación entre criollos y españoles. En este sentido opina José Luis Romero, en su libro Las ideas políticas en la Argentina[4], "La revolución emancipadora era, en cierto sentido, una revolución social destinada a provocar el ascenso de los grupos criollos al primer plano de la vida del país. Criollos habían sido los núcleos ilustrados que la hicieron, pero por la fuerza de las convicciones y por la necesidad de dar solidez al movimiento fue necesario llamar a ella a los grupos criollos de las provincias, constituidos en su mayor parte por la masa rural. Estos grupos respondieron al llamado y acudieron a incorporarse al movimiento; mas ya para entonces el núcleo porteño había sentado los principios fundamentales del régimen político social, y las masas que acudieron al llamado no se sintieron fielmente interpretadas por ese sistema que, como era natural, otorgaba la hegemonía a los grupos cultos de formación europea. Así comenzó el duelo ente el sistema institucional propugnado por los núcleos ilustrados, de un lado, y los ideales imprecisos de las masas populares del otro". Por lo menos la honestidad de Romero, no le permite reducir al antagonismo criollo-peninsular, e introducir el factor popular determinante, pero aun así no deja de repetir que la contradicción principal es

3/Como sostiene Halperín Donghi, "no es seguro que, contra lo que esas protestas suponían, la parte de los peninsulares de la vida administrativa y eclesiástica de las Indias haya aumentado a lo largo del siglo XVIII: pero era el peso mismo de la Iglesia y sobre todo el de la administración el que había aumentado extraordinariamente a lo largo del siglo XVIII, las reformas carloterceristas habían creado finalmente un verdadero cuerpo de funcionarios para las Indias; entre ellos la parte correspondiente a los oriundos de la metrópoli era –aunque menor de lo que iba a afirmar la propaganda revolucionaria– preponderante". Halperín Donghi, ob. cit., p. 77.

4/Romero, José Luis, *Las ideas políticas en la Argentina*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008.

entre criollos y españoles.

La falsa contradicción entre criollos y españoles se ve con mayor claridad en las luchas del sur de Sudamérica. Por ejemplo, en los primeros años los dos mayores generales realistas del Perú fueron Goyeneche[5] y Tristán. Ambos habían nacido en América. Uno de los mejores generales entre los revolucionarios era Juan Antonio Álvarez de Arenales que, si bien algunos historiadores lo tienen por salteño, había llegado desde España para pelear del lado de los revolucionarios.

Pedro Antonio Olañeta, el general realista que tuvo a mal traer a Belgrano y que se enfrentó en varias ocasiones a Güemes, terminó siendo hasta el final de las guerras de la independencia uno de los más recalcitrantes defensores de la causa absolutista y colonialista. Sin embargo, había nacido en Jujuy. Un caso por demás paradigmático para ver el carácter político, por encima del supuesto enfrentamiento entre razas, es el del general La Mar, que había nacido en Perú y peleaba para los realistas, aunque finalmente se sumó a las tropas patrióticas.

"Creemos necesaria la aclaración previa de este punto para no caer en la interpretación simplista de muchos de nuestros historiadores que ven en el movimiento de Mayo una lucha entre criollos y españoles sin tener en cuenta que hubo cientos de peninsulares que estuvieron con la revolución"[6] dice con claridad Astesano refiriéndose a este tópico.

Se trató de una guerra civil en cuyos bandos político–ideológicos militaron mezclados españoles y criollos, españoles peninsulares y españoles americanos. Enrique de Gandía prueba que la guerra civil no fue desencadenada por los liberales (término usado en aquella época en un sentido revolucionario), que en principio no enunciaron ni la independencia ni la guerra, hasta que los absolutistas rompieron la paz con su intransigencia y el empeño de mantenerse en puestos que, jurídicamente, ya no les correspondían.

La reacción de los partidarios del absolutismo en América, que lo eran a su vez del colonialismo, es decir, de la absoluta sumisión colonial de América respecto de Europa, fue violenta frente a las acciones juntistas de los elementos revolucionarios americanos. Por eso es que, al principio de la lucha, se hablaba de revolucionarios (partidarios de limitar desde la soberanía popular al absolutismo) contra realistas (partidarios de un poder real absoluto) o directamente absolutistas[7].

5/El historiador Enrique de Gandía completa en este sentido: "Goyeneche (...) que aplastó al revolucionario criollo Pedro Domingo Murillo en La Paz, era criollo, de Arequipa. Murillo, por su parte, (el revolucionario) tenía como segundo jefe al teniente coronel don Juan Pedro Indaburu, perfecto español. A su vez, los jueces que sentenciaron a los revolucionarios vencidos a ser decapitados y puestas sus cabezas en jaulas de hierro, eran: un paceño, Zárate; un potosino: Osa; un chuquisaqueño: Gutiérrez; otro chuquisaqueño: Ruiz; un arequipeño: Fuentes y otro paceño: Casto. Sólo el fiscal era un español: un tal Segovia". De Gandía, ob. cit., p. 227.

6/Astesano, ob. cit., p. 138.

7/Alejandro Pandra va más allá en su planteo y sostiene que término correcto es absolutista. "Absolutistas, a quienes algunos historiadores llaman realistas cometiendo un grave error ya que realistas eran todos; o españoles, cayendo en otro aún más grave ya que peninsulares y americanos se alinearon indistintamente en ambos bandos". Pandra, ob. cit., p. 154.

En definitiva, para encontrar la raíz del proceso revolucionario, hay que atender a los sucesos políticos de la metrópoli, como dice el maestro Norberto Galasso: "El estallido español con su gente en las calles, con sus juntas democráticas, con sus exigencias de derechos para el pueblo, pone en tensión los conflictos sociales existentes en América, es decir, provoca la eclosión de fuerzas democráticas transformadoras, no signadas por un color nacional sino por reclamos populares semejantes a los que enarbolaba el pueblo español en las calles y aldeas de España"[8]. Pero la diferencia de estas banderas políticas en América lo marca su situación colonial, lo que abre las puertas para, recién ahí, la discusión de la cuestión nacional.

b) El error de considerar que la revolución fue antiespañola

"La primera reacción de los territorios americanos ante la invasión de España por las tropas francesas fue seguir el ejemplo metropolitano y convocar juntas de gobierno para proclamar la fidelidad a Fernando VII, el rey depuesto. Así, en 1808, las Juntas convocadas en la América española se revelan antifrancesas y fernandistas, rechazando las propuestas de los delegados enviados por José Bonaparte"[9]. Esto nos marca también el carácter más político de una revolución que no se hizo como excusa de independencia, sino como consecuencia de la afrenta a la dignidad nacional, que era la invasión napoleónica. Sólo el antihispanismo de las clases dominantes de las repúblicas en las que se fragmentó nuestra América del Sur, pudieron instalar que la revolución se hizo por odio a los españoles. Los historiadores liberales –desde Mitre hasta Halperín Donghi[10]– reproducen esta idea hasta naturalizarla.

Si acaso consideramos que la revolución americana estuvo cruzada en sus comienzos por un nacionalismo, fue entonces por el español y no por el americano, que se fue forjando en el desarrollo de la contienda.

Esto no significa negar el deterioro existente del pacto colonial en crisis, sin ninguna duda, a partir de las reformas borbónicas que –por los argumentos que vimos– fueron un ajuste sobre las colonias y, aunque parezca una redundancia, sobre la condición colonial de las mismas. A lo cual hay que sumarle el creciente desprestigio de la metrópoli española producto de su propia crisis. Así lo define Piqueras: "A los desajustes que podemos considerar estructurales, del modelo colonial, (...) al clima de disconformidad creciente, se unió en tiempos muy recientes la crisis de la metrópoli[11], que incidió en ultramar. Las

8/Galasso, ob. cit., p. 23.

9/Vázquez; Martínez, ob. cit., p. 138.

10/"En ese odio al peninsular –cuya presencia es una de las consecuencias más duramente sentida de la condición colonial– comulgan entonces sectores sociales muy vastos; se manifiesta con particular intensidad en los niveles más bajos, que no tienen en el mantenimiento del vínculo colonial intereses que impulsen a callarlo". Halperín Donghi, ob. cit., p. 78.

11/"Los síntomas del deterioro común, español y americano, se hicieron patentes a medida que la primera guerra contra Inglaterra (1796-1801) consumía recursos y levas, estas últimas incrementadas en el año 1801 debido a la guerra con Portugal. El tráfico atlántico fue una de sus primeras víctimas, al interrumpir el prometedor comercio entre puertos de la monarquía, en proceso de liberalización

dinámicas de uno y otro lado convergieron en torno a 1808. El colapso político en la península hizo patente la incapacidad del Estado para ofrecer soluciones y, al mismo tiempo, sostener la dominación"[12].

En los discursos y proclamas de la libertad americana, hay frecuentes alusiones y convocatorias a los criollos en contraposición a los españoles, aunque estas apelaciones son más políticas que raciales, ni por definiciones por el lugar de nacimiento u origen de la riqueza. Dichas convocatorias apelan a la intención de consolidar un nacionalismo propio, como fuerza estructurante de la lucha por la libertad, frente a la prepotencia colonialista de los funcionarios metropolitanos, pero sobre todo de los sectores absolutistas de la propia América, que trabajaban por sus convicciones políticas para el colonialismo y pretendían extender en el tiempo la dominación.

Asiste razón al pensador nacional Juan José Hernández Arregui que, con coraje, desde el marxismo (dado que en general venían repitiendo en este sentido, el discurso histórico de los liberales) se animó a sostener: "Las veces que las masas intervinieron durante el período colonial, fue en defensa del suelo patrio que asociaban a la fidelidad a España. Todo intento de anexión extranjera fue rechazado por las poblaciones nativas. Ni Inglaterra, ni Holanda, ni Francia tuvieron éxito. Es falso que el sentimiento antiespañol[13] haya sido el factor desencadenante de la emancipación. Tampoco las masas fueron separatistas. Son las capas altas, tanto españolas como criollas, las que habrán de sacrificar la unidad de América, al entrar como clases subordinadas en el comercio mundial. La adhesión a España de los pueblos no excluía antagonismos con las clases altas, pero esta oposición no era antiespañola, sino contra la injusticia social agravada con la decadencia final del sistema"[14].

Va a ser el gran precursor del americanismo desde la Argentina del siglo XX, el socialista Manuel Ugarte, quien con mayor claridad anticipa la idea del hecho maldito de país colonial, no como un pronunciamiento antihispánico, tal como lo habían planteado los historiadores liberales: "Ninguna fuerza puede ir contra sí misma, ningún hombre logra insurreccionarse completamente contra su mentalidad y sus atavismos, ningún grupo consigue renunciar de pronto a su personalidad para improvisarse otra nueva. Españoles fueron los habitantes de los primeros virreinatos y españoles siguieron siendo los que se

---

desde poco antes. Las exportaciones peninsulares retrocedieron, perjudicándose las manufacturas, la agricultura, el comercio y los ingresos por aduanas". Piqueras, ob. cit., p. 122.

12/Piqueras, ob. cit., p. 112.

13/"Hay una línea histórica que sostuvo que la gesta por la independencia o la Revolución de Mayo fue jacobina –es decir, francesa– pero, a su vez, librecambista –y, por lo tanto, inglesa–. Y hasta se ha establecido algún tipo de vínculo con los movimientos ocurridos en Estados Unidos. Pero otra línea, que se enfrenta a la anterior, plantea que los revolucionarios americanos eran simplemente revolucionarios españoles en América y que su liberalismo era mucho más español que inglés o francés. Este aspecto abre uno de los grandes debates: ¿hispanismo o antihispanismo? ¿España como continuidad o la España denigrada, como antítesis de la Revolución de Mayo? ¿La Revolución de Mayo fue una ruptura antiespañola o significó la continuidad de la tradición de España en suelo americano?". Oporto, ob. cit., p. 33.

14/Hernández Arregui, ob. cit., p. 71.

lanzaron a la revuelta. Si al calor de la lucha surgieron nuevos proyectos, si las quejas se transformaron en intimaciones, si el movimiento cobró un empuje definitivo y radical fue a causa de la inflexibilidad de la metrópoli. Pero en ningún caso se puede decir que América se emancipó de España. Se emancipó del estancamiento y de las ideas retrógradas que impedían el libre desarrollo de su vitalidad... ¿Cómo iban a atacar a España los mismos que en beneficio de España habían defendido, algunos años antes, las colonias contra la invasión inglesa? ¿Cómo iban a atacar a España los que, al arrojar del Río de la Plata a los doce mil hombres del general Whitelocke, habían firmado con su sangre el compromiso de mantener la lengua, las costumbres y la civilización de sus antepasados?... Si el movimiento de protesta contra los virreyes cobró tan colosal empuje fue porque la mayoría de los americanos ansiaba obtener las libertades económicas, políticas, religiosas y sociales que un gobierno profundamente conservador negaba a todos, no sólo a las colonias, sino a la misma España... No nos levantamos contra España, sino en favor de ella y contra el grupo retardatario que en uno y en otro hemisferio nos impedía vivir"[15].

El propio Castelli, en el mismo calor del debate cuando estaba refutando las posiciones realistas en el Cabildo Abierto de mayo de 1810, dice en un mismo sentido: "Aquí no hay ni conquistadores ni conquistados, aquí no hay sino españoles. Los españoles de España han perdido su tierra. Los españoles de América tratan de salvar la suya. Los de España que se entiendan allá como puedan... Propongo que se vote, que se subrogue otra autoridad a la del virrey que dependerá de la metrópoli si ésta se salva de los franceses, que será independiente si España queda subyugada". Las palabras de Vicente Fidel López, que recoge Galasso[16], nos dan una pista de la ambigüedad de la situación en el momento de la revolución: "Los jefes del partido patriota no estaban todavía acordes ni uniformados sobre los resultados que querían obtener. Entre los que buscaban un rompimiento definitivo con las autoridades españolas y los que se contentaban con una solución prudente que conciliase la forma tradicional del gobierno con la necesidad de dar entrada en él a los representantes de la opinión pública... Entre los extremos, flotaba, indecisa, la mayoría del partido revolucionario esperando que la fuerza de los sucesos le diese una dirección clara y precisa".

Tampoco es absoluta la contradicción entre el poder económico en manos de los criollos acomodados y de los funcionarios peninsulares, cargo a los que no podían acceder aquellos. Si bien –tal como hemos visto– esto urídicamente relativo, lo cierto es que a partir de las reformas borbónicas esa diferencia se acentúa. La reorganización a la francesa del imperio español implicaba una profesionalización de "la burocracia civil y militar, evitando que fuera captada por los intereses locales donde servía, lo que creía lograrse antes y de forma más efectiva sirviéndose de funcionarios de la metrópoli en América[17]; en las

15/Ugarte, Manuel, *Mi campaña hispanoamericana,* Buenos Aires, Punto de Encuentro, 2014, p. 23.

16/Tanto las palabras de Castelli, como las de Vicente Fidel López, en Galasso, ob. cit., p. 54.

17/"La práctica totalidad de los intendentes de Hacienda y del Real Ejército, figura central en los planes de reforma y centralización, que fueron designados desde su introducción en América en 1764, eran peninsulares. También lo fue la gran mayoría de los oidores y fiscales de las audiencias americanas a partir de 1770, invirtiéndose la tendencia anterior a equipararlos. Lo mismo sucedía con la alta oficialidad –coroneles y generales– del ejército de dotación americano. Durante el último tercio del

provincias europeas también se destinaban empleados que no fueran naturales de ellas. Las carreras judiciales y militares, los empleos en los cabildos, las aduanas y las tesorerías, hasta entonces entendidas como vías de ascenso social bastante cómodas y lucrativas, pues en el contexto de la enajenación de cargos con frecuencia recaían en familias patricias que seguían practicando sus negocios, se complicaron una enormidad"[18].

Esta situación descripta generaba –obviamente– malestar, aunque sólo entre las clases dominantes criollas que tenían obturado uno de sus trampolines de ascenso, aunque no lo suficiente para generar, como se ha planteado exageradamente, un antiespañolismo. Esto puede comprobarse también en la formación del ejército español en América. Si bien podemos ver que el cuadro superior está formado casi exclusivamente por peninsulares, no es así la alta oficialidad que –para principios del siglo XIX– en un 60%[19] eran americanos y su predomino era mucho más grande entre los grados más bajos y los suboficiales. El 93% de los cadetes eran criollos, lo que anuncia una progresiva americanización de sus jefes, cada vez más difícil de contrarrestar. Este hecho nos habla de que el nivel de enrolamiento en una fuerza es alto (nadie se enrola en una ejército al que considera enemigo) y que también cuando empieza el conflicto a causa de la revolución estos oficiales y suboficiales, muchas veces quedaron de un lado u otro, no según su proveniencia de nacimiento sino según sus convicciones políticas. Con frecuencia podemos encontrar que ejércitos enteros de los realistas estaban constituidos –en todos sus cuadros– por americanos, desde el general hasta el último suboficial.

c) El error de considerar que la revolución se hizo por la libertad de comercio

Las guerras europeas, prácticamente permanentes en el viejo continente, condicionaban de modo creciente el vínculo de España con América. Los contactos de la península con su ámbito colonial americano eran, por fuerza, esporádicos, como consecuencia de la guerra iniciada con Inglaterra en 1796 (finalizada en la Paz de Amiens de 1802, pero reiniciada en 1804). Tales dificultades decidieron, en 1797, la autorización total (ya había habido un montón de excepciones parciales) a los territorios americanos para realizar el comercio con países neutrales. Esta apertura al intercambio con otras naciones ya no sería clausurada en los hechos; pese a los intentos del gobierno de Madrid para recuperar el monopolio desde 1799, los comerciantes de las ciudades-puerto americanas resistieron la medida. Para plantearlo en números concretos: "Cientos de buques extranjeros visitaban los puertos de América. La proporción, en el siglo XVIII, era de cuarenta barcos españoles por trescientos extranjeros"[20].

Es decir, para comienzos del siglo XIX, el monopolio estaba suspendido y herido de muerte a partir de la alianza con los franceses y la guerra contra los inglese, pero, sobre todo, desde la lógica de la debilidad económica y comercial española. En principio, esta

---

XVIII se había reforzado la procedencia peninsular de los jefes y generales, hasta representar en 1800 más del 80 por 100 de la totalidad". Piqueras, ob. cit., p. 115.

18/*Ibid*.

19/*Ibid*.

20/De Gandía, ob. cit., p. 16.

medida sólo alcanzaba a los neutrales, pero la triangulación de mercancías inglesas por estos, era más que evidente. También se beneficiaron los Estados Unidos, cuyos veleros constituían entonces la segunda flota mercante del mundo. De 1795-1796 a 1800-1801, el volumen de las exportaciones de los Estados Unidos hacia América hispana se cuadruplicó y, aprovechando la tolerancia española, aquel país abrió agencias consulares en Nueva Orleans y La Habana en 1797, en Santiago de Cuba en 1798 y en La Guaira en 1800.

De esa apertura del comercio, España no pudo retroceder. De hecho, a partir de 1797 el monopolio colonial estaba muerto en América española, abierta a los neutrales, es decir, la influencia y las mercaderías también de la principal potencia industrial (aunque triangulada por terceros países). Entre 1788 y 1796 se contaron veintiséis navíos bostonianos en los puertos chilenos, a pesar del monopolio, y doscientos veintiséis entre 1797 y 1809. En el Plata, la libertad benefició directamente a portugueses y, en menor medida, a los estadounidenses. Pero sobre todo estos últimos fueron favorecidos directamente en Vera Cruz, El Callao y La Habana, los principales puertos españoles en la América colonial. En 1805, se contaban en Montevideo veintidós navíos norteamericanos, la mitad de los cuales eran negreros; en 1806, treinta. Los primeros navíos procedentes de La Guaira (Venezuela) llegaron a Filadelfia en 1798; en 1807, veintinueve de Venezuela, ciento treinta y ocho de Cuba, dieciocho de Puerto Rico, siete de Vera Cruz, dos del Plata.

"En general, Hispanoamérica pudo surtirse durante tres lustros de mercancías adquiridas directamente del exterior. Sus elites y capas medias urbanas tomaron plena conciencia de las ventajas del comercio directo, de su aporte a la defensa de los dominios americanos y de la contribución económica que efectuaban a la metrópoli, desprovista de las compensaciones en el plano de la defensa que ésta pudiera realizar al recaer en sus propias manos. Los mismos que rechazaban con las armas las expediciones inglesas, abogaban por la paz con ese imperio y por el libre desarrollo de intercambios. A comienzos de 1809 la Junta Central suscribió con Gran Bretaña un tratado que, entre otras consecuencias, permitía el comercio inglés en los dominios españoles de América"[21].

Definitivamente, como sostiene Halperín Donghi, "La reconciliación de España e Inglaterra en 1808 debía dar a las Indias una metrópoli comercial y financiera capaz de ejercer en pleno sus funciones; las repercusiones de esta nueva situación llegaron al Río de la Plata ya en 1809, al ser autorizado el comercio con la nueva aliada"[22].

Con la apertura económica irán creciendo conjuntamente las críticas a la administración española. Se le reprochará su lentitud e ineficacia, los excesivos controles culturales a través de la Inquisición y otros mecanismos de defensa de la fe, cuya actividad no hace sino acrecentar el aislamiento intelectual. Con los barcos llegaban también las ideas europeas. La apertura comercial significó también –sobre todo para los criollos acaudalados– un intercambio de niveles crecientes con las ideas predominantes en el viejo continente. Con esto los comerciantes, fundamentalmente criollos, en contacto con los viajeros pudieron criticar muchas cosas de España, pero no precisamente la cuestión del libre comercio, que estaba vigente y de la que eran en gran medida consecuencia. Lo que sí hubo frente a los

21/Piqueras, ob. cit., p. 95.

22/Halperín Donghi, ob. cit., p. 58.

intentos de los monopolistas de volver a cerrar la economía, fue una permanente argumentación. De hecho, la referida representación de los hacendados escrita por Moreno como abogado, fue una de ellas.

En definitiva, mal pudo hacerse una revolución por una libertad de comercio con los ingleses que ya era irreversible, sobre todo a partir de los sucesos de la península en donde Gran Bretaña se convirtió en aliada principal y, por lo tanto, el verdadero abastecedor de productos y socio comercial deseado por todos los comerciantes americanos (salvo los monopolistas), que estaban definitiva e irreversiblemente habilitados para comerciar con la América española.

d) El error de considerar que la emancipación americana fue obra exclusiva de las aristocracias locales.

Si bien es cierto que en los primeros planos del proceso revolucionario brillaron hombres que provenían de las clases acomodadas, es una falacia decir que la revolución sólo se debió a ellos. Era lógico que los sectores pertenecientes a las clases dominantes fueran los protagonistas de la revolución, sobre todo los criollos blancos que eran el sector económica y políticamente predominante en la colonia[23]. Este sector económico dominante en la etapa colonial siguió manteniendo muchas de sus prerrogativas en la primera etapa del proceso independentista. Sobre todo, porque se trató de una revolución política y no una revolución social, como sí de hecho lo fue –por ejemplo– la emancipación haitiana, que transformó la estructura social de aquella colonia francesa.

No obstante, desconocer la participación popular en el proceso no ayuda a comprender los éxitos y fracasos de los que estuvo jalonada la revolución. Lo primero que hay que advertir es que la participación popular en el proceso revolucionario no es unívoca, no tuvo el mismo ritmo de incorporación, ni siquiera fue pareja en toda América.

23/El color de la piel, cruzado fundamentalmente con la descendencia de los primeros conquistadores, era una forma en la cual se disfrazaban también las diferencias de clase en la América colonial, pero está lejos de ser una cuestión secundaria a la hora de encontrar el protagonismo social. Halperín Donghi hace una pormenorizada explicación de la cuestión racial colonial: "Por una parte estaban los españoles, descendientes de la sangre pura de los conquistadores, por otra los indios, descendientes de los pobladores prehispánicos. Los unos y los otros se hallaban exentos por derecho de las limitaciones que estaban sometidas las demás castas (aunque su estatuto jurídico era diferentes, ya que los españoles no pagaban el tributo, del que en la metrópoli solo se eximían los nobles, y su situación real lo era aún más). El resto (negros libres, mestizos, mulatos, zambos clasificados en infinitas gradaciones por una conciencia colectiva cada vez más sensible a las diferencias de sangre, que llegó a distinguir no menos de treinta y dos grados intermedios ente la sangres española y la indígena) vive sometido a limitaciones jurídicas de gravedad variable; en escuelas, conventos, cuerpos militares, la diferenciación de casta se hace sentir duramente: los descendientes de los conquistadores entienden pertinente reservarse los oficios de República". Halperín Donghi, ob. cit., p. 64.

El sabio alemán von Humboldt en sus escritos después de sus viajes por nuestra tierra a principios del siglo XIX escribe: "En América la piel más o menos blanca decide el lugar que ocupa el hombre en la sociedad". En García Calderón, ob. cit., p. 20.

Como bien sostiene Casalla, "Las primeras revoluciones no tendrían, en general, al pueblo por protagonista directo de los movimientos, sino más bien como masa o acompañamiento, cuando no como lisa y llana carne de cañón; sólo cuando la independencia calara más en serio y profundamente, o cuando las incipientes organizaciones nacionales se atrevieran con los antiguos privilegios coloniales, su participación se tomaría más necesaria y directa. A su vez, los criollos que así lo intentaron y se atrevieron a convocarlos en grandes líneas, los caudillos americanos sufrirán no pocos improperios y difamaciones por parte de sus antiguos socios de clase y de casta, dos andariveles inseparables en aquella realidad colonial. Estos les recordarán que no era para eso que habían hecho una revolución, sino para quedarse con el poder, con el mismo poder (o más si fuere posible), y no para repartirlo con pobres, indios, mestizos y negros. La figura del gran Bolívar proveniente y defensor inicial de los privilegios de la grey mantuana, es decir, de los criollos venezolanos adinerados y propietarios fue un ejemplo dramático de esta contradicción. En 1813 le preocupaba ver a los hombres más condecorados de los tiempos de la República ( ) atados a las colas de los caballos de los tenderos, bodegueros y gente de la más soez. Tres años más tarde, cuando descubra que con los mantuanos no podrá avanzar mucho más en su proyecto de libertad, independencia y construcción de una gran nación americana, libertará a los esclavos y los llamará a las armas, junto con el resto del pobrerío, para defender su libertad. Entonces, sus antiguos socios cambiarán lentamente el adjetivo libertador, por el ofensivo mote de dictador. Otro destino, típicamente americano[24].

Es por eso que son falsas las sentencias terminantes que se pueden leer en autores conservadores como Otto Carlos Stoezer La revolución de la América española fue un asunto aristocrático, y la controversia con España, una típica guerra civil española[25]. A su comprensión de la historia americana como mera continuidad de la historia europea, se le escapan muchas de las contradicciones desatadas por los principios e ideas europeas, cuando se aplicaron en territorio americano.

Si bien es cierto que las juntas constituidas desde 1810 se formaron con amplia representación de los cabildos y una representación bastante menor de la Audiencia y otras instituciones anteriores, no es menos cierto que a partir de ese momento la iniciativa política quedó en manos de autotitulados representantes del pueblo, calificados no por su posición económica sino por su posición política. Lo que nos permite ver cómo fueron ascendiendo al primer plano los sectores más radicales o de la profundización, constituidos muchas

---

24/Casalla, ob. cit., p. 344.

25/El argentino Stoezer, ultra hispanista formado en Alemania y EEUU, hace otro tipo de afirmaciones tan contundentes como de dudosa verificación: "La revolución nunca involucró ni a los indios ni a los negros, cuya suerte fue mucho mejor en tiempos de la dominación española que después; de ningún modo se beneficiaron de la independencia, ya que bajo el dominio español gozaban de la protección, tanto de la Iglesia como de Corona". Stoezer, ob. cit., p. 18.

Si bien la revolución americana no va a ser protagonizada ni por los unos ni por los otros, pensar que iban a estar mejor con la conquista y el esclavismo español que con las nuevas repúblicas es una adscripción incondicional y acrítica a la llamada leyenda rosa de la conquista ibérica, a la que no suscribimos.

veces por graduados universitarios que –por trayectoria personal– no pertenecían a las elites descendientes de los primeros conquistadores.

Sin embargo, en nuestra América los revolucionarios –entendiendo por ello, tanto a los sectores de la profundización como los de la restauración– rápidamente se vieron enfrentados con la reacción realista, opción política dirigida claramente por aquellos que sentían que debían proteger sus privilegios y por militares profesionales con voluntad de ascenso social. Aunque no deja de ser cierto que, en algunos lugares, por lo menos en la primera época, esta reacción fue constituida también por sectores populares que estaban convencidos políticamente de los males que traería el gobierno de los revolucionarios. Estos, a su vez, fueron redefiniendo la dirección social de su lucha desde las antiguas aristocracias a sectores de posición intermedia y de extracción social popular (aunque estuvieran en posesión de estudios superiores o eclesiásticos). Ello se debe a que la bandera principal de su causa, era la cuestión democrática que invitaba a la participación y la soberanía de un pueblo, que –aunque en muchos casos se pensaba en forma restringida– empezó a ser una invitación aceptada por las mayorías, sobre todo, a partir de que fue deviniendo en una causa nacional de ruptura con el dominio español. No obstante, este fenómeno no fue uniforme, sino variable entre uno y otro lado de nuestra América, lo cual requiere su estudio particular.

2. Algunas conclusiones provisorias sobre la naturaleza de la revolución en su comienzo

Muchos de los historiadores atribuyen al proceso que va desde la revolución a la independencia de nuestra América influencias francesas en las ideas, norteamericanas en la práctica, a la ayuda material inglesa o a causas meramente económicas; en general, todas ellas a partir de un odio casi visceral contra España y su monopolio. Muchos de los historiadores marxistas, más o menos dogmáticos, para justificar sus tesis, caen en el economicismo y lo fundamentan en números y conspiraciones, despreciando el valor de las ideas políticas en cualquier proceso revolucionario.

Bien dice Enrique De Gandía: "La independencia la hace siempre la política, no la economía. Las ciudades americanas, como hemos explicado mil veces, comenzaron a regirse por sí mismas, no en actos de rebelión contra España, sino, todo al contrario, en actos de fidelidad a España, a imitación, pura y simple, de lo que habían hecho todas las ciudades españolas, y terminaron por desear la separación de España cuando el rey no les quiso conceder las medidas de carácter liberal que ellas ansiaban"[26].

No podemos engañarnos en cuanto al origen de las juntas como institución política, pues no se trató de una inventiva americana, sino de una creación española. Allí se formaron las primeras juntas de gobierno como forma de resistencia al invasor francés. Cuando las noticias de su formación llegaron a América, en varias ciudades americanas, el concepto de juntas y juntismo se volvió materia de discusión política. Ahí se fue gestando la idea de constituir juntas también en América, aplicando los mismos razonamientos políticos que la habían originado en la península, y sin prever mucho tampoco el diferente

26/De Gandía, Enrique, *Historia del 25 de Mayo*, Buenos Aires, Claridad, 1960, p. 53.

impacto que habría de tener ese juntismo sobre la situación colonial americana.

"Se trata , en realidad, de un estallido 'juntista' que recorre toda Hispanoamérica y que en un lapso de pocos meses, se constituye en el acompañamiento de la revolución española, en un momento de esa revolución, que ya en España, desde su inicio como movimiento nacional, ha devenido en democrática y paradojalmente pareciera que inicia ya su declinación, debilitada por la inexistencia de una burguesía nacional capaz de darle cohesión y vigor en el ámbito de toda la península"[27].

Ahora bien, es importante consignar que el mayor impulso a la formación de juntas en América se dio a partir de 1810, cuando éstas parecen declinar en España. En otras palabras, el giro a la derecha que comenzó a producirse en la península también influyó, seguramente con la derrota que parecía por aquel tiempo casi total de las fuerzas españolas ante los franceses, en la gestación americana del juntismo como forma de organización política. Norberto Galasso lo explica: "Así, dentro del proceso que viven España y sus ex colonias, las juntas americanas aparecen como levantándose contra el Consejo de Regencia. Ante la opción de caer en manos de los franceses, que dominan casi todo el territorio español, o de un gobierno girado a la derecha que linda con el absolutismo, las fuerzas democráticas se lanzan a la revolución sin propósito secesionista, sino integrándose al movimiento popular que en la península confía en la profesión de fe liberal del cautivo Fernando VII"[28].

En el mismo sentido, De Gandía sostiene que "En 1810 la lucha entre quienes querían establecer juntas populares de gobierno y quienes obedecían al consejo de Regencia de Cádiz, se hizo más general como inmensa guerra civil que cubrió toda América, y en los años sucesivos comenzaron a nacer las primeras ideas de verdadera separación de España hasta que, a la caída de Napoleón, en 1814, los nuevos choques de liberales y absolutistas convencieron a los primeros que, para no ser dominados por los segundos, era ineludible la independencia definitiva. (...) La idea independentista, separatista, fue posible porque el sistema de las juntas se fundó sobre la doctrina de los derechos naturales del hombre, sobre el principio de que el pueblo es el depositario del poder y puede elegir un gobierno y quitarle también, el poder, cuando ese gobierno deja de ser grato al pueblo"[29].

Esa es la contradicción principal y en torno a ella se agrupan los bandos políticos en la América española. Esto no significa que no existieran algunos que a partir de su escepticismo sobre el devenir de la situación en España, empezaran a pensar que se podía esgrimir la bandera de la libertad más allá de oponerse a la invasión gala. Los sectores de la profundización, entonces, son los que empiezan a pensar en la independencia como salida necesaria de la revolución de la que son parte. Aunque la mayoría de los sectores involucrados en el proceso revolucionario, están pensando en términos de la prosecución de la lucha iniciada por los juntistas españoles.

"Los hombres de América que pensaban en la fundación de juntas populares de gobierno, idénticas a las que se habían formado en España, razonaban de este modo: si

27/Galasso, ob. cit., p. 24.

28/*Ibid*.

29/De Gandía, ob. cit., p. 30.

la independencia peninsular española se pierde y España es un dominio de Napoleón, nosotros, los americanos, no queremos ser franceses, no vamos a dejar que también esta parte de España caiga en poder de Napoleón"[30]. Esto en parte explica por qué el juntismo americano tiene un fuerte impulso después de la caída de la Junta instalada en Cádiz, con la caída del último tramo del territorio español.

La contradicción principal se da contra los defensores del absolutismo y en su forma colonial del poder del funcionariado centralizado establecido desde los Borbones, pero al mismo tiempo existe una tensión entre aquellos que piensan la ausencia de Fernando VII como un breve interregno y aquellos que pretenden ir más allá y discutir el día después de la imposibilidad de gobierno por parte de éste. Todos juraban lealtad al rey ausente. "La invasión extranjera puso término al vasallaje con lo cual las colonias, de acuerdo con una ley de las partidas adquirieron el derecho de autogobernarse. (...) Las juntas ocultaban su ambición radical bajo formas legales" afirma el ensayista peruano Francisco García Calderón[31]. Hay en esto una exageración de la claridad de la estrategia general de este proceso político, que no le negamos sin embargo a un pequeño grupo de patriotas. Era claro que el argumento legal permitía contener en su seno a todos los sectores que ya fuera por intereses materiales, ya por críticas al ajuste del sistema colonial, ya por simple autonomismo o ya por creer que había llegado el momento de romper los lazos de dependencia, planteaban que –como lo dice expresamente el cabildo de Buenos Aires– "no se reconocerán otras obligaciones que las debidas a Su persona" (la del rey legítimo depuesto).

La mayoría de los que participaron en la revolución sostiene García Calderón "querían la autonomía sin licencia, la monarquía sin despotismo, la solidez política sin tutela española[32]", pero en realidad podemos decir, en líneas generales, que fue un movimiento signado por el antiabsolutismo.

Para Abelardo Ramos, fue sobre la frustración y la derrota de los liberales españoles en la península, que se abrieron las definitivas puertas de la discusión por la independencia, y con esto también a la intervención del pueblo llano en la disputa. "El fracaso de la revolución española abre la etapa de las guerras de la Independencia en América; la guerra civil se traslada a este continente, donde combaten en bandos enfrentados españoles contra españoles y criollos contra criollos. La profundización y democratización de la lucha incorpora luego a la guerra a las masas indígenas, gauchas, negras o mestizas, con lo que la independencia adquiere un carácter verdaderamente popular. Esta guerra perseguía al principio un doble objetivo: impedir que América Hispánica recayera bajo el yugo absolutista y conservar la unidad política del sistema virreinal bajo la forma de una Confederación de los nuevos grandes Estados"[33].

"Pero estos nobles propósitos, esta fidelidad inquebrantable a Fernando VII, preso en Francia, tropezó con un grave inconveniente. En España existía otra Junta que aspiraba a gobernar directamente sobre toda América y mantener en sus puestos a los viejos virre-

30/*Ibid*., p. 108.

31/García Calderón, ob. cit., p. 26.

32/*Ibid*., p. 27

33/Ramos, ob. cit., p. 136.

yes, gobernadores etc."[34] y estos reaccionaron contra los intentos juntistas de América en forma violenta (apoyando a los absolutistas americanos nucleados generalmente alrededor de los funcionarios reales y la alta jerarquía eclesiástica). En última instancia, la autodeterminación era negada desde la condición real de colonia, que muchas veces los que se consideraban españoles en América se empeñaban en conocer. En otras palabras, comprendieron que eran ciudadanos coloniales a partir que les fueron negados los mismos derechos de democráticos que se ejercían en la península.

Resumiendo, lo primero que debemos concluir es que la revolución fue de naturaleza política. Allí chocaban los defensores del orden establecido con los propulsores de cambios políticos tendientes a una democratización de las relaciones. Es también ideológica, porque chocaban la vieja concepción teológica y absolutista con la concepción más democrática, fuera de raíz tradicional hispana o del liberalismo burgués –también más matizada por las particularidades españolas que por la vertiente francesa, agrandada excesivamente en el afrancesamiento cultural de los sectores dominantes que escribieron la historia oficial–. Esta contradicción fue el eje en torno del cual se agruparon las clases y las opiniones en la colonia. Pero también en América esta lucha tiene una particularidad es la situación de colonialidad, la consciencia creciente de la misma.

Podemos considerar al principio de la revolución que terminó deviniendo en independencia como una guerra civil[35], es decir, de naturaleza política en el seno de una misma sociedad, en la medida en que la contraponemos con una guerra de carácter internacional, es decir, entre dos países claramente definidos que se enfrentan. Es cierto que esto se confunde en ciertos casos, sobre todo si la colonización se dio por los españoles que, a diferencia de los ingleses, franceses u holandeses, se mestizaron con los pueblos originarios creando un pueblo nuevo que en su sangre tiene la identidad del colonizador y del colonizado. Las fuerzas de ocupación militar, así como los colonos que vienen a instalarse –que fue el método usado en otras conquistas–, permitió un proceso de descolonización en donde la divisoria de aguas estaba más clara.

Es por eso que en el caso de la América española el proceso comienza como una disputa política que termina tomando consciencia del carácter colonial americano respecto de la metrópoli. Fue la actitud de los españoles, fundamentalmente de los absolutistas, pero también de los liberales, –lógica, por otra manera en un país dominante– la que terminó haciendo que esta revolución democrática terminara en una revolución nacional.

En algunos casos la guerra civil devino entre naciones con mayor rapidez (en el norte

34/De Gandía, ob. cit., p. 108.

35/Cuando en la carta de Jamaica Bolívar reflexiona sobre las causas de la derrota de la revolución, parece inclinarse por la tesis de la guerra civil: "Seguramente la unión es lo que nos falta para completar la obra de nuestra regeneración. Sin embargo, nuestra división no es extraña, porque tal es el distintivo de las guerras civiles formadas generalmente entre dos partidos: conservadores y reformadores. Los primeros son, por lo común, más numerosos porque el imperio de las costumbres produce el efecto de la obediencia a las potestades establecidas; los últimos son siempre menos numerosos aunque más vehementes ilustrados. De este modo la más física se equilibra con la fuerza moral, y la contienda se prolonga, siendo sus resultados inciertos".

de América del Sur) a partir de 1811[36]. En otros, en un par de años más ya estaba prácticamente definida en el mismo sentido, aunque la coyuntura americana e internacional fueron atrasando las declaraciones formales de independencia que es el elemento definitivo para presentarlas como una guerra entre naciones. Como afirma el intelectual gramsciano Alberto Filippi, "Si bien el núcleo originario del conflicto se manifestó adoptando la modalidad de guerra civil, muy pronto sus dimensiones alcanzaron magnitud internacional, tanto en lo militar, como en lo político, lo ideológico y lo diplomático"[37].

Sin embargo, el sistema de ideas liberales o antiabsolutistas, como dice bien el historiador español Piqueras, tienen consecuencias e impacto a uno y otro lado del Atlántico de un modo sustancialmente distinto. "El fenómeno es común a España y las Américas. El significado, lo hemos visto, varía: la libertad de hacer frente al abuso del poder, a la tiranía, al silencio de los gobernantes que deja a los gobernados entre la ignorancia y las voces vagas, base para afianzar un nuevo sistema que garantice derechos fundamentales, derechos naturales en la apreciación que gana adeptos en la época, adquiere en las colonias una dimensión añadida: el silencio impuesto a la libre circulación de ideas y papeles oficialmente es más severo allí y es percibido en el contexto de una serie de discriminaciones, la mayor de todas, la dependencia de un gobierno que es fruto del dominio –sin consentimiento de los americanos– de un poder externo, la metrópoli. En América no serán las libertades incipientes sino su negación reiterada en un contexto de emergencia de la sociedad civil, justo cuando se proclama la igualdad política y se niega en los hechos, la causa de nuevas demandas, graduales unas, rupturistas otras, todas imbuidas de un espíritu de cambio político que dinamita la estructura del imperio y discute su transformación en una nación común"[38].

El principio de cuestionamiento de la soberanía, desde los tomistas españoles hasta los pensadores de la burguesía revolucionaria como Rousseau, tiene la particularidad de poner el poder en el pueblo. Sin embargo, sucede tanto en uno como en otro caso que la cuestión central es determinar a qué se refiere con ese concepto. En un caso y otro, se trata de un concepto desarrollado por sectores políticos y sociales ajenos al poder, que amplía la convocatoria a sectores históricamente subordinados o clases subalternas para cuestio-

---

36/Gil Fortoul critica a la categoría de guerra civil aplicada a la revolución americana: "La mayoría de los historiadores y publicistas que han escrito sobre estas cosas, desde otros puntos de vista, paréceme que se han dejado extraviar por espejismos e ilusiones. Ilusión, ver la independencia como una guerra civil, cuando, evidentemente, desde 1811, fue guerra internacional de una nueva nacionalidad americana, aunque todavía en formación, contra la nacionalidad representada por la tradicional monarquía española". Sin embargo está admitiendo que sí lo fue desde 1808, cuando empezaron los primeros movimientos, 1809 que es cuando empezó el conflicto armado de los absolutistas y colonialistas contra los revolucionarios juntistas, pasando por 1810, año en el que tuvieron lugar la mayoría de los pronunciamientos en las grandes capitales de América Meridional, hasta llegar a 1811, en el cual empezaron las declaraciones de independencia que van a terminar de completarse más de una década después. En Filippi, ob. cit., p. 15.

37/Filippi, ob. cit., p. 16.

38/Piqueras, ob. cit., p. 26.

nar el orden constituido con intenciones de adecuarlo a sus propios intereses. Pero esta convocatoria misma no es inocua. El principio soberano abre la puerta a la participación directa y autónoma de las clases oprimidas, interesadas en hacer política por sí mismas, en interpretar a su conveniencia las nuevas ideas que eran patrimonio de los sectores críticos o progresistas a la europea de las clases dominantes.

Por lo pronto y más allá de las interpretaciones sobre las causas y los alcances del proceso revolucionario, lo difícil de discutir es que, tanto en España como en América, el detonante del proceso fue la caída de la monarquía española en manos de Napoleón. "La crisis de Bayona había interrumpido la vida normal. Las instituciones representativas se habían desmoronado, la constitución política se había suspendido y las autoridades habían desaparecido. Ni el pueblo ni los grupos de la elite estaban realmente preparados para tomar los pasos requeridos"[39].

Ramos lo resume magistralmente: "La revolución hispanoamericana salta como una chispa de la fulminante invasión napoleónica. Aunque la hoguera revolucionaria se propaga como el dictado de una orden, una larga gestación la había precedido en la historia de España y las Indias"[40].

Los procesos independentistas no fueron sólo un cambio en la cúpula, que como fue desarrollado desde arriba nada cambiaba en las bases del sistema colonial. Por el contrario, y como dice Piqueras: "Las revoluciones que alumbran la época moderna son de un tipo diferente y sustituyeron una forma de Estado por otra, una dominación por otra de signo distinto, una subordinación determinada por modalidades distintas de subalternidad. Pero introdujeron factores inéditos en la vida social y política, liberaron ataduras, crearon oportunidades, acuñaron una noción de ciudadanía que podía ser instrumentalizada, que era también un escenario de confrontación y de negociación, un cauce para posteriores reivindicaciones. Es cierto que mantuvieron estructuras, pero en un contexto socioeconómico y político totalmente diferente, al que se debieron muchas de las desigualdades posteriores; al mismo tiempo, en unas décadas, generaron una importante transferencia de propiedad que no iba a parar sólo a los antiguos terratenientes, sino que la revolución creaba sus propias elites. La movilidad social se ensanchó como no se había visto antes y es muy dudoso que se hubiera producido bajo el régimen constitucional español, siempre menos de lo que esperan los analistas con empatía por los desfavorecidos, lo cual es difícil de negar en términos estadísticos y de análisis sociológico. También comprendió a las castas, mestizos y mulatos, y no dejó indiferentes a indígenas y negros"[41].

Con excepción de México, Lima y Montevideo (que establecieron juntas reaccionarias) todo el resto de las grandes capitales americanas constituyeron casi al mismo tiempo sus juntas revolucionarias. Todas habían rechazado tanto la autoridad del rey impuesto por Napoleón como a las autoridades españolas representadas en la Regencia. Partidarios del juntismo contra partidarios del Consejo de Regencia fue en esos tiempos la clave de interpretación de la disputa política de aquella coyuntura. En una exacerbación, propia de su

39/Stoezer, ob. cit., p. 25.

40/Ramos, ob. cit., p. 135.

41/Piqueras, ob. cit., p. 445.

pensamiento conservador, Stoezer plantea "América española tenía que hacer frente a la España peninsular con el objeto de mantener su herencia española; por consiguiente, no era sorprendente que las opiniones cambiaran gradualmente y se volvieran contra la Península, y esto por razones que hoy en día poco se comprenden: la América española quería ser independiente y libre porque consideró a la Península como ya no más un baluarte del tradicionalismo, sino como un país y un pueblo que habían sido víctimas de la influencia cultural y política extranjera"[42]. Algo de cierto hay de esto en algunos sectores que funcionan como fuerza de la restauración en el proceso revolucionario. Aunque también esta cuestión es visible de modo claro, con la independencia mexicana declarada por Agustín de Iturbide, tal como veremos. Esta línea de pensamiento nos permite explicar la tradición política conservadora y ultra católica (que se nutrió en los tiempos republicanos de los antiguos absolutistas) que tanto nivel de influencia ha tenido en la mayoría de los países de nuestra América contraponiéndose a la liberal, más vinculada en general a la apertura a la dominación inglesa primero y norteamericana después.

Los historiadores tradicionales, empezando por Mitre en nuestro país –pero también de los diversos Mitres de cada uno de nuestros países–, al no distinguir el proceso revolucionario del independentista[43], pretendiendo que el primero es un camino del segundo, pero condicionado por una coyuntura que no le permitió hacerse público, pierden la perspectiva que permite explicar las contradicciones principales y las secundarias. Ese error los conduce a otro, que es el de tomar la idea de las repúblicas que finalmente se constituyeron y pensar que su historia, así como su configuración estaba previamente determinada. Es decir, que las revoluciones y las independencias fueron hechos de los países latinoamericanos tal y como ahora los conocemos. Los nacionalismos locales afirman así su identidad, no pocas veces en contraposición, no con el colonialismo ni con el imperialismo sino respecto de sus países limítrofes.

La revolución americana tomada en su conjunto como proceso político, en la particular situación de la crisis española, y la independencia de nuestra América, como un proceso único pero que generó países diferentes, no alcanza a explicarse si no es a partir de considerar los argumentos reales esgrimidos por los procesos revolucionarios. El problema de la aplicación de pactum transaltionis (la reversión de la soberanía en el pueblo), que fue el principal argumento de los procesos revolucionarios esgrimidos por las capitales en donde estallaron, era la idea de que el poder volvía al pueblo –ante la imposibilidad del rey legítimo de ejercer el gobierno– se multiplicaba también para reclamar la autonomía

42/Stoezer, ob. cit., p. 122.

43/"La palabra independencia, que se encuentra en algunas declaraciones, merece, por centésima vez, una aclaración. No era Independencia, así como suena, afirmación de un nuevo Estado, de una nueva patria o nación. Era no dependencia del gobierno que dominaba en la península, era autonomía mientas Fernando VII no recuperase el trono. Por ello cometen anacronismo quienes caen en la ingenuidad de suponer que independencia significaba, en aquellos momentos, formación de un nuevo Estado. Del mismo modo, cuando se hablaba de libertad era para referirse a la libertad civil que en todas partes se perseguía; no a la libertad política, o sea, creación de una nueva nación". De Gandía, ob. cit., p. 169.

de las provincias respecto de las capitales. Allí está un principio que, mal abordado y en conjunción con los intereses de las incipientes oligarquías aliadas del nuevo imperialismo británico, terminó aportando a la fragmentación en la que concluyó el proceso emancipatorio de la América hispana. El derecho del pueblo de autodeterminarse, que los americanos liberales levantaron al igual que sus epígonos revolucionarios de la península, fue –en cierta medida– el límite mismo a la centralización necesaria para la unificación del proceso revolucionario.

3. Los partidos en la disputa: liberales revolucionarios y absolutistas conservadores

Quizás sea exagerada la afirmación hecha por Juan José Hernández Arregui cuando afirma que "La libertad de América es parte de la revolución burguesa europea. Estas regiones pasaron a integrar desde entonces los cabos marginales del capitalismo mundial. Es por ello que ha podido decirse: La cuestión de los derechos de aduana fue para los exportadores del Plata más importante que los Derechos del Hombre"[44]. Con crudeza desde su pensamiento marxista nacional, este autor nos pone frente a una contradicción que no es posible descartar, para ser serios en la interpretación de la revolución americana.

Sin embargo, para ser rigurosos hay que profundizar aún más en qué carácter y cómo participa la emancipación americana en la relación con esa revolución burguesa y su sistema ideológico. Dice en este sentido con mayor precisión, mucho tiempo antes, en el siglo XIX, Juan Bautista Alberdi "La Revolución de Mayo es un capítulo de la revolución hispanoamericana, así como ésta lo es de la española y ésta a su vez de la revolución europea que tenía por fecha liminar el 14 de Julio de 1789 en Francia"[45]. Aunque en el pensamiento poco dialéctico del tucumano esta situación originaria se extiende al conjunto del proceso independentista, lo cual es incorrecto. Hubo una disposición, un ánimo, una participación y una comprensión diferentes en la revolución que en la independencia, porque ahí las ideas revolucionarias son metidas en el recipiente de la situación colonial, modificándose de este modo en forma sustancial, su condición originaria.

Podemos decir con Stoezer que "la aplicación del pactum traslationis se consideró tan peligrosamente revolucionario en 1808–1810 como durante el siglo XVIII. En realidad, no solamente inició la Revolución en esa región, sino que también fue el origen de la división entre absolutistas y liberales, que en la América española iban a llamarse más tarde, de un lado realistas, y en el otro partidarios de la independencia"[46]. Pero lo que no dice este autor es que el paso se dio a partir de la situación de colonialidad que cambió las consecuencias de la aplicación de un idéntico sistema de ideas.

Al liberalismo se lo suele asociar a partir de su producción, como ideología de la ascendente burguesía europea con las ideas provenientes de la llamada ilustración. Este sistema de ideas –más allá de sus matices y contradicciones– responde a una matriz común. El liberalismo como opuesto al tradicionalismo católico es rechazado tanto por autores conservadores como Stoezer, cuanto por los revisionistas nacionalistas que lo suelen asociar

44/Hernández Arregui, ob. cit., p. 64.

45/Alberdi, Juan Bautista, *Mitre al desnudo,* Buenos Aires, Coyoacán, 1961, p. 28.

46/Stoezer, ob. cit., p. 33.

directamente con el rol cumplido por algunas de las versiones de ese liberalismo en el proceso de reconversión del sistema de dominación en Sudamérica en general y en Argentina en particular. Pero es posible distinguir dentro de su seno distintas formas de liberalismo. En primera instancia el despotismo ilustrado, en el que se conjugan elementos del orden tradicional, pero con políticas que se plantean un progresismo e incluso una especie de paternalismo, pero siempre cuidando de que no se produzca la participación de las masas. Este despotismo ilustrado en el caso español es verificado por el pensamiento de los reyes de la dinastía de los Borbones en España. La concepción marxista, que ve en el liberalismo y en el predominio de la burguesía que implica un avance respecto del sistema feudal, suele reivindicar muchas acciones de estos reyes del despotismo ilustrado que manejaban la política de la península. Así encontramos autores de raíz marxista como Puiggrós o Galasso que encuentra como progresivas las medidas tomadas por los Borbones en la modernización del imperio español, como por ejemplo la reducción de poder de la Iglesia en el Estado.

En segundo lugar, lo que podemos llamar el constitucionalismo, en términos doctrinarios pensadores como Locke[47] y Montesquieu[48], que influyeron en el viejo continente como parte de la estrategia de la burguesía de ponerle límites al poder absoluto de los monarcas mediante la imposición de corpus legales, que van desde una simple ley hasta el condicionamiento más grande que constituye una Constitución formal. El punto de contacto entre ambos pensadores es la división de poderes como la clave de lectura de una constitución. La influencia de este constitucionalismo se plasma a través de tres ejemplos que son distintos pero que operan en un sentido similar, la monarquía constitucional británica, de fuerte peso en la mirada de muchos de los protagonistas políticos de la emancipación americana, en gran medida por el respeto político que les merecía como potencia mundial Gran Bretaña. Y por el lado de las constituciones formales, el ejemplo lo constituyen las de EEUU dictada en Filadelfia y la francesa. La primera fue pionera en la adopción del sistema de división de poderes con las prescripciones de Locke y el barón de Montesquieu. Fue el modelo de la mayoría de las Constituciones dictadas en nuestra América.

La Constitución francesa, sin bien es la más conocida mundialmente y el paradigma de las revoluciones burguesas, no tuvo tanta influencia como se suele pensar. Es que, en el proceso de la revolución y la independencia americana se la vinculó, por una parte, con el rechazo que generaron los excesos revolucionarios de Francia, pero también con su

47/El Estado según este pensador de la burguesía inglesa, tenía un objetivo fundamental: el goce pacífico y seguro de la propiedad privada.

48/Carlos de Secondat, barón de la Brede et de Montesquieu, era un aristócrata francés que quería combinar los beneficios del viejo régimen con los intereses de la burguesía. *El espíritu de las leyes*, obra señera de Montesquieu, tendrá gran influencia en pensadores de centro derecha como Jovellanos. Para el barón, un Estado donde la ley es la medida suprema, la libertad consiste en hacer sólo aquellas cosas que la ley permite. "Es correcto decir que Montesquieu se convirtió en el jefe intelectual del liberalismo burgués" Pero esta afirmación de Stoezer es más cierta desde que la burguesía hace su revolución que en el tiempo la misma tiene que abrir su proyecto a la concurrencia de las clases postergadas para hacerla.

producto –la coronación de Emperador Napoleón– que era el gran fantasma que recorría la América española. La acusación de ser partidario de los franceses era la peor acusación posible, con la cual demonizaban a sus adversarios, tanto realistas como revolucionarios. El exceso de influencia del constitucionalismo hizo que en nuestra América existiera una verdadera catarata de Constituciones que tuvieron duración efímera. El problema principal para estos fracasos jurídicos, no fue tanto la copia de modelos, sino el drama de que se copiaban sin tener en cuenta la Constitución real, aun contradiciendo lo que en este sentido decía el propio Montesquieu[49].

En tercer término, encontramos las ideas democráticas –cuyo pensador principal fue Rousseau[50]– del liberalismo revolucionario, que es el sistema de ideas de la burguesía, en debilidad y como forma de enfrentar al antiguo régimen, cuando convoca ampliamente a todas las clases oprimidas por el absolutismo. Esta corriente fue la más influyente en los sectores que vamos a llamar de la profundización. En América, muchos de los protagonistas leyeron directamente al ginebrino, desde Moreno en el sur y Simón Rodríguez –el maestro de Bolívar– en el norte, pero la mayor influencia llegó mediatizada a través de los pensadores españoles, que en general depuraban a Rousseau de su impronta anticatólica. Este liberalismo democrático o revolucionario fue constituyendo la punta de lanza en el proceso de formación de las juntas, tanto en España como en América.

Finalmente señalemos también el utilitarismo de Bentham, un pensador británico pero con impronta francesa. Sus ideas impactaban sobre los liberales que jugaban contra la unidad americana como Santander o Rivadavia. Tanto uno como el otro representaban "la minoría ilustrada educada y mayormente blanca y de la capital"[51] que se puso en contra de la voluntad de las provincias, tanto como del proyecto confederal de Bolívar y San Martín respectivamente. En un punto que comparan dos autores en las antípodas ideológicas como Stoezer y Hernández Arregui, la versión del liberalismo de Santander y Rivadavia se parece más al despotismo ilustrado que a la reivindicación de la revolución democrática de Mariano Moreno, en Buenos Aires o de Manuel Rodríguez, en Chile.

Es necesario aclarar que –aun con sus diversos matices– el liberalismo, para esta época, no era asociado mecánicamente a la voluntad de formación de una república como tratan de hacerlo parecer muchos de los clásicos autores de la historiografía latinoamericana, por diversos motivos, por ejemplo para naturalizar la condición de repúblicas, que fueron la

---

49/Es interesante ver las propias críticas de Bolívar en su discurso de Angostura al respecto.

50/Juan Jacobo Rouseau es en alguna medida un precursor de las críticas que el romanticismo le hace al racionalismo de la ilustración. Su base fundamental es: "El hombre nació libre, pero en todas partes se encuentra en cadenas". La solución a estos males era establecer un nuevo pacto social. La unidad expuesta por el ginebrino ente la voluntad general y la soberanía popular resultaba un coctel explosivo. Rousseau es uno de los pensadores que mayor impacto tiene en el temperamento español: pensadores, constituciones (como la de 1812), los debates de las cortes, van intentando traducirlo *aggiornado* a las particularidades españolas. También, aunque muchas veces mediatizado, impactó en América. Hombres como Simón Rodríguez seguían sus enseñanzas y profundizaban con su mirada original americana sus prácticas. Moreno y Monteagudo, también.

51/Stoezer, ob. cit., p. 147.

consecuencia de la revolución y las independencias. Como bien dice Pérez Amuchástegui, "Liberalismo político no era necesariamente sinónimo de republicanismo, y un importante sector liberal prefería la monarquía atemperada en la que el pueblo tuviera su legítima representación y ejecutividad en el manejo de la cosa pública"[52]. Esto se relacionaba también con los modelos políticos de la época. Por un lado estaba el modelo británico, más moderado en sus formas, donde el traspaso del viejo régimen al nuevo se hizo por una tradición incruenta y aún conservaba formas de articulación entre ambos en esa monarquía con leyes, y por otro lado, el sistema francés en el que la revolución de la burguesía se hizo más radical y contundentemente, convocando a las mayorías en su auxilio o también, la posición intermedia como gran ejemplo de república, pero al mismo tiempo de federalismo, del régimen norteamericano.

El liberalismo revolucionario tributario de las ideas de Rousseau, en gran medida, irrumpió en el pensamiento español con inusitada fuerza en la particular coyuntura de España en 1808. Se lo puede leer en manifiestos, proclamas y papeles periódicos. Se expresó en el seno de las Juntas, que se autoproclamaban soberanas en nombre del pueblo. Constituye la lectura de ese proyecto revolucionario desde los sectores radicales.

El argentino José Luis Romero se pregunta: "¿Hasta dónde es válido pensar e interpretar el proceso de la emancipación sólo como un aspecto de la crisis de transformación que sufre Europa desde el siglo XVIII y en la que se articula la decadencia del imperio colonial español? Sin duda esa crisis de transformación constituye un encuadre insoslayable para la compresión del fenómeno americano, y lo es más, ciertamente, si se trata de analizar las corrientes de ideas que puso en movimiento. Pero, precisamente porque será siempre imprescindible conducir el examen dentro de ese encuadre, resulta también necesario puntualizar –para que quede dicho y sirva de constante referencia– que el proceso de la emancipación se debata en tierra americana a partir de situaciones locales y desencadene una dinámica propia que no se puede reducir a la que es peculiar de los procesos europeos contemporáneos. Más aún: desencadenan también una corriente de ideas estrictamente arraigadas a aquellas situaciones que, aunque vagamente formuladas y carentes de precisión conceptual, orientan el comportamiento social y político de las minorías dirigentes y de los nuevos sectores populares indicando los objetivos de la acción, el sentido de las decisiones y los caracteres las respuestas ofrecidas a las antiguas y a las nuevas situaciones locales"[53].

La historia de la emancipación de nuestra América del sur no es fácilmente reducible a contradicciones primarias, sin siquiera a lecturas primarias sin cambio posible a través del tiempo. Las falsas interpretaciones a veces son producto de intenciones aviesas que pretenden instalar que la política sólo fue hecha por los poderosos y desde los centros de poder, que el protagonismo popular es sólo una anécdota de color, dado que todo se hizo para sacarnos de encima la raíz de nuestro atraso: la esencia hispánica de un pueblo que es necesario repudiar. Pero estas interpretaciones se hicieron posibles, en principio,

52/Pérez Amuchástegui, Antonio J., *Ideología y acción de San Martín*, Buenos Aires, Eudeba, 1966, p. 10.

53/Romero, José Luis, *Pensamiento político de la emancipación (1790-1825)*, Caracas, Biblioteca de Ayacucho, 2011, p. IX.

en el juego difícilmente inteligible de contradicciones primarias y secundarias, nacionales y locales, emancipatorias y represivas, institucionales y caudillescas, entre las cuales transcurrió la compleja emancipación americana. Modelos teóricos que chocaban con el pensamiento popular, disputas contra los centralismos revolucionarios herederos de los coloniales, construyen una realidad compleja donde la lectura de los documentos formales no expresa los conflictos, sino sólo a una parte de ellos y la práctica aluvional de las masas que expresan tendencias genuinas, que reivindicaban su peculiaridad local y regional pero que vuelven la realidad más anárquica y confusa.

Animándonos a hacer una síntesis provisoria, aun difícil de concluir en su complejidad, podemos decir que hay en el interior de una guerra de emancipación nacional española, una guerra civil con contradicciones democráticas o liberales revolucionarias, que a su vez configuran en América –por su situación colonial– una guerra que es civil (por la cuestión democrática) pero que deviene en emancipación nacional americana, a partir de la situación de colonialidad propia de estas tierras. En cierta medida tiene razón Mario Oporto cuando plantea que "Los cultores de la historia oligárquica y con el protagonismo de los centros comerciales han negado siempre esta idea y construyeron su versión, que pronto se oficializó en cada una de las repúblicas en donde habían logrado constituirse como clases dominantes"[54].

En la real independencia americana son tan tangibles la fuerza con que sopló en "las elites cultas el viento de la ilustración, que en el mundo hispánico se manifestó, en especial, como un nuevo modo de concebir la vida a través de los ideales de la libertad individual y la afirmación de la razón sobre el dogma religioso. Hijas de aquel clima fueron, durante las guerras contra España, las invocaciones de los revolucionarios a los conceptos sobre los cuales deseaban construir el nuevo orden independiente: el pueblo, la constitución, la libertad, la representación, la patria. Por otro lado, en todos los niveles de la sociedad colonial permanecía arraigada la tradicional concepción organicista del orden social, sobre la base de la cual la sociedad era un organismo o una familia en cuya cabeza estaba el rey"[55].

En las lecturas lineales, la revolución –hija putativa de la francesa– era obra de hombres que iban, no sólo contra España sino también contra la religión, y si no lo hacían abiertamente, era más por oportunismo que por convicción. Sin embargo, en los hechos podemos comprobar que muchas veces la religión y su defensa fueron las banderas levantadas por los propios revolucionarios, ello sin considerar la enorme y decisiva participación del bajo clero (la jerarquía eclesiástica estuvo mayormente alineada con los absolutistas) en el bando revolucionario, incluso en algunos casos conduciendo directamente las acciones, como por ejemplo Hidalgo y Morelos en México. El pueblo abrazaba más y se movilizaba más por la religión que por ideas francesas, que le resultaban completamente ajenas, aunque permearan en lo popular introducidas por algunos de los dirigentes revolucionarios que las habían procesado a su forma[56].

54/Oporto, ob. cit., p. 48.

55/Zanatta, ob. cit., p. 43.

56/Por ejemplo, la traducción que hace Moreno de Rousseau donde directamente suprime las partes anticatólicas,

"En el marco de las luchas revolucionarias y a partir de la participación popular, la independencia se hace carne concreta y, por diversos motivos, comenzó a ser vivido como dominación española, es decir, un imperio en el que antes había existido una cohabitación en un mismo espacio sentido como nacional. Los unos, precursores de los conservadores, movidos por la reacción contra todo lo que destruía el viejo orden; los otros, liberales en potencia, impulsados por lo que esa dominación negaba por anticipado. Más aun, el hecho de que tales corrientes confluyeran es quizás la explicación de la brusca caída de un edificio histórico tan antiguo. Derrumbado el imperio, no fue azaroso que los estados independientes se fundaran sobre la constitución y la soberanía del pueblo, pero tampoco que, detrás de esos ropajes nuevos, quedara más que sólida y vital la antigua sociedad corporativa"[57].

Para los que escriben la historia sólo a partir del pensamiento de los protagonistas excluyentes[58], los móviles que dirigieron a los americanos a la independencia eran liberales, parte de una ola revolucionaria mucho más amplia y general, que en los Estados Unidos y en Francia había desplazado al Ancien Régime, pero fundamentalmente de antiabsolutismo español. Ahora bien, si bien podemos decir que el pensamiento progresista europeo tuvo una función clave en la articulación y la conducción del proceso revolucionario, no implica que el triunfo en la empresa emancipatoria esté restringido a dicha tradición política, sino a partir del momento en que conecta con la veta del pensamiento popular, que aporta una mirada nacional distinta.

Esta situación es comprendida incluso por historiadores liberales "densas y elaboras, las doctrinas que inspiraban todos esos modelos eran, al mismo tiempo, fruto de la reflexión de pensadores individuales –más originales unos que otros– y de la experiencia histórica acumulada, fuera sobre largos procesos ya sobrepasados, fuera sobre la candente actualidad. Llegaron a Latinoamérica no sólo constituidas como un cuerpo teórico sino como un conjunto de verdades compendiadas y casi de prescripciones prácticas. Pero todas esas doctrinas se habían constituido sobre situaciones ajenas al mundo hispano-lusitano y más ajenas aun al mundo colonial que dependía de las dos naciones ibéricas. Fue una verdadera recepción de experiencia ajena y el contraste se advirtió pronto"[59].

Las ideas de la ilustración habían penetrado lenta y subrepticiamente en un ámbito colonial muy cerrado y celoso de las doctrinas extrañas. Es cierto que sólo lo habían hecho en una reducida elite criolla, aunque no menos cierto es que lo hizo más que de modo directo, por la fuerza de los teóricos franceses o ingleses, por el procesamiento de los mismos que hacían los pensadores iluministas españoles. "Para muchos hispanoamericanos –dice Romero, exagerando con el adjetivo la cantidad a la que llegaba–, las ideas de los pensadores franceses llegaron a través de sus divulgadores españoles, para los cuales cier-

57/Zanatta, ob. cit., p. 44.

58/"No hay duda, en efecto, de que los líderes independentistas estaban pletóricos de ideas liberales, ni de que proclamaban la necesidad de derrumbar los fundamentos de la sociedad corporativa para crear una sociedad de 'iguales', es decir, fundada sobre individuos autónomos, responsables, propietarios, todos dotados de los mismos derechos civiles, hasta prescindir de su ubicación en la escala social o en el espectro étnico". Zanatta, ob. cit., p. 42.

59/Romero, ob. cit., p. XIV.

tos aspectos de ese pensamiento estaban vedados o fueron cuidadosamente omitidos"[60].

Uno de estos pensadores leídos en la colonia fue Gaspar Melchor de Jovellanos[61], una de las figuras más representativas de la ilustración española. Aunque es efectivamente cierto que en algunas pocas bibliotecas se pueden encontrar directamente los pensadores iluministas, por ejemplo, la del sacerdote Matías Terrazas, a la cual tuvo acceso Mariano Moreno. La excepción siembre fue la regla en la tierra americana. En este caso la versión intelectual de "se acata pero no se cumple" con el que eludían las órdenes reales los encomenderos. Pero en la matriz eurocéntrica de muchos de nuestros historiadores, esto es claramente sobredimensionado, tanto por liberales, y un poco también por aquellos que abrevan del marxismo y ven en las doctrinas liberales de la época de la burguesía revolucionaria un escalón necesario en un esquemático camino de la sucesión de modos de producción. Los pocos americanos que viajaron a formarse en Europa, por ejemplo Manuel Belgrano, sí tuvieron acceso directo al pensamiento tanto político como económico de la burguesía europea pues era accesibles "en algunas pocas universidades, la de Salamanca especialmente, donde funcionaba una Academia de Economía Política. Lo mismo ocurrió con los de habla portuguesa en la Universidad de Coibra, reorganizada por medio de los Estatutos de 1772 bajo la inspiración del ilustrado marqués de Pombal, donde se estudiaban las ideas de Adam Smith y de la fisiocracia"[62].

En el mismo sentido de lo que afirmamos de cómo fue matizado ese pensamiento liberal revolucionario se pronuncia Hernández Arregui: "Si algunas ideas democráticas penetraron en América bajo la etiqueta de un liberalismo progresista, éstas fueron de origen español. Muchos grandes hombres de la emancipación se habían formado en España. Un análisis de la Constitución española de 1812, promulgada por las Cortes Extraordinarias de Cádiz, da la pauta del carácter revolucionario de ese liberalismo español. El pueblo era depositario de la soberanía[63] y del derecho de legislar; establecía la división de poderes; la

60/*Ibid*., p. XV.

61/"Jovellanos suele presentarse como el modelo consumado de hombre ilustrado. Conviene señalar que Jovellanos ha sido cortejado y hasta secuestrado por la tradición contrarrevolucionaria, sea la reaccionaria o la meramente conservadora, desde que a mediados del siglo XIX se interesara Cándido Nocedal por su figura, editando sus escritos y dedicándole una biografía en 1865. También ha sido examinado y exaltado por la tradición liberal, que admira en él una personalidad culta, atenta a las novedades europeas y abierta a las reformas necesarias que traerían el progreso, un pertinaz lector de Adam Smith, cuyas teorías supuestamente habría adaptado, un hombre de Estado sin apenas posibilidad de gobernar, una víctima de las intrigas y de los reaccionarios, en 1801 o en 1810. Pocos autores españoles han merecido tanta atención de los historiadores de la economía y del pensamiento, ni posiblemente tantos elogios". Piqueras, ob. cit., p. 391.

62/Romero, ob. cit., p. XV.

63/Una de las particularidades del concepto de soberanía de esta Constitución era que no sólo decía que recaía en la nación, sino que definían a este sujeto de la soberanía, en estos términos: "es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios", se refería al europeo y al americano, pero no eran claros los alcances e implicancias concretas de esta definición. Acaso no haya sido más que un guiño para las colonias ya en pie de rebeldía.

justicia era independiente del rey; las Cortes podían revocar las decisiones judiciales; el sistema electivo proclamaba el sufragio universal y podían votar los analfabetos; cualquier ciudadano era elegible sin atención a sus rentas; el monarca era un ejecutivo nominal, pues las Cortes se convocaban a sí mismas y, además, se reservaban el manejo de la política comercial, financiera e internacional. El rey no podía alejarse de España sin autorización; se reglaban las funciones militares y eclesiásticas y se fortalecía el, poder de los municipios sobre principios populares"[64].

Para entender que este pensamiento progresista de la burguesía no fue en España sólo un reflejo de lo que se produjo en Francia o en otros países, recordemos que la palabra "liberal", utilizada en diversos idiomas europeos para calificar a las políticas progresistas es de origen español.

Un sector de los revolucionarios americanos, internalizó el pensamiento progresista europeo, sobre todo en su vertiente rousseauniana, y va a ser constituirse en la vanguardia del proceso. A este lo ubicamos en estos tiempos con mayor facilidad en la tendencia hacia la profundización. Este pensamiento "tiene dos vertientes formativas. En primer término, se advierte el radicalismo ideológico, inspirado en el pensamiento europeo y en sus proyecciones revolucionarias. Un representante típico de esta tendencia puede ser Mariano Moreno, a quien es fácil identificar con cierto jacobinismo que hace de él un sostenedor del terror revolucionario. La otra fuente de actitudes radicales es menos intelectual, ya que arranca del contacto con los sectores populares a los que se convoca a la lucha, sin distinción de casta ni clase, y a los cuales a veces se querría contemplar desde el gobierno. Una actitud de este tipo podría señalarse en Artigas, en sus disidencias con comerciantes y estancieros, en la acertada incorporación de indios y gauchos pobres a su ejército, o en su criterio para el reparto de tierras"[65]. En realidad, la tendencia democrática expresada por Artigas es mucho más de arraigo popular que europeo, pero es fundamentalmente la mayor demostración en el Río de la Plata de la hegemonía de la tendencia de la profundización dentro de movimiento nacional emancipador en un momento dado.

Es contra estas tendencias que reaccionaron, en su mayor parte, los criollos acaudalados y de los españoles acomodados, dedicados tanto al comercio como a la ganadería, la minería o las plantaciones esclavistas, que nunca se alinearon con los conservadores realistas, ya que daban por sentado el triunfo de la revolución, pero querían que esta no afectase sus intereses económicos. Para ello siempre encontraron políticos y militares (en esta época no estaba muy clara la división) para implantar sus deseos y defender sus propiedades. En particular, a este núcleo conservador hay que sumarle los pocos miembros de la alta jerarquía eclesiástica que no acompañaron al absolutismo.

4. Los partidos y operaciones políticas en una América convulsionada

Una experiencia particular de operación política fue lo que se denominó el carlotismo. La presencia en Río de Janeiro de Carlota Joaquina, la hermana de Fernando VII, concentró no sólo el interés político de los sectores más dinámicos de la política colonial, sino que se trans-

64/Hernández Arregui, ob. cit., p. 64.

65/Beyhaut, Gustavo, *Raíces contemporáneas de América Latina,* Buenos Aires, Eudeba, 1964, p. 16.

formó en el alimento de una serie interminable de intrigas en varias ciudades americanas.

Pese a la protección británica y a la alianza ya secular entre ingleses y portugueses desde el siglo XVI, las ambiciones de la expansión y la geopolítica del imperio lusitano no siempre era idéntica a las maniobras británicas en América, que siempre tenían como principal fiel de la balanza el equilibrio europeo. Los cortesanos portugueses una vez instalados en América, pensaron directamente en sacar provecho de la situación de confusión y desgobierno que ocurría en su país vecino, para comer una tajada de sus dominios coloniales.

El ministro de Guerra británico expresaba su confianza en que, a partir de la instalación de la corte portuguesa en Río de Janeiro, se echarían "las bases de un imperio poderoso y magnífico que compensará rápidamente la pérdida de Portugal". En marzo de 1808 el ministro de Relaciones Exteriores del regente Juan de Portugal, tuvo la intención de concretar esa estrategia y envió una nota al cabildo de Buenos Aires expresándola sin ningún eufemismo. El ministro Souza Coutinho ofreció en nombre de su rey tomar bajo su protección al cabildo así como al pueblo de Buenos Aires y todo el virreinato. Más que un ofrecimiento, la nota contenía un frontal ultimátum, ya que si no era aceptado, amenazaba con invadir la capital virreinal.

El embajador inglés para América, lord Strangford, no compartía la táctica prepotente del ministro portugués, posición que generaba rispideces. No sólo por el cambio en Europa del bando de la alianza a la que pertenecía España (aún ocupada virtualmente por los franceses), sino también por el modo contundente de los hombres de Buenos Aires, que –por intermedio de Álzaga– respondieron al ultimátum del portugués afirmando que "derramarán gustosos hasta la última gota de sangre antes de que se desmiembre de la Corona de España una mínima parte de estas vastas posesiones".

Y a su vez, independiente tanto de Inglaterra como del imperio portugués, las pretensiones de Carlota (aun cuando nadie, ni los británicos ni los lusitanos, ni tampoco los patriotas renunciaban completamente a utilizarla como parte de maniobras adentro de maniobras) se transformaban en una política personal de proyección sobre los dominios americanos de su padre y hermano, plasmados en un manifiesto que se difundió ampliamente por la América hispana en el que se postulaba como heredera del trono vacante.

Quien acompañaba dentro de la interna británica las pretensiones de los carlotistas es el almirante Sidney Smith, que había trasladado a los Braganza a Río. Pero para fines de 1808 la diplomacia británica –consciente de la sensibilidad de sus aliados españoles– puso en caja a sir Sidney Smith y lo reemplazó por otro almirante; en la misma línea, el príncipe regente portugués limitaba las actividades políticas de su esposa. El carlotismo se quedaba así sin sustento y algunos de sus hombres o sus agentes, como el médico inglés James[66] Paroissien en Montevideo, fueron a parar a la cárcel por conspirar contra el orden constituido.

Como si este panorama internacional no fuera suficientemente complejo, con su trama de actores principales y secundarios, llegó a Buenos Aires para 1808 un enviado de Napoleón llamado Claude Bernard, marqués de Sassenay, un antiguo amigo de una de las prin-

66/También era conocido como Diego Paroissien.

cipales figuras políticas del Río de la Plata, el virrey Liniers. Este personaje, ya sospechado de ser un agente francés por su condición de nacimiento, no fue recibido en privado sino acompañado de los cabildantes y los hombres de la Audiencia. Lo que traía a Buenos Aires Sassenay era precisamente un relato de los sucesos de Bayona y venía a pedir lealtad al nuevo rey José. Esto provocó la indignación de los políticos locales que terminaron expulsándolo, aunque finalmente logró encontrarse personalmente con Liniers[67], quien –según el enviado de Napoleón– le manifestó su adhesión a la nueva dinastía pero su imposibilidad de proceder directamente sin apoyo.

En 1808, para complicar más el panorama de intrigas y operaciones políticas, llegaba al virreinato José Manuel Goyeneche, hombre nacido en Arequipa pero que era el delegado de la Junta de Sevilla, con el objetivo de comunicar los éxitos de la resistencia española frente a la invasión francesa napoleónica. Goyeneche arribó a Montevideo pero después de alentar allí la formación de una junta, partió para el Alto Perú. Ese representante del juntismo español (sectores patrióticos españoles contra la ocupación francesa, bajo la hegemonía liberal democrática en la península) devino al poco tiempo en una de los más feroces defensores del colonialismo español y reprimió con fuerza los movimientos liberadores del Alto Perú. El juntismo, nacido en España como resistencia a la ocupación, terminó siendo considerado como una tendencia revolucionaria inaceptable para los absolutistas del nuevo continente. La misma práctica trasladada a América, aun sin pensar en su independencia, demostraba que la recuperación de la soberanía podía transformarse, en un grave peligro para aquellos que sostenían la continuidad de la dominación (aun cuando el titular al que se le debía respeto dejaba de ser la monarquía absoluta y pasaba a ser la junta española).

Goyeneche, que era criollo, entró en contacto con los españoles más reaccionarios, como el arzobispo Benito de Moxó, fanático partidario de la aristocracia. También se acercó a Ramón García Pizarro, presidente de la Audiencia. Las intrigas de Goyeneche pusieron en alerta a los patriotas altoperuanos, a quienes una de las cuestiones que más les preocupaban era la posibilidad entrega de las colonias españolas a los portugueses al tratar la instalación de las juntas de Chuquisaca y La Paz.

Poco tiempo después de que Álzaga y Liniers despacharan de Buenos Aires al brigadier Francisco Javier Curado[68], portador del ultimátum de los portugueses, llegaba también

67/Liniers no recibirá en principio a solas al enviado de Napoleón, sino que lo hará con miembros del cabildo, pues ya bastantes sospechas levantaba el solo hecho de ser francés para ser considerado un agente al servicio de Francia. Sin embargo, sus rivales del cabildo ni aun después de la expulsión del país de Sassenay confiaron en él.

68/Los portugueses "dieron el primer paso con un enviado a Buenos Aires, Don Francisco Javier Curado, quien ofreció en nombre de Portugal tomar a las provincias del Río de la Plata, en especial a la margen oriental, bajo su protección, 'guardándoles sus fueros, garantiendo su comercio y un olvido de lo pasado por parte de sus aliados los ingleses; que estas proposiciones tenían por objeto el evitar la efusión de sangre, y que de no ser aceptadas haría causa común con su poderoso aliado contra el pueblo de Buenos Aires y todo el Virreinato". Estas bravuconadas que emitió el Príncipe Regente del Brasil, Don Juan, mirando de reojo a su "poderoso aliado", no prosperaron en ese momento. Luego,

el enviado del carlotismo, un médico italiano de nombre Carlos Guezzi. Quien fuera el portador del manifiesto de Carlota, que era entendido –en la época y más allá de las contradicciones en la estrategia en el plano real entre Carlota y su marido– como una forma de la pretensión de dominio portuguesa por otros medios. Esto explicaba por qué no era bien recibido en estas tierras. Sin embargo, futuros patriotas como Belgrano y Castelli o French y Berutti, estuvieron relacionados en las intrigas del carlotismo como variable política táctica de su voluntad emancipatoria.

En esos días, quizás a instancias –como dice Barros Arana– de las acusaciones realizadas por Elío acerca de la complicidad secreta de Liniers con los franceses, la Junta de Sevilla determinaba su desplazamiento como virrey, designando en su reemplazo a Baltasar Hidalgo de Cisneros. Liniers, que con el apoyo popular que tenía en Buenos Aires se podría haber negado (de hecho, se especuló con ello) acató disciplinadamente la determinación del órgano español.

Roberto Etchepareborda caracteriza a las posiciones políticas del fin de la era colonial de la siguiente forma:

"1) En favor del antiguo régimen sin reformas políticas sustanciales fuese cual fuere el resultado de la crisis europea. Idea, apoyada por la casi unanimidad de la administración, suerte de despotismo ministerial, continuidad del godoyismo. A la que se sumaban todos los que tenían algo que perder ante cualquier cambio.

2) Mantenimiento del poder en manos del virrey en carácter de depositario de la soberanía, hasta el restablecimiento del titular legítimo don Fernando VII. Solución intermedia que se creyó más viable y aceptable para los españoles americanos, que salvaría del estigma del afrancesamiento y permitía un tiempo precioso. (...) fue simpática a los mandos militares que finalmente pasaron de esa fórmula a una muy similar, la juntista, hasta el retorno del legítimo soberano. Recuérdese que Cisneros presidió la primera formulación juntista [en Buenos Aires].

3) Solución juntista popular, dentro de los mismos lineamientos de la reacción producida en la propia España. Le fue afecta a todo el sector representativo del comercio, en especial de origen europeo, aunque también gozó de predicamento entre algunos integrantes del sector intelectual y profesional. Sostenían la necesidad de formar, ante el cataclismo peninsular, un gobierno local.

4) Finalmente la que postula el depósito de la soberanía en una Regencia, o revivir en América el poder español, vencido en Europa. Inspirada por parte del sector patricio, que descubre un definitivo cambio en las relaciones con el centro del poder español, en cuanto a dependencia, pero con referencia al régimen monárquico. Una América independiente o autónoma bajo la regencia de la infanta Carlota Joaquina. No creían que la coyuntura política permitiese establecimiento de una república, que abominaban. (...) Sectores eminentemente reformista en lo institucional y preocupado en un cambio en el orden econó-

---

al abrirse el comercio libre en Brasil para las manufacturas británicas, el príncipe cumplió diligentemente con las instrucciones que Canning había ordenado a su embajador en Río, Lord Strangford, las de "hacer del Brasil un emporio para las manufacturas británicas destinadas al consumo de toda la América del Sur"

mico vigente"[69].

Si bien, como hemos dicho, las juntas –incluso la Central de Sevilla– eran escenarios de disputa, "los partidarios acérrimos del Antiguo Régimen estaban también presentes en ellas, dominaban el Consejo de Castilla y el de Indias, durante dos años lograron aplazar la reunión de Cortes. En su seno pudo desarrollarse el futuro núcleo liberal de Cádiz, pero también su oponente" señala José Antonio Piqueras[70]. Podemos decir que las juntas –al nacer como recuperación de la soberanía– fueron el espacio que los liberales revolucionarios encontraron para moverse con la facilidad de la que habían carecido hasta ese momento. Definitivamente, el partido democrático[71] se consustanció con una forma política: la conformación de juntas de gobierno de soberanía popular recuperada hasta el retorno de Fernando VII. El juntismo, tal como se lo conoce a ese movimiento, fue una corriente política doctrinaria que se originó en la península, pero recorrió toda la América colonial. Y en el transcurso de unos cuantos meses acompañó el proceso revolucionario español, sobre todo a partir de que éste parecía caer en una crisis terminal a partir del traslado a Cádiz de la Junta Suprema de Sevilla y la constitución del Consejo de Regencia. Esto era consecuencia del avance de la ocupación francesa que parecía adueñarse de toda la península, lo cual aparecía como un hecho inexorable. De hecho, el Consejo llegó a funcionar protegido por la flota británica en la isla de León. Como dice Jorge Abelardo Ramos "Al perder casi todo el territorio español, la Junta Central recibía el premio a su ineptitud. Refugiada en la isla de León, delegó su poder en un Consejo de Regencia, más torpe que ella misma y se disolvió. El Consejo de Regencia convocó a las Cortes de España y las Indias, que asumieron el poder constituyente en el suelo que pisaban"[72].

Para comprender mejor al juntismo podemos insistir con que la causa nacional española tenía dentro de sí una la cuestión democrática (antiabsolutista) que se entremezclaba todo el tiempo en las disputas internas del frente nacional contra el invasor extranjero. Esta cuestión democrática parece debilitarse cada vez más por la ausencia de una burguesía que la impulse como en otros países europeos. Pero se sustentaba política e ideológicamente por la propia tradición democrática española. Los movimientos en todas las grandes ciudades americanas (fuera de algunas excepciones como la junta de Montevideo) se enmarcaban en la disputa del lado de esos los sectores democráticos, en el marco de lo que aparecía como una virtual guerra civil. El reemplazo de la Junta Central de Sevilla por el centralista y claramente absolutista Consejo de Regencia, fue el catalizador para el estallido en América de la práctica propia del juntismo. "Así, dentro del proceso que viven España y sus ex colonias, las juntas americanas aparecen como levantándose contra el Consejo de Regencia. Ante la opción de caer en manos de los franceses, que dominan casi

69/Etchepareborda, Roberto, "¿Qué fue el carlotismo?", en Luna, Félix (comp), *La emancipación argentina y americana,* Buenos Aires, Planeta, 1998, p. 21.

70/Piqueras, ob. cit., p. 144.

71/"Algunos historiadores reaccionarios, argentinos y españoles de acervo cavernícola niegan ese carácter revolucionario del liberalismo español, identificándolo con el liberalismo caduco del siglo XX. En el fondo alimentan la nostalgia del "viejo régimen" feudal". Ramos, ob. cit., p. 119.

72/Ramos, ob. cit., p. 119.

todo el territorio español, o de un gobierno girado a la derecha que linda con el absolutismo, las fuerzas democráticas se lanzan a la revolución sin propósito secesionista, sino integrándose al movimiento popular que en la península confía en la profesión de fe liberal del cautivo Fernando VII"[73].

5. Para explicar a San Martín y a Bolívar desde la política

En la historiografía liberal se explica a los conductores políticos y militares como seres absolutamente excepcionales, llamados por el destino a realizar proezas que trascienden la capacidad humana, como si estuviesen previamente escritas en una biografía que sólo tienen que transitar. Así lo presentan los historiadores que procuran dejar inmovilizado en bronce a los grandes hombres, volviendo su ejemplo inmenso e inimitable, vaciándolos de política y de contradicciones. Quieren héroes de mármol que no expresan las luchas de los oprimidos de ayer, para que nadie siga su ejemplo en los oprimidos de hoy. No es posible pensar ni a San Martín ni a Bolívar si no es a partir de la política y, en particular, del contexto internacional, si no es a partir de las contradicciones concretas de la sociedad americana. No podremos ver sus maduraciones y sus cambios, sino a partir de estudiar su experiencia como expresión de disputas sociales, políticas e incluso culturales.

San Martín era un militar de carrera español. El hecho de haber nacido en Yapeyú[74] no alcanza a explicar por qué volvió a América, salvo que uno crea en misteriosas voces que hablan al oído a los próceres. Voces que –por lo pronto– se pusieron de golpe muy activas porque hablaron al mismo tiempo no sólo con él, sino con Matías Zapiola y Carlos María de Alvear, y también con un extranjero, el Barón von Holmberg (las voces de la tierra en este caso debieron ser poliglotas porque a éste tuvieron que hablarle en alemán). Y además, les dijeron que tenían que subirse al mismo barco, pues todos ellos vinieron todos juntos para el Río de la Plata...

Estudiando a ese hombre que llegó a España, país de sus padres, a los 7 años y que desde los 13 ingresó al ejército español, en el que hizo una brillante carrera, no podemos sino concluir que era un militar español. Esta afirmación es una herejía para la historia escolar argentina. Sin embargo, este hecho difícilmente refutable, hace que algunos historiadores europeos desorientados, como por ejemplo Harvey[75], planteen que San Martín traiciona a su propio ejército. Los historiadores argentinos –empezando por Mitre– pre-

73/Galasso, ob. cit., p. 24.

74/San Martín había nacido el 25 de febrero de 1778, en la antigua misión jesuita de Yapeyú, en la actual provincia de Corrientes. Cuatro años antes su padre Juan había sido designado gobernador del departamento homónimo, parte de la gobernación de las antiguas Misiones, en la que ya no estaban los jesuitas, expulsados de América por el rey Carlos iii. La conducción de las mismas en general se atribuyó a militares de carrera españoles como el capitán San Martín, padre del liberador.

75/El autor inglés Robert Harvey dice textualmente que San Martín "era un distinguido oficial veterano, en apariencias sin mayor imaginación, con sólido entrenamiento militar y veintidós años de experiencia en el ejército español. Estaba a punto de convertirse en traidor y tomar las armas en contra del país al cual había servido con tanta lealtad, para luchar por un continente que había abandonado a los siete años". Harvey ob. cit., p. 334.

fieren recurrir al citado realismo mágico de las voces de la tierra que le hablan al oído a los próceres.

"¿Quién era San Martín? Se trataba de un hijo de españoles que había cursado estudios y realizado su carrera militar en España. Al regresar al Río de la Plata –de donde había partido a los 7 años –era un hombre de 34, con 27 de experiencias vitales españolas, desde el lenguaje, las costumbres, la primera novia, el bautismo de fuego y el riesgo de muerte en cada batalla con la bandera española flameando sobre su cabeza. En el siglo pasado fue posible suponer 'un llamado de la selva', una convocatoria recóndita de su espíritu donde vibraba el recuerdo de sus cuatro años transcurridos en Yapeyú (...) El San Martín que regresó en 1812 debía ser un español hecho y derecho y no venía al Río de la Plata precisamente a luchar contra la nación donde había transcurrido la mayor parte de su vida. Otras fueron sus razones, como asimismo las de Alvear, José Miguel Carrera, Zapiola, González Balcarce y tanto otros militares de carrera del ejército español, que procedieron como él"[76].

Para entender la decisión del coronel José Francisco de San Martín, hay que encuadrarlo en la política española de la cual él era parte. Una gran porción del ejército español había tomado partido por los sectores revolucionarios y anti-absolutistas, que si bien combatían en conjunto contra el invasor francés, tenían profundas diferencias con los sectores absolutistas y conservadores que levantaban las banderas de los reyes borbónicos como monarcas absolutos. Álvaro Yunque en sus apostillas al libro de Barros Arana va más lejos en su calificación de San Martín: "San Martín era un militar de carrera, español, con provenir brillante en perspectiva (...) ¿El patriotismo le hizo retornar a sus lares empujado por su ideología liberal? (...) Aun admitiendo que la intervención de San Martín en la lucha americana se debe, no a su patriotismo, sino a su ideología, la grandeza moral del héroe no se amengua"[77].

En síntesis, para explicar a San Martín, lo primero que hay que tener en cuenta es contra quién combatía: "Contra el absolutismo que lo oprimía a él y al pueblo español en la península, como así también al pueblo americano en las lejanas tierras de su nacimiento, se levantó San Martín, tanto al servicio de las juntas populares en España entre 1808 y 1811, como después, a partir de 1812, al servicio de las juntas populares en América. No fue un desertor del ejército español para pasarse al enemigo, sino que, considerando derrotadas por Napoleón a las fuerzas revolucionarias españolas, prefirió, antes que someterse –ya fuese al gobierno francés o a una probable restauración absolutista– sumarse a las fuerzas que en América bregaban por las mismas ideas democráticas y la soberanía popular, lucha en la cual se mezclaban a menudo, en los diversos campos, hombres nacidos en España y en América"[78].

Muchos historiadores españoles, para explicar el proceso independentista y la figura de San Martín, son más certeros en su análisis que los argentinos que tienen una explicación mágica. "Los historiadores españoles muestran, en general, una buena óptica para tratar

---

76/Galasso, ob. cit., p. 12.

77/Yunque, Álvaro, *Comentarios a "Historia de América" de Barros Arana*, Buenos Aires, Futuro, 1960, p. 404.

78/Galasso, ob. cit., p 49.

esta cuestión, especialmente porque abordan el tema sanmartiniano partiendo del carácter democrático de la revolución americana, como un momento de la revolución española iniciada el 2 de mayo del 1808"[79].

Las reivindicaciones democráticas, políticas e ideológicas cruzan tanto España como América. Así podemos entender a José Francisco de San Martín, hombre y teniente coronel moldeado por España, hombre del ejército liberal revolucionario, que arriba a América para continuar aquí la misma lucha contra el absolutismo de la que se sentía participe en la península. San Martín entra en la revolución americana por la revolución española, pero allí comprende que la cuestión central es la nacional, que no era posible una revolución antiabsolutista sin la ruptura de los lazos coloniales.

Bolívar, en cambio, es –por historia personal– profundamente un criollo americano[80]. Acaso por eso comprenda con mayor rapidez a la cuestión nacional de América como la cuestión central. Bolívar es agudo en su reflexión política y ha dado cuenta de ello en su comprensión del sistema de dominación: "Los americanos en el sistema español que está en vigor y quizá con más fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo y cuando más, el de simples consumidores; y aun esta parte coartada con restricciones chocantes, tales con las prohibiciones del cultivo de frutos de Europa, el estanco de las producciones que el rey monopoliza, el impedimento de las fábricas que la península no posee, los privilegios exclusivos del comercio hasta de los objetos de primera necesidad, las trabas entre provincias y provincias americanas para que no se traten, entiendan ni negocien; en fin ¿quiere usted saber cuál es nuestro destino? Los campos para cultivar el añil, la grana, el face, la caña, el cacao y el algodón, las llanuras solitarias para criar ganados, los desiertos para cazar las bestias feroces, las entrañas de la tierra para excavar el oro que no puede saciar esa nación avarienta". Así se expresa el caraqueño en su Carta de Jamaica.

Sobre este sistema de dominación colonialista, se vierten las ideas de libertad y nacionalidad españolas y el cóctel explosivo que genera se convierte en el impulso concreto de la emancipación. Impulso generado sobre un puñado de hombres cultos, que habían tenido el privilegio del acceso a la educación y la lectura de autores de la ilustración, tanto como a los clásicos católicos y a los liberales revolucionarios españoles. Aunque los historiadores liberales se empeñen en hablar sobre su influencia, y la preponderancia de los criollos acomodados en el proceso independentista, esto no hubiera sido posible sin la comprensión descarnada de las necesidades concretas de todos los sectores sociales que se sentían oprimidos por la situación colonial. Lo que no significa que los sectores subalter-

79/*Ibid*., p. 43.

80/Como criollo era en su sustrato un español americano, se mezclaban en él de modo particular rasgos propios de lo español. García Calderón, antes de terminar un siglo de su gesta, lo describe con estas palabras: "Era nervioso, impetuoso y sensual, rasgos característicos del criollo americano; activo y tenaz en sus empresas, como buen heredero de los porfiados vascos, generoso hasta la prodigalidad, valiente hasta la temeridad. Tenía la actitud y el empaque de los caudillos: la frente alta, el cuello erguido, la mirada luminosa que impresionaba tanto a amigos y enemigos, el paso firme y el ademán elegante". García Calderón, ob. cit., p 31.

nos de la colonia tuvieran su revolución social que los sacaría de la situación de opresión, sino que esa lucha sólo podía darse con la condición de necesidad de la libertad nacional. En principio habrían de tener, salvo en los casos concretos de participación popular y la impronta que dejaron –por ejemplo Artigas y sus hombres–, los beneficios marginales de una libertad provechosa de modo directo para los grandes intereses económicos de las clases dominantes, que prontamente se ligaron en una nueva forma de dependencia a través del comercio con Gran Bretaña.

Sin embargo, en ese Bolívar criollo de pura cepa, es donde tiene más efecto el pensamiento revolucionario francés, sobre todo el de Rousseau, que le fue inculcado por su más querido maestro, Simón Rodríguez[81]. Como decíamos, muchos de los historiadores liberales, como por ejemplo Romero[82], le dedican espacio a los pensadores europeos del iluminismo como antecedentes ideológicos de los procesos independentistas, al tiempo que ningunean a los pensadores españoles. Sin embargo, Romero dedica tan sólo un párrafo a Rousseau, de quien considera que "extremó esas tesis y abrió un nuevo camino en la composición de la sociedad y la política". Lo que no dice el autor, es que Rousseau fue un pensador de la burguesía en su etapa revolucionaria y por lo tanto, necesita de la concurrencia en su disputa europea de todas las clases oprimidas. Por eso el pensamiento del ginebrino es peligroso y desentona tanto de la práctica política inglesa y su atemperamiento como de los otros pensadores franceses, como por ejemplo Montesquieu que, como buen aristócrata, conjuga elementos del viejo régimen con el nuevo, con un sesgo elitista. Rousseau es bandera del modelo republicano e igualitario y sobre todo, revolucionario frente a los caminos del pragmatismo del modelo inglés de monarquía parlamentaria.

Pero no fue la única vez que tuvo acceso a este sistema de ideas. En efecto, Bolívar después de la muerte súbita de su mujer, había retornado con una veintena de años a Europa a ahogar en placeres mundanos sus penas de amor. Allí frecuentó el salón (y a veces la cama) de Fanny de Villar, donde las ideas revolucionarias se discutían todos los días. "Mujer apasionada, inteligente y atractiva, personificaba el mejor espíritu reformista de la Revolución Francesa, el convencimiento de que, en lugar de la viciada sociedad convencional, la gente debe tener libertad para vivir y amar como quiera. Su salón estaba de moda entre artistas, intelectuales y profesionales, que acudían allí para gozar de sus enredos con bonitas muchachas"[83]. En los salones de Fanny, conoció al científico Alexander von Humboldt, que volvía de sus viajes sudamericanos, entre muchos otros intelectuales progresistas europeos. En su estadía en Francia, Bolívar pudo presenciar críticamente cómo

81/"Hastiado al fin de esa vida de placeres, el joven mantuano reinicia sus paseos y discusiones con el maestro don Simón, el viejo conspirador de 1797. Un día, en 1805, suben a una colina romana, el Monte Sacro y en una invocación donde abundan los Rómulos y los Gracos, los Césares y Brutos y Tiberios, Trajanos y Augustos, como ordenaba la simbología heredada de la Revolución Francesa, Bolívar jura allí libertar al Nuevo Mundo. Muchos años más tarde don Simón Rodríguez recordaba el episodio y comentaba a un joven interlocutor: 'Tú sabes, hijo, que el muchacho cumplió su palabra'". Ramos, ob. cit., p. 141.

82/Romero ob. cit., pp. XII y XXIII.

83/Harvey, ob. cit., p. 89.

la idea revolucionaria de la república desembocó en el imperio. De hecho, estaba en París cuando Napoleón se coronó emperador y fue muy crítico al respecto. Esta impresión lo va a acompañar en una relación de atracción y repudio con el poder ordenador de la monarquía, pero a lo largo de su vida se mantuvo fiel a su republicanismo.

El futuro libertador, cuando se enteró que su antiguo preceptor Simón Rodríguez, que por entonces se hacía llamar Samuel Robinson, estaba en Europa, fue a su encuentro. Este fue muy crítico con la vida disipada que llevaba su más importante discípulo, que ya tenía 21 años. Rodríguez seguía formándose en Rousseau y otros pensadores del iluminismo. Junto con Simón Rodríguez viajaron a Roma. En esa ciudad legendaria, cuna de uno de los más importantes imperios europeos, Bolívar hizo un juramento que podía parecer más una fastuosidad ridícula, si no hubiera dedicado su vida a conseguir ese sueño y que la realidad, le dio la alegría de poder conseguirla: "Juro no dar descanso a mi brazo ni a mi espada hasta el día en que hayamos roto las cadenas del dominio español que nos oprime". Es decir, Bolívar comprendió desde la propia Europa y desde las ideas europeas que la liberación es la principal tarea del fin del absolutismo.

Cuando Bolívar volvió a su tierra en 1808, la encontró totalmente convulsionada y con las condiciones propicias para hacer efectivo su sueño.

Podríamos –a modo de conjetura– sintetizar nuestra interpretación, según la cual San Martín fue producto de la práctica europea de la libertad, y la realidad americana lo fue amoldando, mientras que Bolívar fue un criollo americano, en quien la teoría europea tuvo que bajar a la realidad, a partir de su choque con la impronta necesariamente popular de la revolución en nuestra América.

CAPÍTULO VI
EL JUNTISMO COMO TEORÍA O EL FUNDAMENTO DE LA REVERSIÓN DE LA SOBERANÍA

"Los pueblos de América tienen el mismo derecho a tener representación de la soberanía como la tiene Sevilla, pues no son más ni menos en los derechos del pueblo, como parte integrante de la nación"
Juan José Castelli

1. Sobre las doctrinas que justifican la conformación de las juntas.

La existencia de una dinastía usurpadora en España revolucionó la aparente paz y tranquilidad del orden colonial. No se sabía claramente cuáles habrían de ser las intenciones de Napoleón respecto de las colonias españolas de América. Hubo diversas respuestas de las autoridades coloniales; algunas, timoratas y acostumbradas a aceptar todo lo que viniera de España sin cuestionar nada, tuvieron una posición ambigua. Otras juraron fidelidad a Fernando VII sólo después de ser presionados por el pueblo. Qué hacer frente a esta nueva situación en la metrópoli era una de las preocupaciones centrales de la discusión política de la época. Una España en resistencia (que perdía terreno a cada momento) no tenía su prioridad en la atención de sus colonias. Las convocatorias al ejercicio de la soberanía nacional por los peninsulares obviamente menospreciaban el rol de los españoles americanos, situándolos de un cachetazo en lo que verdaderamente eran, más allá de las formas jurídicas: una dominación colonial.

La respuesta a esta situación –como no podría ser de otra manera– se produjo en el marco del pensamiento político español que recorría tanto la península tanto como sus colonias americanas. Lo dice Hernández Arregui: "La acefalía de la corona de España, a raíz de la invasión napoleónica, repercutió bajo la forma de movimientos emancipadores simultáneos en México, Quito, La Paz, Buenos Aires, Bogotá, Santiago de Chile, etc. Estos movimientos no fueron democráticos, sino leales a las antiguas instituciones españolas, como las juntas, que en ningún caso negaron su fidelidad a España. Y no como táctica, sino como sentimiento acendrado de los pueblos, que aún los elementos más antiespañoles debieron acatar. Las juntas no eran americanas, pues venían de los cabildos de origen español"[1]. Acaso el matiz que tenemos con Hernández Arregui es que los considera no democráticos, cuando en realidad discutir el principio de legitimidad de la monarquía absolutista significaba para la época un grado de democratización importante.

La base constitucional de la controversia entre España y América española fue reconocida por el agente de los EE.UU. Henry Backenridge[2], quien fue enviado a América del sur en los años 1817 y 1818 para informar sobre las condiciones en los distintos países:

1/Hernández Arregui, ob. cit., p. 63.

2/En Stoezer, ob. cit., p. 34.

"Los españoles americanos, como descendientes de los primeros conquistadores y colonizadores, basan sus derechos políticos en las disposiciones del Código de Indias. Afirman que su constitución es de una naturaleza más alta que la de España, por cuanto descansa sobre un pacto explícito entre el monarca y sus antepasados. Ellos dicen que fue estimulado expresamente que todas las conquistas y descubrimiento iban a hacerse a expensas del rey. En consideración de lo cual, los primeros conquistadores y colonizadores iban a ser los amos de la tierra; ellos iban a poseer su gobierno, inmediatamente bajo el rey como su cabeza feudal; mientras que los aborígenes le fueron dados como vasallos bajo la condición de instruirlos en la religión cristiana y en las artes de la civilización. Fue en virtud de ese contrato que la junta americana negó el derecho de cuerpos similarmente constituidos en España de ejercer la autoridad civil sobre ellos, ya que este derecho sólo pertenece al rey, en su Consejo de Indias. (...) Ahí está el fundamento de la disputa entre España y las Indias; la conducta de los españoles de Europa, como también los que tenían el poder en América, a justo título causó repugnancia. Los europeos, en vez de echar mano de las Cortes en primer lugar, establecieron sucesivamente juntas en las provincias, que no solamente reclamaron la soberanía civil sobre el resto de la Península, sino también sobre las Indias".

En el mismo sentido se expresa el italiano Zanatta "Sin embargo, dos rasgos los caracterizan en general. El primero es que, una vez conocida la caída del rey y aun antes de plantearse el problema de quién tenía ahora el derecho de ejercer el poder de modo legítimo, los principales centros administrativos americanos reaccionaron de la misma manera que lo habían hecho las ciudades españolas: creando juntas, esto es, órganos políticos encargados del ejercicio de la autoridad, aunque después sólo algunas de ellas se consolidaron en particular las de Caracas y Buenos Aires (...) El segundo rasgo general es que las juntas nacidas en América declararon que asumían el poder como solución transitoria; es decir, lo hacían en nombre de Fernando VII –llamado entonces El Deseado–, y hasta tanto retornara al trono, pero no proclamaron la intención de separarse de la Madre Patria ni de abandonar para siempre el imperio. Salvo algunos raros casos, quienes las formaron e integraron no expresaron voluntad de independencia. Los criollos que guiaron aquellas juntas fueron conscientes de las implicancias de sus actos: aun sin amenazar el pacto político que los ligaba al soberano en el seno del imperio, tenían muy claro que dicha ausencia les brindaba la oportunidad de recuperar la autonomía perdida o reducida a causa de la voluntad centralizadora de los Borbones, y de reformular, con ventaja, el vínculo con la Corona"[3].

Como dice correctamente el historiador conservador Otto Carlos Stoezer, "Los españoles americanos sostuvieron el punto de vista de que la América española no tenía la obligación de reconocer a la Suprema Junta Central o la Regencia: la trayectoria de las dos partes del imperio español se desviaban"[4].

Particularmente, o por lo menos con más fuerza y legitimidad, esta ruptura se da a partir de la creación como órgano superior de la política española peninsular de la Regencia. Esto se debe a que concomitantemente con su carácter político centralista y conservador,

3/Zanatta, ob. cit., p. 67.

4/Stoezer, ob. cit., p. 35.

la ofensiva francesa sobre España hacía pensar seriamente en una derrota definitiva, en una ocupación de la totalidad del territorio que podía prolongarse en el tiempo, como efectivamente ocurrió.

Los levantamientos americanos al igual que los peninsulares tuvieron como centro a las ciudades en su histórico y muy español reclamo de autonomía. Fueron los cabildos, compuestos en su orgánica por el vecindario "decente" en contraposición a la "chusma popular" los ámbitos primeros de la discusión política a partir de las novedades del avance francés. Y estos ámbitos se movieron con la lógica del sistema político y jurídico del imperio, con el sistema de ideas preponderante, con las argumentaciones de doctores y bachilleres, formados generalmente en las universidades americanas, para pensar qué hacer ante esa situación inédita. Por eso es que aparecen en los debates los argumentos de la alta escolástica, junto con aquellos más modernos, que aparecen justificando doctrinas tradicionales como la de plantear que los dominios americanos eran del rey y no del Estado español, etc. Sobre estas bases empezó a constituirse una grieta enorme en el sistema colonial, que sólo la intervención de lo popular en la escena con el marco de las guerras planteadas por los sectores reaccionarios, transformó en una voluntad inquebrantable de independencia.

Si analizamos la mayoría de los debates en los cabildos americanos que llevaron a la instauración de juntas de gobierno, podemos concluir que, más allá de los matices, fueron dos los ejes principales de la particularidad de juntismo americano. Por un lado, desconocer la recolonización borbónica, volviendo a la concepción anterior de las Indias como reinos dependientes de la corona de Castilla, y no como colonias subordinadas a España. Y por otro lado la idea, proveniente de la alta escolástica (Mariana, Suárez, Vitoria) de que ante la imposibilidad del monarca legítimo de ejercer la soberanía, esta revertía en el pueblo, que era quien la había depositado originalmente en el rey para el ejercicio del gobierno. "Con la abdicación del rey legítimo, se aplicó el pactum translationis; la autoridad civil volvió automáticamente al pueblo que había designado al rey como a su soberano (...) El pueblo estaba ahora habilitado para tomar en sus propias manos la autoridad civil, ya que no existía más una monarquía española legítima hasta tanto no volviese el rey. Esto era lo que las juntas proclamaron usando la misma terminología de los escritores escolásticos de tiempos anteriores"[5].

Piqueras hace una particular observación de la situación de aquel entonces criticando una muy extendida idea acerca de que las juntas ocupaban un vacío político. Según su entender, las juntas se constituyen "no porque hubiera un vacío de poder y la soberanía hubiera quedado suspendida en el aire, a la espera de que fuera asumida por tal o cual cuerpo, sino porque en esa fecha dio inicio 'una revolución, formada por un pueblo para libertarse de un tirano y asegurarse su independencia', en palabras de 1810 del asturiano Álvaro Florez Estrada, uno de los integrantes de la Junta del Principado, de los primeros en sostener que el origen de la soberanía se encontraba en el pueblo"[6].

"Las juntas españolas americanas se valieron de la misma terminología que las juntas españolas y los pensadores escolásticos, y ellas también estuvieron vinculadas a la ins-

5/Stoezer, ob. cit., p. 27.

6/Piqueras, ob. cit., p. 26.

titución del cabildo. Con un auténtico espíritu español, el cabildo se apoderó del poder, y en la primera oportunidad depuso a virreyes y gobernadores, como representantes de una autoridad inexistente"[7]. La discusión principal pasó por a quién debían lealtad los americanos, si a todos los españoles o a la persona del rey legítimo. En alguna medida, la recolonización con un sistema jurídico y político francés hecha por los Borbones y en particular por Carlos iii, y, sobre todo, las implicancias económicas y políticas de ese ajuste y reforma del imperio español, se había vuelto en contra de la sumisión de las colonias a la metrópoli. Napoleón, a su vez, suministró el catalizador para ese malestar que con el tiempo se convirtió en la llave política para pensar la verdadera raíz de la situación colonial. Sobre esas bases se construyó el primer hito en el camino de la independencia americana. Y como suele pasar con los procesos históricos surgió a partir de las contradicciones de esa sociedad en ese momento histórico determinado. Se fue abriendo paso como hecho maldito de esa sociedad colonial y no fue una importación de una revolución desarrollada en otras latitudes.

"Conforme con la vieja doctrina sustentada por el padre jesuita Francisco Suárez (1548-1617) –aceptada por la Casa de Austria, pero repudiada por los Borbones– la soberanía es del pueblo, pero la ejercita el rey por delegación popular; y si el rey está impedido de ejercitarla, la soberanía vuelve al pueblo hasta que cese el impedimento real. Además –y a pesar de los Borbones– jamás se perdió en España la tradición medieval de los fueros locales, si bien éstos habían sido virtualmente suprimidos mediante las reformas del siglo XVIII. Pero ante los sucesos, renació vigorosamente la paliada tradición, y cada provincia, por acuerdo de los consejos municipales, constituyó su propia Junta Suprema de Armamento y Defensa que, por voluntad popular, asumió la soberanía en nombre del rey cautivo, organizando sus propios ejércitos y armando, con los milicianos sobrantes, guerrillas de choque para oponerse a la dominación francesa y al bastardo rey José i"[8].

Stoezer explica desde esas teorías escolásticas la creación de gobiernos legítimos que obran en función del poder revertido para conservar los derechos del monarca depuesto y explica su doble dimensión local y social. "La creación de las juntas fue una expresión de las viejas teorías escolásticas respecto del origen de la autoridad civil –el pactum translationis suareciano–. En vista de que "pueblo" en castellano está vinculado tanto con gente como con villa –el doble sentido de pueblo–, y estaba de acuerdo con la civilización urbana española y sus tradiciones psicológicas, el concepto de la soberanía popular estaba ligado a las ciudades mayores, es decir a las capitales de provincia"[9].

Las cátedras de Derecho, Filosofía y Teología de las universidades americanas fueron conductoras del pensamiento escolástico, y las obras de Juan de Mariana, Francisco de Victoria y Francisco Suárez, entre otras, informaron a los criollos de las tesis contractualistas sobre la monarquía española, así como del origen popular de la soberanía. Pero también, en el siglo XVIII, las corrientes enciclopedistas acceden por dos vías a la intelectualidad y a las ciudades americanas: una de ellas, los viajes a Europa, y el contacto con portadores

7/Stoezer, ob. cit., p.35.

8/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 44.

9/Stoezer, ob. cit., p. 28.

de la ideología revolucionaria, como la masonería, o los libros de obras prohibidas por propagar las nuevas ideas que, en número bastante más elevado que lo que la censura admitiría, llegaban a las bibliotecas particulares. La segunda vía fue desbrozada por la propia ilustración española, que cobra un considerable auge durante el reinado de Carlos iii, y sus ideas demostrarán considerable vigor en las Cortes de Cádiz. La confluencia de dos doctrinas que, con distinto desarrollo y fines, plantean como núcleo del sistema el "pacto social" –la de Francisco de Victoria y la de Juan Jacobo Rousseau–, aflora en esa coyuntura crítica precipitada por el colapso de la monarquía española, y prepara tiempos de cambio.

2. Confluencia entre el iluminismo y la nueva escolástica o el molde americano para las doctrinas progresistas europeas

La crisis del pacto colonial en América, la revolución española, la ocupación francesa confluyeron en una situación inédita. Todos estos factores que podemos llamar externos se dieron a su vez concomitantemente con la voluntad de grupos políticos, predominantemente criollos, de asumir mayor responsabilidad en la conducción del Estado, circunstancia que iba desde el reclamo de mayor protagonismo económico (abolición definitiva por su obsolescencia del sistema del monopolio español que ya había comenzado a resquebrajarse desde fines del siglo XVIII) hasta político. Este último protagonismo iba desde el autogobierno limitado a la asunción plena de la soberanía. Una generación heredera de ciertas aperturas incluso ideológica, cruzaba las viejas doctrinas escolásticas tradicionales pero populares, con la proclamación de los derechos de los ciudadanos, de matriz iluminista, matizada por su versión ibérica, que plantaba como bandera la igualdad y la democratización política. Una generación política que hasta pensaba críticamente el sistema de castas y planteaba la abolición de la esclavitud.

Esta particular confluencia de ideas podemos encontrarlas en los hombres de la revolución. Mariano Moreno, en el órgano oficial de la Junta porteña, la Gaceta de Buenos Ayres, plantea en noviembre de 1810: "La autoridad del monarca retrovertió a los pueblos por el cautiverio del rey; pueden pues aquellos modificarla o sujetarla a la forma que más les agrade, en el acto de encomendarla a un nuevo representante: éste no tiene derecho alguno, porque hasta ahora no se ha celebrado en él ningún pacto social; el acto de establecerlo, es el de fijarle las condiciones que convengan a el constituyente; y esta obra es la que se llama constitución del Estado"[10].

El gran impulso de esta confluencia político ideológica tiene lugar en 1810, con resultados que inauguraban la ruptura definitiva del orden colonial. Si la primera etapa está signada por la defensa de los derechos de Fernando VII, ese juntismo, iba elaborando con argumentos de mayor refinamiento jurídico, donde la pervivencia de la doctrina suarista y escolástica, se entremezcla en muchos casos con el aporte ideológico roussoniana para desembocar paulatinamente en un llamado a la emancipación.

Los mismos autores que toman al inicio del proceso revolucionario como desarrollado por una burguesía comercial son los que van a sobredimensionar la influencia determinante del pensamiento de la burguesía francesa en los revolucionarios. En realidad puede

10/Levene, ob. cit., p. 112.

decirse que el pensamiento democratizante que tiene su raíz en la burguesía cuando necesita del concurso de las clases oprimidas para hacer su revolución, tiene algún impacto sobre todo en las fuerzas de la profundización que durante el proceso revolucionario de mayo ya pensaban en la independencia y la libertad como sistema. Así, la exageración de la influencia de los pensadores burgueses de Francia se fundamenta en el acceso del secretario de la junta Mariano Moreno a los libros de la biblioteca de su mentor el sacerdote Terrazas, en la cual se podía encontrar "los mejores autores de Europa sobre política, moral, religión, historia, que han pasado de cuando en cuando por entre severas prohibiciones del despotismo inquisitorial" tal como relata su hermano Manuel. O bien en que el propio Moreno hizo la traducción y publicó el Contrato Social del ginebrino Juan Jacobo Rousseau. Pero lo cierto es que la originalidad de la coyuntura política, el clima de época tanto político como ideológico, hizo a los protagonistas tomar del mismo, tanto como de las doctrinas tradicionales y escolásticas, los argumentos necesarios para una práctica política que funda una ruptura con el orden colonial, al principio confrontando tan sólo con los reaccionarios que respondían al Consejo de Regencia.

CAPÍTULO VII
LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA O SOBRE LAS PRÁCTICAS DE LAS PRIMERAS JUNTAS AMERICANAS.

"Hemos guardado un silencio bastante parecido a la estupidez que se nos atribuye por el inculto español, sufriendo con tranquilidad que el mérito de los americanos haya sido siempre un presagio cierto a su humillación y ruina. Ya es tiempo, pues, de sacudir yugo tan funesto de nuestra felicidad como favorable al orgullo nacional del español. Ya es tiempo de organizar un sistema nuevo de gobierno, fundado en los intereses de nuestra patria, altamente deprimida por la bastarda política de Madrid.

Manifiesto de la junta de La Paz

1. La junta de Montevideo de 1808

La invasión napoleónica generó una rápida respuesta en el virreinato del Río de la Plata, condicionada también por las disputas internas en su seno. Santiago de Liniers, virrey interino, sospechado por su condición de francés, realizó el 21 de agosto de 1808 una ceremonia de la jura de lealtad a Fernando VII monarca que, precisamente, había sido depuesto por la invasión francesa. Esta sobreactuación de Liniers fue consecuencia de la repulsa que motivara en Buenos Aires desde unos días atrás, el hecho de haber recibido el virrey interino al marqués de Sassenay, enviado de Napoleón, para obtener el reconocimiento de José I de España. Por otra parte, es probable que el héroe de la reconquista frente al invasor inglés supiera, por su encuentro con el embajador napoleónico, que Fernando VII no era más que una figura simbólica y que estaba sujeto a poder del emperador francés.

Pese a las múltiples acusaciones que recibiera Liniers de ser agente de los franceses, tanto por parte de sus contemporáneos como de algunos historiadores, es prácticamente imposible probar dicha relación a través de la conducta del héroe de la Reconquista. Nos parece acertada la apreciación de Fermín Chávez cuando sostiene: "Liniers y la Audiencia, que eran oficialistas, querían conservar un gobierno colonial subordinado a la metrópolis cualquiera fuera el soberano que gobernara en ella, y se oponían a la formación de juntas"[1]. En los hechos la actitud del virrey Liniers frente a los sucesos de España y de América no difiere demasiado de la de otros funcionarios de alto rango de la Corona en toda la América española.

El 21 de septiembre de 1808 tendrá lugar en Montevideo la primera experiencia del juntismo en América, poco tiempo después de constituidas éstas en la metrópoli y sin una comprensión del todo clara de la impronta política que tenían. En realidad, va a ser la

1/Chávez, ob. cit., p. 32.

excusa que utilizan el cabildo de Montevideo y los partidarios de comandante de la plaza, Francisco Javier de Elío (en combinación con el rico comerciante de Buenos Aires Martín de Álzaga[2]) para oponerse a una destitución decidida por el virrey interino Santiago de Liniers. Los hombres de Elío organizaron una pueblada que, frente al cabildo montevideano, exigió la formación de una junta como en España, mientras acusaban a Liniers de agente francés, sospecha que recorría todo el virreinato. "Esta junta fue la primera que se formó en América, con el pretexto de asumir la soberanía en nombre del rey, repudiando y expulsando a los funcionarios afrancesados que respondían a la política de Godoy; y a fin de cuentas, Liniers había sido elevado al sillón virreinal bajo la administración de Godoy. Esta junta, que respondía a los intereses de la burguesía española vinculada al régimen monopolista, jamás fue desconocida por la Junta Central. Tampoco hubo reparos metropolitanos cuando el mismo grupo de la burguesía española, con Gabriel de Yermo a la cabeza, depuso al virrey de México, José de Iturrigaray (15 de septiembre). Pero cuando esas juntas fueron propiciadas por el elemento criollo (los mancebos de la tierra), hubo condenas y represiones; así ocurrió en Santiago de Chile, en Caracas, en Bogotá, en Quito, en Chuquisaca y en La Paz"[3].

Montevideo será la primera de las ciudades de la América española que reclame para sí el derecho de formar, en defensa del rey cautivo, una junta. Justificándola en el pactum traslationis, en la reversión ante la imposibilidad del monarca legítimo de ejercer el gobierno

2/Álzaga es un personaje apasionante y contradictorio. Los análisis simplistas inducen a plantearlo simplemente como el jefe del partido realista en Buenos Aires, sobre todo por su condición de rico comerciante español beneficiario del monopolio. Pero Álzaga había llegado a Buenos Aires con apenas 11 años y sin hablar castellano, sólo vasco. Se fue haciendo desde abajo por lo cual lo popular no le era ajeno. El historiador Enrique de Gandía lo sindica como el verdadero jefe del partido independentista. Quizás sea esto una exageración, pero lo cierto es que Mariano Moreno empezó a militar junto a Álzaga, lo cual da que pensar. Álzaga fue impulsor de la junta de Montevideo de 1808 que fue la primera de América. Cuando se realizó la revolución del 25 de mayo, Álzaga no aparece en los primeros planos pero seguramente fue parte de la negociación política porque tres de sus hombres son parte importante de la junta: el mencionado Moreno y los ricos comerciantes Matheu y Larrea, ambos nacidos en Cataluña y ambos decididos patriotas. Aportó grandes sumas a la Revolución, algunos dicen que presionado otros que voluntariamente pues las finanzas de los revolucionarios las llevaba uno de sus hombres. Es ejecutado en 1812 supuestamente como jefe de una conspiración realista contra el primer triunvirato, ese mismo triunvirato que poco tiempo después será sacado por la fuerza por los militares de la logia compuesta por San Martín y Alvear. Se dice que tenía su propio partido republicano que pugnaba por una independencia pero sin ruptura del lazo con España, una salida del tipo de la planteada por Inglaterra con sus colonias un siglo más tarde en el pacto de Ottawa. Lo cierto es que fue enemigo de Rivadavia y por eso es que terminó ejecutado el 6 de julio de 1812. Es probable que Rivadavia, el poder real de ese Triunvirato, se estuviera vengando de una vieja afrenta personal y usó los cargos contra Álzaga para apoderarse de sus bienes. ¿Se trató de un hecho revolucionario o simplemente de un vínculo entre política y negocios que acostumbró a desplegar el ambicioso Bernie?

3/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 46.

en el pueblo, aun cuando esta junta no fuera de naturaleza revolucionaria y que por este motivo haya quedado por la mayoría de los historiadores americanos sepultada en el olvido.

La junta de Montevideo cesa cuando termina el interinato de Liniers como virrey con la designación de Cisneros por parte de la Junta Suprema. Este arriba a Montevideo el 29 de junio de 1809, y disuelve la junta pero premia a Elío con el grado de inspector general de armas. Allí las autoridades de Montevideo prestan juramento a la Junta Central de Sevilla. Era esta junta peninsular la que había nombrado como virrey a Cisneros, creyendo que la crisis en el Río de la Plata se arreglaba destituyendo tanto a Liniers como a Elío.

2. La frustrada junta de Buenos Aires de 1809

Los sectores conservadores encabezados por los comerciantes beneficiarios del modelo monopólico temían, no sin razón, una ruina de la fuente de sus privilegios, dado que ya habían comenzado a insinuarse críticas a todo el edificio político y administrativo de la colonia. Pero algunos de esos comerciantes como Álzaga, Larrea y Matheu, tenían una concepción patriótica española y reaccionaban, al igual que hacían los pueblos españoles, ante la posibilidad de que se consolidara la invasión francesa. En Montevideo la reacción contra Liniers y su carácter de francés había llevado a la formación de una junta en concurrencia con los mismos sectores. Su particularidad, como hemos visto, era que tenía la hegemonía invertida respecto de las españolas, porque preponderantemente esta primera junta americana estaba compuesta por sectores conservadores y no por los democráticos. En Buenos Aires, en 1809, inspirado por el mismo grupo político, Martín de Álzaga intentará hacer algo similar. Se trata de grupo políticamente de orientación más bien conservadora que reclamaba la dimisión de Liniers. No obstante, sus integrantes no eran todos españoles Por ejemplo fue parte de la misma, nada menos que Mariano Moreno[4], quien poco tiempo después será el alma mater de la revolución de mayo. Por eso hay que poner en crisis la tesis que se trató de un grupo meramente reaccionario en defensa de los privilegios del monopolio. El intento de golpe juntista contra Liniers del 1° de enero de 1809 estaba plagado de contradicciones, como su propio impulsor el vasco Álzaga. Se trataba de uno de los personajes más importantes política y económicamente de la colonia y era dueño de una de las fortunas más importantes de América. Sin embargo, no hay que caer en el exceso de análisis deterministas de los actores políticos americanos según su condición social a riesgo de entrar en contradicciones insalvables. "Así como Álzaga fue el ejemplo del monopolista que supo llevar la defensa del privilegio hasta el mismo campo militar,

4/"En la época del virreinato de Liniers –hombre de Napoleón– los revolucionarios de la península ibérica implementan su militancia en juntas y a través de estos organismos, donde resalta la influencia de Gaspar de Jovellanos, se hostiga permanentemente al invasor francés. En Moreno, esta lucha influye y orienta su primera intervención en la política de Buenos Aires, es decir, en el motín de Álzaga contra Liniers en el año 1809. Si se tiene en cuenta que Liniers era un agente de Napoleón en el Río de la Plata, resulta claro que la táctica de apoyar el levantamiento de los comerciantes españoles, residía en enfrentar al centro mundial de poder al que en España enfrentaban las juntas orientadas por Jovellanos". Bortnik, Rubén, *Historia elemental de los argentinos,* Buenos Aires, Corregidor, 2007, p. 41.

y Matheu el del monopolista que se dejó ganar por las ideas revolucionarias desplazándose hacia otro campo económico más progresista"[5]. Pero también hay otras interpretaciones posibles como la del historiador Enrique de Gandía que considera a Álzaga el jefe del partido independentista de esos tiempos, contraponiéndolo con los carlotistas por un lado, y con los agentes franceses entre los que incluye tanto a Liniers como a Pueyrredón o a los partidarios de la continuidad del colonialismo español, que tienen en el obispo de Buenos Aires su principal representante.

El intento de Álzaga, según refiere De Gandía[6], era también plantear si fuera necesario una independencia del virreinato. Esta medida de tipo extrema sólo se entiende en su contexto. Así como Goyeneche vuelve de España con la misma idea, o los aristócratas de Quito en el mismo tiempo barajan planes similares, el españolísimo Álzaga, sin ser ni parecer un liberal revolucionario, barajaba como posible la derrota absoluta en España a manos de los franceses. Y, como patriota español, no estaba dispuesto a someterse a los franceses.

"Este oscuro episodio de la historia argentina suele interpretarse (desde la creación del mito por López) como un triunfo de los criollos sobre los peninsulares, con todos los laureles para aquellos. La verdad es que fue el triunfo del conformismo y el espíritu conservador sobre la decisión revolucionaria, a lo cual contribuyó sin duda la resistencia que causaba la fuerte personalidad del alcalde de primer voto [Álzaga]"[7].

Una de las excusas utilizadas por los sublevados fue que Liniers pretendió elevar al rango de Alférez Real a Bernardino González Rivadavia, lo cual fue rechazado por el cabildo, cuyo dictamen lo hizo nada menos que Mariano Moreno[8]. Esto fue el principio de una profunda enemistad, negada por la historia oficial que pretende encontrar una continuidad entre los rivadavianos y la fuerza revolucionaria expresada por el doctor Moreno[9]. Hubo también razones de índole económica: el 29 de diciembre de 1808, el cabildo trató el tema de los vales patrióticos decretados por Liniers para recaudar fondos para sostener al ejército. Esto molestaba a los comerciantes españoles, que tenían en Álzaga a su mayor exponente. El cabildo, dominado por Álzaga y sus seguidores, se opuso a la medida de Liniers. En la misma sesión se pasó a tratar el casamiento de la hija del virrey, lo que fue utilizado como una excusa para obtener la renuncia de Liniers. De acuerdo a las Leyes

5/Astesano, ob. cit., p. 146.

6/De Gandía, ob. cit., p. 215.

7/Palacio, ob. cit., p. 171.

8/El 31 de diciembre el cabildo rechazó el nombramiento como alférez real de Bernardino Rivadavia, nombrado por Liniers. Entre los argumentos para la impugnación se señalaba: "No tiene carrera, es notoriamente de ningunas facultades, joven sin ejercicio sin el menor mérito y de otras cualidades que son públicas en esta ciudad". El autor de este retrato no fue otro que Mariano Moreno.

9/Los historiadores liberales si no hablan expresamente de esta continuidad la sugieren, como Levene "Más felices fueron los que anduvo la firmeza de Bernardino Riviadavia, el dirigente cuya energía configuraba en muchos aspectos semejanzas con Moreno". Levene, ob. cit., p. 84.

Por su parte, los historiadores revisionistas sostienen lo contrario: "Conviene que nos detengamos en él [Rivadavia], porque es objeto de diversas leyendas, una de las cuales consiste erigirlo en continuador de la obra de Moreno, cuando es su permanente contradicción". Palacio, ob. cit., p. 194.

de Indias, el casamiento debía ser autorizado por el cabildo, requisito no cumplido por Liniers. El cabildo consultó al joven abogado Mariano Moreno, quien opinó que el virrey debía cesar en sus funciones, pero la Audiencia, que respondía a los sectores más reaccionarios de la colonia, decretó que la tesis de Moreno debía ser rechazada y se decidió apoyar al virrey. Esto precipitó los hechos.

No obstante, más allá de todas estas excusas, la clave real para entender este movimiento es la nacionalidad francesa del virrey interino que, como hemos visto, era para muchos porteños sospechoso de entendimiento con su compatriota Napoleón, por lo cual se convertía en una figura peligrosa a partir de la invasión producida en la península ibérica. Esta tentativa de Álzaga se frustra por la negativa de Saavedra, jefe del popular regimiento de Patricios, que sostiene que "las brevas no están maduras". Saavedra es quien le avisa al virrey que las tropas están decididas a sostenerlo. Finalmente, Liniers encarceló a Álzaga y otros conspiradores, desterrándolos a Carmen de Patagones, de donde fueron rescatados un tiempo después por los juntistas de Montevideo.

Las milicias criollas, que habían dado la espalda al golpe, estaban dirigidas por Cornelio Saavedra. Este integraba, con Martín Rodríguez, Juan Martín de Pueyrredón y Viamonte, el grupo de militares criollos en vínculo político con un núcleo intelectual en el que se destacaban Castelli y Belgrano, entre otros.

El fracaso de Álzaga y sus hombres sólo acentuó el desprestigio de las autoridades colonialistas. Si bien las milicias de carácter popular actuaron en esta ocasión en defensa del virrey designado por la Corona, se abrían, en cambio, con la consolidación de su peso político, nuevas perspectivas.

Otra consecuencia se va a dar lejos de allí. El historiador Enrique de Gandía[10] investiga y prueba también las relaciones entre el partido de Álzaga y los sucesos posteriores de la instalación del juntismo en el Alto Perú.

La personalidad más importante del grupo de españoles en Buenos Aires era sin duda Martín de Álzaga que fue piloteando la decisión de este partido sin enfrentamientos directos con los revolucionarios a partir de mayo. Sin embargo ese enfrentamiento tarde o temprano iba a poner a los intereses y aspiraciones de ese sector reaccionario enfrentado con los revolucionarios, por eso Álzaga termina muriendo en la horca después de una supuesta tentativa de un golpe reaccionario en 1812. Pero todo ha de quedar muy en la nebulosa porque las pruebas de la conspiración fueron en general fraguadas por el secretario del primer Triunvirato, Bernardino Rivadavia. Finalmente, Álzaga fue colgado el 6 de julio de 1812 en la Plaza de la Victoria. Los cuerpos de los conspiradores fueron exhibidos en la plaza central de Buenos Aires durante tres días, en el que fue el más sanguinario de los desgraciadamente frecuentes excesos de la revolución.

Volviendo a la frustrada junta porteña, la llegada de Baltasar Hidalgo de Cisneros –como virrey designado por las autoridades españolas, es decir, la Junta Suprema– logra

10/"La revolución del Alto Perú, por tanto, fue un hecho de una enorme importancia histórica. Los intentos revolucionarios de Buenos Aires, el primero de enero de 1809, tuvieron un eco sumamente trascendental en las ciudades de Chuquisaca y La Paz. En ellas empezó realmente, la verdadera guerra civil que se extendió luego a otra partes de América". De Gandía, ob. cit., p. 192.

que se aquieten las aguas en la política porteña. Cisneros asume sin grandes conflictos, pero sabe que está parado sobre un mar de fondo. Con muñeca política no envía a Liniers a España como querían sus detractores, sino que le permite fijar su residencia en el interior del virreinato, particularmente en Alta Gracia, Córdoba, donde el francés va a comprar una antigua estancia jesuita. Sin embargo, no todas son buenas para el nuevo virrey designado: Elío era resistido por sus antiguos rivales como jefe de las armas españolas, puesto otorgado por Cisneros. Finalmente el primer presidente de una junta –aunque reaccionaria–, enfrentado con los militares españoles y disconforme, emprende un viaje a la metrópoli en marzo de 1810.

3. La junta de Quito

La jurisdicción de la Audiencia de Quito contaba para la primera década del siglo XIX con aproximadamente 500.000 habitantes. Su economía se basaba en la producción textil, sobre todo para el virreinato de Perú, pero también hacia el de Nueva Granada. Así, las medidas que establecieron libre comercio con los productos extranjeros afectaron gravemente la economía quiteña. Las renovadas exigencias fiscales de la corona borbónica inclinaron a los criollos acomodados a un malestar permanente.

Hacia 1808 viajaron prontamente las noticias de los sucesos españoles hacia la región quiteña sembrando el desconcierto con la invasión napoleónica si debían obedecer al nuevo gobierno usurpador con el hermano de Bonaparte como rey o a la desprestigiada monarquía borbónica.

Dice el historiador ecuatoriano Rodríguez Castelo: "El primer empeño de constituir una junta para Quito se dio en la navidad de 1808, en la casa de hacienda 'El Obraje' de Juan Pío Montúfar, marqués de Selva Alegre, en los Chillos. En la cena en la rica mansión se aprobó un 'Plan hipotético' de Salinas[11] para el caso de que España fuera tomada por los franceses y Napoleón quisiese invadir América"[12].

Por nacionalismo de los españoles americanos y lealtad a la propia historia se optó por defender la continuidad del imperio español al mismo tiempo que se vio como una oportunidad de plantear nuevas formas de autogobierno que ya estaban en la cabeza de las clases dominantes de la ciudad de San Francisco de Quito.

Finalmente, un grupo de aristocráticos criollos va a formar una junta de gobierno el 10 de agosto de 1809 que destituye al anciano presidente de la Real Audiencia de Quito Manuel de Urriéz, conde de Ruiz de Castilla. Como parte del movimiento juntista de la península esta revolución se hace defendiendo los derechos al trono de Fernando VII[13].

11/El coronel Juan Salinas era el comandante de las fuerzas de infantería asentadas en San Francisco de Quito.

12/Rodríguez, Castelo, Hernán, *La gloriosa y trágica historia de la independencia de Quito 1808-1813*, consultado el 26 de junio de 2016 en http://www.hernanrodriguezcastelo.com/AGOSTO.pdf, s/f, p.4.

13/El primer acta del proceso revolucionario americano dice: "Nos, los infrascritos diputados del pueblo, atendidas las presentes críticas circunstancias de la nación, declaramos solemnemente haber cesado en sus funciones los actuales magistrados de la capital y sus provincias; en su virtud, los representantes o delegados de los barrios del Centro o Catedral, San Sebastián, San Roque, San

Esta será la fórmula utilizada en general por los revolucionarios americanos y es una bandera, necesario es comprenderlo, que está enarbolada principalmente contra la idea impulsada por muchos funcionarios afrancesados del gobierno español (a los dos lados del Atlántico) propensos a aceptar la dominación francesa.

La revuelta en la tradicional Quito fue hecha por el elemento aristocrático; tan es así que Abelardo Ramos la llama la revolución de los marqueses[14]. La consecuencia de este origen social es que tuvo en el conjunto de la ciudad más indiferencia que apoyo y los diputados nombrados por los barrios fueron en su mayoría miembros de una aristocracia tradicional con títulos incluso de nobleza, como los de Solanda, Villa Orellana y Miraflores. Esa es una particularidad notoria de esta junta: es la que acumula más títulos de nobleza entre todas las juntas americanas. Pero también integraron el gobierno revolucionario abogados criollos ilustrados, como en las juntas de toda América, entre ellos Manuel de Larrea, Manuel Matheu y Manuel Zambrano. Por debajo de esta nueva junta y su lealtad a al rey Fernando se movían ciertas logias, que como sector de la profundización empezaba a discutir la ruptura con la metrópoli madrileña.

El sector aristocrático de la revolución conducido por el marqués de Selva Alegre apoyado por la nobleza y el alto clero, aspiraba a un creciente nivel de autogobierno "pero manteniendo la estructura social colonial y el orden político propio del sistema monárquico, incluso se cree que el marqués aspiraba a convertirse, él mismo, en monarca de un reino quiteño independiente"[15]. El otro bando, de la profundización, era el integrado por abogados ilustrados, que conducía el antioqueño Juan de Dios Morales, el altoperuano Manuel Rodríguez de Quiroga y el cura quiteño José Riofrío.

La junta escribe un "Manifiesto del Pueblo de Quito" que circula profusamente, en el que se deja a salvo a Fernando pero se crítica fuertemente a los funcionarios[16]. "No se nos ha tenido por hombres, sino por bestias de carga, destinados a soportar el yugo que se nos

---

Blas, Santa Bárbara y San Marcos nombramos por representantes a los Marqueses de Selva Alegre, de Solanda, de Villa Orellana y de Miraflores y a los señores Manuel Zambrano, Manuel de Larrea y Manuel Mateu para que, en junta de los representantes que nombren los Cabildos de las provincias que forman la Presidencia de Quito, compongan una Junta Suprema que gobierne interinamente la Presidencia a nombre y como representante de Fernando VII". En Rodríguez Castelo, ob. cit., p. 10.

14/"En el antiguo Reino de Quito la revolución de 1809, a título de ejemplo, la encabezan cuatro marqueses criollos: el marqués de Selva Alegre, el marqués de Solanda, el marqués de Villa Orellana y el marqués de Miraflores. Rompían con la autoridad local española para 'la conservación de la verdadera religión, la defensa de nuestro legítimo monarca y la propiedad de la patria'. Como en otras regiones de la América Hispánica, la revolución chocó con la indiferencia u hostilidad de las masas populares". Ramos, ob. cit., p. 136.

15/Núñez Sánchez, Jorge, *El Ecuador en la Historia*, Santo Domingo, Archivo General de la Nación, 2011, p. 116.

16/En el "Manifiesto al Pueblo de Quito" "se afirmaba que la junta había sido constituida para la defensa de la religión, el rey y el país", que "defendía el papel de la Corona en el gobierno imperial y denunciaba el despotismo subalterno, de generaciones de subordinados funcionarios europeos". Stoezer, ob. cit., p. 105.

quería imponer" dice duramente ese escrito. Se presenta allí también un análisis de la coyuntura española que justifica la drástica decisión de desplazar a las autoridades coloniales. Con el avance del emperador Napoleón en la península, que empieza a dominar todas las provincias españolas, la junta "profugó" hacia Sevilla, "y está reducida a mandar sólo en Andalucía". "Ni el Reino de Quito –prosigue–, ni alguno otro de la América declarados parte integrante de la Nación española, reconocen por tal a la Andalucía sola". Y se acusa a los españoles europeos de que ni en la grave crisis de la nación española han hecho causa común con los españoles americanos; más bien "ostentan una rivalidad ridícula" soñando en "conservar su señorío".

El pronunciamiento revolucionario quiteño iniciado en agosto instaló una junta soberana con cierta facilidad, pues contaba con control de la guarnición del ejército presente en Quito. Con una mirada crítica el historiador ecuatoriano Núñez Sánchez sostiene: "En verdad, el hecho fue más un golpe de Estado que una revolución y tuvo un carácter eminentemente patriótico, sin asomo alguno de cambio social. Por el contrario se mostró más bien como un movimiento conservador, para el que la aristocracia criolla y la Iglesia se habían coaligado con el fin de liberarse de los chapetones [españoles], pero garantizando el orden social existente"[17].

La instalación en la región de una alterativa juntista alteró la política regional alertando a los virreyes instalados en Bogotá[18] y Lima. Estos se apuraron a despachar tropas para sofocar el foco insurgente contrario a su política absolutista. La junta, encabezada por el marqués de Selva Alegre, se encontraba casi rodeada por el norte y por el sur. La respuesta de los funcionarios coloniales y los partidarios del absolutismo en América fue contundente frente al primer hecho juntista fue enviar tropas, ellos ponen los términos violentos de cómo se habrá de resolver en el futuro esa contradicción que en principio es meramente política: mediante el uso de la violencia[19].

Desesperado, Montúfar (apellido del marques de Selva Alegre) remitió al puerto de Esmeraldas una carta para que se la entreguen a cualquier buque inglés, pidiendo el apoyo de Gran Bretaña. No sabía que los ingleses no jugarían a favor de un proceso revolucionario porque priorizaban el marco de alianzas europeo por sobre las consideraciones ideológicas que impulsaban a pensar en su apoyo a los rebeldes. Al marqués de Selva Alegre

17/Núñez Sánchez, ob. cit., p. 117.

18/En Guayaquil, el gobernador barón de Cucalón y Villamayor rechazó lo actuado en Quito. La carta que dirige al virrey de Santa Fe tiene este pasaje que respira saña: "Quito no es posible que se conserve en tan perverso estado, y si se me destina para su castigo, haré todo cuanto convenga, y puede ser que logre a poca diligencia: es lugar que debe ser arrasado, y no existir la mala raza de sus hijos". (...) "Los pocos guayaquileños sospechosos de simpatizar con las ideas de Quito fueron vigilados. Rocafuerte fue puesto en prisión preventiva. En Cuenca los posibles revoltosos fueron apresados, y a algunos se los envió a Guayaquil engrillados". Rodríguez Castelo, ob. cit., p. 21.

19/El historiador ecuatoriano Rodríguez Castelo lo dice claro: "Frente a la amenaza exterior no quedaba sino la guerra. La suerte de la Revolución, como ha pasado siempre, estaba en manos de los ciudadanos armados".

lo sucede Juan José Guerrero y Matheu conde de Selva Florida[20], a quien, asediado por las tropas realistas, no le queda otra alternativa que devolver el poder al partido absolutista de Ruiz de Castilla, negociando con él que no se tomarían represalias y permitiendo el ingreso a la ciudad sin resistir de las tropas coloniales de Lima y Bogotá.

Urriéz designado de nuevo presidente de la Audiencia restablece el poder colonial e inicia una fuerte represión faltando a su palabra de no tomar revancha de los acontecimientos. Así los protagonistas de la Junta son ejecutados u obligados a huir o esconderse. Esta represión brutal de los absolutistas lo único que va a lograr es enardecer el patriotismo de los quiteños.

Como bien destaca el historiador ecuatoriano Efren Reyes: "La primera etapa de la Revolución de Quito, de 1808 a 1809 se desarrolló, culminó y llegó a su fin en medio de un completo aislamiento. Aun las noticias referentes a lo que se había hecho en Chuquisaca y La Paz, el 25 de mayo y el 16 de julio de 1809, no llegaron a Quito sino cuando ya los patriotas se encontraban presos o perseguidos, una vez disuelta la primera Junta Suprema"[21].

4. Las primeras juntas revolucionarias de Chuquisaca y la Paz y la reacción limeña

A la universitaria ciudad de Charcas o La Plata, también llamada Chuquisaca[22] llegó, como enviado de la Junta de Sevilla, el brigadier Goyeneche, el aristocrático arequipeño. Goyeneche que vino como representante de la junta española, donde había preponderancia de los sectores patrióticos y democráticos españoles, al llegar a América se convierte en uno de los líderes de los sectores reaccionarios, previo paso por el partido carlotista[23], de reconocimiento de la esposa del rey portugués en su exilio en Brasil[24]. La razón quizás estribe en que la expectativa de Goyeneche, y como tal se comporta, es ser reconocido por

---

20/"Guerrero, como lo revelaría en detalle la vista del fiscal Arechaga, trabajó siempre, tan solapada como decidida y eficazmente, por la reacción realista". Rodríguez Castelo, ob. cit., p. 23.

21/Efren Reyes, Oscar, *Breve historia general del Ecuador,* Quito, Don Bosco, 1967, p. 11.

22/La ciudad de Chuquisaca, fundada por los españoles sobre la originaria Choquechaca incaica, era una apacible ciudad de unos veinte mil habitantes, marcada fuertemente por la presencia de la Universidad de San Francisco Xavier, la primera en importancia en el virreinato del Río de la Plata.

23/Según Stoezer quien impulsa la formula carlotista en España es Floridablanca. Stoezer, ob. cit., p. 13

24/Según De Gandía, Goyeneche llegó al Alto Perú con la misión de lograr una monarquía en América que la preservara de la ocupación francesa, puesto que para algunos españoles la península se encontraba prácticamente perdida frente a la ofensiva napoleónica. Por eso no es raro que rápidamente entrara en tratativas con el partido carlotista, que intentaba instalar a la infanta hermana de Fernando como alternativa. De Gandía, ob. cit., p. 214.

Como dice el historiador y político boliviano Mesa Gisbert, la misión de Goyeneche "consistía en ir a Buenos Aires y Lima, pasando por Charcas con el objetivo de conseguir el apoyo de ambos virreinatos. Antes de llegar a Buenos Aires fue a Río de Janeiro, donde tomó contacto con Carlota Joaquina, hermana de Fernando VII, quien pretendía gobernar sobre las posesiones españolas de América en nombre de este rey. De esta manera, la misión de Goyeneche tenía una doble cara: por una parte como emisario de la junta de Sevilla y por otra, actuaba como mensajero de Carlota". Mesa Gisbert, Carlos; Mesa José de; Gisbert Teresa, *Historia de Bolivia,* La Paz, Gisbert, 2003, p. 316.

el poder colonial como autoridad en América. Pero a la llegada de Goyeneche la confusión era grande que muchos lo consideraban un agente de los portugueses y sus pretensiones expansionistas de la mano de la hermana de Fernando VII. El presidente de la Audiencia Ramón García de León y Pizarro, hombre de avanzada edad, se hizo ferviente carlotista para intentar, adelantándose a los acontecimientos, dirimir su conflicto con los oidores de la Audiencia[25]. Por eso fue que la Audiencia se opuso a su pedido de reconocimiento a la junta de Sevilla, al mismo tiempo que en la prestigiosa universidad se discutía la reversión de la soberanía en el pueblo, igual que lo habían hecho las juntas peninsulares. "Las Indias son un dominio personal del rey y no de España. El rey está impedido de reinar. Luego, las Indias deben gobernarse a sí mismas desentendiéndose de España". Cuando Carlota Joaquina lanza su manifiesto público declamando sus pretensiones sobre las colonias de su hermano, la Audiencia y la Universidad se alinean en su rechazo.

Ante los hechos convulsionados y confusos y la crisis de gobierno en la metrópoli, una multitud compuesta fundamentalmente por los estudiantes de Charcas levanta a la población contra la entrega a los portugueses que parecía inminente. Una muchedumbre toma el palacio de gobierno. El argumento esgrimido por los abogados graduados de Chuquisaca fue el pactum traslationis, es decir, la reversión de la soberanía en el pueblo, ante la imposibilidad del rey[26]. El fundamento ideológico fue sacado mucho más de la escolástica que de los pensadores de la ilustración francesa.

Poco tiempo después va a escribir Bernardo de Monteagudo[27] en la típica prosa florida de la época: "El día 25 de mayo de 1809 se presentó en el teatro de las venganzas el intrépido pueblo de la Plata, y después de dar a todo el Perú la señal de alarma, desvaynó la espada, se vistió de cólera y derribó al mandatario que le sojuzgaba abriendo así la primera brecha al muro colosal de los tiranos"

Esa Audiencia alzada en armas (caso excepcional en toda América, donde generalmente no fueron las Audiencias –muy cruzadas por el poder virreinal– sino los cabildos –más relacionados con los criollos ricos– los ámbitos de discusión de la crisis de la metrópoli) desconoció la autoridad del virrey y le entregó el mando militar al militar español Antonio Álvarez de Arenales[28].

25/La audiencia conformada por cinco oidores desde la fundación del virreinato de Buenos Aires y la creación de las intendencias, había perdido poderes y mantenía continuas diferencias políticas con el presidente de la misma, Pizarro, que representaba directamente al virrey rioplatense.

26/"Con el nombre de 'silogismo altoperuano' se conoce el argumento emanado de la Universidad de Charcas, que dio sustento jurídico a la revolución emancipadora. En la Universidad de Charcas, de acuerdo a la doctrina de Santo Tomas, se enseñaba que la autoridad provenía del pueblo y que el rey gobernaba porque el pueblo le había confiado su poder. Al desaparecer el rey, la soberanía volvía al pueblo y este era el unido que podía tomar determinaciones". Mesa Gisbert, ob. cit., p. 313.

27/En Chaves, Julio César, *Castelli, el adalid de mayo,* Buenos Aires, Ediciones Leviatán, 1957, p. 127.

28/"En esta revolución intervino, también, el más tarde celebre general José Antonio Álvarez de Arenales, español de nacimiento y hombre de ideas liberales. En este momento histórico era fiel a Fernando VII. Fue más adelante cuando sus ideas liberales lo pusieron en pugna con los absolutistas y abrazó, definitivamente, la causa de los llamados patriotas". De Gandía, ob. cit., p. 200.

Poco tiempo después el gobernador intendente de Potosí envía sus tropas que restablecen el orden colonial, pero sin vencedores ni vencidos, es decir, sin castigar a la conducción de los rebeldes que pertenecían en su mayoría a la mismas clases sociales que gobernaban la región.

Las consecuencias de lo acaecido en Chuquisaca tendrán pronta repercusión en La Paz, ciudad cuyo predominio no era estudiantil como en Chuquisaca, sino que tenía un alto componente mestizo y aborigen. No obstante, como en otros lugares de América, los protagonistas de primer plano van a ser hacendados y graduados universitarios, tanto criollos como españoles. La rebelión comienza el 16 de julio de 1809, y es depuesto no sólo el intendente sino también el obispo. En su reemplazo (24 de julio) se forma la Junta[29] Tuitiva o Congreso representativo de los derechos del pueblo, presidida por Pedro Domingo Murillo[30]. Esta junta tenía doce vocales, además de tres representantes de los pueblos originarios: uno por Yungas, otro por Omasuyos y otro por Sorata. Murillo era un mestizo de ideas revolucionarias, que había estudiado en Cusco y en Charcas. No es sólo la mención expresa a la dominación española lo que hace de Murillo un revolucionario y uno de los precursores del independentismo, sino –sobre todo– sus avanzadas ideas sociales. En carta a un compañero decía Pedro Murillo: "Es demasiada tiranía la dominación europea; cada individuo de la Península tiene un despotismo sobre el americano. Quedarían libres los indios y los negros de todo servicio, estableciéndose el derecho de igualdad. Ya no se observará la legislación, los pleitos se decidirán verbalmente; los bienes serán comunes; se exterminará la pobreza y todos serán felices". Todo un programa histórico de los movimientos revolucionarios latinoamericanos a lo largo de su historia.

La proclama revolucionaria, probablemente redactada por Monteagudo, planteaba: "Hasta aquí hemos tolerado una especie de destierro en el seno de nuestra patria; hemos visto con indiferencia por más de tres siglos sometida nuestra primitiva libertad al despotismo y tiranía de un usurpador injusto que, degradándonos de la especie humana, nos ha reputado por salvajes y mirado como esclavos; hemos guardado un silencio bastante parecido a la estupidez que se nos atribuye por el inculto español, sufriendo con tranquilidad que el mérito de los americanos haya sido siempre un presagio cierto a su humillación y ruina. Ya es tiempo, pues, de sacudir yugo tan funesto de nuestra felicidad como favorable al orgullo nacional del español. Ya es tiempo de organizar un sistema nuevo de gobierno, fundado en los intereses de nuestra patria, altamente deprimida por la bastarda política de

29/La junta revolucionaria, al igual que lo van a hacer las posteriores, envió a todas las provincias notas para lograr su adhesión. Estas epístolas tenían una fuerte impronta revolucionaria.

30/En carta a un amigo se ve toda la dimensión de criollo revolucionario que tiene la independencia como objetivo último: "Cansados de sufrir la odiosa dominación española de tres siglos, los principales vecinos de este pueblo hemos resulto poner fin a tan ominoso estado. Para llevar a cabo esta obra hemos contado con su espada templada en el fuego de las guerras napoleónicas". Y en otra dice: "Cuando se trata de la salvación del pueblo en que se ha nacido, el deber de todo ciudadano es ahorrar las afecciones personales que se tengan por los opresores de la patria. Entre la salvación de un pueblo y los sentimientos de gratitud a los tiranos, no hay medio; la vacilación es un crimen". En De Gandía, ob. cit., p. 219.

Madrid. Ya es tiempo, en fin, de levantar el estandarte de la libertad en estas desgraciadas colonias adquiridas sin el menor título y conservadas con la mayor injusticia y tiranía".

En el espíritu de las proclamas y los comunicados estaba tanto la idea de recuperación de la soberanía y la consecuente caída del pacto colonial, como la autonomía tanto respecto de Buenos Aires (la –relativamente nueva– capital virreinal) como de Lima (tradicional centro de poder de la región). El espíritu de la unidad americana en pos de tales objetivos no dejaba de estar presente.

Murillo, Monteagudo o el cura Medina[31] fueron algunos de los militantes de la fuerza de profundización en estos escenarios. En ellos podemos encontrar una idea de independencia que no es posible hallar como denominador común del movimiento, cuyo disparador fue el temor a la dominación francesa aunque también a la posibilidad de que los portugueses, utilizando el parentesco de Carlota Joaquina, se quedaran con las tierras de la América española.

A diferencia de lo sucedido en Charcas donde el predominio de la rebelión estuvo casi exclusivamente en manos de las clases acomodadas, en la paceña intervinieron los sectores populares. Divergencias entre ambos sectores, el miedo de los sectores dominantes a que los cambios implicaran la pérdida de sus privilegios en una revolución social contribuyeron al fracaso del movimiento. Abonó estas diferencias el hecho que la rebelión se expandía hacia el oeste incluso hasta Santa Cruz de la Sierra, donde un mulato esclavo, llamado Franco, se levantó apoyado por la gran cantidad de negros fugitivos de las cadenas de los españoles y criollos. Algunos de estos esclavos habían llegado también de los dominios portugueses colindantes.

"El virrey Cisneros envió desde Buenos Aires un ejército de 1.000 hombres y su igual, Abascal, desde Perú, otro de 5.000. La insurrección, entre cuyos jefes encontrábanse Bernardo de Monteagudo y Antonio Álvarez de Arenales, fue aplastada y muchos de los revolucionarios fueron condenados al garrote, la horca o el destierro"[32].

Murillo, que se había proclamado dictador en La Paz, antes de ser derrotado por las tropas colonialistas, fue puesto preso por Indaburo, que había quedado como comandante de las tropas rebeldes. Juan Pedro de Indaburo había quedado en disidencia respecto de la mayoría de la junta que quería parlamentar con los realistas, mientras que él estaba dispuesto a resistir, por eso se llevó consigo a Murillo prisionero hacia los Yungas. Las tropas enviadas por los virreyes, que se pusieron a las órdenes de Goyeneche y de su primo Pío Tristán, terminaron derrotando a Indaburo. A diferencia de Charcas en donde la entrada de los realistas se hizo sin resistencia y por ende fue indulgentemente perdonada, la rebelión de La Paz fue aplastada violentamente, colgando a Murillo en la plaza Mayor de la ciudad. Su cabeza se expuso luego en Potosí y Cusco a modo de escarmiento para los revolucionarios. Sus últimas palabras, pronunciadas antes de ser ejecutado por

31/Medina, sacerdote de Sicasica estaba relacionado directamente con el cura Terrazas, el mentor de Mariano Moreno, en cuya biblioteca estudió el futuro protagonista de la revolución de Buenos Aires desde el pensamiento escolástico y popular de Suárez y Vitoria, hasta Rousseau y algunos pensadores liberales revolucionarios franceses y españoles.

32/Bortnik, ob. cit., p. 37.

los colonialistas fueron proféticas: "La tea que dejo encendida no la ahogará nadie". Como dice el historiador paraguayo Julio César Chaves, "Fecundada por la roja sangre criolla, la causa de la patria tenia ya sus mártires"[33].

El virrey del Perú José Fernando de Abascal se convirtió en el mayor conductor del movimiento contrarrevolucionario en toda América del sur, a partir de la represión de los focos juntistas altoperuanos. Abascal fue un líder implacable de la reacción, duro e intransigente, que sentía un profundo desprecio hacia todos los americanos, incluso a sus partidarios. No es pura casualidad que Lima se convirtiera en el foco de la reacción colonialista. Hasta las reformas borbónicas, Lima era la capital de un virreinato que abarcaba al conjunto de la América del sur, y allí, junto con Potosí, se albergaba a la más rancia oligarquía beneficiaria del desigual intercambio con la metrópoli.

Las reformas de Carlos III que habían dado alas, entre otras ciudades, a Buenos Aires y a Caracas, habían generado una fuerte reacción en la imperial Lima que iba perdiendo privilegios. La reacción lejos de repudiar el vínculo colonial deseaba retrotraerlo a los tiempos anteriores. En efecto, el poder económico de las grandes familias de la aristocracia limeña sumado a la nostalgia del tiempo colonial en sus momentos de apogeo, generó un pensamiento conservador que hizo que Perú se constituyera en uno de los bastiones reaccionarios. La elite criolla se cruzaba con los funcionarios peninsulares en lazos de familia y negocios. Los cargos lucrativos, el comercio, era propietario de las haciendas y también de los emprendimientos mineros. A todo esto también hay que agregar el disciplinamiento que significó la revolución social tupamara y su violenta represión. En los sectores criollos de las provincias el recuerdo de la insubordinación con su revanchismo racial desatado estaba todavía vivo. Como también estaba presente la represión sobre los pocos criollos que acompañaron la insurrección. El recuerdo de aquel levantamiento hizo que a diferencia de otros lugares de nuestra América los escasos revolucionarios no contaran con el apoyo de casi ningún sector de los criollos acomodados.

"Sin pensar en la independencia nacional, que llegó más tarde, los revolucionarios de Chuquisaca, La Paz y Quito echaban las bases de los ideales democráticos de gobierno y de las juntas gobernadoras en nombre del rey cautivo, por el pueblo y para el pueblo. La creación de nuevas naciones no estaba en juego. Nadie aludía a este pensamiento que llegó cuando los hechos lo impusieron (...) El sistema liberal era el sistema de gobierno que se deseaba imponer. Los absolutistas no aceptaban estas ideas y las combatían sangrientamente"[34].

La guerra que culminó con la independencia americana tuvo uno de sus inicios, precisamente, en los choques entre los revolucionarios conducidos por Murillo y las tropas absolutistas enviadas por el virrey peruano y conducidas por Goyeneche. Esa fue la respuesta política de los reaccionarios españoles y americanos a los planteos de mayor democratización: la guerra. En ese primer round ganaron los absolutistas y marcaron la cancha en que se iba a dar la disputa era mediante las armas. Cuando Goyeneche entra en La Paz, como si hiciera falta algún gesto, ordena pasar por las armas a los líderes revolucionarios

33/Chaves, ob. cit., p. 132.

34/De Gandía, ob. cit., p. 202.

y exhibirlos como trofeo.

Abascal se va a convertir en el paladín de esta contrarrevolución, que era una reacción frente a las ideas democráticas de los juntistas. El virrey del Perú no sólo volvió a anexar a su jurisdicción al Alto Perú, sino que también se preocupó por reforzar al partido realista en Guayaquil, Cuenca y Popayán, así como asistir económicamente a la asediada resistencia reaccionaria de Montevideo. A esto hay que sumarle que mandó tropas a Chile para recuperarla de los revolucionarios y volvió a hacerlo cuando estos se impusieron a los hombres de O´Higgins y Carrera, para reforzar a los realistas.

En su propia jurisdicción, reprimió Huánuco (1812) cuando se levantaron pueblos originarios y criollos coaligados. Pero la represión más grave se dio en la antigua capital incaica: Cusco.

En las provincias de Cusco y Arequipa donde estaba un núcleo importante de la población criolla había más resentimiento hacia Lima que hacia la metrópoli española. Cuando todavía el partido liberal español estaba en el poder en la península llegó la orden de designar por los cabildos diputados a las Cortes según los establecía la Constitución de Cádiz de 1812. Abascal detestaba todo lo que sonara a democracia o libertad, así proviniera de la propia España.

Cuando Cusco recibió esta invitación fue como una incitación a acompañar los procesos de autonomía que ya se estaban dando en toda América. Así, un sector de los criollos acomodados cusqueños se alió con los mestizos y los pueblos originarios levantados. Se instauró un gobierno presidido por el cacique Pumacahua, descendiente de los incas, que había combatido contra Túpac Amaru, pero que ahora había sido ganado por la causa revolucionaria contra el viejo orden[35]. En la medida en que más originarios se incorporaban a la pelea, más atemorizaban a los criollos incorporados que retaceaban ayuda militar y financiera a los rebeldes.

Pumacahua, junto con el criollo José Angulo (miembro del cabildo de Cusco) y el coronel Domingo Luis Astete, el 3 de agosto de 1814 formaron en el Cusco una junta de gobierno, levantando como estandarte la Constitución española de 1812 y convocaron a la movilización popular para respaldarla. El cacique encabezó una marcha hacia Arequipa, derrotó a los españoles, e ingresó en la ciudad el 10 de noviembre. Luego se replegó hacia Cusco y Puno, su región de origen e influencia. Allí, el 11 de marzo de 1815 el ejército realista lo aplastó en las inmediaciones de Puno. La referencia a estos movimientos de

35/Pumacahua había nacido allá por 1740. O sea que en los años que nos ocupan ya era, a todas luces, un veterano de mil batallas. Cacique de Chinchero, en su foja de servicios tenía el triste mérito de ser un jefe aborigen plegado a las fuerzas colonialistas que persiguieron y dieron muerte José Gabriel Condorcanqui. Don Mateo García Pumacahua había sido honrado con el título de Alférez Real de Indios Nobles del Cusco. Gozaba de mucho prestigio entre la nobleza inca y, siempre fiel a la corona española, en 1811 acompañó al sangriento general arequipeño José Manuel de Goyeneche en su campaña al Alto Perú. En esa campaña, Pumacahua alcanzó el título de brigadier. Ya anciano, a los setenta y dos años, comenzó a simpatizar con las reformas liberales adoptadas en España y se alió con grupos de criollos e indígenas descontentos con el régimen monárquico para impulsar las reformas establecidas por la Constitución de 1812.

Pumacahua que tanto influyeron para evitar una brutal contraofensiva de las tropas realistas hacia el sur del Alto Perú, la vamos a retomar oportunamente. Los documentos producidos por esta rebelión en agosto de 1814 expresan la idea de soberanía popular y autonomía de gobierno, así como de la necesidad de leyes que limiten el poder absoluto.

Los revolucionarios, con apoyo de las masas aborígenes, se extendieron hasta La Paz, donde los soldados españoles fueron masacrados y la población blanca reaccionaria fue ajusticiada. Eso contribuyó al aumento de las contradicciones a punto tal de hacer fracasar el intento y consolidar las posiciones realistas en la región. Finalmente, Pumacahua fue atrapado por los realistas y fusilado. En realidad fue entregado por una sublevación de su propia tropa en Sicuani. Entre las numerosas víctimas de aquellas sangrientas venganzas se contaba don Mariano Melgar, joven poeta de un talento admirable, que había servido de auditor de guerra en el ejército revolucionario.

5. De la revolución a la primera república en Venezuela

Donde más repercutió la revolución social haitiana fue en la cercana capitanía general de Venezuela. En principio, el efecto contagio indicaría que las banderas de libertad, igualdad y fraternidad serían levantadas también en las colonias españolas por todas las clases oprimidas para lograr la emancipación, pero la lectura de lo ocurrido en la colonia francesa no fue lineal. Por un lado los mantuanos se horrorizaban ante la sola perspectiva de la aplicación en su tierra de la llamada "ley francesa" y lejos de afirmar en estas clases acomodadas el sentimiento de pertenencia al imperio español, significó un debilitamiento por el alto afrancesamiento que tenían los favoritos que conducían la política española, aunque parezca paradójico. No es de extrañar que en los salones y tertulias de los mantuanos se interpretaban en este sentido medidas tan superfluas como las que tomó Godoy autorizando la posibilidad de utilizar títulos de nobleza de carácter menor, como el "don", a las clases subalternas. Cuando se produjo la invasión francesa a España, los mantuanos ya tenían sobrados motivos de confrontación con la metrópoli, fueran estos más profundos, de índole económica, o más superficiales como las liberalidades de los gobernantes del despotismo ilustrado que iban contra la concepción jerárquica de las aristocracias de ambos lados del Atlántico.

Pero comencemos por el principio. En 1808 llegó a Caracas el emisario del Consejo de Indias, institución encargada de manejar los asuntos en las colonias, ya obediente a los dictados del nuevo monarca José Bonaparte. Este funcionario al servicio de los franceses venía con la instrucción de conminar a las autoridades coloniales el juramento de lealtad al rey Bonaparte. La calurosa y somnolienta ciudad colonial entra en erupción como un volcán dormido. Muchos juran en las calles su lealtad al monarca depuesto, los curas hablan del carácter herético de la revolución francesa de la cual Napoleón es su consecuencia. Los sectores más acomodados al tanto de la política de la península empiezan a pensar en instalar una junta para ir contra las autoridades ilegitimas tal como se venía haciendo en España. El capitán general de Venezuela Juan de Las Casas, comprende rápidamente que son los sectores liberales revolucionarios los que se agrupan, igual que en la penín-

sula, mayormente en torno a esa idea del juntismo. Trata de dar un golpe de timón[36] para ponerse al frente no sólo de los absolutistas sino también de los tibios, con un discurso encendido contra "los traidores a España y a la monarquía". Sin embargo, sus intentos son vanos. Caracas se encuentra sin un gobierno firme y en estado deliberativo.

El 17 de mayo de 1809 llega a Caracas un nuevo capitán general designado por la Junta de Sevilla, es el brigadier Vicente Emparan. El año de 1810 es particularmente desastroso para las fuerzas españolas en la península. El 31 de enero el mariscal Soult había ocupado Sevilla y sitiado a la ciudad de Cádiz, el último reducto de los patriotas españoles. La Junta Central trasladada a Cádiz tuvo que disolverse, delegando sus poderes en seis miembros que buscaron refugio en la isla de León, frente a la ciudad gaditana, al amparo de la flota inglesa. Política y militarmente, España había sucumbido ante Francia.

El 17 de abril de 1810 llega a las costas venezolanas la noticia de que las tropas napoleónicas avanzaban en Andalucía y ya habían derrotado a la Junta Central de Sevilla. El recientemente nombrado capitán general Vicente Emparán, mucho menos firme y decidido en la reacción, fue maltratado en las calles por una población en ebullición. Ante la hostilidad se avino a aceptar la formación de una junta compuesta principalmente por criollos. No obstante, condicionó su aceptación a la aprobación del recientemente creado Consejo de Regencia. El 19 de abril se convocó al cabildo abierto y muchos hombres que cuestionaban la autoridad se le animaron, cara a cara, al timorato representante de la autoridad colonial. "Emparán explicó que era cierta la disolución de la Junta Central, pero que en su reemplazo se había organizado un Consejo de Regencia, a cuya sombra sería conservada la tranquilidad"[37]. Los revolucionarios al principio acordaron organizar una junta como las que se hacían en España contra el poder napoleónico, poniendo en su cabeza a Emparán. Quien fundamentó en contra de esta iniciativa fue el sacerdote, nacido en Chile, José Cortes Madariaga, planteando la soberanía popular en base a la teoría de la alta escolástica, en el mismo sentido que Juan Germán Roscio[38]". El vacilante capitán general terminó renunciando: había comenzado la revolución. Emparán fue enviado de vuelta a España y el cabildo empezó a gobernar tomando decisiones políticas largamente anheladas por los mantuanos encaramados en el poder. Por ejemplo, levantaron las trabas comerciales, eximieron toda clase de impuestos a las materas primas y los productos alimenticios[39].

En toda América colonial el primer lugar de debate político relacionado con el poder tuvo como ámbito el cabildo. Esta institución secular había sido en América una extensión del autonomismo propio de las regiones españolas, al mismo tiempo que la única instancia con algún contenido democrático en el sistema colonial. La autonomía comunal es, sin duda heredera de los fueros medievales de las ciudades de la península que trillaron en el

36/Al principio el capitán general Juan de Casas, un militar anciano y sin mayores luces, se inclina por someterse a la dominación de los usurpadores franceses.

37/Barros Arana, ob. cit., p. 335.

38/Roscio participó de la revolución de Caracas de 1810, fue redactor de *La Gaceta* de aquella ciudad y director del *Correo del Orinoco*. Se desempeñó como primer canciller, jefe del ejecutivo durante la Primera República de Venezuela.

39/Stoezer, ob. cit., p. 106.

proceso de su formación nacional en la lucha contra las fuerzas árabes que ocupaban una parte del territorio ibérico.

La ciudad americana, unidad fundamental en el proceso de asentamiento de la conquistas de tan extenso territorio, se había declarado autónoma desde su fundación. "Nace como una ciudad libre, con fueros que defenderá sin descanso"[40]. Esta institución es típicamente heredera de la estructuración de poder en la propia España, como dice el peruano García Calderón, "Mientras la feudalidad extendía sobre Europa su rudo vasallaje, en España se formaban ciudades libres"[41]. Estas eran celosas de sus fueros y significaron diques para la creciente concentración del poder monárquico.

Los primeros cabildos americanos fueron la reunión en esas ciudades de los antiguos conquistadores, muchas veces la autoridad real y efectiva, en una colonia extensa y desarticulada en su dominio. Aquí los españoles asentados definitivamente en esta tierra, determinaban de hecho qué era justo y qué injusto, incluso de la ley emanada de la Corona. El control de los funcionarios reales procuraba más obtener el porcentaje real que el cumplimiento de las –en general– progresistas leyes de indias. Allí es el origen del famoso "se acata pero no se cumple". Así los encomenderos, manteniéndose dentro del dominio español pero dictando sus propias reglas, sostenían una autonomía particular. Muchas veces, fue también, protección contra el mal gobierno de los enviados de la península. Un ejemplo de esto fue el cabildo de Asunción, que frente a los desarreglos del enviado imperial designó al primer gobernador criollo de la historia de estas tierras: Hernando de Arias Saavedra, Hernandarias. Las decisiones en estos cabildos eran en forma democrática, todo lo democrática que podía ser la participación sólo de los vecinos más acomodados de la ciudad. La cuestión democrática en Europa no había avanzado mucho más tampoco, ni incluso llegará a hacerlo después de las revoluciones burguesas con su sufragio censatario. "El Cabildo era el que repartía la tierra entre conquistadores y colonos y nombraba procuradores para defender sus intereses ante el rey y ante el consejo de Indias. Luego fue el instrumento político de sus descendientes, los criollos. Había cargos hereditarios, pero los alcaldes y regidores se elegían por sufragio directo y popular, por lo que el estrato criollo mestizo tuvo prácticamente el monopolio de estas funciones"[42].

Sólo la lectura antiespañola del proceso revolucionario americano puede soslayar el carácter fundamental que tuvo la institución del cabildo en la primera etapa de la revolución. En el cabildo, en tanto mayor institución democrática del orden colonial, fue donde se desarrolló, como no podía ser de otra manera, el debate político de la transformación revolucionaria en casi todos los rincones de nuestra América del Sur, aunque fueran expresión de los vecinos reconocidos, de la gente decente, como se los llamaba en el Río de la Plata o de los mantuanos, como se los conocía en la capitanía de Venezuela. "Eso les conducía a ser cautelosos en el llamamiento a la participación, para no excederse si les perjudicaba. El resultado era que apelaban al pueblo al constituir los nuevos gobiernos a la vez que eran renuentes a desarrollar las implicaciones de la soberanía popular hasta

40/Pandra, ob. cit., p. 154.

41/García Calderón, ob. cit., p. 8.

42/Pandra, ob. cit., p. 155.

considerar que no entrañaba riesgos"[43].

Por eso es importante consignar que los cabildos fueron perdiendo protagonismo casi inmediatamente a manos de los que asumían la política en representación del pueblo, en general, sectores que llamamos de la profundización. El cambio implicaba una radicalidad manifiesta, puesto que los cabildos que se decían representantes de las ciudades, algunas de los territorios cuando eran cabeza, y las principales, de los reinos o capitanías, eran cuerpos colegiados con un componente fuerte de defensa de los intereses de los sectores privilegiados, sobre todo en términos económicos. Los sectores políticos revolucionarios necesitaron romper también con las tendencias conservadoras que predominaban en los cabildos, y sacar de ellos la política de la revolución, en tanto en estos sólo tenían representación mayoritaria las clases dominantes de la América colonial.

Por lo pronto, fue, en su primera instancia de hecho revolucionario, en el ámbito del cabildo caraqueño donde se constituyó la Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII, cuyo propio título nos exime de explicar cuáles eran sus objetivos.

El hecho más importante de la junta de Caracas fue que desconocía al Consejo de Regencia, que se había constituido como máxima autoridad española, planteando su derecho a manejar los asuntos del imperio. Piqueras nos aproxima a los argumentos utilizados por los juntistas venezolanos: "Tanto se ha reiterado que en la tradición jurídica castellana en ausencia del monarca la soberanía retornaba al pueblo, que casi no exigió demostración cuando se formuló en la Península en 1808, cuando se reiteró en América en 1810 o cuando lo han repetido los historiadores para acreditar la naturaleza legítima, y hasta legal, de los pasos dados entonces. La Suprema Junta Conservadora de los derechos de Fernando VII de Caracas, en la contestación que el 3 de mayo de 1810 dio a la Regencia, recordaba acertadamente la improcedencia de constituir un consejo de esas características apoyándose en la Ley de las Siete Partidas, pues la mencionada institución estaba reservada a velar durante la minoría de edad del rey y para instalarse exigía, además, reunión de Cortes"[44].

La junta de Caracas reclama para sí la autonomía respecto de las autoridades españolas flojas de papeles. Desde el punto de vista español era un desafío frente al Consejo de Regencia planeado como máxima autoridad vigente en el imperio. "Precisamente la Regencia, forma de gobierno que acertadamente impugnan como un retroceso político, patente una vez conocidos los nombres que la integran. La junta de Caracas supeditaba su disolución a la organización unánime, esto es, contando con la voz de los americanos, de 'otro gobierno más idóneo para ejercer la soberanía en toda la nación'"[45]. Como podemos ver el planteo dista de ser una independencia.

Sin embargo, esta junta, en la comprensión de la importancia de apoyo internacional para la fuerte decisión tomada, despachó una delegación a Londres en busca del apoyo británico. Ésta estaba compuesta por el poeta Andrés Bello, que había sido tutor de Bolívar y era habitué de la casa londinense de Miranda; Luis López Mendes, que era ya un diplomático veterano y fue embajador de Venezuela en Londres después de la partida de

43/Piqueras, ob. cit., p. 117.

44/*Ibid*., p. 185.

45/*Ibid*., p. 323.

Miranda, y el propio Simón Bolívar quien, en tanto financiaba con sus propios recursos la delegación, era el jefe nominal de la misma, pese a ser el más joven e inexperto de los tres. Uno de los primeros actos de la delegación –pese a tenerlo expresamente prohibido– fue entrevistarse con Francisco de Miranda, que tenía para entonces 59 años, casi el doble del joven e impetuoso Bolívar, jefe de la delegación.

"El secretario de Asuntos Exteriores, marqués de Wellesley –hermano mayor de Arthur Wellesley, vizconde de Wellington, el oficial que en ese momento estaba haciéndose un nombre en las campañas de la Península– se ofreció a mantener una entrevista con los tres venezolanos. El encuentro no sería en el Foreign Office sino en la resistencia privada de lord Wellesley, Apsley House, elegante mansión en una esquina de Hyde Park. Bolívar se puso furioso: lo interpretó como un desaire, pensó que los británicos querían cubrirse. Una invitación al Foreign Office habría significado reconocer al nuevo gobierno venezolano. Por un lado los británicos veían con buenos ojos la revolución venezolana porque representaba un revés para los franceses; por otro, no querían disgustar a sus aliados del gobierno español de la resistencia"[46].

El planteo de los ingleses era claro: no reconocerían la revolución americana con el fin de evitar que siguiera cundiendo el ejemplo en otros lugares de América de tal modo que España, su aliado en la lucha contra los franceses, desviara su atención y sus recursos del conflicto al que consideraban principal. En definitiva, el único éxito conseguido en la misión de Bolívar a Londres, había sido convencer a Miranda de que volviera a Caracas para ponerse al frente del proceso revolucionario y transformarlo, dotándolo del objetivo claro de la independencia.

Una vez de regreso en Venezuela, Bolívar creó la Sociedad Patriótica de Agricultura y Economía, en la que se concentraron los elementos revolucionarios o el sector de la profundización que planteaba la independencia como paso siguiente a la instauración de la junta de gobierno que actuaba a nombre de Fernando VII. También desde allí fue preparando el terreno para el regreso de Miranda con una campaña de agitación política.

Cuando Francisco de Miranda arribó a Venezuela su recibimiento fue grandioso, como el líder popular que nunca había sido. El coche en el que se trasladaba fue rodeado por una multitud y arrastrado hasta el centro de la ciudad. En febrero de 1811 el gobierno de Caracas lo nombró teniente general, al mismo tiempo que convocaba a un congreso con representantes de las distintas provincias de la capitanía, pues hasta entonces había estado actuando a nombre de ellas sin consultarlas siquiera, del mismo modo que hicieron todos los cabildos de las capitales en las que estalló el proceso revolucionario. El congreso, hegemonizado por sectores de la consolidación que no querían avanzar de la idea legitimista de gobernar en nombre de Fernando VII hasta que este fuera restituido, pronto antagonizó con la Sociedad Patriótica. Allí el joven Simón pronunció un discurso contundente: "La Sociedad Patriótica respeta como debe al Congreso de la Nación; pero el Congreso debe oír a la Sociedad Patriótica, centro de luces y de todos los intereses revolucionarios. Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad sudamericana. ¡Vacilar es sucumbir!". Desde el comienzo de su gesta, el libertador Simón Bolívar, tiene muy claro el alcance

46/Harvey, ob. cit., p. 98.

político y geográfico de la misma.

La idea del juntismo no duró mucho tiempo en la antigua capitanía general de Venezuela. Muy pronto, el movimiento legitimista se tornó separatista. Napoleón y la diplomacia francesa jugaron su papel en este cambio de frente. Impotente para dominar a América española y para destruir la Junta de Sevilla, el Emperador francés alentó por lo bajo la idea de independencia, para debilitar al adversario. Inundó las Indias con agentes provocadores de los cuales el más conocido, Desmolard, instigó el movimiento revolucionario que estalló en Caracas en abril de 1810. Pero Desmolard no fue sino uno; en todas las capitales virreinales y en las de las capitanías generales actuaron otros, más o menos diestros. Muy difícil es medir el impacto real de estas conspiraciones, pero que las hubo las hubo.

La reacción del poder español expresado en el Consejo de Regencia fue contundente: "declaró rebeldes a los venezolanos, y decretó un riguroso bloqueo para prohibirles todo comercio (31 de julio de 1810)"[47]. Esa era la respuesta de las autoridades españolas frente a criollos que establecían una junta a imagen y semejanza de las establecidas oportunamente en la península. Además, el Consejo de Regencia nombró como nuevo capitán general al gobernador de Maracaibo (que se había alineado con ellos) y una guerra comenzó de inmediato.

El 5 de julio de 1811, el Congreso[48] convocado para formar gobierno se convirtió en el primero en proclamar la independencia en el ámbito de América española, impulsado por la fuerza de la profundización organizada por Bolívar. Todo un símbolo que el primer lugar de Sudamérica en tocar por los españoles, llamándolo Tierra Firme o Costa Firme, fuera también el primero en declarar que ya no dependía de los peninsulares.

Los patriotas americanos de Venezuela debieron pagar, en gran medida, el costo de los precursores, y comenzar a librar una lucha por la emancipación, no sólo contra los realistas existentes en la región, sino también contra refuerzos enviados desde Cuba y Puerto Rico, dos islas militarizadas de los españoles frente a la permanente amenaza de las otras potencias en el Caribe.

Desde el primer momento el nuevo Estado debió enfrentar problemas políticos y económicos para los cuales no estaba del todo preparado. Estas contradicciones no fueron sólo la pelea contra los colonialistas, contradicción principal por cierto, sino las también disputas sobre la articulación y sentido del Estado. Por ejemplo, estalló la enconada disputa sobre si debía tener un carácter federal –en el cual las ciudades y las comunidades rurales que formaban Venezuela gozarían en gran medida de autonomía– o unitario, gobernado centralizadamente desde Caracas. En el congreso, Miranda presionaba enérgicamente por un Estado centralizado, al igual que lo hacía Bolívar, desde la Sociedad Patriótica. "Los dos fueron atacados sin piedad. Miranda, como extranjero a sueldo del Reino Unido (puesto que el Reino Unido lo había mantenido durante el exilio). Bolívar, como un centralista de la capital. En diciembre de 1811 una nueva constitución garantizó el autogobierno interno

47/Barros Arana, ob. cit., p. 336.

48/"El 2 de marzo de 1811 se instaló en Caracas el Congreso con asistencia de 44 diputados y bajo el nombre de representantes de la provincias unidad de Venezuela". Barros Arana, ob. cit., p. 337.

de cada ciudad. Fue una derrota significativas para Miranda y Bolívar"[49].

En definitiva, la constitución liberal promulgada en diciembre de 1811 consagró el federalismo (a la norteamericana, pero con la base real en los autonomismos españoles), la libertad y la igualdad (a la francesa), abolió las distinciones entre razas y garantizó el derecho de propiedad y la libertad de prensa. En líneas generales se siguió más como modelo a la constitución jeffersoniana. También despojó al clero de muchos de sus privilegios, pese a que el clero liberal había tenido un papel decisivo en el logro de la independencia y a que esta decisión terminó alineando al conjunto de la Iglesia del bando reaccionario. Esta Constitución era un equilibrio entre los sectores revolucionarios de la profundización que iban por mayor igualdad y los sectores de la consolidación que pretendían perpetuar en el movimiento la hegemonía de los intereses de los mantuanos al frente de los negocios tanto públicos como privados.

Apenas a un poco más de 100 kilómetros de Caracas, en la ciudad de Valencia estalló una insurrección realista. Ahí los partidarios de la fidelidad absoluta al rey Fernando VII se aliaron con las clases más oprimidas de la colonia: los negros. Estos sufrían cotidianamente el maltrato de los mantuanos que aparecían como la cara visible del proceso revolucionario. Caracas envió un contingente armado a apaciguar los ánimos pero fue derrotado por los realistas, lo cual generó pánico en el inestable gobierno caraqueño. Finalmente fue enviado el propio Miranda, nombrado generalísimo. Pasando revista a las tropas, con soberbia[50] y amargura, el militar de carrera que había combatido en la independencia norteamericana como oficial español, el antiguo general de la Francia revolucionaria, preguntó "dónde estaban los ejércitos que un general de su prestigio podía llevar a la batalla sin comprometer su dignidad". No obstante, Francisco de Miranda, poniéndose al frente de las tropas, doblegó a la guarnición realista de Valencia, coronando con éxito la primera campaña de la emancipación americana.

Desde Puerto Rico se envió al brigadier Juan Manuel Cajigal con recursos y tropas. Los realistas de las provincias venezolanas no se hallaban solos en esa pelea. En ese momento tuvo lugar un episodio que marcaría los próximos sucesos. Miranda, celoso de su seguidor más importante, Simón Bolívar, lo reprendió en público durante el desfile posterior a la victoria. Algunos autores magnifican este encontronazo; otros ni siquiera lo mencionan, pero siempre los rencores personales encuentran su forma de actuar en la historia, aunque no hay que sobredimensionarlos.

Uno de los problemas principales de los revolucionarios fue la resistencia encarada por el poderoso clero que se constituyó en uno de los más tenaces defensores del antiguo régimen. El jueves santo del 26 de marzo de 1812 un espantoso ruido atravesó la calma de la apacible ciudad de Caracas. Un poderoso terremoto dejó reducida a ruinas no sólo la ciu-

49/Harvey, ob. cit., p. 101.

50/De hecho Francisco de Miranda concitaba más rechazos que adhesiones. Porque como dice el historiador colombiano Indalecio Liévano Aguirre: "El amigo de los ministros ingleses y el militar prestigios de los ejércitos de Francia revolucionaria se sentía por encima de los modestos criollos venezolanos, y su actitud frente a ellos era de una insolente superioridad, que causo una pésima impresión entre sus compatriotas". Liévano Aguirre, ob. cit., p. 63.

dad capital sino también Mérida, Barquisimeto, Trujillo y San Carlos. Esto fue explotado por el clero reaccionario contra los insurrectos, planteándolo como la ira de Dios contra la destitución de los representantes ungidos por el Rey. Con el agravante, para darle a este cuento verosimilitud, de que en algunas ciudades controladas por los realistas no habían sido afectadas por el temblor.

Bolívar, dedicado a sacar hombres y mujeres aplastados por los escombros fue interpelado por un vecino realista que le dijo: "parece que la naturaleza ha tomado partido por los españoles" y ahí respondió con su famosa frase: "Si la naturaleza está contra nosotros, pelearemos contra ella y le haremos obedecer". Todo un símbolo de la concepción de la voluntad como partera de la revolución.

Para que nos demos una idea de la magnitud y la importancia del siniestro, a raíz del terremoto murieron en Caracas más de diez mil personas, la cuarta parte de su población total.

Envalentonados por las circunstancias, los reaccionarios encontraron un conductor de sus fuerzas en un antiguo capitán de la marina española: Domingo Monteverde. La catástrofe, los desaguisados económicos, los errores políticos de los patriotas, pronto fueron haciendo que el mapa cambiara de color extendiéndose de la mano de Monteverde la reacción realista.

El congreso patriota acorralado destituyó al aristocrático marqués de Toro y nombró como dictador a Miranda.

Este viejo general, que había sido probado en combate en EE.UU. y Francia, sin embargo, cuando las papas quemaban en su tierra fue invadido por la duda. La causa patriota estaba empantanada por un líder anciano y reacio a derramar sangre. Y lo cierto era que en ese contexto no quedaba otro camino posible. "Simón Bolívar, denostado en público por el héroe a quien había ayudado a subir al poder, recuperó parcialmente el favor de Miranda gracias a su indudable coraje y capacidad (también le fue útil haber heredado otra fortuna al morir su hermano Juan Vicente en un naufragio, en medio de una tormenta cerca de Bermudas). Con el grado de coronel fue destinado a comandar la plaza fuere de Puerto Cabello, que dominaba el acceso occidental a La Guaira, punto estratégico crucial como salida al mar de Caracas"[51]. Un historiador colombiano hace otra interpretación: "Bolívar obtenía, gracias a las influencias del marqués de Toro y sin el asentimiento de Miranda, el cargo de comandante de la plaza de Puerto Cabello"[52].

Miranda se puso al hombro la organización de un ejército para rechazar a las fuerzas realistas, pero apenas pudo reunir un cuerpo de dos mil hombres. Mientras tanto, las fuerzas mucho más numerosas de Monteverde avanzaban rápidamente. En la inteligencia de esta desventaja, Miranda como comandante retardaba la confrontación y mientras tanto "Los patriotas no querían combatir o se pasaban al enemigo, cuyo poder parecía irresistible"[53].

Ya en esos momentos, la primera república de Venezuela estaba definitivamente acorralada. En La Guaira existía una cárcel atiborrada de realistas. Bolívar se confió y los realistas dieron vuelta desde adentro la prisión. El futuro libertador de América tuvo que huir

51/Harvey, ob. cit., p. 105.

52/Liévano Aguirre, ob. cit., p. 71.

53/Barros Arana, ob. cit., p. 339

en un bote con algunos de los hombres que le quedaban. Miranda consideraba que el error de Bolívar había sido imperdonable y decisivo. Caído Puerto Cabello había terminado la disputa, porque si los realistas ocupaban La Guaira lo dejaban con la vía de escape cortada. Para el viejo líder, que había pasado más en el exilio que en su patria, la guerra ya no tenía sentido y tan sólo quedaba negociar las condiciones de la paz. "Miranda estaba cansado, era viejo, le gustaba la buena vida y tenía inclinaciones pesimistas. Había intentado hacer dos campañas independentistas y las dos habían fracasado ignominiosamente. Era realista y rechazaba la idea de sacrificar miles de vidas por una causa inútil"[54]. Por eso propuso a las fuerzas reaccionarias un acuerdo de capitulación que fue firmado el 25 de julio de 1812. "El general realista prometía no inquietar a nadie por sus opiniones y permitir la libre salida del territorio a todo el que lo deseara"[55].

En Caracas estalló la bronca popular al conocer la claudicación de Miranda, considerada por muchos una traición. En la desesperada huida de Caracas terminaron tanto Bolívar como Miranda confluyendo en la casa del marqués Manuel de Las Casas gobernador militar del puerto. Este estaba complotado en secreto con los realistas, pero sus huéspedes no lo sabían.

Ahí Bolívar tomó la dramática decisión de entregar a su antiguo jefe. Bolívar contribuyó a la detención del héroe caído. Consideramos que no fue una traición sino más bien de un gesto de dureza muy jacobina[56]. Miranda había demostrado que era incapaz de conducir el proceso emancipatorio. Las Casas y los otros hombres ahí reunidos presionaron para esto con la idea de que Monteverde, como recompensa, les daría un salvoconducto o bien una negociación de rendición más favorable. En definitiva, querían congraciarse con las autoridades españolas que ya aparecían como vencedoras. Acaso lo desleal es que se iniciaron estas negociaciones antes de dar hospedaje a sus amigos. "Uno de los comandantes de Monteverde bajó a La Guaira para asumir el control de la ciudad. Las Casas fue enviado escoltado a Caracas, pero allí lo pusieron en libertad para retribuirle el gesto de haber entregado a Miranda. Bolívar y otros jóvenes republicanos creyeron que les permitirían escapar, pero el traidor Las Casas lo impidió y fueron arrestados por los españoles"[57].

Francisco Miranda fue retenido algunos meses en los calabozos de Puerto Cabello y luego trasladado a Puerto Rico. Desde allí intentó protestar infructuosamente por el incumplimiento de pacto por parte de las fuerzas colonialistas. Finalmente fue llevado fuertemente encadenado a través del Atlántico a una sucia y oscura prisión en Cádiz: la

54/Harvey, ob. cit., p. 108.

55/Barros Arana, ob. cit., p. 340.

56/El historiador venezolano Acosta Saignes considera que es el vuelto por el desaire sufrido por Bolívar en los tiempos que lo llama "joven alocado y peligroso", le niega el grado militar que pretendía o cuando lo reprende en público; historiador colombiano Liévano Aguirre, en cambio, pone el acento en la dureza de Miranda ante el grave error de Puerto Cabello lo que hizo "que la admiración por el ídolo de ayer se convirtió en odio profundo". Nosotros preferimos entender que fue la dureza del que cree que las responsabilidades de los fracasos de la conducción general de un movimiento se pagan con el propio cuerpo.

57/Harvey, ob. cit., p. 111.

Carraca del fuerte Cuatro Torres, de donde muy pocos salían con vida.

En su cautiverio, Miranda siguió teniendo esperanzas en la presión de sus amigos ingleses para ser liberado. Creía que era lo mínimo que podían hacer por sus servicios aquellos altos funcionarios británicos, con los que se había reunido contándole sus planes independentistas y que le golpeaban la espalda en señal de aprobación. Los funcionarios ingleses, por el contrario, le dieron la espalda. Al mismo tiempo que se frustraban las esperanzas del precursor Miranda, Gran Bretaña a través de lord Castlereagh, afirmaba que si España concedía la libertad de comercio con las colonias, el Reino Unido no volvería a ayudar a los colonos rebeldes. Miranda murió solo, triste y olvidado en esa oscura mazmorra del imperio español.

La primera experiencia independiente de la América meridional había durado menos de un par de años. Sin embargo, el impacto económico de estos primeros años de revolución se hizo sentir fuertemente. Se había paralizado el comercio marítimo que impulsaba la prospera economía de la región. El tráfico interno de la colonia, fundamentalmente con Nueva Granada, también se había interrumpido, lo cual también tiene un fuerte impacto. Se produce un decaimiento de la producción y un alza de los precios. Se encarece la mano de obra pues el estado de guerra compite fuertemente en la demanda de la población económicamente activa. Estos fenómenos económicos, más allá de sus particularidades no son exclusivos de la capitanía con sede en Caracas; en efecto, se reproducen en los años siguientes en la mayoría de las regiones de la América del Sur.

Bolívar fue finalmente liberado por los realistas gracias a contactos familiares y personales, pues se trataba de un miembro de una de las familias criollas acaudaladas que seguían ostentando el poder económico colonial. Pero al salir se enteró de que los reaccionarios lo habían despojado tanto de sus bienes personales como de los heredados de su hermano, pues estaba en vigencia una ley que ordenaba confiscar los bienes de los revolucionarios.

"Sus propios bienes en Venezuela, al igual que los de su hermano, fueron alcanzados por la implacable confiscación decretada para las propiedades de todos los participantes en la revolución iniciada el 19 de abril. Su última esperanza se desvanecía, y en su porvenir lleno de sombras sólo se vislumbraban el camino de esa revolución americana que le había conducido en sus desgraciados azares a las inhospitalarias playas de Curazao. Atrás quedaban los encantos de su loca juventud y frente a él, terrible como un abismo que debía devorarle, surgía América, salvaje, esclavizada, tropical y enemiga, cuyas guerras y revoluciones le ofrecían la única esperanza de redención" con estas poéticas palabras describe el historiador colombiano Liévano Aguirre[58] la dramática situación de Bolívar, que había dejado para siempre de ser un mantuano, aun cuando todavía le costaba despojarse del modo de pensar de éstos.

Así, Simón partió de su tierra al exilio sin recursos y sin nadie que lo siguiera, mientras las tropas de Monteverde, sin respetar el armisticio acordado con Miranda, empezaban a masacrar a los revolucionarios y a todos los adherentes a su causa que encontraban por ahí.

"Después de dos años de guerras, el pueblo venezolano deseaba ardientemente la paz; pero los vencedores no supieron aprovechar esta favorable disposición para consolidar su

58/Liévano Aguirre, ob. cit., p. 79.

conquista. Monteverde mandaba apresar por simples sospechas no sólo a los corifeos de la revolución, sino a los que de cualquier modo hubieran manifestado sus simpatías por la independencia. A la prisión seguía al embargo de las propiedades de los rebeldes"[59].

6. Revolución en Buenos Aires.

Es un mito muy extendido entre los historiadores y divulgadores argentinos[60] que la Revolución de Mayo la llevó a cabo la burguesía porteña en procura de la libertad de comercio. En la idea de encontrar los mismos protagonistas del desarrollo de lo nacional en América que en Europa, fuerzan la idea de una burguesía comercial como motor del proceso revolucionario. En esto parecen coincidir los historiadores liberales con los marxistas, cruzados por una concepción etapista que los determina a encontrar los mismos actores en todos los escenarios.

Lo primero que tenemos plantear al respecto es que ya hemos refutado que la revolución se hiciera por la libertad de comercio. Esta ya existía de hecho y nadie arriesga su vida en una revolución por algo que ya está vigente.

En efecto, como ya vimos, la apertura del comercio es paulatina a partir de 1797 para toda América. En particular en el Río de la Plata, la llegada de Cisneros refuerza esa tendencia que se impone en toda América no sin disputa y resistencia de los viejos comerciantes monopolistas generalmente españoles y con intereses en Lima. Cisneros toma medidas concretas a su llegada para autorizar el comercio con Inglaterra, la verdadera frutilla del postre de la libertad de comercio. Entre los partidarios y beneficiarios de estas medidas se encuentran en primer término los comerciantes ingleses, que luego de las invasiones forman un núcleo apreciable, y los hacendados del Litoral, que han contratado como abogado a un talentoso graduado de Chuquisaca, Mariano Moreno. "Moreno hará de la Representación de los Hacendados algo más que un alegato formal: la primera exposición sistemática de los principios económicos que aconsejaban al Río de la Plata concentrar su actividad económica en las producciones rurales para la exportación (una solución que no había despertado hasta entonces en los economistas ilustrados, como Belgrano[61] y Vieytes,

---

59/Barros Arana, ob. cit., p. 341.

60/Norberto Galasso afirma que la historiografía liberal considera que esta fue una revolución separatista, antihispánica, probritánica y dirigida a vincularnos al mercado mundial a través del libre comercio. "Si avanzamos en la caracterización que la historia oficial desarrolla –ya sea con todas las letras o implícitamente, insinuando conclusiones –completamos el cuadro: a) La idea de libertad fue importada por los soldados ingleses invasores de 1806 y 1807, cuando quedaron prisioneros algún tiempo en la ciudad y alternaron con la gente patricia; b) El programa de la revolución está resumido en la Representación de los Hacendados, pues el objetivo fundamental de la revolución consistía precisamente, en el comercio libre o más específicamente, en el comercio con los ingleses; c) El gran protector de la revolución fue el cónsul inglés en Río de Janeiro: Lord Strangfotd; d) el otro gran protector será, años más tarde, George Canning, quien tiene a bien reconocer nuestra independencia; e) La figura clave del proceso revolucionario es un Mariano Moreno, liberal europeizado, antecedente de Rivadavia y que, significativamente, había sido abogado de varios comerciantes ingleses". Galasso, ob. cit., pp. 7 y 8.

61/Belgrano es acaso el primer economista nacional preocupado por poner a la economía al servicio del

un entusiasmo sin reservas)"[62]. Ese escrito de Moreno, el más liberal desde la concepción económica, es el rescatado fundamentalmente por los historiadores de esa tendencia.

Lo cierto es que más allá de esta idea del impulso por parte de una burguesía, que se parece más en su función social a una pequeña burguesía con una fuerte impronta de los profesionales, existía bajo la calma superficie de la colonia, una suerte de ebullición de ideas en reducidos cenáculos y núcleos que pensaban, soñaban, añoraban una revolución al estilo europeo. Esa era la matriz de pensamiento de un activo círculo que componían, en principio, Manuel Belgrano, Hipólito Vieytes, Juan José Castelli, Saturnino y Nicolás Rodríguez Peña, quienes en sus tertulias y conciliábulos hablaban incluso de independencia respecto de España[63]. Pero también lo hacían conspirando con las potencias extranjeras que veían la posibilidad de aprovechar la debilidad española. Por eso es posible encontrar a algunos de ellos, tanto en el carlotismo, así como conversando con los ingleses cuando la invasión.

El factor detonante de las condiciones que pusieron a esta intención de unos pocos, que abarcan desde los intelectuales revolucionarios hasta los comerciantes porteños ávidos de la profundización de sus vínculos con los ingleses, en boca de todos, como discusión política, fue –precisamente– la ocupación de España por parte de Napoleón. "Producida la entrada a España de Napoleón y comprobado que Liniers, en el virreinato del Río de la Plata estaba dispuesto a aceptar el gobierno que resultase triunfante en España –ya lo era casi definitivamente, el de rey José Bonaparte– no hubo un liberal hispanoamericano que no estuviese a su vez dispuesto a romper con el gobierno peninsular y crear un nuevo gobierno en América"[64]. Y cuando llegaron a América las noticias sobre la ocupación del sur de España por los franceses a principios de 1810, que aparecía como definitiva, la conmoción fue general y encendió tanto el patriotismo español, como los deseos de autonomía.

El historiador argentino Enrique de Gandía interpreta la situación en estos términos: "América quería separarse de España para no ser francesa, pero quería, en cambio, conservar a su rey, muy amado, Fernando VII. El rey se hallaba prisionero, España se había entregado a los franceses, había reconocido al rey José Bonaparte, por tanto había que alejarse de España y conservar al rey. Es la muestra, la prueba, la manifestación de españolismo más grande que pueda imaginarse, con otras palabras seguía siendo España en América. Si la península se había perdido, que se perdiese: España viviría siempre en el Nuevo Mundo"[65]. Este es, sin dudas, el razonamiento de las fuerzas de la consolidación del movimiento nacional en ciernes que tienen en Álzaga su precursor y en Saavedra su continuador. Mientras tanto, la fuerza de la restauración o partido de los "tenderos", como

---

bienestar del pueblo. "He visto con dolor sin salir de esta capital una infinidad de hombres ociosos en quienes no se observa otra cosa que la miseria y desnudez" y encontrar la respuesta en el desarrollo industrial: "La lana, el algodón y otras infinitas materias primas que tenemos y podemos tener con nuestra industria, pueden proporcionar mil medios de subsistencia a estas infelices gentes". En Levene, ob. cit., p. 48.

62/Halperín Dongui, ob. cit., p. 39.

63/Chaves, ob. cit., p. 72.

64/De Gandía, ob. cit., p. 247.

65/*Ibid*., p. 249.

los llama sarcásticamente Norberto Galasso, tienen como horizonte sólo profundizar las medidas de libertad de comercio para su beneficio personal tratando de que nada más cambiara[66].

Con la llegada de los informes, se empieza a cuestionar en el Río de la Plata la legitimidad del virrey Cisneros porque se desvanecía la autoridad que lo había designado.

Finalmente, en mayo de 1810 llegó[67] al puerto de Buenos Aires un barco que traía la noticia que estaba esperando toda la opinión politizada de la capital virreinal: la caída de las fuerzas españolas de Andalucía, con lo cual la totalidad el territorio de la metrópoli se hallaba en manos de las tropas napoleónicas. Sólo el Consejo de Regencia se mantenía bajo la protección de los cañones ingleses.

La agitación política producida por esta noticia culminó con la propuesta de reunión de un cabildo abierto para considerar la deposición de la autoridad legal y legítima de la metrópoli. Autoridad que, por otra parte, había designado a las autoridades virreinales.

"Los cabildos abiertos son una institución de antiguo origen hispánico. Los godos trajeron esta costumbre popular y en cierta medida democrática a la península ibérica y perduró durante todo el medioevo. Esta práctica fue trasplantada posteriormente al nuevo mundo tomando el nombre de cabildo abierto. Abierto significaba generalmente que se admitía la participación de todo lo que en aquella época se consideraba pueblo"[68]. Los cabildos abiertos si bien constituyen una manifestación democrática (no menos que la Asamblea francesa que tenía sufragio de carácter censitario) porque en "ellos tomaron parte todos los grupos sociales, hasta los desplazados del poder político. Pero con esto no queremos significar que participaron las clases trabajadoras: gauchos, indios, negros, o artesanos. Muy al contrario, fueron verdaderas asambleas populares de las clases dirigentes, que tenían en realidad el monopolio de la actividad política dado el verdadero atraso social de las clases trabajadoras y su alejamiento impuesto por el régimen jurídico existente"[69].

De este modo, los miembros influyentes del cabildo porteño, Lezica y Leiva, aceptando la propuesta de convocatoria a un cabildo abierto, se disponen a invitar al debate a "la parte más sana y principal" de los habitantes porteños, un eufemismo para referirse a las clases acomodadas de Buenos Aires. Cisneros consiente la convocatoria con el objeto de reafirmar el compromiso con la corona de Fernando VII, frente a las posibles pretensiones de los Bonaparte.

Después de una primera instancia de debate se supo la determinación del cabildo abierto dentro del cual tenían preponderancia los reaccionarios y los sectores de la restauración, es decir aquellos que consideraban que no había que ir más lejos de lo que las

66/"El ala conciliadora del frente democrático intenta canalizar la protesta popular en una política moderada y prudente que contrete los cambios que juzga sustanciales (medidas económicas liberales) sin ir mucho más allá". Galasso, ob. cit., p. 48.

67/"El 13 de mayo una fragata inglesa procedente de Gibraltar trajo la evidencia de la invasión, la toma de Sevilla y Málaga, la caída de la Junta Suprema y la formación en Cádiz del Consejo de Regencia". Palacio, ob. cit., p. 179.

68/Astesano, ob. cit., p. 232.

69/*Ibid*.

circunstancias lo permitieran. Allí adentro, las deliberaciones fueron arduas y en el debate tenemos presentes y sintetizados todos los argumentos de la época sobre la cuestión política principal de la acefalía del rey español. El obispo de Buenos Aires Monseñor Benito de Lué y Riega[70] fue quien planteó la posición reaccionaria de continuidad del poder español[71]: aunque un solo vocal de la Junta Central constituida en España estuviera vivo, los americanos le debían obediencia. El encargado de rebatirlo fue Juan José Castelli[72], quien como voz del sector de la profundización expresó dos ideas centrales: la caducidad del gobierno legítimo, puesto que no sólo el rey había sido depuesto, sino también la Junta Central había caído y no tenía facultades para establecer una Regencia[73]. También planteó –argumento principal– la reversión o retroversión de la soberanía en el pueblo de Buenos Aires y en todos los pueblos de América en forma de juntas que debían gobernar hasta el regreso del rey legítimo, tal como había ocurrido en la propia España. Una posición más tibia e intermedia es esgrimida por el padre Solá, párroco de la iglesia de Montserrat. Finalmente se procede a votar y ganan los más moderados estableciendo una junta pero presidida por el virrey Cisneros, acompañado por Castelli como representante de los más revolucionarios, por Saavedra como hombre de los sectores populares organizados militarmente y también por Solá, por los moderados.

Los sectores populares y los revolucionarios tenían otros planes e intervienen directamente decidiendo el rumbo de la historia. Lo popular se expresa fundamentalmente en el control de los regimientos, en realidad milicias populares, que se habían formado con motivo de las invasiones inglesas. No olvidemos la raigambre popular de estas milicias que elegían por voto a sus jefes, si bien por lo general estos eran de las clases más acomodadas (por tener además de rudimentos militares y la capacidad –entre otras cosas– de saber leer y escribir). "En torno a los regimientos se mueven los esfuerzos del partido patriota; es el

70/El obispo Lué fue el verdadero jefe del partido absolutista en Buenos Aires, condición que muchos historiadores asignan erróneamente a Martín de Álzaga.

71/"Fue en esa reunión [del cabildo abierto] que el obispo, al justificar su voto, declaró que no había razón en absoluto para discusión la posición del virrey, porque mientras hubiese españoles en América, eran ellos que debían tener el mando de la región". Stoezer, ob. cit., p. 62.

72/Julio César Chaves en su biografía sobre el "adalid de mayo" lo describe con estas palabras: "Alma apasionada y temperamento ardiente. Carácter rígido y voluntad de acero". Y agrega una interesante cita extraída de las memorias del general Miller: "Enemigo de todo término medio". Chaves, ob. cit., p. 52.

73/Castelli planteó que había caducado el gobierno soberano de España, "que ahora con mayor razón debía considerarse haber expirado con la disolución de la Junta Central; porque además de haber sido acusada de infidencia por el pueblo de Sevilla, no tenía facultades para el establecimiento del Supremo Gobierno de Regencia; ya porque los poderes de sus vocales eran personalísimos para el gobierno, y no podían delegarse, y ya por la falta de concurrencia de los diputados de América en la elección y establecimiento de aquel gobierno; deduciendo de aquí su ilegitimidad y la reversión de los derechos de la soberanía del pueblo de Buenos Aires y su libre ejercicio en la instalación de un nuevo gobierno, principalmente no existiendo ya como se suponía no existir la España en la dominación del señor don Fernando VII" (informe de los oidores).

coronel Saavedra quien finalmente decide que ha llegado del tiempo de actuar"[74].

Los regimientos que, como hemos visto, se formaban por hombres dispuestos a jugarse la vida, fueron la carta fundamental para corregir la desviación conservadora en la que había incurrido el cabildo abierto. Pero también los sectores más revolucionarios que contaban con un núcleo de militantes capaces de movilizar a varios centenares de personas, mecanismo que no tenían sus reaccionarios antagonistas. French y Berutti fueron los conductores de esa fuerza movilizada, decisiva para marcar el rumbo de los acontecimientos: desde el primer día unos 600 hombres armados y con una escarapela para distinguirse de los partidarios contrarios, por si los hubiere intentando disputar la calle.

El rol de este grupo militante fue fundamental en los sucesos siguientes. Los vecinos de pro invitados fueron aproximadamente 450 pero finalmente sólo votaron 250[75]. ¿Cómo se puede explicar la merma entre las clases acomodadas que se sentían dueñas de la ciudad y del gobierno ante una serie de sucesos de semejante importancia? La respuesta hay que encontrarla en la decida acción del piquete de French y Berutti. La versión escolar de hombres de levita y galera, y mujeres con peinetón, que enarbolando sus paraguas decían: "el pueblo quiere saber de qué se trata" hay que cambiarla por la de un grupo de jóvenes armados que interpelan a los votantes antes de dejarlos pasar[76]. En la calle[77] se jugaba un debate tan importante como puertas adentro del cabildo. No obstante una buena parte de los partidarios de la continuidad del orden colonial lograron escabullirse y llegar al cabildo abierto.

Por eso cuando este elige la junta presidida por Cisneros, la historia no terminó allí. El malestar en las calles se hizo inocultable para los cabildantes lo que generó el respaldo necesario para que Castelli y Saavedra renunciaran dejando a la junta sin legitimidad.

Al trascender la noticia de la continuidad del virrey se había recrudecido la movilización

---

74/Halperín Dongui, ob. cit., p. 41.

75/Algunos autores como Norberto Galasso dicen que entre aquel par de centenares de invitados se colaron algunos patriotas. El maestro Galasso habla de falsificación de las entradas a través de la imprenta. Julio César Chaves por su parte, cuenta que "muchos patriotas pudieron hacerse presentas en la sala capitular sin la invitación de rigor". Lo cierto parece ser que los piquetes en la plaza cumplieron su cometido inclinando la balanza. Chaves, ob. cit., p. 142.

76/"El cabildo abierto del 22 de mayo resulta pues de la presencia amenazante de los "chisperos", acaudillados por French y Berutti, insolentes y levantiscos, presencia que más tarde la historia oficial reemplazará por la solicitud de un "núcleo de vecinos". "Por temor a la violencia que les esperaba sólo concurrieron doscientos" cita el mismo autor. El virrey Cisneros denuncia: "El vecindario, temiendo los insultos y aun la violencia (debido a considerable número de incógnitos que envueltos en sus capotes y armados de pistolas y sables, paseaban en torno a la plaza arredrando a la gente) rehusó asistir a pesar de la citación del cabildo". Galasso, ob.cit., pp. 49 y 50.

77/"Los adversarios de los cambios denunciaron que se actuaba con el apoyo 'de lo ínfimo de la plebe alucinada', quizá presente en la calle pero minoritaria en los acontecimientos y ajena por completo entre los dirigentes. Esa posición de debilidad buscó corregirse en los días siguientes a través de instrumentos mediadores, como la milicia, los alcaldes de barrio, los comunicados y las celebraciones, utilizados para integrar a la plebe en los acontecimientos que se habían desencadenado". Piqueras, ob. cit., p. 238.

y la protesta frente al cabildo. Algunos de los hombres de French y Berutti lograron entrar y exigieron explicaciones a los gritos. Leiva fue su interlocutor y, preocupado, intentó obtener el apoyo de los jefes militares y éstos, con Saavedra a la cabeza, le expresaron claramente que perderían el mando de las tropas (que era electiva) si no se adoptaba una solución satisfactoria para el pueblo.

Fermín Chávez cuenta que el mismo día 24, "en la casa de Rodríguez Peña los revolucionarios estuvieron reunidos durante toda la tarde expresando su indignación. La juventud criolla ganó las calles pidiendo la destitución del virrey. En las primeras horas de la noche del 24, los revolucionarios se entrevistaron con Castelli y Saavedra para darles a conocer que en cualquier momento las tropas tomarían el poder"[78].

La sola amenaza de que abrirían las puertas de los cuarteles si no se rectificaba el rumbo alcanzó para hacer entrar en pánico a los sectores que plantaban la continuidad del virrey. "La conclusión no parece demasiado evidente: la transformación de las milicias en un ejército regular, con oficialidad profesionalizada es un proceso que está apenas comenzando y, por el momento, los cuerpos milicianos son, más bien que un elemento autónomo en el conflicto, la expresión armada de cierto sector urbano que sin duda lo excede"[79]. El "cierto sector urbano" al que se refiere el historiador liberal no es otra cosa que lo que nosotros llamamos pueblo, el elemento mayoritario y humilde imbuido de patriotismo y voluntad de lucha.

Tal es así que la intervención popular fue determinante de los rumbos del proceso revolucionario. Por eso es que el conservador Otto Carlos Stoezer, cuando hace la clasificación de las posiciones de las fórmulas juntistas americanas ubica a la de Buenos Aires en "El tipo demagógico, que logró imponerse en el Río de la Plata (Castelli, Pazos, Monteagudo) con la aplicación de técnicas revolucionarias francesas, las bayonetas de Saavedra y la exhortación a las masas por Berutti y French"[80].

Finalmente, el 25 de mayo se tomó juramento a la nueva junta[81] y el triunfo fue festejado toda la noche con la ciudad iluminada. El presidente de la junta era Cornelio Saavedra[82], jefe del regimiento de Patricios con fuerte predicamento en los sectores populares,

78/Chávez, ob. cit., p. 35.

79/Halperín Dongui, ob. cit., p. 48.

80/Stoezer, ob.cit., p. 114.

81/El juramento efectuado por los juntistas contribuye a desmentir las elaboraciones de la historiografía oficial para explicar la revolución y el carácter anti hispánico que supuestamente tenía la misma. "¿Juráis desempañar lealmente el cargo y conservar íntegra esta parte de América a nuestro Augusto Soberano el señor Don Fernando Séptimo y sus legítimos sucesores y guardar puntualmente las leyes del Reino?" Realmente se hace insostenible pensar en una revolución separatista que jure lealtad al rey del que quiere separarse.

82/Saavedra expresa claramente la posición en la revolución de los sectores más moderados en torno a la recuperación de la soberanía. "Por ventura este inmenso territorio, sus millones de habitantes, ¿deben reconocer la soberanía de los comerciantes de Cádiz y de los pescadores de la isla de León? (...) Por ventura ¿habrán pasado a Cádiz y a la isla de León que forman parte de la Andalucía, los derecho de la Corona de Castilla, a la cual fueron incorporadas las Américas?". En Stoezer, ob. cit.,

pero perteneciente por convicción dentro de este proto movimiento nacional a la fuerza de la consolidación, es decir, ni a los más conservadores ni a los más revolucionarios dentro del propio campo popular. Los historiadores del revisionismo clásico (como por ejemplo José María Rosa) lo levantaron como figura principal de los sucesos de mayo.

Secundaban a Saavedra dos secretarios: Juan José Paso y Mariano Moreno, dos hombres de la fuerza de la profundización o sectores más revolucionarios, llamados frecuentemente "jacobinos", mote despectivo que recibieron de los historiadores conservadores, tanto de los liberales como de los revisionistas. Ambos eran abogados y tenían una sólida formación política, aunque el primero siempre fue más flexible (al punto de ser acusado de comportarse como una veleta que cambia con la dirección del viento) y moderado, por lo que pudo surfear la vertiginosa ola de cambios sucesivos que lo tuvieron en los primeros planos de la política en el Río de la Plata hasta la llegada del Directorio. El otro, reivindicado largamente como el gran hombre de la revolución de mayo por los historiadores revisionistas de izquierda (como Abelardo Ramos o Norberto Galasso[83]), pero también por historiadores los liberales, que lo consideran un hombre de ideas iluministas.

La junta de Buenos Aires se completa con abogados, eclesiásticos y comerciantes y es toda una obra maestra del equilibrio político, que nos habla de una negociación entre las diversas fuerzas que constituyen el movimiento nacional. Este equilibrio de fuerzas le permitió sostenerse frente a la reacción conjunta del depuesto virrey Cisneros y los funcionarios del cabildo porteño, que intentaron generar inestabilidad al nuevo gobierno. El punto de equilibrio de esa junta era Juan José Castelli, injustamente menospreciado por muchos historiadores y tildado jacobino sin criterio. Quien sí le reconoce este rol es el historiador paraguayo Julio César Chaves: "Era Castelli quien, por su vinculación personal con todos los miembros ensamblaba y armonizaba los dispares caracteres de los miembros de la Primera Junta. Viejo amigo de Saavedra, con quien actuara en el Cabildo, años atrás; casi hermano de Belgrano, íntimo amigo de Larrea y de Azcuénaga, condiscípulo de Alberti en el colegio colorado de Córdoba, unido a todos, los unía"[84].

El manejo de las finanzas quedó en manos de los comerciantes catalanes Larrea y Matheu (lo cual contribuye a desmentir la idea de que se trató de una lucha de criollos contra peninsulares). Sobre todo va a ser Larrea quien se consagrará casi por entero al problema de financiar la guerra inminente frente a las resistencias que provoca la revolución.

Los argumentos esgrimidos por la junta y la autoridad conferida al cabildo para representar al pueblo, tal como lo habían afirmado sus protagonistas, como Saavedra, implicaban un riesgo. En efecto, la teoría de la retroversión que empieza a ser aceptada en toda

---

p. 76.

83/Galasso en su honestidad intelectual si bien levanta a Moreno como el eje fundamental de la revolución, no descalifica a Saavedra y especifica al rol de los militares por él conducidos: "El cuadro general de las fuerzas armadas era pues, proclive al predominio de un liberalismo moderado, dispuesto a producir un cambio político de trascendencia en la medida en que la presión popular fuese suficientemente fuerte pero, al mismo tiempo, deseoso de encausar ordenadamente esa protesta y evitar el 'excesivo' protagonismo popular". Galasso, ob. cit., p. 42.

84/Chaves, ob. cit., p. 157.

América por muchos juristas, teólogos e intelectuales, combinada con el empoderamiento del cabildo es un cóctel explosivo, porque es una revolución que tiene un ámbito tradicional donde transcurrir. Pero además, esto habilitaba a todas y cada una de las ciudades a través de sus respectivos cabildos a reclamar su propio ejercicio de la soberanía. Es decir, los elementos de autonomía propios del sistema de dominación implantado con la conquista, ahora se esgrimían no sólo en contra de la dominación respecto de la metrópoli, sino también, respecto de la subordinación al centro del poder revolucionario. Esto puso en un dilema a los conductores de movimiento: cuál era el límite de esa autonomía. Dilema que se resolvió de la peor manera poniendo en la misma bolsa los reclamos de mayor autonomía de las antiguas intendencias y gobernaciones (en proceso veloz de transformarse en provincias), con los focos reaccionarios existentes.

Existe un debate en la historiografía americana acerca de hasta qué punto esa revolución se había fijado como objetivo estratégico la independencia. Creemos que como movimiento general hay que encuadrarla en las disputas de guerras y disputas civiles y políticas existentes en la península y en toda América sobre la legitimidad y, por ende, no determinadas por la idea de independencia sino más por la idea de libertad, es decir, en contra del absolutismo. En todo caso no dudamos que un sector, el de los revolucionarios más consecuentes, el de la profundización, tenía para sí que la única forma de alcanzar esta soberanía popular como forma de libertad era a partir de la obtención de la independencia, pero las declaraciones formales de lealtad a Fernando VII[85] lejos de ser una máscara[86] –como

85/En muchos casos, como afirma Enrique de Gandía podríamos decir que los revolucionarios de América española fueron "más fernandistas que Fernando, que se hallaba cómodo con Napoleón, y que los mismos españoles, que no vacilaban en aceptar el dominio de la infanta" o los muchos que dudaron en aceptar el propio estado de cosas de la península y someterse a los franceses. De Gandía, ob. cit., p. 217.

86/Los historiadores liberales "supusieron que los jefes habrían decidido ocular el propósito de la revolución y se habrían complotado para usar "la máscara de Fernando VII", es decir, revolucionarse contra España, pero en nombre de España, por temor, parece, a ser reprimidos. (...) Ninguna dirigencia revolucionaria puede ocultar su bandera y peor aún, como se pretende en este caso, levantar otra antagónica a la verdadera porque inmediatamente las fuerzas sociales que la sustentan le retiran su apoyo". Galasso, ob. cit., p. 10.

Abelardo Ramos, en cambio, hace su propia interpretación de la idea de la máscara cuando afirma: "Mucho se ha discutido si Fernando era un símbolo verdadero de la unidad hispanoamericana o una simple máscara jurídica de la voluntad de independencia de los americanos. Era ambas cosas, a nuestro juicio. La historia del absolutismo, la debilidad del liberalismo, el poder de la nobleza feudal y la política tradicional de España en América, no daban lugar a muchas esperanzas". Ramos, ob. cit., p. 124.

Pero allí el fundador de la línea de izquierda nacional está confundiendo las intencionalidades y las concepciones de distintos sectores políticos a nuestro criterio y las condiciones reales del proceso revolucionario.

esgrime la historia oficial[87] mitrista[88]– son la resultante de la correlación de fuerzas incluso al interior del movimiento nacional de aquel entonces. La alusión a Fernando VII, en todas las primeras proclamas americanas, tampoco era una profesión de fe tradicionalista y conservadora de lealtad a un rey, como quieren los historiadores tradicionalistas e hispanistas, sino la afirmación de un principio legitimador del pacto primigenio en el que, como parte de la sociedad civil, los antecesores de los criollos habían contribuido a la formación del poder político. Era la condición indispensable para que en las circunstancias que se vivían pudieran recuperar la soberanía y la plena libertad de decidir. Haber avanzado mucho más –como, por ejemplo, se hizo en Caracas o en Quito– hubiera implicado, quizás, poner a los más tibios del lado de la reacción, alimentando el campo enemigo. Incluso la idea de que la defensa de Fernando era una mentira sostenida al mismo tiempo en los distintos puntos sublevados de la América española, es difícil de sostener.

No sólo fue sincero invocar a Fernando VII sino que era el punto de encuentro en la resistencia a la invasión francesa de Napoleón, un atropello nacional que ni en España ni en América fue aceptado, salvo por un puñado de afrancesados generalmente pertenecientes a la nobleza española.

Norberto Galasso define con sus propias categorías lo que nosotros llamamos fuerzas de la profundización, de la restauración y de la consolidación. Incluso muestra algunas de las contradicciones que caracterizaron al movimiento nacional en su etapa más temprana: "En el movimiento antiabsolutista del 25 de mayo de 1810 confluyeron diversos sectores sociales que, no bien derrocado el virrey, delinearon sus propias políticas y entraron en contradicción. Por un lado, el morenismo, expresión de un liberalismo revolucionario, democrático e hispanoamericano, dispuesto a llevar el proceso hasta sus últimas consecuencias, a través de expropiaciones y fusilamientos, según la propuesta del Plan de Operaciones[89]. Por otro, el "partido de los tenderos", representativo de los intereses de los comerciantes porteños, cuyo liberalismo es meramente económico y cuyo probrita-

87/Gustavo Levene, fiel a su tradición de historiador liberal, sostiene: "El cuestionar la continuación de Cisneros en el cargo e intentar su reemplazo por una junta partidaria de la independencia, se cumplió con métodos vergonzantes: nadie habló de emancipación y el plan revolucionario se ocultó bajo una increíble puja de amor y fidelidad al rey cautivo... Ello explica la designación de 'máscara de Fernando VII', es decir, disimulo del verdadero rostro revolucionario con el cual se conoce esta falsa expresión del movimiento criollo". Levene, ob. cit., p. 75.

88/No es sólo la historia mitrista la que repite la idea de la máscara de Fernando. Ya en el siglo XX, el historiador británico John Lynch realiza el mismo análisis aunque con algunos matices: "El acatamiento formal a Fernando fue un recurso conveniente, una táctica temporaria. Pretendiendo 'la máscara de Fernando', los patriotas preparaban aprovecharse de los residuos del sentimiento realista en el pueblo del Río de la Plata para impedir una contrarrevolución española y asegurarse el apoyo de Inglaterra, el poderoso aliado de España. Mas no involucraba mayor compromiso, ningún verdadero sacrificio de invocar la soberanía de un hombre que ya no era más soberano, de deferir a un gobernante que no gobernaba, de hablar en nombre de una Corona que se hallaba en cautiverio".

89/Moreno justificaba en el Plan las consecuencias de una política de tal tenor: "Para conseguir el ideal revolucionario hace falta recurrir a medios muy radicales"

nismo deviene en separatismo y anti hispanoamericanismo. Finalmente, el saavedrismo, ala moderada del proceso, que puede filiarse como liberalismo conservador, con tendencia a pactar con los comerciantes (y aun con el absolutismo), entendiendo que su gran enemigo es el jacobinismo de Moreno y sus compañeros. Durante los primeros meses, Moreno, Castelli y Belgrano, como asimismo "los chisperos" de la Revolución –French, Berutti, Donado, Dupuy y otros– impulsan el proceso transformador (elevación del indio, aniquilamiento de la reacción absolutista con ejecuciones y destierros, como, asimismo, los primeros pasos dirigidos a vigorizar la economía y el armamento de la revolución)"[90].

En las juntas de España la hegemonía comenzó estando en manos de los sectores antiabsolutistas, pero con el tiempo el eje se fue corriendo hacia la derecha. Esto se produjo a partir de la caída de la Junta Central de Sevilla, que en un principio promovía la organización de juntas también en América. En la medida en que en la península el predominio pasa a manos de los liberales moderados, incluso de los conservadores, a partir del deslazamiento de la Junta Central por el Consejo de Regencia, la actitud respecto de las juntas americanas cambia sustancialmente. Cuando Buenos Aires hace su propia junta, el Consejo no la reconoce y le otorga todo el apoyo al virrey Elío, fortificado en Montevideo, que expresa en América la voluntad reaccionaria y colonialista.

"Por esta razón, Moreno esboza, en noviembre de 1810, el primer planteo en el cual se insinúa la posibilidad de la independencia. Para ser consecuentes con su revolución democrática –en la medida en que amainan los ímpetus de la revolución española– los criollos comienzan a reflexionar sobre la posibilidad de conjugarla con un proceso de revolución nacional, es decir, la adopción de un camino propio. (Un planteo de este tipo quizá pudo influir sobre San Martín en su decisión de abandonar España, pues no sólo Napoleón prepondera sino que, asimismo, en las fuerzas de resistencia al invasor, los sectores revolucionarios pierden terreno frente a los conciliadores, lo cual indicaría, también, la conveniencia de sostener las banderas democráticas en otro escenario)"[91].

La Junta de Buenos Aires, como la mayoría de sus predecesoras y sucesoras, va a estar cruzada por dos ejes: el antiabsolutismo y la idea de la unidad hispanoamericana. Es notorio cómo los historiadores argentinos se esfuerzan por darle un carácter de patria chica[92] del que carecían en su mirada de patria grande. Incluso el Plan de Operaciones de Mariano Moreno "es categórico sobre el particular, hasta el extremo de propiciar la hispanización del Brasil con formal reemplazo de la lengua y las costumbres y su colonización por his-

90/Galasso, ob. cit., p 66.

91/*Ibid*.

92/Jauretche hace una distinción importante: "Hay dos concepciones: la de la Patria Grande y la de la Patria Chica. La que atiende al ser de la nación en primer término, y la que posterga ésta, al cómo ser, la que pone el acento en la grandeza, y la que lo pone en la institucionalidad, en las formas. La primera tiene la tensión puesta en las campañas de la independencia, en el Alto Perú y en la Banda Oriental; es la que genera las epopeyas sanmartiniana y artiguista. Se siente continuadora polítca de España en el continente, ahora para los americanos. Su ámbito es tan grande que sus hombres se llaman así, y no argentinos; esto lo iremos siendo a media que nos achiquemos". Jauretche, Arturo, *Ejército y política. La patria grande y la patria chica,* Buenos Aires, Peña Lillo, 1984, p. 30.

panoamericanos. Precisamente con ese propósito, y atendiendo a la magnitud del movimiento, fue expedida la circular del 27 de mayo de 1810, por la que la junta ordenaba a los cabildos elegir diputados, los cuales "han elegirse incorporando a esta junta conforme y por orden de su llegada" a fin de compenetrarse "de los graves asuntos que tocan al gobierno" integrando una junta general. En otras palabras, y conforme a las discusiones y votos, habría que atender a 'la voluntad general de los pueblos' apuntando a la consolidación de un Estado Hispanoamericano"[93].

Otra particularidad del proceso revolucionario abierto en Buenos Aires es que los conductores, si bien provienen de los sectores criollos con relativamente buen pasar, casi ninguno de ellos pertenecen al patriciado, si bien muchos se desarrollaron en vínculo directo con este. Entre los más revolucionarios ninguno tenía ascendencia en los conquistadores (que solía predominar en la América colonial) y algunos eran primera generación en esta tierra como el caso de tres de ellos que eran hijos de italianos[94]: Belgrano, Castelli y Berutti. La mayoría no había servido en el cabildo ni en la Audiencia, lo que significaba además que carecían de experiencia administrativa de gobierno. Los únicos casos con experiencia comprobable eran Belgrano que había servido como secretario en el Consulado y Castelli, que era su segundo. De alguna manera en la Revolución de Mayo se hizo no sólo un corte con los intereses predominantes de los comerciantes monopolistas y los funcionarios españoles, sino también un corte generacional, ya que la mayoría eran jóvenes.

Entre ellos destacaba la figura de Mariano Moreno[95]. La revolución descubre en el abogado recibido en Chuquisaca, una veta política profunda en su breve pero fulgurante carrera. Además de hacer política, gobernar y planificar la revolución, Moreno dota a ésta de un imprescindible órgano de prensa y propaganda. En efecto, el 7 de junio de 1810 aparece la Gaceta de Buenos Ayres[96]. Moreno hizo desde sus páginas un instrumento de organización mientras demostraba su capacidad de construir una teoría y una línea política. En ella se mezclaban elementos del liberalismo revolucionario francés que fue sustento de su mirada

93/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 64.

94/Es muy significativo que en un país como Argentina, con una más que extensa descendencia de italianos inmigrantes, no sea subrayado que tres de los principales protagonistas de la gesta revolucionaria tuvieran este origen. ¿Será acaso porque los gobiernos que promovieron la inmigración pretendían que los recién llegados de la península itálica fueran dóciles trabajadores y no peligrosos revolucionarios? No obstante, algunos de los llegados de Italia fueron fundadores de las primeras corrientes del movimiento obrero argentino.

95/"Hijo de un español empleado de comercio primero y funcionario colonial después, don Mariano Moreno estableció su estudio de abogado en Buenos Aires al poco tiempo de haber llegado de Chuquisaca donde terminó sus estudios universitarios. Consiguió prestigiarse al poco tiempo entre el elemento comerciante y sobre todo monopolista de Buenos Aires que lo vinculan rápidamente con los núcleos dirigentes llegando a ser consultor del propio virrey". Astesano, ob. cit., p. 174.

96/El primer periódico de Buenos Aires fue, en 1801, *El Telégrafo Mercantil,* que sin bien no es un medio oficialista se lo parece bastante pues encabeza la lista de los 300 subscriptores que financiaban su tirada el propio virrey del Río de la Plata. Levene, ob. cit., p. 53.

revolucionaria (como les gusta resaltar a los historiadores liberales[97]), pero también con el pensamiento de los liberales progresistas españoles, así como también con los clásicos democráticos del pensamiento más avanzado de la Iglesia peninsular desde los primeros tiempos de la conquista como Mariana, Suárez y Vitoria. Pero no quería restringir su discusión a una minoría ilustrada, por eso en sus páginas podemos encontrar un afán democrático que procuraba azuzar a los pueblos originarios[98] contra sus opresores, e incluso una reivindicación del pueblo como protagonista de la historia, que es su consigna predominante.

La Gaceta, el primer periódico oficialista, cuyo decreto de creación decía: "el pueblo tiene derecho a saber la conducta de sus representantes", fue órgano de propaganda revolucionaria. Un periodismo militante que no enmascara sus afinidades ni sus intenciones. Incluso tiene una veta profundamente crítica tanto de la situación coyuntural como de la etapa que habrá de venir, que puede ser interpretada como anticolonialista: "Los pueblos deben estar siempre atentos a la conservación de sus intereses y derechos y no deben fiarse sino de sí mismos. El extranjero no viene a nuestro país a trabajar en nuestro bien, sino a sacar cuantas ventajas pueda proporcionarse", sostiene Mariano Moreno en sus páginas.

Moreno es quien se demuestra con su incansable acción como el conductor del proceso revolucionario durante un lapso que no pasa de siete meses, aunque bien intensos. Los tiempos de una revolución con su andar frenético no son los mismos que los de otros procesos políticos.

"Un par de semanas después del pronunciamiento de mayo –según el Diario de

---

97/Moreno escribió en 1809, como abogado de los intereses de la incipiente oligarquía, la ya referida "Representación de los hacendados y labradores de una y otra margen del Plata", lo que hace que los pro-británicos defensores del librecambismo lo reivindiquen como propio.

98/Ya en su tesis doctoral en Charcas, Mariano Moreno muestra su sensibilidad social porque la hace contra la servidumbre de los pueblos aborígenes. Su título es de por sí elocuente: "Sobre el servicio personal de los indios en general y sobre el particular de yanaconas y mitaxios". La va a defender el 18 de agosto de 1802. En ella cuestiona el modelo de explotación colonial, sin oponerse aún al gobierno español. Transcribimos un párrafo para ver el tenor crítico (pero con los pies dentro del plato): "Casi no se halla en el sabio código de nuestras leyes expresión alguna tocante a ellos que no demuestre con evidencia ser las intenciones del monarca que los indios no carezcan de ninguno de aquellos caracteres propios de una libertad legítima y perfecta. No contento el soberano con declararlos libres, no satisfecho con eximirlos de aquellos servicios que sólo pueden ser efecto de una verdadera esclavitud se extiende a prohibir con el mayor rigor que aun voluntariamente puedan los indios sujetarse a semejantes servicios. Parece que ellos son el único objeto de las atenciones de los soberanos pudiendo sus paternales providencias causar envidia a los habitantes de la antigua España. Sin embargo, los efectos no han correspondido a tan amorosas providencias. Los reyes de España nada han mirado con más empeño que desterrar de los indios cualquier servicio capaz de hacerlos titubear acerca de la libertad, con que los han enriquecido, y no obstante esto en tiempos posteriores se han visto sujetos a algunos servicios que sólo pudieron ser propios de unos verdaderos esclavos, practicándose en la actualidad algunos que en sentir de muchos sabios no son compatibles con su privilegiada libertad". En Oporto, ob. cit., p. 88.

Berutti[99]–, Moreno llamó al fuerte a los oficiales naturales e indios que prestaban servicios y les leyó una orden que decía: 'La junta no ha podido mirar con indiferencia que los naturales hayan sido incorporados al cuerpo de castas de pardos y morenos, excluyéndolos de los batallones de españoles a que corresponden. Por su clase y por expresas declaraciones de su majestad, en lo sucesivo no debe haber diferencia entre el militar español y el militar indio: ambos son iguales, y siempre debieron serlo, porque desde los principios del descubrimiento de estas Américas, quisieron los reyes católicos que sus habitantes gozaran los mismos privilegios que los vasallos de Castilla'". Así Moreno es consecuente con su tesis doctoral "en donde aboga por los derechos y libertades de la clase trabajadora indígena explotada, criticando con dureza el lucro que obtenían los encomenderos. Se trata de un gran documento defensor del proletariado, en que el joven Moreno se ubica ya en la dura lucha de clases de su época, enfrentando al capitalismo esclavista con los mismos argumentos con que luego plantearía, en el gobierno revolucionario de Buenos Aires, la liquidación del sistema de mita y yanaconas"[100]. Y también con sus propios dichos en la Gaceta: "Si deseamos que los pueblos sean libres, observemos religiosamente el dogma de la igualdad ¿Si me considero igual a mis conciudadanos, por qué me he de presentar de un modo que les enseñe que son menos que yo?[101]

Se suele tachar de vanguardista al pensamiento de Moreno; nos parece interesante la interpretación que hace Bortnik; "Moreno era algo así como un representante del jacobinismo en Buenos Aires, es decir, el exponente de la idea de la nación en pie de guerra frente al absolutismo español y a la penetración inglesa. Más en Francia, la existencia del Tercer Estado, la burguesía, había hecho posible la revolución. Por lo contrario, entre nosotros, la inexistencia de esa clase hacía imposible la concreción inmediata de la gran idea de Moreno. Y si el proceso español se había retrasado considerablemente por la debilidad de la burguesía peninsular, el ideal de Moreno que procedía de las entrañas mismas de la Revolución Española, no podía esperar mejor suerte en Buenos Aires, y ello explica la corta vida del partido morenista"[102].

7. La revolución en Nueva Granada

La zona ganadera de Nueva Granada ya tenía antecedentes de rebeldías políticas y fiscales contra la presión tributaria del colonialismo en su etapa borbónica. El antagonismo entre "chapetones" (españoles) y criollos iba en aumento para cuando empezaron a llegar las noticias de la crisis española.

Santa Fe de Bogotá había sido el escenario de una particular conspiración política, que seguía las ideas de la Francia revolucionaria. Quizás con mayor claridad que en otras partes se manifestó en ella el pensamiento progresista europeo. En 1793, Antonio Nariño y un grupo intelectual que reúne a Camilo Torres, Francisco Antonio Zea y José Caicedo,

---

99/En Pandra, ob. cit., p. 150.

100/Astesano, ob. cit., p. 133.

101/*Gaceta*, 8 de diciembre de 1810. Pomer, León, "Moreno, proyecto y frustración" en Giani, Juan José, *200 años construyendo la Nación,* Rosario, Paso de los Libres, 2010, p. 30.

102/Bortnik, ob. cit., p. 42.

entre otros, es descubierto conspirando por las autoridades coloniales. Antonio Nariño y su grupo habían difundido una edición de la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano[103]. Algo intolerable para las autoridades absolutistas españolas.

El virreinato de Nueva Granada estaba gobernado en 1808 por el teniente general don Antonio Amar y Borbón. Cuando se produjo la abdicación de Carlos IV y la caída de Manuel Godoy, quien lo había designado, el virrey convocó a una asamblea de notables que se reunió "el 5 de septiembre de 1808, la cual, con la anuencia unánime tanto de criollos como de peninsulares, proclamó la fidelidad a las autoridades peninsulares, declaró la guerra a Francia y envió ayuda financiera a España"[104]. Pero con eso no pudo conjurar el clima de agitación política en Bogotá, después de la caída del monarca ibérico.

Cuando también cae la Junta Suprema, el virrey Amar cree haber logrado calmar la agitación con un reconocimiento público del Consejo de Regencia, pero la realidad era otra... Los debates de 1810 de Bogotá se parecen a los de Caracas y Buenos Aires. Y el virrey Amar corrió, en definitiva, la misma suerte que su par Cisneros había corrido en el sur.

"En Cartagena, sobre todo, la excitación había tomado caracteres alarmantes; y el gobernador de la provincia, don Francisco Montes, marino brusco y arbitrario, había manifestado su propósito de mantener la tranquilidad por medio del terror. El cabildo de la ciudad, pretextando sospechar que el gobernador era adicto a los franceses, acordó, el 22 de mayo de 1810 que, conforme a lo dispuesto por una ley de Indias, debían asociarse a Montes, en el gobierno de la provincia, dos miembros del mismo cabildo; pero Montes se obstinó en gobernar por sí mismo, esperando que el virrey lo apoyara en su empresa. El cabildo, que estaba sostenido por el pueblo y por las tropas, apresó al gobernador (14 de junio) y lo embarcó en una nave que salía para la Habana"[105]. Finalmente el cabildo estableció una junta superior de gobierno cuyo fundamento se basaba en la invitación de la Junta Cádiz y en la Recopilación de las Leyes de Indias (Libro iv, Título VII, ley 2) pero sobre todo en las "amenazas francesas"[106].

El 3 de julio fue el turno de la ciudad de Cali. En el acta de su cabildo se menciona el clamor de todo el reino por el establecimiento de juntas como las que se habían constituido en España y que tenían como propósito el "de conservar la pureza de nuestra sagrada religión, la fidelidad debida a nuestro desgraciado Fernando y la seguridad y tranquilidad de la patria". La junta en Cali se constituye finalmente el 11 de julio de 1810 y hace referencia a Fernando VII al que contrapone con los "emisarios de Bonaparte" pero también

---

103/"La posición de Nariño le había llevado a desempeñar la alcaldía de segundo voto de la capital y a mantener relaciones con un amplio número de abogados, funcionarios, comerciantes y clérigos. Entre los libros requisados se encontraba la *Enciclopedia*, obras de Condorcet, la *Historia de América* de Robertson, la *Constitución de los Estados Unidos*, las obras de Raynal y de Rousseau, historias de la Revolución Francesa, etc. Nariño fue prendido acusado de haber impreso y difundido el 'papel sedicioso intitulado *Los derechos del hombre*', la traducción de la declaración francesa de 1789". Piqueras, ob. cit., p. 19.

104/Stoezer, ob. cit., p. 63.

105/Barros Arana, ob. cit., p. 353.

106/Stoezer, ob. cit., p. 108.

con "los favoritos de Godoy". En febrero de 1811 se forma una especie de junta de segunda instancia, llamada Junta Provisional de Gobierno de las Ciudades Confederadas del Valle del Cauca, cuyo objetivo es "conservarse los dominios a nuestro legítimo soberano el señor don Fernando VII".

Cuando las noticias de lo sucedido en Cartagena, Cali y en otros puntos del virreinato de Nueva Granada, el clima de convulsión política ya no se podía ocultar en la propia capital. El 20 de julio, el pueblo bogotano se agolpó en la plaza mayor con el objeto de exigir un cabildo abierto. El virrey trató de resistir la exigencia, no obstante nada pudo hacer y tuvo que ceder ante el temor a que la rebelión popular se extendiera y se profundizara. En la plaza había, según Barros Arana más de 6.000 personas[107].

La primera resolución del cabildo fue constituir una junta presidida por el mismo virrey Amar, quedando ésta encargada de "sostener la religión y los derechos de Fernando VII". La presión popular fue, a semejanza de lo ocurrido en Buenos Aires un par de meses antes, la que obligó a cambiar el rumbo[108], destituyendo al virrey y mandándolo embarcado para España junto con tres de los oidores de la Audiencia de Bogotá. "En su acta, el cabildo afirmó claramente que el pueblo había reasumido sus derechos y los había transferido a la Junta Suprema de Bogotá, el titular de la soberanía popular, y que "la Nueva Granada protesta no abdicar los derechos imprescriptibles de la soberanía del pueblo a otra persona que a la de su augusto y desgraciado monarca don Fernando VII, siempre que venga a reinar entre nosotros".

El movimiento revolucionario de Santa Fe se extendía casi todas las ciudades más importantes de Nueva Granda. Fue entonces que la junta de Cartagena tomó la iniciativa de convocar a un congreso que invitaba a las provincias a organizarse de una forma federal. Pero los revolucionarios perdieron la iniciativa en varias provincias como Popayán y Santa Marta, poniéndose a la defensiva.

El congreso finalmente se reunió en diciembre de 1810, congregando a representantes de seis provincias. "La junta, por su parte, notando que todas la provincias habían concentrado su administración interior, pronunciándose por el sistema federal, quiso también darse una Constitución propia. La provincia recibió el nombre de estado de Cundinamarca, que debía ser gobernado por un presidente y dos gobernadores mientras durase el cautiverio de Fernando VII, el cual sin embargo, para ser reconocido por rey, tendría que trasladarse a Santa Fe de Bogotá"[109]. Como podemos ver, si no se trataba de una declaración de independencia se le parecía mucho a la misma porque planteaba condiciones de cumplimiento casi imposible.

Con la instalación de la Junta Suprema del Nuevo Reino de Granada estallaron al mismo tiempo las contradicciones que fueron dividiendo a los patriotas. Los federales se

107/Barros Arana, ob. cit., p. 353.

108/"El 20 de julio de 1810, el pueblo amotinado ante las Casas Consistoriales de Bogotá, exigió y logró que el virrey Amar aceptara la formación de una junta de gobierno. Y seis días más tarde, en medio de nuevos y crecientes disturbios populares, se logró la deposición del propio virrey español y la anulación del juramento de lealtad al Consejo de Regencia. Casalla, ob. cit., p. 347.

109/Barros Arana, ob. cit., p. 355.

alzaron contra el centralismo bogotano y entonces al mismo tiempo que se daba batalla contra los realistas se peleaban entre los criollos partidarios. Los primeros fueron encabezados por Torres (el prestigioso autor del "Memorial de agravios"[110] de 1809 después de la invitación restringida a formar parte del gobierno de España), quien como expresión fuerza de la profundización tiene un rol comparable, según algunos historiadores, al de Moreno en Buenos Aires, y que es quien redacta el acta revolucionaria que dice expresamente que "el pueblo ha recuperado la plenitud de sus derechos"[111]. Los federales tuvieron su centro en la ciudad Tunja. Los centralistas estaba liderados por el intelectual Antonio de Nariño (el que había sido apresado por difundir la declaración de los derechos del hombre francesa) y eran fuertes en la provincia de Cundinamarca, cuya capital era Santa Fe de Bogotá, desde donde dictaron una Constitución que fue ampliamente rechazada por el resto de las provincias.

La reacción colonialista, a su vez, hizo pie en la zona de la costa, proclamándose tanto Panamá como Santa Marta fieles a España y al Consejo de Regencia. Por el contrario, Cartagena de Indias, la importante ciudad fortificada, se afianzó en la revolución y hegemonizada por los sectores de la profundización se pronunció por la independencia (1811). Los hombres de Cartagena de Indias, alegaron un aporte original en la interpretación de los sucesos de Bayona: con la abdicación de Carlos IV y Fernando VII en favor de José Bonaparte "se rompieron los vínculos que unían al rey con sus pueblos, quedaron éstos en pleno goce de su soberanía y autorizados para darse la forma de gobierno que más les acomodase" (Stoezer, 1996: 110). Lo que precipitó la decisión de Cartagena fue la contradicción que implicaba que mientras España peleaba por su liberación frente al invasor francés, al mismo tiempo establecía un bloqueo naval sobre las costas neogranadinas tratando de ajustar los lazos de dominación colonial ante a la construcción juntista americana.

110/"Torres es el otro gran caudillo de la revolución de la Nueva Granada, además de Nariño. Hombre de gran cultura, como lo reconoció Humboldt, llegó a ser, en 1794, el abogado del Real Acuerdo y de las Audiencias en la América española. Sus ideas políticas están contenidas en dos documentos: la *Representación del cabildo de Bogotá a Suprema Junta Central*, del 20 de noviembre de 1809, y la nota que dirigió a Ignacio Tenorio, el oidor de Quito, el 29 de mayo de 1810). La *Representación del Cabildo de Bogotá*, mejor conocido por *Memorial de Agravios*, es en realidad la voz de la América española ventilando sus quejas y reclamando el derecho de igualdad política". Allí Torres discutía la infrarrepresentación americana (9 contra 36 de los españoles). Es, también, un alegato jurídico en base a las leyes españolas contra el despotismo ilustrado de los Borbones. "El otro documento célebre de Torres es una respuesta a una carta de Ignacio Tenorio, el oidor de Quito, de fecha Bogotá, 29 de mayo de 1810. Tenorio había propuesto el establecimiento de una regencia española americana, elegida por todas las provincias españolas americanas; Torres, sin embargo, se opuso a esta proposición y afirmó en su carta, valiéndose de los concepto de la escuela española de la alta escolástica, que el juramento al rey ya no contaba, puesto que los vínculos se habían roto, y con la desaparición del monarca español la autoridad civil revertía automáticamente al pueblo". Stoezer, ob. cit., pp. 84 y 85.

111/Además hace una dura crítica al absolutismo cuando dice: "En España no ha habido otra cosa que tiranía desde que se alzaron los reyes con un mando absoluto, que la nación no ha querido ni podido concederles". En Stoezer, ob. cit., p. 86.

8. La independencia quiteña

La segunda fase de la revolución quiteña se produjo entre agosto de 1810 y diciembre de 1812. Mientras se producía la feroz represión de la primera junta instalada en Quito, el hijo del marqués de Selva Alegre, Carlos de Montúfar, era nombrado en España comisionado de la región de Quito por la Junta Suprema Central de Sevilla. Montúfar hijo, con título de la autoridad subsistente en la metrópoli, se apuraba a llegar para absolver a los juntistas, entre los cuales estaba su propio padre, el marqués de Selva Alegre. No obstante, la tensión aumentaba entre las tropas coloniales y el pueblo quiteño. Ante su inminente llegada, el 2 de agosto de 1810 se produjo una rebelión popular para liberar a los presos políticos que había tomado el presidente de la Audiencia apoyado en el poder y las tropas del virrey del Perú, el implacable Abascal.

Recién en septiembre llega finalmente el coronel Montúfar, que es recibido con respeto por las autoridades coloniales encabezadas por el conde Ruiz de Castilla, que había encarcelado a su padre, pese a la desconfianza que le daba el hecho de que las autoridades españolas habían empoderado al hijo del cabecilla de la Junta de Gobierno a la que aborrecían. No se equivocaban en esto. El joven Montúfar convocó a una nueva junta, constituida por un triunvirato, en el que trató de incluir a todos los grupos: lo integrarían Ruiz de Castilla, el obispo de Quito José Cuero y Caicedo y el propio Carlos Montúfar. Inmediatamente se eligieron representantes tomando en cuenta a los tres estamentos, como en Francia: el clero, la nobleza y el pueblo llano, escogidos estos últimos por el método de electores.

El 22 de septiembre, los representantes electos hegemonizados por los sectores de la profundización designaron como vicepresidente de la junta a Juan Pío Montúfar, marqués de Selva Alegre, proclamando su retorno al poder. Esto no fue bien visto por las autoridades virreinales españolas y las fuerzas reaccionarias.

"A partir de entonces vemos diferenciarse dos tendencias de las gentes quiteñas, duramente enfrentadas: moderados y radicales. Los moderados, liderados por Selva Alegre –a los que por el apellido del marqués se dio en llamar "montufaristas"–, que se apegaban a los juramentos de fidelidad a Fernando VII que hiciera –al menos como fachada– el movimiento de agosto de 1809, y los radicales, con el marqués de Villa Orellana a la cabeza –llamados, por el apellido de su jefe, Jacinto Sánchez de Orellana, "sanchistas"–, que exigían la independencia de España y propugnaban un sistema republicano de gobierno"[112].

El dilema que cruzaba los debates quiteños era el mismo que en otras partes de América: ¿debían los americanos ser leales al Consejo de Regencia y a las Cortes congregadas extraordinariamente en la isla de León, obedeciendo sus órdenes, como si se tratase de una soberanía supletoria y representativa de toda la nación española, o debía entenderse que las Indias, por intermedio de sus ciudades y provincias, habían reasumido el ejercicio de la soberanía, dependiendo únicamente del rey, "hasta que se restituya la legítima posesión de sus derechos absolutamente libre de la dominación francesa e influjo de Bonaparte"?[113].

Se discutió esto y el congreso reunido en San Francisco de Quito, teniendo en cuenta que

112/Rodríguez Castelo, ob. cit., p. 28.

113/*Ibid*., p. 30.

la Regencia no había resistido con éxito a los franceses, resolvió a pluralidad de votos por la independencia, "recomendando la confederación con las provincias granadinas, cuyos intereses y derechos son comunes con los de Quito para bien de la sagrada causa americana".

La preeminencia de los sectores revolucionarios fue lo que hizo que Ruiz de Castilla fuera obligado a renunciar y que el 11 de diciembre de 1811, el estado de Quito proclamara su independencia de España. El obispo Cuero y Caicedo jugó fuerte en la partida (cuestión excepcional porque, por lo general los obispos se inclinaron mayormente por los contrarrevolucionarios). El particular obispo quiteño firmaba sus decretos de esta manera: "Joseph, por la gracia de Dios, obispo y por la voluntad de los pueblos presidente del estado de Quito".

El 15 de febrero de 1812 se promulgó la primera Constitución quiteña –una de las primeras de América–, dictada por el Congreso de los Pueblos Libres[114] de Quito[115], que establecía una república con división de poderes. La elite quiteña, artífice del proceso revolucionario devenido en independentista, en el preámbulo del documento articuló una visión compleja de los fundamentos de la nueva autoridad, es decir, de la legitimidad del mando republicano que iba a sustituir al dominio colonial[116], mezclando elementos de la tradición escolástica española con los del liberalismo revolucionario.

Esta independencia, sin embargo, no es un grito exclusivamente Quiteño ni una fundación nacional aislada. Uno de los principales argumentos para la identificación clara de la declaratoria de independencia puede ser encontrado en el artículo 2[117] del documento, en donde se especifica que el nuevo estado es independiente de otros similares y sus gobiernos, llamando a una integración de otros pueblos de la América hispánica.

114/La misma denominación que va a tomar el protectorado de Artigas en el sur.

115/Como ocurrió en otros lugares, los constituyentes recalcaron la representación de otros pueblos bajo el dominio de los realistas. Así, en Quito el congreso representaba a toda la jurisdicción de la Audiencia inclusive a "las otras provincias vinculadas políticamente a este cuerpo luego que hayan recobrado la libertad civil que se hallan privadas al presente por la opresión y la violencia".

116/"La tesis de los primeros constituyentes es que, habiéndose puesto en cuestión la autoridad del rey español, habiendo desaparecido su soberanía real por efecto de la invasión napoleónica a España, el poder y la soberanía, que fueron transitorio encargo divino a la realeza, volvieron a radicarse en el pueblo, en quien originariamente reside tal potestad. Y es esa soberanía política reasumida la que legitima la expedición de la nueva Constitución y la fundación del Estado de Quito. El contractualismo de Rousseau y el liberalismo de John Locke se mezclan en nuestra primera Carta política con el providencialismo católico. De modo que, tras las figuras inspiradoras de demócratas y liberales del siglo XVIII, está también la señera de Santo Tomás y la de los escolásticos de cuño medieval. La dialéctica liberal-conservadora, que se iba a resolver un siglo después, esta ya encapsulada en la primera Constitución". Corral Fabián, *La Constitución quiteña de 1812*, consultado el 9 de agosto de 2012 en http://www.elcomercio.com/opinion/constitucion-quitena-1812.html.

117/Constitución de 1812, artículo 2: "El Estado de Quito es, y será independiente de otro Estado y Gobierno en cuanto a su administración y economía interior reservándola a la disposición y acuerdo del Congreso General todo lo que tiene trascendencia al interés público de toda la América, o de los Estados de ella que quieran confederarse".

Esta etapa del proyecto revolucionario quiteño tendrá el apoyo popular del que había carecido la anterior, pero continúa la indiferencia de las masas aborígenes, que era el componente mayoritario de la población de la antigua Audiencia.

Poco tiempo pasa antes de que esa independencia quiteña sea asediada desde el norte y desde el sur. El general Molina, armado por el virrey Abascal, amenazaba a los quiteños por el sur, mientras que en el norte los realistas de Popayán les impedían comunicarse con el gobierno revolucionario de Bogotá.

Como en el resto de los focos juntistas de América los revolucionarios organizaron milicias llamadas pomposamente ejércitos, librando batallas contra las tropas realistas aun con los pocos recursos que tenían a la mano. La ofensiva final de los absolutistas fue organizada desde las ciudades de Guayaquil y Cuenca que, una por su carácter portuario y otra por su carácter serrano, siempre habían rivalizado con San Francisco de Quito. Entusiasmado por el triunfo obtenido sobre las tropas de Arredondo en la batalla de Chimo, el coronel Montúfar enfrentó al general Toribio Montes, quien había tomado la conducción de las fuerzas realistas. El 7 de noviembre, las fuerzas de Toribio Montes sitiaron la ciudad y los quiteños resistieron en la batalla de El Panecillo, una colina ubicada en uno de los extremos de la ciudad quiteña. Los realistas tomaron la ciudad al día siguiente. Por temor a la barbarie, buena parte de la población abandonó la capital hacia el norte, buscando refugio en la ciudad de Ibarra, donde el 1 de diciembre de 1812 los restos del ejército patriota fueron finalmente derrotados en la batalla que lleva el nombre de esa ciudad. El mariscal Melchor de Aymerich se convirtió en el nuevo presidente de la Real Audiencia. A diferencia de lo sucedido en 1809, cuando Aymerich toma el poder desarrolla una política conciliadora con el estamento aristocrático de la revuelta. Eso tranquilizó los ánimos y la Audiencia vivió en una relativa calma durante casi una década, cuando una combinación de factores internos y externos volvió a deponer a las autoridades coloniales.

9. Las disputas en Nueva Granada

Mientras tanto, en Nueva Granada avanzaban los sectores reaccionarios que se habían hecho fuertes en varias ciudades. Pero el gran problema de ese antiguo virreinato también fueron los enfrentamientos internos entre las distintas provincias, celosas de su autonomía. Antonio Nariño se había declarado abiertamente enemigo del sistema federal. Cuando llega al poder en septiembre de 1811 se recalientan las posiciones haciéndole la guerra a sus compatriotas.

Cartagena hace "una revolución en la revolución" capitaneada por Gabriel Piñerez con apoyo en los sectores más humildes. Allí se establece que Cartagena de Indias se convierta en un Estado soberano e independiente del imperio español, aboliendo el tribunal de la inquisición y sancionando la división de poderes. Poco tiempo después, en enero de 1812, se reunió en Cartagena la convención que redacta su Constitución, que al mismo tiempo libraba una encarnizada guerra con los realistas de Santa Marta, apoyados por los de Panamá.

Paralelamente, Nariño se enfrenta con las fuerzas que defienden el federalismo. Derrotado en Santa Rosa, firma un convenio en el que se compromete a establecer un congreso federal en la ciudad de Leiva. Pero Nariño, casi inmediatamente, desconoce lo firmado y

convoca a una asamblea que plantea que Cundinamarca no entraría en la confederación acordada en Leiva.

"La guerra civil iba a comenzar en el centro del antiguo virreinato. La suerte de las armas fue desfavorable a las tropas de Bogotá en dos combates que se empeñaron (2 y 24 de diciembre de 1812); pero al fin éstas resistieron heroicamente a los federales y los destrozaron, tomándoles mil prisioneros y obligando a los fugitivos a refugiarse en Tunja (9 de enero de 1813). Nariño celebró con los vencidos un tratado por el cual Cundinamarca debía mantenerse independiente de la confederación"[118]. Finalmente en Cundinamarca fue declarada solemnemente la independencia respecto de España el 16 de julio de 1813.

La falta de cohesión de los revolucionarios de las distintas provincias y la prepotencia de Bogotá, imponiéndose como en los tiempos coloniales, debilitaron el proceso emancipador. Cundinamarca, independiente en 1813, enarbolando bandera nacional y acuñando moneda, ya como república encabezada por Nariño, inicia una campaña hacia el sur para ir contra los enclaves realistas de Pasto y Popayán. Pero en 1814, las fuerzas patriotas fueron totalmente derrotadas y Nariño cayó preso. Deportado a España hasta 1820, fue compañero de cautiverio de Miranda.

10. El aristocrático levantamiento revolucionario de Chile

Contrariamente a lo sucedido en Cusco o La Paz, donde la revolución tuvo un fuerte componente popular, o incluso en Buenos Aires, en la que tuvo un carácter mixto, en Chile la rebelión contra el orden despótico, al igual que en Caracas, fue fundamentalmente encarada por el patriciado de Santiago[119].

La capitanía general de Chile era sometida constantemente a la presión política y económica del núcleo del poder colonial de Lima, al mismo tiempo que libraba una constante lucha con los pueblos originarios hostiles como eran los mapuches del sur. La sociedad chilena era profundamente conservadora, compuesta en su totalidad por 800.000 habitantes pero dominada por unas 200 familias. Estas, en su mayoría de origen vasco, eran las dueñas de las haciendas en el valle central, mayormente trabajadas por esclavos o mediante la explotación por arriendo de criollos pobres y mestizos. Esta oligarquía no estaba conforme con su carácter de productores subsidiarios de trigo y otros productos

118/Barros Arana, ob. cit., p. 358.

119/El historiador aristocrático chileno del siglo XIX Diego Barros Arana dice: "La revolución se hizo casi siempre con orden. La anarquía popular, el desenfreno de las masas, no se hicieron sentir nunca. Hombres de un rango más elevado fueron los directores del movimiento revolucionario, y lo que constituye su más justo título de gloria, es que trabajaron por organizar un nuevo orden de cosas que iba a poner término a su influencia tradicional". Barros Arana, ob. cit., p. 385.

En un particular diálogo que se produce en las páginas de su propio y precursor libro sobre la historia americana, el argentino Álvaro Yunque le responde desde las notas a pie de página: "Estas explicaciones de Barros Arana podrían firmarlas todos los hombres de su clase social. Es la manera como ellos ven la historia, fuera de la lucha de clases. Chile, país de grandes terratenientes y de un pueblo miserable constituido por los 'rotos', que no en vano llevan ese nombre popular, no puede ser representado como un modelo de orden, de colectividad en franco progreso". Yunque, ob. cit., p. 385.

para el mercado peruano.

En 1808 gobernaba el arbitrario capitán general Francisco García Carrasco, que se enfrentaba en un estilo parecido al virrey Abascal a las familias patricias. Al conocerse los sucesos de España y Buenos Aires, donde se imponía la lógica americana del juntismo, García Carrasco, aterrado, arrestó a varios criollos, lo que lejos de aquietar la agitación política, se constituyó en ocasión para destituir al capitán general. En efecto, parece claro que las actitudes del brigadier García Carrasco, al prohibir como subversivas las noticias propagadas en mayo de 1810 sobre los acontecimientos de Buenos Aires, y los encarcelamientos decretados a continuación, entre los cuales se encontraban miembros de las familias acomodadas, precipitaron los hechos y pusieron en marcha el movimiento revolucionario.

Así lo explica Barros Arana: "En la mañana del 11 de julio, al saberse que los presos quedaban embarcados en Valparaíso, el pueblo se agrupó en la plaza, el cabildo se reunió como si un gran peligro amenazase la tranquilidad pública, y la Real Audiencia divisando la tempestad que se alzaba, acudió a su sala de sesiones para buscar un remedio a aquella situación"[120].

El 14 de agosto de 1810 el cabildo de Santiago de Chile debatió el informe presentado por el síndico procurador general de la ciudad, José Miguel Infante, sobre la conveniencia de reconocer a la Regencia constituida en Cádiz en enero anterior. "Sostuvo el síndico que las partidas preveían la formación de un órgano semejante en ausencia del rey y era lo que correspondía haber hecho en 1808. La Junta Central, en definitiva, había carecido de la legitimidad debida y, sin embargo, su formación había permitido resistir la invasión francesa, convertida por lo mismo en un mal menor. Ahora bien, ¿cómo podía transmitir la junta un poder del que legalmente carecía? A la vista de la proclama de la junta provincial de Cádiz, la central estaba desprestigiada ante la opinión y actuó bajo amenazas, razón esta última que desautorizaba su abdicación. Aplicando los mismos argumentos que habían invalidado las renuncias de Bayona, se interrogaba Infante si en el supuesto de admitir que la soberanía de la que disfrutaba fuera legal, le estaba autorizado desprenderse de lo que pertenecía a la nación"[121]. En síntesis, para Infante, en aplicación del pactum traslationis, el único vínculo que unía a Chile con la península era la legítima corona de Castilla, es decir, el imposibilitado de ejercer el poder: Fernando VII. Frente a esta imposibilidad se abría la puerta de un gobierno propio.

El éxito de las exigencias para cesar a Carrasco, elevó a su cargo a Mateo de Toro y Zambrano, conde de la Conquista, rico y anciano, hacendado y militar criollo. Las autoridades españolas pensaban que siendo el conde chileno de nacimiento esto iba a aquietar las aguas. Pero no fue así, el propio conde, bajo la presión del núcleo encabezado por Martínez de Rosas (bando donde empezó a militar el joven Bernardo O´Higgins), reconoció a la junta de Buenos Aires y convocó una similar en Chile. Pese a la oposición del sector "godo", como se denominó a los absolutistas, los criollos lograron sus propósitos, y el 18 de septiembre un cabildo abierto nombró una junta provisional integrada por nueve miembros. El gobierno de Toro y Zambrano fue una disputa permanente entre los dis-

120/Barros Arana, ob. cit., p. 386.

121/Piqueras, ob. cit., p. 324.

tintos partidos, revolucionarios y reaccionarios se peleaban por influenciar al viejo conde. Sin embargo, dos políticas antagónicas no podían convivir mucho tiempo. Por eso es que, finalmente, el conde de la Conquista convoca a una reunión del cabildo y renuncia.

Los criollos ricos habían instalado una junta de gobierno bajo la reconocida fórmula de fidelidad a Fernando VII. Sus primeros pasos fueron, al igual que en Caracas y Buenos Aires, decretar la libertad de comercio, organizar milicias para la defensa de la región, dadas las posibilidades de un intento de reconquista de las fuerzas reaccionarias, y convocar un Congreso.

Sin embargo, atrás de la unidad en torno a la idea legitimista de recuperación de soberanía y fidelidad al monarca encerrado por Napoleón, se perfilaban ya dos corrientes. Una reformista o restauracionista, que no pretendía romper con la dependencia de España sino lograr mayor autonomía respecto, fundamentalmente, del poder virreinal de Lima. Y un sector de la consolidación que encontró en el juntismo el plafón para sus tibias ideas de independencia. A esta rama pertenecen José Antonio Rojas, Juan Martínez Rosas y Bernardo de O´Higgins.

Juan Martínez Rosas Correa, había nacido en la trasandina ciudad de Mendoza, pero había dado impulso al movimiento revolucionario desde Concepción donde era un hombre de prestigio social y había sido funcionario en la época colonial.

Bernardo O´Higgins Riquelme era un criollo, hijo natural[122] de un irlandés al servicio de España, Ambrosio O´Higgins, que llegó a ser capitán general de Chile y virrey del Perú. Bernardo se educó en Chillán, donde convivió como pupilo con hijos de los caciques mapuches, luego en Lima y finalmente en Inglaterra, donde llegó a tener como uno de sus maestros a Francisco Miranda. Allí adhirió a los principios del antiabsolutismo.

Poco tiempo más tarde, se constituye un sector de la profundización encabezado por un jefe político militar, muy vehemente y con carácter volátil, que había tenido una destacada actuación en la guerra de España contra Napoleón: José Miguel Carrera y Verdugo. Este provenía de una familia tradicional de Santiago[123] y entre sus principales partidarios estaban sus hermanos. Este sector estaba decididamente no sólo por la revolución sino también por la independencia.

"La revolución operada en Santiago fue reconocida en todas las provincias, desde Atacama hasta Concepción. En Chile no había entonces una imprenta para publicar un periódico; en su lugar circularon proclamas manuscritas en que se hablaba de los derechos del hombre, del antiguo despotismo y de la libertad futura" dice Barros Arana[124].

Las decisiones de la junta de Santiago, bajo la dirección de Martínez Rosas y el sector de la consolidación, oscilaron entre la ineficacia y las vacilaciones, sobre todo en los momentos de mayor gravedad. Aprovechando las contradicciones, los realistas encabezados por el teniente coronel Tomás de Figueroa intentaron dar un golpe de Estado, pidiendo la disolución de la junta, pero fracasaron. Martínez Rosas salió personalmente en persecución de Figueroa para dar un serio escarmiento. Finalmente éste fue sometido a juicio y

122/Hasta su mayoría de edad el patriota chileno fue conocido como Bernardo Riquelme.

123/Su madre era descendiente de Juan de Garay y de Hernandarias.

124/Barros Arana, ob. cit., p. 388.

condenado a muerte pocas horas más tarde. La revolución no podía ser complaciente con los contrarrevolucionarios.

Entre la oposición, el núcleo radical y una mayoría moderada, las respuestas adecuadas naufragaron y se creó un vacío de poder que fue capitalizado por el caudillo militar, entre popular y aristocrático, entre pomposo y desprolijo, entre heroico y cobarde, llamado José Miguel Carrera. Secundado por sus partidarios tomó el cuartel de la fortaleza e impuso sus condiciones.

Carrera, que había llegado hacía poco tiempo de España y tenía posiciones radicalizadas, desalojó del congreso a los hombres más conservadores. Así, el Congreso adquirió una fisonomía radical, produciendo medidas cuyo tono progresista entraron en conflicto con los intereses de los grandes hacendados. Carrera, aun proviniendo de prosapia aristocrática, propuso reformas como la supresión del tráfico de esclavos, el acceso de las capas populares a la educación, la libertad de prensa e incluso medidas para intentar limitar la influencia de la Iglesia.

La oposición fue rápidamente sofocada, pero el descontento no cesó pese a todo, y a ella se incorporaron nuevos sectores sociales, originando discrepancias en el seno del gobierno. No obstante, Carrera contaba con apoyo popular y optó entonces por disolver el congreso, asumir el poder como dictador y proseguir sus reformas. Aunque ninguna de ellas afectaba seriamente a la estructura económica tradicional, los cambios que propugnaba, e incluso el manifiesto que dio a conocer luego de su golpe de Estado anunciando un fuerte impulso a la revolución chilena, provocaron una profunda irritación entre las clases dominantes de la antigua capitanía.

Los sectores de la restauración o conservadores, que en un principio habían dominado el congreso, siguieron operando aun después de que Carrera se hiciera proclamar dictador. El grupo carrerista compite con los herederos políticos de Martínez Rosas. En esta época se creó una bandera propia y una escarapela, también se publicó el primer periódico con fines de propaganda revolucionaria. Entre 1810 y 1814 Chile se dio un gobierno e instituciones propias, pero sin declarar formalmente la independencia. A este periodo se lo denominó "la patria vieja".

No obstante, pronto esta revolución comenzó a debilitarse. Cuando Carrera llegó al poder organizó una estructura donde tenían representación las tres principales provincias. Carrera era el representante de Santiago y ofreció a Martínez Rozas la representación de Concepción. "Al organizar el gobierno Carrera había querido atraerse a Rozas y sus partidarios, pero éstos no aceptaron sus ofrecimientos. El congreso no perdonaba a don José Miguel la revolución por medio de la cual se había elevado al gobierno. Rozas no sólo no quiso aceptar el puesto que se le ofrecía en la junta gubernativa, sino que se quedó en Concepción"[125]. Y desde allí desconocía al gobierno central de Carrera. No obstante, el general de Santiago de Chile se impone. Martínez Rosas acabó reducido a prisión por sus propios soldados y finalmente confinado al exilio en Mendoza, donde muere unos meses después.

El problema para el gobierno de Santiago fue la reacción realista que, con la ayuda del virrey Abascal, ya se encontraba en territorio de la capitanía general. Cuando Carrera

125/Barros Arana, ob. cit., p. 392.

partió hacia el norte para enfrentar las tropas del virrey, la ocasión fue aprovechada por la junta que gobernaba en su nombre para destituirlo y nombrar a un hombre menos radical, Bernardo O´Higgins, hombre del partido de Martínez Rosas. La suerte de la guerra fue adversa para los criollos: Chiloé, Valdivia, Talcahuano y Concepción, cayeron en poder de los realistas. Desde allí, en contacto con los enemigos de la revolución, estos avanzaron hacia la capital. El desastre era total y José Miguel Carrera cayó prisionero junto a sus hermanos en Talca. Luego de obtener una nueva victoria en Cancha Rayada (primera de las batallas con ese nombre), las fuerzas de Abascal pudieron ser contenidas por Bernardo O´Higgins en 1814. Allí los patriotas, en situación de debilidad[126] firmaron con los realistas el armisticio de Lircay. El acuerdo surgido de esa instancia reconocía el gobierno local de los revolucionarios, pero estos se comprometieron a aceptar la soberanía española. Los hermanos Carrera se fugan de su prisión de Chillán y marchan a Santiago. Aquellos revolucionarios se oponían a la claudicación que entendían se había consumado en Lircay. La llegada de los Carrera y la sublevación de las tropas de Santiago de Chile dieron comienzo a una guerra civil de patriotas contra patriotas.

La situación era ambigua, no estaba del todo claro quien peleaba contra quien. Muy pronto esta situación fue concluida por el virrey del Perú con el envío de un fuerte ejército para derrotar a los revolucionarios (que se habían vuelto a unir, fruto más del espanto que del amor). Las tropas profesionales y bien disciplinadas del virrey peruano comandadas por el general Osorio combatieron contra las desordenadas fuerzas conjuntas de Carrera y O´Higgins. Los patriotas se atrincheraron en la ciudad de Rancagua. Se combatió fuertemente en las calles de la ciudad y finalmente fueron derrotados[127].

En Rancagua, "O´Higgins con un puñado de hombres hizo prodigios de valor, con la vana esperanza de que las fuerzas de Carrera acudieran en su favor, o que los auxiliares rioplatenses (que habían sido enviados por Buenos Aires y expulsados por Carrera) hubieran

126/"A principios de 1814, el porvenir de la revolución americana se presentaba muy sombrío. En todas partes, los ejércitos españoles obtenían grandes victorias. Los argentinos acababan de sufrir dos espantosas derrotas en Vilcapugio y Ayohuma, dejando al virrey Abascal en situación de mandar a Chile nuevos refuerzos de tropas. En España, el ejército auxiliar inglés derrotaba a los franceses y los obligaba a abandonar definitivamente el territorio español. Todo hacía creer que en poco tiempo más Fernando VII sería restablecido en el trono, y era seguro que entonces había de mandar nuevas tropas para consumar la reconquista de América. Barros Arana, ob. cit., p. 399.

127/La estrategia de atrincherarse en Rancagua fue atribuida a O´Higgins. Los revolucionarios habían enarbolado un trapo negro que anunciaba que el combate era a muerte, que no estaban dispuestos de capitular. Los españoles hicieron varios intentos antes de comprender que la forma de construir la victoria era cortar sus suministros a los patriotas chilenos. "Los españoles comenzaron por cortar las acequias que dan agua a la cuidad. En seguida prendieron fuego a varios edificios para abrirse paso. O´Higgins, sin embargo, no desmayó un solo instante. Había esperado que Carrera viniera en su auxilio con otra división, y en efecto había divisado que el general en jefe se acercaba por el norte; pero luego vio que éste se retiraba de nuevo. Fue aquella una falta de Carrera que iba a producir los más desastrosos resultados, y a echar un baldón sobre su nombre" dice Barros Arana, ob. cit., p. 401.

sido avisados antes de trasmontar la cordillera y pudieran concurrir en su ayuda. Nada de esto ocurrió; por el contrario, Carrera en un gesto incomprensible, dejó en la estacada a sus compañeros de armas"[128]. La capital, Santiago de Chile, quedó desguarnecida y la entrada de las fuerzas colonialistas fue inexorable. "La capital era el teatro de una espantosa confusión. Las gentes pensaban sólo en abandonar el país para sustraerse a las venganzas de los vencedores"[129]. Bernardo O´Higgins, José Miguel Carrera y otros criollos que habían encabezado el movimiento emancipador, cruzaron los Andes buscando refugio en Mendoza.

Mariano Osorio, el general que había derrotado a las fuerzas criollas y que esperaba que en reconocimiento le otorgaran la jerarquía de capitán general, fue suplantado en 1815 por el mariscal de campo Francisco Casimiro Marcó del Pont. Si Osorio había intentado desterrar los focos rebeldes sin demasiado éxito, puesto que las ideas de soberanía popular y la doctrina liberal estaban ya extendidas entre los criollos –que contaban con doctrinarios como Juan Egaña[130] y Camilo Henríquez–, a partir de ahora la práctica de dureza represiva implantada por Marcó del Pont sirvió de estímulo a los anhelos de independencia.

Frente a esta ola represiva se planta un abogado chileno llamado Manuel Rodríguez, que era parte de la fuerza de la profundización de los Carrera, pero que con sus guerrilleros se constituye en el héroe de aquella resistencia contra el feroz colonialismo español de Marcó del Pont.

11. El levantamiento popular de México

Los gritos de libertad empezaron a recorrer las entrañas de toda nuestra América colonizada por los españoles, desde el extremo sur al extremo norte. El virreinato de Nueva España, la tierra mexicana, no podía estar ajena a estos acontecimientos que fueron desatados por la acefalía de la Metrópoli.

Cuando en México se conocieron los sucesos de Bayona se convocó a una asamblea extraordinaria el 16 de julio de 1808. Más allá de los debates, no pudo arribarse a ninguna resolución política. Pero, en los días sucesivos, ante una convocatoria del cabildo de la ciudad de México se planteó la cuestión del pactum tralationis, aunque no prosperó. El oidor Guillermo de Aguirre fue el portavoz de los peninsulares y Francisco Primo de Verdad el vocero de los criollos revolucionarios. La mayoría estaba del lado de los realistas.

El 16 de septiembre de 1810, el cura de Dolores, Miguel Hidalgo y Costilla, llamó a la insurrección contra el absolutismo, denominándose capitán general de América y dando curso a uno de los más importantes levantamientos por su carácter popular. "El cura Hidalgo, hombre de cultura sólida, amaba, por eso mismo, su realidad antes que el eco de las revoluciones extrañas, y, viendo que el indio era el productor y el sufridor de su país,

128/Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 26.

129/Barros Arana, ob. cit., p. 401.

130/El patriota chileno Juan Egaña, en los comienzos de la revolución, trazaba un plan cuyo primer capítulo establecía la formación de "el Gran Estado de la América Meridional de los Reinos de Buenos Aires, Chile y Perú y su nombre será el de Dieta Soberana de Sud América".

conspiró a su lado y se levantó a la cabeza de sus poblados"[131].

Miguel Hidalgo, al frente de un grupo de indios mal armados, dio el llamado Grito de Dolores (nombre del pueblo donde habían sido encarcelados los patriotas Ignacio Allende y Juan Aldama, capitanes que preparaban un levantamiento en Querétaro). Y allí sí quedaron dos bandos (¡y dos Vírgenes!) perfectamente enfrentados: de un lado los 100.000 indios y mestizos que al grito de "¡Viva la Virgen de Guadalupe y mueran los gachupines!" cruzaron todo México proclamando la revolución, y del otro, esos gachupines (los criollos blancos partidarios de los españoles) que vivaban a su Virgen de los Remedios.

De formación política liberal revolucionaria, Hidalgo integraba un núcleo de criollos ilustrados instalados en Querétaro, región minera del noroeste de México. Su insurrección, iniciada con el Grito de Dolores, enarboló originalmente, como todas, la bandera del rey depuesto Fernando VII[132], pero estaba decidida a ir por la independencia y fue integrada mayoritariamente por los más humildes y los pueblos originarios que combatieron bajo el estandarte de la Virgen de Guadalupe[133]. El cura Hidalgo proclamó inmediatamente la abolición de la esclavitud y la supresión del tributo de los pueblos originarios. Ese improvisado ejército de los desheredados y los oprimidos, reducido al comienzo, fue creciendo vertiginosamente con la incorporación de los hombres sometidos al yugo implacable del trabajo en las minas.

Como había ocurrido en Haití con la rebelión de los esclavos, las clases oprimidas vieron en este movimiento una ocasión para dar rienda suelta a la revancha de cientos de años de injusticias sufridos sobre sus lomos. Por eso es que fueron destruidas a su paso haciendas e instalaciones mineras. Eran los sitios donde antes habían sido sobreexplotados, sometidos y humillados. "Atemorizados por el rumbo de los acontecimientos, los criollos se unieron a los peninsulares para hacer frente al cura revolucionario"[134].

Esa lucha, tras una serie de triunfos, empezó a declinar a principios de 1811, si bien llegó a tomar la importante ciudad de Guadalajara. Allí, Hidalgo publicó proclamas revolucionarias y un periódico llamado El Despertador Americano. Pese a sus triunfos iniciales, Hidalgo no logró organizar una fuerza general de los revolucionarios que le obedecieran y cada jefe operaba a su antojo. Entre junio y julio, Hidalgo y otros líderes fueron apresados y ejecutados: varios de ellos fueron exhibidos con sus cuerpos decapitados y sus cabezas enjauladas para no ser devoradas por las aves carroñeras.

La siguiente etapa también fue conducida por un sacerdote, José María Morelos y Pavón, quién transformó la insurrección popular espontaneísta en una más efectiva guerra de guerrillas. Cuando Hildalgo cayó a manos de los realistas, Morelos y López Rayón,

---

131/Sánchez, ob. cit., p. 51.

132/"El estandarte de la insurrección fue una imagen de la Virgen de Guadalupe. En las banderas escribió Hidalgo el siguiente lema: ¡Viva Fernando VII y muera el mal gobierno!". Barros Arana, ob. cit., p. 316.

133/La elección de la Virgen de Guadalupe no fue un hecho casual: esta fue la primera aparición americana de la Virgen María que, además, se reveló a un aborigen llamado Juan Diego. Su devoción no se va a restringir a México sino que extenderá a gran parte de nuestra América.

134/Vázquez; Martínez, ob. cit., p. 140.

un antiguo oficial del virrey que lo instruía militarmente, controlaban una parte importante del sur mexicano. Finalmente lograron reunir un congreso en Chipalcingo, el llamado Supremo Congreso Mexicano que se instaló el 14 de septiembre de 1813. Ese día Morelos presentó un documento titulado "Sentimientos de la Nación" que declaraba la independencia total de la "América Mexicana" y constituía todo un programa para la independencia nacional. El texto destacaba que, dada la ocupación de España por parte del ejército napoleónico y la cautividad del rey, América debía recuperar la soberanía usurpada por los invasores franceses, porque la unión entre los dominios ultramarinos y la metrópoli quedaba disuelta. Morelos planteaba la formación de un gobierno popular representativo, con forma republicana y sin esclavitud.

Así fue que el 22 de octubre de 1814 declaró la primera independencia mexicana aunque, en realidad, al igual que en el resto de la convulsionada colonia española de América su sentido fue americano y no meramente local. El 6 de noviembre se juró –obsérvese el título– el "Acta Solemne de la Declaración de la Independencia de la América Septentrional". Finalmente, el 22 de octubre de 1814 se aprobó la Constitución de Apatzingán que, si bien abrevaba en la Constitución de Cádiz, era, a diferencia de aquella, de neto corte republicano. La Constitución dictada por el Congreso de Apatzingán, fue redactada por el sector intelectual criollo que lo acompañó en la lucha por la independencia, que por cierto, era minoritario.

El programa político y social de esa primera Constitución mexicana es claro: una América libre, independiente y católica (no debemos olvidar que el movimiento estaba encabezado por un cura); el tributo a los indios sería sustituido por un impuesto a la renta, que pagarían los ricos; todos los bienes del enemigo debían pasar al naciente Estado mexicano; habría libertad de comercio, pero con barreras aduaneras, para proteger las producciones locales; se suprimirían la esclavitud y la tortura, así como el régimen de castas y diferenciaciones sociales del México colonial. Demasiado revolucionario, no sólo para ser tolerado por los reaccionarios y colonialistas, sino también por algunos criollos que aun sosteniendo la necesidad de la libertad respecto de España, creían que esta independencia no debía alterar el orden social vigente y consideraban que el curita Morelos ha llegado demasiado lejos en su afán "demagógico" por responder a aquellos que lo seguían incondicionalmente.

El segundo cura (Morelos) pagó, igual que Hidalgo, con la vida y ambos debieron enfrentar a la Iglesia Católica de donde provenían; lo mismo que siglos antes lo había tenido que hacer el propio fray Bartolomé de Las Casas, el obispo de Chiapas que renunció a ser encomendero. El Santo Oficio de México no ahorró palabras para apostrofar al cura Hidalgo: "Hereje, apóstata de la religión, negador de la virginidad de María, materialista, libertino, abogado de la fornicación, sedicioso, cismático y sectario de la libertad francesa", fueron algunas de las "bendiciones" que se derramaron sobre su cabeza. El curita, en cambio, prefirió responder con hechos concretos: mandó retirar de todas las paredes el retrato del rey Fernando y les pegó a los gachupines donde más le dolía, decretando la abolición de la esclavitud, la confiscación de los bienes europeos, el fin de los tributos que pagaban los indios y la devolución de las tierras de cultivo que les habían arrebatado los conquistadores

y sus descendiente) criollos[135].

La vigencia de esta Constitución fue fugaz y limitada a los territorios en los que se logró imponer al nuevo gobierno o "Gobierno Supremo", compuesto por Morelos, José María Cos y José María Liceaga. El triunvirato insurgente estableció relaciones con los Estados Unidos y diseñó la primera bandera de guerra de la nueva nación.

El general Iturbide, en ese momento jefe de las fuerzas realistas, forzó al ejército de Morelos a la retirada. Ocho mil hombres, veteranos de la guerras napoleónicas, llegaron de España en el otoño de 1814, auxilio que permitió a Iturbide lograr el triunfo definitivo.

En una arriesgada operación de traslado a Tehuacán conducida por él mismo, Morelos fue aprendido por las fuerzas colonialistas. "El prisionero manifestó grande entereza de alma, se abstuvo de comprometer a nadie en sus declaraciones, y se preparó para morir (...) El 22 de diciembre de 1815, Morelos fue conducido al pueblo de San Cristóbal, a seis leguas al norte de la capital y allí fue fusilado por la espalda como traidor al rey"[136].

Después de que en 1815 Morelos fuera fusilado por las fuerzas realistas, México entró entonces en un largo período de preponderancia de las fuerzas absolutistas. Casi en soledad se mantuvo combatiendo Vicente Guerrero, en actuales estados del sur de México.

Ya desde 1815, el general realista Félix Calleja se ufanaba de haber extinguido la causa insurgente, a través del uso de tropas numerosas y disciplinadas que aplicaron fuertes medidas represoras, con los restos del ejército rebelde. Estando la lucha insurgente prácticamente en derrota el virrey decide ofrecer el indulto a aquellos que dejen la lucha, por lo que muchos de los jefes independentistas comienzan a rendirse. La oferta de indulto contemplaba especialmente a Vicente Guerrero, quién sin embargo no la acepta, por lo que el virrey envía directamente a su padre, Pedro Guerrero, partidario del realismo español, para que intente convencerlo de deponer las armas. Nada hizo cambiar las ideas del general patriota, ni siquiera los ruegos de su padre, de rodillas y con lágrimas en los ojos, a los que Guerrero contestó: "Señores, éste es mi padre, ha venido a ofrecerme el perdón de los españoles y un trabajo como general español. Yo siempre lo he respetado, pero la patria es primero".

Sin embargo, y en rigor de verdad la lucha guerrillera que desde entonces sostuvo Guerrero sólo fue una brasa encendida que no significó mayor peligro para la continuidad del absolutismo en el virreinato de Nueva España.

12. Algunas conclusiones sobre los primeros procesos revolucionarios

Podemos advertir en el proceso de la emancipación de nuestra América tres momentos nítidamente delimitados. Primero: los tiempos de la revolución, abiertos con la abdicación de los Borbones, donde el peso ideológico y la práctica política recaen sobre la lógica del pactum traslationatis y el juntismo como forma de organización jurídico-política de ese pueblo que recupera su soberanía. En muchos casos esta interpelación de la soberanía y la respuesta violenta de los sectores reaccionarios dentro de América, precipita la profundización de caminos en donde la independencia y la ruptura de lazos con la metrópoli se

135/Casalla, ob. cit., p. 347.

136/Barros Arana, ob. cit., p. 323.

vuelven imperiosos. Segundo momento: la restauración de los conservadores que podemos iniciarla simbólicamente en 1814 con el regreso al trono de Fernando VII en España. Se abre una etapa de fuerte ofensiva colonialista española (que incluye el envío de tropas veteranas de la guerra contra Francia) y desde el interior de América por parte de los realistas que logran consolidar sus posiciones. Cuando esta situación de confrontación se agudiza, ya el proceso no tiene retorno y se vuelven cada vez menos una guerra de tipo civil (con causa en la discusión de la soberanía) para pasar a ser cada vez más una revolución de tipo nacional. Y un tercer momento, constituido por la ofensiva de los patriotas, ya imbuidos de una doctrina de la independencia, que se inicia con las ofensivas de San Martín por el sur y de Bolívar por el norte, que será un catalizador importante en la revolución liberal en España de Riego (1820), que deja desarmados a los colonialistas y su cierre en la batalla de Ayacucho comandada por el mariscal Sucre, como veremos oportunamente.

La primera etapa revolucionaria fue, en gran medida, un episodio americano de la revolución democrática antiabsolutista española y, por tanto, protagonizada, fundamentalmente, por fuerzas revolucionarias compuestas mayoritariamente por los criollos acaudalados que siguieron atentamente a los sucesos de la metrópoli y formaban parte de las discusiones políticas del pensamiento español de la época, incluso en algunos casos de logias que operaban tanto en la península como en América, aunque no se tiene que sobredimensionar la injerencia de ellas. Podemos afirmar, también, que los actores preponderantes en la economía colonial reaccionaban igualmente frente a la recolonización practicada por los Borbones que los venía afectando de modo directo. En esto, el antiabsolutismo se mezclaba con los intereses personales de muchos criollos ricos. Todo ello indujo a varios historiadores a incurrir en el error de que las guerras de independencia pueden reducirse a una lucha de criollos contra españoles.

En realidad, como dice lúcidamente Hernández Arregui, frente a la invasión napoleónica las burocracias políticas, a uno y otro lado del Atlántico, tuvieron una posición vacilante, cuando no directamente claudicante: "Pero fueron miembros de las clases superiores, españoles y criollos, los que vacilaron, cuando creyóse asegurado el triunfo de Napoleón. Ni el pueblo español, ni los pueblos hispanoamericanos, se afrancesaron. En América y España, las masas populares se rebelaron contra el francés con espíritu nacional. La posterior adhesión de las masas a los postulados de 1810 fueron en parte, como en la misma España contra José Bonaparte, reacciones frente al extranjero usurpador y, después, contra un absolutismo de hinojos ante Francia"[137].

No se trató de una revolución separatista y antihispánica. Por lo menos, al principio, en cada una de las ciudades en donde estalló la revolución en América se dio no solamente la práctica del juntismo con fundamento en el pactum traslationis, como teoría de recuperación de la soberanía. En ello fue igual en argumentos y práctica a la resistencia española, que implicaba también la defensa de los derechos legítimos del monarca depuesto por las fuerzas napoleónicas. En ambos lados del Atlántico con la expectativa de que éste, el "Deseado" fuera el abanderado de las reformas antiabsolutistas. La junta de Caracas y la de Buenos Aires, las precursoras de la revolución, juran su lealtad a Fernando VII y la

137/Hernández Arregui, ob. cit., p. 74.

autoridad que desconocen es la del Consejo de Regencia; otro tanto hacen la mayoría de las otras juntas. "La junta creada en Chile en 1810, reafirmó su lealtad a Fernando VII, sostiene José Luis Romero. El 19 de abril de 1810 se constituyó, a su vez en Caracas, "La junta Suprema Conservadora de los Derechos de Fernando VII". Incluso en México, donde la mayor importancia de la cuestión indígena facilitaba el clima para el antihispanismo, "los revolucionarios estaban divididos entre los que respetaban el nombre de Fernando VII y adoptaban un barniz de obediencia al soberano, y aquellos que preferían hablar lisa y llanamente de independencia (...) Aun en el movimiento producido en La Paz[138] (donde las referencias a "la libertad" y a la "ruptura del yugo" podría suponer un propósito independentista), se reiteran asimismo las invocaciones a Fernando VII"[139].

La posición reaccionaria en América fue, generalmente, la expresada por las autoridades virreinales, e implicaba un reconocimiento absoluto del Consejo de Regencia y su derecho a imponer su voluntad en América, en tanto autoridad española. Sus paladines fueron el implacable virrey del Perú, Abasacal, el virrey Venegas en Nueva España y Elío, instalado en Montevideo. Estos tomaron al juntismo americano como una rebelión imperdonable que había que aplastar con todo el peso de la fuerza del imperio y en ello pusieron todo su empeño.

Un historiador de cuño liberal como José Luis Romero hace una doble confesión sobre la negación de la dimensión americana de nuestra historia y del caracter oligárquico como matriz de los estudios históricos oficiales, claro que lo hace pensando que son positivos: "En los paises latinoamericanos –tan distintos, por cierto, y tan dificilmente comprensibles como una unidad más allá de ciertos límites– los estudios históricos se desarrollaron intensamente en la segunda mitad del siglo XIX como consecuencia de causas encontradas y diversas. Sin duda los cultivaron y desarrollaron ciertas minorías cultas, de muy fina formación intelectual e impregnadas de pensamiento europeo"[140]. Por eso es que esta historia oficial es tabicada, fragmentada, centrada en el protagonismo de las elites y no del pueblo, de las grandes capitales y no del conjunto de los pueblos. Es una historia nacional de fronteras estrechas y patria chica –parafraseando a Jauretche– de espaladas al territorio contiguo y también a los hechos reales de una emancipación conjunta. Y se apura en encontrar en la revolución no una reivindicacion antiabsolutista común, sino una vanguardia en el proceso de creación de sus propias repúblicas hecha desde las grandes ciudades.

La interpretación tradicional española del proceso emancipatorio americano, con una lógica de lectura de país dominante sobre lo que significaba el imperio, termina coinci-

138/De Gandía afirma que en 1809 en La Paz "un escribano Cáceres y un chocolatero Ramón Rodríguez se encargaron con otros hombres de apoderarse la torre de la catedral y tocar a rebato la campana para reunir al populacho. La revolución se hizo con gran desorden, siempre a los gritos de ¡Viva Fernando VII, mueran los chapetones!" y agrega que en la proclama de Murillo dice "La causa que sostenemos ¿no es la más sagrada? Fernando, nuestro adorado rey Fernando ¿no es y será el único agente que pone en movimiento y revolución todas nuestras ideas?". De Gandía, ob. cit., p. 233.

139/Galasso, ob. cit., p. 13.

140/Romero, José Luis, *Latinoamérica. Situaciones e ideologías*, Buenos Aires, Del Candil, 1967, p. 14.

diendo con las interpretaciones de las historias oficiales que ven la independencia desde el comienzo de la revolución, porque les cuesta otorgar carácter político revolucionario a los americanos. Las justificaciones de la historia mayoritariamente aceptada en la península de por qué estas eran acciones rupturistas se basa más bien en el rol que le hubiera cabido a Madrid en el sostenimiento de la unidad, que todavía entonces era posible. Entonces interpreta el historiador español Piqueras: "En ninguna parte encontramos atisbos de autonomías sino revoluciones de independencia que dejan abierta una angosta vía a la confederación en unos casos, en otros a una simple unión dinástica de estados soberanos, entre los que podía estar España"[141].

Puede que sea cierto, como dice Piqueras, que "en 1810 queda un margen muy escaso, inexistente en nuestra opinión, después de la ruptura con la autoridad española, la formación de juntas supremas de gobierno y la convocatoria de congresos provinciales. Se conserva la figura del rey. Lo hacen todavía algunas de las primeras constituciones, como la de Cundinamarca, del antiguo reino de la Nueva Granada, aprobada el 30 de marzo de 1811, que prevé integrar sus diputados en unas Cortes del imperio español si llegaran a ser convocadas 'en justa igualdad proporcional', y establece que al rey le corresponde el ejercicio del alto poder ejecutivo, pero no el de la provincia, que únicamente podría ejercer de manera personal si residía en ella. El reglamento constitucional provisorio dado en Chile el 26 de octubre de 1812, proclamaba que el pueblo de Chile se daría una Constitución por medio de sus representantes y que su rey, Femando VII, se vería obligado a aceptarla en el mismo modo que la de la península, gobernando una junta a su nombre"[142].

Pero en la propia península la situación no era menos tensa con el propio rey. Además, es preciso tomar en cuenta que la sistemática respuesta violenta de los sectores reaccionarios, no hizo más que apagar ese fuego con nafta. A lo que hay que sumar que la actitud de los liberales revolucionarios españoles, lejos de hermanarse con sus epígonos americanos y el menosprecio de la representación de estos en la discusión política, lo que hizo fue demostrar, como reflejo la situación colonial, el fundamento real de la relación entre América y España. Con justeza lo pone en blanco sobre negro el pensador nacional Abelardo Ramos en su precursora Historia de la Nación Latinoamericana: "Los debates de las Cortes, donde se mostraron las resistencias de la mayoría española, a otorgar a la América una igualdad plena, persuadió a los americanos de que ni siquiera un triunfo del liberalismo español sobre el absolutismo daría igualdad completa a América dentro del marco de la Nación común"[143].

Lo cierto es que la revolución condujo rápidamente a la independencia, sobre todo en aquellos lugares que sintieron la presión directa de la reacción colonialista frente al hecho juntista. Caracas (5 de julio 1811), Cartagena (11 de septiembre de 1811) y Quito (11 de diciembre de 1811) fueron la vanguardia en este sentido. Pero, ya para 1813, no había prácticamente lugar en la América revolucionaria donde la independencia no se encontrara como bandera de los sectores de la profundización dentro de los revolucionarios. Su decla-

141/Piqueras, ob. cit., p. 330.

142/*Ibid*.

143/Ramos, ob. cit., p. 124.

ración o no, se basaba tanto en la correlación de fuerzas internas como en el movimiento de piezas internacional que empezaba a jugar opresivamente en el tablero americano. Inglaterra operaba con sus agentes y para no cambiar el centro de atención de los esfuerzos españoles de la guerra contra Francia, abiertamente en contra de la declaración de una independencia americana en ese tiempo.

El tránsito de la revolución democrática a la nacional, no se da ni por el ocultamiento de las ideas, ni por el cambio de las mismas. Se trata, a nuestro juicio, de que las discusiones sobre la cuestión democrática de matriz europea vertida en el molde de la situación colonial americana, generan consecuencias absolutamente distintas.

Antonio Nariño escribía en su diario político La Bagatela: "Ya no somos colonos, pero no podemos pronunciar la palabra libertad, sin ser insurgentes. Advertid que hay un diccionario para la España europea, y otro para la España americana: en aquella las palabras libertad e independencia son virtud; en esta, insurrección y crimen; en aquella la conquista es el mayor atentado de Bonaparte; en esta la gloria de Fernando e Isabel; en aquella la libertad de comercio es un derecho de la nación; en esta una ingratitud contra cuatro comerciantes de Cádiz"[144].

Con agudeza, observa el europeo Alberto Filippi: "La América de Bolívar, en cambio, entra en la historia como parte de ese mundo periférico, puesto al servicio de Europa, la cual se sabe libre pero es incapaz de reconocer otra libertad que no sea la propia"[145].

"Por ello, de esta América nacida bajo la dominación sólo podía originarse la lucha encaminada a su propia liberación, que acabaría siendo liberación de otros muchos pueblos igualmente dominados. Bolívar toma conciencia de esta necesidad y se hace su paladín. Así, la periferia se transforma en centro y en punto de partida, en toma de conciencia de la libertad y en su necesaria realización a lo largo de la tierra. La marea dominante, que nace en Europa, se trasforma en contramarea libertaria, que partirá de esta América hacia la misma Europa y hacia el resto de mundo que ella integró mediante la conquista y la colonización"[146], sostiene el filósofo mexicano Leopoldo Zea. La revolución americana no es antieuropea. No hubiera podido serlo, por su matriz de comprensión de la realidad. Fue el sistema de ideas de Europa, las más modernas (como las liberales revolucionarias roussonianas) y las más tradicionales (como las de los filósofos de la alta escolástica de Salamanca), las que arrancaron el proceso. La obra bolivariana y sanmartiniana fue poner sobre la situación de colonia la idea de libertad europea; las consecuencias fueron un proceso liberador que niega la dominación europea. Extendiendo las ideas europeas del mundo, transportando los cuestionamientos de la propia Europa al absolutismo, terminaron haciendo universal algo que en los papeles era pero que en la realidad estaba restringida a ellos mismos. La libertad, la igualdad y la fraternidad, eran sólo para los europeos. Porque mantenían la esclavitud, porque sometían a la explotación a otros pueblos, porque la hermandad entre los hombres estaba cruzada por una desigualdad brutal que, en base a

144/Koenig, Hans Joachim, *En el camino hacia la nación. Nacionalismo en el proceso de formación del Estado y de la nación de la Nueva Granada, 1750-1856*, Bogotá, Banco de la República, 1994, p. 285.

145/Filippi, ob. cit., p. 18.

146/Zea Leopoldo, *Simón Bolívar. Integración en la libertad,* México, Edicol, 1980, p. 10.

la propiedad de los medios de producción, potenciaba el capitalismo.

La emancipación americana implicó una visión crítica de la relación de dominación europea que parte del cuestionamiento que los europeos hacen de su viejo mundo. Pero en Nuestra América la lucha por la liberación significó una práctica que supuso una teoría distinta, nueva, en tanto era una práctica de ruptura de cadenas de dominación de un pueblo sobre otro pueblo extra-continental. Algo que en Europa no existía desde los tiempos del imperio romano.

El factor catalizador de estas consecuencias distintas en América será la intervención popular, la real no la del discurso, que trae consigo sus propias interpretaciones políticas que la lucha en la que poco a poco se va convirtiendo en sujeto principal, porque los ejércitos libertadores, los que entregaron la vida por la independencia, fueron mayoritariamente integrados por sectores populares.

La Corona, como cohesión de imperio español mostró –con su claudicación ante los franceses– que, como reza la fábula, el rey estaba desnudo sentado en el trono de un imperio en decadencia. El complejo entramado se sostenía sobre pautas cada vez más cuestionadas y cuestionables. La aparición de nuevas voces en la propia España, aunque apelaran a la esperanza del regreso del rey legítimo, cuestionaban la autoridad del despotismo y el "mal gobierno" desde el liberalismo. Fue la acción de las juntas en las principales ciudades y la conducción de la resistencia a los franceses por sectores ajenos a la burocracia real, que de tan afrancesada aceptaba la conducción impuesta del producto de la revolución que había decapitado a los primos Borbones de su rey. Un verdadero pueblo en armas que no pudo resolver su propia revolución entre la resistencia y el retorno de Fernando. Porque con una constitución formal, como la de 1812, no alcanzaba a transformarse en la constitución real de aquella España anquilosada. La opinión escrita y la capacidad de formar opinión quedaron en manos de nuevos actores. Esto es así a ambos lados del Atlántico. No sólo hablan las juntas, escenarios donde se daba una disputa más o menos pareja entre liberales y absolutistas en la península, entre revolucionarios y conservadores en América; sino que tienen la palabra aquellos miembros de las juntas que, influidos por el pensamiento progresista europeo, durante un tiempo llevaron la iniciativa. Ellos fueron los redactores de la opinión publicada en periódicos, bandos y manifiestos, los que para ilustrar las medidas ejecutivas que se adoptaban apelaron a emociones y a referencias históricas, propias de lo que después fue el romanticismo, pero que sobre todo tomaban un interlocutor principal al pueblo. Ese pueblo, no el abstracto de las convocatorias y las declamatorias, sino el concreto, fue el que marcó la diferencia entre una revolución frustrada en la península, y la que en América devino en triunfante consolidándose como una revolución de carácter nacional.

En su concepción europeísta, Romero[147] termina coincidiendo con el español Piqueras en la idea de que el pueblo es el ciudadano de las ciudades. Ese es el pueblo que queda convertido en público soberano. Pero en América, la dialéctica de la insurrección –donde convergen tendencias, intereses, grupos sociales y tradiciones dispares–, las exigencias

147/Nos referimos a la tesis de José Luis Romero en *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, cuya primera versión es de junio de 1976.

de cada sector y la disputa del liderazgo que oriente la organización del poder, llevará a desmadrar por momentos los cánones de esa idea restringida de pueblo. "La guerra contra los realistas, que son criollos y peninsulares, así como los conflictos entre ciudades y territorios, introducirán un poderoso factor de cambio –y otras tantas razones para resistirlo por los sectores acomodados criollos– a la vez que las grandes campañas consagrarán una jefatura militar sin perder nunca su condición política" dice con acierto Piqueras[148], pero lo que no termina de aparecer en su pluma es la impronta real que el pueblo concreto le pone a las luchas poniéndole el cuerpo. ¿Cómo entender, sino, los cambios en la concepción política desde Artigas hasta Bolívar?

Las clases más postergadas de la América colonial, como los blancos pobres, los mestizos, los esclavos y los pueblos originarios no siempre tuvieron algún nivel de protagonismo en los primeros pronunciamientos del proceso liberador. Pero esto no tiene que llamarnos a engaño de que no fueron un factor determinante de la suerte de la independencia. Aunque tampoco hay que hacer lecturas lineales y deterministas sobre este tópico. A veces los sectores populares extraviaron el camino, en el marco de una confusa guerra civil y trabajaron funcionalmente para los colonialistas, como en los llanos de Venezuela junto a Boves, otras como en el Río de la Plata fueron la base de sustento de la oposición al modelo europeizante de imposición de condiciones hecha desde los puertos, que terminaban enfrentado en ciertas ocasiones a patriotas leales que confundían también quien era el enemigo. Por ejemplo, podemos decir que ni Manuel Belgrano, ni Manuel Dorrego, se salvaron de ser enviados a combatir a al paisanaje sublevado como montonera.

Consideramos que la revolución española antifrancesa y antiabsolutista, cuando se manifestó en América, potenció los elementos democráticos de su versión peninsular. "El estallido español con su gente en las calles, con sus juntas democráticas, con sus exigencias de derechos para el pueblo, pone en tensión los conflictos sociales existentes en América, es decir, provoca la eclosión de fuerzas democráticas, transformadoras, no signadas por un color nacional sino reclamos populares semejantes a los que enarbola el pueblo español en las calles y las aldeas de España"[149]. Sin embargo, las fuerzas sociales desatadas eran sustancialmente distintas a las de la metrópoli y fueron la clave del éxito de los sectores que iban por más y pensaron la independencia como horizonte. Los sectores populares siempre fueron un factor que, tarde o temprano, era tenido en cuenta por los grandes conductores político-militares a la hora de construir sus decisiones. Los movimientos nacionales, que fueron el profundo impulso de las guerras de independencia, toman cuerpo a partir de esta confluencia entre conductores y la voluntad de las mayorías puesta en acto en el combate contra las fuerzas colonialistas. Los esclavos en particular, salvo en las excepciones del norte de América del sur o en Perú donde eran utilizados por sus amos para enfrentar a los revolucionarios, en general lucharon en el bando patriota. Acaso porque la libertad no les parecía una cuestión abstracta, acaso porque en su lucha ganaban la propia manumisión. Cuando Bolívar vuelve de Haití procura decretar la libertad de los esclavos[150],

148/Piqueras, ob. cit., p. 331.

149/Galasso, ob. cit., p. 23.

150/El 2 de junio de 1816 Bolívar declaraba la liberación de los esclavos y su incorporación al ejército

no sólo como una devolución de favores o compromiso con Petión[151], sino también porque había aprendido habiendo aprendido la lección del llamado año terrible de 1814: no había triunfo posible solamente con los mantuanos (con todas sus ideas liberales incluidas), era necesaria la concurrencia con las clases oprimidas y en particular los esclavos que, como se dice comúnmente, nada tenían para perder excepto sus cadenas. Bolívar había aprendido su gran lección política en la Haití revolucionaria. San Martín prepara, en Cuyo, una infantería compuesta particularmente por negros que luchan por su libertad y se desvive a lo largo de su campaña en elogios para el coraje y la disciplina de esta fuerza.

San Martín y Bolívar vencen cuando logran sintetizar el esfuerzo de las clases oprimidas por el yugo colonial y no cuando responden a los intereses pequeños de los hombres de negocios, a los criollos acomodados, que en la historiografía liberal son aquellos que, deseosos de practicar el libre comercio, impulsaron el proceso de independencia. Nadie muere por comerciar libremente con una nueva potencia hegemónica. En todo caso, puede llegar a hacer que se maten otros por eso. Los únicos que tenían un interés claro en la libertad de comercio eran los comerciantes menores (los mayores eran los monopolistas), hijos en la mayoría de los casos del contrabando, y que se radicaban en las grandes ciudades de comerciantes pero marginales como Buenos Aires y Caracas.

El error de considerar a estos sectores como los impulsores de la revolución es doble, por un lado no permite explicar quién sostuvo la guerra libertadora y por el otro significa hacer análisis materialistas (tanto para liberales como para pseudo marxistas) a partir sólo de las condiciones económicas de las grandes capitales y no del conjunto del territorio, cuyo interior fue, en gran parte, quien sustentó con recursos, en hombres y en riqueza, las guerras de la independencia. La realidad es que, el libertador del norte y el libertador del sur no fueron los jefes de un selecto grupo de criollos con intereses comerciales vinculados a los británicos, sino que condujeron movimientos nacionales y populares que aglutinaban pardos, mestizos, negros esclavos y negros emancipados, blancos pobres pero también criollos y españoles ricos y liberales revolucionarios. Con todos ellos compartieron el pan como compañeros en los fogones de los campamentos militares, de todos ellos aprendieron y a todos ellos enseñaron y formaron con sus estrategias y su ideales. Ni San Martín, ni Bolívar son los mismos hombres al comenzar y al finalizar sus campañas.

Norberto Galasso se pregunta para la mirada clásica de la historiografía oficial argentina: "¿Cómo explicarse entonces que durante décadas haya persistido la creencia en esta fábula tan poco consistente? La razón principal, como sostenía Jauretche, consiste en que no se trata de una simple polémica historiográfica sino esencialmente política. Esa versión histórica resulta el punto de partida para colonizar mentalmente a los argentinos y llevar-

libertador. En 1819, desde Angostura, ratificaba la abolición de la esclavitud: "Todos los hombres que antes eran esclavos se presentarán al servicio para defender su libertad". La incorporación al ejército libertador era la condición de esa libertad.

151/Abelardo Ramos refiere a un "tratado firmado entre el presidente Petión y Simón Bolívar en febrero de 1816, [en que]se establecía claramente que a cambio de esta ayuda en hombres, víveres, naves y armas, Bolívar se comprometía solemnemente a abolir la esclavitud en el mismo momento de pisar tierra firme". Ramos, ob. cit., p. 151.

los a la errónea conclusión de que el progreso obedece solamente a la acción de la 'gente decente', especialmente si esta es amiga de ingleses y yanquis, al tiempo que le enseña a abominar de las masas y el resto de América Latina"[152].

De aquellas cinco iniciales revoluciones americanas, las más populares fueron las Hidalgo y Morelos en México y las más aristocráticas la chilena, en primer lugar, y luego la venezolana. La más equilibrada entre la participación popular y la impronta criolla fue la de Buenos Aires. No es raro que ésta última sea la única que subsiste hacia 1815 después de la primera ola de contraofensiva colonialista. La amplitud de los movimientos nacionales es la clave de su continuidad más que la causa de sus límites y frustraciones.

El fracaso de la primera tentativa independentista en el norte de América meridional se debió, fundamentalmente, a que la mayoría de los sectores populares se alinearon en el bando realista, configurando una correlación de fuerzas negativa para los patriotas. Es cierto que líderes de la reacción, como veremos, hombres bestiales a los cuales no le importaba dejar la tierra arrasada con el objetivo de mantener el dominio colonial, muchas veces operaron las contradicciones secundarias y azuzaron astutamente a las clases subalternas, fundamentalmente a los esclavos a desatar su odio de clase contra los mantuanos, fundado justamente en muchos años de oprobio e inclemencia. Así, fue como los esclavos venezolanos pelearon muchas veces del lado equivocado –pensando que ese era el camino que habían seguido sus hermanos haitianos en su revolución que había arrasado con los blancos de la isla–. Entonces podemos ver que las contradicciones de clase jugaron, en este caso, en favor de la reacción política y no en favor de la causa común nacional.

En Chile, durante la patria vieja, gran parte de los movimientos que se dieron se restringieron a grupos de militares, funcionarios y algunos hombres de las clases más acomodadas y la participación popular fue escasa. Eso permitió a los realistas recuperar rápidamente el poder. Lo cierto es que los objetivos particulares de los criollos ricos no alcanzaban a entusiasmar a las masas populares. Asiste razón a Hernández Arregui cuando sostiene que la revolución en el pensar de las clases directoras, no buscaba la modificación de la estructura social del período hispánico, sino la apertura hacia el mercado europeo. Las pocas brasas jacobinas fueron rápidamente extinguidas. Los grupos criollos dominantes sólo deseaban eliminar el aparato fiscal metropolitano, expropiar al sector español de la propia clase social y heredar su poder político"[153]. Por eso es que esta primera instancia del proceso, en Chile como en Caracas y otros lugares de nuestra América, cuando no se enraizó en los sectores populares no tuvo éxito, y al mismo tiempo cuando prácticamente se restringió a los oprimidos, como en el caso mexicano, no logró sostenerse en el tiempo.

Una de las primeras cuestiones que tuvo que abordar el proceso revolucionario, fue el descalabro de las economías coloniales. Los circuitos tradicionales de intercambios comerciales se vieron interrumpidos por el predominio de uno y otro bando en alguno de los sitios. El establecimiento de una salida a través del océano para comerciar, sobre todo con los ingleses, significó un alivio en algunas regiones. Sin embargo, esta nueva salida implicaba un circuito comercial distinto y nuevo, con todos los inconvenientes y reaco-

152/Galasso, ob. cit., p. 15.

153/Hernández Arregui, ob. cit., p. 68.

modamientos que esto representa. A lo cual hay que sumarle cómo transformó la propia guerra, con sus demandas propias, a las economías de los primeros años de la revolución.

Una de las cuestiones centrales que hubo que abordar fue la militarización de una colonia que no estaba acostumbrada sino a mantener una fuerza de carácter auxiliar. La resolución de las contradicciones políticas mediante la violencia tuvo un alto costo económico. Por un lado, una brutal demanda de hombres de la franja de la población económicamente activa, pero también una tremenda sangría de recursos. "La obtención de estos terminó por ser una preocupación casi obsesiva de los sucesivos gobiernos revolucionarios. En parte, el ejército vive de los recursos del país; la adquisición local de ganados y cabalgaduras, de objetos de talabartería y textiles parece ser la regla; aun en cuanto a armas y pólvora algo se puede comprar en el país. Otra parte se importa; a veces telas para uniformes, más a menudo armas de fuego y proyectiles. Pero comprarlas en el extranjero no deja de presentar serios problemas, y no sólo en cuanto al pago"[154].

Esto significó un dilema que suele resolverse en favor del despliegue de los mejores esfuerzos de industrialización para sustituir lo que no se puede obtener. En Buenos Aires se instaló una fábrica de fusiles que congregaba a todos los armeros de la ciudad, reorganizada más tarde con artesanos alemanes e ingleses y obreros criollos trabajando como asalariados de estos, llegando a sumar esta fábrica más de 150 trabajadores. También se desarrolló una fundición de piezas de artillería. "Las importaciones, con su carácter espasmódico y su elevado costo, no sólo gobiernan en buena medida el esfuerzo de guerra y le dictan su propio ritmo; influyen de modo decisivo en la economía en su conjunto. La guerra es, en efecto, inesperadamente costosa"[155].

13. El campo contrarrevolucionario. Los ejemplos de Liniers y Boves.

La conducción estratégica de la contrarrevolución en América estuvo en manos, principalmente, de los funcionarios reales que se aferraron a su poder y autoridad para enfrentar con las armas a los revolucionarios. En muchos casos odiaban profundamente lo americano, como ocurría con el virrey Abascal. En otros, sobre todo en los cuadros intermedios, veían en la lealtad a España, aun siendo americanos, la posibilidad de encaramarse en los más altos puestos de la colonia. Pero hubo dos personajes, dos casos particulares por el sustento popular de su liderazgo, que por lo que generaron, o pudieron haber generado, significaron una excepción al partido del orden, imagen con que generalmente se querían parar los realistas. Son dos europeos. Uno francés y otro español. Nos referimos a Santiago de Liniers y a José Tomás Boves y de la Iglesia, respectivamente.

En alguna medida, la forma de resolver el problema de los cabecillas contrarrevolucionarios con arraigo popular es otra de las cuestiones que nos permiten explicar porqué la revolución en Buenos Aires tuvo la continuidad de la que careció la iniciada en Caracas.

Santiago José de Liniers y Bremond había nacido en Francia, en la ciudad de Niort en 1753. Era de una familia de la nobleza, aunque quien heredó el título de conde de Liniers, según las prácticas de la época, fue su hermano mayor. Entrando en la adolescencia,

154/Halperín Donghi, ob. cit., p. 58.

155/*Ibid*., p. 59.

Liniers se enroló entre las fuerzas españolas, por el "Pacto de Familia" entre los Borbones franceses y españoles de 1761, que permitió a los galos participar en las empresas militares de España, en igualdad de derechos y obligaciones con los miembros de las fuerzas armadas peninsulares. Llegó por primera vez al Río de la Plata con la escuadra comandada por Pedro de Ceballos.

Años después, Liniers dirigió la fortificación del puerto de Montevideo y llegó a grado militar de capitán de navío en la Armada española. En 1802 fue nombrado por el virrey Del Pino gobernador de las Misiones. Tan sólo un puñado de años después se va a convertir, como hemos comentado, en protagonista durante las invasiones inglesas.

La primera gran encrucijada que deberán enfrentar los revolucionarios porteños fue abordar la resistencia realista encabezada por el ex virrey Santiago de Liniers. Recordemos que se trataba del gran héroe de la Reconquista y la lucha contra las invasiones y que había llegado a su puesto de virrey interino por el reconocimiento de la Corona de la imposición del pueblo de Buenos Aires. Este personaje, tantas veces acusado de agente de Napoleón, fue, sin embargo, fiel a la corona española hasta su muerte. Aunque esto puede ser leído conspirativamente como una maniobra dentro de una maniobra y que la lealtad por él ofrecida estuviera en los planes a largo plazo de los franceses para quedarse con la colonia americana de España, territorio que consideraban tenían dominado. Liniers un prestigioso militar que había conducido al pueblo en su victoria contra los invasores, en los hechos fue un peligro más potencial que real. Tal es así que sólo había logrado organizar un puñado de hombres que huyeron despavoridos ante el avance de la fuerza militar armada por los revolucionarios (que tampoco eran demasiados). Sin embargo, el francés por las simpatías del pueblo, cosechadas en la lucha en Buenos Aires y el prestigio en el resto de las provincias era, de los cuadros reaccionarios, quien en mejores condiciones estaba de sintetizar al campo realista con apoyo popular. Liniers tenía además experiencia militar que le permitiría no sólo capitalizar el descontento, sino también encuadrarlo en una fuerza beligerante. Por eso es que el fusilamiento de Liniers fue ordenado por la junta revolucionaria en pleno (y no sólo por el grupo llamado "jacobino" como suele decirse[156]): todos votaron a favor del mismo con la excepción de Alberti, quien por ser sacerdote se había excusado.

Apenas había empezado Liniers a hacer política con los sectores reaccionarios de Córdoba, donde se había radicado cuando fue encarado por las fuerzas revolucionarias cuyo destino era el norte. Liniers era un problema político que requería de una solución drástica. Quien ejecuta las órdenes es uno de los miembros de la junta, quizás uno de los más importantes, dado su sistema de relaciones tanto con Moreno y Belgrano (al que estaba unido en parentesco directo) como con Saavedra con quien se consideraban amigos. Esta-

156/Los historiadores revisionistas clásicos tienen una posición crítica con Mariano Moreno y su grupo. Uno de los puntos que le son achacados es, precisamente, el ajusticiamiento de Liniers al que se considera una acción típicamente jacobina que definiría el perfil de los morenistas. Fermín Chávez, que participa de esta idea, sin embargo parece reconocer la necesidad política de tal acto. El 26 de agosto de 1810 "fueron fusilados Liniers y sus compañeros. La política jacobina de la junta consideraba necesario imponer el terror a quienes se opusieran, y Liniers, con su popularidad, podía ser un pésimo ejemplo". Chávez, ob. cit., p. 36.

mos hablando de Castelli, el gran orador de la revolución que termina –por una paradoja del destino– muriendo de cáncer de lengua.

El propio virrey Cisneros había sido mejor tratado y corrido con mejor suerte ya que fue deportado a España, al igual que miembros de la Audiencia de Buenos Aires. Y no porque tuvieran algún nivel de simpatía con la revolución. Cisneros, apenas llegado a España, redactó un informe al Consejo de Regencia donde aconsejaba enviar un ejército de 2.000 hombres, al que consideraba suficiente para aplacar el foco revolucionario del Río de la Plata.

En definitiva, consideramos que la difícil decisión de la ejecución de Liniers privó a los sectores reaccionarios de una conducción política y militar, con la cual el proceso revolucionario se hubiera retrasado considerablemente.

José Boves es toda una paradoja. El autor venezolano Miguel Acosta Saignes cuenta que algunos autores de procedencia marxista ven en Boves el precursor del socialismo, incluso afirman que "Boves y sus ejércitos plebeyos destruyeron revolucionariamente los cimientos del régimen esclavista"[157]. En los hechos esto no fue así. Y si bien la conjunción del análisis crítico por Bolívar de la derrota de 1814 y los diálogos desarrollados con Petión y su colaboración desde Haití, significaron un cambio de actitud de los ejércitos libertadores respecto de la cuestión de la esclavitud, ésta no se terminó de abolir en tierras venezolana sino hasta 1854. Algún autor conservador venezolano como Juan Vicente González dijo que Boves fue "el primer caudillo de la democracia venezolana". Es cierto que el llamado León de los Llanos aprovechó inteligentemente las contradicciones de clase del movimiento libertador. Y también que su carisma le permitió conducir una tropa de carácter eminentemente popular. También lo es que hubo una instrumentalización de esos sectores populares en función de la estrategia de los colonialistas. Boves fue, sin lugar a dudas, un general realista que supo generar ilusiones sobre esclavos y llaneros donde los mantuanos habían sembrado decepciones.

El historiador colombiano Liévano Aguirre hace una interesante interpretación de por qué los realistas a través de Boves, pero también del general Morales, habían podido lograr atraer para sí a los sectores más oprimidos de la sociedad colonial: "Esta alianza entre los peninsulares y los estratos no privilegiados de la sociedad venezolana fue posible porque los españoles constituían en Costa Firme no una clase social, sino una casta política, que vivía usufructuando los gajes y prebendas de la administración colonial, sin tener hondas vinculaciones con la economía venezolana y las relaciones sociales propias de esa economía"[158]. Es decir, se paraban por arriba de las contradicciones, desde su carácter de burocracia privilegiada, y hábilmente aprovecharon las contradicciones sociales de la sociedad colonial.

Boves sería un buen ejemplo para el pensador argentino Ernesto Laclau[159] que en su

157/Acosta Saignes, ob. cit., p. 161.

158/Liévano Aguirre, ob. cit., p. 92.

159/Hemos explicado esta categoría de significante vacío con mayor detenimiento para explicar al peronismo en nuestro libro *Vencedores vencidos*, allí también formulamos nuestras críticas esta categoría del pensador anglo-argentino. Koenig, Marcelo, *Vencedores vencidos. Peronismo-antiperonismo*, Bue-

explicación de los populismos enuncia la categoría del "significante vacío" al que se le pone la impronta según la conducción del pueblo en un momento dado y, por ende, esta puede tender hacia la derecha o hacia la izquierda. En este caso que estamos analizando claramente hacia la derecha.

Preferimos pensar que es una demostración más que la condición social no determina por si la posición política y que la fuerzas sociales que tienen por perder su condición de oprimidas no tienen de por sí una real comprensión del sistema de dominación y pueden, por lo menos por un tiempo, ir tras propuestas que en lo inmediato pueden seducirlas, pero que más temprano que tarde van a llevarla a una derrota de sus ansias emancipatorias. Esto y no otra cosa habría ocurrido si Boves no hubiera muerto de golpe en la batalla de Urica, supuestamente por el propio general realista Morales que aspiraba a la exclusividad el mando de las tropas reaccionarias y al la figura de Boves le molestaba.

En 1783, un año antes que Bolívar, había nacido en España, en la ciudad de Oviedo, José Tomás Rodríguez Boves, en una familia de lo que podríamos clasificar hoy como clase media baja. Estudió en la Academia Naval de Asturias. A los 15 años fue enviado a Puerto Cabello, Venezuela. Astuto y tosco, era un cabecilla natural con una crueldad sin límites. Se convirtió en contrabandista, lo condenaron pero fue salvado por sus contactos. Lo pusieron en libertad destinándolo irónicamente a la ciudad de Calabozo, en el inhóspito territorio de los Llanos. Allí se estableció como cabecilla de los rústicos ganaderos locales, volviendo a hacer trabajos de contrabando agravado con robo y tráfico de ganado.

Era de baja estatura, fornido y musculoso. Muy cabezón y con una nariz enorme. Tenía el pelo rojizo y una barba rala. Al principio, dicen que simpatizaba con los revolucionarios, pero pronto comprendió que no tenía mucho lugar entre estos, que en los Llanos la revolución no significaba nada para la inmensa mayoría de mestizos y aborígenes que la habitaban, más que un levantamiento de aquellos que eran visto como los dueños de todo.

Como era un líder natural sabía escuchar a sus hombres. Por eso, rápidamente aprendió a usar el visceral odio que tenían contra los mantuanos. Supo que para garantizar la lealtad de los llaneros debía no sólo estimular rencores contra los blancos ricos (a pesar de que él también lo era), sino también permitirles a los desposeídos apropiarse de sus riquezas. Su consigna era clara: "Las tierras blancas para los negros"[160].

Su primer gran triunfo fue sobre el coronel Mantilla, que Bolívar había enviado con poca tropa a controlar los Llanos. Después de la batalla, "los llaneros avanzaron sobre Calabozo, tomaron la población que había visto a su jefe encarcelado e hicieron en ella la más salvaje carnicería, de la cual no se salvaron las mujeres ni los niños; luego se retiraron en busca de una región más propicia para descansar, antes de comenzar el ataque sobre

---

nos Aires, Punto de Encuentro, 2014.

160/"Desarrollando una actividad prodigiosa, Boves recorría la aldeas vecinas, formaba batallones, decretaba la libertad de los esclavos y por primera vez, América daba a las gentes de color altos cargos en la oficialidad. Y con el fin de estimular conveniente emulación entre sus tropas, bautizaba los diversos batallones con el nombre de las aldeas o villas a que pertenecían sus gentes, para servirse del regionalismo". Liévano Aguirre, ob. cit., p. 109.

las altiplanicies"[161].

Llegó a contar con 8.000 soldados, a los que bautizó "La Legión Infernal". Su estandarte era una bandera negra a la que llamaba "el pendón de la muerte". Su asesinato privó a los reaccionarios del norte de América meridional de un conductor militar temible, pero no de un conductor político. Difícilmente este hombrecillo rústico y violento se hubiese convertido en un buen gobernante, ni siquiera al servicio del poder colonial.

161/*Ibid.*

CAPÍTULO VIII
LAS LUCHAS COMO GUERRA CIVIL O SOBRE EL DILEMA DE CÓMO EXTENDER LA REVOLUCIÓN

"Pero hay un principio del que no debemos apartarnos y que hemos de defender como cosa fundamental y este es el de que la soberanía de los pueblos ha de ser precisamente declarada y realmente ostentada como objeto primero de nuestra revolución"
José Gervasio Artigas

1. Los problemas políticos de la revolución en el Plata

El carácter relativamente pacífico del movimiento revolucionario, en Caracas o Buenos Aires, no nos tiene que hacer relativizar la importancia de ese paso trascendente que significaba recuperar la soberanía. Se había desplazado a la autoridad colonial designada por la Corona, es decir, se había puesto en cuestionamiento la propia relación colonial, aun cuando no se desconocía la autoridad del rey Fernando. No era la primera vez que se destituía a una autoridad legal por su falta de legitimidad. Desde los sucesos de 1593, que ponen en el poder al primer gobernador criollo de estas tierras que se llamó Hernandarias, hasta la más próxima de la destitución del virrey Sobremonte por su actuación cobarde frente a las invasiones inglesas, existe una larga tradición de destitución en esta parte de América, pero lo singular es que a Cisneros, al igual que a los otros virreyes, no se lo saca del poder por sus errores o por su falta de mérito, sino por cuestionarse la legitimidad de las autoridades que lo designaron. Ahí está la clave de comprensión de ese movimiento político: la soberanía se revierte sobre los pueblos de nuestra América. Esto cuestiona la relación colonial misma. Eso es verdaderamente revolucionario.

La junta de Buenos Aires debió enfrentar problemas políticos que fueron más o menos comunes para todos los focos revolucionarios que se iniciaron en los cabildos de las grandes ciudades capitales. Primero, el tema de la legitimidad de su pronunciamiento que implicaba al resto del territorio aunque era llevado a cabo desde una autoridad meramente municipal. Después, la cuestión internacional que implicaba el equilibrio de la relación con España, que en todos los casos se desbalanceó rápidamente porque el colonialismo español respondió a la recuperación de las soberanía con la mayor de las violencias como si se tratara de una independencia definitiva. Esto hizo que la cuestión principal en el tema internacional fuera el reconocimiento de la soberanía asumida por la principal potencia europea que era Gran Bretaña. Y finalmente, y no por eso menos importante, debía elaborar una doctrina política que justificara su acción. Había roto un orden político e ideológico (sin meterse demasiado con lo social como hemos visto) por esto debía proponer un nuevo orden lógico e ideológico que sintonizara con el espíritu de los pueblos que aspiraba a dirigir. Es claro que la violenta respuesta de España hacía que los argumentos formales

y jurídicos que habían servido para el primer debate de recuperación de la soberanía no alcanzaran. Eran consideradas por el imperio como colonias en rebeldía y eso las fue forzando a construir sentidos más o menos nacionales como formas de justificación de una práctica cada vez más autónoma.

El primer intento de la junta de Buenos Aires fue obtener legitimidad de las autoridades constituidas en la colonia: el cabildo (que es quién la había designado), la Audiencia (especie de poder judicial que le daba justificación a los actos de la autoridad) y el virrey, máxima autoridad (con la complejidad que era a éste a quién se había depuesto). Lo que complicó la cuestión es que, casi inmediatamente con la caída de la Junta Suprema de Sevilla, llega a Buenos Aires la noticia de la constitución, en España, del Consejo de Regencia como máxima autoridad. Las fuerzas realistas tenían de dónde aferrarse para mantener la lógica colonial ya que la autoridad de la metrópoli, aun sin rey legítimo, no estaba acéfala. Así el 2 de junio la Audiencia porteña jura en secreto fidelidad a la nueva autoridad colonialista y el cabildo de Montevideo lo hace públicamente.

La junta consiguió que el ex virrey (presión de por medio) firmara una circular pidiendo a las ciudades subordinación[1] y el pronto envío de representantes para conformar una Junta General como en España, con alcance –en principio– en el virreinato del Río de la Plata. La mayoría de las ciudades se avinieron al reconocimiento y designaron diputados. Los focos de resistencia realista fueron en Montevideo, Asunción y el Alto Perú. Córdoba también se constituyó en un foco de la reacción aunque fue prontamente sometida.

Cuando los revolucionarios aplastaron el foco realista cordobés, Moreno escribe un texto[2] que es muy interesante porque insiste en la lógica del pactum traslationis: "Desde que la alevosa conducta del emperador de la Francia arrancó de España al más amado de sus monarcas, el reino quedó acéfalo y disipado en principio, donde únicamente podían concentrarse los verdaderos derechos de la soberanía (...) Fernando VII tenía un reino, pero no podía gobernarlo; la monarquía española tenía un rey; pero no podía ser gobernada por él; y en este conflicto la nación debía recurrir a sí misma para gobernarse, defenderse, salvarse y recuperar su monarca".

Probablemente en julio de 1810 se escribe a instancia de Manuel Belgrano y con la pluma de Mariano Moreno uno de los documentos fundamentales de la fuerza de la profundización del proceso revolucionario: el llamado Plan de Operaciones. Es lo más parecido –como documento– que tenemos a una estrategia general de los sectores más revolucionarios o de la profundización. Si bien algunos autores cuestionan su autenticidad, tiene tal verosimilitud que nos permite entenderlo como el verdadero programa de los revolucionarios.

En uno de los párrafos salientes del Plan se afirma la necesidad de expropiar a ganaderos, prestamistas y comerciantes monopolistas, para obtener un capital aplicable "en diferentes giros en el medio de un centro facilitando fábricas, ingenios, aumento de agri-

1/Casi al mismo tiempo, el virrey Cisneros enviaba correspondencia secreta desdiciéndose. El descubrimiento de estas y otras jugadas intentadas por el delegado colonial determinaron su expulsión de Buenos Aires.

2/En Stoezer, ob. cit., p. 80.

cultura, etcétera. Una cantidad de 200 ó 300 millones de pesos en el centro del Estado para la fomentación de las artes, agricultura, navegación, etc., producirá en pocos años un continente laborioso, instruido y virtuoso, sin necesidad de buscar exteriormente nada de lo que necesite para la conservación de sus habitantes, no hablando de aquellas manufacturas que, siendo como un vicio corrompido, son de un lujo excesivo e inútil, que deben evitarse principalmente porque son extranjeras y se venden a más oro de lo que pesan".

Los postulados económicos del Plan, dice Galasso, "asombran por su carácter avanzado". El gran historiador de la izquierda nacional interpreta el pensamiento de Moreno en estos términos: "Si no existe la burguesía el Estado deberá ocupar su lugar", para luego considerar que ese gesto implicó haberse adelantado un siglo a los procesos de liberación nacional del tercer mundo, comparte Mario Oporto[3].

La emancipación no era, en el pensamiento de Moreno expresado en el Plan[4], tan sólo un cambio formal de ruptura con el colonialismo, sino un cambio de estructuras: "es máxima aprobada que las fortunas agigantadas en pocos individuos, a proporción de lo grande de un Estado, no sólo son perniciosas, sino que sirven de ruina a la sociedad civil, cuando no solamente con su poder absorben el juego de todos los ramos de un Estado, sino cuando también en nada remedian las grandes necesidades de los infinitos miembros de la sociedad". Esto en la sociedad colonial y también ante los criollos acaudalados que eran los verdaderos dueños de esas fortunas enormes a la que alude, era verdaderamente revolucionario. Estamos ante un pensamiento que está en contradicción con lo expresado en la Representación de los Hacendados[5], pero no con su tesis doctoral de defensa de los pueblos originarios. Podemos pensar tanto en una evolución del pensamiento de Moreno como de un descubrimiento de sus verdaderas intenciones desde el ejercicio del poder.

Mariano Moreno[6] no se dejó ganar por el partido de los tenderos y su reclamo económico reducido al mantenimiento del libre comercio. Es cierto que estos comerciantes del puerto imponían sus intereses, casi naturalizando como construcción de sentido común. El Moreno del Plan rompe con esta naturalización. "Durante su estadía en Chuquisaca

---

3/Oporto, ob. cit., p. 86.

4/Moreno, Mariano, *Plan revolucionario de operaciones,* Buenos Aires, Plus Ultra, 1975.

5/"Mariano Moreno publicó su *Representación de los hacendados* (1809) en defensa del comercio libre. El escrito de Moreno –pese a las prohibiciones– tuvo amplia repercusión. Lo tradujo al portugués el economista José da Silva, convirtiéndose en el catecismo del libre cambio brasileño. Se tradujo también en Inglaterra y se debatió en las Cortes. El autor inglés R. Humphreys afirmó que 'El colapso del imperio hispano fue simplemente una expresión de la expansión comercial de Europa, sobre todo de Inglaterra'". Yunque, ob. cit., p. 370.

6/"Moreno conocía la tradición legal española y española americana, aunque también estuvo influido por las corrientes de la ilustración, especialmente en cuanto a asuntos económicos, como queda demostrado en su *Representación de los hacendados y labradores* del año 1809, en la cual luchó por el libre comercio y el fin de todas las trabas comerciales". Stoezer, ob. cit., p. 79.

Pero ya en el *Plan de Operaciones* se demuestra como un heterodoxo y no como un liberal ortodoxo, como un revolucionario que pensaba la política no desde dogmas sino desde las necesidades e intereses que lo tienen entre los primeros que piensa la patria como una construcción colectiva.

había comprendido el proteccionismo del desarrollo capitalista Americano. En su Plan de Operaciones para el gobierno revolucionario de Mayo, elige la vía no capitalista de la industrialización. 'Se pondrá la máquina del Estado en un orden de industrias, lo que facilitará la subsistencia de miles de individuos. La consecuencia de tal política será producir en pocos años un continente laborioso, instruido y virtuoso sin necesidad de buscar exteriormente nada de lo que necesita para la conservación de sus habitantes'. Calculaba luego en 300 millones de pesos él capital estatal 'que podrían ser empleados poniéndolos en el centro mismo del Estado para desarrollar fábricas, artes, ingenios y establecimientos'"[7].

La constitución del capital inicial del Estado para financiar las empresas partía de la nacionalización de la riqueza minera: "Se prohíbe absolutamente que ningún particular trabaje minas de plata, u oro, quedando al arbitrio del beneficiario y sacar sus tesoros por cuenta de la Nación. Queda reservado este ramo para el adelantamiento de los fondos públicos y bienes de la sociedad". La segunda fuente estaba en la nacionalización del seguro, "los medios que deben adoptarse en el establecimiento de la Casa de Seguros Nacionales, que debe crearse para estas negociaciones a países extranjeros de que podrán resultar grandes ingresos a los fondos públicos".

Fijaba bien claro el control sobre las inversiones y el comercio extranjero: "No incurramos en el error de aquellos pueblos inocentes que se dejaron envolver con cadenas, en medio del embelesamiento que les habían producido los chiches y abalorios, que no suceda lo de la antigua España, que se abrió al cartaginés incautamente, pues esos traidores se fingieron amigos para ser señores, y entraron vendiendo para salir mandando. El extranjero no viene, a nuestro país a trabajar en nuestro bien, sino a sacar cuantas ventajas puede proporcionarse. Recibámoslos enhorabuena..., pero miremos sus consejos con la mayor prudencia". Qué bien le haría a muchos de los gobernantes de América releer en este punto a Moreno.

"Todo este conjunto de ideas destinadas a impulsar aceleradamente el crecimiento económico al elegir la vía del Estado y al promover el ascenso de las masas populares al poder político, constituyen un evidente planteo socialista. Porque capitalismo de Estado más poder popular es socialismo, aun cuando esta unidad de ingredientes políticos y económicos se dé en un documento semisecreto que no alcanzó a aplicarse. El Plan de Operaciones' quedará así como un primer jalón de un 'socialismo utópico' precursor, en el camino argentino, hacia la 'hora de los pueblos'"[8].

Sin embargo, la exaltación del pensamiento de Moreno nos muestra tan sólo una parte del mismo. También el líder de los revolucionarios estaba cruzado por los límites de su tiempo y de su fuerza política. En la medida en que "el movimiento se extendía a toda Hispanoamérica, seguramente su grupo jacobino quedaría en ínfima minoría: de allí que dio un vuelco significativo propiciando la limitación del futuro Estado al antiguo virreinato rioplatense. "¿Quién podría concordar las voluntades de hombres que habitan un continente –preguntaba La Gaceta del 6 de diciembre[9]–; dónde se fijaría el gran Congreso, y cómo

7/Astesano, ob. cit., p. 137.

8/*Ibid*., p. 139.

9/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 65.

proveería a las necesidades urgentes de los pueblos de quienes no podría tener noticia sino después de tres meses?" Y sobre esa base afirmaba categóricamente: "Es una quimera que todas las Américas Españolas formen un solo Estado". Es decir, el órgano público de la revolución se contradecía con lo planteado en el Plan de Operaciones. Sobre estas contradicciones y esos límites cabalgaba el proceso revolucionario que intentaba encontrar en la política su propio horizonte.

En este marco hay que entender también que para garantizar el acatamiento de la revolución dispuesta por Buenos Aires, más que delegados diplomáticos, los revolucionarios envían expediciones militares. Esto se puede justificar desde la necesidad de celeridad y ejecutividad (de las que habla el Plan) pero al mismo tiempo es un error que va a costar muy caro en luchas intestinas en los próximos años. Los historiadores clásicos tienden a justificar esta actitud de Buenos Aires, no desde el carácter revolucionario de la causa, sino presentándolo como un hecho natural lo que después va ser un hecho consumado, a partir de su consecuencia. Así Halperín Donghi afirma: "La guerra parece, en efecto, desde el comienzo muy difícil de evitar". En realidad la única guerra que era inevitable era contra el colonialismo.

Las amenazas más reales y concretas cercanas al núcleo de la revolución surgida en Buenos Aires eran, en ese momento, el foco reaccionario conducido por Liniers en Córdoba y por otro lado, las fuerzas contrarrevolucionarias instaladas en el gobierno de Montevideo[10] y una parte de la Banda Oriental, que se van a fortalecer en pocos meses con el regreso de Elío, ya con el título de virrey expedido por el Consejo de Regencia. El control del puerto de Montevideo les permitía a los realistas controlar el estuario del Plata, lo cual incluía la navegación interna del Paraná y el Uruguay. Las únicas que burlaban este bloqueo eran las naves inglesas que podían circular apoyadas tanto en su neutralidad, cuanto en su propia fuerza militar para comerciar con Buenos Aires, según su conveniencia.

2. La campaña del Ejército Auxiliar del Norte

En Córdoba se alinean entre los reaccionarios, el intendente, el obispo, el jefe militar local y el referido ex héroe de la reconquista Santiago de Liniers. El 20 de junio, el cabildo cordobés decide no enviar delegados a la junta constituida en Buenos Aires, y jurar lealtad al Consejo de Regencia. Los milicianos al mando de González Balcarce pronto vencen a los realistas y los cabecillas reaccionarios son apresados. Los jefes de la expedición militar porteña dudan en ejecutar la drástica decisión de fusilarlos, ordenada por la junta de Buenos Aires. Finalmente va a ser no un militar sino un abogado, Castelli, quien en su compromiso revolucionario se hace cargo de llevar a cabo la medida típicamente castrense. De esta forma, son fusilados en Cabeza de Tigre no sólo Liniers, sino también el intendente Gutiérrez de la Concha y el coronel Allende. El que salva el pellejo es el obispo Orellana, porque incluso para los más jacobinos entre los revolucionarios era un exceso ajusticiar a un obispo. Éste, finalmente es obligado al exilio en Canarias.

10/El problema principal de Montevideo radicaba, no sólo en su proximidad, sino también en que mantuvo el control de la flota colonialista española en la región, ya que en esa ciudad estaba situado el apostadero naval de los españoles en el Atlántico sur.

Por historia, por poder, por su relación con los recursos y por su proximidad con el centro neurálgico del poder político de la Sudamérica colonial que se hallaba en Lima, el Alto Perú era sin dudas el hueso más duro de roer para la revolución del Plata. Esta región dependía de Buenos Aires hacía no más que una treintena de años, pero siempre se había manejado como un centro de poder de los más importantes de toda la América española. Recordemos que cuando allí se produjeron intentos revolucionarios de juntas fueron duramente reprimidas y además con las fuerzas del virrey instalado en Lima, que si bien extendía su jurisdicción lo hacía por vínculos históricos y por la importancia crucial de la zona altoperuana.

Cuando llegaron las primeras noticias de la revolución que había depuesto a Cisneros en la capital del virreinato, las gobernaciones-intendencias del Alto Perú se alinearon, en general, con posturas reaccionarias y solicitaron el inmediato apoyo del virrey Abascal para que enviara tropas desde Lima. Éste estaba más preocupado por sofocar el levantamiento en la región de la Audiencia de Quito que por auxiliar en lo inmediato a los reaccionarios altoperuranos, pero aprovechó para volver a anexar aquellas provincias a su propio virreinato, oficializando a Goyeneche al frente de las tropas realistas en esa región.

Sin embargo, no todo era uniformemente realista en el Alto Perú. Primero, "el cacique del pueblo de Tolero (Oruro) encabeza un levantamiento indígena"[11]. El presidente de la Audiencia, Nieto, envía tropas de la cercana Cochabamba a reprimir. Pero estas tropas encabezas por Francisco de Ribero el 14 de septiembre se sublevan contra Nieto. Se llama a cabildo abierto y se encuadra con Buenos Aires. Algo similar, también con cabildo abierto sucede en Santa Cruz constituyéndose una junta integrada por el cura Salvatierra y el doctor Seoane.

Mientras una columna del gobierno revolucionario porteño se aproxima por el sur, los contrarrevolucionarios se hacen fuertes en la ciudad imperial por excelencia, la Villa Rica de Potosí. Luego de los sucesos de Cabeza del Tigre, el Ejército del Norte prosiguió su marcha recibiendo en Humahuaca el apoyo de las fuerzas de Martín Miguel de Güemes, mientras se acercaban tropas realistas, que habían sido enviadas en apoyo de Liniers antes de enterarse de su muerte. Güemes, un hombre nacido en el seno de patriciado salteño había organizado, sin embargo, una milicia de gauchos que será fundamental en el proceso de independencia del sur de América meridional sosteniendo heroicamente la frontera norte de las Provincias Unidas, tal como veremos.

En su avance, el ejército revolucionario sufrió un revés en Cotagaita el 27 de octubre de 1810. Pero pocos días después se repone. El 7 de noviembre tiene lugar la batalla de Suipacha, primera victoria armada de la revolución de Buenos Aires de cierta importancia, derrotando al general Córdova. Esto abrió las puertas de todo el Alto Perú para que los revolucionarios de cada una de las regiones pudieran avanzar sobre los reaccionarios. Charcas, La Paz, Oruro y hasta el propio Potosí acatan a la junta de Buenos Aires. El cabildo abierto reunido en Charcas intima a las fuerzas del virrey Abascal a irse más allá del río Desaguadero, antiguo límite entre las dos jurisdicciones. Oruro libera a los presos políticos que habían sido precursores del partido juntista en 1809. También ante una rebe-

11/Mesa Gisbert, ob. cit., p. 322.

lión popular el intendente de Potosí, Paula Sanz, es forzado a liberar a los presos políticos y finalmente a renunciar. Allí también se habían exiliado tanto Nieto como Córdova; todos caen prisioneros de las fuerzas revolucionarias.

Castelli manda a fusilar a los principales cabecillas realistas Nieto y de Paula Sanz (ambos habían nacido en América) y también al gaditano José María de Córdova y Rojas, en la plaza de Potosí, pero esto no tendrá repercusiones positivas[12] en la región como las tuvo con efecto de disciplinamiento en la provincia de Córdoba con Liniers. No obstante hay que entender que, con estos ajusticiamientos, Castelli estaba cumpliendo un mandato histórico de los revolucionarios de Buenos Aires que habían prometido venganza contra los asesinos de los cabecillas revolucionarios de 1809 en el Alto Perú, sobre todo de Murillo[13].

Juan José Castelli, como político que era, le daba un alto valor no sólo a las batallas sino también a las ceremonias. Hombre de las fuerzas de la profundización, el duro entre los revolucionarios que tenía sobre sus espaldas el haberse cargado a Liniers y a los reaccionarios altoperuanos, intenta en la ruinas de Tiahuanaco[14] declarar un manifiesto solemne que raya con la voluntad de independencia. Fue el 25 de mayo de 1811[15], a un año de la revolución de Buenos Aires y a dos de la de Charcas. Los anteriores pronunciamientos del Ejército del Norte van en el mismo sentido: La "Proclama a los indios del virreinato del Perú" del 5 de febrero de 1811, y el "Manifiesto" del 3 de abril del 1811. En ese último expresa la vocación americana de su lucha: "Toda América del Sur no formará en adelante

12/Algunos historiadores como el boliviano Mesa Gisbert dice que el desprestigio de Castelli se debió a que "Castelli debía su carrera a la ayuda que había recibido cuando era joven del intendente Paula Sáenz", pero más a que "los soldados del ejército auxiliar cometieron gran cantidad de atropellos en la ciudad ante los vecinos que estaban sorprendidos y temerosos por semejante actitud". Mesa Gisbert, ob. cit., p. 322.

13/En las instrucciones de Mariano Moreno a Castelli podemos leer de modo contundente esta cuestión: "El presidente Nieto y el gobernador Sanz, el obispo de La Paz y Goyeneche deben ser arcabuceados en cualquier lugar donde sean habidos". De Gandía, ob. cit., p. 224.

14/"El 25 de mayo de 1811 Juan José Castelli, 'el orador de la revolución', reunido en Tiahuanaco con los caciques indios, para celebrar el levantamiento de Chuquisaca en 1809 y el del Río de la Plata en 1810, proclamó el fin de la servidumbre indígena. Había llegado al Alto Perú como representante de la junta; Chuquisaca fue la sede de su gobierno y en su corto mandato, secundado por Bernardo de Monteagudo como secretario, procuró instalar las reformas políticas propuestas por la junta en un momento en el que ya comenzaban las divisiones entre morenistas y saavedristas". Oporto, ob. cit., p. 114.

15/Proclama de Tiahuanaco, 25 de mayo de 1811: "Cuartel general del Ejército Auxiliar y combinado de la Libertad, en Tiahuanaco, 25 de mayo de 1811, y segundo de la Libertad de Sud América ( ) Los sentimientos manifestados por el gobierno superior de estas provincias desde su instalación se han dirigido a uniformar la felicidad en todas las clases, dedicando su preferente cuidado hacia aquella que se hallaba en estado de elegirla más ejecutivamente. En este caso se consideran los naturales de este distrito, que por tantos año han sido mirados con abandono y negligencia, oprimidos y defraudados en sus derechos y en cierto modo excluidos de la mísera condición de hombres que no se negaba a otras clases rebajadas por la preocupación de su origen".

sino una numerosa familia que por medio de la fraternidad pueda igualar a las respetadas naciones del mundo antiguo".

Cuando el revolucionario Castelli establece su breve pero significativo gobierno revolucionario, busca nacionalizar la contienda favoreciendo a los criollos acomodados por sobre los peninsulares, pero contradictoriamente con los intereses de ambos, ofrece a los pueblos originarios la emancipación del trabajo forzado y los servicios personales. Esto genera un antagonismo insalvable con las oligarquías locales, pues esa es la base de su propia riqueza sustentada en la explotación de los pueblos originarios.

Poco tiempo después las fuerzas revolucionarias son vencidas en Huaqui, y así como la victoria de Suipacha abrió la puerta del Alto Perú, esta derrota pareció cerrarla casi tan mágicamente[16]. En gran medida fueron los errores de los revolucionarios en el poder lo que produjeron tal cosa. El general Viamonte dirigirá una retirada hasta Salta. Luego de un breve paso de Pueyrredón, es colocado al frente de las fuerzas militares el abogado y economista Manuel Belgrano.

Este es el comienzo de las idas y vueltas que va a caracterizar la frontera norte de las tierras del Plata. "Entre 1810 y 1815 la guerra en el norte abundará en alternativas, pero no alcanzará una decisión. Ofensivas y contraofensivas llevan a las fuerzas revolucionarias tres veces hasta los límites del virreinato y a las realistas dos veces hasta Tucumán"[17].

También se abrirá un tiempo de múltiples resistencias revolucionarias, heroicas y populares contra la consolidación realista de la región que comienzan con las luchas de Juan Manuel Cáceres. Este hombre, comprometido con la revolución del 16 de julio, que había combatido junto a las fuerzas revolucionarias en Huaqui, y las dos veces se había salvado de ser ejecutado por Goyeneche, si bien era mestizo, se constituye como jefe de una fuerza aborigen que va a resistir en las zonas de Ayo-ayo, Calamarca y Sicasica, llegando a poner sitio sobre la ciudad de La Paz durante 45 días (Mesa, Gisbert y Mesa Gisbert, 2003: 323). De esta situación fue salvada la ciudad por las tropas de José de Santa Cruz y Villavicencio[18].

Sintetizando podemos decir que a poco de poner en marcha la revolución, las contradicciones ya estaban jugadas en su resolución violenta. Contra los realistas, por su propia iniciativa, como contra aquellos que no se subordinaban inmediatamente al poder de Buenos Aires. La legitimación interior se iba a ganar en la fuerza de las armas. Esto implicaba una transformación de la política revolucionaria del movimiento nacional o como dice Halperín Donghi (1972: 56) "La guerra es el nuevo horizonte del movimiento revolucionario, y transformar en una máquina de guerra al aparato administrativo heredado será el primer cometido del nuevo orden político". El fenómeno de la militarización tan estudiado por Halperín Donghi como cuestión central, comienza con las invasiones inglesas con la formación de improvisadas fuerzas militares y se profundiza a partir de 1810, cuando se

16/Apurados en la retirada y sin pensar en el desprestigio popular que eso les significó, las tropas revolucionarias cometieron saqueos en Potosí y se llevaron en 400 mulas el tesoro de plata de la Casa de la Moneda de la Villa Imperial.

17/Halperín Donghi, ob. cit., p. 60.

18/Padre del futuro general Andrés Santa Cruz, que empezó en esas circunstancias combatiendo para los realistas y que luego se pasó a los patriotas llegando a ser presidente de Bolivia.

transforman en organizaciones militares de carácter permanente con atribución de renta asignada a los cuerpos combatientes.

3. La lucha en la Banda Oriental

En Montevideo, en febrero de 1811 el designado virrey Elío declara la guerra a los revolucionarios de Buenos Aires. Apenas un mes antes, un capitán de Blandengues muy respetado en la zona interior de la Banda Oriental se subleva contra las autoridades de Montevideo y se pone a las órdenes de los revolucionarios. Se trata de José Gervasio Artigas.

Había nacido en Montevideo y era descendiente de unas de las primeras familias ahí asentadas en su fundación en 1726. Su familia tenía estancias y sirvieron en el cabildo montevideano, aunque no eran de los vecinos más ricos de la Banda Oriental.

En su vida personal José Gervasio había seguido el itinerario económico de la provincia. En principio se había dedicado a la compra-venta (que a veces incluía cuatrereo y contrabando a las colonias portuguesas) de cueros al norte de la provincia oriental. "Hacia 1790 la organización productiva en que esa actividad se insertaba entró en crisis: a la caza del ganado salvaje reemplazaba la cría en estancias, antes marginal"[19]. Esto hizo que en 1797 el cabildo de Montevideo tomara medidas para reprimir el abigeato creando el cuerpo de Blandengues, del que Artigas va a formar parte hasta 1811.

En la lucha contra los realistas conducidos por Elío en Montevideo, Artigas pronto se convirtió en un aliado necesario por su predicamento, pero al mismo tiempo incómodo por sus posiciones políticas. José Rondeau, también nacido en la Banda Oriental, fue puesto como el jefe a quien debían responder Artigas y sus hombres.

"El 28 de febrero –según la tradición más aceptada– el cabo Venancio Benavides y el capataz José Pedro Viera (apodado 'Perico el Bailarín'), a la cabeza de un grupo de paisanos, se levantaron en armas junto al arroyo de Asencio y proclamaron la caducidad de la autoridad española. Tal episodio, conocido como Grito de Asencio, fue como voz de alarma para que hacendados, gauchos e indios, armados de chuzas y algunos pocos trabucos, se plegaran a los rebeldes y formaran una legión feroz que, en pocos días, logró dominar las localidades de Mercedes, Soriano, Colla, Paso del Rey, San José, San Carlos, Maldonado y Minas. Estas milicias se autodenominaban tupamaros"[20].

El 18 de mayo de 1811 la vanguardia del ejército revolucionario conducida por José Artigas destroza a las fuerzas realistas en la batalla de Las Piedras, lo cual hace que los reaccionarios se refugien en la fortaleza de Montevideo. Poco tiempo después llega el grueso del ejército patriota para sitiar la plaza, para entonces era alimentada por la flota española por el Río de la Plata.

Elío llama en su auxilio a las fuerzas colonialistas portuguesas. Pero "en junio comienza el avance portugués, concebido no como una expedición auxiliadora de los realistas, a los que los invasores ignoran meticulosamente, sino como una ocupación en regla del codiciado territorio oriental. Aun así, Elío se niega a la alianza antiportuguesa que Rondeau le

19/Halperín Donghi, ob. cit., p. 70.

20/Sabsay; *Pérez Amuchástegui*, ob. cit., p. 70.

propone; en cambio de ello demuestra dispuesto a un armisticio"[21].

Artigas es el primer jefe militar de la independencia sudamericana que da un contenido popular a las campañas contra los ejércitos españoles y su influencia se va a extender rápidamente desde la Banda Oriental a las provincias colindantes, Corrientes, Entre Ríos. Santa Fe y las Misiones. Con esta base, se convierte vuelve en un personaje cada vez más molesto para el partido porteñista, que controlaba de modo creciente las decisiones en Buenos Aires. Cuando el caudillo oriental enfrenta a los portugueses, eventualmente aliados de España, su acción se verá obstaculizada por el gobierno "revolucionario" de Buenos Aires, que pasa de la junta a un triunvirato, cuyo hombre fuerte era su secretario Bernardino Rivadavia.

A instancias de Rivadavia[22], el Triunvirato llega a un acuerdo con el virrey Elío, cuyos términos claudicantes implican el reconocimiento de la jurisdicción española no sólo sobre la Banda Oriental, sino también sobre los territorios entrerrianos de Gualeguaychú, Gualeguay y Arroyo de la China. En aquellos tiempos la delimitación de la Banda Oriental no estaba del todo clara, aunque la mayoría de los autores la restringe al actual Uruguay, lo que a muchos les permite excluir de la historia nacional a Artigas por uruguayo, lo que constituye un anacronismo notorio. Esta actitud del Triunvirato, que implicaba una traición a la revolución, una mirada estrechamente porteñista, sobre todo era darle la espalda a las masas litoraleñas[23]. Los sectores de la restauración del movimiento iniciado en mayo, que creían que se había ido demasiado lejos, pensaban ingenuamente que era posible conseguir la convivencia con un foco colonialista español o portugués de la otra orilla del Río de la Plata. Y de paso, ese partido de los tenderos eliminaba como competencia al puerto de Montevideo.

En favor del gobierno porteño se puede decir que el armisticio firmado con Elío ante el

---

21/Halperín Donghi, ob. cit., p. 73.

22/El sector expresado por Rivadavia era no sólo el de los ricos comerciantes, "el partido de los tenderos" del que hablan algunos historiadores, sino que era expresión de aquellos que ya prefiguraban un nacionalismo restringido, es decir, que se desentendían de la lucha continental de la liberación contra el colonialismo español y sin escrúpulo alguno negociaban ya fuera con los portugueses, ya con los propios españoles asentados en otras partes de la América colonial, en la inteligencia de que la supervivencia de Buenos Aires sólo dependía de sí misma, de los acuerdos que podía establecer y del vínculo económico-político y la protección de Gran Bretaña. Este es el momento de nacimiento de este grupo, una verdadera tendencia centrífuga que va a trabajar en contra del proyecto de Patria Grande de San Martín y Bolívar. Como dice Pérez Amuchástegui: "En Buenos Aires había copado el gobierno un sector contrario a las ideas de unidad [sudamericana], dirigido por Bernardino Rivadavia". Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 14.

23/"Esas dos posiciones mentales darían lugar después a las dos opuestas corrientes que habrían de chocar muy pronto: la de los "civilizados" doctores y mercachifles, que miraban embobados todo lo que viniera de afuera (con mayor atención y obsecuencia si favorecía sus intereses personales) y la de los "bárbaros", la de los nacional-americanistas, patriotas de Patria Grande que sólo atendían a los verdaderos intereses de los pueblos, tratando de entenderlos, de interpretarlos". Fernández Cabrelli, Alfonso, *Tres reportajes al general Artigas,* Buenos Aires, Ediciones pro patria Grito de Asencio, 1974, p. 22.

avance portugués está condicionado por la derrota sufrida por las fuerzas revolucionarias en la batalla de Huaqui, que dejaba al Alto Perú como un frente al rojo vivo. Por el armisticio, ambos bandos reconocen el derecho de gobernar del rey encarcelado Fernando VII y encargan la lucha contra la invasión portuguesa a Elío, mientras las fuerzas porteñas acuerdan retirarse de la Banda Oriental, lo cual es visto por los artiguista como una claudicación.

Las consecuencias de este acuerdo se hicieron sentir rápidamente. Artigas toma la decisión de efectuar un éxodo masivo del pueblo oriental, sobre todo de la campaña[24], hacia la margen opuesta del río Uruguay. Más de quince mil personas acompañaron a Artigas en la cruzada hacia Ayuí', donde establece su campamento. Junto con Artigas al frente del éxodo, conocido como "redota" iba también Rondeau. Estos dos personajes, que después va a estar duramente enfrentados entre sí son –en ese momento– no solo amigos, sino compadres, una circunstancia importante en aquel tiempo.

Lo que nadie duda es que a partir de allí Artigas se yergue claramente como el gran caudillo de los orientales[25]. Y Buenos Aires también toma nota de esto. Como dice Astesano: "Lo siguen no sólo los paisanos de las estancias y el gauderio contrabandista; vecinos hacendados de distinción abandonan sus haciendas tras el grito de Artigas. Para los primeros es el jefe, entendiendo por tal, al más guapo, al más hábil, al más jinete, al mejor enlazador y pialador, el más ducho en las faenas de la yerra y la corambre y el más discreto enamorador. Por eso, porque lo adoraban y le temían iban con él. Para los segundos era el jefe indiscutible en la lucha por la destrucción del monopolio español, vale decir por la independencia o mejor por la libertad de vender los cueros"[26].

En junio, llega al campamento ubicado ahora a orillas del arroyo Ayuí Grande el enviado del Triunvirato Manuel de Sarratea, comisionado por el gobierno porteño para asumir el mando del ejército de la Banda Oriental. El "general" Sarratea, designado para comandar la toma de Montevideo, pasa tres meses en el campamento artiguista.

En el campamento de Ayuí, los orientales permanecieron hasta fines de septiembre de 1812, cuando Artigas decidió retornar después de doce meses muy duros y de muchos sacrificios. En ese marco pronuncia el caudillo oriental sus célebres palabras: "Yo llegaré muy en breve a mi destino con este pueblo de héroes".

El regreso a Montevideo tiene el objetivo de volver a sitiar al puerto principal de la Banda Oriental, en combinación con un cerco naval. Este puerto seguía dominado por los realistas de Elío. El sitio conducía a un eterno empate si no se lograba cortar el abastecimiento de la cuidad, desde el río, por la escuadra colonialista. Por eso el complemento del combate naval no era una cuestión menor sino trascendental.

Las fuerzas realistas habían intentado infructuosamente bloquear el puerto de Buenos Aires, pero esto, desobedecido por los buques ingleses, terminó en fracaso. Fue entonces que el gobierno porteño decidió equipar una flota que combatiera a la escuadra española asentada en la zona del Río de la Plata. Se trataba de tres buques artillados con menos de

24/Según algunas estimaciones se movilizó más de un tercio del total de la población rural de entonces.

25/José María Rosa va a decir metafóricamente "Artigas y su pueblo habrían de encontrarse en el éxodo de 1811". Rosa, ob. cit., p. 55.

26/Astesano, ob. cit., p. 154.

200 hombres reclutados entre los marineros que había en Buenos Aires. Era comandada por un marino nacido en Malta, Azopardo –convertido en teniente coronel– y su segundo al mando era el marino francés Hipólito Bouchard.

4. La campaña de Belgrano y la revolución en Paraguay

Otro foco de resistencia a la Revolución de Mayo era Asunción, la capital de la región desde la cual se habían fundado la propia Buenos Aires, en su segunda y definitiva fundación[27]. La histórica competencia entre Asunción y Buenos Aires es una de las determinantes del curso de los hechos en Paraguay: la subordinación económica y política de Asunción era casi absoluta, sobre todo a partir de la creación del virreinato del Río de la Plata.

El gran articulador de la economía del Paraguay colonial era la yerba mate. Un informe del gobernador de 1773[28]: "había calculado que casi la mitad de los hombres de la colonia encontraban trabajo en la recolección, preparación y transporte de yerba".

"El caso de la yerba constituye un claro ejemplo de la situación subalterna del Paraguay. Enviada en primer término a Santa Fe y luego reembarcada a Buenos Aires, que servía como centro de distribución para Tucumán, Potosí, Chile, Lima y Quito, la yerba estaba sujeta a impuestos tanto provinciales como a la alcabala –impuesto a las ventas en cada punto de la ruta"[29].

Todo el circuito económico dependía de los ricos comerciantes porteños. Esto era así en toda la cadena productiva. En un extremo, los que trabajaban la tierra no tenían medios propios de producción y dependían de los acopiadores de yerba para herramientas, ropa y subsistencia. Los acopiadores de yerba, a su vez, funcionaban como satélites de los comerciantes paraguayos, de quienes recibían mercaderías a crédito. Y finalmente, los comerciantes paraguayos funcionaban como satélites dependientes de los comerciantes de Buenos Aires, quienes les prestaban capital operativo. Y esta cadena de dependencia y de explotación no terminaba en la metrópoli Americana de Buenos Aires, sino que se vinculaba, sobre todo a través de los comerciantes monopolistas instalados en el puerto del Río de la Plata, con el puerto español de Cádiz. Así, el circuito terminaba en los millonarios comerciantes gaditanos que era el enlace comercial del monopolio colonial.

De esta manera, la economía de monocultivo del Paraguay dependía de este sistema mundial de mercado; sin embargo el consumo de la yerba mate se restringía a América y mayoritariamente a la región del Río de la Plata.

La situación de Paraguay se conjugaba con su situación de frontera directa con el imperio portugués del Brasil. Este, a través de sus bandeirantes, no sólo se tomaba una tarea

---

27/"Era Asunción del Paraguay, mucho antes que Buenos Aires, el centro de civilización, si así puede llamarse, de todas las comarcas bañadas por los ríos que desembocan en el Plata. Partieron desde allí las corrientes más importantes que fundaron y poblaron todas las antiguas ciudades costeras del Paraná y, además, la que por segunda vez fundó, es decir, refundó la ciudad de Santa María de los Buenos Aires". Cabral, Salvador, *Artigas y la Patria Grande*, San Antonio de Padua, Castañeda, 1979, p. 29.

28/En White, ob. cit., p. 36.

29/White, *ob. cit.,* p. 38.

permanente de extender las fronteras, sino que además hacía una verdadera caza de los pueblos originarios para convertirlos a la condición de esclavos en las plantaciones de la colonia lusitana. Por eso una de las tareas principales va a ser, en esos tiempos, la articulación con las distintas tribus guaraníes que habitaban la región. La provincia se mantenía en un permanente estado de alerta militar. En efecto, la frontera caliente no era defendida por una guarnición militar de españoles, sino que había un servicio militar permanente y se exigía a todos los ciudadanos de sexo masculino que sirvieran en los fuertes distantes. Incluso, los improvisados soldados civiles estaban obligados a equiparse ellos mismos con lo esencial: vestimenta, caballos, armas y subsistencia. Pero esta obligación no era entendida como una carga pesada del Estado, sino como una cuestión de supervivencia.

La dependencia comercial de Buenos Aires y los gastos de cumplimiento de las obligaciones militares impuestas por su papel de provincia de frontera hacían de Paraguay una de las provincias pobres. "El gobernador del Paraguay informaba a la Corona que, de una población de casi 100.000 habitantes, "más de 50.000 almas viven en una indigencia total, sufriendo con paciencia los efectos terribles de la desnudez, de la miseria y de la opresión"[30].

Durante casi dos siglos, la realidad paraguaya estuvo cruzada por la presencia clave en la región de la Compañía de Jesús. En efecto, durante años los jesuitas administraron las misiones guaraníes del Paraguay, llamadas también reducciones o pueblos de Misiones. Las primeras fueron creadas a principios del siglo XVII y tenían apenas un centenar de aborígenes. En 1767, año en el cual, tal como hemos visto, el monarca español expulsó a los jesuitas de los dominios españoles americanos, las colonias habían proliferado y florecían treinta pueblos estables y prósperos que alojaban a aproximadamente cien mil guaraníes.

Las misiones significaron una economía paralela a la del resto del Paraguay, y la eficiencia del circuito económico armado por los jesuitas hizo que los pueblos originarios que las habitaban escaparan al nivel de pobreza aplastante del resto del Paraguay. Pero, además, constituyeron la respuesta más eficiente desde el punto de vista militar a los avances portugueses. Las misiones jesuíticas gozaban, incluso, de un permiso especial de la Corona para fabricar sus propias armas y municiones. Esto reducía considerablemente los gastos y la eficiencia de la acción militar.

Con el fin de pagar el tributo real anual, continuar con las contribuciones normales a la tesorería central de los jesuitas en España e importar los pocos artículos que no podían producir en las mismas misiones, cultivaban yerba y tabaco para exportación. Sin embargo, la producción de las misiones jesuíticas no estaban absolutamente dedicadas a la producción para la exportación a la economía mundial y gran parte de su producción era para un incipiente mercado interno. Los pueblos guaraníes de las misiones producían una gran variedad de productos y animales para satisfacer las necesidades de productos básicos de sus propias comunidades organizadas y autosuficientes. Esta política no sólo alcanzaba para satisfacer las necesidades primarias del pueblo, sino que además no caían en práctica tan extendida en la colonia de recurrir a costosos productos importados. Podemos decir que las misiones fueron las primeras en hacer una sustitución de importaciones. Pero

30/*Ibid*., p. 42.

además el excedente de éstas se intercambiaba en el mercado y fundamentalmente era destinado a financiar otras actividades de la orden en el resto de América, como por ejemplo la educación de las elites criollas que fue una de las prácticas de los jesuitas.

En relación al resto de Paraguay, en donde estaban situadas, las misiones establecían su propia política económica y militar, basada en una unidad socioeconómica casi autónoma, afectada en mínima medida por las fuerzas políticas y económicas del Paraguay colonial.

Las relaciones con las autoridades coloniales de la región fueron siempre tensas. La liberación tributaria parcial de las misiones, negociadas por los jesuitas en el siglo XVIII en el comercio de la yerba, aumentó el resentimiento de los funcionarios coloniales y los actores económicos de Asunción y su zona de influencia. Por eso, los sectores dominantes asunceños hicieron lo que pudieron por desprestigiar a los jesuitas, diseminando rumores de minas de oro ocultas y de una conspiración para crear un Estado independiente.

El sistema de las misiones jesuíticas que parecía que se auto sustentaba y se manejaba se descalabró al poco tiempo de la expulsión de los jesuitas en 1767. "Al cabo de unas pocas décadas de administración civil y como consecuencia de la incorporación de las misiones a la economía política del Paraguay, los pueblos fueron reducidos a pálidas sombras de su situación anterior. La mayoría de la gente huyó y la producción cayó verticalmente, y sus construcciones abandonadas yacían en deterioro"[31].

Bajo la administración civil, en lugar de continuar constituyendo una fuente de ingreso para la Corona, las misiones se convirtieron en una carga. El virrey de Buenos Aires, Juan José de Vértiz, en su informe del 21 de marzo de 1784, le decía al rey que el tesoro de la misión arrojaba un déficit de 60.000 pesos.

Administrada por las autoridades coloniales, la economía equilibrada y autosuficiente de las misiones se fue convirtiendo, como no podría ser de otra manera, en una réplica de la economía de monocultivo paraguaya, donde la escasez de productos de primera necesidad podía atribuirse a la concentración desproporcionada de recursos en la producción de yerba. Era la clase dominante de la colonia imponiendo sus condiciones económicas que eran la base de la reproducción de la pobreza en Paraguay.

"Esta reorientación de la economía es la clave del empobrecimiento de las misiones. Los administradores civiles y los comerciantes, motivados por la ceguera de los intereses propios, confiscaron gran parte de las riquezas acumuladas de las misiones y, respondiendo a las oportunidades del mercado, redirigieron sus recursos a enfatizar la producción máxima de la yerba, convirtiendo en monocultivo a una economía equilibrada. Las misiones fueron sometidas bajo la administración civil, y pronto dominadas por las mismas fuerzas económicas y prioridades responsables del empobrecimiento del resto del Paraguay"[32].

Bernardo de Velasco había sido nombrado gobernador de las misiones jesuíticas en 1803 y del gobierno con sede en Asunción un par de años más tarde. El gobernador había convocado a un cabildo abierto el 26 de junio de 1810, un mes después de los sucesos de Buenos Aires. En julio, el cabildo de Asunción decide jurar obediencia a las autoridades peninsulares (la Regencia) pero al mismo tiempo mantener buenas relaciones con el

31/*Ibid*., p. 43.

32/*Ibid*., p. 49.

gobierno revolucionario instalado en la capital virreinal. Una política a dos puntas, que era imposible.

Una de las primeras gestiones de la junta porteña fue abordar el problema de obtener su reconocimiento ante el cabildo de Asunción. De esta ciudad eran algunos de los compañeros de la Universidad de Charcas donde habían estudiado varios de los revolucionarios de mayo. Pero en la ciudad paraguaya el control lo tenían los realistas. La junta de Buenos Aires envió en principio a José Espíndola, que era paraguayo de origen y revolucionario, pero que estaba muy desprestigiado en Asunción por su actuación en una administración anterior[33]. Tampoco contribuyeron en nada su imprudencia y su soberbia para manejarse ante los cabildantes asunceños. Por lo cual esa ciudad se terminó afirmando en la lealtad al Consejo de Regencia. Acaso las antiguas rivalidades entre Asunción y Buenos Aires, hayan jugado en esa decisión.

Sostiene White que el rechazo a la posición de la junta porteña no era necesariamente a la revolución, es decir, no estaba fundada en la ideología sino en el hecho de que "Paraguay, que ocupaba una posición periférica en el imperio español, estaba política y económicamente en un callejón sin salida. Y como no había clase criolla poderosa o bien atrincherada, cuya posición socioeconómica estuviera basada ventajosamente o vinculada a la estructura colonial, dado el momento histórico los antagonismos entre criollos y españoles fueron temporalmente olvidados por su posición común contra los porteños"[34].

Es entonces que fue enviado Belgrano al frente de un ejército para disciplinar a lo que Buenos Aires –a partir de la lectura de Espíndola– consideraba un foco realista en el gobierno de Asunción, pero parado sobre un pueblo que adhería a la revolución. Es por eso que Belgrano parte al frente de tan sólo unos 400 hombres. En Paraguarí lo espera replegado el gobernador Velazco con casi 7.000 hombres. No es raro que esta provincia de frontera, siempre en lucha contra el imperio portugués, juntara semejante ejército. La lucha es demasiado desigual. El 9 de marzo de 1811 el pequeño ejército enviado desde Buenos Aires es nuevamente derrotado en Tacuarí.

En los debates del cabildo de Asunción posteriores a la derrota del ejercito porteño, convocados por Velazco se destaca un criollo con posiciones revolucionarias, doctor en Teología y abogado, quien esgrimió los argumentos sobre la calidad de la legitimidad española para gobernar al mismo tiempo que suscribía los temores del resto de continuar en la situación de subordinación en términos económicos respecto de Buenos Aires. José Gaspar Rodríguez de Francia, lejos de ser el tirano despótico con que pretenden denostarlo

33/Espínola, "el viviente más odiado por los paraguayos" por haber sido el "instrumento principal de las violencias del anterior gobernador don Lázaro de Rivera", rápidamente se ganó la animosidad tanto de la élite española como de la criolla. Después de asumir el título de comandante de armas del Paraguay, se detuvo en la ciudad fronteriza sureña de Pilar el tiempo suficiente para obligar al cabildo local a jurar lealtad a la junta porteña. Prosiguiendo hacia Asunción, recibió un trato cordial del gobernador Bernardo de Velazco hasta que llegaron noticias de Pilar, después de lo cual fue exiliado al norte. Sin embargo, en lugar de viajar a Concepción, Espínola logró escapar y regresó a Buenos Aires, donde exageró el tamaño y poder de la facción porteñista en el Paraguay". *Ibid*., p. 55.

34/*Ibid*., p. 56.

los historiadores liberales[35] era, con su marcada influencia de la filosofía ilustrada europea, uno de los hombres que en América planteaba con claridad el argumento democrático que la soberanía retornaba naturalmente al pueblo. El cabildo de Asunción terminó aprobando, lejos de la postura de Francia, la fidelidad al Consejo de Regencia.

La campaña del ejército al mando de Belgrano en 1811 había resultado adversa en el terreno militar para la junta porteña, y favorable para el gobernador Velazco que dominó la región. Sin embargo, Belgrano no se volvió con las manos vacías: la presencia de sus fuerzas en Paraguay sembró las tierras guaraníes de vientos de revolución[36]. "Durante los meses de retirada, los oficiales de los dos ejércitos habían estado intercambiando constantes notas amistosas. Después de la batalla de Tacuarí, muchos de los oficiales, algunos de ellos conocidos personales de las campañas en Buenos Aires y Montevideo contra los ingleses, fraternizaron abiertamente y estudiaron los objetivos de la revuelta antiespañola de los porteños. Por estas conversaciones, los criollos paraguayos comprendieron que el dominio español estaba llegando a su fin, y que ellos, no los españoles, tenían el poder real en su provincia"[37].

La victoria del gobernador no le permitía sostenerse sobre la rebelión propia de los paraguayos. En 14 de mayo de 1811[38], un movimiento en Asunción, alentado por la ideología revolucionaria, destituyó a Velazco, asumió con rapidez el poder e instituyó una junta provisoria[39], integrada por Pedro Juan Caballero, Fulgencio Yagros y el doctor Gaspar Rodríguez de Francia. Los realistas paraguayos, viéndose en desventaja, pidieron ayuda a los colonialistas portugueses, lo que no hizo sino desprestigiarlos más de lo que estaban. Como representante militar, los revolucionarios paraguayos eligieron al teniente coronel Juan Valeriano de Zeballos, quien era español, lo que afirma una vez más el carácter de guerra civil y no de pronunciamiento antiespañol del juntismo. Y al frente de los civiles pusieron a uno de los criollos más formados políticamente en la Asunción revolucionaria de aquellos tiempos: el Dr. Francia.

35/Gustavo Levene en su *Breve historia de la independencia argentina* hace una sola referencia al doctor Francia: "Quien sería a poco el famoso dictador, tan sombrío como xenófobo, consideró inadmisible la pretensión de Buenos Aires... pero tampoco abogó en favor del caduco poder español (...) 'Mis argumentos en favor de mis ideas son estos', dijo Francia depositando dos pistolas sobre la mesa presidencial del Congreso. Una está destinada contra Fernando VII y la otra contra Buenos Aires'". Levene, ob. cit., p. 87.

36/"En un notable gesto de simpatía hacia sus interlocutores, los paraguayos permitieron a Belgrano, después de haber prometido no volver a emprender hostilidades contra el Paraguay, que abandonara la provincia con sus tropas y armas intactas". White, ob. cit., p. 60.

37/*Ibid*.

38/"En la noche del 14 de mayo (1811), los conspiradores ocuparon de improviso los cuarteles, habiéndose puesto antes de acuerdo con los oficiales que los guarecían. En ninguna parte encontraron dificultad y la revolución quedó consumada sin efusión de sangre". Barros Arana, ob. cit., p. 481.

39/"El 20 de julio de 1811, la junta conformada en Asunción envió una nota a la junta de Buenos Aires. Caído el rey, la soberanía –dicen con firmeza– recae en la nación y, también, en cada pueblo.La misma doctrina sostenida por los revolucionarios de Mayo". De Titto, ob. cit., p. 40.

La junta de Asunción suspendió el reconocimiento que hiciera oportunamente el cabildo al Consejo de Regencia, pero no dejó de mencionar a la legitimidad del monarca depuesto, Fernando VII, como el resto de las juntismo americano apelando al pactum traslationis.

Aunque entabló negociaciones con Buenos Aires, Paraguay siguió, a partir de entonces, un camino propio e independiente, puesto que la política centralizadora de la Junta de Mayo era percibida por Asunción como la continuidad de una insoportable hegemonía de los tiempos coloniales, que era reputada como la causa principal de la decadencia del esplendor de otrora de la capital del Paraguay.

No podemos afirmar que esa política independiente implicara verdaderamente una ruptura definitiva con el resto de las provincias con la idea de constituir una nación independiente[40]. De hecho, la junta del Paraguay fue la primera en formular la idea de una confederación de provincias pero, a su vez, se mostraba celosa de su autonomía al igual que el camino transitado por el resto de las provincias, con la idea de evitar "cambiar unas cadenas por otras y mudar de amo". El Paraguay, en una nota enviada a la junta de Buenos Aires, manifestaba su disposición a integrar una asociación política sobre la base de la aceptación recíproca de la autonomía de cada junta[41].

"Esta célebre nota, que puede considerarse como la primera acta de confederación levantada en el Río de la Plata, terminaba con cuatro declaraciones acordadas, bajo las inspiraciones de Francia, por el congreso de vecinos y corporaciones celebrado en la Asunción. La primera y la más importante era que mientras no se reuniese el congreso general de las provincias, el Paraguay se gobernaría por sí mismo, con absoluta independencia de la junta de Buenos Aires. La segunda, que se establecería el comercio libre entre ambos países y se suprimirían todos los impuestos que se cobraban en la capital a los productos paraguayos. La tercera, que se extinguiese el estanco de tabacos y que las existencias se adjudicasen a favor del tesoro del Paraguay. La cuarta y última, que ningún reglamento o Constitución del congreso obligaría a la provincia del Paraguay, mientras no fuese ratificada en junta plena de todos sus habitantes y moradores. Tal fue el programa de la revolución del Paraguay"[42].

40/"Hasta este momento, el Paraguay, aunque desconfiado y receloso de su entidad histórica, en ningún momento habla de la nación paraguaya, sino de provincias, eso sí, en igualdad de condiciones, es decir, confederadas. Muchos historiadores confunden este punto y le dan al Paraguay, como expresión de la voluntad de su pueblo, el papel de haber planteado desde el inicio la necesidad de independizarse como país, concepto equivocado y desmentido por la documentación de la época". Cabral, ob. cit., p. 40.

41/La mencionada nota decía expresamente: "La provincia del Paraguay reconoce sus derechos, no pretende perjudicar aun levemente los de ningún pueblo y tampoco se niega a todo lo que es regular y justo. Su voluntad decidida es unirse con esa ciudad y demás confederadas, no sólo para conservar una recíproca amistad, buena armonía, comercio y correspondencia, sino también para formar una sociedad fundada en principios de justicia, de equidad y de igualdad. A este fin ha nombrado ya su diputado para que asista al congreso general de las provincias".

42/De Titto, ob. cit., p. 41.

La junta de Buenos Aires envió a Belgrano, no ya como general a disciplinar sino como doctor a actuar de diplomático en las negociaciones. La relación entre los dos doctores, Francia y Belgrano, fue de entendimiento y simpatía recíproca y se estableció entre ellos una confianza mutua. Sin embargo, la política paraguaya se constituyó por un carril de autonomía de los hechos y de las luchas (tanto internas cuanto externas) del Río de la Plata. Y el doctor Gaspar de Francia será por décadas su figura excluyente y conductor de su pueblo. Francia había comprendido que Asunción estaba alejado de los centros políticos y económicos de la época y que en esas circunstancias era posible aprovechar su aislamiento para ganar niveles crecientes de autonomía.

Con claridad lo aprecia Juan Bautista Alberdi[43] en años posteriores: "Lo que resistían los pueblos no era la libertad, era el despotismo que se les daba junto con la libertad; lo que ellos querían era la libertad sin despotismo: ser libres de España y libres de Buenos Aires. Artigas y Francia así lo decían".

"Belgrano culmina su gestión en Paraguay con la firma de un Tratado de Amistad y Unión Perpetua (12 de octubre) que constituyó el primer acuerdo federal formalizado, entre regiones rioplatenses que se comprometían mutuamente a "morir por la patria y la común libertad"[44]. Se marcaba la autonomía en términos de independencia pero se dejaba a salvo la idea de la federación como forma de vínculo "deseando ambas partes contratantes estrechar más y más los vínculos y empeños que unen y deben unir ambas provincias en una federación y alianza indisoluble, se obliga cada una por la suya, no sólo a cultivar una sincera, sólida y perpetua amistad".

Pero la profundidad de los hechos políticos la desentraña Alberdi[45] cuando dice: "Desconocida la autoridad local de Buenos Aires como autoridad del Paraguay, Buenos Aires no dejó de conspirar contra el gobierno que tomó esa actitud, es decir, contra el gobierno del doctor Francia".

5. Las diferencias políticas en la conducción revolucionaria del Plata

El tema de la legitimación y el apoyo de las otras ciudades del antiguo virreinato trajeron sus propios inconvenientes. A poco de que fueron llegando a Buenos Aires los diputados de las distintas regiones que aceptaron el convite, se presentó el dilema sobre cuál status darle a su participación. El sector de la consolidación o saavedristas vio en la inclusión de todos los representantes a la junta de gobierno, la oportunidad de diluir el peso de los sectores de la profundización o morenistas. Como dice el historiador revisionista Ernesto Palacio, "La fracción saavedrista de la junta encontró en los diputados del interior el instrumento para terminar con la influencia del impetuoso y temible secretario"[46]. La incorporación de los diputados del interior a la primera junta de gobierno, tenía por objeto restar dinamismo y ejecutividad al organismo. Un colegiado tan numeroso era todo lo contrario de un ejecutivo necesario para una política revolucionaria: el proyecto político more-

43/En Cabral, ob. cit., p. 10.

44/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 78.

45/En Cabral, ob. cit., p. 41.

46/Palacio, ob. cit., p. 188.

nista exigía un gobierno fuerte. Las tendencias conservadoras vieron asegurado el mantenimiento del statu quo y por eso se alinearon incondicionalmente con el saavedrismo.

Estaba claro, pues, que tras los dos criterios en cuanto a la integración de la Junta no había un mero problema de interpretación, sino dos fuerzas en disputa. Para el morenismo, sector de la profundización, hacía falta una agilidad que la junta agrandada iba a imposibilitar en los hechos. Para el saavedrismo, que conducía tanto a la consolidación como a la restauración, esto integraba a todos los que Buenos Aires debía conducir, y la lentitud del nuevo organismo le daba los elementos necesarios para conducirlo.

En síntesis, Saavedra planteaba el ampliar la junta, mientas que Moreno proponía mantener un ejecutivo fuerte (donde los revolucionarios hegemonizaban o podían hacerlo) e integrar con los diputados llegados a Buenos Aires una especie de poder legislativo. Finalmente, la pelea fue perdida por Moreno y los nueve diputados del interior, encabezados por el sacerdote cordobés Gregorio Funes se terminaron incorporando, formando así lo que se llamó Junta Grande. El deán Funes, voz de los diputados del interior, defiende, en estos términos, el derecho de la incorporación a la junta: "La capital no tiene títulos legítimos para elegir por sí sola los gobernantes que los demás ciudadanos deben obedecer".

En este punto es en donde empiezan a aparecer también las disidencias más profundas que son entre el sector revolucionario personificado en Moreno y el sector más conservador, que tiene más la cabeza en cómo vincularse con Gran Bretaña que en completar el proceso independentista y que cada día se hace más reaccionario. Este último sector podemos personificarlo en un personaje emergente para aquellos tiempos que es Bernardino Rivadavia. Los historiadores liberales tratan de construir el mito de una continuidad entre Moreno y Rivadavia. Sin embargo, como bien dice Astesano existió una fuerte contraposición entre ambos, pues expresaban dos proyectos no sólo distintos, sino antagónicos: "Rivadavia formó parte, o por lo menos estuvo vinculado al grupo de la burguesía comercial porteña. (...) una vieja oposición que existía entre este hombre y Mariano Moreno que no desperdiciaba oportunidad para hacerse sentir"[47]. Ya para diciembre de 1810 la unidad de la conducción del proceso revolucionario estaba quebrada por problemas políticos internos entre distintos sectores.

Volviendo a la pelea principal, el grupo de Saavedra –más conservador pero respaldado en la movilización popular– organizó una demostración de fuerza con la movilización de los "orilleros", que reclamaron la plenitud del mando en manos del jefe de Patricios, además de la expulsión de sus contendientes políticos.

"Cuando atardecía el 5 de abril comenzó a ser ocupada la Plaza Mayor por 'hombres de poncho y chiripá' –según las palabras de Ignacio Núñez– encabezados por el alcalde Tomás Grigera ('cuyo nombre –dice también Núñez– sólo conocido hasta ese día entre la pobre clase agricultora, principió a ser histórico para este país'), dispuestos a evitar que se consumara lo planeado por los 'hombres de capa y casaca'. Durante la noche la plaza fue ocupada por 'como mil quinientos hombres', en su inmensa mayoría orilleros, gauchos, que al amanecer del 6 exigieron a gritos la reunión del cabildo para presentar sus peticiones. Y es claro que tales peticiones populares iban dirigidas contra los destacados

47/Astesano, ob. cit., p. 177.

supérstites del jacobinismo; con lo cual –y muy a pesar ahora del mismo pueblo– iban a quedar los liberales como presuntos representantes del grupo morenista"[48].

El movimiento contó, además, con el respaldo militar de los regimientos de Patricios, Arribeños, Pardos y Morenos. Los saavedristas movilizados formularon una serie de planteos, a los cuales la junta hizo lugar de inmediato, con lo que se lograron: 1) La separación del organismo de Nicolás Rodríguez Peña, Juan Hipólito Vieytes, Miguel Azcuénaga y Juan Larrea; 2) Expulsión de miembros del Café de Marco, lugar de reunión de los morenistas; 3) Comparendo de Belgrano, para rendir cuentas de la campaña al Paraguay y 4) Permanencia de Saavedra al frente de la junta.

Esta revolución popular –que cierta historiografía califica de motín de la gente baja, mientras otros la minimizan o bien la descalifican por el origen de clase de algunos de sus miembros como Martín Rodríguez, que era estanciero, o el propio Saavedra– significó un pronunciamiento de la alianza existente entre los militares y el pueblo humilde, cuyos orígenes ya explicamos en las invasiones inglesas. Una alianza que, como dicen Sabsay y Pérez Amuchástegui, fue entre "charreteras y chiripás" y afirmó la autoridad de Saavedra.

Cuando el presidente de la Junta Cornelio Saavedra hizo causa común con los representantes del interior y, el 18 de diciembre, ordenó someter a votación la incorporación de los diputados a la Junta, en una reunión en que éstos estuvieran presentes. Logró un voto favorable, que llevó a la conformación de la Junta Grande. Moreno presentó su renuncia, por considerar que eso frustraba el impulso revolucionario, pero no renunció a la causa. En diciembre fue designado como agente diplomático con el objetivo de obtener el tan deseado reconocimiento de los ingleses al gobierno revolucionario.

En alta mar, rumbo a su destino diplomático en Europa, muere Mariano Moreno. Si bien no existe prueba alguna, es posible que haya sido envenenado. Ante su muerte su rival Saavedra dijo una frase que quedará para la historia: "Hizo falta tanta agua para apagar tanto fuego".

Con la desaparición de la escena de Moreno, la ausencia de Castelli (en el Alto Perú) y Belgrano (en Paraguay) el sector de la profundización se quedó sin ninguna de sus grandes espadas políticas. El morenismo, en retroceso, se aglutinó en torno del Café de Marco, frente a la iglesia de San Ignacio, desde donde conspiraban contra el poder de Saavedra y los suyos. Habían encontrado un portavoz elocuente: el tucumano, doctor en Charcas y refugiado del Alto Perú, desde la primer experiencia juntista: Bernardo de Monteagudo.

"El morenismo es derrotado, pero el saavedrismo carece de proyecto propio y cae, pocos meses después, entregando el gobierno al partido de los comerciantes. Nace así el Primer Triunvirato (septiembre de 1811), donde maneja los hilos don Bernardino Rivadavia, adicto a los intereses británicos. El pacto con Elío, traicionando a Artigas y dejando librada a su suerte la revolución en la Banda Oriental como, asimismo, la disminución de los derechos de importación, signan la política reaccionaria del Triunvirato. El "partido de los tenderos", liderado por Rivadavia, porteño y liberal en lo económico, destruye el intento insurreccional de los absolutistas y ejecuta a su jefe, Martín de Álzaga, timoneando ahora el gobierno en función exclusiva de sus intereses, al mismo tiempo que vigila aten-

48/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 72.

tamente para impedir la resurrección del morenismo, expresión de la revolución popular hispanoamericana"[49].

Desde otra perspectiva menos morenista podemos decir que "este golpe de mano que posibilitó la instalación del Triunvirato es la antítesis del movimiento del 5 y 6 de abril y facilitó el acceso al gobierno de la oligárquica burguesía comercial porteña que, desde entonces, fijó la política centralista y despótica contra la que habrían de luchar las provincias. Con la inspiración y la acción definitoria del secretario Rivadavia, se inició en el Río de la Plata lo que podemos llamar porteñismo[50] a ultranza, caracterizado por un manifiesto desdén hacia el resto del país, hasta el extremo que, para que Buenos Aires tuviera paz y su burguesía comercial no se debilitara, era preciso acceder a todo, incluso a la pérdida de territorios. Se planteó desde entonces una dicotomía irreconciliable en sus extremos: mientras las provincias buscaban un ser nacional argentino y aún hispanoamericano, el pequeño círculo dominante de Buenos Aires, de neto corte liberal, quería armar un ente colonial y porteño, entregándose al tutelaje económico y cultural en aras de consolidar la hegemonía de su burguesía comercial"[51]. Por su parte Ernesto Palacio afirma: "El Gobierno Ejecutivo (que tal fue su nombre) conocido en la historia como 'primer triunvirato' suele considerarse como una reacción 'liberal' contra la política conservadora de la Junta Grande. No hubo tal cosa. Su significado fue más localista que ideológico: reacción de la capital contra el predominio provinciano en la junta, por lo cual fue acogido auspiciosamente en Buenos Aires y con desconfianza en el interior"[52].

Los elegidos para formar el Triunvirato fueron Feliciano Chiclana, Manuel de Sarratea y el siempre presente Juan José Paso[53]. Las permanentes desavenencias entre ellos hacían que la decisión generalmente recayera en el secretario, el advenedizo Bernardino González Rivadavia[54], verdadero representante de los intereses de los comerciantes porteños.

49/Galasso, ob. cit., p. 67.

En un sentido idéntico se pronuncia Salvador Cabral: "Con el advenimiento del Primer Triunvirato al poder, se termina de materializar el fracaso del plan proteccionista y revolucionario del movimiento de mayo. El poder político se desplaza naturalmente a manos de los sectores económica y socialmente mas consolidados, es decir, en ese momento, los comerciantes del puerto. Bernardino Rivadavia será su hombre ejemplar, su político fiel, su defensor leal, hecho a imagen y semejanza del tendero". Cabral, ob. cit., p. 16.

50/Don Arturo Jauretche lo caracteriza con estas palabras citadas de Zorraquín Becú (*El federalismo argentino*): "Los porteños se apoderaron en seguida de los principios liberales que tanto en materia política como económica, favorecían las miras ambiciosas de la creciente ciudad. Y ese espíritu localista hizo olvidar con excesiva frecuencia los intereses del interior, que no podía soportar un sistema que sin reportarle ventaja alguna, provocaba su paulatina decadencia industrial". Jauretche, ob. cit., p. 32.

51/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 78.

52/Palacio, ob. cit., p. 193.

53/"Paso, un camaleón, siempre dispuesto a saltar el cerco, aunque juicioso y sagaz", lo define el historiador nacionalista Ernesto Palacio.

54/No hay que olvidar que Rivadavia estaba casado con una hija del virrey del Pino y que reivindicó esta

"Los grupos disueltos y perseguidos a raíz del golpe de Estado saavedrista del 5 y 6 de abril y afiliados al morenismo (o sea el partido de los políticos, como se decía entonces acaso por oposición al de los tenderos) habían vuelto a reconstruirse en actitud expectante con respecto al nuevo gobierno que al menos les permitía actuar. El 13 de enero de 1812 –en el rigor de la canícula– inauguró sus sesiones la 'Sociedad Patriótica y Literaria' bajo la presidencia del doctor Bernardo Monteagudo y con la asistencia de Rivadavia en representación del gobierno. Había un optimismo por el establecimiento de la libertad de imprenta (que sería flor de un día), mediante la cual los jóvenes de la agrupación propononíanse influir decisivamente en los acontecimientos, triunfando sobre la tibieza gubernativa"[55].

El reconocimiento provisorio de este vínculo fue que otorgaron a Monteagudo la responsabilidad de ser el redactor del periódico La Gaceta, el órgano oficial del gobierno. Aunque esa relación no fue duradera.

La reducción del ejecutivo y el dotarlo de atribuciones tenía como objetivo principal asegurar el predominio porteño sobre el hinterland de su puerto, para lo cual era menester también abandonar a los españoles o a los portugueses la Banda Oriental y su puerto competencia de Montevideo.

Este proyecto también implicaba no tolerar existencia de autonomías locales. Así, desde el primer momento mostró su hostilidad hacia la junta del Paraguay y "reiteradamente desconoció los derechos paraguayos estipulados en el tratado del 12 de octubre; la situación explotó el 19 de septiembre de 1812, cuando el Triunvirato estableció un impuesto inadmisible al tabaco paraguayo que pasase por Buenos Aires: la respuesta no se hizo esperar, y en Asunción se constituyó un Consulado, presidido por el Dr. Gaspar Francia –caudillo patriarcal de la multitud campesina– que cortó relaciones con Buenos Aires (12 de octubre de 1812)"[56].

Es una exageración plantear que el camino escogido por Paraguay es tan sólo una consecuencia de la políticas centralistas de inspiración de Rivadavia, pero también es insostenible que la negación de Moreno a integrar con los representantes del interior la junta de gobierno y la política de desprecio y sometimiento a las provincias ejecutadas por los rivadavianos sean una continuidad política. En lo único que podría verse alguna conexión, es en que se repite el error de confundir el enemigo principal y las contradicciones secundarias recurriendo en ambos casos a formas represivas. Sin embargo, la diferencia sustancial es que el morenismo, o sector de la profundización, lo hacía con la idea de fortificar el proceso revolucionario en la unidad nacional rápidamente ejecutada y sobre las bases económicas del proteccionismo y la felicidad del pueblo, aboliendo injusticias como el servicio personal, mientras que el liberalismo conservador, como fuerza de la restauración, consideraba que lo único viable era el fortalecimiento de la hegemonía de los comerciantes porteños en su relación nueva con el circuito mercantil británico, y con un desprecio absoluto por la realidad y los intereses económicos del resto de las ciudades que componían el antiguo virreinato del Río de la Plata.

---

situación hasta su muerte como si se tratara de un título de nobleza.

55/Palacio, ob. cit., p. 196.

56/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 79.

La fuerza de la restauración era la conjunción de estos comerciantes porteños que empiezan a relacionarse, en recíproco interés con los ganaderos, cuyo objetivo residía en el comercio exterior, particularmente con los ingleses. Sobre esta conjunción y conducidos por Bernardino Rivadavia se va cocinando a fuego lento el reaccionario partido unitario, que va expresar como ningún otro los intereses de la incipiente oligarquía porteña de espaldas a la emancipación nacional americana[57], no sólo por su retaceo al apoyo a la gesta independentista, sino también por su idea de sumisión a los británicos. Siempre bajo el discurso del iluminismo, los avances de la civilización, y el sacarse de encima la pesada herencia hispánica de nuestros antiguos tutores, como si esa identidad fuera descartable como ropa vieja. Es más, como dice la aguda pluma de Hernández Arregui "El liberalismo conservador –un ejemplo típico fue Rivadavia el 'iluminista' de los comienzos– estaba más cerca del despotismo ilustrado de la época de Carlos III que de la Revolución Francesa, odiada y temida en América en los comienzos del siglo XIX, como en la misma Europa"[58]. En parecido sentido se expresan desde un liberal como Vicente Fidel López hasta un nacionalista como Ernesto Palacio.

El liberalismo que en Europa era una doctrina de vanguardia y revolucionaria[59], por-

57/El historiador liberal Halperín Donghi justifica así la formación de la oligarquía y su indiferencia frente a las guerras emancipatorias: "Sólo la campaña de Buenos Aires, en un proceso que comienza a anunciarse hacia 1816 pero que se desencadena a partir de 1820, es plenamente transformada gracias a las oportunidades abiertas por la liberación del comercio internacional. Esta transformación –surgida de estímulos esencialmente económicos– es rica en consecuencias sociales y políticas, crea, para esa elite criolla de la capital –frente a la cual la revolución parece haber cumplido tan mal sus promesas de prosperidad creciente– una nueva base de poderío económico, que completa muy oportunamente las que esa misma revolución le ha reservado en el orden social y político". La relación de complementariedad dependiente con los británicos (el libre comercio en el eufemismo de Halperín) va conformando de unos comerciantes y contrabandistas en ascenso una oligarquía rica hija de la revolución que le da acceso al poder pero al mismo tiempo que se niega a contribuir a solventar económicamente el fin del colonialismo en América. Como es tan obvio, que no es la libertad sino la sumisión a los ingleses lo que sustenta a esa incipiente oligarquía, hasta el propio Halperín Donghi se ve en la necesidad de aclarar: "La revolución mercantil aportada por los nuevos dominadores británicos del mercado local, si bien estaba destinada sobre todo a favorecer a esos dominadores, incluía en sus consecuencias la liberación de los productores del predominio de los comercializadores de viejo estilo y no faltaron entre esos productores quienes desde muy pronto advirtieron las ventajas de promover la liberación del comercio externo". Para Halperín Donghi la destrucción de las economías productivas locales no es más que la consecuencia lógica de la modernización de la economía y la integración al mercado mundial de ciertos bolsones de producción obsoleta "incapaz de competir con la acrecida importación". Halperín Donghi, ob. cit., pp. 118 y 129.

58/Hernández Arregui, ob. cit., p. 69.

59/El nacionalismo reaccionario argentino que le dio impulso a los primeros años del revisionismo histórico, siendo profundamente antiliberal –debido a sus influencias conservadoras europeas, sobre todo de Charles Maurras– considera que el liberalismo nunca puede ser bueno. Así critica al liberalismo en Europa invalidando el capitalismo y su consecuente ideología liberal, impugnándolo

que era impulsada por la burguesía en el proceso de transformación e industrialización europea, al trasladarse hacia América sólo como imitación de aquel sistema de ideas sin las condiciones materiales ni las fuerzas sociales que la impulsan, termina convirtiéndose en un sistema de ideas que raya en el vanguardismo en su confluencia con cierto tinte reaccionario que abomina todo el tiempo del pueblo que le tocó en suerte. Se convierte entonces en la ideología de aquellos que añoran haber nacido en Europa. Ese liberalismo rivadaviano, va a ser fundacional de una vertiente política antinacional (furiosamente pro inglesa), oligárquica (furiosamente antipopular) y conservadora (furiosamente defensora de las diferencias sociales). Ese liberalismo va a ser un recorte fundamentalmente económico de la doctrina europea al mismo tiempo que vaciado en el molde de la cultura hispánica se hará paternalista y su discurso democrático en lo político siempre lo va a situar en el futuro, para cuando el pueblo se encuentre "debidamente educado" como en Europa.

"El liberalismo político y económico fue aquí la expresión de una debilidad, antes que esa manifestación de fuerza que sí tuvo en la conformación de las nacionalidades europeas. Ese liberalismo que allá operó como ideología emancipadora y justiciera, invocado en América Latina como credo librecambista por las elites criollas dominantes, sirvió más a la consolidación de la dependencia económica que al fortalecimiento de la soberanía política nacional y regional. Es que las elites económicas criollas fueron liberales en lo económico pero profundamente conservadoras en lo político y social, por lo cual, quien traslade también mecánicamente esas categorías políticas a nuestra realidad latinoamericana, deberá prácticamente invertir el sentido del liberalismo para poder entender algo [60].

Acaso sea cierto aquello que sostiene Marcelo Sánchez Sorondo en el sentido de que "el liberalismo criollo al abstraerse o, si se quiere, desvincularse, en una y otra actitud de la realidad circundante con el declarado propósito de desconocerla, adquirió una propensión, consciente o subconsciente, hacia la utopía y candor de origen romántico, en la todopoderosa providencia del factor extranjero. (...) Esta inclinación no sólo inaceptable, sino funesta como hábito de vida pública imanta desde un comienzo la política liberal argentina y le endosa una secuela de reflejos condicionados que operan como una segunda naturaleza. Se trata, creemos, de una situación inédita en la historia universal, producida originariamente por el desencuentro nunca superado entre los valores de época, que miran al porvenir y cuya percepción seduce a los grupos ilustrados, y la cultura remansada en los hontanares donde bebe el espíritu del pueblo; cultura que repite el pasado en la reiteración colectiva de las creencias, la lengua y las mezclas o adiciones étnicas con que se forja el cosmos de la raza iberoamericana. Extrañado del país real por un amaneramiento ideológico cuyo estilo se traspola imprudentemente al plano de la activa militancia política, el eforato

---

desde la defensa de un medievalismo sui generis. Nosotros consideramos con Norberto Galasso que "El liberalismo en Europa constituyó la expresión ideológica de una burguesía progresista que procuraba construir la nación, modernizar las formas de producción y propender al crecimiento y la democracia política". Galasso, ob. cit., p. 19.

Pero no deja de ser cierto que cuando la burguesía se apropió del Estado e identificó sus intereses con este, se volvió despótica, y trató de suprimir el proceso de las masas en la participación política.

60/Casalla, ob. cit., p. 358.

liberal procuró llevar a cabo sus proyectos de regímenes vicarios que reclamaban formas de asistencia o respaldos supranacionales para compensar el desequilibrio emergente de la ausencia de arraigo y consenso propio"[61].

El panorama para 1811 no era alentador, ya que se había perdido unidad política en el seno de la conducción del proceso revolucionario. Pero además de eso, en el frente militar las cosas no iban bien. A Belgrano se lo había enviado a Paraguay con las consecuencias que ya vimos. Por eso, se le ordena trasladarse a la Banda Oriental, donde Elío se preparaba para actuar contra la revolución tanto por tierra como por agua, donde preponderaba –con la hegemonía de la escuadra española– en toda la zona desde el Paraná y el Río de la Plata hasta la costa atlántica. En el Alto Perú las cosas también iban en retroceso. El ejército revolucionario había sido derrotado por los realistas en la batalla de Huaqui cerca del río Desaguadero que marcaba el límite con el virreinato del Perú. Y como vimos, en pocas semanas todo el Alto Perú volvió a caer en manos de la reacción españolista.

El nuevo ejecutivo, el Primer Triunvirato, será el reflejo político de aquellos que veían en los nuevos vínculos con los ingleses el destino estratégico de las provincias del Plata, desentendiéndose de la suerte de resto de las regiones de América del sur.

Va ser este gobierno porteñista el que establezca un pacto con el virrey instalado en Montevideo, en la idea que no se podía tener demasiados conflictos abiertos al mismo tiempo. Las contradicciones con Artigas hacen que la dirigencia porteña prefiera arreglar con Elío. Buenos Aires toma como enemigo al caudillo popular oriental, y no tardará Sarratea en declarar que Artigas como "traidor a la Patria". El ascendente del caudillo que se empieza a extender por todo el litoral y más allá también, hacía que la elite porteña fuera incluso mucho más allá: sellar un pacto con los portugueses para que, apropiándose de la provincia de la Banda Oriental, acabaran con la influencia artiguista.

La segunda gran cuestión de la etapa es la legitimación externa de la revolución que, tal como habíamos dicho, se debía lograr en el plano internacional.

Una de las cuestiones claves para el triunfo, lo sabían los revolucionarios, era que su proceso no quedase aislado y condenado internacionalmente. Eso legitimaba la opción de los españoles de financiar el envío de tropas para restablecer el orden en sus colonias con apoyo del resto de Europa. En este punto la posición de Gran Bretaña, en tanto potencia emergente de la época, era absolutamente clave en la mirada de los revolucionarios. El problema residía en que, en la lucha contra Napoleón, Inglaterra era aliada de un Consejo de Regencia, última autoridad que se sostenía en España. Por lo tanto por sus asuntos europeos a los que priorizaba no prestó demasiada atención o mejor dicho no dio apoyo expreso a la rebelión de las colonias de su aliado.

Sin embargo, la política británica no fue unívoca sino más bien ambigua, pues se beneficiaba directamente con la apertura del comercio de las antiguas colonias sublevadas. Por eso, por ejemplo, al tiempo que ofrecía a los enviados de la junta de Buenos Aires como Matías de Irigoyen hacer de mediadora ente Buenos Aires y el Consejo de Regencia (solicitud que fue rechazada) al mismo tiempo hacía la vista gorda para que dicho enviado pudiera volver a Buenos Aires con una buena cantidad de fusiles. Negocios son negocios. E Ingla-

61/Sánchez Sorondo, ob. cit., p. 62.

terra, como bien se ha dicho, no tiene amigos permanentes, tiene intereses permanentes.

Lo que efectivamente hizo la diplomacia británica fue presionar para que los procesos juntistas se mantuvieran por el mayor tiempo posible con una política legitimista de reconocimiento a Fernando VII y no devinieran rápidamente, como lo había hecho en el norte de América del sur, en una cuestión nacional de declaración de independencia.

Quien piloteará toda esta política de la ambigüedad será el ministro británico ante la corte de Río de Janeiro, Lord Strangford. Esta posición inglesa se va a mantener hasta 1825, cuando Gran Bretaña reconoció la existencia de nacionalidades (en plural) independientes de España. Casualmente después que en Ayacucho los americanos consiguieran, tal como vamos a ver, la definitiva victoria contra las fuerzas colonialistas españolas.

Buenos Aires con una "aristocracia" (o banda de tenderos, según se mire), surgida de la práctica del contrabando y el comercio, a la que se había agregado una burocracia política después de la creación del virreinato, defendía el librecambio, y encontraba en el nuevo vínculo con Inglaterra el camino de sus negocios para lo cual debían domesticar como compradores al resto de las provincias del antiguo virreinato o hasta donde llegara su influencia. Esa política empobreció al interior, sumiendo en una miseria creciente a las provincias del norte, que habían constituido su riqueza proveyendo al Alto Perú, en esos momentos en manos de los colonialistas. Esto lo enfrenta cada vez más con las poblaciones del interior, cuyos diputados había expulsado el 7 de diciembre de 1811, bajo el pretexto de conspirar.

La contradicción principal, la lucha entre los revolucionarios contra los realistas y los conflictos secundarios (las disputas de la dirigencia porteña contra los deseos de autonomía de las provincias) se van encadenando con un frenesí guerrero que se lleva puesta toda la política de aquellos años. Es más, tiende paulatinamente a agravarse y dejar lejos la estabilidad necesaria para recomponer el gobierno y la economía de la región.

CAPÍTULO IX
LA LLEGADA DE SAN MARTÍN AL RÍO DE LA PLATA O EL CAMINO DE LA REVOLUCIÓN A LA INDEPENDENCIA.

"Cuando la Patria está en peligro todo está permitido excepto no defenderla"
General José de San Martín

1. San Martín en Buenos Aires

En España, el Consejo de Regencia, con sede en Cádiz –colocado ante los mismos dilemas que las juntas americanas– llamó a la elección de las Cortes, es decir, a una asamblea de representantes de los reinos de la corona española incluyendo, aunque con representación[1] secundaria, a los de las Indias[2]. Pero en América las revoluciones ya estaban en marcha, y algunas –frente a la intransigencia de los realistas– prontamente escogieron el camino de la independencia. Ese congreso del imperio español[3] asume la función de redactar una Constitución. La hegemonía en este caso fue de los sectores liberales antiabsolutistas, que votaban en 1812 una Constitución que tenía la expresa función de crear un poder legítimo en ausencia del rey, pero también ponía límites al poder absoluto del monarca[4]. La inminente vuelta al trono de Fernando VII estaría condicionada por este

1/"En un hecho sin duda excepcional, a los debates de la asamblea constituyente de Cádiz fueron invitados también representantes americanos. Por ello, en América –con la excepción de aquellos territorios que en Venezuela y en el Río de la Plata permanecían bajo el control de las respectivas juntas– comenzaron los preparativos para elegir a los constituyentes que se enviarían a España". Zanatta, ob. cit., p. 40.

2/Varios americanos tuvieron una destacada actuación en las Cortes. "La presidencia era rotativa. Así ocurrió que el peruano Vicente Morales Duárez murió súbitamente cuando la presidía. Conspicuos miembros fueron el insigne quiteño José Mejía, uno de los más ardientes partidarios de la abolición del Santo Oficio; el poeta José Joaquín Olmedo [de Guayaquil] cuya más descollante actuación consistió en un discurso para extirpar el sistema de las mitas; el mexicano Miguel Ramos Arizpe, el 'Franklin latinoamericano'". Sánchez, ob. cit., p. 67.

3/"El 15 de octubre de ese año [1810], las Cortes reunidas en Cádiz, según el modelo popular de las antiguas Cortes medievales, habían declarado solemnemente que "los dominios españoles en ambos hemisferios habían de formar una sola y misma monarquía, una sola y misma nación y una sola familia, y que, por lo mismo, los naturales que fueron originarios de dichos dominios europeos o ultramarinos gozarían de iguales derechos que los de la Península". Sánchez, ob. cit., p. 67.

4/"Cuando la Constitución de 1812 sostuvo 'La soberanía reside esencialmente en la nación, y por lo mismo pertenece a ésta exclusivamente el derecho de establecer sus leyes fundamentales, despojaba a la Corona del principal de sus atributos. Cuando proclamaba que la nación española 'no es ni

instrumento jurídico[5]. Se transformaba el régimen político español con su propia Constitución liberal, la impronta de la francesa de 1791, pero con una monarquía atemperada al estilo inglés.

"Las reivindicaciones presentadas por los enviados americanos se referían a la representación igualitaria entre españoles y americanos, la libertad de producción y de comercio, el libre acceso a los cargos civiles, eclesiásticos y militares, y la garantía de que la mitad de ellos recayeran en residentes locales. Estos pedidos fueron objeto de encendidos debates y el partido americano muchas veces se vio aplastado por la mayoría española"[6].

En América esta Constitución liberal tuvo un doble efecto: por un lado generó un impasse y la esperanza de diálogo en los antiabsolutistas americanos, pero también, y al mismo tiempo, provocó una dura resistencia en los sectores más conservadores que veían deslegitimada su lucha, al mismo tiempo que en las aristocracias criollas, sobre todo a las más vinculadas a España y más conservadoras –como las de Perú y Nueva España–, que se resistieron a las normas de la nueva Constitución. Pero, sobre todo, porque al ser una Constitución centralista era vista como una réplica del espíritu centralizador de las reformas borbónicas. Para la aristocracia criolla de los centros neurálgicos del poder colonial no importaban demasiado las disposiciones explícitas sobre el principio electoral, las libertades individuales y el derecho de ciudadanía de los mestizos; le preocupaba sobremanera la abolición del tributo de los pueblos originarios y los trabajos forzados sobre los que habían construido sus fortunas.

En la península, con el final cercano de la guerra nacional española contra la invasión francesa, las contradicciones entre liberales y absolutistas se agudizaban y si bien la Constitución fue una gran victoria, las condiciones de paridad de fuerzas hacían ver un futuro incierto.

Sin embargo, había una fuerte esperanza de los sectores liberales de vencer a los absolutistas, basadas en que la experiencia militar de lucha contra los franceses no había sido un simple combate entre ejércitos nacionales, sino una verdadera experiencia de un pueblo en armas. Esta experiencia de lucha popular, sin la cual la aplastante superioridad del ejército napoleónico se hubiera impuesto, tuvo su efecto sobre muchos de los cuadros de la milicia española. En relación directa con el pueblo español en su guerra de liberación del

---

puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona', se limitaba a apelar a la experiencia del último reinado, en el que Carlos IV aparte de las cláusulas acordadas en los tratados de paz, había permutado la Luisiana –cuatro veces y media la España peninsular– por un hipotético reino de Etruria para la familia de su esposa". Piqueras, ob. cit., p. 74.

5/"La Constitución de 1812 sancionó las doctrinas expuestas y adoptadas dos años antes, y las desarrolló en un texto pormenorizado. Los individuos que componen la nación –y que orgánicamente constituyen la sociedad– son sujetos de derechos 'legítimos', comenzando por la libertad civil y siguiendo (el artículo 4 es muy explícito del interés social de los constituyentes) por el derecho a la propiedad. Los poderes públicos reconocen estos derechos y se obligan a conservarlos y protegerlos mediante leyes justas. Los ciudadanos poseen derechos políticos cuyo ejercicio se encuentra regulado por la ley (artículos 27, 35, etc.)". Piqueras, ob. cit., p. 411.

6/Zanatta, ob. cit., p. 41.

yugo napoleónico estuvieron en aquella emergencia sectores del ejército, cuya oficialidad estaba poderosamente influida por la ideología liberal revolucionaria.

Algunos de estos cuadros liberales revolucionarios –la mayoría nacidos o relacionados de algún modo con América– fueron enviados a la principal colonia española con el objetivo de que desde allí desequilibraran la paridad de fuerzas existente en la metrópoli. En ese ejército que había peleado ferozmente en la guerra de independencia española y bajo la doctrina de los revolucionarios, se forjó el teniente coronel americano José de San Martín, pero también otros que vinieron a sumarse a las fuerzas revolucionarias, como por ejemplo el chileno José Miguel Carrera.

Con el arribo[7] de San Martín y Alvear, llegó al Río de la Plata[8] una experiencia política que había partido en Europa y algunas veces motorizada por el gran conspirador que era Miranda: las logias secretas. Muchos oficiales del ejército español, tal como hemos visto, eran revolucionarios y como no era posible manifestarlo públicamente ni adherirse a un partido público al estilo moderno, tenían sus ámbitos de discusión política y de acción organizada en estas logias.

La logia de los Caballeros Racionales o Gran Reunión Americana[9], fundada según algu-

---

7/El periódico *La Gaceta* comentó la llegada del contingente de militares, el 9 de marzo de 1812, en la fragata George Canning: "A este puerto han llegado, entre otros particulares que conducía la fragata inglesa, el teniente coronel de Caballería José de San Martín, primer ayudante de campo del general en jefe del Ejército de la Isla, marqués de Coupigny; el capitán de Infantería Francisco Vera; el alférez de Navío José Zapiola; el capitán de milicias Francisco Chilavert; el alférez de Carabineros Reales, Carlos Alvear y Balbastro; el subteniente de Infantería Antonio Arellano y el primer teniente de Guardias Valonas Eduardo Kaunitz, barón de Holmberg. Estos individuos han venido a ofrecer sus servicios al gobierno y han sido recibidos con la consideración que merecen por los sentimientos que protestan en obsequio de los intereses de la Patria".

8/Felipe Cardozo (hombre de Artigas en Buenos Aires) hace una lectura más conspirativa del arribo de estos hombres en carta a su jefe: "Apoyándose en las noticias aparecidas en *La Gaceta* del día 13, sostenía que, debilitada España al extremo de haber tenido que llamar en su auxilio las fuerzas inglesas y victoriosas éstas sobre las de Napoleón, Gran Bretaña se sentía con las manos libres para impulsar de nuevo la acción revolucionaria americana que había frenado desde mediados de 1810 en consideración de los intereses circunstanciales de su alianza con España para enfrentar a Napoleón". Fernández Cabrelli, ob. cit., p. 24.

Otros actores, incluso, llegaron a interpretar a la llegada de esos militares como a una maniobra de los franceses. Pueyrredón fue acusado por algunos de sus contemporáneos y también pol algunos historiadores como De Gandía, de ser un agente encubierto francés. La relación con éste y otras cuestiones documentadas o supuestas hacen afirmar a este historiador que San Martín y sus compañeros de viaje llegaron financiados por los agentes napoleónicos.

9/Uno de los personajes más curiosos de la comitiva era un barón germano que compartía su pasión revolucionaria con la científica: "Von Holmberg conoció a San Martín y Zapiola, que integraban un mismo grupo conspirativo –llamado 'Gran Reunión Americana' o 'Logia de los Caballeros Racionales'–, que se reunía en Cádiz desde 1811 y en el que militaban futuros grandes próceres como Bernardo O'Higgins, Santiago Mariño, Andrés Bello, Luis López Méndez y Simón Bolívar. Las ideas

nos historiadores por Miranda, hacía que los iniciados juraran "defender la libertad de sus países bajo forma democrática". Por su carácter secreto no se sabe demasiado sobre sus planes y su forma de actuar.

Más importante que el debate infructuoso sobre el origen, o incluso el nombre, de la logia fundada en Buenos Aires, que la mayoría llama Lautaro[10], o su carácter masónico o no masónico[11], es delinear cual fue la trascendencia de la actuación de la logia en el proceso revolucionario iniciado en el Plata. Si hay algo que aportó la logia fue, precisamente, por venir de una discusión internacional, una perspectiva más amplia y no tan localista, es decir vino a reafirmar el sentido americano al mismo tiempo que regó la discusión de aquellos que pensaban que esos ideales de libertad que tenían como banderas solo eran posibles si se rompía el vínculo colonial. Sin embargo, esto era parte del debate al interior

---

liberales, y la propuesta de poner fin a la monarquía en América para instaurar gobiernos independientes y republicanos, sedujeron al austriaco, aunque, en el fondo del alma, seguía apasionado por la botánica: en sus baúles trajo numerosas colecciones de bulbos de plantas florales que, en su mayoría, eran desconocidas en América del sur" De Titto, ob. cit., p. 68.

10/Algunos autores hablan de la fundación de la logia Lautaro y justifican políticamente su nombre: "De inmediato los viajeros crearon un nuevo grupo de presión política al que bautizaron logia Lautaro, lo que ilustra que su visión americana era, desde el inicio, continental y revolucionaria, como se mostró acabadamente en su decisiva influencia sobre la marcha de los acontecimientos de los años subsiguientes. Lautaro fue el gran cacique chileno que en 1541 incitó a su pueblo a luchar contra la opresión española y cuya historia cantó el poeta-conquistador Alonso de Ercilla en *La Araucana*. A diferencia de los demás ejércitos indígenas del continente –numerosos pero mal organizados, sin conducción ni estrategia militar–, el del indio Lautaro, un convertido al cristianismo que había sido caballerizo de los españoles, logró la eficaz defensa del Arauco a través de una serie de planes militares que han pasado a la historia. Infligió graves derrotas a Valdivia y reconquistó gran parte de Nueva Extremadura mediante tácticas envolventes en bien disciplinadas oleadas sucesivas, adaptándose al terreno y al clima. Lautaro utilizó los arcabuces y cañones capturados a los españoles y los combinó con cuerpos de caballería. Durante siglos no se logró acabar con la resistencia araucana –los guerreros más fieros e inteligentes de América–, y por eso Chile siempre fue una capitanía general, es decir, un gobierno militar instalado en territorio hostil. Según el jesuita Rosales, en la guerra de la Araucania murieron cuarenta mil españoles, vale decir, más que en la suma conjunta de la conquista y la independencia. El nombre de Lautaro resultó un inspirador bautizo para los juramentados". Pandra, ob. cit., p. 159.

11/Algunos autores sobredimensionan el rol de la masonería en el proceso de independencia americana. Lo cierto es que hombres importantes para ella tienen una reconocida pertenencia pero también otros que resultan totalmente negativos para la causa de América, como Rivadavia. Desde ahí se puede inducir que la masonería no necesariamente estaba identificada con la causa de la unidad americana. Acaso los intereses británicos de socavar en su propio beneficio el imperio español sea la constante en los grupos masónicos, mientras que la propia práctica de algunas de las logias las fueron desviando de la lógica de balcanización que fogonearon los ingleses y haciéndolos jugar en el partido americano. Lo que no puede quedar en duda es que la ideología sanmartiniana y de la logia por él fundada estaba perfectamente identificada con los reales intereses de América.

mismo de la logia, de idéntica manera a como lo era entre los miembros del proceso revolucionario. Lo que aportó además, y esto de modo contundente, fue una conducción militar para cualificar la intervención en la lucha revolucionaria que muchas veces era conducida por hombres comprometidos políticamente, como Belgrano o Castelli, pero que eran doctores en leyes y carecían de los conocimientos militares requeridos para llevar a buen término sus campañas. En definitiva: conducción política (a partir de su cohesión de militancia organizada y una definición ideológica sólida) y conducción militar, a partir de su capacitación profesional, fueron los elementos nuevos que aporta la Logia.

Lo más importante de San Martín no es sólo su capacitación militar y su solvencia técnica, sino su mirada estratégica de la revolución, que lo llevará a la idea de que la emancipación americana sólo será posible si se la pone por encima de la multiplicidad de conflictos existentes en la época y se enfoca al combate contra los absolutistas.

El primer hecho político que llevaron a cabo los dos principales recién llegados, tanto San Martín como Alvear, fue emparentarse con las familias de criollos[12] acomodados de Buenos Aires para no ser vistos como peligrosos extranjeros, como algunos insinuaban. José Francisco de San Martín, de 36 años, y el joven bautizado Carlos Antonio del Santo Ángel Guardián Alvear –que decidió hacerse llamar Carlos María de Alvear–, de 24, se casaron con dos mocitas de la sociedad "decente" que tenían apenas 14 años de edad. Sus respectivos nombres fueron Remedios, de la prestigiosa familia Escalada[13] y María del Carmen, de la aristocrática familia Sáenz de la Quintanilla.

En marzo de 1812, el gobierno revolucionario encarga al recién llegado San Martín, en tanto oficial militar con experiencia, la formación de una unidad de caballería conforme la "nueva táctica francesa". Se trata del Regimiento de Granaderos a Caballo, todo un cambio en la constitución de fuerzas militares que hasta aquel entonces eran poco más que cuerpos abundantes e indisciplinados, acostumbrados a jugarse la vida en cargas frontales sin posibilidad de maniobra. San Martín, cumpliendo el encargo, da muestras de sus condiciones de organizador, pues prácticamente de la nada y en un cortísimo lapso da forma a una fuerza altamente disciplinada, distribuida en cuatro compañías (la última organizada en 1813). Pero sobre todo, ideológicamente cohesionada. Esto es una cuestión central pues el gran problema de los ejércitos, tanto revolucionarios como realistas, era la deserción, por otra parte muy común en toda guerra civil.

En efecto, pasado el primer entusiasmo revolucionario que movilizaba las primeras

12/"Para asegurar el buen suceso de sus gestiones, necesitaba San Martín algo que lo jerarquizara socialmente en esta chata Buenos Aires que, sin aristocracia genuina, procuraba cerrar las puertas en las narices a todo aquel que no fuera "decente": su matrimonio con la empicada niña María de los Remedios Escalada y de la Quintana, realizado el 12 de septiembre de 1812, dio a San Martín la ubicación social que no podían brindarle ni el grado militar ni la eventual fama de sus hechos". Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 15.

13/"Claro que para la 'gente decente', el propio San Martín era un cholo, un 'cabecita negra'. Doña Tomasa de la Quintana nunca le perdonó a su hidalgo marido Antonio de Escalada haber permitido que la dulce adolescente María de los Remedios se casara con ese tosco y rudo soldado plebeyo, a quien jamás trató con buenos modales". Pandra, ob. cit., p. 176.

fuerzas militares, es muy común ver que –sin la necesaria cohesión política– los ejércitos se iban desgranando en plena campaña. Belgrano –dice Halperín Donghi– llegó a considerar esencial "tener constantemente acampado a su ejército en campos cerrados, donde la lucha contra la deserción podía encarase con menos dificultades"[14].

"Horas y horas dedica San Martín a la instrucción de 'sus' muchachos, para quienes redacta un pequeño manual y un código de honor"[15]. Para constituir su tropa San Martín convoca como oficiales a varios de los jóvenes criollos de la alta sociedad porteña[16], como Lavalle o sus cuñados, los Escalada, pero se preocupa también, para armar su base, de convocar a los aguerridos hombres de litoral, sobre todo de las misiones. "¿Eran acaso las 'fuerzas telúricas' las que promovían en San Martín esa confianza en los indios misioneros? ¿Acaso esa probable condición de mestizo, de que hemos hablado? ¿O más bien, el motivo reside en su profunda convicción acerca de las posibilidades del pueblo en armas, que había comprobado en sus luchas peninsulares?"[17].

Es bueno para discutir la idea de un San Martín de bronce militar, pensarlo en su doble dimensión: "Así, mientras San Martín, el militar, creó el Regimiento de Granaderos a Caballo. San Martín, el político, daba nacimiento a la logia Lautaro, organismo que, a través de la oficialidad, daría al Ejército la ideología de la Revolución Americana"[18].

Mientras tanto, las aguas políticas de Buenos Aires estaban agitadas. El saldo del Primer Triunvirato no fue positivo. No supo interpretar el avance político que implicaba la cuestión nacional planteada por Belgrano al crear la bandera, fue complaciente con la invasión portuguesa a una parte del territorio, etc. A todo esto se le sumaba que la represión violenta a la conspiración de Álzaga y las ejecuciones públicas que la siguieron, no ayudaron a reforzar su prestigio sino todo lo contrario.

Los hombres de la logia "percibieron las deficiencias y mediocridades de la política

---

14/Halperín Donghi, ob. cit., p. 58.

15/Galasso, ob. cit., p. 69.

16/"Entre el primer grupo de comerciantes al por mayor de que hablamos antes, se encontraban las "casas fuertes" que consolidaron económicamente este grupo social que dio el grito de Mayo de 1810, y que apuntaló la revolución durante los años de la independencia. Figuraban entre los patricios del comercio de Buenos Aires en el año 1800, don Francisco Antonio Escalada, que dio varios soldados a la independencia y esposa a San Martín, el más ilustre de sus caudillos; don Casimiro Francisco Necochea, padre del héroe de Junín; don Leonardo Pereyra, uno de cuyos hijos ilustró inteligentemente nuestros anales militares, y aunque en menor escala, aparecían también en su rol de mercaderes don Bernardo Las Heras, los Belgrano, los Pueyrredón, los Sáenz Valiente y otros que, perteneciendo al grupo monopolista, se fueron incorporando después del 25 de Mayo, en distintas oportunidades, como don Juan Esteban Anchorena, don Blas de Gainza, don Antonio Lezica, don Manuel de Arana, don Domingo Lynch, don Gaspar de Santa Coloma y don Buenaventura Marcó, que mantuvieron durante muchos años, junto al giro comercial algunas cuantiosas riquezas". Astesano, ob. cit., p. 161.
Es notable que en esta mención de Astesano de las aristocráticas familias porteñas, los hijos de la mayoría militaron en la fuerza organizada por San Martín y obtuvieron allí sus glorias.

17/Galasso, ob. cit., p. 69.

18/Bortnik, ob. cit., p. 57.

local, la falta de poder, la mezquindad y el desprestigio del gobierno del Primer Triunvirato y de su veleidoso secretario Bernardino Rivadavia, casado con una hija del virrey Del Pino y arquetipo perfecto del partido de las luces, que ya había sido denunciado por Moreno porque 'usurpaba el aire de los sabios y afectaba ser grande en todas las carreras, cuando en ninguna ha dado el primer paso'. A lord Ponsonby, por su parte, le hacía recordar 'a Sancho Panza por su aspecto, aunque no es ni la mitad de prudente que nuestro amigo Sancho'"[19].

El Triunvirato era un gobierno débil en un proceso revolucionario ya carcomido por las contradicciones y enfrentado con casi todas las ciudades del interior. La Sociedad Patriótica, su principal fuerza opositora local en términos políticos, era la continuidad de la fuerza de la profundización y entra naturalmente en relación directa con la logia, en principio integrada sólo por militares, aunque luego se va ampliando. "La misma debilidad del régimen lo mantiene en pie; tanto la Sociedad como la Logia esperaban poder librarse de él pacíficamente en la próxima revocación parcial del Triunvirato. Pero ya en septiembre los militares tienen ocasión de expresar en una junta de guerra su disidencia sobre un punto cenital: mientras Rivadavia quiere retener en Buenos Aires una fuerte guarnición, Alvear propone enviar casi todas la fuerzas al norte, a cerrar la brecha abierta frente a la nueva invasión realista"[20].

No habían transcurrido ocho meses del desembarco de los militares provenientes de ejército revolucionario español[21] cuando intervienen de modo directo en la política local. En el amanecer del 8 de octubre de 1812, forman en la Plaza de la Victoria, las fuerzas de la guarnición de Buenos Aires conducidas por la logia. La encabeza el flamante regimiento de Granaderos al mando de su fundador, San Martín, y son de la partida también un regimiento de artillería y un par de batallones de infantería. En actitud revolucionaria, se pedía un nuevo gobierno compuesto "por personas más dignas del sufragio público" y la convocatoria de un congreso de las provincias "que decida de un modo digno los grandes negocios de la comunidad". Bernardo de Monteagudo y su Sociedad Patriótica fueron los encargados de movilizar al pueblo (un par de miles de personas movilizadas en la plaza). El tucumano fue el redactor del petitorio y su nombre encabezó las firmas, conminando a las autoridades del Triunvirato. La voz del pueblo, movilizada por los que querían la revolución dentro de la revolución estaba acompañada, para no ser burlada, por los oficiales revolucionarios y su poder de fuego. La logia, en conjunción con la Sociedad Patriótica, venía a ocupar el espacio vacío dejado por la muerte de Moreno, pero con mayor maduración política y capacidad militar.

En definitiva, el golpe del 8 de octubre fue una revolución popular en la que la multitud adicta a la Sociedad Patriótica y a la logia Lautaro, con el apoyo de tropas al mando de San Martín y Alvear, derribó al Triunvirato e instaló en el gobierno a un nuevo cuerpo de la

19/Pandra, ob. cit., p. 159.

20/Halperín Donghi, ob. cit., p. 93.

21/"De ese ejército saldrían un día San Martín y Riego: uno, para luchar por la independencia de América de un absolutismo que no había logrado vencer en España; el otro, negándose a combatir en América contra los patriotas, dirigirá su ejército contra Fernando VII" Ramos, ob. cit., p. 119.

misma naturaleza, integrado por los lautarianos Juan José Paso (quien constituyó la oposición en el Triunvirato anterior, frente a Chiclana y Rivadavia), Nicolás Rodríguez Peña (conocido morenista) y Antonio Álvarez Jonte[22]. El Segundo Triunvirato no juró por Fernando VII como lo había hecho su antecesor; retomó, en cambio, la línea revolucionaria, nacional y americana, cuyo malogrado inspirador fuera Mariano Moreno, y convocó, en consecuencia, a una asamblea general constituyente que debía celebrarse el año siguiente.

El movimiento derivaría en la llamada Asamblea del año XIII. Nótese bien el cambio de léxico: Ya no "junta" ni "cortes" a la española, sino "triunvirato", "directorio" y "asamblea" a la francesa: sus diputados se tratarán de ciudadanos y sus discursos responderán al gusto neoclásico puesto de moda, con alusión constante a héroes griegos y romanos y citas de Cicerón.

El golpe tuvo por objeto enderezar el rumbo de la revolución –perdido desde el instante en que se eliminó a Moreno–, bajo la ya clásica forma de la convocatoria a un cabildo abierto a favor del tumulto, con ruido de sables y gritos en la plaza y "la voluntad del pueblo" expresada en un petitorio firmado.

La instauración del Segundo Triunvirato abría la oportunidad de la conjunción entre los caudillos rurales carismáticos, dirigentes sociales de los gauchos, aunque provenían de otro sector social –como Artigas o Güemes– para los que la independencia fue el camino de la revolución, y unos próceres urbanos prestigiosos, "dirigentes políticos" y civiles –como Moreno o Belgrano– para los que la revolución fue el camino de la independencia, plantea dándole una interesante vuelta de tuerca, el político e historiador nacionalista Marcelo Sánchez Sorondo[23]. De alguna manera, toda esta amalgama cuadra en la estrategia sudamericana de San Martín. Pero no era fácil alinear todos los astros para enfocarlos hacia la definitiva independencia

2. La creación de la bandera y el Ejército del Norte

Manuel Belgrano es definido por Mitre como "el prócer por excelencia". Es el padre fundador de nuestro pensamiento económico, el primero que soñó estas tierras productivas, prósperas y justas. Proponía subvencionar las artesanías e industrias locales, combatir los grandes monopolios, impedir la importación de mercaderías que perjudicaran nuestras manufacturas y alentar un sólido mercado interno para lograr una equitativa distribución de la riqueza. Quería una reforma agraria que expropiara tierras baldías para entregarlas a los desposeídos "para que puedan entrar al orden de sociedad los que ahora casi se avergüenzan de presentarse a sus conciudadanos por su desnudez y miseria, y esto lo hemos de conseguir si se les dan propiedades"[24].

Desde las antípodas ideológicas de Mitre, Astesano sostiene congruentemente: "Para nosotros, la personalidad más completa y consecuentemente revolucionaria es Manuel

22/Fermín Chávez analiza: "La logia y la Sociedad Patriótica morenista, impulsaron una revolución que terminó con el Triunvirato rivadaviano. Se proponía reunir una asamblea que declarara la independencia y sancionara la ansiada constitución". Chávez, ob. cit., p. 37.

23/Seguido en esa argumentación por Alejandro Pandra. Pandra, ob. cit., p. 151.

24/En Pandra, ob. cit., p. 152.

Belgrano, héroe civil de la revolución, vencedor de Salta, Tucumán y Las Piedras; lo mismo puede estar representado por la espada del guerrero que enarbolando una cartilla de enseñanza en medio de una reunión poblada de cabezas infantiles, o leyendo pausadamente entre un grupo casi analfabeto de monopolistas una de sus célebres memorias tan enraizadas en los problemas nacionales de la época. Forjador de una conciencia económica nacional desde su cargo de secretario del Consulado o como periodista incansable en los reducidos diarios de su época; combatiente en las horas precursoras de la independencia; soldado porque así lo reclamaba la promesa de la patria; fundador de las primeras escuelas públicas argentinas; jurisconsulto de nota, se lo considera justicieramente como el héroe modesto cuya grandeza cívica y moral lo hace aparecer desdeñoso de la gloria, desprovisto de ambiciones e impermeable a la vanidad"[25].

Después de la desastrosa derrota de Huaqui, el Primer Triunvirato había designado a Manuel Belgrano para hacerse cargo del fallido Ejército del Norte. Siendo Belgrano parte de los sectores de la profundización que veían la necesidad de transformar en nacional la lucha, será quien le imprima una mística nacionalista de la que hasta entonces carecía[26]. Así debemos entender los nombres con que bautiza a las dos baterías: "Independencia" y "Libertad". Pero también demos interpretar en el mismo sentido la creación de una bandera nacional que identifique la fuerza militar.

"Se había encomendado a Belgrano establecer dos baterías en Rosario para la defensa de la costa[27]. Luego de instalar la primera (que, por cuenta propia, denominó Libertad), recibió la notificación de que se había aprobado la escarapela. Convencido de que una proyección mayor del distintivo daría a los independentistas su estandarte peculiar, el 27 de febrero de 1812 izó esos colores al tope del mástil de la segunda batería, que denomino Independencia, e hizo jurar a la tropa el reconocimiento de esa bandera en la lucha contra los enemigos exteriores e interiores, en la seguridad de que 'la América del Sur será el templo de la independencia y de la libertad'"[28].

Enterado el Triunvirato, por medio de Rivadavia se amonestó a Belgrano conminándolo a que ocultara de inmediato la bandera. El gobierno porteño siempre pendiente de la opinión de Londres de no pasarse de la raya en el proceso revolucionario para obtener su anuencia, no podía tolerar esa iniciativa independentista. Antes de recibir esa orden, Belgrano había partido hacia Jujuy donde exhibe nuevamente la bandera, debiendo afrontar

25/Astesano, ob. cit., p. 172.

26/El historiador revisionista José María Rosa encuentra el impulso de levantar las banderas de la independencia por primera vez públicamente en el Río de la Plata en la repercusión que tuvo en toda la América hispana la declaración de independencia de Caracas. Rosa, ob. cit., p. 9.

27/La preponderancia en esta época de la flota realista con asiento de Montevideo, en toda la cuenca de Paraná, del Uruguay y del Plata, era total. La indefensión de las poblaciones costeras era prácticamente absoluta. Poco tiempo más tarde (1813) San Martín con el bautismo de fuego de sus granaderos que las incursiones podían ser respondidas con un cuerpo ágil de Caballería y que podrían tener para los realistas un alto costo. Finalmente esta circunstancia se revirtió con la creación de la flota patriota al mando de Brown que venció a la flota realista.

28/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 80.

entonces la reprimenda del ejecutivo.

La historia escolar cuenta que Manuel Belgrano miró al cielo y en él se inspiró para la creación de la insignia patria. Pero da la casualidad de que en el cielo Belgrano vio los colores que caracterizaban a los Borbones y que identificaban a los hombres de la Sociedad Patriótica.

El crecimiento de la idea nacional como fuerza política de sostenimiento de la lucha revolucionaria no era patrimonio exclusivo de Belgrano. Prácticamente al mismo tiempo, San Martín escribía a Tomás Guido: "Más vale andar con ojotas que el que nos cuelguen. En fin. Amigo mío, todo es menos malo que los maturrangos nos manden, y más vale privarnos por tres o cuatro años de comodidades que el que nos hagan morir en alto puesto y, peor que esto, el que el honor nacional se pierda". Es un nacionalismo aún difuso no sólo por su alcance territorial sino también por su dudosa contraposición con España, aunque empieza a ser consciente de la situación colonial.

Cuando Belgrano se hace cargo del Ejército del Norte lo encuentra prácticamente desarticulado por una serie de factores que van desde el incumplimiento de las promesas de pago, la creciente deserción, la indisciplina, el hambre y la escasez de alientos para sustentar las tropas. Belgrano revierte la situación con medidas concretas, pero sobre todo poniéndole a esa fuerza una impronta política revolucionaria. Finalmente, el doctor en Leyes de Salamanca, improvisado militar, logra reagrupar y organizar medianamente bien a unos 1.500 soldados.

Al producirse la revolución en Buenos Aires, el virrey del Perú José de Abascal, como hemos visto, había decidido, el 13 de julio de 1810, reincorporar el Alto Perú a su jurisdicción, designando al criollo Goyeneche al frente del llamado Ejército del Perú. Después de las victorias obtenidas en el territorio de la actual Bolivia, el objetivo de Goyeneche pasó a ser aplastar la expansión revolucionaria en Salta y avanzar sobre Tucumán y Córdoba. No obstante el reordenamiento de su tropa y los focos de conflicto, convertidos en guerras de guerrilla contra las fuerzas colonialistas en el Alto Perú, demoró el comienzo de su contraofensiva. El principal inconveniente fue la referida lucha contra los rebeldes de Cochabamba que, con una decisiva participación del pueblo pobre y, en especial, de sus mujeres[29], mantuvo en vilo la región hasta que la salvaje represión ordenada por Goyeneche le puso fin de modo drástico.

Sofocada la rebelión de Cochabamba, Goyeneche, ordena a su primo Pío Tristán que avance hacia el sur. Este militar realista, de origen criollo, trae bajo su mando tres mil hombres que son sólo la vanguardia de las fuerzas realistas. Frente a ellos Belgrano se

---

29/"Las fuerzas sublevadas en Cochabamba con Esteban Arze al frente fueron vencidas en Pocona en mayo de 1812. Cuando Goyeneche avanzaba sobre Cochabamba la resistencia se preparaba en esa ciudad con muy escasos recursos. "Se intentó un pacto con Goyeneche, pero éste pedía que le entregaran a los cabecillas. La ciudad se negó a hacerlo, especialmente las mujeres, y se atrincheraron en la colina de San Sebastián, en el lugar conocido como 'la Coronilla'. Goyeneche entró en Cochabamba el 27 de mayo, quebrando totalmente la heroica resistencia. Las tropas realista se dieron al saqueo y los principales jefes revolucionarios fueron ejecutados". Mesa Gisbert, ob. cit., p. 324.

Luis Alberto Sánchez, por su parte, dice que las protagonistas del combate de la Coronilla fueron las "recoveras", o sea, las mujeres del mercado "dando ejemplo de heroísmo". Sánchez, ob. cit., p. 55.

retira, llevando consigo toda la riqueza trasladable y una parte de la población de Jujuy. Es el llamado éxodo jujeño. El 3 de septiembre, en Las Piedras, los revolucionarios obtienen una inesperada victoria que no interrumpe su retirada, aunque mejora los ánimos. Siempre, los éxodos han sido momentos a la vez oscuros y heroicos, donde los hombres y mujeres afrontan su destino llevando hasta el máximo sus esfuerzos.

El éxodo de Jujuy demostró a Belgrano que el paisanaje del altiplano estaba dispuesto a todo con tal de enfrentar a las tropas colonialistas. Alentado quizás por esto, Belgrano decide resistir en Tucumán, dejando de lado las instrucciones porteñas que le imponían proseguir la retirada hasta Córdoba. Finalmente el improvisado general que había estudiado en abogacía en Salamanca, enfrentó a Tristán y le propinó una derrota en Tucumán, desbaratando los planes restauracioncitas de Abascal y Goyeneche. "La victoria de Tucumán (24 de septiembre de 1812) fue decisiva, y Belgrano la obtuvo contra viento y marea porque sabía que, abandonada esa plaza, serían fácilmente realizables los planes realistas de establecer un frente imbatible concretando Tucumán y Montevideo a través de Santa Fe"[30]. Aquella batalla, acaso la más importante librada en el territorio de lo que hoy es Argentina, que terminó con el triunfo de las armas patriotas, se libró en un paraje denominado "Campo de las Carreras". Los españoles tuvieron 450 muertos y dejaron más de 700 prisioneros, mientras que las bajas criollas alcanzaron a 300 hombres.

Belgrano comprendió que podía ahora revertir su marcha y avanzar hacia el norte. En Salta lo aguardaban las tropas españolas al mando de Tristán, reforzadas por hombres llegados del Alto Perú. El 20 de febrero, esa bandera azul y blanca, por primera vez, enfrentaba a la del rey y cubría con su manto la victoria patriota en Salta, con lo cual se esfumaban los planes de Abascal respecto de las provincias noroccidentales. Esta batalla deparó al enemigo casi 500 bajas y un número algo superior, a las fuerzas criollas; restó a los españoles un contingente de 4.000 hombres, les incautó material de guerra y dejó abiertas las posibilidades para reiniciar las operaciones sobre el Alto Perú.

"Poco antes, el 3 de febrero, los granaderos dirigidos por San Martín, con la cooperación de las milicias lugareñas, habían derrotado en San Lorenzo a un conjunto de españoles desembarcado en ese lugar. También por ese lado quedaban frustradas las esperanzas españolas de establecer el frente Tucumán-Santa Fe: en San Lorenzo se demostró que una eficiente organización de las milicias, con el apoyo de un cuerpo de caballería bien adiestrado, aseguraba la defensa de las costas del Paraná"[31]. Sin embargo, no se pueden parangonar ambas batallas, cualquiera de las de Belgrano y la de San Martín. El combate de San Lorenzo no pasó de ser una escaramuza donde intervinieron sólo varios centenares de soldados, mientras que los triunfos, tanto de Salta como Tucumán, fueron decisivos para el futuro de la gesta americana y en ellas se enfrentaron miles de patriotas conducidos por Belgrano contra miles de realistas bajo las órdenes del arequipeño Tristán. Si las tropas de Abascal hubieran logrado derrotar a los revolucionarios, tenían las puertas prácticamente abiertas de someter al importante, y casi solitario foco insurreccional de Buenos Aires.

San Martín se dedicaba, por entonces, a pulir su fuerza de cuadros que era su reciente

30/Pérez Amuchástegui, ob. cit., p.18.

31/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 90.

creación militar. Esta fuerza va a tener su debut en el referido combate de San Lorenzo, donde vence a una fuerza realista superior en número pero sorprendida por la táctica militar. Esta va a ser la única acción armada que librará San Martín en territorio de lo que hoy es la Republica Argentina. Una acción por cierto menor, cuantitativamente, porque se enfrentaron 125 granaderos contra 250 realistas y, como venimos viendo, las grandes batallas convocan en nuestra América a miles contra miles. Y también menor cualitativamente pues si bien puso fin a las incursiones realistas en el litoral, no significó el fin de la hegemonía en los ríos, algo que era determinante.

La historia oficial recuerda este combate por el arrojo de sargento Cabral, "soldado heroico" que salva la vida de su comandante entregando la suya. Lo que no dicen es que Cabral era negro y que fue ascendido a sargento post mortem por su acción en combate. Esa historia oficial –sobre todo cuando empezó a ser escrita– no podía tolerar un héroe negro. Lo cierto es que el bautismo de fuego del cuerpo de elite militar conformado por San Martín fue exitoso y las victorias templan el espíritu y alimentan las ganas.

La importancia de la batalla de San Lorenzo radica en que con ella la fuerza patriota demostraba la "posibilidad de impedir desembarcos en las riberas occidentales del Paraná, mediante la vigilancia y el patrullaje a lo largo de las costas con una caballería eficiente"[32], pero también la dificultad de conquistar Santa Fe, que era el eslabón entre Montevideo y la ofensiva de Goyeneche que venía bajando del Alto Perú.

El ejército realista capturado por Belgrano en la decisiva batalla de Salta, se rinde y su vida y libertad le son perdonadas bajo el juramente de no volver a tomar las armas contra los revolucionarios. Esta ingenuidad militar de Belgrano le es muy reprochada[33] toda vez que la mayoría de las tropas liberadas volvió a integrarse a las fuerzas realistas, eximidas de su juramento por un obispo realista. "Las graves derrotas sufridas por Tristán obligaron a Goyeneche a replegarse hasta Oruro. Mientras él responsabilizaba a Tristán, el virrey Abascal lo hacía con Goyeneche, de modo que este se vio forzado a renunciar como general en jefe y fue sustituido por Joaquín de la Pezuela. Goyeneche, muy disgustado por su traslado, regresó poco después a España"[34].

El paludismo contraído por Belgrano en sus campañas militares, junto a la conciencia de las debilidades de la propia fuerza, hacen que el abogado devenido general se estacione en Salta y no siga avanzando inmediatamente. Recompuesta su tropa, envía una ofensiva de vanguardia a cargo de Díaz Vélez. Este llega hasta Potosí. Belgrano se traslada hasta la Villa Imperial. Los realistas se repliegan y se recomponen con una tropa de 6.000 hombres. Joaquín de la Pezuela, el nuevo comandante de las fuerzas reaccionarias, se concentra en Oruro. Belgrano avanza, más que por su propia convicción, por las órdenes de las autoridades porteñas que se habían agrandado con los triunfos de Tucumán y Salta.

32/Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 18.

33/El doctor Manuel Belgrano toma esta decisión en la idea de que "esperaba ganárselos pues todos eran americanos". En carta a Chiclana y frente al disgusto de Buenos Aires por su decisión, explica sus motivos en una frase que no es sino la declaración de su causa superior por la que luchaba: "No busco glorias sino la unión de los americanos". Rosa, ob. cit., p. 49.

34/De Titto, Rosa, ob. cit., p. 204.

Eran los mismos que le habían ordenado abandonar la ciudad de San Miguel de Tucumán retrocediendo hasta Córdoba. Así funcionaba el exitismo de una dirección política y militar improvisada.

En este tiempo, el doctor Belgrano[35] hace una serie de nombramientos: a Arenales le asigna el mando de Cochabamba y a Ignacio Warnes, Santa Cruz. Estas designaciones tendrán importancia en las posteriores luchas en el Alto Perú.

Pero no todos fueron éxitos para el ejército revolucionario. En Vilcapugio, el primero de octubre de 1813, tras un día completo de combate, las fuerzas de los realistas se imponen al ejército de Belgrano. Pocos días después, el 9 de noviembre, aun en contra de la opinión de sus oficiales y confiando demasiado en su buena estrella, Belgrano decide atacar a los realistas estacionados en la pampa de Ayohuma. Es una nueva derrota y esta vez contundente, porque pierde todo el parque y el armamento, además de 300 muertos y otros tantos heridos[36]. Finalmente Belgrano retrocede dos casilleros hasta Tucumán que es desde donde había empezado la partida.

"Pezuela, en persecución de Belgrano, había establecido su cuartel en Tupiza, y llegado con su vanguardia hasta Salta. No se atrevía a avanzar más allá sin refuerzos, y menos al encontrarse con la resistencia de los gauchos de Güemes y no poder dominar las guerrillas de Santa Cruz de la Sierra dirigidas por Arenales y Warnes"[37]. Sin embargo, la revolución encabezada por Pumacahua, el cacique incaico, en Cusco –de la que ya hemos hablado– fue probablemente la causa de por qué las tropas realistas no avanzaron sobre Belgrano.

Al frente del Ejército del Norte es designado el general José de San Martín. Este "es partidario de renunciar a ofensiva que (a su juicio no por casualidad) ha terminado dos veces en desastre"[38]. San Martín tiene una estrategia alternativa para enfrentar a los realistas y caerles en el centro neurálgico de su poder, en Lima. Ha descartado que se pueda llegar atravesando los valles del Alto Perú.

Belgrano y San Martín se encuentran en la posta de Yatasto y conversan sobre esta estrategia y otras cuestiones políticas cordialmente, pese a que San Martín es el hombre designado por Buenos Aires para destituir al propio Belgrano[39].

35/Belgrano, más político que militar, se ocupó no sólo de gobernar sino también de hacer gestos políticos como cuando para marcar la importancia de los pueblos originarios en el proceso revolucionario "le tributó un gran recibimiento al cacique chiriguano Cumbay con su escolta de flecheros". Mesa Gisbert Rosa, ob. cit., p. 325.

36/En su desesperación Belgrano comete grandes errores políticos como cuando intentó volar con barriles de pólvora la sala donde se pesaban las monedas. Fue un oficial de apellido Anglada que quitó la mecha por considerar esta destrucción de un edificio histórico iba a genera un impacto ampliamente negativo en los vecinos de Potosí.

37/Rosa, ob. cit., p. 79.

38/Halperín Donghi, ob. cit., p. 65.

39/"Por decreto del Triunvirato del 3 de diciembre de 1813, San Martín había sido encargado de una expedición al norte en auxilio de Belgrano, cuya derrota en Ayohuma el 14 de noviembre acababa de conocerse. Lo de la expedición auxiliadora era un pretexto: sus instrucciones lo facultaban para asumir el mando, pero se dejaba a su arbitrio hacerlo". Rosa, ob. cit., p. 78.

Luego de un breve interregno de San Martín, al frente de ese desmoralizado ejército es designado el general Rondeau y los oficiales hacen lo que quieren con ese blando jefe. Tanto es así que, cuando –tiempo después– Buenos Aires nombra en su reemplazo a Carlos María de Alvear, la oficialidad rechaza su designación.

Mientras tanto, el Alto Perú es un hervidero de pequeñas revoluciones y combates desiguales entre heroicas fuerzas revolucionarias que estallan por todas partes y las hegemónicas fuerzas reaccionarias que no logran terminar de controlar el territorio.

3. Los errores de los revolucionarios de Buenos Aires.

Los revolucionarios tuvieron que asumir, en la mayor parte de los casos sin ninguna experiencia política previa, una serie de problemas y contradicciones que resolvieron como pudieron y muchas veces erróneamente.

Cuando se viene abajo el sistema colonial no solamente entra en crisis su economía, fuere por el esfuerzo concentrado en lo bélico, fuere porque el control de uno u otro bando alteraba los tradicionales circuitos comerciales hacia dentro y hacia afuera de América, sino también porque se alteró el sistema de administración pública, en otras palabras, el sistema de dominio político. Cada capital virreinal o de capitanías, como Buenos Aires o Caracas, se veía frente al problema de ordenar políticamente su territorio, de ejercer por lo menos algunas de las funciones del Estado caído. En principio –y tal como hemos visto– la lógica teórica de la reversión de la soberanía no había ayudado mucho. Tampoco lo hicieron muchos años de sometimiento de las ciudades y los pueblos a los principales capitales de la época colonial. El proceso revolucionario aparecía para muchos como una oportunidad de revertir la rigidez y la injusticia del sistema colonial del imperio español en América. A su vez, cada capital se sentía la depositaria natural de ese poder ordenador heredado del sistema colonial. Seguir la marcha de los asuntos del virreinato del Río de la Plata era considerada, por los porteños, como función propia, con la naturalización propia de los que vienen teniendo el poder. Esto se fortalece incluso con el hecho de que, en cada uno de esos centros urbanos, como Buenos Aires, era donde se había iniciado el propio proceso revolucionario. A ello hay que sumarle las reacciones conservadoras que confundían sus discursos fundándolos en legítimos y tradicionales –por cierto– autonomismos como parte de la práctica política y jurídica española. Por eso es que muchas veces los dirigentes revolucionarios, sumado a desconocimientos y falta de madurez política, se sintieron amenazados por la periferia y cometieron el error de tratar con la misma vara a los núcleos de la reacción españolista y a los autonomismos locales renacidos con el propio proceso revolucionario. En cierto caso y como dice Luna analizando el caso de Buenos Aires: "La Banda Oriental, el Paraguay, el Alto Perú y los puertos interiores en la ruta a Perú, despertaban más temor que una España maniatada por las tropas de Napoleón"[40].

Es por eso que los juntistas se apresuraron a enviar respuestas militares donde debían enviar respuestas políticas. Los sectores revolucionarios de la profundización fueron muchas veces los protagonistas de este error político de confusión de las contradicciones principales y secundarias. El propio Plan de Operaciones establece con acierto que la revo-

40/Luna, Félix, *La emancipación argentina y americana*, Buenos Aires, Planeta, 1998.

lución debe moverse con la debida rapidez para lograr sus objetivos. Pero esta rápida y enérgica fuerza –aquí radica su error– debía aplicarse por igual a los reaccionarios y a los autonomistas. Según esta idea, cualquier dilación era una flaqueza a ser aprovechada por los grupos enemigos. Los sectores de la consolidación encabezados por Saavedra tenían una actitud más dubitativa al respecto, más contenedora y, por ende, más acertada. Y los sectores de la restauración tenían un desprecio tan grande por las poblaciones que no fueran la propia que en muchos de los casos empezaron a jugar como agentes en el proceso fragmentador de América a partir de plantear sacarse de encima a los territorios que les presentaban problemas.

La guerra se constituyó así en el principio político ordenador, con el elevado costo que esto implica. Tanto desde lo político como desde lo económico. En efecto, la guerra no sólo demanda movilización de la parte económicamente activa de la población, sino también enormes recursos y, al mismo tiempo, desorganiza la actividad comercial y productiva. Incluso hay una caída abrupta de la principal fuente de financiamiento del propio Estado que eran los impuestos. "En 1806-1810 la administración virreinal había logrado recaudar 1.100.000 pesos en impuestos del interior. Las rentas cayeron a sólo 180.000 pesos, reflejando la ruptura política y la medida de la dislocación económica en el interior"[41].

Resolver las contradicciones políticas mediante la violencia tuvo un alto costo en la sociedad americana. Ese fue uno de los principales costos sociales, políticos y económicos de las guerras de independencia. Una gran parte de toda una generación fue incorporada a los ejércitos de uno y otro lado. Los cuerpos de oficiales generalmente se llevaban a las clases más acomodadas que sabían leer y escribir. Y también se reclutaba entre aquellos que tenían ambiciones de ascenso social. La población más humilde se alistaba como soldado y finalmente los esclavos, que peleaban por conquistar su libertad, eran frecuentemente la infantería, que en cierta medida constituía la carne de cañón de las batallas.

Si la revolución puso en crisis a todas las corporaciones de la América colonial también es cierto que fortaleció la prevalencia del sector militar que pasó a ocupar un rol importante en la historia de nuestra América hasta casi fines del siglo XX.

4. La contradicción entre independencia y revolución

El nacionalista conservador Marcelo Sánchez Sorondo habla en sus propias categorías del desencuentro entre el pensamiento progresista a la europea y el pensamiento popular: "Lo que en Europa fue el curso paralelo y a veces confluente de la democracia y del liberalismo tuvo aquí su réplica y su analogía con el proceso de la independencia y de la revolución. La independencia se asimiló a la democracia en tanto vino a concitar el sentimiento favorable de los pueblos y el apoyo instintivo del pobrerío gaucho aquerenciado libremente en la campaña o que merodeaba por los desgajados arrabales de la ciudad. Y la revolución, que arrastraría consigo al procerato criollo, a los hijos de familia que frecuentaban las aulas y se enfrascaban en las lecturas de los escritores de la Ilustración, se orientó según el pensamiento liberal del siglo. Así, la independencia y la revolución, cuyos significados

41/Rock, David, *Argentina 1516-1987. Desde la colonización española hasta Raúl Alfonsín*, Madrid, Alianza, 1988, p. 246.

conceptuales son distintos, traducen también situaciones existenciales diferentes por sus resonancias y vivencias, por los estímulos y las adhesiones que comportan"[42].

Esta dualidad pudo haberse superado, pero muchas veces devino de tensión en lucha irreconciliable. Artigas y Alvear son los polos de esta tensión en el Río de la Plata. Abrazan la política como pasión en los tiempos en que las contradicciones se dirimen por la violencia. Para quienes la independencia es una consecuencia de su práctica revolucionaria, no podían concebirla como un objetivo en sí mismo, ajena a las ideas que la habían fecundado. Así la revolución se convertía en una utopía de la libertad teñida por los hechos y creencias sociales que la vida independiente desataba. "Pero mientras, por un lado, la idea de la independencia, pensada como secuela de revolución, procuraba desmembrar la vasta arquitectura del Estado iberoamericano, por el otro, el sentimiento de la independencia, como fuero de la libertad, como signo de la gesta americana, forjada por la fusión de los hijos de la tierra y de la sangre, ganaba adeptos convocados por el instinto igualitario de los pueblos"[43].

Mientras la revolución se agota a sí misma sin fecundar el cambio político con un proyecto perdurable, compaginando la Constitución real con las múltiples Constituciones formales que traían sus ideas del exterior pensadas para otra realidad, la independencia se despojada de las formas organizadas, y casi por contraposición se hace democracia inorgánica. Y el apoyo de los pueblos a los caudillos se convierte en la forma de intervención democrática, en aquellos pueblos lejanos y dispersos. No en las ciudades, donde el pensamiento europeizado de hoy encuentran todo el sentido del proceso revolucionario como lo hace Romero en su Latinoamérica: las ciudades y las ideas.

"Y si la revolución, exagerada en su ambiciosa utopía, en su exótica eutrapelia, condujo a un liberalismo dependiente de la brillantez de las potencias y de las culturas europeas que sobresalían en el siglo, la independencia, al desarmarse la estructura de la patria grande, vino a degradar en esos anarquismos de campanario con que se desgarraron los mandones de las patrias chicas"[44].

En términos de síntesis, los define el mismo autor: "todos los hijos del país, todos los americanos, se pronunciaron por la independencia respecto de España. Para unos la independencia fue el camino de la revolución; para otros la revolución fue el camino de la independencia. Pero para unos y otros independencias y revolución eran sinónimos en cuanto a la voluntad de secesión de la metrópoli"[45].

El sentimiento de la independencia, en tanto libertad básica de autodeterminación de los pueblos fue la sustancia del carisma de los conductores de pueblos. Pero también fue el pedestal de la estatua de los caudillos que ponían las reivindicaciones locales por sobre las estrategias comunes, por lo menos algunas veces. Pero estas estatuas hechas por el amor de sus pueblos contemporáneos que los seguían, en general no fueron las estatuas que nos legó la historia a partir del triunfo del liberalismo. Las estatuas que hoy adornan

42/Sánchez Sorondo, ob. cit., p. 29.

43/*Ibid*., p. 30.

44/*Ibid*., pp. 33-34.

45/*Ibid*., p. 39.

las ciudades y nombran a las calles en la mayoría de los pueblos no sólo de Argentina sino de toda nuestra América del sur, son para los próceres la revolución. Algunos conductores de pueblos en su estrategia liberadora, como San Martín y Bolívar, insoslayables cumbres del proceso independentista, pero otros los precursores de un liberalismo que abrazaba el objetivo de la organización constitucional según los moldes políticos y tradiciones culturales ajenos. Para estos, la revolución era más importante que la independencia. Así lo dice la historia oficial. La libertad era para ellos abolir la raíz hispánica del absolutismo y la opresión, tanto de pensamiento como de comercio. Era sentirse incluidos en el mundo, estar a la altura de su época.

Así, el puente entre una y otra vertiente sólo lo tendieron los grandes conductores que se pararon por encima de las pujas, dándole una orientación estratégica al proceso. Y lo pudieron hacer porque tanto los libertadores del sur como los del norte de Sudamérica fueron capaces de escuchar a su pueblo para abrir las ideas europeas que traían y dejarse fecundar por esa barbarie, despreciada por los señores de levita y mujeres de mantón de Manila.

Por eso es que como resalta Jorge Abelardo Ramos: "Todos los jefes revolucionarios, de un extremo a otro de la nación latinoamericana, proclamarán su condición de "americanos", sean caraqueños, neogranadinos, argentinos, altoperuanos, orientales o chilenos. Para todos, la ciudad o región natal será, por todo un período, 'la patria chica'. De todos ellos, es Bolívar quien expresa más categóricamente la conciencia nacional común. En una arenga a la división de Urdaneta, Bolívar dice en 1814: 'Para nosotros la patria es América'"[46]. Acaso esa fuera la síntesis última de la revolución y la independencia.

5. La contradicción económica entre Buenos Aires y el interior

El circuito económico colonial implicaba en la América meridional un eje que giraba en torno a los lugares más ricos de la relación de dependencia con la metrópoli. Esto es, la reproducción de un sistema de centro-periferia al interior del ámbito colonial. Esos ejes con mayor acumulación de riquezas, en torno a los cuales se organizaba la producción de las zonas de menor importancia, no casualmente fueron los últimos en liberarse del yugo español. Estamos hablando del Perú y el Alto Perú.

La primera gran cuestión económica en el Río de la Plata fue cómo reorganizar esa economía que se había quedado sin comprador. Las políticas económicas de Buenos Aires a través de su puerto cambiaba el principal socio comercial de Potosí y el Alto Perú[47] como había sido en la colonia pero ya no podía ser, hacia un socio externo y con otras necesidades totalmente distintas: Inglaterra. La división internacional del trabajo planteada por los británicos, y que se va a imponer no sólo en estas tierras sino en buena parte del mundo, significaba –en muchos casos– la ruina de las economías locales del interior del antiguo virreinato del Río de la Plata. La única salvedad era la de la región del litoral que,

46/Ramos, ob. cit., p. 143.

47/"Hasta mediados del siglo XVIII, toda esta producción del interior tenía como consumidora la ciudad de Potosí, que aun en 1750 era un centro urbano donde el lujo y el despilfarro contrastaban con la miserable condición de los mitayos, que dejaban sus vidas en las galerías de las minas". Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 26.

en realidad, entraba en competencia con Buenos Aires, pues podía producir más o menos lo mismo.

Este paulatino cambio de eje produjo una verdadera crisis social de descapitalización masiva del interior, que fue la secuela del libre comercio implantado de prepo por Buenos Aires. Por eso, la respuesta de las provincias fue la resistencia a las políticas de unidad porteñas, que se expresaba, como todas las contradicciones de la época, en términos violentos.

Los más lúcidos entre los patriotas comprendían la importancia de ligar las economías con el esfuerzo industrial. Así lo consignaba el Plan de Operaciones de Moreno. Aun así no le escapaban al centralismo, pero sin embargo la idea de no restringir la producción a lo que necesitaba la nueva metrópoli, era una idea que contemplaba no la ruina sino el desarrollo de las provincias.

Algunos de los protagonistas políticos de las provincias comprendieron el nudo gordiano de la cuestión. Así Agüero, sostenía[48] que "las artes, la industria y aun la agricultura misma en estos dominios llegarían al último grado de desprecio y abandono; muchas provincias se arruinarían necesariamente, resultando acaso aquí la desunión y rivalidad entre ellas. ¿Qué será de la provincia de Cochabamba si se abarrotan estas ciudades de toda clase de efectos ingleses? ¿Qué será de Córdoba, Santiago del Estero y Salta?".

En 1809 afirmaba Yañis[49], en Buenos Aires, un cuadro que valía para toda las industrias locales: "Sería temeridad equilibrar la industria americana con la inglesa: estos audaces maquinistas nos han traído ya ponchos, que es un principal ramo de la industria cordobesa y santiagueña, estribos de palo dados vuelta al uso del país, sus lanas y algodones, que a más de ser superiores a nuestros pañetes, zapallangos, bayetones y lienzos de Cochabamba, los pueden dar más baratos, y por consiguiente arruinan enteramente nuestras fábricas y reducen a la indigencia a una multitud innumerable de hombres y mujeres que se mantienen de sus hilados y tejidos".

Estas contradicciones económicas, que implicaban proyectos distintos de país, fueron tensiones en carne viva ya desde el comienzo del proceso independentista. De Titto afirma que "desde 1810 las tres regiones de la posterior Argentina –el Interior (incluyendo las subregiones de Cuyo, Córdoba y el Noroeste), el Litoral y Buenos Aires, a las que cabe agregar las republiquetas del Alto Perú, la Banda Oriental y las Misiones Orientales que están ahora en el Brasil– disputaron por cuatro cuestiones centrales, económicas y políticas: la navegabilidad de los ríos, los ingresos aduaneros que ponían en juego la nacionalización de las rentas de las aduanas exteriores o su mantenimiento bajo control de las provincias, las políticas comerciales y la cuestión del centralismo y las autonomías provinciales"[50]. En realidad, la tensión entre las regiones se debía a que, cada una a su modo, defendían proyectos económicos que les permitían su propia subsistencia. Sobre estas tensiones pivotaron las influencias externas. Como apunta Jauretche, "La aduana de Buenos Aires (...) enriquecíase en prejuicio de la manufactura nativa de tierra adentro (...) Tal división fue aprovechada hábilmente por el gobierno de Gran Bretaña, apoyando el centralismo

48/En Astesano, ob. cit., p. 142.

49/En Astesano, ob. cit., p. 88.

50/De Titto, ob. cit., p. 17.

de Buenos Aires después de 1810 y favoreciendo su política librecambista y exportadora, a costa del resto de las intendencias, provincias, y demás ciudades del virreinato. Desde el primer momento queda así planteada la cuestión económica, entre las posibilidades de una economía puramente comercialista, de factoría, que es a la que Inglaterra presta su fluctuante apoyo"[51].

"Lo que está claro es que estas contradicciones económicas generaron, en pleno proceso de emancipación, fuerzas centrifugas respecto de la unidad nacional, y Buenos Aires como centro unificador y su política de centralismo por la fuerza no contribuyó demasiado a evitarlo. Su respuesta fueron los "ejércitos auxiliares" enviados a expandir la revolución y asentarla en todos los confines geográficos que aparecían, de hecho, como agentes del poder central, como 'porteños' que desconocían las culturas locales e intentaban imponer al gobierno general por la fuerza de las armas"[52].

Es cierto que todos aquellos que comprendían la dimensión americana de la revolución eran contrarios a la idea federativa, porque consideraban que ello debilitaba la concentración del poder necesario para culminar la guerra contra el colonialismo. De hecho, Moreno, San Martín y Belgrano, en el sur, como en el norte lo hicieron Miranda, Bolívar, y tantos otros, asimilaban el concepto de confederación con el de anarquía o en todo caso con un modelo ideal de imposible aplicación en la realidad política sudamericana. Su justificación principal no era teórica ni económica (como sí lo era la del "partido de los tenderos" de Buenos Aires), sino precisamente la necesidad imperiosa del estado de guerra.

Buenos Aires, la Banda Oriental, Entre Ríos, Corrientes, ubicadas alrededor del Río de la Plata y sus afluentes, con una posición privilegiada, con tierras fértiles, clima benigno, lluvias abundantes y regulares, con aguadas, arroyos y ríos permanentes, con una vasta llanura que las hacía aptas para toda clase de cultivos y cría de ganados, "requerían para su vida, su desarrollo y su progreso un régimen aduanero y fiscal, y una política económica basada en una amplia libertad de comercio, que le permitiera exportar ampliamente sus cueros, sus lanas y demás productos de sus campañas y recibir en la misma forma, desde el exterior, todo lo necesario para su .producción y su vida". Frente a esas provincias, Córdoba, San Luis, San Juan, Mendoza, Tucumán, Salta, Jujuy, La Rioja, situadas en el interior, en el centro y norte del virreinato, con tierras áridas, escasas lluvias, clima cálido, ríos irregulares por su corriente, con algunas industrias rudimentarias, en estado de eterna pobreza, "requerían, en cambio, para su vida difícil, un régimen aduanero y una política fiscal y económica que las pusiera a cubierto de la competencia de los productos similares que pudieran llegar del extranjero, los que por su baratura y su más perfecta elaboración les harían una guerra ruinosa excluyéndolas del mercado"[53].

El mercado inglés necesitaba colocar de mercaderías que arruinaban las artesanías y lo único que requería a cambio (ante la imposibilidad de ser la salida –aun la vía marginal que había sido en el periodo anterior– de la plata de Potosí) eran los subproductos del ganado bovino (cueros y cebo). "El interior, no apropiado para el desarrollo de la ganade-

51/Jauretche, ob. cit., p. 32.

52/De Titto, ob. cit., p. 36.

53/Astesano, ob. cit., p. 53.

ría, y que había levantado toda su economía sobre bases artesanales, fue un campo más propicio también para el desarrollo de las manufacturas. La abundancia de maderas en algunas provincias del interior permitió la creación de grandes manufacturas destinadas a la producción de carretas, como Tucumán y Mendoza. Algunas, cuya ubicación geográfica lo permitió, dedicáronse también a la fabricación de embarcaciones destinadas a cubrir el intenso tráfico que subía y bajaba por el Paraná. En el año 1801 se construían cinco fragatas, ocho bergantines y cuatro zumacas, en los astilleros existentes en el Paraguay sin contar otras embarcaciones menores"[54].

"Salta era un importante centro productor de mulas, y Tucumán producía excelentes carretas con las buenas maderas de sus selvas. Mendoza desenvolvió su comercio como paso obligado para Chile, aunque, como San Juan, sufrió el decaimiento de su producción vitivinícola. También Catamarca se vio perjudicada por la competencia en cuanto a sus aceites y aguardientes, y Córdoba, que había iniciado la explotación agrícola, fue invadida por ganaderos ante las perspectivas que presentaba el establecimiento de curtidurías y la comercialización del cuero. Paraguay producía telas de algodón y yerba mate; Santiago del Estero, mantas y ponchos"[55].

En el gobierno revolucionario de Buenos Aires prevalecieron paradójicamente los liberales más conservadores, los Rivadavia, los que creían que el vínculo del libre comercio con el exterior se cerraba con un disciplinamiento interior por medio de la violencia. Y eso generó su propia respuesta, que –innegablemente– fue restando fuerza a la lucha en la contradicción principal contra el colonialismo.

La rebelión de las masas del interior, transformada en montonera contra la imposición del centralismo por la fuerza, nace de la destrucción del sistema productivo tradicional, "hecho que empujaba a las masas de las campañas y poblados al hambre y a la miseria, que llegó a tal grado que las obligó a entrar violentamente en la escena político-militar"[56].

El cambio del eje productivo, la introducción de los productos manufacturados ingleses, derivados del libre comercio, fueron los que provocaron que los hombres de las provincias interiores, que habían quedado sin trabajo y se iban empobreciendo paulatinamente, ya que la competencia de la industria inglesa había arruinado al artesanado provinciano y la economía toda, fueron a integrar la montonera, tropa irregular, que durante medio siglo ocupará un primer plano en las luchas políticas en lo que después fue la Argentina. La montonera –agrupación de gauchos que peleaban en montón– estaba formada virtualmente por los pueblos de las provincias, levantados en armas contra la política del librecambio entronizada por los liberales porteños y su proyecto de país ligado a la nueva potencia económica. Pero no sólo en el interior profundo, que había producido para el Alto Perú y ahora veía descalabrada su economía, se daba el fenómeno de un incipiente federalismo en armas. Quienes primero asumieron esa bandera fueron los gauchos del litoral. Estos tenían todas las condiciones para ser parte de este intercambio con la nueva potencia dominante, pues podían producir lo mismo que la campaña de Buenos Aires, sobre todo

54/*Ibid*., p. 133.

55/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 26.

56/Astesano, ob. cit., p. 144.

estamos hablando de ganado, pero carecían de un puerto que los ligara con el exterior y un circuito comercial aceitado, con capital propio, como sí lo tenía Buenos Aires. Montevideo que podía ser la competencia natural de los porteños se encontraba o bien ocupada por los realistas o bien, después, ocupada por los portugueses. Los puertos fluviales no estaban abiertos al comercio, por eso este fue el lugar inmediato de nacimiento de una resistencia ante las políticas de imposición de unidad de Buenos Aires.

Las montoneras se organizaban en torno a jefes naturales, muchas veces de distinta extracción social pero de idénticas condiciones de vida. Estos eran denominados caudillos[57], hombres que gozaban de inmensa popularidad[58] entre las poblaciones de sus respectivas provincias. La mayoría de ellos tenían una visión continental sudamericana de la revolución y la conciencia de que era necesario eliminar la absorción de la economía nacional por la facción porteña, para asegurar el desarrollo y la unidad nacional. Esta comprensión parece una contradicción. ¿Cómo puede ser que los hombres que le hacían la guerra al centralismo fueran los que pensaban en la unidad americana?

Una primera explicación la hallamos en la confrontación con la idea porteña de cerrar el proceso nacional en su propio hinterland dando la espalda a la lucha emancipatoria continental. Pero la otra es la concepción profundamente popular que hacía su definición de identidad como americanos del sur sin identificación ficticia construida desde Buenos Aires.

"Los federales son la leva de los hijos de la tierra convocados por sentimiento carismá-

---

57/"Si queremos entender al hombre rioplatense, es oportuno reflexionar sobre el significado de la voz 'caudillo', en tanto consideramos pobrísima la acepción académica según la cual es 'el que como cabeza guía y manda la gente de guerra'; de allí surge esa idea bastarda (y muy aprovechada por cierta historiografía) que supone al caudillo un hombre brusco que dirige a su antojo una horda desaforada de secuaces en procura de botín. La historia de mentalidades ha abierto el campo para el análisis, y consideramos necesario señalar que, en Hispanoamérica, el caudillo es algo distinto de lo que supone la Real Academia Española: a nuestro juicio, 'caudillo' es el personaje que, habiendo tomado conciencia de la sensibilidad y las aspiraciones comunes de una colectividad localizada espacial y temporalmente, se presenta como reflejo fiel de ella y como expresión definida de sus necesidades. Es conveniente tener en cuenta este cambio de imagen si queremos ocuparnos, como hemos dicho, del hombre en sociedad y no de una hipotética sociedad que se maneja exclusivamente por la voluntad de presuntos hombres relevantes". Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 20.

58/Intentando denigrar a los caudillos en su libro *Facundo*, donde plantea su apotegma de civilización o barbarie, Domingo Faustino Sarmiento hace una pintura más que clara de lo que el caudillo verdaderamente es a través de la persona del líder popular de los llanos de La Rioja: "En Facundo Quiroga veo una manifestación de la vida argentina... Facundo, expresión fiel de una manera de ser de un pueblo, de sus preocupaciones e instintos; Facundo, siendo lo que fue, no por un accidente de su carácter sino por antecedentes inevitables y ajenos de su voluntad, es el personaje histórico más singular, más notable, que puede presentarse a la contemplación de los hombres de comprenden que un caudillo encabeza un gran movimiento social, no es más que el espejo en que reflejan, en dimensiones colosales, las creencias, las necesidades, preocupaciones y hábitos de una nación en una época dada de su historia". Es difícil encontrar una explicación mejor que la aportada por la vehemente pluma de Sarmiento intentando fielmente retratar a sus enemigos.

tico que les inspira la jefatura de los hombres cuyas aptitudes de destreza, coraje y dominio los exaltan al rango de arquetipos ejemplares en que todos se reconocen idealmente. El liberalismo que se encandila con el resplandor de la cultura europea representa a las minorías del procerato urbano, las cuales implantan, a su modo, nuestras variantes de despotismo ilustrado: su centro y sede principal es la ciudad de Buenos Aires"[59]. Podemos ver que tanto Sánchez Sorondo desde el nacionalismo católico o Hernández Arregui desde un marxismo nacional, coinciden en calificar al liberalismo conservador de los porteños como Rivadavia, como la versión vernácula del despotismo ilustrado y no como el liberalismo revolucionario del que participaban los sectores de la profundización.

El despotismo de los ilustrados, tanto como el libre comercio de vínculo con los ingleses, fueron causantes directos de esta falta de identidad con la antigua capital, fundamentalmente en lo político, que fue correlativa con la descapitalización económica del interior.

Buenos Aires había adquirido el vicio de confiar sólo en sus propias fuerzas y de identificar la expansión del movimiento revolucionario con la extensión de su hegemonía hacia todas las provincias, además de una matriz europea para pensar la orientación de la revolución. Para canalizar su predominio repetía la lógica de las jerarquías virreinales, haciendo su carácter de capital de virreinato, además del uso directo de la violencia para quien desconociera esta tradición. Eran finalmente los sectores de la fuerza de la restauración los que se habían apropiado del poder manejando sus relaciones con las demás provincias de manera conservadora y sectaria. La paradoja de ser instrumento de la revolución de las estructuras y al mismo tiempo sostenedor de las jerarquías coloniales terminó estallando por los aires con la sublevación, en primer lugar, de las provincias litoraleñas encabezadas por Artigas, el primer gran caudillo nacional.

Finalmente se produce un debilitamiento de esos ejércitos que llevaban a los rincones del virreinato la bandera de la revolución, produciéndose deserciones masivas de su tropa, en la medida en que esta se hacía más una fuerza de represión de la autonomía de las provincias que de liberación frente al enemigo realista. La prepotencia y brutalidad porteña hacia las provincias interiores termina siendo un boomerang que se vuelve contra ella misma.

59/Sánchez Sorondo, ob. cit., p. 33.

CAPÍTULO X
ARTIGAS Y EL PUEBLO EN LA REVOLUCIÓN DE LA LIBERTAD A LA DEMOCRÁTICA

"Que los más necesitados sean los más privilegiados"
"Naides es más que naides"
José Gervasio Artigas

1. El padre del partido popular

Luego de la redota, Artigas se convirtió en el caudillo indiscutido de su pueblo y cada vez con mayor influencia en todos los pueblos del litoral. Con su regreso a la Banda Oriental, las fuerzas colonialistas quedaron sin otro refugio que Colonia del Sacramento y una ciudad de Montevideo sitiada nuevamente.

El caudillo oriental conjugaba en su propuesta política y la agitaba en sus banderas, la consigna "Federación y Libertad". Es decir, no sólo no se oponía a la revolución sino que exigía que esa libertad que esta habría de conseguir, tuviera una forma particular de organización del Estado, partiendo del reconocimiento de la autonomía de las provincias.

Esto implicaba oponerse al centralismo ejercido desde Buenos Aires y plantear la unidad en condiciones igualitarias de las provincias unidas (el antiguo virreinato del Río de la Plata) y de toda la América del sur. Su propuesta de libertad era concretamente la independencia, por lo cual rechazaba las formulas ambiguas de muchos de los dirigentes porteños que, por un lado no declaraban la independencia para no mal enquistarse con Gran Bretaña y por el otro lado barajaban proyectos constitucionales e incluso monárquicos (para congraciarse con la restauración absolutista que asolaba Europa). El planteo artiguista es contundentemente republicano y radicalmente plebeyo.

Artigas plantea una construcción que va de abajo hacia arriba: "primero los pueblos, los pueblos formarán provincias, las provincias formarán países y los países van a formar la confederación americana, la construcción viene del pueblo". Podemos resumir la agenda política de Artigas en cinco puntos: independencia, república –no subordina la forma de gobierno a la estrategia de la independencia y de la unidad: directamente plantea la república–, federación, fin del puerto único –era un líder federal de la única provincia con puerto de ultramar similar al de Buenos Aires–, y nueva capital, es decir que Buenos Aires dejara de ser la capital de las Provincias Unidas. Propone la protección de la industria nativa pero también, en su enfrentamiento con Buenos Aires, la libre navegación de los ríos[1]. Aunque en esto último haya una clara contradicción.

La impronta popular de Artigas no está determinada sólo por sus condiciones persona-

1/Oporto, ob. cit., p. 117.

les, sino fundamentalmente por la expresión de los pueblos que lo acompañan. Ese movimiento encabezado por el caudillo oriental constituye una excepción por esos tiempos en casi toda la América en revolución. Salvo –acaso– lo ocurrido en México, en general los procesos revolucionarios no son sólo conducidos por los criollos acomodados, sino que están mayoritaria y hegemónicamente integrados por estos. Las fuerzas conducidas por Artigas son, por el contrario, predominantemente populares. "Que los más necesitados sean los más privilegiados" decía don José Gervasio Artigas, escogiendo el camino de ligar la lucha por la libertad propia de la revolución con la de la justicia social como bandera del partido popular. A estas banderas se suman las reivindicaciones de autonomía respecto de los grandes centros económicos y políticos de la época colonial, que ya desde el comienzo se advirtieron en cada rincón de América, pero que en particular en las tierras del Río de la Plata, constituyen el principio de nuestro federalismo. Artigas es el padre fundador de nuestro federalismo, es decir, del partido popular.

"Si Rosas es el símbolo mayor de la soberanía nacional, José Gervasio Artigas es el símbolo de la soberanía popular (...). El padre fundador del partido popular constituye el arquetipo de la democracia social, de la verdad histórica sepultada, de la conciencia hispanoamericana. De lo que pudo ser y no fue. Por eso, como en el credo, puede decirse que el protector de los pueblos libres padeció bajo el poder de la oligarquía portuaria y por ella fue crucificado, muerto y sepultado"[2].

Compartimos la idea de que fue Artigas el primero en estas tierras en levantar las banderas de la justicia social y el primer caudillo de proyección nacional. Su lucha inclaudicable contra los colonialistas españoles y portugueses lo exime además de la crítica, que le cabe a otros caudillos, de poner a la disputa con Buenos Aires por encima del conflicto con los realistas, más allá de sus debidas justificaciones.

El sacerdote Larrañaga[3] actuando, además de como protagonista, como cronista, pinta así al caudillo oriental: "En nada parecía un general. Su traje era de paisano y muy sencillo: pantalón y chaqueta azul, sin vivos ni vueltas, zapatos y medias blancos y un capote de bayetón eran todas sus galas, y aun todo esto pobre y viejo. Es hombre de una estatura regular y robusta, de color bastante blanco, de muy buenas facciones, con la nariz aguileña, pelo negro y con pocas canas; aparenta tener unos cuarenta y ocho años; su conversación tiene atractivos, habla quedo y pausado; no es fácil sorprenderlo con largos razonamientos pues reduce la dificultad a pocas palabras y, lleno de mucha experiencia, tiene una previsión y un tino extraordinarios. Conoce mucho el corazón humano, principalmente el de nuestros paisanos, y así no hay quien le iguale en el arte de manejarlos. Todos lo rodean y lo siguen con amor, no obstante que viven desnudos y llenos de miseria a su lado".

Si hay algo que pinta de cuerpo entero al general Artigas es que cuando Elío, consciente de su impotencia, optó por pedir a la corte portuguesa que el mariscal de Souza acudiera con sus tropas, desde Río Grande, en defensa de la causa del rey, envió un comisionado ante Artigas con el ofrecimiento del cargo de general y la comandancia de la campaña si acataba su autoridad, propuesta que el caudillo oriental rechazó indignado.

2/Pandra, ob. cit., p. 164.

3/En Pandra, ob. cit., p. 162.

2. La Asamblea del año XIII y sus límites.

La principal función del Segundo Triunvirato impulsado por la Logia, era recomponer el diálogo con las provincias díscolas y abrir el cauce para una asamblea de las Provincias Unidas, que tuviera como desafíos avanzar en la cuestión nacional con la declaración de la independencia y el dictado de una Constitución propia para garantizar la libertad, al modo en que lo habían hecho los españoles liberales en Cádiz unos meses antes.

Para fines del año 1812, el Segundo Triunvirato, condicionado por la acción de la logia y la Sociedad Patriótica[4] que se van fusionando, convoca a una asamblea. En la propia convocatoria está el impulso de la agudización de las contradicciones con los realistas que se va volviendo cada vez más una lucha nacional y no sólo por la libertad soberana o democrática. En la convocatoria se puede leer. "El eterno cautiverio del señor Fernando VII ha hecho desaparecer sus últimos derechos" y lo que queda en pie en la colonia es una guerra entre la "ferocidad y barbarie peninsular" y la "virtud y constancia americana". Así, la asamblea, convocada con dos objetivos claros: dictar una Constitución y declarar la independencia, se propone como un nuevo comienzo del proceso revolucionario. Las fuerzas de la profundización parecen marcar los tiempos en la disputa. Uno de los primero actos de la asamblea reunida en abril de 1812 fue el reconocimiento de la independencia venezolana[5].

Pero no debemos llamarnos a engaño, la logia que había derrocado a los centralistas del Primer Triunvirato ya no era la misma. En su conducción estaba Carlos María de Alvear. En aquellos tiempos, con un giro despectivo, San Martín solía referirse a su antiguo compañero de logia como "el Niño". Era la forma de referirse a los caprichosos hijos de la oligarquía. "Don José de San Martín percibía ya que la propia logia, ahora alverarista, era cada día menos americana y cada vez mas porteña"[6].

Los británicos, a través de su embajador en Río de Janeiro, lord Strangford, presionaban en favor de los sectores más conservadores porque consideraban, según su sistema de alianzas europeas y para seguir garantizando sin inconvenientes el comercio que les beneficiaba "lo loco y peligroso de toda declaración de independencia prematura"[7].

4/Bernardo de Monteagudo, líder de la Sociedad Patriótica (que no obstante presidía formalmente Vicente López y Planes,autor del himno nacional argentino que decía "se levanta a la faz de la tierra una nueva y gloriosa nación") se había convertido en el motor intelectual y político de los independentistas desde su lugar de periodista propagandista en *Mártir o Libre,* o cuando integrando el partido morenista que conducía a la logia, desde *El grito del Sud* alegaba para que las fuerzas de la profundización impusieran sus condiciones al ala "conservadora". Pero cuando se transforma en el redactor de la oficialista *La Gaceta Ministerial* modera un poco sus términos, aunque lo compensaba desde otro periódico fundado por él, mucho más explosivo que llevaba un título contundente, *El independiente*, dirigido por Manuel Moreno, hermano de Mariano.

5/*La Gaceta*, órgano oficial y oficioso de la revolución, publicaba el acta completa de la independencia dictada en Caracas y la comentaba diciendo: "Americanos del Sud: ya es llegada la hora, meditad sobre vuestra suerte pasada y encontraréis los medios para asegurar vuestra dicha futura"

6/Cabral, ob. cit.

7/Instrucciones de Strangford a Manuel Aniceto Padilla. En Rosa, ob. cit., p. 11, y Pomer, ob. cit., p. 200.

San Martín, dedicado a la formación de la estructura organizativa político-militar de los granaderos a caballo, hace la prueba de fuego de ellos con la victoria en el combate de San Lorenzo. Ese triunfo, despertó también las envidias de sus rivales. Alvear se las arregla para enviar a su antiguo amigo a hacerse cargo del desastroso y desmoralizado Ejército del Norte. Cuestión que, como buen militar de carrera, acepta sin cuestionar pero que prontamente, como político afilado, se encarga de torcer hacia una designación para pasar a Cuyo a preparar una línea estratégica de ataque al Perú por la vía chilena. Probablemente es el último nivel de influencia de San Martin en relación con una logia que lo quería ver cada vez más lejos del centro neurálgico del poder. Para ellos Cuyo era claramente un destino secundario.

Con San Martin fuera de la cancha, Alvear se convierte en el líder sin discusión de la logia en Buenos Aires. En esto influye determinantemente el carácter aristocrático de Alvear, que por prosapia –pero también por compatibilidad– se mueve como pez en el agua en el puñado de familias oligárquicas que manejan la política porteña. A San Martín no le alcanzó con casarse con una de las pequeñas niñas de una familia de criollos acomodados, los Escalada, para ser aceptado como uno más de ellos. Es más, su ascetismo y su carácter taciturno no lo hacían ser el centro de las tertulias donde se discutía la política local en las casas de las grandes familias. Alvear sí lo era.

En enero de 1813, presidida por Alvear que ya era la figura más prominente del Plata, comienza a sesionar solemnemente en Buenos Aires la Asamblea Nacional, que se miraba en el espejo de las resoluciones de las cortes de Cádiz de 1812. En marzo, Rondeau le comunica a Artigas que el triunvirato "le ordena" a la Banda Oriental prestar juramento de obediencia a la Asamblea. En abril "el jefe de los orientales" reúne un congreso en su campamento de Tres Cruces, en Peñarol, frente a Montevideo, con gauchos, indios, negros, mulatos, españoles y criollos, analfabetos e ilustrados. El pueblo, que en el cabildo porteño o en la Asamblea no pasaban de ser un argumento jurídico, se hace en el movimiento artiguista –como también lo eran en los multitudinarios congresos paraguayos– una realidad concreta, corpórea, palpable, una amenaza también para el orden social constituido, una capacidad de decisión directa que metía miedo a los liberales con matriz de pensamiento europeo, que ven la libertad en un marco más prolijo, más adecuado al modo del viejo continente, más ordenado a los parámetros de las clases dominantes.

Artigas inaugura el congreso parafraseando a Washington: "Mi autoridad emana de vosotros y cesa por vuestra presencia soberana". Al decir de José María Rosa, no era una concesión al liberalismo, sino que era "el" liberalismo revolucionario, pero el liberalismo con patria, pueblo, pampa, idioma, un liberalismo popular y nacionalista. Un nacionalismo popular y revolucionario todavía en los moldes liberales del pensamiento de la época.

Artigas confecciona en aquel congreso de Peñarol un programa extraordinario de veinte puntos para que los diputados orientales lleven a la Asamblea: declaración de la independencia absoluta, sistema republicano de gobierno, régimen federal, supresión de las aduanas interiores, un plan nacional de desarrollo, prevenciones contra el despotismo militar y la sabia medida de fijar la capital de la confederación a crearse fuera de Buenos Aires. Nada se había escrito hasta entonces como ese articulado en el que se expresaba la temática de la revolución nacional con absoluta precisión y autenticidad: significaba clarificar la Revolución de Mayo y llevarla a la calle, sacándola del ámbito palaciego en que

se manejaba[8].

Al igual que cada una de las provincias, los orientales designaron sus diputados a la Asamblea del año XIII. La diferencia radicaba en que los representantes orientales fueron elegidos en un amplio proceso deliberativo y de participación popular, y fueron mandatados con un programa revolucionario[9].

El resultado del Congreso de Tres Cruces fueron las famosas "Instrucciones del año XIII"[10], el mandato que los diputados elegidos llevaron a Buenos Aires, fechadas "Delante de Montevideo, el 1 de abril de 1813" y firmadas por Artigas[11].

En cambio, en las otras provincias, la designación no era ni tan democrática ni con un mandato político explícito, ni siquiera era tan exigente en su proceso electoral[12]. "Como en otras sucesivas, no escasean en esta Asamblea los diputados no originarios de las ciudades que los eligen: Alvear es diputado por Corrientes; Larrea y Posadas de Córdoba; Balcarce de Tucumán; Agrelo de Salta; el canónigo Vidal de Jujuy"[13].

La gran ausencia fue la de Paraguay, que decidió no enviar representantes. Pero no fue la única. Los diputados orientales fueron excluidos de la Asamblea. El 19 de abril (luego del Congreso de Tres Cruces), Artigas y Rondeau habían firmado un documento que proclamaba la confederación de la provincia oriental con el resto de las Provincias Unidas del

---

8/Pandra, ob. cit., p. 163.

9/Artigas "convocó en su campamento a una reunión de diputados e los pueblos de la provincia, a la que asistieron incluso delegados de Montevideo sitiada, huidos de la plaza. En esta reunión, que asumió la soberanía provincial, se discutieron las proposiciones de Artigas para la concurrencia a la Asamblea". Palacio, ob. cit., p. 207.

10/Primeramente pedirá la declaración de la independencia absoluta de estas colonias, que ellas están absueltas de toda obligación de fidelidad a la corona de España y familia de los Borbones, y que toda conexión política entre ellas y el Estado de España debe ser totalmente disuelta. Entre los principales planteos de su articulado podemos encontrar: Art. 1° La Provincia Oriental del Uruguay entra en el rol de las demás Provincias Unidas. Ella es una parte integrante del Estado denominado Provincias Unidas del Río de la Plata. (...)Art. 2° No admitirá otro sistema que el de confederación para el pacto recíproco con las provincias que forman nuestro Estado. Art. 3° Promoverá la libertad civil y religiosa en toda su extensión imaginable. Art. 4° Como el objeto y el fin del Gobierno debe ser conservar la igualdad, libertad y seguridad de los ciudadanos y los pueblos, cada provincia formará su gobierno bajo esas bases, además del Gobierno supremo de la Nación. Art. 5° Así, este como aquel se dividirán en poderes legislativo, ejecutivo y judicial. Art. 20° La Constitución garantizará a las Provincias Unidas una forma de gobierno republicana y que asegura cada una de ellas de las violencias domésticas de usurpación de sus derechos, libertad y seguridad de su soberanía.

11/La redacción correspondió, casi con seguridad, al canónigo Dámaso Larrañaga y a Miguel Barreiro, sobrino segundo de Artigas y uno de sus más estrechos colaboradores en ese periodo.

12/"Las elecciones no fueron un modelo de pureza. Todos los electos menos Nicolás Laguna, Mariano Serrano, Fabián Pérez y Pedro Feliciano Cavia figuraban como integrantes de la Lautaro en la nómina que dejó el general Zapiola. La mayoría eran porteños; hasta la localista Córdoba designó a dos porteños: Larrea y Posadas". Rosa, ob. cit., p. 18.

13/Halperín Donghi, ob. cit., p. 94.

Río de la Plata. Pero el gobierno porteño se apura a desconocerlo, constituyendo eso el principio de las dificultades de los orientales en relación a la Asamblea.

La exclusión de los diputados orientales se debió, en realidad, a que los términos de la Instrucciones a los diputados de la Banda Oriental eran rechazados por Alvear. Lo cierto es que "el liberalismo porteñista había logrado ya el apoyo de Alvear y algunos diputados (que formaban mayoría) y no podía exponerse a que los seis orientales modificaran la relación existente[14]. El argumento esgrimido era pueril, pues sería del caso comparar esos poderes de los orientales con los que fueron incorporados la mayor parte de los diputados: ¿cuántos correntinos, por ejemplo, votaron a Alvear? El tesonero esfuerzo de la burguesía comercial porteña por asegurarse el dominio económico del hinterland, daba sus frutos: el 19 de octubre la Asamblea, con el objeto de favorecer el comercio británico, anularía su propia ley del 3 de marzo sobre la obligatoriedad de consignación de las mercaderías a comerciantes nacionales; la línea liberal volvía a imponerse con singular astucia, a despecho de los intereses rioplatenses y de la voluntad popular"[15].

El resto fueron todos argumentos leguleyos para sostener la exclusión de los orientales. Se esgrimió un argumento de tipo formal: los representantes habían sido elegidos al margen de las disposiciones dictadas al respecto. Además, se insistió en que no podían tener "mandato", ya que al incorporarse a la Asamblea pasaban a ser "diputados de la nación" y no de tal o cual provincia, razón suficiente para impugnar su acreditación[16].

A poco de andar, la tendencia revolucionaria que planeaba la necesidad de declarar la república va perdiendo intensidad con la recomposición del bloque de la fuerza de la restauración que envía a uno de sus hombres, Sarratea, hacia Madrid a negociar con los españoles, previa conversación con el embajador peninsular en Río de Janeiro con orden de entregar en la negociación a la provincia de la Banda Oriental si fuera necesario (y de paso deshacerse del molesto caudillo oriental). Pero lo que verdaderamente inclinó la balanza de la Asamblea para el lado más conservador del movimiento fue la nueva conducción de la logia, que la transformó de una fuerza revolucionaria en una más cercana a los conservadores. Las causas de este cambio las justifica Halperín Donghi: "La logia amenaza perder su anterior unidad; a la tendencia que reconocía como inspirador a San Martín, y que estaba más cercana a los objetivos originarios de la agrupación, se enfrentaba la que tenía por jefe a Alvear y que, por lo contrario, veía en la logia un admirable instrumento para ser utilizado en el marco político de la revolución rioplatense, renunciando por el momento a la intensificación de la lucha, cuyo éxito la coyuntura internacional hacia problemático,

14/"Con semejantes instrucciones y el temor de poner en mayoría al grupo sanmartiniano, la Asamblea dirigida por Alvear y Vieytes no admite a los diputados orientales por 'vicios de procedimiento en su elección' y, mientras tanto, sigue discutiendo sobre el sexo de los ángeles". Pandra, ob. cit., p. 163.

15/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 90.

16/Los diputados enviados fueron Mateo Vidal, Felipe Cardoso, Marcos Salcedo y Francisco Bruno de Rivarola. Los diputados Dámaso Gómez Fonseca –por Maldonado– y Dámaso Antonio Larrañaga –por Montevideo–, elegidos de la forma prescrita antes del Congreso de Tres Cruces, fueron admitidos. Sin embargo, Larrañaga cedió sus poderes a Tomás García de Zúñiga, enviado de Artigas, quien a su vez desistió de incorporarse.

en favor de una limitación de los objetivos revolucionarios hasta la reducirlos a límites aceptables para la nueva constelación internacional que se instauraría sobre las ruinas del sistema napoleónico"[17]. Ninguna figura más clara de cómo, por un lado, las fuerzas al interior del movimiento son dinámicas y se puede pasar de jugar un rol de profundización a un rol de restauración, siendo las mismas personas; porque la cuestión para ser parte de una u otra fuerza es mucho más la política que la ideología. Por otro, para ver claramente cómo opera la fuerza de la restauración complejizando la discusión política contemplando muchos factores que le hacen concluir en que es prudente retroceder un poco para poder garantizar la continuidad. En esa interna entre fuerzas se impone ampliamente, durante esos años, la alvearista o de la restauración.

Ello no quita que, sobre todo en los primeros meses, la Asamblea haya adoptado medidas de singular importancia en cuanto hace al ejercicio de la soberanía rioplatense. El 3 de febrero dispuso la remoción en sus empleos de todos los españoles no ciudadanizados, el problema de la ciudadanía local rompió, así, el vínculo con la nacionalidad española. "El principio de ius solis inspiró, también, el decreto de libertad de vientres (2 de febrero), y de liberación de todo esclavo de procedencia extranjera (4 de febrero) 'por el solo hecho de pisar el territorio de las Provincias Unidas' –disposición anulada por protestas de Portugal–; el mismo sentido tiene la confección de un escudo peculiar (23 de abril), la acuñación de moneda propia (13 de abril), la aprobación del himno nacional (11 de mayo) y la igualación del indio a los hombres libres (12 de marzo) suprimiendo los servicios personales que sobre ellos pesaban"[18].

En cuanto a la cuestión nacional, si bien no se animó a declarar la independencia, entre sus decisiones están las de adoptar un escudo, un himno y una fecha nacional que serán definitivos símbolos identitarios de una nación en ciernes. Pero, para cuidarse, los llamó: sello, marcha patriótica[19] y día cívico... como para no herir susceptibilidades, sobre todo las británicas[20], más que las españolas.

17/Halperín Donghi, ob. cit., p. 95.

18/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 91.

19/Que la llamada marcha patriótica que tenía que cantarse al empezar todos los espectáculos públicos no era un himno de una nación independiente no se correlacionaba con su propia letra. En esa letra original, escrita por Vicente López y Planes, había un párrafo que no se prestaba a doble interpretación: "Se levanta a la faz de la tierra/una nueva y gloriosa nación/coronada su sien de laureles/y a su planta rendido un león". Este párrafo llegó hasta nosotros, pero se eliminó de la versión oficial en 1910 pero es parte de la letra original. ¿Cómo podía explicarse que no se refiriera a la independencia?

20/"Es una traición, son los ingleses quienes desde río, por medio del partido sectario que aquí les sirve, ordenan frenar la revolución porque así conviene a su actual política de coexistencia pacifica con España". Esto lo afirma Felipe Santiago Cardozo agente de Artigas en Buenos Aires. Cardozo ex capitán de Blandengues habla pestes del partido porteñista en las persona de Sarratea, Rivadavia y Vieytes (entre otros) a los que llama "cuadrilla de pillos" o "pícaros fracnmasores, partido de sectarios serviles de la política oportunista que practica la Gran Bretaña". Y con mucha claridad los acusaba de estar más interesados por sus negocios y negociados con los comercianes ingleses que de la libertad y la independencia. Fernández Cabrelli, ob. cit., p. 17.

"El 13 de febrero de 1813, bajo el gobierno del Segundo Triunvirato surgido, como vimos, de la revolución del año 12 y estando en sesiones la Asamblea General, la bandera –virtualmente oficializada– fue nuevamente izada por orden de Belgrano"[21].

Pero todavía parece que pesa el tema de la guerra civil, la inminente vuelta de Fernando VII al poder y qué habría de hacer la metrópoli con las colonias díscolas, además de la posición expectante de Gran Bretaña que –para compensar el tablero europeo– no quiere que los revolucionarios se conviertan en independentistas[22]. El otro tema que no ayudaba a impulsar la decisión de la independencia era que "la Asamblea padecía de una falla fundamental: no era representativa. El país no se reconocía en ella. Era apenas la imagen de un partido[23], selecto por la calidad de sus componentes, pero minoría insignificante y cuya misma cohesión indicaba el vicio de origen"[24].

En cuanto a la idea republicana de gobierno, la Asamblea prohibió tanto los títulos de nobleza (declaración prácticamente abstracta porque a diferencia de otros lugares de América, en su jurisdicción prácticamente no existían), como el uso de uniformes o distintivos extranjeros. Más importantes fueron en este sentido la eliminación del tormento del proceso judicial y el desconocimiento de la autoridad del tribunal de la Inquisición con asiento en Lima.

"El proyecto de la comisión oficial era una paráfrasis de lo hecho por las Cortes de Cádiz que culminó en la Constitución española de 1812, con una diferencia: en vez de propiciar una monarquía constitucional proponía una república unitaria. El proyecto de la Sociedad Patriótica era mucho más ambicioso, en tanto apuntaba a la reunión de las provincias de la América del Sud aunque no especificaba concretamente la forma de unión"[25].

La "Soberana Asamblea General Constituyente del Año XIII" instalada en Buenos Aires el 31 de enero de 1813, coincide con el último período de dominación napoleónica en España y el clima liberal instalado por la Constitución aprobada por las Cortes de Cádiz

---

21/Bortnik, ob. cit., p. 64.

22/"La Sociedad Patriótica se lanzó con vehemente entusiasmo a una campaña proselitista tendiente al inmediato llamado a una Asamblea General que declarase la independencia. Pero el Triunvirato estaba muy lejos de semejante pretensión; ansiosos del tutelaje británico, los liberales preferían aparecer como vasallos de Fernando para que Inglaterra tuviera la facilidad de comerciar impunemente contra estos 'aliados' del imperio hispánico; por ello, ordenó la más estricta vigilancia de las actividades de la Sociedad Patriótica". Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 81.

23/Se había establecido para garantizar la presencia casi absoluta de la logia y la Sociedad Patriótica que los diputados fueran de la nación y no de las provincias, a las que ni siquiera necesitaban conocer para formalmente representar. Es más, como dice Ernesto Palacio, incluso la "burguesía comercial de la capital, de tanta influencia política, estaba ausente, así como numerosos grupos tradicionales del interior, también lo estaba la opinión localista de los territorios litorales". Palacio, ob. cit., p. 204.

El partido revolucionario con hegemonía agobiante era la logia y ésta estaba conducida por un joven coronel aristocrático que había nacido en cuna de oro y con veleidades de ser un Napoleón del Río de la Plata.

24/Palacio, ob. cit., p. 204.

25/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 93.

en 1812.

"En junio de 1812 había iniciado Francia la campaña contra Rusia, cuyo desastroso resultado obligó al emperador Napoleón i, a reorganizar sus fuerzas en la primavera de 1813. Gracias a ello obtuvo las victorias de Lutzan y Bautzen en mayo de ese año; mas para esta reestructuración, fue necesario retirar de España y Portugal muchos efectivos franceses. La situación fue bien aprovechada por Wellington, quien llevó adelante una enérgica ofensiva que culminó con la total derrota de los franceses en Vitoria (21 de junio de 1813). Fernando VII recién retornará al trono efectivo en marzo de 1814.

Pero el contexto americano de la Asamblea parece ser aún más favorable que el europeo. Recordemos que apenas a unos días de inauguradas las sesiones de la Asamblea, San Martín había logrado su triunfo en San Lorenzo. Y cuatro meses antes, Belgrano había obtenido el resonante triunfo de Tucumán y el 20 de febrero –sólo dos semanas después de San Lorenzo– sepultaría al ejército colonialista en la batalla de Salta. Unos meses antes también, establecido el segundo sitio de Montevideo, el 31 de diciembre de 1812 los patriotas lograron un rotundo triunfo en la batalla del Cerrito, tras la cual, la ciudad sitiada pudo sobrevivir sólo en la medida en que podía ser abastecida por el río. Como dice Pérez Amuchástegui, "Rondeau mantenía un sitio inoperante, pues el problema residía en el puerto y no en las afueras de la plaza"[26].

Sin embargo, y en definitiva, la Asamblea General, que se animó con resoluciones de incuestionable importancia –produciendo un corte con múltiples normas del pasado absolutista– no logró plasmar ninguno de sus dos objetivos principales: ni declaró la independencia ni aprobó una constitución.

Entre el 12 de agosto y el 6 de septiembre de 1813 desembarcaron en Montevideo importantes refuerzos llegados de la península (unos 2500 hombres con armas y pertrechos de guerra). Fue la mayor cantidad de tropas enviadas al Río de la Plata y si bien esto, desde la mirada mezquina del porteñismo liberal, no era visto como una catástrofe porque permitía opacar la figura en franco crecimiento de José Gervasio de Artigas, lo cierto es que no dejaba de ser un asentamiento de tropas colonialistas cruzando el río.

San Martín percibe, igual que otros, las implicancias de la abdicación del emperador francés, que dejaba las manos libres a España para ocuparse de sus colonias rebeldes. Gervasio Posadas, en carta al Libertador también da cuenta de esto: "El maldito Bonaparte la embarró al mejor tiempo: expiró su imperio, cosa que los venideros no creerán en la historia, y nos ha dejado en los cuernos del toro".

Mientras esto sucedía en la provincia oriental, el ejército auxiliar del norte conducido por Belgrano anunciaba un desastre de consecuencias imprevisibles, las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, a la que ya nos hemos referido. De no haber sido por la rebelión del Cusco y Cochabamba, se hubiera tratado verdaderamente de una catástrofe.

Ante la situación militar, San Martín, enviado al Ejército del Norte, logra ser designado a Cuyo. Carlos María de Alvear, en cambio, desde su hegemonía política se hace nombrar jefe de las fuerzas de la capital y su jurisdicción.

La situación de la revolución era francamente frágil, lo que hizo que se tomara la deci-

26/Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 20.

sión de concentrar el poder en un Director Supremo, designación que recayó en el triunviro Gervasio Antonio Posadas, tío de Alvear. Este "asumió sus funciones el 31 de enero de 1814. Una de las primeras medidas adoptadas por el director fue el castigo de Artigas por haber abandonado el sitio; el 14 de febrero declaró al caudillo oriental "infame, privado de sus empleos, fuera de la ley y enemigo de la Patria", debiendo ser perseguido como traidor "y muerto en caso de resistencia"; incluso, se premiaba con 6.000 pesos "al que entregue la persona de D. José Artigas vivo o muerto". En vez de buscar la simpatía del pueblo oriental, el director, prestando oídos al pusilánime porteñismo a ultranza –que ni ante el peligro descuidaba sus intereses comerciales– condenaba a su caudillo indiscutido y se echaba en contra la voluntad popular de aquella Banda"[27].

Al mismo tiempo que un gesto de fortaleza y afirmación en el proyecto del porteñismo, la centralización del poder en un director supremo implicaba un gesto de desesperación de la aristocracia porteña ante un poder que se le iba de las manos a la aristocracia porteña. También era una forma de ponerse en sintonía con la consolidación de las monarquías absolutas. No era tan complejo pensar en reemplazar al director supremo por un monarca. El regreso de Fernando VII al poder no haría sino reforzar esta idea de unidad como sinónimo de orden.

27/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 95.

CAPÍTULO XI
LA INQUEBRANTABLE VOLUNTAD DE BOLÍVAR

"Aunque la naturaleza se oponga lucharemos contra ellos y haremos que nos obedezcan"
////Simón Bolívar

1. La "campaña admirable" y los errores de los revolucionarios en el norte

Cuando Simón Bolívar salió derrotado rumbo a su primer exilio, terminó recalando en la cercana isla de Curazao, por entonces en poder de los ingleses. Bolívar y un puñado de patriotas exiliados de la derrota de la capitanía de Venezuela se dirigieron a Cartagena de Indias, por entonces la principal ciudad de la costa del caribe en Sudamérica que seguía en manos de los revolucionarios. Allí se pusieron a las órdenes del gobernador Miguel Rodríguez Torices, que estaba siendo bloqueado por las fuerzas realistas. Ante la carencia de cuadros, Bolívar fue inmediatamente nombrado coronel. Desde allí el futuro Libertador hizo su llamamiento a las armas conocido como "Manifiesto de Cartagena".

En Cartagena las fuerzas militares estaban conducidas por un aventurero francés de nombre Pedro Labatut[1], quien desde el comienzo tuvo sus diferencias con Bolívar. Digamos, con el historiador colombiano Liévano Aguirre, que Rodríguez Torices aceptó la inclusión de los venezolanos viendo en ellos militares experimentados y capaces de equilibrar la insoportable ambición de Labatut.

Frente a muchos contemporáneos, pero también muchos historiadores que se empecinan en presentar al proceso independentista como fragmentado en países que luchan individualmente por su propia libertad, la teoría y la práctica de Bolívar aparece siempre como una visión idealista o, en el peor de los casos, como una reacción oportunista que se aprovecha de las ansias de libertad de los otros. Bolívar era ante todo un americano y como tal actuaba, más allá de tener su corazón y su horizonte primero en la liberación de su propia tierra venezolana.

Partiendo de Cartagena con un puñado de valientes comienza su campaña Simón Bolívar. Esta va a ser la primera de una sucesión de victorias, en el año 1813, que son conocidas como la Campaña Admirable[2]. El libertador partió al frente de tan sólo un centenar de

1/Labatut había combatido en la revolución de Caracas, y luego de la derrota había pasado a Nueva Granada. Después de desavenencias con los patriotas de Cartagena, ofreció sus servicios a otros procesos revolucionarios para terminar combatiendo a las órdenes de Pedro I después de la declaración de la independencia del Brasil, donde finalmente terminó falleciendo con la ciudadanía brasileña y con el grado de Mariscal de Campo.

2/"La empresa no sólo era arriesgada por la inferioridad numérica de sus tropas frente a las que disponía el enemigo a todo lo largo del Magdalena, sino por entrañar gravísima desobediencia a las

hombres. Fue su primera gran campaña militar, y fue iniciada sobre el río Magdalena. En franca desobediencia de las instrucciones de Labatut, partió hacia su destino, y liberó sin necesidad de combatir, ayudado de una sublevación interna, la ciudad de Ocaña, sobre el mencionado río. Uno de los hitos fue la victoria en la ciudad de Pamplona. Fue liberando pueblos hasta llegar a Cúcuta. Entre Cúcuta y las fuerzas de Bolívar se extendía la cordillera Oriental, una estribación de los Andes que desciende hasta las proximidades del Caribe. Se trata de una jungla densa, intercalada por altiplanicies elevadas y yermas. Correa, el capitán realista, dio por sentado que esta era una barrera inexpugnable.

El 24 de enero, Bolívar hizo lo que nadie esperaba: se puso en marcha para cursar esas tierras deshabitadas y hostiles, dividiendo su pequeño ejército en dos columnas. Ahí, reveló no sólo una energía política, de la que ya había dado sobradas muestras, sino también su capacidad estratégica. El mismo se puso en ese terreno prácticamente imposible a tirar de los animales junto a sus soldados exhaustos. Así forzó el paso de sus tropas a través de la densa jungla por las tierras bajas, entre arbustos repletos de espinas y luego por pasos rocosos de cornisas estrechas. A las noches improvisados fogones servían para combatir el frío intenso que calaba los huesos. Cuando llegó al otro lado lo esperaba tan solo un destacamento español de un centenar de soldados que fueron fácilmente doblegados. Fue recién después que el ejército de Correa atacó a los patriotas pero resultó vencido con una audaz carga a bayoneta del coronel José Félix Ribas, primo de Simón. Los realistas huyeron despavoridos. Fue una victoria importante sobre tropas enemigas que tenían amplia superioridad numérica y armamentística. Este triunfo influyó decisivamente en la retirada del general realista Yáñez de la región de Casanare. El cruce de la cordillera fue una hazaña cumplida con asombrosa velocidad y entereza que permitió cultivar el mito del ejército libertador, capaz de realizar proezas sobrehumanas. En realidad se trataban de conducción, liderazgo férreo y capacidad estratégica, centradas en Simón Bolívar, que no se amedrentaba ante una naturaleza que parecía inexpugnable para sus enemigos.

El Libertador rápidamente comprendió el impacto que habría de tener en la política de Nueva Granada el buen inicio de su campaña. Entonces, rápidamente despachó a Ribas a través de los Andes hacia Santa Fe de Bogotá donde lo esperaba la relación con la república de Cundinamarca, en alianza fundamental con el Congreso de Tunja, al cual servía Bolívar. Bogotá estaba conducida en estas épocas por Antonio Nariño, antiguo discípulo de Miranda. Unos pocos hombres de Cundinamarca acudieron al llamado de Ribas en nombre de Bolívar. Sin embargo, Nariño tenía una mirada de corto vuelo del proceso emancipatorio y pensaba sólo en Cundinamarca, como si fuera posible sobrevivir aisladamente. No le importaba mucho el destino del resto de nuestra América. La mayoría de sus partidarios, al igual que los de la primera república venezolana, eran de las clases acomodadas. Y esto también había sido aprovechado por los realistas que reclutaron su fuerza entre mestizos, pardos, negros y campesinos blancos empobrecidos. Como en el caso de la antigua capitanía muchos abrigaban rencores contra los abusos de los criollos acaudalados, pero mayormente se habían alistado entre los realistas por la paga y por la posibilidad de saqueos.

órdenes superiores, que bien podía acarrearle las naturales sanciones, más graves si el éxito no le acompañaba en su peligrosa aventura". Liévano Aguirre, ob. cit., p. 83.

Desde Cúcuta, Bolívar hizo una tremenda campaña política de reclutamiento al mismo tiempo que adiestraba a sus improvisadas tropas en esas tierras mucho más apacibles que el camino que las había llevado hasta allí. La totalidad del ejército bolivariano no llegaba a esas alturas a pasar el millar.

Bolívar entró en Táchira en marzo de 1813. "Comenzó allí no sólo una guerra victoriosa sino una acción de todo tipo –la guerra es la continuación de la política por otros medios, según el dictamen de Clausewitz– durante la cual no sólo fue conductor principal de los ejércitos sino constructor de los fundamentos de varias nacionalidades", sostiene el venezolano Acosta Saignes[3].

Consideramos que la correcta interpretación del impacto de la lucha emprendida por el Libertador la plantea el colombiano Liévano Aguirre: "Bolívar inicia entonces la aplicación intuitiva de una estrategia que, por desusada entre realistas y patriotas, habría de causar profundo desconcierto a sus enemigos y facilitarle su rápido aniquilamiento. En virtud de la ausencia casi total de verdaderos jefes militares, capaces de comprender que la guerra de la independencia americana no podía conducirse a su éxito final hasta tanto se aniquilaran los núcleos de la causa realista en los sectores claves del continente, la contienda se había convertido en una sucesión de campañas parciales entre provincia y provincia. De esta manera se había estabilizado una situación de equilibrio, de mutua vigilancia, que hizo imposible toda actividad militar verdaderamente decisiva"[4].

Para imponer esa estrategia que necesariamente es continental Bolívar tiene que librar una sorda lucha política con los jefes revolucionarios, de mentalidad más provinciana que americana, que los impulsa a una táctica defensiva que les impide salir del círculo vicioso. El pensamiento defensivo hacía mirar con desconfianza a las otras fuerzas que libraban combates por la misma causa y contra el mismo enemigo. Este es el sentido que hay que encontrarle a las palabras del Libertador Bolívar: "La suerte de Nueva Granada está íntimamente ligada con la de Venezuela: si ésta continúa en cadenas, la primera las llevará también, porque la esclavitud es una gangrena que empieza por una parte y, si no se corta, se comunica al todo y perece el cuerpo entero".

En el marco de esta estrategia ofensiva es que Simón Bolívar, por primera vez, apuesta al principio de nacionalidad para la lucha contra los realistas. En esto se encuadra en la idea de los ejércitos nacionales con la leva en masa practicada con novedad en Europa por la Revolución Francesa y, con particular éxito, por el mismísimo Napoleón, a quien Bolívar había estudiado detenidamente de cerca y de lejos.

Los historiadores de la historia oficial de los países bolivarianos "han narrado la Campaña Admirable como si se hubiese tratado de triunfos logrados por un ejército maduro, estable, unitario. Bolívar y los jefes que lo acompañaba sufrieron desde las regiones andinas, las dificultades iniciales y previeron otras. No se trataba aquí de guiar un conjunto de veteranos con ardua preparación"[5]. Se trataba de un ejército militante que iba creciendo en la medida en que incorporaba a su causa a nuevos hombres dispuestos a dar la vida por la

3/Acosta Saignes, ob. cit., p. 93.

4/Liévano Aguirre, ob. cit., p. 85.

5/Acosta Saignes, ob. cit., p. 94.

causa de la libertad. Un ejército improvisado que aprendía de sí mismo y, sobre todo, de sus errores.

Bolívar había arrancado en Magdalena con menos de un centenar de hombres; en la frontera del territorio granadino con Venezuela tenía ya 300 y después de Cúcuta los había duplicado. Del otro lado de la frontera lo esperaba una fuerza que lo decuplicaba pero que se hallaba dispersa, desperdigada y mal comunicada. Bolívar hubo de forjar la fuerza combatiente en plena pelea. Para lograr ponerse en la conducción de las heterogéneas fuerzas que daban peleas contra los realistas creó la concepción general del Ejército Libertador, usando este concepto como una idea fuerza fundamentalmente política y que le permitía además ser el constructor de una estrategia más o menos unificada. Los otros jefes militares le reconocían, por lo menos en un principio, ser poco más que un primus inter pares. A lo largo del tiempo de existencia del Ejército Libertador estos jefes fueron: Santiago Mariño en oriente, José Antonio Páez en los Llanos, luego Sucre en Ecuador y el Alto Perú. Todos ellos fueron también construyendo y forjando sus propias tropas en el marco del concepto del Ejército Libertador y reconociendo la conducción de este movimiento nacional en armas en la persona del Libertador Simón Bolívar. Por eso es que este pudo trazar una estrategia compleja que lo llevó desde sucesiva y cruentamente recuperar el territorio ocupado por los realistas hasta dar finalmente una cohesión y coherencia, así como un horizonte político, al Ejército Libertador cuando se dirigió al sur a completar la obra de la independencia americana.

La guerra no sólo se llevaba a cabo con un ejército militante que iba creciendo con las luchas, sino que también se alimentaba en gran parte de las victorias y el usufructo de las regiones ocupadas, pero que, sin embargo, requería de un esfuerzo constante del lugar de origen. Así como San Martín demandaba permanentemente recursos de Buenos Aries a través de Pueyrredón, Bolívar escribía incesantemente a Nueva Granada pidiendo recursos hasta que alcanzara la provincia de Caracas "que es rica y la que puede subvenir a los gastos del ejército".

Desde allí y en contra nuevamente de lo que esperaban sus enemigos, no se detuvo a consolidar el territorio ganado con múltiples victorias parciales, sino que lanzó una nueva ofensiva que en cierta medida era romper una vez más con las ordenes originarias de Tunja. Así lo iban a manifestar sus enemigos, pero él creía firmemente que la mejor manera de asegurar el triunfo en Nueva Granada era asegurarlo también en la antigua capitanía de Venezuela; aquí su espíritu americano avanzaba sin contradicciones donde las miradas más mezquinas sólo venían esfuerzos desperdiciados.

En mayo de 1813, Bolívar llegó a la bonita ciudad de Mérida, a la que tomó sin resistencia. Había avanzado un trayecto importante hacia su objetivo que era recuperar Caracas. Ya para estas alturas el ejército de Bolívar había tomado una envergadura considerable. Estaba organizado en dos columnas: una vanguardia de más o menos 600 hombres y una retaguardia de casi 900.

La celeridad de la Campaña Admirable no se debió tanto a modernas formas de la guerra antecesoras de la guerra relámpago (blitzkrieg), sino a las necesidades económicas de un ejército que iba creciendo en hombres y necesidades. Y que había de dirigir como una punta de flecha hacia las tierras más ricas capaces de sustentarlo con sus múltiples recur-

sos. Ya cuando habían arribado a Barinas procedente de los Andes había podido acceder a la gran cantidad de ganados disponibles en esa zona. No sólo para alimento: también para crear una caballería, arma que habría de ser decisiva en la independencia de todos los territorios de la América meridional. Allí también Bolívar sentó los principios de la infantería libertadora con la creación del batallón Valerosos Cazadores. Hasta allí todo había sido recibir voluntarios, incorporar criollos de los ejércitos venidos y ejercitarlos apenas en marchas y en el uso de las precarias armas que poseía la fuerza.

A medida en que se iba adentrando en territorio venezolano dejaba de ser bien recibido por las ciudades y empezaban a aflorar viejas contradicciones del primer proceso de la independencia desarrollado casi en exclusividad por los mantuanos. Aunque Bolívar ya no era el mismo, el prejuicio instalado por los realistas lo acompañaba. El pueblo de Trujillo, ante el avance de las tropas revolucionarias, se escondió llevándose sus animales. Los reaccionarios azuzaban el odio de clase contra los mantuanos y este mecanismo les era, por el momento suficientemente efectivo. "El pueblo confiaba en España y en su rey para que lo defendiera de las depredaciones de los amos nacidos en suelo americano. Ignoraba que el sistema económico español era, de todos, el más explotador"[6].

2. La declaración de guerra a muerte

Las fuerzas del general realista Monteverde habían sembrado el terror por todas las regiones de la antigua capitanía. Temor tanto al regreso de los amos mantuanos como a la represalia realista contra quienes colaboraran con ellos. A esta técnica militar de dejar tierra arrasada y sembrar el terror, Bolívar responde brutalmente equiparándose con el terror de los opresores: "Nuestra venganza rivalizará con la ferocidad española. Nuestra buena voluntad se ha agotado al fin. Y, puesto que los opresores nos empujan a la lucha sin cuartel, desaparecerán de América, y nuestra tierra será purgada de los monstruos que la infestan. Nuestro odio será inexorable y nuestra guerra será a muerte".

La declaración de Trujillo, la llamada de la "guerra a muerte" que fue firmada el 15 de junio, terminaba con una advertencia muy dura: "Españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de Venezuela. Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables".

Los españoles exhibieron en Europa la declaración de guerra a muerte como prueba de la barbarie de los insurrectos americanos. La lucha por la libertad nacional era explicada al mundo por aquellos que defendían el régimen colonialista. Por la visión antagónica y agónica con que lo pone en el centro de la escena se horrorizan y desgarran las vestiduras muchos historiadores, como si la guerra por la independencia no fuera suficientemente terrible. El control por la violencia de los opresores no horroriza a los bienpensantes, la guerra a la que someten a los oprimidos para liberarse de sus cadenas, tampoco, pero decir que la guerra es nacional y a muerte parece ser un pecado que no están dispuestos a tolerar.

Mil veces peores fueron las resoluciones de los jefes españoles durante los años siguien-

6/Harvey, ob. cit., p. 130.

tes a 1813. Bastará recordar cómo en 1815 escribió el general realista Morales[7] al capitán general: "No han quedado ni reliquias de esta inicua raza de toda la Costa Firme (...) para extinguir esta canalla era necesario no dejar uno vivo y así es que en las últimas acciones habrán perdido de una y otra parte más de 12.000 hombres, pero afortunadamente todos los más son criollos y muy raro españoles".

También es cierto que Bolívar intentaba traer para su lado a españoles y canarios y no asesinarlos, porque por más que levantara la bandera de lo nacional para darle impulso a su fuerza, él hacía permanentemente exhortaciones a los peninsulares a cambiarse de bando. El Libertador entendía que esto era posible porque el proceso había comenzado como una guerra civil determinada por la política. Bolívar afirmaba además en sus proclamas que aquel español que se incorporase lo hacía en plano de igualdad con los americanos. Si la guerra a muerte fuera un principio parecido a un genocidio, tal como algunos esgrimen para ensuciar la figura del Libertador, esto no hubiese sido posible.

"Esta declaración era en parte una respuesta a los crímenes y la felonía de Monteverde y quienes lo acompañaron en el incumplimiento cruento de la capitulación que se firmó con Miranda. Pero era también un medio heroico de mostrar un lindero claro entre americanos, es decir, venezolanos y neogranadinos, en el caso, y los colonialistas"[8].

En el mismo sentido lo entiende Liévano Aguirre: "El deseo evidente de establecer una situación privilegiada para los americanos, aunque fueran enemigos, y una guerra sin cuartel contra los españoles, así fueran indiferentes, revela muy a las claras el propósito de Bolívar de crear una frontera definitiva entre España y América, en el cual se engendrar la conciencia americana frente a la Metrópoli"[9].

Lo que claramente estaba haciendo Bolívar era poner el nacionalismo en el centro de la escena. Él había comprendido los efectos del impulso nacional en lo bélico en su estadía en el viejo continente.

La cuestión nacional es el primer grado de conciencia que asume la revolución como condición de su victoria. El segundo será que no alcanza con que sea nacional sino que además debe ser popular pero ese grado de comprensión alcanzará Bolívar recién en su exilio en Jamaica y Haití.

Desde el comienzo de la Campaña Admirable Bolívar procura unificar en lo simbólico las luchas anticolonialistas con la idea del "Ejército Libertador". Así, con su entrada en Mérida fue proclamado Libertador, no en razón de su ego sino de su estrategia. Cuando comprendió la potencia de este reconocimiento, el 22 de junio en el cuartel general de Trujillo emitió el primer comunicado con el encabezamiento de "Ejército Libertador" haciendo extensivo a todos sus soldados el título que le habían otorgado, dotándolos de una mística indispensable para la lucha.

Cuando llega a Caracas firmaba las proclamas "Simón Bolívar, Brigadier de la Unión y General en Jefe del Ejército Libertador de Venezuela".

7/Informe de Pulido, en Acosta Saignes, ob. cit., p. 102.

8/Acosta Saignes, ob. cit., p. 102.

9/Liévano Aguirre, ob. cit., p. 96.

El 4 de agosto[10], cuando todavía no había pasado un año de la caída de la Primera República, Bolívar entra triunfalmente en Caracas ante la cobardía de Monteverde que, descorazonado por los triunfos patriotas, se refugia en la fortaleza de Puerto Cabello. La entrada a Caracas fue la coronación, el broche de oro de una de las campañas más rápidas y brillantes de la historia de la independencia. "En tres meses, un hombre de apenas treinta años, con poca experiencia bélica y ninguna en absoluto como general al mando, había orquestado una ofensiva agotadora río arriba hasta el territorio ocupado por el enemigo, creando una fuerza de más de 2.000 hombres casi de la nada y, después de recorrer 1.200 km, llevando a su ejército a través de montañas supuestamente infranqueables, había ganado seis batallas y puesto en fuga a cinco ejércitos distintos, para convertirse en el Libertador de su patria"[11].

Para su entrada triunfal en la capital de la antigua capitanía no usó su raído uniforme de combate sino uno azul y blanco con botones de oro, galones y charreteras. Y en vez de montar una mula como en las travesías andinas, montaba un brioso corcel blanco. El enorme despliegue, cuasi teatral, no era producto del ego del Libertador, sino de la comprensión política del efecto que causaba y, sobre todo, de que la causa principal de la lucha estaba radicada en esa cuestión política. No era una guerra racial de criollos contra españoles, como hemos refutado; si así hubiera sido este tipo de despliegues no habrían tenido sentido alguno.

Un oficial francés, antiguo miembro del estado mayor napoleónico, ahora convertido en un mercenario que luchaba del lado de los patriotas, hace una descripción de la fastuosidad del evento: "Las mujeres se acercaron para coronar al Libertador y cubrieron las calles por donde iba a pasar de flores, ramas de olivo y laurel. Los vítores de la muchedumbre se mezclaban con el tronar de las salvas de artillería, el tañido de las campanas de las iglesias y el estruendo de la música marcial".

Simón se alojó en la vieja casona familiar de Caracas, a cuyo balcón tuvo que asomarse varias veces para saludar a la multitud allí congregada. Y fue formalmente investido con

---

10/Ducodray Holstein, testigo presencial de los hechos sostiene: "La entrada de Bolívar a Caracas el 4 de agosto de 1813 fue tan brillante como gloriosa. Las mujeres venían a coronar a su libertador y cubrían las calles por donde debía pasar de montes de flores y de ramas de laurel y olivo. Las aclamaciones de millares de personas se mezclaban al estruendo de la artillería, a los repiques de las campanas y a los acordes de las músicas marciales. Se abrieron las prisiones, y las infortunadas víctimas de la libertad, con sus rostros pálidos y demacrados, parecían espectros que habían dejado las tumbas. Antes de la llegada de Bolívar se había preparado un carro regio y triunfal, semejante a aquellos de que se servían los cónsules romanos al regreso de una campaña gloriosa". En Liévano Aguirre, ob. cit., p. 99.

Y no se crea que este oficial francés era un partidario incondicional y acrítico del Libertador. En sus memorias también escribió: "Bolívar pagó tributo al temperamento nacional, y, como la mayor parte de sus compatriotas, perdió a menudo tiempos preciosos en las alcobas de sus numerosas queridas, se le acusaba también de haber permanecido algunas veces días enteros acostado en su hamaca, en medio de una multitud de aduladores".

11/Harvey, ob. cit., p. 136.

el título de Libertador, el cual consideraba "más glorioso y satisfactorio que el de todos los emperadores de la tierra".

En simultaneo con la campaña admirable de Bolívar, la isla de Margarita se había pronunciado por los revolucionarios y también Mariño alcanzó importantes triunfos sobre las tropas colonialistas en Oriente, arrebatándoles las plazas de Cumana y Barcelona.

El 22 de octubre de 1813 Bolívar creó la Orden de los Libertadores de Venezuela "para condecorar a los militares granadinos y venezolanos que la liberaron y a los que se hagan acreedores en la presente campaña a la misma condecoración". Bolívar comprendía perfectamente que la pelea era política y por lo tanto "Nunca dejó de estimular a los oficiales y soldados, tanto en ese año inicial de su vida militar como en los tiempos posteriores Trataba de compensar con alicientes morales las terribles privaciones a que se veían sometidos los ejércitos. Sus proclamas estaban destinadas a mantener el ánimo de los combatientes y a crear sentimientos patrióticos"[12].

Para fines de 1813, el control del puerto de la Gauira le permitirá a Bolívar el tráfico permanente con el Caribe, pero como los realistas controlaban gran parte del territorio no era fácil la exportación de productos hacia el exterior.

"Las actividades por la independencia nacional se desenvolvieron durante 1813 en dos regiones: el Occidente y Centro liberados por Bolívar, y el Oriente, libertado por Santiago Mariño. Este se había alistado en 1810 en las tropas organizadas para sostener los primeros intentos revolucionarios de Caracas del 19 de abril. Aunque sólo tenía entonces 22 años, la educación militar entre ingleses, debido a su ascendencia irlandesa, lo llevó a un cargo directivo en la región de Güiria. Su padre había poseído haciendas en el litoral de Paira y en 1810 hacia gestiones relativas a la herencia paterna, pues como muchos venezolanos huyó en 1812 a Trinidad. En compañía de los emigrados y de antillanos residentes allí por causas diversas, preparó una expedición para invadir Oriente. Entre los compañeros de planes tuvo Mariño a Juan Bautista Bideau, un mulato de nacionalidad francesa, empresario y navegante con conocimientos militares, quien en ya en 1812 había colaborado con Miranda"[13]. Este jefe militar de Oriente aceptaba la preeminencia de Bolívar, aunque tenía sus propias aspiraciones.

Mariño no sólo se ocupó de operaciones militares, sino que además y pese a su juventud se dedicó a gobernar, incluso a hacer relaciones exteriores. En enero de 1813 redactó, junto con Bideau, un manifiesto traducido al francés porque estaban ambos convencidos de que obtendrían la cooperación de los franceses, mientras crecían las tensiones en el Caribe con la Trinidad inglesa. Ellos, que habían partido desde allí, veían como las autoridades inglesas, siempre siguiendo la coyuntura e intereses europeos, perseguían ahora a algunos de los que habían colaborado con ellos en la expedición.

Bolívar, dueño de la capital, enfrentaba, sin embargo, enormes desafíos militares para terminar de controlar Tierra Firme. El grueso del ejército realista permanecía prácticamente intacto en la fortaleza militar de Puerto Cabello. La ciudad de Coro era otro de los reductos de los reaccionarios. Y además Bolívar carecía de una flota propia para bloquear

12/Acosta Saignes, ob. cit., p. 106.

13/*Ibid*., p. 121.

los puertos realistas que eran abastecidos desde el Caribe. Monteverde, desde Puerto Cabello y para ganar tiempo, envió a dos emisarios de paz. No se puede decir que carecía de astucia este jefe realista, pues sus enviados eran dos viejos conocidos de Simón, al marqués de la Casa de León y a don Francisco Iturbe, protector y amigo personal.

El Libertador Bolívar sufrió su primera derrota de la campaña en Barquisimeto, por una orden de retirada equivocada. Los grandes conductores no son infalibles y cada decisión, sea política o militar, tiene sus consecuencias. Sin embargo, la fortuna y la capacidad militar no abandonó al comandante de los patriotas, si bien "no pudo evitar que se reunieran la fuerzas de Yáñez y Ceballos, y, finalmente el 5 de diciembre, unos 4.800 patriotas entraron en combate contra 5.200 realistas en las Planicies de Apure. (...) Bolívar ya no era el intrépido cabecilla guerrillero sino un general en el campo de batalla, que dirigía a sus fuerzas desde una colina baja, como había visto hacer a Napoleón durante unas maniobras. La estudiada batalla duró todo un día, hasta que los realistas rompieron filas, dejando atrás 1.000 muertos y 700 prisioneros, además del armamento y las vituallas. Hasta ese momento fue la mayor victoria de Bolívar"[14].

Los españoles estaban lejos de ser derrotados y el nudo central de esta campaña libertadora se libraría en la región de los Llanos. "Antes de la llegada de los españoles, los Llanos estaban casi despoblados, apenas ocupados por un puñado de tribus feroces, que luchaban por la subsistencia. Cuando los españoles introdujeron caballos y ganado fueron creciendo enormes rebaños salvajes, que ofrecieron alguna posibilidad de alimentarse a hombres pobres y desesperados, muchos de ellos esclavos de amos ausentes. Los llaneros eran hombres muy rudos –como tenían que ser– y muy primitivos"[15].

Los llaneros reclutados por Boves llegaron casi a la cifra de 8.000 para esta época. Si tenemos en cuenta que en la capitanía había aproximadamente unos 200.000 blancos[16], de los cuales un grupo de familias se quedaba con casi toda la pertenencia de la tierra y eran quienes conducían la fuerza libertadora, frente a medio millón de negros y 200.000 indios que habían sido explotados por esas familias, no le faltan nunca a los hábiles jefes de la reacción reclutas motivados por las posibilidades de saqueos y un enriquecimiento veloz.

La dirección de la reconquista revolucionaria conducida una vez más por los mantuanos generó consecuencias. No fue difícil a los elementos realistas convencer a muchas de las clases subalternas de pelear contra aquellos que los habían explotado durante la

---

14/Harvey, ob. cit., p. 139.

15/*Ibid*., p. 140.

16/Liévano Aguirre hace el siguiente cuadro para explicar la disímil composición social de la capitanía de Venezuela y el virreinato de Nueva Granada:

/País/Blancos/Pardos libres/Indígenas/Esclavos/

Venezuela/200.000/431.000/207.000/60.000/

Colombia/887.000/140.000/313.000/70.000/

Y a partir de este cuadro explica: "La notoria minoría de la raza blanca en Venezuela la obligó, como sucede frecuentemente en tales casos, a encerrarse en un rígido concepto de casta para evitar el predominio de las razas de color, para luchar contra una absorción en la que, por ser una minoría, no podía defender con éxito sus características fundamentales". Liévano Aguirre, ob. cit., p. 80.

colonia. "Era la rebelión general de los esclavos, de los negros libres, de muchos pardos, con el concurso de los negros cimarrones de los cumples ¿?, de los grupos autónomos de los Llanos esparcidos por todo el territorio de Venezuela. Era alentados por los jefes realistas, especialmente por Boves"[17]. Los jefes colonialistas alentaban la sed de revancha de las clases oprimidas y le daban rienda suelta al saqueo a la muerte y al odio, dejándolos usufructuar los botines obtenidos después de tantas privaciones.

Particularmente Boves y su feroz, y cada vez más implacable, Legión Infernal que asolaba los Llanos se complementaba con Yáñez por el oeste. Este último había vuelto a ocupar Barinas, quemando la ciudad de unos 10.000 habitantes y ejecutando sin piedad a los 80 miembros de la guarnición que la custodiaba.

Los colonialistas que controlaban los principales puertos y el mar eran abastecidos por barco, mientras que los patriotas estaban librados a su propia suerte, obteniendo los recursos de exprimir las posibilidades del territorio. No recibían ninguna ayuda ni de los ingleses ni de los norteamericanos que patrullaban las costas sin meterse a fin de no disgustar al imperio español.

El momento decisivo llegó cuando el líder llanero Boves derrotó a Campo Elías en La Puerta, estratégico acceso a Caracas. El libertador ordenó a su primo Ribas que salvara Caracas, mientras se retiraba a atrincherarse en la finca familiar de San Mateo, esperando los refuerzos que llegarían al mando de Mariño. Las exiguas tropas del libertador eran 1.500 infantes y 600 jinetes, a las que acompañaban algunas piezas de artillería[18].

Si bien la región oriental resistió mejor el esfuerzo libertador, sobre todo en términos económicos, el general Mariño no logró organizar una ofensiva que lo hiciera confluir con el combate que libraba Bolívar desde Caracas, cada vez en mayores problemas.

"Bolívar se hallaba entonces situado en la aldea de San Mateo, entre el pueblo de la Victoria y el lago de Valencia, y allí había atrincherado un cuerpo de mil ochocientos hombres para cerrar a Boves el camino de la capital"[19]. Esperando dar batalla en sus tierras de San Mateo, Bolívar elegía un territorio que conocía como la palma de su mano. Un historiador inglés como Harvey ve allí que a Bolívar "le parecía estar luchando tanto por su herencia y fortuna como por su país". La historia misma de Bolívar y su desapego a los bienes materiales que puso, hasta el último centavo, al servicio de su causa, parecen desmentir ese tipo de afirmaciones. Los patriotas en América luchaban por algo mucho más importante que su propia heredad: era por la libertad de su Patria, algo que para un inglés, quizás le parezca escaso o un bien menor... Para los europeos hay una identidad entre patria y patrimonio y no es sólo etimológica. La patria en América, más que el patrimonio a heredar y la tierra de los padres, es un bien a conquistar y es la tierra en la que van a vivir los hijos.

Lo cierto es que el escenario elegido por Bolívar en las montañas que le eran familiares, era –además– adverso a Boves y sus llaneros acostumbrados a otro tipo de territorio.

"Mientras tanto las fuerzas de Bolívar rechazaban con éxito ataque tras ataque de los frenéticos jinetes y el alivio pareció estar al alcance de la mano cuando se supo que, al fin,

17/Acosta Saignes, ob. cit., p. 138.

18/Liévano Aguirre, ob. cit., p. 113.

19/Barros Arana, ob. cit., p. 346.

Mariño habían decidido acudir en ayuda de su compañero, el Libertador. Al frente de una fuerza de 3.500 hombres derrotó a Rosere en Los Pilones y se puso en camino hacia Villa del Cura para combinar sus fuerzas con las de Bolívar"[20]. Boves se retiró para interceptar a Mariño hacia Bocachica donde fue derrotado también por aquel.

A fines de marzo se encontraron en Bocachica, cerca de la entrada de los Llanos hacia los valles de Aragua, el Ejército Libertador de Oriente y las fuerzas colonialistas de Boves, el león de los Llanos, compuestas por 5000 hombres, paradójicamente, la mayoría de ellos llaneros nacidos en América y pertenecientes a los sectores más humildes de la población.

El triunfo fue para el bando patriota. En esta batalla fue decisivo el coraje de un grupo de negros que habían sido esclavos en Cumaná. No todos los sectores oprimidos estaban del lado realista. Ellos incendiaron la paja de la pradera y marcharon a través del humo, tal como lo hacían en las labores agrícolas de quema, y derrotaron a machetazos limpios a los contingentes realistas.

Bolívar, envalentonado por el triunfo, fue hasta Valencia para lograr el levantamiento de sitio de la ciudad. Los patriotas dieron a conocer, como era común después de cada batalla importante, una ambiciosa proclama en la que afirmaban haber derrotado definitivamente al ejército realista (la misma práctica de considerar cada victoria como determinante tenían los colonialistas).

Pero los realistas recompusieron sus fuerzas y se enfrentaron a los patriotas en la primera batalla de Carabobo (28 de mayo de 1814). 5000 hombres conducidos por Bolívar y Mariño contra 6000 realistas. Los patriotas obtuvieron un resonante triunfo, que no sólo fue simbólico sino material, porque un ejército con serias deficiencias de abastecimiento se hizo de cabalgaduras y numerosos ganados que pasaron a los exhaustos fondos de alimentación.

Después de esta victoria Bolívar mandó expediciones tanto hacia occidente como hacia los Llanos. Boves no se daba por vencido y después de Carabobo reorganizó nuevamente su ejército y puso en sitio la ciudad de La Puerta. Esta era un punto clave en el tránsito entre Aragua y los Llanos[21]. Allí derrotó a Bolívar, que terminó replegándose, ordenándole al comandante al frente de Valencia resistir todo lo posible esa plaza. La derrota del ejército patriota, esta vez sí que era muy dura.

El 15 de junio se libró la segunda batalla de La Puerta. Fue una segunda derrota contundente para los revolucionarios en corto tiempo. Los llaneros de Boves masacraron a las tropas patriotas. Bolívar, Mariño y Ribas se replegaron hacia Valencia con intención de organizar allí la defensa. Pero el Liberador comprendía que la suerte de esa segunda República ya estaba echada.

El mismo día de la batalla de La Puerta, mediados de junio de 1814, los patriotas estable-

---

20/Harvey, ob. cit., p. 145.

21/"A principios de junio (1814), Boves, cuyo ejército hacen subir los historiadores a ocho mil hombres, movió sus tropas con dirección a Caracas. Mariño se adelantó al sur con el propósito de cerrarle el paso, y fue a acamparse en el sitio denominado la Puerta. Allí se le reunió Bolívar, el 15 de junio, en el momento mismo en que avistaba a Boves con todo el grueso de sus propias. Los independientes, con sólo un tercio de las tropas que tenían los realistas, se batieron con todo denuedo; pero fueron completamente derrotados". Barros Arana, ob. cit., p. 347.

cieron la ley marcial obligando a todos los hombres en edad de combatir, excepto el clero, a presentarse en la plaza mayor de Caracas para ser asignados en el Ejército Libertador. Estas acciones de leva en masa, por cierto, no le ganaron simpatías a la causa revolucionaria.

El 9 de julio finalmente cayó Valencia. El general Morales formó una fuerza especial realista cuyo objetivo era ir a la caza del Libertador.

Después de la caída de Valencia unas 20.000 personas dejaron la capital, Caracas, aterrorizadas por el terror revanchista que intuían se venía sobre ellos. Fue así que partieron formando una improvisada columna en un éxodo buscando el mar para conservar la vida fuera de su ciudad de origen. No fue un éxodo, organizado y planificado, sino todo lo contrario. Un contingente desorganizado de miles de personas protegidas por un ejército derrotado de apenas mil doscientos soldados abandonaron la ciudad en la mañana del 7 de julio y esa misma tarde la ciudad fue ocupada por las fuerzas realistas proclamando "degüello general".

"El "Éxodo caraqueño", como la "redota" de Artigas y el "Éxodo jujeño" dispuesto por Belgrano, recuerdan la táctica de los rusos que, poco antes, habían permitido el avance napoleónico hasta que la extensa estepa y el crudo invierno se convirtieron en una trampa mortal. Bolívar dispuso medidas en la capital, como montar defensas en puntos estratégicos y sostener una "vigilancia activa", aunque tenía conciencia de que sus fuerzas no eran suficientes para frenar al enemigo"[22]. Es cierto lo que dice De Titto, aunque en este caso se pareció más a una fuga desesperada que a una táctica de combate. El dejar tierra arrasada para minar el avance del enemigo era practicado tanto por uno como por otro bando. "Otros jefes españoles simplemente ordenaban las destrucción de las cosechas por la cuales no tienen ellos interés o a las cuales no podían aprovechar para su beneficio. Aun el añil y azúcar que no podían llevar lo arrojaban al río. Lo cual demuestra la intención de inutilizar sólo cuanto podía ser provechoso para los patriotas. No se trataba de destruir sin objeto como decía el informante sino de una finalidad precisa: evitar el aprovechamiento de los productos por el Ejército Libertador"[23].

Ante la persecución del ejército contrarrevolucionario, Bolívar juntó fuerzas pero unos 3000 combatientes patriotas reunidos en Aragua fueron derrotados por una fuerza de 8000 soldados de Morales.

Con esta pluma precisa, describe ese momento trágico, el historiador Liévano Aguirre: "Rodeado de gentes desventuradas, en cuyas miradas parecían reflejarse mudos reproches; seguido por las hordas de Morales, que destacada en su persecución se precipitaban por las noches, como aves de rapiña, sobre aquel conglomerado de seres indefensos, y asistiendo a la insubordinación de sus propios oficiales, muchos de los cuales ya no respetaban al jefe vencido, Bolívar necesitó de todo el temple de su alma para no flaquear en horas tan amargas, cuando sólo oía el estruendo de la fusilería, los gritos de muerte y el terrible galopar de las avanzadas de los jinetes enemigos"[24].

Bolívar se retiró hacia el puerto de Cumaná con la columna de exiliados que, a esa

22/De Titto, ob. cit., p. 29.

23/Acosta Saignes, ob. cit., p. 84.

24/Liévano Aguirre, ob. cit., p. 117.

altura, había sido diezmada a un poco más de la mitad. En Cumaná estaba la flota que los iba a poner a salvo. Al llegar Bolívar con su andrajoso acompañamiento, Bianchi, un aventurero italiano que comandaba la flotilla, se hizo al mar con el tesoro. Bolívar y Mariño salieron a perseguirlo en un velero y pudieron alcanzarlo en la isla Margarita. Mientras tanto, la muchedumbre enfurecida en la playa pensaba que se habían fugado ellos con el tesoro. Cuando volvieron los máximos conductores de las fuerzas patriotas fueron arrestados por los suyos[25]. Bolívar temió que le ocurriera lo mismo que él había hecho con Miranda. Pero Bianchi, agradecido con que le habían pagado sus servicios, amenazó con bombardear el puerto si no los liberaban. Los dejaron en libertad con la condición que abandonaran Venezuela. Obligados por las circunstancias, Mariño y Bolívar embarcaron para la casi inexpugnable la isla de Margarita, último refugio seguro de los patriotas.

El jefe de la Legión Infernal atacó Cumaná con 2.000 hombres en octubre de 1814 y la tomó dando rienda suelta al saqueo, tal como lo había hecho en otras ciudades. Las fuerzas patrióticas conducidas por los hombres que habían echado a Bolívar (su primo Ribas, Piar y Bermúdez) se retiraron con el objetivo de construir una resistencia. Finalmente presentaron batalla en Urica, el 5 de diciembre. Esta batalla habría sido una más, una derrota de los patriotas sin trascendencia alguna, si no hubiera definido en gran medida el futuro de la guerra revolucionaria al privar a la reacción de uno de sus mejores conductores militares, aunque estuviera poseído por el lado oscuro de la fuerza. Es que en esa batalla murió José Tomas Rodríguez Boves y de la Iglesia. "Hay varias versiones acerca de su muerte. Para algunos, lo mató un simple soldado patriota; para otros, pereció ante la lanza del jefe llanero Zaraza; para el historiador Yanes, fue el propio Morales quien ultimó a Boves herido de lanza (...) Morales se hallaba altamente resentido de Boves y aspiraba al mando exclusivo del ejército"[26].

Después de la batalla de Urica, hacia fines de 1814, prácticamente no quedaba resistencia patriota alguna en Tierra Firme, salvo en la costa oriental en Güiria, el pueblo del que había arrancado Mariño su periplo libertador. Soro y la Güiria fueron arrasadoss en enero y febrero de 1815. En este último, con sus 3000 hombres masacró, los 300 valientes que lo enfrentaron comandados por Bermúdez y Bideau, el mulato francés que había compartido la dirección original con Mariño.

Bideau en noviembre y ante la inminencia de la invasión realista, había pedido asilo para las familias de la Güiria al gobernador británico de Trinidad, Woodford. Este le dio la espalda una vez más, alegando cuestiones de política internacional.

El 20 de septiembre de 1814 Simón Bolívar volvió a Cartagena de donde había partido su Campaña Admirable. Allí tenía amigos pero también enemigos como el coronel Castillo que logró que el congreso lo censurara por "el imprudente y bárbaro proyecto de la guerra a muerte". En Nueva Granada la composición social era bastante diferente a la

25/"En Cumana se produjeron graves discusiones. Se cumplía el principio de que la derrota engendra la anarquía entre los vencidos. Diversos oficiales deseaban deponer a Mariño del mando del ejército y colocar en su lugar a Ribas, con Piar, quien se hallaba en Margarita, como segundo". Acosta Saignes, ob. cit., p. 147.

26/Acosta Saignes, ob. cit., p. 151.

de la antigua capitanía de Venezuela. Allí 900.000 blancos superaban cómodamente a 300.000 hombres y mujeres de los pueblos originarios y unos 70.000 esclavos negros. El revanchismo incitado por los jefes realistas no tenía allí base social suficiente para fructificar, pero su ejemplo alineaba fuerzas del lado patriota.

No todos eran enemigos del Libertador en Cartagena. Camilo Torres, presidente de la asamblea[27] de Tunja, levantó la figura de Bolívar comprendiendo que era el único general en condiciones de darle pelea a los realistas y se refirió a él con palabras más que elogiosas "General, mientras su espada exista, su país no habrá muerto. Con ella volverá usted a rescatarlo del dominio de su opresor".

Con la caída de Nariño en la campaña de Pasto, se había encaramado en el poder un tal Álvarez que se proclamó dictador y enemigo de Tunja. Esta república le pidió a Bolívar que lo sometiera y rápidamente la improvisada fuerza a su mando venció a los insurrectos. Así, a fines de diciembre de 1814, Bolívar estaba en la ciudad que Alexander von Humboldt había llamado la Atenas de América. El congreso de Tunja se trasladó entonces hacia la antigua capital del virreinato. Excepto Pasto y Santa Marta, que eran focos realistas, el resto de Nueva Granada estaba en poder de los patriotas. Bolívar había tenido que tomar parte de esa guerra civil como precio para obtener los recursos necesarios a fin de reiniciar la lucha contra las fuerzas colonialistas.

Pero estas batallas, también hicieron recuperar la confianza del Libertador. Un hombre con una capacidad enorme de reponerse de las adversidades y mirar la compleja realidad con optimismo. "Un hombre a quien ningún revés del destino, por grave que fuera, apartaba de su causa. Su propósito era demostrar hasta dónde llegaban sus fuerzas. Su mayor flaqueza, el convencimiento de ser el único hombre capaz de hacer la tarea"[28]; esto que con agudeza observa Harvey en realidad es una característica propia de los conductores del movimiento nacional, el convencimiento de un destino que los trasciende, sin el cual no hubiesen podido hacer lo que fueron haciendo.

La república envía al general Bolívar a Cartagena con el objetivo de preparar allí una fuerza para doblegar a los realistas de Santa Marta. Mientras iba de camino con un improvisado ejército sus propias tropas mataron a dos docenas de españoles que tenían prisioneros, incluido un sacerdote capuchino. Esta fue la excusa para que su antiguo enemigo, el coronel Castillo, persiguiera a sus hombres en Cartagena. Ante la posibilidad de un enfrentamiento interno, Camilo Torres ratificó la conducción del ejército en manos de

---

27/En su discurso ante los congresistas Bolívar los impresionó no sólo por su oratoria sino también por su capacidad para marcar el rumbo estratégico: "México, Venezuela, Nueva Granada, Quito, Chile, Buenos Aires y el Perú presentan heroicos espectáculos de triunfos; por todas partes corre en el Nuevo Mundo la sangre de sus hijos y ahora sí por la libertad, único objetivo digno de sacrificio de la vida de los hombres. Por la libertad, digo, está erizada de armas la tierra, que poco ha sufrido el reposo de los esclavos". Con estas palabras convenció Simón a los congresistas neogranadinos en favor de los sus propósitos de liberación americana como conjunto, que abrazaron esta bandera en contraposición a los hombres de Santa Fe de Bogotá que seguían en la mirada autonomista y se negaban siquiera a tomar parte de la confederación granadina.

28/Harvey, ob. cit., p. 152.

Bolívar pero al mismo tiempo ascendió a brigadier a Castillo. No obstante, este atacó las fuerzas del venezolano y envenenó el agua, para hacer mella en su tropa. Finalmente se encerró en la ciudadela amurallada con muros de 15 metros de grosor y 9 de altura, jalonada de poderosos cañones, preparada para resistir el ataque de piratas del Caribe y de las fuerzas de las potencias enemigas como Inglaterra y Francia. Poco y nada podía hacer Simón con su ejército neogranadino improvisado.

Cuando las luchas internas amenazaban con instalarse en territorio de Nueva Granada, se supo la noticia de que Fernando VII, devuelto al trono y apoyándose políticamente en los sectores absolutistas y reaccionarios de la península, había decidido enviar una fuerza de veteranos de la guerra contra los franceses para restaurar sus dominios coloniales.

Las fuerzas colonialistas, que en un principio parecían estar destinadas al Río de la Plata, finalmente recalaron en el norte de nuestra América del Sur.

Al saber la noticia, Bolívar tomó la decisión de abandonar la lucha contra Castillo: "Si me quedo aquí, Nueva Granada se dividirá en partidos y la guerra doméstica sería eterna. Retirándome, no habrá más partido que el de la patria y por ser uno siempre será el mejor". Era una actitud sensata. Bolívar puso proa rumbo a Jamaica. Era el 9 de marzo de 1815.

CAPÍTULO XII
EL AUTONOMISMO DEL PARAGUAY DEL DOCTOR FRANCIA

"Lo que resistían los pueblos no era la libertad, era el despotismo que se les daba junto con la libertad; lo que ellos querían era la libertad sin despotismo: ser libres de España y libres de Buenos Aires. Artigas y Francia así lo decían"

///Juan Bautista Alberdi

1. Francia en el poder del Paraguay

Gaspar Rodríguez de Francia y Velasco, fue –como hemos visto– la figura principal de la revolución en Paraguay. Nacido el 6 de enero de 1766 en una familia acomodada de Asunción, hizo sus primeros estudios en el colegio de San Carlos, dirigido por los franciscanos y los terminó en el colegio Monserrat, en la ciudad de Córdoba. Fue, luego, alumno de la Universidad de Córdoba, graduándose en 1785 como licenciado en Filosofía y doctor en Teología. Mientras estuvo en la universidad (originalmente jesuita pero entonces dirigida por franciscanos tras la expulsión de aquellos), no sólo estudió a filósofos y teólogos tradicionales, desde santo Tomás hasta Suárez, Vitoria y Mariana, sino que también se familiarizó con las corrientes ideológicas revolucionarias europeas, como todos los estudiantes de su época, mayormente a través de los pensadores liberales españoles.

Después de la primera época de la revolución que depuso a los absolutistas y que al mismo tiempo marcó el autonomismo frente a las pretensiones centralistas de Buenos Aires, el Dr. Francia se retiró de los puestos de poder por un tiempo, pero no de la política. Desde la estancia donde fijó su residencia comenzó una campaña para ampliar su base popular, que se prolongó hasta noviembre de 1812. Numerosos hombres del pueblo paraguayo, desde los más encumbrados hasta los más humildes, fueron invitados a conversar de política con él en su estancia de Ibyray, que terminó por ser el lugar en que se debatía la naturaleza y el curso del nuevo gobierno autónomo.

Paraguay convocó a un congreso, igual práctica a la desarrollada en otras partes de nuestra América. Aunque la particularidad de este era las instrucciones de la junta de Asunción enfatizaban que los diputados debían ser elegidos por elecciones populares y libres, por todos, o la mayoría de sus respectivos habitantes. Esto hizo que todos los hombres mayores de veintitrés, sin distinción de calificaciones en cuanto a bienes o alfabetización, debían votar en las elecciones. Paraguay se constituyó así en la región con mayor grado de democracia real de toda América (incluimos en esto a la del Norte, por supuesto). A principios de septiembre de 1812, los delegados comenzaron a arribar a Asunción, para participar en lo que sería el primer congreso verdaderamente popular de América Latina.

Durante estas semanas previas, los representantes –no todos comerciantes, hacendados y doctores, como en otros lugares, sino también pequeños agricultores, peones de

estancia, recolectores de yerba, navegantes, obrajeros, almaceneros de pueblo, e incluso hombres de los pueblos originarios– Todos y de todas las condiciones tenían oportunidad de conversar con la figura política más importante del Paraguay, Gaspar Rodríguez de Francia, conocido como "el Doctor". Francia "se presentaba personal y familiarmente para conocer al más humilde diputado que hubiera llegado a la ciudad"[1].

Como bien dice Salvador Cabral, "Francia, que tenía perfecta conciencia de su popularidad, estaba encarnando simultáneamente la revolución nacional y la revolución democrática. Fue él quien hizo de la soberanía popular una cuestión previa y fundamental y una materia indisoluble con la independencia nacional"[2].

El 12 de octubre de 1813, el congreso ratificó oficialmente "el plan de gobierno" y la independencia del Paraguay, estableciendo la forma de gobierno republicana y resolvió que los congresos soberanos con representación popular debían reunirse anualmente en el mes de mayo, con un número de 253 diputados. Era, por lo menos en su presentación, la primera verdadera democracia de masas en América. Sin embargo, esta no se efectivizó realmente en el tiempo. "Con la solidificación de poderosas coaliciones políticas, estas tentativas iniciales de democracia criolla invirtieron su tendencia, dando lugar a una concentración de poder en las manos de los más capaces para imponer su voluntad. Buenos Aires ejemplifica esta tendencia entre los gobiernos criollos emergentes; comenzando con la Junta Grande de treinta miembros, los porteños pronto establecieron un triunvirato que fue reemplazado por el Poder Ejecutivo, una virtual dictadura. Un proceso similar tuvo lugar en el Paraguay, donde la junta criolla original de cinco hombres fue disminuida a un triunvirato para la fecha en que el congreso de 1813 creó el Consulado que, a su vez, duró sólo un año antes de ceder su lugar a un jefe de estado único"[3].

Pero la diferencia del gobierno de Francia respecto del resto de los procesos revolucionarios sudamericanos fue que éste, lejos de colocar como administradores del gobierno a las clases dominantes (escasas por cierto) de los tiempos de la colonia[4], o a los universitarios radicales que prevalecieron en otros lados, seleccionó los cuadros administrativos del gobierno republicano entre el pueblo paraguayo. Oficiales de ejército, funcionarios e inclusive jueces provienen no sólo, ni predominantemente de las elites, sino de sectores populares relacionados directamente con el doctor Francia, lo cual transformó totalmente la política paraguaya.

Richard White, en su excelente trabajo La primera revolución popular en América se anima a decir que "en los años siguientes, estas medidas, junto con la ley de herencia del Estado y las olas sistemáticas de 'contribuciones' forzosas, lograron destruir por completo

---

1/White, ob. cit., p. 84.

2/Cabral, ob. cit., p. 53.

3/White, ob. cit., p. 89.

4/"El período del Consulado fue una etapa de transición hacia el definitivo fortalecimiento de Francia. Este gobierno, a fin de disminuir la tradicional importancia política y económica de los españoles peninsulares y de irritar a los porteños, dispuso la expulsión de casi doscientas personas de este grupo social hacia Corrientes". De Titto, ob. cit., p. 75.

la clase superior española tradicional"[5].

Si tuviéramos que comparar esa democracia orgánica pero plebeya, construida sobre la base de las mayorías, sólo podemos hacerlo con la organización muy similar que había logrado crear José Artigas. Una democracia de congresos populares que no se subordinaba a las políticas e intrigas palaciegas (aunque sin palacio) que predominaban en Buenos Aires y otras ciudades importantes de nuestra América. La clave de esta democracia criolla estaba en una ampliación revolucionaria de la participación política de las personas. De esta forma, tanto Francia como Artigas redefinen el concepto de pueblo existente en esa época. Ya no estará más restringido a los "vecinos" o "gente decente"; la soberanía será ejercida no solo por las clases propietarias, se convertirá en una cuestión de todos.

2. La ínsula paraguaya

El cambio fue sustancial: la completa representación de los territorios considerados propios que permitía la integración, la confluencia de intereses sociales y económicos dispersos, nos permite hablar de un verdadero movimiento nacional. Su estrategia consistía en aislarse de las luchas ya abiertas en el resto del Río de la Plata, incluso de aquellas que se libraban contra el colonialismo. Por eso tempranamente, se abandonará para siempre el término "provincia" y se adoptara como identidad el de "República del Paraguay".

El caudillo paraguayo mantuvo pacientemente y más allá de las afinidades con alguno de los partidos que pujaban en el ex virreinato una neutralidad a rajatabla. "A medida que la lucha entre unitarios y federales se intensificaba en el Río de la Plata, Francia prosiguió sin vacilaciones su política de no intervención en los asuntos de las naciones vecinas. Para 1814, José Artigas, en virtud de sus crecientes victorias contra el centralismo porteño, se había convertido en defensor de la causa federal en el Río de la Plata. En busca de aliados, trató de convencer a Francia de que el Paraguay debía unirse a él en la lucha armada contra su enemigo común. Al fracasar en persuadir al cónsul principal, trató de convencer a Yegros, quien había demostrado con anterioridad su simpatía por los federales. A pesar de que ninguno de los cónsules respondió estas misivas afirmativamente, dejaron la cuestión en suspenso al comprender que Artigas gozaba de amplia simpatía entre los elementos federalistas del ejército paraguayo"[6].

"Ya hemos visto que los diputados orientales –casi en simultáneo– eran rechazados por la Asamblea: en enero de 1814 José Artigas escribió a Vicente Antonio Matiauda, el lugarteniente de Fulgencio Yegros y su sucesor en la delegación de Misiones, invitándolo a unir sus fuerzas contra las tropas porteñas que se dirigían hacia las Misiones. Artigas quería formalizar con Yegros una alianza contra Buenos Aires, pero Francia prefirió mantenerse al margen y adoptar una política de no intervención. Matiauda, que se había entusiasmado con la idea, terminó por incorporarse al artiguismo sublevado, sumando sus fuerzas a las de Andresito, el jefe guaraní de las Misiones. Fue en ese marco de rebelión autonomista que el director supremo Posadas declaró a Artigas 'infame, privado de sus empleos, fuera de la Ley y enemigo de la Patria' y por decreto del 11 de febrero de 1814 puso precio a su

5/White, ob. cit., p. 93.

6/*Ibid*., p. 95.

cabeza y prometió fusilar en veinticuatro horas a los que le prestaran ayuda"[7].

En las décadas siguientes, la política paraguaya de neutralidad impulsada por Francia fue inflexible. Esto mantuvo a Paraguay al margen de los descalabros políticos y económicos que provoca la guerra, pero al mismo tiempo aislado de las luchas por la emancipación y de las contradicciones internas entre los partidarios de pequeñas repúblicas relacionadas con la potencia emergente y el "partido americano" como llamaban tanto San Martín como Bolívar a su gesta independentista. De hecho, el Paraguay de Francia jugaba funcionalmente para la tendencia de la disgregación aun cuando no fuera en relación con Inglaterra, con el comercio exterior, del que se hallaba privado por las políticas porteñas.

Con todo, como dice el político e historiador misionero Salvador Cabral: "Queda bien claro que Francia tenía perfecta conciencia de que una de las causas de la paz paraguaya era el resultado objetivo de las guerras de los Pueblos Libres contra porteños y portugueses"[8].

El 30 de octubre de 1814 se reunió el segundo congreso paraguayo. Al igual que el congreso anterior, estaba compuesto por más de mil delegados elegidos en proporción a la distribución rural de la población paraguaya. Según White, "tres cuartos de ellos los delegados eran hombres pobres"[9].

"Francia logró vencer resistencias internas y en un nuevo congreso consolidó su poder. En efecto, a principios de octubre de 1814, la capital paraguaya se vio 'copada' por cientos de campesinos, pequeños hacendados, administradores y jefes políticos del interior que, en calidad de ciudadanos-diputados, llegaban de todos los rincones del interior para asistir a la asamblea"[10]. Era una demostración de fuerza contundente para la escuálida elite de Asunción. Fue en ese segundo congreso donde mutó definitivamente la estructura del gobierno, hasta ese momento ejercido por dos cónsules (Yegros y Francia) para concentrar el poder de jefe de Estado con el título de Dictador en Gaspar Rodríguez de Francia[11]. Inicialmente tenía un mandato fijado en 5 años, lo cual nos habla de la relatividad de esa "dictadura", que no es más que un nombre tomado de los romanos y no una dictadura militar como las que asolaron nuestra América en los siglos XIX y XX. Esta distinción es a menudo soslayada por los historiadores liberales interesados en denostar al gobierno popular del doctor Francia.

Artigas, comprendiendo la importancia de sumar a la provincia de Paraguay procuró por todos los medios unirla a su lucha contra los porteños por la hegemonía en el Río de la Plata. Ante la negativa sistemática de Francia (ya en el poder total de Asunción) de unirse a estas luchas en las que se jugaba el destino del proyecto popular, intentó hacerlo conspirando contra él. El protector de los pueblos libres se carteaba con Manuel Cavañas, héroe de Tacuarí, urgiéndole a él y a Fulgencio Yegros a movilizar sus seguidores y generar una

7/De Titto, ob. cit., p. 76.

8/Cabral, ob. cit., p. 55.

9/White, ob. cit., p. 98.

10/De Titto, ob. cit., p. 76.

11/De acuerdo a la descripción de testigo visual de John Parish Robertson, "el insensato populacho celebró con alegría y música y reuniones festivas esa noche, la decisión del congreso". En White, ob. cit., p.101.

revolución contra Francia que terminara alineando a Paraguay con la liga artiguista de los Pueblos Libres.

El general Artigas, además, ordenó a sus tropas ocupar Candelaria, la capital de las Misiones. A fines de julio de 1815, en la cima de su poder –habiendo tomado el control de La Bajada (puerto de Entre Ríos actual Paraná) y Corrientes– el caudillo federal clausuró el río para paraguayos y porteños. La tensión estaba en su punto límite, pero prevaleció para los paraguayos la política de no intervención establecida por Francia.

CAPÍTULO XIII
DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA A LA REVOLUCIÓN NACIONAL

"Amo lo americano (...) Busco asegurar la libertad del pueblo americano. Y que la América del Sur no forme sino una sola gran familia"
Juan José Castelli
"La libertad de América forma mi sistema y plantarlo, mi único anhelo"
José Gervasio Artigas

1. De la bandera de Fernando "el deseado" al regreso de Fernando "el indeseable"

Si la fórmula de lealtad a Fernando VII fue la bandera de la guerra civil a ambos lados del Atlántico de los sectores revolucionarios y piedra de conciliación con los sectores de la restauración o más conservadores del movimiento, si ese punto de acuerdo también sirvió como equilibrio del diálogo con los ingleses (como potencia mundial emergente que podía darle espalda al proceso, pero al mismo tiempo aliada de los españoles contra los franceses), el retorno del propio Fernando VII al trono de la península fue la alteración definitiva de todos estos equilibrios.

En 1813 llega, casi simultáneamente a toda América meridional, la noticia de la huida de José Bonaparte de Madrid y la ofensiva de las tropas leales a Fernando. La recuperación del trono y la victoria nacional española frente a los franceses era inminente.

En abril de 1814 París es ocupada por sus enemigos y Napoleón es sometido a firmar el Tratado de Fontainebleau, donde renuncia a sus derechos sobre Francia e Italia para él y para su familia a cambio de ser traslado a la isla de Elba –cerca de la costa italiana–, donde transitaría su primer exilio. La victoria sobre el ejército napoleónico envalentonó a los absolutistas europeos, que convocaron al Congreso de Viena[1], siendo éste el marco político en el viejo continente en el cual reasume Fernando VII el trono de España.

El autor italiano Loris Zanatta divide el proceso emancipatorio en dos etapas tomando como punto de inflexión el hecho transcendente de la recuperación de la corona por Fernando VII. "La primera fase del proceso de independencia, que se prolongó hasta la restauración sobre el trono de España de Fernando VII en 1814, suele ser llamada 'autonomista',

1/El Congreso de Viena había comenzado a funcionar el 16 de septiembre de 1814, con hegemonía casi absoluta de las posiciones de restauración monárquica o legitimismo. Sólo el duque de Wellington, representante británico y más preocupado por la libertad de comercio que por formas de gobierno, defiende indirectamente los intereses de las revoluciones americanas. España participa de este congreso con la ardiente esperanza que las fuerzas reaccionarias europeas le presten el apoyo necesario para la reconquista de sus antiguas colonias.

dado que la autonomía –y no la independencia– era, en la mayor parte de los casos, el horizonte de las elites criollas que por primera vez en América asumieron el poder en primera persona, en lo que, sin embargo, se configuraba ya como una revolución política"[2].

Sin embargo, esta división de etapas no es tan taxativa. Incluso antes del regreso del rey Fernando, los revolucionarios americanos venían sufriendo en carne propia el hecho de que el cambio constitucional producido en España no significaba necesariamente el cambio de la condición de subordinación en la que los hombres de la península pensaban a América. "Tanto la Suprema Junta Central como la Regencia intentaron mantener la políticas centralistas de los borbones, y así perdieron la oportunidad de poner la situación en orden, de acuerdo con las quejas de los criollos relacionadas con el tradicional regionalismo hispánico"[3] dice Carlos Stoezer, pero lo que no dice es que el carácter colonial, de subordinación a una metrópoli, era lo determinante. Y lo que en la península era un autonomismo (en algunos casos mucho más que eso) en América fácilmente devino en una cuestión nacional, a partir de la certeza de que ni aun en un proceso de crisis la igualdad se hace posible en el seno de un imperio.

En la propia península ibérica, y en alguna medida favorecida por los condicionamientos políticos generales de la restauración absolutista europea, pero también por convicciones propias, el regreso de Fernando VII al trono de España en los primeros meses de 1814, fue un resurgimiento del absolutismo. El monarca español se transformó rápidamente, para los sectores liberales y progresistas, de "el deseado"[4] en "el indeseable". En efecto, el rey regresado, no solo adscribió al sistema de relaciones del Congreso de Viena de 1815, sino que además abolió[5] la Constitución liberal de Cádiz de 1812 y gobernó apoyándose en los partidarios del absolutismo español. "Fernando VII prefirió volver al despotismo ilustrado de los borbones y declaró todas las medidas y leyes del gobierno constitucional nulas y sin valor"[6]. Esto traicionó las expectativas de los liberales de España[7], pero también

---

2/Zanatta, ob. cit., p. 40.

3/Stoezer, ob. cit., p. 27.

4/"Le decían 'El Deseado', pero no por su capacidad de seducción con las mujeres –sí que tuvo cuatro matrimonios– sino porque durante mucho tiempo gozó del aprecio y la consideración de su pueblo, que anhelaba su retorno al trono como coronación de la real independencia española. Su condición de prisionero de Napoleón generó alrededor de su figura el mito de una víctima inocente de la tiranía francesa y así nació 'El Deseado'". De Titto, ob. cit., p. 93.

5/El 4 de mayo de 1814, Fernando VII promulgó un decreto por el cual declaró nula y sin efecto toda la obra de las Cortes de Cádiz y reinstaló la monarquía absoluta, rechazando de plano la monarquía parlamentaria que había establecido la Constitucion de 1812.

6/Stoezer, ob. cit., p. 121.

7/"Fernando entró triunfal en Madrid (...) precedido [de]una brutal represión en la capital: se arrestó a los diputados del año 12, se detuvo también a los miembros de la Regencia, los ministros y sus partidarios y el 11 de mayo se dispuso la disolución de las Cortes: el rey reasumió el poder dando un verdadero golpe de Estado. Su retorno abrió un período despótico que se extenderá hasta 1820: Fernando organizó una verdadera caza de brujas de liberales, periodistas, militares e intelectuales, y dispuso el destierro de los sospechados de complicidad anterior con los Bonaparte y los "afrance-

la de los residentes en América (los que aún no habían comprendido ya que la libertad no era posible sin la ruptura del vínculo colonial[8]). Si a alguien le quedaban dudas, la actitud de Fernando, persiguiendo con encarnizamiento a las colonias en rebelión, se las disipó rápidamente. Entre las primeras acciones del rey borbón aparece la idea de la recuperación de las colonias americanas de España. El 21 de mayo de 1814, el nuevo ministro de Indias de Fernando, Miguel de Lardizabal, dictó una instrucción exhortando a los españoles americanos a desistir de continuar con las "insurrecciones" y entregar las armas. Acto seguido la política fue el envío de tropas para acabar con los focos rebeldes.

Es claro que Fernando VII desde el comienzo vio al proceso juntista americano, no como una afirmación, sino como un desafío, a su propia autoridad. Su lectura errónea hacía pensar linealmente a la revolución americana como un mero eco de la Revolución Francesa; por lo tanto la insubordinación debía ser combatida por la fuerza, debía darse una lección no sólo a las colonias sino también al interior de los autonomismos peninsulares. La situación americana a su regreso tampoco lo situaba tan lejos de sus objetivos, pues los reaccionarios americanos venían ganando terreno en casi todas las latitudes americanas.

El retorno del absolutismo español de la mano de Fernando VII es un punto de inflexión en la historia americana, en tanto rompe definitivamente con la idea de que las reivindicaciones de mayor libertad, igualdad y autonomía no pueden ser alcanzadas dentro de la dominación colonial española. Y afirma la posición, minoritaria cuando se inicia el proceso revolucionario, de que estas se obtienen rompiendo con un imperio que sometía colonialmente a los pueblos de América. Ya nadie podía llamarse a engaño. Ni los patriotas, ni los americanos o españoles que luchaban desde el bando del colonialismo. Las políticas reaccionarias de Fernando, que reprimieron brutalmente a los liberales de España, se reprodujeron en América de modo similar con la política del terror desplegada contra los revolucionarios, cuyos ejecutores fueron Monteverde, primero, y Morillo, después, en el norte de nuestra América, y Marcó del Pont en Chile. Acciones cuyo único resultado fue cohesionar aún más a los revolucionarios y logrando además que una porción importante del pueblo tomara partido por éstos.

El Congreso de Viena y su consecuencia, la Santa Alianza, fueron el telón de fondo del gobierno de Fernando VII. En septiembre de 1815 se habían reunido en París los reyes de

---

sados". El descontento culminó en varios intentos de sublevación que incluyeron a sectores del ejército, distintos grupos de la burguesía y la masonería unidos por el deseo de restablecer la Constitución. La reacción fernandista estuvo a tono con el restauracionismo vigente en Europa: desapareció la prensa libre, se anularon las diputaciones y los ayuntamientos constitucionales, y se clausuraron las universidades. Como parte del restablecimiento del 'Antiguo Régimen', se devolvieron a la Iglesia todas las propiedades confiscadas en el período anterior". De Titto, ob. cit., p.95.

8/Alcira Argumedo lo explica en estas palabras: "Dentro de los múltiples conflictos e interrogantes que impone la independencia latinoamericana, en un mundo signado por el retroceso de la Revolución Francesa y por la restauración conservadora europea, Simón Bolívar formula las coordenadas de una matriz autónoma de pensamiento que habría de recuperar los relatos de resistencias a la expoliación colonial". Argumedo, ob. cit., p. 29.

Austria, Rusia y Prusia, quienes, invocando los principios cristianos, acordaron mantener en sus relaciones políticas los "preceptos de justicia, de caridad y de paz". Aunque en la práctica la Santa Alianza no desempeñó ningún papel efectivo, se convirtió en un bloque político continental que podía exhibirse unido en una política reaccionaria de restauración monárquica y de entente contra las ideas republicanas y democráticas puestas en marcha con la revolución de las colonias inglesas de América del norte, la francesa de Europa y la de las colonias españolas de América.

Consecuencias del sistema de alianzas del nuevo gobierno español y su voluntad imperial fue el envío de las tropas veteranas de la guerra con Francia para imponer la obediencia a la metrópoli europea. El primer desembarco verdaderamente importante fue el del general Pablo Morillo en el norte de la América del sur, que hizo retroceder a las fuerzas bolivarianas del Ejército Libertador. "El Pacificador", tal como fue llamado Morillo, partió de España con quince mil hombres[9]. Antes incluso de su llegada, la situación del conjunto de la rebelión americana no pasaba por su mejor momento. En algunos lugares, como en el virreinato del Perú, en las capitanías de Guatemala, Santo Domingo, Cuba y Puerto Rico, aún no se habían manifestado públicamente los revolucionarios; en Nueva España (México) la insurrección de Morelos ya estaba controlada y al año siguiente serían aplastados los últimos focos insurgentes importantes; en Venezuela, la segunda república había terminado oprimida por Morales en julio de 1814 y el virreinato de Nueva Granada (Colombia) iba siendo lenta pero inexorablemente reconquistado por los realistas, con la excepción de la ciudad fortaleza de Cartagena de Indias y Bogotá, aunque ambas cayeron un par de años después (ya con la concurrencia de las tropas de Morillo); el reino de Quito había vuelto a manos colonialistas desde 1812; en el Alto Perú se producía un nuevo fracaso de las tropas de Buenos Aires, que será definitivo con la derrota de Rondeau en Sipe (1815); En la batalla de Rancagua (1814), la capitanía general de Chile, recuperada por los realistas, ponía fin a la experiencia de la "Patria Vieja". Todo parecía inclinar la cancha en favor de la restauración del absolutismo en América española.

Pero al mismo tiempo, la inestable política europea tuvo un cimbronazo. Napoleón, exiliado en Elba, no pudo soportar su ostracismo y conociendo que el pueblo francés rechazaba la restauración borbónica, escapó de la isla rumbo al continente. "De regreso en París, Napoleón dictó una nueva Constitución más democrática y liberal que la vigente hasta entonces, pero los nuevos enfrentamientos se dirimieron en los campos de Waterloo, en Bélgica, el 18 de junio de 1815. La Santa Alianza triunfa y la 'ola conservadora y monárquica' retoma el poder en toda Europa. La España de Fernando anula las medidas liberales dispuestas por la Constitución de 1812 y las monarquías vuelven a poner sus ojos

9/La expedición partió del puerto español de Cádiz, en febrero de 1815. Contaba con sesenta y cinco buques, de los cuales dieciocho eran de batalla al mando de Pascual Acedo. El total de la expedición, entre marinería, servicios logísticos y fuerza de combate, sumaba unos 15.000 hombres, aunque el ejército destinado a combatir estaba formado por 10.612 hombres, organizados en seis batallones de infantería, dos regimientos de caballería, dos compañías de artilleros, un escuadrón a caballo, y un piquete de ingenieros militares, además de pertrechos y víveres. Fue, sin dudas, la mayor fuerza militar partida desde España para la recuperación de sus colonias.

en la lucha por las posesiones en todo el mundo y, en especial, sobre la inmensa América en rebeldía"[10].

Con mucha precisión define Sánchez Sorondo el contexto internacional de la revolución americana del sur: "A la caída de Napoleón, las monarquías dueñas de Europa y, claro está, el aliado español reclamaban un escarmiento que pusiese coto a las exuberancias levantiscas de las posesiones españolas. (...) fuera de los aspectos comerciales con que avanzaba la influencia inglesa, no hay una sola expresión de compromiso, ni siquiera de simpatía oficial que acredite a los ojos de propios y extraños la solidaridad de aquella diplomacia con la causa de la emancipación (...) Pero al cabo de esa faena Gran Bretaña se encontrará con la reacción legitimista. La Santa Alianza, con que Metternich consiguió retrasar el curso de la historia y sostener el prestigio del imperio romanogermánico, fue el precio que Londres pagó por la desaparición del guerrero ilustre. Inserto en la cuna de la mejor tradición política europea, el legitimismo por un tiempo sofoca y desplaza las vertientes culturales de la Revolución Francesa. Durante ese lapso la política de Londres consiente y hasta simpatiza por afinidades dinásticas con el legitimismo; empero la nación británica considerada en el conjunto de sus ambiciones e intereses no tiene afinidades con la Santa Alianza, no es ni se puede ser rigurosamente legitimista"[11].

En contraposición con la política de la Santa Alianza los ingleses capitalizan económicamente la relación con las nuevas repúblicas americanas. En efecto, luego de la dura experiencia de perder los mercados con la independencia de las trece colonias de América del norte, los ingleses reformulan la relación con los procesos independentistas de la América española, de modo que –sin intervenir políticamente como un actor directo en el conflicto, manteniendo así su sistema de alianza para el equilibrio europeo–, ni tampoco dejar de comerciar y de crear ciertas ilusiones de apoyo abierto en los políticos revolucionarios americanos, los británicos mantuvieron ese equilibrio inestable durante algunos años. La única voluntad que permanentemente muestra el imperio inglés (y esto era leído como una especie de apoyo) era la de continuar y profundizar sus negocios y relaciones comerciales con los americanos. Tanto para el tráfico de armas indispensable para la continuidad de la guerra, como para la introducción de materias manufacturadas y artículos de lujo que consumían las clases acomodadas. Al mismo tiempo los países de la Santa Alianza efectuaban un virtual bloqueo en solidaridad con la restauración colonial española. Bloqueo cuya única beneficiaria era, precisamente, la inteligente política comercial de los ingleses.

2. La gestación de la cuestión nacional

En el plano local y a partir de la respuesta violenta e inmediata de los sectores realistas del imperio en América, la idea de juntas en América que conservaran los derechos del monarca legítimo definitivamente, había dejado, hace rato, de ser un punto de encuentro entre los sectores de la profundización y los sectores más conservadores del movimiento. Las violentas guerras que se produjeron entre revolucionarios y realistas habían marcado un punto de no retorno, que la llegada de Fernando al poder y su inclinación por gobernar

10/De Titto, ob. cit., p. 29.

11/Sánchez Sorondo, ob. cit., pp. 67 y 70.

con el bando absolutista en España vino a poner un broche definitivo.

La independencia que se había venido acuñando en la utopía del sector más revolucionario, es decir, el de la profundización, ya aparecía de modo concluyente como el único camino posible para el antiguo partido juntista. Y este camino se hallaba absolutamente determinado por la necesidad de triunfos militares frente a los realistas pues ninguna conciliación era posible. La crueldad de la respuestas de los pro-imperiales tuvo un doble efecto disuasivo: hacía que los más temerosos consintieran su dominio sin rebelarse allí donde ellos tenían el control (la política del terror usada en la antigua capitanía de Venezuela por Monteverde tenía así su efecto) pero por otro lado, y en aquellos que se la habían jugado, implicaba quemar las naves, dado que ningún diálogo hacía posible que mantuvieran literalmente su cabeza si la reacción era vencedora. Es decir, estaban absolutamente jugados, no sólo los más revolucionarios sino también los partidarios de la consolidación e incluso los de la restauración. Todos los protagonistas del movimiento de insubordinación colonial correrían la misma suerte en manos de los colonialistas españoles. La guerra entonces fue a muerte, aunque plantearlo en estos términos horrorice a los autores europeos o norteamericanos. Como dice Félix Luna "Más allá de la cautela de los moderados y del entusiasmo de los jacobinos, los hechos se escaparon de sus manos y adquirieron muchas veces una dinámica propia (...) De ahí que la confrontación armada constituyera el modo más frecuente de resolver los antagonismos"[12]. Aunque ya hemos expresado el error que consideramos conlleva resolver de una manera unívoca contradicciones de distinta naturaleza como lo eran la resistencia de los reaccionarios y realistas y las pretensiones de autonomismo de las provincias frente al atropello de las antiguas capitales coloniales.

12/Luna, ob. cit., p. 67.

CAPÍTULO XIV
EL CONTRAATAQUE COLONIALISTA

"Catorce cargas consecutivas sobre mis cansados batallones me hicieron ver que aquellos hombres no eran una gavilla de cobardes poco numerosa como me habían informado"
Pablo Morillo

1. El desembarco de Morillo y la mayor contraofensiva realista

En la guerra de independencia de España respecto de la invasión francesa hubo un hito que en cierta medida impactó en toda Europa. Fue la batalla de Bailén, librada en la provincia de Jaén. Este hecho resulta tan importante porque fue la primera derrota en campo abierto de la historia del ejército napoleónico. Las tropas del emperador francés, definitivamente, no eran invencibles. El general Castaños había doblegado a uno de los generales estrella de Napoleón, Pierre-Antoine Dupont. Fue el 19 de julio de 1808. Las consecuencias de la derrota fueron la evacuación de Portugal, la huida de José Bonaparte de Madrid y, finalmente, el retiro de las tropas francesas más allá de río Ebro. Pero la más destacable fue que Napoleón, en persona, tuvo que acudir a España con una poderosa fuerza militar. Esta intervención constituyó una ofensiva que llega a conquistar prácticamente toda la península con las consecuencias en América que ya hemos observado.

Esa batalla decisiva tuvo además otra particularidad: participaron en ella y recibieron sendas medallas, José Francisco de San Martín[1] y Pablo Morillo y Morillo. Los caminos posteriores de uno y otro hacen de esta confluencia algo particular, pero en rigor de verdad del lado español participaron 26.000 efectivos (probablemente toda la fuerza militar que tenía la España de entonces) que terminaron venciendo a los 21.000 franceses bajo el mando de Dupont.

"La vida los distanciaría poco después. Morillo, nacido en Fuentesecas (Zamora), será un obediente y muy destacado general del rey. Pero, mientras el español luchó por la independencia de España, luego por el sometimiento de América a la corona, razón por la que lo bautizaron 'El Pacificador', San Martín –como Bolívar–, retornará a su América natal y compartirá con el venezolano el honor de ser llamado 'El Libertador'"[2].

Morillo era un militar de cuna muy humilde, que se había ganado los grados militares –como era habitual en aquella época para los no pertenecientes a alta cuna– en fieros combates contra los invasores franceses[3]. En particular en esa guerra se había distinguido

1/San Martín participó como ayudante de campo del marqués de Coupigny, nacido en Flandes, pero uno de los generales absolutistas que luchaban en el ejército español.

2/De Titto, ob. cit., p. 103.

3/"En Bailén, sus superiores le distinguieron por su valerosa conducta; en Vigo ganó las insignias de coronel, y en Sampayo contribuyó, entre los que más, a la derrota del mariscal Ney. Estas acciones le conquistaron un puesto muy alto en las milicias españolas y un sólido prestigio popular, ya que

en la batalla de Vitoria, fue promovido al rango de mariscal y retratado al lado del jefe de las fuerzas británicas, nada menos que el duque de Wellington.

En 1814 Fernando VII había designado al general Morillo como el jefe de la "expedición pacificadora". El plan original para la gran armada que lideraría Morillo, era destinarla a Montevideo. En ese puerto los realistas se encontraban en condiciones precarias, sitiados por las fuerzas revolucionarias (para el momento en que se planificaban las acciones). La idea era arrancar por el sur una ofensiva que uniera sus fuerzas con las del Ejército Real del Perú, organizado por el virrey para poner en caja a los rebeldes del sur de los dominios coloniales.

Finalmente hubo un cambio de rumbo y el norte de América meridional fue el sitio elegido para la contraofensiva colonialista, desembarcando en Campano, territorio de Venezuela.

La fuerza armada reunida bajo el mando de Morillo fue, como hemos dicho, la más importante destinada por España a luchar contra los independentistas americanos. Poco más de 10.000 soldados, veteranos todos de los combates contra los franceses. Disciplina, oficiales profesionales, pertrechos suficientes, una fuerza verdaderamente de otra dimensión en comparación a lo que hasta ese entonces combatía en la América española. Fueron escoltados, además, por una inmensa flota naval de la cual participaban 18 barcos de guerra. También la mayor flota enviada a reprimir la revolución.

El historiador venezolano Acosta Saignes plantea: "Por cierto conviene presentar una pregunta a la cual no han hecho frente los historiadores: ¿Por qué vino la expedición comandada por Morillo a Venezuela? No se trata solamente de la cuestión no resuelta, sobre el primer destino asignado, el Río de la Plata, sino de otro aspecto de primera importancia. Si los ejércitos venezolanos habían sido totalmente arrasados durante 1814, si obtuvieron los realistas el control casi absoluto del país ¿por qué se destinó una expedición cuantiosa y cara a Venezuela? ¿Se trata acaso de la penetración en la Nueva Granada como fin principal, a juzgar por el escaso tiempo de Morillo en la costa venezolana?"[4].

La respuesta es más simple de lo que parece. Buenos Aires había armado una flota conducida por el irlandés Guillermo Brown que doblegó a la escuadra española y permitió que en junio de 1814 los patriotas tomaran Montevideo. Esa fue la razón por la que esa poderosa Armada que partió de Cádiz el 15 de febrero de 1815 tuvo otro destino. Así lo explica también el argentino Pérez Amuchástegui: "Toda América se llenó de rumores sobre la fuerza espantosa de la expedición española, y en Buenos Aries se encomendó a Brown que se preparara a evitar el bloqueo. Pero en España algún estratega sensato advirtió la inoperancia de tal expedición al Plata, pues, caído Montevideo, no habría ningún puerto en que afirmarse. Así fue que el 25 de febrero, cuando Morillo estaba ya en alta mar, se le hizo saber que no iba la expedición al Río de la Plata como se había dicho, sino a Costa Firme"[5].

---

en ellas Morillo no fue el afortunado capitán de ejércitos regulares, sino el conductor del pueblo español mismo, que en forma valerosa y espontánea había salido a la defensa de su soberanía en el momento en que sus monarcas claudicaban ante el conquistador francés". Liévano Aguirre, ob. cit., p.131.

Luego en la batalla de Vitoria, Morillo alcanzará el grado final de mariscal de campo.

4/Acosta Saignes, ob. cit., p. 201.

5/Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 32.

En el camino, cuando aún se dudaba del destino de semejante fuerza restauradora del orden colonial, Alvear envió a Río de Janeiro una vergonzosa carta solicitando un protectorado británico al embajador lord Strangford.

Cuando llegó la gigantesca expedición, el territorio de Nueva Granada distaba de estar "pacificado" definitivamente: florecían ahí guerrillas como forma de resistencia de los patriotas. Por eso es que la decisión fue empezar por el lado inverso de la estrategia original, poner en caja al norte y luego ir hacia el sur a reunirse con el ejército preparado por Lima.

El complemento de esta estrategia española era dejar asilado al Río de la Plata, consolidando el triunfo en el norte de América meridional. Al mismo tiempo, procurando un impacto en toda América hispánica de un tremendo escarmiento que hiciera temblar los huesos de los criollos de todo el continente frente a la sola idea de la insubordinación.

Cuando Morillo desembarcó en América, entre sus primeras acciones se encuentra haber pasado revista de las tropas que pelaban en el bando realista. Al instante, sintió un rechazo natural por el sanguinario Morales, quien había heredado después de la muerte de Boves la comandancia de la Legión Infernal, que con 5.000 llaneros desarrapados había ido a darle la bienvenida. Morillo era por entonces un general europeo acostumbrado a los uniformes y los ejércitos profesionales. El general colonialista recorrió las hordas de guerreros semidesnudos que llevaban gorros de piel de jaguar y le dio un ultimátum a Morales: o se disciplinaban a sus formas aquellas tropas, o se desbandaban. Morales, que conocía mucho más esas fuerzas, le respondió que, si esta fuera la orden, la mayoría de ellos preferirían unirse a las fuerzas revolucionarias. No se equivocaba.

Después de este hecho, los antiguos llaneros y esclavos de la Legión Infernal se fueron desplazaron poco a poco hacia los ejércitos patriotas, puesto que el ejército absolutista no estaba dispuesto en modo alguno a conceder el autogobierno de la plebe montada, ni a tolerar sus radicales expropiaciones, que eran su motor en la lucha de clases por ellos entablada. Por el contrario, Bolívar otorga a los llaneros la posibilidad de elevarse militar y socialmente en la lucha contra los absolutistas. De este modo, el Libertador encuentra por primera vez la base social y política para su lucha contra España, de la que antes había carecido. El propio Bolívar[6] lo reconoce en una carta: "Por un suceso bien singular se ha visto que los mismos soldados libertos y esclavos que tanto contribuyeron, aunque por fuerza, al triunfo de los realistas, se han vuelto al partido de los independientes, que no habían ofrecido libertad absoluta, como lo hicieron las guerrillas españolas. Los actuales defensores de la independencia son los mismos partidarios de Boves, unidos ya con los blancos criollos".

Morillo se dirigió a Caracas, donde todavía pretendía marcar diferencia con la barbarie de los generales realistas que lo precedieron y decretó una amplia amnistía, prometiendo a los diezmados mantuanos que se les respetarían sus propiedades y que la revuelta de los negros sería aplastada. "Para ganarse la simpatía de los criollos acaudalados, además de decretar un indulto general, no economizó esfuerzos para demostrar a los venezolanos el sincero deseo de la metrópoli de dar más justa representación al nuevo mundo en el gobierno de la península; ofreció, igualmente, garantías a los grandes propietarios mantua-

6/En Ramos, ob. cit., p. 154.

nos de que la revolución de las razas de color, desatada por Boves, sería detenida y el orden social restaurado. Con estas banderas, su tarea pacificadora encontró amplia acogida en aquellos sectores sociales, hasta el momento decididos promotores de la rebelión, la cual fue reduciéndose en Venezuela a pequeñas partidas armadas que huían hacia los Llanos"[7].

Pero el romance entre Morillo y los mantuanos de Caracas fue efímero; al poco tiempo generó de todo menos simpatías, pues impuso empréstitos forzosos para compensar la pérdida del navío que había sido capturado antes de arribar a costas de Tierra Firme por los corsarios venezolanos. Impuso a la ya exhausta economía criolla un 10% de contribución sobre el producto de las propiedades, haciendas y los capitales comerciales. Prohibió el uso de armas para los civiles, al mismo tiempo que permitió a los militares todo tipo de excesos. A todos los patriotas reconocidos les confiscó la totalidad de sus bienes a modo de escarmiento.

Más temprano que tarde, Morillo, que despreciaba a los llaneros realistas tanto como a todos los patriotas, comprende que la "pacificación" no será un paseo para sus tropas, tal como lo había soñado. "La vanguardia de Morillo, compuesta por 4.000 soldados aguerridos, penetró en la región occidental de Venezuela en enero de 1817. Páez se vio obligado a retirarse ante tropas tan numerosas; pero el 28 de enero les presentó batalla en la llanura de Mucuritas con solo ciento once jinetes. El astuto guerrillero fingió atacar al ejército español por sus dos flancos, y retirándose enseguida, obligó a la caballería realista a emprender su persecución. Con ella trabó combate en que los españoles fueron completamente batidos. Para impedir que la infantería realista acudiera en auxilio de sus jinetes, Páez prendió fuego a las yerbas secas que cubrían la llanura. Los españoles se vieron obligados a retirarse ante este género de hostilidades, que no habían podido prever. Páez los persiguió tenazmente, a pesar de que las armas de sus soldados no eran precisamente las adecuadas para empeñar un combate contra la infantería. 'Catorce cargas consecutivas sobre mis cansados batallones, escribirá Morillo al rey, me hicieron ver que aquellos hombres no eran una gavilla de cobardes poco numerosa como me habían informado'"[8].

José Antonio Páez Herrera, había nacido en la provincia venezolana de Barinas, en una familia de origen canario, numerosa y muy humilde. El hombre de los Llanos era uno con su cabalgadura como lo eran todos los llaneros a los que rápidamente comenzó a conducir.

El general Pablo Morillo puso luego su atención en la recuperación de Nueva Granada y ordenó una ofensiva terrestre por dos flancos. Uno de los ejércitos avanzaría cruzando las montañas y el otro, al mando de Morales, a lo largo de la costa. Las fuerzas serían transportadas por mar. El sitio de Cartagena fue uno de los más heroicos y horrendos de la historia. Duró 106 días. Allí murieron literalmente de hambre unos 6.000 sitiados antes que la plaza se terminara entregando.

Cartagena de Indias, repleta de cañones y excelentes fortificaciones, era considerada la primera plaza fuerte de América del Sur. Pero lo que le faltaba, a partir de las luchas en las que la ciudad se había desangrado, eran combatientes. Allí, los patriotas pasaron terribles privaciones durante meses de asedio. "El sitio de Cartagena es uno de los hechos

7/Liévano Aguirre, ob. cit., p. 133.

8/Barros Arana, ob. cit., p. 433.

más memorables de la revolución neogranadina. Los sitiados habían montado sesenta y seis cañones y reunido cerca de tres mil seiscientos soldados, en su mayor parte desprovistos de disciplina. Morillo, a la cabeza de tropas muy superiores en número y calidad, estableció el bloqueo por tierra y por mar"[9]. Los patriotas se negaban a rendirse, pero para diciembre ya morían aproximadamente 300 personas por día, fuera de hambre o de falta de medicamentos. Finalmente, reducidos los revolucionarios a un par de millares, decidieron entregar la plaza huyendo en barcos. Los ataques españoles y las enfermedades siguieron hostigando a esos valientes hasta que, finalmente, sólo seiscientos hombres llegaron para ser acogidos por la república de Haití. Cuando estuvo en su poder, el general colonialista Morillo fusiló a sesenta oficiales que no alcanzaron a embarcarse en la huida y a más de trescientos vecinos del bando patriota que habían preferido quedarse para cuidar sus pertenencias.

Morillo vino a sembrar el terror para hacer sobrevivir el dominio colonial. La caída de Cartagena fue el más duro golpe para la revolución neogranadina. El gobierno de Bogotá, que estaba en manos de una junta, intenta un manotazo de ahogado para concentrar el poder con el objetivo de enfrentar el irrefrenable avance realista. Don Camilo Torres, es entonces designado jefe del Estado e investido de facultades extraordinarias. Todo fue en vano, las tropas realistas pronto entraron en la antigua capital del virreinato, Santa Fe de Bogotá. Liévano Aguirre es muy duro con el comportamiento de los dirigentes de esa capital: "El pueblo granadino, que en forma tan decisiva había acompañado a los criollos[10] en la insurrección contra España, fue entonces abandonado por quienes los habían comprometido en la revuelta, muchos de los cuales se presentaron humildemente a los españoles a disculparse, usando de los más extraños pretextos para justificar sus recientes actividades revolucionarias"[11].

Una vez asentados, los realistas, conducidos por el nuevo virrey Francisco José Montalvo, optaron por la tolerancia y el fin del terror disciplinador. Sin embargo, esta situación no duró mucho tiempo, pues al arribar Morillo, éste eligió la política del terror[12] y los duros escarmientos con el fin de disuadir cualquier insubordinación emancipadora. Se había convencido de que para frenar la rebelión había que descabezar (y esto no es un eufemismo) a la aristocracia criolla que dirigía a los patriotas. Por eso es que tiempo después al entrar en Bogotá implantó políticas sangrientas y represivas. "He expurgado el virreinato

9/*Ibid*., p. 361.

10/En Nueva Granada se conocía con el nombre de criollos a lo que en Venezuela se denominaba mantuanos.

11/Liévano Aguirre, ob. cit., p. 133.

12/Liévano Aguirre considera que "un acontecimiento ocurrido en la isla de Margarita, donde la clemencia de Morillo se ejerció en su forma más amplia, llevó al Pacificador a modificar fundamentalmente su criterio acerca de los métodos que era necesario emplear para extinguir la revolución americana: la sorpresiva insurrección de Arismendi, quien después degollar con increíble ferocidad a la pequeña guarnición española, se apodero de la isla". En efecto, el general Morillo se arrepintió en ese momento de haber dado un amplio indulto a los cabecillas de la revolución en la heroica isla para que estos le pagaran volviéndose a insubordinar. Liévano Aguirre, ob. cit., p. 134.

de Nueva Granada de doctores que siempre son promotores de rebeliones" se ufanaba Morillo en carta a su jefe, el absolutista Fernando VII. "Los curas han sido fomentadores de las nuevas ideas" agrega, justificando el destierro de un centenar de miembros del bajo clero. En la Plaza Mayor de Bogotá Morillo instaló una horca con una incesante actividad que se cobró la vida de destacados patriotas como Camilo Torres, héroe de la primera etapa revolucionaria, o la heroína Policarpa Salvatierra, llamada "la Pola", todo un símbolo de la resistencia popular contra los absolutistas[13]. En Santa Fe de Bogotá se produjeron tantas ejecuciones que al final terminó siendo contraproducente para los realistas.

"El Pacificador" había ya aprendido la lección sobre la efectividad del miedo y la crueldad que sembraban las fuerzas colonialistas. Pero todavía no llegaba a entender que eso a largo plazo sería, también, la causa de su fracaso. Atrás quedó un tendal de 600 fusilados. Después de la cruenta reconquista del norte de América del sur, Morillo recibió el título de conde de Cartagena, conmemorando su más importante conquista.

Después de las victorias del general "Pacificador", cualquier testigo presencial de aquella coyuntura podría haber afirmado con contundencia que la llama de la independencia se había extinguido en el norte de América del sur. "Al terminar el año de 1816, toda la Nueva Granada quedaba sometida a la dominación española. Los pacificadores creían terminada su obra, pero en los llanos de Casanare comenzaron a aparecer guerrillas patriotas que mantuvieron la lucha en los momentos en que todo parecía perdido. Esta tenacidad incontrastable de los revolucionarios americanos, que los hacía superiores a todos los sacrificios y a todos los desastres, tenacidad heroica de la que la historia presenta pocos ejemplos tan brillantes, es el carácter distintivo de ese gran movimiento y debía asegurarle su completo triunfo"[14].

Sin embargo, para estos tiempos, Bolívar –en el exilio desde su derrota– sostenía que si el general colonialista Pablo Morillo "actuaba con celeridad y decisión, la restauración del gobierno español en América era inevitable. Durante las marchas puede aumentar en vez de disminuir el apoyo a la expedición española. (...) no nos engañemos. Las opiniones no están todavía bien arraigadas en América y, mientras quienes piensan están a favor de la independencia, las grandes masas aún no saben cuáles son sus perspectivas ni intereses" (Bolívar, en carta a Maxwell Hyslop, comerciante liberal escocés asentado en Jamaica). Era un Bolívar apesadumbrado por la derrota y aún despojándose de su coraza mantuana.

2. El exilio de Bolívar. Jamaica y Haití

Fue, precisamente, desde su exilio en Jamaica, que Bolívar se dedicó a hacer un meticuloso análisis de la situación internacional dentro de las cuales se desarrollaba el proceso independentista y también a reflexionar sobre las causas de las derrotas políticas y militares en Venezuela y Nueva Granada. En el análisis particular de Bolívar, como de la mayoría

13/Policarpa Salavarrieta Ríos fue una heroína de la causa de los patriotas en el antiguo virreinato de Nueva Granada. Fue mártir y símbolo de la libertad a partir de su muerte. Actuó como espía de las fuerzas revolucionarias, al igual que lo hicieron posteriormente tanto Manuelita Sáenz, la amante de Bolívar, como Rosita Capusano, la amante de San Martín. Traficar información era la forma de arriesgar el pellejo por su causa que tenían las mujeres patriotas.

14/Barros Arana, ob. cit., p. 365.

de los revolucionarios, no era posible derrotar al Estado colonialista español sin el auxilio de los extranjeros, principalmente de los ingleses. Era la enseñanza que rescataban de la independencia de las trece colonias inglesas del norte, a las que las potencias rivales de Francia y España habían ayudado para mermar el poder de los ingleses. Así debía ser, pero invertidos los roles, en las colonias españolas del centro y sur de América.

Pero la reflexión, más allá de ciertos momentos de pesimismo en la perspectiva no significaba que un espíritu inclaudicable como Simón Bolívar se diera definitivamente por derrotado. Tampoco lo creían los colonialistas. Los servicios de inteligencia españoles urdieron por lo menos tres intentos de atentar contra la vida del Libertador, dos de ellos con veneno y uno a través de un criado, quien creyendo que Bolívar dormía en una hamaca, apuñalo allí a uno de sus lugartenientes[15]. Aunque el riesgo más grande para Simón no eran los atentados españoles sino la permanente amenaza de desahucio por la dueña de la sucia pensión en que habitaba. La situación de pobreza en que se encontraba lo hizo pensar distinto muchas veces.

Como dice el historiador venezolano Acosta Asignes: "Bolívar, como todos los genios de la acción, pudo ver en medio de la maraña sociológica hasta donde no alcanzaban las miradas de muchos de sus contemporáneos. Pero no porque fuera una especie de augur, dotado con ciertos dones místicos, sino porque era un combatiente con un propósito. Su más cabal predicción se fundió con su propia actividad: la libertad de América, sobre la cual habló hasta en los más conflictivos días y hasta en los momentos sobrios cuando lo rondaba la muerte"[16].

En Jamaica compartía sus reflexiones y sus estrategias con los varios refugiados que habían terminado allí. Bolívar se convirtió en el núcleo de la esperanza de la recuperación para aquellos hombres al borde de la derrota moral. Es en este marco que escribe la famosa Carta de Jamaica uno de sus textos políticos de mayor importancia. En principio, dirigido a un amigo anónimo –se supone que fue Maxwell Hyslop–, se publicó luego como panfleto que circuló tanto entre los exiliados en la isla como en Tierra Firme y Nueva Granada.

También en Jamaica había comprendido que los países colonialistas no abandonan su presa mansamente. Combaten hasta la destrucción total del oprimido, cuando pueden vencer, y si no bastaba la desesperación del avaro que no suelta la presa hasta perecer, cuando ya no pueden triunfar por las guerras destructivas, intentan aun conservar lo perdido en las batallas y muchas veces lo consiguen como en tiempos posteriores en la época del ocaso de algunos imperios en África, en Asia y en el mar Caribe.

En la Carta de Jamaica se ve el temple del Libertador que, aun en los peores momentos, no declinaba su objetivo estratégico: "Que bello seria que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos. Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios,

---

15/"En la noche del 9 de diciembre (1815), el negro se acercó a la hamaca en que solía dormir Bolívar, y apuñaló a un hombre que dormía en ella. Era éste un oficial apellidado Amestoy, que se había acostado sabiendo que el caudillo venezolano no volvería esa noche a su casa". Barros Arana, ob. cit., p. 428.

16/Acosta Saignes, ob. cit., p. 87.

a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo".

Pero también hay que decirlo, la Carta es la expresión del cambio de ánimo de Bolívar, quizás producto de la tarea de levantarle la moral a los exiliados que recalaban en la isla después de la derrota del intento revolucionario. Los conductores suelen tener esa misión después de algún revés. Bolívar también había llegado a la isla bajo dominio británico con el ánimo por el piso, pero se fue convencido de que la vuelta era posible, por la fuerza del destino, y como dice el último párrafo de su famosa carta, con una manito de los ingleses. La política de estos siempre fue no prestar ayuda, pero tampoco dejar de dar un guiño a los revolucionarios. Intentó Bolívar en esa isla entrevistarse con el gobernador británico: el duque de Manchester. Envió cartas y solicitó la entrevista por amigos en común. Pero el gobernador de Su Majestad Británica se cuidó bien de no recibirlo ni contestarle carta alguna. El mito del apoyo inglés al proceso emancipatorio americano se desvanece a cada paso. Lo que siempre hay es por un lado mercenarios desahuciados que vienen a América a seguir viviendo de la guerra, más allá de la simpatía por el bando que los contrata, o bien comerciantes o viajantes que siempre se hallan cerca de los acontecimientos bélicos de la gesta emancipatoria y siempre dispuestos a escribir informes al servicio secreto británico, para el que probablemente muchos de ellos trabajaban.

En la Carta de Jamaica aflora un misticismo americano propio de la buena pluma de Bolívar: "Los americanos meridionales tienen una tradición que dice que cuando Quetralcohuatl, el Hermes o Buhda de la América del sur, resignó su administración y los abandonó, les prometió que volvería después que los siglos designados hubiesen pasado, y que él reestablecería su gobierno y renovaría su felicidad. Esta tradición, ¿no opera y excita una convicción de que muy pronto debe volver? ¿Concibe V. cuál será el efecto que producirá, si un individuo apareciendo entre ellos demostrase los caracteres de Quetralcohuatl, el Buhda del bosque, o Mercurio, del cual han hablado tanto las otras naciones? ¿No cree V. que esto inclinaría todas las partes? ¿No es la unión todo lo que se necesita para ponerlos en estado de expulsar a los españoles, sus tropas, y los partidarios de la corrompida España, para hacerlos capaces de establecer un imperio poderoso, con un gobierno libre, y leyes benévolas? Pienso como V. que causas individuales pueden producir resultados generales, sobre todo en las revoluciones. Pero no es el héroe, gran profeta, o dios del Anáhuac, Quetralcohualt, el que es capaz de operar los prodigiosos beneficios que V. propone. Este personaje es apenas conocido del pueblo mexicano, y no ventajosamente; porque tal es la suerte de los vencidos aunque sean dioses".

No puede dejar de llamar la atención la Carta de Jamaica[17], escrita desde la derrota, esté cargada no sólo de reflexión crítica sobre la lucha librada, sino también de una esperanza tan grande en la inexorabilidad del triunfo, que contagia.

17/"Historiadores, sociólogos, hombres de Estado y poetas se han detenido con asombro ante este formidable documento político que, escrito por un pobre desterrado, sin medios ningunos para obrar, ni casa para subsistir, describe con sin igual profundidad los problemas políticos del nuevo mundo, analiza con intuición profética las características presentes y futuras de las distintas nacionalidades americanas". Liévano Aguirre, ob. cit., p. 141.

En diciembre de 1815 Bolívar es convocado para combatir en el sitio de Cartagena. Cuando ya está embarcado se entera de que esa plaza fuerte cayó en manos de los colonialistas y que los refugiados se dirigían rumbo a la república negra de Haití. Hacia allí se dirigió él también, en la segunda fase de su forzado exilio. En la parte occidental de la isla La Española, la antigua colonia francesa recibió a Bolívar como un héroe. El propio presidente Alexandre Petión le ofreció una cálida bienvenida. El presidente haitiano había leído la Carta de Jamaica y la lucidez política de aquella república montada sobre el proceso emancipatorio de los negros esclavos le permitirá comprender que el camino de revanchismo social de la mano de los colonialistas seguido por los negros de Venezuela, era claramente un error; su lugar natural se encontraba entre las fuerzas independentistas, pero estas debían tomar la bandera de su libertad.

En Haití conoció también a un rico comerciante[18] de Curazao, de origen judío, que patrocinaba la causa de la independencia. Se llamaba Luis Brión y tenía una flota de barcos a su disposición, incluidas una corbeta con 24 bocas de fuego y una pequeña fragata. Por primera vez las fuerzas patrióticas podrían disponer de una flota para combatir la hegemonía española por el mar. No era una cuestión menor.

3. Algunas consideraciones sobre las causas de la derrota y los errores de los libertadores del norte

En Jamaica, Bolívar, en su reflexión crítica sobre la derrota, sostiene: "Cerca de un millón de habitantes se contaba en Venezuela y sin exageración, se puede asegurar que una cuarta parte ha sido sacrificada por la guerra, la espada, el hambre, la peste, las peregrinaciones; excepto el terremoto, todo resultado de la guerra" .

Nunca hay que minimizar el impacto que tiene la guerra para desvirtuar las ansias revolucionarias. La necesidad de paz, a menudo, hace conservadoras a las mayorías, porque son las que pagan con su propio lomo la continuidad del conflicto. Eso hace crecer en el campo propio a los sectores de la restauración que quieren atemperar y por el otro lado en el campo enemigo no a los sectores más recalcitrantemente reaccionarios que quieren acabar la guerra brutalmente, sino también a los más moderados partidarios del status quo.

También la guerra impacta, como hemos visto, de modo directo en la economía. En particular fue devastadora en la zona venezolana y neogranadina donde hubo muchas idas y vueltas. Ambos bandos confiscaban las propiedades de aquellos que se comprometían con sus enemigos. Así, ciertas haciendas y lugares de producción pasaron de mano en mano repetidas veces. La destrucción de la economía y el sistema productivo también generan pensamiento conservador que añora los tiempos de prosperidad, aunque sea en subordinación y sumisión.

Sin embargo, el principal error del proceso revolucionario en el norte de nuestra Sudamérica no se encuentra consignado, por lo menos explícitamente, en la Carta de Jamaica, ni en otros escritos de Bolívar, aunque está insito en su práctica: la revolución y la independencia no podían sostenerse sobre los mantuanos y su opresión del resto de los venezolanos y neogranadinos. Como bien dice el autor venezolano Acosta Saignes, Bolívar

18/Luis Brión había hecho su fortuna dedicado al contrabando entre las numerosas islas del Caribe.

"hacía apenas pocos meses había visto cómo esclavos, indios, pardos, la mayoría de los desposeídos de ciertas regiones de Venezuela, se habían alzado contra el predominio de los criollos, habían dejado a una lado las teorías, que no habían cultivado, para pelear por la libertad en abstracto, en cierto sentido, y por la libertad bien concreta de las acciones de violencia que les ofrecían los jefes realistas para equivocarlos"[19].

Un informe de Urdaneta[20] (uno de los combatientes de Nueva Granada que acompañó a Bolívar en la Campaña Admirable) narra con crudeza la hostilidad que tenía la causa patriota en razón de estar integrada principalmente por los mantuanos: "El soldado republicano es mirado con horror. No hay un hombre que no sea enemigo nuestro; voluntariamente se reúnen en los paños para hacernos la guerra; nuestras tropas transitan por los países más abundantes y no encuentran qué comer; los pueblos quedan desiertos al acercarse nuestras tropas y sus habitantes se van a los montes, nos alejan los ganados y toda clase de víveres; y el soldado infeliz que se separa de sus camaradas, tal vez a buscar el alimento, es sacrificado". El comandante patriota, expresa la incomprensión de su clase ante la espalda que le dan a los suyos las clases oprimidas. Así como tampoco comprende la propaganda política y las técnicas militares de éxodo utilizadas por los realistas. Aunque en el norte la independencia estuviera ya declarada, por debajo, seguía siendo una guerra civil en que los bandos se alineaban por cuestiones políticas. Y los realistas utilizaron esta cuestión mucho más inteligentemente en los primeros tiempos. Iniciado el proceso de la revolución todas las clases sociales concibieron esperanzas de mejoramiento de su situación y de alcanzar mayores niveles de libertad. Sin embargo, muchas veces fueron chocando con los límites de los sectores que conducían las fuerzas libertadoras. La primera Constitución venezolana de 1811 elaborada por los mantuanos había mantenido intacta la institución colonial de la esclavitud.

"Solo una cosa era clara para los esclavos: la libertad se conseguía peleando, con el riesgo permanente de la muerte, como en los cumbes, o como, según habían oído, ocurrió en Haití, en fieros combates"[21]. Cualquiera de los bandos permitía en esto una oportunidad de ganar la libertad, porque ninguna de las fuerzas, ni la de los mantuanos ni la de los colonialistas, lo tenían entre sus principales banderas. Pero los realistas permitían los saqueos de las propiedades mantuanas que era lo más parecido a una revancha que los oprimidos podían obtener.

"Naturalmente, hay que preguntarse quiénes combatían en las filas de los patriotas centrales. Sin duda también esclavos, entre ellos los domésticos, no acostumbraos a la aventura de las fugas, indígenas, mestizos, pardos, de las ciudades y, en 1814, especialmente, los pobres de la provincia de Caracas, hasta Carabobo. Debe recordarse que los patriotas reunieron ejércitos de 5000 o 6.000 hombres, como Boves, Cagigal o Morales. Pero los fracasos de la guerra no se debieron solamente al número de los combatientes sino al aislamiento en que se encontró el Ejército Libertador en el centro. Hubo negros e indios, mestizos y pardos, en los dos ejércitos, pero seguramente un contingente mayor

19/Acosta Saignes, ob. cit., p. 171.

20/*Ibid*., p. 158.

21/*Ibid*., p. 162.

de esclavos, que incluía a los cimarrones, en las filas de Boves. Este les ofreció la ilusión de la justicia. Los dejaba saquear, violar a las blancas, disponer de los equipajes de los jefes criollos derrotados. A la postre, como decía Morales, no interesaba a los realidad sino al destrucción de todos los venezolanos"[22].

El general realista Morillo, por entonces amo y señor de Venezuela y Nueva Granada, proponía un regreso a las condiciones de la colonia previa al estallido revolucionario. A Bolívar, "la intuición de que las masas venezolanas no se someterían fácilmente a regresar a las circunstancias sociales anteriores a 1810, después de haber conocido las promesas de Boves y de cuatro años de vivir de la guerra y el pillaje, ensancha repentinamente el horizonte de sus esperanzas, pues comprende que ahora cuando los españoles no pueden ofrecer las vidas y haciendas de los blancos criollos, ha quedado abierta la puerta para que la revolución americana se identifique con las realidad del continente, y se haga fuerte por representar no los intereses de una clase privilegiada, sino las aspiraciones de toda la población"[23].

Bolívar comprenderá después de la derrota de 1814 y el exilio en Jamaica y, especialmente, en Haití, que para lograr la independencia no sólo había que encontrar buenos conductores militares y oficiales aptos entre los mantuanos, sino que era necesario poner en marcha a un movimiento nacional que fue capaz de convocar en plano de igualdad, pero en respeto de su heterogeneidad, compuesto por el conjunto de los sectores oprimidos y perjudicados de un modo u otro por el sistema colonial. Y se debía incluir también al último orejón del tarro de la escala social del sistema del colonialismo español: los esclavos. En general los historiadores del siglo XIX y gran parte del XX no le han dado la debida importancia al hecho significativo, que en muchos lugares de nuestra América del sur la revolución hubiera sido iniciada no por el pueblo real sino por las elites dirigentes criollas. Es claro que en su concepción elitista naturalizan esta circunstancia[24].

La otra cuestión importante en la que erraron el camino los revolucionarios tanto del norte como del sur fue en su excesivo centralismo que no contemplaba la tradición del autonomismo local como parte de la constitución política de la América colonial. Ese autonomismo respecto de las ciudades capitales funcionó en dos planos. Por un lado, fue agitado por los propios realistas en contra de los patriotas y, por otro, generó en Nueva Granada las mismas contradicciones secundarias que, a diferencia de lo ocurrido en el

22/*Ibid*.

23/Liévano Aguirre, ob. cit., p. 143.

24/Autores más meticulosos pero en nada afectos a las masas como el historiador colombiano Indalecio Liévano Aguirre sí hacen hincapié en el cambio de eje del movimiento libertador a partir del regreso de Bolívar de Haití, aunque desde su perspectiva ideológica lo planteen como la asunción del riesgo que para ellos implica la intervención popular en la contienda: "Cuando Bolívar se decide a dar el paso trascendental de cambiar la base de sustanciación de la revolución americana, cuando convencido de la incapacidad de las clases criollas para continuar la empresa libertadora, opta por conquistar para su causa a las hordas que un día acompañaron a Boves, lo hace dominado por la seguridad de que esas fuerzas, tan propicias para la anarquía, deben ser siempre dirigidas y muchas veces forzadas a encaminarse hacia objetivos y finalidades sociales constructivos, ya que sus tendencias naturales las conducen al particularismo y la anarquía". Liévano Aguirre, ob. cit., p. 145.

Río de la Plata, no pudieron ser confundidas y tratadas como contradicciones principales, porque la permanente presencia de los realistas ocupando territorio no lo permitió en la mayoría de los casos.

Un ejemplo concreto de esta contradicción secundaria lo trae a colación Acosta Saignes. En contra del régimen centralista propuesto por Bolívar, los criollos de Barinas deseaban hacia 1813 un régimen federal porque "preferían tener entera libertad para su operaciones de comercio en la forma tradicional y no ajustarse a regulaciones centralistas capaces de obligarlos a suspender sus operaciones por los ríos y a enviar productos hacia regiones costeras adonde nunca habían acudido. También resulta esa situación de Barinas un factor de poca simpatía hacia las actividades del Ejército Libertador. Preferían pactar con los realistas ocupantes de los Llanos, para conservar la libertad de vender los ganados por la vía del Apure, como lo habían acostumbrado"[25].

4. El panorama general del reflujo del año 1815

En 1815, Femando VII ya había recuperado su reino, abolido la Constitución liberal de 1812 y restablecido el absolutismo en España, apoyado por una poderosa coalición continental europea basada en el Congreso de Viena. Por eso, como no podía ser de otra manera, confió en recobrar prontamente, por la fuerza, la totalidad de su imperio. Por entonces había logrado el control (no absoluto) de gran parte del territorio hispanoamericano. Sólo se le escapaba la región del Plata. El imperio colonial español estaba, a los ojos de un observador externo, reconstituido, había reanudado el lazo con el pasado. Pero el proceso abierto en el seno de América no podía ser cerrado por un acto de la voluntad del monarca.

El 9 de junio el Congreso de Viena había terminado sus sesiones, conviniendo en aliarse para extinguir los gobiernos republicanos y cualquiera otra forma similar. El 18 de junio, Napoleón Bonaparte fue derrotado definitivamente en Waterloo, terminando así los cien días de su regreso desde su primer exilio y confinado a la isla de Santa Elena, en medio del Atlántico, de la cual no habrá de volver jamás. La relativa estabilidad reaccionaria europea jugaba en contra de la supervivencia del proceso revolucionario americano. Muchos de los dirigentes de Buenos Aires, el último gran bastión de la revuelta americana, entraban en pánico a la llegada de las noticias del viejo continente. También eran tremendas las que llegaban de la propia América del sur dando cuenta de los triunfos de la expedición de Morillo en Venezuela y Nueva Granada.

Así pinta el autor argentino Ricardo De Titto este panorama sombrío: "El año 1815 es clave en la historia americana: Hidalgo y Morelos, los dos curas revolucionarios de México, ejecutados; Bolívar, exiliado en una isla del Caribe, y España, por su lado, organizando una enorme armada que, con todo el apoyo de la reaccionaria Santa Alianza, hará 'tronar el escarmiento' de los audaces independentistas americanos con el objetivo de hacer desaparecer del Nuevo Continente todo vestigio de republicanismo y democracia representativo"[26].

¿Cuáles fueron los motivos de este retroceso en la causa americana?

25/Acosta Saignes, ob. cit., p. 87.

26/De Titto, ob. cit., p. 33.

Muchos ya lo venimos tratando: los errores cometidos por los revolucionarios –tanto del norte como del sur de nuestra América del Sur–; la situación internacional –la Santa Alianza y la coalición reaccionaria que le pone un respirador artificial al absolutismo, pero que en ese momento parece gozar de buena salud–; la ambigüedad de Inglaterra que, mientras multiplicaba exponencialmente su comercio con América, tenía una posición neutral en su lucha por la independencia y –pese a lo que entendían muchos revolucionarios– estaba lejos de convertirse en su natural aliado.

Muchas veces las causas del reflujo no son más que las rivalidades personales, entre regiones, viejas cuentas de la época colonial, inexperiencia al frente de la administración que crea innecesarios conflictos, etc. La heterogeneidad de las regiones fue haciendo su aporte a luchas particularizadas que mostraban intereses mezquinos respecto de los combates centrales por la libertad de América. Los colonialistas fueron sacando provecho de estas contradicciones secundarias y terciarias, fundamentalmente en la primera etapa, cuando se trataba no de una guerra de carácter nacional, sino de una disputa política por el sentido al interior de una unidad aunque fuera en situación colonial. La jerarquía de la Iglesia católica también contribuyó con todo su poder a inclinar la balanza hacia el orden conservador y colonial. Una parte importante de las clases dominantes se aferró a sus privilegios puestos en crisis por las guerras revolucionarias, y muchas otras que habían apoyado inicialmente la causa, se cambiaron de bando por temor que la revolución terminara en revuelta popular o de los pueblos originarios, como con los tupamaros, o los negros, como en Haití.

Las Provincias Unidas del sur (en conflicto interno permanente entre ellas) constituían para 1815 el único territorio de Hispanoamérica que no había sido recuperado por las armas borbónicas. Lima y su virreinato eran un bastión realista, así como el recuperado Alto Perú. La revolución chilena de la Patria Vieja había sido recapturada y reconvertida en la capitanía general de Chile. El Ejército Libertador de Bolívar había sido derrotado en Venezuela y Nueva Granada. En Nueva España, en julio las tropas colonialistas lograron reconquistar Oaxaca y Acapulco, distritos estratégicos, lo que obligó al congreso a trasladarse a Puebla. La contraofensiva realista tuvo éxito definitivo cuando el inspirador de la revolución popular, el cura Morelos, fue apresado en Tezmalaca, Puebla, y fusilado el 22 de diciembre de 1815.

5. La revolución americana acorralada en el Río de la Plata

La revolución americana estaba restringida a la iniciativa que se había generado en Buenos aires en mayo de 1810, en el virreinato del Río de la Plata, aunque acosada tanto por la amenaza del envío de una expedición externa, como del arribo de una fuerza desde el Alto Perú, pero también por las contradicciones internas que hacían de Paraguay un núcleo aislado y del resto de las provincias litorales, en abierta rebelión federalista bajo la conducción popular de Artigas, un territorio hostil a las decisiones de Buenos Aires. Alvear, que conducía[27] no sólo la logia, sino también la Asamblea, decide concentrar el

27/"Alvear es la figura dominante del régimen. Enfrenta dos dificultades principales: la expansión del federalismo del Litoral y la cada vez mas desfavorable situación internacional." Halperín Donghi,

poder. Para 1814 había hecho jugar su hegemonía en la Asamblea para designar a su tío Gervasio Antonio de Posadas, al frente de un poder ejecutivo unipersonal que tenía el pomposo título de director supremo.

Como hemos visto, Posadas a instancias de Alvear y para sacárselo de encima, designó a San Martín jefe del Ejército del Norte, a pesar de las insistencias de éste para que se mantuviera a Belgrano. San Martín en su encuentro con Belgrano en la posta de Yatasto, es puesto en real conocimiento de la situación de esa frontera caliente con los realistas. El Libertador, bien asesorado por el doctor Belgrano[28], ordenó fortificar Tucumán para que fuera la retaguardia desde la cual resistir un embate de las fuerzas colonialistas asentadas en el Alto Perú, pero al mismo tiempo estableció una vanguardia en Salta, con la guerra de guerrillas de los gauchos conducidos por el teniente coronel Martín Miguel Güemes. La función específica de las fuerzas del salteño "comandante general de las avanzadas" era, como dice Pérez Amuchástegui, "impedir el abastecimiento de los realistas y destruir sus avanzadas"[29]. También fomenta las acciones militares del mismo tipo tras las líneas de ofensiva enemiga, como en la región de Santa Cruz al mando de Arenales, que obtienen algunas victorias importantes como la batalla de La Florida (25 de mayo de 1814).

"Si en el norte había sido preciso un hombre prudente y mesurado como San Martín para asegurar la frontera, la toma de Montevideo exigía un hombre temerario a la vez que desprejuiciado respecto de las tratativas diplomáticas; y esas condiciones se daban en el joven Alvear –sobrino de Posadas–, a quien se le encomendó la organización de las fuerzas militares y el mando en jefe de la expedición. El 17 de mayo obtuvo Brown una victoria naval en El Buceo, y en esa misma fecha llegó Alvear a la plaza sitiada; acorralado, Vigodet pretendió reiniciar las negociaciones que Alvear, con el derecho del vencedor, desconoció olímpicamente exigiendo la rendición incondicional. Así, el 23 de junio de 1814 fue liberado Montevideo, quitando a los españoles, definitivamente, toda posibilidad de apoyo en el Plata"[30].

Manuel de Sarratea es el enviado del Directorio en Europa y por entonces está en Londres tratando de negociar sin éxito el apoyo de Gran Bretaña, que sigue priorizando su alianza con España. Y, para colmo de males, se refuerzan los controles del embargo de la venta de armas hacia los revolucionarios desde Inglaterra. El embajador inglés en la corte portuguesa de Río, lord Strangford, recomienda a los gobernantes de Buenos Aires que envíen una delegación para felicitar a Fernando VII por su regreso al trono español. Alvear cumple rápidamente la sugerencia enviando a Rivadavia y a Belgrano.

---

ob. cit., p. 96.

28/"De Belgrano aprendió San Martín la significatividad estratégica de Tucumán, nudo gordiano del norte argentino, y llevó a cabo cabalmente los proyecto que, a su hora, había trazado Belgrano para organizar en Tucumán un ejército suficientemente fuerte y eficaz". Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 21. San Martín realizó esta tarea con el profesionalismo militar del que carecían los jefes anteriores del Ejército del Norte; no sólo restableció la disciplina sino que también ordenó, desde la logística y la sanidad hasta la capellanía y la maestranza, además de implementar tribunales militares especiales para el reclutamiento de esclavos.

29/Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 21

30/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 97.

El 9 de enero de 1815 finalmente Alvear asume personalmente el poder[31], designado como director supremo[32] en una situación nacional e internacional cada vez más acuciante. Sus maniobras, que partieron desde el sector de la restauración del movimiento, lo fueron corriendo de eje hasta constituirlo –por la desesperación y por falta de coraje político– en verdaderamente un traidor a la causa emancipadora. Las vamos a explicar con palabras de Halperín Donghi, insospechado de posiciones antiimperialistas o nacionalistas: "Alvear enfrenta, agravados, los mismos problemas ante los cuales fracasó su predecesor. Envía a Río de Janeiro al doctor Manuel José García, con la misión secreta de solicitar del embajador británico, lord Strangford, su apoyo para una incorporación del Río de la Palta a los dominios del rey de Inglaterra por las razones expuestas en un memorial que acompañaba sus instrucciones y en una elocuente solicitud dirigida a ese soberano"[33].

Quizás a algunos historiadores les parezca exagerando hablar de la traición de Alvear. Ponemos a consideración un párrafo de este memorial, que dice expresamente: "Estas provincias desean pertenecer a la Gran Bretaña, recibir sus leyes, obedecer a su gobierno y vivir bajo su influjo poderoso. Ellas se abandonan sin condición alguna a la generosidad y buena fe del gobierno inglés y yo estoy resuelto a sostener tan justa solicitud para librarla de los males que la afligen."

Manuel García "estrechamente vinculado a los ingleses[34] –responsable, años más tarde, de sucesos tan vergonzosos como la confabulación con Portugal para aniquilar al artiguismo y luego, del tratado de paz con Brasil donde cedía la Banda Oriental después de haber ganado la guerra–, se presta entusiastamente para instrumentar la gravísima claudicación de Alvear"[35].

La falta de capacidad de respuesta de Alvear ante la delicada situación es lo que lo hace implorar el protectorado británico en sendas cartas al ministro Castlereagh[36] y a Stran-

31/Pagado de sí y amante de la pompa, su juramento fue acompañado de un largo manifiesto del congreso constituyente –ya casi sin sesiones–, en el que hace una síntesis de los acontecimientos por los que atraviesa el país desde mayo de 1810. Alvear se consideraba el jefe natural para encausar a una revolución que estaba dando tumbos. Político joven y sin demasiada experiencia más que en la conspiración, hábil militar, pero que había usufructuado glorias ajenas, va a tener en el difícil gobierno de la situación una larga lista de desaciertos que hará su gobierno más breve de lo que cualquiera podía suponer.

32/"Posadas, que mucho había hecho ya por la tranquilidad del país, estaba harto de las impertinencias de su sobrino, declarado benemérito por la toma de Montevideo, quien se sentía prócer en vida y quería alcanzar por cualquier medio las más altas jerarquías, sin advertir que lo respaldaba apenas una minoría audaz con la esperanza de medrar bajo su tutela". Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 28.

33/Halperín Donghi, ob. cit., p. 97.

34/Al mismo Manuel García que Lord Ponsomby elogia como "el hombre más ilustrado de la nación", en el mismo sentido que Mitre que lo califica de "uno de los hombres más notables de la época (...) de elevación moral e inteligencia poderosa" es el que Posadas califica como "un alma fría para las cosas de la Patria", un eufemismo maravilloso para revelar que sirve a los ingleses.

35/Galasso, ob. cit., p. 137.

36/"En marzo Alvear le escribió a Castlereagh prometiendo que el país haría lo que Gran Bretaña quisie-

gford. "Este país no está en edad ni en estado de gobernarse por sí mismo y necesita una mano del exterior que lo dirija y contenga en la esfera del orden antes que se precipite en los horrores de la anarquía. (...) En estas circunstancias solamente la generosa nación británica puede poner un remedio eficaz a tantos males, acogiendo en sus brazos a estas provincias, que obedecerán su gobierno y recibirán sus leyes con el mayor placer".

Alvear[37] expresa en el peor momento de la revolución al pánico de las clases acomodas de Buenos Aires que se sienten amenazadas tanto por la restauración española como por los levantamientos de las montoneras. Por eso llega al punto de la claudicación más absoluta cuando envía a Manuel García a Río de Janeiro a fin de visitar a lord Strangford con la misión de ofrecer las Provincias Unidas al dominio directo, a modo de colonia, respecto de los británicos. Alvear expresa también como dice Alejandro Pandra a una línea política de la dirigencia argentina: "Desde antes y hasta ahora, nos acompañará siempre un sector de la clase dirigente argentina que hubiera preferido una victoria inglesa en las invasiones"[38].

Sin embargo, la coyuntura europea no le permitió a Castlereagh aceptar. Éste impulsaba una política que recomendaba a su aliado España una política más liberal hacia sus colonias rebeldes que habían sido casi todas recuperadas. El negocio con todas aparecía más beneficioso que la ocupación de una sola. Sabía además perfectamente por los informes del propio lord Strangford que tal ofrecimiento no estaba avalado por la Asamblea ni sería grato a las provincias. García, incansable al servicio británico partió con sus instrucciones de sometimiento rumbo a Londres. Allí Belgrano y Rivadavia lo convencieron de la inviabilidad de semejante proyecto.

Pero no todos los políticos tenían esa actitud claudicante. El año 1815 es el del apogeo de José Gervasio Artigas: en enero sus aliados derrotan a Manuel Dorrego[39] en Guayabos y el 15 de febrero las montoneras orientales ingresan en Montevideo, consolidando su máxima extensión territorial. En junio toma la decisión de reunir a su zona de influencia, también llamada de los Pueblos Libres, en el Congreso de Oriente. Artigas actúa como un jefe de Estado, dictando reglamentos y poniendo en movimientos corsarios para dar la disputa en los ríos y mares. Incluso el federalismo había avanzado como ola irrefrenable en otras provincias como Santiago del Estero, La Rioja y Salta que habían declarado sus respectivas

---

ra, hasta llegar a entregar parte del territorio a Brasil" (John Street, *Gran Bretaña y la independencia del Río de la Plata,* en Luna, ob. cit., p. 70.

37/"Ante tales perspectivas, el sucesor y sobrino de Posadas pierde lo estribos y acometido de un frenesí suicida postula 'traer el gobierno de afuera': en sendas cartas a Lord Strangford y al ministro Castlereagh implora el protectorado británico como único medio de restablecer el orden en las Provincias Unidas. Conviene destacar en qué mal momento Alvear se hace cargo del mando supremo. Este aspirante napoleónico, este aguilucho atrevido, tiene ya las alas rotas: poco antes los oficiales del Ejército del Norte habían rechazado su mando forzándolo a regresar desairadamente a Buenos Aires". Sanchez Sorondo, ob. cit., p. 77.

38/Pandra, ob. cit., p. 165.

39/Dorrego será parte central de la conducción del partido popular o federal en Buenos Aires, pero en ese momento toma parte como militar en el intento de represión de los porteños a las provincias que es frustrado precisamente por el apoyo popular que tenían los caudillos litoraleños.

autonomías respecto de Buenos Aires.

Como la otra cara de un momento histórico que parece ser la cumbre del artiguismo, comienza también su debilitamiento. Se suscitan divergencias con el cabildo de Montevideo. En poco tiempo, la rienda rígida con que maneja Artigas los asuntos políticos lo hace sufrir diferencias, incluso con muchos de los más cercanos colaboradores de la primera hora. Artigas no hace una conducción institucional, sino personalísima de los asuntos políticos. Esto contribuye, tanto como la enorme extensión abarcada geográficamente por la Liga de los Pueblos Libres, en un problema político difícil de resolver. La contracara es Buenos Aires, con su Directorio, gobierno centralizado e institucionalizado pero sin poder alguno y con la indecisión y el pánico de sus conductores como Alvear. Acaso el mayor nivel de equilibrio está en Paraguay, donde el doctor Francia conduce con impronta personal, pero al mismo tiempo institucionaliza una revolución de carácter popular.

Existía en el Río de la Plata "la imposibilidad de estructurar alianzas estables entre los tres grandes bloques político–geográficos, Buenos Aires, el Litoral y el Interior y, como consecuencia, la imposibilidad de organizar el nuevo 'país' alrededor de una Constitución republicana y federal"[40]. El territorio libre de América para 1815 distaba mucho de ser una república tranquila y, mucho menos, próspera.

"Perplejo, Alvear insistía ante la Asamblea que sólo una manera violenta podría restablecer el orden; pero sabía también que él carecía de fuerzas para llevar a cabo tamaña empresa. El 25 de enero, a dos semanas de haber asumido el directorio, reunió al consejo de Estado para buscar una salida que beneficiara a la burguesía comercial –su único y débil apoyo– y posibilitara la imposición por la fuerza de cualquier forma institucional"[41].

Parecería que la intervención violenta de Buenos Aires sobre las provincias para salvarlas de su "caos primitivo" es el correlato de la intervención británica pedida por Carlos María de Alvear y Manuel García para "salvar" a las Provincias Unidas. Así les rogaba García[42] a los ingleses: "Estoy persuadido, y la experiencia parece haberlo demostrado, que necesitamos la fuerza de un poder extraño, no sólo para terminar contienda sino para formarnos un centro común de autoridad capaz de organizar el caos en que están convertidas nuestras provincias".

Paralelamente a estas iniciativas genuflexas hacia los británicos que presentaban Alvear[43] y García, en mayo de 1816 (apenas unos meses antes de la valiente declaración

---

40/De Titto, ob. cit., p. 16.

41/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 98.

42/Manuel José García, en Sánchez Sorondo, ob. cit., p. 71.

43/La humillación propuesta por Alvear no tenía límites. Esto le parecía preferible a caer en el orden "anárquico" propuesto por Artigas, y así llega a escribir: "Por lo tocante a la nación inglesa, no creo que pueda presentarse otro inconveniente que aquel que ofrece la delicadeza del decoro nacional por las consideraciones debidas a la alianza y relaciones con el rey de España. Pero yo no veo que este sentimiento de pundonor haya de preferirse al grande interés que puede prometer la Inglaterra de la posesión exclusiva de este Continente (...) la reconquista de estos países (por España) no haría más que autorizar una guerra civil interminable (...) La Inglaterra (...) no puede abandonar a su suerte a los habitantes del Río de la Plata en el acto mismo en que se arrojan en sus brazos generosos".

de la independencia del Congreso de Tucumán) Rivadavia se presentaba en Madrid para felicitar a Fernando VII "por su venturosa y deseada restitución al trono" y le ofreció directamente, según refiere José Luis Busaniche en su libro San Martín vivo, al representante diplomático español que lo atendió en nombre de Fernando VII el vasallaje de los pueblos de las Provincias Unidas. Rivadavia también expresaba el pánico de los comerciantes porteños de caer en bajo las bárbaras garras de Artigas, después de que los ingleses le habían dado la espalda.

En 1815, las banderas de la revolución popular y democrática, volviéndose nacional, claramente no tienen un eje en Buenos Aires sino en Artigas en el Litoral, Güemes en Salta y San Martín en Cuyo. Porque Alvear estaba de rodillas en Buenos Aires, dispuesto, como hemos visto, a entregar la dignidad más que para salvar la revolución, para salvar el pellejo de algunos de los revolucionarios y sobre todos los negocios nuevos de un sector comercial emergente y sus aliados ganaderos.

Recordemos que cuando se encomendó a Alvear la jefatura de la expedición sobre Montevideo, Rondeau fue transferido como jefe del Ejército del Norte, en reemplazo de San Martín que, a la sazón, se reponía de sus problemas de salud en Córdoba. En ese marco, San Martín consigue ser designado en Mendoza para cumplir con su estrategia (que no era visualizada desde el centro del poder porteño); el 10 de agosto de 1814 el director Posadas designó a San Martín gobernador intendente de Cuyo[44]. No debemos olvidar, también, que en octubre de 1814 prácticamente se pone fin a la experiencia de la revolución chilena de la Patria Vieja con la derrota de las fuerzas comandadas por Bernardo O'Higgins en Rancagua. Muchos de los vencidos se exiliaron del otro lado de la cordillera, en Mendoza. Y trasladaron allí también sus contradicciones internas, San Martín debió terciar en el enfrentamiento de O'Higgins y José Manuel Carrera, tomando abiertamente partido por el primero. En Cuyo, San Martín comenzó a formar un ejército considerable. Pero éste no respondía a Buenos Aires, pues las relaciones entre Alvear y San Martín estaban definitivamente rotas. Por eso cuando aquel pretendió convocar a esa fuerza que pacientemente construía San Martín, para la represión interna a fin de doblegar a la ascendente figura de Artigas, el Libertador se puso en abierta rebeldía. El campo popular no sólo cuyano sino de toda la región andina respaldaba a San Martín y repudiaba al director supremo. Otro tanto hacían los gauchos conducidos por el caudillo Martín Miguel de Güemes, quien con su propio esfuerzo y con la guerra de guerrillas contenía a la vanguardia realista del Alto Perú, que preparaba una invasión desde Yavi. Güemes se encontraba en un enfrentamiento político importante con Rondeau, quien seguía siendo el jefe del Ejército del Norte.

Pero en donde más chocaban las pretensiones centralistas del nuevo director Alvear con la realidad de los pueblos era en el Litoral, donde los Pueblos Libres bajo la conducción del protector Artigas, llevaban una política verdaderamente independiente de los designios de Buenos Aires.

De Titto, ob. cit., p. 17.

44/La excusa de San Martín para armar una fuerza militar en Cuyo era, una vez caído Chile, que este ejército era de carácter defensivo para impedir cualquier intento realista organizado desde el otro lado de la cordillera de los Andes.

"A mediados de 1815 era dable discernir un fuerte y compacto grupo popular, acaudillado por Artigas, republicano, federalista y antilusitano, que procuraba una Liga Federal con hegemonía ribereña y comprendiendo, incluso, buena parte del Brasil; otro grupo, con mucha influencia en el interior, adhería a las aspiraciones de la logia Lautaro, coincidente con el artiguismo en cuanto a la necesidad de organizar el Estado y de atender a la voluntad popular, pero que se inclinaba a la monarquía constitucional y prefería no molestar a los portugueses para evitar la interferencia británica; y un tercer grupo liberal, muy heterogéneo, formado por una minoría confabuladora que, en procura de su propio bienestar económico, accedía a cualquier cosa con tal de detentar el dominio del hinterland de Buenos Aires. Este sector, aparentemente desplazado, sin apoyo popular ni militar, estaba formado por poderosos representantes de la burguesía comercial e intelectual y era, sin duda, el más hábil para el manejo de las trastiendas políticas, pues sabía ingeniarse para lograr secuaces en los otros grupos, mediante la dialéctica convincente o, en su defecto, el soborno"[45].

Artigas, en una carta[46], expresa claramente su mirada de la situación y su proyecto: "Todos los pueblos situados a lo largo del Uruguay y el Paraná están bajo un mismo pie y han saludado el restablecimiento de la armonía general, de la prosperidad, la vida la paz y la libertad... luego que se fije en todo el territorio el plan de su seguridad, se verificará la organización (general) consultando cada una de las provincias su ventajas peculiares y quedarán todas en una perfecta unión entre sí. No en aquella unión mezquina que obliga a cada pueblo a desprenderse de una parte de su confianza en camino de una obediencia servil, sino en aquella unión que hace al interés mismo sin perjuicio de los derechos de los pueblos y de su libre y entero ejercicio".

6. Goyeneche, Pezuela, De la Serna y Olañeta. El acoso interminable en la frontera caliente

La imprecisa línea fronteriza entre Jujuy, Salta y el Alto Perú se constituyó en una frontera caliente entre los patriotas y los realistas. Desde el Perú y el Alto Perú, en los primeros años de enfrentamiento, los realistas emprendieron once sucesivas invasiones sobre Jujuy y Salta. La primera de ellas, dirigida por los generales Nieto y Córdoba, se produjo en 1810; la segunda, por el general Pío Tristán en 1812. Ante la amenaza cierta, en agosto de 1812 el general Belgrano dispuso el referido "Éxodo jujeño" hacia Tucumán. En 1814 se realizó la tercera invasión, comandada por los generales Pezuela, Ramírez y Tacón y la cuarta, dirigida también por Pezuela, al año siguiente[47].

45/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 101.

46/Carta de Artigas enviada el 29 de marzo de 1814 al cabildo de la ciudad de Corrientes aconsejando la convocatoria a un congreso provincial.

47/"Entre 1817 –invasión de De la Serna a Jujuy y Salta– y 1821, la ciudad de San Salvador de Jujuy fue ocupada seis veces por las tropas de España: entre enero y mayo de 1817, un par de días en enero de 1818, por apenas un rato el 26 de marzo de 1819, entre fines de mayo y fines de junio de 1820, en abril y junio-julio de 1821 –el 27 de abril de 1821 se produjo la victoria de las fuerzas jujeñas en el combate de León, que es recordado como el 'Día Grande de Jujuy'– y, por último, el 6 de diciembre

El "conde de los Andes", José de la Serna y Martínez de Hinojosa, reemplazó en la comandancia de los realistas al "conde de Huaqui " y "vizconde del Alto Perú", José Manuel de Goyeneche, que había tenido a su cargo la primera etapa de lucha contrarrevolucionaria. Es claro que el imperio español repartía títulos a diestra y siniestra a sus hombres leales, fueran estos peninsulares o americanos.

Pezuela, llegado a la comandancia suprema, desarrolló una política más ofensiva no sólo hacia el sur, sino también respecto de las llamadas "republiquetas", que eran focos de resistencia al interior del territorio ocupado por los realistas. Un gran triunfo de las republiquetas de Vallegrande y Santa Cruz, en la batalla de La Florida, había permitido una breve arremetida del Ejército del Norte. Pero lo que impidió una contraofensiva hacia Tucumán o incluso más al sur, no fue una frontera natural sino una nueva rebelión que había estallado en el Cusco. Pezuela debió enviar la mitad de su ejército para enfrentarla. En esos momentos el director supremo de las Provincias Unidas dispuso lanzar la tercera expedición auxiliadora del Alto Perú, al mando del general José Rondeau. Su avance provocó, en un principio, un mayor repliegue de Pezuela, pero la lentitud de movimientos del Ejército del Norte facilitó que el jefe español organizara mejor sus fuerzas, incluyendo a aquellas que retornaban del Cusco y de Chile luego de aplastar sendos levantamientos.

Rondeau "decidió el reemplazo como jefe de vanguardia de Martín Güemes por Martín Rodríguez, que fue rápidamente vencido y tomado prisionero apenas entrado en la puna jujeña. Mientras tanto, los gauchos de Güemes anotaban un importante triunfo que salvó al ejército que preparaba su campaña hacia el norte. De cualquier modo, los gestos de desprecio de Rondeau hacia Güemes motivaron que el salteño apartara sus guerrillas y, de retorno en Salta, se hiciera elegir gobernador de la provincia. El acto fue tomado por Rondeau como un gesto de insubordinación a los poderes del Directorio y a su propia investidura, ya que implicaba, de hecho, la autonomía política para la provincia. En un error típico de los revolucionarios porteños, Rondeau considera entonces que su principal tarea es capturar a Güemes. Así el Güemes de estos tiempos depende de la perspectiva que el observador adopte al considerar al nuevo gobernador de Salta, el Artigas del Norte o el antemural septentrional de la revolución"[48].

El 22 de marzo de 1816, Rondeau y Güemes firmaron un acuerdo en San José de los Cerrillos. El primero, era jefe del Ejército del Norte y director supremo de las Provincias Unidas; el segundo, gobernador de Salta y general en jefe de las fuerzas locales. No se trató de un acuerdo menor, ya que impidió que dos generales del bando patriota se enfrascaran en una lucha fratricida. Tanto es así que el acuerdo fue impulsado, entre otros, por el general San Martín, quien era absolutamente conciente de que una pelea con Güemes ponía en riesgo su estrategia continental. Mediante ese pacto en que Güemes es reconocido como gobernador, gana la legitimidad para imponer a las clases aristocráticas de Salta el costo de

---

de 1822, el comandante Pedro Olañeta se retiró del territorio jujeño poniendo fin a la última invasión realista. Este hombre tuvo un curioso final: en julio de 1825 –mientras un Congreso de las Provincias Unidas instalaba el régimen presidencial– fue nombrado virrey del Río de la Plata; el rey no sabía que Olañeta había muerto tres meses antes". De Titto, ob. cit., p. 201.

48/Halperín Donghi, ob. cit., p. 106.

financiar el sostenimiento de las fronteras con los realistas. La oligarquía salteña jamás le perdonará a Güemes –que había nacido como uno de sus hijos– haberle impuesto sufragar el costo de la guerra. Güemes se apoya para ejecutar este plan en las mayorías populares que tanto repudio causaban a las fuerzas directorales de Buenos Aires, pero que eran tolerables en su vínculo con Güemes, pues no sólo detenían el avance realista, sino que también pagaban los gastos de ello.

Tras esa desavenencia, resuelta con la mediación de San Martín, Rondeau partió hacia Potosí, adonde entró en mayo de 1815. "Una desacertada decisión de Martín Rodríguez –cuya lucidez como militar ha sido puesta en duda– provocó una gravísima derrota: decidió sorprender a los realistas el 20 de octubre con un ataque nocturno, pero los enemigos, acantonados en Venta y Media –cincuenta kilómetros al sudeste de Oruro–, se rehicieron a tiempo y, mejor dispuestos y armados, infligieron una grave derrota a los patriotas. La acción, que contó con el visto bueno de Rondeau, causó gran desmoralización en un ejército que no encontraba un rumbo claro"[49].

Rondeau esperó cerca de Cochabamba, en el llano de Sipe-Sipe, a las tropas colonialistas. Fue una lucha de 3.000 soldados patriotas contra 4.000 realistas. La evidente superioridad de los realistas se agravó con la diferencia cualitativa en lo que al arte militar refiere entre el comandante español Joaquín de la Pezuela y el oriental Rondeau. La conclusión fue una derrota desastrosa. Los patriotas perdieron 500 hombres y se contaron mil heridos. Los realistas tomaron 800 prisioneros. Para tener una idea cabal de la contundente superioridad estratégica de Pezuela sobre Rondeau digamos que los colonialistas tuvieron aproximadamente sólo 40 muertos. Los españoles llamaron a esta batalla de Viluma y otorgaron a Pezuela el pomposo título de marqués de Viluma.

La pérdida del Alto Perú no solo tuvo efectos políticos –se cernía la amenaza de una ofensiva colonialista hacia el sur–, sino también económicos: los yacimientos de las minas de plata del Alto Perú eran fuente principal de recursos, razón por la que eran disputados encarnizadamente por ambos bandos. Aunque la otra consecuencias ya entonces definitiva era que se había perdido la esperanza de recuperar el movimiento comercial que daba vida a las incipientes burguesías de Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago y Córdoba, abastecedoras de ganado, ropa, alimentos y enseres a los viajeros, y que respaldaban y comerciaban con las tropas civiles y militares, de modo que también alimentaba las arcas de cada provincia.

Luego de la derrota de Sipe Sipe, ya no había quien sostuviera efectivamente que la política ofensiva hacia el norte era viable. El Alto Perú parecía inexpugnable y cerrado definitivamente como camino hacia el centro del poder español en Lima. Las guerrillas de los gauchos de Güemes hacen imposible la vida de los ejércitos realistas en la zona. El equilibrio allí obtenido se mantendrá por años para terminar siendo la frontera entre Bolivia y Argentina, lo que permite a los historiadores liberales una especie de predicción de una frontera natural, que realmente no existía en aquellos tiempos. Las historias nacionales suelen tener ese tipo de límites arrastrados desde una delimitación geográfica posterior y transportadas anacrónicamente hacia atrás en el tiempo. No enterados los realistas –como así tampoco los patriotas–, que eso habría de ser una frontera, realizaron varias incursio-

49/De Titto, ob. cit., p. 190.

nes, llegando incluso hasta Salta al mando del general Olañeta. Sin embargo, la política de este líder realista con las ciudades como Salta y mucho más con Jujuy, era el saqueo metódico y el retirarse de inmediato con el botín hacia posiciones seguras.

Durante el directorio de Posadas, Alvear, siempre sediento de gloria, fue designado al frente del Ejército del Norte. Pero lejos de otorgarle los laureles militares que obtuvo en Montevideo, esta designación generó una fuerte resistencia y no sólo en la tropa. Uno de los que rechaza esta nueva conducción es el caudillo salteño Martín Miguel de Güemes. No está dispuesto a aceptar una jefatura que ha dado largas muestras de ser claudicante frente al enemigo e implacable frente a los propios.

Con la resistencia de los pueblos frente a su designación Alvear recompone su liderazgo en el grupo porteño y con la renuncia al directorio de su tío Posadas se hace designar nuevo director supremo. Su poder fue más ostentoso y efímero que efectivo. Sus delirios de grandeza, que eran expresión de la soberbia porteña, chocaron frente a una realidad cada vez más compleja tanto en el frente interno como en el externo. Artigas gravitaba en todo el litoral, incluso hasta Córdoba; Güemes, en el norte, tenía la conducción de hecho de las fuerzas que enfrentaban la avanzada realista. En Cuyo, la preponderancia de San Martín, lo ponía lejos de los manejos del directorio. Buenos Aires gobernaba Buenos Aires y poco más...

Acaso San Martín y su estrategia continental y a largo plazo eran el único camino que permitía salir por arriba del laberinto de la crisis política. La situación europea y las luchas internas hacían tambalear a una revolución hecha desde arriba, que había consumido hombres, recursos y energía, todos ellos escasos en esta parte de América del sur. En Europa, el clima se volvía cada vez más hostil, no sólo para procesos de independencia de las colonias, sino también para procesos republicanos. Las luchas autonomistas frente a la prepotencia bélica de Buenos aires impedía incorporar nuevos sectores a un movimiento que pasaba de ser hecho en nombre de la libertad a ser embanderado en lo emancipatorio. La empresa de crear una nación rompiendo con el colonialismo se hallaba en serias dificultades en toda América. Fue entonces cuando del sur de América meridional emergieron la determinación y el coraje para poner en blanco sobre negro la guerra independentista. En esa coyuntura, las declaraciones de independencia implicaban un abierto desafío, tanto a las acechantes tropas realistas cuanto a la diplomacia británica que seguía recomendando la salida demorada en tanto le garantizase el nuevo flujo comercial en su propio beneficio.

Para 1815, cuando se produce en Europa el fin de la hegemonía napoleónica, la reacción domina militarmente la mayor parte del territorio en nuestra América. Una noche oscura parece cernirse sobre el cielo de la revolución. Pero los patriotas de aquel entonces demostraron que "la única lucha que se pierde es la que se abandona".

En aquel año, el panorama de la revolución americana, tal como hemos visto, era sombrío. En el virreinato de Nueva España los rebeldes habían sido prácticamente aniquilados. En la zona de nueva Granada y la capitanía de Venezuela el panorama no era mejor. Los realistas controlaban casi la totalidad del territorio. En Lima, Abascal era amo y señor y había aplastado a los sublevados de Quito, Chile y el Alto Perú. A la región subsistente de la lucha contra el absolutismo del Río de la Plata sólo se sumaban focos aislados en los Llanos venezolanos y la guerra de republiquetas en la zona altoperuana que alcanzaban para

hostigar pero no para hacer una contraofensiva. No obstante, Bolívar, refugiado en Haití, hacía planes para retornar y liberar su tierra y San Martín, en Cuyo, preparaba pacientemente un ejército para dar pelea en la estrategia de reconquistar Chile y desde allí partir por barco hacia Perú. La noche oscura presagiaba el amanecer.

La unidad construida culturalmente entre españoles de España y de América, había hecho que la crítica al mal gobierno desarrollada por las elites criollas se extendiera a las relaciones de dominación colonial. Otros lazos sociales, que fueron deviniendo con el tiempo en nacionales, se trazaron entre los distintos sectores sociales, incluso con las clases oprimidas, pero siempre las viejas estructuras que pesaban como si fueran castas jugaban en favor del mantenimiento del lazo colonial. Los cabildos, verdaderas escuelas de autogobierno para la elite criolla, vieron en su autonomía una continuidad pero en algunos casos sintieron vértigo ante la puerta que habían abierto, terminando desplazados y, en no pocas ocasiones, jugando para el otro lado. Cada junta insurrecta había actuado por propia cuenta, sin relación con las vecinas y eso debilitó los cauces únicos de una lucha que, si no se convertía en nacional, perdía razón de ser. Los núcleos humanos de la América colonial se hallaban separados por largas distancias; comunicarse entre sí era una ardua tarea, lenta y tediosa. Así, las noticias de las derrotas alentadas por los realistas corrían más rápido que la de triunfos que desde el localismo parecían ajenos. Las únicas comunicaciones posibles en estos inmensos espacios, al comenzar el siglo XIX, seguían siendo las marítimas y durante casi toda la primera parte de la revolución la hegemonía en los mares pertenecía a la flota española. Fácil era a los españoles, dueños del mar, en lucha con los insurrectos carentes de marina, trasladar ya noticias ya sus ejércitos regulares, que comenzaban a engrosarse con las tropas veteranas[50] que habían vencido nada menos que al ejército francés de Napoleón. Las tropas disciplinadas y los oficiales profesionales formados en Europa, cuando pudieron incluirse en la lucha, fueron demasiado para los ejércitos populares de los patriotas, al frente de los cuales estaban –la mayoría de las veces– generales impro-

50/Ya en 1813 se enviaron 9.200 soldados veteranos desde España a América, número que superaba al de todos los enviados desde el estallido de la revolución. En particular a Montevideo (todavía en manos realistas) se mandó un tercio de las mismas, lo cual demostraba la importancia que le daban los colonialistas a esa plaza, para desde allí emprender la reconquista del Río de la Plata. En 1815 Fernando VII hizo partir de Cádiz la expedición de Morillo con 10.000 soldados. En 1816 y 1817 se mantuvo el esfuerzo a niveles similares con aproximadamente 4.500 hombres cada año. Durante 1818 tiene lugar una radical disminución de las expediciones. Únicamente salió una, el 8 de mayo de 1818, que partió con destino al Perú. Se componía de diez transportes escoltados por una fragata de guerra que llevaba a bordo 2.800 hombres, principalmente del regimiento de infantería de Cantabria (95 oficiales y 1.455 soldados). En 1819 salió una sola expedición, hacia La Habana. Partió el 18 de julio y estuvo integrada por 192 oficiales y 2931 soldados. En 1820 sólo 1.500 fueron destinados a La Guaira, en Venezuela. Según un estudio meticuloso realizado, en un total de 19 expediciones hechas por las fuerzas españolas hacia América del Sur entre 1811 y 1821, se trasladaron en total una fuerza de poco más de 30.000 combatientes. Albi de la Cuesta, Julio,"El esfuerzo militar español durante las guerras de emancipación de América", Revista de Historia Militar, año XXXIV, número 69, 1990, p. 147.

visados que se habían formado para otra cosa. Así se fueron aplastando, sucesivamente, diferentes focos de resistencia. Pero la voluntad de independencia más que la de la revolución no fue posible arrancarla del corazón del pueblo. Y sobre las cenizas de la derrota en algunos casos, como en el norte, o en la subsistencia de la causa revolucionaria en otras, como en el Río de la Plata, se fue rehaciendo el fuego de la gesta emancipatoria.

Aun en una situación militar de derrota que parecía definitiva, el movimiento rebelde que había empezado en la convocatoria de cabildos abiertos y en la creación de juntas, estaba maduro para darle un sentido épico a su causa que era nacionalizar la lucha. Si bien los primeros dirigentes habían salido casi excluyentemente del patriciado urbano (terratenientes, comerciantes y letrados), se fueron integrando a ella militares profesionales que hicieron su aporte a la recomposición de la fuerza, y otros fueron agregando a sus condiciones naturales para el mando la formación de la experiencia. San Martín y Bolívar son un ejemplo de unos y otros. Pero no los únicos. La polarización de los frentes producto de la militarización del conflicto político fue conduciendo al camino sin retorno de la ruptura nacional americana con la dominación colonial española y esto movilizó al pueblo de nuestra América por su verdadera libertad, que no era la que se leía en los libros de la ilustración. Una idea de nación estaba naciendo.

Asiste razón al maestro Norberto Galasso cuando sostiene que en rigor de verdad al comienzo de la revolución "no existía cuestión nacional que pudiera resolverse en América en 1810. No había invasión extranjera, como en la España atropellada por Napoleón, ni tampoco "una nacionalidad" oprimida, si nos referimos al mundo mestizo. Además, el mayor organismo político español declaraba que no consideraba a estas tierras como colonia sino como extensión del territorio de España y sujetos, por ende, al mismo trato que cualesquiera de las provincias de la península (Las tierras de ultramar no son colonias, Junta Central de Sevilla, 22/1/1809)"[51].

En América el pueblo sometido por el imperio español fue el originario[52]. Pero el componente de mestizaje de América había construido una identidad nueva, aún en proceso de consolidación. Todavía en gran parte de su subjetividad, el elemento criollo se sentía español de América, aun aquellos que tenían en su sangre componente aborigen. Muchas de las clases oprimidas, excluidas políticamente, no se sentían parte de un pueblo oprimido, más allá de la particularidad de los esclavos que provenían de numerosos pueblos de África, de donde habían sido secuestrados y sometidos a la esclavitud por los europeos. La cuestión central de esa nueva nacionalidad americana "no residía en el antagonismo blanco-indio, sino en la confluencia de indios, negros, blancos y mestizos, en una reivindicación democrática general contra la opresión absolutista, es decir, del pueblo hispanoamericano contra los monarcas reaccionarios que les imponían su ley y sus representantes, que los oprimían económica, social y políticamente. Esa opresión no era de un país extranjero sobre un grupo racial y culturalmente distinto (cuestión nacional) sino de un

51/Galasso, ob. cit., p. 47.

52/"¿Había en América un pueblo sometido? Indudablemente, el aborigen, y si existía una cuestión nacional, ésta sólo podía entenderse como opresión de los colonizadores españoles" Galasso, ob. cit., p. 47.

sector social sobre otro dentro de una misma comunidad hispanoamericana"[53]. Pero esto claramente empieza a cambiar a partir de la actitud colonialista del imperio español frente a la insubordinación política de los hombres y mujeres de la América española.

San Martín, como cuadro político y militar, es un paradigma concreto de aquella transformación política. Llegado a estas playas como combatiente en una guerra civil contra el absolutismo, comprende (y opera a tal efecto) que no hay revolución de la libertad que pueda darse en condiciones coloniales. Así, abraza la cuestión nacional que enfrenta las cadenas de sometimiento colonial de América respecto de España. Grandemente influyó en el Libertador en el camino de esta comprensión el retorno al poder de Fernando VII y su inclinación absolutista que significó una derrota del bando liberal revolucionario, que este consideraba definitiva.

En el marco de este oscuro panorama, San Martín vislumbra definitivamente la importancia de la legitimación nacional para culminar la revolución. La pelea por la libertad que había venido a librar a América que no era sino en definitiva sino una revolución democrática que no podía darse sin una revolución nacional. Esto es, cortar definitivamente los lazos con la metrópoli colonialista. La libertad no era posible en un país sometido. La definitiva práctica política de esta comprensión será su acción por la integración y su impulso a la declaración de la independencia del Congreso de Tucumán.

A partir de ese trágico año de 1815, y más particularmente en el período 1817-1824, la revolución se recupera convirtiéndose en una guerra de independencia y obteniéndose el triunfo definitivo sobre las tropas españolas. Contribuyen a esta victoria también factores externos como el progresivo apoyo de los corsarios equipados en los Estados Unidos y los préstamos de capitalistas británicos, que después de la caída de Napoleón empiezan a ver con malos ojos las posibilidades de una restauración española en América. También el excedente de veteranos de guerra al reinar una paz relativa en Europa después de un largo período de conflictos. En efecto, muchos hombres que habían aprendido a ganarse la vida con las armas pasaron para América por simpatía con la causa o debido a la contratación directa. Bolívar, por ejemplo, contrató un batallón entero de soldados británicos e irlandeses, veteranos de las luchas contra Bonaparte.

Pero lo central es que la revolución se afirmaba en la medida en que perdía sus causas ideológicas europeas y se asentaba sobre la raíz de la contradicción principal del hecho colonial, afincada en las masas, que encuentran en la causa nacional una justificación potente por la cual dar la vida.

53/*Ibid*., p. 47.

CAPÍTULO XV
LA DECLARACIÓN DE LA INDEPENDENCIA DE LOS PUEBLOS LIBRES

"Tiemblen esos tiranos por haber excitado nuestro enojo, sin advertir que los americanos del sur, están dispuestos a defender su patria y a morir antes con honor, que vivir con ignominia en afrentoso cautiverio"
José Gervasio Artigas

1. El Protector de los Pueblos Libres

Desde un principio, Artigas asume que su causa es la americana y no soóo la rioplatense y, mucho menos, la uruguaya, que ni siquiera existía más que como provincia de la Banda Oriental. Por eso es tan falso cuando historiadores liberales a ambas orillas del Plata lo presentan como un libertador uruguayo tanto como cuando lo hacen como un argentino. Cuando Montevideo, todavía a las órdenes del virrey Francisco Javier de Elío, era uno de los bastiones contra la Revolución de Mayo, Artigas en Mercedes, donde había establecido su cuartel general, lanza su proclama a los orientales: "Tiemblen esos tiranos por haber excitado nuestro enojo, sin advertir que los americanos del sur, están dispuestos a defender su patria y a morir antes con honor, que vivir con ignominia en afrentoso cautiverio". La patria para Artigas es sin duda América del sur.

Sin embargo, ese patriota oriental será y otra vez traicionado por los gobiernos de Buenos Aires. La primera vez, en octubre de 1811, cuando el Triunvirato llegó a un acuerdo con el virrey Elío, poniendo fin al sitio de Montevideo, con la excusa de que los portugueses habían invadido la Banda Oriental pero con el objetivo de sacarse de encima al mismísimo Artigas.

El liderazgo indiscutido de Artigas sobre la Banda Oriental nacerá, tal como hemos visto, a partir de la redota o éxodo popular de Montevideo. Esa heroica caminata de más de 500 km con más de 15.000 personas templó la fibra del pueblo oriental. Con la redota, Artigas había interpretado el corazón del pueblo oriental que no quería abandonar las armas para continuar la lucha contra los colonialistas de Elío hasta desalojarlo y, a la vez, hacer frente a los invasores portugueses.

Y será desde su campamento de Ayuí que, don José -como lo llamaban los paisanos-, inicia la ofensiva para la recuperación de la Banda Oriental ocupada por los portugueses.

Salvador Ferla dice que aquello que en Moreno eran ideas, en Artigas fueron actos, y que lo que en algunos intelectuales eran ideas transformadas en planes de acción, en Artigas era la acción del pueblo luego traducida a ideas. En el Protector de los Pueblos Libres, la confluencia entre el pensamiento europeo y el popular se hace carne en un proyecto independentista respecto de España y de toda otra dominación extranjera, que en su caso no era un ideal abstracto pues peleaba contra las constantes pretensiones portuguesas de

anexar la Banda Oriental.

Lo que más molestaba de Artigas, tanto a los realistas cuanto a los porteños, era su relación con las mayorías gauchas, los pueblos originarios y la "plebe" oriental en general. Sin embargo, es interesante para analizar a la rivalidad con los porteños atender al análisis que hace De Titto: "Los antecedentes de todos estos movimientos habían delatado ya al 'artiguismo' en formación como una corriente que, adhiriendo a los principios liberales y libertarios de la Revolución de Mayo, exhibía un perfil autonómico que lo distinguía. Los celos de los 'porteños' tenían fundamento: la pequeña burguesía portuaria de Montevideo, Maldonado y Colonia, asociada con los estancieros de la rica llanura oriental, conformaban un grupo que podía competir, en ambos sentidos, producción y comercio, con los primeros saladeristas bonaerenses y los comerciantes de la antigua capital virreinal. Como es sabido, el puerto de Montevideo era y es mucho más apto que las bajas y barrosas costas del lado 'argentino', de Ensenada, Quilmes, Buenos Aires o San Fernando. Por eso mismo también, más allá del 'pobrerío' que acompañaba a Artigas, lo cierto es que su Estado Mayor se conformaba con grandes ganaderos y ricos comerciantes –no faltaban los contrabandistas–, como él mismo lo era"[1].

Pero, consideramos que la impronta de Artigas, que configura su amenazante peligrosidad, era que su poder se sustentaba sobre las clases oprimidas del movimiento nacional. Don José compartía las prácticas, los entretenimientos y las formas de vida de esos gauchos, despreciados por los hombres de levita de las ciudades capitales. Artigas se entendía también en el lenguaje de aquellos jinetes rudos de pocas palabras y muchas veces mechadas de guaraní, idioma que según cuentan manejaba perfectamente el Protector. Se dice que era de estatura media y complexión fornida, le gustaba de jugar a los naipes, que era lo que muchas veces hacían los gauchos en los fogones por las noches y también sabía tocar bastante bien el acordeón, otro elemento que acompañaba a los gauchos en su diversión. Dicen que don José iba por las noches de su campamento de fogón en fogón.

La participación popular en las luchas emancipatorias es un rasgo identitario propio de ese movimiento popular artiguista. Félix Luna apunta que "en ninguna región de las provincias insurgentes se llevaría la lucha emancipadora con un grado tan alto de adhesión popular". Y a renglón seguido subraya: "Sólo en la frontera norte, años más tarde, otro caudillo popular –Martín Güemes– lograría convocar el fervor de los paisanos en torno a la lucha por la independencia con el mismo éxito conseguido por Artigas en la Banda Oriental"[2].

Artigas extendía su influencia en la medida en que las provincias se iban constituyendo como tales; así ocurrió, por ejemplo, con Entre Ríos y Santa Fe, que se separan de Buenos Aires. Artigas también amplía su influencia hasta Córdoba y hacia las Misiones, hasta la frontera con el Paraguay independiente y aislado, al que tantas veces intentó penetrar pero nunca lo consiguió. Con sus intentos se generó un encono del Dr. Francia hacia el Protector, que, paradójicamente, va a pasar sus últimos días en estas tierras amparado en su exilio por aquél.

José Gervasio de Artigas se había incorporado en Montevideo al cuerpo de Blanden-

1/De Titto, ob. cit., p. 48.

2/Luna, ob. cit., p. 65.

gues pero había desarrollado su vida al norte del río Negro, en las Misiones Orientales, y en los territorios siempre disputados por portugueses y españoles. "Es justamente allí donde Artigas, hacia finales de siglo, conoció a un afromontevideano que, capturado por los portugueses, había sido sometido a la esclavitud. Artigas compró su libertad y desde entonces el 'Negro Ansina' –Joaquín Lenzina era su nombre– lo acompañó en todas sus andanzas: mucho más que un sirviente fue su amigo y confidente, compañero en la guerra y el exilio y, además, su principal cronista. Las historias de un negro liberado de la esclavitud, un indio bastardo y un criollo, nieto de acaudalados españoles que estuvieron entre los primeros pobladores de Montevideo, se entrelazan así: Ansina y Andresito serán las dos 'adopciones' del caudillo y dos destacados personajes que lo acompañaron en su causa hasta el final"[3].

Andresito Guacurarí y Artigas se habían sumado a las fuerzas de Belgrano en su fracasada incursión en Paraguay y, aunque no entraron en acción, el líder oriental terminó por ser nombrado segundo jefe de las fuerzas patriotas. Andrés y don José se habían conocido poco antes, posiblemente en octubre de 1810, cuando el cacique de las Misiones se presentó ante Artigas para sumar su gente a las campañas del oriental. Indios charrúas del Uruguay, fieles ya al oriental, confraternizaron así con los guaraníes del norte. Comenzaron a tratarse como padre e hijo. Andresito, originario de las misiones jesuíticas[4], cuyo apellido original era Guacurarí o Guazurarí, adoptó el de su padrino Artigas. Era una práctica habitual que los hijos naturales, como Manuel (que tuvo con una joven charrúa) o los adoptados, generalmente hijos de caciques aborígenes que eran bautizados en admiración a sus mentores, adoptaran el apellido a de los caudillos. Esta costumbre se extendió en el tiempo y uno de los adoptados de don Juan Manuel Rosas fue el cacique Mariano Rosas[5].

De la mano del comandante Andresito Artigas y sus triunfos en las luchas –especialmente contra los portugueses–, se va consolidando la provincia y su ascendencia entre originarios y criollos. De esta forma, las Misiones se suman al espacio artiguista en rebeldía contra Buenos Aires y distanciándose así mismo de la jurisdicción del Paraguay. Como bien aclara Ricardo De Titto: "Las Misiones, cabe precisar, no delimitaban un espacio geográfico preciso ni eran, en rigor, una 'provincia'. Las 'orientales' ocupaban una franja del actual Río Grande do Sul y su influencia se extendía hasta Santa Catarina; las más 'occidentales' estaban al sur de Asunción, en el actual Paraguay, y la mayoría entre las hoy provincias de Corrientes y Misiones. Andresito desplegó su lucha en esa extensa región; realizó siete campañas que permitieron preservar ese territorio de la amenaza lusobra-

3/De Titto, ob. cit., p. 82.

4/Algunos dicen que nació en San Borja (actual estado brasileño de Río Grande do Sul) y otros en Santo Tomé (actual Corrientes).

5/Se trataba de un aborigen secuestrado por una partida del ejército que se hizo como contraofensiva a un malón. Su nombre original era Panguitruz Güer, apellido que en idioma mapuche significaba Zorro. Hijo de un cacique, fue bautizado y adoptado por Rosas. Cuando se convierte en cacique de uno de los más importantes asentamientos ranqueles, no pierde la relación con su padrino que en una ocasión le regala "200 yeguas, 20 vacas y 10 toros" según refiere en una carta.

sileña y, también, contener las aspiraciones del líder paraguayo Rodríguez de Francia"[6].

La disputa por las Misiones orientales era la clave estratégica de acceso no sólo al control de la Banda Oriental sino también la puerta a un vínculo directo con republicanos riograndenses, un movimiento, germinal aún, pero la mayor amenaza real para el imperio portugués asentado en Brasil.

Andresito se convirtió en el caudillo de la región hacia 1815. No sólo tuvo dotes militares, sino que hizo las veces de un verdadero gobernador dotando de organización a la economía de Misiones. La particularidad fue que retomó en gran medida la experiencia jesuítica en combinación con la tradicional propiedad comunal guaraní de la tierra. Esto permitió el desarrollo de la agricultura y el comercio, utilizando el río Uruguay como vía de transporte, lo que le permitía llegar al campamento de Purificación donde estaba la improvisada capital de la Liga de los Pueblos Libres.

Luego de la nefasta experiencia de la Asamblea del año XIII, en la que fueran rechazados los diputados orientales, las relaciones con Buenos Aires quedaron más tensas que nunca. En el congreso de Capilla de Maciel se decidió el retiro de las tropas artiguistas del segundo sitio de Montevideo. Ese es el marco en que el director Posadas dicta el decreto en el que declara a Artigas "enemigo de la nación".

Luego del triunfo de las fuerzas del Directorio sobre Montevideo y con excesiva pompa que, a diferencia de lo que hace Bolívar, no tiene más objeto que satisfacer el ego del propio Alvear, este asume, como hemos visto, el cargo de director supremo suplantando a un agobiado Posadas.

Alvear intenta reorganizar el ejército. Las fuerzas de Cuyo quedaban al mando de San Martín, su gobernador intendente. Pero don José Francisco no está dispuesto a otorgarle la legitimidad de su nombramiento a su antiguo amigo y ahora rival, Carlos María "el Niño" Alvear. Simuló entonces una enfermedad y presentó su renuncia. Alvear piso el palito y la aceptó, designando en su lugar al coronel Gregorio Perdriel. El pueblo mendocino, enterado de los sucesos, se alzó: cabildo abierto de por medio los cuyanos rechazaron a Perdriel y respaldaron a San Martín al frente de la fuerza que estaba armando pacientemente para ir al encuentro de su destino americano. Alvear debió anular sus decisiones quedando en ridículo. Su tiempo al frente del Directorio estaba ya en cuenta regresiva

"Pero no fue esta su única acción desafortunada; ínterin, además, había sufrido una importante derrota a manos de Artigas. El 15 de enero las fuerzas orientales derrotaron al ejército directorial comandado por Manuel Dorrego en Guayabos. Desde ese momento, toda la Banda Oriental, incluyendo Montevideo, quedó en manos de Artigas y su influencia se extendió a otras provincias"[7]. Esta es una de las pocas manchas en la historia del coronel Dorrego: haberse prestado como fuerza represiva de Alvear en contra de los federales artiguistas. Esto nos muestra las contradicciones propias de todos los actores de aquellos tiempos. Ninguno de nuestros próceres está exento de errores e inconsecuencias; la historia no se escribe con el diario del lunes, y la política se compone de decisiones que después el tiempo le da significado. Y no existe el bando de los buenos que nunca se equivoca.

6/De Titto, ob. cit., p. 84.

7/*Ibid*., p. 90.

Por esta época (marzo de 1815), el tucumano Bernardo de Monteagudo sigue desde el periódico su prédica política a favor de la revolución, pero muchas veces también extravía el camino mimetizándose con los más porteñistas elementos afincados en Buenos Aires. Desde un semanario cuyo nombre claramente lo vinculaba con la cuestión nacional inconclusa –El Independiente–, publica una serie de tres artículos con el título de "Federación". "Para impugnar al artiguismo y cerrar filas en su enfrentamiento, Monteagudo no ahorra adjetivos. En líneas siguientes el escriba del Directorio afirma que los 'pueblos libres' se parecen a los aborígenes del norte: 'Se inclinan a veces a un género de federación patriarcal cual se encuentra entre las tribus más groseras, [porque] los salvajes de la América septentrional se gobiernan así'. Subraya: los federales proponen 'que nos gobernemos como salvajes'"[8]. También esta es una mancha oscura en la práctica emancipatoria de este personaje. No va a ser la última, por cierto. Ello no significa que Monteagudo no sea uno de los más fervientes revolucionarios, pero en ningún momento deja de escapar al pensamiento progresista europeo. Y al estar más atento a la cuestión internacional que la nacional, no pocas veces perdió la brújula política.

La creación de la provincia de Santa Fe fue una bomba para Buenos Aires. Alvear armó una fuerza de 1600 hombres al mando de Álvarez Thomas para reprimir a las provincias díscolas de Santa Fe (conducida por Candioti) y Entre Ríos (conducida por Hereñú).

Álvarez Thomas, con menos de treinta años, había iniciado su carrera militar como miliciano en las invasiones inglesas. Con el grado de teniente coronel participó de la Revolución de Mayo al frente de un regimiento y durante el sitio a Montevideo, premiado con una medalla, logró su ascenso a coronel. Los hijos de las familias acomodadas de Buenos Aires tenían siempre una brillante carrera como oficiales en aquel ejército improvisado y primitivo. Álvarez Thomas se había hecho amigo tanto de Rondeau como de Alvear, pero el flamante director supremo desconocía que Álvarez Thomas conspiraba sus espaldas. Los artiguistas también sabían hacer política intrigante. El 3 de abril de 1815, en Fontezuelas, Álvarez Thomas se alzó contra su impopular gobierno. Las tropas se negaban a la represión de los caudillos populares, en la proclama de la sublevación podía leerse: "Cuando un pueblo valiente, generoso y lleno de virtudes se ve ajado, oprimido y degradado por la pequeña facción de hombres inmorales y corrompidos que en la actualidad componen y son los agentes del gobierno que representa el general Alvear, es un deber sagrado de sus hijos hacer todos los esfuerzos que demandan las circunstancias para librar a sus hermanos y compatriotas de los horrores que sufren".

El motín fue el golpe de gracia para Alvear; las tropas enfilaron hacia Buenos Aires. Su política claudicante y desesperada es finalmente derrotada en la propia Buenos Aires. Unos días después estalla en Buenos Aires la revolución contra Alvear[9].

8/*Ibid*., p. 116.

9/Sucesivas comisiones intentan disuadir a Alvear, quiewn no obstante las múltiples deserciones en sus filas, se mantiene en sus trece. Finalmente, lord Percy, comandante de la fragata inglesa Haspur, es portador de un ultimátum: "La aniquilación de V. S. se acerca pero si V. S. entregara en el término de un cuarto de hora después de recibida esta intimación la fuerza que le obedece, V. S. es garantida para salir fuera del territorio de las Provincias Unidas con su familia y algún otro amigo". *Ibid*., p. 127.

"Los jefes militares adictos a Alvear son detenidos y enviados, con grillos, a Artigas –entre otros, Ramón Larrea y Matías Balbastro– con el propósito de que les aplique la sanción que estime conveniente. Frente a esta propuesta de los 'civilizados', 'el bárbaro' caudillo devuelve a los prisioneros, afirmando que él 'no es el verdugo de Buenos Aires'"[10].

2. El apogeo de Artigas y el Congreso de Oriente

Cuando la situación del director supremo se hace insostenible y Alvear renuncia[11], el 15 de abril de 1815, asume el poder el cabildo de Buenos Aires, presidido por Manuel Antonio Escalada, suegro de San Martín y padre de dos de sus oficiales. Sólo dos días después José Díaz "coronel de los Ejércitos de la Patria y gobernador intendente de esta provincia por la soberanía de ella" emite una declaración por la que proclama la autonomía de Córdoba y pone a la nueva provincia bajo la protección de Artigas.

"Entre Ríos y Corrientes formalizaron su unión en febrero; el 24 de marzo fue ocupada Santa Fe por tropas artiguistas; el 29, José Javier Díaz depuso al gobernador Ocampo y colocó a la provincia de Córdoba bajo la protección del caudillo oriental; otro tanto hizo el gobernador de Santa Fe, Francisco Antonio Candioti (2 de abril)"[12].

San Martín, gobernador intendente de Cuyo, después de festejar debidamente la caída de su adversario, efectúa un intenso contacto epistolar con todos estos gobernadores[13] que se habían enfrentado al tiránico y claudicante gobierno de Alvear.

En abril se nombra en Buenos Aires director supremo a Rondeau (que estaba al frente del Ejército del Norte), siendo Álvarez Thomas director sustituto.

Son realmente los tiempos del pináculo de la hegemonía de Artigas en el Río de la Plata. Álvarez Thomas, se presenta como un aliado del federalismo artiguista. De hecho, adoptó muchas medidas que lo congraciaban con Artigas y los caudillos provinciales, parándose claramente como un acérrimo opositor al gobierno anterior de Alvear. Sin embargo, es

---

"Convencido por Percy, pidió una garantía por escrito sobre su persona y bienes, abandonando a sus amigos" dice José María Rosa, ob. cit., p. 130.

10/Galasso, ob. cit., p. 140.

11/Luego de su renuncia y alejamiento de Buenos Aires con protección británica, Alvear hace la que fue, quizás, la más tremenda de sus claudicaciones. "En Río de Janeiro, lleno de despecho contra todos, Alvear escribirá el 23 de agosto de 1815 una desgraciada nota al ministro español Villalba pidiendo su reincorporación al ejército español y regreso a la gracia de Fernando VII". Rosa, ob. cit., p. 131.

12/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 100.

13/Incluido Artigas, al que le envía felicitaciones "por el cuarto aniversario de la victoria de San José". Y después dicen que San Martín no hacía política, que era solamente un militar profesional. "Artigas era un personaje grato a San Martín, quien procuró siembre evitar oposiciones formales con el Protector de los Pueblos Libres, y hasta adoptó, en Perú, años más tarde un parecido título protectoral". Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 31.

Artigas le escribe a San Martín: "Le informo que ha terminado la guerra civil. Celebremos este momento afortunado como el apoyo de nuestra libertad naciente. Esforcémonos por consecuencia enlazando los pueblos íntimamente y depositando en ellos aquella confianza que haga respetables sus derechos y virtudes". Galasso, ob. cit., p. 141.

posible dudar de sus buenas intenciones, como lo hace Galasso.

Álvarez Thomas comisionó a Bruno Rivarola y a Blas José Pico[14] con el fin de negociar con Artigas. La comisión Pico-Rivarola en junio de 1815 le entrega a Artigas las proposiciones del Directorio. La primera de ellas es que "Buenos Aires reconoce la independencia de la Banda Oriental del Uruguay, renunciando a los derechos que por el anterior régimen le pertenecían". Era, en síntesis, lo mismo que había propuesto Alvear, dejando el Paraná como límite oriental del hinterland de Buenos Aires. La propuesta refería que Entre Ríos y Corrientes se pusieran bajo la protección de uno u otro gobierno según la voluntad de sus pueblos. Eso sí que era no comprender a Artigas. Buenos Aires volvía a equivocarse en el trato con los caudillos. "La Banda Oriental –postulaba Artigas en esa negociación, a mediados de junio– entra en el rol para formar el Estado denominado 'Provincias Unidas del Río de la Plata'"[15].

Artigas rechazó de plano las propuestas del Directorio y propuso firmar un Tratado de Concordia entre el Ciudadano Jefe de los Orientales y el Gobierno de Buenos Aires en el que reafirmó principios federalistas y, a la vez, unionistas. El fracaso de la misión Pico-Rivarola precipitó los acontecimientos y obligó al Protector a una rápida respuesta respecto del futuro de sus relaciones con el gobierno central. En abril, Artigas empieza a preparar el Congreso de Oriente[16].

Es el odio de la historia oficial y particularmente de Bartolomé Mitre[17] contra Artigas lo que hizo desparecer de nuestra historia a este importante congreso que reunió a representantes de la mayoría de las provincias de lo que hoy constituye la República Argentina. El Congreso de la Confederación de los Pueblos Libres cayó de ex profeso en el olvido por los historiadores liberales en esa magnífica sabiduría con que fue organizada la ignorancia del país, parafraseando a Scalabrini Ortiz.

"En esa lucha, con el solo apoyo de la multitud innumerable y anónima, Artigas, interpretando las fuerzas sociales que impulsaban la revolución hacia adelante, elevaba su política por encima de los intereses de la provincia oriental, su patria chica, y ponía al servicio de su guerra patriótica todos los recursos de las provincias confederadas en juego. En ese

14/Pico no era el mejor enviado que podía elegir; de hecho, había combatido contra los artiguistas en la Banda Oriental y Entre Ríos.

15/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 102.

16/"Artigas remite las invitaciones planteando claramente los objetivos del congreso. Así escribe al cabildo de Corrientes: 'Al efecto le daré las instrucciones convenientes entre tanto no se formaliza un Congreso General para el ajuste de las bases que deben regirnos' Escúchese bien: 'El ajuste de las bases que deben regirnos'. No se trataba, como se ve, de una reunión para una consulta específica y momentánea, como dijeran los historiadores liberales; sino que Artigas había creído llegado el momento en que los Pueblos Libres se dictaran en conjunto las bases por las que debían regirse todos ellos". Cabral, ob. cit., p. 121.

17/Mitre le dirige a Vicente Fidel López una carta en la que expresa esa inquina contra el Protector de los Pueblos Libres: "Los dos, usted y yo, hemos tenido la misma predilección por las grandes figuras y las mismas repulsiones contra los bárbaros desorganizadores como Artigas, a quienes hemos enterrado históricamente". En Cabral, ob. cit., p. 114.

cuadro histórico, donde la revolución tenía que sacar fuerzas de sí misma, o sucumbir, es donde tienen origen la ley agraria y el reglamento de comercio, la política frente al indio[18] y la democracia directa, los congresos populares y la intransigencia frente a los enemigos. El año 1815 –el año de la transformación agraria de la confederación artiguista– marca el comienzo de la segunda etapa de su ciclo histórico. Es el año del Congreso de Oriente"[19].

En cada una de las provincias que adherían a la Liga de los Pueblos Libres se procedió a la elección de representantes para el congreso. Estos contaban con mandatos expresos. Tomemos, por ejemplo, al representante de Santa Fe. "El 14 de junio el cabildo y el gobernador Candioti otorgaron el poder 'al Ciudadano Doctor Pascual Diez de Andino, electo Diputado, para el Congreso de Oriente', para que, en concurso de los diputados de los demás pueblos que allí concurran, promueva, proponga, discuta, y sancione todos los puntos concernientes a fijar de una vez el sistema proclamado en esta América de su libertad e independencia y, la de cada uno de los pueblos unidos, y en particular la de este, haciendo que se reconozca por provincia independiente, con todo el territorio que comprende su jurisdicción en el Continente Occidental del Río de la Plata, para que establezca, y reconozca la autoridad suprema, que ha de regir a todos con los límites, y extensión, que convengan a un perfecto gobierno federado, y a la conservación de los derechos de los pueblos, y en suma para que en todo cuanto se trate, y promueva en dicho congreso, relativo al bien general de todos los pueblos unidos, y al particular de este, proceda con arreglo a las instrucciones, que se le han dado, y acordado en acta de este día"[20]. Las instrucciones de Andino tenían diez artículos donde se explicitaba su mandato. Estos reafirmaban la idea de libertad propia de la revolución, como la de independencia, pasando también por el respeto de las autonomías provinciales, aunque reconociendo la necesidad de un gobierno central, poniendo para ello en manos de Artigas la posibilidad de aceptar un director "de su agrado". Las instrucciones tenían también cláusulas de tipo de política económica con su sesgo proteccionista: "Que todos los dichos derechos, impuestos, y sisas que se impongan a las introducciones extranjeras serán igual en todas las provincias unidas, debiendo ser recargadas todas aquellas que perjudiquen nuestras artes o fábricas, a fin de dar fomento a la industria de nuestro territorio"[21].

El 29 de junio se reúne finalmente el Congreso de Oriente con representantes de Entre Ríos, Santa Fe, Corrientes, Córdoba y la Provincia Oriental, y también hombres de las Misiones[22]. Allí se nombraron cuatro diputados para negociar con Buenos Aires. La pro-

18/Artigas conscientemente es un precursor en América del otorgamiento del derecho del voto a los pueblos originarios, cuando plantea que respecto de elegir sus representantes "tienen el principal derecho y sería una degradación vergonzosa para nosotros, mantenerlos en aquella exclusión vergonzosa que hasta hoy han padecido por ser indianos". En Méndez Vives, Enrique, *Artigas y la Patria Grande*, Buenos Aires, Ediciones Tauro, 1968, p. 124.

19/Cabral, ob. cit., p. 119.

20/De Titto, ob. cit., p. 143.

21/Cabral, ob. cit., p. 131.

22/"Los congregados fueron, al cabo de su desarrollo, Pascual Diez de Andino, proveniente de Santa Fe (Pedro Aldao quedó de modo nominal); Juan Francisco Cabral, Ángel Vedoya, Serapio Rodríguez,

puesta del congreso artiguista era articular una forma de "unión libre, igual y equitativa", para que, de ese modo, se firmara una "paz sólida y duradera".

El Congreso de Oriente, celebrado en Arroyo de la China, hoy Concepción del Uruguay, que era por entonces la ciudad más importante de Entre Ríos, ha sido uno de los eventos más ninguneados por los historiadores liberales[23]. En la historiografía oficial se lo desconoce por la falta de formalidad del congreso[24]. En realidad se lo ha menospreciado porque se apartó de los modelos institucionales europeos que la historia oficial ha legitimado. Generalmente lo que se hace es ignorarlo como si no hubiera existido. O, si se lo toma en cuenta, se procede a reducirlo a una mera reunión más entre delegados de caudillos insurrectos. Halperin Donghi ni siquiera lo menciona. "Ernesto Celesia[25] aseguraba que 'el llamado Congreso [...] no fue tal cosa; que sólo pudo ser en definitiva una reunión del Protector de los Pueblos Libres con cuatro o cinco representantes de los pueblos de su protección'.

Ya hemos visto la precariedad de representación o lo flojo de papales de estaban todos los congresos en cualquier parte de América. Nadie puede discutir seriamente que hubo bajo la conducción de Artigas una reunión de diputados de seis provincias (por lo menos la mitad de las reconocidas en aquellos tiempos) y que en ese congreso se debatió la inde-

---

Juan B. Fernández y Sebastián Almirón de diversas localidades de Corrientes; Andrés Yacabú por las Misiones –es un hecho que, durante agosto al menos, hubo otros representantes aunque no se ha logrado establecer información precisa–, José Isasa, los doctores José Antonio Cabrera de Cabrera y José Roque Savid (o Savia) y el presbítero doctor Miguel del Corro enviados por Córdoba; Francisco de Paula Araujo, por Corrientes; el doctor José García de Cossio en representación del 'continente de Entre-Ríos'; Justo Hereñu elegido por la villa de Nogoyá, Entre Ríos y Francisco Martínez, Pedro Bauzá, Miguel Barreiro y seguramente algunos más de quienes no hay registro porque convivían con Artigas en su campamento, por la Banda Oriental. Hubo acreditados, en total, entre dieciséis y veinte congresales, aunque, tal vez, hayan sido raras las reuniones en plenario, sobre todo porque cuatro de ellos fueron de inmediato comisionados a Buenos Aires". De Titto, ob. cit., p. 151.

23/Los historiadores revisionistas en general no desconocen el Congreso de Oriente, si bien muchas veces no le dan la importancia que merece. En su *Reseña de acontecimientos históricos (1553-2003)*, Fermín Chávez relata que el 29 de junio, "se reunió en Arroyo de la China (Concepción del Uruguay) el Congreso de los Pueblos Libres, es decir de las provincias litorales que respondían al liderazgo federal y populista de José Gervasio Artigas. Pese a que no se ha conservado las actas, se estima que una de sus primeras medidas fue declarar la independencia". José María Rosa, en su extensa *Historia Argentina* le dedica también algunos párrafos: "El 29 de junio se reúne el Congreso de Oriente, suponiéndose que su primer acto fue jurar la independencia 'absoluta y relativa' e izar el pabellón tricolor (carta de Artigas a Pueyrredón del 24-7-1816). Sus principales figuras fueron don José García de Cossio por Corrientes, Pascual Diez de Andino por Santa Fe, José Antonio Cabrera por Córdoba (luego diputado en Tucumán), Miguel Barreiro por la Provincia Oriental". Rosa, ob. cit., p. 144.

24/El historiador misionero Salvador Cabral, por el contrario, afirma rotundamente que por la cantidad de extensión representada y por el sistema de elección de los representantes: "[El Congreso de Oriente] fue, por lo tanto, el Congreso más representativo y democráticamente elegido en la historia argentina del siglo". Cabral, ob. cit., p. 127.

25/En De Titto, ob. cit., p. 17.

pendencia y se tomaron medidas que implicaban el ejercicio de la soberanía como normas para el comercio interior y exterior, el trasporte fluvial, los derechos de aduana y el régimen de tenencia de la tierra. Es decir, medidas propias de gobierno de las que tomaron cualquiera de los congresos americanos. Pero, además, no debemos descuidar "las decenas de reuniones previas que eligieron democráticamente a los congresales, las "instrucciones" o mandato que cada provincia o localidad dio a sus representantes, el intento del congreso de tender puentes hacia Buenos Aires a pesar de los continuos desaires y la propia reacción del Directorio, que pone proa en convocar a un congreso en Tucumán y, por la negativa, su airada y repetida respuesta militar que será derrotada, son todos hechos que, de modo innegable, otorgan al Congreso de Oriente o Congreso General de los Pueblos Libres, una importancia decisiva en la historia de la década revolucionaria. Eso, sin destacar que sólo cinco años después el "modelo federal" que engendró la Liga de los Pueblos Libres se impondría en todas las Provincias Unidas y que Entre Ríos, Corrientes, Misiones, Santa Fe y la Banda Oriental no sólo no fueron a Tucumán sino que jamás juraron la Declaración de Independencia del 9 de julio de 1816"[26]. Ricardo De Titto, es para ser justos, uno de los pocos historiadores que le dan la importancia debida en relación a la primera declaración de independencia en territorio de lo que hoy es la República Argentina.

Otro que le dio la importancia debida es Salvador Cabral que afirma: "Este Congreso de Oriente será la última vez en la historia de los argentinos, en que los indios, los olvidados y siempre explotados habitantes del continente nuevo, al igual que los hombres del color que fuesen, elegirán sus diputados, y serán ellos mismos autoridades legítimas, entendiendo a la Confederación de los Pueblos Libres como su propia patria"[27].

El contenido del Congreso de Oriente no se ornamentó de pompa, ni tampoco fue conforme a la forma de las grandes sesiones adornadas con floridos discursos de señores bienpensantes con formación europea, como era de estilo en aquellos tiempos[28]. No hacía falta discutir demasiado para tomar las decisiones expresadas por Artigas, como síntesis del poder político constituido en la Liga de los Pueblos Libres y como su Protector: la declaración de independencia, la organización del Estado federal, más la creación de un gobierno interno. El congreso sólo homologó lo que ya se venía discutiendo y era la parte sustancial del mandato de sus congresales.

De Titto sostiene que "Artigas lidera así un 'Estado caudillesco' sin staff de funcionarios ni infraestructura administrativa, en el que el 'Protector' aparece como 'el poder en estado de naturaleza'"[29]. Quizá este liderazgo carismático y poco institucionalizado molesta la idea de los modelos europeizantes utilizados por los historiadores de matriz europea, en la que todo lo que no se asemeja a ese tipo de pensamiento literalmente se ignora.

26/*Ibid*., p. 18.

27/Cabral, ob. cit., p. 123.

28/"Ciertos historiadores liberales dejan deslizar que Artigas quería llenar sólo una formalidad, citando este congreso, rodeando a su autoridad con formas jurídicas. Puesto que si algo caracterizó la conducta política de Artigas sobre el problema de la democracia real, fue justamente lo contrario". Cabral, ob. cit., p. 123.

29/De Titto, ob. cit., p. 20.

Nada más lejos del espíritu de los congresales sancionar la independencia de la Banda Oriental o del resto de las provincias representadas en el Congreso de Oriente, entendida como una secesión de las Provincias Unidas. Y esto se prueba con el envío de representantes a negociar con las autoridades porteñas. Por el contrario, resultaba clara la voluntad de integrar las Provincias Unidas y reconocer incluso a sus autoridades. Reconocimiento que estaba condicionado al respeto de la autonomía de las provincias ligadas en los Pueblos Libres pero, sobre todo, en que definitivamente se declarara la independencia de España, a la que tanto habían retrasado los sectores que esperaban para hacerlo el beneplácito británico.

El gran problema para el reconocimiento historiográfico del Congreso de Oriente es que sus actas se perdieron, no quedando constancia documental de sus debates. No obstante, el testimonio oral de algunos de los participantes permite reconstruir el contenido de sus deliberaciones[30]. "Se dice que en la sesión inaugural del 29 de junio se juró la independencia. Como era su costumbre, José Artigas dirigió a los presentes una oración inaugural; era, al fin, el tercer congreso que presidía. Se presentaron entonces las ideas rectoras y –es probable– se adoptó también a libro cerrado y como voluntad unánime, una manifestación sobre la independencia, expresada sólo en el mandato santafesino; otras referencias a la independencia ponían su acento en los respectivos gobiernos provinciales, lo que da pie a interpretaciones ambiguas"[31].

Con la apertura del congreso "vino un informe político de Artigas, extenso y minucioso, donde trataba el estado de los Pueblos Libres frente a Buenos Aires. Que este informe haya suplantado a todo el conjunto de problemas que Artigas pensaba someter a la resolución del congreso, sí, creo hipotéticamente posible"[32]. En esto sí asiste razón al historiador uruguayo Washington Reyes Abadie y al argentino Vicente Sierra que plantean que las circunstancias políticas hicieron que el congreso mudara del programa de su convocatoria y su temario quedara reducido.

Las cartas y los testimonios de los asistentes permiten reconstruir –aunque de modo impreciso– las principales resoluciones posteriores adoptadas en cuarenta y cinco días de sesiones, no constantes, por cierto. "En primer lugar, la de la bandera que los identificaría, la azul-celeste y blanca a franjas horizontales con un listón rojo punzó en diagonal, recuperando la ideada por Belgrano, pero 'cruzándolas' con el distintivo federal. En segundo término, adoptar una forma confederada de gobierno respetando las autonomías provinciales; en tercer lugar, privilegiar las formas deliberativas de tipo democrático-republica-

30/El historiador uruguayo Washington Reyes Abadie resta importancia al congreso al decir que "El Congreso se celebró el 29 de junio en Concepción del Uruguay, llamada entonces Arroyo de la China. Artigas tuvo muy probablemente el propósito de incluir en su temario la concertación de un programa común del bloque de los Pueblos Libres, para actuar ante el anunciado Congreso General de las Provincias Unidas, cuya convocatoria estaba impuesta como lógico corolario de Fontezuelas". Reyes Abadie, Washington, *El ciclo artiguista*, Montevideo, Universidad de la República, 1969, p. 100. Consideramos que la idea del congreso no era meramente armar un bloque para negociar con el resto de las Provincias Unidas.

31/De Titto, ob. cit., p. 150.

32/Cabral, ob. cit., p. 137.

nas como las asambleas distritales o los cabildos abiertos, para asegurar la participación 'del pueblo'; en cuarto término, incorporar a los aborígenes guaraníes como los legítimos representantes de la región de las antiguas Misiones, a las que se les reconocía un gobierno propio y autoridades locales guaraníes"[33].

La clave, no tanto del Congreso de Oriente, sino de la viabilidad del mismo como fuerza de estructuración hegemónica de la futura nación, era la participación de la provincia de Córdoba, por su ubicación estratégica. En efecto, por Córdoba pasaban los caminos que comunicaban a Buenos Aires con el resto de las provincias del norte. Si Córdoba se hubiera jugado por permanecer junto a Artigas y le hubiera dado la espalda al Directorio, podría haber significado un giro drástico en los acontecimientos históricos de la futura Argentina. Sin Córdoba es muy posible que la convocatoria al Congreso de Tucumán hubiera fracasado. Pero esto no es más que historia contra fáctica. Córdoba finalmente estuvo en los dos congresos. "Mientras Artigas moviliza su congreso, en Córdoba se insinúan con claridad dos posiciones: el gobernador Díaz, receloso, adhiere a la causa artiguista, aunque mantiene una actitud diplomática hacia el nuevo director; mientras la junta y el cabildo depositan sus expectativas en la unidad con Buenos Aires. ¿Córdoba en las Provincias Unidas o en la Liga Federal? Hacer equilibrio entre ambos es sumamente difícil; la lucha de facciones se exacerba. El 27 de abril, Díaz convoca a cabildo abierto: destituye a los miembros de la Junta de Representantes –los acusa de 'no haber cumplido con sus deberes' y de 'falta de energía' para defender la independencia– y los sustituye por cinco consejeros, nombrados por él mismo"[34].

El gobernador Díaz decide finalmente, pese a las presiones porteñas, enviar representación al Congreso de Oriente, aunque dejaba abierta la puerta a un entendimiento con Buenos Aires, cosa que también, en principio, era la política del propio Artigas.

"El Cabildo, 'autonomista' pero no 'artiguista', se negó a participar en la elección de diputados; entonces, el 29 de mayo, Díaz se reunió con los ocho electores designados por los cuarteles, y José Antonio Cabrera resultó designado como representante cordobés al Congreso de Oriente. Cabrera era un hombre de prosapia y trayectoria: poco después de la derrota del intento contrarrevolucionario de Liniers, en 1810, había sido electo como alcalde de primer voto del cabildo cordobés y presidente de la junta provincial y, cuando ascendió Díaz al poder, fue miembro de la primera legislatura provincial. Su designación ante Artigas no fue casual: ya el año anterior había sido enviado al Litoral por el gobernador Ocampo, oportunidad en que Cabrera había cosechado la confianza del Protector"[35].

A la vuelta del Congreso de Oriente las contradicciones internas cordobesas se ponen más álgidas. Díaz condena al destierro a los miembros del cabildo, pero al mismo tiempo toma cada vez más distancia de Artigas[36] y la Liga de los Pueblos Libres.

33/De Titto, ob. cit., p. 153.

34/*Ibid*., p. 146.

35/*Ibid*., p. 147.

36/"De los coqueteos del ambivalente Díaz quedó una espada de honor, labrada en la fábrica de armas de Caroya y consagrada al 'campeón oriental' durante la época del primer entusiasmo con la autonomía provincial, entre el otoño y la primavera de 1815. Las inscripciones que la adornan, en su

Córdoba intenta flotar entre Artigas y Buenos Aires. Tal vez, el gobernador Díaz creía que Córdoba, por su posición mediterránea, podía constituirse en el eje de la reorganización en marcha. Pero en la política del Río de la Plata no había lugar para terceras fuerzas. Sin embargo, la política ambigua de los cordobeses permitió que el diputado Cabrera fuera el único que participó de los dos congresos, el de Oriente, escuchando a José Gervasio Artigas y, un año después, a Narciso Laprida proponiendo la declaración de la independencia en el de Tucumán.

Cuando los delegados designados por Congreso de Oriente para negociar con el Directorio llegaron a Buenos Aires, Álvarez Thomas se negó a recibirlos. El director supremo ya tenía datos fehacientes de una inminente invasión portuguesa a la Banda Oriental, información que ellos desconocían y se revelaría recién unos meses después. Les envió un representante que se encargó de repetirles la propuesta de una Banda Oriental independiente del resto del país. Los hombres de Artigas respondieron en el mismo sentido que su jefe: no querían constituir otra nación distinta.

Álvarez Thomas, que había llegado al poder acercando posiciones con Artigas, ve en esa coyuntura la posibilidad de doblegarlo cayendo en el eterno error de Buenos Aires de someter a los caudillos y no arreglar con ellos. La oportunidad de acabar con la extendida hegemonía del Protector se la da el hecho de que la Banda Oriental estaba pronta a ser atacada por los ambiciosos portugueses. Es entonces que ordena que un ejército al mando del general Juan José Viamonte invada Santa Fe y destituya sus autoridades. Viamonte tomó Santa Fe el 25 de agosto de 1815. Un par de días después muere Candioti, el gobernador legítimo. Un gobierno títere alineado con Buenos Aires es puesto en funciones.

El golpe de Estado de Viamonte en Santa Fe, que significó el retorno de las tierras santafesinas a la órbita de la provincia de buenos Aires, no durará demasiado tiempo. Ya sin Candioti surge un nuevo caudillo, con mucha más fuerza que el anterior, se trata del brigadier Estanislao López[37]. La revolución federal conducida por este restaurará la provincia de Santa Fe, esta vez de modo definitivo.

3. El gobierno popular artiguista

La soberbia y el centralismo porteño del Directorio impidieron concretar acuerdo alguno de unidad. Por eso Artigas empezó a gobernar el extenso territorio bajo su influencia. Lo hizo con el mismo espíritu revolucionario con que había comenzado su participación en el proceso emancipatorio. Algunos autores plantean que será Artigas el primero

---

vaina y en su hoja patentizan aquel momento clave de la historia: Córdoba en los primeros ensayos a su protector el inmortal General don José Artigas. Año de 1815. [vaina] Córdoba independiente a su Protector [anverso de la hoja] General don José Artigas. Año de 1815 [reverso de la hoja]". De Titto, ob. cit., p. 150.

37/López es hijo extramatrimonial de un oficial del ejército español; por eso lleva el apellido de su madre. Es sólo López, en los tiempos en que tantos próceres llevan dos o más apellidos. Había acompañado la expedición de Belgrano a Paraguay y caído preso después de la derrota de Paraguarí. También había participado de la revolución que separa a Santa Fe de la provincia de Buenos Aires creando una provincia independiente.

en plantear y ejecutar una seria reforma agraria en América. En realidad, Artigas lleva a cabo un revolucionario reparto de tierras entre los campesinos, pero lo hace fundamentalmente sobre tierras de los declarados contrarrevolucionarios, sin dueño o que su dueño es el Estado. Por eso, según se lean, sus disposiciones no iban en contra de los intereses de los hacendados que lo acompañaban del mismo modo que los gauchos. Es indispensable leer a la conducción de Artigas como la de un movimiento nacional. Al mismo tiempo que Artigas reparte tierras para los campesinos pobres, restablece la obligación para los gauchos sin tierra de conchabarse so pena de trabajos forzados o leva militar, que es el complemento de responsabilidad al derecho a la tierra que deviene de una redistribución de tierras muy amplia.

La política agraria del artiguismo introducía una medida que reflejaba la originalidad de su política social. El "Reglamento Provisorio de la Provincia Oriental para el fomento de la Campaña y Seguridad de sus Hacendados", de 1815, se convirtió en un documento sin par en el proceso emancipador hispanoamericano y un antecedente de políticas en este sentido de los movimientos nacionales y populares posteriores (ver en Koenig, 2015 cómo fue el del peronismo). Como dice Mario Oporto, "El reglamento agrario de 1815, si bien no es un documento para la historia del pensamiento de la unidad americana, es un documento para la historia de la justicia social en el Río de la Plata"[38].

Según su artículo sexto: "Los terrenos repartibles son todos aquellos de emigrados malos europeos y peores americanos". Determina, a la vez, que "los más infelices serán los más privilegiados". En consecuencia, "los negros libres, los zambos de esta clase, los indios y los criollos pobres, todos podrán ser agradecidos con una suerte de estancia si su trabajo y hombría de bien propenden a la felicidad de la provincia". Una política de subdivisión de las tierras que apuntaba a la justicia social y la recuperación económica. "El concepto de propiedad necesariamente suponía, en las formulaciones del Reglamento Provisorio, la intervención del poder público para garantizar una creciente igualdad (...) Se esboza así una propuesta de Estado que ha de intervenir como propulsor y garante de los derechos de los ciudadanos, de los integrantes del pueblo, entendido en sentido abarcador, sin exclusiones étnicas o sociales. Estado articulador de una idea de la democracia que abarca lo económico, lo político y lo social, como modelo integrar de sociedad y garantía para la consolidación de la libertad nacional e individual"[39].

El Reglamento llevaba implícita, asimismo, una finalidad política destinada a ampliar la base social del artiguismo y a consolidar la revolución, y contiene toda una definición ideológica: "Los más infelices serán los más privilegiados", que es el horizonte de todo el sentido de su interpretación.

No es, entonces, extraño que, siendo la única propuesta doctrinaria claramente definida desde lo popular, la influencia del artiguismo se extendiera por el Litoral y contara con el apoyo de varias provincias del Río de la Plata y la simpatía de otras. Una idea política que permitía a cada región asumir su soberanía era bien recibida por los caudillos locales, y se le incorporaba además un fuerte sentido económico, pues pretendía romper el mono-

38/Oporto, ob. cit., p. 118.

39/Argumedo, ob. cit., p. 39.

polio del puerto de Buenos Aires con una serie de medidas complementarias.

Su acción de gobierno respecto de los más humildes no se limita al reparto de tierras, sino que también defiende los derechos de los pueblos originarios, incluyéndolos como ciudadanos plenos. Por ejemplo, en el legislativo correntino los aborígenes abipones se integran como miembros. Artigas además, regula el accionar de la jerarquía religiosa, organiza su marina y autoriza corsarios, etc.

Artigas hace de su campamento militar de Villa Purificación[40] sobre el río Uruguay una verdadera capital política donde toma medidas de estadista y desde allí vigila concretamente los progresos de los campesinos que se han reubicado en tierras, generalmente fiscales, con la obligación de poblarlas. Ahí vemos una diferencia sustancial con las medidas implementadas poco tiempo después por Buenos Aires, bajo el influjo de Rivadavia, la ley de enfiteusis que provocó la concentración de la tierras a partir del reparto de las tierras fiscales, no en manos de los campesinos para que las trabajaran, sino en manos de un puñado de acomodadas familias porteñas, que fueron el núcleo incipiente de la oligarquía terrateniente que dominó la política argentina de modo excluyente durante la segunda mitad del siglo XIX.

Mientras tanto, el Protector de los Pueblos Libres iba por las noches de fogón en fogón, como dice la famosa canción, compartiendo con su pueblo en armas, un pedazo de carne directo desde el cuchillo (no se utilizaba el tenedor) o un mate amargo. De día un estadista y por las noches un gaucho más entre los gauchos, jugando a los naipes o tocando la guitarra. En la sombra de aquellos días felices se estaba preparando la destrucción de la liga de los federales por la acechanza de los portugueses y por la complicidad de los porteños.

"El proyecto de Artigas –una república democrática, igualitaria, independiente, susceptible de integrar a las capas étnicas y sociales marginadas por el dominio colonial, con fuerte inserción en las tradiciones, creencias y culturas populares– encontrará la drástica oposición del patriciado de las ciudades con su racionalismo ilustrado[41] y mercantil,

---

40/"Tenía alrededor de mil quinientos seguidores andrajosos en su campamento que actuaban en la doble capacidad de infantes y jinetes. Eran indios, principalmente sacados de los decaídos establecimientos jesuíticos, admirables jinetes y endurecidos en toda clase de privaciones y fatigas. Las lomas y fértiles llanuras de la Banda Oriental y Entre Ríos suministraban abundante pasto para sus caballos, y numerosos ganados para alimentarse. Poco más necesitaban. Chaquetilla y un poncho ceñido en la cintura a modo de kilt escocés, mientras otro colgaba de sus hombros, completaban con el gorro de fajina y un par de botas de potro, grandes espuelas, sable, trabuco y cuchillo, el atavío artigueño. Su campamento lo formaban filas de toldos de cuero y ranchos de barro; y estos, con una media docena de casuchas de mejor aspecto, constituían lo que se llamaba Villa de la Purificación". De Titto, ob. cit., p. 169.

41/Como dice José Luis Romero, "El caudal de las ideas de la Ilustración penetró en Latinoamérica a través de los grupos urbanos de la clase media disconformista". Lo único cuestionable es la existencia misma para esta época de una verdadera "clase media" en su mayoría los hombres que asistían a las universidades y los comerciantes; más que sectores medios eran gente relacionada de un modo u otro al patriciado local, pues todavía no se puede hablar de una consolidada oligarquía. Romero, ob. cit., p. 44.

cuyos intereses conforman el sustento del orden estamentario blanco, de la enajenación oligárquica a las prebendas del mercado exterior y al reconocimiento del mundo 'civilizado'. Partidarios de una democracia liberal restrictiva, estaban convencidos de la necesidad de excluir del concepto de ciudadanos a esas masa populares que Artigas pretendía privilegiar"[42].

42/Argumedo, ob. cit., p. 40.

CAPÍTULO XVI
LA DECLARACIÓN DE INDEPENDENCIA SUDAMERICANA EN TUCUMÁN

"¡Hasta cuándo esperamos declarar nuestra independencia! ¿No le parece a usted una cosa bien ridícula acuñar moneda, tener el pabellón y cucarda nacional, y por último hacer la guerra al soberano de quien en el día se cree que dependemos? ¿Qué nos falta más que decirlo?"

José de San Martín

1. Circunstancias de la convocatoria a Tucumán

Una vez en el poder, Álvarez Thomas reproduce la política porteñista contra la que se había levantado en Fontezuela, acabando rápidamente con la luz de esperanza que había encendido. Pero su obra de gobierno más trascendente fue la convocatoria a un Congreso Constituyente en la ciudad de San Miguel de Tucumán.

La situación no podía ser peor. Al mismo tiempo que se constituye el Congreso de Tucumán, se va consolidando un gran ejército colonialista en el Alto Perú al mando de José de la Serna[1] que en cualquier momento podía dejar la política de hostigamiento para pasar a la de invasión de los territorios controlados por los patriotas. Pensemos que Tucumán quedaba a menos de unos centenares de kilómetros de dónde estaba asentado ese ejército reaccionario. Al mismo tiempo y aprovechando la ocasión, los portugueses invaden la Banda Oriental, aunque con un guiño, o por lo menos una inacción manifiesta de Buenos Aires (que con esta traición encuentra por enésima vez la oportunidad de librarse de Artigas). La particularidad que va a tener esta nueva invasión portuguesa de la Banda Oriental, de julio de 1816, es que las clases dominantes, sobre todo comerciantes montevideanos, ven como una oportunidad de negocios la ocupación y terminan colaborando con el invasor.

Estas son las condiciones francamente adversas en la que se reunió el congreso convocado en Tucumán. Así van llegando los congresales, después de viajar, los que vienen de zonas lejanas por más de tres meses en carretas de bueyes o, los privilegiados que pueden

1/En octubre de 1816, Pezuela fue designado virrey del Perú en reemplazo de Abascal. Era un tiempo de máximo despliegue de las fuerzas colonialistas en el sur del continente, pero estaba lejos de tener todo controlado. Tenía, en ese momento, tres frentes abiertos: el primero, el del Alto Perú, acosado por la llamada "guerra de Republiquetas" que, en general, mediante el método de la guerra de guerrillas le impedía consolidar el poder colonialista en la región; en segundo término estaba el frente de Chile, que si bien había sido recuperado, se esperaba el inminente ataque del ejército que preparaba San Martín en Cuyo; y por último, y quizás el de menor importancia, era el de la frontera sur de su virreinato que era más bien un equilibrio inestable sostenido por las guerrillas de Güemes y sus gauchos de la legión infernal.

costarlas, treinta días en galeras de cuatro caballos. Los diputados fueron elegidos, a razón de uno por cada cinco mil habitantes de ciudades y villas.

El Congreso de Tucumán abrió sus sesiones el 24 de marzo de 1816. A efectos de desarrollar sus debates se alquiló una casona colonial, propiedad de Francisca Bazán de Laguna, cercana a la plaza principal, que quedará en la historia como la "Casa de Tucumán". Allí se reunieron treinta y tres congresales[2] de los cuales dieciocho eran doctores en leyes, once eran sacerdotes y cuatro militares. Tuvieron representación catorce provincias, tres de las cuales pertenecientes a la actual Bolivia, el resto de Argentina. Córdoba, tomo hemos dicho, también estuvo presente, siendo la única que participó de los dos congresos, el de Arroyo de la China y el de Tucumán. Con la particularidad de que José Antonio Cabrera fue diputado en ambos. Las provincias bajo la influencia de Artigas no fueron invitadas.

En paralelo con el comienzo del congreso se designa como director supremo a Juan Martín de Pueyrredón uno de los enemigos de Alvear, después de una fuerte disputa entre los porteños y los hombres del interior que querían imponer al coronel Moldes[3].

2/Los diputados firmantes del acta de independencia fueron Francisco Narciso de Laprida, diputado por San Juan, presidente; Mariano Boedo, vice presidente, diputado por Salta; Dr. Antonio Sáenz, diputado por Buenos Aires; Dr. José Darragueira, diputado por Buenos Aires; Fray Cayetano José Rodríguez, diputado por Buenos Aires, Dr. Pedro Medrano, diputado por Buenos Aires; Dr. Manuel Antonio Acevedo, diputado por Catamarca; Dr. José Ignacio de Gorriti, diputado por Salta; Dr. José Andrés Pacheco de Melo, diputado por Chibchas; Dr. Teodoro Sánchez de Bustamante, diputado por la Ciudad de Jujuy y su territorio; Eduardo Pérez Bulnes, diputado por Córdoba; Tomás Godoy Cruz, diputado por Mendoza; Dr. Pedro Miguel Aráoz, diputado por la Capital del Tucumán; Dr. Esteban Agustín Gazcón, diputado por la Provincia de Buenos Aires; Pedro Francisco de Uriarte, diputado por Santiago del Estero; Pedro León Gallo, diputado de Santiago del Estero; Pedro Ignacio Rivera, diputado de Mizque; Dr. Mariano Sánchez de Loria, diputado por Charcas; Dr. José Severo Malabia, diputado por Charcas; Dr. Pedro Ignacio de Castro Barros, diputado por La Rioja; Licenciado Gerónimo Salguero de Cabrera y Cabrera, diputado por Córdoba; Dr. José Colombres, diputado por Catamarca; Dr. José Ignacio Thames, diputado por Tucumán; Fray Justo de Santa María de Oro, diputado por San Juan; José Antonio Cabrera, diputado por Córdoba; Dr. Juan Agustín Maza, diputado por Mendoza; Tomás Manuel de Anchorena, diputado de Buenos Aires; José Mariano Serrano, diputado por Charcas, secretario; Juan José Paso, diputado por Buenos Aires, secretario. Tres de los congresales –Del Corro, Fernández Campero (el ex marqués de Yavi) y Moldes– no estuvieron presentes en la jornada decisiva.

3/José Moldes tiene una historia parecida a la del propio San Martín. "Nacido en Salta, transcurrió buena parte de su vida peleando en el ejército español y, asimismo, integró logias antiabsolutistas en Cádiz, para regresar luego al suelo natal a continuar la lucha por las banderas democráticas" Galasso, ob. cit., p. 166.

"Moldes creía contar con el apoyo de Güemes, pero le falló el cálculo. El salteño no comulgó con el artiguismo y prefirió convertirse en la 'cuarta pata' de la independencia, sumando su aporte a los de Belgrano, Pueyrredón y San Martín, que lo hacían desde distintas latitudes: Moldes quedó sin respaldo político. Los pasos posteriores de Moldes, que no cesaba de enfrentar a la 'oligarquía de la capital', como él llamaba a los porteños, continuaron sacándolo de un problema e ingresando en

Pueyrredón llega a una Buenos Aires convulsionada por las disputas internas y militares, por la disidencia del Litoral que cada vez se extiende más, por la amenaza de los realistas que ya se extiende por todo el resto de América de Sur salvo las Provincias Unidas y la ínsula paraguaya. Desde la restauración de Fernando, permanentemente se corren rumores que se prepara en España una fenomenal expedición para poner en vereda a la díscola colonia con capital en Buenos Aires. Entendiendo esta amenaza es que Pueyrredón acompaña la estrategia de San Martín de ir por Chile, pues eso lograba el efecto de dispersar la atención de las fuerzas colonialistas que se focalizaban por entonces sólo en Buenos Aires. En el encuentro en Córdoba del Libertador con el flamante director supremo probablemente se haya arreglado la recomposición de la antigua logia y la incorporación de Pueyrredón a la misma (con la que se había peleado fuertemente hasta entonces). Algunos de los miembros alvearistas encontraron en ella la forma de volver a instancias de poder.

Con el congreso en funcionamiento se produce un curioso hecho al que ya hemos referido. "Rivadavia espera en París instrucciones de su gobierno y autorización para entrar en España. El 20 de mayo está en Madrid; siente escrúpulos para entablar negociaciones propiamente dichas, que son impensables entre un soberano y sus súbditos fieles; ruega en cambio al rey que se digne 'como padre de sus pueblos darles a entender los términos que han de realizar su gobierno y administración' Esta manifestaciones, como no han dejado de observar numerosos críticos póstumos, estaban totalmente faltas de dignidad republicana; en cambio buscaban impulsar al monarca a asumir un compromiso unilateral" (Halperin Donghi, 1972: 108). La corte madrileña evita asumir ningún compromiso con los que considera insurrectos. Rivadavia habla en términos de sumisión incondicional y al mismo tiempo corsarios armados por Buenos Aires hacen la vida imposible a los barcos españoles cerca de Cádiz. El ministro Ceballos dice que Rivadavia tiene una postura falsa y lo expulsa por falta de arrepentimiento. Cuando está camino de la expulsión, el negociador se entera con sorpresa que desde el 9 de julio su país es independiente del monarca con el que estaba tratando de negociar.

Antes de estas bizarras negociaciones entre posiciones irreconciliables, embajadores genuflexos que no se sabe de qué lado del mostrador están, y absolutistas intolerantes, el otro enviado de Buenos Aires, Manuel Belgrano, regresa al Río de la Plata. Lo hace convencido por la coyuntura europea de que sólo es posible hacer subsistir al proceso revolucionario si se inviste al mismo de la legitimidad de una monarquía. No es un cambio en sus convicciones liberales revolucionarias. Es un principio de realismo político que parte de una lectura de la coyuntura internacional europea.

2. Las fuerzas políticas y circunstancias de la declaración de Tucumán.

La declaración de la independencia, votada por el congreso el 9 de julio de 1816, debe ser vista en perspectiva de una acción política que comienza con las revoluciones polí-

otro: en 1819 escapó de Chile y apoyó públicamente los reclamos federalistas del deportado Manuel Dorrego. En 1822 se radicó en Córdoba, bajo el ala protectora de Juan Bautista Bustos y, a principios de 1824, regresó a Buenos Aires. Pero el 18 de abril falleció súbitamente en condiciones extrañas. Se dice que fue envenenado..." De Titto, ob. cit., p. 270.

ticas estalladas frente a la acefalía del gobierno español. Sin embargo, la ruptura de esa lógica revolucionaria con base en la libertad (antiabsolutista) y la soberanía (reversión en el pueblo de la misma) hasta llegar a una revolución nacional que tiene en la idea de patria americana o sudamericana su base conceptual, en realidad se origina en la violencia con que los realistas reaccionaron ante el hecho revolucionario y juntista americano, lo cual a su vez fue la base para que las fuerzas colonialistas entendieran que había que defender las posesiones coloniales del imperio español a capa y espada. La frustrada convocatoria a la Asamblea del año XIII tiene los límites que tiene –sin llegar ni a la independencia ni a la Constitución– porque se suscita aun en el marco de una disputa española, entre liberales y absolutistas aún no definida y la inminencia del regreso de Fernando VII, pero también por las tensiones políticas externas (el sistema de relaciones británico) e internas: las disputas propias en el Río de la Plata entre el centralismo porteño y el incipiente federalismo. Estas tensiones, más el ascenso de la figura de Alvear (jugando claramente de fuerza de la restauración) dejó en minoría a San Martín, tanto en la Asamblea como en la logia, lo cual empantanó el impulso independentista. San Martín y sus partidarios eran allí fuerza de la consolidación que aún no asumía la ruptura, mientras que sus amigos de la Sociedad Patriótica de Monteagudo, con los cuales terminan asociándose, hombres de la profundización, presentaron un proyecto de independencia que fue desechado. Pero en el Congreso de Tucumán la correlación de fuerzas es otra. La tendencia predominante era la de profundización, impulsada por San Martín que, a partir de la restauración de Fernando VII en el trono estaba definitivamente convencido de la necesidad de la independencia. Alvear y las fuerzas de restauración prácticamente no tenían ascendencia, mientras que las fuerzas de consolidación se encarnaban en muchos de los representantes provinciales del interior.

"Es evidente también que la independencia, como acontecimiento, se promueve bajo el estímulo de la revolución dentro del área de los hechos revolucionarios, sin cuyo dinamismo no se hubiese acaso producido. Hay, pues, una dinámica de la independencia insista en la idea de la libertad: según la cual la revolución actúa en el papel de mentor político de aquella y ostenta algo así como su autoría intelectual. Puede afirmarse, pues, que el hecho de la independencia aparece embebido en la dialéctica de la revolución y resulta potencialmente inseparable de la vigencia o capacidad de penetración de esta"[4], dice Marcelo Sánchez Sorondo.

El liberalismo revolucionario de cuño europeo tanto como las corrientes de la escolástica reivindicatorias del poder del pueblo, fueron las herramientas teóricas de la revolución. Las elites criollas (tanto comerciantes como doctores) están empapadas de ellas, desde allí piensan la política e intentan organizar el Estado. Frente a este mito igualitario de origen europeo empieza a erigirse una condensación de nuestra primitiva democracia, inorgánica e iletrada, más plebeya y mestiza, que anida en el corazón de América interior y echa raíces y se propaga en los estratos populares que no entienden de letras nuevas sino de ponerle el cuerpo en las guerras a la libertad concreta que asume la bandera de la independencia.

La etapa de predominio en la logia de Alvear y su concepción conservadora, que se

4/Sánchez Sorondo, ob. cit., p. 31.

consustancia con los intereses de los tenderos, cuya expresión política –por entonces en el exterior– es Rivadavia, había provocado estragos en esta sociedad secreta, pero no la había hecho desaparecer del mapa. Caído Alvear, la logia se recicla, incorpora nuevos miembros como Pueyrredón y vuelve a ser influenciada por San Martín, ahora desde Cuyo. De este modo, la logia desarrollaba una actividad política intensa, logrando comprometer en su línea a los diputados del congreso. "Se renovó el planteamiento mirandino de asegurar la existencia de una nación independiente que contara con recursos económicos amplios, además de la cohesión nacional y la fuerza militar necesaria para mantener esa independencia; por eso, volviendo a las postulaciones del Plan Revolucionario de Operaciones y al proyecto presentado por la Sociedad Patriótica en la Asamblea de 1813, el congreso asumió la representatividad de todo el subcontinente meridional. Al mismo tiempo, y con el mismo criterio, se generalizó entre los diputados la convicción de que la única forma de organizar un Estado de tales dimensiones, sin eliminar las aspiraciones populares, era mediante el establecimiento de una monarquía constitucional. Precisamente desde comienzos de julio, el redactor del congreso eliminó las referencias a lo "rioplatense" y puso el acento en lo "sudamericano". El propósito de unidad continental, por otra parte, era general en los dirigentes de los movimientos revolucionarios hispanoamericanos: el 6 de septiembre de 1815, en su destierro en Kingston (Jamaica), Bolívar firmaba la 'Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla'"[5].

Acaso uno de los datos centrales de la etapa es que en el congreso e inspirado por la logia aparece el planteo de constituir una monarquía. Como adelantamos con Belgrano, no era más que una lectura del panorama internacional que hacían los miembros de la logia. La restauración monárquica era tan fuerte en Europa que se pensaba que ningún Estado que no respondiese a esta lógica podía subsistir en esa coyuntura internacional. Con esto se le restaba uno de los argumentos principales de la legitimación española para recuperar sus colonias de las manos de sus aliados absolutistas de todo el viejo continente. Esto fue tomado por la historiografía liberal como un debate de primer orden, delimitando como si fuera una cuestión de vida o muerte entre republicanos y monárquicos. Como si los monárquicos fueran una especie de remedo del absolutismo. Muy por el contrario, quienes planteaban la necesidad de un rey creían que éste debía ser poco más que una figura decorativa y que, fundamentalmente, debía estar limitado por una Constitución. Su modelo político era mucho más la monarquía constitucional inglesa que el absolutismo restaurado que primaba en la Europa continental.

Habiendo sido invitado por el congreso para exponer sobre las formas de gobierno en la Europa de la época, en una sesión secreta Belgrano propone una monarquía constitucional con un heredero de la dinastía incaica. Ya no se trataba de invocar poéticamente al Inca intentando conmover su tumba como una mera metáfora literaria de López y Planes, cuando escribió la marcha patriótica. Se trababa de una táctica que iba al corazón de la legitimidad reconocida en Europa. Y que además jugaba a dos bandas, pues el prestigio del incanato estaba todavía presente en los pueblos originarios que era mayoría en Perú y en el Alto Perú, todavía en manos de los realistas. La maniobra dotaría de legitimidad no sólo

5/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 106.

por arriba sino también por abajo[6]. Planteaba Belgrano, además, que esa monarquía temperada –en cabeza de un Inca– debía tener su la capital en Cusco, "Ombligo del Mundo" y antigua capital del incario[7]. Esto es una prueba irrebatible de que el debate de Tucumán no era argentino, ni siquiera del antiguo virreinato, sino sudamericano.

Para no caer en la lectura maniquea que hace la historiografía oficial sobre la contraposición entre monárquicos y republicanos, hay que entender que así como la Asamblea del año XIII tenía como telón de fondo el liberalismo de las Cortes de Cádiz y su Constitución de 1812, el Congreso de Tucumán tenía como marco la restauración de las monarquías absolutas, la Santa Alianza y el Congreso de Viena[8]. En esas circunstancias, lo posible aparecía como una monarquía atemperada que subsistía en el modelo inglés y no la revolución republicana que aparecía en franco retroceso en el mundo.

"Así como el espíritu general de las naciones, en años anteriores, era republicanizarlo todo, en el día se trata de monarquizarlo todo. La nación inglesa, con el grandor y majestad a que se ha elevado, más que por sus armas y riquezas, por la excelencia de su constitución monárquico-constitucional, ha estimulado a las demás seguir su ejemplo. La Francia lo ha adoptado. El rey de Prusia por sí mismo y estando en el pleno goce de su poder despótico, ha hecho una revolución en su reino, sujetándose a bases constitucionales idénticas a las de la nación inglesa; habiendo practicado otro tanto las demás naciones. Conforme a estos principios, en mi concepto, la forma de gobierno más conveniente para estas provincias sería la de una monarquía temperada, llamando la dinastía de los incas, por la justicia que en sí envuelve la restitución de esta casa, tan inicuamente despojada del trono; a cuya sola noticia estallará un entusiasmo general de los habitantes del interior". Ese será el planteo de Belgrano[9].

La gran discusión, no era entre republicanos y monárquicos[10], sino entre los que creían

---

6/"Justamente Serrano, uno de los miembros de la Junta de Observación de 1815, aportó una interesante objeción sobre este tema. Aunque monarquista, Serrano rechazaba la restauración del trono de los incas. Fundaba su posición en que la misma idea promovida no hacía mucho por el cacique Pumacahua en el Cusco, lejos de producir el resultado que se suponía seguro, que era lograr la adhesión de los pueblos nativos, había producido el efecto contrario; que uno de los males inmediatos de tal idea era la regencia interina que forzosamente debía establecerse; que promovería una lucha abierta entre los diversos pretendientes al trono; y subrayó las dificultades concretas para crear sobre tal base una nobleza. Dedujo, en consecuencia, que ante todo debía priorizarse la tarea de crear la fuerza militar capaz de derrotar al enemigo". De Titto, ob. cit., p. 258.

7/"El alineamiento de San Martín –junto a Belgrano, Güemes y el resto de los diputados del interior– a favor de la 'casta color chocolate' de que habla Anchorena, lo coloca en clara oposición a los hombres de Buenos Aires, que bajo el disfraz republicano resguardaban los intereses precisamente de una plutocracia conservadora". Galasso, ob. cit., p. 183.

8/En las actas finales de ese congreso los gobiernos reaccionarios se habían comprometido a la extinción de los regímenes republicanos.

9/En De Titto, ob. cit., p. 224.

10/"Con respecto a este monarquismo de San Martín, Milcíades Peña reflexionó correctamente: 'En realidad, es absurdo condenar los proyectos monárquicos de un San Martín o un Bolívar a la luz de

que había que declarar imperiosamente la independencia y aquellos que seguían mirando a los ingleses esperando el guiño y la protección de estos para declararse una nación independiente. La verdadera disputa según Norberto Galasso es entre dos proyectos: "Uno, centralizador, cohesionador, centrípeto, sustentador de un gobierno fuerte y con recursos suficientes para asegurar la independencia de las Provincias Unidas y concurrir a la liberación y unificación de todas las ex provincias hispánicas de América, con apoyo en las masas indígenas y mestizas; otro, que enmascara en su publicitado republicanismo, su pretensión de usufructuar la revolución en favor de la minoría privilegiada de Buenos Aires (aduana y puerto único, dominio sobre los ríos y negocios con los ingleses)"[11].

De cualquier manera, había entre los diputados un punto en común que terminó, por suerte, privilegiándose. Este punto estaba por sobre discutir la forma de gobierno, y consistía en decidir la independencia. "Las declaraciones públicas de San Martín, Belgrano, Güemes y, por cierto, Artigas y los federales todos, coincidían en esa necesidad primordial y urgente"[12]. Pero también se expresaban del mismo modo los ex alvearistas y otros defensores de los intereses porteños como, por ejemplo, el diputado Tomás de Anchorena.

La declaración de la independencia en Tucumán es un hecho revolucionario sudamericano. Por su contexto internacional, tanto el europeo cuanto americano. Y, sobre todo, porque es un acto de enorme coraje nacional, dadas las circunstancias. Aunque, para la historiografía liberal la Revolución de Mayo es la más importante, porque es la inmaculada declaración de revolucionarios liberales, no como el Congreso de Tucumán manchado por los impulsos monárquicos[13] de algunos de sus mentores, como Belgrano o San Martín. Sin embargo, la relevancia de la declaración de la independencia es realmente mucho mayor, pues implica una ruptura más profunda no sólo con el imperio español sino también con el tutelaje británico de los tiempos de la revolución. Y en circunstancias, tal como hemos visto, francamente hostiles.

3. San Martín como político impulsor de la independencia

El San Martín militar sigue pacientemente armando al Ejército de los Andes en Mendoza, al que considera la fuerza imprescindible para avanzar contra la dominación. Pero

---

la abstracta razón democrática universal. Como decía Alberdi preguntar cuál es mejor en abstracto, la monarquía o la república, es una puerilidad de escuela'". Galasso, ob. cit., p. 183.

11/Galasso, ob. cit., p. 184.

12/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 107.

13/No hay contradicción alguna entre la concepción liberal revolucionaria de San Martín o Belgrano y su opción política por la instalación de una monarquía constitucional. "No debe entenderse el principio monárquico y principio republicano como monarquía y republica presidida por un presidente, como se entiende el concepto hoy en día (...) Nosotros explicamos que en aquellos años [de los comienzos de la revolución americana] los hombres que luchaba por el principio republicano estaban convencidos que podían imponerse sin necesidad de destronar a Fernando VII. (...) Todos eran monárquicos –liberales y serviles–, pero unos querían un gobierno absolutista, sin Constitucion, sin leyes hechas por el pueblo, y otros ansiaban un gobierno republicano, que contemplase el bienestar del pueblo". De Gandía, ob. cit., p. 214.

San Martín es el gobernador de Cuyo y desde su rol político, que concibe principal, desarrolla un intenso papel durante las deliberaciones del Congreso de Tucumán. Su principal operador en San Miguel de Tucumán es Tomás Godoy Cruz (diputado por Mendoza). Pero la actividad epistolar del Libertador es intensa y no sólo con su representante.

"En sus exhortaciones, repetidas veces puntualizó San Martín el contenido hispanoamericano del movimiento emancipador. Si el dominio español era continental, también continental debía ser la acción revolucionaria"[14]. La frondosa comunicación epistolar de San Martín, en el primer semestre de 1816, nos muestra un político que está atento al curso de los acontecimientos hasta el último detalle. No se cansa de operar y dar instrucciones. Se lo ve activo con el objetivo central que es lograr la declaración formal de la independencia. Consideraba que esto le daba una legitimidad distinta a la campaña militar que estaba pronto a comenzar para liberar una parte importante de nuestra América. Sabía que la bandera de lo nacional le otorgaría más fuerza, más mística, más argumentos políticos a un ejército en formación, a una campaña que habría de deber su éxito no sólo a sus armas sino también a la fuerza de su causa en los pueblos que anhelaba libertar. Para eso, era un paso fundamental e imprescindible que las Provincias Unidas concretaran esa declaración y que no se restringieran a la mirada estrecha que había prevalecido en Buenos Aires y lo hicieran en nombre de toda América del sur.

San Martín está preocupado también por que no se concrete en la estructuración del Estado la forma federal y eso es porque piensa que debe concentrarse el poder para acometer con la tarea principal que es vencer a las fuerzas realistas. La unidad política y militar, la concentración de los esfuerzos en la lucha es su horizonte. Por eso es que rechaza hablar de federación y propone como solución provisoria correr la capital de Buenos Aires hacia otra provincia (en carta a Godoy Cruz[15]). Lo cual nos demuestra que el pensamiento de San Martín estaba muy distante de la política del porteñismo y su particular mirada de la necesidad de centralismo[16].

San Martín apoya a las iniciativas de Belgrano, a quien tiene en alta estima, pues tal como había escrito después del encuentro en la posta de Yatasto: "Es el más metódico

14/Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 36.

15/Dice textualmente: "¿No sería más conveniente trasplantar la capital a otro punto, cortando por este medio las justas quejas de las provincias?".

16/"Sus ideas son similares a las planteadas por Bolívar. En su famoso discurso de la Angostura, de principios de 1819, y con más camino recorrido, el venezolano había sido taxativo: 'Abandonemos las formas federales que no nos convencen', idea que ya había anticipado en su también célebre Carta de Jamaica, de septiembre de 1815, cuando Artigas estaba en el punto más alto de su popularidad y poder. El modelo político de Bolívar coincide con el que pregonan Belgrano, Pueyrredón y San Martín: 'No convengo en el sistema federal entre los populares [...] por ser demasiado perfecto y exigir virtudes y talentos políticos muy superiores a los nuestros'". De Titto, ob. cit., p. 217.

El dilema sudamericano era brillantemente interpretado por el libertador Simón Bolívar: "Una gran monarquía no será fácil consolidar; una gran república, imposible". Del mismo modo que el federalismo y el centralismo, que fueron permanentes tensiones en conflicto con la necesaria unidad para enfrentar a los enemigos externos.

de los que conozco en nuestra América, lleno de integridad y talento natural; [...] créame usted que es lo mejor que tenemos en América del Sur". Pero también porque tenía una lectura actualizada del plano internacional y veía las dificultades que se cernían en el horizonte si se declaraba una república.

No obstante, el Libertador San Martín en carta a Godoy Cruz demuestra que se paraba claramente sobre la contradicción principal: "¡Hasta cuándo esperamos declarar nuestra independencia! ¿No le parece a usted una cosa bien ridícula acuñar moneda, tener el pabellón y cucarda nacional, y por último hacer la guerra al soberano de quien en el día se cree dependemos? ¿Qué nos falta más que decirlo? Por otra parte ¿qué relaciones podremos emprender cuando estamos a pupilo? Los enemigos (y con mucha razón) nos tratan de insurgentes, pues nos declaramos vasallos. [...] ¡Ánimo, que para los hombres de coraje se han hecho las empresas! Veamos claro, mi amigo: si no se hace, el congreso es nulo en todas sus partes, porque reasumiendo éste la soberanía, es una usurpación que se hace al que se cree verdadero, es decir, a Fernandito". Godoy Cruz le responderá que la declaración "No es soplar y hacer botellas". Y San Martín, rápido de reflejos, le responde: "Veo lo que usted me dice sobre el punto de la independencia: no es soplar y hacer botellas; yo respondo a usted que mil veces me parece más fácil hacerla que el que haya un solo americano que haga una sola".

La mano política de San Martín está presente todo el tiempo en el Congreso de Tucumán. Ya desde el inicio el nombramiento como director supremo al coronel Juan Martín de Pueyrredón (que siendo porteño obraba de diputado por San Luis, integrante de las provincias de Cuyo que conducía el Libertador), fue uno de los primeros triunfos de la política tejida por San Martín.

En la sesión del 9 de julio se escogió como primera cuestión a considerar, el prioritario tema de una declaración formal de la independencia de las Provincias Unidas. Y así se proclamó. San Martín recibió la gran noticia en Córdoba, durante su reunión con Pueyrredón. Pero el Libertador, que siempre iba por más, escribió a Godoy Cruz el 16 de julio: "Ha dado el congreso el golpe magistral con la declaración de la independencia; solo habría deseado que al mismo tiempo hubiera hecho una pequeña exposición de los justos motivos que tenemos los americanos para tal proceder; esto nos conciliaría y ganaría muchos afectos en Europa".

Como bien hace notar De Titto: "A Laprida tocó en suerte ser presidente en la sesión del 9 de julio como podría haber correspondido a otro diputado, ya que el cargo era rotativo. Pero no parece casual que esa responsabilidad correspondiera, justamente, a un hombre 'de' San Martín"[17].

4. El contenido americano de la declaración de independencia

La redacción del escrito de la declaración aprobada estuvo a cargo de José María Serrano, con la ayuda de Juan José Paso, quien pasando los años siempre se mantenía a flote en las turbulentas aguas de la revolución.

Este es su texto completo: "En la benemérita y muy digna ciudad de San Miguel de

17/De Titto, ob. cit., p. 242.

Tucumán, a nueve días del mes de julio de mil ochocientos dieciséis, terminada la sesión ordinaria, el Congreso de las Provincias Unidas continuó sus anteriores discusiones sobre el grande, augusto y sagrado objeto de la independencia de los pueblos que lo forman. Era universal, constante y decidido el clamor del territorio entero por su emancipación solemne del poder despótico de los reyes de España. Los representantes, sin embargo, consagraron a tan arduo asunto toda la profundidad de sus talentos, la rectitud de sus intenciones e intereses que demanda la sanción de la suerte suya, la de los pueblos representados, y la de toda la posteridad. A su término fueron preguntados si querían que las provincias de la Unión fuesen una nación libre e independiente de los reyes de España y su metrópoli. Aclamaron primero, llenos del santo ardor de la justicia, y uno a uno sucesivamente reiteraron su unánime y espontáneo decidido voto por la independencia del país, fijando en su virtud la determinación siguiente: Nos, los representantes de las Provincias Unidas en Sud-América, reunidos en congreso general, invocando al Eterno que preside el universo, en el nombre y por la autoridad de los pueblos que representamos, protestando al cielo, a las naciones y hombres todos del globo la justicia, que regla nuestros votos, declaramos solemnemente a la faz de la tierra, que es voluntad unánime e indubitable de estas provincias romper los violentos vínculos que las ligaban a los reyes de España, recuperar los derechos de que fueron despojados, e investirse del alto carácter de nación libre e independiente del rey Fernando VII, sus sucesores y metrópoli. Quedar en consecuencia de hecho y de derecho con amplio y pleno poder para darse las formas, que exija la justicia, e impere el cúmulo de sus actuales circunstancias. Todas, y cada una de ellas, así lo publican, declaran y ratifican, comprometiéndose por nuestro medio al cumplimiento y sostén de esta su voluntad, bajo el seguro y garantía de sus vidas, haberes y fama. Comuníquese a quienes corresponda para su publicación, y en obsequio del respeto que se debe a las naciones, detállese en un manifiesto los gravísimos fundamentos impulsivos de esta solemne declaración. Dada en la sala de sesiones, firmada de nuestra mano, sellada con el sello del Congreso, y refrendada por nuestros diputados secretarios: Francisco Narciso de Laprida, presidente; Mariano Boedo, vicepresidente".

Como los debates sobre la cuestión monárquica y las operaciones para coronar a algún príncipe extranjero aún estaban revoloteando la casa de Tucumán, los congresistas se reúnen en sesión secreta diez días después, el 19 de julio, y amplían un párrafo del acta de la independencia. Donde dice "nación libre e independiente de los reyes de España y su metrópoli", agregan una frase que va a cobrar un sentido más importante con los años: "y de toda otra dominación extranjera[18]". La propuesta es del diputado Pedro Medrano, abogado nacido en Montevideo pero representante de Buenos Aires y podría atribuirse a una marcada influencia de José de San Martín.

"Por eso, el Congreso de Tucumán, nacido bajo tan pobres auspicios y pese a sus contumacias monarquistas, fue por capricho –no importa– del destino, el protagonista ocasio-

18/Según Norberto Galasso la causa del agregado de toda dominación extranjera a la declaración está relacionada con "versiones referidas a negociaciones y conciliábulos entre la burguesía comercial porteña y la corte de Río de Janeiro, pretendiendo resucitar el 'carlotismo' probritánico". Galasso, ob. cit., p. 177.

nal e intempestivo, si se quiere, del acto más audaz, de nuestra historia: al convocamos a ser independientes no sólo de España, que sería lo pretérito, sino de toda otra dominación extranjera deja un legado imperecedero, una manda enderezada hacia el futuro cuya exigencia se acrecienta a medida que discurre el tiempo. Así, pues, no obstante los deslices pertinaces de esos revolucionarios trastocados en legitimistas de ocasión, (...) los congresales de Tucumán, sin darse mucha cuenta de ello, demostraron que la política es el arte de hacer posible lo imposible"[19].

Es necesario decirlo: la declaración del 9 de julio, si se la piensa en su contexto, es un acto de locos, idealistas, optimistas empedernidos o desesperados (ya jugados en su destino) o todas esas cosas juntas en su conjunto. En un contexto mucho más favorable se habían acobardado de dar ese paso los asambleístas del Año XIII, con Fernando en el exilio y las potencias europeas ocupadas peleando contra Napoleón y en una situación militar de la guerra de los americanos revolucionarios mucho más favorable. Los congresales en 1816, cuando todo les era adverso, incluso la marcha de la económica, toman la determinación que la historia naturaliza como si fuera un simple trámite sin mayores complicaciones. Con el diario del lunes todos son patriotas valientes. Pero cuando la cabeza está en juego no todos se animan.

La memorable declaración dio lugar a variados festejos, en primer lugar en la propia ciudad de Tucumán. Se hizo un baile en la Casa del Congreso y se determinó la iluminación de las Casas Consistoriales durante ocho noches, en regocijo de la sanción y juramento de la independencia de América del sur.

Luego de efectuada la declaración, el Congreso determinó que no solo debía tenerse e imprimirse en castellano sino que la mitad de las mismas debían hacerse en lenguas originarias. Antes del 10 de agosto ya estaban listas y aprobadas las versiones quechua y aymará escritas por el diputado Serrano. Sin embargo, De Titto marca un hecho interesante: "los diputados del Congreso ignoraron la posibilidad de hacer ese mismo texto en guaraní –con idéntica dificultad–, que hubiera sido un excelente modo de acercarse a los pueblos paraguayos, correntinos y de las Misiones"[20]. El predominio de Artigas en estas tierras es un primer nivel de respuesta a este interrogante planteado, pero el otro nivel hay que encontrarlo en la necesidad imperiosa de expandir el patriotismo hacía en norte en la región todavía controlada por los colonialistas españoles, de predominante lenguas quechua y aymará.

"El Congreso General de las Provincias Unidas del Río de la Plata, reunido en Tucumán, declaró en la solemne sesión del 9 de julio de 1816 la independencia de las Provincias Unidas en Sud-América. Desde ese momento, cualquier distrito sudamericano que adhiriera a tal declaración, quedaba de hecho y de derecho incorporado a la nación sudamericana, cuyo potencial económico y poderío militar habría de protegerlo. El cambio de designación no fue un accidente –como creen algunos simplistas– sino una decisión categórica promulgada en el único lugar del subcontinente meridional donde las armas del rey no habían podido ahogar la revolución. El 1ffl de agosto el Congreso expidió un Manifiesto

19/Sánchez Sorondo, ob. cit., p. 81

20/De Titto, ob. cit., p. 233.

de las Provincias Unidas de Sud-América excitando a los pueblos a la unidad y al orden, que no estaba destinado sólo a las provincias litoraleñas sino a toda la América del sur"[21].

El propio proyecto de su impronta sudamericana queda explícito: "A fin de que se constituya una forma de gobierno general, que de toda la América unida en identidad de causa, intereses y objeto constituya una sola nación" (21 de diciembre de 1816). Tienen razón Sabsay y Pérez Amuchástegui en que "sin la definición continental de la independencia, las campañas libertadoras carecerían de sentido". Es claro que la visión estratégica y americanista sanmartiniana estaba atrás de este simple cambio de nombre[22] que implicaba una mirada más abarcativa que el Río de la Plata o como dicen poco rigurosamente los historiadores oficiales, la independencia argentina.

Con la declaración de independencia de las provincias unidas de Sudamérica la revolución hispanoamericana entraba en una nueva y decisiva etapa. Si bien el Río de la Plata era el único foco de resistencia (también estaba libre, pero fuera de la línea de combate, el Paraguay de Francia en su aislamiento) a la reacción colonialista, lo cierto es que la cuestión nacional ya había madurado en América meridional lo suficiente como para convertirse en un movimiento profundo que hacía mover las placas tectónicas del subsuelo de la patria poniéndolo al borde de la sublevación. También las fuerzas patrióticas de América del sur habían procesado casi definitivamente el hecho que de Inglaterra no había que esperar más apoyo que guiños relativos y negocios. Los ingleses iban a seguir haciendo su juego sin alterar el precario orden europeo. En las condiciones de reflujo crecieron también las alternativas estratégicas por sobre las disputas tácticas; eso fortaleció el plan continental del general José de San Martín –que se convertiría en uno de los dos grandes libertadores continentales– que planteaba que había que ir por el corazón de la reacción pro española que estaba en Lima.

El peso todavía existente del artiguismo y la importancia no reconocida históricamente del Congreso de Oriente hizo que Santa Fe, Corrientes, Entre Ríos, las Misiones y la Banda Oriental nunca juraran la independencia de las Provincias Unidas. Desde luego, tampoco participó el Paraguay que desde 1813 se reconocía como "República". Sin embargo, el sentido americano de la declaración de Tucumán era un sentimiento absolutamente compartido por los Pueblos Libres[23]. Y no hizo más que arrastrar simpatías en aquellas regiones del Litoral.

21/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 107.

22/Preferimos usar el nombre de Provincias Unidas de o en Sudamérica en lugar de usar Provincias Unidas del Río de la Plata que es el que se venía llevando hasta entonces, porque también hubo otro cambio de nombre. "Inusualmente, la declaración alteró el nombre del país. Mientras el acta declara la emancipación de las Provincias Unidas de Sud América, la fórmula del juramento dice 'Provincias Unidas en Sud América', nombre que no se había utilizado hasta entonces. Esta designación es la que se tuvo en cuenta en la sesión del mismo congreso del 22 de abril de 1819 al plantearse la cuestión de dar nombre al país, pues se acordó ese. Tal vez, pensando en los debates de 1816, se pueda leer acá una intención de los congresales: que la declaración de Tucumán fuera la primera de una sucesión de otras que independizaran al resto de las colonias españolas de América del sur, y la voluntad de unificarlas en un solo país –o federación–, con capital en Cusco". De Titto, ob. cit., p. 233.

23/"En el Manifiesto que hace a sus paisanos el gobernador de la provincia al dar el Reglamento pro-

La contradicción que parece insalvable entre la monarquía temperada y la república federal, con ser dos extremos de la teoría política de la época independentista, y dos posiciones en pugna, tenían, sin embargo, un punto en común: estaban sustentadas en la reivindicación nacional común. Eran, como dicen acertadamente Sabsay y Pérez Amuchástegui, "dos intencionalidades en pugna para el establecimiento de distintas formas políticas, ambas sustentadas en el carácter nacional hispanoamericano. Por eso mismo ambas, pese a sus divergencias, eran nacionalistas"[24].

5 El último intento de ofensiva colonialista sobre el sur de América del sur

José de la Serna y Martínez de Hinojosa, conde de los Andes, era un absolutista acérrimo, nacido en Cádiz en 1770, formado en el Ejército español y probado en combates contra marroquíes, franceses e ingleses y en la resistencia española a la invasión napoleónica de 1808. Al terminar esta guerra nacional española fue ascendido a brigadier. Cuando llegó a América en 1815 era uno de los hombres más prestigiosos del ejército español, una verdadera leyenda.

Hacia 1816, la "frontera" estaba bajo la custodia de Güemes y sus invencibles gauchos que hacían imposible concretar una victoria para seguir rumbo al sur. Con su conocimiento del terreno, su compresión acabada de la guerra de guerrillas, y su capacidad de movilización rápida, ya que sus fuerzas estaban compuestas por excelentes jinetes, cortaba sistemáticamente las líneas de enlace de cada una de las vanguardias realistas enviadas y las tenía a mal traer. Esta pelea se complementaba con una dura resistencia al interior del Alto Perú, a la que se llamó –como hemos visto– "guerra de republiquetas". Con patriotismo y ferocidad, en condiciones adversas y desiguales, cientos de criollos, mestizos y aborígenes –coyas, aymarás, tupíes, chipayas, urúes, chiriguanos y miembros de otras etnias– sacrificaron sus vidas por la libertad americana, hostigando a los realistas en su propio bastión altoperuano.

"Merece destacarse entre los combatientes de las republiquetas[25] a la coronela Juana Azurduy[26] –mujer indómita y de increíble entereza–, que ha ganado, con justicia, un espe-

visorio para la dirección general, fechado en Santa Fe el 26 de agosto de 1819, decía Estanislao López: 'Mantendremos nuestro estado, y en el fallecimiento de la guerra civil entraremos al todo de esa gran Nación que esperan ambos mundos'. ¿Cuál era esa 'gran Nación'? La respuesta surge del artículo 19 del Reglamento: 'Todo américano es ciudadano'". Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 110.

24/*Ibid*.

25/"Seis eran las principales 'republiquetas': la de Larecaja al norte, con Ildefonso Muñecas a la cabeza; al sur Camargo y Betanzos, más cuatro importantes grupos guerrilleros al centro del país: Álvarez de Arenales en la zona de Mizque, los esposos Padilla en la región Chuquisaca, Ignacio Warnes en Santa Cruz y la 'Republiqueta de Ayopaya' entre Cochabamba y los Yungas de La Paz". Todas ellas estaban relacionadas con la junta de Buenos Aires. Mesa Gisbert, ob. cit., p. 329.

26/El historiador boliviano Mesa Gisbert dice: "Juan Manuel Ascencio estuvo acompañado por su esposa Juana Azurduy, la cual dejando su papel de ama de casa dedicada a criar a sus cuatro hijos, abandonó el hogar y se sumó a la lucha por la independencia. Montada a caballo seguía paso a paso

cial reconocimiento en los últimos tiempos. Junto con ella debe recordarse a su esposo, Manuel Ascencio Padilla y a otros jefes, como Juan Antonio Álvarez de Arenales, Ignacio Warnes, José Miguel Lanza, Ildefonso de las Muñecas, José Camargo, Pedro Betanzos y el marqués de Yavi, quienes sostuvieron esa lucha de resistencia con notables sacrificios. La historia de las nueve republiquetas, las de Ayopaya, La Laguna, Larecaja, Santa Cruz, Vallegrande, Tarija, Cinti, Porco y Chayanta, y las acciones de otros grupos guerrilleros merecen un lugar destacado en este período en que la Liga de los Pueblos Libres y las Provincias Unidas del Río de la Plata, cada una a su modo, concretaban la definitiva independencia en esta parte del continente: su resistencia pertinaz, sin duda, posibilitó que a los españoles se les complicara avanzar hacia el sur"[27].

De la Serna, una vez al frente de los realistas, se empeñó en destruir esas incómodas republiquetas que, con uñas y dientes, defendían su autonomía y soberanía territorial. Una vez derrotadas, la mayor parte de estas se dirigió hacia el sur. El 15 de noviembre de 1816 triunfó sobe el marqués de Yavi, que había desertado del ejército realista[28] pasándose al lado patriota. La victoria obtenida en la puna le habilitaba la posibilidad para arremeter contra la última gran región independiente, por entonces, de toda América del sur. Contaba con una fuerza veterana templada y bien equipada en pertrechos y con aproximadamente 7.000 soldados con mil caballos, mil mulas para transporte y más de 20 cañones.

A finales de 1816, Pezuela, elevado al rango de virrey[29], ordenó a De la Serna avanzar sobre Tucumán, donde, un día antes de que asumiera su nuevo cargo, se había proclamado la independencia de las provincias unidas de Sudamérica. La orden de Pezuela era también un movimiento estratégico con la idea de movilizar y sacar de su encuadre al Ejército de los Andes –que San Martín estaba preparando en Mendoza– del que los colonialistas tenían noticias y que les provocaba inquietud. Las fuerzas de De la Serna aparecían como demasiado grandes para las fuerzas guerrilleras de Güemes. Con la soberbia que caracterizaba a los generales colonialistas, al partir de lima, De la Serna aseguró que recuperaría fácilmente la lejana Buenos Aires.

Agrandado con los éxitos en la represión de varias republiquetas (donde habían asesi-

---

la contienda llevando consigo a sus hijos que, por su tierna edad, no pudieron soportar los avatares de la guerra, muriendo antes que ésta terminara. Sólo le quedó la menor, Luisa, que acompañó a Juana en su larga vejez. A la muerte de sus esposo, Juana Azurduy fue nombrada coronela por el gobierno argentino por sus méritos durante la campaña". Murió pobre y olvidada en Charcas en 1862. Mesa Gisbert, ob. cit., p. 330.

27/De Titto, ob. cit., p. 180.

28/Juan José Feliciano Fernández Campero, marqués del Valle de Toxo (conocido como marqués de Yavi) para 1813, ocupaba el cargo de gobernador de Salta y jefe de la caballería realista. Entra luego en negociaciones con el bando patriota y en pleno desenlace de la batalla de Salta, cuando conducía un ala del ejército comandado por Pío Tristán –también americano–, optó por retirarse, pasándose al otro lado.

29/Sorprendentemente, cuando el implacable virrey Abascal estaba envanecido por sus triunfos frente a los insurrectos, supo que el rey había decretado su reemplazo por el general Joaquín de la Pezuela, que se encontraba combatiendo en el frente contra las provincias unidas.

nado a dos de sus jefes, Padilla y Warnes), el Ejército Real del Alto Perú avanzaba orgullosamente creyéndose invencible. Poco después ocupó Tupiza, avanzó sobre Jujuy –la capital fue ocupada por la gente de Olañeta el 6 de enero de 1817– y, en Salta, tomó la capital, Cerrillos y Rosario de Lerma. El general Güemes supo que no podía defender la capital de su provincia. Su táctica fue la más apropiada: sus gauchos ocuparon los valles de la quebrada de Humahuaca, particularmente esa pequeña ciudad. De este modo cortaban el aprovisionamiento desde el Alto Perú de las tropas colonialistas. De la Serna consiente de esta debilidad se vio obligado a volver a territorio seguro. En su retirada las tropas realistas fueron hostigadas por las guerrillas gauchas hasta dejarlas exhaustas.

La ofensiva colonialista, que pensaba comerse la revolución de un solo bocado, había chocado nada menos que con Martín Miguel de Güemes y sus "infernales". Difícilmente haya habido para los españoles un hombre tan odiado como el caudillo salteño, destestado a su vez por la oligarquía lugareña. No era para menos, pues Güemes no solamente les hacía sustentar el costo de la guerra sino que fue autor un "Estatuto del gaucho", un reconocimiento de derechos del que se carecía en otras partes y no era bien visto por los criollos acaudalados. Esta justicia social practicada por el gobernador Güemes era el factor constitutivo de la lealtad de esos feroces gauchos que hicieron del norte salteño un bastión inexpugnable para los realistas. El general Paz, así los calificaba en sus memorias: "Esos bravos salteños, esos gauchos desunidos y con poquísima disciplina, resistieron victoriosamente a los aguerridos ejércitos españoles; solos, abandonados a sí mismos, sin más auxilio que su entusiasmo, combatieron con indomable denuedo y obligaron siempre a sus orgullosos enemigos a desocupar el territorio que sólo dominaban en el punto en que materialmente ponían la planta".

"¿Cómo se había formado este cuerpo tan peculiar? Repasemos un poco la historia. Cuando Belgrano dispuso el éxodo jujeño, el por entonces mayor general Díaz Vélez tuvo la responsabilidad de organizar la retaguardia. Para ello, creó un regimiento de granaderos de caballería conformado en su mayoría por voluntarios jujeños y, en menor medida, de Tarija y la Puna, cuya primera condición, obviamente, era que fueran buenos jinetes. En muchos casos, además, portaban sus propios machetes, enseres y, algunos, también sables y armas de fuego. Estos granaderos a caballo –formados en simultáneo con el famoso cuerpo de San Martín, aunque el salteño no era un cuerpo de elite– fueron bautizados como 'Los Patriotas Decididos'"[30].

Para los oficiales españoles, en cambio, ese grupo era una "montonera" informe y para, subestimarlos, comenzaron a llamarlos "gauchos", término que en el norte no se usaba y que identificaba a la gente del Litoral y del sur del Brasil[31]. Los granaderos del norte se sintieron cómodos con el mote y lo adoptaron para sí. La organización de la guerrilla, de

30/De Titto, ob. cit., p. 196.

31/"San Martín escribía el 23 de marzo: 'Los gauchos de Salta solos están haciendo al enemigo una guerra de recursos tan terrible que lo han obligado a desprenderse de una división con el solo objeto de extraer mulas y ganado'. Empleaba la palabra gauchos que acaba de extenderse por el país; Posadas evitando usar ese término, encargó a San Martín el 10 de abril felicitar a 'los bizarros patriotas campesinos'". Rosa, ob. cit., p. 81.

a poco, fue adquiriendo una estructura basada en partidas de unos veinte miembros con un oficial al mando. Cada cuatro partidas se nombraba un oficial superior, responsable de organizar los movimientos y administrar los recursos y las armas. La táctica preferida era la emboscada y entre los blancos preferidos estaban las fuerzas de retaguardia y las fuentes de aprovisionamiento. La "guerra de recursos" implicaba que, cuando los enemigos se acercaban a un pueblo o a una hacienda, los habitantes se replegaban a terreno seguro llevando consigo los víveres, el ganado y todo elemento que pudiese serles útil. La economía salteña quedó arruinada, pero el compromiso de la población –y los sacrificios– fue total. Pero no se crea que estos gauchos indomables se asumían mansamente como una fuerza auxiliar del Ejército del Norte. Siempre estuvieron en disputa con éste y, en más de una ocasión, a punto de enfrentarse. Pero el respaldo popular de estos gauchos fue lo que les permitió persistir aun en contra de las decisiones del gobierno central del Directorio. Apoyo que se daba no sólo en la campaña salteña, sino también en la ciudad. Muchas mujeres comandadas por Macacha Güemes, hermana de Martín, hacían de espías o recaudaban fondos, complementando la acción decidida de esos jinetes patriotas. Asentados en los montes a los que conocían como la palma de la mano, los guachos de Güemes hacía de esta ventaja su principal arma de combate.

"Al asumir Güemes la gobernación, los antiguos 'Patriotas Decididos' habían pasado a ser una división bajo el mando de la provincia y constituían un cuerpo con amplia autonomía"[32]. Aunque el Directorio siempre miró con desconfianza al caudillo salteño, pensando que podía seguir los pasos autonomistas de Artigas, Güemes, que en su provincia sufría permanentemente las incursiones de las fuerzas realistas, no tenía mucho tiempo para pararse sobre su autonomía provincial.

Cumplida la jura de la independencia en el Congreso de Tucumán, que daba razón a la causa, Güemes continuó el combate contra las fuerzas colonialistas, que preparaban una nueva ofensiva. Pero los Infernales de Güemes volverán demostrar su aguerrida potencia guerrera rechazando una vez más al enemigo.

Con respecto al ejército regular, Belgrano suplantó a Rondeau en el mando, aunque luego, lamentablemente, terminó involucrado en luchas intestinas. Esta intervención como ejército de represión es, sin dudas, uno de los más graves errores políticos del gran héroe civil de las guerras de independencia de sur.

Güemes será el "tercer hombre" de la independencia. Luego de las tempranas campañas belgranianas, desde 1816 habrá un trípode político-militar constituido por San Martín, Güemes y Pueyrredón, que cargará sobre sus espaldas la lucha contra los ejércitos realistas. San Martín, gobernador de Cuyo, se apresta a partir hacia Chile y poner en marcha su epopeya continental; Pueyrredón, a cargo del Ejecutivo, proveerá recursos[33], buscará arma-

32/De Titto, ob. cit., p. 198.

33/En una simpática carta de respuesta a los constantes reclamos de San Martín por mayor cantidad de recursos para el Ejército de los Andes, Pueyrredón le responde: "Va el Mundo. Va el Demonio. Va la carne. Y yo no sé cómo me irá con las trampas en que quedo para pagarlo todo; a bien que en quebrando, cancelo cuentas con todos y me voy yo también para que usted me dé algo de charqui que le mando; y carajo, no me vuelva usted a pedir más, si no quiere recibir la noticia que me he

mento por el mundo y manejará la diplomacia externa, y Güemes logrará evitar que el Alto Perú se convierta en el talón de Aquiles del plan del Libertador. Artigas, era el cuarto pilar, no reconocido por cierto, por la historiografía argentina en general, pues tendrá la difícil tarea asumida desde la Liga Federal de combatir a los realistas portugueses, con el agravante que lo tiene que hacer enfrentando al mismo tiempo al propio Directorio y a fuerzas al mando de Belgrano. A diferencia de los otros nombrados, en este nuevo período, Güemes y San Martín, que sí lo habían hecho antes de 1816, nunca más se involucrarán en disputas internas, focalizándose hacia el enemigo principal: las fuerzas colonialistas.

Güemes fue, hasta su muerte en 1821, el jefe político y militar de Salta, al tiempo que el gran tapón contra la ofensiva realista, que evita el fracaso del plan continental. "La firmeza del caudillo, su constante preocupación por los intereses nacionales y populares, y su inflexible decisión de no ceder ante los españoles, le habían dado un prestigio inconmovible. Bien es sabido que La Serna ofreció a Güemes un millón de patacones y los títulos de marqués y grande de España si se pasaba a sus filas; la respuesta de Güemes sirve como retrato de sus convicciones, pues rechazó indignado el ofrecimiento sobre la base de que 'no hay títulos más gloriosos que el amor de mis soldados y la estimación de mis conciudadanos'"[34].

Sin embargo, el mismo gobierno que le empezaba a dar la espalda al proyecto emancipatorio continental de San Martín, no podía sino mirar con desconfianza y desprecio al aguerrido Güemes. Por eso es que, cuando este murió en combate contra los españoles, en el periódico oficial se redactó la noticia de la siguiente manera: "Murió el abominable Güemes al huir de la sorpresa que le hicieron los enemigos. Ya tenemos un cacique menos" (La Gaceta del 19 de julio de 1821).

amanecido ahorcado en un tirante de la Fortaleza".

34/Sabsay; Amuchástegui, ob. cit., p. 133.

CAPÍTULO XVII
LA RECUPERACIÓN EN EL NORTE DE AMÉRICA DEL SUR

"Combatid y venceréis: soy libertador o muerto. Dios concede la victoria a la constancia"
Simón Bolívar

1. De la resistencia a la ofensiva de los patriotas

En el norte de América del sur entre 1815 y 1817 todo parecía perdido. Las colonias españolas de Venezuela y Nueva Granada, reconquistadas por las fuerzas realistas y ocupadas por el ejército colonialista de Morillo, parecían haber olvidado la experiencia revolucionaria al mismo tiempo que el sur de América del Sur naufragaba en las disputas internas. Fue, precisamente, en ese momento –como venimos diciendo– que el proceso revolucionario se reinventa a sí mismo en la incubación de la definición nacionalista americana de la contienda. Fue esta definición de lucha por la independencia que decidió a las masas populares en la misma. La fuerza de voluntad de los patriotas criollos que conducían los ejércitos libertadores hizo el resto. En efecto, fue en este marco en que se lanzaron casi en simultáneo las dos grandes campañas continentales, la del general San Martín por el sur y la del general Bolívar por el norte. Ambas habrían de confluir sobre el principal enclave colonialista en América del Sur, el virreinato del Perú.

Una de las claves fue la recuperación de las fuerzas patriotas del norte definidas en la conducción política del Libertador Simón Bolívar. El historiador venezolano Mijares, citado por Acosta Saignes, realiza una caracterización de este periodo, poniendo de relieve la importancia de la multiplicidad de pequeñas batallas libradas por el Ejército Libertador, de las cuales Bolívar no fue protagonista de ninguna pero concentró la conducción del proceso en general: "Durante aquellos años, de 1815 a 1818, ninguno de los triunfos republicanos fue obra suya, y, por el contrario, tres abrumadores fracasos, eslabonados fatídicamente en 1816, 1817 y 1818 en Ocumare de la Costa, en Clarines y la tercera de la Puerta, le hicieron perder el ejército que mandaba y lo llevaron varias veces al borde de la muerte. La liberación de la isla de Margarita la realizó Arismendi en 1815 y 1816 y la consolidó el general Francisco Esteban Gómez derrotando al propio Morillo en 1817. Los Llanos orientales fueron mantenidos bajo las banderas de la patria por el incesante combatir de Monagas, Zaraza, Sedeño y otros jefes locales. Piar y MacGregor ganaron contra Morales en 1816 la batalla de El Juncal, que dio a los independientes la provincia de Barcelona. El mismo Piar obtuvo la posesión de Guayana con la victoria de San Félix en 1817. José Antonio Páez apareció como caudillo indiscutible en los llanos de Apure y los incorporó a la república por sus propios esfuerzos; tan asilado en aquel teatro de sus primeras hazañas, que a fines de 1817 comenzaron a saber de Bolívar y los otros jefes que luchaban en Oriente y en la Guayana, cuando ya tres años de victoria aseguraban su predominio, y había logrado ven-

cer en Mucuritas al general La Torre, segundo de Morillo"[1].

El papel principal de Bolívar fue, precisamente, político: correlacionar todos los esfuerzos de las tropas patrióticas, darles coherencia, trazar una estrategia única, un sentido político único a las peleas, la consubstanciación de la cuestión nacional americana como bandera y la representación de la república beligerante hacia el exterior.

Del panorama dramático de 1816 la columna norte del frente emancipador se venía reponiendo, poco a poco, desde una resistencia que peleaba palmo a palmo el territorio. Después de que las tropas de Morillo por el norte y Sámano por el sur ocuparan Caracas y Cartagena, y Bogotá respectivamente, las fuerzas realistas parecían estar bien asentadas en los territorios venezolanos y neogranadinos. Gran parte de la población recibía con agrado a los realistas, fuere por temor a sus brutales represalias, fuere porque estaba asqueada de la constante guerra y sus consecuencias económicas y personales, fuera porque no confiaba en los mantuanos que constituían la conducción del ejército patriota. Los focos patrióticos que se sustentaron desde 1814, fueron precisamente los que se empaparon de pueblo manteniendo la brasa necesaria[2] para volver a encender el fuego de la libertad. El viento que encendió esa brasa fue Bolívar, después de la comprensión política del proceso emancipatorio que había hecho en su exilio de Jamaica y Haití.

Pero el camino del Libertador nunca fue fácil: no en vano lo llamaron el hombre de las dificultades. La pequeña expedición libertadora de Bolívar partió de Haití en marzo de 1816[3]. El Libertador arengó a las tropas vestido con uniforme de gala. Primero recaló en la heroica isla de Margarita que otra vez estaba controlada por los patriotas de Arismendi. Cuando desembarcó en el continente en Carúpano tomó el puerto sin perder uno solo de sus hombres. Pero esa experiencia duró poco tiempo. La interna entre alguno de sus oficiales, sobre todo Bermúdez, que agitaba a Mariño en contra de Bolívar, terminó haciendo que el Libertador fuera despedido de Venezuela por cuarta vez.

El general reaccionario Francisco Tomás Morales se mofaba de las fuerzas patriotas. "Cuando Morales llegó a la playa de Ocumare, el 15 de julio al mediodía, sólo encontró en ella el armamento abandonado: 'Esta banda de hombres delincuentes –escribió a Morillo–, que llegaron a la playa de Ocumare creyéndose absolutos poseedores de Venezuela, y orgullosos y desordenados penetraron hasta el mismo Maracay sin acordarse de que las armas del rey castigarían sus delitos, han desaparecido como humo'"[4].

Bolívar, desahuciado por los propios, en una experiencia corta y frustrante, volvió a

---

1/Acosta Saignes, ob. cit., p. 179.

2/"Los restos del ejército organizado por Mariño en 1813, los esclavos libertados por Bideau antes de abandonar a Guairia, las guerrillas encabezadas por Sedeño, Zaraza, Monagas, Rojas , Barreto y otro menos conocidos como Sarmiento, a quien disputan los españoles como uno de los más capaces conductores, los llaneros de Casandre y el Apure, encabezas por Páez, las masas margariteñas dirigidas por Gómez y Arismendi, realizaron durante 1815 y 1816, extraordinarios esfuerzos colectivos, mantuvieron vivo y combatiente el ideal de la independencia". Acosta Saignes, ob. cit., p. 191.

3/Según refiere Barros Arana, se trataba de 250 hombres en su mayor parte oficiales. Barros Arana, ob. cit., p. 428.

4/Liévano Aguirre, ob. cit., p. 151.

Haití. Sin embargo, la República negra volvía a recibirlo como a un héroe y no como a un derrotado. Petión ofrece financiar una nueva incursión, Brión pone a disposición su flotilla para volver a dar pelea. Desde Margarita, Arismendi, prácticamente aislado, pide a gritos que Bolívar regrese. "Y, lo más importante de todo, un grupo de cabecillas resistentes locales, escandalizados por las rivalidades y muestras de insubordinación de los comandantes que habían arrojado a Bolívar de tierra firme, le enviaron a un emisario –Francisco Zea– para pedirle que volviera. Zea también vio a Petión y le dijo: 'En Venezuela todavía quedan restos de buenos patriotas. El país todavía alienta esperanzas. Pero el único hombre superior, capaz de hacer realidad esas esperanzas ya no está allí. Con esa idea, el ejército y las ciudades han puesto sus ojos en el general Bolívar como único jefe de la guerra'"[5].

Bolívar tiene ahora la convicción de que la clave para la nueva campaña está en reclutar a los sectores populares y, en particular, soldados de los Llanos. Definitivamente Bolívar había comprendido que la revolución se hacía imposible si sólo tenía entre los suyos a los acaudalados mantuanos, despreciados los sectores populares. Sin la concurrencia del pueblo más humilde no había triunfo posible. En junio, el Libertador publicó una proclama decretando la libertad de los esclavos, un quiebre directo y abierto con los intereses de clase de los mantuanos. Sus llamamientos y la acción de los patriotas resistentes tiene efecto: los llaneros del Apure, esta vez, se inclinaron por el lado patriota, encabezados por el comandante José Antonio Páez[6].

Bolívar establece como práctica la leva masiva para los hombres de entre 14 y 60 años por donde va marchando. Esto, que provocaba la resistencia de los criollos ricos, era considerado una medida igualitaria para los otros sectores sociales.

Pero la base de sustentación popular no es la única autocrítica que hace Bolívar. Luego de tantas derrotas comprendió que "había creído que el valor de los soldados y la energía de los jefes bastarían para alcanzar la victoria. Luego se convenció de que la guerra necesitaba además de otro elemento indispensable, la disciplina. Los soldados venezolanos se habían batido siempre como leones, y habían arrancado ardientes elogios al mismo Morillo; pero les faltaba instrucción militar, y los oficiales del país no estaban en estado

5/Harvey, ob. cit., p. 163.

6/"José Antonio Páez nació en Curpa, de Araure, y por su genio pendenciero y violento no pudo disfrutar mucho tiempo de una vida tranquila en el hogar de sus progenitores. Todavía muy joven, en una reyerta dio muerte a su contendor y, obligado a huir de la justicia, se internó en el Apure". Liévano Aguirre, ob. cit., p. 156.

Esta historia particular de Páez es la historia de muchos de los rudos llaneros que se hicieron a la marginal y dura vida de los Llanos. Los llaneros encontraron en él un caudillo que habían perdido con la muerte de Boves, aunque este fuera reaccionario y el otro patriota. "Era Páez de estatura mediana, grueso y poderosamente musculoso, y en su carácter se destacaban las cualidades necesarias para mandar a las montoneras del llano: era autoritario, valiente hasta la temeridad y dotado de un fino sentido psicológico que le permitía escoger a los mejores para las empresas más audaces y conservar siempre el cariño y la obediencia de todos". Liévano Aguirre, ob. cit., p. 157.

En sus palabras, el historiador colombiano parece estar describiendo no sólo al futuro presidente venezolano sino también a muchos de los caudillos del Rio de la Plata.

de dársela"[7]. Por eso es que el Libertador despachó sus agentes hacia Gran Bretaña para que contrataran oficiales veteranos. Las tropas inglesas que combatieron en la independencia americana no fueron una decisión política de apoyo de la corona británica, sino un importante contingente de hombres de la guerra que se habían quedado parados en el equilibrio de paz producido en el viejo continente después de la derrota de Napoleón. Estos se enrolaron a partir de los ofrecimientos económicos que hacían los venezolanos. Se trataba de una prima de enganche, un sueldo constante y una repartición de tierras y de dinero pagadero a la terminación de la guerra. Como dice Barros Arana, "Un gran número de esos oficiales fue inútil a la causa de la independencia americana. Pero no faltaron entre ellos hombres de elevado corazón y de inteligencia clara que la abrazasen con desinterés y con entusiasmo"[8].

En julio de 1816, después de las reflexiones sobre las derrotas hechas en el Caribe, el Libertador desanda el concepto de guerra a muerte, basándose en una concepción humanista. "La guerra a muerte que nos han hecho nuestros enemigos cesará por nuestra parte", afirmó el Libertador por esos días. Había comprendido que la crueldad, que tanto resultado le había dado a los realistas para mantener el colonialismo, no suscitaba el amor a la patria que necesitaban, sino el miedo a hacer cambio alguno. También ratifica el decreto de liberación de los esclavos por donde transita (aunque con denodada resistencia de los elementos mantuanos del bando patriota). "Esa porción desgraciada de nuestros hermanos que ha gemido bajo las miserias de la esclavitud ya es libre. La naturaleza, la justicia y la política, piden la emancipación de los esclavos; de aquí en adelante sólo habrá en Venezuela una clase de hombres, todos serán ciudadanos". Esta proclama nos recuerda a una de las veinte verdades peronistas: "En la argentina habrá una sola clase de hombres, los que trabajan". Bolívar había roto definitivamente con una procedencia de clase y se había constituido como un líder nacional y popular, de la liberación de la patria y la reivindicación de los oprimidos, al mismo tiempo.

La actitud del Ejército Libertador cambió sustancialmente. Simón había comprendido que sin interpelar a las clases oprimidas la liberación no era posible, así como también el efecto negativo que producía en la opinión internacional la vigencia de la guerra a muerte. Resultaba necesario, para obtener simpatías no sólo tener una causa noble, como la lucha contra el colonialismo, sino mostrarla como tal. El resultado de este cambio fue el deseado: la simpatía y la cooperación del conjunto del pueblo incluidos los esclavos en las luchas anticolonialistas.

Compartimos la reflexión del venezolano Acosta Saignes cuando afirma que "los nombres ilustres de los libertadores sirven de guía a quien estudia el proceso de la independencia, pero ocultan a menudo la verdad, porque a los historiadores individualistas les parece que la historia se compone sólo de hechos y personalidades resaltantes. La independencia de Venezuela y de Hispanoamérica sirve para comprobar el aserto de que las masas hacen la historia. Bolívar, Mariño, Páez, Sucre y tanto otros, poseyeron individualmente cualidades capaces de colocarlos a la cabeza de una gran mutación, pero independientemente

7/Barros Arana, ob. cit., p. 434.
8/*Ibid*.

de los valores de sus personalidades fueron expresión de una lucha general, con grandes dificultades, pero con una gran decisión de los sectores populares"[9].

Los propios realistas se dan cuenta de que cuando la lucha revolucionaria arraiga en el pueblo al hacerse nacional se hace imparable. Por ejemplo, el brigadier Pardo, de quien dice Yañes que "era el único jefe español humano que había venido en el ejército de Morillo", escribió a Moxó en septiembre de 1817: "Crea Ud. Moxó, que esta clase de guerra nunca se acaba: cuando se les ataca y destruye al parecer, salen a cien leguas de aquel punto por otro muy diverso y aparece otra nueva reunión (...) verá Ud. dentro de dos o tres meses aparecer nuevos caudillos insurgentes a revolucionar. Estoy ya cansado de mandar pasar insurgentes por las armas. No sé cómo escarmientan"[10].

El último día de 1816 Bolívar volvió a desembarcar en Costa Firme, esta vez en el puerto de Barcelona. Se proclamó comandante en jefe de las fuerzas revolucionarias y en combinación con las fuerzas irregulares de Zaraza, marchó a lo largo de la costa en una audaz maniobra que tenía como destino Caracas. No todos los comandantes que resistían a las fuerzas colonialistas se pusieron inmediatamente al servicio de Bolívar. Manuel Piar, por ejemplo, se negó a ir en su auxilio a Barcelona; esperaba que una nueva derrota sacara de la cancha a Simón para erigirse él en el comandante en jefe. Un ejército enorme salió comandado por Morillo por tierra al mismo tiempo que una flota española zarpaba para cortarles la retirada por mar. La batalla se libró en las calles mismas de Barcelona, que se convirtió en una carnicería. Todo hubiera sido un desastre para los patriotas, de no ser por la llegada de Bermúdez, el mismo que había sido parte de la anterior expulsión de Bolívar. Bermúdez acudió, no de motu proprio, sino por orden de Mariño. Este sabía que si se perdía Barcelona el siguiente paso sería perder su plaza fuerte de Cumaná. Bolívar inteligente, en lugar de recibirlo con reproches, fue al encuentro de Bermúdez al grito de "abrazo al libertador del Libertador". Las tropas colonialistas, aun superiores en número, se retiraron para esperar los refuerzos.

Bolívar dejó sólo 400 hombres al mando del general Freitas para defender Barcelona.

Morillo había dejado ya muy atrás en el olvido su inicial moderación; su orden era clara y sanguinaria: "quemar las ciudades, decapitar a los habitantes, asolar el país; no respetar sexo ni edad, remplazar al campesino pacífico por el soldado feroz, instrumento de la venganza de un rey enfurecido". El rol del colonialismo había transformado al héroe que peleó bravamente contra los franceses, en un sangriento tirano sediento de sangre para conseguir a cualquier precio mantener esas tierras sometidas al yugo imperial. La barbarie no tenía el derecho de sublevarse y debía ser aplastada brutalmente para pagar su felonía, que podía hacerse contagiosa.

Las guerrillas y las montoneras en el norte de América meridional lucharon contra los realistas, mientras que las de América del sur lo hicieron contra la prepotencia de los porteños. El único parangón posible en el sur es el de Güemes, que siendo federal no participó de las luchas internas porque estaba demasiado ocupado en pelear contra los realistas. En el norte, de alguna manera, la tendencia a centralizar a palos la encarnaron los espa-

9/Acosta Saignes, ob. cit., p. 192.

10/En Acosta Saignes, ob. cit., p. 193.

ñoles, que restauraban su dominio colonialista y el federalismo/localismo fue resistencia engarzada con la estrategia centralizada de guerra conducida por Bolívar.

En un intento por recuperar los Llanos, Morillo le otorgó poder al general Morales, con la idea de recuperar las fuerzas de los llaneros que alguna vez había sabido comandar. Pero ya era demasiado tarde "porque el cetro de Boves lo empuñaba en las sabanas la mano firme del mestizo Páez, del mulato Infante y del negro Rojas, quienes en poco tiempo habrían de vencer a Morales obligándolo a abandonar los Llanos.

"En estas circunstancias recibió el Pacificador una noticia que le devolvió parte de su antiguo optimismo, el anuncio de la proximidad a las costas de Venezuela del brigadier Canterac, quien, por orden del gobierno de Madrid, se dirigía al Río de la Plata con 3.000 hombres debidamente equipados. Al saberlo Morillo, usando las facultades extraordinarias de que estaba investido, ordenó a Canterac permanecer en Venezuela e incorporar temporalmente las fuerzas a su mando a las suyas"[11].

En abril de 1817, en una choza en Guayana, Bolívar se reúne con Piar, un excelente militar pero un díscolo político. El Libertador logró hacer primar no la estrategia ni el sentido común, sino su mayor poder de fuego, ya que –reforzado con los restos de las tropas de Mariño– y dueño de la mayor parte del arsenal de los revolucionarios, su mayor capacidad bélica era indiscutible. Así logró un éxito político con uno de los más difíciles comandantes de la resistencia.

Morillo hace un intento fallido con 3.000 de sus mejores hombres, incluido Canterac, de doblegar a la isla de Margarita en 1817. Margarita por su condición de isla, por su propia geografía pero, sobre todo, por la inquebrantable decisión de sus pobladores de mantenerse del lado patriota, fue prácticamente imposible de vencer por los colonialistas.

2. La lucha en los Llanos

A partir de 1818 Bolívar ya logra coordinar, más o menos uniformemente, las fuerzas irregulares en lucha contra el colonialismo. Con su hábil estrategia lleva a Morillo a combatir a la tórrida sabana y pese a que el general español alcanza algunas victorias parciales, logra mellar la moral de los realistas que apenas logran sobrevivir en una región tan adversa, plagada de pantanos.

Los historiadores de la historia oficial bolivariana siempre hacen referencias a las grandes batallas, porque es su forma de ensalzar a los grandes personajes del proceso emancipador. Pero la lucha con los colonialistas en el norte de la América meridional se ganó más en las múltiples pequeñas victorias de grupos utilizando técnica de guerra de guerrillas que en las mencionadas grandes batallas. La acción guerrillera fue determinante en el período entre 1816 y 1821 tanto en territorio venezolano como en el neogranadino.

Piar fue leal al pacto establecido con el Libertador y partió con la principal fuerza patriótica, concentrando las fuerzas dispersas en San Félix a mitad de camino entre las dos ciudades sitiadas de Guayana y Angostura. Las tropas de Piar eran un rejunte entre llaneros semidesnudos y los restos de los soldados regulares aportados por Bermúdez. Las tropas realistas, en cambio, eran veteranas y bien disciplinadas, conducidas por el general La

11/Liévano Aguirre, ob. cit., p. 163.

Torre, pero no tenían caballería puesto que habían tenido que llegar por barco y, sobre todo, no conocían el territorio como sí los patriotas.

El tronco del ejército colonialista estaba volviendo de Nueva Granada al mando de Morillo y se dirigía por la costa a efectos de recoger los refuerzos enviados por España al mando de Canterac.

La situación de los patriotas era agónica. Piar enfrentaba a un ejército superior, las fuerzas de Mariño habían sido definitivamente derrotadas, logrando escapar algunos hacia Angostura para ponerse a las órdenes del Libertador, entre ellos un joven llamado Antonio José de Sucre que va a alcanzar roles protagónicos en la gesta emancipatoria. Bolívar estaba lejos de conducir cómodamente la estrategia de las fuerzas revolucionarias. No podía seguir actuando más que como el primero entre iguales, en un grupo de rústicos señores de la guerra, consumidos por rivalidades personales, que no obedecían órdenes de nadie. Muchos expresaban, además, sectores sociales diferentes y, también, concepciones políticas distintas. Por ejemplo, Piar, a diferencia de otros, era expresión de los negros oprimidos y de los llaneros, con resentimientos hacia los mantuanos como Bolívar, que aunque era síntesis del movimiento nacional no negaba su origen de clase en su forma de vivir y actuar. Pero también Piar tenía la misma debilidad ideológica que lo ponía del lado de los patriotas o podía terminar sirviendo al enemigo como Boves, que había conducido a la misma clase de hombres. Cuando Piar incurrió en una desobediencia y para cortar por lo sano y disciplinar al resto de los comandantes Bolívar envió una partida a detenerlo.

Bolívar sabía que debía ponerse al frente de esos aguerridos llaneros para terminar con la independencia. No era el mejor líder para hacerlo. Blanco, bajo de estatura, nervioso, vehemente, exigente, limpio –en la medida en que esto era posible– y además vestía de forma impecable. Era todo lo contrario de los llaneros en su forma de vida. Pero a Bolívar le sobraba paño para ponerse al frente. Sin disimular lo que era ni su personalidad aristocrática se propuso sobresalir en todo aquello en que los llaneros se sentían orgullosos. Compartía las privaciones con sus hombres, se sentaba con ellos alrededor de las fogatas para escucharlos cantar y tocar la guitarra. Dormía en una hamaca o en el suelo. No por eso dejaba de lavarse los dientes, afeitarse y bañarse todos los días y ponerse agua perfumada con colonia. Se empeñaba en alimentar y acicalar él mismo a su caballo, cuestión de honor para los llaneros. Comprendiendo este proceso Liévano Aguirre plantea: "Al tiempo que la campaña de la Guayana proseguía su curso, Bolívar se decidía a llevar adelante una empresa de definitiva trascendencia: su compenetración con el elemento llanero, para no depender por más tiempo de la voluntad de los jefes y oficiales del ejército, sino contar con acatamiento de aquellos soldados semibárbaros, solo obedientes a la autoridad nacida de la admiración al valor humano capaz de enfrentar las fuerzas hostiles de la naturaleza"[12]. Así, poco a poco, Simón Bolívar fue ganándose el corazón y la lealtad que esos hombres simples de pueblo no otorgan fácilmente, sino a aquellos que sienten consubstanciados con su causa profunda, los que la asumen como propia sin importar su origen.

Tampoco es menor para el desenlace de la guerra que Luis Brión pudiera bloquear con su flotilla el abastecimiento de las guarniciones españolas de Guayana y Angostura. El

12/Liévano Aguirre, ob. cit., p. 165.

control de la guerra en el agua por los patriotas empezó a tener su peso. La Torre, el general realista huyó río abajo con sus tropas en embarcaciones endebles y la mayoría fueron capturados por el almirante Brión.

El Libertador estableció su base principal en Angostura, sobre el río Orinoco[13] y cercana al borde de la entrada a los Llanos. En la plaza principal, el 11 de octubre, hizo formar las tropas y decidió la ejecución del capturado Piar. Necesitaba dar un mensaje a los veleidosos comandantes. El Libertador había logrado dos cuestiones fundamentales: centralizar verdadera y no formalmente el mando, disciplinando a sus ariscos coroneles, y reformular la causa americana, dotándola de una "nueva y poderosa base, sustituyendo a los antiguos y estrechos objetivos que la caracterizaron en sus etapas iniciales –cuando ella se desenvolvía bajo la dirección de las reducidas minorías criollas de las ciudades– por principios sociales, amplios y justos, como la libertad de los esclavos y la igualdad política de las razas, en cuyo ámbito le fue posible unificar a todos los americanos sin distinciones de color, nacimiento y riqueza"[14]. Simón Bolívar ya era el verdadero conductor del movimiento emancipatorio, pudiendo sintetizar en su persona a todos aquellos que enarbolaban la bandera de la liberación en un ejército que, desde su cúpula hasta su base, confluían hombres de diversa composición unidos por un ideal. Sus oficiales eran tanto hombres de las grandes ciudades formados en las ideas liberales de la época como Santander, Urdaneta y Soublette, como jefes montoneros surgidos de las entrañas del pueblo con su profundo sentido de patria como Páez, Cedeño y Zaraza.

Los llaneros, como venimos diciendo, en tanto fuerza y símbolo de los oprimidos, tuvieron un rol central en esta parte de la gesta emancipatoria venezolana y neogranadina.

"La mayoría de los historiadores han tratado como curiosidad al llanero e incluye una que otra descripción realizada por venezolanos o extranjeros como si se tratase de ilustraciones de la postal de la independencia. Nos detendremos en estas citas porque es indispensable conocer el Llano y los llaneros para comprender el proceso de liberación. Allí no se trató de un grupo pintoresco. Fue todo un pueblo de cultura pastoral el que batió en las llanuras a los ejércitos europeos de Morillo, vencedores de las mejores tropas de Napoleón. No es posible comprender a Bolívar, ni a ninguno de los grandes conductores, si no se conoce a los hombres que hicieron posible la actuación de los dirigentes. Sin estos llaneros desnudos, titulados por los extranjeros como de aspecto feroz, seres de un mundo inconcebible en el viejo continente, no se habría producido la derrota de los colonialistas españoles"[15].

13/El Orinoco es uno de los ríos más importantes y caudalosos de nuestra tierra ricamente surcada por grandes ríos. Ni tan largo como el Amazonas ni tan ancho como el Río de la Plata, llega, sin embargo, a tener 400 metros de ancho. Angostura, sitio llamado así porque a partir de ahí el rio se empieza a estrechar, era el lugar donde se erguía una de las ciudades más importantes del Oriente venezolano. La otra era Guayana, en las bocas del Orinoco y rodeada por la selva tropical, una ciudad acosada por las enfermedades y los contrabandistas. Angostura, 450 km más arriba del delta era una ciudad española típicamente señorial, cuadrilada en su traza y adoquinada en sus calles, al borde de los Llanos.

14/Liévano Aguirre, ob. cit., p. 169.

15/Acosta Saignes, ob. cit., p. 214.

"Como los ejércitos españoles estaban bien provistos, con toda clase de provisiones que llegaban a través de los puertos –La Guaira, Puerto Cabello, Coro, Maracaibo– se convertían en representantes, en el llano, de otros tipos de producción y en objeto de pillaje, aceptado por los jefes patriotas como Páez, porque no existía paga para los soldados ni otro modo de recompensarlos, sino permitiéndoles la obtención del botín posible, después de las derrotas de los colonialistas, desde 1816 hasta 1820. El legionario inglés Wavel cuenta que cuando los extranjeros se incorporaron al ejército de Bolívar, hubo un tremendo asombro mutuo. La vestimenta europea de los oficiales resultaba ostentosa en las llanuras. 'Admiraron mucho los llaneros nuestras armas –refirió Wavel al incorporarse a las tropas del Páez– pero demostraron su sorpresa al ver que no usábamos lanza, que ellos consideraban como de uso indispensable (...) Los unos preguntaban maliciosamente si teníamos ganado en Inglaterra y si la penuria no era una causa real de nuestra emigración'" (Acosta Saignes, 2013: 211) Wavel concluía el párrafo de su relato así: "El valeroso Páez sonrió horriblemente, empuñó su lanza, que llevaba un muchachito, se puso al frente de su guardia, agitando la bandera negra, y se lanzó al llano con su hueste (...) Cuando llegamos al campo de batalla, algunos soldados criollos estaban ocupados en cubrir su casi desnudez con los uniformes blancos y azul celeste de los infortunados Húsares de la Reina"[16].

Otro legionario inglés[17] dice: "La indumentaria del llanero es pobre, casi tanto como la de los otros guerrilleros que manda Montes pero aquellos jamás podrán competir con estos en bravura; tienen una notable agilidad y ejecutan cualquier maniobra con una rapidez prodigiosa; su única arma es la lanza, una lanza que tiene de 9 a 11 pies de largo, fina, cimbreante, pero extremadamente fuerte, no se parece a nada a la que usa la caballería europea; es más bien como la cuchilla de una enorme navaja en cuya punta hay un acero cortante y bien templado (...) El montar a caballo es para los llaneros una segunda naturaleza; las marchas interminables que hacen los convierten en las más resistente caballería del mundo. Los caballos que montan están tan adiestrados que parecen formar un cuerpo con su dueño, de suerte que la menor indicación del jinete basta para advertirlos de la maniobra que deben realizar". Es curioso cómo esta descripción se ajusta tanto a los llaneros venezolanos y sus montoneras, como a los gauchos del Río de la Plata y las suyas.

"Los llaneros de Páez –expansivos, violentos, primitivos–, sentados al lado de los oficiales de Bolívar –disciplinados, correctos y respetuosos de las jerarquías militares–, suscitaba la impresión del frágil contacto de dos mundos distintos, entre los cuales parecía casi imposible tender un puente de mutua comprensión" dice Liévano Aguirre (sin ocultar sus simpatías por los segundos sobre los primeros).

Bolívar como buen conductor del conjunto del movimiento de masas adquirió habilidades que hacían que sus hombres lo consideraban uno de ellos[18]. Por ejemplo, de los llaneros asimiló la resistencia a largas horas de cabalgata, sorprendiendo incluso a los

16/*Ibid*., p. 212.

17/*Ibid*., p. 213.

18/En las notas de Ernesto Laclau sobre el populismo la proyección del conjunto del pueblo sobre el liderazgo parten de las acciones concretas de los conductores que lo identifican con la vida cotidiana de las mayorías populares.

hombres de los llanos que llegaron a llamarlo "culo de hierro", porque nunca se cansaba de andar a caballo. Pero también tenía la suficiente formación política para discutir sobre las ideas europeas de la época con sus oficiales provenientes de los criollos acaudalados de las grandes ciudades.

Francisco de Paula Santander en sus "Apuntamientos[19]" relata: "Durante la campaña de los Llanos de 1816 a 1818 se hacía la guerra a los españoles con caballería y muy poca infantería. La movilidad del arma de caballería, la facilidad de atravesar a nado los ríos y bañados y el conocimiento práctico del territorio, la abundancia de ganado que era el único alimento de las tropas, la carestía de hospitales, de parque y provisiones, daban a las tropas independientes, ventajas muy considerables sobre los españoles. (...) El reclutamiento se hacía siempre general, de toda persona capaz de tomar un arma; nadie estaba exceptuado. Así fue que en los combates del Yagual y Mucuritas, tenían sus lanzas los abogados, los eclesiásticos, y toda persona que podía usarla. Hasta el año de 1818 todos estaban forzados a vivir y marchar reunidos: militares y emigrados, hombres, mujeres viejos y niños, todos se alimentaban de una misma manera, con carne asada y sin sal, y todos iban descalzos".

3. El Congreso de Angostura y el pensamiento desde América

Bolívar desde Angostura convoca a un congreso nacional[20] y el 15 de febrero de 1819 pronuncia su célebre discurso, parándose más que desde lo militar, desde lo político y lo institucional. Es decir, empieza a actuar como un jefe de Estado y no como un líder insurrecto.

Angostura se convirtió en la capital de la república en lucha y, desde allí, Bolívar desplegó condiciones de estadista. Ordenó la circulación de moneda, decretó duras penas para los contrabandistas y reglamentó las funciones de los gobernadores políticos y de los militares.

En Angostura se reunió finalmente un congreso soberano elegido popularmente. En realidad, se aplicaba en gran medida el sufragio censatario muy común en la época. Podían elegir y ser elegidos los hombres mayores de 21 años si "tuviere una propiedad de cualquiera clase de bienes raíces" pero también incluía a quien "profesare alguna ciencia o arte liberal o mecánica" pero lo más revolucionario es que incluía también a los militares. Así, el movimiento nacional en armas en lucha por su libertad era también parte de la decisión. Expresión de este movimiento combatiente fueron los once militares elegidos, entre ellos Santiago Mariño y Rafael Urdaneta. También había doctores, como siempre en los congresos, como Francisco Antonio Zea y Juan Germán Roscio. Pero la diferencia la marcaba el requisito exigido para ser diputado de "un patriotismo a toda prueba" y esto en un lugar donde se había pasado de mano en mano no todos los sectores criollos acomodados lo podían ostentar.

En la apertura de las sesiones del congreso pronunció el libertador Simón Bolívar su discurso de Angostura. Una verdadera pieza política del pensamiento bolivariano. Allí se refiere a la dominación cultural: "Por el engaño se nos ha dominado más que por la fuerza". Después de un lustro de batallas por la libertad y la independencia Bolívar venía

19/En Acosta Saignes, ob. cit., p. 215.

20/Si bien el congreso es de la nación sólo participaron hombres de las regiones controladas por los patriotas y algunos representantes nominales de algunas otras.

haciendo una profunda reflexión sobre la propia práctica. Sus convicciones ideológicas de cuño revolucionario europeo habían sido sometidas a la rica experiencia de los hechos concretos en el curso de las campañas que lo habían llevado por los Andes, por los Llanos y el Caribe, y lo habían puesto en contacto con los hombres y mujeres más humildes de su patria, con su forma de pensar y ver la vida.

Entre otros párrafos más sobresalientes podemos encontrar: "El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política". Y un verdadero análisis social y filosófico del ser americano: "Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del norte, que más bien es un compuesto de África y de América, que una emanación de Europa, pues que hasta España misma deja de ser Europa por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta desemejanza trae un reato de la mayor trascendencia. Los ciudadanos de Venezuela gozan todos por la Constitución, intérprete de la naturaleza, de una perfecta igualdad política".

También reflexionó en voz alta sobre el sistema normativo que por imperio de las ideas progresistas europeas hacía de la importación de modelos constitucionales una especie de deporte revolucionario, un verdadero fetiche. Particularmente se detiene en una crítica al modelo constitucional norteamericano en su relación con Nuestra América: "Debo decir que ni remotamente ha entrado en mi idea asimilar la situación y naturaleza de Estados tan distintos como el inglés-americano y el americano español. ¿No sería muy difícil aplicar a España el Código de libertad política, civil y religiosa de Inglaterra? Pues aún es más difícil de adoptar en Venezuela las leyes del Norte de América. ¿No dice El espíritu de las leyes que éstas deben ser propias para el pueblo que se hacen? ¿Que es una gran casualidad que las de una nación puedan servir a otra? ¿Qué las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terrón, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos, y referentes al grado de libertad que la Constitución puede sufrir, a la religión de los habitantes, a sus inclinaciones, a sus riquezas, a su número, a su comercio, a sus costumbres, a su modales? ¡He aquí el código que debíamos consultar, no el de Washington!".

Estaba convocando Bolívar a hacer lo que enseñaba su maestro Simón Rodríguez: en América "o intentamos o erramos". Los legisladores de Angostura no estuvieron a la altura del desafío planteado por el Libertador. Crear no es tarea fácil. Los lineamientos trazados por Bolívar fueron muchas veces descartados por no tener antecedentes en otras Constituciones y legislaciones comparadas. Los teóricos del liberalismo francés y norteamericano parecían más atractivos que la audaz invitación bolivariana a ser originales. Los modelos extranjeros, al igual que en casi la totalidad de los procesos constitucionales de la etapa independentista en toda nuestra América, prevalecieron por sobre la Constitución real, sobre las realidades sociales de una América libre en proceso de gestación de su propio Estado nacional.

El Liberador, sin embargo, en actividad incansable se dedicó a gobernar y a consoli-

dar la fuerza propia. "Se ocupó también Bolívar durante la segunda parte de 1817 en la repartición de bienes como recompensa a los oficiales y soldados, medida de alta importancia, dictada como estímulo, indispensable en vista a la ausencia de pago a los ejércitos. Esta disposición tuvo mucha significación en los tiempos posteriores a la independencia debido a los bienes otorgados a altos oficiales, quienes dejaron de ser militares para convertirse de propietarios de amplios negocios"[21]. En 1818 creó el semanario El Correo del Orinoco que planteaba la propaganda revolucionaria tanto en el plano nacional como en el internacional.

"El 20 de noviembre se reunieron el Consejo de Estado, la Alta Corte de Justicia, el gobernador del arzobispado y el Estado Mayor General. Conocieron la noticia de que España había recurrido a las potencias de la Santa Alianza para que sirvieran como intermediarias para hacer una paz mediante la cual se conservase el sistema colonial. Fue acordada una Declaración de la República de Venezuela que suscribió Bolívar como jefe supremo de la República que comenzaba así: Considerando que cuando el gobierno español solicita la mediación de las altas potencias para restablecer su autoridad a título de reconcilian ¿? sobre los pueblos libres e independientes de América, conviene declarar a la faz del mundo los sentimientos y decisión de Venezuela: (...) que la república de Venezuela por derecho divino y humano, está emancipada de la nación española, y constituida en un Estado independiente, libre y soberano"[22].

4. Atravesar la adversidad

Los factores empezaban a alinearse en favor de la causa patriota. El fracaso realista en Margarita, Páez y Zaraza haciendo frente a Morillo en los Llanos y la escuadrilla de Brión controlando las costas de la antigua capitanía. La suerte iba cambiando de manos.

La conjunción entre el dominio de los mares por el almirante Brión con la toma de la Angostura se produjo la apertura del Orinoco hacia el comercio externo. Esto llevó, entre otras cuestiones, al mejoramiento de los equipos para el combate, por aquel entonces generalmente importados. Y esto fue trascendental en la lucha emancipadora pues con la ferocidad de la caballería llanera no hubiera alcanzado para vencer definitivamente a los realistas.

Para 1819, las tropas patriotas conducidas por el joven Francisco de Paula Santander[23] y luego por Páez dominaban los Llanos, dejando el camino despejado para la recuperación de Nueva Granada. Bolívar comprendió que la lucha en Venezuela estaba estancada en la correlación de fuerzas con Morillo, por eso decidió avanzar con sus hombres hacia Nueva Granada, después del fracaso de una campaña sobre Caracas, cuyas causas hay que encontrarla también en ciertas diferencias entre las tropas patriotas[24].

21/Acosta Saignes, ob. cit., p. 235.

22/*Ibid*., p. 243.

23/Santander era un estudiante de derecho neogranadino que se había enrolado muy joven en las fuerzas patrióticas, tomando importancia por su capacidad de oratoria. Al principio de este proceso, en las disputas internas, Santander se había alineado con los federalistas en contra de los centralistas.

24/"Las apariencias señalaban a Bolívar como el culpable del fracaso de la campaña sobre Caracas, pero él sabía muy bien que la causa de la derrota residía en las desobediencias del general Páez, que,

La brillante estrategia de Bolívar implicaba dividir las fuerzas de Morillo instaladas en Venezuela de las de Sámano (estacionadas en Nueva Granada). La complicada operación requería, para hacer jugar el factor sorpresa, cruzar los Andes en plena estación de lluvias[25], algo que los especialistas realistas consideraban imposible.

Bolívar no pretendía volver por las montañas de Ocaña que tan costosa en hombres y animales había sido, sino abrirse paso por los Llanos deshabitados del sudoeste y, después sí, subir los Andes por la cordillera oriental, en uno de sus puntos más altos, para descender por sorpresa sobre sus enemigos. Así comenzó una de las marchas más épicas de la historia de nuestra independencia.

La hazaña fue concretada por un conjunto se hombres que no sólo eran soldados sino verdaderos patriotas, con fuertes convicciones ideológicas que les permitieron lograrlo. Jóvenes (pensemos que uno de los mayores era Simón Bolívar, en aquel tiempo, de apenas 36 años) que pasaron del calor húmedo de los llanos y sus pantanos, a frío de las nieves perennes de las grandes montañas andinas. El ejército militante autor de tal hazaña estaba compuesto un par de miles de hombres y no pocas mujeres[26].

Eran cuatro batallones de infantería y otro de fusileros, más las tropas de Páez y la Legión Albión, un grupo de mercenarios –soldados profesionales– de origen británico. En total eran 1600 hombres de infantería y 800 de caballería.

Partieron en canoas y piraguas en medio de una lluvia tropical tan densa que no se podía ver más allá de unos metros. Los Llanos más altos estaban, en esta época del año, completamente inundados con una lluvia torrencial y una niebla espesa. Caminaban la mayor parte del tiempo con el agua hasta la cintura. Muchos pensaron en desertar por primera vez. La opacidad y la humedad calaban los huesos y deprimían la mística de los combatientes. En gran parte del trayecto por esos llanos inundados el agua aparecía como un océano sin fin, que empapaba armas equipos y alimentos. Además, eran víctimas de las sanguijuelas y unos diminutos peces que muerden la carne. Peor imposible. Solo des-

---

preocupado por mantener su feudo del Apure, había privado al ejército republicano, en los momento decisivos, del necesario apoyo de la caballería llanera. 'Lo que más ha contribuido –escribía Brión– a prolongar esta campaña ha sido la temeraria resistencia de San Fernando, y el empeño del general Páez de tomar esta plaza, que siempre se había rendido con el simple bloqueo que se le había puesto desde mi llegada aquí'". Liévano Aguirre, ob. cit., p. 185.

25/Las lluvias tropicales de esta región empiezan en el mes de abril y acaban en agosto. En esos tiempos se inunda toda la llanura.

26/"Detrás marchaban las mujeres, las indómitas mujeres y las novias fieles, la mayoría de ellas también medio desnudas, que no estaban dispuesta a abandonar a sus hombres. Ellas cuidaban a los enfermos y heridos en esa ominosa marcha". Harvey, ob. cit., p. 195.

El colombiano Liévano Aguirre también destaca la actuación de las patriotas en esta gesta: "Las mujeres, amantes o esposas, quienes fielmente seguían a las tropas, hacían prodigios atendiendo a los enfermos, animando a los desalentados y dando pruebas de una resistencia que maravillaba a los oficiales extranjeros. O´Leary cuenta con asombro cómo una de ellas dio a luz en aquellas dramáticas horas y 'a la mañana siguiente –dice– vi a la madre con el recién nacido en brazos y aparentemente en la mejor salud, marchando a retaguardia del batallón'". Liévano Aguirre, ob. cit., p. 200.

cansaban por la noche tirados en pequeños montículos de barro, que apenas sobresalían por encima de la omnipresente inundación. Como no podían cocinar la comida, la comían cruda. La lluvia intensa nunca cesaba y los soldados se sentían viviendo el diluvio universal, sin contar con el arca de Noé para recatarlos.

Pero estaba ahí Bolívar, incansable arriba de su caballo, en todas partes, arengándolos, alentándolos, retándolos cuando hacía falta... El Libertador organizaba y ayudaba a hombres y a animales a transitar lo intransitable, con una energía que no parecía agotarse nunca.

Cuando terminaron la odisea de cruzar los llanos respiraron aliviados y se encontraron con el ejército de Santander, que contaba con 1.200 soldados. Allí, pudieron descansar un par de días. Y comprendieron que recién había transcurrido el primer tramo del arduo camino.

Bolívar frente a las primeras estibaciones de la cordillera oriental conducía todo desde su caballo con su casco de dragón ruso y su bandera flameante en su lanza con la consigna "Libertad o muerte". Los mismos combatientes que habían transitado las aguas interminables de la llanura inundada, bajo la torrencial lluvia tropical, debían ahora enfrentar a los males de la altura de la cordillera.

Para cruzar los Andes había que elegir entre tres senderos. Lo importante era decidir correctamente, porque sólo había posibilidad de éxito si se escogía la menos defendida por los realistas. Bolívar eligió el Páramo de Pisba. Era el punto más alto (3.900 metros sobre el nivel del mar) y el más difícil, por eso dedujo que los colonialistas no lo esperarían por ahí. Sobre todo, porque la experticia decía que no era transitable sino en el tiempo seco, es decir, no en aquellos días que eran los de lluvia. Los españoles confiaban en que nadie podía hacer la locura de encarar aquellos inhóspitos territorios en invierno. Desde ese sitio escribió a Angostura: "Es imposible pintar la escabrosidad de las montañas a nadie que no las conozca. Para dar una idea basta decir que hemos perdido casi todos los caballos que trasportaban nuestro arsenal y casi todo el ganado que teníamos de reserva. El rigor de la estación ha colaborado para hacer aún más agotadora la marcha. Casi ningún día ni ninguna noche ha dejado de llover"[27].

"A media que ascendían por el escarpado y estrecho sendero, la temperatura se tornaba más fría y los soldados, mal abrigados y peor alimentados para resistirla, enfermaban gravemente o morían. La lluvia era torrencial, la vegetación iba desapareciendo, y la roca dura, donde sólo prendían raros cactus, hacía más triste el panorama de aquella heroica travesía. El aire, con la altura, se iba enrareciendo, y los fatigados organismos de los soldados parecían invadidos por una extraña somnolencia. El terrible soroche causaba estragos entre aquellos desventurados"[28].

En las alturas, además, la lluvia incesante se convertía en granizo, aguanieve o nieve, haciendo aún más dificultosa la marcha. "Pero tan escasos de alimentos y con el cuerpo

27/"El ejército siguió su marcha por ásperos desfiladeros, por senderos estrechos, muchas veces por entre selvas inmensas cubiertas de árboles de gran tamaño, a cuya sombra se formaban pantanos resbalosos. El camino además está frecuentemente interrumpido por torrentes que se precipitan de las alturas, y que es menester pasar con la ayuda de cuerdas, o por puentes de madera, endebles y estrechos, que parecen hundirse a cada rato". Barros Arana, ob. cit., p. 437.

28/Liévano Aguirre, ob. cit., p. 199.

tan atormentado por el frío, era más fácil sucumbir a la clemente inconciencia. Escalaron durante seis días. Pasaban las noches apiñados para abrigarse unos con otros sobre el suelo helado. Deben haber pensado que el Libertador los había llevado al suicidio en masa"[29].

Cuando parecía que nunca iban a llegar a destino comenzaron el descenso. El frío perdió fuerza y el aire se hacía cada vez más respirable. Más de un millar hombres y mujeres habían muerto durante el viaje. Sólo quedaban 1.200 patriotas combatientes. Eso sí, curtidos por la más fuerte adversidad y en la más absoluta de las hermandades, que fue lo que les permitió sobrevivir. Tampoco habían logrado sobrevivir ni los caballos ni las provisiones. Según el historiador chileno Barros Arana más de 50 soldados ingleses murieron helados en aquellas alturas; otros, como el británico Harvey, dicen que las cifras fueron aún mayores.

"Bolívar, sin embargo, había soportado con ánimo incontrastable tan grandes sufrimientos, y prestó a sus tropas todas la atenciones que podía dispensarles, dividiendo con los enfermos todo lo que tenía, un poco de arroz, galleta y azúcar"[30]. Episodios de esta épica son los que forjan en una sola unidad al conductor con su movimiento y con los sueños de liberación a los que se pone el cuerpo y el alma.

Ni bien bajaron de los Andes, cerca de la aldea de Socha, enfrentaron a las tropas colonialistas y las vencieron en el Pantano de Vargas. Pero el desafío más grande eran 3000 soldados realistas a las órdenes del general Barreiro que estaban en Tunja. Esa ciudad había sido el centro de la experiencia patriótica en la región, por lo cual estaba madura para levantarse contra los colonialistas. Además allí Bolívar era muy querido y recordado como comandante exitoso de sus ejércitos. Al oeste de la cordillera los patriotas gozaban del indiscutible apoyo popular del que hasta ese entonces habían carecido en las tierras venezolanas.

En las escaramuzas con las fuerzas españolas, Rooke, un corpulento europeo con quien Bolívar había trabado amistad, pierde un brazo. "Con la otra mano cogió el miembro amputado y gritó: ¡Viva la Patria! El cirujano le preguntó ¿Cuál Inglaterra o Irlanda? (Rooke, medio irlandés, había luchado por las dos). "La que me va a enterrar" fue la respuesta, es decir, Sudamérica. Murió pocos días después"[31]. En América, la patria no es la tierra de los padres sino la de los hijos.

Cerca de Tunja en las inmediaciones del río Boyacá, Bolívar dispuso sus tropas para el combate frente a Barreiro. Unos 2.000 patriotas, entre los que se contaban los que habían cruzado el páramo y los neogranadinos que se agregaron a la fuerza revolucionaria. El Libertador, con gran capacidad táctica, venció a un enemigo superior en número (más de 1.000 soldados de diferencia). Los patriotas dejaron muertos a 500 soldados realistas e hicieron prisioneros[32] a 1.600, incluido su comandante. Boyacá (7 de agosto de 1819) fue la batalla definitiva por la independencia del antiguo virreinato de Nueva Granada.

29/Harvey, ob. cit., p. 198.

30/Barros Arana, ob. cit., p. 437.

31/Harvey, ob. cit., p. 198.

32/Entre los prisioneros caídos en Boyacá, Bolívar identifica a un mercenario italiano llamado Francisco Vinoni que había sido uno de los responsables de la entrega a los españoles de la fortaleza de Puerto Cabello. Sólo a este hombre autorizó el libertador a pasar por las armas.

En su autobiografía Páez describe: "Después de haber con tropas colecticias derrotado a los españoles en todos los encuentros que tuve con ellos, organicé en Apure un ejército de caballería y el famoso batallón Páez, vencedor más tarde en Boyacá. Bolívar se admiraba, no tanto de que hubiera formado ese ejército, sino de que hubiese logrado conservarlo en buen estado y disciplina (...) Yo logré atraérmelos; conseguí que sufrieran, contentos y sumisos, todas las miserias, molestias y escasez de la guerra, inspirándoles al mismo tiempo amor a la gloria, respeto a las vidas y propiedades y veneración al nombre de la Patria". Otra vez, vemos cómo la cuestión política era la clave de bóveda para la lectura correcta del proceso emancipatorio.

Al enterarse de la victoria de las fuerzas patriotas, el cobarde virrey Sámano, responsable de tremendas atrocidades, junto con la guarnición española huyen para perderse en la noche. Dejaron tras de sí, en su apuro o en la esperanza de que no fueran perseguidos por ello, un millón de pesos depositados en la casa de la moneda[33]. Bolívar no sólo dispuso entonces de recursos indispensables para la prosecución de la guerra libertadora, sino que además decretó la confiscación de todos los bienes de los fugitivos, fuesen españoles o americanos. La cuestión no era de origen de nacimiento, lo único importante es que eran todos realistas.

Así se abrió la puerta del regreso a la capital, Santa Fe de Bogotá, que recibió a Libertador como un héroe. Usando la pompa de un dictador romano –muy propia también de las gestas napoleónicas de la misma época– la entrada de Bolívar, muchas veces atribuida a su ego, era un mensaje para los pobladores neogranadinos y de toda América. Las fastuosas formas mostraban la voluntad de un estadista donde los colonialistas intentaban plantear un mero bandido rebelde. "El héroe de su patria es el terrorista de su oponente" dice una canción del grupo puertorriqueño Calle 13. Bolívar se proponía con estas imágenes revertir la propaganda colonialista, a ambos lados del Atlántico.

Después de la batalla de Boyacá, en el Congreso de Angostura de 1819, Bolívar propone reunir las provincias liberadas con el objetivo claro de proseguir la liberación sudamericana: "La reunión de la Nueva Granada y Venezuela es el objeto único que me he propuesto desde mis primeras armas: es el voto de los ciudadanos de ambos países y es la garantía de la libertad de la América del sur".

Una vez instalado en el poder en Santa Fe de Bogotá, Bolívar no se comportó como un militar vencedor sino como un político de Estado y tomó decisiones que fueron desde lo ejecutivo a lo administrativo. Entre otras cuestiones, trazó el límite entre las jurisdicciones de los comandantes militares y las autoridades políticas.

Bolívar procedió a formar gobierno y lo hizo no apoyándose en las clases dominantes, sino exclusivamente con patriotas probados como tales. Allí propuso al congreso el proyecto de unión entre la antigua capitanía de Venezuela y el antiguo virreinato de Nueva Granada, con el nombre de República de Colombia. El nuevo Estado se dividía en tres departamentos, Cundinamarca, Venezuela y Quito. Allí empezó a pergeñar su sistema

33/En América del sur había solamente dos casas de la moneda, que tenían la exclusiva atribución de acuñar monedas con valor corriente. Una era la que recuperaba Bolívar en Santa Fe de Bogotá; la otra estaba todavía en mano de los españoles en la Villa Real de Potosí.

en el cual todas las provincias tendrían un presidente en común, cargo que iba a ejercer personalmente el Libertador y un vice en Cundinamarca (Santander), otro en Venezuela (Roscio, cargo que finalmente cae en el llanero Páez), y otro en Quito, lo que por aquel entonces era sólo una aspiración, pues continuaba en manos realistas.

Cuando Morillo se entera del nuevo triunfo de Bolívar siente que la causa colonialista está perdida. El marqués de La Puerta y conde de Cartagena, comandante de las fuerzas españolas al norte de nuestra América del sur, escribe a Madrid: "El sedicioso Bolívar ha ocupado Santa Fe y el resultado funesto de esa batalla ha puesto a disposición el reino entero y los inmensos recursos de este país muy populoso, rico y exuberante; desde él rapiñará cuanto necesite para continuar la guerra en estas provincias, porque los insurgentes no tienen reglas ni inhibiciones y este caudillo menos que ninguno. Este desgraciado golpe pone en manos de los rebeldes, además de Nueva Granada, muchos puertos de la costa sur, donde reunirán a sus piratas. Popayán, Quito, Pasto y todo el interior del continente, hasta Perú, están a merced de quien gobierne Santa Fe, a cuya disposición están al mismo tiempo bancos, arsenales, fábricas de armas y todo cuanto el rey posee en el virreinato". Las fuerzas realistas estaban derrotadas y lo sabían.

CAPÍTULO XVIII
LA BATALLA NAVAL

/////

"[La victoria del almirante Brown frente a Montevideo fue] lo más importante hecho por la revolución americana hasta el momento"

///José de San Martín

1. La guerra en los mares desde Trafalgar

La batalla de Trafalgar tuvo lugar el 21 de octubre del año 1805 a la altura de Cádiz, enfrentándose la flota británica, comandada por el almirante Horacio Nelson, contra una flota combinada franco-española, cuyo mando estaba a cargo del almirante Vileneuve. Fue la batalla decisiva por el control de los mares entre las potencias europeas de aquella época. En esa acción de guerra en el mar de este periodo, perdiéndose alrededor de 5.000 vidas y 15 buques (esto último principalmente a causa del temporal que se desató sobre los maltrechos buques al día siguiente) y sus consecuencias se prolongaron mucho más allá de las guerras napoleónicas. En efecto, fue una batalla fundamental para la liberación de América, pues dejó al imperio español con su flota diezmada, lo que dificultó considerablemente su posibilidad de respuesta frente a la insubordinación de sus colonias.

La crónica de las guerras de independencia estaría incompleta si no tuviéramos en cuenta la decisiva lucha en los mares. Sin el control marítimo hubiese sido imposible controlar la mayoría de las ciudades portuarias fortificadas que el imperio español había jalonado a lo largo de las costas de Sudamérica. Y aunque esta lucha cruce a cada momento los sucesos acaecidos en la guerra de liberación, queremos abordarlos en este capítulo transversalmente para resaltar la importancia que realmente tienen las contiendas navales.

Al principio de los hechos revolucionarios, aun a pesar de estar diezmada desde la derrota de Trafalgar, la hegemonía de los mares la tenía absolutamente la flota española. Pero ya no era esa flota mundialmente temida que había estado en el primer nivel entre las potencias europeas. Y pensemos que tres años después la península estaba ocupada por las tropas francesas, así que mucho tiempo para reponerse no había tenido. Igualmente al principio le alcanzó con los pocos barcos destinados a los puertos americanos para controlar las costas de las colonias en las que iban estallando los procesos revolucionarios.

La flota española asistía a varias ciudades fortificadas que aun sitiadas por los revolucionarios resistían leales a los realistas. Tal era el caso de Montevideo. Por ese motivo fracasaron uno tras otro los sitios a esa ciudad. La flota española intentó, como hemos visto, hacer un bloqueo de Buenos Aires, pero los barcos ingleses no lo respetaron por lo cual no tuvo efecto alguno.

2. En los ríos y mares del sur

"Desde diciembre de 1813 el secretario de Hacienda, Juan Larrea, encarga a su amigo, el comerciante norteamericano Guillermo Pío White, que compre naves y pertrechos, sin reparar en sacrificios. Se reúnen así siete buques, que trajinarán cerca de seiscientos hombres y serán artillados con 98 cañones. Desde enero está al frente de la nueva fuerza Guillermo Brown"[1].

Fue el marino irlandés Guillermo Brown a quien le corresponde el mérito de haber dado forma a los pilares iniciadores de la escuadra revolucionaria del Río de la Plata. El Triunvirato, a través de Larrea, había decidido su formación para enfrentar a los españoles en la guerra fluvial. La principal incidencia de la flota española en la región era abastecer Montevideo, porque no podían hacer mucho más, por el fracaso del bloqueo y porque la batalla de San Lorenzo los expuso a la peligrosidad de desembarcar en las costas de los ríos. Pero también la flota patriota se armó ante un peligro mayor, aunque no inmediato, que era la flota lusitana que se estaba preparando en Brasil. La constante voluntad imperial portuguesa de apropiarse de la Banda Oriental requería el control del inmenso río que separaba esta provincia de la provincia de Buenos Aires. Este peligro no resulto abstracto, diez años después del bautismo de fuego de su escuadra, a la iniciación de la guerra con el imperio del Brasil y el bloqueo brasileño a nuestros puertos, se vería determinante la acción de la flota conducida por Brown.

William Brown, aunque de origen irlandés, se había formado en la Armada británica. Castellanizado como Guillermo, el almirante Brown fue a partir de sus hazañas en batallas navales, muchas veces con desigualdad manifiesta, uno de los héroes de nuestra independencia. El otro gran mentor de la incipiente armada nacional fue un francés, Hippolyte de Bouchard, conocido en nuestras tierras como Hipólito Bouchard o Buchardo. Había llegado en un barco francés poco tiempo antes de la revolución de 1810 y fue uno de los corsarios armados por Buenos Aires que cumplió un importante papel en las primeras batallas navales. Bouchard en búsqueda de acción se había enrolado en el regimiento de Granaderos a Caballo (participó en el combate de San Lorenzo) pero ni bien se armó la flota revolucionaria, abandonó a los granaderos y retornó a su vocación de marino.

Una de las campañas más prestigiosas de Bouchard fue la realizada bajo las órdenes de Brown, en la que asolaría las costas del océano Pacifico, donde llegó a atacar a los más importantes puertos bajo control, El Callao y Guayaquil. En septiembre de 1815 obtuvo su patente de corso y se puso al mando de la corbeta Halcón, y luego armó La Argentina. Su proezas se hicieron leyenda actuando como corsario, atacando los enclaves españoles y llevando la bandera azul y blanca hasta la capitanía general de Guatemala (motivo por el cual estos colores asociados a la lucha por la libertad fueron adoptados en varios países de Centroamérica –como El Salvador, Nicaragua, Honduras y Guatemala–, llegando incluso hasta California (entonces virreinato de Nueva España y actualmente parte de Estados Unidos), donde hizo flamear la bandera creada por Belgrano[2]. También realizó múltiples

1/Halperín Donghi, ob. cit., p. 76.

2/"Y se labró entonces un episodio de leyenda: comandados por el francés, doscientos hombres desembarcaron en una caleta oculta por las alturas, a una legua del fuerte de Monterrey. La resistencia del

e importantes combates en el sur de África contra buques negreros y en Filipinas, llegando hasta Hawai, por entonces un reino independiente (recién tiempo después va a ser invadido por los norteamericanos y transformado en una colonia no reconocida de estos). Bouchard hizo que Kamehameha I[3] rey de Hawai reconociera la soberanía de las Provincias Unidas, un poco por la fuerza, hay que admitirlo.

"Bouchard fue el más extraordinario corsario de la guerra de la independencia sudamericana y al mando de la fragata Consecuencia, capturada a los realistas bajo la fortaleza del Callao y rebautizada La Argentina, emprendió desde Buenos Aires un raid fantástico por todos los mares del globo en una guerra a muerte contra España y su comercio de ultramar. El raid corsario de Bouchard duró dos años y su relato llena las páginas más gloriosas y heroicas de las armadas independientes en sus luchas libertarias"[4].

Hipólito Bouchard era antiabsolutista por convicción pero no fue un señorito francés, sino un marino rústico. Se caracterizó por un duro carácter que lo llevó a protagonizar varios incidentes con su tripulación y a tomar feroces represalias contra quienes se insubordinaban.

No es casualidad que los precursores de nuestra armada fueran ingleses y franceses: estas dos naciones competían por entonces en el predominio de los mares, formando a los mejores oficiales de aquellos tiempos.

En abril de 1814, Brown no sólo vence a la flota española sino que bloquea Montevideo. En mayo obtiene sobre lo que queda de la flota realista una contundente y decisiva victoria frente a las playas de Buceo. Estos triunfos son determinantes para cortar el abastecimiento de la ciudad sitiada por mucho tiempo. En ese mismo momento llega al frente de las tropas porteñas Alvear que se lleva los laureles porque Vigodet, el jefe realista no tiene otro camino que arreglar las condiciones de su rendición. San Martín, por entonces preparando su ejército en Mendoza, califica a la victoria de Brown como "lo más importante hecho por la revolución americana hasta el momento".

Terminada la campaña de 1814 emprendió Brown con la fragata Hércules una campaña de corso por aguas de Chile, Perú, Ecuador y Colombia. Esta como dijimos la compartió con Bouchard y se inició a fines de 1815 y se prolongó hasta mediados de 1816. Llevó las ideas de libertad de la revolución aquellas regiones controladas por conservadores realistas. Cuando regresó a Buenos Aires, no quiso tomar parte en conflictos internos y se retiró a su hogar, dedicándose al comercio.

Cuando en diciembre de 1825, el imperio del Brasil le declaró la guerra a las Provincias Unidas del Río de la Plata, el almirante Guillermo Brown fue nuevamente convocado para comandar la flota y volvió para darle decisivas victorias.

La formación de corsarios fue un factor de importancia clave para la disputa en los mares contra la flota colonialista. El armado de buques corsarios era una práctica común en las naciones del Caribe, tenía un costo inicial de formación pero después se autoabas-

---

fuerte defendido por realistas españoles fue débil y tras una hora de combate, los enemigos fueron reducidos. Los hombres de Bouchard tomaron la posición y enarbolaron allí la bandera argentina". De Tito, ob. cit., p. 362.

3/El rey Kamehameha I se convierte en el primer gobernante extranjero en reconocer a la nueva nación.

4/Siri, Eros Nicolás. *Cochrane, el lord aventurero*, Buenos Aires, Distar, 1979, p. 38.

tecían con el producto del saqueo de los buques y lugares que alcanzaban a tomar. Era una derivación del antiguo filibusterismo que perduraba en las Antillas y la costa suramericana. Cada nación armaba buques. Bajo su bandera se dedicaban a labores irregulares en el mar. "Los corsarios venezolanos llegaron a tener una ley decretada por el Libertador en marzo de 1817. Rindieron mucha cooperación, a veces decisiva, para el abastecimiento, la persecución de buques españoles, mantenimiento del comercio, protección de buques con los cuales se enviaban productos y se importaban armas, o se trasladaban voluntarios desde las Antillas, etc." (Acosta Saignes, 2013: 79)

3 La escuadra de Brión y los corsarios venezolanos

Felipe Luis Brión Détox nacido en la isla de Curazao y educado en los Países Bajos (hoy Holanda y Bélgica) de donde eran sus padres, participó en la resistencia contra la invasión inglesa en los últimos años del siglo XVIII. Regresado a su Curazao natal que había vuelto a pertenecer a la corona holandesa se dedicó exitosamente al comercio y participó en los combates para evitar que los ingleses volvieran a apoderarse de la isla. Cuando los británicos se impusieron debió exiliarse en la isla danesa de Saint Thomas.

En 1813 Brión se une a la causa de América de sur a partir de su relación personal con Simón Bolívar. En 1815 se dirige a Inglaterra, donde adquiere una corbeta de 24 cañones que bautiza "Dardo". Se reúne con Bolívar en su exilio de Haití, donde organiza la escuadra revolucionaria con la cual se realizan las expediciones sobre la costa de Venezuela. El 2 de mayo de 1816, alcanza su primera victoria contra los buques de guerra españoles, en la batalla de Los Frailes. En la misma fecha Bolívar lo nombra almirante de la República.

Al mando de la escuadrilla llegada con Bolívar a fines de 1816 para pelear por la recuperación de Venezuela, Brión se dedicó a hostigar a las fuerzas realistas. Después de una frustrante campaña en Margarita, Morillo salió de la isla y trató de bloquear Güiria, Margarita y las bocas del Orinoco, pero ya sin los efectos de otrora: la flota de Brión y numerosos buques corsarios se lo impedían.

Desde Margarita, Brión proyecta la campaña crucial sobre Guayana, que apoya el poder del Libertador Bolívar. El 3 de agosto de 1817 penetra con su escuadra por el río Orinoco, donde libra el importante combate naval de Cabrión, en el que captura 14 de los 28 buques españoles y hace 1.500 prisioneros.

En 1819, nuevamente establecido en Margarita, organiza una expedición de 22 buques para acompañar la ofensiva patriota sobre la costa de Nueva Granada. En concurrencia con las tropas terrestres del general Mariano Montilla, toma los estratégicos puertos de la desembocadura del rio Magdalena, así como Barranquilla y Santa Marta. No obstante, las diferencias con Montilla en la conducción de las operaciones hacen que en 1821 tome la decisión de alejarse de las fuerzas de la marina grancolombiana.

4. El lord filibustero

En diciembre de 1775 había nacido en Escocia Thomas Cochrane, décimo conde de Dundonald y cuarto lord Cochrane. Incorporado desde muy joven a la marina británica, a bordo del legendario Speedy, un bajel armado con 14 cañones, lleva a cabo increíbles proezas en el Mediterráneo. Metido a intentar probar (y aumentar su fortuna) que el futuro de

la marina estaba en los barcos a vapor, cuyo principio había sido creado por el norteamericano Fulton, terminó despilfarrando lo que había heredado. Vinculado, entonces, a ciertos banqueros y usureros hace una gran estafa, por la cual es condenado a una hora de picota pública, un año de cárcel y a una multa de mil libras esterlinas. Expulsado de la aristocrática Cámara de los Lores, sufrió el público escarnio en la Plaza Trafalgar. Finalmente este noble británico que no logra hacer valer su influencia para no ser condenado, sí la utiliza para escapar de la Torre de Londres, donde estaba confinado.

"José Antonio Álvarez Condarco, a la sazón Agente Confidencial de Chile ante Gran Bretaña y con plenos poderes por el director supremo O´Higgins para contratar elementos útiles para la causa libertaria, entra en contacto con lord Cochrane(...) [Este] vio en ello su tabla de salvación y aceptó trasladarse a Chile para actuar con la escuadra que con jalones de gloria había equipado el brillante marino que fue Manuel Blanco Encalada" cuenta en la biografía del almirante británico, Eros Nicolás Siri[5].

"A principios de 1819, la escuadrilla chilena se había engrosado con las presas quitadas al enemigo y con otros buques traídos del extranjero. Entonces también llegaban a Chile algunos marinos traídos de Inglaterra por los agentes de O´Higgins. El más notable de todos fue lord Thomas Cochrane, marino inglés que se había labrado una reputación europea por sus talentos y por su arrojo"[6]. Desde que el británico arribó a las costas americanas comenzó a chocar con el jefe de la marina chilena Manuel Blanco Encalada. Hábil y arrojado no sólo para la guerra en los mares sino también para las intrigas políticas, Cochrane fue colocándose en el centro de la escena. Nombrado finalmente almirante, quedó quedando a cargo de la escuadra chilena relegando a un segundo plano a Blanco Encalada.

"En enero de 1819, Cochrane zarpó de Valparaíso con siete naves para hostilizar al virrey del Perú en sus propios atrincheramientos. Las naves españolas fueron a encerrarse en el Callao[7], bajo los fuegos de sus fortificaciones"[8]. Allí Cochrane las atacó valerosa aunque infructuosamente, para finalmente regresar a Valparaíso.

Las órdenes del director supremo de Chile eran mantener en el tiempo el bloqueo al puerto del Callao, con el cual se debilitaba la economía de Lima. "El lord aburrido en su inercia y desobedeciendo la orden de no abandonar el bloqueo del Callao hasta que el gobierno chileno lo creyese conveniente, levó anclas y se dirigió al puerto de Huacho. El aventurero que dormitaba en el fondo de su alma y le había hecho venir a Sudamérica se despertó de golpe y la sangre bucanera que llevaba en su venas le hizo prever posibles acciones lucrativas y, sin medir los medios y consecuencias, se lanzó en una serie de aven-

5/Siri, ob. cit., p. 16.

6/Barros Arana, ob. cit., p. 418.

7/"En esta primera acción naval de la armada al mando del lord, cúpole a la capitana, O´Higgins, la cosecha del mayor lauro de la jornada, ya que durante dos horas ella sola se batió denodadamente contra más de cien bocas de fuego que cruzaban la bahía en todas direcciones con una fragorosa lluvia de hierro y metralla. Esta audacia de las naves chilenas, demostró a Pezuela el temple de aquellos hombres que hasta entonces él llamaba despectivamente rebeldes". Siri, ob. cit., p. 26.

8/Barros Arana, ob. cit., p. 418.

turas más dignas de un Hermano de la Costa que de un almirante responsable"[9].

En Huacho desembarcó una pequeña fuerza y saqueó durante la noche las casas de los habitantes, violando las mujeres y golpeando a los hombres que se resistían a revelar donde ocultaban sus joyas. Otro tanto hizo en el puerto de Supe, donde los vecinos habían huido por miedo a la acción de aquellos "ladrones del mar" y que fueron alcanzados en tierra por los hombres de Cochrane y saqueados. Finalmente hizo lo propio en Paita, en un suceso que "se recuerda aun en las costas del Pacífico como los más cruentos sufridos por las poblaciones antillanas a manos de los filibusteros de Jamaica o de Las Tortugas"[10]. Es por eso que el general San Martín, con su ácido humor para poner sobrenombres, lo empieza a llamar Lord Filibustero. Cochrane, en cambio, procura por todos los medios que el gobierno chileno apruebe como patriótica su indigna aventura bucanera.

El corsario franco-argentino Hipólito Bouchard había terminado su raid de acoso a los españoles en Valparaíso, donde ancló su nave La Argentina. Cochrane, acusándolo de pirata (¡justo él!) le hizo abordar en puerto a su barco, robándole todo lo que tenía a bordo. Como los jueces de Santiago daban vueltas para absolver de los cargos a Bouchard, el coronel de Granaderos Mariano Necochea, recibiendo tal vez la orden de San Martín, una mañana sorpresivamente se apoderó de La Argentina al frente de un pelotón de soldados de su regimiento e izaron en la misma la bandera de las Provincias Unidas al grito estentóreo de ¡Viva la Patria! Fue éste un anticipo reivindicatorio del fallo togado que en esos días recibió Bouchard, quien al salir de la prisión tuvo la grata sorpresa de encontrar a bordo de su nave a sus antiguos camaradas de Granaderos a Caballo que mellaron con él sus sables en las barrancas del Paraná.

Una de las posiciones españolas más fortificadas, la segunda del Pacífico que baña las costas de Sudamérica, era la fortaleza de Valdivia, al sur de Chile. Su excepcional ubicación tierra adentro, en un terreno montañoso al que para llegar era necesario remontar un brazo del río salpicado de fortines y trincheras, volvía prácticamente imposible cualquier ataque desde el mar. Continuaba en manos de los realistas, situación que parecía irreversible a primera vista. El arrojado Cochrane, con la colaboración del entonces mayor Miller, fue a tomar la fortaleza y con mucho de sorpresa y fortuna terminó apoderándose de la importante plaza con muy escasas fuerzas. El mismo Cochrane habla del golpe asestado a los españoles en sus memorias[11]: "El botín que cayó en nuestras manos, excluyendo el valor de los fuertes y edificios públicos, era considerable, siendo Valdivia el depósito militar general de la parte sur del Continente. Entre los pertrechos militares había más de 1.000 quintales de pólvora, 10.000 balas de cañón, de las cuales 2.500 eran de bronce y el resto de hierro; 170.000 cartuchos de fusil; una gran cantidad de armas menores". Esto le valió un regreso a Valparaíso cargado por la gloria de la audacia de su golpe que arrebataba a las fuerzas colonialistas un puerto fundamental.

En el momento previo al traslado de la expedición libertadora del general San Mar-

9/Siri, ob. cit., p. 26.

10/*Ibid*., p. 32.

11/*Ibid*., p. 60.

tín se produjo con el guiño del almirante una sublevación de la arisca marinería[12]. Lord Cochrane permanentemente intentaba disputar el liderazgo de la incursión en el Perú.

Cuando ya estaba embarcadas las tropas libertadoras el "Lord Filibustero" recibió un oficio donde lo ponía en caja subordinándolo de modo absoluto al mando del Libertador, "jefe a quien el Gobierno y la República han conferido la exclusiva dirección de las operaciones de esta grande empresa, a fin de que las fuerzas expedicionarias de mar y tierra, para obrar combinada y simultáneamente, reciba un solo impulso". El marino británico aceptó a regañadientes las órdenes del mando chileno, y durante un tiempo se disciplinó a la comandancia de San Martín. Durante ese lapso tomó la importante fragata Esmeralda[13] en una acción temeraria en la rada del puerto del Callao. "San Martín sintió como propio el triunfo de Cochrane, en su grandeza de alma ya sabemos que no cabía la envidia. Desgraciadamente, el Lord no le pagó con la misma moneda, y cuando supo que San Martín había sido ungido por la voluntad del pueblo Protector del Perú, la más amarga y envidiosa hiel emponzoñó su vida ante el triunfo legítimo y honrosamente ganado por el Gran Capitán de los Andes, quien en un instante de adulonería, llamó el Napoleón de América del Sur"[14].

Una vez que la fortaleza del Callao cayó en manos de San Martín[15], los odios del almirante se acrecentaron. Intenta la complicidad de O´Higgins que siguió siendo leal a San Martin, remitiéndole incluso las cartas en las que el "Lord Filibustero" intentaba conspirar contra él. Cochrane entonces procura por todos los medios presentar a San Martín como "desleal al Estado chileno". "Viendo que la situación de su flota cada día es más precaria, pues el exhausto erario de Chile no permite la remisión de fondos para pagar a las tripulaciones, ensaya cambiar de frente y comienza una fina escaramuza de adulonería hacia el Protector del Perú"[16]. Llegó a reunirse con el Liberador, pero todo fue infructuoso. Al punto que tomó la decisión de robar el tesoro peruano que estaba estacionado en uno de los barcos en Ancón, ante el temor de que una contraofensiva españolista se apoderara del mismo. La maniobra fue usarlo para pagar a los tripulantes de su escuadra con lo cual eximía de ello al tesoro chileno. San Martín hizo el reclamo correspondiente ante este acto de deliberada piratería. "El Protector se equivocaba. Chile en vez de repudiar el

12/"La causa era ya conocida: atraso en el pago a la marinería y oficialidad, compuesta como sabemos, por un elemento cosmopolita, que se había enrolado exclusivamente para llenar su talega de doblones, sin importársele mucho la causa que defendían". Siri, ob. cit., p. 67.

13/San Martín, repleto de generosidad y sin rencores con quien intentaba disputarle la conducción de la fuerza, le escribe parándose por arriba: "La importancia del servicio que ha hecho V.S. a la patria con la toma de la fragata de guerra Esmeralda y el modo brillante con que V.S. mismo condujo a los bravos de su mando a tan noble empresa...", etc.

14/Siri, ob. cit., p. 85.

15/"Esto significaba que el Callao, con toda su inmensa riqueza, iba a ir a parar a manos de San Martín, más bien dicho, del Perú, y él, que tanto había hecho por rendir a las fortalezas, no percibiría nada, ni un real, de todos aquellos tesoros que había visto 'embarcar por toneladas' como dijera en una nota a San Martín". Siri, ob. cit., p. 104.

16/*Ibid*., p. 112.

vandálico acto del Lord Filibustero, lo aplaudió y en todas las esferas se vio con simpatía que el almirante de su escuadra se arbitrara por esos medios la paga de las tripulaciones que no podía cancelar el erario chileno. El mismo O´Higgins, enterado del golpe de mano del lord, comentó el favorable apoyo de la opinión chilena hacia tal desmán y le escribe a San Martin: 'En Chile, generalmente se ha aprobado el uso de los caudales en cuestión de víveres y sueldos de marineros y las opiniones sobre esta materia se ha avanzado más allá de los límites de la moderación y hay lances en que es forzoso que el disimulo obre en el nivel de la ley y de las circunstancias'"[17].

La perfidia del lord operando sobre la oligarquía de Santiago de Chile había empezado a hacer mella, aguijoneando su nacionalismo de patria chica. Igual que las porteñas, las clases dominantes chilenas querían cobrar los beneficios del proceso liberador que habían ayudado a financiar. ¿Pero esto fue sólo una maniobra pensada y organizada por un almirante que desde alta mar escribía a sus pocos contactos chilenos? ¿O se trata de toda una política británica destinada a desarmar la unidad sudamericana que se estaba gestando?

Finalmente, San Martín se ve compelido a elevar cargos directa y formalmente contra el almirante ante el Estado de Santiago. Al regreso de lord Cochrane a Valparaíso la situación se hacía insostenible aunque los económicamente beneficiados por sus correrías no lo iban a entregar.

Antes de partir para Valparaiso y en una situación de tensión se produce acaso el único acto de cobardía de lord Cochrane durante su periplo americano. San Martín da la orden de que a todo barco que hostilice a la flota peruana se lo podía atacar, aun cuando fuera de países aliados como Chile. En el fondo era un guiño para Bouchard y una declaración de guerra al "Lord Filibustero", pero tratando de respetar al gobierno chileno. "Esta oportuna orden aherrojó los ímpetus de Bouchard. El fiero y veterano Halcón de los Mares se disponía a retar a duelo al lord y a su nave O´Higgins a una singular batalla que hubiera resultado epopéyica. Bouchard tenía tremendas ganas de acribillar a cañonazos a su petulante carcelero y depredador de tiempo atrás. ¡Qué espectáculo grandioso hubiera presenciado el Callao de haberse enfrentado la Protector con sus cuarenta y ocho cañones y la O´Higgins, no menos digna adversaria! ¡Qué estupendo duelo entre un corsario y un filibustero! (...) El almirante Cochrane conocía a Bouchard; juzgó inconveniente empeñar combate en condiciones desventajosas, y sin insistir, dio timón de arribada y singló para Chile"[18].

Una vez llegado a Valparaíso, el marino británico pide su retiro, lo cual es aceptado (le ofrecen un sueldo de por vida mientras residiera en Chile) pero ya está en tratativas para ponerse al frente de la escuadra brasileña. ¿Otra vez el garfio de los ingleses metiendo la cola en los procesos americanos? El mando de la flota chilena volvía a las honorables manos de Manuel Blanco Encalada y lord Cochrane partió hacia Río de Janeiro, la ciudad en donde se concentraban las operaciones británicas para todo el sub continente.

Finalmente, el marino combatió en Grecia defendiendo los intereses británicos (a favor de la independencia griega contra el Imperio Otomano) y terminó como almirante de la escuadra inglesa en las Antillas. Fallece en diciembre de 1860 en Kensington. "El gobierno

17/*Ibid*., p. 122.

18/*Ibid*., p. 129.

británico decreta honores a su memoria y le hace la gracia de que sus huesos se conviertan en polvo bajo las losas de la Abadía de Westminster"[19]. No es un privilegio que se concede a muchos. En efecto, esa abadía de Londres, tiene, además, muchos sepulcros de miembros de la familia real, aristócratas y personalidades ilustres, todos fieles servidores de la corona británica.

19/*Ibid*., p. 171.

CAPÍTULO XIX
EL PARAGUAY INSULAR Y LA PATRIA GRANDE

"Las cualidades que se requieren en los sufragantes del congreso general de que trata el oficio convocatorio que cita usted en el suyo de nueve del corriente, no penden del calzado ni de otros adornos exteriores, que no teniendo la menor conexión con las circunstancias que constituyen el carácter de un hombre de bien y honrado patriota, nada influyen en lo formal del objeto que se ha propuesto esta superioridad en su citada convocatoria"

////Gaspar Rodríguez de Francia

El poder de Buenos Aires siempre desconoció la autonomía planteada por Paraguay, al igual que lo hacía con el resto de las gobernaciones del antiguo virreinato del Río de la Plata. Desde la creación del primer Triunvirato, cuando se acentuó la política porteñista, se trató de subordinar al Paraguay ahogando su economía. Esto fue desarrollado mediante el control de la desembocadura del Plata, complicando la colocación de productos paraguayos más allá de su frontera. Paraguay, por el contrario, tenía una idea muy distinta de su participación en el proceso emancipador, ya que entendía que abolida o deshecha la representación del poder supremo, recae este o queda refundido en toda la Nación. Cada pueblo se considera entonces en cierto modo participante del atributo de la soberanía. Consecuentemente, si bien tenía una política totalmente autónoma en lo interno, en las antípodas en cuanto a las relaciones sociales de la llevada a cabo por los porteños, Paraguay proponía un pacto de Confederación. En esto se parecía a la liga de Artigas, pero al mismo tiempo siempre fue muy receloso de su autonomía respecto del Protector, quien una y otra vez chocó con un muro al intentar incluir al Paraguay en su zona de influencia.

El 30 de mayo de 1816 se reunió el Cuarto Congreso General con 250 diputados. Para este congreso, el doctor Francia lanzó una fuerte campaña de propaganda no sólo para difundir la participación popular en la inminente asamblea sino también para enfatizar los beneficios del aislamiento de Paraguay, que le permitía evitar involucrarse en la guerra civil que desangraba al resto de la región del Río de la Plata. Gaspar Rodríguez de Francia proponía un orden con justicia social que aparecía muy lejano de la situación del resto de las Provincias Unidas, incluso en su impacto económico al de la liga artiguista que sufría los efectos desgastantes de la permanente guerra. El hecho de haber declarado éstas su independencia en Tucumán, no afectaba demasiado la situación de Paraguay que pudo mantenerse al margen de la misma como hizo toda la región litoral bajo la influencia de Artigas.

Pese a que no se había cumplido el plazo de cinco años previsto en la ley de creación de la dictadura temporaria, en su primera y única sesión se decidió, por aclamación, la instauración del doctor Francia como Dictador Perpetuo de la República. Su duración era, a partir de ese momento, de por vida. Esta es una de las cuestiones por las cuales el Dr.

Francia es calificado como un dictador por los historiadores liberales. Pero lo cierto es que no dista mucho de las propuestas monárquicas de un San Martín o un Belgrano, o la idea de un ejecutivo vitalicio defendida por Bolívar.

Si bien es cierto que sólo se permitía oposición simbólica al nuevo régimen, como Francia informó a los delegados poco antes de reunirse el congreso: "No deberán ser convocados ni tendrán voz activa ni pasiva en la junta los que estén notados o indicados de opuestos o desafectos a la causa de la libertad o que sean accionarios de los enemigos de ella, pues el gobierno no los admitirá en el Congreso General y aún si llegaran a ser tolerados, serían nulos e insubsistentes cuanto por su siniestra o depravada influencia se negase a deliberar". Pero esto, más allá de su explicitación, no era muy diferente de lo que ocurría en los demás congresos de nuestra América. Medir con el rastrero de hoy al uso de la palabra "dictador" o a la práctica de no tolerar la oposición reaccionaria es aplicar una vara distinta a los procesos americanos consumando una injusticia histórica.

Lo que tenemos que apreciar, para ver el carácter popular de la dictadura ejercida en el Paraguay por parte de Francia, es que –al igual que Artigas pero con mayor intensidad– implementó una amplia reforma rural con la cual la mayoría de las tierras fueron distribuidas entre paraguayos sin tierra y refugiados inmigrantes, como lotes de granja, o designados como estancias del Estado.

El gobierno de Gaspar Rodríguez de Francia no fue parte de una disputa al interior de las elites por el predominio, sino más bien un gobierno popular que enfrentó los intereses de la oligarquía paraguaya –que no pasaba del 5 % de la población– para alcanzar una amplia justicia social sólo comparable con el mejor momento del artiguismo en el poder. La gran diferencia respecto del resto de las luchas populares a lo largo del continente es que la oligarquía paraguaya fue definitivamente derrotada, tanto la colonialista como la criolla.

"Al atacar el sistema tradicional de tenencia de la tierra, el Estado arrendó tierras tanto a paraguayos como a inmigrantes sin tierra a precios moderados por períodos indefinidos, bajo la única condición de que la misma fuera cultivada o convertida en pastura"[1]. Con la nueva estructura de la propiedad y de la producción agraria, las tierras paraguayas produjeron más para el consumo popular que para el mercado externo, suministrando abundantes cantidades de arroz, maíz, mandioca, papas, batatas, maní, trigo, algodón y numerosas variedades de hortalizas. Esta producción para el mercado interno en parte fue una decisión que diferenció a Paraguay del resto de Sudamérica y, en parte, una necesidad impuesta por las dificultades de su comercio con el exterior externo. Es decir, en gran medida fue obligado a ello por los bloqueos porteños y artiguistas.

"Francia puso proa a un país independiente, casi autárquico, encerrado en sí mismo. Tomó muchas medidas que favorecieron el bienestar general; entre ellas, la urbanización de Asunción, el reparto de tierras para laboreo y la introducción de métodos modernos de agricultura y ganadería, la confiscación de la mayor parte de las grandes propiedades en las que se comenzaron a cultivar alimentos que eran suministrados a la población gratuitamente, la lucha contra la corrupción administrativa y el poder de los 'europeos', la promoción de la educación pública y el desarrollo de infraestructura militar y naval. En el

1/White, ob., cit., p. 70.

orden religioso y social, abolió la Inquisición, suprimió la facultad de teología, anuló los diezmos y privó a la nobleza de sus privilegios"[2].

Bajo el gobierno de Francia no sólo se transformó el dominio de la tierra; también se sentaron las bases para un proceso de industrialización. "Bajo la dirección personal del maestro artesano Miguel Tiragalo y del mismo Francia, armeros, herreros y carpinteros empleados por el Estado no sólo reparaban armas, sino que, para 1816, las estaban fabricando. De modo similar, el gobierno creó fábricas que daban ocupación a centenares de operarios para la fabricación de telas y confección de uniformes para el ejército paraguayo"[3]. Como le ocurrió a San Martín en Cuyo, las necesidades militares dieron impulso de industrialización. No sólo en el ámbito terrestre sino también en el fluvial: "Para 1815, la industria estatal había crecido al punto de poder botar sus propias embarcaciones. En los años siguientes, el gobierno construyó aproximadamente cien embarcaciones fluviales, incluyendo balandras, chatas y enormes canoas para completar la construcción de la armada nacional hacia mediados de la década de 1820"[4].

Quizás uno de sus mayores logros económicos fue el papel asumido por el Estado en la economía. Este papel figuraba conceptualmente en el Plan de Operaciones de Moreno, pero que no fue efectivizado por los revolucionarios, por lo menos en esa primera etapa, en ninguno de los rincones de nuestra América, excepto en ese Paraguay autárquico. El Estado puso en marcha un extenso programa de obras públicas. La manera de financiar y conducir estos programas era considerar las obras públicas como carga común. Aunque coordinados y dirigidos por el gobierno nacional, los diversos programas de obras públicas cayeron bajo la administración de las municipalidades, que recibían sus ingresos de las ventas de productos agrícolas cultivados en tierras municipales, así como por medio de diversos impuestos locales. Para cubrir los gastos extraordinarios del programa de obras públicas, el Dictador aplicó impuestos especiales a los ciudadanos de ingresos elevados, en forma de "contribuciones", aplicando en la economía de la paz lo que era una práctica común en la economía de guerra en el resto del continente.

El doctor Francia, además, fue el padre del primer sistema de educación pública de Paraguay, mucho antes de su abordaje sistemático en Argentina[5]. "Pese a que durante el período colonial existía teóricamente la instrucción primaria pública, en realidad la poca instrucción escolar beneficiaba sólo a la elite –excepto en la capital, donde los maestros recibían su sueldo del tesoro municipal– debido a que los padres estaban obligados a pagar

---

2/De Titto, ob., cit., p. 77.

3/White, ob., cit., p. 146.

4/*Ibid*., p. 146.

5/"En 1828, la educación primaria se hizo obligatoria y tres años después, al menos en algunas zonas, el gobierno nacional comenzó a proporcionar parte de la remuneración a los maestros en forma de ropas y ganado entregados desde la estancia del Estado más cercana. Y en 1834, Francia estableció sueldos normalizados para los ciento cuarenta maestros rurales del Paraguay, encargados de los cinco mil alumnos de la nación". *Ibid*., p. 166.

El sistema educativo en Argentina recién se va a estabilizar y alcanzar una proporción semejante –claro que en un territorio mucho más extenso– durante la presidencia de Sarmiento.

a los maestros por cada hijo que recibía instrucción. Las masas empobrecidas difícilmente podían permitirse el lujo de proporcionar a sus hijos la educación primaria"[6].

Una de las cuestiones que se le critica a Francia es que no abolió la esclavitud. Tengamos en cuenta que en la Asamblea del año XIII se había establecido tempranamente la libertad de vientres[7], aunque la definitiva abolición de la esclavitud se va a dar con la constitución de 1853 en todo el territorio de la Confederación Argentina. Sin embargo, el dictador paraguayo no sólo concedió asilo a multitud de esclavos huidos de los inhumanos tratos de los portugueses, sino que también instituyó el cargo de Defensor de Pobres, cuyas funciones incluían la representación de esclavos en sus quejas contra sus amos. Además de que en lo personal manumitió a sus dos esclavos domésticos. Ninguno de los próceres norteamericanos puede decir lo mismo, pero a todos se los comprende por cuestiones de época. En definitiva, podemos decir que más allá de su actitud personal Francia no le dio la libertad a una de las clases más oprimidas, si bien minoritaria en el Paraguay de la época.

Lo sustancial que hizo el gobierno popular del Paraguay fue destruir el latifundio con lo cual tuvo un impacto sustancial no sólo sobre las mayorías populares sino también y particularmente sobre la institución de la esclavitud.

1. La economía del Paraguay autónomo

Paraguay en cuanto a su comercio internacional quedó prácticamente aislado, no por su absoluta voluntad, sino por las políticas llevadas a cabo desde Buenos Aires, pero también desde la liga artiguista, que consideraban que ello era una carta fundamental para volver a integrar a los paraguayos a su jurisdicción. Este aislamiento comenzó a cambiar en otra dirección que la tradicional, cuando se enderezó hacia "Brasil, que a principios de 1823, sólo cuatro meses después de declarar la independencia de Portugal, invirtió su política comercial hacia el Paraguay. Liberado de consideraciones políticas europeas, y ya no bajo la necesidad de considerar al Paraguay como posesión española, el Brasil –en una tentativa de introducir una cuña en el esfuerzo porteño de reconstruir la estructura política y económica del antiguo virreinato– solicitó oficialmente relaciones comerciales con el Paraguay"[8].

Para fines de la década de 1820, la mayoría de las importaciones venían a través de Itapúa y la vía terrestre comercial brasileña. Esto rompe la idea comúnmente aceptada de la absoluta autarquía paraguaya durante la última mitad del gobierno del doctor Francia.

"Además de las exportaciones del sector privado de la economía, una estimación exacta del total de las exportaciones paraguayas durante estos años debe incluir el considerable comercio estatal. Aparte del hecho de ser el exportador individual más importante, el gobierno era también el principal importador de la nación. No sólo utilizaba artículos

6/*Ibid*., p. 165.

7/En los resúmenes del Relator, la única versión que hay de la Asamblea del año XIII se puede leer con respecto al debate de la libertad de vientres en la prosa encendida de la época: "la naturaleza nunca ha formado esclavos, sino hombres, pero [que] la educación ha dividido la tierra en opresos y oprimidos"

8/*Ibid*., p. 193.

importados en las industrias estatales y para equipar las fuerzas armadas, sino que también vendía muchos de ellos al público a través de la Tienda del Estado en Asunción"[9]. En las exportaciones también se ve el rol principal de Estado en la economía paraguaya.

Esta es otra de las claves para comprender el carácter nacionalista y revolucionario de la política económica del gobierno del Dr. Gaspar Rodríguez de Francia. A diferencia de Buenos Aires, donde el comercio era solamente un negocio individual, él "no consideraba que el intercambio comercial exterior era sólo el campo de los propietarios de los medios de producción y de comercio. Por consiguiente, el comercio –ya no conducido por y para la oligarquía– era reglamentado por el Estado para beneficiar a la nación entera, es decir, al pueblo paraguayo" (White, 2014: 212).

Al igual que Artigas y los caudillos del litoral, Francia establecía una distinción entre libre comercio y libre navegación. "Francia no igualaba los conceptos de libre navegación y libre comercio. Mientras exigía de forma consecuente el derecho de la libre navegación para buques paraguayos –un aspecto central de quebrar su dependencia del transporte extranjero de sus exportaciones e importaciones– el Dictador jamás confundía este concepto con el de libre comercio. En los miles de documentos escritos por Francia, examinados en la preparación de esta obra, no existe una sola defensa del libre comercio" (White, 2014: 215).

Francia estableció las bases de una economía no dependiente al rechazar la libertad de comercio que con sutileza los ingleses le fueron imponiendo a las repúblicas independizadas del imperio español. El laisses fair era la punta de lanza del imperialismo del siglo XIX, de base fundamentalmente económica. El socio necesario de esta forma de dominación era la existencia de una oligarquía local, poseedora de la tierra (porque el intercambio era fundamentalmente por materia prima) que se beneficiase suculentamente del intercambio. "Es evidente que el imperialismo económico podría funcionar sólo con la cooperación de la oligarquía local. La elite, al poseer los medios de producción, fue capaz de forzar la superexplotación de los trabajadores de la nación con el fin de producir suficientes productos primarios –a precio 'aceptable'– para cubrir el saldo negativo de pagos que, junto con los gastos de subconsumo de importaciones de lujo, creció a sumas exorbitantes. En resumen, los imperialistas extranjeros y las oligarquías locales colaboraron para beneficiarse a expensas de la nación, y aunque ambos acumulaban utilidades y lujo, la riqueza era el producto del trabajo de la población local" (White, 2014: 217).

El gran mérito del gobierno de Francia es haber roto esta lógica a partir de la intervención del Estado en la economía, eliminando a la consolidación de la oligarquía como fuerza nacional dominante. Francia controló el comercio externo tanto como el interno; se rehusó a basar el comercio internacional en precios del mercado libre, pero también con esto hacia accesible internamente su producción. "Pese a que la idea de la autarquía paraguaya es históricamente incorrecta, es cierto que la economía controlada por el Estado excluía el establecimiento de 'mercado libre' capitalista clásico. El nacionalismo económico de Francia no sólo condujo al Paraguay a zafarse de la dependencia del colonialismo español formal, sino que, rechazando el concepto estructuralmente inequitativo del libre comercio, impidió la penetración capitalista de la economía, negando con ello a los

9/*Ibid*., p. 200.

nuevos imperialistas la oportunidad de reducir al Paraguay a la situación de neocolonia dependiente. Por tanto, es comprensible que el Paraguay, único en su exitosa oposición al emergente orden neocolonial, se convirtiera en objeto no sólo de la agresión porteña, sino también de la ambición inglesa" (White, 2014: 219).

Fue esta masiva intervención del Estado lo que distinguió la economía paraguaya del resto de las economías independientes de América. En estas el cambio de socios comerciales favoreció y enriqueció a una nueva elites locales que vinculaban a comerciantes y ganaderos. El rol de los socios ingleses fue fundamental en este proceso económico de recolonización. Alejada de los poderosos intereses económicos británicos, Paraguay, al establecer un sistema autónomo, tanto económico como político, ganó verdaderamente su plena independencia.

Tal es así que, el autor argentino Eduardo Astesano, llega a calificar al sistema de Francia de socialismo del siglo XIX: "Ese camino hacia el socialismo moderno fue ahondado en el siglo XIX por una minoría revolucionaria paraguaya que, aislada en su país, se lanzó con audacia a utilizar la 'vía del Estado' para impulsar un prodigioso crecimiento social para su época. Retomando la tradición comunitaria indígena y misional jesuítica, surgió en el Paraguay de López y Francia, un sistema de monopolios comerciales del Estado en la yerba, el tabaco y la madera, productos que fueron retirados del intercambio privado y que constituían las necesidades públicas haciendo inútil los impuestos. Con esas rentas se construyó en 1861 el primer ferrocarril y al año siguiente la primer línea telegráfica y se organizó la marina mercante paraguaya con once barcos (...) Paralelamente, en el orden industrial se impulsaron la explotación y fundición de Ibicuy, de donde salían implementos agrícolas y armamentos, naciendo los primeros altos hornos de América, astilleros y arsenales. Se contrataron ingenieros, mecánicos, escritores, matemáticos, geógrafos y se enviaron nativos a estudiar al exterior, capitalizando un gran caudal de experiencia técnica, que apuntaló la independencia económica paraguaya" (Astesano, 1982: 84).

Todo este proceso no estuvo en manos del capital inglés ni de una burguesía privada local, más bien, al contrario: sólo fue posible porque el capital británico no manejaba la economía y fue complemento de una justicia social distributiva que se enmarcaba en la tradición guaraní. "No se aceptaba ningún paraguayo sin hogar y sin tierra" (Astesano, 1982: 85)

Se fundaron numerosas colonias agrícolas y establecimientos ganaderos. Los "campos de la patria" y los "montes de la patria", de uso común entre los labradores, entregando gratuitamente instrumentos de trabajo, vacunos y caballares, tratando de fomentar el desarrollo agropecuario.

Pero no alcanzaba solamente con la distribución y el fomento de la producción. El gobierno popular paraguayo llegó a prohibir que los comerciantes paraguayos contrajeran deudas en el exterior, así como el gobierno tampoco lo hacía. En esto se contrapone absolutamente con el gobierno porteño de Rivadavia que mediante el empréstito de la Barhing Brothers endeuda la nación con garantía de las tierras fiscales, además de la libertad que tenía la incipiente oligarquía terrateniente porteña de endeudarse con el comercio británico.

El Estado reglamentaba el comercio exterior aplicando un sistema estricto de permisos de comercio, que exigía a los paraguayos obtener autorización del gobierno para exportar productos locales, sobre los cuales el Estado fijaba un precio mínimo. A través de estas y

otras reglamentaciones, el gobierno establecía una economía planificada, proporcionando al Paraguay los medios de quebrar la dependencia económica que mantenían otros centros de intercambio, sobre todo con la potencia emergente que era Gran Bretaña. Además, esto le permitía mantener una balanza comercial equitativa. El gobierno del doctor Francia se adelantaba cien años a la lógica aplicada por el peronismo de nacionalización y control del comercio a través del IAPI[10].

En definitiva, es correcta la afirmación de Astesano en el sentido que "La revolución paraguaya se inicia en 1811 con la destrucción de la casta colonial latifundista. Pero la falta de una burguesía industrial y mercantil empujó naturalmente a Francia y a los López a utilizar durante ese medio siglo la 'vía del Estado' para impulsar un prodigioso crecimiento social. El aislamiento mercantil del exterior amenazó al Paraguay con retrotraer lentamente a sus habitantes a la economía primitiva de los guaraníes. Sólo la audacia revolucionaria de sus 'dictadores populares' permitió saltar la etapa de la industrialización y el mercantilismo privado, por la vía no capitalista del Estado, tomando la tradición planificadora del comunismo guaraní y la de los misioneros jesuitas"[11].

"La unidad de estos dos procesos de la 'economía de Estado' con la participación popular en la distribución de la riqueza, conformaron un camino antiliberal, anticapitalista, socializante, que no podía ser tolerado por las potencias coloniales de entonces. El capitalismo inglés empujó entonces a la burguesía portuaria mitrista a una guerra de aniquilamiento. Y a pesar de la heroica resistencia paraguaya y de la oposición de los caudillos federales de nuestro país, termina la guerra en 1869, con el saldo trágico de un país cuyos habitantes fueron reducidos de 1.300.000 a 350.000. Ejemplo único de exterminio colectivo de un pueblo que dio su adhesión masiva de una nueva forma social de vida" (Astesano, 1982, 146).

2. La relación entre Artigas y Francia

Bajo el liderazgo del Dr. José Gaspar Rodríguez de Francia, Paraguay logró no entrar en las luchas fratricidas por el poder que caracterizaron a esta etapa en la América del sur, pero esto se debió a dos circunstancias. Una, la resistencia de los federales en el ámbito del Río de la Plata, pues sin sus combates frente a los porteños probablemente Asunción no hubiera podido, en soledad, soportar la presión de Buenos Aires. Por otro lado, a los combates de los ejércitos libertadores tanto en el norte como en el sur de nuestra América, que hicieron que el Paraguay de Francia no tuviera la desgracia, que sí sufrieron otras partes de la región, de afrontar una costosa guerra contra el colonialismo español.

En el marco de las relaciones de la Patria Grande, "párrafo aparte merece la relación entre Francia y Artigas. Desde el punto de vista del tipo de "democracia agraria" y de la defensa irrestricta de su autonomía puede decirse que tenían aspectos en común, que se

10/El Instituto Argentino de Promoción e Intercambio, compraba a precio interno la producción agrícola y la vendía en el mercado exterior al precio internacional. Esto le permitía generar un proceso de apropiación de la renta agraria diferencial para colocarla, a través de créditos blandos o desarrollo de infraestructura, en un proceso de industrialización de la economía, sin precedentes en la Argentina.

11/Astesano, ob., cit., p. 145.

manifestaron, por ejemplo, en los recelos mutuos hacia la burguesía de Buenos Aires. Sus líneas políticas, sin embargo, se distanciaron. Mientras Artigas promovía y declamaba la unidad federativa de las provincias y preservar la unidad del territorio del antiguo virreinato, Francia optó por no inmiscuirse en los conflictos ahora 'exteriores'" (De Titto; 2015: 78).

Como dice Salvador Cabral (1978: 13): "Podemos afirmar que fueron los dos la encarnación, primera y real, de la democracia directa, colectiva y auténtica, en nuestras regiones del Plata; que juntos representaron la revolución agraria, la libertad del indio y del negro, en medio de aquella república elemental, americana y agreste, que trataron de sostener a toda costa y sin mezquinar ningún sacrificio. No por casualidad los tres colores de sus respectivas banderas fueron los mismos".

Artigas, en su mirada más integradora, siempre mantuvo la voluntad de integrar a Paraguay a la liga de los pueblos libres. Envió tanto cartas[12] como delegados a negociar las condiciones pero siempre fue ignorado por Francia, quien se mantenía en una posición intransigente que se expresaba en su consigna "El Paraguay no quiere ni la paz ni la guerra con nadie".

"Pero Artigas insiste de nuevo. No hace cuestión de nombres ni de hombres. Le interesa el Paraguay, el pueblo paraguayo como entidad histórica y política; como aliada necesaria, natural e imprescindible para lograr la independencia de la Patria Grande"[13]. Cuando Francia insiste en su reticencia, cambia de táctica y empieza a conspirar contra el dictador paraguayo. Ante el fracaso, vuelve a intentar seducirlo para la causa. Pero Gaspar Rodríguez de Francia se afirma en su aislacionismo. Esto hizo que el Protector, para 1815 –es decir en el apogeo de su poder–, tomara la determinación de bloquear el río Paraná para el comercio paraguayo y ocupara la región en disputa de Candelaria, incorporando a través de Andresito a las Misiones del Paraná al sistema federal de los Pueblos Libres.

Ante las disposiciones amenazantes de Artigas, Francia tomó diversas medidas defensivas preparándose para una eventual invasión. La cuestión, sin embargo, no pasó a mayores y en febrero de 1816 Artigas retiró sus fuerzas al recibir noticias ciertas de que estaba en ciernes una invasión portuguesa de magnitud.

Cuando el caudillo entrerriano Francisco Ramírez derrotó a Artigas en 1820 y asumió el liderazgo de las fuerzas federales, Artigas y un pequeño grupo de seguidores emprendió el camino del exilio del que jamás regresará y escogió, precisamente, a Paraguay para pasar el final de sus días.

Francia se puso por encima de los múltiples incidentes que lo habían enfrentado con el caudillo oriental. "Su aprecio por la causa de Artigas, aunque no a la persona del Protector, se manifestó cuando el oriental cayó en desgracia y su 'Liga de los Pueblos Libres' se desmanteló. El exilio del caudillo oriental tras la definitiva derrota de su proyecto fue en un campo de Paraguay y fue, justamente, Gaspar de Francia quien le brindó asilo; eso

12/Una de estas cartas enviadas en 1812 a la junta paraguaya decía elocuentemente: "Tenga V.S. la dignación de penetrarse de mis razones, si la acción general se pierde, si este grande, si este único esfuerzo no tiene otro objeto que verter su sangre y hacer con sus cadáveres el monumento a la gloria de sus tiranos, de qué le servirá a la Provincia de Paraguay haberse mantenido a la defensiva".

13/Cabral, ob., cit., p. 21.

sí, con un detalle curioso: a pesar de que el líder oriental residió allí tres décadas Francia y Artigas jamás se vieron cara a cara"[14]. Pero también es cierto que Francia prohibió al general exiliado hacer política. Esa fue su condición principal, que por cansancio o por imposibilidad don José aceptó.

Paraguay no dejaba de ser, en la idea de Artigas, una de las provincias que debían unirse, y era –nadie lo duda– la única por su nivel de autonomía que podía aceptar el exilio de semejante personaje tan odiado por los porteños. De hecho, hasta la muerte del doctor Francia, en 1840, Paraguay no había declarado su independencia y era la única de las antiguas colonias españolas de América continental que no la había proclamado formalmente. Tan es así, que en los tiempos de Rosas no se va a dar su reconocimiento pues todavía se pensaba en su posible integración a la Confederación Argentina.

14/De Titto, ob., cit., p. 79.

CAPÍTULO XX
EL DILEMA AMERICANO: UN EJÉRCITO PARA LA REPRESIÓN INTERNA O PARA LA EMANCIPACIÓN.

"Los historiadores –en general– no se detienen a analizar esta importantísima cuestión, pero los hechos son contundentes. A través de comunicados, órdenes, evasivas, oficios y cartas, lo que se está dirimiendo es si el Ejército de los Andes constituye una fuerza expedicionaria al servicio de la revolución hispanoamericana o una fuerza militar cuyo destino es resguardar los poderosos intereses de la provincia de Buenos Aires y su ciudad puerto"

Norberto Galasso

Una de las primeras medidas de Alvear no bien asumió el cargo de director supremo fue el reordenamiento de ejército. El 13 de enero dictó un decreto disponiendo su división en tres cuerpos. Las fuerzas de Cuyo quedaban al mando de San Martín, su gobernador intendente. El entonces capitán San Martín simuló una enfermedad y presentó su renuncia a toda función pública. "El Niño" la aceptó y, el 8 de febrero, nombró en su reemplazo al coronel Gregorio Perdriel. El pueblo mendocino, enterado de los sucesos, se alzó: cabildo abierto de por medio los cuyanos rechazaron a Perdriel y respaldaron decididamente a San Martín. Alvear debió anular su nombramiento y retrotraer la situación "a fojas cero". Esto fue una maniobra del propio San Martín para no depender en su legitimidad del nombramiento del directorio porteño sino del pueblo cuyano. En estos hechos el general San Martín afirmó su autoridad en lo que él llamaba su "ínsula" cuyana.

Con la frontera norte cubierta por la acción de los gauchos de Güemes y el Congreso trasladado a Buenos Aires, el Ejército del Norte, que desde Sipe Sipe había renunciado a seguir hasta el Alto Perú, por mandato del Directorio asume un nuevo papel: la represión interna contra las montoneras federales. "En Córdoba son tropas del Ejército del Norte las que doblegan (sin demasiado esfuerzo, dada la tímida resistencia encontrada) la disidencia federal; en Santiago del Estero, en 1816, terminan rápidamente con el alzamiento del coronel Borges. Y todavía tienen su parte en la lucha contra el federalismo"1.

Uno de los grandes méritos de San Martín, desde la creación de regimiento de Granaderos a Caballo, fue haber evitado inmiscuir a su fuerza militar en el proceso de represión interna constantemente encarado por Buenos Aires frente a los autonomismos de las provincias. En más de una ocasión logró construir una simpatía con los enemigos del centralismo porteño, con los cuales intercambió fluida correspondencia, del mismo modo que lo hacía con los representantes del poder central porteño.

La tradición liberal, por boca de Halperín Donghi, lo interpretará de la siguiente

1/Halperín Donghi, ob. cit., p. 117.

manera: "Sus intervenciones van a ser las de un jefe militar que busca tan sólo favorecer un determinado curso político propicio para la marcha de la guerra". Claramente eso es subestimar la capacidad política de San Martín, pero, sobre todo, es negar su actuación política, vaciándolo de contenido político para situarlo en el bronce de una historia oficial para la cual es incómodo. San Martín ya había mantenido correspondencia con los caudillos, desde su acantonamiento en Cuyo, y termina comprendiéndolos como los jefes naturales de las poblaciones del interior, que responden a los intereses de sus pueblos, levantados en armas contra la prepotencia porteña.

No obstante, San Martín necesitaba de los recursos de Buenos Aires para terminar la tarea de formación de su ejército libertador. Y como hemos visto, a través de sus hombres en el Congreso de Tucumán operó para que fuera designado director supremo un porteñista que era, al mismo tiempo, su aliado principal entre los porteños. "San Martín y Pueyrredón eran buenos amigos y cofrades de la logia. Pero el curso de los acontecimientos los distanció. En los últimos tiempos del directorio de Pueyrredón, hubo entre ellos fuertes cambios de opiniones, sobre todo, en lo relativo al tratamiento de la cuestión del Litoral, al punto que el Gran Capitán prefirió establecer 'línea directa' con López y Artigas"2.

En carta a Pueyrredón el general explicita claramente su posición: "No puedo, ni debo analizar las causas de esta guerra entre hermanos y lo más sensible es que, siendo todos de iguales opiniones en sus principios, es decir, de la emancipación e independencia absoluta de la España, pero sean cuales fueren las causas, creo que debemos cortar toda diferencia y dedicarnos a la destrucción de nuestros crueles enemigos, los españoles, quedándonos tiempo para transar nuestras desavenencias como nos acomode, sin que haya un tercero en discordia que pueda aprovecharse de estas críticas circunstancias. (...) Cada gota de sangre americana que se vierte por nuestros disgustos me llega al corazón. Paisano mío, hagamos un esfuerzo, transemos todos y dediquémonos únicamente a la destrucción de los enemigos que quieren atacar nuestra libertad". Este tipo de posiciones buscan los autores de la historia oficial para pintar a un San Martín prescindente absolutamente de las luchas locales, casi como un pacifista. En realidad, el Libertador no era prescindente en cuestiones políticas, pero lo que no hacía era perder el objetivo estratégico de la emancipación. Y en esto contrariaba al Directorio que permanentemente tironeaba para que la fuerza bajo su mando se convirtiera en una fuerza represiva con que domesticar a los díscolos caudillos. A esto se negaba, sistemáticamente, San Martín. Y eso es toda una definición política. "La verdad es que el gran capitán, hombre de una pieza, creyó correctamente que perdía el tiempo ocupándose de proteger al Directorio contra el caudillaje sublevado (lo que le costará el trato de 'traidor' por parte de Vicente Fidel López) –tanto como de proteger a Artigas de los porteños– pues, conforme a su plan, primero había que consolidar la independencia americana, llevando la guerra al centro del poder español"3.

Cuando después de las primeras batallas para la libertad de Chile el Directorio vuelve a insistir con que San Martín volviese a efectos de llevar a cabo con su ejército tareas de represión interna, el Libertador en Rancagua, como veremos, renuncia al mandato otor-

2/De Titto, ob. cit., p. 373.

3/Pandra, ob. cit., p. 183.

gado por el gobierno de las Provincias Unidas y se hace elegir nuevamente jefe por sus oficiales. Otra vez su legitimación está en lo popular y no en la superestructura de la burocracia política porteña.

La estrategia sanmartiniana de la que no pensaba correrse era la liberación sudamericana. Por eso se negaba a desenvainar su espada para intervenir en contradicciones que consideraba secundarias, mientras todavía existía una poderosa fuerza colonialista asentada en Perú. Su primera y única intervención en la política de Buenos Aires había sido la revolución de 1812 que depuso al primer triunvirato. Necesaria para arrancar, subordinando por lo menos por un tiempo al furioso porteñismo que se simbolizaba en Rivadavia y sus hombres, de quienes siempre fue acérrimo enemigo. Toda su energía después se abocó a lo que consideraba que era la contradicción principal para la cual debía construir un ejército lo suficientemente fuerte y disciplinado como para doblegar el foco principal de la reacción absolutista española.

CAPÍTULO XXI
LA CAÍDA DE LA LIGA DE LOS PUEBLOS LIBRES Y DEL DIRECTORIO

"No hay que invertir el orden de la justicia. Mirar por los infelices y no desampararlos sin más delito que su miseria. Es preciso borrar esos excesos del despotismo. Todo hombre es igual en presencia de la ley. Olvidemos esa maldita costumbre que los engrandecimientos nacen de la cuna"

José Gervasio Artigas

1. La invasión portuguesa a la Banda Oriental

En agosto de 1816 comienza la marcha del ejército imperialista portugués sobre la Banda Oriental. Seis mil milicianos y seis mil veteranos que incluyen mercenarios europeos al mando del general Carlos Federico Lecor[1] avanzan bordeando la costa hacia Montevideo. Fuera de las prácticas de la época, aluvionales y signadas con necesidad de proveerse de recursos de las zonas ocupadas, el avance portugués, financiado por la Corona trasladada a Brasil, es prolijo porque lo que quiere es congraciarse con las poblaciones que ocupan para transformar a la Banda Oriental de las Provincias Unidas en la provincia Cisplatina de la colonia lusitana.

La estrategia de Lecor fue ir primero por Montevideo por el camino de la costa Átlantica, evitando las zonas más pobladas y mejor defendidas por las fuerzas artiguistas de las proximidades del río Uruguay. Ocupó fácilmente Maldonado y tras un breve sitio, también cayó el 20 de enero de 1817 la ciudad de Montevideo.

"Como gobernador, Lecor se mostró como un hábil político: alojó a disidentes como Carlos de Alvear y el chileno José Miguel Carrera, y favoreció a los grupos orientales opositores a Artigas, logrando que la fuerzas enemigas orientales y 'argentinas' presentaran disensiones y disputas. Para ese fin logró captar al oriental Nicolás Herrera, un antiguo secretario de Alvear que terminó por ser su propio secretario"[2].

Como era de estilo en la época, la corona portuguesa le otorgó por sus triunfos el título

1/"Carlos Federico Lecor nació y murió en Río de Janeiro. Con el grado de teniente coronel fue movilizado contra la invasión napoleónica al Portugal, pero, en el mismo año de 1808 en que la Corte se trasladó al Brasil, huyó a Londres para emigrar también él, aunque, finalmente, optó por sumarse, junto a los británicos, a la llamada 'Guerra peninsular' contra los franceses. Ascendido a coronel, entre 1808 y 1814, Lecor comandó diversas formaciones militares de nivel de brigada y división, llegando a ser comandante de una brigada portuguesa, parte de la séptima división del ejército dirigido por Arthur Wellesley, el famoso duque de Wellington". De Titto, ob. cit., p. 315.

2/*Ibid*., p. 317.

nobiliario de barón y vizconde de la Laguna. Pero no todo fue un paseo para las fuerzas portuguesas. La resistencia siguió los pasos de los invasores lusitanos. A pocas semanas de que Montevideo fuera ocupada por Lecor, empieza a ser asediada por tropas irregulares artiguistas.

"El plan de Artigas, asentado en Entre Ríos con seis mil hombres, era retomar el control total del río Uruguay, lo que comenzaba por una ofensiva de Andresito para apoderarse de las Misiones Orientales y, en particular, de San Borja, donde se asentaba el poder militar enemigo: si los derrotaba en una acción sorpresa, además del control del río, los Pueblos Libres se harían de importante caballada, armamento y ganado. Los portugueses parecían no inquietarse demasiado; como tropas regulares y bien entrenadas subestimaban a los salvajes comandados por Andrés. Sin embargo, se habían pertrechado y planificaban avanzar para presentar batalla formal. Entonces, una desinteligencia entre Artigas y Andrés casi causa un desastre. Ante las noticias de que los portugueses comenzaban una ofensiva, el Protector ordenó atacar simultáneamente coordinando las fuerzas orientales, correntinas y misioneras. Pero Andresito demoró unos días porque apostó a sublevar a tropas guaraníes del bando enemigo, que integraban el Regimiento de Caballerías Naturales, lo que logró en escasa medida con no más de una treintena de miembros de un batallón dirigido por el capitán Vicente Tiraparé. Aunque el hecho generó alguna confusión en el bando contrario, la cifra de desertores resultó muy escasa comparada con los dos mil hombres que seguían a Andrés. Artigas había impartido su orden el 25 de agosto y esos días en que se demoró el ataque podrían haber sido aprovechados por los portugueses para diezmarlos. Felizmente, una vez más se comprobó que el error más grave de una guerra es subestimar a cualquier enemigo, por elemental que parezca: los combates se sucedieron en no menos de diez enfrentamientos y escaramuzas guerrilleras, entre septiembre y diciembre de 1816, entre los que sobresale el choque del 3 de octubre en San Borja"[3]. En ese combate el comandante Andresito no solamente es derrotado, sino que pierde más de mil hombres.

El escenario principal del conflicto se había trasladado a la región ubicada entre la Banda Oriental y las Misiones. Allí a Artigas no le va muy bien. Sin poder penetrar en la profundidad de las rojas tierras misioneras ha debido replegarse hacia su campamento de Purificación. Las fuerzas colonialistas portuguesas hicieron lo mismo en Cuareim. 1817 es un año sin grandes combates, aunque sigue sitiada Montevideo por fuerzas patrióticas. Sin embargo, los enemigos de la causa popular encaramados en el Directorio de Buenos Aires, lejos de hacer los reclamos nacionales por la invasión de parte de su territorio, aprovechándose de la oportunidad arteramente, hacen una fuerte ofensiva sobre la hegemonía de Artigas sobre los Pueblos Libres al oeste del río Uruguay.

En 1818 los portugueses, en un movimiento de pinzas por tierra y por agua, logran tomar Purificación y capturan a la mayoría de los jefes artiguistas. Artigas que estaban en Entre Ríos y Rivera que estaba en la Banda oriental se mantienen en resistencia, que no va a cesar sino hasta entrado el año de 1819.

Artigas considera con justicia que la guerra contra los portugueses es tan a muerte

3/*Ibid*., p. 333.

como la llevada a cabo contra los colonialistas españoles. Fructuoso Rivera, en cambio, considera con una mirada localista y a la vez conservadora, que es posible pactar con los lusitanos. Durante unos meses se transformará en coronel del ejército colonialista portugués y barón del Imperio del Brasil, esta era la paga de su traición.

Cuando los portugueses se internan en el territorio de las Misiones se suceden los combates; los artiguistas comandados por Andresito utilizan la guerra de guerrilla. Logran un triunfo en Apóstoles, pero principios de 1818 sufren una grave derrota en la sangrienta batalla de San Carlos, en la actual provincia de Corrientes. La batalla de San Carlos está entre las más reñidas y sangrientas de las entabladas entre los invasores lusitanos y las fuerzas correntino–guaraníes. Después de enviar a los prisioneros a San Borja y destruir todo lo que quedaba en San Carlos, Das Chagas Santos, el general del imperio repitió su política de "tierra arrasada" en Apóstoles.

La ocupación portuguesa se ensañó particularmente con la población originaria sublevada. "En total, la cifra de muertos –según las fuentes más confiables– supera holgadamente los tres mil; y cerca de dos mil personas –más de mil quinientos de ellas guaraníes y cerca de trescientos blancos– fueron secuestradas y convertidas en esclavos"[4].

En el frente patriótico empiezan a surgir contradicciones. Ángel Vedoya el jefe de las fuerzas correntinas le escribe a Pueyrredón diciendo que no admitía estar bajo las ordenes de un indio (por Andresito). Poco tiempo después y alentado por Buenos Aires, deja las fuerzas artiguistas para depender del Directorio porteño. Vedoya, entonces, desatado a su odio racista arrasa al pueblo aborigen de Las Garzas, masacrando a sus habitantes.

Vedoya es atacado por el jefe guaraní. Andresito, el jefe misionero, a la cabeza de dos mil guaraníes, obtuvo un importante triunfo en Las Saladas, el 2 de agosto. En aquel definitorio encuentro, las fuerzas de Vedoya fueron derrotadas completamente por las artiguistas, que se autodenominaban "Fuerzas Libres Occidentales Guaraníes". Pero las victorias parciales no alcanzaron para mellar la dominación portuguesa de la Banda Oriental. Artigas, en la dura lucha contra el colonialismo portugués que es su absoluta prioridad, va perdiendo su ascendencia sobre el resto de las provincias de la Liga. Las provincias litorales a su vez se siguen enfrentando a la ofensiva de los directorales que son su propia prioridad.

2. La Constitución de 1819

En 1817, el Congreso de Tucumán decide trasladarse a Buenos Aires. Era una concesión fatal a la hegemonía política porteña. Ahí la gravitación de los restos de la logia y el peso del director supremo no sólo terminarán licuando las funciones del congreso, sino que lo van a poner al servicio absoluto de los intereses de la antigua capital del virreinato.

Lejos de la influencia de San Martín y cerca de los intereses de la maquinaria de conspiración instalada en Buenos Aires, influida por los comerciantes porteños y los sectores ex alvearistas de la logia, que expresan el pensamiento progresista europeo en su versión más pura, se fue despojando de alguno de los mejores representantes de los intereses provinciales[5]. Sin conciliación alguna con las provincias del litoral artiguista, muy por el con-

4/*Ibid*., p. 336.

5/Un ejemplo de estos representantes de las provincias que perdió el congreso es el salteño Gorriti.

trario, con una fuerte ofensiva y la complacencia por la invasión portuguesa de la Banda Oriental, el congreso dictará la Constitución unitaria de 1819. Es increíble la tendencia que se extiende en toda América en el sector de pensamiento progresista europeo a sucumbir a la idea de que con la ley y, en particular, con una Constitución se pueden arreglar todos los problemas políticos existentes.

Ese texto constitucional como los que lo van a anteceder y suceder en general en nuestra América se mira más en los modelos exteriores que en el análisis de la conformación real de nuestros pueblos. "Durante el periodo de la independencia los reglamentos sucedieron a los reglamentos y las Constituciones a las Constituciones sin que hicieran pie en los hechos ni sirvieran como elemento para la interpretación de la realidad. El orden jurídico 'inventado' o, mejor, copiado de constructores de la Nueva Inglaterra, con sus declaraciones de derecho repasadas en la literatura política francesa, carecía de fundamento en las cosas y se promulgaba en una especie de fervor utópico a sabiendas de que su sanción era sólo un simbolismo cuyo contenido ideal vaticinaba las formas políticas del futuro sin intentas siquiera incidir sobre la actualidad (...) Si se atiende a las corrientes ideológicas que se agitaban por entonces en la superficie de la concepción del poder en prestigio del liberalismo era sencillamente avasallador. No había cómo eludirlo en el terreno de la técnica institucional ni en cuanto a repertorio de literatura política"[6].

Aquel texto constitucional en particular se había dictado con prescindencia y en un acto de absoluto desprecio por la opinión de los pueblos del interior. Demás está decir que sus reivindicaciones en lo económico tampoco fueron contempladas en el orden constitucional. Para rematar el hecho, la Constitución unitaria del año 19 tenía un marcado tinte aristocrático a tono con una salida de tipo monárquico contraria a los intereses de la revolución, que en Europa estaban gestionando, a despecho del pensamiento artiguista, los agentes de Buenos Aires.

Esa Constitución, la primera Constitución formal del Río de la Plata, establece un poder ejecutivo unipersonal (que en sus atribuciones se parece mucho a un monarca), un Senado a cuyos miembros electivos duran doce años y se renuevan por ternas elevadas por las ciudades, por el clero y por las universidades, a los que se le agregan los senadores militares

Esta Constitución que tiene como modelo la Constitución francesa de la que copia el

---

"La imposición centralista de trasladar el congreso decidió a Gorriti a renunciar a su diputación. A mediados de 1817 retornó a Salta, se incorporó nuevamente a las campañas militares en el norte, acosado por sucesivas invasiones realistas y se convirtió en consejero de Güemes. Sumó fuerzas a los empeños del caudillo y, entre 1819 y 1821, fue gobernador interino de la provincia. Ocupaba el cargo cuando, en 1820, protagonizó un heroico hecho de armas: ausente Güemes tomó a su cargo el rechazo de una fuerte invasión realista, con sólo un puñado de gauchos y soldados. Logró rendir a discreción a toda la vanguardia enemiga, incluyendo al general Olañeta que la mandaba, obligando al grueso del ejército español a retirarse a sus cuarteles de Tupiza y Mojo: la fecha –27 de abril de 1821– se recuerda como 'el día grande de Jujuy'. En junio, le tocó en pésima suerte ser quien recibió el cuerpo de' Martín Güemes herido de muerte y ser el último que le prestó auxilios antes de su deceso. *Ibid*., p. 257.

6/Sánchez Sorondo, ob. cit., p. 31.

sistema centralista, objetivo principal para el incipiente partido unitario que influye en su redacción. Su texto significaba la muerte de las autonomías provinciales en un momento en que esa causa movía a los pueblos de modo profundo. Emilio Ravignani[7] aporta un juicio ajustado: "El congreso, a pesar de sus grandes propósitos, sanciona una Constitución estéril por su índole demasiado centralista y que la coloca al margen de la vida del país". En definitiva su inadecuación a la constitución real del país y la mengua del poder de Buenos Aires para estos tiempos hicieron que este intento constitucional prontamente naufragara. Su único mérito es ser el primer texto que cumple con los requisitos para ser considerado una Constitución formal. Y será la base de la Constitución unitaria de 1826.

En otro error político, el doctor Belgrano fue el primero en jurar la nueva Constitución al frente de su ejército. Luego que hubo cumplido con este deber, decía, hablando con uno de sus jefes: "Esta Constitución y la forma de gobierno adoptada por ella, no es en mi opinión la que conviene al país; pero habiéndola sancionado el Soberano Congreso Constituyente, seré el primero en obedecerla y hacerla obedecer". Un gesto institucionalista, que en realidad se paraba contra la voluntad de los pueblos.

Con la acidez que lo caracteriza, el nacionalista Sánchez Sorondo dice: "Los ensayos constitucionales, plagados de alquimias formalistas y de redundancias académicas nunca asimiladas, disimulaban su endeblez intrínseca con los penachos retóricos extraídos del desván de los repertorios extranjeros. Y la tentativa de imponer una política concitada por la unidad a palos sólo llegó hasta donde podía llegar el empuje de la fuerza transitoria y pasajera"[8].

El complicado aparato institucional establecido por la Constitución de 1819, que para sus defensores combina armónicamente las ventaja de la democracia, la aristocracia y la monarquía en un gobierno mixto, se derrumba ante de terminar de designar a sus miembros. Ese nivel de irrealidad tenía un constitucionalismo importado pensado como solución mágica. Con la caída de la Constitución de 1819, se lleva puesto a los intentos más fuertes y directos del porteñismo de imponer la unidad sin contemplar las particularidades de las regiones. Cada una de las provincias, entonces, se convierte –de hecho– en un estado autónomo pero con conciencia de pertenecer a un todo mayor, que no sólo es lo que hoy nosotros llamamos Argentina, sino Sudamérica entera. Así lo expresan en sus propios textos constitucionales aquellas que se dotan por escrito de un reglamento jurídico.

3. Los caudillos del Litoral

Mientras Buenos Aires negociaba con los colonialistas portugueses[9] que le permitían eclipsar la estrella de Artigas, combatía a sus aliados, los gobernadores de Entre Ríos, Pan-

7/En De Titto, ob. cit., p. 376.

8/Sánchez Sorondo, ob. cit., p. 59.

9/"El congreso formó una comisión que entrevistó al general del ejército invasor Carlos Federico Lecor. Muy lejos de defender la soberanía arrasada, los diputados conferenciaron amistosamente con los invasores: no exigieron su retirada y, peor aún, dejaron entrever su beneplácito por su avance: por boca de Rondeau se llegó a invitar a Lecor a invadir Entre Ríos y Corrientes. Mientras, a principios de 1817 los portugueses tomaban Montevideo, la carta de Rondeau cayó en manos de los federales y se precipitó así el comienzo de una nueva guerra civil". De Titto, ob. cit., p. 288.

cho Ramírez y de Santa Fe, Estanislao López.

Algún improvisado en la lectura de la historia podría argumentar que estos trabajaban en contra del esfuerzo de Buenos Aires por culminar el proceso de la independencia. Pero nada más alejado de la realidad: los caudillos federales, lejos de negar la importancia de la independencia, combatían el centralismo porteño, no la emancipación con la que se sentían hermanados. Así, el brigadier López refiriéndose al gobierno de Buenos Aires en esta época afirma: "Cada pueblo ha desconocido su autoridad para reconcentrarse en sí mismo y propende a su fortuna sin fiarla a manos que pudiera venderla entregando su patria. Todos amamos la causa de la Patria y nuestro patriotismo es tan ardiente por su independencia, que el más leve asomo de encadenamos a una potencia extraña nos hará precipitar gustosos a una guerra cuyo término será el de nuestra vida o la del tirano que se atreva intentarlo".

El 5 de abril de 1819 se establece una tregua entre la ofensiva directorial y el gobernador Estanislao López que se compromete a librar el paso entre Buenos Aires y las provincias del norte. Fue el pacto de San Lorenzo. Artigas repudiará el pacto y hará lo posible para que la provincia de Entre Ríos también se oponga. Pueyrredón tampoco lo aprueba y convoca a los 7.000 hombres del Ejército del Norte a que pongan rumbo a la provincia de Santa Fe y vuelve a convocar al Ejército de los Andes, al mando de San Martín para que regrese de Chile, ya liberado, para hacer tareas de represión interna. Una vez más, el Libertador se niega. En consecuencia, su la relación con Pueyrredón se hace cada vez más tensa.

Cuando Rondeau reemplaza a Pueyrredón, el nuevo director supremo le ofrece la paz a Artigas, pero éste pone como condición que le sea declarada la guerra al imperio portugués que ocupa la Banda Oriental de las Provincias Unidas.

A mediados de 1819 el Directorio sufre un nuevo golpe con la escisión del gobernador coronel Araoz que crea la República de Tucumán, de brevísima existencia.

El Litoral, en pie de guerra, se lanza contra Buenos Aires. La montonera no junta mucho más que medio millar de hombres aguerridos, pero los porteños no tienen fuerza propia que los defienda.

Con las montoneras bajando hacia Buenos Aires, el deshilachado Directorio, desesperado, ordena nuevamente a San Martín y Belgrano que concurran con sus respectivos ejércitos para reprimir a los gauchos que avanzaban sobre la capital. San Martín se vuelve a negar. Belgrano, en cambio, viejo, enfermo y confundido políticamente, ordena al Ejército del Norte marchar hacia Buenos Aires, pero sus tropas se sublevan para no combatir contra la milicia gaucha.

La oficialidad de esa fuerza veía con buenos ojos la acción autonómica de las provincias. El 8 de enero de 1820, al llegar a la posta de Arequito, Santa Fe, el ejército se rebeló, encabezado por el general Juan Bautista Bustos, quien con el apoyo del comandante José María Paz, el capitán Juan Felipe Ibarra, el coronel Lamadrid y el coronel Alejandro Heredia, se negó a intervenir contra la montonera. Todos estos hombres han de ser, con el transcurso del tiempo, gobernadores y jefes militares, como protagonistas del enfrentamiento entre unitarios y federales. Salvo el general Paz y Lamadrid todos se alinearán en el partido federal.

La sublevación de Arequito, en principio, expresaba la voluntad de las fuerzas patriotas de ponerle fin a su intervención en guerras civiles. Era un ejército que había sido for-

mado no para reprimir provincias y quería seguir siendo parte en la lucha por conquistar la definitiva independencia. Como bien dice Arturo Jauretche: "El conflicto se evidencia cuando se intenta traer los ejércitos de la frontera para destinarlos a los fines interiores, subordinando la independencia, a objetivos de facción: la desobediencia histórica de San Martín en 1819, que salvó la libertad de América, y la sublevación del Ejército del Norte en Arequito en enero de 1820, son las respuestas a la Patria Chica"[10]. Para pelear contra el colonialismo habían sido convocadas esas fuerzas y sólo por eso querían pelear. Por lo menos eso decía aquel pronunciamiento en Arequito. Pero el Ejército Auxiliar del Norte se terminó instalando en Córdoba poniendo como gobernador al jefe del pronunciamiento el coronel Bustos y metiéndose de lleno en luchas internas, aunque enfrentándo, en la mayoría de los casos, a la represión porteña.

De algún modo la línea del artiguismo, cuando el caudillo ha caído en desgracia, gana posiciones en la antigua capital virreinal. "Algunos de los nombres involucrados en el movimiento, como Soler, Dorrego, French y Agrelo –y el propio Balcarce–, no eran, de modo alguno, menores. Pero la cuestión no se limitaba al sistema político. Desde El Independiente y La Crónica Argentina –donde también reportaba Dorrego– los del "partido popular" fustigaban al Directorio, denunciando, en particular, su complicidad con la invasión portuguesa, y llamando a sumar las fuerzas de las Provincias Unidas con las de la resistencia artiguista"[11].

Dorrego paga su adscripción al federalismo con una condena al exilio que lo llevará a Jamaica (donde casi es condenado por piratería) y finalmente a Norteamérica, donde se establece hasta la caída del directorio.

Dorrego no fue el único exiliado. Se unieron a él entre otros, Manuel Moreno (hermano del asesinado Mariano Moreno), Pedro José Agrelo, Vicente Pazos Kanki, Domingo French y Feliciano Chiclana. Acaso, esta cantidad de protagonistas del proceso independentista obligados al exilio, rompa el extendido mito de que el exilio político comenzó en Argentina durante el gobierno "intolerante" de don Juan Manuel de Rosas.

El orden directorial está condenado por su propio fracaso. El gobierno centralista no se derrumbará "bajo los golpes de ese adversario con el que nunca quiso de veras reconciliarse, al que una vez y otra pensó doblegar: el federalismo litoral, la otra cara de la revolución rioplatense"[12], como dice Halperín Donghi, sino ante su propia incapacidad de generar un proyecto de país que pudiera incluir al resto de las provincias.

El federalismo de Artigas y los caudillos provinciales era irreconciliable con el centralismo porteño, no sólo por una cuestión formal de organización del Estado. Eran dos proyectos de país antagónicos, aunque ninguno ambos estuviese del todo explicitado. El federalismo del Litoral con su impulso de creación de provincias había arrebatado a Buenos Aires el control de su hinterland. Y el fracaso del centralismo se basa también en la pérdida de las vías comerciales hacia el alto Perú que tantos beneficios había deparado para los porteños, fuera como salida del contrabando, fuera por el comercio legal vinculado al mono-

10/Jauretche, ob. cit., p. 31.

11/De Titto, ob. cit., p. 292.

12/Halperín Donghi, ob. cit., p. 120.

polio. La única posibilidad de salida para los porteños era incrementar el intercambio con el exterior, particularmente con Gran Bretaña. Para esto también el Litoral, que producía lo mismo, era una competencia. Esta salida es limitada en la medida en que los ingleses aliados de los españoles no terminan de desembarcar abiertamente en las colonias hispanas de América, sino que hacen mediados por las colonias portuguesas en Brasil.

Finalmente, el 1° de febrero de 1820 Francisco "Pancho" Ramírez[13] y Estanislao López[14] "atacan el campamento de Rondeau en la Cañada de Cepeda. Una sola carga desmorona a los directoriales que, en menos de un minuto, se dispersaron, cayendo su artillería en poder de los montoneros"[15].

Los 600 gauchos de Ramírez y López habían derrotado a un ejército porteño improvisado que, sin embargo, los triplicaba en número. Los caudillos avanzan sobre Buenos Aires sin resistencia y van a atar sus caballos en la orgullosa Plaza Mayor. La incipiente oligarquía porteña ve este hecho como una afrenta imperdonable, pero ante la debilidad se apresta a negociar con sus vencedores.

En este punto nace Buenos Aires como provincia. Abarca el territorio de la vieja intendencia (que incluía la jurisdicción sobre la Patagonia e Islas Malvinas) salvo las regiones de Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe, que se habían constituido como provincias entre 1814 y 1815.

El 23 de febrero se firma el Tratado del Pilar entre la provincia de Buenos Aires, y las de Entre Ríos y Santa Fe. Si bien se menciona a la Banda Oriental el tratado es en principio el primer acto de autonomía respecto de la conducción de Artigas de sus lugartenientes López y Ramírez. La firma del tratado ha sido de espaldas a lo que quedaba de la liga artiguista, la Banda Oriental (ocupada en su mayoría por los portugueses) Corrientes y las Misiones (en lucha contra los mismos).

"El 23 de febrero [1820] Sarratea, López y Ramírez firmaron el Tratado del Pilar. En la oportunidad Ramírez –que hasta el momento era un lugarteniente de Artigas en calidad de comandante general de Arroyo de la China– asumió motus proprio la calidad de gobernador de la provincia de Entre Ríos; esto tiene singular importancia, precisamente porque en el tratado no se estableció taxativamente lo que Artigas había encomendado a su segundo, que era la formal declaración de guerra a Portugal: fascinado, probablemente, por el reconocimiento de su representación y mandato, Ramírez se prestó al juego

13/El general Francisco Ramírez había nacido en 1786. Participó en la guerra de independencia a las órdenes del ejército de Belgrano. en la campaña del Paraguay. Fue parte de la fundación de la provincia de Entre Ríos junto a las fuerzas artiguistas. Pronto se convirtió en uno de los hombres de confianza del protector de los Pueblos Libres. Y para comienzos la campaña es el hombre fuerte de Entre Ríos.

14/El general Estanislao López, nacido el mismo año que Ramírez, gobernador de la provincia de Santa Fe, fue también soldado de Belgrano durante la campaña al Paraguay. Había sido uno de los militares de Candioti durante su gobernación, a la que termina accediendo después de la muerte de este. López es un militar de gran talento estratégico, que con sus gauchos trabaja perfectamente la guerra de guerrillas, que al mismo tiempo venía desarrollando contra los realistas el caudillo salteño Martín de Güemes.

15/Chávez, ob. cit., p. 41.

porteño.(...) En cuanto a Artigas, sólo se acordó comunicarle lo convenido, invitándolo a incorporar la Banda Oriental al pacto si este fuera de su agrado"[16].

En cláusula secreta, Buenos Aires se compromete a entregar armas y ganado a los caudillos para una eventual guerra contra las fuerzas colonialistas portuguesas. Finalmente estas armas, paradójicamente, serán usadas contra Artigas que, desconociendo el tratado, había declarado la guerra a sus antiguos hombres. La guerra entre compañeros se inicia...

Artigas ya estaba muy debilitado pues el 22 de enero había sufrido ante los portugueses la derrota de Tacuarembó, en el actual departamento uruguayo de Rivera, que lo obligó a buscar refugio, nuevamente, en Entre Ríos. Sin tomar en cuenta la crucial batalla de Tacuarembó no se comprende la actitud de Ramírez y López. Cuando Artigas, sin retaguardia, ataca a Pancho Ramírez, fue el principio del fin. Artigas llevaba, para entonces, casi una década en pie de guerra, con el desgaste que esto implica.

Los montoneros de Ramírez finalmente derrotan a las fuerzas de Artigas. El viejo Protector de los Pueblos Libres termina refugiándose en Paraguay, para no volver jamás a ninguna provincia de su otrora extensa zona de influencia.

Halperín Donghi, fiel a la tradición mitrista, considera casi una desgracia la caída del poder centralista porteño. Ve las causas en sus contradicciones internas, su falta de voluntad y su poca capacidad, pero lo que es más grave, considera que "sería injusto entonces ver el derrumbe del poder nacional en 1820 tan sólo la consecuencia de una política litoral cuya inspiración facciosa limita con la traición". Esa es la concepción que tiene la historia oficial de los caudillos.

La caída del Directorio está en relación directa con la decadencia de la clase comerciante porteña, centro del poder urbano en la época virreinal, y que pierde su poder en manos de los comerciantes ingleses. Esa clase comerciante (antes contrabandista, en la mayor parte de los casos) se va a terminar reconvirtiendo en los próximos años ante la imposibilidad de competir con los comerciantes británicos establecidos en el puerto con lazos con Río y con Londres o Liverpool. La subordinación respecto de estos hace a las familias acomodadas diversificarse hacia la provisión a los ingleses lo que ellos requerían: en primera instancia el ganado. Así, en los primeras décadas del proceso revolucionario será cuando se expandan y consoliden las estancias. La tenencia de la tierra se va a alterar fundamentalmente a partir de la ley de enfiteusis de Rivadavia, implicará una brutal transferencia de la propiedad de la tierra desde el Estado hacia las familias tradicionales porteñas. Esto se termina de cerrar, varios años después, con la irrupción del alambrado, que tiene como consecuencia la final destrucción del hábitat de los gauchos.

Como bien señala Halperín Donghi "el consumo y la producción debían ser afectados por el cambio. El consumo: es en estos años cuando comienza no sólo la sustitución de los proveedores antes dominantes, sino la ampliación del mercado; como los países periféricos de hoy, el Río de la Plata posrevolucionario encuentra más fácil cambiar la pautas de consumo que las de producción, y nace así un desequilibro en la balanza comercial que tardará cuarenta años en ser colmado"[17]. Sin embargo, las consecuencias que infiere de

16/Sabsay; Amuchástegui, ob. cit., p. 120.

17/Halperín Donghi, ob. cit., p. 155.

esto ese historiador encomiado por la Academia es, con una impronta antiamericana, que lo único que habíamos cambiado era la producción textil británica por la "de los obrajes indígenas, desde Cochabamba hasta Quito" y que de todos modos "esta producción no ha de llegar ya al Río de la Plata luego de 1810, debido al aislamiento de la guerra"[18]. Sostiene entonces que lo que no se afectaba era los tejidos con lana del norte argentino que no serán perjudicados por el comercio libre, sino recién por la instalación de los ferrocarriles setenta años más tarde[19]. Como si lo uno no tuviera nada que ver con lo otro.

La decadencia de los comerciantes porteños, en definitiva, se llevó puesta la base de sustentación del centralismo porteño y la fuente de sus recursos. Pero no sólo entraron en crisis los comerciantes, sino también la otra parte de la clase dominante de Buenos Aires, funcionarios, magistrados y dignatarios eclesiásticos a los que la revolución había dejado arruinados o bien se habían fugado. "La revolución significa en efecto una permanente depuración de la alta burocracia, primero despojada de realistas, luego –a cada cambio de curso político del movimiento revolucionario – de los demasiado adictos a la situación caída"[20].

Si tomamos la fotografía de la primera etapa del proceso revolucionario podemos ver a los hijos de los altos comerciantes como Castelli o Sarratea, incluso algunos a los cuales el buen pasar de sus padres les permitió acceder a formarse universitariamente en Salamanca, como Belgrano. Otros como Saavedra o Moreno son hijos de los funcionarios de la Corona, también lo van a ser tanto Alvear como San Martín, que son hijos de militares.

A diferencia de los sectores acomodados, los sectores populares urbanos tuvieron dos destinos distintos. Muchos terminaron reclutados con o contra su voluntad en los ejércitos libertadores o en las guerras civiles. A otra parte, que pudo gambetear las levas, la situación le fue más o menos favorable en función de cómo, con la ausencia de hombres, se encareció la mano de obra en Buenos Aires, lo que trajo una relativa prosperidad para los

---

18/Halperín Donghi, ob. cit., p. 155.

19/Para aquel entonces y por muchos años más se va a sostener la preferencia por los textiles producidos en América por sobre los ingleses. Así lo reconoce el propio Halperín Donghi: "En cuanto a los sectores populares, la adopción de telas baratas ultramarinas [un eufemismo para decir inglesas] configura un proceso lento; aun en 1824 los comerciantes británicos señalaban que el mercado consumidor de sus importaciones se concentraba en Buenos Aires y su inmediata campaña". Halperín defiende la lógica de la importación textil (producto manufacturado) frente a la exportación agropecuaria: "la presión importadora se acompañaba de un interés creciente por el aumento de las exportaciones que reemplazasen a las de metal precioso; solo las pecuaria podrían por mucho tiempo cumplir esa función. De este modo, el acrecentamiento de la presión importadora se vinculaba con la acentuación de la orientación ganadera y exportadora de la economía local. Esta presión importadora que tuvo en el textil su manifestación más clamorosa, se extendió también a otros sectores, no solo industriales". Es increíble que aun con el paso de los años la negación del mercado interno y del desarrollo industrial, que defienden los autores liberales, que en las victorias de las oligarquías decimonónicas encuentran la justificación y el destino de la desindustrialización del país. Halperín Donghi, ob. cit., p 117.

20/Halperín Donghi, Tulio, Historia Argentina. De la revolución de la independencia a la confederación rosista, Buenos Aires, Paidós, 1972, p. 158.

sectores populares.

La derrota de Buenos Aires y la caída del Directorio generan un clima feroz de agitación, las facciones políticas se enfrentaban crudamente. El último director interino Antonio González Balcarce, levanta decididamente la bandera de la federación y proclama la independencia provincial. Esta es toda una novedad en la política del Río de la Plata: la mismísima Buenos Aires reclama su autonomía y provincialidad.

La caída del poder de Artigas y la del Directorio porteño terminan siendo prácticamente simultáneas. En alguna medida son las dos caras de una etapa histórica. La una se justificaba con la otra, ratificando en ello la idea de tu enemigo te constituye como fuerza. Pero se trata de un proceso histórico que tiene raíces complejas y que ninguna causa por sí sola nos permite explicarla. Son dos proyectos de Estado que sin embargo van a permanecer subyacentes en las luchas interminables en las que se sumió la política en el Río de la Plata en los años siguientes.

Finalmente, Artigas, uno de los grandes protagonistas de la etapa, va camino de su exilio definitivo en el Paraguay de Gaspar Rodríguez de Francia.

Salvador Cabral pinta una poética y dura imagen del camino al exilio del Protector de los Pueblos Libres: "Rodeado de un prestigio con auras de leyenda, emergido de aquel mundo multitudinario de la ética gaucha y el coraje anónimo, como un pedazo palpitante, carnal y firme de la Patria Grande, don José Gervasio Artigas se internaba ahora, para siempre, como la sombra vencida de aquellas multitudes campesinas, otrora victoriosas, como una entrañable lealtad indígena, cabalgaba perdiéndose en la selva, con la misma seguridad con que dio su primera batalla, como sabiendo que la historia iría algún día a recoger su nombre para colocarlo al frente de los pueblos de la América morena".

En Paraguay vivirá Artigas por tres décadas más, hasta su muerte, alejado de las luchas políticas. Cuando se le preguntó por qué no volvía a su país –convertido ya en república– respondió con amargura: "Yo ya no tengo patria". Cuando Uruguay, a instancias de los británicos –tal como veremos– declara su independencia, el caudillo oriental habría dicho: "Me he quedado sin patria porque mi nación no tiene a mi provincia y porque mi provincia se ha transformado en una nación".

Casi en simultáneo, los tres líderes tomaron similares caminos, definitivos y sin retorno, de exilio y ostracismo. Pueyrredón, San Martin y Artigas murieron con diferencias de apenas unos meses para mitad del siglo XIX. Pueyrredón, desde 1835, se exilió en Burdeos, Río de Janeiro y París. Regresó a Buenos Aires en 1849 y murió en marzo de 1850 en su quinta de San Isidro. Ese mismo año, el 17 de agosto, falleció en Boulogne-Sur-Mer (Francia), su antiguo compañero San Martín, residente en Europa desde 1824. Un mes después, el 23 de septiembre, en su campo del Paraguay, murió Artigas. Tres hombres que integraron una misma generación política. Artigas había nacido en 1764, era levemente mayor, Pueyrredón y San Martín nacieron con tres meses de diferencia, en diciembre del 77 y febrero del 78. Los tres amaron la patria a su modo, más allá de los matices y las disputas políticas que los llevaron a tener camino a veces concurrentes a veces antagónicos. Sobre todo los del porteño y los del oriental.

CAPÍTULO XXII
LA GESTA DE SAN MARTÍN

"La guerra se la tenemos que hacer del modo que podamos. Si no tenemos dinero, carne y un pedazo de tabaco no nos han de faltar; cuando se acaben los vestuarios, nos vestiremos con las bayetitas que nos trabajan nuestras mujeres y si no, andaremos en pelota como nuestros paisanos los indios. Seamos libres y lo demás no importa nada"

José de San Martín

1. La preparación de un ejército libertador

Cuando hacia 1815 Alvear, su antiguo amigo y compañero de viaje, claudicaba intentando un acuerdo con Fernando VII o peticionaba a los británicos que establecieran un protectorado, San Martín se mantuvo firme en sus convicciones independentistas y construía los elementos políticos y organizativos necesarios para cumplir su estrategia. Esta había sido trazada en gran medida (y más allá de que algunos autores como Rodolfo Terragno[1] encuentren antecedentes escritos de diseños hechos en un escritorio en Ingla-

1/"Rodolfo Terragno, en 1986, publicó una nota en la revista Todo es Historia [años después va a escribir sobre esta misma base un libro denominado *Maitland & San Martín*], dando a conocer los resultados de una investigación que realizó en un archivo de Edimburgo, Escocia, que alcanzó gran difusión. Allí aparece el documento "Plan para capturar Buenos Aires y Chile y luego emancipar Perú", que data de 1800 y fue presentado por el mayor general sir Thomas Maitland a Henry Dundas, secretario de Guerra en el gobierno de William Pitt, "el joven". Esta estrategia –tomar Buenos Aires, ocupar Mendoza, para pasar a Chile y de allí por mar, lanzarse sobre Lima– constituye un claro antecedente del plan de campaña sanmartiniano". Galasso, ob. cit., p. 162.

Es claro que en el fondo lo que sugiere Terrango es el vínculo directo de San Martín con los intereses ingleses (acaso una proyección de sus propias relaciones). Aun cuando San Martín hubiese conocido ese plan, su ejecución es claramente una decisión política a partir de comprobar in situ que el camino por el Alto Perú era imposible. Para ello hace consultas con connotados combatientes en esa zona, desde Belgrano hasta Dorrego, lo que hubiera sido una pérdida de tiempo para quien sólo viene a ejecutar un plan preconcebido. Y en cuanto a la relación de San Martín con Inglaterra, el propio Galasso la refuta alegando: "existen posiciones centrales del Gran Capitán decididamente contrarias al interés británico: 1) su negativa a servir a los intereses de la burguesía comercial criollo-británica en 1820; 2) su antagonismo político –y hasta enemistad personal– con Rivadavia y su grupo, expresión de aquellos intereses; 3) su lúcida comprensión acerca de la necesidad de unificar a la América Española, en rotunda oposición a la política balcanizadora –de "dividir para reinar"– implementada por los ingleses en América; 4) su apoyo a la confederación rosista, en 1845, ante la agresión anglofrancesa". *Ibid*., p. 161.

terra) sobre el terreno concreto. La imposibilidad de avanzar por el Alto Perú la comprobó San Martín in situ cuando se lo designó jefe del Ejército del Norte. Allí eran más eficaces las tropas irregulares que hacían guerra de guerrilla que un ejército organizado con el que pretendían avanzar los realistas. Esta es la responsabilidad encargada por San Martín, como hemos dicho, al general Martín Miguel de Güemes. Como bien pone en valor el maestro Norberto Galasso: "Conviene, pues, hacer resaltar esta táctica sanmartiniana en el norte, especialmente para aquellos que intentan dar una imagen de un San Martín militar de carrera, cerradamente adscrito a los principios y normas de la institución, pues aquí no finca las posibilidades de triunfo en el ejército regular sino en la guerra de guerrillas del pueblo, ya sean los gauchos de Güemes, Álvarez Prado, los Saravia y tantos otros, como los indios de Arenales, Camargo, Lanza, Padilla y la Juana Azurduy, haciendo eje, como apunta Arenales, en 'la adhesión más decidida a nuestro sistema principalmente por parte de la gente pobre'"[2].

Ni bien se hizo cargo en septiembre de 1814 de su designación como gobernador intendente de Cuyo, San Martín se puso en contacto con los chilenos exiliados en la región que habían logrado huir de la derrota de Rancagua. "Los jefes rivales de la Patria Vieja trasandina se refugian en Mendoza, y las circunstancias dan a San Martín un papel de árbitro que está de antemano dispuesto a desempeñar. Dos bandos se han opuesto en Chile: el que tiene por jefes a los jóvenes hermanos Carrera, estos hijos de buena familia que se han asegurado un poder cada vez más amplio en sucesivos tumultos populares y golpes militares, y representan a los ojos de sus adversarios la potencias de desorden que la revolución trae consigo, no puede desde luego contar con el favor de San Martín, que enviará a sus jefes a la retaguardia, donde los espera un destino trágico, y pondrá a su rival, Bernardo O´Higgins, quien, tan decidido como los Carrera a llevar hasta el fin la lucha contra el domino español, sabe en cambio apreciar las ventajas del orden y la disciplina dentro del movimiento revolucionario[3]; esto , y su actuación durante la campaña militar que termina en Rancagua, explican el apoyo de San Martín"[4].

En Cuyo, San Martín desplegó su capacidad política de estadista, reorganizando la administración provincial, poniendo en valor las tierras cultivables y yacimientos mineros, fijando contribuciones voluntarias o forzosas para cubrir el déficit que provocaba la formación y mantenimiento de un ejército.

Sumó a los hijos del patriciado local como oficiales de su ejército, los mestizos y criollos en general excelentes jinetes los hizo parte de la caballería. Y a los esclavos, obligando a

---

2/*Ibid*., p. 121.

3/En realidad, la elección del bando de O´Higgins más que por la temperanza y la aceptación del orden revolucionario del patriota chileno era porque el vehemente y orgulloso carácter de Carrera le había generado a San Martín más de un dolor de cabeza. "José Miguel Carrera, que equivocó el enfoque y pretendió que se le reconociera la calidad de gobernante en el exilio y la consiguiente autoridad sobre los chilenos emigrados. San Martín cortó por lo sano, y luego de aclarar que sobre él no había otra autoridad en Cuyo que la del director, puso a disposición a los principales jefes chilenos". Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 27.

4/Halperín Donghi, ob. cit., p. 134.

sus amos a entregarlos bajo penas de severas multas, los incorporó a la infantería donde podían de ganar su libertad.

San Martín no solo hizo que los negros ganasen la libertad sumándose al ejército libertador, sino que los dignificó dándoles verdadero trato de personas que hasta entonces no habían obtenido[5], otorgándoles beneficios y honores, por aquel entonces, reservados a los blancos.

La caballería era la fuerza donde servían los "caballeros", que se presentaban con su propia cabalgadura, mientras los negros y la plebe eran destinados a la infantería (en primera instancia por carecer de cabalgadura y de experiencia en montar caballos) y otros servicios. El arma de los montados conservó esa característica de elite hasta no hace muchos años, como una fuerza cuya oficialidad proviene mayoritariamente de familias patricias. "Pepe Rosa cuenta de un cabildo en el cual los 'caballeros' decidieron no cooperar con el ejército libertador que se organizaba en Mendoza, por 'no estar dispuestos a cabalgar junto a negros'. En verdad, el libertador montó a caballo a los esclavos por él redimidos, y resultaron excelentes soldados"[6].

Es que, en aquel Ejército de los Andes, nacional por su causa y popular por su composición social, no hubo limitación alguna –por razones étnicas ni de posición social– para los ascensos a grados de jerarquía[7] o a las funciones de los cuadros militares, más allá de las proveniencias sociales y políticas de las que venían sus hombres.

Lo más importante es que la acción política de San Martín enamoró al conjunto de la sociedad cuyana del proyecto emancipatorio. Incluso a los sectores acomodados que participaban de la estrategia sanmartiniana porque para ellos era vital reabrir el comercio a través de los pasos cordilleranos, pues el comercio mendocino estaba históricamente enlazado con Chile.

El mérito fundamental de la campaña del Libertador procede de haber producido una movilización económica general en buena parte del territorio directa o indirectamente afectado por las operaciones. Movilización que apuntaba hacia la expansión de los recursos nacionales en confrontación con las intenciones de perpetuar el colonialismo. Pero esto también lo ponía en contradicción con los intereses de los comerciantes porteños aliados al capital británico. "Mientras en Cuyo se echaban los pilares de una incipiente actividad

---

5/"San Martín también introdujo en su ejército innovaciones hasta entonces no conocidas en las fuerzas militares. Aprovechando la innata capacidad musical de los negros, formó una fanfarria que interpretaba no sólo marchas militares, sino también temas variados, hasta bailables. Como la 'gente decente' no sabía admirar la música de los negros, no asistía a tales retretas. Pero el propio general, con uniforme de gala y del brazo de su esposa, concurría habitualmente a escuchar a su banda". Pandra, ob. cit., p. 182.

6/*Ibid*., p. 181.

7/"Uno de los tantos ejemplos históricos fue el de un gauchito mendocino de dieciséis años, analfabeto, llamado Gerónimo Espejo, que se le presentó como voluntario y en los campos de batalla llegó al grado de capitán. Luego, ya de viejo, se alfabetizaría y escribiría la fantástica obra *El paso de los Andes*. Lorenzo Barcala (1795-1835), un negro hijo de esclavos que lo acompañó en sus campañas guerreras, luciéndose por su bravura y capacidad de mando, alcanzó por sus hazañas el grado de coronel y luego llegó a general". Pandra, ob. cit., p. 182.

metalúrgica y siderúrgica, se exigía fondos al comercio inglés, el almirante Brown creaba la escuadra, nacía la manufactura de carabinas y fusiles, se echaban las bases de una eficiente artillería, se movilizaban buques a vapor y se incorporaban negros y mulatos para la caballería. Esta inmensa perspectiva nacional, al término de la campaña emancipadora, quedaría aislada, limitada y, finalmente, ahogada por la burguesía mercantil proinglesa asentada en el gobierno de Buenos Aires"[8].

En definitiva, podemos afirmar que con la movilización popular San Martín construye en Cuyo, como se venía haciendo en toda América meridional, un ejército militante, pero su particularidad es que lo hace sobre toda una sociedad consustanciada con la causa emancipadora, desplegando su economía sacudida de la modorra colonial y de los proyectos de servir a nuevos amos que ya empantanaban las voluntades en Buenos Aires.

Ese ejército militante no es, como dice la historia mitrista, un ejército argentino que viene a cumplir la noble tarea de exportar la revolución porteña a otros países limítrofes, sustentados por los generosos recursos de Buenos Aires. Es un ejército sudamericano en lucha contra el colonialismo continental sustentado por los esfuerzos de las Provincias Unidas, que eran la única porción en ese entonces no dominada por los realistas. Los chilenos veteranos de las luchas de la Patria Vieja van a formar un batallón, las milicias se integraron con los más humildes. San Luis aportó un escuadrón de caballería, San Juan organiza un batallón de infantería y un cuerpo de artilleros. Los esclavos se forman en infantería para ganar su libertad, la nacional pero también la individual. Un nuevo contingente de hombres llega también de Buenos Aires, que no es ajeno, tampoco en la contribución de los recursos, pero no realiza un aporte exclusivo como los descendientes del porteñismo quieren mostrarnos.

La creación de un ejército desde la nada tiene un gran problema: dotarlo de armas, pertrechos y abastecimiento. Buenos Aires, a cuyo mando está teóricamente ese ejército, se va desentendiendo paulatinamente del esfuerzo de su sostenimiento. Va a ser principalmente la región de Cuyo la que se hará cargo de poner su economía en función de las necesidades bélicas. Álvarez Condarco, que ya lo había hecho antes en Córdoba, instala una fábrica de pólvora en Mendoza. "Se fabrican piezas de artillería bajo la dirección de un inquieto ex franciscano secularizado, fray Luis Beltrán. Los uniformes se confeccionaron con bayetas de lana fabricadas domésticamente en San Luis, pero abatanadas y teñidas a escala de manufactura en Mendoza. El ganado y las cabalgaduras se compran localmente, con una contribución de seis mil pesos mensuales del gobierno de Buenos Aires. Pero aun la mayor parte de los recursos en dinero deben tomarse de la nada próspera economía cuyana"[9]. Se ha creado un mito, incluso durante la misma época, en torno al peso económico que significaron para Buenos Aires las guerras de independencia[10]. Es cierto que el

8/Bortnik, ob. cit., p. 94.

9/Halperín, ob. cit., p. 135.

10/Halperín Donghi marca claramente un aspecto de este impacto en las economías locales de la guerra en general: "El peso de la guerra de independencia se hizo sentir en el interior de manera distinta que en Buenos Aires; hemos visto cómo los ganados de las provincias norteñas y andinas se constituyeron en el principal y no siempre voluntario aporte al esfuerzo de la guerra". Halperín Donghi,

puerto porteño sufre una crisis profunda que se atempera por el crecimiento del comercio marítimo con los ingleses, pero no es menos cierto que la causa de ésta no es la guerra sino que la caída en manos realistas del Alto Perú que en la etapa anterior significaba el 80% de los negocios de Buenos Aires.

Halperín Donghi se lamenta largamente de las consecuencias económicas de la guerra: "El desorden interno y la inseguridad constante tienen aún modos menos directos de repercutir en el comercio: afectan seriamente a la demanda, donde la irregularidad pasa a ser cada vez más la dominante (...) ¿Pero la regeneración de una ganadería que produce para la exportación no debía traer consigo la del comercio? Si cuando ésta se produce los comerciantes golpeados por la crisis revolucionaria ya no pueden utilizarla en su provecho, es porque esa crisis no sólo ha hecho recaer sobre ellos una parte de la destrucción de riqueza que trajo la guerra; ha aportado un cambio profundo en la relación comercial entre el Río de la Plata y el mundo: la libertad de comercio, legado casi póstumo del moribundo régimen colonial, será la piedra angular del orden económico independiente"[11]. Como historiador serio no puede sostener ya la falacia clásica de nuestras historia de que la revolución la hace la "burguesía" sólo para conseguir el "libre comercio", como historiador liberal no puede dejar de defender las nuevas condiciones de subordinación a los británicos en un intercambio desigual como la tabla de salvación de una economía que sufre por una guerra de liberación (a la que sostiene sólo en una mínima proporción). Por eso sigue: "Hay ahora una economía dominante –la británica– mucho más capaz de ofrecer al Río de la Plata una autentica metrópoli industrial que una España, sin embargo en ascenso"[12]. De la incipiente industria local ni noticias. Don Arturo Jauretche decía que "lo importante no es cambiar de collar sino dejar de ser perro". La contraposición con esta economía dependiente y subordinada es la economía establecida por San Martín en Cuyo que despliega una incipiente industria a partir del esfuerzo estatal aplicado a la guerra.

En Buenos Aires se empieza a producir la decadencia de los comerciantes españoles y comienzan a tomar hegemonía los comerciantes ingleses. Muchos comerciantes porteños se asocian a estos últimos para poder conservar sus privilegios. "Sólo algunos entre los más poderoso intentan –y aun ellos bastante intermitentemente– contactos directos con Londres (o luego con Liverpool), la mayoría se contenta con hacerse presente en el Río de Janeiro, comprando a los comerciantes ingleses allí establecidos"[13].

Cádiz es reemplazado por Londres en el papel de vínculo con la metrópoli, pero también cambia el contenido del intercambio, que es más subordinado económicamente y menos provechoso para nuestra economía nacional que lo que puede exportar. Lo que más le interesa a los ingleses es fundamentalmente lo agropecuario y lo que quieren exportar a cambio es lo que objetivamente destruye las economías locales de la América interior que son los productos manufacturados, entre ellos, por ejemplo, los textiles.

---

ob. cit., p. 101.

11/Halperín Donghi, Tulio, *Historia Argentina. De la revolución de la independencia a la confederación rosista*, Buenos Aires, Paidós, 1972, p. 150.

12/*Ibid*., p. 151.

13/*Ibid*., p. 152.

Bajo la conducción de San Martín la economía cuyana se industrializa de la mano del impulso militar. La oligarquía mendocina, lejos de la versión rosada y edulcorada de la historia oficial del hacendoso bordados de sus mujeres patricias de la bandera de los Andes y de la entrega de sus joyas, protesta por lo bajo las contribuciones forzadas que impone el gobernador. Los oligarcas realistas que han emigrado son confiscados en todas sus propiedades. La economía local afectada por el cierre del mercado chileno que configuraba su salida natural, quizá a causa de ello, contribuye muchas veces voluntariamente para reabrir esa vía. San Martín sabe equilibrar la extracción necesaria para solventar la guerra o para prepararla con la base de sustentación de la prosperidad cuyana. Como dice Halperín Donghi "es difícil establecer hasta qué punto esos cuidados explican el brillante resurgimiento económico de Mendoza en la década siguiente"[14]. Nosotros no tenemos dudas de que así fue.

En Cuyo, San Martín da nacimiento, sobre las bases expuestas, a las primeras formas de industria metalúrgica y siderúrgica en nuestro territorio. Una industria impulsada desde el Estado a partir de la ausencia de una burguesía que pueda cumplir esas tareas.

"Cuando el general San Martín se lanzó a la organización de la empresa libertadora americana, tuvo que enfrentar la debilidad y la anarquía de un país dominado por los principios de la libre empresa mercantil. La fuerza militar que buscaba sólo podía surgir de la concentración de fuerzas técnicas y económicas, de una acumulación del trabajo social que los empresarios capitalistas cuyanos no estaban en condiciones de ofrecer, y que sólo podía ser entonces producto de una dictadura revolucionaria, de una conducción económica totalmente centralizada... Así surgió el gobierno fuerte de Cuyo bajo el mando del general San Martín"[15].

La constitución de un capital financiero que permitiera al Estado cumplir este rol alcanza rápidamente su límite. La fuente de los recursos impositivos no fue suficiente y se recurrió entonces, como hemos visto, a las expropiaciones forzadas de los enemigos, a los empréstitos obligatorios de los comerciantes extranjeros, a las requisas de animales de las estancias, a la liberación sin indemnización de los esclavos. El Estado en Cuyo, de la mano de San Martín, se convirtió en el gran comprador, requiriendo pertrechos militares, alimentos, vestuarios, anímales de transporte, aparejos para cruzar los Andes, etc. Eso dinamizó y contribuyó a modernizar a la economía cuyana.

"La constitución, por último, de un Estado industrial, que fabricó todo aquello que no podía comprar a la importación o que la actividad privada no podía encarar por falta de iniciativa o capitales. Así surgió la fundición de artillería (cañones y obuses) de fray Luis Beltrán, las fábricas de pólvora, fusiles, sables, municiones, textiles, calzados, carruajes, arneses y aparejos, en los que trabajaban miles de obreros. Y las manufacturas de sastres y costureras para los vestuarios. San Martín confió en su pueblo y obtuvo el apoyo y la movilización del ingenio criollo Su ejército fue puesto en pie de guerra con el empuje decidido de tejedores, mecánicos, metalúrgicos, lamineros, fundidores, carpinteros, herreros, tala-

14/*Ibid*., p. 136.

15/Astesano, ob. cit., p. 139.

barteros, costureras, tintoreros, troperos, arrieros, artesanos y forjadores"[16].

Fundió cañones, balas y granadas –describe Mitre–, empleando el metal de las campanas que descolgaban de las torres por medio de aparatos ingeniosos inventados por él. Construía cureñas, cartuchos, mochilas, caramañolas, monturas y zapatos; forjaba herraduras para las bestias y bayonetas para los soldados; recomponía fusiles y con las manos ennegrecidas por la pólvora, dibujaba sobre la pared del taller las máquinas de su invención.

"San Martín impuso desde el gobierno la producción manufacturera en gran escala que había visto en Europa, sobre un medio dominado todavía por la pequeña producción y el mercantilismo. El capital, el comercio y la industria en la escala del Estado, constituyeron entonces el conjunto social de conducción económica centralizada que hoy conocernos como capitalismo de Estado. Terminada la campaña, todo este inmenso esfuerzo económico colectivo se diluyó de nuevo en el mar de la libre contratación, de la anarquía productiva, de la mediocridad artesana y mercantil"[17].

El apoyo local de todos los sectores del pueblo cuyano que recibe San Martín habla a las claras de que su capacidad política y de conductor excede lo militar. En este apoyo político se encuentra el esfuerzo principal de la gesta emancipatoria por él comenzada. No estamos negando el aporte de Buenos Aires. Una de las fuentes de recursos necesarios era, sin lugar a dudas la de la antigua capital del virreinato. Esto explica por qué San Martín se dedicó a organizar una red de relaciones políticas a través de la logia[18] y fundamentalmente de su compañero de logia Juan Martín de Pueyrredón, quien debía a su influencia su propio su nombramiento como director supremo.

"La carta de Pueyrredón a San Martín, remitida el 2 de noviembre de 1816 es más que elocuente: el director sostiene el plan continental que se pone en marcha, juntando víveres y enseres para el Ejército de los Andes. Cuando, al final, Pueyrredón le dice a su amigo 'no sé yo cómo me irá con las trampas en que quedo para pagar' manifiesta, con toda sinceridad, que ha realizado todos los esfuerzos a su alcance para solventar la campaña libertadora y que eso lo ha malquistado con buena parte de la burguesía porteña, renuente a poner dinero por una campaña que ve lejana y, en buena medida, más preocupada por la disidencia federal del Litoral que compite con ella en el comercio fluvial y el negocio ganadero. La reciente declaración de la independencia en Tucumán ha despertado un poco más el fervor patriótico y le ha permitido recaudar montos extras para la causa de la logia

16/*Ibid*., p. 140.

17/*Ibid*.

18/"En otras cartas de San Martín que hay que decodificar debe saberse que cuando habla de 'amigos' y de 'reunión de la noche' se está refiriendo a 'hermanos masones' y a las 'tenidas', de la misma manera que con 'cofradía', 'sociedad', 'academia', etc. Los signos O-O, por su parte, aludían expresamente a la logia, y con las palabras 'matemáticas' y 'alumnos', hacía referencia a las doctrinas masónicas y a los iniciados. En la ingeniería tramada por San Martín era un puntal otro logista connotado, el director Pueyrredón, que, en carta a San Martín, le decía el 10 de septiembre de 1816: El establecimiento de matemáticas será protegido hasta donde alcance mi poder. El nuevo secretario [de Guerra, Juan Florencio] Terrada es también matemático, y por consiguiente ayudará". De Titto, ob. cit., p. 236.

Lautaro. Llamada ahora en Buenos Aires "Gran Logia" o "Logia Ministerial", tras la derrota política de Alvear ha quedado en manos del ministro de Pueyrredón, Gregorio García de Tagle, y en ella cumple un activo papel dirigente un íntimo amigo de San Martín, el general Tomás Guido, verdadero confidente y operador estratégico del Libertador. En 1816 Guido asume un puesto clave: es oficial mayor de la Secretaría de Guerra"[19].

Pese a los esfuerzos de Pueyrredón, que nadie niega, lo cierto es que el Ejército de los Andes es sustentado, en recursos y hombres, mucho más por las provincias andinas que por Buenos Aires, pese a que la historia oficial parece decir lo contrario basándose casi exclusivamente en la correspondencia entre San Martín y el director supremo Pueyrredón. Si Salta es de Güemes y sustenta la lucha en el frente norte contra los realistas, en Cuyo es de San Martín, y todo su aparato productivo desplegado desde sus condiciones de estadista, el mérito de poner toda una economía en función de la guerra. Córdoba hace también su aporte y en Tucumán, el coronel Araoz, un hombre influyente de la aristocracia local, se va a alinear con la fuerza sanmartiniana. El Litoral, en cambio sigue enfrascado en luchas intestinas contra la prepotencia porteña que no cesa y nada puede aportar.

La gran hazaña sanmartiniana es que, como dice Alejandro Pandra, "en una provincia de cuarenta mil habitantes, formó en tres años uno de los mejores ejércitos del mundo, con soldados, suboficiales, oficiales y jefes de excelencia –un nuevo tipo de militar animado de un nuevo espíritu– ¡reclutando nada menos que al doce por ciento de la población!"[20].

Esto es lo que hace grande a San Martín: "Criollos iletrados, algunos indios, negros y mulatos convertidos en los mejores oficiales y soldados de la época. Unos gauchos granaderos a caballo, sus negros queridos (más de la mitad de la infantería), los libertos, los quintos, los vagos. A todos convoca, reúne, forma y transforma, convirtiendo a seis mil hombres sencillos y ordinarios en heroicos, brillantes y disciplinados combatientes. Con una artillería de avanzada ¡y portátil para cruzar la cordillera más alta del continente!, ideada y fabricada por un fraile franciscano cuyano puesto de teniente-ingeniero a dirigir la maestranza, de donde salió el ejército con cureñas y herraduras, con caramañolas y monturas, granadas y fusiles, cañones y cartuchos. En su taller montado en Plumerillo trabajaban por turnos –en frenético ritmo de producción– más de setecientos artesanos y operarios formados, instruidos y dirigidos por este 'Vulcano con sotanas' [Sierra], a puro grito en medio del ruido ensordecedor de metales y martillos, hasta quedar ronco para el resto de su vida"[21].

El Libertador, al igual que Güeme,s es uno de los primeros en dar vuelta otorgándole valor positivo a la palabra gaucho[22], que hasta ese momento se utilizaba en una forma

19/De Titto, ob. cit., p. 284.

20/Pandra, ob. cit., p. 172.

21/*Ibid*., p. 174.

22/"Él fue el primero que concibió al vocablo 'gaucho' como sinónimo de paisanaje humilde, con sentido ponderativo y heroico y no peyorativo u ofensivo. En un oficio que cursa al gobierno en 1814 relacionado a la guerrilla que había organizado en el norte dice: 'Los gauchos de entre los bosques [...] le están haciendo al enemigo una guerra de recursos tan temible...'. El gobierno de Buenos Aires consideró que este comunicado era importante y debía publicarse en la *Gaceta* ministerial y así lo

despectiva. Gauchos eran sus hombres, que luchaban por la independencia de América.

San Martín estaba en todo, no solamente en los aprestos militares. Atento siempre a la cuestión internacional, cuando una encíclica de Pío VII recomendaba a las iglesias americanas "fidelidad al monarca español", el Libertador ordenaba al cura de Mendoza: "Predíqueme que es santa la independencia".

En 1817 se peleaba contra los realistas en todas partes con suertes distintas, pero en ninguna se había creado el tiempo para formar una fuerza militar, capacitarla, entrenarla, disciplinarla, como había logrado hacer San Martín en Cuyo. Y todo esto mientras las Provincias Unidas peleaban con los realistas en tres frentes: "En el norte, con la bandera de Belgrano adoptada por el Congreso de Tucumán como propia de las Provincias Unidas; en el oeste, con la creada por San Martín, con dos mitades de iguales dimensiones; y en el este, la generada por Artigas con su distintiva banda roja; todas ellas, azul-celestes y blancas"[23]. Allí, precisamente al pie de los Andes, comienza a escribirse una nueva página de la emancipación americana, el epitafio de la dominación colonial española en nuestra América

2. El cruce de los Andes, una hazaña sudamericana

Martínez Estrada sostiene que nuestros dos episodios históricos trascendentales en la lucha por nuestra independencia –la batalla de Tucumán, de Belgrano, y la campaña de los Andes de San Martín– son dos actos de desacato. San Martín había sido llamado nuevamente por el directorio para hacer de su ejército una fuerza de represión interna, y sin embargo siguió incólume con su proyecto emancipatorio continental.

El cruce de los Andes fue una genialidad estratégica militar que combina guerra de contrainteligencia, un cruce que se extiende a lo largo de casi 2000 km para evitar la trampa mortal que hubiese significado que los realistas esperaran en alguno de los estrechos caminos con su ejército bien preparado y descansado a una fuerza novel y agotada por el viaje. Las dos columnas principales, a contrario de lo que los realistas esperaban terminaron cruzando por los pasos de Uspallata y de los Patos[24], cercanos a Mendoza y paradójicamente, los más cortos para hacer el cruce.

El Libertador pronto se puso a organizar un sistema de informaciones eficaz para saber lo que ocurría del otro lado de la cordillera y al mismo tiempo atiborrar de informaciones falsas a los realistas que controlaban el otro lado. A esto se lo denominó guerra de zapa.

---

hizo. Pero en vez de 'gauchos' apareció 'patriotas campesinos'. El original, que iba directamente a la imprenta oficial, tiene testada la palabra 'gauchos' y sobre ella, entre líneas, se descubre la letra del director Posadas para la versión porteña con las voces corregidas: 'patriotas campesinos...'" Pandra, ob. cit., p. 175..

23/De Titto, ob. cit., p. 347.

24/"El grupo central se divide en dos columnas que deben confluir. La principal reúne tres mil soldados y cruza por el valle de Los Patos. A su cabeza marcha el general Estanislao Soler, lo sigue un escuadrón comandado por el brigadier chileno Bernardo O'Higgins y detrás, el Gran Capitán al mando de toda la columna. La otra, comandada por Las Heras, moviliza ochocientos hombres y es la responsable de transportar la artillería y el parque del ejército por el valle de Uspallata. En ella va el 'ingeniero todo terreno' y ahora capitán Luis Beltrán". De Titto, ob. cit., p. 350.

Utilizando a los pueblos originarios de la región para llevar y traer noticias verdaderas y falsas, construye en el enemigo conjeturas erróneas que lo inducen a esperar con sus fuerzas en donde el cruce no se produce. Este esquema incluyó además una expedición secundaria llamada a hacerse pasar por la principal y haciéndose ver por los realistas.

"El genio del Libertador se anima a una empresa colosal: se trata de mover a 4000 soldados, casi 1500 auxiliares (milicianos de caballería de Cuyo, arrieros, barreteros encargados del arreglo de los caminos, operarios de maestranza), más de 11.000 animales y 18 cañones más municiones y los víveres necesarios para quince días de marcha (galleta, charqui molido, ají, queso, vino –a raíz de una botella por hombre–, harina de maíz tostado, cebolla y ajo en cantidades)"[25].

La importancia de la hazaña sanmartiniana reside, por un lado, en la cantidad de hombres que hacen el cruce, lo que implica el transporte de sus respectivos armamentos y provisiones, de una dimensión nunca antes ni después alcanzada durante la gesta de la liberación americana. Y a todo esto se le agrega que una vez cruzada la cordillera de los Andes en los puntos más altos de toda su extensión, la fuerza militar organizada por el Libertador debía estar en condiciones de combatir. El sacerdote jesuita e historiador Guillermo Furlong[26] construye una imagen fuerte de la proeza sanamartiniana: "Sólo quien haya cruzado la cordillera en tren o en auto puede formarse una idea de los que fue cruzarla en 1817... sin carreteras, sin puentes, ni túneles, como ahora. Un camino de mulas, más que caminos, huellas empinadas y tortuosas, senderos de cornisa"

"Jamás general alguno desplegó mayor actividad y mayor inteligencia que San Martín en esos momentos. Dirigiendo personalmente todas las operaciones hasta en sus más pequeños detalles, señalando a sus subalternos la marcha de cada día y las diversas evoluciones para sorprender y para engañar al enemigo"[27].

Además del cruce principal y sincronizados con este, se hicieron cruces por el norte comandados por el teniente coronel Zelada que terminaron tomando Copiapó en el norte chileno. Por San Juan el teniente coronel Cabot traspuso los Andes por el paso de Guana y tomó Coquimbo, aumentando sus fuerzas con los chilenos patriotas que se suman de otro lado de la cordillera. Y por el sur, el teniente coronel chileno Freire cruza por el Plancho y rápidamente reúne una fuerza considerable obligando al capitán general Marcó del Pont a enviar hacia el sur un ejército de 1.000 soldados no sólo para combatir a Freire, sino también al guerrillero Manuel Rodríguez que, alzado en las montañas, tiene a mal traer a las fuerzas realistas.

Manuel Rodríguez expresa a los sectores más populares[28] de la revolución chilena que

25/*Ibid*., p. 348.

26/Furlong, Guillermo, en revista Todo es Historia n° 16, pág. 48.

27/Barros Arana, ob. cit., p. 407.

28/El historiador marxista chileno Luis Vitale señala: "Sus disfraces, sus ocultamientos, sus contactos y su movilidad permanente eran, en cierta medida, fruto de su genio guerrillero, pero su labor fue indiscutiblemente facilitada por el decidido apoyo del movimiento campesino. Las capas populares y el artesanado santiaguino contribuyeron también al éxito del guerrillero, suministrándole casa para ocultarse y ayuda material para su lucha clandestina". Vitale, Luis, *Interpretación marxista de la*

se juega la vida en la resistencia a la ocupación colonialista y aspira no sólo a una independencia sino también a un cambio social. Es por eso que finalmente termina asesinado por los propios patriotas cuando recuperan el poder. Era un hombre de la profundización pero al mismo tiempo enemigo de los sectores de la consolidación que expresaba O´Higgins, y su confrontación permanente minaba la ya endeble autoridad del director supremo. La historia oficial de Chile o lo ningunea o lo trata de bandolero. Pero como dice Jorge Abelardo Ramos, "Manuel Rodríguez sobrevive en las coplas[29] del genio musical de Chile, único reducto que la oligarquía chilena ha tolerado al héroe"[30]. El pueblo no olvida a sus caudillos.

Mientras tanto, un ejército militante reunido por un líder político militar que está en todos los detalles, nutrido de una mística revolucionaria va ascendiendo lentamente por las paredes escarpadas, venciendo a la fatiga, al frío y, sobre todo, a la falta de aire que generan las alturas. Así, a marcha sostenida, con la respiración dificultada, con la convicción intacta, con la artillería desguazada y repartida a lomo de mula, por los estrechos senderos el Ejército de los Andes, va escribiendo una página gloriosa de la historia de nuestra América.

La historia escolar argentina presenta a un San Martín en el cruce montado en su blanco y brioso caballo. Casi podemos verlo parado solo sobre sus patas traseras con el libertador blandiendo en alto su espada. "Ni bayo ni parejero, ni caballo blanco. Sólo una modesta mula, nada majestuosa ni llamativa, una mula simple pero mucho más segura para atravesar los terrenos montañosos"[31]. Pero esta imagen orgullosa e impactante dista mucho de la esforzada realidad. "San Martín, con su asma, su reuma, su gota, su fiebre, su úlcera y sus vómitos –para muchos historiadores simulados– viaja como todos en una de las diez mil mulas y duerme a cielo abierto, con una piedra de almohada, rodeado de picos nevados. Mira, húmedos los ojos, al aire banderas y divisas, el sol que relumbra en el acero [José Martí]. Sabe que está conduciendo una de las mayores hazañas militares de la historia universal"[32].

San Martín, por su formación militar europea, sabe que está recurriendo a una clásica estrategia napoleónica: marchar por los trayectos más inhóspitos e impracticables para sorprender al enemigo. En todo momento es consciente de la trascendencia de sus actos.

3. La batalla de Chile

La táctica de San Martín para despistar a las fuerzas colonialistas de Marcó del Pont es efectiva. Finalmente, después de terminar exitosamente el crucey de reunir el ejército patriota, se enfrenta en batalla abierta a las fuerzas colonialistas. Para hacer frente al Ejér-

---

historia de Chile, Santiago de Chile, Cela-Rucaray-Cronopios, 1993, p. 44.

29/Norberto Galasso cita una de estas coplas. "La independencia de Chile/con tu sangre quedó escrita/ todo mi pueblo palpita/ con tus hazañas de gloria/ tú eres Manuel Rodríguez/ ejemplo para la historia... /fuiste caudillo del pueblo/ glorioso Manuel Rodríguez/ lo diste todo por Chile/ fuiste gran guerrillero/ si en el cielo pasan lista debes de ser primero". Galasso, ob. cit., p. 214.

30/Ramos, ob. cit., p. 172.

31/Galasso, ob. cit., p. 209.

32/Pandra, ob. cit., p. 179.

cito de los Andes[33], el capitán general realista disponía en total de 5.000 soldados y envía a las órdenes del brigadier Maroto a la mitad porque consideraba que con eso era suficiente para que las tropas profesionales de los realistas sometieran al que creía un improvisado ejército de patriotas. El enfrentamiento entre ambas fuerzas tuvo lugar el 12 de febrero de 1817, en la hacienda de Chacabuco[34], a unos cincuenta kilómetros de Santiago. Cuatro mil patriotas dieron cuenta de unos dos mil realistas. Para que se tenga una idea del aplastante triunfo obtenido, basta con un par de datos: mientras las fuerzas de San Martín tuvieron doce muertos y ciento veinte heridos, los enemigos sufrieron quinientos muertos, seiscientos prisioneros y cerca de ciento cincuenta dispersos, la mayoría de ellos heridos.

La subestimación de Casimiro Marcó del Pont le costó demasiado cara. Luego del triunfo las tropas patriotas no sólo entraron en Santiago de Chile, sino se apoderaron también del estratégico puerto de Valparaíso, donde fue apresado el propio Marcó del Pont.

San Martín en Chile fundó una nueva logia Lautaro en acuerdo con el patriota chileno Bernardo de O'Higgins y sobre esta base comenzó a preparar los planes tendientes a completar su estrategia que tenía como punto clave a la realista ciudad de Lima. Como dice Norberto Galasso, "La liberación de Lima no es sólo –comprende San Martín– una necesidad para camaradas de un mismo sueño revolucionario, sino condición indispensable para cualquier intento de implantar la soberanía popular y la democracia en la Banda Oriental, en Chile o en las Provincias Unidas. Todo conduce a pensar que si la revolución democrática, para ser consecuente, se transforma en revolución nacional, ésta para concretarse, insoslayablemente debe llevar a la confederación de los pueblos de la América Hispana en libertad"[35].

San Martín declina el ofrecimiento de los patriotas chilenos de, como general en jefe del ejército vencedor, hacerse cargo del gobierno de Santiago. Va a ser, precisamente, su compañero de logia, el chileno O´Higgins, quien asuma como director supremo y declare la independencia. El juramento de la misma fue el 12 de febrero de 1818[36], el "Ejército

---

33/Nótese que hablamos del Ejército de los Andes y no del Ejército argentino como hace la historia oficial. "Para rendir culto a la tesis de 'la revolución argentina americanizada', la historia escolar tradicional muestra a San Martín como un 'general argentino' que otorga la libertad a un país hermano. Ya hemos visto que constituye una falacia esa versión de 'ejército argentino', pues se trata de una fuerza argentino-chilena". Galasso, ob. cit., p. 210.

34/"Enrique Oliva –François Lepot– comenta que el general de los Andes difundió e hizo difundir en todo el país que los negros que se incorporaran a sus fuerzas serían reconocidos libres inmediatamente. Así arengó a sus numerosos soldados negros, en la víspera de Chacabuco: 'Ustedes saben que los godos explotan la esclavitud de los negros y cuando los capturan los llevan al Caribe para cambiarlos por azúcar'. La defensa de su libertad multiplicó el coraje de los ex esclavos, que entraron al combate con singular bravura. Y cuando sableaban a un enemigo gritaban '¡Tomá p'azúcar!'. Pandra, ob. cit., p. 181.

35/Galasso, ob. cit., p. 129.

36/"Si a lo largo de 1816 Pueyrredón puso todo su empeño en pacificar las Provincias Unidas y asegurar el éxito de la campaña contra Chile –que culminó con la victoria de Chacabuco el 12 de febrero de 1817–, muy otra fue su conducta posterior, entregado a la política de los liberales y vencido por las in-

Unido de Liberación de Chile" alcanza su máximo despliegue pero aun existían reductos realistas en el territorio chileno.

El virrey del Perú, Joaquín de la Pezuela, preocupado por la pérdida de la capitanía, envía refuerzos al sur para no perder la posición de Chile. En Talcahuano desembarcan los soldados de la contraofensiva realista al mando del general Mariano Osorio, el vencedor de los patriotas de la Patria Vieja en Rancagua. Se produce el éxodo comandado por O´Higgins de la población de Concepción para no entregarse al avance de los colonialistas que han reunido más hombres para sumarlos a los 3.000 con que desembarcó Osorio.

Sin embargo, las fuerzas revolucionarias eran en total mayor cantidad que las realistas y venían con la confianza de un triunfo importante. Se habían reunido al oriente de Talca, en una llanura que por los desniveles del terreno era conocida por Cancha Rayada. Pero nunca hay que confiarse demasiado[37]. Las fuerzas patriotas de San Martín y O´Higgins son sorprendidas en una noche de marzo, por un ataque sorpresa del general sevillano Osorio. Allí las fuerzas revolucionarias tuvieron un revés importante. El caballo de O´Higgins fue derribado en combate y el propio director, con un tiro en el brazo, salvó su vida de milagro. Entre la confusión y el desconcierto, corrió el rumor de que el general había muerto y durante algunas horas fue reemplazado por el abogado y guerrillero Manuel Rodríguez. Poco tiempo después se confirmó que la división de Las Heras, con cuatro mil hombres, había salido indemne del desastre de las fuerzas patriotas. Los simpatizantes de los patriotas de Santiago ya se estaban preparando para un nuevo exilio como en el año 1814, pensando que esta vez la represalia sería aún peor.

En ese momento, el general San Martín vuelve hacia la capital, replegando sus huestes lo más ordenadamente que puede. En las afueras de la ciudad de Santiago dedican esperará a los realistas para hacerles frente, recomponiéndose de la derrota.

El triunfo final sobre las tropas colonialistas se dio en la batalla de Maipo o Maipú (5 de abril 1818). Fue un combate particularmente sangriento, pues los realistas darán una dura resistencia en las casas del pueblito de Maipú.

Esta batalla fue una de las más trascendentes de la historia de la primera emancipación, tanto por el número de tropas enfrentadas y la calidad de las fuerzas enemigas, como también porque aseguró la definitiva libertad de Chile (con excepción de algunos enclaves costeros). Y, sobre todo, porque convence a los realistas de Lima que es inútil volver a intentar la reconquista. En palabras del historiador chileno Barros Arana, "La batalla de

---

trigas portuguesas. Eso hace comprensible que San Martín, contrariando las instrucciones recibidas, proclamara la independencia de Chile el 12 de febrero de 1818, sin perjuicio de propender a alguna forma de unión confederal; el general, que en 1816 se horrorizaba ante el solo nombre de 'federación' y sin entender bien su significado, tomaba ahora en Chile una conducta muy similar a la de Artigas ante el cambio de política directorial". Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 112.

37/Fermín Chávez, al contrario de la historia tradicional que plantea la batalla como una estratagema a traición de Osorio, propone otra lectura: "San Martín había tenido noticias de que Osorio, jefe realista, esperaba un ataque por sorpresa, trató de adelantarse, sin éxito. Los enemigos atacaron en momento en que el ejército revolucionario efectuaba maniobras nocturnas y provocaron una seria confusión". Chávez, ob. cit., p. 40.

Maipo tuvo además una grande influencia en la suerte de la independencia hispanoamericana. El virrey del Perú tuvo que mantenerse desde entonces a la defensiva dentro de los límites de su virreinato"[38].

Fernando VII había enviado hacia Chile una flota con dos mil hombres. Una improvisada pero heroica armada chilena al mando de Manuel Blanco Encalada (que había tenido un paso en su juventud por la armada española) se encargó de atacar a la flota, obteniendo importantes victorias en las escaramuzas que hicieron que de aquel ejército que había partido de Cádiz solo pudieran desembarcar en Talcahuano para reforzar a los realistas allí existentes unos 600 hombres.

Luego de la gran victoria en la batalla en tierras chilenas, San Martín hizo un viaje relámpago a Buenos Aires, donde fue recibido por el Congreso. Uno de los congresistas, el doctor Matías Patrón[39], es el encargado de hacer un encomioso discurso. En éste, se advierte que aun en el corazón de las fuerzas porteñista existía la conciencia de la dimensión americana de la gesta: "La batalla de Maipo será distinguida en la historia de nuestros triunfos contra la tiranía. (...) La patria se gloria por la victoria obtenida y sus consecuencias, y no es menor su satisfacción al esperar de vuestro valor, de vuestra constancia iguales y mayores glorias sobre los peligros que restan que arrostrar, riesgos y enemigos que vencer, hasta que convencidos estos de la nulidad de sus esfuerzos para continuar la usurpación, abandonen su empresa temeraria, confiesen la justicia de nuestra gran causa, y reconozcan y respeten para siempre la libertad e independencia de las Provincias Unidas de Sudamérica".

Los Carrera, aquel sector de la profundización en la Patria Vieja, fueron rápidamente encontrando su destino trágico. José Miguel fue detenido en Buenos Aires mientras estaba trasladando una flota que había preparado en EEUU (siempre este caudillo chileno tuvo un respaldo más o menos intencionado de los norteamericanos), quizás más que para hacer lo que ya estaba haciendo Cochrane de acosar a la flota española, con el objetivo específico de derrocar al gobierno de O´Higgins. Sus hermanos Juan José y Luis iban camino a Chile con ese objetivo cuando fueron apresados, juzgados y finalmente fusilados (abril de 1818)[40]. Esto precipita el golpe en Santiago de Chile contra los vencedores de Chacabuco. Manuel Rodríguez, el guerrillero heroico que participaba del partido carrerista y había perdido protagonismo desde la llegada de San Martín y O´Higgins, se pone al frente de la oposición a los libertadores, con voluntad de imponer una constitución o hacer dimitir al director. Apenas un puñado de días de la histórica batalla de Maipú, Rodríguez se pone al frente de una pueblada. A O´Higgins no le tembló el pulso y vio en esta frustrada

38/Barros Arana, ob. cit., p. 415.

39/En De Titto, ob. cit., p. 356.

40/José Miguel Carrera, enterado de los fusilamientos de sus hermanos, juró venganza. Aprovechando las contradicciones internas que convulsionaban las Provincias Unidas participó del lado federal y opositor. Cuando los federales le dieron la espalda a sus delirantes proyectos de pasar los Andes y derrocar a sus enemigos, Carrera buscó entre los pueblos originarios de la región y recomenzó un sendero de guerra sin mucho sentido político más allá de su idea de retornar a Chile. Finalmente, es derrotado en Mendoza y fusilado en el mismo sitio en que lo habían sido sus hermanos tres años antes.

intentona golpista el momento para deshacerse del molesto Rodríguez. Éste fue puesto en prisión, y en un oscuro episodio fue asesinado por sus guardacárceles (mayo de 1818).

En paralelo con la batalla de Maipú (1818) que terminó con la dominación española en Chile, en el norte Bolívar iniciaba su heroica campaña por los valles de Aragua. "La situación creada en Sudamérica por los éxitos militares enfrió los entusiasmos de la Santa Alianza que, a la sazón, proyectaba un congreso en Aquisgrán para estudiar, entre otras cosas, el eventual apoyo a España para la reconquista de sus colonias"[41].

Los dos abanderados de la causa emancipatoria empezaban a poner los ojos en el tramo final de la estrategia que era la liberación del Perú. Su objetivo común era claro: "El establecimiento de un gran imperio en la América Meridional". No era la cuestión central, en donde había matices, la forma de gobierno que este se iba a dar. Dice Pérez Amuchástegui: "Seguramente San Martín no entendía demasiado bien –por lo menos hasta julio de 1822– el significado técnico-político de confederación: por la época, eran contadísimos los ortodoxos hispanoamericanos. San Martín quería imponer una alianza político-militar de todas las provincias antes españolas con carácter permanente: en última instancia, es probable que el fundamento real de su postulación sólo consistiera en la necesidad de concentrar el esfuerzo bélico común. La solución institucional era para San Martín cuestión de mera forma, mientras que para Bolívar y Artigas, por ejemplo, era problema medular y de fondo"[42].

San Martín, desde Santiago de Chile, lanza una proclama a los peruanos prometiéndoles la pronta liberación y adelantando la constitución de la gran nación sudamericana mediante la "alianza y federación perpetua" de las Provincias Unidas, Chile y Perú.

Al mismo tiempo, en los primeros meses de 1820, ante el avance de los caudillos, San Martín recibe la referida orden del Directorio de volver con su ejército a Buenos Aires a efectos de inmiscuirlo en la represión interna. Esta orden iba en sentido contrario de sus convicciones y de su concepción de la estrategia emancipatoria de escala sudamericana.

San Martín convocó, entonces, a sus oficiales en Rancagua[43] y después de renunciar como jefe del Ejército de los Andes, sostenido y armado desde Buenos Aires y Cuyo, fue proclamado por sus oficiales jefe del Ejército Libertador (abril de 1820). Ahí mismo, el gobierno chileno bajo el mando de O´Higgins lo designó como general en jefe de la expedición a Perú. Nuevamente San Martín elige el camino de la legitimación popular en aras de su grande causa nacional sudamericana.

Halperín Donghi cae en el error de considerar que la renuncia de San Martín y el pronunciamiento de sus tropas en Rancagua son producto no de la solicitud del Directorio para intervenir en la represión interna sino "cuando el poder nacional ya no existe, San Martín ha podido conservar a su ejército intacto, y ante él se presenta para hacer nueva-

41/Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 113.

42/Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 42.

43/San Martín, "decidió por lo tanto desobedecer la orden del Directorio y solicitó a los oficiales de su ejército, acantonado en aquellos momentos en Rancagua, se lo sustituyese en el mando. La oficialidad resolvió ratificarlo por votación democrática y unánime. El documento labrado en aquella oportunidad y conocido como 'Acta de Rancagua', marcó la desobediencia histórica de San Martín y la ruptura del Ejército Libertador con el gobierno porteño. Bortnik, ob. cit., p. 94.

mente renuncia del mando. Caídos el Directorio y el Congreso a los que debe su designación, juzga que su propia autoridad ha caducado y solicita de sus oficiales que elijan quien ha de mandarlos en el futuro". No es una cuestión menor, de todos modos lo verdaderamente importante es que la fórmula que aprueban los oficiales del ejército patriota es que la investidura sanmartiniana no se emana del Directorio, sino de la "salud del pueblo [que] es inmutable". Nos parece acertada la interpretación de Pérez Amuchástegui: San Martín "necesitaba disponer libremente del único ejército organizado de las Provincias Unidas, y con admirable prudencia se negó por sistema a concurrir en auxilio del desacreditado gobierno directorial, previendo el desenlace"[44].

Se inicia entonces la tercera etapa de su estrategia que es establecer la ruta hacia el Perú, tan distante del lugar de origen de la mayoría de sus hombres, lo que generó algún de resquemor en la oficialidad, la que era más permeable al discurso localista y más resistente a empaparse del proyecto americanista. La ruptura con Buenos Aires preocupaba a algunos, que se preguntaban como habría de sustentarse esa fuerza militar. Por eso es que el Gran Capitán de los Andes escribe una arenga dura y terminante, cuyo impacto fue acusado por sus destinatarios. Es conocida como la orden general[45] del 27 de julio de 1819, y su texto original es el siguiente:

"Compañeros del Exercito de Los Andes: ya no queda duda de que una fuerte expedición española viene a atacarnos: sin duda alguna los gallegos creen que ya estamos cansados de pelear, y que nuestros sables y bayonetas ya no cortan ni ensartan: vamos a desengañarlos. La guerra se la tenemos de hacer del modo que podamos: si no tenemos dinero, carne y un pedazo de tabaco no nos tiene de faltar: cuando se acaben los vestuarios, nos vestiremos con la bayetilla que nos trabajen nuestras mujeres, y sino andaremos en pelota como nuestros paisanos los indios: seamos LIBRES, lo demás no importa nada. Yo y vuestros oficiales demos el ejemplo en las privaciones y trabajos. La muerte es mejor que ser ESCLAVOS de los maturrangos. COMPAÑEROS, juremos no dejar las armas de la mano, hasta ver el país enteramente LIBRE, o MORIR con ellas como hombres de coraje."

SAN MARTÍN

Nótese que San Martín se dirige a los hombres de su ejército como compañeros, la misma palabra que será escogida, y no casualmente, por el general Perón en el siglo XX.

Una vez liberado Chile, el general O´Higgins gobernó, como director supremo, desde 1817 hasta 1823; un período en que se alternaron las reformas políticas y sociales de la estructura colonial con decisiones regresivas. En 1822 entró en vigor una Constitución republicana, cuya defensa doctrinaria desarrolló Juan Egaña. Pero tuvo que enfrentarse este ordenamiento jurídico con las clases altas rurales y los comerciantes de las ciudades,

44/Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 43.

45/Esta Orden General fue popularizada por la organización político militar peronista Montoneros, que le hizo un recorte para resaltar el texto, dando también una estética particular con la que hoy se encuentra difundida incluso en las escuelas. ¡Cómo se horrorizarían si lo supieran las maestras formateadas por la sarmientina idea normalista!

así como con la Iglesia, demostrando que en Chile existía una fuerte resistencia al cambio en los núcleos sociales tradicionales.

Pero la adopción de una política fuertemente centralizada y unipersonal culminó en la caída de O´Higgins, quien se vio obligado a dimitir en enero de 1823. Quedaba en pie su intento de establecerse una república, de consolidar una nueva etapa en la revolución y concretar algunas reformas progresistas en una coyuntura conflictiva.

Una cuestión interesante es establecer un contrapunto entre las figuras de San Martín y Alvear. Ambos parten de un mismo punto. Ambos son militares formados en España que vienen a dar pelea contra el absolutismo en América. "Hay que prestar atención al rasgo geopolítico de este período particularmente dramático de nuestra historia. José de San Martín y Carlos María de Alvear han sido los símbolos militares y políticos de un dilema estratégico. Contemporáneos, ambos muy inteligentes, talentosos y valientes. Amigos, compañeros (incluso –para ciertos historiadores[46] más preocupados por la filiación y el ADN que por el destino y la obra de los hombres– ¡hermanastros!), los dos jefes máximos de la logia Lautaro. ¡Y finalmente adversarios políticos a ultranza...! Cuando se analizan sus enfrentamientos se hace referencia a una serie de elementos de la personalidad, de los intereses, la ideología y la moral, pero rara vez a una vocación geopolítica y de escenario. (...) San Martín fue el general gaucho del frente andino, del país de la montaña, de la vocación occidental hispanoamericana para expulsar a los Borbones y al absolutismo del continente. Alvear, inmediatamente después de Ayacucho, fue el general aristócrata (con sueños napoleónicos) del frente atlántico, del país de la llanura, de la vocación oriental europea, héroe vencedor de Ituzaingó y de Brasil para expulsar a los Braganza del Plata. (...) esta disyuntiva estratégica bifronte, clave en la interpretación de nuestro origen y nuestro destino"[47].

San Martín escogió el camino difícil, el de la historia, lejos de los halagos y lleno de dificultades. El otro, Alvear, eligió, en cambio, desde el principio, cuando fue bien recibido y alojado por la aristocracia de Buenos Aires, el camino del estrellato, de la expresión de los intereses del porteñismo, confrontando a los caudillos y su autonomismo. Y casi siempre tuvo el apoyo del partido de los tenderos.

Así San Martín entró por la puerta grande de la historia, sin perder jamás el rumbo estratégico de la liberación, para convertirse en uno de los dos Libertadores de América. Alvear por el camino sembrado de honores terminó enfrascado en coyunturas que pudieron con su voluntad de lucha. Y terminó claudicando...

"Alvear, consternado por su propia imprevisión ante los maleficios que brotan de la recién abierta caja de Pandora, implora a Lord Strangford la intervención británica cuyo dominio considera preferible al de la monarquía española"[48]. Pero también preferible al poder de los gauchos artiguistas, que eran para Alvear tan despreciables como la corona española, o quizás más.

Antes de emprender su gesta en Perú, San Martín –desde el puerto de Valparaíso–

46/Se refiere Alejandro Pandra aquí al historiador también peronista Hugo Chumbita.

47/Pandra, ob. cit., p. 186.

48/Sánchez Sorondo, ob. cit., p. 60.

lanza una proclama, el 22 de julio de 1820, a los habitantes de las Provincias Unidas en la que explica nuevamente su negativa a luchar contra los "federalistas". Si lo hubiera hecho, dice, "habría tenido que llorar la victoria con los mismos vencidos".

En ella, hablando en tercera persona como muchas veces lo hizo mucho tiempo después Diego Maradona, como si hablara de un personaje de la historia, el Libertador decía: "El general San Martín jamás derramará la sangre de sus compatriotas y sólo desenvainará la espada contra los enemigos de la independencia de Sudamérica. (...) El día más célebre de vuestra revolución está próximo a amanecer. Voy a dar la última respuesta a mis calumniadores: yo no puedo menos que comprometer mi existencia y mi honor por la causa de mi país; y sea cual fuere mi suerte en la campaña del Perú, probaré que desde que volví a mi patria, su independencia ha sido el único pensamiento que me ha ocupado".

4. La guerra es la continuación de la política por otros medios o sobre la liberación del Perú sin grandes batallas

La estrategia sanmartiniana no podía ser completada sino era con la formación de una flota para transportar las tropas al Perú. En aquellos tiempos no existían caminos a través del desierto de Atacama que pusieran en contacto terrestre a Chile con Perú. Y de haber existido caminos que pudieran sustentar la marcha de un gran ejército estos hubiesen sido fácilmente controlables por las fuerzas colonialistas.

Para desarrollar aquella flota se encargó a hombres de mar chilenos, pero también –como hemos visto– se contrató un marino inglés, probablemente un agente del Foreign Office, el "Lord Filibustero" Thomas Cochrane.

Este aventurero británico, desprestigiado en su país pero con mucha capacidad militar, asoló a las flotas españolas del Pacífico con una audacia casi temeraria. Recupera para los patriotas el importante puerto de Valdivia, fortificado baluarte de la resistencia colonialista, tal como hemos adelantado al ver la lucha en los mares. Fue clave también en la destrucción de comercio hispánico del Pacífico y en la imposición de un bloqueo de las cosas peruanas. La escuadra naval chilena, además, cumplía una función estratégica de vital importancia al evitar el arribo de refuerzos realistas tanto fuera de España como de otro lugar en manos de los colonialistas.

El despliegue de la última etapa de la estrategia sanmartiniana que era el desembarco en el Perú se fue demorando. Por un lado, el tema principal fueron los recursos. Pueyrredón había prometido un empréstito para comprar barcos y armamentos que nunca llegó. El director supremo de las Provincias Unidas estaba, tal como hemos visto, más preocupado por la represión interna de los caudillos provinciales sublevados que por la gesta emancipadora. Por otro, la aristocracia chilena se hallaba remisa a financiar una campaña que consideraban ajena, por mezquindad o por falta de perspectiva estratégica.

El que garantizaba los dos puntos estrictamente necesarios de la estrategia de San Martín era el almirante Cochrane. En efecto, para completar la gesta se requería el control del Pacífico y el traslado de las tropas del Ejército Libertador hacia el sur peruano, sin que la flota española pudiera atacarlas en el camino. El problema era que desde que se conocie-

ron San Martín y Cochrane se hicieron enemigos[49].

Durante 1819 y 1820, Cochrane logra instalar el predominio de la flota chilena a todo lo largo del Pacífico de la América meridional, incursionando en las costas chilenas, peruanas y quiteñas. Si en el sur había tenido una importante victoria en la fortaleza de Valdivia, en el norte la tendrá en Guayaquil. El predominio en los mares estaba asegurado.

Y finalmente hace el traslado de las tropas conducidas por el general San Martín[50]. "Cuando las tropas embarcadas (cuatro mil quinientos hombres, dos tercios argentinos y el resto chilenos) zarpan de Valparaíso –escribe la bella pluma de Ricardo Rojas–, 'el aire claro, vibrante de rumores marciales, y el mar verde tachonado de velas blancas [ocho buques de guerra y dieciséis transportes], ofrecían a los ojos un soberbio espectáculo'"[51]. La fuerza libertadora embarcada en el puerto chileno de Valparaíso, desembarcará al sur del Perú, en Pisco (septiembre de 1820), protegido por los barcos de Cochrane.

Paralelamente, en esos mismos días el virrey del Perú hacía publicar y jurar la Constitución española restablecida después de la reciente revolución de Cádiz, comandada por el general Riego, cuestión que no es una circunstancia menor en el desencadenamiento de los sucesos posteriores.

En Pisco, San Martín lanza una proclama en le dice a su propia tropa: "Acordaos que vuestro gran deber es consolar a la América y que no venís a hacer conquistas sino a libertar pueblos". Y a los "españoles europeos: sólo la libertad del Perú os ofrece una patria segura. A las íntimas relaciones que os unen a los americanos no falta sino vuestro deseo y conducta para formar una gran familia de hermanos".

Así avanza, montado a caballo, rodeada de espacios infinitos la libertad de América, exuberante en su geografía y en su política. Por el sur van los gauchos y rotos de San Martín hacia el norte, por el norte hermanados en la causa empezaran a marchar hacia el sur los llaneros y neogranadinos de Bolívar. "Clavando de patria en patria el pabellón americano, mostrando claros los caminos allá en la cresta de los Andes"[52].

Una vez desembarcado en Perú, el Ejército Libertador obtuvo varias victorias, ninguna de gran dimensión. Una columna al mando del general Arenales vencía a los realistas en Nazca y en Pasco. Estas acciones se conocen con el nombre de "Campaña de la sierra".

En este punto bien vale la pena recapitular la trayectoria del general Arenales, a nuestro juicio uno de los más importantes generales de San Martín, cuyo aporte es injustamente mini-

---

49/Paradójicamente Bernardo O´Higgins se llevaba bien con ambos y fue muchas veces quien medió entre ellos para lograr los objetivos comunes.

50/Alejandro Pandra, político y pensador argentino, como vemos destaca la fuerte presencia en las fuerzas libertadoras no sólo de su comandante máximo sino también de la cantidad de hombres nacidos más allá de los Andes. Barros Arana, historiador chileno del siglo XIX, destaca el protagonismo chileno: "Entre marineros y soldados, Chile enviaba a más de seis mil hombres a libertar Perú". Ninguno de los dos falta a la verdad pero el acentuar un rasgo u otro de la gesta común hace a la construcción de las historias particularizadas que nos privan de comprender que fue producto de una épica común (única) y no una fuerza de carácter multinacional.

51/Pandra, ob. cit., p. 187.

52/*Ibid*.

mizado por cierta historia, por tratarse de un español, es decir, un revolucionario español que viene a quemar los papeles de que esto se inició como una lucha entre criollos y peninsulares.

El primer espacio destacado que ocupa Arenales fue al presentarse ante el general Belgrano cuando este era el jefe del Ejército Auxiliar del Norte. Allí el doctor en Salamanca le reconoce al militar revolucionario nacido en la península el grado de coronel. Rápidamente Juan Antonio Álvarez de Arenales, se destacará y ganarÁ la confianza de Belgrano. "No erró el creador de la bandera: su papel en la batalla por Salta, como jefe del estado mayor, fue descollante a punto tal que la Asamblea del Año XIII le otorgó la ciudadanía como vecino salteño"[53].

Pero no todas fueron victorias para este valeroso militar. Integrando las filas del Ejército del Norte, Arenales fue parte de las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma. Nombrado gobernador de Cochabamba, volvió al Alto Perú, donde desarrolló una campaña heroica. "El 25 de mayo de 1814, 'Día de la Patria'. Arenales, al frente de trescientos hombres, ataca a novecientos realistas y logra una gran victoria en los campos de La Florida. En esa acción estuvo a punto de perder la vida: rodeado por los enemigos luchó en completa inferioridad de condiciones y sufrió catorce heridas. El director Posadas, en reconocimiento, da un decreto y Arenales y sus hombres reciben premios y honores especiales. Aquel triunfo tuvo una enorme repercusión: aseguró la independencia de Santa Cruz de la Sierra y obligó a Pezuela a evacuar las provincias del norte. En 1821 el gobierno de Buenos Aires resolvió dar su nombre a una calle de la ciudad, que será luego su histórica peatonal: Florida"[54]. Luego tuvo a su cargo, en la llamada Guerra de Republiquetas, la comandancia de la de Vallegrande. Después de la derrota de Rondeau en Sipe-Sipe, y la debacle del Ejército del Norte, resistió durante un período, pero en 1816, acosados por la contraofensiva realista, regresa junto a sus guerrilleros a territorios salteños. Allí fue ascendido a general, pero no congenió con Güemes. Trasladado a Córdoba, donde tomó a su cargo el ejército provincial, participó en las disputas entre las dos fracciones cordobesas que adherían respectivamente al Congreso de Oriente (Liga de los Pueblos Libres) y al Congreso de Tucumán. Pero estas disputas no eran lo que encendía la pasión de un hombre que había llegado a estas tierras, que eran suyas por adopción por su compromiso profundo con la idea de libertad. Cuando el ejército sanmartiniano cruza a Chile ve una nueva oportunidad de seguir combatiendo por la liberación. Y se puso a las órdenes de San Martín que, en 1819, en Chile lo designó al mando de una división de la campaña del Perú.

San Martín permaneció en la ciudad de Pisco casi dos meses. Luego reembarcó su tropa y se trasladó por mar con destino a Ancón, unos kilómetros al norte de Lima, disponiendo que las naves de la flota de Cochrane hicieran un estrecho bloqueo sobre el puerto del Callao.

"A pesar de estas ventajas, San Martín no podía permanecer mucho tiempo en un solo punto. El virrey contaba con un ejército tan poderoso, que una vez reconcentrado, los independientes no habían podido oponerle la más ligera resistencia. El 8 de noviembre, el general patriota reembarcó sus tropas y se hizo a la vela, dejando burlado al virrey, que en

53/De Titto, ob. cit., p. 186.

54/Ibid., p. 187.

esos momentos reunía fuerzas considerables para atacarlo. San Martín fue a desembarcar en Haucho, veintiocho leguas al norte de Lima, y tomó posesión de importante pueblo de Huara"[55]. Con este movimiento, San Martín había cortado la comunicación entre el virrey Pezuela y el norte del Perú. El marqués de Torre y Tagle, intendente de Trujillo, cambió de bando y puso a la provincia bajo el signo de los patriotas. Así el hombre de Yapeyú controlaba todo el norte peruano desde Huara hasta Guayaquil, aislando también a los realistas quiteños de todo tipo de apoyo desde Lima.

5. La revolución de Riego y el fin de los intentos de restauración del imperio

Otra vez los hechos internacionales ocurridos en la península habrán de tener un impacto directo en la política americana. El año 1820 marca en España un cambio fundamental. Desde su restauración en el trono, Fernando VII había desatado una verdadera caza de brujas contra los liberales españoles. Y fue tejiendo en el marco de la política reaccionaria europea, dominada por la Santa Alianza, el sistema de alianzas para legitimar la recuperación de sus colonias de América, vengando la afrenta de la revolución de los hispanoamericanos.

Morillo le había escrito a Fernando VII pidiendo refuerzos y hablando del Libertador, demostrando que cada vez más comprendía la verdadera situación en la colonia. Pues para derrotar a los patriotas sólo podía contar con fuerzas de ocupación y porque Bolívar encarnaba en su figura las aspiraciones del movimiento nacional emancipatorio: "Él es la revolución (...) Bolívar es una alma indomable a quien una sola victoria por insignificante que sea, basta para hacerlo dueño de cientos de leguas de territorio". Y ese soldado español que había combatido por la dignidad nacional de España, veía cómo esa causa nacional ahora obraba en su contra.

Para la restauración del colonialismo español en América, Fernando comenzó a equipar una formidable fuerza, como jamás había llegado alguna a nuestra tierra, capaz de aplazar el incipiente proceso emancipador e implantar el absolutismo que regía en la Metrópoli en todos los lugares bajo su dominio. Fue el perseguido, reprimido y dado por muerto, movimiento liberal revolucionario que arruinó los imperiales proyectos del rey Borbón. Uno de los acantonamientos de ese monumental ejército a ser enviado a América fue en el sur de España. Era un impresionante ejército de decenas de miles de efectivos, cuyo destino era el Río de la Plata. El general Rafael de Riego, un militar liberal revolucionario y antiabsolutista, en Cabezas de San Juan, Andalucía, sublevó la tropa del despótico Fernando. "La espada amenazante que el absolutismo esgrimía sobre la revolución americana se volvió contra el verdugo de las libertades españolas" dice Jorge Abelardo Ramos[56].

Entre la condiciones impuestas por Riego a Fernando VII estaba la restauración de la vigencia de la Constitución de Cádiz de 1812. Las logias secretas de los liberales españoles, de fuerte influencia en los militares peninsulares tuvieron un gran protagonismo en esto.

El absolutista en el gobierno de España había preparado una enorme expedición para tratar vanamente de retener sus dominios coloniales. 20.000 soldados de infantería y 3.000 de caballería y más de 100 piezas de artillería, que serían trasladados en 47 buques

55/Barros Arana, ob. cit., p. 455.

56/Ramos, ob. cit., p. 175.

de guerra con el apoyo de Rusia. Y hablamos en potencial porque esas fuerzas, como dijimos, nunca partieron de España.

La política de represión de los revolucionarios de las colonias, no sólo había hecho aflorar el espíritu independentista sino que además se había mostrado infructuosa para aplacar la rebelión americana. El absolutismo reaccionario ejercido por Fernando VII había desprestigiado tanto a la corona española que ya había cada vez menos defensores de uno y otro lado del Atlántico.

La sublevación del general Riego era una revolución popular frente a los atropellos recibidos en más de un lustro del regreso del fallido "Deseado", pero sobre todo contaba con el apoyo de gran parte de la oficialidad del ejército español. No debemos olvidar que San Martín se había formado en Cádiz con un general que estudiaba las ideas revolucionarias de los franceses y el sistema político de la revolución burguesa de los ingleses, como bien estudia Norberto Galasso en su excelente biografía política del general San Martín, cuyo título es Seamos libres.

La rebelión liberal no sólo dejó a las fuerzas colonialistas sin un monumental ejército que hubiera retrasado considerablemente nuestra independencia. El historiador español Salvador de Madariaga sostiene, con agudeza, que "El pronunciamiento de Riego minó la legitimidad de los realistas americanos". En efecto, si había alguien en todo este juego que había quedado sin cartas eran los realistas de América: el poder que le daba sustento ideológico aparecía derrotado en la propia península. Eran súbditos leales y serviles a una monarquía que ahora se regía por el orden constitucional liberal que ellos venían combatiendo. Pero también esta revolución encabezada por Rafael de Riego les metía contradicciones a los generales liberales que por obediencia y disciplinamiento habían llegado a América para poner en caja una sublevación que se había transformado ya en una ruptura del imperio para el que servían.

"¿Era por fin cierto que 'el gobierno de Madrid quería asentar sobre fundamentos liberales el gran imperio universal hispánico'? –se pregunta retóricamente Jorge Abelardo Ramos– Es imposible sostenerlo, según hemos visto por el ejemplo de las Cortes de Cádiz. El liberalismo español era tan débil como la burguesía española sobre la cual reposaba. Incapaz de llevar la revolución nacional hasta el fin, tampoco tenía energía suficiente para establecer con los americanos una igualdad que no estaba en condiciones de imponer en la propia metrópoli"[57].

Para las fuerzas patrióticas combatientes en América del sur, fue, sin dudas, un respiro. La independencia de la América española era ya un hecho inexorable, pero probablemente sin la sublevación de Riego la guerra libertadora hubiera tenido aun un más alto costo en vidas humanas. Ni San Martín ni Bolívar estaban dispuestos a desaprovechar la deslegitimación de la causa realista que significaba que en España rigiera un gobierno liberal. Las órdenes que tienen los generales realistas es parlamentar con los jefes sublevados, aun en contra de su propia voluntad, como veremos con Morillo respecto de Bolívar. El objetivo de este diálogo era absolutamente imposible: convencer a los líderes patriotas de aceptar la dominación hispánica bajo las leyes de la restaurada Constitución gaditana.

57/*Ibid*.

San Martín, que seguía de cerca la política de la metrópoli, y que se hallaba ligado ideológicamente al sector sublevado en la península, acepta la propuesta de diálogo del virrey. Sin embargo, la idea de los españoles de aceptar lisa y llanamente la Constitución de 1812 y enviar diputado a las Cortes era insostenible a esa altura de los acontecimientos.

El virrey Joaquín de Pezuela, mucho más blando que su antecesor el implacable Abascal, cuando recibió la orden de España se allanó a ella y mandó sus emisarios. San Martín, entusiasmado por la victoria de sus viejos compañeros de armas y de logias, tenía una oculta esperanza en que los sucesos en España pusieran fin a las acciones bélicas de los militares realistas en América. La propuesta fue, parafraseando a Perón y su dicho campero: "desensillar hasta que aclare[58]".

"El general argentino procedió con extrema habilidad política en las conferencias. La mayoría de los jefes del ejército español era constitucionalista o liberal y la esperanza de una regeneración de la vida política española los predisponía a dialogar con los militares americanos que habían combatido junto a ellos en España contra Napoleón, como San Martín. En la conferencia de Pinchauca, San Martín dijo a los jefes españoles: 'Considero éste como uno de los días más felices de mi vida. He venido al Perú desde las márgenes del Plata; no a derramar sangre sino a fundar la libertad y los derechos de que la misma metrópoli ha hecho alarde al proclamar la Constitución del año 12, que V.E. y sus generales defendieron. Los liberales del mundo son hermanos en todas partes'"[59]. Pero las negociaciones estaban destinadas a fracasar porque la nacionalidad americana ya exigía la condición mínima de su reconocimiento.

"San Martín había asumido la misión de sustantivar la idea de las Provincias Unidas en Sudamérica emergente del acta de Tucumán. Y estaba dispuesto a lograr su objetivo malogrado las escisiones, los localismos y los intereses partidistas. Para él no había más partido que el 'americano', ni más objetivo político que la unificación nacional de Sudamérica independiente. Todo lo demás era accesorio y secundario, incluso la forma de gobierno, que habría de resolverse sobre la marcha aprovechando las facilidades y coyunturas que se presentaren"[60].

La campaña libertadora de San Martín muestra ahí también su carácter más político que bélico. No se trataba de una empresa conquistadora al estilo de las expansiones napoleónicas o de sus enemigos en Europa. No obstante, y para no descuidar el frente de guerra, que habría de continuar de todos modos, envió al general Álvarez de Arenales a constituir un sistema de guerra de guerrillas para ir aislando a Lima del interior peruano. Y siguió además, negociaciones a través de sus subordinados con otros jefes realistas, para aprovechar la caída de la legitimación absolutistas. Por ejemplo, en este marco, en el norte peruano el gobernador realista marqués de Torre y Tagle se pasó con armas y dinero a la fuerza patriota. Era un duro golpe para las aspiraciones realistas, sobre todo en lo anímico, en cuyas filas reinaba la división.

58/Perón utiliza ese dicho en el marco del apoyo y la expectativa de un sector –sobre todo sindical– del peronismo frente al golpe de estado del general Onganía en 1966.

59/Ramos, ob. cit., p. 176.

60/Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 46.

Eso abrió una nueva ronda de conversaciones, esta vez entre de la Serna (pronto veremos cómo llega al poder) y San Martín. Estos dialogaron la posibilidad de una especie de regencia a cargo de un príncipe de la casa de Borbón. Esto permitiría a los revolucionarios encuadrarse en los parámetros de legitimidad del congreso de Viena[61] y protegerse a futuro de represalias mancomunadas de los europeos, que se cernían sobre la continuidad de los liberales españoles. Lo que podían conversar entre ellos como dos cultos generales liberales revolucionario formados en la España antiabsolutista, no era aplicable al resto de los partidarios de uno y otro bando[62].

La respuesta de San Martín no era la claudicación que implicaba el reconocimiento del carácter colonial de América, sino un entendimiento entre ésta y España en base al credo antiabsolutista de ambas.

En ese diálogo, "San Martín propuso, en esencia, designar una junta gubernativa elegida en común por el virrey y San Martín, para encargarse del gobierno del Perú independiente y enviar dos comisiones a España para pedir al rey que designase un infante de su dinastía para reinar sobre el Perú, jurando previamente una Constitución. Pero la oficialidad del ejército español rechazó tan atrevida proposición, que, ante todo, rompía con el dominio español y colocaba a Fernando ante un hecho consumado, la independencia del Perú. Los hechos hablaban. Un imperio liberal hispánico era ya imposible, había llegado tarde y sólo cabía la independencia absoluta por medio de las armas"[63].

Cuando Bolívar por su parte establece el diálogo, propone una confederación entre América y España[64], sobre la base del reconocimiento explícito por parte de la monarquía de la independencia de los Estados americanos. Esta asociación política o "Imperio compuesto de Repúblicas perfectamente independientes, reunidas para su felicidad baxo la Presidencia, no baxo el dominio, de una Monarquía constitucional"

La respuesta de Bolívar era similar a la de San Martín pero más audaz y aún más inaceptable para la monarquía española. Ni los liberales más recalcitrantes entre los españoles se hubieran animado a suscribirlo y, sin embargo, fue una de las últimas oportunidades de salvar la unidad, tanto para España como para América.

61/En el acta final del Congreso de Viena firmada el 9 de junio de 1815 los gobiernos europeos habían decepcionado las expectativas de Fernando VII cuando la fórmula de compromiso fue acabar con los gobiernos republicanos pero no había referencia alguna a la restauración del poder de España en relación a sus colonias sublevadas.

62/"De ahí su propuesta al virrey De La Serna (liberal designado por un golpe militar contra el absolutista virrey Pezuela, en consonancia con la revolución de Rafael de Riego en España que repuso la Constitución de Cádiz de 1812) en Punchauca, que implica un cambio total en la geopolítica de la independencia, basada en la reconciliación de España y América, ¡formulada por el jefe de la rebelión mientras ganaba la guerra!". Pandra, ob. cit., p. 193.

63/Ramos, ob. cit., p. 177.

64/Según refiere Jorge Abelardo Ramos, este "Plan de reconciliación entre la España y la América", llevaba por título *Proyecto de Decreto sobre la emancipación de la América y su confederación con España, formando un grande Imperio federal,* y fue descubierto en 1966 en el Archivo Nacional de España por el embajador ecuatoriano Azpiazu Carbo. Ramos, ob. cit., p. 180

6. San Martín en la Ciudad de los Reyes

Mucho más que las victorias militares, el solo avance del ejército libertador y la adhesión que le brindaron los peruanos fueron mellando la voluntad de los ejércitos realistas asentados en Lima. En la antigua Ciudad de los Reyes, el clima popular que había aceptado la preponderancia de los realistas empezaba a cambiar. El importante batallón Numancia, uno de los encargados de prepararse para el combate directo con las fuerzas sanmartinianas, se pasó al bando patriota con sus 650 hombres en diciembre de 1820. En esto mucho tuvieron que ver las operaciones de inteligencia llevadas a cabo por los verdaderos patriotas limeños, entre los que se destacaban dos bellas mujeres, Rosita Campusano y Manuela Sáenz (las que después fueran las respectivas amantes de San Martín y de Bolívar).

"El virrey había reunido en Asnapuquio, al norte de Lima, un ejército de cerca de 8.000 hombres. Su vanguardia se había adelantado hasta ponerse a la vista del campamento de San Martín. En Lima se esperaba que de un momento a otro se empeñase una gran batalla; pero se creía generalmente que la superioridad numérica de los realistas obtendría la victoria. Sin embargo, aquella situación se prolongaba, y la excitación parecía aumentarse cada día"[65]. Pero el desconcierto se cernía no sólo sobre las tropas realistas, sino sobre el propio virrey Pezuela que no atinaba a tomar decisiones acertadas. En el campamento de Asnapuquio los jefes del ejército español en América dieron un golpe de Estado colocando a José de la Serna como el nuevo hombre al mando. Este último pertenecía al sector de los militares imbuidos por las ideas liberales y defensor del nuevo constitucionalismo del gobierno español.

José de San Martín no se quedaba quieto en su estrategia de cercar Lima. Había enviado al general Miller a tomar por mar el puerto de Pisco, que había abandonado al principio de la campaña. Mientras tanto llegaba al Perú, Manuel Abreu comisionado del gobierno constitucional español para parlamentar con los jefes insurgentes y proponerles un tratado de paz. Ese fue el marco de las conversaciones entre San Martín y las fuerzas realistas.

Fue así que estas fuerzas colonialistas se retiraron hacia los Andes, mientras San Martín entraba sin derramamiento de sangre nada menos que en Lima, otrora llamada la Ciudad de los Reyes. Eligió para hacerlo el 9 de julio, el mismo día de la declaración de independencia de las Provincias Unidas de Sudamérica. Dos semanas más tarde en Carabobo, Bolívar sella los destinos de Venezuela venciendo a los colonialistas.

Stoezer refiere que quien abrió las puertas de Lima a San Martin fue la Iglesia. Es una afirmación que sobredimensiona la decisión de la jerarquía eclesiástica, pero no el poder de la misma. En la Lima del siglo XIX, más de un cuarto de sus casi 4.000 edificios, eran propiedad de la Iglesia. Abundaban en la aristocracia peruana los grandes títulos nobiliarios, ausentes en general en el resto de la América criolla: los marqueses de Torre-Tagle, Casa-Dávila, Villafuerte, Casa-Rosa, los condes de Saavedra, Vistaflorida, San Isidro. Sin embargo, como en el resto de América, la Iglesia estaba dividida entre el alto y el bajo clero, este último generalmente mestizo o criollo y despojado de los bienes terrenales de

65/Barros Arana, ob. cit., p. 456.

la burocracia eclesiástica. Este bajo clero era el único que nunca se había comprometido con el bando realista, el resto de la Iglesia, como el elemento oligárquico que dominaba la opulenta ciudad, había sido la base de sustentación del absolutismo desde el virrey Abascal en adelante. Y ahora, sin despeinarse, se preparaba para recibir con oropeles a San Martín como libertador del Perú.

No sin razón dice el autor cubano Sergio Guerra Vilaboy que "Las atrevidas campañas de Bolívar y San Martín tuvieron otro efecto: atemorizar al ala conservadora de la aristocracia criolla, hasta entonces fiel aliada de España. El sensible cambio en la correlación de fuerzas, que desde principios de la década de 1820 –victorias de Maipú y Boyacá– se inclinaba a favor de los libertadores, compulsó al sector criollo conservador a romper con la metrópoli y aceptar la inevitable independencia. El oportuno giro aristocrático, principalmente en los bastiones realistas de Perú, México y Centroamérica, les permitiría llenar el vacío de poder creado con la retirada de España y la manifiesta incapacidad de los libertadores para sustituir a la Corona en forma efectiva después de conseguida la emancipación. Además, en estas regiones la ruptura con la metrópoli fue precipitada por las peligrosas perspectivas que se abrían para las elites enfeudadas con los triunfos liberales de la península ibérica"[66].

En efecto, en algo de ese cambio de actitud de la oligarquía limeña y en la jerarquía eclesiástica está la victoria de los sectores liberales y constitucionalistas de Riego en España, que ya estudiamos. Se trata de un proceso paralelo al ocurrido con Iturbide en México –que culmina con su coronación como emperador, que explicaremos luego–, pero con la diferencia de que en el Perú no lo conduce un general reaccionario sino un militar comprometido con la revolución, lo cual lo hace una mezcla especialmente volátil. "Todos los elementos de tendencia conservadora, la Iglesia, los grandes terratenientes, que hasta ese momento se habían mantenido leales a España, se unieron a los defensores de la independencia americana. Preferían vivir en una república nobiliaria sudamericana, que soportar una monarquía liberal"[67].

En Lima, antigua capital virreinal, se declaró solemnemente la independencia del Perú y el general de los Andes fue proclamado Protector[68] el día 28 julio de 1821. A partir de ese momento San Martín se dispone a ejercer el gobierno esquivando el terreno minado que le esperaba en la antigua capital de toda la América del sur española. San Martín crea la bandera peruana con los colores rojo y blanco[69]. Por gestión de su ministro Monteagudo,

66/Guerra Vilaboy, Sergio, Etapas y procesos en la historia de América Latina, Veracruz, Universidad Veracruzana, 1997, p. 26.

67/Ramos, ob. cit., p. 177.

68/Cabe destacar el detalle de que cuando San Martín elige un título para ser nombrado en Perú, escoge al mismo que ostentaba Artigas respecto de las provincias federales y no el de director supremo, como tenía el poder centralista porteño.

69/Según la versión de la historia que se cuenta en los colegios en Perú, basada en una publicación literaria del escritor Abraham Valdelomar, el general San Martín, habiendo desembarcado en las costas del sur de Pisco (bahía de la Independencia en la actual Reserva Nacional de Paracas), se habría inspirado en los colores de las parihuanas, unos flamencos de alas rojas y pecho blanco. Pero

crea la Escuela Normal, que es la primera en América de este tipo. La orientación de su gobierno en Lima le valió tanto el apoyo popular como la hostilidad del alto clero, partidario del absolutismo español, pero con mucha cintura no entró, por lo menos al principio, en una confrontación directa esa la oligarquía, llena de títulos, bienes, tierras y esclavos. Era una clase opulenta y conservadora y muy celosa de sus privilegios.

Buenos Aires hacía rato que, dominada por los sectores más interesados por los negocios con los británicos que de terminar el proceso libertador, ya le había dado la espalda. Otro tanto ocurría con la oligarquía de Santiago de Chile, más allá de la buena voluntad de O´Higgins. Cochrane, alegando que había jurado obediencia a Chile y no al Perú, había librado a su suerte en los mares al general San Martín. Ambas oligarquías lo acusaban de haberse robado un ejército porque comprendían que el proceso emancipatorio les era ajeno. Y protestaban no haberse beneficiado económicamente por los recursos que habían puesto en la campaña de Chile y de Perú respectivamente.

En Lima, después de haber hecho jurar la independencia, San Martín se dirige a su tropa, su principal base de sustento en una Lima que era un tembladeral de conspiraciones, y les habla en poéticos términos de agradecimiento: "Ocho años os he mandado, y al fin vuestras virtudes y constancia, bajo los auspicios del cielo, han producido la independencia de la América del sur; sobre los hielos de la cordillera de los Andes, surcando las aguas del Pacífico, y en las costas desiertas del Perú, la patria os vio siempre contentos. Hambres, desnudeces, fatigas y muertes habéis arrostrado con entusiasmo: celosos de excusarme disgustos, habéis dado al mundo el primer ejemplo de la más célebre fraternidad entre ejércitos de dos naciones. Rivales sólo en buscar los peligros, firmes en la desgracia, moderados en la victoria, feroces en el combate, hermanos de los pueblos que habéis libertado y protectores de los desgraciados, éste ha sido el distintivo del ejército libertador".

"Tan cuidadoso, tan preciso, tan correcto fue San Martín en su acción gubernativa que pese a detentar el poder absoluto, promulgó y juró de inmediato un estatuto provisional que autolimitó sus atribuciones"[70]. Ordenó las finanzas limeñas y se preocupó por la instrucción y la cuestión cultural, creando la biblioteca de Lima. Declaró la ciudadanía natural de los pueblos originarios y la libertad de vientres. Además estableció que el Estado se haría cargo de liberar, todos los años, 25 esclavos.

Pero la entrada en Lima no significaba que el proceso de independencia se hallaba aun concluido. El virrey De la Serna, que había huido hacia la sierra, dio un hábil giro localista a su autoridad para aprovechar el histórico resentimiento contra los limeños y su secular prepotencia contra los serranos. La fortaleza del Callao que por entonces estaba en manos de los realistas al poco tiempo vuelve a manos de las fuerzas de San Martín, porque se da

---

la realidad es bastante distinta. Para comienzo de la década de 1820, el libertador San Martín estaba convencido que en esa coyuntura solo tenía viabilidad para consolidar la independencia americana la instauración de una monarquía constitucional por lo que utilizó símbolos monárquicos para definir la bandera. Durante varios siglos la bandera del reino de Castilla fue roja y blanca. Fue el color adoptado por el reinado de los Habsburgo hasta ser modificado por el azul y blanco de los borbones. De color rojo y blanco, también, era la bandera histórica del Virreinato del Perú.

70/Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 47.

vuelta el comandante a cargo el general José La Mar, peruano de nacimiento. El ejército independiente así como las fuerzas políticas patrióticas se iba engrosando con oficiales y políticos peruanos que hasta entonces habían servido en el bando realista. San Martín los incorporaba a todos, porque el movimiento libertador necesitaba tener cada vez menos enemigos para cumplir sus propósitos e incluso daba pruebas de confianza como cuando a Santa Cruz (natural de La Paz pero pasado recientemente a las fuerzas patriotas después de caer prisionero en Pasco) le encarga ir en auxilio de las exiguas tropas de Sucre en Guayaquil para completar la liberación de Quito. A Tristán, primo y segundo de aquel arequipeño de apellido Goyeneche, que había hecho morder el polvo a fuerzas enviadas por la revolución desde Buenos Aires, lo nombra comandante militar de Ica en el sur peruano. Esta amplitud de San Martín era tenida por algunos partidarios patriotas como una debilidad y por algunos pillos disfrazados de patriotas, como antes habían estado disfrazados de realistas, como una oportunidad para seguir persiguiendo sus objetivos individuales y la defensa de sus intereses económicos.

"El partido de San Martín, que era el partido hispanoamericano, representaba en buena medida la exaltación del Perú en el concierto general. Y los caudillos locales, a despecho de las ideas que sustentaran respecto de las normas monárquicas, apoyaban la consolidación de un imperio que, como se presentaban las cosas, mantendría la tricentenaria alcurnia virreinal a fuer de motor de los pueblos hermanos. San Martín, no importa si consciente o inconscientemente, insuflaba con su política las románticas aspiraciones del peruanismo"[71].

71/Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 50.

CAPÍTULO XXIII
DE LA VICTORIA DE LAS MONTONERAS Y A LA RESTAURACIÓN OLIGÁRQUICA EN BUENOS AIRES

"Son infructuosos todos los esfuerzos que haga la administración de Buenos Aires para que la revolución refluya en favor de los enemigos de la libertad de los Pueblos. La Providencia dirige nuestros pasos y vela por nuestra conservación. El año 20, decían los aristócratas, era el que debiera marcar el fin de la Revolución estableciéndose el poder absoluto para consumar nuestro exterminio, repartiéndose entre sí los empleos y riquezas a la sombra de un niño coronado".

Francisco "Pancho" Ramírez

1. Desde la victoria de los caudillos a la restauración de los comerciantes

Cuando los gauchos hermanados de Estanislao López y Pancho Ramírez avanzan sobre Buenos Aires es el principio del fin del Directorio. El 9 de junio de 1819, luego de dos rechazos consecutivos, el Congreso aceptó la renuncia del director Pueyrredón, designando en su reemplazo a Rondeau, quien ya se había desempeñado poco antes como suplente. El nuevo director, dispuesto a imponer por la fuerza su autoridad en todas partes ordenó la marcha sobre Buenos Aires de los ejércitos destinados a la defensa exterior. Pero como hemos visto, la negativa de San Martín y la sublevación de Arequito habían frustrado las intenciones de la nueva autoridad central. Las fuerzas unidas de Santa Fe y Entre Ríos (pero que en conjunto apenas superaban en medio millar de gauchos) avanzaron hacia Buenos Aires y destruyeron en la batalla de en Cepeda (1ffl de febrero de 1820) a las débiles legiones directorales, poniendo fin al régimen centralista, pero no a la política porteñista de Buenos Aires que siguió a la sombra conspirando.

Conocida en la capital la noticia de la victoria de los gauchos litoraleños, el pánico invadió a la aristocracia porteña, ya que se esperaba un brutal saqueo por parte de las tropas vencedoras, a las que la opinión de la "gente decente" de la ciudad tenía por "chusma". Lejos de ello, éstas acamparon en el pueblo de Pilar, a 50 km de Buenos Aires y desde allí impusieron la disolución del Congreso y del Directorio.

El saqueo que esperaban nunca se produjo. Pero los sectores populares del Buenos Aires y su campaña se sintieron plenamente solidarizados con los principios de los vencedores de Cepeda. "El día 2 de febrero la multitud ganó las calles de Buenos Aires, rebasó los mecanismos de la represión y en entusiastas manifestaciones, destruyó un medio millar de faroles de alumbrado"[1].

Finalmente, el 18 de febrero de 1820, Sarratea fue designado gobernador de Buenos

1/Bortnik, ob. cit., p. 85.

Aires. Sarratea, que era un aristócrata porteño, debió entonces discutir de igual a igual con los jefes vencedores. Ramírez y López, sentados en sendos cráneos pelados de vaca, y los tres suscribieron el 23 de aquel mes y año, un tratado, en representación de Buenos Aires, Entre Ríos y Santa Fe. Se trató del referido Tratado de Pilar[2].

Este triunfo de la montonera federal se vería empalidecido en los hechos por las variantes de la conspiración de Buenos Aires que van tratando de enredar a López y a Ramírez en una embestida contra Artigas, quien, como hemos visto, estaba en una situación delicada después de la derrota frente a los portugueses en Tacuarembó.

Cuando poco tiempo después el general Martín Rodríguez es gobernador de la provincia de Buenos Aires, vuelve el porteñismo al poder. El general Rodríguez, pone como ministro de gobierno y canciller nada menos que a Bernardino Rivadavia, quien acababa de regresar de Europa. La guerra de Buenos Aires contra los pueblos del interior de las provincias unidas tenía nuevamente en funciones a su principal mentor.

Con el tratado de Pilar se habían reconocido las autonomías de las provincias, pero con la caída en desgracia de Artigas, no había quien pudiera unificarlas en una confederación. No había más autoridades nacionales y va a costar muchos años que la haya. En términos jurídicos, hasta 1862, después de la batalla de Pavón y el definitivo predominio porteño. Sin embargo, a partir de 1830, Rosas como gobernador de la provincia de Buenos Aires, tiene un reconocimiento de primus inter pares, y a su conducción se dejan cuestiones importantes como la representación de la Confederación en las relaciones exteriores.

Por aquel entonces la contradicción entre Litoral, Interior y Buenos Aires, siguen soterradas. La ausencia de un poder nacional no implica que no sigan existiendo por lo menos dos proyectos de país sustancialmente distintos.

"Frente a cierto estilo de dominación porteña –estatismo centralista, conciencia cultural a la europea y utopía política refractaria al medio, los caudillos agitan sus pendones al soplo del espíritu de autoctonía. Son, casi sin excepción computable, hombres de arraigo cuyo temperamento los vuelve reacios al exotismo exagerado que advierten en los Licurgo manipuladores de constituciones" dice el autor nacionalista Sánchez Sorondo[3].

Los caudillos, aun cuando generalmente provengan de clases acomodadas, cifran su autoridad en el liderazgo que ejercen sobre las masas que se alistan bajo su mando en forma de montonera[4]. El partido unitario, de raíz liberal, tiene una confianza excesiva en

---

2/El tratado suscripto en la localidad bonaerense de Pilar, establecía el sistema federal como forma de gobierno, la realización de un congreso general con diputados de todas las provincias, la libre navegación de los ríos Paraná y Uruguay (una importante reivindicación del sistema económico del litoral), la colaboración de las tropas de Buenos Aires apoyando a Artigas, quien en aquellos momentos combatía contra los portugueses, por el control de la Banda Oriental y el juzgamiento de los directores supremos y congresales, por sus crímenes contra la libertad de la Nación.

3/Sánchez Sorondo, ob. cit., p. 47.

4/"Si el prócer ostenta grado militar, con harta frecuencia sus intervenciones políticas tomarán el atajo del golpe de Estado o acabarán mezclándose con una sublevación de cuartel. No todos pero casi todos nuestros próceres con hábitos castrenses en ocasiones decisivas se valieron de las armas nacionales para imponer una solución política o simplemente para tomar el poder. Saavedra, el

una institucionalidad no arraigada, que crea frecuentemente de espaldas a las constituciones reales de los pueblos y su autoridad está basada en la "gente decente" y la opinión pública (o publicada) que domina la política de la ciudad de Buenos Aires "Por eso, mientras el caudillo en virtud de su carisma puede, sin los recursos del Estado, disponer de fuerzas propias para disputar el poder y, si cabe, conquistarlo, la acción de los próceres gira en la órbita del Estado; toda su vida pública se abastece de la posesión del poder al que llegan como hombres representativos en andas de esa opinión solidaria, aunque con frecuencia los medios empelados no sean legales y para dirimir posiciones necesiten de las armas"[5].

El caudillo es expresión de la democracia bárbara, demasiado turbulenta y poco prolija como para ser aceptada aun hoy por los amantes del formalismo democrático, más que de la sustancia de la voluntad popular. El caudillo nunca está solo, es en multitud, esa es su esencia. "El señorío del caudillo adquiere consistencia merced a la vastedad del número de sus incondicionales cuya adhesión –semejante a un plebiscito espontáneo– se vuelca en ondas de sensibilidad popular. Aunque no sea necesariamente un demagogo, puesto que su carisma no se materializa al través del sufragio, de cuyas formalidades prescinde, el caudillo es, sí, el amigo del pueblo entendiendo por tal a la plebe suburbana y campesina: el amigo del pueblo que está, además, en condiciones de armarlo"[6]. No en vano, Arturo Jauretche, en un paralelismo histórico, decía que el caudillo era el sindicato del gaucho.

Eduardo Astesano le da un vuelta de tuerca al analizar la estructura económica que produce el caudillismo: "La rebelión montonera nace de la destrucción de los sistemas productivos tradicionales, hecho que empujaba a las masas de las campañas y poblados al hambre y la miseria, que llegó a tal grado que las obligó a entrar violentamente en la escena político-militar, como único medio de defenderse colectivamente de la invasión de las mercancías inglesas y de los soldados de línea de las ciudades portuarias. De allí surgió la montonera, de gauchos, criollos, negros e indios, que se unieron alrededor de un jefe, para enfrentar el 'progreso' europeo que se les venía encima, impuesto por la violencia, envuelto en las ideas de libertad y democracia"[7].

---

parsimonioso jefe de los Patricios, ocupa la presidencia de la Junta de Mayo. Alvear, víctima de la insurgencia de los coroneles que se resistieron a su mando en el norte y derrocado en 1815 como director supremo por el alzamiento de Álvarez Thomas, se transforma en un jefe que ora se une a las depredaciones ambulatorias de José Miguel Carrera, ora se lanza a contener los avances de los caudillos del litoral. San Martín no sólo interviene con sus tropas en la revolución de 1812 sino que en 1819 al mando del Ejército de los Andes desobedece al gobierno central que le ordena bajar a Buenos aires. José María Paz, que odiaba tanto como San Martín la chirinadas y turbamultas con que se desenfrena la anarquía, participa con los restos del Ejército del Norte del motín de Arequito; y años después se dividirá con Lavalle el mando de los regimientos que volvían de la guerra de Brasil derrocando en Córdoba a Bustos, su aliado en aquella primeriza aventura. ¡Y para referirnos a tiempos más cercanos, qué decir de Mitre o de Roca que entreveran las armas en pronunciamientos de notoria dimensión política!". *Ibid*., p. 49.

5/*Ibid*., p. 48.

6/*Ibid*., p. 50.

7/Astesano, ob. cit., p. 89.

El pueblo de las provincias, las del interior y las del litoral, produjo una verdadera rebelión colectiva federalista, no como defensa estricta de una forma de organizar el gobierno, sino como un proyecto de país –aunque no explicitado– que transita en búsqueda de un horizonte que trasciende la mirada mezquina de Buenos Aires. Organizadas en torno a los caudillos, los pueblos de las provincias le otorgan a estos el mandato insoslayable de dar pelea, en la política y en la guerra, contra la unificación y la civilización a palos que impulsan a los porteños de la mano de su economía pro inglesa. "La reacción popular apoyó la fórmula contraria de la 'federación a cuchillo', que expresó, dentro de la violencia social desencadenada, el otro camino, el tradicional de liberación económica para todos los países"[8].

8/*Ibid*., p. 89.

CAPÍTULO XXIV
LA OFENSIVA DESDE EL NORTE DE SIMÓN BOLÍVAR

"El sistema de gobierno más perfecto, es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social, y mayor suma de estabilidad política"
Simón Bolívar

1. La Gran Colombia

Después de dejar a Santander[1] al frente de Bogotá, Bolívar regresó a Angostura en diciembre de 1818. Había prohibido tomar represalias contra los realistas rendidos, pero Santander hizo caso omiso de estas órdenes y ejecutó a 38 españoles. La única razón era que quería reafirmar su autoridad frente a las conspiraciones urdidas después de la partida del Libertador.

En el camino se cruzó tanto con Páez como con Sucre, quien le advirtió de los sucesos de la provisional capital venezolana. Morillo había concebido que su única oportunidad consistía en forzar una ofensiva en la zona de Oriente y destinó a esta región gran parte de sus fuerzas, además de las que mantenía en los Llanos. La alarma que recorrió ante esta situación en Angostura, hizo que el general Arismendi tomara el poder. Después del golpe colocó a Mariño al frente de las tropas.

Cuando Bolívar regresó a Angostura se encontraba todavía en el poder Arismendi. Pero éste, aunque venía criticando al Libertador, se sometió rápidamente a su autoridad. Bolívar proclamó la existencia de Colombia (generalmente conocida como Gran Colombia) formada por la antigua capitanía de Venezuela y el virreinato de Nueva Granada (con el nombre de Cundinamarca) a la que se incluiría –cuando fuese liberada– la presidencia de Quito. Fue significativo que en la nueva conformación jurídico política incluyera también a esta región aun en manos de los realistas. Bolívar sería presidente de la gran Colombia y Santander vicepresidente de Cundinamarca con sede en Bogotá. Se fijó ahí también la fecha de enero de 1821 para la reunión en la Villa del Rosario de Cúcuta, frontera entre Venezuela y Cundinamarca, para el Congreso General de Colombia. "La formación de la República de Colombia, después de las grandes victorias alcanzadas por Bolívar, importaba el triunfo de la revolución de la independencia en aquella parte de la América; pero

1/"El vicepresidente por Cundinamarca (actual Colombia) era el general Santander, un bachiller en leyes, que encarnará al poco tiempo las aspiraciones puramente regionalistas del partido liberal, aquellos heroicos exportadores de cacao, café, añil, tabaco, algodón, quina y oro interesados en las supresión de los derechos de exportación y de las tasas de importación. Exportadores y burguesía comercial, fueran bogotanos, caraqueños o guayaquileños, tales eran los factores del separatismo regionalista que harán estallar en mil pedazos la Gran Colombia". Ramos, ob. cit., p. 156.

quedaban todavía españoles dominado todo el norte de Venezuela y Nueva Granada, y el extenso territorio que formaba la presidencia de Quito"[2].

Cuando Riego se pronunció en España, las cosas cambiaron también en el norte de América del sur. En lugar de la expedición mortífera para arrasar a los americanos sublevados, Morillo sólo recibió una carta en que se le ordenaba negociar con los rebeldes para reincorporarlos al imperio, con la Constitución de Cádiz como plataforma política. Es claro que, aun en esos tiempos, se seguía leyendo la revolución en América como una guerra civil contra los absolutistas y no como había devenido en una revolución nacional. Morillo fue obligado a sentarse nada menos que con quien más odiaba en la vida, porque le había arrebatado su gloria de soldado: el presidente de la Gran Colombia. Morillo, como militar profesional que era, cumplió con la orden y no se podía pensar a sí mismo incumpliéndola, sin transformarse en un rebelde como aquellos que combatía[3]. El encuentro no era una cuestión menor: por primera vez los patriotas no eran tratados como delincuentes sediciosos sino como beligerantes a los que les cabían los principios de la guerra.

En efecto, si bien en la península las consecuencias del levantamiento de Riego implicaron algunos años de monarquía constitucional (porque no dio la correlación de fuerzas para establecer una república) y el avance de los sectores progresistas en el gobierno, donde mayor impacto político tuvo fue en América. Como el proceso revolucionario estaba cruzado por la impronta de guerra civil con que comenzó, la aceptación de la Constitución de Cádiz por Fernando VII provocó que antiguos realistas se pasaran a las filas de los patriotas. Así sucedió en varios puntos de la costa de la gran Colombia, como también en los Llanos, donde las fuerzas de Zaraza incorporaron gran cantidad de hombres de las guerrillas rivales.

Morillo le escribió a Bolívar proponiéndole la cita y un armisticio con la aceptación de la Constitución española. Al Libertador la noticia de la fracasada expedición le dio aire, a su vez, y el armisticio le confería el tiempo necesario para reclutar y entrenar las tropas necesarias para dar el golpe final a las tropas colonialistas, pero rechazó con desdén la idea de someterse nuevamente al poder colonial[4].

Para Bolívar el encuentro bien valía por el armisticio que, según sus palabras se podía definir como la contracara de la declaración de la guerra a muerte: "Fue la excusa para tener tiempo de regularizar la guerra y se aprobó exactamente lo que yo había escrito. Era un tratado sensato, humano y político, que puso fin a esa espantosa carnicería de asesinar

---

2/Barros Arana, ob. cit., p. 440.

3/Liévano Aguirre refiere que cuando Morillo recibió estas instrucciones de ponerse en contacto con los patriotas exclamó. "Están locos; ignoran los que mandan, no conocen el país, ni los enemigos, ni los acontecimientos; quieren que pase por la humillación de entrar en estas comunicaciones; entraré en ellas sólo porque mi profesión es la subordinación y la obediencia". Liévano Aguirre, ob. cit., p. 210.

4/Lo hizo con la sutileza que lo caracterizaba mandando como respuesta al requerimiento de Morillo una carta donde decía "me tomo la libertad de dirigir a Vuestra Excelencia la adjunta ley fundamental que prescribe las bases únicas sobre las cueles puede tratar el gobierno de Colombia con el español" y le mandó una Constitucion de la Gran Colombia. Era claro que la idea de encontrar la unidad en la Constitución de Cádiz no cuadraba al Libertador.

a los conquistados, de no dar cuartel a los prisioneros de guerra. Una barbarie española que los patriotas se vieron obligados a adoptar como represalia, haciendo retroceder la civilización, convirtiendo el suelo de Colombia en morada de caníbales, empañándolo de sangre inocente, hasta conseguir que toda la humanidad se estremeciera".

"El 26 de noviembre de 1820 se firmó un tratado de regularización de la guerra, en la misma casa donde siete años antes había firmado el Libertador el decreto de guerra a muerte"[5]. Todo un símbolo de cómo se venía revirtiendo el eje de la guerra anticolonialista.

"Firmado el armisticio, Morillo quiso realizar el último intento para dar a la situación política de América un giro favorable a España; pero ni en este momento, cuando su impotencia era manifiesta, pudo desprenderse de ese arrogante sentimiento de superioridad que, durante cuatro siglos, había llevado a los españoles a mirar con menosprecio a las gentes nacidas en América. Hijo de este complejo fue el razonamiento que le llevó a solicitar a Bolívar una entrevista, en la cual esperaba obtener, por la influencia de su persona, todo lo que no había logrado ganar o estaba a punto de perder en los campos de batalla"[6].

Finalmente, el encuentro entre los dos jefes, el de los colonialistas y el de los revolucionarios, se produjo en Trujillo dos días después de la firma del acuerdo.

A diferencia del encuentro de San Martín con el general De la Serna –dos oficiales de similar formación, ambos liberales pero luchando para causas diferentes–, en este encuentro entre Bolívar y Morillo se cruzaban dos tipos de hombre bien distintos. Uno, con el aire de los conquistadores españoles, que había surgido en un hogar humilde en España pero que se sentía superior a todos los americanos, que había tomado odio a todo lo referente a esta tierra en la que le había tocado servir militarmente a su rey. Un hombre de orden, un conservador que despreciaba a los rebeldes que más de una vez había subestimado. El otro, un hombre que se había criado como criollo mantuano, que había pasado años de su juventud en Europa despilfarrando su fortuna, de la que había sido privado por meterse a revolucionario renunciando a los honores de su clase. Un hombre de sangre española e indoblegable espíritu quijotesco. Un hombre que encontraba en la causa americana la justificación de su existencia. Un revolucionario que había aprendido a amar a su pueblo peleando codo a codo con él.

O´Leary, uno de sus lugartenientes y testigo del encuentro, lo describe: "Al aproximarse los jinetes, Morillo quiso saber cuál de ellos era Bolívar. Se lo señalé y exclamó: '¿Cómo? ¿Ese hombrecillo de la casaca azul y gorra de descarte montado en una mula?'"

El realista Pablo Morillo llevaba puesto el más lujoso de sus uniformes de general, luciendo orgulloso todas sus condecoraciones –muchas de ellas como sus títulos de nobleza obtenidos en batallas contra los patriotas americanos–. Las insignias de su rango ero que hacía que este rústico general se sintiera por encima de su archienemigo, al que tenía que convencer de las bondades de una Constitución que él mismo repudiaba.

Bolívar llegó vestido con poca pompa; un poco para expresar el desprecio por la autoridad española, tan distinto a cómo se vestía para entrar en las grandes ciudades de América. Lo cual nos permite explicar el porqué de esas entradas triunfales cuyo propósito era

5/Acosta Saignes, ob. cit., p. 272.

6/Liévano Aguirre, ob. cit., p. 214.

impresionar a sus compatriotas citadinos. Era claro que consideraba que de nada servía impresionar a los realistas: eran sus enemigos.

"Morillo esperaba encontrar a un caudillo vanidoso y susceptible de ser impresionado por los símbolos del poder tradicional que él representaba y exhibía. En cambio, sólo encontró un hombre sobrio, medido, superior en todo, que desde el principio ejerció un dominio absoluto sobre las deliberaciones, por el espontáneo ejercicio de esa voluntad suya que en las más altas posiciones históricas se sentía mejor respaldada por la tradición de una antigua estirpe de señores, que nunca pusieron en duda su derecho a ser obedecidos" dice el historiador colombiano Liévano Aguirre[7].

En su carta posterior, explicando a su gobierno el encuentro, Morillo dice: "Nada es comparable a la incansable actividad de este caudillo. Su arrojo y su talento son sus tributos para mantenerse a la cabeza de la revolución y de la guerra: pero es cierto que tiene de su estirpe española rasgos y cualidades que le hacen muy superior a cuantos le rodean".

Como en el caso de San Martín con De la Serna, los encuentros con los líderes patriotas de los generales colonialistas no pudieron llegar a ningún entendimiento verdadero. Finalmente, el virrey Sámano por negarse a jurar la constitución de 1812 se terminó retirando y Morillo, decepcionado, también pidió la baja[8] para volverse a España. "Dos semanas después de encontrarse con el Libertador por primera (y última) vez, el Pacificador dejó La Guaira. Sabía que la causa realista estaba perdida al cabo de siete años de encarnizada lucha y había decidido no presidir el funeral. Le sucedió La Torre, según Bolívar 'hombre menos activo, menos capaz, y mucho menos soldado'"[9].

El armisticio establecido entre Bolívar y Morillo duró hasta que en abril de 1821, después de que Maracaibo se rebelara contra los realistas sin intervención externa. Bolívar había aprovechado cada minuto del armisticio para preparar y templar su fuerza para la batalla decisiva.

Descartado el auxilio desde la metrópoli, los colonialistas estaban librados a su suerte. Y tenían miedo. Las noticias de España hacían que la independencia fuera concebida por las mayorías como un hecho inexorable.

El comandante La Torre entró en pánico, tanto como los realistas de Caracas, que empezaron a huir raudamente con rumbo a La Guaira para escaparse por vía marítima con lo que pudieran salvar de sus pertenencias. El general realista decidió enfrentar al avance de las tropas patriotas encarado por Páez, en las inmediaciones del lago Valencia, dejando atrás las planicies de Carabobo. Páez se unió con Bolívar; juntos sumaban 6.500 hombres contra 5.000 de los colonialistas. Las cargas de los llaneros fueron demasiado para un ejército colonialista sin alma y derrotado moralmente.

En la batalla murió el "Negro Primero", un ex esclavo grandote y fiel que era el encar-

7/Liévano Aguirre, ob. cit., p. 216.

8/"En diciembre de 1820, el general Pablo Morillo obtuvo su retiro de la capitanía general de Venezuela (...). Continuó en España su extensa carrera militar, pero, identificado con los liberales y constitucionalistas de los años veinte, en un ambiente de intrigas y purgas, resultó él mismo sentenciado por un tribunal 'de purificación', perdiendo sus cargos". De Titto, ob. cit., p. 106.

9/Harvey, ob. cit., p. 204.

gado de recoger a Páez cuando le daban ataques de epilepsia en el campo de batalla.

Carabobo aseguró la definitiva independencia de la región con centro en Caracas. La patria de origen del Libertador estaba liberada. No obstante, Bolívar en ningún momento perdió el sentido de que la lucha era sudamericana. Por eso escribió poco después de la victoria al Libertador San Martín: "Mi primer pensamiento en el campo de Carabobo, cuando vi mi patria libre, fue V.E. y su ejército libertador. Al contemplar que ya ningún obstáculo se oponía a que yo volase a extender mis brazos al libertador de la América del Sur, el gozo colmó mis pensamientos. V.E. debe creerme: después del bien de Colombia, nada me ocupa tanto como el éxito de las armas de V.E. tan dignas de llevar sus estandartes gloriosos donde quiera que hay esclavos que abriguen a su sombra. Quiera el cielo que los servicios del ejército colombiano no sean necesarios a los pueblos del Perú. Pero él marcha penetrado de la confianza de que, unido con San Martín, todos los tiranos de la América no se atreverán ni aun a mirarlo". Una carta similar le escribe al chileno O´Higgins, expresándoles sus "deseos de participar de las glorias del ejército libertador el Perú, el de Colombia marcha a quebrantar cuantas cadenas encuentre en los pueblos esclavos que gimen en la América meridional". Era muy claro y contundente cuál era la patria que había que liberar.

Bolívar se retiró unos días a su antigua finca familiar de San Mateo, más bien a sus ruinas, donde no quedaban más que tres esclavos de los más de mil que tenía. Una vez allí, el Libertador les dio la libertad y se quedó unos días a reflexionar sobre los despojos de los que fuera su próspera hacienda. Pensando los desafíos que tenía por delante habló del "terrorífico caos de patriotas, especuladores, egoístas, blancos, negros, federalistas, centralistas, republicanos, buenos y malos aristócratas, y el cúmulo de distintas jerarquías, que se subdividen en distintos grupos". Como dice el historiador británico: "Ahora que el opresor que los mantenía unidos –España– había sido derrotado, temía más que nada que el nuevo Estado se desintegrara en facciones, guerra civil y anarquía" (Harvey, 2002: 209).

El proceso de avance sincrónico en el camino de la independencia se registra claramente por aquellos tiempos, casi al mismo tiempo que San Martín entra en Lima (9 de julio), se libra la batalla de Carabobo (21 de junio), y unos días después el Libertador del sur declaraba la independencia peruana (28 de julio). Todo esto sin tiempo material para que la victoria en un lado tuviera influencia en la victoria en el otro, dado que para comunicar de un punto a otro, en aquella época, implicaba meses.

Bolívar convocó, entonces, a un congreso en Cúcuta con la idea de promulgar una nueva Constitución para la gran Colombia, pero este congreso ignoró gran parte de las indicaciones de Bolívar actuando con mucha autonomía y contradicciones internas. Los conflictos eran cada vez mayores incluso con sus propios hombres, como Santander.

Sin embargo, y ante su solicitud, el congreso le dio a Bolívar facultades extraordinarias: podría aumentar el ejército, exigir contribuciones forzosas, conferir grados y ascensos, organizar los territorios liberados e imponer penas y conceder indultos. Era la base jurídica necesaria para que el Libertador continuase su campaña militar hacia el sur.

"Rara vez un hombre alcanzó en pocos años más prestigios y más respeto en su patria, y mayor renombre en el extranjero que el Libertador. Bolívar fue mirado en Colombia con una veneración que rayaba en fanatismo. No había honor que no se le tributara, ni distinción a que no se le creyera merecedor. Se le decretaban estatuas y monumentos que recor-

daran sus proezas, y se le llamaba por todas partes el padre y fundador de la República. En el extranjero, el prestigio de Bolívar fue también inmenso. Para los europeos, su nombre simbolizaba toda la historia de la revolución hispano-americana, de tal modo que mientras desconocían casi completamente las hazañas y, en cierto modo, hasta los nombres de San Martín, de Páez, de O´Higgins y de Morelos, el de Bolívar era repetido en Europa como el de un segundo Washington, más brillante y más impetuoso que el primero" (Barros Arana, 1960: 449). Sin embargo, todo este prestigio no constituyó un escudo suficiente para las contradicciones internas de los hombres de América, sobre todo contra los intereses económicos de las oligarquías regionales que ya se hallaban en plena estrategia de construcción de patrias chicas, dominadas por su arbitrio, en plena o solapada confrontación con el proyecto libertador y sudamericano de Simón Bolívar. Así, la insoportable guerra entre las diferentes fracciones y sus intereses comenzó ya en vida del Libertador.

La provincia de Venezuela, con sus arcas exhaustas después de tantos años de guerra no podía financiar la continuidad del proceso libertador sin permitir, al mismo tiempo, la acumulación de las clases dominantes mantuanas repuestas en el poder y aliadas con los militares que habían conquistado la libertad. Quien podía proveer de esos recursos era precisamente la zona de influencia de Santa Fe de Bogotá, y Santander se paraba sobre esos recursos para negociar. Pero el objetivo del Libertador era dirigirse hacia el sur, hacia el centro mismo del poder colonialista en América: el Perú, sin el cual no se podía hablar de una independencia definitiva. Ese objetivo estaba sobre todo. Bolívar escribía a Santander diciendo que con los recursos que le pedía iba a regalarle en Perú "dos hermanas a Boyacá y Carabobo". Mientras tanto las fuerzas patriotas de Bermúdez habían expulsado a los últimos españoles de Venezuela en Cumana, y Montilla hacía lo propio en la antigua Nueva Granada al tomar la fortaleza de Cartagena.

Finalmente, también La Torre se embarca rumbo a España dejando al frente de los realistas al más sanguinario y más resistente de los jefes colonialistas: el general Morales. Este personaje oscuro seguía aguantando en el fuerte de Puerto Cabello. En Panamá estallaba una revolución contra los colonialistas y se unía a Colombia. Bolívar ya controlaba una porción importante de América del sur, equivalente a las dos terceras partes de Europa occidental, aunque como dice Harvey (2002: 210) el costo era muy alto: en el transcurso de la guerra para conquistar la independencia habían muerto 250.000 personas. Quizás sea exagerada la cifra de Harvey pero sin duda que las vidas tributadas al proceso revolucionario eran demasiadas.

Con la partida del Libertador quedaba instalada la hegemonía de Santander en Cundinamarca y de Páez en Venezuela. Los mantuanos venezolanos, que habían perdido terreno en el control político de su región, se alinearon prontamente con el rústico Páez. Pero cierto es que los mantuanos venezolanos, los "criollos" de Bogotá, así como la oligarquía porteña o la limeña se consolidaban al margen de la guerra de independencia. Mientras los elementos más humildes de la población –dirigidos muchas veces por oficiales que habían nacido entre las clases acomodadas– dejaban su vida y su sangre por conseguir la libertad de la patria, las elites de las grandes ciudades trabajaban en su propio beneficio comercial y también ocupando los nuevos espacios de poder que habían abierto la fuerza de las armas.

"Los hombres de bufete, por quienes ninguna simpatía mostraba el Libertador, eran

sin embargo lo autores de las leyes que él debía seguir y tuvo una de las primeras grandes pruebas de su limitación como hombre de la guerra cuando, casi desesperado, hubo de aguardar interminablemente los permisos que necesitaba en la campaña del sur para trasladarse a Perú" (Harvey, 2002: 208).

2. Rumbo al reino de Quito

La ciudad de San Francisco de Quito era el siguiente paso en el camino de la columna norte del Ejército libertador. Los historiadores liberales argentinos sostienen que la voluntad de Bolívar de ir al sur, era apresurarse antes de que San Martín llegara a Guayaquil y lo anexara al Perú. No pueden entender la unicidad de la estrategia continental y se aferran a contradicciones secundarias que –devenidas en disputas nacionales– son ensalzadas por los historiadores posteriores de los diversos países para justificar patrias chicas y disputas chovinistas.

El general Antonio José de Sucre fue la avanzada en la zona ecuatoriana del ejército liberador bolivariano. Cruzaron territorios agrestes y montañas empinadas por desfiladeros imposibles, hasta llegar a Popayán. Allí, Sucre recibió órdenes de trasladarse por mar a Guayaquil, uno de los puertos principales del Pacífico.

"Sucre no tardó en tener que superar una serie de crisis en esa tierra de marismas, azotada por la fiebre amarilla, el contrabando y la piratería, con sus cosas insalubres construidas sobre pilotes", así describe, casi despectivamente, el inglés Harvey (2002: 211) al puerto de Guayaquil. Lo cierto es que en las condiciones de salubridad de aquellos tiempos y siendo un puerto en una región tropical, la fiebre amarilla rondaba y en cuanto al contrabando era la principal fuente de recursos de las familias acomodadas guayaquileñas tanto como lo había sido de las de Buenos Aires. La diferencia estaba en las frecuentes incursiones de los piratas que, una y otra vez, tomaban a Guayaquil como botín, porque no era una posición demasiado fortificada, aunque se encontraba en un sitio estratégico en el camino entre Lima/El Callao y Cartagena de Indias.

Cuando Sucre llegó a Guayaquil, esta ciudad ya había hecho su propio pronunciamiento por la emancipación política, que fue el 9 de octubre de 1820. Un cabildo abierto reunido ese día, ratificó el curso de un movimiento civil encabezado por la juventud criolla y el ejército acantonado en ese puerto. El cabildo designó al militar venezolano León Febres Cordero[10] como jefe superior de la provincia, pero las desavenencias con los civiles precipitaron su declinación, para que el nombramiento recayera en el poeta José Joaquín Olmedo.

De allí, "partieron comunicaciones hacia los cabildos de Quito y Cuenca, dando infor-

10/León Febres Cordero y Oberto era un militar nacido cerca de Maracaibo que luchó en las guerras de la independencia americana de casi todo el continente. No hay que confundirlo con su homónimo León Febres Cordero Ribadeneyra, un excéntrico dirigente del liberalismo ecuatoriano de fines del siglo XX, que gobernó a Ecuador en el periodo 1984-1988, siendo luego varias veces alcalde de Guayaquil. Este político pro-norteamericano poco o nada tiene que ver con aquél, por más que lo hubieran unido vínculos de sangre. Sin embargo, Febres Cordero y Oberto terminó sus días combatiendo contra el revolucionario general Ezequiel Zamora, reivindicado como propulsor de la reforma agraria por los bolivarianos del siglo XXI en Venezuela.

mes sobre la revolución del 9 de octubre e invitando a la adhesión. Y otra hacia José de San Martín y el almirante Cochrane, a fin de que tomaran en cuenta lo realizado, 'por lo que pueda interesar a sus operaciones militares y para que una armoniosa combinación apresure el destino de América'"[11]. Tal como podemos ver en este ejemplo, la idea de la independencia americana como un único movimiento no estaba solamente en la cabeza de San Martín y Bolívar.

En gran medida la revolución, de Guayaquil no hubiera sido posible sin que el marino inglés Lord Cochrane adquiriera el dominio de la costa del Pacífico. Al frente de la flota chilena, el almirante capturaba incansablemente barcos españoles.

En la ciudad de Cuenca ya sobre las sierras ecuatorianas, poco tiempo después, el 3 de noviembre, los patriotas sublevaron al mando de un joven militar, el teniente Tomás Ordóñez.

Las fuerzas patrióticas de Guayaquil entraron en combate con los realistas pero no con mucha suerte. Fueron derrotadas el 22 de noviembre en Huachi, cerca de la ciudad de Ambato, de modo que se volvieron para refugiarse en el puerto sobre el río Guayas.

Fue ese el momento salvador en que llegó providencialmente Sucre acompañado de 700 combatientes con sus respectivas armas y municiones. Traía también la orden del Libertador Bolívar de integrar políticamente a Guayaquil a la república de Colombia y juntar las fuerzas necesarias para hacer una operación de pinzas sobre Quito. Sucre libró en Yaguachi (19 de agosto de 1821) una batalla contra las fuerzas colonialistas, derrotándolas ampliamente.

Sin embargo sus fuerzas eran insuficientes para seguir subiendo hacia Quito que era un baluarte de los colonialistas. Esa es la razón por la cual firma un armisticio provisional con el jefe español Aymerich, que le permite ganar tiempo para reorganizar las fuerzas patrióticas y esperar los refuerzos que llegaban desde el sur, enviados por San Martín y al mando del coronel Santa Cruz, entre los cuales estaba el futuro general Lavalle.

"Si las tropas de Sucre eran ya continentales y hasta cosmopolitas –pues bien había guayaquileños, patriotas del interior que acudían de los pueblos del tránsito a engrosar voluntariamente las filas; venezolanos, granadinos, ingleses y españoles–, las que enviaba San Martín reunían elementos argentinos, chilenos, bolivianos y peruanos: América independiente estaba, pues, reunida para los combates decisivos"[12]. En Riobamba, camino a Quito, comandados por Sucre, los granaderos sanmartinianos al mando de Lavalle tuvieron un importante papel en la derrota de los realistas en las afueras del bonito pueblo serrano, abriendo el camino hacia la capital de la Audiencia de Quito. Fue en abril de 1822.

Mientras tanto, en diciembre de 1821, Bolívar había partido de Bogotá al frente de 3.000 hombres con destino al Perú. Para llegar al objetivo debieron transitar más de 2.500 km sobre la cordillera de los Andes recorriéndola por entre sus montañas. Antes de partir, fortaleció simbólicamente la conducción de Santander en Colombia, porque era consciente de las conspiraciones políticas que estaba a la orden del día tanto en Bogotá como en Caracas.

"Los hombres de Bolívar sortearon profundos abismos construyendo puentes, escalaron las montañas por sendas al borde de precipicios, subieron pasos rocosos a gatas, ascen-

11/Efren Reyes, Oscar, *Breve historia general del Ecuador,* Quito, Don Bosco, 1967, p. 17.
12/Ibid., p. 22.

dieron penosamente cornisas y arrecifes cubiertos de hielo"[13]. Otra vez para continuar la gesta libertadora debían los patriotas vencer el exuberante territorio de nuestra América.

En el valle de Bombona, las fuerzas del Libertador se encontraron con los últimos restos del ejército realista de la zona, cerca del bastión de Pasto. Bolívar, pese a su triunfo en la sangrienta batalla de Bombona (abril de 1822) no lograba dominar el díscolo reducto realista de Pasto.

Sucre enfrenta a las tropas realistas de Quito muy cerca de la ciudad capital. Allí consigue un importante triunfo en la batalla de Pichincha (mayo 1822) y entró a la capital, incorporándola a Colombia, como departamento gobernado por el general triunfante.

"En la batalla de Pichincha, se destacan tres principales factores de triunfo para los republicanos: 1) la genial concepción estratégica de Antonio José de Sucre, que obligó a trepar a las fuerzas realistas hasta los desfiladeros por donde él pretendía pasar, aparentemente, evitándolas; 2) la metódica acción disciplinada de todos los batallones sudamericanos de la independencia que , a pesar de la diversidad de su procedencia y de sus comandos, obedecían, como un solo hombre, al mando único de Sucre; y, 3) a la situación política, militar y social –totalmente adversa– en que le tocó actuar al presidente Aymerich y sus fuerzas españolistas, pues diariamente y por centenares, desertaban de éstas los soldados de los pueblos de Quito, por su parte, recibían con halagos o les incorporaba rápidamente a las huestes libertadoras"[14].

Poco tiempo después, el mismísimo Libertador Simón Bolívar entró triunfalmente en San Francisco de Quito el 16 de junio de 1822. Esta ciudad colonial y majestuosa anclada en medio de las montañas con sus callecitas que suben y bajan entre las estibaciones de los Andes, con sus infinitas iglesias y su orgulloso palacio episcopal tenía aproximadamente medio millón de habitantes (el conjunto de la región), la gran mayoría de los cuales eran aborígenes. Era muy distinta de la capitanía de Venezuela con su mayoría negra, o de Nueva Granada con su preponderancia blanca. En la propia ciudad de Quito había asentamientos de los pueblos originarios desde mucho antes de la llegada de los conquistadores.

La entrada de Bolívar con su caballo blanco y brioso, y su banda tricolor surcándole el pecho y sus charreteras doradas impactó a propios y extraños. Doce bonitas doncellas coronaron de laureles las sienes del Libertador en los balcones del palacio de gobierno. Durante esa entrada gloriosa, Simón recibe una corona arrojada desde otro balcón por una mujer de singular belleza; se trataba de Manuelita Sáenz. Era hija ilegítima de un comerciante español que en 1790 se había trasladado de Nueva Granada a Quito. Ese comerciante tenía su casa principal con cuatro hijos pero le instaló a su "querida" y a su hija otra casa. Después de una adolescencia agitada que va desde el noviciado en un convento a amoríos con un oficial de húsares español, Manuela había sido instada a casarse con un médico inglés mucho mayor que ella, cuyo nombre era James Thorne[15]. Pero no le

13/Harvey, ob. cit., p. 212.

14/Efren Reyes, ob. cit., p. 24.

15/"En 1816, en uno de tanto viajes a Panamá con su padre, es presentada a James Thorne, quedando éste locamente enamorado de Manuela, quien era dueña de gran belleza y distinción. Thorne consigue de Simón Sáenz el arreglo matrimonial y de acuerdo a la costumbre, Manuela acata la decisión

era demasiado fiel. Cuando el inglés, cumplió con la regla de ser el último en enterarse de las infidelidades de su mujer, decidió trasladarse a Lima.

"La señora Thorne estaba encantada de dejar la sofocante y provinciana Quito, aunque también significara dejar al húsar. En Lima, su salón se convirtió en el principal centro de intrigas políticas contra los españoles. Tan inteligente como rebelde, Manuelita desarrollo un interés apasionado por la política. Le fascinó la figura romántica del líder patriota José de San Martín, que acababa de desembarcar allá lejos de la costa peruana. Sufrió un desengaño cuando al fin conoció a San Martín –tímido, reservado, ascético–, que le concedió la Cruz de Amazona del Sol[16] por sus servicios a la causa patriótica. Manuelita se hizo íntima amiga de Rosita Campusano, que se cree fue la única amante[17] del Libertador argentino"[18].

El medico inglés decide volver a Quito. Allí encontraría la politizada e impetuosa, al mismo tiempo que hermosa, joven –de 22 años– al libertador que la conquistó definitivamente: Simón Bolívar. Seductor y buen bailarín[19], el venezolano la sedujo en un baile donde acapararon la atención de todo el mundo. Él también cayó rendido a sus pies. Por su belleza pero también por su conocimiento de política. "A los 25 años, Manuela es ya una heroína reconocida, una patriota condecorada por el general San Martín con la Orden del Sol"[20]. Ella era, además, una excelente esgrimista y era franca sin rendirle (como la mayoría de los hombres y mujeres que lo rodeaban) ninguna pleitesía a su figura de Libertador. Desde la muerte de su única mujer legal, la hija del marqués de Toro, Bolívar había abrevado en muchas mujeres, pero nunca había quedado prendado de una mujer como lo estuvo de Manuelita.

---

de su padre con respeto y resignación. El matrimonio se realiza en Lima el 27 de junio de 1817. Manuela contaba con 22 años y Thorne prácticamente la duplicaba en edad". Álvarez Saa, Carlos, "Biografía de Manuela Sáenz", en *Patriota y amante de usted. Manuela Sáenz y el Libertador,* México, Diana, 1993, p. 265.

16/El verdadero nombre de la condecoración es de "Orden de Caballeresa del Sol". Lo cual nos da dos pautas de la concepción política de San Martín. El sol era un elemento típicamente incaico con el cual el Libertador ponía en valor la tradición política del antiguo Perú y, por otro lado, otorgar el grado equivalente de "caballero" a una mujer manifestaba su voluntad de superar los prejuicios misóginos típicos del patriarcado de la época. Álvarez Saa, ob. cit., p. 265.

17/Compartimos la idea de Miguel Bonasso de que "la historia oficial, con su santoral de figuras acarameladas y bobaliconas, con sus héroes asexuados como los ángeles, ha trabajado en favor de lo que Cervantes llama 'las aguas del olvido'. Despojar a las figura históricas de las emociones y las pasiones de los hombres de carne y hueso no es un hecho inocente". Bonasso, Miguel, "El libertador, la amazona y los espejos de la historia oficial" en *Patriota y amante de usted. Manuela Sáenz y el Libertador*, México, Diana, 1993, p. 255.

18/Harvey, ob. cit., p. 215.

19/Manuela escribe: "He comprobado que Su Excelencia es un bailarín consumado e incansable, pues ciertamente baila con verdadera destreza; habilidad que según él, es la mejor manera de preparar una estrategia de guerra (esto lo dijo sonriéndome)". Poniatowska, Elena, "Manuela Sáenz" en *Patriota y amante de usted. Manuela Sáenz y el Libertador,* México, Diana, 1993, p. 247.

20/*Ibid*., p. 246.

En Quito, triunfante y relajado, les habló a sus hombres de su sueño de liberar toda América del Sur hasta el cabo de Hornos. El volcán Chimborazo, de particular belleza, el mismo que había escalado Humboldt en 1802, inspiró uno de los escritos místicos surgidos de la pluma del libertador: "Estoy envuelto por el manto de Iris, donde el majestuoso Orinoco para tributo al Dios de las aguas. He explorado las misteriosas fuentes del Amazonas, y después me empeñé en ascender al pináculo del Universo (...) llegué a la cumbre como arrastrado por el espíritu que habita en mí". Allí, el Tiempo le habló y le dijo: "Soy el padre de los siglos, el misterioso depositario de la fama; la desconocida Eternidad fue mi madre; la Infinitud señala los confines de mi reino; ningún sepulcro podrá guardarme nunca porque soy más poderoso que la Muerte, mi visión otea el pasado y el futuro, y, a través de mí, fluye el presente"[21]. Por suerte el adicto al opio (al que consumía por razones medicinales) era San Martín y no Bolívar.

3. La liberación y la unidad sudamericana ya no es sueño

En estos años, la causa de la unidad continental sudamericana que movía tanto a San Martín como a Bolívar no era una idea trasnochada de los libertadores, sino que se empezaba a materializar. San Martín ya se había hecho dueño de la otrora orgullosa capital de un virreinato que abarcaba toda la parte sur de América. "A septentrión, la guerra había terminado al cabo de las victoriosas campañas de los ejércitos de Bolívar en Carabobo (24 de junio de 1821), Cartagena (1 de octubre), Bombona (7 de abril de 1822), Rio Bamba (21 de abril) y Pichincha (24 de mayo) y el libertador venezolano había redondeado en los hechos la soñada Colombia"[22].

La identidad de pensamiento de Bolívar y San Martín se plasmó en los tratados firmados 6 de julio de 1822 entre Perú y Colombia por Monteagudo y Mosquera respectivamente. Estos tratados de unidad, liga y confederación perpetua, fijan, además, el compromiso de propiciar la adhesión de todo el resto de Hispanoamérica.

"Cuando Joaquín Mosquera llegó a Buenos Aires para pedir esa adhesión, recibió la desagradable sorpresa que su anfitrión, Rivadavia, no estaba dispuesto a ir más allá de un pacto defensivo (8 de marzo de 1823), que ni por asomo posibilitaba la unidad continental buscada. Precisamente en los propósitos comunes de unidad continental sobre la base de lo que ellos –quizás heterodoxamente– llamaban la federación bien entendida, hay que analizar las conferencias llevadas a cabo en Guayaquil los días 26 y 27 de julio de 1822 por San Martín y Bolívar, para hacer comprensible el alejamiento de San Martín del Perú a fin de que su émulo pudiera llevar a cabo, por las buenas o por las malas la consolidación de la Nación Sudamericana"[23].

Al mismo tiempo que los enviados de Bolívar para firmar el tratado peruano-colombiano, San Martín enviaba desde Lima a sus representantes para que gestionaran tanto en Chile como en la Provincias Unidas el envío de refuerzos para culminar en el Alto Perú la obra libertadora. Su argumento era claro: "El interés sagrado de la América exige

21/En Harvey, ob. cit., p. 216.

22/Sabsay; Amuchástegui, ob. cit., p. 134.

23/*Ibid*.

la cooperación de las Provincias Unidas del Sur para liberar a los habitantes del Alto Perú del tirano yugo español"[24].

Las Provincias Unidas carecían en esos tiempos de un gobierno unificado, como erróneamente interpretó Mosquera –enviado de Bolívar–, que se dirigió a Buenos Aires. San Martín, con mayor conocimiento, envió correspondencia a diversas regiones. Las provincias cuyanas respondieron al requerimiento del Libertador, también lo hicieron algunos del Litoral, como el gobernador santafesino brigadier Estanislao López. "Única y exclusivamente el gobierno de Buenos Aires negó en forma categórica su apoyo a la gestión de Gutiérrez de la Fuente [enviado de San Martín], precisamente porque ese gobierno, empeñado en lograr la hegemonía porteña en su hinterland, estaba radicalmente en contra de la unidad sudamericana. Pero ese mismo gobierno de Buenos Aires, y muy particularmente su ministro Bernardino Rivadavia, fue el gestor, organizador y formalizador del Congreso General de 1824"[25].

En el congreso general convocado a instancias de Rivadavia, el porteñismo y su centralismo recuperaban la iniciativa de las Provincias Unidas. Fue precisamente, y no casualmente, que en ese congreso "se empezó a desechar la denominación Provincias Unidas de Sudamérica para utilizar Provincias Unidas del Río de la Plata, retomando la designación utilizada en los tiempos del virreinato. Ese cambio, lo que seguramente pasó desapercibido para la gran mayoría de los habitantes de ese territorio, significaba un cambio sustancial de la estrategia y la política, dando la espalda al proceso libertador, encarado por un liberalismo centralizante del grupo rivadaviano. Incluso sin pensar en el conjunto de lo que antes era el virreinato con sede en Buenos Aires, porque para garantizar su hinterland estaba dispuesto a desechar tanto el Alto Perú como la Banda Oriental"[26].

La Banda Oriental seguía ocupada por los portugueses sin protesto de Buenos Aires. El Alto Perú era el último bastión de la reacción españolista. La mezquina y maniobrera política de Buenos Aires creía sacar provecho de ambas situaciones, evitando en un caso la competencia del puerto de Montevideo, por un lado y por otro, pensando que el rechazo del auxilio solicitado por San Martín pudiera congraciarlo con las autoridades españolas instaladas en el Alto Perú. "Para que la burguesía comercial porteña pudiera hacer realidad su plan de dependencia y europeización, los límites nacionales tenían que estar fijados por la cordillera, el río Uruguay y la entrada a la ruta del Desaguadero. En cuanto al Paraguay –aunque su declaración formal de independencia haya sido el 25 de noviembre de 1842– no había en el momento ninguna perspectiva de dominio, pues aquel país había eliminado de hecho los vínculos con el resto del antiguo virreinato y elaboraba, sin prisa y sin pausa, la consolidación de su economía en función de un sólido proteccionismo al amparo del dictador Gaspar de Francia: No había llegado aún la hora para que el liberalismo pudiera coparlo"[27].

Parece una paradoja hablar de liberalismo en sentido progresista en cuanto a su acción

24/En Otero, José, *Historia del Liberador don José de San Martín,* Buenos Aires, Sopena, 1949, p. 255.
25/Sabsay; Amuchástegui, ob. cit., p. 135.
26/*Ibid*., p. 137.
27/*Ibid*.

en España (y al principio en su repercusión en América española) y un liberalismo como instrumento de conservadorismo y las relaciones de dominación. Pero el liberalismo de un país central no era la misma cosa que el liberalismo en un país periférico en la etapa de la conquista de sus derechos y de la formación de la nacionalidad. Si esto es así en términos generales, el caso americano era más patético, por la debilidad de su liberalismo (que piensa más en la beneficiosa relación comercial con Gran Bretaña, que en la formación de una nación como la burguesía europea que impulsa su propio liberalismo). También era hijo de las contradicciones del liberalismo español que, ante la carencia de una burguesía que lo condujera, muchas veces cerró filas con la reacción ante el hecho colonial, repudiando a los liberales criollos.

CAPÍTULO XXV
LAS CURIOSAS INDEPENDENCIAS DE MÉXICO Y BRASIL

"Mi patria es primero"
Vicente Guerrero

1. La independencia conservadora de Nueva

Las antiguas colonias españolas de América del sur declaraban su independencia y la afianzaban con importantes triunfos, lo cual de algún modo repercutió en el norte de la dominación ibérica. Si bien aparecía como muerta la revolución encendida por los curas Hidalgo y Morelos, México siguió el camino de su independencia aunque por vías muy diferentes a la de sus hermanos del sur. Los cristianos dicen que Dios escribe derecho con renglones torcidos. Los mexicanos obtuvieron su independencia en contra de la revolución y no, como el resto, como consecuencia de ésta.

En efecto, frente a la revolución de Riego que restableció la Constitución española de 1812 se perturbaron los ánimos de los conservadores españoles tanto en España como en América. Pensaron, entonces, los realistas de nuestro continente, en sentido inverso a cómo lo habían hecho los liberales revolucionarios, que la única vía para construir el país que querían y las relaciones sociales que defendían, era romper con el pacto colonial. Una porción importante de estos realistas planteaban que el rey había aceptado el nuevo régimen por medio de la coacción de los revolucionarios y se dispusieron a desconocer el cambio introducido por la revolución de 1820. En tanto el virrey de Nueva España prestó obedientemente juramento de respetar la Constitución se trasformó en su enemigo. Como dice Carl Schmitt, "La jerarquía y las clases altas eran, en general, consistentes en su opción al liberalismo, aun hasta el punto de separar, en 1820, un México controlado por los conservadores de una España gobernada por los liberales"[1].

El virrey Ruiz de Apodaca, frente a los subterráneos –aunque por todos conocidos– movimientos insurgentes trató de poner de su bando al coronel Agustín de Iturbide, que había participado en la represión a los revolucionarios de 1810. Este importante jefe militar había obtenido su prestigio en la defensa de la causa realista, aunque era criollo. El virrey le encarga a Iturbide la pacificación del sur, donde todavía combatían fuerzas guerrilleras revolucionarias. Éste, en lugar de reprimir se puso en contacto con Vicente Guerrero el jefe de las fuerzas insurrectas, para atraerlo a su causa. "Por fin, el 24 de febrero de 1821, hallándose en el pueblo de Iguala, Iturbide proclamó su plan de independencia. Sin recriminaciones odiosas, sin quejas apasionadas contra la España, anunció la necesidad de la independencia mexicana como un resultado inevitable del curso ordinario de las cosas

1/En Stoezer, ob. cit., p. 133.

humanas"[2]. "En Iguala, Iturbide, ahora el instrumento del tradicionalismo mexicano, presenta su Plan de Iguala de las Tres Garantías: una sola religión, independencia, unión (entre españoles y mexicanos)"[3].

El virrey se sintió traicionado y apabullado al perder a su hombre clave. Las tropas que habían llegado de España lo acusaban de lentitud e ineptitud. Finalmente terminaron destituyéndolo, para poner en el gobierno al general Novella. Sin embargo, lejos de ordenar el campo colonialista eso generó aún más caos. Los jefes del ejército españolista desertaban uno tras otro para pasarse a las fuerzas de Iturbide. Uno de ellos fue el general O´Donojú, un irlandés que servía al ejército español, con quien el general mexicano firma el convenio de Córdoba, que es una ratificación del plan de Iguala. El 27 de diciembre de 1821, Iturbide entró a la ciudad de México a la cabeza de sus tropas y fue recibido como libertador. Se organizó una regencia compuesta de cinco miembros presidida por Iturbide, asignándose a sí mismos suculentos sueldos.

El general Iturbide convocó a un congreso, en medio de fuertes críticas de los absolutistas que habían sido su primer punto de apoyo. En el congreso se congregó gran parte de la oposición, furiosa con el general. "En la noche del 18 de mayo de 1822, un sargento, llamado Pío Marcha, puso sobre las armas un regimiento, aclamando emperador a Iturbide, con el nombre de Agustín I. En los otros cuerpos se ejecutó el mismo movimiento, en medio de las aclamaciones del populacho"[4]. Finalmente en la propia catedral de México en julio de 1822 Iturbide fue coronado formalmente, en medio de una ostentosa ceremonia.

Poco tiempo después se levantó en Veracruz el coronel Antonio López de Santa Ana. A estas fuerzas insurgentes se sumaron fuerzas que había combatido con Iturbide, como Guerrero. Acorralado, Iturbide consintió en la formación de nuevo del congreso que había clausurado. El 8 de abril ese congreso declaró disuelto el imperio.

2. El grito de independencia brasileño o cómo el hijo se quedó con la colonia del padre

Es el momento de analizar la independencia de Brasil. Si bien es un proceso absolutamente diferente al de la emancipación del resto de Sudamérica, su proclamación tuvo también un impacto en la región.

"Brasil, después de tres centurias de desarrollo, seguía siendo un inmenso territorio colonial con pocas ciudades y villas, que si bien contenía impresionantes debilidades y ninguna unidad, demostraba mayor vigor que la madre patria"[5].

Portugal, al igual que España, ya para fines del siglo XVIII era una potencia colonial en decadencia. El despotismo ilustrado que empapó a España en los tiempos de Carlos iii, en Portugal apareció en escena con la llegada al poder del marqués de Pombal, pero no pudo interrumpir la caída y sobre todo la sumisión nacional en que se encontraban los lusitanos respecto de los ingleses. Desde su caída, en 1777, lo único que conmovió políticamente a

2/Barros Arana, ob. cit., p. 328.

3/Stoezer, ob. cit., p. 46.

4/Barros Arana, ob. cit., p. 331.

5/Stoezer, ob. cit., p. 51.

la alicaída Lisboa fue la llegada de Napoleón, pero las consecuencias y los efectos de su llegada a Portugal fueron muy distintos a las que se produjeron en América española. Ya habíamos referido al traslado de la corte portuguesa adelantándose a la ocupación por las tropas napoleónicas de Lisboa.

Joao o Juan vi, cabeza real del imperio como regente (su madre, declarada insana, morirá poco después) no se trasladó a Río de Janeiro solo. Fueron con él los mejores cuadros de la metrópoli. Eran aproximadamente unas 12.000 personas formadas en el ejercicio del gobierno y del comercio (no de la industria, pues Portugal carecía de burguesía fuerte) que tienen un fuerte impacto en la ciudad a la que se mudan que contaba, para entonces, con apenas 50.000 habitantes. Esto le dio a la región carioca pero también al conjunto de la colonia portuguesa un impulso incomparable con cualquier otro país hispanoamericano.

La colonia lusitana había crecido primero en el norte, en torno a la capital de San Salvador de Bahía, gracias a una pujante economía azucarera, basada en la explotación esclavista. La introducción de hombres secuestrados por los europeos –fundamentalmente por ingleses, holandeses y portugueses– fue, en toda su dimensión, el genocidio más grande de la historia de la humanidad, ya que la mayoría no llegaba a destino. A Brasil, reducidos a condición de esclavos, llegaron en toda su historia colonial aproximadamente unos tres millones de africanos.

El azúcar era un producto muy demandado en la Europa de la época y daba suculentas ganancias, tanto a los comerciantes en la metrópoli como a los fazendeiros de Brasil. Era una economía de enclaves costeros que va a condicionar la geografía brasileña. El sur se desarrolló más tarde, a principios del siglo XVIII, a partir de la fiebre desatada por el descubrimiento de oro en Minas Gerais, conformándose el polo minero de Ouro Preto –comparado muchas veces con las riquísimas minas de Plata de Potosí– y, a partir de allí, producirá la colonización interior y la expansión económica del país. En un siglo, el gigantesco país multiplicó varias veces su población.

La primera medida de Joao en América lusitana fue la apertura de todos los puertos del Brasil al comercio directo con todas las naciones amigas. Era el pago exigido por los ávidos ingleses al traslado y puesta a salvo de la Corona de Braganza. La esposa de Joao, Carlota Joaquina, mujer obstinada e intrigante, trató insistentemente de ser reconocida en el Río de la Plata. Pero fueron los ingleses lo que le terminaron poniendo coto a sus ambiciones.

La economía metropolitana de Portugal se había transformado desde los tiempos de su guerra de separación de España (a la que estuvo unificada desde el reinado de Felipe ii) en subordinada al imperio británico, que garantizaba su independencia. Ese fue el principio de su decadencia, como lo consigna Marcelo Gullo en su libro Insubordinación y desarrollo. Inglaterra comprendió de inmediato que tenía que intervenir decididamente en la división del imperio ibérico, pues este desbalanceaba el equilibrio europeo del siglo XVLI. Así operó fuertemente separando a Portugal de España. Podríamos decir que el hecho de que en el actual territorio del Brasil, a diferencia del resto de América Latina, se utilice el idioma portugués en lugar del español, no es sino una de las consecuencias de aquella división.

Tiempo después, sobre todo a partir de la victoria británica en el guerra por la sucesión española (1700-1714) después de la muerte del último rey de la dinastía de los Austrias en

España, Portugal, como prenda de intercambio en la mesa de negociaciones, se convirtió en poco más que un protectorado inglés. Mantuvo su independencia formal, mientras dependía financiera y diplomáticamente de Inglaterra, que lo defendió como había defendido sus otras posesiones atendiendo a su propia estrategia expansiva y divisionista.

"A cambio de esta 'protección', Inglaterra tuvo ventajas comerciales concretas, a más del manejo de la economía lusitana y de la utilización de sus puertos y medios de comunicación. Esta protección inglesa a Portugal, se practicó contra Francia y contra España"[6].

Por eso fue que ya antes y después del traslado de los Braganza y su corte, el comercio inglés gozaba en Brasil de una posición privilegiada. De hecho, era una de las principales salidas de las mercaderías manufacturadas que tenía la industrialización inglesa. La alianza entre Inglaterra y Portugal era de tal naturaleza que reconoce "el embajador inglés ante la corte portuguesa, lord Strangford: 'Su Majestad (el rey de Inglaterra) no consentirá jamás el desmembramiento del imperio portugués, desde que los intereses de Gran Bretaña necesitan de los puertos de Portugal'"[7]. Pero a partir de 1808 Portugal se había perdido y el comercio principal se había trasladado al Brasil desde donde pivotaba el comercio con el resto de América, la América hispana.

Con la caída de Napoleón, la situación había cambiado en la metrópoli, pero no en la antigua colonia. Una de sus consecuencias para América, sería la independencia brasileña.

Ya el 6 de marzo de 1817 había estallado en Recife un movimiento de carácter nacionalista y republicano. "Por esas fechas era visible la actitud del pueblo criollo contra los marinherinos, como se llamaba a los lusitanos. Los nativos –los mamelucos o mestizos–, todos cuantos no pertenecían a Portugal, se confabularon ahí, organizados por la masonería y guiados por el liberalismo"[8]. Su intención era crear una república Pernambucana. Pero la revolución no encontró eco en otras provincias y fue rápidamente sojuzgada por la flota portuguesa.

El 24 de agosto de 1820, se produce en Portugal la revolución de Porto, de carácter antiabsolutista, que obligó a Juan VI a abandonar sus dudas y trasladarse de inmediato para Portugal, como se lo estaban reclamando una y otra vez desde Europa. Mientras tanto, Pedro de Alcántara, el joven heredero de la familia Braganza hijo de Juan y Carlota (hermana de Fernando VII), había llegado de muy chico a Brasil y se había formado –un tanto informalmente– en este país americano, y permaneció en el mismo.

Pedro no tenía la educación ni el carácter cauteloso de su padre, sino más bien, el temperamento caprichoso y apasionado de su madre. Sin embargo, cuando los liberales portugueses se dieron cuenta de que Juan VI había dejado a su hijo, se le ordenó también que acatara las órdenes de regresar. Fue, entonces, que Pedro demostró su sentido común e inteligencia.

Casado con una hija del emperador de Austria, Pedro tomó las riendas políticas del Brasil. En un arreglo con su propio padre que, cediendo a las presiones de las cortes portuguesas, tuvo que regresar a Lisboa, Pedro se puso a la cabeza del movimiento independen-

6/Bortnik, ob. cit., p. 75.

7/Puiggrós, ob. cit., p. 318.

8/Sánchez, Luis Alberto, *América desde la revolución emancipadora hasta nuestros días,* Madrid, Edaf, 1975, p. 99.

tista. Ante el requerimiento formal de la corona portuguesa[9] dio lo que la historia conoce como el "grito de Ipiranga", por haberse pronunciado a orillas del arroyo de ese nombre, cerca de San Pablo: "Eu fico (yo me quedo). Independência ou morte". Así es proclamado emperador del Brasil, como Pedro i. Fue un 7 de septiembre de 1822.

Los portugueses habían dejado una guarnición importante en Bahía que se mantuvo leal a Lisboa; era una lealtad en base a la concepción absolutista. Pedro hábilmente desbarató esta posición haciéndose coronar emperador el 1 de diciembre de 1822.

Fue una independencia formal y concertada con la metrópoli. De algún modo, fue una jugada del imperio lusitano en América, dentro de los lineamientos generales de la política inglesa para el Río de la Plata y con la absoluta subsistencia de las condiciones de dominación social en la que tenía preponderancia el régimen esclavista.

Si bien Pedro reprimió duramente a los republicanos, aceptó ser monarca constitucional, siguiendo el modelo británico. La existencia de una corona y una fuerte concentración de poder alcanzaron para preservar la unidad geográfica del país, evitando que el destino de Brasil se pareciera al desastre de la balcanización ocurrido en la América española, que terminó fragmentándose en un conjunto de pequeñas repúblicas.

Es interesante la comparación que hace Alejandro Pandra entre Brasil y el Río de la Plata: "Con la independencia, Brasil recibió en herencia una monarquía, una burocracia gubernativa y administrativa eficaz, una política de unidad y una ex metrópoli amistosa. Tenía cinco millones de habitantes y un enorme potencial natural y tecnológico. Por su parte, nuestro país heredó una superficie similar, cinco millones de kilómetros cuadrados, en ambos casos mayoritariamente desocupados, pero un gobierno desquiciado, la durísima amenaza militar española y una escuálida población de quinientos mil habitantes, el diez por ciento de la brasileña"[10].

El desdoblamiento acordado y consentido de la familia Braganza hizo que en Brasil no se produjeran ninguno de los graves problemas de poder que se multiplicaron por miles en las colonias españolas, durante los tres lustros que duraron las guerras de la independencia. Pero como apunta con agudeza Loris Zanatta, "se trató de un proceso pacífico, que no implicó ninguna movilización popular"[11]. Sólo así se pudo hacer una transición ordenada pero sin ningún tipo de cambio social.

Pero este gobierno unitario no transcurrió, pese a no haber tenido una revolución, sin problemas ni sobresaltos. Los conflictos políticos hicieron que Pedro debiera abdicar en favor de su hijo Pedro II con un interregno de regencia de su padre. Las disputas políticas –monárquicos contra republicanos y federales contra unitarios– pusieron a Brasil al borde de transitar el mismo camino de ruptura de las repúblicas hispanoamericanas. Por eso, con apenas nueve años, Pedro II fue declarado apto para gobernar. Ahora bien, quien tenía realmente el poder para pilotear la crisis fue el duque de Caxias. En términos económi-

9/"Las Cortes de Portugal iniciaron una metódica campaña contra los privilegios de la colonia. Primero fue la abolición de escuelas y tribunales superiores. Luego la orden de que don Pedro debía restituirse a Portugal". *Ibid*., p. 101.

10/(Pandra, ob. cit., p. 216.

11/Zanatta, ob. cit., p. 48.

cos, lo que lo salvó a Brasil, fueron dos nuevos ciclos de monocultivo de extracción, el del café y el del caucho (cuyo epicentro fue la ciudad de Manaos, en plena selva amazónica). Finalmente, Pedro II resultó un soberano moderno, popular y preocupado por su país, que supo rodearse de un equipo de buenos cuadros y estadistas.

La independencia lograda por Brasil en 1822 tuvo sus repercusiones en el Río de la Plata. Recordemos que por estos tiempos los lusitanos ocupaban la Banda Oriental. Allí, un núcleo de patriotas vio la oportunidad de iniciar un movimiento revolucionario que expresó sus intenciones en el cabildo de diciembre del mismo año, e intentó una acción revolucionaria que fracasó al entrar Lecor en Montevideo en enero de 1824.

CAPÍTULO XXVI
DESDE LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL HASTA AYACUCHO

"San Martín y Bolívar jamás chocaron en sus ambiciones ni en sus ideales, se respetaron profundamente y se recordaron con admiración y cariño (...) No existe un solo documento emanado de San Martín que disminuya o ataque la gloria de Bolívar, ni un solo documento firmado por Bolívar en contra de San Martín"

Enrique de Gandía

1. El abrazo americano de Guayaquil

Con la batalla de Pichincha se definió la independencia del territorio que hoy es la República del Ecuador, pero en aquel entonces no estaba del todo claro si su jurisdicción pertenecía a las fuerzas libertadoras que venían bajando desde el Norte o al Perú conducido por San Martín. Esta pequeña disputa –comparada con la grandeza de la causa– fue el marco de conflicto que precedió al gran encuentro en Guayaquil entre los dos libertadores de América. Los historiadores interesados en contraponer ambas figuras agrandan este conflicto de una manera tal que parece que no había acuerdo posible entre ambos. Acaso las palabras de la propia boca de Bolívar ponga en dimensión a esta contradicción secundaria: "No es el interés de una pequeña provincia lo que puede turbar la marcha impetuosa de América meridional"[1].

Dicho de otro modo, por encima de las falsas soberanías locales, debía primar el concepto de la unidad hispanoamericana. Sin embargo, ya en aquel entonces, la concepción y la acción de los centros mundiales de poder asociada a la de las oligarquías lugareñas, conspiraba ya para que aquella idea de los libertadores no se transformara en realidad.

"San Martín sabía que Bolívar aspiraba, como él, a la unificación de Hispanoamérica; que le repugnaba tanto como a él cualquier federalismo dispersivo; que tenía, como él, un firme propósito de poner término a las disidencias intestinas; que era capaz, como él, de cualquier renunciamiento en aras del bienestar hispanoamericano. Y sabía que la suerte de Sudamérica independiente y unida dependía, en el momento, de la eventual decisión conjunta que adoptaran"[2].

Las espadas del general Simón Bolívar y las del general San Martín, habían trazado caminos, si bien diferentes en su desarrollo, confluentes en su destino. Era una gigantesca operación de pinzas sobre el núcleo del poder colonialista, si bien no concertada de ante-

1/"Adviértase en esta puntualización de Bolívar su exacto concepto de la nación latinoamericana y el juicio que le merecían las pequeñas soberanías separatistas disfrazadas de 'autonomías' o seudonacionalidades en que será luego tan pródiga la América balcanizada". Ramos, ob. cit., p. 182.

2/Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 50.

mano, desplegada de hecho por la táctica particular de los libertadores y la conciencia de que allí residía la clave de la definitiva independencia. San Martín venía de las victorias de Chacabuco y Maipú, además de su importante entrada en Lima; Bolívar venía de las victorias de Boyacá y Carabobo, además del triunfo de su fuerza en Pichincha.

Hay un primer intento de plasmar este encuentro que tuvo lugar en el mes de febrero de 1822. El libertador del norte debió suspenderlo cuando el del sur ya había partido a su encuentro. Como observa el historiador argentino Pérez Amuchástegui, uno de los que más a fondo estudió la entrevista de Guayaquil, "A la hora de su partida, creía San Martín contar con realidades y posibilidades sustentadas sobre bases radicalmente faltas respecto del apoyo de Chile, la debilidad de Buenos Aires, el poderío del ejército peruano y el honrado seguimiento de sus conmilitones. El fracaso de esta primera entrevista con Bolívar, no dejó como saldo la pérdida de un mes, sino que impuso a San Martín la reconsideración de sus proyectos, pero a la luz de una dolorosa realidad que mordió con toda crudeza entre marzo y julio de 1822. A lo largo de esos cinco meses San Martín recibió impacto tras impacto, a cual más hiriente, tanto en el orden político como en el militar. La presión senatorial de Chile obligó a O´Higgins a esquivar sus viejos compromisos, dejando a San Martín solo en la aventura monárquica. En cuanto a auxilios militares, resultaron flacas las promesas de Chile y nulas en Buenos Aires, aunque en la capital porteña menudearon, en cambio, los ataques maliciosos a la política del Protector"[3]. A esto hay que sumarle las derrotas militares sufridas por Tristán y Gamarra en el sur de Perú. El panorama no era muy alentador para el Libertador del sur.

En los días previos a la entrevista entre los dos grandes de América del sur el clima político del puerto guayaquileño estaba tenso. Como dice Acosta Saignes, "Después de la batalla de Pichincha quedó dividido Guayaquil, según refiere O´Leary, en tres partidos: independiente, peruano y colombiano, es decir, unos querían que la provincia de Guayaquil fuese una entidad autónoma, otros deseaban la adhesión a Colombia y un tercer grupo prefería formar parte de Perú"[4].

Bolívar arribó a Guayaquil a principios del mes de julio. De algún modo podemos decir que primereó la jugada. Pero lo más importante es que –pese a las dificultades transitadas–, las reacciones de los colonialistas, las tropas desembarcadas de España que tuvieron que combatir en el frente libertador del norte, llegaba en mejores condiciones que el libertador del sur. Esto era así porque en el camino que iba dejando atrás, se ocupaba, en la medida de lo posible, de dejarlo alineado políticamente. En cambio detrás del avance de San Martín, lejos de plantearse una hegemonía en los distintos territorios del sector que conducía, los dejaba expuestos a la disputa –violenta por cierto– entre las facciones que poblaban las antiguas provincias coloniales.

La idea central que animaba a Bolívar tanto como a San Martín era el establecimiento de una confederación de estados hispanoamericanos.

Los historiadores latinoamericanos aun hoy debaten el sentido, los alcances y el contenido de la entrevista de Guayaquil entre los dos libertadores; el del norte Simón y el del

3/*Ibid*., p. 51.

4/Acosta Saignes, ob. cit., p. 298.

sur José. Nadie duda de que se trató de un hecho histórico de trascendencia. Como suele suceder, la mirada de los historiadores sobre esta entrevista está cruzada por una perspectiva sesgada por las nacionalidades posteriores a las que alimentan. De uno y del otro lado se fomentan interpretaciones capciosas que denigran al otro libertador. Los historiadores bolivarianos suelen presentar a San Martín como un reaccionario presuntuoso que estaba a favor de establecer monarquías por toda América Latina. Los sanmartinianos ven en Bolívar a un político ambicioso, ciego de poder. El hombre de Yapeyú, en contraposición, es un militar patriota, un ejemplo sublime de aquel que subordina los intereses personales por los del conjunto. Así explican que San Martín rindió su ejército al mando del ambicioso general Simón Bolívar[5]. En contrario, escribe Norberto Galasso: "Pretender explicar, pues, la entrevista de Guayaquil apelando a los perfiles psicológicos de los Libertadores –como lo ha hecho la historia mitrista–, insuflándole a San Martín todas las virtudes y a Bolívar todos los vicios, carece de seriedad"[6].

Lo cierto es que el encuentro puede haber sido áspero, tal como suele suceder entre hombres con poder, acostumbrados a mandar, y que aunque tienen un objetivo común, la libertad de la América del Sur, tienen también una mirada personal de cómo logarlo.

Poco tiempo antes del encuentro, el 1 de mayo de 1822, había llegado a la capital del Perú independiente el representante de Colombia, Joaquín Mosquera, quien negocia con Monteagudo[7] las bases del tratado de unión entre la gran Colombia y Perú. No sólo tenía el encargo reunirse con este hombre de San Martín, sino que su objetivo era lograr la asociación de cinco estados y formar "una nación de repúblicas, objetivo tan sublime en sí mismo que no dudo vendrá a ser motivo de asombro para Europa. La imaginación no puede concebir sin pasmo la magnitud de un coloso que, semejante a Júpiter de Homero, hará temblar la tierra de una ojeada. ¿Quién resistirá a la América reunida de corazón, sumisa a una ley y guiada por la antorcha de la libertad?", dicen las instrucciones de Bolívar a su enviado diplomático.

El 6 de julio de 1822 se firmó en la otrora Ciudad de los Reyes, recientemente convertida en Ciudad de los Libres de Lima, el tratado según el cual "la República de Colombia y el Estado de Perú se unen, ligan y confederan desde ahora para siempre, en paz y guerra, para sostener con su influjo y fuerzas marítimas y terrestres, en cuanto lo permitan las circunstancias, su independencia de la nación española y de cualquiera otra dominación extranjera, y asegurar, después de reconocida aquélla, su mutua prosperidad, la mejor armonía y buena inteligencia, así entre sus pueblos, súbditos y ciudadanos, como con las demás potencias con quienes deben entrar en relaciones". Para el cumplimiento de este propósito "los libertadores de Perú y Colombia se obligan formalmente a interponer sus buenos oficios con los gobiernos de los demás estados de la América antes española

5/Mitre dice: "Bolívar era el genio de la ambición delirante (...) San Martín fue vencido por el egoísmo imperioso de Bolívar". En Galasso, ob. cit., p. 416.

6/*Ibid*., p. 415.

7/Monteagudo es un abierto partidario de la unidad americana y escribe un texto que lleva un título que muestra su estrategia al respecto: "Ensayo sobre la necesidad de una Federación general entre los Estados Hispanoamericanos y plan de su organización".

para entrar en este pacto de unión, liga y confederación perpetua". El proceso de unidad sudamericana[8] ya no parece una utopía que sólo anida en el corazón de los pueblos y en la mente de los libertadores.

En el tratado se estableció específicamente el principio de la ciudadanía hispanoamericana, es decir que cualquier nacido en territorio de la América que había sido española era ciudadano de aquellos estados. Así como también se fijó desde la libertad de tránsito a la de comercio y la liberación de impuestos especiales de aduana, etc.

El tratado entre el Perú y la Gran Colombia fue dado a conocer a la prensa peruana con una introducción del Protector San Martín en la que afirma: "Los territorios de América (...) necesitan unirse estrechamente para sostener su esplendor y no ser sojuzgados por las potencias extranjeras".

Como dice Pérez Amuchástegui: "No se trataba, pues, de una lírica hermandad espiritual, sino de una confederación activa y ejecutiva. Y como este pacto debía ser el hilo conductor para lograr la confederación hispanoamericana con que soñaban, en íntima comunión, los dos libertadores, Perú y Colombia se obligaban formalmente a 'interponer sus buenos oficios con los gobiernos de los demás Estados de América antes española', para entrar en este 'pacto de unión, liga y confederación perpetua'. De esta manera, quedó sellado formalmente el propósito de constituir una confederación de Estados soberanos de la América meridional, ligados por pactos multilaterales que comprometieran a las partes para siempre"[9].

El referido convenio Monteagudo-Mosquera, muy bien estudiado por Norberto Galasso en su excelente biografía de San Martín, y muy ninguneado por Ricardo Levene que habla sólo de "un contenido de carácter militar" al igual que los otros historiadores liberales que en general lo ignoran, constituye la antesala del abrazo de Guayaquil entre ambos libertadores, tan solo tres semanas después.

La firma del tratado tuvo un impacto importante en la política local. Ya no podía sostenerse el plan sanmartiniano en el peruanismo exaltado. Ni la oligarquía limeña ni los políticos de Lima estaban dispuestos a que la hegemonía la tuvieran los colombianos y que el eje se trasladara de la Ciudad de los Reyes a Santa Fe de Bogotá. Nadie se animaba aún para criticar, por lo menos públicamente, al Libertador, por eso se apuntaron los cartuchos contra su ministro, el tucumano Monteagudo. Por entonces las referencias a su carácter extranjero o a su condición de mulato eran lo menos grave que se decía en los círculos políticos peruanos.

En estas condiciones políticas llegó el hombre de Yapeyú a su encuentro con Bolívar: "Se hallaba San Martín acotado en su círculo, sin fuerza militar ni respaldo político para salvar al Perú de la anarquía que se perfilaba amenazante a través de esas discordias, y sin más

8/El tratado ya contiene elementos de proceso integrador como el reconocimiento del camino de una única ciudadanía: "Para asegurar y perpetuar del mejor modo posible la buena amistad y correspondencia entre ambos Estados, los ciudadanos del Perú y de Colombia gozarán de los derechos y prerrogativas que corresponden a los ciudadanos nacidos en ambos territorios, es decir, que los colombianos serán tenidos en el Perú por peruanos, y éstos, en la república, por colombianos".

9/Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 52.

patrimonio cívico que su prestigio personal, indudablemente incólume. El partido de San Martín, escindido hondamente por el explosivo surgimiento de un localismo cismático que postulaba abiertamente la república y reclamaba para el Perú la espectabilidad continental supuestamente prometida o insinuada, engendró en su seno el partido peruanista"[10].

Así, si el encuentro se hubiera hecho en febrero, San Martín habría llegado a la entrevista con Bolívar en el pináculo de su gloria, pero en julio estaba parado sobre un tembladeral político que no tenía resolución militar posible con esa correlación de fuerzas. Su poderío había menguado objetiva y subjetivamente.

La relación epistolar entre ambos libertadores era fluida. Las cartas eran la forma de hacer política entre hombres de una misma causa, pero que jamás se habían conocido personalmente. En los últimos intercambios San Martín lo había felicitado por la creación de la Gran Colombia, a los que Bolívar respondió en términos más que elogiosos para con el hombre del Río de la Plata. Agradeciendo el venezolano los refuerzos enviados por San Martín para la pelea en la región de Quito, elogió calurosamente a los "libertadores del sur (...) a quienes por tantas razones, debemos considerar nuestros mejores amigos y hermanos de armas"

Bolívar le vuelve a escribir a San Martín un día antes del histórico encuentro: "Es con suma satisfacción, dignísimo amigo y señor, que doy a usted por primera vez el título que, mucho tiempo ha, mi corazón le ha consagrado. Amigo le llamo a usted, y este nombre será el solo que debe quedarnos por la vida, porque la amistad es el único vínculo que corresponde a hermanos de armas, de empresa y de opinión; así, yo me doy la enhorabuena, porque usted me ha honrado con la expresión de su afecto. (...) Usted no dejará burlada el ansia que tengo de estrechar en el suelo de Colombia al primer amigo de mi corazón y de mi patria"[11].

La idea principal del abrazo de Guayaquil fue terminar de afinar los detalles de una acción común para la definitiva emancipación, que tendría que librarse en el reducto realista del Alto Perú, la última zona bajo el dominio de los colonialistas que se resistían a abandonar sus privilegios.

San Martín llegaba con su ascendencia en Lima mellada por las constantes conspiraciones de las clases acomodadas de la intrigante Ciudad de los Reyes, donde empezaban a correr rumores de acerca de que el Protector se quería hacer coronar emperador como Napoleón[12]. Al mismo tiempo, venía de un fracaso militar de una expedición enviada a

---

10/*Ibid*., p. 55.

11/De estas afectuosas palabras de compromiso común los historiadores liberales antibolivarianos sólo destacan que le estaba diciendo que ya había anexado a Guayaquil y que éste era territorio de Colombia.

12/"Ya la tierra hervía bajo los pies del Protector del Perú. Era pública la soledad en que había dejado su gobierno al vencedor de Maipo. Los terratenientes ennoblecidos conspiraban contra San Martín, las intrigas se propagaban en su propio ejército, en la misma oficialidad argentina desintegrada por la molicie, la falta de pago y las delicias de la Capua limeña. El mote puesto a San Martín era 'el Rey José'; su ministro Bernardo Monteagudo, compañero de Moreno en la Revolución de Mayo, era acusado de 'mulato', 'sibarita', 'ladrón', por la infatuada canalla del marquesado criollo". Ramos,

liberar Tacna y Arica en el litoral sur del Perú. En Lima San Martín había tenido que dejar a cargo al recientemente converso marqués de Torre y Tagle[13], quien se fue apartando rápidamente de los consejos de los ministros sanmartinianos, sobre todo de Monteagudo[14], al que terminó destituyendo[15]. También Buenos Aires, su patria de origen, le daba la espalda. Los porteñistas lo acusaban de haberse robado un ejército y no ponerlo a disposición para la pelea (represión interna) contra los caudillos federales que acosaban al poder centralista. En aquel entonces, en el ejercicio del poder estaba el ministro Rivadavia que no sólo no le daba importancia a los justos reclamos provinciales –políticos y económicos–, sino que también menospreciaba a las luchas liberadoras sanmartinianas. También la oligarquía chilena lo acusaba haberla timado, pues había financiado la recuperación de Perú sin haber sido debidamente compensada.

La campaña del Perú, a la que el propio San Martín calificaba de política diciendo "no es una guerra de conquista y gloria sino, sobre todo, de opinión" se había empantanado.

Bolívar, en cambio, llegaba agradando por la victoria en la importantísima plaza de Quito, recientemente obtenida. Y todavía las fuerzas políticas de Bogotá y Caracas le respondían, aunque no pasaría mucho tiempo para que empezaran las disidencias.

Es cierto que existía una disputa sobre la jurisdicción de Guayaquil que agrandan quienes carecen de comprensión del sentido americano de la lucha, planteándola como la causa central de desavenencia entre uno y otro. Es el árbol que no les permite ver el bosque. También es cierto que cuando Bolívar se enteró que San Martín se iba a embarcar hacia la ciudad situada sobre el río Guayas se precipitó para llegar antes y reclamar ese territorio para Colombia[16]. Como vimos, José Olmedo había declarado en 1820 la indepen-

---

ob. cit., p. 181.

El historiador peruano Luis Alberto Sánchez también lo reconoce: "Los políticos limeños, acicateados por el incansable Riva Agüero, sembraban de escollos el camino de San Martín y se oponían a la venida de Bolívar (...) Seguramente algo influyó en esta determinación [el paso al costado de San Martín] el hecho de que mientras San Martín se hallaba en Guayaquil, una muchedumbre limeña atacó y obligó a huir a Monteagudo, ministro de toda confianza del Protector". Sánchez, ob. cit., pp. 88 y 89.

13/"La fragilidad del edificio político del Perú sanmartiniano quedó al desnudo mientras se desarrollaba la entrevista en Guayaquil: Torre-Tagle, delegado de San Martín en el gobierno de Lima, que pronto se pasará a los españoles, asiste con indiferencia a un motín que obliga al ministro Monteagudo, blanco de todos los odios lugareños, a renunciar y emigrar. Era Monteagudo una de las grandes figuras de la revolución. Orador del partido morenista de Buenos Aires, ministro de San Martín en Lima, compañero de Bolívar luego, era un hijo genuino de Chuquisaca, formado en las disciplinas del siglo revolucionario. Había concebido un Plan de Federación general de los Estados hispanoamericanos, que era la idea central de los patriotas del continente. Ramos, ob. cit., p. 184.

14/El tucumano Monteagudo recién va a volver como ministro de Bolívar, una prueba más de la continuidad y no contradicción entre ambos libertadores y sus objetivos comunes.

15/No sólo fue separado de su cargo, sino también apresado y obligado a salir de Perú rumbo a Guayaquil. Se trataba de todo un mensaje para el propio San Martín.

16/El ecuatoriano Álvarez Saa sostiene: "Terminantemente, Manuela [Sáenz] expresa a Bolívar: 'Vaya usted en persona e impresione a esos indecisos, acójalos bajo la protección de la República de

dencia de Guayaquil, cosa que no hubiera sido posible sin el acoso a los realistas de la flota de Cochrane. Y eso fue antes de la llegada de Sucre, avanzada de Bolívar, en 1821. Por otro lado, el caraqueño llegó a la ciudad portuaria sólo quince días antes que San Martín y desde allí le escribió diciendo que iba a recibirlo en territorio colombiano. Una "primereada" que seguramente generó alguna bronca en el correntino, pero sin que pasara a mayores. Era muchísimo más lo que estaba en juego como para dejarse llevar por pequeñeces.

Cuando el Libertador del sur desembarcó fue recibido con honores, a los cuales no era muy afecto. Una bella joven guayaquileña lo coronó con laureles. San Martín venciendo su timidez le dijo: "No merezco semejante demostración. Otros la merecen más que yo. Pero conservaré este recuerdo por el sentimiento patriótico que lo ha inspirado y por las manos de donde viene, puesto que éste es uno de los días más felices de mi vida".

En la entrevista de Guayaquil, que tuvo lugar el 25 y 26 de julio de 1822, el general rioplatense, comprendiendo que el único con el prestigio necesario para culminar la obra común era el líder venezolano, le ofreció servir a sus órdenes. Bolívar no pudo aceptar tal propuesta dado que la fuerte imagen del Protector le haría sombra en su periplo peruano y sería la fuente de conspiración de la pérfida política de la oligarquía limeña. Demostraba comprender a aquella aristocracia del dinero que empezaba a hacerle la vida imposible al propio San Martín.

Algunos historiadores basados en cartas posteriores de Bolívar ponen el centro de discusión en la forma de gobierno entre monarquía y república[17]. Algo posible entre dos políticos de la misma línea pero con matices y diferencias, aunque casi imposible que ocupara toda la discusión de dos generales en campaña, trazando estrategia para finalizar una guerra.

La cuestión era, como decíamos anteriormente, terminar de definir quién dirigiría la última fase de la liberación del colonialismo español, convirtiéndose en el principal Libertador de Nuestra América del Sur. San Martín, asentado ya en el Perú abrigaba la esperanza de que Bolívar pusiera sus fuerzas a sus órdenes y con esos refuerzos aplastar a los realistas en el Alto Perú. Bolívar estaba decidido a recoger el impulso político de

---

Colombia y encárguese usted mismo del mando militar y político de ese Puerto y su Provincia'. Manuela aduce que para el desarrollo económico del Departamento de Quito se necesita Guayaquil como puerto de salida al exterior, en tanto que Bolívar considera que Colombia tiene derecho sobre Guayaquil ya que fueron sus tropas al mando de Antonio José de Sucre quienes completaron su liberación". Álvarez Saa, ob. cit., p. 268.

17/Generalmente hacen hincapié en esta discusión sobre formas de gobierno los historiadores que quieren reducir la importancia de San Martín. Es cierto, por los motivos que hemos explicado, que al Libertador le parecía que una monarquía temperada era la mejor forma de gobierno. Bolívar, en cambio, hablaba de una república, pero con un ejecutivo tan fuerte, que sería prácticamente imposible distinguirlo de un monarca, y no sólo por su carácter vitalicio (que defendió en todos sus proyectos constitucionales). Cuando fundamenta la Constitución que entrega en Bolivia, Bolívar sostiene que "en los sistemas sin jerarquías se necesita más que en otros un punto fijo alrededor del cual rigen los magistrados y los ciudadanos: los hombres y las cosas". Seguramente en este punto había un máximo acuerdo.

la liberación de Quito y a hacer valer el respaldo incondicional (o no tanto en términos reales aunque de esto todavía nadie daba cuenta) de sus provincias de origen, del que San Martín carecía. Incluso en Perú San Martín había tenido que dejar al frente del gobierno al marqués de Torre y Tagle, un aristócrata limeño –recientemente pasado para el bando patriota– y que ya había vuelto a mantener conversaciones con los realistas a espaldas del Libertador del sur. La nobleza limeña lo repudiaba en medidas iguales por su color de piel (era moro[18] tal como lo atestiguan las fotografías que le hicieron en Europa a su vejez) como por sus principios revolucionarios.

Dada estas condiciones, es probable que San Martín pensara que sólo el prestigio y la fuerza de Bolívar, junto con su carisma político pudieran tener éxito si se llevaba puesto a los intrigantes de Lima[19]. No quería provocar tampoco una confrontación y como militar digno que era sabía reconocer las condiciones de una derrota y así lo hizo con la mayor grandeza.

Bolívar ofreció un banquete y un baile suntuoso en honor a su rival y compañero. Allí brindó "por los dos hombres más grandes de Sudamérica, San Martín y yo". Por su parte San Martín lo hizo "por la pronta finalización de la guerra, por la organización de las distintas repúblicas del continente y por la salud del Libertador de Colombia". Mientras Bolívar se quedó bailando, San Martín se retiró temprano a descansar.

Sea cual fuere el contenido del diálogo[20] que jamás podremos conocer, el hecho obje-

---

18/El color de piel cetrina de San Martín no era tan raro en el sur de España que había estado ocupada por los árabes durante 800 años. Algunos autores como Hugo Chumbita atribuyen este color al carácter de mestizo de San Martín, quien supuestamente no es hijo de sus padres sino de la relación con alguna mujer aborigen de las misiones a las que había sido asignado el capitán San Martín en Yapeyú y de cuya criatura se había hecho cargo el matrimonio con Gregoria Matorras.

19/La versión de Bolívar no difiere mucho con esta interpretación en un párrafo de su carta contando la entrevista de Guayaquil a Santander: "Antes de ayer a la noche partió de aquí el general San Martín, después de una visita de treinta y seis o cuarenta horas: se puede llamar visita propiamente, porque no hemos hecho más que abrazarnos, conversar y despedirnos. Yo creo que él ha venido por asegurase de nuestra amistad, para apoyarse con ella con respecto a sus enemigos internos y externos".

20/Pérez Amuchástegui resume en 12 puntos el contenido de la transcendente entrevista: "1. San Martín pidió a Bolívar apoyo militar. 2. Bolívar no remitió a San Martín los refuerzos que él esperaba. 3. San Martín se ofreció a servir a las órdenes de Bolívar, si ello era considerado conveniente para la consecución de los fines propuestos. 4. Era inconveniente desde todo punto de vista la presencia simultánea de San Martín y Bolívar en el Perú. 5. Las conversaciones duraron 36 horas, y en ellas se trazaron planes tendientes a asegurar la libertad y la independencia de Sudamérica. 6. El Perú debía tributar agradecimiento eterno a Bolívar por los auxilios diversos comprometidos. 7. San Martín aplaudió regocijado los proyectos formales de federación continental 'bien entendida'. 8. San Martín declaró a Bolívar que había decidido definitiva e irrevocablemente dimitir el mando supremo del Perú. 9. Para Bolívar, la renuncia de San Martín representaba "un sublime ejemplo de desprendimiento" 10. Se trataron problemas referidos directamente al fin de la guerra y otras circunstancias concomitantes. 11. San Martín y Bolívar convinieron en la necesidad de asegurar la independencia sudamericana respetando el voto de los pueblos, únicos poseedores de la soberanía que ellos representaban. 12. Se hizo alusión al problema de la dependencia de Guayaquil, pero toda discusión era inútil por

tivo es que San Martín regresó a Perú dispuesto a su retiro.

Regresado a la capital peruana el Libertador del sur hizo su último intento. Agobiado por la falta de apoyo en Lima pidió ayuda al gobierno de Buenos Aires. En un decreto del 16 de mayo de 1822, expedido en su calidad de Protector del Perú, recordaba "el ardiente interés que las expresadas provincias han manifestado siempre para destruir al enemigo común". San Martín era consciente de que sólo las pobres provincias acudirían, como otras veces, a complacer su llamado. En materia de fondos, sin embargo, sin la ayuda de Buenos Aires nada podía hacerse. Comisionó entonces al comandante Antonio Gutiérrez de la Fuente, quien debía gestionar aunque más no fuera la formación de una división de mil hombres, a cuyo mando se colocaría el general Bustos, de Córdoba. Los pueblos de San Juan, Mendoza y Córdoba, con sus caudillos al frente, ofrecieron al enviado de San Martín los hombres necesarios para la patriada, lo mismo que el gobernador de Santa Fe, Estanislao López. Rivadavia, en cambio, al negar la colaboración del gobierno de Buenos Aires, calificaba a Bustos de "criminal" y ni siquiera reconocía como enviado a Gutiérrez de la Fuente. Manuel José García[21], ministro de Hacienda porteño, afirmaba "que al país le era útil que permaneciesen los españoles en el Perú". La misión de Gutiérrez de la Fuente sólo pudo conseguir la evidencia incontrastable de que la reacción porteña era opuesta al proyecto emancipador.

En este marco político de desazón y bronca, escribe a Bolívar una carta reveladora que transcribimos en toda su extensión por considerarla un documento esencial.

"Estimado General. Le escribiré no sólo con mi franqueza natural sino con la que exigen los grandes intereses de América. Los resultados de nuestra entrevista no son los que yo tenía previstos para dar un final rápido a la guerra. Por desgracia, estoy completamente convencido de que o bien usted no ha estimado sincero mi ofrecimiento de servir a sus órdenes con las tropas a mi mando, o mi persona le resulta molesta. Las razones que usted adujo –que su tacto no le permitiría nunca darme órdenes y que, aunque ése fuera el caso, el congreso colombiano no lo autorizaría a separarse del territorio de Colombia– no me han parecido muy plausibles. La primera se contradice por sí sola. En cuanto a lo que la segunda se refiere estoy convencido de que, si usted expresara sus deseos, encontraría aprobación unánime, puesto que el objetivo es terminar la campaña que iniciamos y en la cual estamos comprometidos, con su cooperación y la de su ejército, y de que el honor de llevarla a término recaería en usted y en la república que usted preside. No se deje caer en engaños, general. Las noticias que usted tiene sobre las fuerzas realistas son erróneas: entre el Alto y el Bajo Perú suman más de 19.000 veteranos, que pueden reunirse en dos meses. El ejército patriota, diezmado por las enfermedades, no estará en condiciones de mandar al frente más de 8.500 soldados, gran parte de ellos reclutas rasos. La división del general Santa Cruz (cuyas bajas según él mismo me dice no han sido reemplazadas a pesar de su insistencia) experimentará considerables pérdidas en su larga marcha por tie-

---

cuanto Bolívar había ya copado la situación en favor de Colombia, válido de su astucia para captar el indudable apoyo de la masa popular que respondía a Quito". Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 56.

21/"El agente británico y simultáneamente ministro de Hacienda 'argentino' Manuel José García, [era un] personaje mucho más siniestro que Rivadavia". Ramos, ob. cit., p. 179.

rra, y no contribuirá en nada a esta campaña. La división de 1.400 colombianos que usted está mandando hará falta para guarecer El Callao y mantener el orden en Lima. En consecuencia, sin el respaldo del ejército que usted dirige, la operación planeada a través de los puertos (Guayaquil, etc.) no tendrán las ventajas que podrían esperarse, a menos que fuerzas poderosas puedan arrastrar al enemigo a cualquier otra parte. Y, de esa manera, la lucha se prolongará indefinidamente. Digo indefinidamente porque estoy convencido de que, sean cuales sean las dificultades de la guerra actual, la independencia de América es irrevocable. Pero también estoy convencido de que la prolongación de la guerra será la ruina de los pueblos y es un deber sagrado de los hombres, en cuyas manos descansa su destino (el de América), evitar que continúen sus males. Sea como sea, general, mi decisión está irrevocablemente tomada. He convocado al primer congreso de Perú para el día 20 del mes próximo y, al día siguiente de su instalación, me embarcaré rumbo a Chile, convencido de que mi presencia es el único obstáculo que le impide a usted venir a Perú con el ejército a sus órdenes. Para mí habría sido el colmo de la felicidad terminar la Guerra de la Independencia a las órdenes del general a quien América debe su libertad. El destino ordena otra cosa y debemos resignarnos a él. Como no tengo duda de que el gobierno peruano que se establezca cuando yo me haya ido solicitará la cooperación activa de Colombia y de que usted no podrá negarse a tan justa demanda, le mandaré una lista de todos los oficiales cuya conducta, tanto militar como privada, pueda recomendar a usted. El general Arenales quedará al mando del ejército argentino. Su honestidad, su coraje y sus conocimientos lo hacen merecedor de todas las consideraciones que usted tenga con él. Nada diré de la anexión de Guayaquil a la República de Colombia. Permítame, general, decir que no creo sea de nuestra incumbencia decidir asunto tan importante. Al terminar la guerra lo habrían decidido los respectivos gobiernos, sin los conflictos que ahora pueden resultar para los intereses de los nuevos estados de Sudamérica. Le he hablado, general, con franqueza; pero los sentimientos expresados en esta carta quedarán enterrados en el más profundo silencio. Si se conocieran, los enemigos de nuestra libertad podrían aprovecharse de los motivos de nuestros pesares; los intrigantes y ambiciosos sembrarían la discordia. Con el mayor Delgado, portador de esta carta, le envío una escopeta y dos pistolas, junto con mi caballo, que le ofrecí en Guayaquil. Acepte, general, este souvenir de su más ferviente admirador. Con estos sentimientos y la esperanza de que usted tenga la gloria de poner fin a la guerra de la independencia de Sudamérica, su seguro servidor: José de San Martín".

Que San Martín cediera su protagonismo en función de su debilidad, de la cual era consciente, no quita que pudiera sentir incomodidad por la situación, porque los actores en la política no dejan de ser hombres y mujeres concretos, con sus alegrías y optimismos, frustraciones y desazones. Lo que queda claro en el texto de esta misiva es cuál era la causa por la cual se jugaban la vida tanto San Martín como Bolívar, por la cual estaban dispuestos a entregar todo, incluso su papel individual: "la independencia de Sudamérica".

Así en septiembre de 1822, en Lima San Martín renunció a su cargo de Protector y se retiró rumbo al sur. "San Martín comenzó a materializar un proyecto irrealizado pero realizable, creyó que otra patria era posible y tuvo la necesaria convicción para iniciar su construcción. No desconoció los factores objetivos que lo condicionaban, y cuando uno

de ellos se volvió insalvable –la acción del gobierno porteño–, tuvo la suficiente lucidez y solidaridad como para saber que en un proyecto colectivo no importa quién lo inicia ni quién lo culmina, sino la concreción de los objetivos, y por eso delegó la fabulosa odisea en manos de Bolívar"[22].

Los historiadores antibolivarianos de la Argentina hablan del generoso y magnánimo desprendimiento de José de San Martín para contraponerlo con el ambicioso Simón Bolívar. En sentido contrario, Pérez Amuchástegui hace una interesante reflexión: "Si San Martín sacrificaba a sabiendas su espectabilidad en crisis, Bolívar exponía a sabiendas su gloria fulgurante, cargando, además, sobre sus hombros, el peso íntegro de una responsabilidad que no era sólo suya. El fracaso o el éxito del plan sería el fracaso o el éxito de Bolívar; San Martín, con su alejamiento, quedaba por encima del bien y del mal. ¿En dónde hay más heroísmo? La pregunta no merece respuesta: el heroísmo no es una cuestión de grados, sino de actitudes; y las actitudes convergentes y simultáneas de los dos libertadores constituyen lo verdaderamente heroico". Compartimos plenamente esa idea.

De este modo, mientras partía el Libertador San Martín rumbo a su largo exilio, el primer Congreso del Perú, por él convocado antes de la entrevista de Guayaquil, dio a la tierra de los Incas su primera Constitución republicana y unitaria. En esa oportunidad no dio la correlación de fuerzas para proclamar la libertad de los esclavos y el voto estaba limitado por el alfabetismo y un censo de renta. El poder ejecutivo fue, como en su oportunidad Buenos Aires o Asunción, una junta de gobierno triunviral, presidida por La Mar, a la que derribó, casi en seguida, el 23 de febrero de 1823, un motín militar, el primero de la historia peruana, proclamando la presidencia del coronel José de la Riva Agüero.

San Martín era plenamente consciente del caos que se produciría en Perú a su partida, por eso es que la carta que transcribimos trata de apurar a Bolívar. "En Perú había que tomar 'medidas ejemplares[23], y San Martín se sabía impotente para ello por su carácter y su legalismo. Pero sabía también que Bolívar, menos formalista y más contundente, era el hombre indicado para salvar al Perú y alcanzar la meta final de independencia y unidad sudamericana por las buenas o por las malas"[24]. Por eso fue que tomó la decisión de partir dejando a sus partidarios, los mismos que habían abrazado la causa peruanista y que sabía serían los generadores del caos político reinante.

2. Algunas reflexiones sobre la figura de San Martín

Abandonado y abandonando a su fuerza propia de Lima, prestigioso aunque denostado en los pasillos de los palacios (insultado con el apodo de "rey José" en la acusación de que su preferencia por la monarquía tenía como propósito autodesignarse rey) pero consiente de que sólo el prestigio y la férrea voluntad de Bolívar podía terminar la gesta emancipadora, el general San Martín comenzó su retirada rápida del primer plano de la gesta americana. "Se despide de Lima, sereno y en la sombra de la noche, trayendo consigo

22/Pandra, ob. cit., p. 194.

23/San Martín, en carta a Guido, dice expresamente que si decidiera su permanencia se vería precisado a fusilar a varios compañeros suyos que lo habían acompañado a lo largo de sus campañas.

24/Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 58.

sólo un simbólico trofeo. Cuenta la tradición que Juana la loca –hija de Isabel la católica y madre de Carlos v– fue quien bordó con sus propias manos el estandarte que Pizarro trajo en 1526 a la conquista del Perú. El que despojó a Atahualpa, murió a manos de sus compañeros, por disputas de poderío y rapiña, castigo inmediato de la deslealtad con que el Inca fue tratado por sus vencedores. Se cerraba el ciclo que había iniciado España en América y se iniciaba otro nuevo en la historia. Tal el significado de aquella insignia y el protector lo sabía [Rojas]"[25].

La primera parada del camino de su exilio no fue auspiciosa. Cuando el gran capitán llegó a Chile, no fue bien recibido. Tampoco allí el partido americano estaba teniendo un buen momento. Igual que en las restantes capitales de nuestra América, allí en Santiago se estaba gestando una oligarquía que entendía el nacionalismo como defensa de sus propios intereses, contraponiéndolos con las aspiraciones de otras regiones.

Así, el padre fundador de la Patria Grande, vio en carne propia cómo la revolución devoraba a sus padres. En carta a O´Higgins había esbozado las razones y desazones de su partida: "Me reconvendrá usted por no concluir la obra empezada. Tiene usted mucha razón; pero más la tengo yo. Estoy cansado de que me llamen tirano, que quiero ser rey, emperador y hasta demonio. Por otra parte, mi salud está muy deteriorada: la temperatura de este país me lleva a la tumba. En fin, mi juventud fue sacrificada al servicio de los españoles, y mi edad media al de mi Patria. Creo que tengo derecho a disponer de mi vejez".

Enojado con la perfidia de la política oligárquica le escribe a su amigo Guido[26]: "Confieso que el bosquejo que Ud. me hace me contrista aunque no me sorprende... Ud. no debe haberse olvidado las infinitas veces que le he dicho que nuestra gran crisis se experimentaría al concluirse la guerra de la emancipación. Ella era indispensable visto el atraso y los elementos de que se compone la masa de nuestra población, huérfanos de leyes fundamentales y, por agregado, las pasiones individuales y locales que ha hecho nacer la revolución; estos males se hubieran remediado, en mucha parte, si los hombres que han podido influir se hubieran convencido de que para defender la causa de la independencia no se necesita otra cosa que un orgullo nacional (que lo tienen hasta los más estúpidos salvajes), pero que para defender la libertad y sus derechos se necesitan ciudadanos no de café, sino de instrucción, de elevación del alma, y por consiguiente, capaces de sentir el intrínseco y no arbitrario valor de los bienes que proporciona un gobierno representativo".

Cuando cruzó los Andes, su tierra natal no lo recibió mucho mejor que Chile[27]. Volvía con intenciones de instalarse en Mendoza a vivir una vida tranquila en una finca. Ese sueño no puede ser cumplido por la persecución y la saña del régimen rivadaviano. En carta a Guido[28] el Libertador le dice: "Se apostaron partidas en el camino para aprehenderme como a un facineroso, lo que no realizaron por el piadoso aviso que se me dio por un individuo de la misma administración". La Argentina lo recibe enfrascada en guerras

25/Pandra, ob. cit., p. 194.

26/En Galasso, ob. cit., p. 479.

27/"Confesemos que San Martín fue más calumniado y perseguido en su propia patria que en el extranjero". De Gandía, Enrique, *San Martín. Su pensamiento político,* Buenos Aires, Pleamar, 1964, p. 200.

28/En De Gandía, ob. cit., p. 201.

civiles en las cuales el Libertador se niega a participar. Para la política de la época los triunfos de San Martín en el exterior no eran de la Argentina, sino distantes y ajenos. Sus victorias políticas y militares no lo hacían grande y respetado, sino peligroso. No podían tratarlo como un héroe aquellos que profesaban un patriotismo mezquino de patria chica. Y el porteñismo que volvía a hacerse del poder hacía tiempo que lo consideraba un enemigo, por su desobediencia a inmiscuir su ejército en represiones internas.

San Martín nunca pensó que sus palabras, en cuanto sostenía: "Yo no soy de ningún partido, soy del partido americano", lo transformarían prácticamente en un extranjero en su tierra, tan preocupada de las luchas por la hegemonía del proyecto de Estado, tan limitadas en cuanto a sus aspiraciones, tan teñidas de la disputa económica de subsistencia en los proyectos. "Él nunca pensó en los pueblos como entes diversos; en el fuego de su pasión, no veía más que una sola nación continental. Pensaba en América más que en sí mismo"[29].

Los historiadores argentinos, desde su nacionalismo estrecho, plantean que San Martín liberó con generosidad otros dos países extraños. No suelen decirlo especialmente pero se puede leer entre líneas que el financiamiento de tales expediciones ahogó el presupuesto de las Provincias Unidas. Los chilenos del mismo corte justifican la rapiña y el robo del tesoro limeño por parte del almirante Cochrane, en que habían financiado la campaña sanmartiniana al Perú, arruinando la economía de Santiago. Los venezolanos y colombianos reclaman en su historia lo exhaustas que quedaron las finanzas de sus estados por solventar los gastos de las expediciones bolivarianas. Y no pueden ser la excepción los historiadores ecuatorianos, como Efren Reyes, que se puso a investigar cómo durante los años de su pertenencia a la gran Colombia (1822-1830) los habitantes del antiguo reino de Quito fueron quienes más aportaron a las cajas del tesoro público que financiaban las expediciones. Así señala que Venezuela aportó 160.223 pesos; Nueva Granada, 426.677 pesos y Ecuador 1.669.202. Agregando además "las consecuencias de la saca de hombres del campo o de las fábricas de hilados y tejidos repercutieron de un modo alarmante en la economía de estos pueblos"[30]. Pero lo cierto es que la economía sudamericana solventó su propia emancipación, porque fue América en su conjunto la que aportó sus recursos y no los estados nacionales que después se constituyeron.

San Martín no veía pueblos separados sino un solo pueblo en conquista de su emancipación. "No veía los pueblos hechos sino los pueblos futuros que bullían, con la angustia de la gestación, en su cabeza" como dice la pluma poética del patriota José Martí. Cuando escribió la proclama de la independencia del Perú a los habitantes de ese país, comenzó llamándolos "¡compatriotas!"[31].

San Martín era expresión política de una estrategia americana de unidad y confederación. El gran estado que no fue, que hubiera entrado al concierto de las naciones como una

29/Pandra, ob. cit., p. 195.

30/Efren Reyes, ob. cit., p. 49.

31/"Cómo esto no se comprende, ¡incluso ahora, cuando justamente debemos pensar y sentir así, nosotros mismos!, se le endilga a San Martín haber sido un agente inglés ¡o de Napoleón! o un masón manipulado o un segundón de Bolívar o cualquier otra estupidez denigratoria, delatando así la pequeñez y mezquindad del que mide sin conocer la grandeza". Pandra, ob. cit., p. 196.

gran nación y no como una decena de repúblicas dependientes. San Martín es un prócer sudamericano. Será Mitre, en su reconstrucción histórica, quien lo quiera bajar al terreno de ser un héroe meramente argentino, contraponiéndolo incluso con Bolívar[32]. Pero quien no comprenda la dimensión de la causa sudamericana de don José Francisco de San Martín, no solamente está faltando a la verdad histórica, sino que está renunciando a tener un destino. El libertador dejó sentado que no hay liberación posible sin unidad sudamericana y esto hoy tiene más vigencia que nunca.

San Martín termina partiendo hacia su largo exilio europeo. Las intrigas de la política de Buenos Aires no le permiten, como hubiera sido su voluntad quedarse tranquilamente en Mendoza. Un político jamás se retira del todo y hubiera sido una permanente espada de Damocles sobre las cabezas de los políticos porteñistas. El partido rivadaviano hacía rato que hostilizaba al Libertador tratando de desprestigiarlo, sobre todo en Buenos Aires[33].

San Martín es advertido por el gobernador federal de Santa Fe, el brigadier Estanislao López, que en Buenos Aires los rivadavianos[34] estaban esperando la llegada del Libertador para someterlo a consejo de guerra por haber desobedecido las órdenes del Directorio de bajar desde Mendoza con el ejército de los Andes para reprimir a las montoneras federales. Estas circunstancias son las que explican el camino europeo tomado por el Protector.

Perón decía que "el general San Martín siempre rechazó con indignación la posibilidad de América se libertara de España para abrirle las puertas al nuevo coloniaje"[35]. Por eso es que, cuando ya anciano, enterado de la agresión anglofrancesa contra la Confederación Argentina le ofrece al brigadier general Juan Manuel de Rosas sus servicios para ir a defender a la patria y finalmente le lega su famoso sable corvo con el que había liberado media América del Sur. Cuestión que es olvidada o minimizada deliberadamente por los historiadores liberales, tan antirrosistas ellos.

32/Cuando San Martín se entera de que Bolívar había entrado finalmente en Lima, desde Mendoza donde todavía estaba le escribe: "Amigo mío: deseo concluya usted felizmente la campaña del Perú, y que esos pueblos conozcan el beneficio que usted les hace. Adiós mi amigo: que el acierto y la felicidad no se separen jamás de usted, son los votos de su invariable. José de San Martín".

33/Financiado por Rivadavia circulaba en la ciudad puerto un periódico que se llamaba *Centinela* y que se dedicaba particularmente a denostar al Libertador. "Con referencia a estos dardos venenosos del periódico porteño, diría más tarde San Martín: 'El espantoso *Centinela* principia a hostilizarme, sus carnívoras falanges se destacan y bloquean mi pacifico retiro'. Ese mismo *Centinela* ponía también simultáneamente en la picota a Bolívar (...) Como se ve, San Martín y Bolívar eran atacados por la misma ideología, precisamente porque compartían la ideología opuesta". Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 63.

34/Pérez Amuchástegui refiere un ríspido encuentro entre San Martín y Rivadavia con posterioridad. "Rivadavia llegado a Inglaterra en misión más o menos confidencial y dispusto a resaltar el 'aturdimiento' de San Martín. Este encuentro entre San Martín y Rivadavia fue muy desagradable, pues se dijeron cosas tan duras que el asunto terminó en un desafío a duelo por parte de San Martín, el que no se realizó gracias a los buenos oficios de García del Río y Paroissien". Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 73.

35/Perón, Juan Domingo, *San Martín y Bolívar vistos por Perón,* Buenos Aires, Colihue, 2007, p. 37.

3. La ofensiva final de los ejércitos patriotas sudamericanos

En Quito, Bolívar había empezado su romance con Manuela Sáenz, una de las más notorias mujeres revolucionarias de la época de la emancipación de Nuestra América. La "libertadora del libertador" como la llamaba el caraqueño, lo acompañó en muchas de sus campañas posteriores llegando no sólo al grado de coronela sino también, salvándolo de un atentado contra su vida con la espada en la mano. "En la óptica de los generales de entonces (y de ahora) Manuelita podía hacer sido el reposo del guerrero, la querida fogosa pero discreta que ofrece una casa chica, el terciopelo de su piel, pero jamás la descarada que lo proclama a expensas de su digno y gélido marido y mucho menos una amazona que les disputa el poder político"[36].

En Guayaquil, mientras aguardaba para hacer una gran entrada en la difícil Lima, le prestaron una hacienda sobre el Río Guayas llamada El Garzal. Un paraíso lleno de árboles, flores, pájaros tropicales y exóticas iguanas que paseaban libremente entre el verde paisaje.

"Manuela sabía cómo jugar con Bolívar igual que el pescador de caña juega con el pez. Sabía negarse y despertarle celos, para atizar su pasión. Igual que Fanny de Villiers –su primera tutora sexual– y Julia Coier –que lo consoló en Jamaica–, Manuelita no le tenía miedo ni se dejaba intimidar"[37].

Pero no todo fue la tranquilidad de esa pequeña luna de miel con Manuela. En las montañas al norte de Quito, la tradicional plaza realista de Pasto se rebelaba contra los patriotas. Y fue necesario un baño de sangre para doblegarla.

Otro problema se suscitó en tierras venezolanas. El general Morales se escabulló de Puerto Cabello, último reducto realista en Venezuela, ocupando otro punto en la costa de Tierra Firme. Eso hizo que Bolívar hiciera preparativos para volver a su tierra natal, pero inmediatamente se enteró de que Páez había acorralado las fuerzas realistas en Maracaibo, bloqueándolos con su flota de la ayuda española. Morales, el sanguinario general realista que más tiempo había sobrevivido, terminó finalmente rindiéndose y fue autorizado a partir rumbo a Cuba, el enclave final del imperio español en América que tardará casi un siglo más en liberarse.

"El mismo día en que se embarcó San Martín, el Perú comenzó a precipitarse en el caos político e institucional más espantoso, y esto hizo crisis ruidosamente tras la derrota definitiva del ejército peruano en Moquegua (21 de enero de 1823). El desastre que afligía al Perú sólo podía ser salvado por quien tuviera suficiente fuerza militar y política para imponerse al enemigo victorioso y a los caudillejos anarquizados"[38].

No obstante, la entrada a Lima se demoró prácticamente un año, con el propósito de generar la expectativa que le permitiera dominar la compleja trama de la política cortesana de la antigua Ciudad de los Reyes. Quería que la veleidosa aristocracia peruana suplicara por el Libertador después del vacío de poder generado con la partida de San Martín.

La estrategia para dar la estocada final al poder realista estaba clara para Bolívar y así

36/Bonasso, ob. cit., p. 258.

37/Harvey, ob. cit., p. 226.

38/Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 57.

estimulaba a su tropa: "Los soldados libertadores que han venido desde el Plata, el Maule, el Magdalena y el Orinoco, no volverán a su patria sino cubiertos de laureles, pasando por arcos triunfales, llevando por trofeos los pendones de Castilla. Vencerán y dejarán libre el Perú o todos morirán"[39] Pero para eso debía disciplinar a la compleja arquitectura política limeña. Su fuerza militante debía provocar el desequilibro necesario para que las fuerzas de la restauración no prevalecieran en los asuntos peruanos. Y para eso había que saber esperar sin desesperar.

Tras la partida de San Martín la oligarquía limeña había procurado resolver por sí misma la guerra, sin mayor éxito. A los más leales del ejército patriota –unos 4.000 soldados comandados por Arenales– se los retuvo en Lima para mantener el orden. La otra mitad de las fuerzas, con el general Alvarado al frente, fue enviada a combatir con los españoles en las montañas en condiciones de desigualdad. "El general español Valdez destrozó a las huestes del argentino Rudesindo Alvarado en Torata (enero del 23), y luego, con los refuerzos que le mandó Canterac, se dirigió sobre Moquegua y obligó a sus adversarios a reembarcarse en fuga"[40].

Incluso comparada con el resto de América Latina, la topografía peruana es mayoritariamente imponente. Sólo es planicie de su extenso territorio una estrecha franja costera, que es desértica, en tanto extensión hacia el norte del desierto de Atacama. Esa franja tiene en algunos sitios no más de 16 km de ancho. El nudo gordiano de los Andes está precisamente en Perú. Allí se elevan montañas y acantilados yermos, marrones y grises, con pasos de a 3.600 a 4.600 metros de altura y picos de 4.500 a 6.000 metros sobre el nivel del mar. Después de la vertical cordillera el macizo andino desciende a un sistema de valles altos y fértiles, que era donde se había asentado el imperio incaico. Estos están cruzados por ríos caudalosos jalonados de piedras. Sobre el valle de Apurímac, cerca de la que fue capital incaica, la ciudad de Cusco, cruza el río Urubamba, torrentoso en los tiempos de deshielo de las altas cumbres. Sobre estos valles se asentaban protegidas por las montañas y alimentadas por la fertilidad de sus tierras las fuerzas realistas.

De la Serna envió a Cusco a Canterac, su segundo al mando, para fortalecer la posición del general Jerónimo Valdez en Arequipa al sur. La consecuencia de la contundente derrota sufrida por Alvarado, fue el referido golpe de Estado en Lima, a cargo de Riva Agüero, un líder inflexible que expresaba los intereses nacionalistas y localistas de la oligarquía limeña.

Riva Agüero intentó hacer volver a San Martín para que se pusiera a sus órdenes. Lo cual fue rechazado de plano por el Libertador ya camino de su definitivo exilio. Por eso el limeño decidió ponerse él mismo al frente del ejército rumbo al sur, dejando a Lima prácticamente indefensa a merced de un ataque realista.

Los limeños, bajo la presidencia de Riva Agüero, intentaban por todos los medios prescindir de la necesidad de recurrir a Bolívar. Pero la presencia en el sur de las últimas tropas colonialistas españolas no era una cuestión de fácil resolución. El presidente reunió un ejército de 5.000 hombres a las órdenes del general Santa Cruz con el objetivo puesto

39/Afirma Bolívar en carta a Riva Agüero del 4 de septiembre de 1822.

40/Sánchez, ob. cit., p. 90.

hacia el último reducto realista. Canterac, el general de las fuerzas de la reacción colonialista, enterado de los movimientos y esfuerzos de los limeños puso en marcha a sus 9.000 soldados rumbo a Lima, que quedaba desguarnecida. "Cuando se supo en Lima la aproximación de Canterac, los oficiales patriotas acordaron evacuar la capital y encerrarse en las fortalezas del Callao. De los setenta y nueve diputados que formaban el congreso, sólo treinta y ocho se retiraron de Lima con Riva Agüero. Los demás se quedaron allí dispuestos a congraciarse con los españoles"[41]. Es claro que en poder limeño había una oligarquía más preocupada por la defensa de sus propios privilegios que por quien gobernara. El general Antonio José de Sucre quedó entonces a la cabeza de las tropas patriotas defendiendo la plaza del Callao, con unos 3.000 hombres. Canterac, demasiado confiado en la lealtad recitada y ostentosa de la oligarquía limeña, pensando en que dejaba irremediablemente encerrada a las fuerzas patrióticas en la fortaleza del Callao, partió hacia el sur a conjurar la amenaza del avance de las fuerzas de Santa Cruz hacia Cusco y Arequipa.

Riva Agüero, que había sido destituido en el ínterin por los partidarios de Torre y Tagle, se refugió en el norte peruano en la ciudad de Trujillo, donde despechado inició contacto con los realistas. Intentó dar la orden de que el ejército a cargo de Santa Cruz se volviera contra Sucre, pero aquel general se había internado con sus 5.000 hombres en las montañas, siendo derrotado sucesivamente más que por los realistas, por las inclemencias del terreno hasta quedar reducido a 800 soldados, sin haber entablado ninguna gran batalla de importancia.

Ante la evidencia de la derrota y el caos político que empieza a notarse, finalmente llegaba la comisión de la oligarquía peruana solicitándole, disimulando lo más posible, al Libertador Simón Bolívar que fuera a la orgullosa y antigua capital del virreinato, que originalmente abarcaba toda América meridional. El 1 de septiembre de 1823, Bolívar desembarcó en el puerto de El Callao, el mismo del que habían partido enormes riquezas en oro y plata con las que América del Sur había contribuido a financiar el nacimiento del capitalismo europeo. Con Manuela de la mano va a entrar triunfalmente en Lima, tratando de repetir el impacto de lo realizado en Bogotá, la otra capital virreinal.

La recepción en Lima del Libertador Bolívar fue la más ostentosa de todas, digna de un emperador. Para muestra baste decir que la vajilla de la casa de Bolívar era de oro macizo. Esta vez la demostración de fuerza se invertía. No era el Libertador el que quería maravillar a los pueblos sino los aristocráticos limeños que querían impresionar a Bolívar.

Bien detalla el historiador inglés Harvey, que "la arquitectura de Lima es una de las más refinadas de toda América Latina. Está salpicada de deliciosos palacios: el del arzobispado al lado de la catedral, el de Torre Tagle... Bolívar paseó a caballo por las calles bajo balcones de madera primorosamente labrados, que sobresalían del primer piso, protegidos por celosías también de madera que parecían encajes, de modo que las mueres pudieran mirar sin ser vistas"[42].

Los criollos peruanos muy ricos que habían pasado de bando como si se cambiaran de camiseta, no eran precisamente los más leales revolucionarios de América del sur, por el contrario. Las clases acomodadas descendientes de españoles se habían caracteri-

41/Barros Arana, ob. cit., p. 463.

42/Harvey, ob. cit., p. 231.

zado por la explotación de los sedentarios pueblos originarios que eran quienes trabajaban duramente en los campos y en las minas. La oligarquía blanca tenía pocos motivos para cambiar el sistema, que estaban dispuestos (y convencidos) a continuarlo en una nación independiente, que no fuera a alterar sus privilegios. Estaban siempre cruzados por el miedo de una revolución social de los aborígenes y los mestizos tal como había profetizado Túpac Amaru antes de morir diciendo: "volveré y seré millones"[43].

Los argumentos monárquicos de San Martín, en parte, se comprenden cuando se analizan los problemas de Bolívar para congeniar con el orden establecido por esa poderosa oligarquía limeña. En toda América la conjunción es más o menos parecida: los intereses de estos sectores oligárquicos, los realistas devenidos patriotas cuando la independencia es algo inexorable, los militares amantes del orden, todos conjugados por la devoción religiosa y el respeto que encontraban en ella de la tradición van a formar los futuros partidos conservadores. Mientras que los restos del liberalismo revolucionario –cruzado por un pensamiento moderno europeo, devenido muchas veces por su desprecio y miedo por la participación de las masas concitada por el proceso independentista– cuyo liberalismo se parece más al despotismo ilustrado (como Santander en Colombia o Rivadavia en Argentina), en concurrencia e interrelación directa con los comerciantes y hacendados devenidos en nuevos ricos a partir del cambio de eje económico que supone la relación internacional preferencial con Inglaterra, van a constituir el partido liberal, con una impronta anticlerical o de secularización de la sociedad americana. Conservadores contra liberales serán la expresión de las disputas políticas de la mayor parte de América con posterioridad a la disgregación sudamericana, sin la presencia de un partido que exprese los intereses populares[44].

Cuando el Libertador Bolívar recala en Lima, poco importaba su origen mantuano y mucho las reformas sociales que el caraqueño había establecido en Venezuela, que le habían garantizado el apoyo de los mestizos, los antiguos esclavos y los indómitos llaneros. La austeridad de San Martín no había logrado conmoverse por la ostentación limeña. En cambio, la voluptuosidad de Bolívar congenió perfectamente con aquella ciudad señorial de cuño imperial. El temido revolucionario del norte, terminó develándose ante los aristocráticos limeños como el refinado mantuano que había sido. Pero atrás de la cáscara

43/En Argentina se atribuye esta frase a Eva Perón, pero también Kosthler, en su versión de "Espartaco", la pone en boca del líder de la rebelión de los esclavos contra el dominio del imperio romano. Lo particular es que jamás es atribuida a los símbolos de los dominadores sino a los mitos de los oprimidos.

44/Argentina es una de las excepciones donde el partido federal expresa claramente lo popular en su contradicción con el partido liberal de los unitarios, pero finalmente es vencido por las fuerzas reaccionarias apropiándose éstas de la dirección del proyecto de país a partir de la batalla de Pavón, con Mitre a la cabeza. En Paraguay en cambio, ni el partido conservador de los tradicionalistas, ni el partido liberal de los comerciantes tuvo ningún tipo de espacio, y el partido popular expresado en la dictadura de Francia, y luego los López se impuso hasta que llegó para remediar el mal ejemplo para América de un país próspero y con justicia social la genocida guerra de la Triple Alianza donde Argentina, Brasil y Uruguay impulsadas entre bambalinas por el imperialismo inglés, destruyeron al pueblo paraguayo.

reluciente del mantuano, seguía el revolucionario que se había transformado a sí mismo en contacto con las luchas de su tiempo.

En torno a Cusco, cruzando la cordillera de los Andes, antigua morada de la aristocracia incaica, estaban en ese momento asentadas las tropas realistas. Un ejército nada menor, por cierto, con sus 18.000 soldados veteranos, fuertemente entrenados, con la moral intacta porque San Martín solo había liberado la franja costera del Perú, sin dar ningún gran combate hacia la zona andina.

Bolívar, cuando comprendió la gravedad de la situación real, le escribió a Santander pidiéndole un refuerzo de 12.000 hombres indispensable para vencer el foco realista en las montañas. Sus fuerzas, sumadas a los regimientos asentados en Lima, no le alcanzaban para enfrentar al nutrido ejército colonialista.

Para peor, una guarnición proveniente del Río de la Plata ante la ausencia de paga y otras cuestiones menores se sublevó tomando la fortaleza del Callao[45]. Estaban descontentos desde la partida de San Martín y en febrero de 1824 liberaron a los prisioneros españoles encerrados en la cárcel y se pasaron al bando realista. A ellos se sumó Torre y Tagle y junto a la mayor parte de las fuerzas peruanas. Otra vez la guerra de liberación parecía retroceder a una guerra civil en donde no estaban del todo claro los bandos. Las fuerzas reaccionarias tomaron nuevamente Lima, la oligarquía sin despeinarse veía entrar y salir fuerzas, sin que se tocaran sus privilegios, a diferencia de lo que había ocurrido en el norte de América meridional. Torre Tagle justificó su pérfida acción afirmando: "El tirano Bolívar y sus indecentes partidarios pretendían anexarse Perú y poner este rico país bajo el control de Colombia. Pero ha cometido un error. Los españoles son la única alternativa para impedir nuestra ruina".

"Con los 5.000 soldados colombianos que tenía a su disposición, Bolívar ocupó un único enclave al norte de la costa peruana. Le había ordenado a Sucre trasladar de inmediato sus fuerzas a Trujillo, después de destruir todas las armas y el equipo que no pudiera llevarse de Lima y el Callao"[46].

En el sur el amenazante ejército español tenía en Huancayo acantonados unos 8.000 hombres a las órdenes de Canterac. Además disponía de unos 1.000 en Cuzco y unos 3.000 en Arequipa bajo el mando de Valdez. El general Olañeta, en el Alto Perú, tenía unos 4.000 soldados. Y todo esto se completaba con unos 2.000 que constituían una tropa móvil.

"En mayo de 1824, Bolívar y la causa patriota se hallaban casi vencidos"[47].

Bolívar resolvió la desigualdad de fuerzas con una leva en masa. El ejército patriota se

---

45/"La guarnición de la fortaleza del Callao, compuesta por tropas argentinas, y en la que permanecían prisioneros numerosos soldados españoles, se sublevó por el atraso de sus sueldos y por el hambre a que había sido reducida por los gobiernos porteño y peruano, que habían ignorado repetidas veces las súplicas de los oficiales a este respecto. El sargento Moyano, del regimiento 'Río de la Plata', acaudilló una sublevación, libertó a los prisioneros españoles y ondeó enseguida la bandera de Fernando VII en la fortaleza". Ramos, ob. cit., p. 186.

46/Harvey, ob. cit., p. 233.

47/Sánchez, ob. cit., p. 92.

apoderó de todos los suministros y vituallas que encontraba a su camino y arrasó cuanto sirviera para retrasar la contraofensiva realista.

Otra vez las dificultades se cruzaban entre Bolívar y la gloria. Pero como hombre elegido del destino, fue en ese momento trágico donde todo comenzó a cambiar. Justo ahí llegaron los refuerzos enviados por Santander. Fueron 2.500 hombres, mucho menos de los que esperaba el Libertador, pero era un aporte. Estaban a las órdenes de un general muy joven, José María Córdoba, que tenía por entonces 24 años. En gran medida y dada la situación podemos decir que sin negarse Santander a las demandas del Libertador, lo dejaba a Bolívar prácticamente solo con sus posibilidades. Frío y calculador, Santander medía los beneficios de una derrota militar y política de Bolívar en Perú. Para colmo de males, los colonialistas habían recuperado el control marítimo de las costas del Pacífico, por lo cual estaban en condiciones de apoyar a sus tropas desde los puertos peruanos.

Bolívar estaba prácticamente entregado a su suerte. Y fue allí que nuevamente los sucesos internacionales jugaron en su favor.

El plano internacional había empezado cambiar. El 1 de octubre de 1823, Francia, conducida por Chateaubriand, envió a "los cien mil hijos de san Luis" a cruzar los Pirineos, para poner en caja la revolución liberal, curándose en salud y a fin de reponer los poderes del monarca de la casa de los Borbones. Con la ayuda de los franceses, en 1823, en tierras españolas, la reacción absolutista pasó por las armas a los dirigentes de la etapa liberal constitucionalista y restituyó en sus funciones y la plenitud de su poder a Fernando VII. Circunstancia que generó contradicciones entre los oficiales del ejército español. Todo lo cual tuvo repercusiones en el último reducto colonialista de América del sur. En efecto, los realistas, que tenían un ejército bien disciplinado –compuesto en su mayoría por hombres nacidos en América, pero conducidos por peninsulares– se terminaron debilitando entre ellos. Así se produjeron enfrentamientos entre el conservador Olañeta[48], jefe militar del Alto Perú, que se declaró leal al rey absolutista y se propuso, tal como había ocurrido en la península, reprimir a los liberales y constitucionalistas. ¿Quiénes eran estos constitucionalistas en América? El virrey De la Serna, jefe de la zona del Cusco, aliado con Valdez. Olañeta al frente de una fuerza de miles de hombres iba a cargar contra el último virrey, pero el otro general, de Canterac, se negaba a hacer lo mismo con sus 6.000 efectivos contra las posiciones de Bolívar, quedándose expectante en la seguridad de las montañas, donde les parecía inconcebible ser atacados.

Mientras los realistas se enfrentaban entre sí, los patriotas unificados bajo el mando de Bolívar se aprestaban a presentar la batalla final. Sabiendo que la división del ejército enemigo era una situación inmejorable y con la energía de siempre, el Libertador se propuso subir a los Andes para atacarlos. Sus oficiales más prudentes, incluso Sucre, le recomendaban quedarse a esperar los refuerzos prometidos del norte. Bolívar comprendía mejor que nadie la jugada de Santander y sabía que jamás le mandaría más tropas colom-

48/"En 1822 Pedro Antonio de Olañeta se había hecho fuerte en el sur, manteniendo una posición de acatamiento incondicional al rey Fernando VII y al régimen absolutista que éste había implantado en 1814, derogando la Constitución de Cádiz. Esta actitud lo mantuvo enfrentado al virrey De la Serna, que era liberal y constitucionalista, así como todo su estado mayor". Mesa Gisbert, ob. cit., p. 343.

bianas. El libertador se la jugó el todo por el todo, como era su costumbre. Contando con su capacidad genial para improvisar se dirigió a enfrentar su destino y el de América toda, cara a cara.

Bolívar, tenía una gran fe en sí mismo, y quería dar una batalla decisiva y no distraer esfuerzos en operaciones aisladas como se había hecho hasta entonces. En agosto de 1824 cerca de la laguna de los Reyes, en la pampa de Junín se van a encontrar las dos fuerzas enemigas. Una vez cerca de su objetivo, la estrategia del general americano fue atraer a sus enemigos para que salieran de su plaza fuerte para al fin presentarles batalla. La caballería llanera era su carta principal; para la infantería contaba con 3.500 hombres colombianos al mando de Sucre, 3.000 peruanos al mando de La Mar y además unos 1.500 granaderos del Río de la Plata y Chile al mando del general Mariano Necochea, de Buenos Aires, a quien acompañaba el general inglés que participó de la campaña de San Martín, William Miller. Pedro Juan Luna estaba al mando de unos 500 chilenos. Era una verdadera fuerza sudamericana. Si lo miramos con las nacionalidades de hoy había venezolanos, colombianos, panameños, ecuatorianos, peruanos, chilenos, bolivianos, paraguayos, uruguayos y argentinos.

Antes de iniciar la decisiva batalla, al pie de un cerro, el Libertador Simón Bolívar arengó a sus hombres: "Soldados, van ustedes a terminar la mayor tarea que los cielos han encomendado a un hombre: salvar al mundo entero de la esclavitud (...) soldados, Perú y la América toda esperan que ustedes les lleven la paz, hija de la victoria. Hasta Europa libre los mira con benevolencia: porque la libertad del Nuevo Mundo es la vida del universo"

El ejército libertador se acercó al enemigo por uno de los costados del lago de los Reyes acercándose al valle que conduce a las planicies de Junín.

De Canterac se vio sorprendido por la aparición de semejantes fuerzas, así corrieron una frenética carrera por ambos lados del lago para ofrecer batalla a su contrincante desde una situación de fortaleza de posiciones.

"Los llaneros con gorros de piel de jaguar, torsos desnudos y pantalones bombachos; los disciplinados granaderos argentinos y peruanos cubiertos como ponchos, pusieron en fuga a los dragones españoles, con sus uniformes y yelmos relucientes, bajo la fría y cristalina luz solar del altiplano"[49].

Los españoles sufrieron 1.000 bajas entre muertos y prisioneros. Habían sido derrotados fundamentalmente por la salvaje carga de una caballería que iba y venía reagrupándose y volvía a atacar frenéticamente, una caballería compuesta por llaneros criados más de 3.000 metros debajo de aquellas montañas peruanas y a más de 3.000 kilómetros de distancia hacia el norte.

"Este combate, que realzó sobremanera el prestigio de Bolívar y de las armas patriotas, tuvo una influencia inmensa en la suerte de la guerra. Canterac se retiró al sur en tal desorden, que antes de llegar al Cusco había perdido casi la mitad de su ejército por la deserción constante de sus soldados"[50].

En Huancayo el libertador Bolívar hizo una proclama política dirigida a incentivar la moral del pueblo peruano: "Peruanos: la campaña que debe completar vuestra libertad ha

49/Harvey, ob. cit., p. 239.

50/Barros Arana, ob. cit., p. 469.

empezado bajo los auspicios más favorables, El ejército del general Canterac ha recibido en Junín un golpe mortal, habiendo perdido por consecuencia de este suceso un tercio de su fuerza y toda su moral. Los españoles huyen despavoridos, abandonando las más fértiles provincias". Siempre se exageraba el impacto político de una gran batalla, pero esta vez Bolívar no exageraba demasiado.

En Cusco, De la Serna recibió la noticia de la derrota de Canterac junto con la de la victoria de Valdez sobre Olañeta en el Alto Perú. Ordenó inmediatamente el regreso de los efectivos a la orden de Valdez y formó una fuerza de más de 10.000 hombres al servicio de los colonialistas dispuesta para el combate contra los patriotas.

Santander a cargo del ejecutivo en Colombia, no recibió las noticias con beneplácito. Bolívar se las arreglaba siempre para salir victorioso. A los políticos en el poder en Colombia, no los convencía el argumento que no habría libertad final hasta derrotar a los últimos realistas, y además se quejaban (muchas veces azuzados por el propio Santander) de lo cara que les salía esa guerra tan lejana.

Santander también recelaba del estrellato ganado en combate de hombres como Antonio de Sucre. Por eso, desplegó una nueva maniobra solicitando al Congreso que considerara la legitimidad de las asignaciones pedidas por Bolívar para continuar la guerra. Como él esperaba, el Congreso no sólo respondió negándolas, sino despojando a Bolívar del título de comandante en jefe de las tropas colombianas destacadas en Perú.

Como había pasado cuando Buenos Aires destituyó a San Martín de la conducción del ejército de las Provincias Unidas, antes de Rancagua, fueron los oficiales patriotas –entre ellos Sucre–, quienes respaldaron el liderazgo del Libertador. Fue en la ciudad de Huancayo, en octubre, cuando recibió Bolívar la ley del 28 de julio que devolvían al ejecutivo a cargo todas las atribuciones concedidas para poder desplegar su campaña libertadora[51]. Frente a la sublevación de la tropa y su lealtad a Bolívar, Santander no podía hacer nada para hacer cumplir sus órdenes, pero su maniobra para desprestigiar al Libertador en Bogotá había sido exitosa. Muchos de los miembros del congreso colombiano así como de las clases acomodadas, si bien querían que Bolívar resolviera definitivamente la cuestión de la guerra, también temían a ese hombre que se había transformado en la esperanza de los humildes y que –a diferencia de sus propios comienzos– cuando se ponía a gobernar, promulgaba los derechos de las mayorías populares como habían ocurrido con la abolición de la esclavitud o los derechos de los pueblos originarios. Para muchos políticos, expresión de los intereses de la oligarquía grancolombiana, Bolívar no era más que un instrumento de la guerra que había que poner a raya en la política.

Después de Junín, el Libertador resolvió replegarse hacia la costa. Esto respondía a

51/"En la ley de 28 de julio se entregaban al Ejecutivo todas las prerrogativas que se habían concedido a Bolívar: podía declarar provincias en asambleas, exigir contribuciones, decretar alistamientos, organizar la administración pública, conceder premios y recompensas, admitir oficiales de cualquier graduación en el ejército, conceder ascensos y delegar esas facultades. Es claro que todos estos atributos correspondían constitucionalmente al Ejecutivo. Considerarlos como atribuciones espaciales concedidas por el Congreso, no resultaba sino un pretexto para desposeer al Libertador de todos los medios capaces de levantar ejércitos y conservarlos". Acosta Saignes, ob. cit., p. 317.

razones climáticas –estaba por empezar la estación de lluvias– y también políticas: se quería plantar en Perú como un estadista como lo había hecho con todos y cada uno de los territorios liberados.

Las fuerzas colonialistas habían partido desde Cusco con el objetivo de encerrar en una maniobra a las tropas de Sucre que se encontraban en las montañas. El joven general venezolano fue esquivando las maniobras mientras pudo, jugando al gato y al ratón con las fuerzas, mucho mayores, de los colonialistas.

Pero las tropas realistas más acostumbradas a las alturas fueron más rápidas que las patriotas y terminaron encerando al joven general Sucre. Aunque había recibido órdenes de Bolívar de evitar el enfrentamiento en situación de inferioridad, el joven general termina decidiendo que ya no podía correr y debía enfrentar a las tropas conducidas por los generales españoles. El 6 de diciembre su ejército acampó en el pueblo de Quinoa, cerca de la planicie de Ayacucho, mientras los realistas ocuparon las alturas de un lugar llamado Condorcunca ("digno de cóndores" en quechua). La batalla inevitable fue como un gran alivio para Sucre y sus hombres ansiosos de entrar en combate.

Entre tanto, desde la costa, Bolívar avanzaba sobre Lima. Torre Tagle y otros oligarcas limeños huyeron despavoridos ante el avance patriota rumbo al puerto de El Callao. Cuando Bolívar vuelve a entrar en la orgullosa ciudad de los reyes, el 7 de diciembre, la encuentra destruida. El responsable de tal desolación era el brigadier Ramírez, que la había conducido desde el retiro de las fuerzas patriotas con crueldad inusitada. Ramírez tenía como diversión ejecutar jóvenes limeños con la mera excusa de que llevaban sombreros republicanos.

Dos días después, los ejércitos patriotas y colonialistas se enfrentaban en la batalla final por la libertad de América. Era una contienda desigual pues el ejército colonialista contaba con más de 9.000 hombres y el patriótico solo con 6.000. El ejército libertador estaba al mando de Sucre, que como señalamos no llegaba aún a los 30 años. Las fuerzas realistas respondían a las órdenes de De la Serna. Fue la batalla de Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824.

Valdez, el mejor general español comandaba el flanco derecho, Monet el centro y las laderas de la montaña. El mariscal González comandaba a los reservistas.

Los patriotas formaban con los soldados peruanos de La Mar, la caballería a las órdenes del joven general Córdoba y conducción de Antonio de Sucre.

En su arenga a la tropa, el mariscal Sucre hizo toda una definición de por qué estaban peleando: "Soldados, de los esfuerzos de hoy dependen la suerte de la América del Sur; otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia".

Sabiendo que las tropas de La Mar eran el flanco más débil, los realistas cargaron sobre él.

Las tropas peruanas entraron en pánico y pidieron auxilio al centro. Los españoles habían previsto la maniobra e iban a atacar el debilitado centro de las fuerzas patriotas. Monet se dejó llevar por la adrenalina y ordenó que sus tropas bajaran de la ladera –posición ventajosa– antes de tiempo. El general colombiano Córdoba que comandaba las fuerzas de infantería y caballería del centro, en un ademán teatral hizo como si fuera a dejar su caballo para demostrar que por ningún medio podía huir. Y finalmente dio la orden:

"Fuego a discreción... A paso de vencedores hasta la victoria final".

"En la misma batalla combatió a lanza, vestida de capitán de caballería con uniforme escarlata, Manuelita Sáenz, la magnífica compañera del Libertador"[52].

La caballería española al ver que los patriotas no sólo se plantaban sino que avanzaban quedó consternada. Las lanzas americanas que tantos realistas habían matado en Junín estaban nuevamente en acción. Córdoba pronto ganó la cima de la colina donde estaba la artillería realista. La Mar había logrado aguantar el embate y los refuerzos enviados por Sucre hicieron retroceder a Valdez. El buen militar que era el general realista Valdez, comprendió rápidamente que la suerte de la batalla estaba definida. La caballería de Córdoba bajó a la carga por la retaguardia y capturó al último virrey del Perú, De la Serna. En el resultado final, también cayeron en manos patrióticas Canterac, Valdez y otros tres mariscales de campo, dos brigadieres, diecisiete coroneles, setenta y ocho teniente coroneles y más de 500 oficiales. Además de 2.500 soldados y gran parte de las municiones de los colonialistas. Los patriotas, por su parte, perdieron 300 hombres y tuvieron poco más del doble de heridos. Los españoles habían perdido 1.900 soldados y unos 700 estaban heridos. El mismo día del triunfo Sucre escribió a su mentor el Libertador Bolívar: "El campo de batalla ha decidido por fin que el Perú corresponde a los hijos de la gloria. Seis mil bravos del Ejército Libertador han destruido en Ayacucho los nueve mil soldados realistas que oprimían a esta república: los restos del poder español en América han expirado el 9 de diciembre en este campo afortunado".

Estaba exultante y no era para menos. Con la victoria de Ayacucho se puso fin a tres siglos que colonialismo español en nuestra América del Sur. Si bien los enclaves restantes en el Alto Perú y la fortalezas de Callao o Chiloé tardaron en un poco más en caer, lo cierto es que las fuerzas realistas jamás volvieron a recuperar la iniciativa y se encontraron decisivamente derrotadas

La victoria fue verdaderamente de tal contundencia que los colonialistas no pudieron sino darse por vencidos. Habían sido derrotados por un ejército numéricamente inferior y con mucho menos entrenamiento, pero con mucha más convicción política. Por la tarde del mismo día de la batalla "el virrey firmaba la capitulación de Ayacucho. Él y sus hombres se constituían en prisioneros de guerra y reconocían la independencia de Perú y América"[53]. Sucre, como un digno ganador, invitó a comer al vencido general Valdez, y le dedicó un brindis: "Brindo por quien, de haber nacido en América, habría sido el mejor defensor de su independencia". Poco tiempo después le escribió a Bolívar: "Todo el territorio de Perú sometido a su autoridad de usted, después de cinco meses de campaña"[54].

Bolívar se había perdido la batalla final por considerar que no estaba suficientemente madura la contienda como para librarla. Pero no fue mezquino con su protegido Sucre: "El general Sucre es el padre de Ayacucho; redentor de los hijos del sol; ha roto las cadenas con las cuales Pizarro ató al imperio de los incas. La posteridad lo pintaría con un pie en Pichincha y otro en Potosí, llevando en sus brazos la cuna de Manco Cápac y contem-

52/Ramos, ob. cit., p. 188.

53/Sánchez, ob. cit., p. 94.

54/En Harvey, ob. cit., p. 243.

plando las cadenas rotas con su espada". El libertador venezolano lo nombró, además, mariscal y Libertador del Perú.

Alejandro Pandra cuenta una anécdota que muestra el carácter del ejército libertador: "El paraguayo José Félix Bogado –lanchero del río Paraná– se había incorporado en San Lorenzo a los granaderos, acompañando fascinado a San Martín por las campañas de Argentina, Chile y Perú. Prosiguió luego sus servicios a las órdenes de Bolívar por Ecuador y Colombia. El modesto soldado, ya ascendido a coronel, volvió al Plata casi desnudo después de Ayacucho, trayendo la bandera hecha andrajos del regimiento de granaderos, al frente de los últimos restos del ejército de los Andes. Las armas fueron guardadas en el Retiro, en una caja de cedro con una inscripción en una chapa de bronce, que dice: 'Armas de los libertadores de Chile, Perú y Colombia'. Sí, Colombia también, puesto que habían triunfado en Riobamba, Pichincha, Junín y Ayacucho"[55].

En cada punto de nuestra América del sur se festejó grandemente la victoria de Ayacucho. Buenos Aires no fue la excepción. "El célebre deán de la catedral de Córdoba, don Gregorio Funes, era desde hacía un tiempo, agente diplomático de Colombia ante el gobierno argentino en Buenos Aires. Ante su casa, en la calle Florida, una multitud reunida pidió su palabra. El deán la arengó exaltando el nombre de Bolívar y Sucre e invitó a la muchedumbre a desfilar hasta la pirámide de Mayo"[56]. Lo que hoy es la Plaza de Mayo fue como a lo largo de la historia el punto de encuentro de la felicidad del pueblo.

Los pocos enclaves colonialistas que quedaban en América después de la derrota de Ayacucho cayeron rápidamente. Juan Pio Tristán, aquel condiscípulo de Belgrano, a quien en Cusco la Real Audiencia había investido con el título de virrey interino, tuvo que someterse a Sucre. "Olañeta, que se mantenía con cerca de 6.000 hombres rebeldes a la capitulación, fue herido y muerto en un motín de sus tropas (abril de 1825) en Tumusla. La escuadra realista se retira de aguas del Pacífico, viéndose obligado De la Serna a tomar pasaje en un barco francés para volver a España. A su vez, Chiloé caía en manos patriotas, pese a la tenaz resistencia de Quintanilla. En enero de 1826 los castillos del Callao, donde aún se mantenía el brigadier español Rodil, tuvieron que rendirse. Fue el último baluarte hispánico. América era políticamente libre"[57] relata el historiador peruano Luis Alberto Sánchez.

"España había amainado sensiblemente sus irritadas protestas por la tolerancia británica respecto de las antiguas colonias. El reconocimiento por parte de Inglaterra y la noticia del definitivo triunfo alcanzado por los independientes en Ayacucho, amedrentaron a Fernando y le obligaron a suavizar su despotismo y suspender hasta mejores tiempos la represión contra los liberales. Esto le impulsa a remover de ministro a Aymerich y publicar una amnistía (junio de 1825)"[58].

55/Pandra, ob. cit., p. 197.

56/Ramos, ob. cit., p. 194.

57/Sánchez, ob. cit., p. 94.

58/Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 91.

CAPÍTULO XXVII
DESDE LA VICTORIA MILITAR DE LOS PATRIOTAS A LA DERROTA POLÍTICA DEL PARTIDO AMERICANO

"La historia oficial argentina es una obra de imaginación en que los hechos han sido consciente y deliberadamente deformados, falseados y concatenados de acuerdo a un plan preconcebido que tiende a disimular la obra de intriga cumplida por la diplomacia inglesa"
Raúl Scalabrini Ortiz

1. El reconocimiento británico después de Ayacucho

Los peruanos le plantearon a Bolívar que después de la victoria de Ayacucho se quedara gobernando como dictador. Simón invitó a Manuela a que viviera con él en su residencia de Lima. Allí, la señora de Thorne (todavía no se había separado formalmente) para escándalo de la pacatería limeña se convirtió en una figura deslumbrante. "Cabalgaba con pantalones rojos ajustados, botas altas, capa negra y sobrero emplumado. Hacía esgrima con los oficiales de Bolívar y presidía como anfitriona las celebraciones sociales en la residencia del Libertador"[1]. Era una mujer extraordinaria, que hacía cosas que horrorizaban a los hombres de su época y por eso se había ganado no sólo el amor sino también la admiración del Libertador.

Se había terminado la amenaza militar pero se abría ante Bolívar un desafío político que tenía una dimensión aún mayor. Su tarea era sentar las bases de un único gobierno constitucional para toda nuestra América del Sur. Así, la historia lo recordaría no sólo como libertador sino también como el padre fundador de una nación.

En la arena internacional, el primer paso fue auspicioso. Pese a la oposición del rey George IV y el conservador duque de Wellington, en los últimos días de 1824 y los primeros de 1825, Gran Bretaña –el país hegemónico en esos tiempos– reconoció la independencia, a instancias del canciller George Canning. Claro que, pérfidos en sus intenciones, los ingleses no le dieron entidad al conjunto de Sudamérica, sino separadas región por región. Su intencionalidad era clara, no iban a cometer el error que permitió a sus antiguas trece colonias del norte constituir una única nación[2]. Estaba decidida a jugar en la balcanización de la América meridional. Las ex colonias españolas ofrecían a los ingleses un importante botín comercial del que pensaban sacar ventajas al máximo. Para que nos demos una idea de la dimensión, el comercio británico con los virreinatos españoles en

1/Harvey, ob. cit., p. 243.

2/Pérez Amuchástegui considera –erróneamente a nuestro juicio- que fue la injerencia de EEUU la que determinó la estrategia de "apoyar las nacionalidades localizadas para evitar que , en su afán cada vez más irrealizable de obtener la hegemonía del bloque continental"

1805, un lustro antes de la revolución, era de 8 millones de libras (sin contar el contrabando que ya era muy activo) mientras que un lustro después la misma (1815) ya se había duplicado y alcanzaba los 18 millones.

George Canning, sucesor del conservador lord Castlereagh, que había piloteado todas las guerras de independencia sin alterar el equilibrio europeo, fue quien intentó capitalizar la victoria de las fuerzas anticolonialistas en América. El nuevo ministro de Asuntos Exteriores cambió fuertemente la política de sumo respeto, de su antecesor, por las potencias continentales del Congreso de Viena. "Informó falsamente a las potencias europeas de que la Doctrina Monroe había sido consecuencia de la diplomacia británica, algo que estaban muy dispuestas a creer. Conforme se desmoronaba la alianza continental, los franceses aceptaban no utilizar la fuerza para perseguir sus reclamos sobre América Latina; los austriacos se apartaban a regañadientes; los rusos gritaban impotentes su indignación, Canning despachó a toda prisa tres delegaciones a México, Colombia y Buenos Aires, con la intención de allanar el campo para el inminente reconocimiento oficial"[3].

El enviado a Buenos Aires, Woodbine Parish[4], comerciante antes que diplomático, fue quien con mayor profundidad vio la oportunidad de dominio económico que se presentaba para los británicos. El comercio de los productos naturales por los manufacturados productos ingleses ya estaba establecido en Buenos Aires, con un antecedente remoto en el contrabando en tiempos coloniales, y desde las invasiones inglesas se habían establecido las primeras empresas inglesas, que para 1825 ya llegaban a cuarenta las que operaban en esa plaza. Canning a instancias de Parish negoció un tratado comercial que haría las veces de reconocimiento del nuevo Estado.

Después de concluir el acuerdo de reconocimiento de los nuevos Estados, Canning concluyó: "La fosa está cavada, la América española es libre. Y, si no manejamos de mala manera nuestros intereses, será inglesa".

Pero el mismísimo ministro Canning desde su soberbia en la presentación ante la Cámara de los Comunes definió con claridad meridiana los verdaderos objetivos de los británicos "Al contemplar España –tal como la habían conocido nuestros ancestros– resolví que, si Francia tenía a España, no sería a España más las Indias. Hice surgir el nuevo mundo para recuperar el equilibrio en el viejo".

Lo cierto es que el nuevo mundo (América sometida al colonialismo español) había logrado, no por el demiurgo inglés, sino por su propia mano, conquistar su independencia. Porque pese a la insistencia de la mayoría de los revolucionarios para obtener el reco-

---

3/Harvey, ob. cit., p. 249.

4/"En 1824, después de ser concedido el tristemente célebre crédito de la Baring Brothers –¡el mismo año de Ayacucho!–, llegó a nuestras playas el nuevo cónsul de su majestad británica, mister Woodbine Parish, quien rápidamente detectó las 'oportunidades de negocios' que ofrecían estas pampas". Pandra, ob. cit., p. 214.

En octubre es nombrado Parish, un mes después llega el plenipotenciario estadounidense Cesar Rodney y en diciembre, el presidente James Monroe lanza su célebre declaración en que se oponía a la intervención europea en América. Cuya formulación deja abierta la puerta para la hegemonía norteamericana en la región: "América para los americanos".

nocimiento británico y las vidas que ello hubiera ahorrado en las guerras de emancipación, este nunca llegó sino después de la victoria definitiva de Ayacucho.

El propio Canning ante la Cámara de los Comunes, lo admite sin ponerse colorado: "La Gran Bretaña no reconoce el derecho de los sudamericanos a ser independientes, sino el hecho de que lo son en este momento; y que este hecho está fuera de la jurisdicción y de la buena o mala voluntad de las potencias extranjeras".

2. La oligarquía dueña de Buenos Aires

La restauración oligárquica de mediados de la década de 1820 la encabeza un porteñismo acérrimo en clave de liberalismo conservador.

En términos económicos, a partir de 1820 se recompone la economía de Buenos Aires, a partir de la creciente prosperidad de su campaña. La expansión ganadera al impulso del comercio con los británicos generó una expansión territorial y una reconversión económica. La expansión, en principio, se hace hacia el sur, a manos de los territorios dominados por los aborígenes. Se extendió la frontera hasta el Salado e incluso más allá.

"La ampliación de la frontera deja un inmenso botín en tierras, de cuya propiedad el Estado no se desprende: las ofrece en enfiteusis a quienes quieran explotarlas, requiriendo cánones muy bajos. La solución cumple muy bien su propósito (que no es el de asegurar un orden social más igualitario): los capitales disponibles –escasos dada la vastedad del territorio que se abre a la explotación– no se perderán en especulaciones inmobiliarias"[5].

Este es el eufemismo que elabora Halperín Donghi para justificar la financiación por parte del Estado de la incipiente oligarquía terrateniente[6]. Este reparto en enfiteusis se completará con la venta a precio vil durante los gobiernos posteriores. Pero el inicio de la maniobra fue lo fundamental, en tanto se empezaba a expandir la estructura económica en la relación de dependencia directa con el imperio británico. Un autor liberal, pero honesto, como José Luis Romero no puede sino reconocer: "¿Quién podría abordar el problema de la historia de la 'estancia' argentina sin sacar a luz todo el proceso de la ocupación indebida de la tierra, de la utilización del poder político para logarla y conseguir buenos frutos de ellas, de la sumisión a los poderosos grupos financieros que controlaban la colocación de sus productos en el mercado internacional?"[7].

"El núcleo social, a la vez que económico, de las tierras ganaderas es la estancia, cuya victoria no se debe tan sólo a la nueva coyuntura económica; es acelerada por el favor del poder político y administrativo; la producción ganadera, en la provincia que a ella debe

5/Halperín Donghi, ob. cit., p. 180.

6/La justificación de Halperín Donghi es clara: "De este modo la economía de Buenos Aires adquiere un nuevo centro de gravead; la sociedad porteña tiene un sector importante más coherente que en cualquier momento de su pasado. Esos cambien son innegablemente las consecuencias del éxito de la revolución económica comenzada en 1809. Pero advirtamos que las consecuencias sociales –y a más largo plazo políticas– que ese éxito tiene en Buenos Aires no se diferencia demasiado de las que derivan en otras provincias de su fracaso". Halperín Donghi, Tulio, *Revolución y Guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014, p. 135.

7/Romero, José Luis, *Latinoamérica. Situaciones e ideologías*, Buenos Aires, Del Candil, 1967, p 22.

su prosperidad, es considerada casi de orden público, y el Estado es el que garantiza, en último término, la disciplina del trabajo en la estancia. ¿Cómo? Reclutando enérgicamente a vagos y sin oficio (...) De este modo una mano de obra siempre escasa puede ser utilizada al máximo por una economía en expansión"[8]. Para decirlo en criollo, una vez concretada la provincialización de Buenos Aires y aprovechando el vínculo establecido con los ingleses, la expansión económica desarrollada en base a la expansión ganadera se hace disciplinando a las clases populares de la campaña, esto es, a los gauchos, con el poder del Estado. Este alineamiento de Buenos Aires que ya no tiene ni que sustentar los ejércitos de represión en la guerra civil y que lleva ya largo tiempo dándole la espalda al proceso libertador encarado por San Martín y sus hombres, hace que la provincia porteña prospere rápidamente.

Esta expansión productiva, fundamentalmente ganadera, era mucho más extensiva que intensiva, dado que el factor más barato era la tierra que el Estado ponía en manos de las familias acomodadas, mientras que el capital era escaso y la mano de obra también. Pero la naturaleza había dotado a la pampa húmeda de condiciones que permitían que el ganado prácticamente se criara solo. Y este es el comienzo de la apropiación por parte de unas pocas familias de la riqueza que produce nuestra naturaleza.

El principal producto de comercio de exportación seguían siendo los cueros, pero en esta época se iba a comenzar a implementar la tecnología necesaria para incluir a las carnes. Nos referimos al famoso "saladero", que permitía que las carnes hicieran largas travesías en barco hacia los lugares en que iban a ser consumidas. "Ya en 1825, Buenos Aries se ha transformado en la primera región ganadera del país, y su campaña reemplaza a las tierras nuevas de más allá del Paraná y el Plata –Entre Ríos, el sur de Corrientes, la Banda Oriental– como proveedora para el mercado internacional del primer rubro de las exportaciones del nuevo país"[9].

El comercio internacional del país colonizado por los británicos también cambió en esta década. De la sucesión de golpes especulativos de rendimiento rápido, entre los cuales el dumping y el gran flujo de capitales en un mercado escaso de ellos permitieron destruir a muchos de sus competidores. El comercio se va estabilizando en negocios de carácter permanente en la medida en el Liverpool iba reemplazando a Londres como eje del comercio entre Gran Bretaña y el Río de la Plata. Los productos manufacturados que llegan tenían su vértice de avance en los textiles baratos (de algodón que históricamente venía subvencionado por el trabajo esclavo que fue erradicado de los territorios propios pero no de las semicolonias como el sur norteamericano). Esta fue la clave de la conquista del mercado bonaerense por los productos ingleses que venían acompañados –acaso su punto fuerte– de toda una mentalidad colonizada, transculturizante. Con este intercambio desigual que generaba alto contenido de valor a través del trabajo en la metrópoli imperial y poco en la semicolonia o país dependiente, el Río de la Plata se inscribe en la nueva división internacional del trabajo impulsada en su beneficio por los europeos. Halperín Donghi festeja esto como "el medio para compensar algunas de las muchas ruinas aportadas por la crisis

8/Halperín Donghi, Tulio, Historia Argentina. De la revolución de la independencia a la confederación rosista, Buenos Aires, Paidós, 1972, p. 181.

9/*Ibid*., p. 181.

revolucionaria"[10]. La prosperidad económica es, además, para los historiadores liberales la causa suficiente para no aportar al proceso emancipador que siguió su curso, aunque sin el concurso del esfuerzo de Buenos Aires.

Pero, a medida en que avanzaba esta lógica de sumisión a los británicos, aparece el creciente interés por parte de los ingleses de colocar su excedente de capital en América Latina en general, y en Buenos Aires en particular. Así se adelanta el fenómeno imperialista estudiado por los clásicos del socialismo recién para el último cuarto del siglo XIX. "El subcontinente se ha transformado en uno de los grandes mercados de la industria inglesa; ya hacia 1820 importaba de la Gran Bretaña algodones por valor de un cuarto de los que podían colocarse en toda la Europa continental. Y esta conquista se había logrado sin inversiones apreciables; la disponibilidad creciente de capitales parecía prometer avances aún más fructíferos"[11]. Pronto vendrá el ciclo de inversión, en la medida de los excedentes británicos del desigual intercambio. Ese tipo de inversión es el que va a condicionar a las economías dependientes.

En aquel momento, los inversionistas ingleses se interesaron por la posibilidad de nuevas minas en Sudamérica. En particular en el hinterland de Buenos Aires los británicos se entusiasmaron con la posibilidad de invertir en la exploración minera de La Rioja, en los cerros de Famatina. Para ello, se asociaron con figuras políticas de la época, como Bernardino Rivadavia, quien durante mucho tiempo recibió regulares estipendios por estar al servicio de este capital inglés. Sin embargo, esas minas tenían más dueños que oro y plata, uno de ellos era el caudillo riojano Facundo Quiroga, asociado con el rico comerciante Braulio Costa.

No es raro tampoco que esta reconversión de la economía de Buenos Aires en su relación con la división internacional del trabajo, y en perjuicio de las provincias interiores y su incipiente industria, produjera un efecto absolutamente contrario a partir de 1825. Esa reivindicación nacionalista se va a hacer poder recién para 1827 por medio de los federales bonaerenses, primero con Dorrego y finalmente con Rosas en 1830.

La caída simultánea del Directorio y de Artigas a manos de sus lugartenientes, configuró la dispersión de múltiples poderes provinciales con carácter de estados cuasi independientes, pues todos eran conscientes de ser parte de una integración superior, de la cual cada uno estaba preparado para discutir sus condiciones. Estas provincias mayormente incluían también una perspectiva en la que seguía presente la idea de América como conjunto único. Un ejemplo de ello es la Constitución santafesina de Estanislao López que establecía que cualquier ciudadano de América era considerado un ciudadano de la provincia.

Tucumán se presentó por un tiempo como república, otro tanto hizo Entre Ríos, mientras que el resto no llegó a tales extremos y continuaron considerándose provincias.

Güemes había muerto en 1821 producto de la traición de la oligarquía que reafirmó su autonomía. La provincia de Córdoba se había quedado con el Ejército del Norte sublevado en Arequito. Los jefes de esta fuerza (Bustos y Paz) empezaron a disputar entre sí, uno

10/*Ibid*., p. 191.

11/*Ibid*., p. 192.

del lado federal otro del unitario. La intendencia de Cuyo que había sido gobernada como una unidad pronto se fragmenta en tres: Mendoza, San Luis y San Juan. En la zona de los llanos de La Rioja se asentaba el poder del caudillo Facundo Quiroga. En el litoral con las victorias de Ramírez se construye la efímera republica de Entre Ríos que incluía también a Corrientes. Finalmente ésta se autonomiza de la mano de León Esquivel y de Pedro Ferré, quien durante años dominará la política provincial correntina. En Santa Fe, el brigadier general Estanislao López se convirtió en el hombre fuerte y después de derrotar a Ramírez en 1821 se erigió como el jefe de todo el litoral.

Buenos Aires tuvo, una vez provincializada, una recuperación económica vertiginosa que se basó, como hemos visto, en la extensión de la frontera y sobre todo en la entrega de las tierras en enfiteusis a las clases acomodadas. Martín Rodríguez era el gobernador. Había participado de las guerras anticolonialistas en el Ejército del Norte junto a Belgrano en la batalla de Salta, y también de las guerras civiles de represión porteña junto a Dorrego, por ejemplo en la batalla de Gamonal. Era famosa su impericia tanto militar como política, por lo que el control político de su gobierno lo tenían sus ministros principales: Bernardino Rivadavia y Manuel García. El primero con sus ideas iluministas y europeas, con una larga experiencia política era el verdadero poder detrás del trono.

En 1824 se encontraba en Buenos Aires el enviado de la corona británica para negociar el reconocimiento de la independencia en forma fragmentada y no única como quería Bolívar. El reconocimiento de las Provincias Unidas se dio a través de un acuerdo comercial que debía considerar a Gran Bretaña como nación más favorecida. Woodbine Parish, emparentado directamente con una de las casas comerciales inglesas que actuaban en la base porteña, traía un borrador del tratado que no tenía atribuciones para modificar. No le fue una tarea demasiado difícil porque la contraparte porteña era un agente inglés, el inefable Manuel García[12]. El único problema era que no estaba del todo claro en nombre de qué Estado negocia García. El mellado poder centralizado impulsa también a los porteños para vender un paquete más grande a los británicos a recuperar su centralidad en relación al resto de las provincias, aunque esta fuera artificial.

Ya para 1823, cuando se empezaba a consolidar su economía, Buenos Aires había vuelto a la idea de hacer valer su hegemonía para ordenar a las provincias. Y para eso ideó la convocatoria a un congreso constituyente. Ese congreso se reunió en diciembre de 1824 y fue integrado por diputados que generalmente desconocían o conocían mal a las provincias que representaban[13]. Las mismas prácticas, los mismos vicios, del centralismo porteño.

Muchos de los diputados llegados a Buenos Aires pertenecían a las clases acomodadas

12/"El 2 de febrero [de 1826] fue firmado, en Buenos Aires, el Tratado de Comercio con Inglaterra, por Manuel José García y Woodbine Parish; con ello, queda ya formalizado enteramente el reconocimiento de la independencia, y se daban mutuas garantías respecto de la libertad de comercio y de culto, quedando los ingleses en paridad de condiciones, en orden a lo comercial, que los ciudadanos; además, se los eximia de obligaciones inherentes a la ciudadanía, como servicio de milicias, contribuciones forzosas o requisiciones". Sabsay; Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 138.

13/Por ejemplo, el porteño Manuel de Arroyo en un arranque de dignidad termina renunciando alegando que nada conoce de la provincia de Tucumán a la que teóricamente representa.

de las provincias. A ellos, en un alarde de elitismo, Halperín Donghi los considera "más sensibles al nuevo viento de institucionalización liberal que la sola convocatoria del cuerpo ha hecho soplar en el país. Esos diputados los son sin duda por la voluntad de los déspotas de los que ahora abominan; reclutados en las reducidas clases letradas del Interior, los han venido sirviendo porque no habían creído viable una alternativa política al predominio caudillesco". El desprecio que sienten los historiadores liberales por las formas de organización de los pueblos no tiene límites. Y el elogio de los liberales que ejercen una falsa representación, tampoco.

Lo cierto es que esos diputados, muchos falsos, y la sobre representación de Buenos Aires hacen que nuevamente se dicte una Constitución formal inadecuada para la real[14], para un país que ejercía el federalismo e incluso iba más allá, no podía tener una unión que no fuera basada en un pacto confederal, porque se trataba de estados virtualmente separados.

"Al discutirse el proyecto de Constitución que quita el voto a los peones, jornaleros y soldados, el entonces diputado Dorrego dice cosas muy ciertas: '¿Quién queda?... queda cifrada en un pequeño número de comerciantes y capitalistas la suerte del país... Entonces sí sería fácil influir en las elecciones. Porque no es fácil influir en la generalidad de la masa, pero sí en una corta porción de capitalistas. He aquí la aristocracia del dinero: y si esto es así, podría ponerse en giro la suerte del país y mercarse... Hablemos claro: el que formaría las elecciones sería el Banco'" dice Fermín Chávez[15].

Entre las primeras sesiones del Congreso lo que se hizo (acaso ésta fuera la verdadera causa por la que se convocó) fue aprobar el acuerdo de amistad y comercio con Gran Bretaña. El acuerdo ya tenía un interlocutor claro que era toda la Argentina y no sólo Buenos Aires.

En paralelo, la victoria de Ayacucho fue celebrada en Buenos Aires, pese a que las autoridades porteñas, comenzando por Rivadavia, miraban con gran recelo la presencia cada vez más cercana de la influencia bolivariana, esta vez en los confines de las Provincias Unidas cuando Sucre entró al Alto Perú. Sin embargo, el congreso termina aprobando el tratado de amistad con Colombia que había traído el delegado del libertador Bolívar. Fue un hecho significativo que el diputado por Córdoba, representante del gobernador Bustos y del federalismo, el deán Funes fuera designado representante colombiano en Buenos Aires. Paradójicamente o no tanto aquellos que pugnaban por la autonomía eran quienes seguían levantando la bandera del americanismo.

3. La transformación del Alto Perú en la República de Bolívar

Cuando a la llegada del mariscal Sucre y sus hombres, se da por finalizada la liberación del Alto Perú, el hombre de Bolívar, vencedor de Ayacucho, hizo una jugada que no habla bien de su comprensión estratégica del proceso de América del Sur: fundó una nueva república a la que le puso el nombre de su jefe: república de Bolívar o Bolivia. El dilema

14/Contemporáneamente a esta Constitución formal sin vínculo con la real, el libertador Simón Bolívar comprende en su profundidad de análisis el verdadero dilema: "No olvidando jamás que la excelencia de un Gobierno no consiste en su teoría, en su forma, ni en su mecanismo, sino en ser apropiado a la naturaleza y al carácter de la nación para la que se instituye".

15/Fermín Chávez, ob. cit., p. 51.

político de esa región, que antes del inicio de la revolución pertenecía al virreinato del Río de la Plata, pero que había sido ocupado y recuperado jurisdiccionalmente por el del Perú, era a cuál de las autoridades habría de someterse. Entre las opciones del Alto Perú, se consideró la posibilidad de incorporarse a las Provincias Unidas, que, justamente, tenían en desarrollo un Congreso Constituyente. También existía la posibilidad de mantener la adhesión al Perú, reconociendo las medidas de incorporación dictadas por el virrey Abascal desde la revolución de La Paz de julio de 1809. Finalmente, el 6 de agosto de 1825 se declaró la independencia[16], que fue aprobada por siete representantes de Chuquisaca, catorce de Potosí, doce por La Paz, trece de Cochabamba y dos por Santa Cruz.

El congreso que tomó la decisión según refiere Jorge Abelardo Ramos estaba compuesto por las clases dominantes del Alto Perú y no por los históricos combatientes revolucionarios de esta región americana. "Concluyeron solicitando del Libertador un proyecto de Constitución. Pretendían así ganarse la buena voluntad de Bolívar. Entre los diputados serviles no figuraba Murillo, aquel soldado mestizo que se había hecho matar por los absolutistas por la libertad de América, ni el cura Muñecas. Eran los mineros, terratenientes, hacendados y verdugos de indios los que clamaban por la protección del Libertador victorioso. Asistía una 'selecta concurrencia y en que las damas de la alta sociedad no eran las menos recatadas para expresar con grandes aclamaciones su entusiasmo patriótico'"[17].

Paradójicamente, presidía la asamblea el Dr. José María Serrano, antiguo diputado por Charcas al Congreso de Tucumán, que en 1816 había declarado la independencia de las Provincias Unidas de Sudamérica. La política se iba achicando, a veces con los mismos políticos al frente del proceso.

La decadencia económica de esta región, otrora de las más ricas de toda América, era irremediable. Faltaban capitales para modernizar la explotación de las minas y la agricultura era primitiva, casi en las mismas condiciones del tiempo de los incas. "La expoliación de los indígenas no podía suplir la impericia, la abulia y el estilo rentístico de existencia de las clases altas del Alto Perú. Por otra parte, el librecambismo porteño y su desdén por las provincias de 'arriba' chocaba con los intereses textiles de Cochabamba. Los mineros altoperuanos preferían adquirir el azogue para extraer la plata mediante el método de la

16/Uno de los más activos promotores de la ruptura con las Provincias Unidas fue Casimiro Olañeta, el sobrino del general reaccionario, fiel hasta el último momento al absolutismo. "Casimiro Olañeta llegó a Desaguadero el 3 de febrero de 1825 donde ya estaba el mariscal Antonio José de Sucre, procedente de Cuzco. Ambos cabalgaron lado a lado rumbo a la ciudad de La Paz, donde, el 9 de febrero, se promulgó el decreto en el que se basó la independencia de Bolivia (...) A través de Olañeta, el mariscal de Ayacucho vio muy claro el deseo de autonomía de los altoperuanos, aspiración muy antigua, pues siempre fueron renuentes a sujetarse tanto a Lima como a Buenos Aires" sostiene el historiador boliviano Mesa Gisbert (2003: 345) reproduciendo la lógica de patria chica de cada una de las historias oficiales de los países de nuestra América. Las presiones de la oligarquía conservadora del Alto Perú operan sobre el novel mariscal Sucre, quien le escribe a Bolívar: "Me ha dicho el doctor Olañeta que él cree no solo difícil sino imposible reunir las provincias altas a Buenos Aires: que hay una enemistad irreconciliable".

17/Ramos, ob. cit., p. 208.

amalgama, producido por las minas peruanas de Huancavelica, en lugar de comprar ese mismo mineral procedente de Europa a través de Buenos Aires, distante de Potosí más de 400 leguas. Así apareció en esa oportunidad una tentativa separatista, reforzada por la perspectiva de adquirir una salida sobre el Pacífico para su comercio"[18].

Quien instó a que se tomara ese camino de independencia fue el mariscal Sucre. Cuando Bolívar supo lo hecho por su lugarteniente se indignó y lo reprendió severamente. Lo cierto es que la separación del Alto Perú de su antigua jurisdicción rioplatense haría poner a Buenos aires en contra del proyecto de integración americana que levantaba el Libertador. El error de su preferido, el héroe de Ayacucho, atentaba contra la unidad de América meridional que era su sueño y su bandera. Pero el gobierno de Rivadavia demostró la más flagrante indiferencia ante el cercenamiento territorial[19]. El motivo fundamental era que el territorio del Alto Perú recientemente liberado, era un problema más para la mirada centralista de los gobernantes unitarios.

Bolívar reprendió a Sucre por considerar que era un error lo obrado. En carta del 2 de febrero de 1825, le dice claramente: "Ni usted, ni yo, ni el Congreso mismo del Perú, ni de Colombia, podemos romper y violar la base del derecho público que tenemos reconocido en América. Esta base es, que los gobiernos republicanos se fundan entre los límites de los antiguos virreinatos, capitanías generales, o presidencias como la de Chile. El Alto Perú es una dependencia del virreinato de Buenos Aires; dependencia inmediata como la de Quito de Santa Fe". A lo que el mariscal le responde, defendiéndose: "Parece que la provincia de Buenos Aires ha calculado que no está en sus intereses la reunión de estas provincias a la república".

La nueva república –como dijimos– se va a llamar, en un acto de arrojada obsecuencia República Bolívar o Bolivia. Así dice sarcásticamente Ramos: "El hombre que se proponía crear una gran nación latinoamericana con las provincias emancipadas de España, era convertido en el fundador de una provincia erigida en nación"[20]. Toda una paradoja.

Ante la reacción negligente del gobierno porteño, Bolívar se reconcilió con Sucre y entonces le escribió: "Recuerde que tiene en mí a un padre, que siempre se regocijará con la gloria de su hijo". Y en consecuencia, partió en una larga marcha al encuentro de su discípulo preferido. En Arequipa y en Cusco, hizo entradas triunfales. En la ciudad del sur peruano, construida en piedra blanca volcánica, recibe por llegado un caballo con silla y estribos de oro, además de las llaves de la ciudad, también finamente talladas en oro. Una vez en Cusco, la antigua capital del imperio incaico, promulgó un decreto de abolición de los trabajos de servidumbre de los pueblos originarios. Esto le generó la adhesión de miles y miles de hombres y mujeres de aquellas tierras, pero al mismo tiempo atemorizó a las oligarquías de las ciudades. El trabajo forzado de los aborígenes era la base de la creación

18/*Ibid*., p. 203.

19/"Aunque las cuatro provincias del Alto Perú han pertenecido siempre a la Argentina, es la voluntad del Congreso General Constituyente que ellas queden en plena libertad para disponer de su suerte, según crean convenir mejor a sus intereses y a su felicidad". Ley de 1825 del Congreso rivadaviano porteño.

20/*Ibid*., p. 208.

de riqueza en los tiempos de la colonia y no había habido ningún tipo de reconversión productiva en la zona. Sobre las espaldas de los "indios" estaba el sistema de cultivos con control de riego –que prácticamente no había sido alterado casi en nada por los españoles– pero también la producción minera, que sí era llevada a cabo con técnicas de vanguardia. Se trataba de una economía desigual. Incluso en muchos lugares el trabajo minero se intercambiaba por salario, a diferencia del tributo indígena que seguía siendo de tipo feudal. El Libertador estableció la obligación de pagar salarios a cualquiera que trabajara para otro, prohibiendo el trabajo forzado. Anunció, además, un programa de reforma agraria para que la tierra fuera para quienes la trabajaran, de manera que las tierras comunales se repartieran entre los campesinos sin tierra. Muchas de estas normas fueron burladas en la práctica, pero sin embargo Bolívar se ganó la lealtad de los humildes que veían reivindicadas sus aspiraciones y que lo veneraban como si fuera un Inca reencarnado.

Bolívar elabora una Constitución para la recién creada Bolivia. Su idea era que ese modelo fuera adoptado también por el resto de las regiones bajo su influencia. Así escribe a uno de sus colaboradores "Estoy planteando una Constitución (...) que revoque la esclavitud de las masas y todos los privilegios". Había dejado atrás sus orígenes de clase mantuanos y comprendía profundamente que fueron las masas desposeídas los verdaderos artífices del proceso independentista, su punto principal del apoyo desde que, en costas del Caribe, reflexionara –en Jamaica y Haití– sobre los motivos de las primeras derrotas de la causa patriota. Sólo el patriotismo encarnado en el pueblo era capaz de llevar a buen puerto la revolución. El Bolívar[21] de los tiempos del final de la gesta emancipadora era profundamente crítico de los criollos acaudalados e incluso del pensamiento progresista de molde europeo: "Porque aunque hablen de libertad y garantías, se aplican sólo a quienes ellos quieren y no al pueblo que, creen, debe seguir oprimido. Quieren igualdad para elevarse y ser iguales a los más poderosos, pero no para descender al nivel de individuos de clases sociales inferiores. Quieren que éstas se consideren siempre siervos, pese a sus pretensiones de demagogia y liberalismo".

La Constitución que Bolívar pensó para Bolivia incluía la libertad civil, de palabra, de prensa, de trabajo, de tránsito e igualdad ante la ley, abolición de la esclavitud, debido proceso legal y hasta juicio por jurados. Era el molde de una Constitución liberal, pero con un modelo propio.

"Bolívar dividía el poder legislativo en tres cámaras: tribunos, senadores y censores, cargo que también era vitalicio y quienes lo desempeñaban debían velar por el cumplimiento de la Constitución. Apartándose de la división de tres poderes, el "Libertador proponía un cuarto poder denominado poder electoral"[22].

"Pero, aquejado de la enfermedad jurídica del siglo y asediado por legiones de abogados chuquisaqueños y limeños (¿quién hubiera podido resistirlo?), Bolívar disfrutó raras horas de felicidad intelectual redactando una Constitución para su amada Bolivia. Embriagado por el honor bautismal que le conferían los astutos doctorcitos altoperuanos antes de trai-

21/Interpretado en su pensamiento por su lugarteniente Perú de Lacroix.

22/Mesa Gisbert, ob. cit., p. 354.

cionarlo, ya le faltaba muy poco al Libertador para medir la magnitud de su tragedia"[23].

Un párrafo aparte merece la acción en este nuevo país creado por Sucre de su ministro en cuestiones educativas: Simón Rodríguez o Samuel Robinson (como se hacía llamar), el viejo maestro del Libertador.

Un hombre de vanguardia en cuanto a ideas pedagógicas y ante quien Bolívar había jurado en el Monte Sacro en la legendaria Roma, la libertad del Muevo Mundo. Jacobino y rousseauniano en su comprensión y su pedagogía, generaba innumerables resistencias entre los ambientes conservadores de donde fuera uno de los últimos reductos de los colonialistas y conservadores. Estableció en las escuelas que fundó, la enseñanza de los oficios manuales, albañilería, carpintería y herrería junto a la instrucción primaria, ''lo que escandalizó a los padres de familia, que no querían ver a sus hijos convertidos en humildes artesanos, sino en literatos, doctores, escritores y tribunos". Pero que, al mismo tiempo, fue visto por las clases postergadas como un instrumento de su ascenso.

Simón Rodríguez no tardó mucho tiempo en ser estigmatizado como un loco por las familias de la gente "decente", indignadas porque sus aristocráticos niños estaban mezclados con indiecitos y cholos. "Pero don Simón tenía un concepto claro de su tarea: 'La intención no era, como se pensó, dirá luego, llenar el país de artesanos, sino instruir y acostumbrar al trabajo, para hacer hombres útiles, asignarles tierras y auxiliarlos en su establecimiento. Era colonizar el país con sus propios habitantes'. Como también alarmaba que incluyera niñas en las escuelas, agregaba: 'Se daba instrucción y oficio a las mujeres para que no se prostituyesen por necesidad, ni hiciesen del matrimonio una especulación para asegurar su subsistencia'"[24].

4. Guerra argentino-brasileña

Uno de los grandes problemas políticos para los gobernantes del Río de la Plata era, como hemos visto, la ocupación brasileña de la Banda Oriental, a la que consideraban integrante inescindible de las Provincias Unidas. La invasión lusitana había sido en gran medida consentida por Buenos Aires con el objetivo de desembarazarse de Artigas, pero ya derrotado el caudillo oriental, aparecía como un conflicto pendiente. Entre otras cuestiones, el poder colonialista del imperio de Brasil –ya independiente– no encontraba el consentimiento ni de las clases populares (que nunca tuvo), ni de la oligarquía montevideana[25] (que sí fue adicta en un principio pero empezó a ver los límites de tal relación de dependencia).

A esto se sumaba la presión del partido popular que se había constituido en Buenos Aires con el coronel Manuel Dorrego como conducción. Esta expresión del federalismo

23/Ramos, ob. cit., p. 211.

24/*Ibid*., p. 211.

25/"Tras la ocupación lusobrasileña, tanto Larrañaga como García de Zúñiga, participarán en el Congreso 'Cisplatino' de julio de 1821, organizado por los invasores. Zúñiga se convirtió en un 'adherente entusiasta' del régimen imperial, que lo ennobleció concediéndole el título de barón de la Calera. En aquel congreso en el que la burguesía montevideana homologó sumarse al imperio brasileño como una provincia, Larrañaga fue uno de los oradores más elocuentes, explicitando el carácter 'federal' de esa anexión" (De Titto, 2015: 322).

bonaerense llegó a proponer repatriar a San Martín para que se pusiera al frente de una guerra por la recuperación de la provincia oriental. La elección en reemplazo de Martín Rodríguez del viejo veterano de las campañas del Chile, el general Las Heras (que si bien había combatido con San Martín estaba ahora enemistado con éste) era, en cierta medida, una manera de salir al cruce de la maniobra propuesta por Dorrego. Bajo influencia, en lo que hacía a política internacional, de Manuel García (esto es por los ingleses), Las Heras no tomó medida alguna frente a la continuidad de la invasión.

Con dinero recaudado en Montevideo y Buenos Aires, un grupo de refugiados procedentes de la Banda Oriental se puso al hombro la tarea de la reconquista. La expedición de los 33 orientales que comenzó en abril de 1825, era, bajo cuerda, financiada –entre otros[26]– por hombres del federalismo como Rosas. Esta expedición dirigida por el teniente Lavalleja emigrado a Buenos Aires y antiguo seguidor de Artigas, desembarcó el 19 de abril de 1825 en la Banda Oriental dominada por los portugueses, y llamada por ellos Provincia Cisplatina. Rápidamente Lavalleja obtuvo la adhesión de los sectores populares de la margen oriental del río Uruguay y éxitos inesperados en su marcha hacia Montevideo. Después de la contundente victoria de Sarandí, los orientales en lucha arrinconaron en el puerto a las tropas brasileñas de ocupación. En septiembre un nuevo congreso oriental se reunió en la Florida.

Comenzó una etapa destinada a institucionalizar la revolución. Lavalleja convocó una Sala de Representantes que decretó tres leyes llamadas fundamentales: ley de independencia, ley de unión –por la cual la Provincia Oriental se reincorporaba a las Provincias Unidas del Río de la Plata– y la ley del pabellón nacional. Este acto fue seguido de la decisión del congreso en Buenos Aires, de aceptar la reincorporación, un acto que implicaba declarar la guerra contra Brasil. El imperio brasileño envió su flota a bloquear el puerto de Buenos Aires para pedir explicaciones.

Allí se inició una guerra que va a ser ampliamente ganada por los argentinos tanto en la tierra como en el mar. El almirante Guillermo Brown venció en junio a la mucho más poderosa flota brasileña en la batalla de Los Pozos. Poco tiempo después tendrá lugar la batalla naval de Juncal, en la cual "el almirante Brown desarticula la escuadra brasileña, infringiéndole una memorable derrota (...) La ineptitud del alto mando brasileño en la guerra con las Provincias Unidas sólo fue comparable a la torpeza y corrupción del alto mando argentino. El general Alvear era una verdadera nulidad militar, un botarate dicharachero del más puro estilo porteño; pero en fanfarronería e incapacidad militar los generales del ejército imperial lo sobrepasaron. En esta curiosa batalla obtuvo el triunfo el ejército argentino, gracias al coronel Paz, al frente de la caballería; al coronel Iriarte que había aprendido a manejar la artillería en España; a la carga de Brandsen, que murió en el sitio, y al valor de Lavalle. Los jefes subalternos pelearon de acuerdo a su propia iniciativa, mientras el generalísimo Alvear y Soler no sabían que hacer en el campo"[27]. Las tropas

26/Halperín Donghi consigna que la expedición fue organizada por Pedro Trápani, un oriental saladerista y hacendado, establecido en Buenos Aires. Pero no fue el único en aportar recursos para dicha patriada. Halperín Donghi, ob. cit., p. 222.

27/Ramos, ob. cit., p. 234.

argentinas vencieron finalmente a las imperiales en Ituzaingó sellando ese triunfo. Pero ni los recursos ni las fuerzas les permitían a los argentinos seguir su avance hacia los centros de poder brasileño.

La prolongación del conflicto decidió a Buenos Aires y a Brasil para solicitar, en 1826, la mediación británica. Entretanto, el general Fructuoso Rivera cruzaba el río Ibicuy, se internaba en el territorio de las Misiones Orientales, entonces en poder de Brasil, y se apoderaba de ellas. En agosto de ese mismo año se firmó la Convención Preliminar de Paz, declarando a la Banda Oriental separada del territorio de Brasil: "para que pueda constituirse en Estado libre e independiente de toda y cualquier otra Nación, bajo la forma de gobierno que juzgue conveniente a sus intereses, necesidades y recursos."

5. La presidencia virtual del Rivadavia

Una de las consecuencias de la guerra será que el 3 de febrero de 1826 el Congreso crea la figura del Presidente de la Nación, puesto ocupado por Bernardino González Rivadavia. En realidad se trataba más bien de una excusa suficiente para volver a centralizar el poder en manos de Rivadavia y el porteñismo.

"La motivación, o la excusa, mediante la cual al ejecutivo nacional provisorio se lo reemplazaría por uno permanente sería la guerra contra Brasil. El gobernador bonaerense Las Heras, que había dado confianza a las provincias y había preparado al ejército nacional, es sustituido por Rivadavia, que tiene la confianza de Inglaterra"[28]. Con Rivadavia de presidente, Alvear se convierte en el ministro de Guerra, Del Carril de Hacienda y Agüero el de Gobierno; lo más granado del centralismo porteño volvía plenamente al poder.

Manuel Moreno, el hermano de Mariano, se opuso a esta incitativa recordando que la ley Fundamental ponía límites a las atribuciones del Congreso. Pero el respeto de la legalidad que siempre ha sido parte del discurso de la derecha, a lo largo de la historia argentina nunca fue muy respetada cuando los sectores elitistas ejercieron el poder.

Esta presidencia de Rivadavia era una cuestión meramente formal, pues no se sustentaba sobre el acuerdo de los territorios que componían las Provincias Unidas. La gran mayoría de las provincias estaban en pie de guerra, guerra que sólo se había puesto entre paréntesis para actuar en común frente al enemigo brasileño. Pero la provincia de Buenos Aires, nuevamente autoerigida como el todo de la nación, sentía que tenía los recursos necesarios para someter a su voluntad al resto de las provincias díscolas. Para eso necesitaba poner todos los recursos en la represión interna y este fue uno de los motivos principales para apresurar el acuerdo en la guerra internacional que se venía librando contra Brasil. Halperín Donghi (1972: 235) otra vez recurre a un eufemismo para hablar de la represión interna: Buenos Aires "contaba con un ejército que una vez de retorno de la guerra brasileña podría consagrarse a la pacificación del país". Los liberales siempre han sido muy afectos al concepto de "pacificación" cada vez que quieren sofocar las voluntades que los enfrentan.

En este tiempo tanto en toda América del sur como particularmente en Argentina se va dando un fenómeno de reconversión productiva que empieza a tener fuertes implicancias

28/Chávez, ob. cit., p. 50.

políticas y que cuando se termine de consolidar será la base de poder de las oligarquías locales. "La persistencia del viejo orden económico-social colonial, en combinación con la crisis la agricultura y de los obrajes debida a la incipiente invasión de bienes industriales, comenzó a provocar graves consecuencias para los nuevos Estados latinoamericanos. La liberalización (o regulación) capitalista de la esfera de la producción no llegaba a darse de ninguna manera mientras que se asistía a una casi total adecuación de protección en la esfera del intercambio. En estas condiciones, cualquier forma de acumulación 'nacional' se vuelve imposible y se juzga indispensable recurrir a los empréstitos extranjeros. Así, los mecanismos de financiación, por parte de la metrópoli, resultaban esenciales para incentivar la exportación de bienes industriales hacia los países latinoamericanos. En breve, las inversiones (casi todas británicas) se encauzan en dos direcciones (complementarias): una, la concesión de empréstitos a los gobiernos (o a los nacientes bancos), lo que marca el comienzo de una deuda financiera que se vuelve paulatinamente duradera, y otra el establecimiento de casas comerciales que se encargan de financiar las operaciones comerciales de importación y exportación de productos. De esta manera, los excedentes fiscales y los excedentes comerciales privados, en vez de contribuir a generar la supuesta acumulación ('primitiva') interna fueron absorbidos por el ciclo económico de los empréstitos"[29].

Esta afirmación general expresada por Filippi, se materializa concretamente en Buenos Aires con la creación de un nuevo Banco Nacional, apenas cuatro días después de que Rivadavia se hiciera cargo de la presidencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

En el mismo sentido se inscribe también el empréstito con la Bahring Brothers con la excusa de capitalizar el Banco Nacional recientemente creado, con que se inicia el largo proceso de nuestra deuda externa. Sólo una mínima proporción de deuda contraída llega finalmente a nuestro país. También se hizo ley el decreto de enfiteusis establecido por Martín Rodríguez dotando de legalidad al proceso de enajenación a precio vil de toda la tierra pública. De este modo comienza la consolidación de la oligarquía terrateniente con Rivadavia en el poder.

Esta urgencia nos permite comprender por qué Rivadavia y los suyos querían, muchas veces instados por sus patrones ingleses, una rápida solución al conflicto con Brasil, aunque la necesidad del arreglo urgente contrapesara las victorias que se venían obteniendo en los campos de batalla.

El mercado brasileño era uno de los principales destinos de las exportaciones de manufacturas de Gran Bretaña. Esto fue así tanto por el sedimento dejado por el traslado histórico de las clases acomodadas portuguesas como también porque al no tener guerra de independencia esto no había desgastado la economía local como había sucedido en las antiguas colonias hispanoamericanas.

El bloqueo marítimo establecido por los brasileños era otro de los factores que contribuía a acelerar el ritmo de las negociaciones para poner fin a la guerra. Y los ingleses no tenían esta vez ninguna intención de romperlo en beneficio del comercio con Buenos Aires que podía mellar el significativamente mayor con Río de Janeiro.

La primera gran claudicación de los hombres del poder en Buenos Aires fue que, en

29/Filippi, ob. cit., p. 33.

lugar de conminar al emperador vencido a enviar un agente a esa ciudad para discutir los detalles de la paz y del reintegro de la Banda Oriental a las Provincias Unidas, Rivadavia despachó humildemente a su ministro García a Río de Janeiro.

Las negociaciones se harán en Río bajo el paraguas del diplomático británico Lord Ponsonby[30] como mediador "amistoso" entre ambas naciones. Inglaterra encuentra en el nuevo presidente Rivadavia un interlocutor demasiado comprensivo a sus aspiraciones. Tan es así que mandó a un reconocido agente inglés, como García, a cerrar los acuerdos. El objetivo era obtener una paz honorable y rápida. En realidad, más rápida que honorable.

El representante "argentino" terminó (claramente excediendo sus atribuciones) al aceptar la creación de un estado oriental independiente. Apenas a cuatro meses de la victoria determinante de las fuerzas argentinas de la batalla de Ituzaingó, en la mesa de la diplomacia se estaba entregando una provincia entera para que los ingleses construyeran un Estado tapón entre Argentina y Brasil. Un diplomático británico (Lord Ponsomby) le puso palabras a esta estrategia: "Había que poner un algodón entre dos cristales". Para que esto fuera posible hizo falta que el delegado argentino renunciara absolutamente a todas las reivindicaciones que habían llevado a los argentinos al conflicto armado con el imperio del Brasil.

El interés de Inglaterra por sellar la paz y establecer el equilibrio regional, imprescindible para sus proyectos comerciales, coincidió con la fuerte tendencia independentista también desarrollada por los dirigentes políticos de la Banda Oriental durante el periodo 1825-1828, que coronaba en la ruptura viejas aspiraciones de autonomía. Esto ayudó a precipitar el nacimiento del nuevo estado.

"¿Por qué causa García se había atrevido a otorgar tales concesiones al Brasil derrotado en Ituzaingó? El mismo individuo lo confesará al ministro británico en Río, Mr. Gordon. Ante todo, 'la razón que urgía con más fuerza para acelerar un acuerdo, a saber, el riesgo inminente que corría la república, de desaparecer en la más completa disolución, y que el tiempo revelase, con mayor claridad, al gobierno del Brasil, nuestra deplorable situación interior; en cuyo caso difícilmente accedería a la paz sin nuevas condiciones'"[31].

San Martín, ya desde Europa, en su correspondencia fue contundente respecto de García, el gobierno de Rivadavia y del acuerdo arribado: "Él no tiene la culpa sino los que emplean a un hombre cuyo patriotismo no sólo es dudoso, sino que la opinión pública lo ha acusado de enemigo declarado de su patria, lo que confirmó, pues a no ser así, no se hubiera atrevido a degradarla con arbitrario y humillante tratado. Confieso que el pueblo de Buenos Aires está lleno de moderación; en cualquier otro lo hubieran descuartizado y lo merecía este bribón".

En un mismo sentido se expresaba el deán Funes, embajador de los bolivarianos en Buenos Aires, en carta a Sucre: "Aunque este ministro [García] siempre ha sido sospe-

30/Lord Ponsonby odiaba profundamente a Sudamérica y particularmente a Buenos Aires donde había sido enviado. "Es el lugar más horrible que haya visto y por cierto que me ahorcaría si encontrara un árbol lo bastante alto para sostenerme. Es un lugar detestable", escribía al subsecretario de la cancillería británica.

31/Ramos, ob. cit., p. 235.

choso en punto a patriotismo, nadie esperaba de él una traición tan soez y descarada. Se sospecha con mucho fundamento que esto ha sido de acuerdo con Lord Ponsonby, plenipotenciario de Inglaterra, quien se sabe de positivo ha aprobado lo hecho por el señor García. También se nota que todos los ingleses trabajan porque se admita el tratado".

Esta paz sin dignidad, lejos de significar el momento preciso para la unificación nacional como pensaban Rivadavia y los suyos, provoca una ola de descontento e indignación en todo el territorio de las Provincias Unidas, incluso en Buenos Aries. El presidente de la nada, mal llamado por la historia oficial como el primer presidente argentino, estaba al borde de ser linchado por los indignados porteños. Por eso fue que, en un golpe de timón, Rivadavia –preocupado por su seguridad personal– trató de salvar los trapos y, tal como cuenta Jorge Abelardo Ramos,"hizo imprimir en la imprenta oficial carteles en los que se leía: '¡Buenos Aires y Banda Oriental! ¡García os ha traicionado! ¡Los ingleses quieren tener una parte del botín! ¡Sí no abrimos los ojos, volveremos a los tiempos de Beresford!'. Ya era tarde para volverse antiimperialista"[32].

Finalmente la oportunista maniobra de Rivadavia fue en vano. Apurado por las circunstancias y temiendo por su vida, terminó renunciando en medio del oprobio, detestado por los argentinos y menospreciado por los ingleses, para los que se había vuelto inservible. Roma no paga traidores. Su voluntario exilio en el Brasil imperial fue todo un símbolo de su política entreguista.

Al frente del acéfalo gobierno, se designó presidente provisional a un ex alvearista ex directorial pero distanciado del régimen rivadaviano y hombre respetado por los distintos sectores. Se trata de Vicente López y Planes, el autor del himno nacional. Se restauró la provincia de Buenos Aires como tal en condición de igualdad con el resto. El presidente provisional convocó a elecciones en la provincia de las que surgió electo Manuel Dorrego, jefe de la oposición popular y federal a los liberales unitarios rivadavianos. El ficticio organismo nacional se auto disuelve sin pena ni gloria.

"El sistema político –apoyado en un equilibrio no excesivamente estable– que se inauguró en 1820-21 comenzaba a dar ya signos de fatiga hacia 1825. En particular el frente andino, que Buenos Aires había visto complacidamente armarse contra las tentativas hegemónicas de Córdoba comenzaba a resquebrajarse. El problema de Catamarca y el de San Juan crearía las primeras grietas, facilitando la reorientación de una provincia –la de La Rioja– que con su comandante de armas, Facundo Quiroga, era pieza esencial en la alineación"[33]. Argentina volvía a ser un polvorín.

La apropiación de tierras llevada a cabo en paralelo con el apogeo y el ocaso de Rivadavia en el poder, destruyeron el hábitat del gaucho original en Buenos Aires. Rosas es consecuencia de una segunda etapa donde el gaucho se ordena en las estancias y en las milicias de campaña que era lo más parecido a las montoneras del interior que se tuvo en la provincia bonaerense. Con el tiempo, con el alambrado y el nuevo orden económico vinieron los instrumentos jurídicos que vinieron a legalizar el descarado despojo que fue el reparto

32/*Ibid*., p 245.

33/Halperín Donghi, ob. cit., p. 240.

de tierras fiscales. Toda la ley[34] fue constituida para reglamentar la acción del gaucho hasta hacerlo desaparecer como actor político ya en los tiempos posteriores a Rosas. Por eso es que el Martín Fierro de José Hernández es quien mejor define esta etapa histórica, interpelando el verdadero sentir del gaucho cuando afirmaba que la ley es como la tela de araña que atrapa al bicho chico y deja pasar al bicho grande.

Un nuevo problema había surgido para Ponsonby y la política británica en el Río de la Plata en la persona del reemplazante de Rivadavia. Al coronel Manuel Dorrego, gobernador de la provincia de Buenos Aires, no le agradaba el rapé, ni los diamantes (contrariamente a García, acusado por varios historiadores de recibir dádivas), ni Ponsonby ni el imperio británico en general. Era un patriota educado en la escuela de las guerras de la independencia, con San Martín y Bolívar, además de un hombre formado que expresaba con claridad el proyecto popular. Por eso es que va a pagar con su vida esas condiciones que lo hacían tan peligroso.

6. Bolívar y la guerra contra el Brasil

Cuando Bolívar se entera del inicio de la guerra entre las Provincias Unidas y el imperio del Brasil, considera que es la oportunidad de continuar su carrera libertadora hacia el sur e incorporar definitivamente a la integración sudamericana al Río de la Plata. El Libertador pensaba que esta iba a ser una larga y cruenta guerra. No era el único en creerlo.

El inestable gobierno de Buenos Aires había mandado una misión a Bolívar en busca de ayuda. Se daban las condiciones también para la unidad soñada de toda América del sur en un enfrentamiento entre las fuerzas republicanas de Hispanoamérica y el imperio brasileño que era única monarquía del subcontinente. Bolívar escribió a Santander pidiendo autorización formal para intervenir en la guerra del Plata. En agosto de 1825, Bolívar se encuentra con su dilecto discípulo el mariscal Sucre a orillas del inmenso lago Titicaca. Juntos cabalgaron hasta la ciudad de La Paz. Fue en ese trayecto en que accedió a que la nueva república llevara su nombre. Pero la condición fue que Sucre mismo se hiciera cargo del gobierno. El Libertador seguía intentando cerrar cada territorio poniendo uno de sus generales al frente.

Al poco tiempo, Bolívar se instaló en la Villa Imperial de Potosí. De allí se había extraído una parte más importante de la plata que había ido a parar al viejo continente. Dicen que el cerro Rico de Potosí mide 400 metros de alto menos que cuando empezó la explotación de sus entrañas. Bolívar se encontró con otro recibimiento apoteótico. Pero la diferencia era que esta vez quienes festejaban eran los sectores populares y no sólo los criollos

34/"Los estancieros no eran precisamente hombres letrados, pero su poder económico les permitía pagar asesores y dependientes. El gaucho se enteró entonces de que había que trabajar para un patrón, es decir, recibiendo órdenes. Todo debía hacerse en lo sucesivo conforme a la ley y sin discusión, porque... "la ley es la ley". Las primeras dudas se disipaban rápidamente, cuando los hombres letrados empezaron a llamarse gobierno, justicia y policía, y el gaucho hubo de someterse sin entender los fundamentos de ese cambio. Tan inexorable fue el principio de que "la ley es la ley" que unos –los menos– aceptaron finalmente cobijarse bajo su sombra. Los más se negaron y fueron declarados "fuera de la ley". Bortnik, ob. cit., p. 78.

acomodados. En efecto los pueblos originarios, mayoría absoluta en la ciudad, bailaron a su alrededor haciendo ceremonias sincréticas donde se mezclaba el cristianismo con las antiguas creencias aborígenes incas y aimaras. Allí, en ese marco conmovedor, Bolívar pronunció un discurso mítico: "¡Que grande tiene que ser nuestra alegría al ver que tantos millones de hombres han recobrado sus derechos a fuerza de perseverancia y sacrificios! En los pies en esta montaña de plata llamada Potosí, cuyas enormemente ricas vetas han sido durante trescientos años el tesoro de España, os digo que para mí no vale nada esa opulencia, comparada con la gloria de haber traído el estandarte de la libertad desde las abrasadoras orillas del Orinoco para levantarlo aquí, en la cima de esta montaña, cuyo seno es el asombro y la envidia del universo".

Desde la gloria de Potosí, las pampas argentinas parecían tan lejos y al mismo tiempo tan cercanas... Allí recibió a la misión porteña encabezada por un viejo amigo devenido en enemigo del Liberador San Martín: Carlos María de Alvear, ministro de Guerra del presidente Rivadavia. El aristocrático Alvear le aseguró que la guerra con Brasil era inminente e inevitable. Eso que parecía una tragedia era música para los oídos de Bolívar. Y además también le aseguró que iba a durar un buen tiempo dado la paridad de las fuerzas.

Brasil, consciente de que la guerra no solo incluiría al Río de la Plata, invadió provincias del este de Bolivia. Las tropas imperiales brindaban la excusa perfecta para una nueva carta a Santander con el objetivo de plantearle la necesidad de intervenir en la contienda. El líder colombiano otra vez le daba la espalda diciendo que no le era posible, sin una autorización del Congreso de Bogotá, entrar con las tropas de ese país en conflicto, arguyendo que lo hiciera con las peruanas.

Cuando ya se había puesto en marcha rumbo al Plata, Bolívar se enteró que Argentina no sólo ya había entrado en guerra directa con Brasil, sino que también lo había doblegado con relativa facilidad.

Alvear y la oligarquía porteña habían utilizado a Bolívar para asustar con su entrada y sus aspiraciones unificadoras a los ingleses a fin de favorecer la posición porteña en la mesa de negociaciones para poner final a la guerra. Así se lo había expresado al representante inglés en Buenos Aires Woodbine Parish al presidente Rivadavia. Los británicos no se dejaban apretar así nomás por un gobierno dependiente y sin legitimidad interna como el rivadaviano, de modo que aprovecharon la oportunidad para imponer a ambos contendientes las condiciones de la paz, tal como hemos visto.

Ente la bronca y la desazón, Simón recibe cartas apremiantes de Manuela, que le escribía despechada desde Lima "El poco amor que me has ofrecido ha muerto tras la larga separación. He conservado mi pasión por ti para preservar mi bienestar y mi salud. Existe y existirá mientras Manuelita viva. Partiré el 1 de diciembre (y voy porque tú me llamas), pero después no me pidas que vuelva a Quito porque prefiero morir que regresar avergonzada".

Manuela era mujer de armas llevar. En la realidad y en la vida. En esos días también le escribió una carta contundente a su viejo marido británico rompiendo la relación con él: "Déjame ir mi querido inglés. Hagamos otra cosa, volveremos a casarnos en el cielo, pero no en la tierra. ¿Te parece mal? Si no, sentirás rencor. En el reino de los cielos llevaremos una vida angelical, del todo espiritual (porque como hombre eres pesado). Allí será todo

estilo inglés, porque vida tan monótona encaja muy bien con tu país (quiero decir en el amor porque, en cuanto a los demás, ¿quién hay más capaz en el comercio o la navegación?) Los ingleses prefieren el amor sin placer; la conversación sin gracia y los paseos lentos; el saludo con reverencias; levantarse y sentarse con cuidado; no reírse ni de sus propios chistes"

7. El fracaso del Congreso de Panamá

Una aparente paradoja es que Bolívar, permanentemente, escribía en contra del federalismo y propugnaba la unión de las repúblicas con un alto grado de autonomía. En realidad, iba contra el federalismo que esgrimían las oligarquías regionales o provincianas y estaba a favor de una confederación mucho más amplia. El propio régimen de la propiedad de la tierra y el poder de los mantuanos, criollos o como se los llame en cada región, tendía hacia un autonomismo que rápidamente le daba la espalda al proceso de obtención de la definitiva independencia. Incluso cada provincia se articulaba en torno a intereses económicos diferentes pero con el predominio de las clases dominantes y su enlace con la potencia dominante, sobre todo a partir de los grandes nudos de comercio exterior. O a veces se organizaba en torno a caudillos, como en el Río de la Plata, que eran más una resistencia al centralismo por la fuerza que implicaba el empobrecimiento de las regiones interiores en perjuicio de sus economías y en beneficio del lazo de los porteños con los comerciantes británicos.

Bolívar, al igual que San Martín, comprendía que el esfuerzo liberador se basaba en concentrar todos los recursos en función de la estrategia político militar de la independencia. Y eso requería de centralizar la decisión, pero al mismo tiempo su mirada general de la realidad de nuestra América del sur, lo hacía entender que la integración de esa gran unidad nacional sólo podía hacerse respetando las particularidades. Es decir, tenía una mirada confederal de la integración. Así lo desarrolló en su práctica, cuando después de garantizar la unidad de la gran Colombia puso a Santander al frente de Cundinamarca, a Páez al frente de Venezuela y a Sucre primero al frente de Quito. Y a esta gran región había que integrar, proceso aún más complejo, a los recientemente liberados Perú y Alto Perú (a los dos los concebía en una unidad aunque estaban ya separados con la fundación de Bolivia con Sucre) y aún más difícil era la integración de la antigua capitanía general de Chile y las convulsionadas –en sus guerras internas– Provincias Unidas del Río de la Plata.

La lógica bolivariana era confederal, aun cuando en la organización interna no hubiera sido partidario de la constitución de federaciones[35]. Las propias desavenencias del Río de

35/En el Manifiesto de Cartagena de 1813 hace una lectura de los primeros fracasos de las fuerzas revolucionarias haciendo eje en la necesidad de centralismo: "Lo que debilitó más al gobierno de Venezuela fue la forma federal que adoptó, siguiendo las máximas exageradas de los derechos del hombre, que autorizándolo para que se rija por sí mismo, porque los pactos sociales constituyen las naciones en anarquía". Y continúa: "El sistema federal, bien que sea el más perfecto y más capaz de proporcionar la felicidad humana en sociedad, es, no obstante, el más opuesto a los intereses de nuestros estados; generalmente hablando, todavía nuestros conciudadanos no se hallan en aptitud de ejercer por sí mismos y ampliamente sus derechos".

la Plata afirmaban en este sentido sus convicciones. Muchos de los propios comandantes de Bolívar tenían una concepción claramente federal como Mariño, pero estos no gastaron sus fuerzas para combatir el centralismo –como si lo hicieron los caudillos del sur de América meridional– porque estuvieron siempre, tal como hemos visto, muy entretenidos en la guerra contra los colonialistas.

Es en la Carta de Jamaica donde el Libertador expresa de modo acabado su concepción: "Es una idea grandiosa pretender formar de todo el nuevo mundo una sola nación con un solo vínculo que ligue a sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; más no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América".

Con mayor optimismo, en 1818, le escribe a Pueyrredón, director supremo de las Provincias Unidas: "Cuando el triunfo de las armas de Venezuela cumple la obra de su independencia (...) nosotros nos apresuraremos (...) a entablar por nuestra parte, el pacto americano, que formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo único, presente la América al mundo con su aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América así unida, si el cielo nos concede ese ansiado voto, podrá llamarse la reina de las naciones y la madre de las repúblicas"[36].

La idea de confederación de estados de América del sur había guiado la estrategia tanto de Bolívar[37] como de San Martín. Esta estrategia estaba en tiempo de plasmarse, de concretarse como idea en un congreso que Bolívar pensó en Panamá, imaginando que aquel istmo tuviera la importancia del istmo de Corinto para los griegos, como le gustaba decir. Pero cuando finalmente se reunió el llamado Congreso de Panamá, el 22 de junio de 1826, la política imperial inglesa ya tenía sus propios planes definitivamente trazados y en franca vía de ejecución. La unión de los estados latinoamericanos contrariaba, por cierto, los planes de los británicos por lo cual se dedicaron sistemáticamente a boicotearlo.

Recordemos que Bolívar, tiempo antes, había enviado a Mosquera como su representante a negociar en las distintas capitales un pacto confederal. Si en Chile fue recibido con cierto resquemor, en Buenos Aires "Mosquera fue acogido por Rivadavia con una indiferencia glacial. 'Lo americano' no era buena música para los oídos del que en esos momentos abandonaba a San Martín en el Perú sin prestarle el menor auxilio"[38]. Arturo Jauretche hace una dura definición del grupo rivadaviano que controlaba el poder: "El unitarismo no trató nunca de comprender y de ahí su índole reaccionaria. Porque lo que define al reac-

36/En Acosta Saignes, ob. cit., p. 366.

37/Al preparar el Congreso de Panamá, envía Bolívar a su embajador Mosquera a Chile, que en carta al director supremo de Chile le dice que las provincias americanas "han recobrado su libertad, dándose una existencia nacional. Pero el gran día de la América no ha llegado. Hemos expulsado a nuestros opresores, roto la tabla de sus leyes tiránicas y fundado instituciones legítimas; más todavía nos falta poner el fundamento del pacto social, que debe formar de este mundo una nación de repúblicas". Ahí está el verdadero pensamiento bolivariano.

38/Ramos, ob. cit., p. 249.

cionario mejor que sus ideas, es su incapacidad para conocer la realidad; este fenómeno sigue operando en el país, de tal manera que los mejores aliados de la oligarquía son siempre los izquierdistas a contrapelo, o contra país. El reaccionario, que es siempre un ideólogo, sea diestro o zurdo, opera sobre los pueblos como conejos de laboratorio. ¡Qué extrañar entonces que la opinión del conejo no coincida con la del cirujano! Aquellos de entonces, que querían crear Europa en América, tenían una preocupación obsesionante: no ser América, y así, ajustándonos al tema de las provincias del Alto Perú, digamos que la siguieron perdiendo después de Guayaquil, cuando se negaron con Rivadavia a concurrir al Congreso de Panamá, a invitación de Bolívar, o cuando rechazaron los planes de éste para una acción conjunta sobre el imperio del Brasil"[39].

"Ya desde principios de 1826, antes del Congreso de Panamá, Bolívar había empezado a comunicar algunas ideas sobre una posible unión entre Colombia, Perú y Bolivia. Oponía al movimiento separatista de Venezuela planes sobre uniones mayores, lo cual en parte liberaría a Páez de sus problemas con el gobierno de Colombia, dentro de una nueva estructura. Al separatismo de Venezuela oponía el Liberador el ideal de una inmensa nación"[40].

El Congreso de Panamá ha sido en general muy mal abordado desde las historias localistas. En el sur se lo ignora olímpicamente con la misma indiferencia que lo trató Rivadavia. Así, los historiadores le dedican tan sólo breves párrafos a los supuestos delirios "expansionistas" de Bolívar. Los liberales desde Alberdi[41], sostuvieron "las naciones de América del sur, aunque hablando una lengua y teniendo las mismas leyes y costumbres, la misma religión y origen no están ligadas entre sí por intereses y necesidades mutuas... Cada República de América tiene mayor uniformidad con Europa que con las otras repúblicas del mismo suelo". Por su parte, el padre de la historiografía liberal, Bartolomé Mitre[42], sostiene al respecto: "Rivadavia estaba encargado del gobierno y tomó sobre sí dirigir toda negociación. Desde luego rechazó in limine la idea de un congreso en cierto modo soberano, árbitro en las cuestiones internacionales, como una imitación inútil y peligrosa del consejo anfictiónico de la antigua Grecia". Pero no sólo los autores de derecha critican los planes americanistas del Libertador, también por izquierda se lo menosprecia: "El Congreso de Panamá convocado por Bolívar no se proponía en modo alguno la unificación general del continente. Su propósito, mucho más restringido, era concretar acuerdos entre los distintos estados soberanos recién emancipados de España para hacer frente común a una posible invasión europea"[43] dice Milcíades Peña[44].

39/Jauretche, ob. cit., p. 34.

40/Acosta Saignes, ob. cit., p. 397.

41/En Peña, Milcíades, *El paraíso terrateniente,* Buenos Aires, Ediciones Fichas, 1969, p. 15.

42/En Rosa, ob. cit., p. 452.

43/Peña, ob. cit., p. 11.

44/En su idea cruzada por un internacionalismo centrado en una evolución única de la humanidad basada en una mirada de progreso único mundial, Peña plantea que "Los intereses capitalistas más sólidos y poderosos no se orientaban hacia el mercado interno sino hacia el mercado mundial". Peña, ob. cit., p. 15.

En el norte, muchos historiadores vinculados a la colonización pedagógica se dedican a tergiversar las intenciones reales de este congreso con la idea de llevar aguas al molino de los intereses norteamericanos en la región. En esa línea se presenta al Congreso de Panamá como un antecedente del panamericanismo, la idea de los Estados Unidos[45], en continuidad de la doctrina Monroe de reservarse, como zona de influencia, a América, desde Alaska hasta Tierra del Fuego. Un proyecto que siempre vuelve a pesar de los sucesivos fracasos, como ocurrió en el 2005 en la cumbre de Mar del Plata, donde Hugo Chávez, Néstor Kirchner y Lula da Silva enfrentaron a George Bush archivando el ALCA (Alianza de Libre Comercio de las Américas).

Como bien critica el autor venezolano Acosta Saignes, "Cada vez que se reúne algún congreso panamericano, cunde la propaganda según la cual Bolívar propugnó las mismas uniones que el imperialismo ha apadrinado en provecho de los Estados Unidos"[46]. Es cierto que la paradoja del Congreso que Panamá fue que se invitó también a EEUU[47] y la Gran Bretaña (condición puesta, entre otros, por Buenos Aires). Acaso esto también tenga mucho que ver con las causas de su fracaso.

Se invitó además a todas las naciones que se habían independizado del imperio español. Sin embargo, menos de la mitad de los invitados concurrieron a la cita y no todos los concurrentes aceptaron las propuestas del impulsor del congreso.

La unidad que procuraba el Congreso de Panamá era la de la América colonizada por España. Incluso México que fue un invitado importante. Pero fundamentalmente los conceptos políticos de lo nacional que arrancaron en la concepción del propio precursor de esta idea, Francisco de Miranda, era América del sur, América meridional. En las cartas y

---

Al concebir este camino como inexorable el pensador trotkista coincide con los liberales más acérrimos.

45/El historiador uruguayo Vivian Trías sostiene: "Tema de aguda controversia en torno al Congreso de Panamá de 1826 es si la invitación a los Estados Unidos se hizo con el consentimiento o contra la opinión de Bolívar. El punto no es cosa menuda. Si la idea del Libertador hubiera sido un pacto americano que enlazara a las repúblicas del sur con la ascendente gran potencia del norte habría que desechar que la clave de bóveda de su política consistió en crear una patria hispanoamericana, dotar de unidad y vigor a las ex colonias españolas y entrelazarlas por tradiciones culturales, por fe religiosa e idiomas comunes y por los fuertes lazos generados por la lucha emancipadora contra el mismo enemigo.Tendrían razón, entonces, quienes sustentan la tesis de que la idea bolivariana es el lejano antecedente del actual sistema interamericano y sus múltiples organismos: OEA, TIAR, Alalc, BID, etcétera. El atento y desapasionado examen de la documentación pertinente no deja lugar a dudas: Bolívar fue terminantemente contra-rio a la invitación de los Estados Unidos, la que fue cursada, a sus espaldas, por Santander". Trías, Vivian, *Simón Bolívar y el nacionalismo del Tercer Mundo,* Caracas, El perro y la rana, 2008.

46/Acosta Saignes, ob. cit., p. 340.

47/Bolívar se había opuesto a que se le cursara invitación a los norteamericanos pero Santander hizo caso omiso de sus recomendaciones y los invitó igual. Con respecto a los británicos, Bolívar, como el resto de los patriotas sabían que copado el continente europeo por las doctrinas monárquicas y absolutistas con eje en el congreso de Viena, su único aliado natural, mucho más por su peso de potencia mundial, era Inglaterra.

proclamas de Bolívar vamos a encontrar este concepto nacional integrador una y otra vez.

Ya en 1811 Bolívar se refería a América del sur o meridional. En su discurso ante el congreso constituido después de la declaración de independencia (la primera de América dominada por España), decía defendiendo a su fuerza política la Sociedad Patriótica: "pongamos, sin temor, la piedra fundamental de la libertad suramericana: vacilar es perdernos". "Desde 1813 vemos en Bolívar el uso reiterado de varios términos como sinónimos: América, América meridional, América del sur y otros. En la 'Memoria de Cartagena', al examinar las causas del fracaso de 1812, explica: 'Las terribles y ejemplares lecciones que ha dado aquella extendida república, persuaden a la América a mejor de conducta, corrigiendo los vicios de unidad, solidez y energía que se notan en sus gobiernos'. Naturalmente se refiere a los países que luchan por su independencia"[48]. En 1815 se planteaba el objetivo estratégico de su fuerza militar: "Este ejercito pasará con una mano bienhechora rompiendo cuantos hierros opriman con su peso y oprobio a todos los americanos que hay en el norte y en el sur de la América meridional. Yo lo juro por el honor que adorna a los libertadores de Nueva Granada y a Venezuela". En su célebre discurso de la Angostura de 1819 sostuvo que la unión de Venezuela y Cundinamarca era "el voto de los ciudadanos de ambos países y la garantía de la libertad de América del Sur". Cuando en su correspondencia en 1821 Bolívar le escribe a San Martín en su carácter de par, lo llama "Libertador de la América del sur".

En 1822 Bolívar escribía desde Cali, después de las victorias en el norte y antes de emprender la campaña hacia el Perú: "El gran día de América no ha llegado. Hemos expulsado a nuestros opresores (...) mas todavía nos falta poner el fundamento del pacto social que debe formar de este mundo una nación de repúblicas (...) la asociación de los cinco grandes estados de América es tan sublime en sí misma, que no dudo vendrá a ser motivo de asombro para la Europa" Se supone que los cinco estados a los que hace referencia son de norte a sur México, Colombia, Perú, Chile y las Provincias Unidas. También podemos interpretar que eran los antiguos virreinatos de Nueva Granada, Perú y el Río de la Plata, así como las capitanías generales de Venezuela y Chile.

En 1825 escribe al general Lara analizando los sucesos internacionales: "El reconocimiento de la América esta hecho por Inglaterra según las gacetas de Buenos Aires". Es claro que lejos de entrar en el juego de la diplomacia británica que intentaba negociar con las partes para dividir, Bolívar toma como propios todos los reconocimientos y piensa desde la unidad de América del sur. También en 1825, cuando le escribe a Santander, le planea "El Potosí es en el día el eje de una inmensa esfera: toda la América meridional tiene una parte de su suerte comprometida en aquel territorio"

Cuando invitaba al Congreso de Panamá especulaba en su correspondencia que el istmo, el eslabón más pequeño en la unidad continental, podía constituirse en la capital de una gran nación que abarcara desde el norte de México (después anexado por los EEUU en su guerra contra los mexicanos) hasta la Patagonia.

Mientras Bolívar lidia con la convocatoria al Congreso, Buenos Aires le juega en contra. Plantea su asistencia en función de la asistencia de EEUU y Gran Bretaña. Es como si

48/Acosta Saignes, ob. cit., p. 343.

llamaran a una asamblea de ovejas con invitación especial para el lobo.

Ya estaba clara la estrategia capciosa de Buenos Aires cuando Mosquera fue enviado a tratar de establecer un acuerdo. Allí Bolívar se indigna ante la actitud de los porteños y le escribe a Monteagudo: "Debe Ud. saber, con agrado y sorpresa, que el mismo gobierno de Buenos Aires entregó a Mosquera un nuevo proyecto de confederación mandado por Lisboa, para reunir en Washington un congreso de plenipotenciarios, con el designio de mantener una formación armada contra la Santa Alianza, compuesta de España, Portugal, Grecia, Estados Unidos, México, Colombia, Haití, Buenos Aires, Chile y el Perú".

Bolívar envió desde Perú una invitación al Congreso de Panamá a cada uno de los gobiernos de nuestra América. La que llegó a Buenos Aires fue recibida por "el gobernador de Buenos Aires, el general Las Heras y su ministro, Manuel José García, aquél que 'tenía el alma fría para las cosas de la patria'" (Ramos, 2011: 251). Como en ese momento se estaba desarrollando el congreso constituyente, los receptores de la misiva se dirigieron a este a efectos de que designara a dos representantes ante el congreso.

"El embajador norteamericano en Buenos Aires, Forbes, informó al presidente argentino que los Estados Unidos no enviarían delegados a Panamá, sino sólo un observador con fines comerciales. Rivadavia expresó satisfacción por la decisión del Presidente de los Estados Unidos, agregando que él no enviaría ministro alguno al contemplado Congreso; porque, dijo, 'he decidido no apartarme un ápice de la senda de los Estados Unidos, quienes, por la sabiduría y experiencia de su gabinete, como por su gran fuerza y carácter nacional, deberían tomar la dirección de la política americana'"[49].

Parish, el representante de la corona británica, comunicó a Rivadavia que su gobierno había resuelto finalmente enviar un observador a Panamá. Confirmado con los embajadores de los países a los cuales admiraba, Rivadavia, que manejaba la mayoría en el congreso constituyente de Buenos Aires, hizo designar a José Miguel Díaz Vélez, pero este finalmente no concurrió a Panamá.

"El ministro de Relaciones Exteriores de México era en esa época don Lucas Alamán, antiguo diputado a las Cortes de Cádiz. Españolizante y proteccionista, partidario de la unidad hispanoamericana (si era posible, aún con España) y socialmente conservador, fue decidido partidario del Congreso" (Ramos, 2011: 253). En el proyectado congreso se cruzaban demasiadas estrategias distintas y hasta encontradas, política e ideológicamente. Esto ayudó a su convocatoria, pero no a la concreción de sus objetivos. Uno de estos intereses se basaba en consolidar una alianza de tipo militar. Esta estrategia seducía a varios planteando cuatro puntos principales: "1°, en defender cualquier parte de nuestras costas que sea atacada por los españoles o nuestros enemigos; 2°, expedicionar contra La Habana y Puerto Rico; 3°, marchar a España con mayores fuerzas, después de la toma de Puerto Rico y Cuba, si para entonces no quisieren la paz LOS españoles". El carácter militar, de una alianza defensivo ofensiva era lo que más atraía a los gobiernos localistas, que con miras pequeñas y de patria chica sólo veían los beneficios concretos de contar con este tipo de alianzas.

49/Ramos, ob. cit., p. 251.

Bernardo de O'Higgins había perdido el poder en Chile, abandonado por la aristocracia terrateniente, a causa de sus medidas progresistas y anticlericales. Su reemplazante, el general Freire, adhirió al proyecto bolivariano del congreso y designó dos delegados, Pero ante este hecho recibió las protestas de los agentes yanquis que temían la influencia inglesa en el Congreso de Panamá. Pero en definitiva esos delegados no viajaron. Así podemos ver en los casos de Argentina y Chile, el peso que tenían las operaciones internacionales de las potencias imperialistas para ir contra el Congreso de Panamá.

Los norteamericanos boicotearon abierta o indirectamente el Congreso Anfictiónico. Temían que la injerencia británica en varios de los países fuera contra su idea de transformar la doctrina Monroe ("América para los americanos") en un coto de caza privado de los ingleses. Sin embargo, también algunos norteamericanos veían la oportunidad de planear por primera vez su concepto de panamericanismo haciendo todo lo contrario de los detractores del congreso. En el marco de estas vacilaciones se designó a los delegados. Pero cuando éstos se pusieron en viaje, uno de ellos, Anderson, falleció antes de llegar y, al decidirse el otro, John Sergeant, a partir de Estados Unidos, el congreso había concluido.

El caso de la ausencia de Brasil es distinto, porque la ex colonia lusitana no fue ni siquiera invitada, porque entonces el concepto de unidad se restringía a la América hispana.

El líder paraguayo Gaspar Rodríguez de Francia rara vez respondía las cartas provenientes del exterior. Poco antes, Bolívar le había enviado un oficial con un pliego, invitando al supremo dictador a establecer relaciones con los restantes pueblos latinoamericanos. Francia respondió con otro pliego en el que trataba a Bolívar de "Patricio", y le decía: "Los portugueses, porteños, ingleses, chilenos, brasileros y peruanos han manifestado a este gobierno iguales deseos de los de Colombia, sin otro resultado que la confirmación del principio sobre que gira el feliz régimen que ha libertado de la rapiña y de otros males a esta provincia, y que seguirá constante hasta que se restituya al Nuevo Mundo la tranquilidad que disfrutaba antes que en él apareciesen apóstoles revolucionarios, cubriendo con el ramo de olivo el pérfido puñal para regar con sangre la libertad que los ambiciosos pregonan. Pero el Paraguay los conoce, y en cuanto pueda no abandonará su sistema, al menos mientras yo me halle al frente de su gobierno, aunque sea preciso empuñar la espada de la Justicia para hacer respetar tan santos fines"[50]. El aislacionismo paraguayo, encerrado sobre sí mismo, y en pleno combate sordo contra la oligarquía interna para consolidar el proceso popular, hizo que Paraguay no contribuyera en nada en esta instancia de la unidad de nuestra América.

Los británicos, amos y señores del sistema principal de relaciones exteriores de las incipientes repúblicas, y socios de las oligárquicas locales en la conformación de los nuevos sistemas comerciales, no podían perderse el congreso. Y una vez comenzado se abocaron a embarrar la cancha para que se empantanara sin lograr sus objetivos. Plantearon entre otras cuestiones que los nuevos Estados debían, en bien del sistema de equilibrios internacionales, pagar con dinero el reconocimiento español de sus independencias

Finalmente, el congreso se instaló el 22 de junio y concluyó sus deliberaciones el 15

50/*Ibid*., p. 258.

de julio de 1826. "Los Estados americanos – como dice Abelardo Ramos– agotaban las jornadas bajo una lluvia de frases. Entre las operaciones externas (de las potencias con voluntad de injerencia) y las internas (de las nacientes oligarquías con voluntad de imponer su poder al interior de las noveles repúblicas) el Congreso Anfictiónico de Panamá nació muerto"[51].

En el fracaso del Congreso de Panamá está inscripta la inexorable derrota que significó la balcanización de América Latina. El fin de la guerra de la independencia no fue el final de las guerras en el subcontinente, pero mucho menos la perspectiva de la construcción de un gran Estado nacional único que era el sueño de los grandes libertadores. Los nuevos países en formación empezaron a tener más relación con Europa y luego con EEUU que con sus vecinos y pueblos hermanos.

Tal como sostiene Jorge Abelardo Ramos en su Historia de la Nación Latinoamericana, hay una parábola de la disgregación sudamericana que va del Congreso de Panamá al Canal de Panamá. Se parte de Panamá, en 1826, como congreso unificador, para llegar a la creación de la antigua provincia de Panamá como nación soberana –presionada por Estados Unidos y arrebatada a Colombia–, donde se va a construir el canal que Estados Unidos controló efectivamente durante todo el siglo XX y aún hoy sigue operando.

Nada mejor para medir la derrota de la política de la unidad americana de los grandes libertadores que escuchar la sentencia histórica de la generación posterior al proceso independentista, en boca de Alberdi (en sus tiempos más liberales): "Nuestros patriotas de la primera época no son los que poseen ideas más acertadas del modo de hacer prosperar esta América que con tanto acierto supieron sustraer al poder español. Las nociones del patriotismo, el artificio de una causa puramente americana de que se valieron como medio de guerra conveniente a aquel tiempo, los domina y posee todavía. Así hemos visto a Bolívar hasta 1826 provocar ligas para contener a Europa, que nada pretendía, y al general San Martín aplaudir en 1844 la resistencia de Rosas a reclamaciones accidentales de algunos Estados europeos. Después de haber representado una necesidad real y grande de la América de aquel tiempo, desconocen hoy hasta cierto punto las nuevas exigencias de este continente. La gloria militar que absorbió su vida, los preocupa más que el progreso"[52]. Y el progreso para la generación de justificación de la práctica de la consolidación de las oligarquías era ser socios sumisos del imperialismo de turno.

Al concluir el Congreso de Panamá, Bolívar se encuentra en el punto más alto de su prodigiosa carrera. Pero de los puntos más altos sólo se puede empezar a descender. Es presidente de la Gran Colombia, dictador del Perú y presidente de Bolivia. Ejerce el poder directo en el territorio de seis repúblicas. Por añadidura, el general Guerrero, de México, le ofrece el cargo de generalísimo de los ejércitos americanos. La República de Centroamérica (hoy dividida en cinco repúblicas) ordena colocar su retrato en las oficinas del Estado.

La isla de Cuba le envía representantes para pedir su ayuda en la lucha por la independencia y forma un partido revolucionario con el nombre de "Soles de Bolívar". El ex

51/*Ibid*., p. 261)

52/Alberdi, Juan Bautista, *Mitre al desnudo,* Buenos Aires, Coyoacán, 1961, p. 88.

director supremo de Chile, O'Higgins (viejo compañero de San Martín), refugiado en esos tiempos en Perú, le ofrece "acompañarle y servirle bajo el carácter de un voluntario que aspira a una vida con honor o a una muerte gloriosa y que mira el triunfo del general Bolívar como la única aurora de la independencia en la América del sur"[53].

También en Argentina la causa bolivariana tenía sus partidarios. En medio de las guerras civiles entre unitarios y federales, estos últimos consideraban que una gran confederación de toda América les podía generar los contrapesos necesarios para eclipsar el poder opresivo de Buenos Aires. El deán Funes, representante de los bolivarianos en nuestra patria chica escribía a Bolívar: "Las provincias se separarán del Congreso y se echarán en brazos de Vuestra Excelencia", en plenas sesiones del congreso constituyente que dio el poder al enemigo de la unidad americana Bernardino Rivadavia.

Los grandes argentinos, como Monteagudo y Dorrego, coquetean con el partido bolivariano. Todo el pueblo de Buenos Aires aclama al Libertador, pero el reducido partido oligárquico conducido por los rivadavianos sabe ejercer su poder apoyado por la opinión publicada de la "gente decente".

Este es el marco, aparentemente inmejorable, en que se hace el Congreso de Panamá y, sin embargo, lejos de ser la consolidación de la ofensiva de los pueblos de nuestra América, termina siendo el punto de comienzo del desbarrancamiento de los sueños de los libertadores.

Ramos ensaya una explicación de esta contradicción: Ante el espectáculo de América hispánica, propensa a ceder a las fuerzas centrífugas de sus regiones exportadoras, perdido el lazo centralizador de la metrópoli, y la aversión popular al régimen monárquico, Bolívar traducía en su presidencia vitalicia las fórmulas monarquistas de San Martín y de Belgrano, nacidas del mismo temor. "Su poder militar parece tan inmenso como su influencia política. Pero es una quimera completa. La revolución hispanoamericana ha tocado a su fin sin lograr consumar la independencia en la unidad nacional. La desproporción entre la superestructura ideológica y jurídica y la reducida infraestructura económico-social del continente, esclavista y semi-servil, no podía ser más patética. De un lado, un jefe militar triunfante, discípulo de un discípulo de Rousseau; por el otro, un sistema de terratenientes, dueños de esclavos, consignatarios de cueros, exportadores de añil, tabaco o algodón, separados entre sí por una selva incomunicante de ocho millones de kilómetros cuadrados y relacionados separadamente con el mercado mundial"[54].

Los localismos fundados en las expresiones de poder de las pequeñas oligarquías que se pretendían nacionales, brotaba del separatismo real de las economías de materias primas que sólo podían expandirse satisfaciendo las necesidades de un mercado mundial en ascenso. Las oligarquías exportadoras de materias primas eran los sectores más poderosos de los nuevos Estados.

El tucumano Bernardo de Monteagudo, constituido en uno de los hombres de Bolívar[55]

53/Ramos, ob. cit., p. 265.

54/*Ibid*., p. 266.

55/Monteagudo fue el ministro de San Martín en Perú y después lo fue de Bolívar, siendo un hombre de

en Lima, fue asesinado poco antes del Congreso de Panamá. Entre sus papeles póstumos se encontró gran parte de la estrategia que significaba para el libertador y su partido dicho congreso. Las oligarquías marcan con hechos como éste que no van a tener límites en la imposición de sus intereses, en la defensa de sus privilegios.

Es así como, finalmente, se produjo la tan mentada balcanización de las ex colonias hispanoamericanas, que pareció poder evitarse por el encuentro de Guayaquil. En definitiva, las causas del fracaso del proyecto del partido americano son bien claras como las consigna el historiador Gustavo Beyhaut: "Ni a las potencias internacionales ni a las oligarquías locales les convenía prestarse a una política unionista que podía hacerles perder sus privilegios"[56].

El libertador Bolívar seguía desde Lima las alternativas del Congreso de Panamá y veía como se le escapaban los sueños de la unidad de nuestra América. Desde la antigua Ciudad de los Reyes escribió a Páez prácticamente reconociendo el fracaso del Congreso Anfictiónico: "El Congreso de Panamá, que debiera ser admirable si tuviera más edificación, no es otra cosa que aquel loco griego que pretendía dirigir desde una roca a los buques que navegaban. Su poder será una sombra y sus decretos, consejos. Nada más"

8. Santander en Colombia, Páez en Venezuela y Bolívar pasando a la inmortalidad

Cerrada la posibilidad de intervenir en el Río de la Plata, el Libertador vuelve sus ojos hacia la nuevamente convulsionada Colombia. Allí existía una tensión creciente entre la antigua Nueva Granada y Venezuela.

Francisco de Paula Santander había recibido a los representantes británicos que habían ido hacia Bogotá para reconocer fragmentadamente la independencia sudamericana. Fue el vicepresidente quien aprobó y firmó el tratado[57] de comercio con Gran Bretaña[58], por el cual los ingleses reconocían a Colombia y se cobraban largamente el reconocimiento diplomático, tal como habían hecho con Rivadavia en Buenos Aires[59]. "Los efectos del tra-

---

consulta de ambos, ganado su prestigio en su capacidad intelectual y de trabajo.

56/Beyhaut, ob. cit., p. 19.

57/Bolívar, que no desconocía la importancia táctica del reconcomiendo de Inglaterra, la única gran potencia que se enfrentaba con la Santa Alianza, sin embargo –a diferencia de Santander– no creía que esto era ninguna panacea. De hecho, escribe a su vicepresidente: "No he visto aún el tratado de comercio y navegación con la Gran Bretaña, que, según usted dice, es bueno; pero yo temo mucho que no lo sea tanto, porque los ingleses son terribles para estas cosas".

58/"Leyendo el tratado con Gran Colombia se puede observar que legaliza de hecho una serie de ventajas de que Gran Bretaña ya gozaba de facto en sus relaciones con Colombia. Además, una conveniente interpretación, por parte de los británicos confirió al convenio un carácter de perpetuidad. Aun conteniendo, en uno de sus artículos, la cláusula de nación más favorecida, los productos colombianos exportables jamás disfrutaron en los mercados británicos de un trato preferencial, a pesar de que el tratado se había hablado de reciprocidad". Filippi, ob. cit., p. 70.

59/El general O' Leary, uno de los lugartenientes de Bolívar, dice en sus *Memorias* que Santander y los negociadores metieron la mano en la lata; los rumores de corrupción corrían por toda Bogotá así como por Buenos Aires. Rivadavia después del empréstito contraído con la casa Baring quedó

tado y del empréstito británico del 30 de junio de 1824 pasaron desapercibidos en medio de la intranquilidad general reinante en América por las maquinaciones de Francia y otras potencias aliadas de España que acababan de enviar a la península los 100.000 hijos de San Luis, al mando del duque de Angulema, para sentar en el trono, depurado de liberales, al fétido Fernando VII"[60]. El empréstito fue la base del primer gran endeudamiento tanto para la futura Argentina, cuanto para la futura Colombia.

El marco de la necesidad de ese acuerdo, que lo hace aprobarlo a Bolívar, más allá de sus resquemores[61], es la amenaza de una intervención europea en América construida desde la Santa Alianza. El reconocimiento de Gran Bretaña era una pieza clave en la estrategia bolivariana para contrapesar esta alternativa.

Bolívar pasó de regreso por Chuquisaca donde le fue regalada una espada y su vaina incrustada con 1.433 diamantes y empuñadura de oro. El Libertador había retribuido el presente, tal como ya vimos con el esbozo de una Constitución que es una pieza central de su pensamiento político. Su idea era que ese texto constitucional fuera común para todos los territorios liberados por su espada. Le advirtió de sus intenciones a Santander, lo cual fue un error político porque la mirada del líder neogranadino no estaba centrada ya en la grandeza de su viejo conductor y en la unificación americana, sino en los intereses de patria chica colombianos.

Santander, como vicepresidente, en ausencia de Bolívar estaba en los papeles a cargo de las dos regiones, pero lo cierto es que no ejercía su poder sobre la antigua capitanía venezolana. Con la excusa de la violencia empeñada en una leva forzosa para el servicio militar de los ciudadanos, Santander –con poco tacto– convocó a Páez para que rindiera explicaciones a Bogotá.

Páez se dirigió por carta a Bolívar solicitándole su regreso: "La situación en el país es muy similar a la de Francia cuando Napoleón estaba en Egipto y lo reclamaron los dirigentes revolucionarios, convencidos de que un gobierno que habían caído en manos de la plebe no sobreviviría. Usted está en condiciones de decir lo que aquel gran hombre dijo entonces. 'Los conspiradores ponen el peligro la existencia de la nación: salvémosla'". Bolívar le contestó irónico "Colombia no es Francia ni yo son Napoleón" y al jueguito de tentarlo con la corona de emperador respondió "El título de Libertador es superior a ningún otro que el orgullo humano pueda concebir. Es impensable que yo lo degrade". La posición de Bolívar era clara: no iba a coronarse ni iba a meterse en las luchas intestinas como demandaban sus subordinados.

"Es este Santander, 'El Hombre de las Leye', amigo de los ingleses y los norteamericanos, subyugado como Rivadavia y Mitre por las 'luces europeas', quien asestará a Bolívar

---

enganchado con el capital inglés y llegó a recibir una renta por sus servicios políticos y de negocios.

60/Ramos, ob. cit., p. 156.

61/"Los documentos del Foreign Office muestran un siglo y medio más tarde que los cálculos de Bolívar no eran infundados. El peligro de una intervención europea después de la batalla de Ayacucho no era una mera hipótesis. Frenar las exigencias comerciales de Inglaterra en tales circunstancias, habría resultado fatal para la independencia política de las colonias sudamericanas. Por esa razón, Bolívar aceptó los tratados sin observarlos". Ramos, ob. cit., p. 157.

una puñalada por la espalda. Se consideraba discípulo de Bentham, el vulgarísimo utilitarista inglés cuyo liberalismo jurídico convenía perfectamente a la orientación económica del imperio británico. El 'laissez-faire' heredado de Adam Smith y su inocente teoría de 'el principio de la mayor felicidad' había deslumbrado al bachiller Santander y satisfacía el hambre filosófica de los cafetaleros y propietarios de esclavos de Nueva Granada"[62].

En camino hacia Bogotá, Bolívar intentó presionar a Santander para la adopción de las nuevas formas constitucionales con un ejecutivo más que fuerte como lo había concebido para la constitución boliviana. Santander a regañadientes aceptó los términos –porque sabía que sin el concurso de Bolívar jamás podría doblegar la fuerza de Páez–. Las condiciones que imponía para su aceptación eran demasiado costosas para el Libertador, pues lo podrían enemistar con dos de sus principales hombres. Tenía que poner en caja al caudillo llanero venezolano Páez y destituir como vicepresidente al mariscal vencedor de Ayacucho, Antonio Sucre. De todos modos, Bolívar –en un error político– accede a las peticiones de Santander.

Los partidarios del vicepresidente gobernante en Bogotá hostigan a Bolívar pero la figura del Libertador era, por entonces, demasiado grande[63] como para no imponerse a su paso por la capital de la Gran Colombia. Finalmente Santander tuvo que someterse a la voluntad de Bolívar de establecer un pacto confederal entre Colombia, Perú y Bolivia.

Al escuchar sobre el arreglo con Santander, Páez fogoneado por el siempre díscolo Mariño, se levantó no sólo contra aquel sino también contra el propio Bolívar. El mismo Páez, que había sugerido al Libertador emular a Napoleón, será el que lo acuse de querer erigirse en rey o emperador a través de su nueva Constitución. Bolívar no se amilanó ante sus antiguos hombres y le hizo una dura advertencia a Páez: "Ha conquistado usted conmigo. Ha ganado usted victorias y fortuna conmigo, y ha podido usted esperarlo todo conmigo. Por el contrario, el general Labatut perdió contra mí; el general Castillo perdió contra mí; el general Mariño perdió contra mí; el general Riva Agüero y el general Torre y Tagle perdieron contra mí. Parece que la Providencia condenara a mis enemigos a la perdición, sean americanos o españoles. Y ya ve usted a lo que han llegado los generales Sucre, Santander y Santa Cruz".

A Páez no le dio el cuero para enfrentar al prestigio popular que Simón Bolívar seguía teniendo en su tierra natal. En el año nuevo de 1827, el Libertador anunció una amplia amnistía para Páez y sus hombres, reconociendo a su viejo compañero de las guerras contra los realistas como suprema autoridad civil y militar en Venezuela, al mismo tiempo que Páez aceptaba la de Bolívar como presidente de la Gran Colombia. Fue entonces cuando Páez y Bolívar volvieron a entrar gloriosamente juntos a Caracas.

Llegó allí la noticia de que en Lima, un antiguo subordinado suyo, el mariscal La Mar,

---

62/*Ibid*., p. 269.

63/Cuenta García Calderón que en su *Memoria* Santander consignaba: "A veces, me acercaba a él lleno de rencor, y con solo verlo, me apaciguo y salgo lleno de admiración". Quizás Santander es demasiado benigno consigo mismo; lo que le provocaba Bolívar era temor por el arraigo popular que el Libertador tenía. García Calderón, Francisco, *Las democracias latinas de América. La creación de un continente,* Caracas, Biblioteca de Ayacucho, 1979, p. 31

era designado presidente del Perú tan sólo para declarar abolida la constitución bolivariana La aristocrática Lima quería sacarse de encima a su segundo libertador.

Los artífices del golpe de Estado fueron las tropas colombianas adictas a Santander, que niegan obediencia a la constitución y apresan al general Heres, fiel a Bolívar. El mariscal La Mar fue elegido presidente del Perú por la oligarquía limeña, en lugar del candidato de Bolívar que era Santa Cruz. Santander había apoyado la revuelta y, al recibirse la noticia en Bogotá, él mismo se unió al júbilo que una manifestación demostraba por el atentado contra la autoridad de Bolívar. La Federación colombiano-peruano-boliviana amenaza estallar.

Con los problemas en Perú y los arreglos de Bolívar con Páez, Santander tuvo la excusa necesaria para negarse a la constitución bolivariana.

Para colmo de males, en enero de 1827, el cabildo de Quito organizaba una conspiración militar encabezada por el comandante Ayarza, con propósitos separatistas. El resto de la guarnición la reprimió fusilando a los implicados. Al regresar de Caracas y enfrentarse con estas noticias dramáticas, el Libertador volvió decidido a asumir el poder de Colombia.

Poco tiempo después recibió desde Bolivia la noticia de que una revolución alentada por De la Mar y el general Gamarra había sido abortada. Sin embargo, toda la creación de la estructura bolivariana empezaba a resquebrajarse por todas partes.

Cuando Bolívar volvió a Bogotá, Santander –que complotaba en las sombras permanentemente contra él– volvió a abrazarlo en público, sin coraje ni para enfrentarlo ni para huir. El Libertador asumió como presidente, pese a que era conciente de estar sentado sobre una gran conspiración a la que no podía desbaratar. "Ninguna manifestación, ningún aplauso precedió ni siguió a aquel acto; era la primera vez que su presencia no fuese saludada con vivas y aclamaciones en la capital"[64].

Desde este territorio tan hostil volvió a convocar a Manuela para que lo acompañase en aquellos tiempos desdichados. Ella, la libertadora de Libertador, se había vuelto indispensable en su vida. En una quinta en las afueras de Bogotá –como en los viejos tiempos– Manuelita y Simón volvieron a ser felices.

Se convocó a una nueva convención constituyente reunida en Ocaña. Santander jugaba por atrás lo que no se animaba a enfrentar. Era un político hábil. Había recorrido todo el país organizando los federalistas que favorecían un gobierno central más débil y congresos locales fuertes, tanto en Venezuela como en Nueva Granada. Bolívar asentado en Bucaramanga a unos pocos kilómetros de Ocaña presionaba con sus convicciones de siempre para una estructura de gobierno con un ejecutivo fuerte; esa era según argumentaba la mejor garantía de la libertad. Los congresistas, representantes de las aristocracias locales y afines a Santander se opusieron a invitar al Libertador a ninguna de las sesiones de la constituyente. Finalmente en la convención primaba la idea de una nueva Constitución federal para frustración del Libertador. Los hombres que respondían a Bolívar abandonaron la asamblea. "La antigua Constitución yacía muerta, la nueva fue estrangulada al nacer"[65].

Justamente en esos momentos los partidarios de Santander en Bogotá, ante el influjo poderoso del Libertador, se disponían a asesinarlo en el Palacio de Gobierno. De esta ten-

64/Ramos, ob. cit., p. 270.

65/Harvey, ob. cit., p. 275.

tativa de magnicidio escapaba gracias al coraje de Manuela quien, espada en mano, intentó resistir a los atacantes dándole el tiempo a Simón para que pudiera escapar y salvar la vida.

El general Simón Bolívar –en un último intento– asumió el poder como dictador postergando la discusión la nueva Constitución. Era el principio del fin.

En sus últimos días en el poder, el cansado Libertador siguió sufriendo conspiraciones por todos lados, la perfidia de Santander, dos atentados contra su vida y se enteró del asesinato en Pasto de su protegido, el mariscal Sucre, el héroe de Ayacucho, que había renunciado poco tiempo antes a su condición de presidente de Bolivia[66]. La batalla final de Sucre fue contra las tropas peruanas que se habían alzado contra los colombianos. Fue leal hasta el final de sus días.

"La Gran Colombia volaba en pedazos. Los encomenderos bolivianos se declaraban independientes; lo mismo hacía Perú. El general Flores, ferviente bolivariano, independizaba los departamentos del sur de la Gran Colombia y fundaba la República del Ecuador. El rudo llanero Páez, ya enriquecido y rodeado de un núcleo de 'iluminados' entre los que figuraba el futuro presidente Antonio Leocadio Guzmán, quien abastecía de letras al separatista de espuelas, rompía el vínculo de Venezuela con Colombia, rehusaba toda subordinación al Libertador y aún toda tratativa de paz. Los grandes tabacaleros, ganaderos y cafetaleros, cuyos negocios hablan sufrido por las guerras de la independencia, querían ahora gustar la dulzura de la paz y las delicias del comercio de exportación"[67].

Todavía faltaban algunos golpes al corazón de Bolívar. Aquel joven general Córdoba que "a paso de vencedores" decidió con la caballería la batalla de Ayacucho, y que terminaba de aplastar la sedición de Obando en Popayán, se levantó en la provincia de Antioquia contra su antiguo jefe. Ahí murió Córdoba y, con el joven soldado, también morían las esperanzas de Bolívar.

El libertador se despidió de Bogotá e hizo una lenta y agónica marcha hacia la costa, donde su destino era embarcarse con destino al exilio. Su salud estaba cada vez más deteriorada. El golpe final para la moral de combate del Libertador se lo dio enterarse de la cruel noticia que al atravesar sin escolta la provincia de Pasto, el mariscal de Ayacucho había sido muerto a tiros por tres sujetos. Ya no le quedaba casi ninguna esperanza.

66/"La oligarquía altoperuana jaqueaba al general Sucre en Bolivia. El pérfido doctorcito Olañeta, aquel sobrino del mariscal absolutista, que traicionó a su tío y luego aconsejó a Sucre traicionar a las Provincias del Río de la Plata separando el Alto Perú, ahora encabezaba una conspiración para traicionar, a su vez, a Sucre. También el vencedor de Ayacucho resultaba innecesario y molesto a los mineros y dueños de indios de Bolivia. Olañeta estableció una alianza secreta con el general peruano Gamarra para invadir Bolivia y obligar a la caída de Sucre, al tiempo que perpetraba un atentado contra la vida del general, en el que Sucre resultó herido. Mientras Gamarra invadía Bolivia, Sucre renunciaba a la presidencia y se marchaba para socorrer a Bolívar que, ya gravemente enfermo, enfrentaba otra invasión peruana por el sur". Ramos, ob. cit., p. 272.

Casimiro Olañeta y Güemes había nacido en Chuquisaca y había estudiado en el colegio de Monserrat en Córdoba y entre sus maestros había tenido al deán Funes, graduándose luego en su ciudad de origen en la Universidad de San Francisco Xavier.

67/Ramos, ob. cit., p. 272.

En noviembre de 1830 le escribió a Flores, general leal hasta el final a Bolívar y fundador del Ecuador: "Sólo he llegado a unas pocas conclusiones seguras: 1. Para nosotros, Sudamérica es ingobernable. 2. Aquel que sirve a una revolución ara en el mar. 3. En Sudamérica lo único que podemos hacer es emigrar. 4. Estas tierras caerán con el tiempo en manos de turbas desenfrenadas y en mezquinas tiranías casi intangibles de todas las complexiones y razas. 5. Devorados como estamos por toda clase de crímenes y aniquilados por la ferocidad, a los europeos no les dará ningún trabajo conquistarnos. 6. Si cualquier parte del mundo pudiera volver al caos primigenio, ese sería el estado final de Sudamérica".

Son palabras de un hombre cansando, traicionado, derrotado... "En América, ni los hombres ni las naciones son dignos de crédito; sus tratados son papelería; sus constituciones, libros; las elecciones, peleas; la libertad, anarquía; y la vida, un tormento". Parecen palabras extraídas de una tragedia, de un drama literario que afronta un protagonista atribulado. Este Bolívar que viste las ropas trágicas de un profeta destituido hay que cruzarlo con aquel optimista que pensaba igualmente de modo implacable al destino americano, aunque por aquel entonces pletórico de esperanza: "Somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte rodeado de dilatados mares; noveles en caso todas la artes y todas la ciencias, aunque en cierto modo, antiguos en los usos de la sociedad civil. El estado actual de América recuerda la caída del Imperio Romano, cuando cada desmembración formó un sistema político distinto, conforme a sus intereses, su situación y sus corporaciones –decía el Libertador en la Carta de Jamaica y continuaba–: No veremos, ni tampoco la generación que nos sigue el triunfo de la América que hemos fundado: considero a América como una crisálida; habrá una metamorfosis en la existencia física de sus habitantes; habrá al fin una nueva casta de todas las razas, la que culminará en la homogeneidad del pueblo".

Mucha agua había pasado bajo el puente, desde que aquel mantuano, que volvía de Europa con una vida vacía de sentido y se encontraba con la revolución. De aquel joven que tenía una hacienda con mil esclavos al abanderado de la libertad, había un largo camino, plagado de victorias pero también de derrotas. Ninguna que haya mellado su voluntad inquebrantable. Sus viejos compañeros de armas, sus viejos compañeros de clase, que en algún momento lo habían idolatrado, eran los que ahora, en una mentalidad de patria chica, luchaban contra él y su reivindicación de los oprimidos y sus sueños de Patria Grande. Los propietarios de esclavos que él no quiso, no supo o no le dio la correlación de fuerzas para expropiar, lo echaban de su propia patria, a la que había liberado. Iba en un solitario y triste viaje final transitando el país en un insoportable trayecto para despedirse de la tierra que había coronado sus sienes de gloria. Lo esperaba sólo un barco para alejarse de la tierra de sus hazañas, para conducirlo al exilio. ¡Cómo no sentir que él, que había luchado por la independencia de América, había arado en el mar! Su salud deteriorada le pasaba la factura de todos esos años intensos en los que Simón siempre fue un protagonista incansable, y su estado de ánimo contribuía a empeorar un estado crítico de salud de un hombre que no llegaba a los 40 años, pero parecía un viejo.

En sus últimos momentos se alojó paradójicamente, o no tanto, en la casa del cónsul español Joaquín de Mier. Allí con su último aliento de vida dictó su postrera proclama: "¡Colombianos! Mi último deseo es la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye a

terminar con los partidismos y a consolidar la unión, bajaré en paz a la tumba".

Al mediodía del 17 de diciembre de 1830 el libertador Simón Bolívar pasa a la inmortalidad. Recién al día siguiente llegó para su encuentro su amada Manuelita Sáenz, que iba en vertiginosa persecución detrás suyo pero que no alcanzó a verlo con vida y que lloró desconsolada frente a su tumba.

"Conque ¿al fin murió don Simón? El tiempo nos dirá si su muerte ha sido o no útil a la paz y a la libertad. Para mí tengo que ha sido no sólo útil sino necesaria" tal fue el mezquino epitafio que escribió el separatista Santander en una carta.

9. Algunas reflexiones finales sobre Bolívar y la derrota del proyecto americanista

Bolívar es sin dudas hoy una de las pocas figuras indiscutidas para los hombres y mujeres de nuestra América. Su prestigio trasciende las rivalidades entre izquierdas y derechas, entre militaristas y demócratas, entre oligarcas y revolucionarios. Sin embargo para que esto ocurra gran parte de su práctica, de sus ideas, de sus pasiones han sido vaciadas en el mármol de los próceres[68]. Acaso su testimonio sea más peligroso que las palabras repetidas hasta el hartazgo por los historiadores clásicos de casi todo el continente, que son una nueva traición a su espíritu revolucionario. Su sensibilidad social lo volvió un conductor de pueblos, su vínculo con las masas hizo temblar a más de un oligarca de su tiempo.

Bolívar fue el más completo de los conductores político militares de la emancipación americana. Como militar dirigió campañas imposibles y fue superado en la capacidad estratégica sólo por San Martín. Como político fue quien con mayor claridad apreció las condiciones de dominación del pueblo americano. Supo enamorar de su causa a las mayorías populares que se jugaron la vida en la lucha por la independencia. Con el realismo de los constructores supo, también, aportar la cuota de utopía necesaria para impulsar a la acción. "Esta es la verdad. La digo para que no hagamos castillos en el aire, aunque en eso nadie será mejor arquitecto que yo". Así había descrito su oficio político Bolívar, a uno de sus hombres.

"Aunque se le reproche no haber iniciado ninguna genuina revolución social ni económica, es necesario decir en su favor que, dado lo poderosas que eran todavía las elites, el costo de una auténtica revolución y el baño de sangre que había acompañado, hubiera sido tan grande como la probabilidad del fracaso. Era justificable ahorrarle más penurias al pueblo"[69]. Lo que siempre ha caracterizado a los conductores del movimiento nacional y popular fue el hecho de medir correctamente la correlación de fuerzas y no pretender ir mucho más allá de lo que el pueblo estuvo dispuesto a acompañar con su cuerpo.

Sin embargo, con el exilio definitivo de San Martín y el colapso dramático de Bolívar,

68/"Pocas figuras latinoamericanas han sufrido como Bolívar los embates de la historiografía hegemónica: se lo idolatra a condición de que no se baje de su caballo de bronce y nos recuerde que hoy, igual que ayer, edifica en el aire y ara en el mar, que nuestras clases dominantes siguen parcelando la Patria Grande en mezquinos islotes sin viabilidad histórica, que se llenan la boca con retóricas sobre la integración mientras el comercio entre nuestras naciones continua siendo raquítico". Bonasso, ob. cit., p. 256.

69/Harvey, ob. cit., p. 255.

la revolución americana que fue el principio que condujo a su independencia se desgranó en la preeminencia del liberalismo contrarrevolucionario, librecambista, apátrida y cipayo que no fue capaz de consolidar un sistema concebido a imagen y semejanza de los libertadores. Sus "vidas paralelas" terminaron sus respectivos destinos en el desencanto: San Martín, presionado por las facciones, corrido por los porteñistas, adelanta su exilio, y Bolívar –tan distinto pero tan parecido– va camino al mismo con la desazón a cuestas.

El gran José Martí, hombre que le puso el cuerpo a la liberación de su patria cubana del yugo español casi un siglo más tarde que San Martín y Bolívar, se refiere a los libertadores con estas palabras en su La Edad de Oro: "Hay hombres que viven contentos aunque vivan sin decoro. Hay otros que padecen como en agonía cuando ven que los hombres a su alrededor viven sin decoro. En el mundo tiene que haber cierta cantidad de decoro, como tiene que haber cierta cantidad de luz. Cuando hay demasiados hombres sin decoro, siempre surgen otros que portan en sí el decoro de muchos. Estos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que les roban a los pueblos su libertad y su dignidad, que es robarles a los hombres su decoro. En esos hombres van miles de hombres, van pueblos enteros, va la dignidad humana. Esos hombres son sagrados".

"Por eso, estos dos nombres son sagrados en Suramérica: Bolívar y San Martín. Así lo sienten el gaucho y el llanero, el roto y el cholo, el huaso y el coya. A pesar de los denodados esfuerzos por enfrentarlos en competencia (Mitre, Rojas y otros historiadores) o –los más recientes– por banalizarlos con presuntos chismes íntimos escabrosos, cuando no por difamarlos directamente con alevosía. Por supuesto que no eran próceres de bronce, inmóviles y fríos, sino de carne y hueso, con pasiones, tentaciones y errores como todos los hombres, incluso los grandes (...).Cuando América se cansaba, ellos no se cansaban. Y lo que ellos no dejaron hecho, sin hacer está hasta hoy"[70].

Bolívar ha sido y es un ejemplo, un testimonio que estimula el sentimiento heroico de las personas y los pueblos por alcanzar su destino de libertad y grandeza. Y si bien, al igual que con San Martín, se ha intentado vaciarlo, fundirlo en bronce, desmalezarlo de sus contradicciones que lo hacen hombre, igual que cualquier mortal, Bolívar aparece en su peligrosidad potencial para quien lea con mirada nacional y americana su ejemplo. Bolívar nos enseña con su vida que nada se alcanza sin pasión, y que, derrota tras derrota, se alcanzan las victorias y que, para citar una consigna que alguna vez usaron las Madres de Plaza de Mayo, "La única lucha que se pierde es la que se abandona". Nada fue fácil para ese hombre que abandonó los lujos de su cómoda vida de mantuano para abrazar la causa de la liberación de su patria.

La epopeya de la revolución y la independencia es, además, la mejor muestra de que sin un sentido épico es imposible despertar de la siesta incómoda de la colonialidad.

Si la causa bolivariana se hubiera impuesto no sólo contra el colonialismo español sino también contra el más pérfido enemigo interno (las oligarquías locales) un gigantesco territorio sudamericano podría haber resultado esa sola y enorme nación bioceánica soñada por los libertadores. La más rica y grande del mundo, nacida no de la conquista sino de la liberación fraterna y solidaria. "Digamos que, con Guayaquil y Ayacucho, estu-

70/Pandra, ob. cit., p. 199.

vimos muy cerca de lograrlo. Pero el destino quiso que la magnífica obra que empezó con San Martín y Bolívar, terminara en desengaño y dispersión, en un archipiélago de tierras firmes [Martínez Estrada]. Ceguera, mezquindades, ambiciones subalternas, apetitos personales, disensos, chauvinismo, miserables codicias por migajas de suelo fronterizo mientras se entregaban recursos y países enteros a las potencias imperiales por un plato de lentejas. Todo eso fue lo que impidió concretar tan magnífica empresa"[71].

Marcelo Gullo, en su libro La insubordinación fundante, concluye que todos los procesos victoriosos de emancipación fueron el resultado de la coincidencia de una actitud de insubordinación ideológica ante el pensamiento dominante y de un vigoroso impulso estatal. Aunque también de la masa crítica para impulsarlos. San Martín y Bolívar fueron la ruptura, pero el pensamiento colonizado impidió la formación de la masa crítica, y buscó otro collar en lugar de animarse a dejar de ser perro, como enseñaba Jauretche.

Para el final de la gesta emancipadora americana, al frente de Gran Bretaña estaba el canciller George Canning. Inglaterra necesitaba para la expansión de su capitalismo la consolidación de los nuevos mercados ganados. Dicho ministro británico trabajó para que se multiplicaran las naciones tanto como las relaciones comerciales. Ya, como hemos visto, el reconocimiento de la independencia no sólo fue fraccionado sino también mezclado con las relaciones comerciales. Esos tratados garantizaron a los británicos la apertura de las débiles nuevas repúblicas. "La clásica política balcanizadora del imperio británico, ya practicada en la península ibérica, encontró en las debilitadas colonias americanas una ocasión óptima. Los ingleses se movieron sutilmente en el gran drama. Sostuvieron la política de las oligarquías disociadoras, cuando no les sugerían al oído la fórmula, como ocurrió con el desgarramiento de la Banda Oriental"[72].

La introducción de las mercaderías británicas y la exportación de las materias primas que los ingleses necesitaban cambió la estructura económica tanto como los circuitos comerciales vigentes desde la época de la colonia. En primer término, la producción para el consumo regional, especialmente la que procedía de artesanos y muy en particular la textil, se verá afectada y tenderá a desaparecer. Poco a poco, las economías de las capitales se expanden, pero haciéndose cada vez más complementarias y dependientes del sistema europeo. Su crecimiento estará sujeto a los estímulos externos y sus frutos no se traducirán en una mejor distribución de la renta nacional, sino precisamente en la concentración. Ésta sale hacia afuera en gran parte por una inadecuada comercialización de las materias exportadas, o se distribuye aquí injustamente, tanto por la porción que absorben las clases dominantes como por la desatención de zonas geográficas particularmente desfavorecidas. La libertad de comercio se había convertido en el núcleo programático de un liberalismo que aceptaba mansamente la división internacional del trabajo de la pax británica.

Derrotado el proyecto americano, ya se insinúa la paradoja que el resultado de las luchas por la emancipación culmina con el fortalecimiento de unas clases dominantes afectas a la dependencia con la nueva potencia de turno. Es decir, la revolución terminó sin afectar profundamente la estructura social de la colonia, al mantenerse dos grupos neta-

71/Pandra, ob. cit., p. 202.

72/Ramos, ob. cit., p. 217.

mente diferenciados. Las clases oprimidas transitaron gradualmente del trabajo forzado colonial o la situación marginal de los gauchos, los llaneros, o los quilombos de negros sublevados a su esclavitud, al servicio de los ejércitos que primero fueron de emancipación y después de represión interna, o bien a la condición de peones, sin que ello mejorara su cultura ni su nivel de vida en modo alguno. A pesar de leyes y declaraciones, las igualdades importadas no alterarán el sustrato de la jerarquía de clases de la sociedad colonial. Las estructuras económicas extractivas de materias primas que le eran útiles a la nueva metrópoli británica, fueron destruyendo los artesanados locales, en tanto incipiente industrialización americana, lo cual afectó muchas veces la situación de sectores populares, llegando a empeorar su estado de subalimentación y enfermedad.

Las luchas permanentes, la guerra como forma de resolver las contradicciones políticas, permitieron el ascenso de hombres que muchas veces privilegiaban sus beneficios y ambiciones personales. Las luchas y campañas militares, prolongadas a lo largo de casi quince años, habían dejado no sólo la libertad sino también la guerra como práctica de vida en muchos casos. El costo de la guerra como hemos visto desde su arranque tuvo un nocivo impacto sobre la economía y conformó las condiciones sobre las que transitó la nueva estructura de dependencia.

Las luchas emancipadoras habían puesto a lo militar por sobre la política, lo que fue durante años un estigma latinoamericano. El autor inglés Robert Harvey hace una singular interpretación de por qué no fracasó la gesta de nuestra América en contraposición con el éxito en la senda del capitalismo –pero también en términos de la unidad– de las trece colonias norteamericanas independizadas tan sólo unas décadas antes: "Tal vez porque el imperio británico en América era ante todo una estructura económica –establecida en un escenario sin grandes barreras geográficas–, derrocada con razones también económicas por una clase comerciante. En cambio, el imperio español era, ante todo, una estructura militar, derrotada por una clase también militar, que dejó abierta una gran brecha entre los terratenientes y las clases desposeídas de tierras. La clase comerciante desempeñó poco o ningún papel en la caída del imperio"[73]. Aunque preferimos la interpretación de los hermanos Irazusta a los que podemos parafrasear planteando que en realidad la unidad y la fortaleza económica de los EEUU tienen más que ver con que su independencia se realizó enfrentando a los británicos, la potencia hegemónica de esa época, mientras que la emancipación de nuestra América se hizo enfrentando a un imperio en decadencia y prestando atención a la "colaboración" de los nuevos dominadores del mundo que eran después de la derrota de Napoleón sin dudas los ingleses.

Sin embargo, algo le asiste de razón a aquel autor inglés, cuando analizamos el papel de los militares a lo largo de la historia de nuestra América, desde la independencia hasta nuestros días; en lo positivo, desde los libertadores, pasando en el siglo XX por el general Perón, o un Velasco Alvarado en Perú, o un coronel Torrijos en Panamá, llegando en el siglo XXI a un comandante como Hugo Chávez Frías; pero también en lo negativo en cuanto a la multiplicidad de dictaduras militares que asolaron sangrientamente nuestro subcontinente, la última camada de las cuales coordinadas por el nefasto plan cóndor,

73/Harvey, ob. cit., p. 293.

tuvieron oscuros exponentes como el general Pinochet en Chile y Videla en Argentina.

La conducción militar ha sido una impronta particular de la política americana desde aquellos tiempos de la independencia. En nuestra América desde su origen se ha "afirmado la posición de los ejércitos, ya se tratara de la montonera gaucha o de los cuerpos de línea que van surgiendo al servicio de los nuevos centros de poder. La falta de tradiciones, la espontaneidad y la inventiva desarrollada en los combates habían ido fortaleciendo un tipo de relación personal entre jefes y subordinados que constituyó la base de la fuerza política de muchos caudillos. Esa relación personal entre dirigentes y dirigidos es lo que explica que todavía hoy en los estados más evolucionados, donde el caudillo actúa dentro de marcos partidarios, sea mediante este vínculo por el que se resuelven muchas situaciones de intermediación entre el Estado y el ciudadano, o, como antaño, se opere la concesión de beneficios más directos. Desde la independencia, la actividad militar ha trascendido la esfera de lo que puede considerarse razonable. De ahí surge una intervención decidida en múltiples asuntos, que llega a organizar de hecho lo que el constitucionalismo no había podido estructurar. Se han contado en los países hispanoamericanos, desde la independencia a la guerra de 1914, 115 revoluciones triunfantes y varias veces esas cantidades de revoluciones fracasadas"[74].

La estructuración constitucional es también un legado desde los tiempos de la independencia. "Los políticos de las nuevas repúblicas padecían de una verdadera obsesión por la redacción de textos constitucionales, malas adaptaciones de los de Estados Unidos y Europa. Creían seguramente, como creyó en su tiempo la legislación española de Indias, que la ley por sí sola puede cambiar la realidad. De la ingenuidad de pensar que todo andaría bien al adoptar un orden constitucional adecuado, da una clara idea el saber que, desde la independencia, Venezuela ha tenido veintitrés constituciones, Santo Domingo veintidós, Ecuador dieciséis, Bolivia trece, el Perú y Nicaragua doce cada uno, El Salvador diez"[75], dice a mediados de los años sesenta el historiador uruguayo Gustavo Beyhaut. El desfasaje entre las constituciones reales y las formales fue también una constante. El pensamiento progresista europeo instó a muchos de los hombres que militaban en la fuerza de la profundización a acelerar los tiempos con un instrumento jurídico que otorgara derechos a todos o, por lo menos, a lo que ellos consideraban el pueblo. Muchas veces, esto chocaba con la realidad de la correlación real de fuerzas o bien era lisa y llanamente la importación de legislaciones europeas pero que en estas tierras carecían de los actores sociales que las sustentaban, le daban corporeidad y sentido a su ejercicio.

El Libertador Bolívar fue uno de los que insistió permanentemente en dotar de constituciones avanzadas a los pueblos. Y también sufrió en carne propia cuando estas constituciones no arraigaron en los pueblos y tuvieron existencias efímeras.

El final trágico de Bolívar está constituido por el drama que implicaba haber sido traicionado por los hombres que había dejado al frente de las porciones de su gran sueño de nación sudamericana. Bolívar en su lecho de muerte diría: "Veo claramente nuestra obra destruida y la maldición de los siglos caer sobre nuestras cabezas. Estos países caerán en

74/Beyhaut, ob. cit., p. 19.

75/*Ibid*.

manos de la multitud desencadenada de sus tiranuelos de todo color y de toda índole, demasiado pequeños para que se les note". No podría haber profetizado con mayor exactitud el inmediato proceso de disgregación que se desencadenaría en nuestra América.

Bolívar, el mismo que con claridad meridiana había dicho "mi patria es toda la extensión de América", acaso el gran legado bolivariano, se acerca a su muerte diciendo: "Luchar por la unidad en América es como arar en el mar".

"La 'clase mantuana' traiciona a Bolívar y deshace la Gran Colombia, los estancieros de la Banda Oriental apuñalan al artiguismo, los hombres de pro barren a Carrera y asesinan a Manuel Rodríguez en Chile, Artigas se hunde en la selva paraguaya, Paraguay se enclaustra defensivamente bajo el puño de hierro del Dr. Francia, San Martín emigra, Morazán es asesinado y la República de Centroamérica estalla en cinco pedazos, México se aísla y agoniza un siglo bajo los terratenientes. Las potencias extranjeras, Estados Unidos y Gran Bretaña, se disputan el territorio y la economía de las veinte repúblicas que Bolívar había soñado unidas. Después de la independencia, sobreviene la balcanización. América Latina se convierte en una nación inconclusa"[76].

76/Ramos, ob. cit., p. 138.

EPÍLOGO
PARA EL PARTIDO AMERICANO DEL SIGLO XXI

"Ya la idea de Comunidad Latinoamericana estaba en San Martín y Bolívar; ellos sembraron las grandes ideas y nosotros hemos perdido un siglo y medio vacilando en llevarlas a la práctica"
Juan Domingo Perón

¿Es la unidad latinoamericana solamente un mito como sostienen ciertos sectores de nuestros países por derecha o por izquierda[1]? ¿Existe hoy un partido americano como aquel al que decían adscribir tanto Bolívar como San Martín? Dos siglos de fragmentación, desintegración y dispersión seguramente han logrado hacer su mella. En la formación escolar, en las historias oficiales, de cada uno de los países de nuestra América apenas si quedan huellas de la gesta común de la emancipación. Porque la América criolla –desprendida de España en las guerras de la independencia– "terminó balcanizada en un mosaico de varios estados supuestamente soberanos, adornados de todas las baratijas jurídicas, filatélicas, arancelarias y rituales de naciones verdaderas"[2]. Y este trayecto separado de aquellas provincias de una unidad se hizo carne alimentado por falsas rivalidades, que en algunos casos llegaron a convertirse en guerras cuando los imperios quisieron (por ejemplo entre Paraguay y Bolivia) y otras estuvo a punto (por ejemplo entre Chile y Argentina). Desde entonces, nos volvimos periferia de un sistema de dominación que tuvo su eje en Inglaterra y luego en EEUU y que signó, salvo honrosas excepciones, nuestra política tanto como nuestra economía. "La trágica guerra del Paraguay, por ejemplo, se desencadenó a partir de que la guerra civil norteamericana impidió la provisión de algodón a los telares de Manchester, además de servir para liquidar –de paso– el último enclave peligroso de la vieja mentalidad 'peruano-tucumana' de los López. Cada estado parroquial perdió contacto con su vecindad, como no sea en los casos de conflictos limítrofes" (Pandra, 2013: 213). Una acción primordial de este sistema de transformarnos en periferia fue intentar borrar la memoria histórica colectiva, porque esa herencia histórica tenía la peligrosa posibilidad de permitir pensar que el futuro de los estados sudamericanos se podía construir

1/La izquierda latinoamericana de hoy ha desandado muchos caminos de incomprensión de la cuestión nacional, incluso a su dimensión sudamericana. Pero no siempre fue así. Tomemos por ejemplo a Milicíades Peña, uno de los autores más incisivos de la izquierda no tradicional argentina que llegó a afirmar: "Al mito de la unidad nacional de América Latina durante el período colonial corresponde el mito de que el movimiento de la independencia se proponía crear la gran nación latinoamericana". Peña, ob. cit., p. 10.

2/Ramos, ob. cit., p. 201.

en la confluencia en una gran nación O, que, si no, no tendrían destino alguno ni en el concierto de las naciones ni en el proceso de integración. Y esto se afirma mucho más en este proceso globalizador donde además de los actores tradicionales, como los países imperialistas intervienen también los grupos económicos transnacionales que tienen un peso específico propio.

Perón decía que había para los pueblos un gran desafío de cara al proceso inexorable de integración global, y este era construir una universalización a partir del respeto de la identidad de los pueblos. Pero esta universalización tenía una etapa fundamental que era la integración continental[3]. Esta idea de integración continental no es otra cosa que retomar, incluso ampliado por la inclusión del Brasil, el sueño de una gran nación sudamericana de los libertadores. "Si la integración es la vida para una universalización respetuosa de las identidades culturales nacionales y si, a su vez lo cultural continental es un elemento basal de la integración, no puede haber nada más saludable, en primer término, para lograr este objetivo: que los latinoamericanos busquemos nuestro mutuo reconocimiento"[4].

Perón intentó en sus primeros gobiernos un acercamiento en este sentido, los primeros esbozos serios de una integración regional del siglo XX, cuando creó el ABC (Argentina Brasil y Chile), que fue un acercamiento hacia lo que los militares de pensamiento estrecho pensaban (antes y después de Perón) que eran nuestras principales hipótesis de conflicto. El general Perón consciente no sólo de la situación geopolítica sino también de la económica, justificaba su estrategia sosteniendo: "Cuando se analizan desde el punto de vista geopolítico nuestros países, ninguno está preparado para ser un gran país del futuro porque todos carecen de unidad económica: ni Brasil tiene unidad económica, ni Argentina tiene unidad económica, no la tienen tampoco Chile, Perú, Bolivia, Colombia, ni Venezuela; ninguno de estos países tiene por sí, unidad económica suficiente como para garantizar su porvenir, pero unidos representamos la unidad económica más formidable que pueda existir"[5].

El ABC, sin duda, es uno de los antecedentes de los procesos de integración que de comienzos del siglo XXI. La creación de Mercosur (Mercado Común del Sur, integrado por en principio por Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay, al que más tarde se integra Venezuela) y mucho más la Unasur (Unión de Naciones Suramericanas, compuesta por todos los países de América meridional) y la Celac (a la que se suman no solo el resto de los países de América Latina, sino también todas las naciones del Caribe) fueron hitos

---

3/"La liberación en todos los terrenos es insoslayable requisito para ingresar en el proceso universalista. Resulta así que, para construir al mundo como un ente orgánicamente integrado, es necesario liberarse de dominadores particulares. Paralelamente deben considerarse dos etapas esenciales, a las que me he referido en innumerables oportunidades: la del Continentalismo y la del Tercer Mundo" (...) Para cumplir plenamente con el programa universalista debemos tener real independencia de decisiones, y ello requiera una Latinoamérica con individualidad propia". Perón, Juan Domingo, *Modelo Argentino para el Proyecto Nacional,* Buenos Aires, Ediciones Realidad Política, 1986, p. 46.

4/Urriza, ob. cit., p. 18.

5/*Ibid*., p. 40. Perón sostiene esto ya en 1954, durante su discurso ante estudiantes de América Latina en el teatro Cervantes de Buenos Aires.

importantes en desandar el camino de la confrontación por el camino de la conjunción.

En el momento en que el mundo se organiza en bloques de países (Canadá-Estados Unidos, Europa unificada) resulta oportuno repensar, actualizar, re-vivir el viejo proyecto de San Martín y Bolívar de la Confederación de Estados Latinoamericanos "y para ello, nada mejor que los argentinos reconozcan, en sus abuelos indios[6], las raíces comunes a todos los pueblos hispanoamericanos. Por otra parte, esta reivindicación se tiñe de un fuerte contenido anticolonialista (diríamos 'tercermundista', a riesgo de que nos llamen anacrónicos) y así, adquiere gran importancia política. Saber que en los orígenes hemos sido sometidos por una opresión colonial y repudiarla, nos coloca en condiciones de alerta respecto a toda política de avasallamiento –sea militar, económico o cultural– y lleva, asimismo, a solidarizarnos con todo país agredido por fuerzas imperialistas"[7].

"El huracán revolucionario nombrado por Bolívar en Angostura implicó numerosos componentes: la gran contradicción entre los colonizadores y los colonizados; la contracción fundamental del sistema de producción esclavista, entre los esclavos y los mantuanos, sus amos, la contradicción entre los indígenas explotados en servidumbre y sus explotadores, españoles y criollos, la contradicción entre los sectores populares de pardos, no esclavos ni indígenas, con los españoles y criollos. A ello ha de sumarse el cúmulo de intereses distintos entre criollos propietarios de tierras y otros poseedores de capitales mercantiles. Cuando el movimiento libertador se extendió al sur, surgieron entonces otro tipo de tensiones entre mantuanos de Venezuela, criollos de Colombia y de Perú, quienes colaboraron en muchos aspectos durante la época de guerra hasta Ayacucho pero no posteriormente, cuando comenzaron a ser los factores fundamentales en las incipientes economías nacionales a reflejarse en el terreno de la rivalidades políticas y regionales"[8].

El huracán revolucionario fue en términos reales el impulso irrefrenable de las masas en la conquista de su libertad. La experiencia de libertad conquistada por los cimarrones que escapaban de la esclavitud, la sed de venganza canalizada en política de los esclavos sometidos en las haciendas, la rebeldía de los pardos que aun creyéndose superiores a los pueblos originarios fueron sangre de la independencia y sus mayores combatientes.

6/Pero el mismo Galasso aclara: "Pero ese 'indigenismo' tiene un talón de Aquiles: esconde una vieja trampa diseñada por los intereses colonialistas británicos. Aquello que resulta una desviación, un exceso –natural, en quien descubre, de pronto, una verdad largamente escamoteada– se torna, en cambio, poderosa arma de sujeción cuando proliferan fundaciones y organizaciones anglosajonas, munidas de editoriales, becas, etc., dispuestas a los más fabulosos esfuerzos para "recuperar" las viejas culturas indígenas, al mismo tiempo que marcan a fuego, por reaccionario, todo aquello de origen o vínculo español. Entonces, lo que podría constituirse en el cemento para reconstruir la identidad cultural hispanoaméricana, se transforma en la gran herramienta para desmembrar aún más a la comunidad que habita en estas tierras, acentuando diferencias en función de las diversas 'nacionalidades' indias que las habitaron en el pasado. El mosaico latinoamericano, donde el imperialismo pudo saquear a gusto, se desmembraría aún más al negarse como mestizo y repudiar, por hispánica, la lengua común". Galasso, ob. cit., p. 71.

7/*Ibid*.

8/Acosta Saignes, ob. cit., p. 410.

Y también el exageradamente exaltado de los criollos sintiéndose dueños de su destino frente al predominio en el funcionariado colonial de los peninsulares. En el proceso liberador de las cadenas que nos sumían en el colonialismo hubo poderosos componentes revolucionarios que transformaron la realidad de la dominación aunque no llegaron a garantizar la justicia aspirada por las mayorías. La fuerza revolucionaria no se expresó con la claridad de una teoría pero sí en la bravura del combate, en las heroicas marchas por los Andes, en la determinación de aquellos que asumían la muerte en cada combate.

Por sobre todas aquellas contradicciones un movimiento nacional de liberación pudo canalizar el proceso revolucionario convirtiéndolo en proceso de independencia. En la cúspide de todas estas contradicciones estuvieron los libertadores como San Martín y Bolívar. Pero también estos cabalgaron la historia sobre las distintas correlaciones de fuerza a cada paso. A San Martín la clase aristocrática limeña le impuso límites que lo terminaron dejando afuera de la cancha. Otro tanto ocurrió con Bolívar y no sólo en el complejo desafió de gobernar Perú, sino también en su tierra natal. Allí los congresos borraban con el codo, por ejemplo, las libertades otorgadas por la mano de Bolívar a los esclavos. Las contradicciones de hoy son nuevas pero la necesidad de un movimiento de liberación que las conjugue son las mismas. El proyecto liberador tendrá igualmente en su configuración histórica los límites de cómo se resuelvan esas contradicciones, más allá de la contradicción principal que es la que nos otorga la posibilidad de ser nación.

Finalizadas las guerras de independencia, y aun mientras estas transcurrían, las oligarquías locales deseaban consolidar en ámbito propio para poder, desde explotar a sus pueblos hasta legislar a su propio arbitrio. Los ámbitos nacionales creados posteriormente son presentados muchas veces por los historiadores nacionales como preexistentes. Pero estos matices regionales devenidos en naciones suelen ser más artificios ex profeso que realidades concretas de la América colonial. Es cierto que existían fronteras geográficas, barreras lingüísticas, incluso idiosincrasias particulares. Pero fue la conducción de las oligarquías que, para consolidar sus privilegios, muchas veces constituidos en relación con la nueva potencia imperial emergente que eran los británicos, debieron frustrar las expectativas revolucionarias de las clases postergadas que participaron de modo directo en la contienda y no se mantuvieron al margen. Pardos y pueblos originario, blancos pobres y los negros que ganaron en la lucha su libertad, fueron protagonistas en la construcción de la independencia como guerra pero también como movimiento liberador. Las clases dominantes, fundamentalmente blancas, aun aquellas que habían optado por los realistas, comenzaron a consolidar su poder económico en marcos de restricciones nacionales, a las que debieron construirle su propia historia. Así en la Argentina, como ejemplo, con la construcción del Estado nacional moderno, se configuró una historia oficial que es antihispánica, anti-sudamericana, y fundamentalmente porteño-céntrica, como eje articulador del rol protagónico de la oligarquía de Buenos Aires; al mismo tiempo que sufre una admiración que cae en el cholulismo con todo lo europeo[9]. Fue Bartolomé Mitre el primer

9/José Luis Romero, continuador de esa línea política historiográfica, aunque matizado por la lógica de la historia social, nos da una muestra de la continuidad de este amaneramiento europeísta pero antiespañol: "El pensamiento de los enciclopedistas dividió las opiniones, y más aún las dividieron

encargado de semejante tarea. Un general mediocre, pero un político con conciencia del valor constitutivo de la historia[10] en el presente y el futuro de los pueblos.

Tanto es así la política de la historia que construyó la oligarquía de fines del siglo XIX, que a principios del XX llevó al gran pensador Raúl Scalabrini Ortiz a afirmar en su brillante ensayo El hombre que está solo y espera: "Todo lo que nos rodea es falso e irreal, falsa la historia que nos enseñaron, falsas las creencias económicas con que nos imbuyeron, falsas las perspectivas mundiales que nos presentan, falsas las disyuntivas políticas que nos ofrecen, irreales las libertades que los textos aseguran".

Bien nos enseñó Rodolfo Walsh que "nuestras clases dominantes han procurado siempre que los trabajadores no tengan historia, no tengan doctrina, no tengan héroes y mártires. Cada lucha debe empezar de nuevo, separada de las luchas anteriores: la experiencia colectiva se pierde, las lecciones se olvidan. La historia parece así como propiedad privada cuyos dueños son los dueños de todas las otras cosas"

Muchos de los intentos de integración que se hicieron en estos años se llevaron a cabo desde las articulaciones entre presidentes que pensaban parecido, entre intereses económicos que se ponían en paralelo, o bien desde perspectivas sesgadas por lo superestructural. Son integraciones que se practican y se piensan desde arriba.

La integración real de nuestra América de sur hay que hacerla desde los pueblos, desde abajo. Tenemos muchas de las desventajas mencionadas de las construcciones disociadas de estos casi dos siglos de vida separados, pero también contamos con ventajas de las que carecen los pueblos de otros continentes en su proceso de integración continental. En efecto, los hombres y mujeres latinoamericanos poseemos elementos culturales comunes desde el Río Grande hasta Tierra de Fuego, pero particularmente desde Panamá hasta la Patagonia. Se trata de un subsuelo cultural común sobre el cual se han edificado pacientemente, a veces desde afuera a veces desde adentro nuestras diferencias.

Consideramos que en esa integración desde los pueblos, es menester y urge reconstruir la historia americana desde abajo, para que los pueblos vuelvan a sentirse hermanos y a luchar por una causa común, la liberación de la patria grande con que soñaron San Martín y Bolívar. Debemos articular desde allí el nosotros de una perspectiva para mirar el mundo. Hemos abandonado en los altares de las afirmaciones particulares de las naciona-

---

la Revolución Francesa y la política napoleónica. España y Francia parecieron dos polos de una misma realidad, o acaso dos realidades inconciliables. El juicio de valor fue diverso para los distintos grupos, según su grado de conformismo o disconformismo: afrancesados o castizos, amigos del progreso o amigos de la tradición, liberales o conservadores". Romero, José Luis, *Latinoamérica. Situaciones e ideologías*, Buenos Aires, Del Candil, 1967, p. 32.

Esta es la interpretación oficial de una historiografía que carga todo lo reaccionario en nuestra conformación hispánica y lo revolucionario en nuestra imitación de lo europeo.

10/No es raro, en cambio, que los líderes nacionales y populares valoren fuertemente la historia. Incluso Jorge Eliécer Gaitán, el padre del peronismo que no fue en Colombia (asesinado por la oligarquía) lo plantea en estos términos: "Hombres y naciones no pueden ser grandes ni fuertes sino en razón del recuerdo de sus mayores cuyas tumbas son las canteras donde deben buscar el alimento para su porvenir". En Pérez Arcay, Jacinto, *La personalidad de Bolívar,* Caracas, Ed. de Autor, 2000, p. 57.

lidades nuestra herencia común, nuestras luchas comunes, e incluso muchas veces nuestros sincrónicos sufrimientos frente a las instancias de un dominio que nos convirtió en una de las sociedades más desiguales del planeta. Escribir una historia sudamericana, rescatar la historia común, sentirnos como partes del todo, es una forma –fundamental– de pensar nuestro futuro común. Eso empieza con reconstruir la epopeya común de nuestra independencia respecto del colonialismo español. A esta tarea aspiramos a que este libro contribuya como un pequeño grano de arena.

En definitiva consideramos que es inexorablemente verdadera la frase del general Perón: "Como latinoamericanos atesoramos una historia tras de nosotros: el futuro no nos perdonará haberla traicionado"[11].

11/Perón, ob. cit., p. 68.

BIBLIOGRAFÍA

Acosta Saignes, Miguel, *Bolívar. Acción y utopía del hombre de las dificultades,* Caracas, El perro y la rana, 2013.

Alberdi, Juan Bautista, *Mitre al desnudo,* Buenos Aires, Coyoacán, 1961.

Albi de la Cuesta, Julio,"El esfuerzo militar español durante las guerras de emancipación de América", Revista de Historia Militar, año XXXIV, número 69, 1990.

Álvarez Saa, Carlos, "Biografía de Manuela Sáenz" en *Patriota y amante de usted. Manuela Sáenz y el Libertador,* México, Diana, 1993.

Arena, Luis, *San Martín prohombre de América,* Buenos Aires, Víctor Leru, 1978.

Argumedo, Alcira. *Los silencios y las voces en América Latina. Notas sobre el pensamiento nacional y popular,* Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1996.

Astesano, Eduardo, *Contenido social de la Revolución de Mayo,* Buenos Aires, Problemas, 1941.

Astesano, Eduardo, *Historia social de América,* Buenos Aires, Peña Lillo, 1982.

Barros Arana, Diego, *Historia de América,* Buenos Aires, Futuro, 1960.

Belgrano, Manuel, *Manuel Belgrano. Cartas, anécdotas y testimonios,* Buenos Aires, Arte Gráfico, 2002.

Beraza, Luis Fernando. *Grandes conspiraciones de la historia argentina,* Buenos Aires, Vergara, 2009.

Bethell, Leslie, *Historia de América Latina,* Barcelona, Cambridge University Press-Crítica, 2002.

Beyhaut, Gustavo, *Raíces contemporáneas de América Latina,* Buenos Aires, Eudeba, 1964.

Bohórquez Morán, Carmen L, *Francisco de Miranda. Precursor de las independencias de América Latina,* La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2010.

Bolívar, Simón, *Discurso de Angostura,* Caracas, Ministerio del poder popular para la comunicación y la información, 2010.

Bolívar, Simón, *Escritos políticos,* Barcelona, Orbis, 1985.

Bolívar, Simón, *Nuestra Patria es América,* Buenos Aires, Punto de Encuentro, 2012.

Bonasso, Miguel, "El libertador, la amazona y los espejos de la historia oficial" en *Patriota y amante de usted. Manuela Sáenz y el Libertador,* México, Diana, 1993.

Bortnik, Rubén, *Historia elemental de los argentinos,* Buenos Aires, Corregidor, 2007.

Briceño Guerrero, José Manuel. "El laberinto de los tres minotauros". 2014. Monte Ávila Editores. Caracas.

Briceño Guerrero, José Manuel, *El laberinto de los tres minotauros,* Caracas, Monte Ávila Editores, 2014, p. VII.

Bringas Nostti, Raúl, *Antihistoria de México. ¿Un pasado sin héroes, nación ni bandera?,* México, Planeta, 2014.

Busaniche, José Luis, *San Martín vivo,* Buenos Aires, Nuevo Siglo, 1995.

Cabral, Salvador, *Artigas y la Patria Grande,* San Antonio de Padua, Castañeda, 1979.

Carpani, Ricardo, *Nacionalismo burgués y nacionalismo revolucionario*, Buenos Aires, Peña Lillo-Continente, 2014.
Casalla, Mario, *América Latina en perspectiva. Dramas del pasado, huellas del presente,* Buenos Aires, Altamira, 2003.
Chaunu, Pierre, *Historia de América Latina,* Buenos Aires, Eudeba, 1964.
Chaves, Julio César, *Castelli, el adalid de mayo,* Buenos Aires, Ediciones Leviatán, 1957.
Chávez, Fermín, *Epistemología para la periferia*, Lanús, Ediciones Unla, 2012.
Chávez, Fermín, *Reseña de acontecimientos históricos 1553-2003,* Buenos Aires, Ediciones Fabro, 2005.
Chumbita, Hugo, *Hijos del país. San Martín, Yrigoyen y Perón*, Buenos Aires, Emecé, 2004.
Colombres Marmol, Eduardo L., *San Martín y Bolívar. En la entrevista de Guayaquil a la luz de los documentos definitivos*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1979.
Cornblit, Oscar, "Levantamientos de masas en Perú y Bolivia durante el siglo XVIII" en Halperín Donghi, Tulio (comp), *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica*", Buenos Aires, Sudamericana, 1979.
Corral Fabián, *La Constitución quiteña de 1812*, consultado el 9 de agosto de 2012 en http://www.elcomercio.com/opinion/constitucion-quitena-1812.html.
De Gandía, Enrique, *Bolívar y la libertad*, Buenos Aires, Oberón, 1957.
De Gandía, Enrique, *Conspiraciones y revoluciones de la independencia americana. Movimientos precursores*", Buenos Aires, Orientación Cultural Editores, 1960.
De Gandía, Enrique, *Historia del 25 de Mayo*, Buenos Aires, Claridad, 1960.
De Gandía, Enrique, *Historia política argentina. Martín de Álzaga,* . Buenos Aires, Claridad, 1987.
De Gandía, Enrique, *Mariano Moreno. Su pensamiento político*, Buenos Aires, Pleamar, 1968.
De Gandía, Enrique, *San Martín. Su pensamiento político,* Buenos Aires, Pleamar, 1964.
De Oliveira Lima, Manuel, *La evolución histórica de la América Latina. Bosquejo comparativo,* Madrid, América, 1914
De Titto, Ricardo, *Las dos independencias argentinas. Sus protagonistas,* Buenos Aires, El Ateneo, 2015.
Di Tella, Torcuato S.; Lucchini, Cristina, *Sociedad y Estado en América Latina. Conceptos teóricos y transformaciones históricas,* Buenos Aires, Biblos, 2006.
Efren Reyes, Oscar, *Breve historia general del Ecuador,* Quito, Don Bosco, 1967.
Eggers Brass, Teresa, *Historia argentina. Una mirada crítica 1806-2006,* Buenos Aires, Maipue, 2006.
Etchepareborda, Roberto, "¿Qué fue el carlotismo?", en Luna, Félix (comp), *La emancipación argentina y americana*, Buenos Aires, Planeta, 1998.
Fernández Cabrelli, Alfonso, *Tres reportajes al general Artigas,* Buenos Aires, Ediciones pro patria Grito de Asencio, 1974.
Filippi, Alberto, *Instituciones e ideologías en la independencia hispanoamericana,* Buenos Aires, Alianza Estudio, 1988.
Floria, Carlos Alberto; García Belsunce, César, *Historia de los argentinos*", Buenos Aires, Kapelutz, 1971.
Florit, Ernesto, *San Martín y la causa de América*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1967.

Galasso, Norberto, *La Revolución de Mayo (el pueblo quiere saber de qué se trató)*, Buenos Aires, Ediciones del pensamiento nacional, 1994.
Galasso, Norberto, *Seamos libres y lo demás no importa nada. Vida de San Martín*, Buenos Aires, Colihue, 2000.
Galeano, Eduardo, *Las venas abiertas de América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1974.
García Calderón, Francisco, *Las democracias latinas de América. La creación de un continente*, Caracas, Biblioteca de Ayacucho, 1979.
González, Juan, *Andrés Guacurarí y Artigas. Comandante guaraní de los Pueblos Libres*, Corrientes, Consejo de Ancianos de la Nación Mbya Guaraní, 2010.
Guerra Vilaboy, Sergio, *Cinco siglos de historiografía latinoamericana*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2009.
Guerra Vilaboy, Sergio, Etapas y procesos en la historia de América Latina, Veracruz, Universidad Veracruzana, 1997
Gullo Marcelo, *Insubordinación y desarrollo. Claves del éxito y fracaso de las naciones*, Buenos Aires, Biblos, 2012.
Halperín Donghi, Tulio, *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica*", Buenos Aires, Sudamericana, 1979.
Halperín Donghi, Tulio, *Historia Argentina. De la revolución de la independencia a la confederación rosista*, Buenos Aires, Paidós, 1972.
Halperín Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*.. Alianza Editorial. Madrid. 1993.
Halperín Donghi, Tulio, *Revolución y Guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.
Harvey, Robert, *Los Libertadores. La lucha por la independencia de América Latina (1810-1830)*, México, Océano, 2002.
Hernández Arregui, Juan José, *¿Qué es el ser nacional?*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1973.
Hernández Arregui, Juan José, *La formación de la conciencia nacional*, Buenos Aires, Peña Lillo - Ediciones Continente, 2011.
Hobsbawm, Eric, *Industria e Imperio*, Buenos Aires, Ariel, 1998.
Irazusta, Julio; Irazusta, Rodolfo, *La Argentina y el imperialismo británico*, Buenos Aires, Ed. Independencia, 1982.
Irazusta, Julio, *Balance de siglo y medio*, Buenos Aires, Ed. Independencia, 1983.
Irazusta, Julio, *Tomás M. de Anchorena*, Buenos Aires, Huemul, 1962.
Iturralde, Edna, *Simón era su nombre*, La Habana, Gente Nueva, 2010.
Jauretche, Arturo, *Política nacional y revisionismo histórico*", Buenos Aires, Corregidor, 2006.
Jauretche, Arturo, *Ejército y política. La patria grande y la patria chica*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1984.
Koenig, Hans Joachim, *En el camino hacia la nación. Nacionalismo en el proceso de formación del Estado y de la nación de la Nueva Granada, 1750-1856*, Bogotá, Banco de la República, 1994.
Koenig, Marcelo, *Combatiendo al capital. Una perspectiva sudamericana del Estado Nacional en los tiempos de la globalización y la exclusión*, La Plata, De la Campana, 2010.

Koenig, Marcelo, *Vencedores vencidos. Peronismo-antiperonismo*, Buenos Aires, Punto de

Encuentro, 2013.
Kossok, Manfred, *Historia de la Santa Alianza y la emancipación de América Latina,* México-Buenos Aires, Cartago-Ediciones Ánfora, 1983.
Levene, Gustavo Gabriel, *Breve historia de la independencia argentina,* Buenos Aires, Eudeba, 1966.
Lewin, Boleslao, *Tupac Amaru en la independencia de América,* Buenos Aires, Plus Ultra, 1979.
Liévano Aguirre, Indalecio, *Bolívar,* La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2010.
Luna, Félix, *La emancipación argentina y americana,* Buenos Aires, Planeta, 1998.
Machón, Jorge Francisco; Cantero, Oscar Daniel, *Andrés Guacurarí y Artigas,* Misiones, Ed. de Autor, 2006.
Madariaga, Salvador de, *Bolívar,* Madrid, Sarpe, 1985.
Madariaga, Salvador de, *El auge y el ocaso del imperio español en América,* Madrid, Sarpe, 1985.
Manson, Enrique, *Historia argentina. Te la hago corta,* Buenos Aires, Ediciones San Baylón, 2013.
Mariátegui, José Carlos, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana"*, Caracas, Biblioteca de Ayacucho, 2007.
Martí, José, *Nuestra América. Edición crítica,* La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2010.
Martí, José, *San Martín, Bolívar, Washington,* Buenos Aires, Sopena, 1962.
Martínez Díaz, Nelson, *América austral: desde la independencia hasta la crisis de 1929,* Madrid, Akal, 1991.
Méndez Vives, Enrique, *Artigas y la Patria Grande,* Buenos Aires, Ediciones Tauro, 1968.
Mesa Gisbert, Carlos, Mesa José de; Gisbert Teresa, *Historia de Bolivia,* La Paz, Gisbert, 2003.
Miller, John, *Memorias del general Miller,* Buenos Aires, Emecé, 1997.
Mitre, Bartolomé, *La guerra de las republiquetas. Las guerrillas en la lucha por la independencia nacional,* Buenos Aires, Lautaro, 1965.
Molina, Raúl A, *San Martín en Buenos Aires hasta el combate de San Lorenzo,* Buenos Aires, Ministerio de Educación y Justicia, 1957.
Morales Padrón, Francisco, *Historia de América,* Madrid, Espasa Calpe, 1982.
Moreno, Mariano, *Plan revolucionario de operaciones,* Buenos Aires, Plus Ultra, 1975.
Novayo, Julio, *Juan Antonio Álvarez de Arenales, general de los pueblos,* Buenos Aries, Ediciones Directa, 1983.
Nuñez Sánchez, Jorge, *El Ecuador en la Historia,* Santo Domingo, Archivo General de la Nación, 2011.
O´Donnell, Pacho, *Juana Azurduy. La teniente coronela,* Buenos Aires, Planeta, 1994.
Oporto, Mario, *De Moreno a Perón. Pensamiento argentino de la unidad latinoamericano,* Buenos Aires, Planeta. 2011.
Ortiz, Tulio, *Política y Estado,* Buenos Aires, Estudio, 1996.
Otero, José, *Historia del Liberador don José de San Martín,* Buenos Aires, Sopena, 1949.
Padrón Morales, Francisco, *Historia de América,* Madrid, Espasa Calpe, 1982.
Palacio, Ernesto, *Historia de la Argentina 1515-1943,* Buenos Aires, Peña Lillo, 1975.
Pandra, Alejandro, *Origen y destino de la Patria,* Buenos Aires, Punto de Encuentro, 2013.
Peña, Milcíades, *El paraíso terrateniente,* Buenos Aires, Ediciones Fichas, 1969.
Pérez Amuchástegui, Antonio J., *Ideología y acción de San Martín,* Buenos Aires, Eudeba, 1966.

Pérez Arcay, Jacinto, *La personalidad de Bolívar,* Caracas, Ed. de Autor, 2000.
Perón, Juan Domingo, *Modelo Argentino para el Proyecto Nacional,* Buenos Aires, Ediciones Realidad Política, 1986.
Piqueras, José Antonio, *Bicentenarios de la libertad. La fragua de la política en España y en América,* Barcelona, Ediciones Península, 2010.
Pomer, León, "Moreno, proyecto y frustración" en Giani, Juan José, *200 años construyendo la Nación,* Rosario, Paso de los Libres, 2010.
Poniatowska, Elena, "Manuela Sáenz" en *Patriota y amante de usted. Manuela Sáenz y el Libertador,* México, Diana, 1993.
Puiggrós, Rodolfo, *De la colonia a la revolución,* Buenos Aires, Carlos Pérez Editor, 1986.
Puiggrós, Rodolfo, *Historia económica del Río de la Plata,* Buenos Aires, Siglo Veinte. 1948
Pupo, Rigoberto, *Autoctonía y creación americana en José Carlos Mariátegui,* La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2009.
Ramos, Jorge Abelardo, *Historia de la Nación Latinoamericana,* Buenos Aires, Peña Lillo-Continente, 2011.
Reyes Abadie, Washington, *El ciclo artiguista,* Montevideo, Universidad de la República, 1969.
Rivarola, Horacio C., *San Martín en la educación argentina,* Buenos Aires, Ministerio de Educación y Justicia, 1963.
Roberts, Carlos, *Las invasiones inglesas,* Buenos Aires, Emecé, 2006.
Rock, David, *Argentina 1516-1987. Desde la colonización española hasta Raúl Alfonsín,* Madrid, Alianza, 1988.
Rodríguez Castelo, Hernán, *La gloriosa y trágica historia de la independencia de Quito 1808-1813,* cosultado el 26 de junio de 2016 en www.hernanrodriguezcastelo.com/AGOSTO.pdf
Rodríguez, Pedro Pablo, *De las dos Américas,* La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2010.
Romero, José Luis; Romero, Luis Alberto (comp), *Pensamiento político de la emancipación (1790-1825)*, Caracas, Biblioteca de Ayacucho, 2011.
Romero, José Luis, *Gran historia de Latinoamérica,* Buenos Aires, Abril, 1974.
Romero, José Luis, *Las ideas políticas en la Argentina,* México, Fondo de Cultura Económica, 2008.
Romero, José Luis, *Latinoamérica. Situaciones e ideologías,* Buenos Aires, Del Candil, 1967.
Romero, José Luis, *Pensamiento político de la emancipación (1790-1825)*, Caracas, Biblioteca de Ayacucho, 2011.
Rosa, José María, *Historia argentina,* Buenos Aires, Oriente, 1974.
Rouquié, Alain, *Extremo occidente. Introducción a América Latina,* Buenos Aires, Emecé, 1994.
Sabsay, Fernando L.; Pérez Amuchástegui, A. J., *La sociedad argentina. Génesis del Estado argentino,* Buenos Aires, Feyde, Fondo Editorial de Derecho y Economía, 1973.
Samhaber, Ernst, *Sudamérica, Biografía de un continente,* Buenos Aires, Sudamericana, 1961.
Sánchez Sorondo, Marcelo, *La Argentina por dentro,* Buenos Aires, Sudamericana, 1990.
Sánchez, Luis Alberto, *América desde la revolución emancipadora hasta nuestros días,* Madrid, Edaf, 1975.
Scalabrini Ortiz, Raúl, *Política británica en el Río de la Plata,* Buenos Aires, Plus Ultra, 1986.
Schmitt, Carl, *Teoría del partisano. Anotaciones al concepto de lo político,* Madrid, Trota, 2013.
Serrano Mancilla, Alfredo, *América Latina en disputa,* Caracas, El perro y la rana, 2010.

Siri, Eros Nicolás, *Cochrane, el lord aventurero*", Buenos Aires, Distar, 1979.
Stoezer, Otto Carlos, *Iberoamérica. Historia política y cultural,* Buenos Aires, Docencia, 1996.
Terragno, Rodolfo, *Plan Maitland y San Martín,* Buenos Aires, Sudamericana, 2012.
Trías, Vivian, *Simón Bolívar y el nacionalismo del Tercer Mundo,* Caracas, El perro y la rana, 2008.
Ugarte, Manuel, *La reconstrucción de Hispanoamérica*", Buenos Aires, Coyoacán, 1961.
Ugarte, Manuel, *Mi campaña hispanoamericana,* Buenos Aires, Punto de Encuentro, 2014.
Urriza, Manuel, *San Martín y Bolívar vistos por Perón,* Buenos Aires, Colihue, 2007.
Vázquez, Germán; Martínez Díaz, Nelson, *Historia de América Latina,* Madrid, SGEL, 1996.
Vedoya, Juan Carlos, *La expoliación de América,* Buenos Aires, Ediciones La Bastilla, 1973.
Vega López, Carlos, *Así nacieron dos pueblos,* Santiago de Chile, Zig-zag, 1966.
Vitale, Luis, *Interpretación marxista de la historia de Chile,* Santiago de Chile, Cela-Rucaray-Cronopios, 1993.
Vitale, Luis, *Introducción a una Teoría de la Historia para América Latina,* Buenos Aires, Planeta, 1992.
White, Richard Alan, *La primera revolución popular en América. Paraguay 1810-1840,* Buenos Aires, Punto de Encuentro, 2014.
Wilner, Norberto, *La recuperación de la historia. La visión justicialista,* Buenos Aires, Cimarrón, 1975.
Yaben, Jacinto R., *Efemérides sanmartinianas,* Buenos Aires, Instituto Nacional Sanmartiniano, 1978.
Yunque, Álvaro, *Comentarios a "Historia de América" de Barros Arana,* Buenos Aires, Futuro, 1960.
Zanatta, Loris, *Historia de América Latina. De la colonia al siglo XXI,* Buenos Aries, Siglo XXI, 2002,.
Zea, Leopoldo, *Simón Bolívar. Integración en la libertad,* México, Edicol, 1980.
Zea, Leopoldo, *El pensamiento latinoamericano,* Barcelona, Ariel, 1976.
Zicolillo, Jorge, *Historias de sangre y fuego. Batallas de la guerra de la independencia,* Buenos Aires, Sudamericana, 1999.
Zúñiga, Yvonne, *Sucre. El caballero de los pies gastados,* La Habana, Casa Editora Abril, 2012.

Este libro ha sido diseñado por Felipe Ibáñez con caracteres de las familias tipográficas Scala (1990) y Scala Sans (1993), diseñadas por Martin Majoor. Se terminó de imprimir en Septiembre de 2016 en los talleres gráficos ..... de la Ciudad de Buenos Aires, Argentina.